

ENCRUCIJADA EN EL CREPÚSCULO

LA RUEDA DEL TIEMPO - 10

ROBERT JORDAN

Mat Cauthon huye con la hija de las Nueve Lunas mientras la Sombra y el imperio seanchan emprenden una persecución implacable. Por su parte, las Aes Sedai sienten un inmenso flujo de Poder en un lejano paraje del oeste y temen que sea obra de los Renegados o incluso de la propia Sombra. La heredera del Trono de Andor, rodeada de enemigos y de amigos siniestros que planean su destrucción, puede caer en manos de la Sombra y arrastrar consigo al Dragón Renacido, y Egwene al'Vere pone sitio al centro de poder Aes Sedai, pero ha de vencer con rapidez para evitar que los Asha'man sean los únicos capaces de defender el mundo del Oscuro. Tras limpiar la mitad masculina de la Fuente Verdadera, Rand al'Thor se ve obligado a correr grandes riesgos sin saber con certeza quiénes son sus aliados y quiénes son sus enemigos.

Robert Jordan

Encrucijada en el crepúsculo

La Rueda del Tiempo

ePUB v1.0

Siwan 25.09.11

Para Harriet

Entonces, ahora y siempre

Y venido el tiempo acontecerá que, estando de batida la Cacería Oscura,
cuando la mano derecha flaquee y la izquierda pierda el rumbo,
la humanidad llegará a la Encrucijada en el crepúsculo
y todo lo que es, todo lo que fue y todo lo que será
se balanceará en la punta de una espada
mientras los vientos de la Sombra arrecien.

De *Las Profecías del Dragón*
Traducción atribuida a Jain Charin,
conocido como Jain el Galopador,
poco antes de su desaparición

PRÓLOGO: Vislumbres del Entramado

Rodel Ituralde detestaba esperar, aunque sabía muy bien que ser soldado consistía principalmente en eso: esperar la siguiente batalla, esperar a que el enemigo se moviera, esperar a que cometiera un error. Observó, tan inmóvil como los árboles, el bosque helado. El sol se encontraba a medio camino de su cenit y no proporcionaba calor alguno. El vaho exhalado al respirar se condensaba y cubría con una blanca capa de escarcha el bigote pulcramente recortado y la piel de zorro negro que ribeteaba la capucha. Se alegró de llevar el yelmo colgado en la perilla de la silla. El peto acumulaba el frío y lo irradiaba a través de la chaqueta y de todas las prendas de lana, seda y lino que llevaba debajo. Hasta notaba el helor en la silla de *Dardo,* como si el castrado blanco estuviera hecho de leche congelada. El yelmo le habría adormecido el cerebro, aturullándolo.

El invierno había llegado tardío, y mucho, a Arad Doman, pero lo había hecho con ganas. En menos de un mes se había pasado del calor del verano —prolongado de manera antinatural hasta el otoño— a pleno invierno. Las hojas que habían resistido la larga sequía estival se habían helado antes de haber cambiado de color, y ahora brillaban como extrañas esmeraldas cubiertas de hielo al sol matinal. De vez en cuando, algún caballo de la veintena, más o menos, de mesnaderos que había a su alrededor pateaba el profundo manto de nieve que llegaba a la altura de la rodilla. Había sido una larga cabalgata y aún tenían que llegar más lejos, saliera bien o mal el día. Oscuros nubarrones se desplazaban por el cielo hacia el norte. Ituralde no necesitaba la predicción del tiempo de su Zahorí para saber que la temperatura caería en picado antes de que llegara la noche. Para entonces tendrían que estar resguardados.

—No es un invierno tan crudo como el de hace dos años, ¿verdad, milord? —comentó Jaalam. El joven y alto oficial tenía facilidad para leerle los pensamientos a Ituralde. Su tono de voz era lo bastante alto para que los demás lo oyeran—. Aun así, supongo que a estas alturas algunos hombres deben de estar soñando con ponche caliente. No éstos, por supuesto, que son increíblemente abstemios. Todos beben té, creo. Té frío. Si tuvieran unas cuantas varas de abedul con las que azotarse estarían desnudándose para tomar baños de nieve.

—Tendrán que seguir con la ropa puesta de momento —repuso Ituralde en tono seco—, pero es posible que consigan un poco de té frío esta noche, si tienen suerte.

Su comentario provocó algunas risas. Risas quedas. Había elegido cuidadosamente a esos hombres, y sabían las consecuencias de hacer ruido en un momento inoportuno.

Tampoco a él le habría venido mal una taza de ponche humeante, o incluso de té, pero hacía mucho tiempo que los mercaderes no llevaban té a Arad Doman. Hacía

mucho que ningún mercader forastero se había aventurado más allá de la frontera con Saldaea. Para cuando recibía noticias del mundo exterior, eran tan añejas como el pan de un mes. Eso si no se trataba de un simple rumor, para empezar. Aunque en realidad tampoco es que importara mucho que lo fuera. Si era verdad que la Torre Blanca estaba dividida y enfrentada, o si en Caemlyn se estaban agrupando hombres que encauzaban... Bien, el mundo tendría que arreglárselas sin Rodel Ituralde hasta que Arad Doman hubiera recuperado la unidad. De momento, ocuparse de Arad Doman era tarea más que suficiente para cualquier hombre en su sano juicio.

Analizó una vez más las órdenes que había enviado, con uno de los jinetes más veloces que tenía, a todos los nobles leales al rey. Aunque divididos por viejas rencillas y resentimientos, al menos seguían teniendo eso en común. Reunirían sus tropas y marcharían cuando llegaran las órdenes del Lobo; siempre y cuando siguiera gozando del favor del rey. Incluso se ocultarían en las montañas y esperarían si se lo ordenaba. Oh, por supuesto que se irritarían y algunos maldecirían su nombre, pero obedecerían. Sabían que el Lobo ganaba batallas; lo que es más, sabían que ganaba guerras. Lo llamaban Pequeño Lobo cuando creían que no los oía, pero no le importaba que resaltaran su baja estatura —en fin, no demasiado— mientras marcharan cuando y donde dijera él.

A no tardar emprenderían una dura galopada para poner una trampa que no saltaría hasta dentro de varios meses, con lo que corría un riesgo a largo plazo. Había muchas formas de que los planes complejos se vinieran abajo, y en este plan se superponían capas y más capas de estrategias. Todo se vendría abajo antes de empezar si fracasaba su intento de poner el cebo. O si alguien no hacía caso a su orden de eludir los correos del rey. Sin embargo, todos sabían sus motivos, e incluso los más obstinados los compartían aunque muy pocos estaban dispuestos a hablar abiertamente del tema. Él mismo se había movido como un espectro aventado por una tormenta desde que había recibido la última orden de Alsalam. Dentro de la manga, bajo la puntilla que caía sobre el guantelete reforzado con acero, llevaba doblado el papel. Tenían una última oportunidad, una muy pequeña, de salvar Arad Doman. Tal vez incluso de salvar a Alsalam de sí mismo antes de que el Consejo de Mercaderes decidiera sentar a otro en el trono de palacio. Había sido un buen dirigente durante más de veinte años. Quisiera la Luz que volviera a serlo.

Un fuerte chasquido hizo que la mano de Ituralde fuera hacia la empuñadura de la espada. Sonó un suave crujido de cuero y metal cuando los demás aflojaron las trabillas de sus armas. Ningún otro ruido. El bosque estaba tan silencioso como una tumba. No había sido más que una rama al romperse por el peso de la nieve. Pasados unos segundos, Ituralde se relajó... todo lo que se había podido relajar desde que habían llegado las historias del norte sobre la aparición del Dragón Renacido en el cielo de Falme. Quizás ese hombre era realmente el Dragón Renacido y quizás había

aparecido realmente en el cielo pero, fuera o no verdad, esas historias habían prendido fuego a Arad Doman. Ituralde estaba seguro de poder apagar ese fuego si tenía carta blanca, y no era jactancia. Sabía lo que era capaz de hacer mediante una batalla, una campaña o una guerra. Pero, desde que el Consejo había decidido que para mayor seguridad del rey lo mejor era sacarlo clandestinamente de Bandar Eban, a Alsalam parecía habérsele metido en la cabeza que era la reencarnación de Artur Hawkwing. Su firma y su sello se habían estampado en montones de órdenes desde entonces, que habían salido a raudales desde dondequiera que el Consejo lo tuviera escondido. Las componentes de dicho órgano se negaban en redondo a decir dónde se encontraba, ni siquiera a Ituralde. Todas las mujeres del Consejo con las que se había encarado se mostraban evasivas y sus miradas se tornaban inescrutables ante la más mínima mención del rey. Uno casi podía llegar a creer que ignoraban dónde se hallaba Alsalam. Una idea ridícula, por supuesto. El Consejo no quitaba ojo al rey. Ituralde siempre había opinado que las casas mercantiles se entrometían demasiado, pero ojalá se inmiscuyeran ahora. Lo incomprensible era que guardaran silencio, ya que un soberano que perjudicaba el comercio no permanecía mucho en el trono.

Él era fiel a sus juramentos y, además, Alsalam era un amigo, pero las órdenes enviadas por el rey no habrían ocasionado más caos ni escritas a propósito. Tampoco se podían pasar por alto: Alsalam era el rey. Pero había mandado a Ituralde que marchara al norte lo más deprisa posible contra una gran afluencia de Juramentados del Dragón que se estaban reuniendo allí, según la información de los espías secretos de Alsalam. Entonces, diez días después, sin haber visto aún a ningún Juramentado del Dragón, llegó una orden de moverse de nuevo hacia el sur a toda velocidad contra otra reunión que nunca se materializó. Se le había ordenado que concentrara sus tropas para defender Bandar Eban, cuando un ataque sobre tres flancos habría podido llevarlo a cabo; o que las dividiera, cuando un golpe contundente podría haber hecho otro tanto; que hostigara un área que sabía que los Juramentados del Dragón habían abandonado; y que se alejara de donde sabía que se encontraban acampados. Peor aún, las órdenes de Alsalam habían ido directamente a los poderosos nobles que se suponía debían seguir a Ituralde, y habían enviado a Machir en una dirección, a Teacal en otra, a Rahman en una tercera. Como resultado, en cuatro ocasiones se produjeron batallas campales entre unidades del ejército al topar una contra otra en medio de la noche mientras marchaban según las órdenes del monarca y esperaban encontrarse con el enemigo. Y mientras tanto el número de Juramentados del Dragón había aumentado, además de reforzarse su confianza. Ituralde había obtenido victorias —en Solanje y Maseen, en Lago Somal y Kandelmar—, y los señores de Katar habían aprendido la lección de no vender los productos de sus minas y forjas a los enemigos de Arad Doman, pero las órdenes de Alsalam siempre echaban a perder sus logros.

No obstante, la última orden había sido distinta. Para empezar, un Hombre Gris había matado a lady Tuva para impedir que el mensaje llegara a sus manos. Ignoraba por qué la Sombra podía temer esa orden más que cualquiera de las otras, pero tal hecho era razón de más para moverse con rapidez... antes de que le llegara una contraorden de Alsalam. Ésta abría muchas posibilidades, e Ituralde había sopesado todas las que veía. Sin embargo, las buenas empezaban allí, ese día. Cuando sólo se tienen pocas probabilidades de éxito, hay que agarrarlas al vuelo y aprovecharlas.

El grito estridente de un arrendajo de las nieves se oyó a lo lejos, seguido de un segundo y de un tercero. Haciendo bocina con las manos, Ituralde repitió las tres penetrantes llamadas. Unos segundos después, un castrado pinto de color claro apareció entre los árboles, montado por un jinete embozado en una capa blanca con rayas negras. Tanto hombre como caballo habrían sido difíciles de localizar en el nevado bosque si se hubiesen mantenido inmóviles. El jinete paró al lado de Ituralde. Era un hombre corpulento que portaba una única espada de hoja corta, y en la silla llevaba atados un arco metido en la funda y una aljaba.

—Parece que han venido todos, milord —dijo con su característica voz ronca mientras se retiraba la capucha. Alguien había intentado colgar a Donjel de joven, aunque la razón se había olvidado con el paso de los años. Lo que quedaba de su pelo, muy recortado, tenía un color gris acerado. El parche de cuero oscuro que le cubría la cuenca vacía del ojo derecho era un recuerdo de otro lío juvenil. No obstante, aunque tuviera sólo un ojo, era el mejor explorador que Ituralde conocía—. Casi todos, en cualquier caso —continuó—. Han puesto dos círculos concéntricos de centinelas alrededor del pabellón. Se los ve desde más de un kilómetro de distancia, pero nadie conseguiría acercarse sin que los que están en el pabellón oigan la alarma a tiempo de escapar. Que se puedan contar por las huellas, no han traído más hombres de los que les dijisteis que podían traer. Claro que eso —añadió, torciendo el gesto— aún os deja en desventaja por bastante diferencia.

Ituralde asintió con la cabeza. Había ofrecido la Cinta Blanca, y los hombres con los que iba a reunirse la habían aceptado. Eran tres días en los que los hombres prometían —por la Luz, por sus almas y su esperanza de salvación— no desenvainar las armas ni derramar sangre. Sin embargo, la Cinta Blanca no se había utilizado en la guerra actual, y en los tiempos que corrían había hombres que tenían ideas raras sobre dónde se encontraba la salvación. Por ejemplo, los que se autodenominaban seguidores del Dragón. Ituralde tenía fama de jugársela, pero él no corría riesgos innecesarios. El truco estaba en saber cuáles se podían correr. Y, a veces, en saber cuáles había que correr.

Sacó del doblez de la boca de la bota un pequeño paquete envuelto en seda engrasada y cosida, y se lo tendió a Donjel.

—Si no he llegado al vado de Coron en dos días, lleva esto a mi esposa.

El explorador guardó el paquete debajo de la capa, en algún sitio, se tocó la frente en un saludo, e hizo virar su caballo hacia el oeste. Había recibido las mismas instrucciones de Ituralde en ocasiones anteriores, por lo general la víspera de una batalla. Quisiera la Luz que no fuera ésta la ocasión en la que Tamsin tuviera que abrir ese paquete. Iría tras él, le había advertido; sería el primer episodio conocido de alguien vivo persiguiendo a un muerto.

—Jaalam —llamó Ituralde—, veamos qué nos aguarda en el pabellón de caza de lady Osana. —Taconeó a *Dardo*, y los demás se pusieron en marcha detrás.

El sol llegó a su cenit y comenzó a descender mientras cabalgaban. Los oscuros nubarrones del norte se aproximaron, y el frío se hizo más intenso. No se oía más ruido que el crujido de la nieve helada bajo los cascos de los caballos. Parecía que el bosque estaba vacío a excepción de ellos. Ituralde no vio a los centinelas de los que había hablado Donjel. El concepto de ese hombre sobre lo que se podía localizar desde más de un kilómetro de distancia difería de lo que opinaría la mayoría. Estarían esperándolo, por supuesto. Y observando para asegurarse de que no lo seguía un ejército, hubiera o no Cinta Blanca. Seguramente muchos de ellos tenían razones que consideraban suficientes para acribillarlo con flechas. Un lord podía prestar la promesa de la Cinta Blanca por sus hombres, pero ¿todos ellos se sentirían comprometidos? A veces había riesgos que uno debía correr.

Alrededor de media tarde, el así llamado pabellón de caza de Osana surgió de repente entre los árboles, un conjunto de pálidas torres y cúpulas esbeltas y puntiagudas que no habría desentonado entre los palacios de la propia Bandar Eban. Las cacerías de Osana siempre habían sido de hombres o de poder, sus trofeos numerosos y notables a pesar de su relativa juventud, y las «partidas de caza» que habían tenido lugar allí habrían hecho que se enarcaran cejas incluso en la capital. El edificio abandonado tenía señales de haber sido asolado. Las ventanas rotas semejaban bocas con dientes puntiagudos e irregulares, y en ninguna de ellas se veía un destello de luz ni movimiento alguno. Con todo, la nieve que cubría el espacio despejado que rodeaba el pabellón estaba pisoteada por cascos de caballos. Las puertas de la verja del patio principal, ornamentadas con remates de latón, se encontraban abiertas, e Ituralde las cruzó sin detenerse ni aflojar el paso, seguido por sus hombres. Los cascos de los caballos trapalearon en los adoquines, donde la nieve se había derretido convirtiéndose en una masa fangosa.

No salieron sirvientes a recibirlo, aunque tampoco había esperado que lo hiciera ninguno. Osana había desaparecido al inicio de los disturbios que ahora sacudían Arad Doman como un perro sacudiría una rata entre sus dientes, y sus criados se habían trasladado rápidamente con otros miembros de su casa, aceptando cualquier puesto en la servidumbre. En la actualidad, quienes no tenían amos se morían de hambre o se convertían en bandidos. O en Juramentados del Dragón. Ituralde

desmontó al pie de la ancha escalinata de mármol del patio, tendió las riendas de *Dardo* a uno de sus mesnaderos, y Jaalam ordenó a los hombres que se refugiaran en cualquier cobijo que encontraran para ellos y los animales. Echando ojeadas a las balconadas de mármol y los amplios ventanales que rodeaban el patio, los hombres se movieron como si esperaran que el bodoque de una ballesta se les hincara entre los omóplatos. Las puertas del establo se hallaban ligeramente abiertas pero, a pesar del frío, se repartieron por las esquinas del patio, acurrucándose con los caballos allí donde podían seguir vigilando en todas direcciones. Si ocurría lo peor, tal vez unos cuantos podrían escapar.

Ituralde se quitó los guanteletes, los guardó bajo el cinturón y comprobó las puntillas de los puños mientras remontaba los peldaños con Jaalam. Bajo sus botas crujía la nieve pisada por otros pies y congelada de nuevo. Se abstuvo de mirar hacia cualquier otro lado salvo al frente. Tenía que aparentar sentirse extraordinariamente seguro, como si fuera de todo punto imposible que los acontecimientos se desarrollaran de un modo distinto del previsto por él. La seguridad en sí mismo era una de las claves para lograr la victoria. Que la otra parte creyera que uno sentía una gran seguridad a veces era casi tan bueno como sentirse realmente seguro. Al final de la escalinata, Jaalam abrió una de las altas puertas talladas tirando de la argolla dorada. Ituralde se tocó con el dedo el adorno, semejante a un lunar, para comprobar que seguía en su sitio —tenía las mejillas tan heladas que no notaba la pequeña estrella negra de terciopelo pegada a la piel— antes de cruzar el umbral y entrar tan seguro de sí mismo como si se dirigiera a un baile.

En el cavernoso vestíbulo hacía tanto frío como fuera, y el aliento se convertía en tenues nubes de vapor. Al no estar alumbrado, el amplio espacio parecía encontrarse envuelto ya en las últimas luces del ocaso. El suelo era un colorido mosaico de cazadores y animales, y algunas baldosas tenían desportilladuras, como si se hubieran arrastrado grandes pesos sobre ellas o quizá se los hubiese dejado caer. Aparte de un pedestal volcado que tal vez había sostenido una vasija o una pequeña estatua en otros tiempos, el vestíbulo estaba vacío. Lo que no se había llevado la servidumbre al huir, hacía mucho que se lo habían llevado los bandidos. Los esperaba un hombre de cabello blanco y rostro más descarnado que cuando Ituralde lo había visto la última vez. El peto estaba abollado y el pendiente que lucía era un sencillo aro de oro, pero las puntillas de su atuendo se veían inmaculadas, y la reluciente luna creciente roja junto al ojo izquierdo no habría desentonado en la corte en tiempos mejores.

—Por la Luz, sed bienvenido bajo la Cinta Blanca, lord Ituralde —saludó formalmente con una ligera reverencia.

—Por la Luz, vengo bajo la Cinta Blanca, lord Shimron —contestó Ituralde, haciendo a su vez una reverencia. Shimron había sido uno de los consejeros de más confianza de Alsalam. Al menos, hasta que se unió a los Juramentados del Dragón.

Ahora ocupaba un puesto destacado en los consejos de éstos—. Mi mesnadero es Jaalam Nishur y del cumplimiento de su palabra de honor responde la casa Ituralde, al igual que de todos los que han venido conmigo.

No había habido casa Ituralde antes del propio Rodel, pero Shimron respondió a la inclinación de cabeza de Jaalam, con la mano sobre el corazón.

—Honor se corresponde con honor. ¿Tenéis la amabilidad de seguirme, lord Ituralde? —dijo mientras se erguía tras la reverencia.

De las grandes puertas del salón de baile sólo quedaban los goznes, aunque a Ituralde le costaba imaginar que unos ladrones se las hubieran llevado. Su ausencia dejaba un vano de arco ojival lo bastante ancho para que pasaran diez hombres a la vez. Dentro de la estancia oval, carente de ventanas, medio centenar de linternas de todo tipo y tamaño ahuyentaban las sombras, bien que la luz apenas alcanzaba el techo abovedado. Separados a uno y otro extremo del amplio salón, junto a las paredes pintadas, se encontraban dos grupos de hombres; y, si la Cinta Blanca los había inducido a prescindir de los yelmos, los doscientos o más al completo vestían armaduras y, desde luego, ninguno se había desprendido de su espada. A un lado estaban unos pocos lores domani tan poderosos como Shimron —Rajabi, Wakeda, Ankaer—, cada cual rodeado de grupos de lores menores y plebeyos y grupos más reducidos, de dos o tres, en los cuales no había ningún noble. Los Juramentados del Dragón tenían consejos, pero no un comandante. Aun así, cada uno de esos hombres era un líder por mérito propio y algunos contaban con veintenas de seguidores y unos pocos con miles. Ninguno parecía contento de hallarse allí y uno o dos lanzaban miradas hostiles al lado opuesto del salón, donde cincuenta o sesenta taraboneses formaban un grupo compacto desde el que se dirigían asimismo miradas ceñudas. Todos serían Juramentados del Dragón, pero domani y taraboneses no se tenían mucho aprecio. Ituralde casi sonrió al ver a los forasteros. No había contado con que apareciesen ni la mitad de los que había.

—Lord Rodel Ituralde viene bajo la Cinta Blanca. —La voz de Shimron resonó en la oscura bóveda donde no llegaba la luz de las linternas—. Que cualquiera que albergue pensamientos violentos busque en su corazón y tenga en cuenta su alma. —Y con esas palabras finalizaron las formalidades.

—¿Por qué ofrece lord Ituralde la Cinta Blanca? —demandó Wakeda, con una mano apoyada en el pomo de la espada y la otra empuñada sobre la cadera opuesta. No era un hombre alto, aunque sí más que Ituralde, pero se mostraba tan altivo como si el trono fuera suyo. Antaño las mujeres lo habían considerado guapo. Ahora un pañuelo negro, atado al sesgo, cubría la cuenca vacía de su perdido ojo derecho, y su lunar era una punta de flecha negra que señalaba hacia la gruesa cicatriz que le surcaba la mejilla hasta la frente—. ¿Se propone unirse a nosotros? ¿O pretende pedirnos que nos rindamos? Es de todos conocido que el Lobo, además de audaz, es

artero.

Ituralde enlazó las manos a la espalda para evitar tocarse el rubí que le adornaba la oreja izquierda. También era de todos conocido que ese gesto suyo denotaba irritación, y a veces lo hacía a propósito, pero ahora necesita mostrar una actitud sosegada. ¡Aun cuando ese hombre estuviera tocándole las narices! No. Calma. Los duelos se entablaban en un momento de ira, pero él había acudido allí para librar otro tipo de contienda que requería calma. Las palabras podían ser armas más mortíferas que las espadas.

—Todos los aquí presentes saben que tenemos otro enemigo en el sur —dijo con voz firme—. Los seanchan han engullido Tarabon.

Recorrió con la mirada los semblantes de los taraboneses, que acogieron sus palabras con gestos impasibles. Nunca había sido capaz de leer los rostros taraboneses. Entre los grotescos bigotes —que parecían colmillos peludos, ¡peores que los de los saldaeninos!— y los absurdos velos, era como si llevasen una máscara, y la escasa luz de las linternas no ayudaba precisamente. Pero los había visto velados con malla, y los necesitaba.

—Han entrado en tropel en el llano de Almoth y siguen avanzando hacia el norte —prosiguió—. Su intención es obvia: se proponen apoderarse también de Arad Doman. Se proponen apoderarse de todo el mundo, me temo.

—¿Quiere lord Ituralde saber a quién apoyaremos si esos seanchan nos invaden? —inquirió Wakeda.

—Espero sinceramente que combatáis por Arad Doman, lord Wakeda —repuso suavemente Ituralde.

Wakeda se puso lívido ante el insulto directo, y sus hombres llevaron las manos a las espadas.

—Los refugiados han traído la noticia de que hay Aiel en el llano ahora —se apresuró a intervenir Shimron, como si temiera que Wakeda rompiera el compromiso de la Cinta Blanca. Ninguno de los hombres de Wakeda desenvainaría su arma a menos que él lo hiciera o les ordenara que lo hicieran—. Luchan por el Dragón Renacido, según los informes. Debe de haberlos enviado él, quizá para ayudarnos. Nadie ha derrotado nunca a un ejército Aiel, ni siquiera Artur Hawkwing. ¿Recordáis la Nieve Sangrienta, lord Ituralde, cuando éramos más jóvenes? Creo que convendréis conmigo en que no los derrotamos, digan lo que digan los historiadores, y no puedo creer que los seanchan cuenten con tantos efectivos como teníamos nosotros entonces. Yo he oído que los seanchan se desplazan hacia el sur, alejándose de la frontera. No, sospecho que la siguiente noticia que nos llegue será que se están retirando del llano, no que avanzan hacia nosotros. —Como comandante de campo no era malo, pero siempre había sido pedante.

Iturralde sonrió. Las noticias llegaban del sur más deprisa que desde ninguna otra

parte, pero había temido que tendría que sacar el tema de los Aiel a colación, y entonces quizás habrían pensado que intentaba engañarlos. Aiel en el llano de Almoth; era algo que a él mismo le costaba creer. No comentó que, si se enviaba Aiel para ayudar a los Conjurados del Dragón, lo más lógico era que hubiesen aparecido en la propia Arad Doman.

—Yo también he preguntado a los refugiados, y me hablaron de asaltantes Aiel, no de ejércitos. Sea lo que sea lo que estén haciendo los Aiel en el llano, puede que haya frenado el avance seanchan, pero no los ha hecho retroceder. Sus bestias voladoras han empezado a explorar a este lado de la frontera. Eso no suena a retirada.

Con un floreo, sacó el papel doblado de la manga y lo sostuvo en alto para que todos vieran la Mano y la Espada impresa en la cera verde azulada. Como venía haciendo últimamente, había utilizado una cuchilla caliente para separar el sello real por un lado, dejándolo intacto, para así poder mostrárselo sin romper a los escépticos. Había habido muchos de ese tipo cuando se enteraban de algunas de las órdenes de Alsalam.

—Tengo orden del rey Alsalam de reunir a todos los hombres que pueda, dondequiera que pueda encontrarlos, y atacar con toda la contundencia posible a los seanchan. —Respiró hondo. Aquí corría otro riesgo, y Alsalam podía hacer que le cortaran la cabeza en el tajo a menos que los dados le fueran favorables—. Ofrezco una tregua. Me comprometo en nombre del rey a no hacer ningún movimiento hostil contra vosotros mientras los seanchan sean una amenaza para Arad Doman, si a vuestra vez os comprometéis a lo mismo y lucháis a mi lado contra ellos hasta que se los haya rechazado.

La respuesta fue un silencio pasmado. Rajabi, con su cuello de toro, se había quedado de una pieza. Wakeda se mordisqueaba el labio como una muchachita asustada.

—¿Se los puede rechazar, lord Ituralde? —mascullo lord Shimron—. Me enfrenté a sus... Aes Sedai encadenadas en el llano de Almoth, como vos.

Las botas rechinaron en el suelo cuando los hombres rebulleron, apoyando el peso ora en un pie, ora en otro. A ninguno le gustaba pensar que estaba indefenso ante un enemigo, pero bastantes habían estado con Ituralde y Shimron en los primeros compases de ese enfrentamiento para saber cómo era ese enemigo.

—Se los puede rechazar, lord Shimron —contestó Ituralde—, aun con sus... pequeñas sorpresas. —Un modo extraño de calificar a la tierra estallando bajo los pies, y a exploradores que montaban lo que parecían Engendros de la Sombra, pero no sólo tenía que aparentar seguridad: también debía actuar y hablar en consecuencia. Además, cuando se sabe lo que el enemigo puede hacer, uno se adapta. Eso había sido una parte esencial en el arte de la guerra antes de que apareciesen los seanchan. La oscuridad reducía las ventajas de los seanchan, al igual que las tormentas, y una

Zahorí siempre podía pronosticar cuándo se avecinaba una—. Un hombre sensato deja de mordisquear cuando llega al hueso —siguió—; pero, hasta ahora, los seanchan han cortado la carne en lonchas finas antes de llevársela a la boca. Me propongo echarles un pernil duro para que muerdan. Lo que es más, tengo un plan para que muerdan tan rápido que se rompan los dientes en el hueso antes de que hayan arrancado un bocado de carne. Bien. Yo he dado mi palabra. ¿Lo haréis vosotros?

Le costó mucho no contener la respiración. Todos los hombres parecían absortos en sí mismos. Podía verlos rumiando. El Lobo tenía un plan. Los seanchan habían encadenado Aes Sedai y volaban en bestias y sólo la Luz sabía qué más. Pero el Lobo tenía un plan. Los seanchan. El Lobo.

—Si hay un hombre que sea capaz de derrotarlos, sois vos, lord Ituralde —dijo finalmente Shimron—. Yo doy mi palabra.

—¡Y yo! —gritó Rajabi—. ¡Los rechazaremos y los haremos volver a través del océano hasta allí de donde proceden!

Cosa sorprendente, Wakeda bramó su aceptación con igual entusiasmo, y entonces estalló un estruendo de voces clamando que suscribían el compromiso con el rey, que aplastarían a los seanchan, e incluso hubo algunos que proclamaron que seguirían al Lobo a la Fosa de la Perdición. Todo muy gratificante, pero Ituralde había ido allí para algo más.

—Si lo que esperáis es que luchemos por Arad Doman —se alzó una voz por encima de las demás—, ¡entonces pedídnoslo!

Los hombres que se habían comprometido dando su palabra bajaron el tono a unos murmullos furiosos y empezaron a mascullar maldiciones entre dientes.

Ituralde ocultó su satisfacción tras una expresión afable y se volvió hacia el que había hablado, en el lado opuesto del salón. El tarabonés era un hombre enjuto, con una nariz aguileña que hacía que el velo pareciera una tienda de campaña. Con todo, sus ojos eran duros y perspicaces. Algunos taraboneses habían fruncido el entrecejo, como si les molestara que hubiese hablado; de modo que, al parecer, tampoco tenían un líder, como ocurría con los domani. Sin embargo, lo importante era que hubiese hablado. Ituralde había esperado obtener la respuesta de los juramentos prestados, pero no eran necesarios para su plan. Los de los taraboneses sí. Al menos, con ellos se centuplicaban las posibilidades de que funcionara. Hizo una cortés inclinación de cabeza al hombre.

—Os ofrezco la oportunidad de luchar por Tarabon, mi estimado señor. Los Aiel están ocasionando cierta confusión en el llano; los refugiados lo han comentado. Decidme, ¿podría una pequeña compañía de vuestros hombres, alrededor de un centenar, cruzar el llano aprovechando ese desorden y entrar en Tarabon, si sus armaduras llevaran franjas como las que lucen los que combaten por los seanchan?

Cualquiera habría pensado que era imposible que el rostro del tarabonés se tornara más tenso, pero lo hizo, y entonces les llegó el turno a los hombres que estaban en ese lado del salón de maldecir entre dientes y mascullar en tono furioso. Habían llegado suficientes noticias al norte para estar al corriente de que había un nuevo rey y una nueva Panarch puestos en los tronos por los seanchan y que habían jurado lealtad a una emperatriz del otro lado del Océano Aricio. Era lógico que no les gustase que les recordaran cuántos de sus compatriotas luchaban por esa emperatriz. La mayoría de los «seanchan» presentes en el llano de Almoth eran taraboneses.

—¿Y qué podría hacer una pequeña compañía? —gruñó el hombre enjuto.

—Muy poco —contestó Ituralde—. Pero ¿y si hubiera cincuenta compañías así? ¿O un centenar? —Estos taraboneses podrían tener, en conjunto, ese número de hombres—. ¿Y si todas atacasen el mismo día, por todo el territorio de Tarabon? Yo mismo cabalgaría con ellos, así como todos aquellos de mis hombres a los que se les pudiera proporcionar una armadura tarabonesa. Así sabríais que esto no es simplemente una estrategia para quitaros de en medio.

A su espalda, los domani empezaron a protestar en voz alta. Wakeda —¡quién lo hubiera dicho!— el que más. Estaba bien lo del plan del Lobo, pero lo querían a él al mando. La mayoría de los taraboneses se pusieron a discutir entre ellos sobre si tantos hombres podrían cruzar el llano sin ser detectados, aunque lo hicieran en grupos tan reducidos, sobre de qué iban a servir esas pequeñas compañías, sobre si estaban dispuestos a llevar armaduras marcadas con las franjas seanchan. Los taraboneses discutían con tanta facilidad como los saldaeninos y con igual acaloramiento. El hombre de nariz aguileña no. Sostuvo firmemente la mirada de Ituralde, y después hizo un ligero gesto de asentimiento con la cabeza. Resultaba difícil de asegurar con ese espeso bigote, pero a Ituralde le pareció que sonreía.

La tensión que mantenía tirantes sus hombros desapareció. El tipo no habría accedido mientras los demás discutían si no tuviera más autoridad de lo que sugerían las apariencias. Los otros irían, estaba convencido. Cabalgarían hacia el sur con él hasta el corazón de lo que los seanchan consideraban suyo, y les darían en plena cara. Los taraboneses querrían quedarse después, naturalmente, y seguir con la lucha en su propia patria. Era lo menos que podía esperar. Lo cual los dejaría, a él y a los pocos miles de hombres que pudiera llevar consigo, en la posición de ser perseguidos y acosados de vuelta al norte, a todo lo ancho del llano de Almoth. Perseguidos y acosados con ferocidad, si la Luz quería.

Devolvió la sonrisa al tarabonés, si es que había sido una sonrisa. Con un poco de suerte, los enfurecidos generales no advertirían hacia dónde los conducía hasta que no fuera demasiado tarde. Y si lo advertían... Bueno, tenía otro plan en reserva.

Elmon Valda se ciñó más la capa mientras caminaba por la nieve entre los

árboles. Frío y regular, el viento susurraba entre las ramas cargadas de nieve, un engañoso sonido quedo en la húmeda luz grisácea. Atravesaba la gruesa lana blanca como si fuese gasa y lo helaba hasta la médula. El campamento que se extendía a su alrededor por el bosque se hallaba sumido en un profundo silencio. El ejercicio proporcionaba un poco de calor, pero en la actual situación los hombres se acurrucaban juntos a menos que se los empujara a moverse.

Se frenó de golpe y encogió la nariz al percibir un hedor repentino, una peste de veinte montones de estiércol plagados de gusanos, tan repulsiva que provocaría arcadas. Pero en lugar de ello su gesto se tornó ceñudo. El campamento carecía de la precisión que le gustaba. Las tiendas se alzaban agrupadas al azar, allí donde las ramas crecían más densas, y con los caballos atados cerca en vez de estacados en hilera, como era debido. Era la clase de dejadez que conducía a la suciedad. Si no se los vigilaba, los hombres enterraban el estiércol de caballo bajo unas cuantas paladas de tierra para acabar antes, y excavaban las letrinas donde no tuvieran que caminar mucho bajo el frío. Cualquiera de sus oficiales que permitiera tal cosa dejaría de ser oficial y aprendería directamente a utilizar una pala.

Recorría con la mirada el campamento para dar con la fuente de la pestilencia cuando de repente el hedor desapareció. No es que el viento cambiara; el olor se desvaneció, simplemente. El sobresalto sólo le duró un instante, y siguió caminando con el ceño aún más pronunciado. La peste había llegado de algún sitio. Descubriría a quienesquiera que hubiesen pensado que la disciplina se había relajado y les daría un castigo ejemplar. La disciplina debía ser estricta, ahora más que nunca.

Al borde del amplio calvero volvió a detenerse. La capa de nieve presentaba un aspecto liso, intacto, a pesar de que al campamento, encubierto por los árboles, se extendía todo en derredor del espacio abierto. Sin abandonar la cobertura de la fronda, escudriñó el cielo. Unas nubes grises lo surcaban raudas y ocultaban el sol de mediodía. Un fugaz movimiento hizo que contuviera la respiración antes de que cayera en la cuenta de que sólo era un pájaro, un bulto pequeño y marrón que, receloso de los halcones, volaba bajo. Soltó una carcajada preñada de resentimiento. Había pasado poco más de un mes desde que los malditos seanchan habían engullido de un solo bocado Amador y la Fortaleza de la Luz, pero él había aprendido a desarrollar instintos nuevos. Los hombres listos aprendían, mientras que los necios...

Ailron había sido un necio, infatuado con viejos cuentos de gloria embellecidos y mejorados con el paso del tiempo y la nueva esperanza de obtener verdadero poder para su corona. Se negó a ver la realidad que tenía ante sus ojos, y el resultado había sido el Desastre de Ailron. Valda había oído denominarlo la Batalla de Jeramel, pero sólo por algunos del escaso puñado de nobles que habían logrado escapar, aturdidos como bueyes entontecidos por un golpe en la nuca, pero aun así intentando de forma mecánica restar importancia a los acontecimientos. Se preguntó cómo lo habría

llamado Ailron cuando las brujas domadas seanchan empezaron a hacer guiñapos sanguinolentos de sus ordenadas filas. Todavía lo veía en su mente, la tierra convirtiéndose en surtidores de fuego. Lo seguía viendo en sus sueños. Bien, Ailron había muerto, sesgada su vida cuando intentaba huir del campo de batalla, y su cabeza expuesta en una lanza tarabonesa. Una muerte apropiada para un necio. Él, por el contrario, tenía más de nueve mil Hijos agrupados. Un hombre con visión de las cosas podía sacar mucho partido en tiempos como los que corrían actualmente.

Al otro extremo del claro, justo tras la línea de árboles, se alzaba una tosca choza con los huecos entre las piedras rellenos con matojos de hierba marrón que antaño había pertenecido a un cisquero y que consistía en una única habitación. Todo indicaba que el hombre había abandonado el lugar hacía tiempo; el techo de paja estaba medio hundido y lo que quiera que hubiese cubierto las estrechas ventanas había desaparecido hacía mucho, reemplazado ahora por oscuras mantas. Había dos guardias apostados junto a la puerta mal encajada, unos tipos corpulentos con el emblema del cayado de pastor, color rojo sangre, detrás del Sol Llameante en sus capas. Se ceñían el cuerpo con los brazos y pateaban el suelo para combatir el frío. Ninguno de los dos habría empuñado la espada a tiempo de que les sirviera de algo si Valda hubiese sido un enemigo. A los interrogadores les gustaba trabajar bajo techo.

Observaron su llegada con rostros pétreos e hicieron un desganado saludo. Para ellos, quien no lucía el cayado de pastor no merecía más, aunque fuera el capitán general de los Hijos. Uno abrió la boca como si fuera a preguntarle el motivo de su visita, pero Valda pasó entre ellos y abrió la tosca puerta. Al menos no intentaron detenerlo. De haberlo hecho, los habría matado a los dos.

Al oírlo entrar, Asunawa alzó la vista de la torcida mesa donde leía detenidamente un pequeño libro. Una de sus huesudas manos se cerraba en torno a una taza de peltre de la que emanaba un aroma a especias. La silla de respaldo de travesaños, la única pieza de mobiliario en la estancia aparte de la mesa, parecía desvencijada, pero alguien la había reforzado con ligaduras de cuero sin curtir. Valda apretó los labios para no sonreír con sorna. El Inquisidor Supremo de la Mano de la Luz exigía un techo de verdad, no una tienda, aunque fuera de paja y requiriera algunos remiendos, así como vino caliente con especias, cuando nadie había probado vino de ninguna clase desde hacía una semana. Hasta las lumbres de cocinar se habían prohibido desde antes del Desastre para evitar que el humo delatara su posición. A pesar de que la mayoría de los Hijos despreciaban a los interrogadores, mostraban por Asunawa una extraña estima, como si el cabello gris y el descarnado rostro de mártir lo convirtieran en el paradigma de todos los ideales de los Hijos de la Luz. Para Valda había sido una sorpresa cuando se enteró; dudaba de que el propio Asunawa lo supiera. En cualquier caso, había suficientes interrogadores para ocasionar problemas. Nada que no pudiera manejar, pero era mejor evitar ese tipo de conflictos.

De momento.

—Es casi la hora —dijo mientras cerraba la puerta tras él—. ¿Estáis preparado?

Asunawa no hizo intención de levantarse ni de coger la blanca capa doblada sobre la mesa, a su lado. En ésa no estaba el Sol Llameante, sólo el cayado rojo sangre. Por el contrario, cruzó las manos sobre el libro, tapando las páginas. A Valda le pareció que era *El camino de la Luz*, de Mantelar. Extraña lectura para el Inquisidor Supremo, más adecuada para los nuevos reclutas; se enseñaba a leer a los que no sabían para que pudieran estudiar las palabras de Mantelar.

—Me ha llegado información sobre la presencia de un ejército andoreño en Murandy, hijo mío. Quizá muy en el interior del país.

—Murandy está muy lejos de aquí —comentó Valda, como si no hubiera reconocido un viejo tema de debate que empezaba de nuevo. Un debate que Asunawa parecía olvidar a menudo que tenía perdido ya. Mas ¿qué hacían unos andoreños en Murandy? Si es que había algo de cierto en los informes; muchos no eran más que fantasías de viajeros envueltas en mentiras. Andor. El mero nombre era como una espina clavada en el recuerdo de Valda. Morgase estaba muerta, o bien era la sierva de algún seanchan. Los seanchan no sentían el menor respeto por títulos que no fueran los suyos. Muerta o sierva, se encontraba fuera de su alcance y, lo que era mucho más importante, sus planes para Andor se habían venido abajo. Galadedrid había pasado de ser una palanca útil a ser un joven oficial más, y uno que era en exceso popular entre los soldados rasos. Los buenos oficiales nunca gozaban de popularidad. Pero Valda era un hombre pragmático. El pasado era pasado. Los planes para Andor habían sido sustituidos por otros.

—No tan lejos si nos dirigimos hacia el este atravesando Altara por el norte, hijo mío. Los seanchan no pueden haberse desplegado muy lejos de Ebou Dar todavía.

Valda extendió las manos para aprovechar el menguado calor que irradiaba el fuego del hogar y suspiró. Se habían extendido como una plaga en Tarabon y allí, en Amadicia. ¿Por qué pensaba ese hombre que Altara era diferente?

—¿Olvidáis las brujas que hay en Altara? ¿He de recordaros que con un ejército propio? A menos que se encuentren ya en Murandy, a estas alturas. —A esa información, la de las brujas en plena marcha, sí le daba crédito. A despecho de sí mismo, levantó la voz—. ¡Quizás ese supuesto ejército andoreño del que os han hablado es el de las brujas! ¡Entregaron Caemlyn a al'Thor, no lo olvidéis! ¡E Illian, y la mitad del este! ¿Creéis de verdad que las brujas están divididas? ¿Lo creéis? —Respiró lenta y profundamente para tranquilizarse. O intentarlo. Cada una de las historias procedentes del este era peor que la anterior. Una ráfaga de aire entró por la chimenea y aventó chispas en la habitación, lo que le hizo retroceder al tiempo que soltaba una maldición. ¡Condenada casucha de campesino! ¡Hasta la chimenea estaba mal construida!

Asunawa cerró el libro bruscamente entre sus palmas. Sus manos estaban unidas como si rezara, pero sus hundidos ojos parecieron repentinamente más ardientes que las ascuas del fuego.

—¡Creo que se debe destruir a las brujas! ¡Eso es lo que creo!

—Me conformaría con saber cómo las doman los seanchan. —Con suficientes brujas domadas podría expulsar a al'Thor de Andor, de Illian y de cualquier otro lugar en el que se hubiese instalando como la propia Sombra. ¡Superaría al propio Hawkwing!

—Hay que destruirlas —reiteró tozudamente Asunawa.

—¿Y a nosotros con ellas? —demandó Valda.

Sonó una llamada en la puerta y en respuesta al seco «adelante» de Asunawa uno de los guardias apareció en el umbral, firme, y saludó golpeando con el puño en el peto.

—Milord Inquisidor Supremo, el Consejo de Ungidos se encuentra aquí — anunció con respeto.

Valda esperó. ¿Seguiría el viejo necio porfiando sobre lo mismo mientras los diez capitanes supervivientes esperaban fuera, montados y listos para partir? Lo hecho, hecho estaba. Lo que hubo de hacerse.

—Si con ello cae la Torre Blanca me doy por satisfecho —respondió finalmente Asunawa—. Por ahora. Asistiré a esa reunión.

—Entonces también me doy por satisfecho. —Valda sonrió fríamente—. Veré de procurar la caída de todas brujas juntas. —Desde luego que lo procuraría—. Os sugiero que mandéis preparar vuestro caballo. Tenemos un largo trecho que recorrer antes de que caiga la noche. —Que Asunawa lo viera o no con él era otra cuestión.

Gabrelle disfrutaba de los paseos a caballo por el bosque nevado con Logain y Toveine. Él siempre iba delante, dejándolas que lo siguieran a su paso en una semblanza de intimidad, siempre y cuando no se quedaran demasiado atrás. Sin embargo, las dos Aes Sedai rara vez hablaban más de lo absolutamente necesario, ni siquiera cuando estaban realmente solas. Distaban mucho de ser amigas. De hecho, a menudo Gabrelle deseaba que Toveine pidiera quedarse cuando Logain les proponía una de esas salidas. Habría sido muy agradable estar realmente sola.

Sosteniendo las riendas con una mano y sujetando con la otra la capa forrada con piel de zorro, se permitió sentir el frío, sólo un poco y únicamente para notar la sensación vigorizante que conllevaba. La capa de nieve no era profunda, pero el frío matinal era intenso. Nubarrones grises anunciaban más nieve, y pronto. En lo alto volaba un ave de grandes alas. Quizás un águila; las aves no eran su punto fuerte. Las plantas y los minerales permanecían quietos mientras se los estudiaba, al igual que pasaba con libros y manuscritos, si bien estos últimos podían deshacerse entre los

dedos si eran muy viejos. De todos modos, apenas distinguía al ave a tanta altura, pero un águila encajaba con el paisaje. Todo en derredor era terreno boscoso, y entre los árboles que estaban más separados crecían densos matorrales. Grandes robles y altísimos pinos y abetos habían matado casi todo el sotobosque, aunque aquí y allí los densos restos marrones de una resistente enredadera, esperando la aún distante primavera, se aferraban a un peñasco o a un bajo saliente de piedra gris. Retuvo cuidadosamente en su memoria, como un ejercicio de novicia, aquel paisaje frío y solitario.

Sin nadie más a la vista excepto sus dos compañeros casi podía imaginar que se encontraba en cualquier otro lugar que no fuera la Torre Negra. Ahora ese nombre espantoso acudía con facilidad a su mente. Algo tan real como la Torre Blanca, y que ya no era «la así llamada» para cualquiera que posara la vista en los grandes edificios de piedra de los barracones, donde se albergaban cientos de hombres en fase de entrenamiento, y el pueblo que había crecido a su alrededor. Llevaba viviendo en aquel pueblo casi dos semanas, y aún había partes de la Torre Negra que no había visto. Su recinto ocupaba kilómetros, rodeado por los inicios de un muro de piedra negra. Con todo, casi podía olvidarlo allí, en el bosque.

Casi. Salvo por el manojo de sensaciones y emociones —la esencia de Logain Ablar— que siempre estaba presente en algún rincón de su mente cual una constante conciencia de cautela controlada, de músculos siempre a punto de tensarse. Un lobo al acecho podría sentirse así, o quizás un león. La cabeza del hombre no dejaba de moverse; incluso allí vigilaba los alrededores como si esperara un ataque.

Nunca había tenido Guardián —para las Marrones eran una extravagancia inútil; un criado podía hacer todo lo que precisaba—, y era una sensación extraña formar parte de un vínculo, pero más aún lo era encontrarse en el lado equivocado, por decirlo de algún modo. Peor que en el lado equivocado: ese vínculo le exigía obedecer y estaba plagado de prohibiciones. Así que, en realidad, no era igual que el vínculo con un Guardián. Las hermanas no obligaban a los Guardianes a obedecer. Bueno, no con frecuencia. Y las hermanas no vinculaban hombres a la fuerza desde hacía siglos. Con todo, le proporcionaba un tema fascinante para el estudio. Había trabajado en interpretar lo que sentía. A veces casi podía leerle la mente a Logain. Otras era como avanzar a tientas por el pozo de una mina sin llevar linterna. Supuso que también intentaría estudiar la situación si tuviera extendido el cuello en el tajo del verdugo. Lo que, en un sentido muy real, era lo que le pasaba. Él podía sentirlas tan bien como a la inversa.

No debía olvidar eso. Puede que algunos Asha'man pensaran que las Aes Sedai se habían resignado a la cautividad, pero sólo un necio creería que cincuenta y una hermanas vinculadas a la fuerza aceptarían la situación en su totalidad, y Logain no era necio.

Además, sabía que las habían enviado para destruir la Torre Negra. Empero, si llegaba a sospechar que aún intentaban encontrar el modo de poner fin a la amenaza de cientos de hombres capaces de encauzar... ¡Luz, obligadas como estaban por el vínculo, una simple orden podía pararlas en seco! «No harás nada que perjudique a la Torre Negra.» No entendía por qué esa orden no se había dado, aunque sólo fuera por precaución. Tenían que lograrlo. Si fracasaban, el mundo estaba condenado.

Logain se giró en la silla, una figura imponente de anchos hombros embutida en una chaqueta de corte perfecto, negra como boca de lobo, sin una sola pincelada de color a excepción de la Espada de plata y el Dragón esmaltado prendidos en los picos del cuello alto. Llevaba echada hacia atrás la negra capa, como negándose a permitir que el frío lo tocara. Quizás era así; esos hombres parecían creer que tenían que luchar contra todo, todo el tiempo. Logain le sonrió —¿tranquilizadoramente?— y Gabrelle parpadeó. ¿Había transmitido demasiada ansiedad a través del vínculo? Era una danza tan delicada tratar de controlar las emociones, ofrecer justo las reacciones correctas... Era casi como pasar la prueba para obtener el chal, donde cada tejido tenía que hacerse exactamente de cierto modo, sin la menor vacilación, a despecho de cualquier tipo de distracción, sólo que esta prueba seguía y seguía y seguía.

El hombre volvió su atención hacia Toveine, y Gabrelle soltó un suave suspiro. Entonces, no había sido más que una sonrisa. Un gesto amistoso. A menudo se mostraba agradable. Habría resultado simpático si hubiera sido cualquier otra cosa salvo lo que era.

Toveine le devolvió la sonrisa y Gabrelle tuvo que hacer un esfuerzo para no sacudir la cabeza con sorpresa, y no por primera vez. Se caló un poco más la capucha, como para resguardarse del frío, a fin de ocultar la cara a la par que le dejaba campo de visión para atisbar en derredor, y observó subrepticiamente a la hermana Roja.

Todo cuanto sabía de la otra mujer indicaba que guardaba sus odios a ras de superficie, si es que lo hacía, y Toveine detestaba a los hombres que encauzaban tan profundamente como cualquier Roja que Gabrelle conocía. Cualquier Roja despreciaría a Logain Ablar tras las manifestaciones que había hecho de que el Ajah Rojo lo había empujado a convertirse en un falso Dragón. Aunque ya no hablaba de ello, el daño estaba hecho. Había hermanas cautivas que miraban a las Rojas como si creyeran que ellas, al menos, habían caído en una trampa de la que eran responsables. Y, sin embargo, ¡Tovaine le sonreía casi como una muchachita boba! Gabrelle se mordisqueó el labio inferior en un gesto perplejo. Sí, Desandre y Lemai les habían ordenado a todas que procuraran mantener una relación cordial con los Asha'man que tenían sus vínculos —los hombres debían confiarse antes de que ellas pudiesen hacer algo útil—; pero, aunque Tovaine había admitido que tenía que ser así, se encrespaba sin tapujos a cada orden de cualquiera de las dos hermanas. Había detestado tener que cederles el mando y quizá se habría negado a hacerlo si la propia Lemai no hubiera

pertenecido igualmente al Rojo. También odiaba el hecho de que nadie reconociera su autoridad tras haberlas conducido a la cautividad. Y, sin embargo, había sido entonces cuando empezó a sonreír a Logain.

Y, bien pensado, ¿cómo podía Logain, estando unido con ella a través del vínculo, interpretar esa sonrisa de otro modo que no fuera un engaño? Gabrelle también había hurgado ese núcleo en ocasiones sin llegar ni remotamente a desatarlo. Él sabía muchas cosas sobre Toveine, aunque habría bastado con saber cuál era su Ajah. Aun así, Gabrelle percibía tan poca desconfianza en el hombre cuando miraba a la hermana Roja como cuando la miraba a ella. Eso no significaba que Logain no denotara recelo; desconfiaba de todo el mundo, aparentemente. Pero mostraba menos recelo de cualquier hermana que de algunos Asha'man. Tampoco eso tenía sentido.

«No es necio —se recordó—. Entonces, ¿por qué? Y también ¿por qué la actitud de Tovaine? ¿Qué estará maquinando?»

De repente la Roja le dedicó a ella esa sonrisa aparentemente afectuosa y habló como si Gabrelle hubiese hecho una de sus preguntas en voz alta.

—Estando tú cerca, es casi como si yo no existiera. Lo has hecho tu prisionero, hermana.

Cogida por sorpresa, Gabrelle se sonrojó a despecho de sí misma. Toveine nunca conversaba, y decir que desaprobaba la situación de Gabrelle con Logain era más que quedarse corto. Seducirlo le había parecido el modo más obvio de aproximarse a él lo suficiente para descubrir sus planes, sus puntos débiles... Después de todo, aunque fuera un Asha'man, ella era Aes Sedai desde mucho antes de que él naciera, y estaba lejos de ser inocente en lo relativo a los hombres. Logain se había sorprendido tanto cuando se dio cuenta de lo que ella hacía que a Gabrelle casi le pareció que el inocente era él. Qué tonta. Hacer de domani resultó que escondía muchas sorpresas y algunas trampas, la peor de todas una que jamás podría revelar a nadie. Algo que, sin embargo, mucho se temía que Toveine sabía, al menos en parte. Pero, entonces, cualquier hermana que hubiera seguido su ejemplo también debía de saberlo. Ninguna había hablado del problema ni creía que lo hiciera, por supuesto. Logain podría enmascarar el vínculo —de un modo burdo que, a su juicio, le permitía aún encontrarlo por mucho que ocultara sus emociones— pero a veces, cuando compartían la almohada, el hombre dejaba caer la máscara. Como mínimo, los resultados eran... devastadores. Entonces no había calmada mesura, no había frío estudio. Ni tampoco asomo de raciocinio.

Se apresuró a invocar de nuevo la imagen del paisaje nevado y enfocó su mente en ella. Árboles, peñascos y blanca y lisa nieve. Lisa y fría nieve.

Logain no giró la cabeza para mirarla ni dio señal alguna de haber percibido nada, pero el vínculo le revelaba que era consciente de su momentánea pérdida de control. ¡El hombre rebosaba presunción! ¡Y satisfacción! Contuvo la rabia a duras penas.

Pero él esperaría que se pusiera furiosa, ¡así lo fulminara la Luz! Tenía que saber lo que sentía por él. ¡No obstante al tipo debió de parecerle divertido a más no poder que ella se dejara invadir por la ira, a juzgar por su desbordante regocijo! ¡Y ni siquiera intentó disimularlo!

Gabrelle advirtió que Toveine esbozaba una sonrisilla satisfecha, pero sólo dispuso de un momento para preguntarse por qué.

Habían pasado la mañana solos, pero entonces apareció otro jinete entre los árboles, un hombre de negro, sin capa, que hizo virar su caballo en su dirección cuando los vio y clavó los talones en los flancos del animal para que apretara el paso a pesar de la nieve. Logain, en una actitud que era la personificación de la calma, frenó al caballo para esperar, pero Gabrelle se puso en tensión cuando detuvo su montura junto a la de él. Las sensaciones transmitidas por el vínculo habían cambiado. Ahora eran las de un lobo agazapado y listo para atacar en cualquier momento. Habría esperado ver sus manos en la empuñadura de la espada, en lugar de reposando sobre la perilla de la silla.

El recién llegado era casi tan alto como Logain, con el rubio y ondulado cabello cayéndole sobre los anchos hombros, y exhibía una sonrisa encantadora. Gabrelle sospechaba que el tipo sabía que resultaba encantadora; era demasiado guapo para no saberlo, mucho más que Logain, a quien las fraguas de la vida le habían endurecido y aguzado el semblante. El del joven seguía siendo suave. Con todo, la Espada y el Dragón adornaban el cuello de su chaqueta. Observó a las dos hermanas con un brillo en los azules ojos.

—¿Te acuestas con las dos, Logain? —preguntó con su voz de timbre grave—. La llenita tiene una mirada fría, pero la otra parece bastante ardiente.

Toveine soltó un siseo furioso, y Gabrelle apretó los dientes. No había puesto especial empeño en ocultar lo que hacía —no era una cairhienina para esconder en la intimidad lo que le avergonzaba en público— pero eso no implicaba que se gastaran bromas al respecto. ¡Peor aún, el tipo hablaba como si fueran mozas de taberna ligeras de cascos!

—No quiero volver a oírte decir eso, Mishraile —advirtió Logain en tono quedo.

Gabrelle se dio cuenta de que el vínculo había cambiado de nuevo. Ahora era frío; tanto como para que la nieve pareciese cálida en comparación. Como para que una tumba pareciese cálida. Había oído antes ese nombre, Atal Mishraile, y había percibido desconfianza en Logain al pronunciarlo —mucha más de la que mostraba por Toveine o por ella—, pero ahora era una sensación de ansias de matar. Casi le entraron ganas de reír. El hombre la tenía prisionera ¿y estaba dispuesto a actuar con violencia por defender su reputación? Sí, por una parte le daban ganas de echarse a reír, pero al mismo tiempo tomó nota del detalle. Hasta la más mínima información podía serle útil. El chico no dio señales de haber oído la amenaza. Su sonrisa no se

alteró un ápice.

—El M'Hael dice que puedes ir si quieres. No entiendo por qué deseas ocuparte del reclutamiento.

—Alguien tiene que hacerlo —respondió Logain con aire indiferente.

Gabrelle intercambió una mirada de desconcierto con Toveine. ¿Por qué quería Logain ocuparse del reclutamiento? Habían visto grupos de Asha'man regresando de esa tarea, y siempre llegaban cansados de Viajar largas distancias y además sucios e irritables. Al parecer, los hombres que anunciaban al Dragón a bombo y platillo no siempre tenían una buena acogida, incluso antes de que la gente supiera lo que buscaban realmente. ¿Y por qué Toveine y ella no sabían nada del asunto hasta ese momento? Gabrelle habría jurado que Logain le contaba todo cuando yacían juntos.

—Hay Dedicados y soldados de sobra para hacer ese tipo de trabajo. —Mishraile se encogió de hombros—. Claro que también entiendo que te aburra ocuparte todo el tiempo del entrenamiento. Me refiero a enseñar a unos necios a moverse a hurtadillas por el bosque y a escalar riscos como si no encauzaran ni pizca. Hasta un pueblucho de mala muerte debe de parecer más interesante. —Su sonrisa cambió a otra de suficiencia, desdeñosa y en absoluto encantadora—. Quizá si se lo pides al M'Hael, te dejará unirte a sus clases en el palacio. Entonces no te aburrirías, desde luego.

El semblante de Logain no cambió de expresión, pero Gabrelle percibió un ramalazo de ira a través del vínculo. Había oído algunos chismes sobre las clases privadas de Mazrim Taim, pero lo único que sabían realmente las hermanas era que Logain y sus compinches no confiaban en Taim ni en ninguno de los que asistían a esas clases, y que al parecer Taim tampoco se fiaba de Logain. Por desgracia, lo que las hermanas habían conseguido averiguar sobre esas clases era muy limitado; ninguna de ellas estaba vinculada a un hombre de la facción de Taim. Algunas pensaban que la desconfianza se debía a que ambos hombres habían afirmado ser el Dragón Renacido, o incluso que era señal de la demencia que acechaba. Gabrelle no había detectado evidencia alguna de locura en Logain, y estaba tan atenta a captar cualquier síntoma de ello como lo estaba a cualquier indicio de que el hombre fuera a encauzar. Si seguía vinculada a él cuando perdiera la razón también podría afectarla a ella. No obstante, había que sacar provecho de lo que quiera que hubiese causado la brecha existente entre los Asha'man.

La sonrisa de Mishraile se borró simplemente con la mirada que Logain le dirigió.

—Que disfrutes con tus puebluchos —dijo finalmente a la par que hacía dar media vuelta a su caballo. El brusco taconazo hizo que el animal saliera disparado mientras él agregaba en voz alta—: La gloria nos aguarda a algunos, Logain.

—Es posible que no disfrute durante mucho tiempo de su dragón —rezongó Logain, sin quitar ojo al otro hombre mientras se alejaba a galope—. Habla más de la cuenta.

Gabrelle no creía que se refiriera a su comentario sobre Toveine y ella, pero ¿qué más podía ser? ¿Y por qué de repente estaba preocupado? Lo disimulaba muy bien, sobre todo teniendo en cuenta el vínculo, pero lo estaba. ¡Luz, a veces parecía que saber lo que bullía en la cabeza del hombre confundía aún más las cosas!

Inesperadamente, Logain volvió la vista hacia las dos con gesto escrutador. Un nuevo hilo de preocupación se deslizó por el vínculo. ¿Hacia ellas? ¿O —una idea extraña— por ellas?

—Me temo que habremos de interrumpir el paseo —dijo al cabo de un momento —. Tengo que ocuparme de ciertos preparativos.

No puso su cabalgadura a galope, pero sí marcó un paso más rápido de vuelta al pueblo que cuando habían salido de él. Iba concentrado en algo, absorto en sus cavilaciones, supuso Gabrelle. El vínculo zumbaba prácticamente. Debía de cabalgar por mero instinto.

No habían recorrido mucho trecho cuando Toveine acercó su caballo al de Gabrelle. Se inclinó en la silla para clavar en la otra mujer una intensa mirada a la par que echaba ojeadas rápidas a Logain, como si temiera que el hombre se volviera y las sorprendiera hablando. Nunca parecía prestar atención a lo que le transmitía el vínculo. El esfuerzo dividido en ambas cosas la hacía bambolearse en la silla, con el peligro de sufrir una caída.

—Tenemos que ir con él —susurró la Roja—. Cueste lo que cueste, tienes que conseguirlo. —Al ver que Gabrelle enarcaba las cejas, Toveine tuvo al menos el detalle de sonrojarse, pero no por ello dejó de insistir—. No podemos permitirnos el lujo de que nos deje atrás —se apresuró a añadir—. Ese hombre no renunció a sus ambiciones cuando vino aquí. Sea cual sea la vileza que planea, no podemos hacer nada si no estamos con él cuando intente llevarla a cabo.

—Puedo ver lo que tengo delante de las narices —replicó secamente Gabrelle, y sintió alivio cuando Toveine se limitó a asentir con la cabeza y guardó silencio.

Gabrelle apenas conseguía controlar el temor que empezaba a invadirla. ¿Es que Tovaine nunca pensaba en lo que debía de percibir a través del vínculo? Algo que siempre había estado presente en la conexión con Logain —la determinación— ahora se percibía tan punzante y acerada como un cuchillo. Creía que esta vez sabía lo que significaba, y saberlo le dejaba la boca seca. Ignoraba contra quién, pero estaba convencida de que Logain Ablar cabalgaba a la guerra.

Yukiri descendía lentamente por uno de los amplios corredores que penetraban en la Torre Blanca describiendo una espiral; se sentía tan irascible como un gato hambriento. Casi era incapaz de escuchar lo que le decía la hermana que caminaba a su lado. La luz de la mañana aún era escasa, amortiguada por la densa nevada que caía sobre Tar Valon, y en los pisos intermedios de la Torre hacía tanto frío como un

invierno en las Tierras Fronterizas. Bueno, quizá no tanto, admitió al cabo de un momento. Hacía años que no viajaba tan al norte, y la memoria ampliaba lo que no reducía. Tal era la razón de que los datos escritos fueran tan importantes. Salvo cuando uno no se atrevía a poner nada por escrito. Con todo, el frío era intenso. A pesar del ingenio y la destreza de los constructores, el calor de las grandes calderas del sótano nunca llegaba a esa altura. Las corrientes hacían titilar las llamas de las lámparas de pie doradas, y algunas ráfagas eran tan fuertes como para agitar los pesados tapices jalonados a lo largo de las blancas paredes y que mostraban flores primaverales, bosques, aves y animales exóticos, alternando con escenas de los triunfos de la Torre que jamás se exhibirían en las zonas públicas de abajo. Sus propios aposentos, con las chimeneas encendidas, habrían resultado mucho más acogedores en otros tiempos.

Las noticias del mundo exterior bullían en su cabeza a despecho de sus esfuerzos por evitarlo. O más bien, con mayor frecuencia, la falta de noticias. Lo que informaban los agentes de Altara y Arad Doman era todo confusión, y los pocos reportes que volvían a filtrarse de Tarabon resultaban alarmantes. Los rumores situaban a los dirigentes de las Tierras Fronterizas en cualquier punto entre la Llaga y Amadicia, pasando por Andor, y en el Yermo de Aiel; el único hecho confirmado era que ninguno se encontraba donde se suponía que debían estar: vigilando la Frontera de la Llaga. Los Aiel se hallaban por todos lados y finalmente fuera del control de al'Thor, al parecer, si es que alguna vez habían estado bajo su control. Las últimas nuevas de Murandy la hicieron desear rechinar los dientes y llorar a la vez, mientras que en Cairhien... Hermanas por todo el Palacio del Sol, algunas sospechosas de ser rebeldes y ninguna de ser leal, y seguían sin llegar noticias de Coiren y su embajada desde que habían salido de la ciudad, aunque ya deberían haber regresado a Tar Valon hacía tiempo. Y, por si eso fuera poco, el propio al'Thor había desaparecido otra vez como una pompa de jabón. ¿Sería verdad lo que se contaba de que había medio destruido el Palacio del Sol? ¡Luz, ese hombre no podía volverse loco aún! ¿O tal vez la estúpida oferta de Elaida de «protección» lo había asustado y se había escondido? ¿Lo habría asustado algo? Él sí la asustaba. Y también al resto de la Antecámara, por mucho que quisieran aparentar que no le daban importancia.

La única verdad era que cualquiera de esas cosas tenía tan poca importancia como una gota en una tromba de agua. Saberlo no mejoraba su estado de ánimo lo más mínimo. Preocuparse por estar enganchada en un macizo de rosas, aun cuando las espinas pudieran acabar por producir la muerte, era un lujo si una tenía la punta de un cuchillo pegada a las costillas.

—Cada vez que ha salido de la Torre en los últimos diez años ha sido para ocuparse de sus propios asuntos, de modo que no hay informes recientes que comprobar —murmuró su compañera—. Es difícil descubrir dónde ha estado

exactamente y mantener la... discreción.

Con el cabello rubio oscuro sujeto con peinetas de marfil, Meidani era alta y lo bastante esbelta para que pareciera descompensada por el busto, un efecto que resaltaban más aún el ajustado corpiño con bordados en plata vieja y la postura inclinada con la que caminaba para acercar la boca al oído de Yukiri. Llevaba el chal echado por las muñecas, de manera que los largos flecos grises arrastraban por las baldosas.

—Ponte derecha —gruñó quedamente Yukiri—. No tengo los oídos taponados.

La otra mujer se irguió bruscamente a la par que un tenue rubor le teñía las mejillas. Recogió el chal en los antebrazos y medio giró la cabeza para mirar a Leonin, su Guardián, que las seguía a una discreta distancia. Si ellas apenas oían el débil tintineo de las campanillas de plata sujetas a las negras trenzas del hombre, éste no podía escuchar nada de lo que hablaran en un tono moderado. Leonin sólo sabía lo imprescindible —muy poco, de hecho, excepto que su Aes Sedai quería ciertas cosas de él; eso era suficiente para un buen Guardián—, y podría causar problemas si sabía demasiado, pero tampoco era necesario que susurraran. Cuando la gente veía susurrar a alguien, quería descubrir qué secreto guardaba.

Sin embargo, la otra Gris no era la causa de la irritación de Yukiri como no lo era el mundo exterior, aunque la mujer fuese una corneja con plumas de cisne. Bueno, no la causa principal. Muy desagradable, una rebelde fingiendo lealtad. Pero se alegraba de que Saerin y Pevara la hubiesen convencido de no entregar a Meidani y sus hermanas cornejas a la ley de la Torre. Ahora tenían cortadas las alas y resultaban útiles. Por ello podrían obtener cierto grado de clemencia cuando se enfrentaran a la justicia. Claro que, cuando saliera a la luz el juramento que había cortado las alas a Meidani, la propia Yukiri podría encontrarse pidiendo clemencia. Fueran o no rebeldes, lo que las otras y ella habían hecho con Meidani y sus cómplices era un delito tan punible como el asesinato. O la traición. Un juramento de obediencia personal —prestado sobre la propia Vara Juratoria, y prestado bajo coacción— se acercaba mucho a la Compulsión, que estaba claramente prohibida, ya que no realmente determinada. Aun así, a veces una tenía que tiznar el enlucido para que salieran los avispones con el humo, y el Ajah Negro era un nido de avispones con aguijones venenosos. La ley se cumpliría en su momento —sin ley no había nada—, pero lo que a ella tenía que preocuparle era si sobreviviría a la tarea de destapar el avispero, más que el castigo que le impusiera la ley. Los cadáveres no tienen que preocuparse por los castigos.

Indicó con un gesto seco a Meidani que continuara, pero no bien la otra mujer había abierto la boca cuando tres Marrones giraron en una esquina desde otro pasillo, justo delante de ellas, haciendo alarde de sus chales como si fuesen Verdes. Yukiri conocía por encima a Marris Cerroespino y a Doraise Mesianos, del modo que las

Asentadas conocían a hermanas de otros Ajahs que pasaban largos períodos en la Torre, que era lo mismo que decir lo suficiente para identificar rostros con nombres y poco más. Afables y absortas en sus estudios era como las habría descrito de habérsele insistido en que diera su opinión. Elin Warrel hacía tan poco que había sido ascendida al chal que todavía hacía reverencias de manera instintiva. No obstante, en lugar de dedicar una reverencia a una Asentada, las tres miraron a Yukiri y a Meidani como mirarían unos gatos a unos perros desconocidos. O puede que a la inversa. Ni el menor asomo de afabilidad en esas miradas.

—¿Puedo preguntarte sobre un punto de la ley arafelina, Asentada? —inquirió Meidani con tanta soltura como si aquello fuera realmente lo que había tenido intención de decir desde el principio.

Yukiri asintió, y Meidani empezó a parlotear sobre derechos de pesca en ríos o lagos, una elección muy poco inspirada. Un magistrado podría pedir a una Aes Sedai que atendiera a un caso de derechos de pesca, pero sólo para reafirmar su propia opinión si estaba involucrada gente poderosa y le preocupara una apelación al trono.

Un único Guardián seguía a las Marrones —Yukiri no recordaba si era de Marris o de Doraise—, un tipo de constitución robusta, de rostro redondo y expresión dura, con el oscuro cabello anudado en lo alto de la cabeza, que miró a Leonin y las espadas que llevaba a la espalda con una desconfianza sin duda transmitida por su Aes Sedai. Las dos mayores pasaron corredor arriba con la cabeza levantada, mientras la recién ascendida las seguía ansiosamente para no quedarse atrás. El Guardián caminaba tras ellas irradiando la actitud de un hombre en campo enemigo.

En la actualidad, la hostilidad era demasiado habitual. Los muros invisibles entre los Ajahs, antaño apenas lo bastante gruesos para ocultar los misterios de cada Ajah, se habían convertido en murallas de piedra con fosos; abismos profundos y anchos. Las hermanas nunca salían solas de la sección de sus Ajahs, a menudo llevaban a sus Guardianes incluso a la biblioteca y a los comedores, y siempre lucían sus chales como si, de no hacerlo, alguien pudiera equivocar su Ajah. La propia Yukiri lucía el mejor que tenía, bordado con hilos de plata y oro y la orla de flecos tan largos que le llegaba a los tobillos, así que suponía que también ella alardeaba un poco de Ajah. Y últimamente había empezado a considerar que doce años sin Guardián eran bastantes. Una idea horrible, una vez que localizó su origen. Ninguna hermana debería necesitar un Guardián dentro de la Torre Blanca.

No por primera vez le vino a la cabeza la idea de que alguien tenía que mediar entre los Ajahs, y cuanto antes, o las rebeldes entrarían por la puerta principal dando saltos, atrevidas como ladrones, y vaciarían la casa mientras las demás se peleaban por quién se quedaba con el peltre de la tía abuela Sumi. Pero el único extremo del hilo que veía para empezar a resolver la riña era que Meidani y sus amigas admitiesen públicamente que las rebeldes las habían enviado a la Torre para difundir rumores —

¡historias que aún insistían en que eran ciertas!— sobre que el Ajah Rojo había creado a Logain como un falso Dragón. ¿Sería verdad? ¿Sin que Pevara lo supiera? Era imposible imaginar que a una Asentada, especialmente Pevara, se la hubiese podido engañar así. En cualquier caso, a estas alturas muchas otras cosas se habían acumulado sobre esa pequeña parte de todo el enredo, tantas que ésa poco podía importar por sí misma. Además, echaría a perder la ayuda de diez de las catorce mujeres de las que sabía a ciencia cierta que no pertenecían al Ajah Negro —por no mencionar que probablemente saldría a la luz lo que las demás estaban haciendo— antes de que se hubiera calmado la tormenta que desataría ese asunto.

Sufrió un escalofrío que nada tenía que ver con las corrientes del corredor. Ella o cualquier otra que revelara la verdad moriría antes de que la tormenta acabara, ya fuera por un supuesto accidente o en la cama. O simplemente desaparecería, abandonando aparentemente la Torre, y nunca más se la volvería a ver. De eso estaba segura. Cualquier evidencia se enterraría tan profundamente que ni un ejército con palas la extraería jamás. Incluso los rumores podían cubrirse con una capa de enlucido. Ya había ocurrido antes. El mundo y la mayoría de las hermanas aún creían que Tamra Ospenya había muerto en su lecho. Ella misma lo había creído. Debían tener al Ajah Negro empaquetado y atado todo lo posible antes de arriesgarse a actuar abiertamente.

Meidani continuó con su informe una vez que las Marrones estuvieron a una distancia segura, pero volvió a guardar silencio unos instantes después cuando, justo delante de ellas, una mano grande y velluda apartó repentinamente un tapiz desde atrás. Una corriente helada salió por el vano que ocultaba el tapiz de llamativas aves de colores de las Tierras Anegadas, y un tipo corpulento, con una gruesa chaqueta de trabajo de color marrón, entró de espalda al corredor tirando de una carretilla cargada a tope con leña de nogal que otro criado, también vestido con una tosca chaqueta, empujaba por el otro extremo. Trabajadores corrientes; ninguno lucía la Llama Blanca en el pecho.

Al ver a dos Aes Sedai, los hombres dejaron caer apresuradamente el tapiz, empujaron afanosamente la carretilla contra la pared a la par que intentaban hacer reverencias, y estuvieron a punto de volcar la carga, lo que los obligó a agarrar frenéticamente la carretilla ladeada mientras seguían inclinándose sin parar. Sin duda habían esperado acabar su trabajo sin topar con ninguna hermana. Yukiri siempre había sentido lástima por la gente que tenía que subir leña y agua y todo lo demás por las rampas de la servidumbre desde la planta baja, pero pasó junto a los dos hombres con el ceño fruncido.

Las conversaciones mantenidas mientras se caminaba no llegaban a oídos no deseados, y los corredores en las zonas comunes le habían parecido un buen sitio para hablar en privado con Meidani. Mucho mejor que sus propios aposentos, donde

cualquier salvaguarda contra cualquiera que escuchara a escondidas sólo serviría para anunciar a todo el mundo en el sector del Ajah Gris que estaba discutiendo algo secreto, y, lo que era mucho peor, con quién. En la actualidad sólo había unas doscientas hermanas en la Torre, un número que el gran edificio podía engullir y dar la impresión de encontrarse desierto; y, puesto que todo el mundo mantenía las distancias, las zonas comunes deberían haberse encontrado vacías. Es lo que había pensado.

Había contado con los criados uniformados yendo de aquí para allí apresuradamente para comprobar los pábilos de las lámparas y los niveles del aceite, y a los trabajadores corrientes que no pertenecían a la servidumbre acarreando cestos de mimbre con la Luz sabía qué. Siempre se los encontraba atareados a primeras horas del día, preparando la Torre para la jornada, pero hacían reverencias precipitadas y enseguida se escabullían para alejarse de una hermana. A una distancia desde la que no podían oír. Los criados de la Torre sabían cómo actuar con tacto, principalmente porque a cualquier sirviente al que se sorprendiera escuchando a escondidas a una hermana se lo ponía de patitas en la calle. Teniendo en cuenta el ambiente que había en la Torre, los sirvientes se mostraban especialmente raudos a fin de evitar escuchar por casualidad lo que no debían.

Lo que no se le había ocurrido pensar era que tantas hermanas hubiesen elegido salir de sus aposentos, en grupos de dos o tres, a pesar de la temprana hora y del frío: las Rojas procurando mirar fijamente a cualquiera que encontraran excepto otras Rojas; las Verdes y las Amarillas compitiendo por la corona de la altanería; y las Marrones haciendo lo posible para superarlas a ambas. Unas cuantas Blancas, todas salvo una sin Guardián, trataban de mantener un aire de desapasionado razonamiento aunque las sobresaltaran hasta sus propios pasos. Un pequeño grupo se perdía de vista y no habían pasado más que unos minutos cuando aparecía otro, de modo que Meidani había empleado tanto tiempo en chacharear sobre puntos de la ley como en darle su informe.

Lo peor de todo era que en dos ocasiones unas Grises habían sonreído con lo que parecía una expresión de alivio al ver a otras de su Ajah, y se habrían unido a ellas si Yukiri no hubiese sacudido la cabeza. Cosa que la enfureció muchísimo, porque así quedaba claro para todo el mundo que tenía una razón especial para estar a solas con Meidani. Aun en el caso de que el Ajah Negro no lo advirtiera, eran muchas las hermanas que espiaban a otros Ajahs hoy en día; y, a despecho de los Tres Juramentos, las cosas que contaban iban creciendo a medida que se transmitían. Con Elaida intentando meter en vereda a los Ajahs a la fuerza bruta, esas historias tenían como resultado castigos demasiado a menudo, y en el mejor de los casos lo que podía hacerse era fingir que tales castigos se los había impuesto una a sí misma por motivos propios. Yukiri ya había sufrido uno de esos castigos y no le apetecía en absoluto

perder días fregando suelos otra vez, sobre todo ahora, cuando tenía en su plato más de lo que podía comer. ¡Y optar por la alternativa, que era una visita privada a Silviana, no era mejor aun cuando haciéndolo ahorrase tiempo! Elaida parecía más feroz que nunca desde que había empezado a llamar a Silviana para sus supuestos castigos privados. Toda la Torre aún bullía a costa de eso.

Por mucho que odiara admitirlo, todas esas cosas la hacían ir con cuidado en la forma en que miraba a las hermanas que veía. Si se sostenía demasiado la mirada, podía parecer que se estaba espiando. Si se apartaba la vista demasiado rápido, una parecía sospechosa, con el mismo resultado. Aun así, le costó un gran esfuerzo evitar observar con atención a un par de Amarillas que avanzaban por un corredor transversal como reinas por su palacio.

Ya que Atuan Larisett no tenía Guardián, el atezado y robusto Guardián que las seguía a cierta distancia debía de ser de Pritalle Nerbaijan, una mujer de ojos verdes que se había librado en gran parte de la nariz saldaenina. Yukiri sabía muy poco sobre Pritalle, pero indagaría más tras haberla visto conversando privadamente con Atuan. La tarabonesa, con el vestido gris de cuello alto y cuchilladas amarillas y el chal de seda, era muy atractiva. Su oscuro cabello, recogido en finas trenzas rematadas con cuentas de colores que le llegaban a la cintura, enmarcaba un rostro que resultaba perfecto sin ser hermoso. Incluso era bastante modesta considerando que era una Amarilla. Sin embargo, era la mujer que Meidani y las otras intentaban investigar sin que las descubriera; la mujer cuyo nombre temían pronunciar en voz alta salvo tras una fuerte salvaguardia. Atuan Larisett era una de las tres únicas hermanas Negras que Talene conocía. Se organizaban en grupos que llamaban «núcleos» formados por tres mujeres, y cada una conocía a otra más de un núcleo distinto que sus dos compañeras no conocían. Atuan era esa «otra más» que conocía Talene, de modo que había esperanza de que pudiera conducirlas a otras dos.

Justo antes de que la pareja se perdiera de vista tras una esquina, Atuan alzó la vista al sector más alto del corredor espiral. Su mirada sólo pasó fugazmente sobre Yukiri, pero fue suficiente para que a ésta se le subiera el corazón a la garganta. Siguió caminando, manteniendo un gesto sosegado merced a un esfuerzo, y se arriesgó a echar una rápida ojeada cuando llegaron a una esquina. Atuan y Pritalle ya habían recorrido un trecho de corredor, de camino hacia el anillo exterior. El Guardián se interponía entre las dos mujeres y el campo de visión de Yukiri, pero tampoco miraba hacia atrás. Pritalle negaba con la cabeza. ¿A algo que decía Atuan? Estaban demasiado lejos para que Yukiri escuchara algo salvo el débil taconeo del atezado Guardián al caminar. Sólo había sido una mirada de pasada. Por supuesto que sí. Apresuró el paso para quitarse de la vista si alguna de ellas miraba hacia atrás y soltó la respiración que ni siquiera se había dado cuenta de estar conteniendo. Meidani hizo otro tanto, y sus hombros se hundieron.

«Extraño, cómo nos afecta», pensó Yukiri, que irguió los hombros.

Cuando se habían enterado de que Talene era una Amiga Siniestra, la mujer estaba escudada y prisionera. «Y aun así nos causaba tanto miedo que nos dejaba seca la boca», admitió para sus adentros. Bueno, lo que hicieron para obligarla a hablar también les había dejado seca la boca por el miedo, pero descubrir la verdad hizo que las lenguas parecieran estropajo. Ahora tenían atada a Talene más firmemente que a Meidani, aún más vigilada aunque pareciera que caminaba libremente —cómo mantener prisionera a una Asentada sin que alguien se diera cuenta era algo a lo que ni siquiera Saerin había sabido encontrar solución— y Talene se mostraba patéticamente ansiosa de proporcionar hasta la menor información que sabía o incluso sospechaba, con la esperanza de salvar la vida, si bien tampoco tenía otra opción. Alguien de quien difícilmente podía tenerse miedo. En cuanto al resto...

Pevara había intentado defender que Talene debía equivocarse sobre Galina Casban, y se encolerizó durante todo un día cuando finalmente se convenció de que su hermana Roja era realmente Negra. Todavía hablaba de estrangular a Galina con sus propias manos. La propia Yukiri había sentido una fría indiferencia cuando se nombró a Temaile Kinderode. Si había Amigas Siniestras en la Torre, lo lógico era que algunas fueran Grises, aunque quizás el hecho de que Temaile le cayera mal la ayudó a tomárselo así. Siguió sin alterarse cuando sumó dos y dos y comprendió que Temaile había partido de la Torre justo cuando tres hermanas habían sido asesinadas. Eso proporcionó más nombres de mujeres de las que sospechar, otras hermanas que también habían salido entonces, pero Galina y Temaile y las demás estaban fuera de la Torre, fuera de alcance de momento, y sólo esas dos eran Amigas Siniestras con seguridad.

Atuan, de quien no cabía duda que era del Ajah Negro, se movía a capricho por la Torre, sin control y libre de los Tres Juramentos. Y, hasta que Doesine pudiera arreglar las cosas para interrogarla en secreto —un asunto difícil, incluso para una Asentada del Ajah de Atuan, puesto que tenía que ser secreto para todo el mundo—, lo único que podían hacer era vigilar. Una vigilancia a distancia, cautelosamente discreta. Era como vivir con una víbora roja sin saber cuándo se iba a topar uno con ella cara a cara, sin saber cuándo podría picar. Era como vivir en un nido de víboras rojas y ver sólo a una de ellas.

De repente Yukiri cayó en la cuenta de que el amplio corredor curvado se encontraba desierto hasta donde alcanzaba la vista al frente, y al echar una ojeada hacia atrás sólo vio a Leonin. Era como si la Torre estuviese vacía salvo por ellos tres. No se movía nada, excepto las llamas titilantes de las lámparas de pie. Silencio.

—Perdona, Asentada —dijo Meidani con un leve respingo—. Verla tan de repente me sorprendió. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Creo que Celestine y Annharid están intentado descubrir quiénes son sus amigas íntimas en el Amarillo. —Celestine y

Annharid eran cómplices de Meidani en la conspiración, ambas Amarillas. Había dos de cada Ajah salvo del Rojo, por supuesto, lo que había resultado muy útil—. Me temo que eso no va a servir de mucho. Tiene un amplio círculo de amistades, o lo tenía antes de... la situación actual entre los Ajahs. —En su voz sonó un leve dejo de satisfacción, a pesar del sosegado semblante; seguía siendo una rebelde, a despecho del juramento añadido—. Investigarlas a todas será difícil, si no imposible.

—Olvídate de ella un momento. —Yukiri hubo de hacer un esfuerzo para no estirar el cuello y mirar en todas direcciones. Un tapiz con grandes flores blancas se meció ligeramente, y la Asentada enmudeció hasta estar segura de que era una corriente de aire y no otro criado que saliera de la rampa de la servidumbre. Nunca lograba recordar dónde estaban ubicadas esas salidas. El nuevo tema que quería tratar era tan peligroso, a su modo, como hablar de Atuan—. Anoche recordé que fuiste novicia con Elaida, y amigas íntimas, según recuerdo. Sería una buena idea renovar esa amistad.

—Eso fue hace unos cuantos años —repuso la otra mujer con tirantez mientras se colocaba el chal por los hombros y se arrebujaba como si hubiese sentido frío de repente—. Elaida la rompió, muy correctamente, cuando ascendió a Aceptada. Podrían haberla acusado de favoritismo si hubiese estado yo en una clase que le hubieran encomendado impartir.

—Mejor para ti no haber sido una favorita —adujo secamente Yukiri. La fiereza actual de Elaida tenía precedente. Antes de que partiera para Andor años atrás, había presionado con tal dureza a quienes favorecía que las hermanas habían tenido que intervenir más de una vez. Siuan Sanche había sido una de ellas —extraño, ahora que lo pensaba— aunque Siuan nunca había necesitado que la rescataran de niveles requeridos en tareas que no podía alcanzar. Extraño y triste.

—Aun así, harás todo lo posible para renovar esa amistad —añadió.

Meidani caminó dos docenas de pasos corredor adelante mientras abría y cerraba la boca, se ajustaba y reajustaba el chal, movía los hombros como si quisiera librarse de un tábano y miraba a todos lados, salvo a Yukiri. ¿Cómo había podido esa mujer actuar como Gris alguna vez teniendo tan poco autocontrol?

—Lo intenté —dijo finalmente con un hilo de voz y todavía eludiendo los ojos de Yukiri—. Varias veces. La Guardiana, Alviarin, siempre me dio largas: la Amyrlin estaba ocupada; tenía citas; necesitaba descansar. Siempre había alguna excusa. Creo que Elaida no quiere reanudar una amistad que dejó hace más de treinta años.

Así que las rebeldes también habían recordado esa amistad. ¿Cómo habrían pensado aprovecharla? Para espiar, seguramente. Tendría que descubrir el modo en que Meidani debía transmitir lo que averiguase. En cualquier caso, las rebeldes habían proporcionado la herramienta, y ella la utilizaría.

—Alviarin no te estorbará. Se marchó ayer de la Torre, o quizás anteayer. Nadie

lo sabe con seguridad. Pero las doncellas dicen que se llevó ropa de muda, de modo que no es probable que regrese en unos cuantos días, como poco.

—¿Adónde habrá ido con este tiempo? —Meidani frunció el entrecejo—. Ha estado nevando desde ayer por la mañana, y ya amenazaba antes.

Yukiri se paró y usó las dos manos para girar a la otra mujer de cara a ella.

—Lo único que te concierne, Meidani, es que se ha ido —manifestó firmemente. ¿Adónde habría ido Alviarin con ese tiempo?—. Tienes vía libre para llegar a Elaida y la aprovecharás. Y estarás pendiente por si alguien lee los papeles de Elaida. Asegúrate de que nadie te pilla vigilando. —Talene había dicho que el Ajah Negro sabía todo lo que salía del estudio de la Amyrlin antes de que se anunciara, así que necesitaban tener a alguien cerca de Elaida si querían averiguar cómo ocurría tal cosa. Por supuesto, Alviarin veía todo antes de que Elaida lo firmara, y había asumido más autoridad que ninguna otra Guardiana de que se tenía memoria, pero eso no era razón para acusarla de Amiga Siniestra. Ni para lo contrario. Se estaba investigando su pasado también—. Vigila asimismo a Alviarin todo lo posible, pero lo importante son los papeles de Elaida.

Meidani suspiró y asintió con la cabeza de mala gana. Tenía que obedecer, pero sabía el peligro añadido que corría si resultaba que Alviarin era un Amiga Siniestra. Con todo, la propia Elaida podía pertenecer al Ajah Negro, dijeran lo que dijeran Saerin y Pevara. Una Amiga Siniestra de Sede Amyrlin. Ésa sí que era una idea para encoger el corazón de cualquiera.

—¡Yukiri! —llamó una voz de mujer desde una zona del corredor de más arriba.

Una Asentada de la Antecámara de la Torre no brincaba como una cabra sobresaltada al oír su nombre, pero Yukiri lo hizo. De no haber estado agarrando a Meidani, se habría caído; y, aun así, las dos mujeres se tambalearon como granjeros borrachos en un baile de la cosecha.

Tras recuperarse, Yukiri se arregló el chal y adoptó un gesto ceñudo que no se borró cuando vio quién caminaba apresuradamente hacia ella. Se suponía que Seaine debía permanecer en sus aposentos, rodeada de tantas hermanas Blancas como le fuera posible cuando no estuviera con Yukiri o alguna de las otras Asentadas que sabían lo de Talene y el Ajah Negro, pero allí estaba, bajando a toda prisa por el corredor acompañada sólo por Bernaile Gelbarn, una fornida tarabonesa que también era otra de las grajillas de Meidani. Leonin se apartó y dedicó una reverencia formal a Seaine, con las puntas de los dedos sobre el corazón. Meidani y Bernaile cometieron la estupidez de intercambiar una sonrisa. Eran amigas, pero deberían darse cuenta de que una nunca sabía quién podría estar observando. Yukiri no estaba de humor para sonrisas.

—¿Tomando el aire, Seaine? —dijo secamente—. A Saerin no le hará gracia cuando se lo cuente. Ni pizca. Y a mí tampoco, Seaine.

Meidani dejó escapar un ahogado sonido gutural, y la cabeza de Bernaile se agitó, de manera que las cuentas de las múltiples trencillas tintinearon al chocar entre sí. Las dos se pusieron a contemplar un tapiz que supuestamente representaba la humillación de la reina Rhiannon, y, a pesar del gesto sosegado de sus semblantes, resultaba obvio que habrían querido encontrarse en cualquier otro lugar. A sus ojos, las Asentadas debían ser iguales. Y lo eran. Normalmente. En cierto modo. Leonin no había podido escuchar una palabra de lo dicho, pero, por supuesto, percibía el estado de ánimo de Meidani y se retiró un paso más. Sin dejar de vigilar el corredor, ni que decir tiene. Un buen hombre. Un hombre prudente y listo.

Seaine había percibido lo suficiente para mostrarse avergonzada. En un gesto inconsciente, se alisó el vestido cubierto de bordados blancos en el repulgo y el corpiño, pero casi de inmediato sus manos se cerraron sobre el chal y sus cejas se fruncieron en un gesto obstinado. Seaine había sido tozuda desde el primer día que había pasado en la Torre. Era hija de un fabricante de muebles de Lugard, al que convenció para que comprara dos pasajes para su madre y para ella. Pasaje para dos río arriba, pero sólo uno de regreso corriente abajo. Tozuda y segura de sí misma. Y con frecuencia tan ajena al mundo exterior como cualquier Marrón. Las Blancas solían ser así, todo lógica y ningún discernimiento.

—No hace falta que me esconda del Ajah Negro, Yukiri —dijo.

Yukiri dio un respingo. Esa mujer era una necia por nombrar al Ajah Negro en un espacio abierto. El corredor seguía desierto en ambas direcciones hasta donde la curva del trazado permitía ver, pero la falta de precaución daba pie a un mayor descuido. También ella podía ser obstinada cuando hacía falta, pero al menos demostraba tener más cerebro que un ganso para discernir cuándo y dónde. Abrió la boca para decirle cuatro verdades, pero la otra mujer se le adelantó.

—Saerin me dijo que podía venir en tu busca. —Los labios de Seaine se apretaron y la sangre tiñó sus mejillas por haber tenido que pedir permiso o por haber tenido que preguntar. Era comprensible que la molestara su situación, desde luego. Pero no aceptarlo era una estupidez por su parte—. Necesito hablar contigo en privado, Yukiri. Sobre el segundo misterio.

Por un instante Yukiri se quedó tan desconcertada como parecían estarlo Meidani y Bernaile. Podían fingir que no escuchaban, pero eso no les cerraba los oídos. ¿Segundo misterio? ¿A qué se refería Seaine? A no ser que... ¿Hablaría de eso que las había conducido a la caza del Ajah Negro? Preguntarse por qué las cabezas de los Ajahs se reunían en secreto había dejado de ser urgente comparado con hallar Amigas Siniestras entre las hermanas.

—De acuerdo, Seaine —respondió con más calma de la que sentía—. Meidani, ve con Leonin corredor abajo justo hasta donde nos veáis a Seaine y a mí en la curva. Vigila por si alguien se acerca por ese lado. Bernaile, haz lo mismo corredor arriba.

—Echaron a andar antes de que acabara de hablar, y, tan pronto como se encontraron lo bastante lejos para que no las oyeran, se volvió hacia Seaine—. ¿Y bien?

Con gran sorpresa de Yukiri, el brillo del *Saidar* envolvió a la hermana Blanca, que tejió una salvaguardia alrededor de ambas para que nadie escuchara la conversación. Aquello era un claro indicio de secretos para cualquiera que lo viera. Más valía que fuera algo importante.

—Piénsalo con lógica. —La voz de Seaine sonaba tranquila, pero seguía apuñando el chal con las manos crispadas. Su postura era tan erguida que se alzaba sobre Yukiri a pesar de no ser mucho más alta que la media—. Hace más de un mes, casi dos, que Elaida acudió a mi cuarto, y casi dos semanas desde que nos encontraste a Pevara y a mí. Estaría muerta a estas alturas si el Ajah Negro supiese algo sobre mí. Pevara y yo habríamos muerto antes de que Doesine, Saerin y tú hubieseis dado con nosotras. Por consiguiente, lo ignoran. No saben nada sobre ninguna de nosotras. Admito que me asusté al principio, pero ahora tengo total dominio de mí misma. No hay razón para que las demás sigáis tratándome como a una novicia. —Cierta irritación invadió la calma—. Y una novicia sin seso, dicho sea de paso.

—Tendrás que hablar con Saerin —repuso secamente Yukiri.

Saerin se había puesto al mando desde el principio —después de cuarenta años en la Antecámara representando a las Marrones, a Saerin se le daba muy bien ponerse al mando—, y ella no tenía intención de oponerse a menos que debiera, y no sin hacer valer el privilegio de Asentada que difícilmente podía alegar en las circunstancias actuales. Sería tan inútil como intentar parar un peñasco que rodara cuesta abajo. Si se podía convencer a Saerin, Pevara y Doesine aceptarían, y ella no se opondría.

—Bien, ¿qué pasa con ese «segundo secreto»? ¿Te refieres a las reuniones de las cabezas de los Ajahs?

El semblante de Seaine adoptó una expresión terca como una mula, y Yukiri casi esperó verla echar las orejas hacia atrás. Entonces soltó un hondo suspiro.

—¿La cabeza de tu Ajah influyó para que se eligiera a Andaya para la Antecámara? Me refiero a más de lo habitual.

—Lo hizo, sí —contestó cautelosamente Yukiri.

Todas estaban convencidas de que Andaya entraría en la Antecámara algún día, quizás en otros cuarenta o cincuenta años, pero Serancha casi la había designado, cuando el método habitual era discutir el tema hasta llegar a un consenso sobre dos o tres candidatas y después una votación secreta. Sin embargo, eso era asunto de cada Ajah, tan secreto como el nombre y título de Serancha.

—Lo sabía. —Seaine asintió con la cabeza, excitada, un comportamiento por completo opuesto a lo que era habitual en ella—. Saerin dice que Juilaine también fue elegida a dedo entre las Marrones, que al parecer no es la forma habitual, y Doesine dice lo mismo sobre Suana, aunque vaciló antes de admitir nada. Creo que la misma

Suana puede ser cabeza del Amarillo. En cualquier caso, fue Asentada durante cuarenta años la primera vez y sabes que no es corriente ocupar un sillón después de haber sido Asentada tanto tiempo. Y Ferane dejó su puesto en el Blanco hace menos de diez años; nadie había vuelto a entrar en la Antecámara tras un período tan corto. Para colmo, Talene dice que las Verdes proponen candidatas y que su Capitán General elige una, pero Adelorna designó a Rina sin haber habido antes propuesta de candidatas.

Yukiri logró reprimir una mueca a duras penas. Todo el mundo sospechaba quién encabezaba otros Ajahs o de otro modo nadie se habría fijado en las reuniones, para empezar. Sin embargo, pronunciar los nombres en voz alta era descortés, como poco. Cualquiera que no fuese una Asentada podría recibir un castigo por ello. Por supuesto, Seaine y ella sabían lo de Adelorna. En su afán por congraciarse, Talene había soltado todos los secretos de las Verdes sin que le preguntaran. Todas se habían sentido violentas salvo la propia Talene. Al menos eso explicaba la razón de que las Verdes se pusieran hechas una furia cuando se azotó a Adelorna. Con todo, Capitán General era un título ridículo por muy Ajah de Batalla que lo llamaran. Al menos Primera Agregada describía lo que hacía Serancha, en cierta medida.

Corredor abajo, Meidani y su Guardián se encontraban en la curva, justo al alcance de la vista, en apariencia charlando tranquilamente, si bien uno u otro miraba en todo momento más allá del recodo. En dirección opuesta, Bernaile estaba también a la vista. No dejaba de girar la cabeza al intentar observarlas a Seaine y a ella al tiempo que vigilaba por si se acercaba alguien. También su constante rebullir apoyándose ora en un pie ora en otro llamaría la atención, pero cualquier hermana que saliera del recinto de su Ajah sola en la actualidad se estaba buscando problemas, y lo sabía. La conversación tenía que acabar pronto.

—Cinco Ajahs —empezó Yukiri levantando un dedo— tuvieron que elegir Asentadas nuevas después de que las mujeres que tenían en la Antecámara se unieron a las rebeldes. —Seaine asintió y Yukiri alzó otro dedo—. Cada uno de esos Ajahs eligió a una mujer como Asentada que no era la... elección lógica. —Seaine volvió a asentir. Un tercer dedo se unió a los otros dos—. Las Marrones tuvieron que elegir dos nuevas Asentadas, pero no has mencionado a Shevan. ¿Hay algo... extraño sobre ella? —preguntó Yukiri haciendo una mueca.

—No. Según Saerin, Shevan habría sido seguramente quien la habría reemplazado cuando ella decidiera dimitir, pero...

—Seaine, si lo que intentas dar a entender es que las cabezas de Ajahs conspiraron respecto a quién entraría en la Antecámara (¡y te aseguro que es la idea más descabellada que he oído en mi vida!), si es eso lo que estás sugiriendo, ¿por qué iban a elegir a cinco mujeres dudosas y a una que no lo es?

—Sí, eso es lo que sugiero. Como me habéis tenido prácticamente encerrada bajo

llave he dispuesto de más tiempo para pensar del que podía ocupar con eso. Juilaine, Rina y Andaya me dieron un indicio, y Ferane hizo que me decidiera a comprobar datos.

¿Qué habría querido decir Seaine con lo de que Andaya y las otras le habían dado un indicio? Oh, por supuesto. Rina y Andaya no eran lo bastante mayores para estar ya en la Antecámara. La costumbre de no hablar sobre la edad se convertía enseguida en el hábito de no pensar sobre ello tampoco.

—Dos podría tratarse de una coincidencia —prosiguió Seaine—, incluso tres, aunque eso ya rayaría en la credulidad, pero cinco marcan una pauta. A excepción del Azul, el Marrón fue el único Ajah en el que hubo dos Asentadas que se unieron a las rebeldes. Quizás ahí haya una razón para que eligieran a una hermana dudosa y a otra que no lo es, si consigo resolverlo. Pero existe una pauta, Yukiri, un enigma, y tanto si es razonable como si no, algo me dice que debo descifrarlo antes de que las rebeldes lleguen. Hace que me sienta como si tuviera la mano de alguien en el hombro, pero al volverme no veo a nadie.

Lo que rayaba en la credulidad era la idea de que las cabezas de Ajahs conspiraran, para empezar. «Por otro lado —pensó Yukiri—, una conspiración de Asentadas es rocambolesco, y estoy metida en una.» Y estaba el simple detalle de que se suponía que nadie fuera de un Ajah sabía quién era su cabeza, pero, contra toda tradición, las cabezas de Ajahs lo sabían.

—Si existe un enigma —contestó cansinamente—, tienes mucho tiempo para resolverlo. Las rebeldes no podrán partir de Murandy antes de la primavera, hayan dicho lo que hayan dicho a la gente, y la marcha río arriba les llevará meses, si es que consiguen mantener junto su ejército tanto tiempo. —Sin embargo, no dudaba que lo conseguirían; ya no—. Regresa a tu habitación antes de que alguien nos vea plantadas aquí, aisladas por una salvaguardia, y cavila sobre tu enigma —dijo, pero no con acritud, mientras posaba la mano en el brazo de Seaine—. Tendrás que aguantar que te cuidemos hasta que todas estemos seguras de que no corres peligro.

La expresión plasmada en el rostro de Seaine habría podido describirse como huraña en cualquiera que no fuese una Asentada.

—Volveré a hablar con Saerin —manifestó, pero el brillo del *Saidar* que la rodeaba desapareció.

Mientras la seguía con la mirada y veía que se reunía con Bernaile, tras lo cual las dos mujeres caminaron corredor arriba hacia el recinto del Ajah, ambas tan cautelosas como cervatillos cuando hay lobos al acecho, Yukiri se sintió apesadumbrada. Era una lástima que las rebeldes no pudieran llegar antes del verano. Al menos eso conseguiría que los Ajahs volvieran a unirse, y las hermanas no se verían obligadas a moverse a hurtadillas por la Torre Blanca. «Y también tener alas, ya puestos a pedir», pensó tristemente.

Decidida a controlar su estado de ánimo, fue a reunirse con Meidani y Leonin. Tenía que investigar a una hermana Negra, y por lo menos la investigación era un enigma que sabía cómo manejar.

Gawyn abrió los ojos de golpe en medio de la oscuridad cuando una nueva oleada de frío se coló en el pajar. Las gruesas paredes de piedra del establo protegían normalmente de las heladas nocturnas, al menos de lo más crudo. Abajo unas voces hablaban en murmullos, pero no había un timbre de ansiedad en ellas. Apartó la mano de la espada que había dejado en el suelo junto a él y se ajustó los guantes. Al igual que el resto de los Cachorros, dormía con toda la ropa que podía ponerse. Seguramente ya era la hora de despertar a algunos de los hombres que yacían a su alrededor para que hicieran su turno de guardia, pero él estaba completamente despierto ahora y dudaba que pudiera volver a conciliar el sueño. De todos modos, su reposo era siempre intranquilo, poblado de sueños inquietantes, acosado por la imagen de la mujer que amaba. Ignoraba el paradero de Egwene o si aún vivía. O si lo habría perdonado. Se incorporó y la paja que se había echado encima para abrigarse resbaló de la capa. Después se ciñó el cinturón de la espada.

Mientras se abría camino entre los bultos oscuros que eran los hombres dormidos sobre las balas de paja, el suave roce de botas en travesaños de madera le anunció que alguien subía al altillo por la escalera de mano. Una borrosa figura apareció en lo alto de la escalera y se paró, esperándolo.

—¿Lord Gawyn? —inquirió suavemente la profunda voz de Ragar con el acento domani que no había perdido en los seis años de entrenamiento en Tar Valon. La retumbante voz del primer teniente siempre sorprendía al salir de un hombre menudo que apenas llegaba al hombro de Gawyn. Aun así, de haber corrido otros tiempos a buen seguro que Ragar sería un Guardián a esas alturas—. Creí conveniente despertaros. Acaba de llegar una hermana. A pie. Una mensajera de la Torre. Quiere ver a la hermana que está a cargo aquí. Ordené a Tomil y a su hermano que la condujeran a la casa del alcalde antes de que se fueran a acostar.

Gawyn suspiró. Tendría que haber vuelto a casa cuando al regresar a Tar Valon se encontró con que expulsaban a los Cachorros de la ciudad, en vez de quedarse atrapado en invierno en ese sitio. Sobre todo estando seguro de que Elaida los quería muertos a todos. Su hermana Elayne llegaría finalmente a Caemlyn, si es que no se encontraba allí ya. Desde luego, cualquier Aes Sedai se encargaría de que la heredera de Andor llegara a Caemlyn a tiempo de reclamar el trono antes de que lo hiciera cualquier otra aspirante. La Torre Blanca no renunciaría a la ventaja de que hubiese una reina que también fuera Aes Sedai. Por otro lado, también era posible que Elayne estuviese en camino hacia la Torre Blanca en ese mismo instante. No sabía cómo se había involucrado con Siuan Sanche o hasta qué punto llegaba esa implicación —su

hermana se lanzaba siempre a un estanque antes de probar su profundidad—, pero Elaida y la Antecámara de la Torre puede que quisieran interrogarla a fondo, ni que fuese la heredera del trono ni que no. O ni que fuera reina. Sin embargo, estaba convencido de que no la harían responsable de nada. Seguía siendo una Aceptada más. No dejaba de repetirse eso a menudo.

El problema más reciente era que ahora había un ejército entre él y Tar Valon. Como poco, veinte mil soldados a este lado del río Erinin y, según se creía, otros tantos en la orilla occidental. Debían de apoyar a las Aes Sedai a las que Elaida denominaba rebeldes. ¿Quién más iba a poner cerco a Tar Valon? No obstante, el modo en que ese ejército había surgido de repente, como apareciendo de la nada en medio de la tormenta de nieve, bastaba para que al pensar en ello aún se le pusiera la piel de gallina. Rumores y alarmas precedían siempre a cualquier fuerza armada numerosa que estuviese en marcha. Siempre. Ésta había llegado como los espíritus, en silencio. Aun así, el ejército era tan real como la roca, de modo que Gawyn ya no podía entrar en Tar Valon para saber si Elayne se hallaba en la Torre y tampoco marchar hacia el sur. Cualquier ejército repararía en un contingente de más de trescientos hombres en movimiento, y las rebeldes no mostrarían buena disposición hacia los Cachorros. Aunque fuera él solo, en invierno se viajaba con mucha lentitud, y si esperaba hasta la primavera al final tardaría el mismo tiempo en llegar a Caemlyn. Encontrar pasaje en un barco era igualmente imposible. El asedio atascaría el tráfico fluvial de forma irremediable. Él estaba atorado sin remedio en un atasco.

Y, ahora, una Aes Sedai llegaba en mitad de la noche. No iba a simplificar nada las cosas.

—Vayamos a ver qué noticias trae —dijo en tono quedo al tiempo que hacía un gesto a Ragar para que bajara primero por la escalera de mano.

Veinte caballos, con sus correspondientes sillas amontonadas, abarrotaban cada centímetro del oscuro establo que no estaba ocupado por las cuadras de las dos docenas, más o menos, de vacas lecheras de la señora Millin, de modo que Ragar y él tuvieron que abrirse paso entre animales y bultos hasta las amplias puertas. El único calor procedía de los animales dormidos. Los dos hombres que vigilaban los caballos eran sombras silenciosas, pero Gawyn sintió sus miradas siguiéndolos a Ragar y a él hasta que salieron a la gélida noche. Sabrían lo de la mensajera y estarían haciendo cábalas.

En el cielo despejado, la pálida luna todavía proporcionaba bastante luz. El pueblo de Dorlan brillaba con la nieve. Arrebujándose en sus capas, los dos avanzaron en silencio a lo largo de lo que había sido la calzada que llevaba a Tar Valon desde una ciudad desaparecida hacía siglos, caminando trabajosamente al hundirse hasta las rodillas en la nieve. Actualmente nadie viajaba en esa dirección desde Tar Valon salvo para ir a Dorlan, y no había razón para hacerlo en invierno. Por

tradición el pueblo suministraba quesos a la Torre Blanca y a nadie más. Era una aldea minúscula compuesta por quince casas de piedra gris y tejados de pizarra, con nieve apilada hasta el borde inferior de las ventanas del piso bajo. A corta distancia, detrás de cada casa, se alzaban los establos, todos abarrotados de hombres y caballos ahora, además de las vacas. Casi todo Tar Valon habría olvidado la existencia de Dorlan. ¿Quién pensaba de dónde procedían los quesos? Había parecido un buen lugar para esconderse. Hasta ahora.

Todas las casas del pueblo excepto una estaban a oscuras. La luz se filtraba por los postigos de varias ventanas en la vivienda del maese Burlow, tanto en el piso de arriba como en el inferior. Garon Burlow tenía la desgracia de poseer la casa más grande de Dorlan, además de ser el alcalde. Los aldeanos que habían hecho cambios en sus casas para tener una cama para una Aes Sedai debían de estar lamentándolo, pero es que maese Burlow, para colmo, disponía de dos cuartos vacíos.

Pateando en el escalón de la entrada para quitarse la nieve de las botas, Gawyn llamó en la sólida puerta del alcalde con el puño. No respondió nadie, y al cabo de un momento levantó el pestillo e hizo un gesto a Ragar para que entrase primero.

La estancia, con vigas vistas en el techo, era bastante grande para una granja y la ocupaban varios aparadores abiertos, llenos de peltre y loza vidriada, y una mesa larga y pulida con sillas de respaldo alto alrededor. Todas las lámparas de aceite estaban encendidas, un despilfarro en invierno, cuando podía pasarse con unas pocas velas de sebo, pero las llamas en el hogar apenas habían prendido en los troncos aún y no habían caldeado el ambiente. Aun así, las dos hermanas que tenían habitaciones arriba estaban descalzas en el suelo de madera desnudo de alfombras, con las capas forradas de piel echadas a todo correr sobre los camisones. Katerine Alruddin y Tarna Feir observaban a una menuda mujer vestida con un traje de montar oscuro, con cuchilladas amarillas, y una capa que la nieve había empapado hasta las caderas. Se había acercado todo lo posible al hogar y se calentaba las manos, tiritando y con aire de cansancio. A pie por la nieve, tenía que haber tardado dos o tres días desde Tar Valon, e incluso las Aes Sedai acababan acusando el frío. Debía de ser la hermana de la que Ragar había hablado, pero comparada con las otras la intemporalidad apenas se le notaba en el rostro. A decir verdad, en comparación con las otras dos casi no se reparaba en ella.

La ausencia del alcalde y su esposa hizo que el nudo que Gawyn tenía en el estómago se tensara un poco más, aunque casi había esperado no verlos. Se habrían encontrado allí atendiendo a las Aes Sedai, ofreciéndoles bebidas calientes y comida a pesar de la hora tardía, a menos que los hubiesen mandado a la cama para quedarse solas las tres. Lo que significaba que seguramente era un necio por querer enterarse de qué mensaje traía. Pero eso lo sabía ya antes de abandonar el granero.

—... el barquero dijo que se quedaría donde desembarcamos hasta que se

levantara el cerco —estaba diciendo la mujer menuda en tono cansino cuando Gawyn entró—, pero se lo veía tan asustado que debe de encontrarse varias leguas río abajo a estas alturas. —Al sentir el frío de la puerta, giró la cabeza y parte de la fatiga desapareció de su rostro cuadrado—. Gawyn Trakand —musitó—. Tengo órdenes para vos de la Sede Amyrlin, lord Gawyn.

—¿Órdenes? —repitió Gawyn, que se quitó los guantes y los sujetó bajo el cinturón para ganar tiempo. Decidió que hablar con franqueza, para variar, sería lo más indicado—. ¿Y por qué iba a enviarme órdenes Elaida? ¿Por qué iba a obedecerlas, en caso de que las enviara? Me expulsó, y también a los Cachorros.

Ragar había adoptado una postura respetuosa ante las Aes Sedai, con las manos enlazadas a la espalda, y echó una rápida mirada de soslayo a Gawyn. No hablaría a destiempo, dijera Gawyn lo que dijera, pero los Cachorros no compartían sus ideas. Las Aes Sedai hacían lo que hacían, y ningún hombre sabría por qué hasta que una hermana se lo dijera. Los Cachorros habían unido su suerte a la Torre Blanca sin reservas, con absoluta lealtad.

—Eso puede esperar, Narenwin —espetó Katerine mientras se ajustaba la capa. El negro cabello se derramaba sobre sus hombros, medio enredado, como si se hubiese pasado un peine a toda prisa y lo hubiese dejado a medias. Irradiaba una intensidad que a Gawyn le recordaba un lince al acecho. O tal vez uno alerta a cualquier trampa. No dedicó más que una mirada a medias a Ragar y a él—. Tengo asuntos urgentes que tratar en la Torre. Dime cómo encontrar ese pueblo pesquero. Tanto si el barquero que te trajo está allí como si no, encontraré a alguien que me cruce al otro lado.

—Y a mí —intervino Tarna, con un gesto obstinado y los azules ojos penetrantes como lanzas. En contraste con Katerine, el cabello largo y rubio de Tarna estaba tan peinado como si una doncella la hubiese arreglado antes de bajar. Aun así, se la veía tan centrada como su compañera, aunque más dueña de sí misma—. También tengo razones urgentes para llegar a la Torre sin más demora. —Dedicó una inclinación de cabeza a Gawyn, y a Ragar otra más leve, fría como el mármol del que parecía estar hecha. Sin embargo fue más amistosa que el gesto que puso a Katerine y el que recibió a cambio. Siempre había tirantez entre ambas mujeres, aunque pertenecían al mismo Ajah. No se apreciaban, quizás incluso se tenían manía. Con las Aes Sedai resultaba difícil estar seguro.

Gawyn no lamentaría ver partir a ninguna de las dos. Tarna había llegado a Dorlan apenas un día después de la aparición del misterioso ejército, y, fuera como fuera el modo en que arreglaban esas cosas las Aes Sedai, desplazó de inmediato a Lusonia Cole de su habitación en el piso de arriba y despojó a Covarla Baldene del mando de las otras once hermanas que había ya en el pueblo. A juzgar por el modo en que se hizo cargo de todo, habríase dicho que era una Verde, preguntando a las

hermanas sobre la situación, inspeccionando atentamente a los Cachorros a diario, como si buscase posibles Guardianes. Tener a una Roja observándolos de ese modo hizo que los hombres empezaran a mirar a hurtadillas por encima del hombro. Peor aún, Tarna pasaba largas horas cabalgando, hiciese el tiempo que hiciese, tratando de encontrar a algún lugareño que le mostrara el camino a la ciudad, salvando el cerco. Antes o después, acabaría llevando a los exploradores de los sitiadores hasta Dorlan. Katerine había llegado el día anterior, furiosa porque el camino a Tar Valon estaba cortado, y al momento les quitó el mando a Tarna y la habitación a Covarla. Aunque no hizo uso de su autoridad del mismo modo. Evitaba a las otras hermanas y se había negado a decirle a nadie por qué había desaparecido de los pozos de Dumai ni dónde había estado. Pero también ella había inspeccionado a los Cachorros. Con el aire de una mujer que examina un hacha que se propone usar, sin importarle la sangre que pudiera derramarse. No le habría sorprendido que hubiese intentado intimidarlo para que le abrieran paso hasta los puentes que llevaban a la ciudad. A decir verdad, se alegraría mucho si se marchaban. Claro que, cuando se hubiesen ido, tendría que vérselas con Narenwin. Y con las órdenes de Elaida.

—Es menos que una aldea, Katerine —dijo la hermana, que tiritaba—, sólo hay tres o cuatro casuchas de pescadores a un día entero de marcha por tierra, río abajo. Más aún desde aquí. —Se remangó un poco la falda húmeda y la acercó al fuego—. Es posible que hallemos un modo de enviar mensajes a la ciudad, pero las dos hacéis falta aquí. Lo único que frenó a Elaida de enviar a cincuenta hermanas o más en lugar de a mí sola fue la dificultad de conseguir ni siquiera un bote pequeño para cruzar el río sin ser vistas, incluso en la oscuridad. He de admitir que me sorprendió saber que había hermanas tan cerca de Tar Valon. En las circunstancias actuales, todas las hermanas que estén fuera de la ciudad tienen que...

Tarna la interrumpió levantando una mano con firmeza.

—Elaida ni siquiera puede saber que estoy aquí. —Katerine cerró la boca y frunció el entrecejo, con la barbilla levantada, pero dejó que la otra Roja siguiera—. ¿Qué órdenes te dio respecto a las hermanas que están en Dorlan, Narenwin?

Ragar clavó la vista en el suelo de madera. Había afrontado la batalla sin pestañear, pero sólo un necio quería encontrarse cerca de unas Aes Sedai que discutían. La mujer más baja manoseó unos instantes más su falda.

—Se me ordenó ponerme al mando de las hermanas que encontrara aquí —respondió con aire estirado—, y que hiciera lo que pudiera. —Al cabo de un momento suspiró y se corrigió de mala gana—: De las hermanas que encontrara aquí al mando de Covarla. Pero sin duda...

Esta vez fue Katerine quien la interrumpió.

—Nunca he estado al mando de Covarla, Narenwin, de modo que esas órdenes no son aplicables para mí. Por la mañana me pondré en camino para encontrar esas tres o

cuatro cabañas de pescadores.

—Pero...

—Ya basta, Narenwin —instó Katerine con voz gélida—. Puedes hacer los arreglos que sean con Covarla. —La mujer de cabello negro lanzó a su hermana de Ajah una mirada de reojo—. Supongo que puedes acompañarme, Tarna. En un bote de pesca habrá sitio para dos.

Tarna inclinó la cabeza de un modo apenas perceptible, posiblemente dando las gracias. Concluidos sus asuntos, las dos Rojas se ciñeron las capas y se dirigieron hacia la puerta que había más al fondo. Narenwin lanzó una mirada irritada a sus espaldas y volvió su atención a Gawyn al tiempo que cambiaba la expresión por una máscara de calma.

—¿Tenéis noticias de mi hermana? —preguntó antes de que la mujer tuviese tiempo de abrir la boca—. ¿Sabéis dónde está?

La mujer estaba realmente cansada. Parpadeó y Gawyn casi la vio discurrir una respuesta que no le aclararía nada.

Parada a medio camino a la puerta, fue Tarna la que contestó:

—Elayne se encontraba con las rebeldes cuando la vi por última vez. —Todas las cabezas se volvieron bruscamente hacia ella—. Pero vuestra hermana no corre peligro de sufrir punición —continuó sosegadamente—, de modo que quitaos eso de la cabeza. Las Aceptadas no pueden elegir a qué hermanas obedecer. Os doy mi palabra; conforme a la ley, no puede sufrir un daño perdurable por ello. —Pareció no darse cuenta de la mirada gélida de Katerine ni de los ojos desorbitados de Narenwin.

—Podríais habérmelo dicho antes —replicó secamente Gawyn. Nadie hablaba con brusquedad a las Aes Sedai, no más de una vez, pero ya le daba igual. ¿La sorpresa de las otras dos era porque Tarna sabía lo de Elayne o porque se lo había contado?—. ¿Qué queréis decir con que no recibirá «un daño perdurable»?

La hermana de cabello rubio claro soltó una carcajada.

—No puedo prometer que no sufrirá unos cuantos verdugones si da demasiados pasos en falso. Pero Elayne es una Aceptada, no Aes Sedai, y eso la protege de un castigo más duro si una hermana la lleva por mal camino. Nunca lo preguntasteis, Gawyn. Además, no necesita que la rescaten, aunque pudieseis hacerlo. Está con Aes Sedai. Ahora ya sabéis todo lo que puedo contaros sobre ella. Y voy a dormir unas cuantas horas antes de que amanezca. Os dejo con Narenwin.

Katerine la siguió con la mirada sin cambiar de expresión un ápice; una mujer de hielo y ojos de un felino a la caza. Entonces salió también de la estancia tan rápidamente que la capa ondeó tras ella.

—Tarna tiene razón —dijo Narenwin una vez que la puerta se hubo cerrado detrás de Katerine. La menuda mujer no haría una buena demostración de serenidad y misterio Aes Sedai en compañía de las otras dos, pero estando sola se las arreglaba

muy bien—. Elayne está ligada a la Torre Blanca. Igual que vos, por mucho que habléis de expulsión. La historia de Andor os compromete con la Torre.

—Los Cachorros estamos comprometidos con la Torre por propia iniciativa, Narenwin Sedai —intervino Ragar al tiempo que hacía una reverencia formal. La mirada de la Aes Sedai permaneció prendida en Gawyn.

Él cerró los ojos y tuvo que hacer un esfuerzo para no frotárselos con los pulpejos de las manos. Los Cachorros estaban comprometidos con la Torre Blanca, sí. Nadie olvidaría que habían combatido en el mismo recinto de la Torre para impedir el rescate de una Amyrlin depuesta. Para bien o para mal, ese acto los acompañaría hasta la tumba. También estaba marcado por ello, y por sus propios secretos. Después de aquel derramamiento de sangre, fue él quien dejó escapar a Siuan Sanche. Sin embargo, lo principal era que Elayne lo comprometía con la Torre Blanca, al igual que Egwene al'Vere, y no sabía cuál era la atadura más fuerte, si el amor por su hermana o el amor de su corazón. Desatarse de una era desatar las tres, y mientras viviera no podía abandonar a Elayne ni a Egwene.

—Tenéis mi palabra de que haré todo lo posible —dijo en tono cansado—. ¿Qué quiere Elaida de mí?

El cielo sobre Caemlyn estaba despejado y el pálido orbe dorado del sol se encontraba próximo a su cenit. Irradiaba una luz brillante sobre el manto blanco que cubría los campos del entorno, pero no proporcionaba calor. Con todo, la temperatura era más cálida de la que Davram Bashere suponía que habría en su tierra, Saldaea, aunque no lamentaba llevar puesta la nueva capa forrada con pieles de marta. En cualquier caso, hacía el frío suficiente para que el aliento se helara en el espeso bigote, poniendo más pinceladas blancas en él que las achacables a los años. De pie sobre la nieve que llegaba a los tobillos, entre los árboles pelados de una elevación situada alrededor de una legua al norte de Caemlyn, observaba a través de un largo visor de lentes montado en oro la actividad en el terreno bajo que había hacia el sur, aproximadamente a dos kilómetros de distancia. A su espalda, *Raudo* le dio con el hocico en el hombro, impaciente, pero el hombre no hizo caso al zaino. A *Raudo* no le gustaba estar plantado, sin moverse, pero a veces había que hacerlo, ni que uno quisiera ni que no.

Allá abajo iba creciendo un campamento que se estaba levantando entre los dispersos árboles, a ambos lados de la calzada a Tar Valon. Los soldados descargaban los suministros de las carretas, cavaban letrinas, montaban tiendas y construían cobertizos con arbustos y ramas de árboles, dispersos en grupos de distinto tamaño, mientras cada noble se ocupaba de mantener cerca a sus propios hombres. Esperaban permanecer allí un tiempo. A juzgar por las hileras de caballos atados y la extensión del campamento, Bashere calculaba unos cinco mil hombres, centenar arriba o abajo.

De combatientes; con flecheros, herreros, albéitares, armeros, lavanderas, conductores de carretas y acompañantes de campamento esa cifra se duplicaría seguramente, si bien, como era habitual, levantaban su campamento en la periferia. La mayoría de los acompañantes de campamento pasaban más tiempo mirando hacia la elevación en la que estaba Bashere que trabajando. Aquí y allí, un soldado también hacía un alto en su tarea para echar un vistazo al terreno alto, pero los alféreces y los brigadas enseguida los hacían volver a su trabajo. Los nobles y oficiales que iban y venían a caballo por el campamento no otearon una sola vez hacia el altozano, que Bashere viera. Un pliegue del terreno los ocultaba de la ciudad, aunque él divisaba las murallas grises con franjas plateadas desde su posición. La ciudad sabía que estaban allí, por supuesto; se habían anunciado a sí mismos esa mañana con trompetas y estandartes a la vista de las murallas. Pero fuera del alcance de las flechas, desde luego.

Poner cerco a una ciudad con murallas altas y fuertes que medían más de seis leguas de circunferencia no era tarea fácil, y en este caso lo hacía más complicado la Baja Caemlyn, un laberinto de casas y tiendas de piedra y ladrillo, almacenes sin ventanas y grandes mercados que se extendía fuera de las murallas. No obstante, se habían levantado otros siete campamentos alrededor de la ciudad, donde podían controlar cada calzada, cada puerta lo bastante grande para permitir una incursión al exterior. Ya tenían patrullas y probablemente observadores merodeando por los edificios, ahora desiertos, de la Baja Caemlyn. Pequeños grupos podrían entrar en la ciudad e incluso algunos animales de carga al abrigo de la noche, pero ni de lejos los suficientes para alimentar a una de las ciudades más grandes del mundo. El hambre y las enfermedades ponían fin a más asedios que las espadas o las máquinas de asalto. La única duda era si abatirían antes a los sitiados o a los sitiadores.

Aparentemente el plan había sido bien fraguado por alguien, pero lo que desconcertaba a Bashere eran los estandartes del campamento que tenía a la vista. Su visor de lentes era bueno, fabricado por un cairhienino llamado Tovere, un regalo de Rand al'Thor, y distinguía casi todas las banderas cuando la brisa las hacía ondear. Conocía bastante las insignias andoreñas para identificar el Roble y el Hacha de Dawlin Armaghn, y las cinco Estrellas Plateadas de Daerilla Raened, y varios emblemas más de nobles menores que apoyaban la pretensión de Naean Arawn al Trono del León y la Corona de la Rosa de Andor. Sin embargo, allí abajo estaba también la sombreada Muralla Roja de Jailin Maran, el par de Leopardos Blancos de Carlys Ankerin, y la dorada Mano Alada de Eram Talkend. Según los informes, estaban comprometidos bajo juramento con la rival de Naean, Elenia Sarand. Verlos con los otros era como ver lobos con perros lobo compartiendo una comida. Con un barril de buen vino abierto, por si fuera poco.

También se exhibían otros dos estandartes orlados con oro y al menos el doble de

grandes que los demás, si bien eran demasiado pesados para que las esporádicas ráfagas de viento consiguieran hacer poco más que agitarlos levemente. Brillaban con el fulgor de una gruesa seda. No obstante, había visto claramente ambos un rato antes, cuando los abanderados cabalgaron de un lado a otro de la elevación que ocultaba su campamento, los estandartes ondeantes al ir a galope. Uno era el León de Andor, blanco sobre rojo, idéntico al que flameaba en las altas torres redondas que formaban parte de la muralla de la ciudad. En ambos casos significaba la declaración del derecho de alguien al trono y la corona. La segunda bandera grande proclamaba a la mujer que lanzaba el reto contra Elayne Trakand. Cuatro lunas plateadas sobre campo azul crepuscular, la enseña de la casa Marne. ¿Todo aquello era en apoyo de Arymilla Marne? ¡Un mes atrás habría tenido suerte si alguien aparte de su propia casa o del imbécil de Masin Caeren le hubiese ofrecido un lecho para pasar la noche!

—Hacen caso omiso de nosotros —gruñó Bael—. Podría derrotarlos antes de la puesta del sol y acabar con todos ellos antes de que volviera a salir, y sin embargo hacen como si no existiéramos.

Bashere miró de reojo al Aiel. De reojo y hacia arriba. Le sacaba sus buenos treinta centímetros largos. El negro velo que le cubría el rostro sólo dejaba ver los grises ojos de Bael y un trozo de la piel curtida. Bashere esperaba que el Aiel sólo estuviera protegiéndose del frío. Sostenía en las manos las lanzas cortas y la adarga de cuero, y llevaba el arco enfundado a la espalda y la aljaba colgada a la cadera, pero lo que realmente contaba era el velo. No era el momento adecuado para que los Aiel iniciaran una matanza. Veinte pasos más abajo del declive, otros treinta Aiel se hallaban sentados sobre los talones, sosteniendo sus armas con aire despreocupado. Uno de los tres llevaba el rostro descubierto, así que quizá la razón de ponérselo los otros dos era por el frío. Aunque con los Aiel uno nunca sabía nada con certeza.

Barajando rápidamente varias formas de enfocar el asunto, Bashere se decidió por hacerlo con ligereza.

—A Elayne Trakand no le gustaría eso, Bael, y por si se te ha olvidado lo que es ser un hombre joven, eso significa que a Rand al'Thor tampoco le gustará.

Bael gruñó con acritud.

—Melaine me contó lo que dijo Elayne Trakand. No debemos hacer nada a su favor. Eso es una estupidez. Cuando un enemigo viene contra ti, utilizas a quienquiera que baile las lanzas a tu lado. ¿Juegan a la guerra del mismo modo que lo hacen al Juego de las Casas?

—Somos forasteros, Bael. Eso cuenta en Andor.

El corpulento Aiel volvió a gruñir.

No tenía sentido intentar explicar la política implicada. La ayuda exterior podía costarle a Elayne lo que intentaba obtener, y sus enemigos lo sabían y sabían que ella lo sabía, así que no temían a Bashere o a Bael o a la Legión del Dragón, por

numerosos que fueran. De hecho, a despecho del asedio, ambos bandos se esforzarían para evitar una batalla campal. Era una guerra, pero de maniobras y escaramuzas a menos que alguien cometiera un error garrafal, y el vencedor sería el que conquistara una posición invulnerable o forzara al contrario a una indefendible. Seguramente Bael no vería diferente eso del Da'es Daemar. Para ser sincero, Bashere encontraba mucha similitud entre lo uno y lo otro. Con la Llaga a la puerta de casa, Saldaea no podía permitirse contiendas por el trono. Se podía soportar a los tiranos, y la Llaga se ocupaba de acabar enseguida con los necios y los codiciosos, pero hasta ese peculiar tipo de guerra civil permitiría que la Llaga engullese a Saldaea.

Volvió a observar el campamento a través del visor de lentes, tratando de discernir cómo una estúpida redomada como Arymilla Marne podía haber obtenido el respaldo de Naean Arawn y Elenia Sarand. Esas dos eran ambiciosas y egoístas, cada cual convencida totalmente de su derecho al trono, y si entendía bien la intrincada red que usaban los andoreños para decidir estos asuntos, tanto una como otra tenían más base para sus aspiraciones que Arymilla. No, ahí abajo no había lobos y perros lobo, sino que unos lobos habían decidido seguir a un perrito faldero. Quizás Elayne sabía el motivo, pero apenas intercambiaba notas con él, breves y nada informativas. Corría demasiado riesgo de que alguien se enterara y pensara que conspiraba con él. Sí, se semejaba mucho al Juego de las Casas.

—Parece que alguien va a bailar las lanzas —dijo Bael, y Bashere bajó el ornamentado tubo para ver dónde señalaba el Aiel.

Había habido un constante flujo de gente que huía de la ciudad desde hacía días, antes de que se pusiera el sitio, pero alguien había salido demasiado tarde. Media docena de carretas con cubiertas de lona habían sido detenidas en la calzada a Tar Valon, justo fuera del perímetro de la Baja Caemlyn, y las rodeaban cincuenta jinetes bajo un estandarte que, al ondear con el viento, parecía representar un oso o sabueso corpulento corriendo, sobre campo cuarteado en blanco y azul. Unas personas alicaídas se apiñaban a un lado, arrebujándose en las capas, los hombres gachas las cabezas, los niños aferrados a las faldas de sus madres. Algunos de los jinetes habían desmontado para saquear las carretas; baúles y cajas e incluso lo que parecían ropas ya salpicaban la nieve. Seguramente buscaban dinero o bebida, aunque cualquier otra cosa de valor que apareciera iría a parar a las alforjas de alguien. A no tardar alguien cortaría los arreos de los tiros, o quizá se limitarían a llevarse las carretas. Las carretas y los caballos siempre resultaban útiles para un ejército, y las peculiares reglas de esta peculiar guerra civil andoreña no parecían dar mucha protección a quienes estaban en el sitio equivocado en el momento equivocado. Entonces las puertas de la ciudad empezaron a abrirse y pronto, a medida que se ensanchaba el hueco, surgieron lanceros con chaquetas rojas a galope bajo el arco de seis metros de altura; el sol arrancaba destellos en las moharras, los petos y los yelmos, y los cascos

de los caballos resonaron atronadores entre los largos y desiertos mercados. La guardia de la reina salía. O bastantes guardias, al menos. Bashere dirigió el visor de lentes hacia las carretas.

Al parecer, el oficial bajo el estandarte del oso, si es que era un oso, había echado cuentas rápidamente. Cincuenta contra doscientos no era una proporción muy satisfactoria, y menos habiendo en juego unas pocas carretas. Los hombres que habían desmontado subieron a las sillas al punto y justo cuando Bashere los enfocaba emprendieron la huida a galope, hacia el norte, en su dirección, con el estandarte azul y blanco ondeando en el asta. La mayoría de las personas que se había agrupado a un lado de la calzada echaron a correr tras ellos, su desconcierto tan evidente como si Bashere pudiese verles el rostro, pero enseguida unos pocos se pusieron a recoger rápidamente sus desperdigadas pertenencias en la nieve y volvieron a echarlas en las carretas.

La llegada de los guardias, que sofrenaron las monturas alrededor de las carretas al cabo de unos pocos minutos, puso un rápido fin a aquello. Los guardias empezaron a azuzar a la gente en dirección a las carretas. Algunos aún intentaron esquivarlos para recoger alguna preciada posesión, y un hombre se puso a agitar los puños ante un guardia, protestando; el guardia era oficial, por las plumas blancas del yelmo y la banda roja que le cruzaba el pecho, pero se inclinó sobre la silla y descargó un fuerte revés en la mejilla del hombre. El tipo cayó de espaldas como una piedra, y, tras un instante en el que el tiempo pareció detenerse, todos los que no habían subido ya a las carretas se apresuraron a hacerlo, excepto dos hombres que recogieron por los hombros y los tobillos al que había caído y se movieron tan deprisa como les permitía el peso muerto que cargaban. Una mujer montada en la última carreta de la fila ya golpeaba con las riendas al tiro para que diera media vuelta y se encaminara de vuelta a la ciudad.

Bashere bajó el visor para observar el campamento y después volvió a mirar a través de él para ver mejor. Los hombres seguían cavando letrinas con palas y azadones mientras otros descargaban sacos y barriles de las carretas. Nobles y oficiales recorrían el campamento a lomos de sus caballos, supervisando el trabajo. Todo tan tranquilo como hato de ganado pastando. Finalmente, alguien señaló hacia la elevación que se alzaba entre ellos y la ciudad, y después otro y otro más, y los hombres montados se pusieron al trote mientras saltaba a la vista que impartían órdenes. En ese momento apareció el abanderado a la vista del campamento, en lo alto de la elevación.

Bashere puso el visor bajo el brazo y frunció el entrecejo. No tenían centinelas en terreno alto para advertirles lo que podía estar ocurriendo al otro lado del pliegue del terreno. Aun con la certeza de que nadie iba a presentarles batalla, aquello era una estupidez. También podía ser útil si los demás campamentos actuaban con tanto

descuido, y si nadie corregía el error. Resopló, irritado, y el bigote se agitó. Sería útil si fuera a combatir a los sitiadores.

Echó una ojeada y comprobó que las carretas se encontraban ya a mitad de camino de la Puerta de Tar Valon con su escolta de la guardia. Los conductores azuzaban a los tiros como si sintieran el aliento de los perseguidores en la nuca. O quizás era por el oficial de la banda, que enarbolaba la espada por encima de la cabeza por alguna razón.

—No habrá baile hoy —dijo Bashere.

—Entonces tengo mejores cosas en las que emplear el día que observar cómo excavan hoyos unos habitantes de las tierras húmedas —respondió Bael—. Que encuentres siempre agua y sombra, Davram Bashere.

—De momento preferiría tener secos los pies y un cálido fuego —murmuró Bashere sin pensar; entonces deseó no haberlo dicho. Un hombre podía intentar matarte si pisoteabas sus formulismos, y los Aiel eran ceremoniosos, además de extraños.

Sin embargo, Bael echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Los habitantes de las tierras húmedas le dan la vuelta a todo, Davram Bashere.

Un curioso gesto de su mano derecha hizo que los otros Aiel se pusieran de pie y echaran a correr hacia el este a un trote cómodo, de zancadas largas. La nieve no parecía representar dificultad alguna para ellos.

Tras guardar el visor de lentes en la funda de cuero que iba colgada del arzón de la silla, Bashere montó e hizo girar al zaino hacia el oeste. Su propia escolta esperaba en la otra vertiente de la elevación y se situaron detrás de él, sin que sonara más que el quedo crujido del cuero, ni se oyera el menor tintineo de una pieza de metal desajustada. Eran menos que la escolta de Bael, pero eran hombres duros de sus predios en Tyr, y los había conducido a la Llaga muchas veces antes de guiarlos al sur. Cada uno tenía su parte del camino que vigilar, delante o detrás, a izquierda o a derecha, arriba o abajo, y las cabezas giraban constantemente. Esperaba que no estuvieran haciéndolo de forma mecánica. Allí el bosque no era denso y las ramas de los árboles estaban desnudas, salvo algunos robles y cipreses, pinos y abetos, pero el terreno cubierto de nieve era ondulado y un centenar de jinetes podía encontrarse a cincuenta pasos y sin que se los viera. No es que esperara que ocurriese tal cosa, pero lo que a uno lo mataba siempre era lo que no esperaba. Inconscientemente, soltó la trabilla que sujetaba la espada a la vaina. Había que esperar lo inesperado.

Tumad iba al mando de la escolta, como ocurría la mayoría de los días que Bashere no tenía otra tarea más importante para el joven teniente. Bashere lo estaba preparando. Pensaba con claridad y veía más allá de lo que tenía delante de la nariz; estaba destinado a ocupar un rango más alto si vivía lo bastante. Era alto, aunque unas dos manos más bajo que Bael; ese día exhibía un gesto contrariado como si

fuera una segunda nariz.

—¿Qué te incomoda, Tumad?

—El Aiel tenía razón, milord. —Se tiró, irritado, de la negra barba—. Estos andoreños os escupen a los pies. No me gusta dar media vuelta mientras se burlan de nosotros.

En fin, todavía era joven.

—¿Acaso te resulta aburrida nuestra situación? —Bashere se echó a reír—. ¿Necesitas más emociones? Tenobia está a sólo cincuenta leguas al norte de nosotros y, si se da crédito a los rumores, trae consigo a Ethenielle de Kandor, a Paitar de Arafel e incluso a ese shienariano, Easar. Todos los poderosos de las Tierras Fronterizas vienen a buscarnos, Tumad. A esos andoreños que están en Murandy tampoco les gusta que nos encontremos en Andor, según he oído, y si ese ejército de las Aes Sedai que tienen delante no los hace pedacitos o no los ha hecho ya, tal vez vengan por nosotros. En realidad, lo mismo pueden hacer las Aes Sedai, antes o después. Hemos luchado por el Dragón Renacido, y no creo que a ninguna hermana se le olvide eso. Y luego están los seanchan, Tumad. ¿Crees realmente que no los veremos más? Vendrán contra nosotros o a la inversa; lo uno o lo otro es inevitable. Vosotros, los jóvenes, ¡no sabéis ver las emociones cuando os están trepando por el bigote!

Unas risas quedas se alzaron entre los hombres que los seguían, hombres de la edad de Bashere en su mayoría, e incluso Tumad mostró los blancos dientes al sonreír. Todos habían tomado parte en campañas antes, aunque nunca en una tan extraña como la presente. Bashere se puso derecho, mirando hacia adelante, y observó el camino entre los árboles, aunque sin prestar total atención.

A decir verdad, Tenobia le preocupaba. Sólo la Luz sabía por qué Easar y los otros habían decidido abandonar la Frontera de la Llaga a un tiempo, y mucho menos llevarse tantos soldados como los rumores decían que habían traído al sur. Aun reduciendo a la mitad la cifra que se rumoreaba. Sin duda tenían motivos que consideraban buenos y suficientes; y sin duda Tenobia los compartía. Pero la conocía; le había enseñado a montar, la había visto crecer, le había entregado la Corona Rota cuando ocupó el trono. Era una buena dirigente, ni demasiado severa ni demasiado suave, inteligente aunque no siempre juiciosa, valiente sin llegar a la imprudencia, pero impulsiva era un término comedido para describirla. A veces hasta llamarla exaltada era quedarse corto. Y él estaba todo lo seguro que podía estar de que tenía su propia meta, aparte del propósito que los otros tuvieran: la cabeza de Davram Bashere. Si era así, no creía probable que se conformara con otro período de exilio, después de haber llegado tan lejos. Cuanto más tiempo le molestaba una espina entre los dientes, más difícil era convencerla de que dejara de tocarla con la lengua. Era un buen problema. Ella debería estar en Saldaea, vigilando la Llaga, pero también él

debería estar allí. Podía acusarlo al menos de doble traición por lo que había hecho desde que había llegado al sur, pero aun así Bashere no veía que hubiese tenido otra opción. La rebelión —Tenobia podía definir eso en términos muy generales cuando quería— era un cargo terrible, pero quería seguir teniendo la cabeza pegada al cuerpo un poco más de tiempo. Sí, el problema era peliagudo.

El campamento de los soldados de caballería ligera que habían quedado después de Illian y la batalla contra los seanchan, unos ocho mil, se extendía más que el que había en la calzada a Tar Valon, pero no estaba desperdigado. Las hileras de caballos estacados eran uniformes, con la forja de un herrero a cada extremo, y se prolongaban entre hileras de tiendas grises o blancas igualmente rectas, aunque ahora ya lucían muchos parches. Hasta el último hombre podía estar montado y listo para luchar antes de haber contado cincuenta desde el toque de trompeta, y los centinelas se hallaban situados de tal modo que los demás dispusieran de ese tiempo y más. Incluso las tiendas y carretas de los acompañantes, a un centenar de pasos al sur del resto, estaban más ordenadas que los soldados que sitiaban la ciudad, como si hubieran seguido el ejemplo de los saldaeninos. En cierto modo, al menos.

Al entrar con su escolta observó que los hombres se movían prestamente, con determinación, casi como si se hubiese dado la señal para montar. Más de uno tenía desenfundada la espada. Oyó voces que lo llamaban; pero, al reparar en el tropel de gente, en su mayoría mujeres, agrupada en el centro del campamento, experimentó una súbita sensación de entumecimiento. Hincó los talones y *Raudo* se puso a galope. Ignoraba si los demás lo seguían o no. No escuchaba nada salvo el martilleo de la sangre en los oídos; no veía nada excepto la multitud agolpada frente a su tienda de techo puntiagudo. La tienda que compartía con Deira.

No frenó el caballo al llegar junto al gentío; se limitó a saltar de la silla y echó a correr nada más tocar el suelo. Oyó hablar a la gente sin captar lo que decía. Se apartaron para abrirle paso hasta la tienda o en caso contrario habría pasado por encima de ellos.

Nada más cruzar los faldones de entrada se paró. La tienda, que era lo bastante grande para que durmieran veinte soldados, estaba abarrotada de mujeres, esposas de nobles y oficiales, pero sus ojos localizaron rápidamente a su propia esposa, Deira, sentada en una silla plegable, en el centro de las alfombras que cubrían el suelo, y el entumecimiento desapareció como por ensalmo. Sabía que tenía que morir algún día —ambos morirían— pero lo único que temía era vivir sin ella. Entonces reparó en que algunas de las mujeres la ayudaban a bajarse el vestido hasta la cintura mientras otra apretaba un paño blanco doblado contra el brazo izquierdo de Deira; el tejido se estaba tiñendo de rojo con la sangre, que resbalaba por su brazo y goteaba desde los dedos a una palangana colocada en la alfombra. Había bastante cantidad de sangre en el recipiente.

Ella lo vio al mismo tiempo, y sus ojos relampaguearon en un rostro demasiado pálido.

—Esto ocurre por contratar forasteros, esposo —dijo fieramente a la par que agitaba en su dirección la larga daga que empuñaba con la mano derecha.

Tan alta como la mayoría de los hombres —varios dedos más alta que él— y hermosa, con el rostro enmarcado por el cabello azabache surcado por aladares blancos, poseía una presencia imponente que se convertía en imperiosa cuando se enfadaba. Incluso cuando saltaba a la vista que apenas podía sostenerse derecha. La mayoría de las mujeres se habría aturullado por estar desnuda de cintura para arriba delante de tanta gente, con su esposo presente, pero no Deira.

—Si no hubieses insistido en movernos siempre como el viento, podríamos tener buenos hombres de nuestros propios predios para que se ocuparan de lo que hiciera falta —añadió.

—¿Una pelea con los criados, Deira? —preguntó él mientras enarcaba una ceja —. Jamás imaginé que te enzarzaras con ellos a cuchilladas.

Varias mujeres le lanzaron frías miradas de reojo. No todos los matrimonios se trataban como ellos dos. Algunos los consideraban raros puesto que rara vez se gritaban. Deira lo miró ceñuda y luego soltó una risa breve e involuntaria.

—Empezaré por el principio, Davram. E iré despacio para que puedas entenderlo —añadió con un esbozo de sonrisa, e hizo una pausa para dar las gracias a las mujeres que le cubrían el torso desnudo con una sábana de lino—. Al volver de cabalgar encontré a dos desconocidos revolviendo nuestra tienda. Sacaron sus dagas, así que, por supuesto, golpeé a uno con una silla y acuchillé al otro. —Torció el gesto al echar una mirada a la herida del brazo—. No del todo bien, ya que se las arregló para tocarme. Entonces Zavion y otras entraron, y los dos tipos huyeron por la raja que habían hecho en la parte trasera de la tienda.

Varias mujeres asintieron con gesto severo a la par que asían las empuñaduras de las dagas que todas llevaban.

—Les dije que fueran tras ellos, pero insistieron en curarme este rasguño —agregó Deira, sombría.

Las mujeres apartaron las manos de las dagas y se pusieron coloradas, bien que ninguna se mostró en absoluto arrepentida por desobedecer. Se habían encontrado en una situación muy delicada. Debían vasallaje a su mujer, al igual que a él; pero, por mucho que Deira quisiera llamar rasguño a la herida, podría haber muerto desangrada si la hubiesen abandonado para ir tras los ladrones.

—En cualquier caso —continuó Deira—, ordené que se hiciera una búsqueda. No será difícil localizarlos. Uno tiene un chichón en la cabeza, y el otro sangra —concluyó con un cabeceo satisfecho.

Zavion, la nervuda y pelirroja Señora de Gahaur, levantó una aguja enhebrada.

—A menos que sintáis un repentino interés por el bordado, milord, ¿puedo sugeriros que os retiréis? —pidió fríamente.

Bashere inclinó ligeramente la cabeza en un gesto de aquiescencia. A Deira no le gustaba que viera cómo la cosían. Tampoco a él le gustaba verlo.

Ya fuera de la tienda, hizo una pausa para anunciar en voz alta que su esposa se encontraba bien y que la estaban atendiendo, y que todos siguieran con sus tareas. Los hombres se alejaron tras expresar su deseo de que Deira se recuperara pronto, pero ninguna de las mujeres se movió del sitio. Davram no las presionó. Se quedarían hasta que la propia Deira apareciera, dijera lo que dijera él, y un hombre sensato trataba de evitar batallas que no sólo tenía perdidas de antemano sino que sería una estupidez empeñarse en perder.

Tumad lo esperaba detrás del grupo apiñado; echó a andar junto a Bashere, que caminaba con las manos enlazadas prietamente a la espalda.

Había esperado que ocurriera esto o algo parecido desde hacía tiempo, pero casi había llegado a creer que no pasaría. Y en ningún momento imaginó que Deira estuviese a punto de morir por ello.

—Se ha encontrado a los dos hombres, milord —informó Tumad—. Al menos encajan con la descripción que dio lady Deira. —Bashere giró bruscamente la cabeza hacia él con una expresión asesina en el semblante, y el hombre más joven se apresuró a añadir—: Estaban muertos, milord, justo al borde del campamento. A los dos los acuchillaron con una hoja estrecha. —Se tocó con un dedo la base del cráneo, justo detrás de la oreja—. Tuvo que ser obra de más de uno, a menos que fuera tan rápido como una víbora de las rocas.

Bashere asintió. La muerte era a menudo el precio del fracaso. Dos para registrar, ¿y cuántos para silenciarlos? ¿Cuántos quedaban y cuánto tiempo pasaría antes de que lo intentaran de nuevo? Y lo peor, ¿quién estaba detrás? ¿La Torre Blanca? ¿Los Renegados? Al parecer se había llegado a una decisión por él.

Nadie excepto Tumad se encontraba lo bastante cerca para oírlo, pero aun así habló en voz baja y eligió las palabras con cuidado. A veces, el precio de la falta de cuidado también era la muerte.

—¿Sabes dónde encontrar al hombre que vino a verme ayer? Búscalo y dile que acepto, pero serán algunos más de los que hablamos.

Los blancos y esponjosos copos que caían sobre Cairhien atenuaban un tanto la luz matinal del sol, apagando sólo su brillo. Desde el estrecho y alto ventanal del Palacio del Sol, con las vidrieras de buen cristal encajadas para parar el frío, Samitsu veía claramente el andamio de madera que se alzaba alrededor del sector derruido del palacio, con los bloques de piedra rotos todavía cubiertos de escombros y las torres escalonadas que se interrumpían bruscamente, lejos de igualar la altura de las demás

torres. Una de ellas, la Torre del Sol Naciente, ya no existía. Varias de las legendarias «Torres Infinitas» se alzaban entre los copos blancos mecidos al viento, enormes agujas cuadradas con inmensos contrafuertes, mucho más altas que cualquiera de las del palacio a pesar de que éste estaba ubicado en la colina más alta de una ciudad de colinas. También las rodeaban andamios y aún no se habían reconstruido totalmente veinte años después de que los Aiel las habían incendiado; quizá dentro de otros veinte años estarían acabadas. No había trabajadores en los tablones de ninguno de los andamios, por supuesto, con aquel tiempo. Se sorprendió deseando que la nieve le diera también un respiro a ella.

Cuando Cadsuane se había marchado hacía una semana, dejándola al cargo, su tarea parecía sencilla: asegurarse de que Cairhien no entrara de nuevo en ebullición. En aquel momento parecía una labor fácil, aunque sus escarceos en política no habían sido muchos, que digamos. Sólo un noble mantenía una fuerza armada considerable, y Dobraine se mostraba colaborador, en su mayor parte, deseando al parecer que todo siguiera tranquilo. Por supuesto, había aceptado aquel estúpido nombramiento como «Administrador de Cairhien del Dragón Renacido». El chico también había nombrado «Administrador» de Tear ¡a un hombre que un mes atrás se alzaba en rebelión contra él! Si había hecho otro tanto en Illian... Y parecía lo más probable. ¡Esos nombramientos les darían problemas sin cuento a las hermanas antes de que las cosas volvieran a su cauce! No obstante, Dobraine sólo parecía hacer uso de su nuevo puesto para dirigir la ciudad. Y para obtener apoyo discretamente a la reivindicación de Elayne Trakand al Trono del Sol si llegaba a presentarla. Samitsu se conformaba con dejarlo así, ya que le daba igual quién ocupaba el Trono del Sol. En realidad le importaba poco Cairhien.

Los copos que caían al otro lado del ventanal giraron en un remolino de viento como un calidoscopio blanco. Tan... tranquilos. ¿Había valorado alguna vez la tranquilidad? Al menos no recordaba haberlo hecho.

Ni la posibilidad de que Elayne Trakand ocupara el trono ni el nuevo título de Dobraine habían ocasionado ni de lejos tanta consternación como los ridículos rumores —persistentemente ridículos— de que el chico al'Thor se dirigía a Tar Valon para someterse a Elaida, aunque ella no hacía nada para acallarlos. Esa historia tenía a todos, desde los nobles a los mozos de establo, casi con miedo de respirar incluso, lo que venía muy bien para mantener la paz. El Juego de las Casas se había quedado estancado; bueno, si se comparaba con cómo eran normalmente las cosas en Cairhien. Probablemente habían contribuido también los Aiel que acudían a la ciudad desde el enorme campamento levantado a unos cuantos kilómetros, por mucho que los odiara la mayoría de la gente. Todos sabían que seguían al Dragón Renacido y nadie quería correr el riesgo de encontrarse en el lado equivocado de las lanzas Aiel. El joven al'Thor era mucho más útil hallándose ausente que presente. Los rumores llegados del

oeste sobre ataques Aiel en todas partes —saqueando, incendiando, matando indiscriminadamente según afirmaban los mercaderes— dio una razón más a la gente para evitar choques con los que estaban allí.

De hecho, parecía que no había abrojo capaz de pinchar a los cairhieninos para sacarlos de su tranquilidad, aparte de alguna que otra riña callejera entre los habitantes de extramuros y los vecinos de la ciudad, que consideraban a esas gentes bulliciosas, vestidas con ropas abigarradas, tan forasteras como los Aiel y un enemigo mucho más fácil para luchar. La urbe estaba ocupada hasta los áticos, con gente durmiendo en cualquier parte donde podía hallar cobijo del frío, si bien los víveres eran suficientes aunque no sobraran y el comercio se desarrollaba mejor de lo que era de esperar en invierno. En conjunto, tendría que haberse sentido satisfecha de estar llevando a cabo las instrucciones de Cadsuane todo lo bien que podía desearse. Sólo que Cadsuane esperaría más. Siempre lo hacía.

—¿Me estás escuchando, Samitsu?

Con un suspiro, Samitsu dio la espalda a la tranquila vista que le deparaba la ventana, esforzándose para no alisar la falda con cuchilladas amarillas. Las campanillas de plata de Jakanda con las que se adornaba el cabello tintinearon suavemente, pero su sonido no le proporcionaba sosiego ese día. En el mejor de los casos, no se sentía completamente a gusto en sus aposentos de palacio, a pesar de que el crepitante fuego en la ancha chimenea de mármol irradiaba calor y que el lecho de la habitación adyacente tenía edredones de la mejor calidad y almohadas de plumas de ganso. Las tres piezas que conformaban su alojamiento estaban adornadas en exceso, al severo estilo cairhienino, con la blanca escayola del techo formando cuadrados entrelazados, las anchas molduras del cornisamiento profusamente doradas, y los paneles de madera de las paredes pulidos hasta darles un suave brillo, pero aun así, oscuros. Los muebles eran más oscuros aún, macizos, ribeteados con finas líneas de pan de oro e incrustaciones de marfil en forma de cuña formando dibujos. Las floridas alfombras tearianas de esta habitación parecían fuera de lugar por los colores chillones, comparadas con todo lo demás, y ponían de relieve la rigidez de cuanto las rodeaba. Últimamente todo le recordaba a una jaula.

Lo que realmente la incomodaba, sin embargo, era la mujer con el cabello en tirabuzones cayéndole hasta los hombros que se encontraba en el centro de la alfombra, puesta en jarras, con la barbilla levantada en un gesto beligerante y un ceño que oscurecía sus azules ojos. Sashalle lucía el anillo de la Gran Serpiente en la mano derecha, desde luego, pero también un collar y un brazalete Aiel —gruesas cuentas de plata y marfil con tallas de complejo diseño— chillones en contraste con el vestido de paño marrón de cuello alto que evidentemente era bueno y estaba bien confeccionado. No es que fueran piezas toscas, pero... sí llamativas, y no del tipo que luciría una hermana. La excentricidad de esas joyas podía guardar la clave de muchas

cosas, si Samitsu lograba encontrar la razón que había detrás. Las Sabias, en especial Sorilea, la miraban como si fuera una necia por no saber las cosas sin preguntar y se negaban a tomarse la molestia de responder. Lo hacían demasiado a menudo. Sobre todo Sorilea. Samitsu no estaba acostumbrada a que la trataran como a una idiota, y ello le desagradaba sobremanera.

No por primera vez, le resultó difícil sostener la mirada de la otra hermana. Sashalle era la razón principal de que no se sintiese satisfecha por muy bien que marchara todo lo demás. Lo más exasperante es que Sashalle era una Roja y, sin embargo, a despecho de su Ajah, había jurado lealtad al joven al'Thor. ¿Cómo podía cualquier Aes Sedai jurar lealtad a nadie ni nada que no fuera la propia Torre Blanca? ¿Cómo, en nombre de la Luz, podía una Roja jurar lealtad a un hombre que encauzaba? Quizá Verin tenía razón sobre la mudanza del azar suscitada por los *ta'veren*. A Samitsu no se le ocurría ninguna otra razón para que treinta y una hermanas, cinco de ellas Rojas, prestaran tal juramento.

—Te he escuchado. Lady Ailil ha recibido propuestas de nobles que representan la fuerza principal de la casa Riatin —replicó con mucha más paciencia de la que realmente sentía—. Quieren que ocupe la posición de Cabeza Insigne de Riatin y ella desea la aprobación de la Torre Blanca. Al menos, la aprobación de las Aes Sedai.

Para hacer algo más que sostener un pulso de miradas —y perderlo probablemente— se desplazó hasta una mesa de endrino en la que había una jarra de plata con incrustaciones doradas sobre una bandeja, también de plata, y de la que salía un tenue aroma a especias. Llenar una copa de vino caliente le proporcionó una excusa para romper el fugaz contacto visual. Necesitar una excusa hizo que soltara la jarra en la bandeja con un golpe seco. Evitaba mirar a Sashalle demasiado a menudo. Aun entonces, se dio cuenta de que la estaba mirando de soslayo. Para su frustración, no consiguió volverse completamente para encontrarse con su mirada.

—Dile que no, Sashalle —añadió—. Su hermano seguía vivo cuando se lo vio por última vez, y la rebelión contra el Dragón Renacido no es algo por lo que tenga que preocuparse la Torre; y menos ahora que ha terminado. —A su mente acudió el recuerdo de Toram Riatin huyendo en medio de una extraña niebla que podía cobrar solidez y matar, una niebla resistente al Poder Único. La Sombra había caminado fuera de las murallas de Cairhien aquel día. Advirtió que la voz le había sonado tensa por el esfuerzo de frenar una especie de temblor. No de miedo, sino de rabia. Aquél había sido el día en que no consiguió Curar al joven al'Thor. Odiaba los fracasos, detestaba recordarlos. Y no tendría por qué explicarse—. La fuerza principal de la casa Riatin no es la totalidad. Los que todavía están de parte de Toram se opondrán a su hermana, con la fuerza de las armas si es necesario. Y, por supuesto, fomentar agitaciones dentro de las propias casas no es un modo de mantener la paz. Ahora existe un equilibrio precario, Sashalle, pero hay equilibrio y no debemos alterarlo. —

Logró contenerse antes de añadir que a Cadsuane le desagradaría que hicieran tal cosa. Eso no tendría mucho peso en la postura de Sashalle.

—La agitación surgirá la fomentemos nosotras o no —manifestó firmemente la otra hermana. El ceño había desaparecido tan pronto como Samitsu demostró que la había estado escuchando, bien que el gesto firme de la barbilla se mantuvo. Quizás era más tozudez que beligerancia, aunque eso poco importaba. La mujer no discutía ni intentaba convencerla; simplemente exponía su postura. Y lo más mortificante es que obviamente lo hacía como gesto de cortesía hacia ella—. El Dragón Renacido es el heraldo de la agitación y del cambio, Samitsu. El heraldo anunciado. Y, si no lo fuera, estamos en Cairhien. ¿Crees que realmente han dejado de jugar al *Da'es Daemar*? La superficie del agua puede parecer tranquila, pero los peces nunca dejan de nadar.

¡Una Roja preconizando al Dragón Renacido como un demagogo callejero! ¡Luz!

—¿Y si te equivocas? —A despecho de sí misma, Samitsu escupió las palabras.

Sashalle —¡maldita!— conservaba una perfecta serenidad.

—Ailil ha renunciado a cualquier reclamación al Trono del Sol a favor de Elayne Trakand, que es lo que el Dragón Renacido desea, y está dispuesta a jurarle lealtad si se lo pido. Toram dirigió un ejército contra Rand al'Thor. Yo digo que merece la pena hacer el cambio y que merece la pena correr el riesgo, y así se lo haré saber.

Las campanillas del cabello de Samitsu tintinearon con una irritada sacudida de cabeza, y la mujer logró a duras penas contenerse para no volver a suspirar. Dieciocho de esas hermanas seguidoras del Dragón seguían en Cairhien —Cadsuane se había llevado a unas cuantas con ella y había enviado de vuelta a Alanna para que se llevara algunas más— y otras de las dieciocho, aparte de Sashalle, estaban por encima de ella, pero las Sabias Aiel evitaban que se interpusieran en su camino. En principio, desaprobaba el modo en que se hacía —¡las Aes Sedai no podían ser aprendizas de nadie! ¡Era indignante!—, pero en la práctica le facilitaba su tarea. Así no interferían ni intentaban ponerse al mando, con las Sabias dirigiéndoles la vida y vigilándolas a todas horas. Lamentablemente, por alguna razón que no había descubierto, las Sabias consideraban de un modo diferente a Sashalle y a las otras dos hermanas que habían sido neutralizadas en los pozos de Dumai. Neutralizadas. Sintió un ligero escalofrío al pensarlo, pero sólo ligero, y sería menor si alguna vez lograba dilucidar cómo había Curado Damer Flinn lo que era incurable. Al menos alguien podía Curar la neutralización, aunque fuese un hombre. Un hombre que encauzaba. Luz. El espanto de antaño pasaba a ser una mera inquietud una vez que una se acostumbraba.

Estaba segura de que Cadsuane habría arreglado las cosas con las Sabias antes de marcharse si hubiese sabido esa diferencia de trato hacia Sashalle, Irgain y Ronaille. Al menos creía estar segura. Ésta no era la primera vez que se había visto envuelta en

uno de los planes de la legendaria Verde. Cadsuane podía ser más taimada que una Azul, ardides dentro de confabulaciones envueltas en estratagemas y todos ellos ocultos tras más planes. Algunos estaban destinados al fracaso a fin de contribuir a que otros tuviesen éxito, y sólo Cadsuane sabía cuáles eran cuáles, una idea en absoluto tranquilizadora. En cualquier caso, esas tres hermanas eran libres de ir y venir a voluntad, de hacer lo que quisieran. Y desde luego no se sentían obligadas a seguir la directriz marcada por Cadsuane ni a la hermana que había nombrado para que la llevara adelante. Sólo su demente juramento a al'Thor las guiaba o las limitaba.

Samitsu no se había sentido débil o incapaz en toda su vida salvo cuando le fallaba su Talento, pero ahora ansiaba que Cadsuane regresara y tomara las riendas. Unas pocas palabras dejadas caer al oído de Ailil habrían sofocado el deseo de la noble de convertirse en Cabeza Insigne, desde luego, pero no serviría de nada si no hallaba un modo de desviar a Sashalle de su propósito. Aunque Ailil temiera que sus estúpidos secretos se airearan, la contradicción en lo que le dijeran las Aes Sedai podría muy bien hacerle decidir que era mejor intentar desaparecer en sus posesiones del campo en vez de arriesgarse a ofender a una hermana hiciera lo que hiciese. Cadsuane se disgustaría si perdía a Ailil. La propia Samitsu se disgustaría. Ailil era un conducto a la mitad de los complots que se tramaban entre los nobles, un indicador para comprobar que esas intrigas aún eran insignificantes, sin probabilidades de que ocasionaran alteraciones de consideración. La maldita Roja lo sabía. Y, una vez que Sashalle diera ese permiso a Ailil, sería a ella a la que acudiría corriendo con noticias, no a Samitsu Tamagowa.

Mientras Samitsu se debatía con su dilema, la puerta que daba al pasillo se abrió y dio paso a una cairhienina de tez pálida y semblante severo, alrededor de una mano más baja que cualquiera de las dos Aes Sedai. Llevaba recogido el cabello canoso en un prieto moño bajo, y un vestido sin adornos, de un color gris tan oscuro que casi era negro, el uniforme actual de la servidumbre del Palacio del Sol. Los criados nunca se anunciaban ni pedían permiso para entrar, pero Corgaide Marendevin no era una criada cualquiera; el pesado aro plateado con llaves que llevaba colgado a la cintura era un símbolo de su cargo. Gobernara quien gobernara Cairhien, la Depositaria de las Llaves dirigía el Palacio del Sol de hecho, y no había nada de sumiso en la actitud de Corgaide. Hizo una mínima reverencia, dirigida cuidadosamente a un punto intermedio entre Samitsu y Sashalle.

—Se me pidió que informara de cualquier cosa inusual —le dijo al aire, aunque había sido Samitsu la que lo había pedido. A buen seguro se había percatado de la lucha por el poder entre ambas al mismo tiempo que ellas mismas. Eran muy pocas las cosas de palacio que se le escapaban—. Me han dicho que hay un Ogier en las cocinas. Él y un hombre joven buscan, supuestamente, trabajo de albañilería, pero nunca había oído que un Ogier y un humano albañiles trabajaran juntos. Y el *stedding*

Tsofu nos respondió en una misiva que no habrá albañiles Ogier disponibles de ningún *stedding* en el futuro inmediato, cuando les preguntamos después de... del incidente. —La pausa apenas se notó y su expresión grave no se alteró, pero la mitad de los chismes que corrían sobre el ataque al Palacio del Sol responsabilizaban a al'Thor de ello y la otra mitad a las Aes Sedai. Unos pocos mencionaban a los Renegados, pero sólo para emparejarlos con al'Thor o con las Aes Sedai.

Fruncidos los labios en un gesto pensativo, Samitsu alejó de su mente el maldito embrollo que los cairhieninos hacían con cualquier cosa que tocaban. Negar la participación de Aes Sedai no servía de nada; los Tres Juramentos valían hasta cierto punto en una ciudad donde un simple «sí» o «no» podía dar pie a seis rumores contradictorios. Pero un Ogier... Las cocinas de palacio rara vez admitían transeúntes de paso, pero las cocineras seguramente darían una comida caliente a un Ogier por la rareza que era ver a uno de ellos. Durante el último año, los Ogier se habían dejado ver aún menos de lo que era habitual. Todavía se encontraba a alguno de vez en cuando, pero caminando tan deprisa como era capaz de hacerlo un Ogier, y rara vez deteniéndose en un sitio más tiempo que para pasar la noche. Casi nunca viajaban con humanos, cuanto menos trabajar con ellos. No obstante, esa pareja despertó un cosquilleo en su mente. Con la esperanza de recordar lo que quiera que fuera, abrió la boca para hacer unas preguntas.

—Gracias, Corgaide —respondió Sashalle con una sonrisa—. Habéis sido de gran ayuda, pero ¿os importaría dejarnos solas?

Tratar bruscamente a la Depositaria de las Llaves era un buen modo de encontrarse con sábanas sucias, comidas mal aderezadas, bacinillas sin vaciar, mensajes que se perdían y miles de inconvenientes que podían amargar la vida a cualquiera y dejarlo en un barrizal espeso sin llegar a ninguna parte ni conseguir hacer nada; sin embargo, a juzgar por la reacción de Corgaide, la sonrisa pareció quitar hierro a sus palabras. La mujer de pelo gris inclinó la cabeza levemente en un gesto de asentimiento y de nuevo realizó la reverencia más pequeña posible. En esta ocasión, obviamente dedicada a Sashalle.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de la gobernanta, Samitsu soltó la taza de plata sobre la bandeja con suficiente brusquedad para que el vino caliente le salpicara en la muñeca, y luego se volvió hacia la hermana Roja. ¡Estaba a un paso de perder el control de Ailil y ahora el propio Palacio del Sol parecía resbalársele entre los dedos! Que Corgaide guardara silencio sobre lo que había visto allí era tan probable como que le crecieran alas y volara, y dijera lo que dijera se propagaría rápidamente por palacio y contagiaría a toda la servidumbre, hasta los hombres que limpiaban los establos. La última reverencia que había hecho dejaba muy claro lo que pensaba. ¡Luz, cómo odiaba Cairhien! Estaba muy arraigado el uso de la cortesía entre hermanas pero Sashalle no estaba suficientemente por encima de ella para que

contuviera la lengua ante aquel desastre, y se proponía hacerlo sin miramientos.

Miró ceñuda a la otra hermana y entonces vio la cara de Sashalle —la vio realmente, quizá por primera vez— y de repente supo por qué la incomodaba tanto, quizás incluso por qué le resultaba tan difícil mirar directamente a la hermana Roja. Ya no era un rostro Aes Sedai, intemporal y ajeno a la edad. Casi nadie lo notaba hasta que se le hacía notar, pero para otra hermana resultaba inconfundible. Tal vez quedaban restos, retazos que hacían parecer a Sashalle más hermosa de lo que era realmente, pero aun así cualquiera podría calcularle una edad, más o menos en un punto anterior a la madurez. El descubrimiento paralizó la lengua de Samitsu.

Lo que se sabía sobre mujeres neutralizadas era poco más que rumores. Huían y se escondían de otras hermanas; finalmente, morían. Por lo general, solían morir enseguida. La pérdida del *Saidar* era más de lo que la mayoría de las mujeres neutralizadas podía soportar durante mucho tiempo. Pero todo era realmente chismorreo; que ella supiera, desde hacía mucho tiempo nadie había tenido coraje suficiente para descubrir más cosas. El miedo, casi siempre relegado al rincón más oscuro de la mente de cada hermana, de que podía correr la misma suerte cualquier día en un momento de descuido, impedía que alguien quisiera saber demasiado de ello. Hasta las Aes Sedai podían apartar la vista cuando no querían ver. Siempre había rumores, casi nunca mencionados y tan vagos que no se recordaba dónde se habían oído por primera vez, susurros casi inaudibles, pero siempre flotando en el aire. Uno que Samitsu sólo había recordado a medias, hasta ese momento, decía que una mujer neutralizada rejuvenecía, si vivía. Siempre le había parecido absurdo; hasta ahora. Recobrar la habilidad de encauzar no le había devuelto todo a Sashalle. De nuevo tendría que trabajar con el Poder durante años para conseguir el semblante que la proclamaría como Aes Sedai a cualquier hermana que la viera. O... ¿quizá no lo recuperaría? Parecía inevitable, pero aquél era un territorio sin explorar. Y si su rostro había cambiado, ¿habría cambiado algo más en ella? Un escalofrío más intenso que el que le había causado la idea de la neutralización estremeció a Samitsu. Quizás era mejor que hubiese ido despacio tratando de desentrañar el modo de Curar de Damer.

Sashalle se toqueteó el collar Aiel; no parecía haberse dado cuenta de que Samitsu se sintiese agraviada y tampoco del escrutinio de ésta.

—Puede que no sea nada, o puede que merezca la pena comprobarlo —dijo—, pero Corgaide sólo informaba de lo que había oído. Si queremos enterarnos de algo, tendremos que ir y verlo por nosotras mismas. —Sin añadir nada más, se recogió la falda y se dirigió a la puerta, dejando a Samitsu sin más alternativa que seguirla o quedarse allí. ¡Era intolerable! Sin embargo, quedarse estaba descartado.

La hermana Roja no era más alta que ella, pero tuvo que apresurarse para seguir el ritmo de Sashalle mientras ésta avanzaba rápidamente por corredores anchos de cúpulas cuadradas. Era imposible ponerse a la cabeza a no ser que echara a correr.

Estaba que echaba chispas, pero guardó silencio aunque tuvo que apretar los dientes. Discutir con otra hermana en público no era apropiado, en el mejor de los casos. Peor aún, sin lugar a dudas, era que además sería inútil. Y sólo serviría para profundizar más el agujero en el que se hallaba. Tenía unas ganas tremendas de dar una patada a algo.

Las lámparas de pie situadas a intervalos regulares daban luz de sobra hasta en las zonas más oscuras de los pasillos, pero la decoración aportaba poco color aparte de algún que otro tapiz con todos los componentes colocados de manera ordenada, ya fuesen animales a los que se les daba caza o la lucha valerosa en una batalla. Unas cuantas hornacinas de la pared contenían adornos de oro o porcelanas de los Marinos, y en algunos corredores las cornisas formaban frisos, la mayoría sin pintar. Eso era todo. Los cairhieninos ocultaban la opulencia en público, como hacían con tantas otras cosas. Los criados que recorrían diligentemente los pasillos como hileras de hormigas lucían uniformes de color del carbón, salvo los que estaban al servicio de nobles residentes en palacio, que parecían llamativos en comparación al resto, con los cuellos y a veces las mangas —incluso uno o dos con la chaqueta y el vestido completo— con los colores de la casa, así como las insignias de las casas bordadas en la pechera; casi parecían forasteros entre los demás. Pero unos y otros mantenían bajos los ojos y apenas se detenían lo suficiente para hacer una reverencia a las dos hermanas cuando se cruzaban con ellas. El Palacio del Sol requería centenares de criados, y parecía que esa mañana todos iban de aquí para allí ocupándose afanosamente de sus tareas.

También había nobles por los pasillos que hacían reverencias cautelosas a las Aes Sedai al cruzarse con ellas, quizá con un saludo —cuidadosamente equilibrado entre una ilusión de igualdad y el verdadero estado de las cosas— pronunciado en voz baja que no llegaba muy lejos. Demostraban el viejo dicho de que los tiempos extraños hacían extraños compañeros de viaje. Viejas enemistades se habían dejado a un lado a la vista de los nuevos peligros. Temporalmente. Aquí, dos o tres pálidos lores cairhieninos con oscuras chaquetas de seda, las pecheras surcadas a lo ancho con finas franjas de color y algunos con la parte delantera de la cabeza afeitada y empolvada al estilo de los soldados, paseaban junto a un número igual de atezados tearianos, más altos, con sus chaquetas de vivos colores de mangas abullonadas y listadas. Allí, una noble teariana, tocada con una ajustada cofia de hilos de perlas, vestido de brocado colorido y gorguera de encaje claro, caminaba agarrada del brazo de una noble cairhienina más baja, con el cabello peinado en una compleja torre de rizos que incluso superaba la cabeza de su acompañante, la puntilla gris oscura del cuello rozándole la barbilla y las finas franjas de los colores de su casa bajando en cascada por la parte delantera de la amplia falda de seda oscura. Todos como amigos del alma y fieles confidentes.

Algunos emparejamientos resultaban más chocantes que otros. Últimamente, varias mujeres habían empezado a llevar ropas estrafalarias sin que al parecer advirtieran cómo atraían las miradas de los hombres e incluso hacían que los sirvientes tuvieran que esforzarse para no mirarlas de hito en hito. Polainas ajustadas y chaquetas apenas lo bastante largas para tapar las caderas no eran ropas apropiadas para una mujer, por mucho trabajo de bordados y adornos con gemas que llevaran las chaquetas. Collares, brazaletes y pequeños manojos de plumas coloreadas resaltaban aún más la extravagancia del atuendo. Y qué decir de esas botas teñidas en tonos llamativos, con tacones que añadían hasta una mano de altura a una mujer y que daban la impresión de que corrían el riesgo de caerse a cada paso contoneante.

—Escandaloso —rezongó Sashalle al ver a un par de esas mujeres, y dando tirones a su falda con gesto de desagrado.

—Escandaloso —rezongó a su vez Samitsu antes de poder contenerse, y a continuación cerró la boca con tanta brusquedad que sus dientes sonaron al chocar entre sí. Tenía que controlar la lengua. Expresar su acuerdo sólo porque pensaba igual era una costumbre que no podía permitirse con Sashalle.

Sin embargo, no pudo evitar echar una ojeada hacia atrás a la pareja de mujeres con aire de desaprobación. Y con un tanto de extrañeza. Un año atrás, Alaine Chuliandred y Fionnda Annariz habrían estado enzarzadas. O más bien habrían hecho que sus mesnaderos lo estuvieran. Claro que ¿quién habría imaginado ver a Bertome Saighan caminando tranquilamente con Weiramon Saniago sin que ninguno de los dos hombres hubiese echado mano a la daga que llevaban en el cinturón? Tiempos extraños y extraños compañeros de viaje. Sin duda jugaban el Juego de las Casas, maniobrando para sacar ventaja como siempre hacían, pero las líneas divisorias que antaño estaban esculpidas en piedra ahora resultaba que estaban dibujadas en agua. Tiempos realmente extraños.

Las cocinas se encontraban en el piso más bajo sobre el nivel de la calle, en la parte posterior del palacio, y era un grupo de habitaciones de paredes de piedra con vigas vistas en los techos, distribuidas alrededor de una estancia alargada, sin ventanas, llena de fogones de hierro, hornos de ladrillo y hogares de piedra labrada, y el calor bastaba para que cualquiera olvidara la nieve en el exterior o incluso que era invierno. Normalmente, cocineras y pinches de caras sudorosas, con uniformes tan oscuros como los de los criados de cualquier otra zona de palacio bajo los blancos delantales, habrían estado corriendo de aquí para allí preparando la comida de mediodía, amasando panes en largas mesas espolvoreadas de harina, rociando con su jugo los asados de carne y las aves que giraban en espetones sobre el fuego de los hogares. Ahora sólo los bulliciosos y babeantes perros se movían, ansiosos de obtener su parte de los asados. Cestos de nabos y zanahorias seguían sin pelar y cortar en trozos, y olores dulces y picantes salían de cazos con salsas abandonados en el fuego.

Hasta los marmitones, chicos y chicas que se enjugaban la cara con los delantales de manera subrepticia, se hallaban al borde de un grupo de mujeres apiñadas alrededor de una de las mesas. Desde la puerta, Samitsu alcanzó a ver la parte posterior de la cabeza de un Ogier sobresaliendo por encima de las mujeres; aun sentado a la mesa era más alto de lo que sería la mayoría de hombres de pie, y eso fue una ayuda. Puso una mano en el brazo de Sashalle y, cosa extraña, la mujer se paró donde estaban sin protestar.

—... ¿desapareció sin dejar una pista de adónde iba? —preguntaba el Ogier en ese momento con un profundo retumbo semejante a un movimiento de tierra. Sus largas orejas copetudas, que asomaban entre el oscuro cabello, largo hasta el alto cuello de la chaqueta, se agitaban adelante y atrás con inquietud.

—Oh, dejemos de hablar de él, maese Ledar —respondió la voz de una mujer con un trémolo que parecía muy ensayado—. Malvado, eso es lo que fue. Destrozó la mitad del palacio con el Poder Único. Eso hizo. Podía volverte la sangre hielo con sólo mirarte y matarte con la misma rapidez. Miles han muerto a sus manos. ¡Decenas de miles! Oh, qué poco me gusta hablar de él.

—Para alguien a quien le gusta hablar poco de algo, Eldrid Methin, apenas si hablas de otra cosa —dijo otra voz de mujer con dureza. Fornida y bastante alta para ser cairhienina, casi tan alta como la propia Samitsu y con algunos mechones de cabello gris escapando bajo la cofia blanca, debía de ser la jefa de cocina que estaba de servicio porque todos los que veía Samitsu se apresuraron a asentir en conformidad con sus palabras y a soltar risitas divertidas, para luego añadir «Oh, tenéis razón, señora Beldair» en un tono particularmente adulador.

»Pero eso no es algo de lo que nosotros deberíamos estar chismorreando, maese Ledar —prosiguió la mujer fornida—. Son cosas de Aes Sedai, eso es, y no para gente como vos y como yo. Contadnos más cosas sobre las Tierras Fronterizas. ¿De verdad habéis visto trollocs?

—Aes Sedai —masculló un hombre. Oculto por la gente que rodeaba la mesa, debía de ser el compañero de Ledar ya que Samitsu no veía a ningún hombre adulto en la cocina esa mañana—. Decidme, ¿creéis realmente que vincularon a esos hombres de los que hablabais, esos Asha'man? ¿Como Guardianes? ¿Y ese otro que murió? No dijisteis cómo pasó.

—Vaya, pues fue el Dragón Renacido el que lo mató —saltó de nuevo Eldrid—. ¿Y como qué otra cosa puede vincular una Aes Sedai a un hombre? Oh, eran terribles, esos Asha'man. Podían volverte de piedra con una mirada, vaya que podían. Se los puede distinguir sólo con verlos, ¿sabéis? Ojos brillantes como ascuas, un espanto, sí.

—Cállate, Eldrid —instó firmemente la señora Beldair—. Puede que fueran Asha'man o puede que no, maese Sotomonte. Puede que los vincularan y puede que

no. Todo lo que yo o cualquier otro podemos decir es que estaban con él. —El énfasis puesto en la palabra dejaba muy claro a quién se refería; quizás Eldrid consideraba temible a Rand al'Thor, pero esa mujer ni siquiera quería pronunciar su nombre—. Y, a poco de que él se fuera, de repente las Aes Sedai les estaban diciendo qué hacer y ellos lo hacían. Claro que cualquier tonto sabe que es mejor hacer lo que dice una Aes Sedai. De todos modos, esos tipos ya no están ahora. ¿Por qué os interesan tanto, maese Sotomonte? ¿Ese nombre vuestro es andoreño?

Ledar echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír, un atronador sonido que inundó la cocina. Sus orejas se agitaron violentamente.

—Oh, nos gusta saber todo sobre los lugares que visitamos, señora Beldair —contestó—. ¿Las Tierras Fronterizas, decís? Pensaréis que aquí hace frío, pero yo he visto árboles chascar y partirse como castañas puestas al fuego a causa del frío en las Tierras Fronterizas. En el río tenéis bloques de hielo que llegan flotando corriente abajo, pero hemos visto ríos tan anchos como el Alguenya congelados, de manera que las caravanas de mercaderes pueden cruzarlos con las carretas cargadas. Y a hombres pescando a través de agujeros abiertos en el hielo, que tenía un espán de grosor. Por la noche, en el cielo se ven cortinas de luz que parecen chisporrotear, y tan brillantes que apagan el brillo de las estrellas, y...

Incluso la señora Beldair se inclinaba hacia el Ogier, cautivada su atención, pero uno de los jóvenes marmitones, demasiado bajo para ver más allá de la barrera formada por los adultos, miró a su espalda y sus ojos se abrieron como platos al encontrarse con Samitsu y Sashalle. Su mirada quedó prendida en ellas, como atrapada, pero tanteó con una mano hasta agarrar la manga de la señora Beldair y dio un tirón. La primera vez, la mujer se la sacudió de encima sin mirar al chico. Al segundo tirón volvió la cabeza con gesto ceñudo, pero el ceño se borró en un instante cuando también ella vio a las Aes Sedai.

—La gracia os sea propicia, Aes Sedai —dijo mientras se apresuraba a meter los mechones sueltos bajo la cofia al tiempo que hacía una reverencia—. ¿En qué puedo serviros?

Ledar enmudeció a mitad de la frase y sus orejas se pusieron tensas un instante. No miró hacia la puerta.

—Queremos hablar con vuestros visitantes —manifestó Sashalle a la par que entraba en la cocina—. No trastornaremos el ritmo de trabajo en vuestra cocina mucho tiempo.

—Por supuesto, Aes Sedai. —Si la fornida mujer se sorprendió porque dos Aes Sedai quisieran hablar con visitantes de las cocinas no lo demostró. Su cabeza giró a uno y otro lado para abarcar a todo el personal, dio una palmada y se lanzó a impartir órdenes—. Eldrid, esos nabos no se pelarán solos. ¿Quién está al cuidado de la salsa de higos? ¡No es fácil conseguir higos secos! ¿Dónde tienes tu cucharón para rociar

la carne, Kasi? Andil, corre, ve a buscar... —Pinches y marmitones se dispersaron en todas direcciones y a no tardar el ruido de ollas y cucharas resonaba por toda la cocina, aunque saltaba a la vista que todo el mundo se esforzaba por meter el menor ruido posible para no molestar a las Aes Sedai. Y también que se esforzaban para no mirar siquiera en su dirección, aunque tal cosa implicara torcer el cuerpo en una postura forzada.

El Ogier se puso de pie sin brusquedad y la cabeza casi rozó las gruesas vigas del techo. Su atuendo era semejante al que Samitsu recordaba de encuentros anteriores con Ogier, una chaqueta larga de color oscuro que se ensanchaba a la altura de las botas con doblez. Las manchas en la chaqueta indicaban que había viajado mucho; los Ogier eran muy tiquismiquis y escrupulosos. Sólo giró parcialmente la cabeza hacia Sashalle y ella para hacer una reverencia, y se frotó la ancha nariz como si le picara, ocultando a medias el amplio rostro, pero parecía joven para la raza Ogier.

—Disculpadnos, Aes Sedai —murmuró—, pero tenemos que seguir viaje. —Se agachó para recoger una enorme bolsa de cuero que llevaba una manta enrollada y atada en la parte superior; varias formas cuadradas se marcaban en la bolsa, alrededor de las otras cosas que hubiera guardado dentro, y se la echó al hombro por la ancha correa. Los amplios bolsillos de su chaqueta también estaban repletos con formas angulosas—. Tenemos un largo trecho por delante antes de que se haga de noche. —Su compañero, sin embargo, permaneció sentado, con las manos extendidas sobre el tablero de la mesa; era un joven de tez pálida, con barba crecida de ocho días, y parecía haber dormido más de una noche con la arrugada chaqueta de color marrón. Miraba receloso a las Aes Sedai con los oscuros ojos que semejaban los de un zorro acorralado.

—¿Adónde os dirigís que no podéis llegar antes de que caiga la noche? —Sashalle no se paró hasta que estuvo de pie delante del joven Ogier, lo bastante cerca para tener que doblar el cuello hacia atrás a fin de mirarlo, aunque lo hizo de forma que parecía grácil más que forzada, como si tuviera que ser así—. ¿Vais de camino a la asamblea de la que hemos oído hablar, en el *stedding* Shangtai, maese... Ledar? Así os llamáis, ¿no?

Las altas orejas se agitaron violentamente, para luego quedarse inmóviles, y los ojos, del tamaño de una taza, se estrecharon con una expresión casi tan recelosa como la del hombre joven, haciendo que las puntas colgantes de las cejas le rozaran las mejillas.

—Ledar, hijo de Shandin, nieto de Koimal, Aes Sedai —respondió de mala gana—. Pero no voy al Gran Tocón. Vaya, pero si los Mayores no me dejarían acercarme lo suficiente para escuchar lo que se esté hablando. —Soltó una risa de timbre grave que sonó forzada—. No nos da tiempo a llegar esta noche adonde vamos, Aes Sedai, pero cada legua que dejemos atrás es una legua que no tendremos que recorrer

mañana. Hemos de ponernos en camino. —El joven sin afeitar se puso de pie mientras, con gesto nervioso, pasaba la mano por la larga empuñadura de la espada que llevaba colgada al cinto, pero no hizo intención de recoger la bolsa y la manta enrollada que tenía a los pies ni de seguir al Ogier cuando éste echó a andar hacia la puerta que conducía a la calle, ni siquiera cuando el Ogier volvió la cabeza y dijo—: Tenemos que irnos, Karldin.

Sashalle se interpuso ágilmente en el camino del Ogier a pesar de que tenía que dar tres pasos por cada uno de él.

—Estabais pidiendo trabajo como albañil, maese Ledar —manifestó en un tono de no tolerar tonterías—, pero vuestras manos no tienen callos como las de cualquier albañil de los que he visto. Sería mejor para vos responder a mis preguntas.

Reprimiendo una sonrisa triunfante, Samitsu se acercó a la hermana Roja. ¿Así que Sashalle pensaba que podía hacerla a un lado y descubrir lo que pasaba, eh? Pues iba a llevarse una sorpresa.

—Debéis quedaros un poco más —le dijo al Ogier en voz baja; el ruido que había en la cocina impediría que alguien escuchara por casualidad, pero no había necesidad de correr riesgos—. Cuando vine al Palacio del Sol ya había oído hablar de un joven Ogier, amigo de Rand al'Thor. Se marchó de Cairhien hace unos meses en compañía de un hombre joven llamado Karldin. ¿No es cierto, Loial?

Las orejas del Ogier se doblaron flojamente. El hombre joven masculló una maldición que no debería haber pronunciado delante de unas hermanas.

—Me marcharé cuando quiera marcharme, Aes Sedai —replicó en tono seco, pero en voz baja. Principalmente, repartía la mirada entre Samitsu y Sashalle, si bien se mantenía alerta por si cualquiera de los trabajadores de la cocina se acercaba. Tampoco él quería que nadie escuchara por casualidad—. Antes de irme, quiero algunas respuestas. ¿Qué les ocurrió a... mis amigos? Y a él. ¿Se volvió loco?

Loial soltó un profundo suspiro e hizo un gesto pacificador con una de sus enormes manos.

—Tranquilo, Karldin —murmuró—. Rand no querría que iniciaras un problema con las Aes Sedai. Cálmate.

Si acaso, el ceño de Karldin se acentuó. De repente a Samitsu se le ocurrió que podría haber llevado el asunto mejor. Aquéllos no eran los ojos de un zorro acorralado, sino de un lobo. Se había acostumbrado demasiado a Damer, Jahar y Eben, vinculados y dominados. Quizás era mucho decir, aunque Merise estaba haciendo un esfuerzo con Jahar —ése era el estilo de Merise—, pero al parecer el horror de ayer podía convertirse en la autocomplacencia de hoy tras encontrarte expuesta a una situación peligrosa el tiempo suficiente. Karldin Manfor era también Asha'man, pero no estaba ni vinculado ni dominado. ¿Estaría abrazando la mitad masculina del Poder? Casi se echó a reír. ¿Volaban los pájaros?

Sashalle observaba al joven con un ceño escrutador y sus manos permanecían demasiado inmóviles sobre la falda, pero Samitsu se alegró de no ver el brillo del *Saidar* rodeándola. Los Asha'man notaban cuando una mujer asía el Poder y eso podía inducirlo a actuar... precipitadamente. Claro que las dos juntas podrían manejarlo —¿podrían, si él asía ya el Poder? Sí, por supuesto que sí. ¡Por supuesto! —, pero sería mucho mejor no tener que hacerlo.

Desde luego, Sashalle no hacía nada ahora para ponerse al mando, de modo que Samitsu posó la mano en el brazo izquierdo del joven. A través de la manga se notaba como una barra de hierro. De modo que estaba tan inquieto como ella. ¿Como ella? ¡Luz, Damer y esos otros dos habían echado a perder todos sus instintos!

—*Él* me pareció tan cuerdo como la mayoría de los hombres la última vez que lo vi —dijo suavemente, sólo con un leve énfasis. Ninguno de los trabajadores de la cocina andaba cerca, pero unos cuantos habían empezado a echar miraditas a hurtadillas hacia la mesa. Loial suspiró profundamente, con alivio, un sonido semejante al viento colándose por la boca de una cueva, pero Samitsu no apartó su atención de Karldin—. Ignoro dónde está, pero hace unos días seguía vivo. —Alanna se había mostrado tan poco comunicativa como un mejillón cerrado, aparte de ese detalle, y también dominante, con la nota de Cadsuane empuñada en la mano—. Me temo que Fedwin Morr murió envenenado, pero no tengo ni idea de quién le dio el veneno. —Para su sorpresa, Karldin se limitó a sacudir la cabeza con una mueca compungida y masculló algo incomprensible sobre el vino—. En cuanto a los otros, se convirtieron en Guardianes por voluntad propia. —Tan voluntariamente como cualquier hombre hacía cualquier cosa. Desde luego, su Roshan no había querido ser Guardián hasta que ella resolvió que lo quería como tal. Incluso una mujer que no fuera Aes Sedai por lo general conseguía que un hombre decidiera del modo que quería ella—. Creyeron que era una elección mejor, más... segura, que regresar con... los otros como tú. Verás, los daños ocasionados aquí se hicieron con *Saidin*. Entiendes quién debió de estar detrás de todo, ¿no? Fue un intento de matar a la persona por cuya cordura temías.

Eso tampoco lo sorprendió. ¿Qué clase de hombres eran estos Asha'man? ¿Es que su —así llamada— Torre Negra era una fosa de asesinatos? No obstante, la tirantez de su brazo se aflojó y de repente sólo era un joven cansado de viajar que necesitaba un afeitado.

—¡Luz! —exclamó—. ¿Qué hacemos ahora, Loial? ¿Adónde vamos?

—Yo... No sé —contestó el Ogier, hundidos los hombros en un gesto de cansancio y las orejas caídas—. Tengo... Tenemos que encontrarlo, Karldin. Como sea. No podemos renunciar ahora. Hemos de informarle que hicimos lo que nos pidió. Hasta donde nos fue posible.

Samitsu se preguntó qué sería lo que les había pedido al'Thor. Con un poco de

suerte, podría enterarse de muchas cosas con esos dos. Un hombre cansado, o un Ogier, que se sintiera solo y perdido estaba predispuesto a responder preguntas.

Karldin dio un pequeño brinco y cerró la mano con fuerza en la empuñadura de la espada a la par que Samitsu contenía a duras penas un juramento cuando una criada entró corriendo en la cocina, recogida la falda casi hasta la rodilla.

—¡Han matado a lord Dobraine! —chilló la criada—. ¡Acabaremos muertos todos en nuestras camas! ¡He visto caminando a los muertos con mis propios ojos, el viejo Maringil, y mi mamá dice que los espíritus te matan si se ha cometido un asesinato! Ellos... —Se quedó callada de golpe, boquiabierta, cuando reparó en la presencia de las Aes Sedai, y se frenó resbalando en el suelo, todavía con la falda remangada. El personal de la cocina también se había quedado petrificado, todos observando a las dos hermanas de soslayo para ver qué hacían.

—Dobraine no —gimió Loial con las orejas aplastadas contra la cabeza—. Él no. —Parecía tan furioso como triste, el gesto glacial. Samitsu no recordaba haber visto enfadado a un Ogier.

—¿Cómo te llamas? —demandó Sashalle a la criada antes de que Samitsu tuviera tiempo de abrir la boca—. ¿Cómo sabes que lo asesinaron? ¿Cómo sabes siquiera que está muerto?

La mujer tragó saliva, los ojos prendidos en la fría mirada de Sashalle.

—Ceria, Aes Sedai —contestó vacilante y dobló las rodillas en una reverencia, dándose entonces cuenta de que todavía tenía remangada la falda. La soltó y la alisó apresuradamente al tiempo que se acentuaba la rojez de sus mejillas—. Ceria Doinal. Dicen... Todo el mundo dice que lord Dobraine está... Quiero decir que le... Quiero decir... —Volvió a tragar saliva, con esfuerzo—. Todos dicen que su habitación está llena de sangre. Lo encontraron tendido en un gran charco. Con la cabeza cortada, dicen.

—Se dicen muchas cosas —intervino severamente Sashalle—, y por lo general no son ciertas. Samitsu, vendrás conmigo. Si lord Dobraine está herido podrás hacer algo por él. Loial, Karldin, vosotros vendréis también. No quiero perderos de vista antes de tener ocasión de haceros unas cuantas preguntas.

—¡Al infierno con vuestras preguntas! —bramó con ímpetu el joven Asha'man mientras se cargaba al hombro sus pertenencias—. ¡Yo me voy!

—No, Karldin —dijo delicadamente Loial mientras ponía la enorme manaza en el hombro de su compañero—. No podemos irnos sin saber qué le ha pasado a Dobraine. Es un amigo, de Rand y mío. No podemos. De todos modos, ¿adónde vamos a ir con prisa?

Karldin desvió la mirada; no tenía respuesta a eso. Samitsu cerró los ojos y respiró hondo, pero la cosa no tenía remedio, y siguió a Sashalle fuera de las cocinas, de nuevo apresurándose para mantener el rápido paso de la otra mujer. De hecho, iba

casi corriendo; Sashalle marcaba un ritmo más veloz incluso que antes.

Un murmullo de voces se alzó a sus espaldas tan pronto como salieron por la puerta. Seguramente el personal de la cocina abrumaba a la criada pidiendo detalles que a buen seguro ella se inventaría cuando desconociera la respuesta. Diez versiones diferentes de lo ocurrido se propagarían desde las cocinas, si es que no había tantas como personas trabajaban allí. Peor aún, surgirían diez versiones distintas de lo ocurrido en la cocina, y cada una de ellas se sumaría a los rumores que sin duda Corgaide ya estaría iniciando. No recordaba un día que las cosas le hubieran salido tan mal, tan de repente, como quien resbala en un parche de hielo y se encuentra con otro de inmediato, y luego otro más. ¡Después de esto Cadsuane se haría guantes con su piel!

Al menos Loial y Karldin también seguían a Sashalle. Todavía podía sacarle provecho a cualquier cosa que descubriera por ellos, y así salvar algo del desastre. Trotando al lado de Sashalle, observó a los dos echando rápidas ojeadas hacia atrás. El Ogier caminaba a pasos cortos para no adelantarlas, y tenía la frente fruncida en un gesto preocupado. Por Dobraine, seguramente, pero quizá también por haber realizado su misteriosa tarea sólo «hasta donde les había sido posible». Aquél era un interrogante que se proponía resolver. El joven Asha'man no tenía problemas para mantener el paso, aunque su expresión era de obstinada renuencia y su mano no dejaba de acariciar la empuñadura de la espada. El peligro que había en él no estaba en el acero. Miraba con recelo las espaldas de las Aes Sedai que lo precedían, y en una ocasión sostuvo la mirada de Samitsu con otra fulminante. No obstante, era lo bastante sensato para mantener cerrada la boca. La Amarilla se dijo que tendría que hallar el modo de que la abriera más adelante para algo más que enseñar los dientes en un gruñido.

Sashalle no miró atrás ni una sola vez para asegurarse de que ambos las seguían; claro que tenía que oír los sonoros pasos del Ogier sobre las baldosas. Su semblante estaba pensativo, y Samitsu habría dado casi cualquier cosa por saber qué iba cavilando. Sashalle habría jurado lealtad a Rand al'Thor, mas ¿qué protección daba tal compromiso a un Asha'man? Después de todo, era Roja. Y eso no había cambiado junto con su cara. ¡Luz, éste podía ser el peor parche de hielo de todos!

Fue una larga y ardua subida desde las cocinas a los aposentos de lord Dobraine, en la Torre de la Luna Llena, que por lo general se reservaba para visitantes nobles de alto rango, y durante todo el camino Samitsu tuvo pruebas de que Ceria no había sido, ni mucho menos, la primera en enterarse de lo que los siempre anónimos «ellos» tenían que contar. En lugar de interminables torrentes de criados yendo y viniendo por los corredores había grupos reducidos que conversaban en murmullos nerviosos. Al ver a las Aes Sedai se separaban precipitadamente y se escabullían en todas direcciones. Un puñado se quedó boquiabierto al ver a un Ogier caminando por

los pasillos de palacio, pero en su mayor parte todos desaparecían casi corriendo. Los nobles que habían visto antes habían desaparecido en su totalidad, sin duda de vuelta a sus propios aposentos para cavilar qué oportunidades y riesgos podía ofrecerles la muerte de Dobraine. Pensara lo que pensara Sashalle, a Samitsu ya no le cabía duda. Si Dobraine estuviera vivo, sus propios criados ya habrían echado por tierra los rumores.

Para mayor confirmación, el pasillo que daba a los aposentos de Dobraine se hallaba abarrotado de criados con el semblante lívido, las mangas con los colores azul y blanco de la casa Taborwin recogidas por encima de los codos. Algunos sollozaban y otros parecían perdidos al desaparecer bajo sus pies la piedra fundamental. A una palabra de Sashalle se apartaron para dejar paso a las Aes Sedai con movimientos mecánicos o como si estuviesen ebrios. Las miradas aturdidas pasaron sobre el Ogier sin asimilar realmente lo que veían. Sólo unos pocos recordaron incluso hacer un remedo de reverencia.

Dentro, la antesala estaba casi igual de llena de criados de Dobraine, la mayoría con la mirada perdida y aire aturdido, como si les hubiesen dado un mazazo. El propio Dobraine yacía inmóvil en una camilla en medio de la amplia estancia, todavía con la cabeza pegada al tronco, pero con los ojos cerrados y una capa medio seca de sangre, producto de un largo corte en el cráneo, cubriéndole las facciones inmóviles. De la boca laxa había resbalado un oscuro reguerillo. Al entrar las Aes Sedai, dos criados, con las lágrimas deslizándose por las mejillas, se detuvieron cuando iban a cubrir el rostro con un paño blanco. Parecía que Dobraine no respiraba, y tenía cortes ensangrentados en la pechera de la chaqueta, adornada con finas franjas de color que llegaban hasta sus rodillas. Junto a la camilla, un oscuro manchón, más grande que el cuerpo de un hombre, teñía la alfombra teariana con el diseño de laberinto en verde y amarillo. Cualquiera que hubiera perdido tanta sangre tenía que estar muerto. Otros dos hombres yacían despatarrados en el suelo, uno con los ojos vidriados por la muerte fijos en el techo, y el otro de lado, con un cuchillo de puño de marfil sobresaliendo de sus costillas, donde la hoja sin duda había alcanzado el corazón. Ambos, cairhieninos de baja estatura y piel pálida, vestían el uniforme de sirvientes de palacio, pero un sirviente nunca llevaba una daga de empuñadura de madera como las que yacían junto a cada uno de los cadáveres. Un hombre de la casa Taborwin, que tenía un pie echado hacia atrás para patear a uno de los muertos, vaciló al ver a las dos hermanas, pero, de todos modos, enseguida lanzó la patada a las costillas de uno de los cuerpos. Obviamente, comportarse con el debido decoro estaba lejos de ser una de las ideas de cualquiera en ese momento.

—Quitad ese paño —ordenó Sashalle a los hombres que se encontraban junto a la camilla—. Samitsu, mira a ver si todavía puedes ayudar a lord Dobraine.

Creyera lo que creyera, Samitsu ya había echado a andar hacia Dobraine de

manera instintiva, pero la orden —¡era claramente una orden!— hizo que su paso vacilara un instante. Prietos los dientes, siguió adelante y se arrodilló cuidadosamente junto a la camilla, en el lado opuesto donde el oscuro manchón seguía húmedo, para posar las manos en la cabeza ensangrentada de Dobraine. Nunca le importaba ensuciarse de sangre las manos, pero las manchas en la seda de un vestido no se podían limpiar a menos que se encauzara, y todavía sentía una punzada de culpabilidad por desperdiciar el uso del Poder para algo tan prosaico.

Los tejidos necesarios eran un acto reflejo para ella, hasta el punto de que abrazó la Fuente y Ahondó en el lord cairhienino sin pensar siquiera. Y parpadeó sorprendida. El instinto la había impulsado a acercarse, aunque había tenido la seguridad de que eran tres cadáveres los que había en la habitación, pero, sin embargo, quedaba una chispa de aliento en Dobraine; una minúscula llamita parpadeante que la impresión de la Curación podría extinguir. La impresión de la Curación que conocía ella.

Sus ojos buscaron al Asha'man de cabello claro. Se encontraba acuclillado al lado de uno de los sirvientes muertos, registrando tranquilamente al cadáver, ajeno a las miradas escandalizadas de los criados vivos. Una de las mujeres reparó de pronto en la presencia de Loial, parado en el umbral, y sus ojos se desorbitaron como si el Ogier se hubiese materializado en el aire. Con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión severa en el semblante, parecía que Loial estuviera montando guardia.

—Karldin, ¿conoces el tipo de Curación que utiliza Damer Flinn? —preguntó Samitsu—. ¿El que utiliza los Cinco Poderes a la vez?

El joven hizo una pausa y miró con el entrecejo fruncido.

—¿Flinn? Ni siquiera sé de lo que habláis. No tengo mucho Talento para la Curación, de todos modos. —Miró a Dobraine y añadió—: A mí me parece que está muerto, pero espero que podáis salvarlo. Estuvo en los pozos de Dumai. —Dicho esto, siguió rebuscando en la chaqueta del criado muerto.

Samitsu se lamió los labios. En situaciones como aquélla, cuando todas las posibles elecciones eran malas, el gozo de llenarse de *Saidar* siempre parecía disminuido. Con cuidado, unió flujos de Aire, Energía y Agua en un tejido, el básico de la Curación que cualquier hermana sabía. Nadie que se recordara había tenido el Talento de la Curación tan fuerte como ella, y la mayoría de las hermanas estaban limitadas en lo que podían Curar, algunas poco más que contusiones. Ella sola era capaz de Curar casi tan bien como un círculo coligado. Las hermanas solían ser incapaces de regular el tejido ni poco ni mucho; gran parte ni siquiera intentaba aprender. Ella había sido capaz de hacerlo desde el principio. Oh, bien, ella no podía Curar algo en particular y dejar todo lo demás igual, como podía hacer Damer; lo que hiciera afectaría a todo, desde las puñaladas hasta la congestión de nariz que también sufría Dobraine. El Ahondamiento le había descubierto todo lo que le pasaba. Pero

podía hacer desaparecer las peores heridas como si nunca hubieran existido, o Curar de manera que sería como si la persona hubiese pasado unos días recuperándose por sí misma, o cualquier cosa entre ambos extremos. Cada modo exigía el mismo esfuerzo para ella, pero no para el paciente. Cuanto menor el cambio hecho en el cuerpo, menor la cantidad de fuerza que consumía. Sólo que, a excepción del tajo en el cráneo, las heridas de Dobraine eran todas graves, cuatro profundos pinchazos en los pulmones, dos de los cuales habían rozado también el corazón. La Curación más fuerte lo mataría antes de que las heridas acabaran de cerrarse, mientras que la más débil lo haría volver en sí el tiempo suficiente para que se ahogara con su propia sangre. Tenía que escoger un punto intermedio y esperar no equivocarse.

«Soy la mejor que ha habido nunca —pensó con firmeza. Cadsuane se lo había dicho—. ¡Soy la mejor!» Alterando ligeramente el tejido, dejó que penetrara en el hombre inmóvil.

Algunos de los criados gritaron alarmados cuando el cuerpo de Dobraine sufrió convulsiones. Se sentó a medias con los hundidos ojos abiertos de par en par y durante el tiempo suficiente para que un sonido que semejaba mucho un largo estertor de muerte saliera de su boca. Entonces los ojos se le pusieron en blanco y, escapándose de los brazos de Samitsu, cayó pesadamente en la camilla. Presurosa, la Amarilla reajustó el tejido y Ahondó de nuevo, conteniendo la respiración. Vivía. Por un pelo, y tan débil que todavía podía morir, pero no serían esas puñaladas las que acabarían con él, salvo indirectamente. Incluso a través de la sangre reseca que apelmazaba el cabello afeitado en la frente, Samitsu pudo ver la línea sonrosada y fruncida de una cicatriz reciente en su cráneo. Tendría otras igual bajo la chaqueta, y quizá sufriera cierto ahogo cuando realizara un ejercicio excesivo, si se reponía; sin embargo, de momento, vivía, y eso era lo que importaba. Todavía estaba el asunto de quién lo quería ver muerto y por qué.

Soltó el Poder y se puso de pie, tambaleándose. Vaciarse de *Saidar* siempre la hacía sentirse cansada. Uno de los criados, boquiabierto, le tendió el paño que había estado a punto de poner sobre el rostro de su señor, y la Amarilla lo utilizó para limpiarse las manos.

—Llevadlo a su cama —ordenó—. Haced que beba tanta agua endulzada con miel como podáis. Necesita recuperar fuerza cuanto antes. Y encontrad a una Mujer Sabia, una... ¿Lectora? Sí, una Lectora. También la necesitará. —Ahora ya no estaba en sus manos, y las hierbas podrían ser de ayuda. Al menos, daño no le harían, viniendo de una Lectora, y en el peor de los casos la mujer se aseguraría de que le dieran suficiente agua con miel, pero no en exceso.

Con muchas reverencias y murmullos agradecidos, cuatro de los sirvientes cargaron la camilla y trasladaron a Dobraine a las estancias más reservadas de sus aposentos. La mayoría de los demás criados los siguieron presurosos, con expresiones

de alivio, y el resto salió corriendo al pasillo. Un instante después se oían gritos de contento y vítores, y Samitsu oyó clamar su nombre tan a menudo como el de Dobraine. Era muy gratificante. Y lo habría sido mucho más si Sashalle no hubiera sonreído al tiempo que le dedicaba un gesto de asentimiento con aire aprobador. ¡Aprobador! ¿Y por qué no una palmadita en la cabeza, puesta ya?

Karldin no había prestado la menor atención al proceso de Curación, que Samitsu supiera. Tras acabar de registrar el segundo cadáver, se incorporó y cruzó la estancia hacia Loial, a quien intentó enseñar algo, algo que ocultaba con su cuerpo, sin que las Aes Sedai se percataran. Loial lo cogió —un papel doblado, de color cremoso— de la mano del Asha'man, lo sostuvo en alto y lo desplegó con los gruesos dedos haciendo caso omiso del ceño del Karldin.

—Pero esto no tiene sentido —murmuró el Ogier, que frunció el entrecejo a medida que leía—. En absoluto. A menos que... —Se calló de golpe y sus largas orejas se agitaron a la par que intercambiaba una mirada tensa con el joven de cabello claro, que asintió con la cabeza bruscamente—. Oh, mal asunto esto, muy malo —dijo luego—. Si había más de dos, Karldin, si descubrieron... —De nuevo cortó la frase ante la frenética sacudida de cabeza del joven.

—Dame eso que lo lea, por favor —dijo Sashalle con la mano extendida, y a pesar del «por favor» no era una petición.

Karldin intentó arrebatar el papel a Loial de la mano, pero el Ogier se lo tendió sosegadamente a Sashalle, que lo leyó sin que su expresión cambiara y después se lo pasó a Samitsu. Era un papel grueso, suave y caro, y reciente por su aspecto. Samitsu tuvo que frenar el impulso de enarcar las cejas a medida que leía.

> «Por orden mía, los portadores de esta nota tienen que retirar de mis aposentos ciertos objetos que ellos saben, y sacarlos del Palacio del Sol. Ha de dárseles acceso a solas a mis habitaciones, prestarles cualquier ayuda que requieran y guardarse silencio sobre este asunto, en nombre del Dragón Renacido y so pena de incurrir en su desagrado.
>
> »Dobraine Taborwin»

Había visto escritos de Dobraine lo bastante a menudo para reconocer la redonda caligrafía como suya.

—Obviamente, alguien tiene un falsificador muy bueno a su servicio —dijo, con lo que se ganó una rápida y despectiva mirada de Sashalle.

—Es improbable que la escribiera él y que sus propios hombres lo acuchillaran por error —manifestó la Roja en un tono cortante. Miró alternativamente a Loial y al Asha'man—. ¿Qué es lo que podrían haber encontrado? —demandó—. ¿Qué es lo que teméis que pudieran encontrar? —Karldin le sostuvo la mirada con otra vacía de expresión.

—Me refería a lo que quiera que estuvieran buscando —contestó Loial—. Tenían que estar aquí para robar algo. —Pero sus orejas copetudas se agitaron tan violentamente que casi vibraron antes de que pudiera controlarlas. En su mayoría, los Ogier mentían muy mal, al menos cuando eran jóvenes.

—Lo que sabéis es importante. —Los tirabuzones de Sashalle se mecieron cuando la hermana sacudió la cabeza con parsimonia—. Y ninguno de los dos se marchará hasta que yo lo sepa también.

—¿Y cómo pensáis impedirlo? —La suavidad de las palabras de Karldin las hacía más peligrosas. Sostuvo la mirada de Sashalle desapasionadamente, como si no le preocupara nada en el mundo. Oh, sí; un lobo, no un zorro.

—Creí que no iba a encontrarte —exclamó Rosara Medrano, que entró en aquel momento de peligroso silencio, aún con la capa forrada de pieles y los guantes rojos puestos; alta, de tez tan morena como una Aiel curtida por el sol, llevaba retirada la capucha, dejando a la vista su cabello negro recogido con peinetas de marfil tallado. Había manchas de humedad por la nieve fundida en los hombros de la capa. Había salido con las primeras luces para buscar especias para condimentar un guiso de pescado de su Tear natal. Dedicó sólo una mirada de pasada a Loial y Karldin, y no perdió tiempo en interesarse por Dobraine—. Un grupo de hermanas ha entrado en la ciudad, Samitsu. Cabalgué como una loca para llegar antes, pero seguramente estarán entrando ahora en Cairhien. Hay Asha'man con ellas, ¡y uno de esos Asha'man es Logain!

Karldin soltó una áspera risotada, y de repente Samitsu se preguntó si viviría lo suficiente para que Cadsuane la desollara.

1. Hora de marcharse

La Rueda del Tiempo gira, y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene en mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la tercera por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en las colinas de Rhannor. El viento no fue un inicio, pues no existen ni comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un principio.

Originado entre las arboledas y los viñedos que cubrían gran parte de las accidentadas colinas, las hileras de sempervirentes olivos, y las ordenadas parras, desnudas de hojas hasta la primavera, el frío viento sopló al noroeste a través de las prósperas granjas que salpicaban el paisaje entre las colinas y la gran bahía de Ebou Dar. La tierra seguía en el barbecho invernal, pero hombres y mujeres ya empezaban a engrasar rejas de arados y revisar arreos para la próxima siembra. Apenas prestaban atención a las filas de carretas con pesadas cargas que se dirigían al este a lo largo de las polvorientas calzadas, transportando gentes que vestían ropas extrañas y hablaban con acento extraño. Muchos de los forasteros parecían ser granjeros también, con instrumentos familiares atados a las cajas de los vehículos y, dentro, los desconocidos retoños con raíces ovilladas en tosco paño, pero se encaminaban hacia tierras más lejanas. Nada relacionado con su vida. La mano seanchan se posaba levemente sobre quienes no se oponían a su dominio, y la vida de los granjeros de las colinas Rhannor no había experimentado ningún cambio. Para ellos, la lluvia o su falta había sido siempre la verdadera dirigente.

El viento sopló al noroeste a través de la amplia extensión azul verdosa de la bahía, donde cientos de barcos enormes se mecían sujetos al ancla sobre la mar picada, algunos con proas achatadas y velas de cuchillo, envergadas en nervios, y otros largos y de proas afiladas, con hombres trabajando en ellos para equiparlos con velas y aparejos iguales a los de las naves más anchas. Con todo, no había tantos barcos flotando, ni con mucho, como unos pocos días antes. Muchos descansaban en aguas poco profundas, restos de naufragio carbonizados, escorados sobre el costado, y armazones quemados asentándose en la profunda capa gris de cieno como esqueletos ennegrecidos. Embarcaciones más pequeñas se deslizaban por la bahía, inclinándose bajo velas triangulares o impulsadas por remos como chinches de agua con muchas patas, casi todas transportando trabajadores o suministros a los barcos que aún estaban a flote. Otras barcas y gabarras se encontraban amarradas a lo que parecían troncos de árbol con las ramas cortadas que salían del agua azul verdosa, y desde ellos unos hombres se zambullían llevando piedras para sumergirse más deprisa en el agua hasta los barcos hundidos, donde ataban cuerdas a lo que quiera

que pudiera izarse para salvarlo. Seis noches atrás la muerte se había paseado por allí; el Poder Único había matado hombres y mujeres y hundido barcos en medio de la oscuridad hendida por rayos plateados y bolas de fuego. Ahora, la bahía, inmersa en una febril actividad a pesar de la mar rizada, parecía tranquila en comparación. El oleaje encrespado lanzaba espuma al aire que soplaba al norte y al oeste a través de la desembocadura del río Eldar, donde se ensanchaba en la bahía; al norte, al oeste, y tierra adentro.

Sentado con las piernas cruzadas en lo alto de una piedra cubierta de musgo seco, en la orilla del río bordeada de carrizos, Mat encorvó los hombros para protegerse del aire y maldijo para sus adentros. Allí no había oro que ganar ni mujeres ni baile ni diversión, y sí mucha incomodidad. En resumen, era el último sitio que normalmente elegiría para estar. El sol se elevaba un corto tramo sobre el horizonte, el cielo tenía un color gris pizarra claro, y unos densos nubarrones purpúreos, procedentes del mar, amenazaban lluvia. El invierno casi no parecía invierno sin nieve —no había visto un solo copo en Ebou Dar— pero un frío y húmedo viento matutino procedente del mar servía para helar a un hombre hasta la médula tan bien como la nieve. Habían pasado seis noches desde que había salido de la ciudad en medio de una tormenta, pero su cadera, martirizada por dolorosas punzadas, parecía pensar que seguía calado hasta los huesos y aferrado a una silla de montar. Ningún hombre andaría por ahí por propia voluntad con ese tiempo ni a esa hora del día. Ojalá se hubiera llevado una capa. Ojalá se hubiera quedado en la cama.

Las ondulaciones del terreno tapaban Ebou Dar, situada a unos dos kilómetros al sur, y también lo ocultaban a él de la ciudad, pero no había un solo árbol ni nada más alto que los matorrales al alcance de la vista. Encontrarse a descubierto así lo hacía sentir como si tuviera hormigas andándole por la piel. No obstante, debería estar a salvo. Su chaqueta de sencillo paño marrón y su gorra no se parecían en nada a las ropas con las que se lo había visto en la ciudad. En lugar de seda negra, un deslucido pañuelo de lana ocultaba la cicatriz que le rodeaba la garganta, además de que llevaba el cuello de la chaqueta levantado para tapar eso también. Ni rastro de puntilla ni una puntada de bordado. Un atuendo lo bastante soso para un granjero que ordeñara vacas. Ninguna de las personas que tenía que evitar lo reconocería si lo viera. No lo haría a menos que se acercara mucho. Con todo, se caló un poco más la gorra.

—¿Tienes intención de quedarte aquí mucho más, Mat? —La astrosa chaqueta azul oscuro de Noal había conocido tiempos mejores, aunque también le ocurría lo mismo a él. Encorvado, con el cabello blanco y la nariz rota, el viejo estaba acuclillado sobre los talones, debajo del peñasco, pescando en el río con un tallo de bambú. Le faltaban casi todos los dientes, y a veces tocaba con la lengua uno de los huecos como si lo sorprendiera encontrarlo vacío—. Hace frío, por si no te has dado cuenta. Todo el mundo cree que hace más calor en Ebou Dar, pero el invierno es frío

en cualquier parte, incluso en lugares que hacen que Ebou Dar parezca Shienar en comparación. Mis huesos se mueren por un buen fuego. O al menos por una manta. Un hombre puede sentirse muy a gusto envuelto en una manta, si está a resguardo del aire. ¿Vas a hacer algo más que mirar fijamente río abajo?

Cuando Mat se limitó a dirigirle una mirada de soslayo, Noal se encogió de hombros y continuó observando atentamente el flotador de madera embreado que cabeceaba entre los dispersos carrizos. De vez en cuando abría y cerraba una de sus nudosas manos como si los dedos torcidos acusaran mucho el frío, pero en caso de ser cierto la culpa era suya. El viejo necio se había metido en aguas poco profundas para recoger alevines que sirvieran de cebo, utilizando un cesto que tenía medio sumergido y sujeto con un canto de río al borde del agua. A despecho de sus protestas sobre el tiempo, Noal lo había acompañado al río sin que él se lo pidiera. Por lo que contaba, todas las personas que le habían importado llevaban muertas muchos años, y la verdad es que parecía casi desesperado por tener compañía. Desesperado tenía que estar para decidir quedarse con él cuando podría encontrarse a cinco días de Ebou Dar a esas alturas. Se podía cubrir una buena distancia en cinco días si se tenía un motivo y un buen caballo. El propio Mat había pensado en ese asunto bastantes veces.

En la orilla opuesta del Eldar, medio oculto por una de las isletas pantanosas que salpicaban el río, un bote de remos retrocedió y un tripulante se puso de pie y rebuscó entre los carrizos con un largo bichero. Otro remero lo ayudó a subir al bote lo que había enganchado. A esa distancia, parecía un saco grande. Mat se encogió y desvió la vista corriente abajo. Todavía seguían encontrando cuerpos, y el responsable era él. Los inocentes morían junto con los culpables. Y, si uno no hacía nada, entonces sólo morían los inocentes. O corrían una suerte igual de mala. Puede que peor, dependiendo de cómo se mirara.

Frunció el ceño, irritado. Rayos y centellas, ¡se estaba volviendo un puñetero filósofo! Asumir responsabilidades consumía todo el gozo de la vida y amargaba a un hombre. Lo que deseaba en ese mismo instante era un montón de vino caliente con especias en una acogedora taberna donde resonara la música, y una doncella bonita y metida en carnes sentada en sus rodillas, en algún lugar lejos de Ebou Dar. Muy lejos. En cambio, lo que tenía eran obligaciones de las que no podía desentenderse y un futuro que no le seducía. Ser *ta'veren* no parecía servir de nada, si era así como el Entramado se configuraba a la influencia de uno. En fin, al menos le quedaba la suerte. Después de todo, seguía vivo y no se encontraba encadenado en una celda. Dadas las circunstancias, podía considerarse suerte.

Desde su posición disfrutaba de una vista bastante clara más allá de la última isleta pantanosa del río. La espuma levantada por el viento se desplazaba por la bahía hacia tierra como bancos de bruma, pero no lo bastante densa para ocultar lo que

necesitaba ver. Intentaba sumar mentalmente, contando barcos a flote y los naufragados. Pero perdía constantemente por qué número iba al pensar que había contado dos veces algunos barcos, y tenía que volver a empezar. También se inmiscuían en sus pensamientos los Marinos a los que habían apresado de nuevo. Había oído que en las horcas del Rahad, al otro lado de la bahía, se exhibían más de cien cadáveres con carteles en los que figuraban «asesinato» y «rebelión» como los crímenes cometidos. Normalmente, a los seanchan se los ajusticiaba en el tajo del verdugo y en estacas de empalamiento, salvo la Sangre, para la que se utilizaba el cordón de estrangulamiento, pero la propiedad tenía que conformarse con la horca.

«Así me condene, hice todo cuanto pude», pensó amargamente. No servía de nada sentirse culpable porque eso fuera todo lo que podía hacer. ¡De nada! Tenía que concentrarse en la gente que había escapado.

Los Atha'an Miere que lo consiguieron habían ocupado barcos de la bahía para huir, y si bien habrían podido capturar algunas embarcaciones más pequeñas, cualquiera que pudieran abordar y tomar en su poder al abrigo de la noche, la idea era llevarse al mayor número posible de los suyos. Con miles de Marinos trabajando como prisioneros en el Rahad, eso suponía grandes barcos, por fuerza, lo que significaba barcos seanchan. Muchas de las naves de los propios Marinos eran suficientemente grandes, desde luego, pero para entonces a todas se las había despojado de velamen y aparejo a fin de equiparlas al estilo seanchan. Si podía calcular cuántos barcos grandes quedaban, podría hacerse una idea de cuántos Atha'an Miere habían alcanzado la libertad. Liberar a las Detectoras de Vientos había sido lo correcto, lo único que podía hacer; pero, aparte de los ahorcamientos, cientos y cientos de cuerpos se habían sacado de la bahía en los últimos cinco días, y sólo la Luz sabía cuántos más habían sido arrastrados por las corrientes mar adentro. Los sepultureros trabajaban desde la salida del sol hasta el ocaso, y los cementerios estaban rebosantes de mujeres y niños llorosos. De hombres también. No pocos de ésos habían sido Atha'an Miere, sin que hubiera nadie que los llorara mientras los echaban a fosas comunes, y quería tener una idea del número que había salvado para compensar sus sombrías sospechas del número que había matado.

No obstante, calcular cuántos barcos habían logrado salir al Mar de las Tormentas era difícil, aparte del asunto de perder la cuenta. A diferencia de las Aes Sedai, las Detectoras de Vientos no tenían restricciones contra utilizar el Poder como arma, no cuando la seguridad de los suyos estaba en peligro, y a buen seguro habrían procurado frenar la persecución antes de que se iniciara. Nadie salía en persecución de nadie en un barco incendiado. Los seanchan, con sus *damane*, tenían aún menos reparo en contraatacar. *Rayos zigzagueando entre la lluvia, numerosos como briznas de hierba, y bolas de fuego surcando el cielo, algunas del tamaño de caballos, y la bahía pareció envuelta en llamas de punta a punta, hasta que incluso en plena*

tormenta la noche hizo que el espectáculo de un Iluminador pareciera parco en comparación. Sin volver la cabeza podía contar docenas de sitios donde las cuadernas calcinadas de un gran barco sobresalían de las aguas someras o el casco enorme de una embarcación de proa achatada yacía de costado, con las olas del puerto lamiendo la cubierta escorada, y había el doble de sitios donde las cuadernas ennegrecidas que se veían eran más finas, los restos de surcadores de los Marinos. Al parecer no habían querido dejar sus propias embarcaciones en manos de quienes los habían esclavizado. Tres docenas justo delante de él, y eso sin contar los barcos hundidos junto a los que había botes trabajando para sacar cosas. Quizás un marinero distinguiría los grandes barcos de los surcadores por la parte alta de los mástiles que sobresalían del agua, pero eso quedara fuera de sus conocimientos.

De repente un viejo recuerdo acudió a su mente; se refería a cómo cargar barcos para un ataque desde el mar y cuántos hombres podían apiñarse en cuánto espacio y durante cuánto tiempo. En realidad no era un recuerdo suyo, ya que pertenecía a una antigua guerra entre Fergansea y Moreina, pero lo parecía. Caer en la cuenta de que realmente no había vivido uno de aquellos recuerdos de las vidas de otros hombres que tenía metidos en la cabeza lo cogía siempre por sorpresa, de modo que quizá fueran suyos en cierto modo. A decir verdad eran más precisos que los que tenía de algunas partes de su propia vida. Las embarcaciones que recordaba habían sido más pequeñas que la mayoría de las que había en la bahía, pero la base de la que se partía era la misma.

—No tienen suficientes barcos —murmuró. Los seanchan tenían aún más en Tanchico que los que habían llegado aquí, pero las pérdidas en la bahía bastaban para cambiar las cosas.

—¿Suficientes barcos para qué? —preguntó Noal—. En mi vida había visto tantos en un mismo sitio. —Ésa era una afirmación de peso viniendo de él. De dar crédito a Noal, lo había visto todo y casi siempre más grande o más imponente que lo que tenía delante de las narices. En Campo de Emond se habría comentado que no era pródigo con los fondos de la bolsa de la verdad. Mat sacudió la cabeza.

—No les quedan suficientes barcos para llevarlos de vuelta a su hogar.

—No tenemos que volver al hogar. Hemos llegado a él —dijo a su espalda una voz de mujer que arrastraba las palabras al hablar.

No saltó exactamente al escuchar el acento seanchan, pero le faltó poco, hasta que reconoció quién había hablado.

Egeanin tenía fruncido el ceño y sus azules ojos semejaban dagas, pero no dirigidas a él. Al menos, eso le pareció a Mat. Era alta y delgada, de rasgos duros y tez pálida a despecho de haber pasado la vida en el mar. Su vestido era de un color verde lo bastante chillón para encajar con los gitanos, o casi, y bordados múltiples de florecillas amarillas y capullos blancos en el alto cuello y a lo largo de las mangas.

Llevaba un floreado pañuelo prietamente atado bajo la barbilla, con el que se sujetaba una peluca de largo cabello negro que se derramaba sobre sus hombros y hasta la mitad de la espalda. Detestaba el pañuelo y el vestido, que no le encajaba bien del todo, pero sus manos comprobaban cada dos por tres si la peluca no se había torcido. Eso le preocupaba más que sus ropas, aunque la palabra «preocupar» era quedarse corto.

Sólo había soltado un suspiro cuando tuvo que cortarse las uñas, pero casi le había dado un ataque, congestionada la cara y los ojos desorbitados, cuando Mat le dijo que debía afeitarse la cabeza completamente. El estilo de corte de pelo que llevaba antes, afeitado por encima de las orejas de manera que quedaba una capa semejante a un casquete y un tupido mechón colgando hasta el hombro, proclamaba que pertenecía a la Sangre seanchan, una noble menor. Incluso alguien que nunca hubiera visto a un seanchan se habría acordado de ella. Había acabado accediendo a regañadientes, pero después había rozado un estado de histerismo hasta que pudo cubrirse el cráneo afeitado. Pero no por los motivos por los que la mayoría de las mujeres se habrían subido por las paredes. No; entre los seanchan, sólo la familia imperial se afeitaba toda la cabeza. Los hombres que sufrían calvicie se ponían peluca en cuanto la falta de cabello empezaba a resultar notable. Egeanin habría preferido morir antes que nadie pensara que estaba fingiendo pertenecer a la familia imperial, incluso gente a la que ni siquiera se le habría pasado nunca tal idea por la cabeza. Bueno, fingir tal cosa conllevaba la pena de muerte entre los seanchan, pero Mat jamás habría imaginado que se lo tomara así. ¿Qué importaba una pena de muerte más cuando uno ya tenía el cuello extendido en el tajo? La cuerda de estrangulamiento, en su caso. Para él sería la horca.

Mientras guardaba bajo la manga el cuchillo sacado a medias, bajó de la piedra de un salto. Aterrizó mal y estuvo a punto de caerse; contuvo a duras penas el gesto de dolor cuando la cadera le dio un fortísimo pinchazo. Pero lo logró. La mujer era noble y capitana de barco, y ya hacía suficientes intentos de ponerse al mando para que además le mostrara otras debilidades, dándole así más oportunidades de conseguir su propósito. Había sido ella la que había acudido en busca de ayuda, no al contrario, pero eso contaba bien poco para la mujer. Apoyado en la roca y de brazos cruzados, fingió estar ocioso mientras daba pataditas a las matas de hierbas secas para que el dolor se le pasara. Y era tan intenso que la frente se le perló de sudor a pesar del frío viento. Huir en medio de la tormenta le había hecho retroceder en la recuperación de la cadera, y todavía no había recuperado el terreno perdido.

—¿Estáis segura respecto a los Marinos? —le preguntó. No tenía sentido mencionar de nuevo la falta de barcos. En cualquier caso, demasiados colonos seanchan se habían diseminado desde Ebou Dar, y muchos más, al parecer, desde Tanchico. Tuvieran los barcos que tuviesen, ahora no había poder en la tierra capaz

de erradicar a todos los seanchan.

La mujer se llevó las manos a la peluca otra vez, pero vaciló al fijarse en las uñas, y en lugar de ello las puso debajo de los brazos, fruncido el ceño.

—¿Qué pasa con los Marinos? —replicó.

Sabía que él había estado detrás de la huida de las Detectoras de Vientos, pero ninguno se había referido a ello explícitamente. Egeanin siempre intentaba evitar hablar de los Atha'an Miere. Aparte de todos los barcos hundidos y de los muertos, liberar *damane* era otro delito penalizado con la muerte, además de considerarse repugnante desde el punto de vista seanchan, tan despreciable como la violación o abusar de niños. Claro que ella misma había ayudado a liberar *damane*, aunque a su modo de ver aquél era el menor de sus crímenes. Con todo, también evitaba ese tema. Había unos cuantos de los que no hablaba.

—Que si estáis segura sobre las Detectoras de Vientos que fueron capturadas. He oído chismes sobre cortar manos o pies.

Mat tragó para librarse del regusto a bilis. Había visto morir a hombres, había matado a hombres con sus propias manos. ¡La Luz lo amparara, había matado a una mujer una vez! Ni los recuerdos más sombríos de aquellos otros hombres lo quemaban tanto como eso, y algunos de tales recuerdos eran lo bastante horribles para tener que ahogarlos en vino cuando afloraban a la superficie. Pero la idea de cortar las manos a alguien deliberadamente le revolvía el estómago.

Egeanin levantó bruscamente la cabeza, y por un instante Mat creyó que iba a pasar por alto su pregunta.

—Apuesto a que son chismes oídos a Renna —dijo al tiempo que hacía un gesto desechando el tema—. Algunas *sul'dam* hablan de esas tonterías para asustar a las *damane* recalcitrantes cuando se las ata a la correa la primera vez, pero nadie lo ha hecho desde hace... seiscientos o setecientos años. Bueno, no muchos, y la gente que no puede controlar a su propiedad sin... mutilarla son *sei'mosiev*, para empezar. —Sus labios se torcieron en una mueca de desprecio, si bien no quedó claro si era por la mutilación o por los *sei'mosiev*.

—Pierdan o no prestigio, lo hacen —espetó Mat. Para los seanchan, *sei'mosiev* era mucho más que humillado, pero Mat dudaba que alguien capaz de cortar deliberadamente la mano a una mujer pudiera sentirse lo bastante humillado para matarse—. ¿Está la Augusta Señora Suroth entre esos «no muchos»?

Egeanin le dirigió una mirada tan iracunda como la suya y, se puso en jarras, echada hacia adelante con los pies separados como si se encontrara en la cubierta de un barco y estuviese a punto de amonestar a un marinero con pocas luces.

—¡La Augusta Señora Suroth no posee esas *damane*, palurdo zoquete! Son propiedad de la emperatriz, así viva para siempre. Suroth podría cortarse sus propias manos de inmediato si ordenara hacer algo así a las *damane* imperiales. Y eso en caso

de que diera tal orden; no he oído que maltrate a las suyas nunca. Intentaré explicarlo de forma que lo entiendas. Si tu perro se escapa, no lo mutilas. Lo azotas para que sepa que no debe hacerlo otra vez y vuelves a meterlo en su caseta. Además, las *damane* son...

—Demasiado valiosas —acabó la frase Mat en tono seco. Había oído esa frase hasta la saciedad.

La mujer pasó por alto su sarcasmo o quizá ni siquiera lo notó. Mat sabía por propia experiencia que si una mujer no quería oír algo hacía caso omiso de ello hasta que uno mismo empezaba a dudar de haber dicho algo.

—Por fin empiezas a entenderlo —continuó Egeanin mientras asentía con la cabeza—. A esas *damane* que tanto te preocupan probablemente no les quedan siquiera verdugones a estas alturas. —Su mirada se desvió hacia los barcos de la bahía y poco a poco adquirió una expresión de pérdida que acentuó el gesto duro de su semblante. Sus pulgares pasaron por las yemas de los otros dedos—. No imaginas lo que me costó mi *damane* —dijo en voz queda—. Ella y contratar a una *sul'dam*. Aunque vale hasta el ultimo trono que pagué, desde luego. Se llama Serisa. Bien entrenada, receptiva. Se atiborraría de frutos secos bañados en miel si la dejaras, pero nunca se marea en el mar, ni se enfurruña, como hacen algunas. Lástima que tuviera que dejarla en Cantorin. Supongo que no volveré a verla. —Suspiró con pesar.

—Estoy convencido de que os echa de menos tanto como vos a ella —intervino Noal, que esbozó una fugaz sonrisa desdentada, y cualquiera hubiera dicho que era sincero. A lo mejor lo era. Argüía que había visto cosas peores que las *damane* y los *da'covale*, si es que eso servía de algo.

Egeanin se puso tiesa y frunció el ceño como si no diera crédito a esa muestra de comprensión. O quizás es que acababa de darse cuenta de que miraba fijamente los barcos en la bahía. Lo cierto es que se volvió de espaldas al mar de manera deliberada.

—Di orden de que nadie se alejara de las carretas —dijo con firmeza. Seguramente las tripulaciones de sus barcos habían obedecido prontamente con aquel tono. Volvió la cabeza como si esperara que Mat y Noal actuaran del mismo modo.

—Vaya, ¿eso ordenasteis? —Mat enseñó los dientes con una mueca. Sabía cómo esbozar esa sonrisa insolente que casi provocaba un ataque de apoplejía a la mayoría de los necios engreídos. Egeanin no era ni mucho menos una necia, al menos casi nunca, pero sí engreída. Noble y capitana de barco. Mat no sabía cuál de las dos cosas era peor. ¡Bah, las dos!—. Bueno, iba a dirigirme hacia allí ahora. A menos que no hayas acabado de pescar, Noal. Podemos esperar un rato, si no has terminado.

Sin embargo, el viejo ya estaba echando al agua los plateados alevines que quedaban en el cesto. A pesar de haber sufrido una grave rotura en las manos, tal vez en más de una ocasión a juzgar por su aspecto nudoso, enrolló diestramente el hilo de

pescar en la caña de bambú. En el poco rato que había estado pescando había atrapado casi una docena de peces, el más grande de un palmo de largo, y los había ensartado por las agallas en un junco lazado; los metió en el cesto antes de recoger éste. Aseguró que si conseguía encontrar los pimientos picantes adecuados iba a preparar un guiso de pescado —¡pimientos de Shara, nada menos! ¿Y por qué no de la luna?—, un guiso que le haría olvidar su cadera. Por lo que Noal siguió diciendo de los pimientos, Mat sospechó que cualquier olvido vendría dado porque estaría centrado en ingerir suficiente cerveza para calmar el ardor de lengua más que por el sabor.

Egeanin, que esperaba impaciente, tampoco prestaba atención a la mueca de Mat, así que éste le echó un brazo sobre los hombros. Si iban a volver, mejor sería ponerse en marcha. Ella se sacudió de encima el brazo. Esa mujer hacía que las solteronas que había conocido parecieran chicas de taberna en comparación.

—Se supone que somos amantes, vos y yo —le recordó.

—Aquí no hay nadie que nos vea —gruñó Egeanin.

—¿Cuántas veces tengo que decíroslo, Leilwin? —Tal era el nombre que la mujer utilizaba ahora; según ella, era tarabonés. En cualquier caso, no sonaba a seanchan—. Si ni siquiera nos cogemos de la mano a menos que haya alguien observando, vamos a parecer una pareja de amantes muy extraña a los ojos de cualquiera que nos mire sin nosotros saberlo.

Egeanin resopló con desdén, pero le dejó que volviera a rodearla con el brazo y pasó el suyo en torno a él, aunque le dirigió una mirada de advertencia al mismo tiempo.

Mat sacudió la cabeza. Estaba más loca que una cabra si pensaba que le gustaba eso. Casi todas las mujeres tenían algo de relleno sobre los músculos, al menos las mujeres que lo atraían, pero abrazar a Egeanin era como abrazar el poste de una valla. Casi igual de dura y definitivamente igual de tiesa. No entendía qué veía en ella Domon. Quizá no le había dado opción al illiano. Lo había comprado, después de todo, como quien compra un caballo. «Así me aspen, jamás entenderé a estos seanchan», pensó. Tampoco es que quisiera. Sólo que tenía que hacerlo.

Mientras daban media vuelta, echó una última ojeada a la bahía y casi deseó no haberlo hecho. Dos pequeñas embarcaciones surgieron a través de la densa neblina que se deslizaba lentamente corriente abajo. Deslizándose contra el viento. La hora de marcharse había pasado hacía tiempo.

Había tres kilómetros largos desde el río hasta la Gran Calzada del Norte a través de un terreno ondulado, cubierto de hierba marchita y maleza, y salpicado de macizos de enmarañados arbustos de enredaderas demasiado densos para cruzarlos incluso estando casi deshojados. Las elevaciones no merecían el nombre de colinas, al menos para alguien que hubiese trepado por las Colinas de Arena y las Montañas de la

Niebla de pequeño —había lagunas en su memoria, pero podía recordar cosas—; no obstante, a no mucho tardar se alegraba de llevar el brazo sobre alguien. Había estado inmóvil, sentado en aquel puñetero peñasco, demasiado tiempo. El intenso pinchazo en la cadera había pasado a ser un dolor sordo, pero todavía lo obligaba a cojear, y si no hubiese tenido dónde apoyarse se habría tambaleado al bajar las cuestas. Y no es que se apoyara en Egeanin, por supuesto, pero ir agarrado lo ayudaba a mantener el equilibrio. La mujer lo miró ceñuda como si pensara que intentaba aprovecharse.

—Si hubieses hecho lo que se te dijo —gruñó—, no tendría que llevarte cargado.

Mat volvió a enseñar los dientes, esta vez sin intentar disfrazar la mueca como una sonrisa. El modo en que Noal correteaba junto a ellos sin dificultad, a pesar de llevar el cesto del pescado apoyado en una cadera y la caña de pescar en la otra mano, resultaba embarazoso. Por muy desgastado que pareciera, ese hombre era muy dinámico. A veces se pasaba.

El camino que llevaban se desviaba al norte del Circuito del Cielo, con sus gradas largas y abiertas a los extremos, con asientos de piedra pulida donde, en épocas más cálidas, los espectadores ricos se sentaban en cojines bajo las toldillas de lona de colores para ver correr a sus caballos. Ahora los toldillos y los postes estaban almacenados, los caballos —aquellos que los seanchan no habían confiscado— en sus cuadras del campo, y los asientos se encontraban vacíos salvo por un puñado de chiquillos que corrían gradas arriba y abajo jugando a «tú la llevas». A Mat le encantaban los caballos y las carreras, pero sus ojos pasaron sin detenerse por el Circuito y se detuvieron en Ebou Dar. Cada vez que remontaban una elevación se divisaba la maciza muralla blanca, tan ancha que por su parte superior corría una calzada que rodeaba la ciudad; mirar le sirvió de excusa para detenerse un momento. ¡Estúpida mujer! ¡Una pizca de cojera no significaba que lo estuviese llevando a cuestas! Si él lograba conservar el buen humor, estar a las duras y a las maduras y no protestar, ¿por qué no lo hacía ella?

Dentro de la ciudad, los techos y las paredes blancas, las cúpulas y las esbeltas torres níveas, brillaban en la gris claridad de la mañana; un cuadro de serenidad. No distinguía los huecos donde los edificios habían ardido hasta los cimientos. Una larga fila de carretas de granjeros tiradas por bueyes pasaba, traqueteando, bajo la enorme puerta en arco que daba a la Gran Calzada del Norte, hombres y mujeres de camino a los mercados de la ciudad con lo que quiera que les quedara para vender estando el invierno tan avanzado, y en medio de ellos una caravana de mercaderes con grandes carretas de cubiertas de lona tiradas por troncos de seis u ocho caballos y que transportaban mercancías de sólo la Luz sabía dónde. Otras siete caravanas, conformadas por entre cuatro a diez carretas, aguardaban en fila al lado de la calzada a que los guardias de la puerta acabaran de hacer la inspección. El comercio nunca cesaba del todo mientras el sol brillara, gobernara quien gobernara una ciudad, a

menos que hubiese una lucha entablada. A veces ni siquiera se interrumpía entonces. El río de gente que fluía en dirección contraria estaba compuesto en su mayoría por seanchan, soldados en filas ordenadas con su armadura segmentada y rayas pintadas, y yelmos que semejaban cabezas de enormes insectos, algunos marchando a pie y otros a caballo, nobles que siempre iban montados, luciendo capas ornamentadas, trajes de montar de pliegues y velos de encaje, o pantalones amplísimos y chaquetas largas. También los colonos seanchan seguían saliendo de la ciudad, carreta tras carreta ocupadas por granjeros y artesanos y las herramientas de sus oficios. Los colonos habían comenzado a salir de la ciudad tan pronto como habían desembarcado, pero pasarían semanas antes de que se hubieran marchado todos. Era una escena plácida, de jornada laboral y normal y corriente si uno no supiera lo que había detrás; aun así, cada vez que llegaban a un lugar desde el que se divisaban las puertas, su mente volvía a lo ocurrido seis noches antes, y volvía a encontrarse allí, en esas mismas puertas.

La tormenta había arreciado mientras cruzaban la ciudad desde el palacio de Tarasin. La lluvia caía a cántaros, martilleando la ciudad y haciendo resbaladizos los adoquines bajo los cascos de los caballos, en tanto que el viento bramaba desde el Mar de las Tormentas impeliendo la lluvia como piedras lanzadas con una honda y sacudiendo las capas de forma que el intento de no mojarse era una causa perdida. Las nubes ocultaban la luna, y el diluvio parecía absorber la luz de las linternas montadas en varas largas que llevaban Blaeric y Fen, quienes marchaban a pie delante de todos. Entonces entraron en el largo pasadizo que atravesaba la muralla y al menos estuvieron al resguardo de la lluvia. El viento sonaba como el agudo lamento de una flauta en el túnel de alto techo. Los guardias de la puerta se encontraban al otro extremo del pasadizo, y cuatro de ellos llevaban también linternas sujetas en las puntas de largas varas. Otros doce, la mitad seanchan, sostenían alabardas que podían golpear a un hombre montado y tirarlo de la silla. Dos seanchan, con los yelmos quitados, atisbaban desde el vano iluminado del cuartelillo construido en la muralla enlucida, y unas sombras en movimiento detrás de ellos revelaban que había más dentro. Demasiados para abrirse paso a la fuerza sin meter jaleo; quizá demasiados hasta para abrirse camino. No sin que todo estallara como un fuego de artificios de los Iluminadores reventando de golpe en su mano.

De todos modos, el peligro —el mayor peligro— no radicaba en los guardias. Una mujer alta, de rostro llenito, con el vestido azul oscuro de falda dividida exhibiendo franjas rojas con rayos plateados, salió de la casa de guardia. En su mano izquierda llevaba envuelta una correa larga y plateada, cuyo extremo opuesto la unía a una mujer canosa, con el vestido gris oscuro, que la seguía exhibiendo una sonrisa anhelante. Mat sabía que estarían allí. Ahora los seanchan tenían *sul'dam* y *damane* en todas las puertas. Incluso podía haber otro par dentro, o dos. No estaban dispuestos

a dejar que ninguna mujer capaz de encauzar escapara a sus redes. La cabeza de zorro plateada metida bajo la camisa tenía un tacto frío contra su piel; no por el frío que indicaba que alguien estuviera abrazando la Fuente en las inmediaciones, sino por el helor nocturno acumulado que su cuerpo aterido no podía calentar, pero aun así seguía esperando sentir el otro. ¡Luz, sí que estaba haciendo juegos malabares con fuegos de artificio esa noche, y con las mechas encendidas!

A lo mejor a los guardias los había desconcertado que una noble saliera de Ebou Dar en plena noche y con aquel tiempo, acompañada por más de una docena de sirvientes y una hilera de caballos de carga que indicaban un viaje largo, pero Egeanin pertenecía a la Sangre, como señalaban su capa con el bordado de un águila de alas blancas y negras extendidas y los largos dedos de los guantes rojos, adaptados para las uñas. Los soldados normales no cuestionaban lo que la Sangre decidía hacer, ni siquiera si era de la baja Sangre. Lo que no significaba que no hubiera requisitos. Cualquiera era libre de salir de la ciudad cuando quisiera, pero los seanchan anotaban los movimientos de *damane*, y había tres en el séquito, gachas las cabezas y los rostros cubiertos por las capuchas de las capas grises, cada cual unida por la correa plateada del *a'dam* a una *sul'dam* montada.

La *sul'dam* de cara rellenita caminó junto a ellos sin apenas dirigirles una mirada, pasadizo adelante. No obstante, su *damane* escrutó intensamente a cada mujer junto a la que pasaban, y Mat contuvo la respiración cuando se paró frente a la última *damane* montada y frunció ligeramente el entrecejo. Incluso con su suerte, no apostaría a que una seanchan no reconocería el rostro intemporal de una Aes Sedai si miraba bajo la capucha. Había Aes Sedai retenidas como *damane*, pero ¿qué probabilidades había de que las tres de Egeanin lo fueran? Luz, ¿qué probabilidades había de que alguien de la baja Sangre poseyera tres?

La mujer de cara rellenita hizo un ruido como chasqueando la lengua, semejante al que uno haría a su perro faldero, al tiempo que tiraba del *a'dam*, y la *damane* siguió caminando tras ella. Buscaban *marath'*damane intentando escapar de la correa, no *damane*. Mat creyó que iba a ahogarse. El ruido de los dados rodando en su cabeza había empezado otra vez, lo bastante alto para rivalizar con el retumbo de los truenos lejanos. Algo iba a salir mal; lo sabía. El oficial de guardia, un fornido seanchan de ojos rasgados como un saldaenino pero con la tez de un tono melado, cobrizo claro, hizo una cortés reverencia e invitó a Egeanin a entrar en la casa de guardia para tomar una copa de vino caliente con especias mientras un escribano anotaba la información sobre las *damane*. Todos los cuartelillos que había visto Mat eran sitios austeros, pero la luz de las lámparas que salía por las saeteras hacía que ése pareciera casi apetecible. También un nepente debía de parecerle apetecible a una mosca. Se alegraba de que la lluvia goteara de la capucha y le corriera por la cara. Así disimulaba el sudor provocado por los nervios. Asía uno de sus cuchillos, que

descansaba sobre el bulto alargado que llevaba sujeto en la parte delantera de la silla. Colocado así ninguno de los soldados debería reparar en él. Bajo sus manos podía sentir la respiración de la mujer que iba envuelta en la tela, y tenía los hombros agarrotados por la tensión de esperar que gritara pidiendo auxilio en cualquier momento. Selucia mantenía su montura cerca de la suya y lo miraba desde la protección de la capucha echada, oculta la dorada trenza, sin apartar la vista ni cuando la *sul'dam* y la *damane* pasaron junto a ella. Un grito de Selucia habría levantado la liebre tanto como uno de Tuon. Suponía que la amenaza del cuchillo había mantenido en silencio a ambas —tenían que creer que estaba tan desesperado o tan loco como para utilizarlo—, pero aun así no las había tenido todas consigo. Eran tantas las cosas esa noche de las que no podía estar seguro, tantas pendientes de un hilo, tantas que se habían torcido.

Recordaba haber contenido la respiración, preguntándose cuándo se daría cuenta alguien de que el bulto que llevaba tenía ricos bordados y se extrañaría de que no le importara que la lluvia lo empapase, y maldiciéndose por haber cogido una colgadura sólo porque la tenía a mano. En su memoria todo pareció transcurrir muy despacio. Egeanin desmontó y le tendió las riendas a Domon, que las tomó haciendo una reverencia, desde su silla. La capucha de Domon estaba echada hacia atrás lo suficiente para mostrar que llevaba afeitado un lado de la cabeza y el cabello restante recogido en una coleta que le colgaba hasta el hombro. Gotas de lluvia resbalaban de la corta barba de illiano, pero éste se las ingenió para adoptar la oportuna actitud envarada de un *so'jhin*, un alto sirviente hereditario de un miembro de la Sangre y, en consecuencia, casi igual a la Sangre. Indiscutiblemente muy por encima de cualquier soldado corriente. Egeanin echó una ojeada hacia Mat y el bulto que cargaba en la silla con el semblante cual una máscara petrificada que podía pasar por altivez si uno no sabía que estaba aterrada por lo que estaban haciendo. La alta *sul'dam* y su *damane* dieron media vuelta y regresaron a buen paso tras acabar su inspección. Vanin, que se encontraba detrás de Mat conduciendo una de las filas de caballos de carga, se inclinó por un lado de la silla y escupió. Mat no sabía por qué se había quedado grabado en su memoria ese detalle, pero así era. Vanin escupió, y entonces sonaron trompetas, un toque penetrante en la distancia, a su espalda, lejos, en el sur de la ciudad, donde los hombres habían planeado incendiar los suministros seanchan almacenados a lo largo de la calzada de la Bahía.

El oficial de guardia vaciló al oír el toque, pero de repente se oyó el fuerte repique de una campana en la propia ciudad, y después otro, y entonces pareció que fueran centenares las que daban la alarma en mitad de la noche mientras en el negro cielo se sucedían más relámpagos de los que nunca hubiera generado una tormenta, cuando los rayos blanco azulados se descargaron dentro de las murallas y bañaron el túnel con una luz titilante. Fue entonces cuando estalló el griterío en medio de explosiones

y gritos en la ciudad.

Por un instante Mat había maldecido a las Detectoras de Vientos por ponerse en movimiento antes de lo que le habían prometido. Pero entonces reparó en que los dados habían dejado de rodar en su cabeza. ¿Por qué? Aquello lo hizo desear maldecir una y otra vez, pero no hubo tiempo ni siquiera para eso. Al instante, el oficial corría impartiendo órdenes a los hombres que salían en tromba de la casa de guardia, enviando a uno a la ciudad a todo correr para que viera a qué se debía la alarma, a la par que desplegaba a los demás contra cualquier amenaza, ya viniera del interior o del exterior. La mujer de cara rellena corrió a situarse con su *damane* junto a los soldados, al igual que otro par de mujeres unidas por el *a'dam* que salieron corriendo de la casa de guardia. Y Mat y los demás salieron a galope bajo la tormenta, llevándose consigo tres Aes Sedai, dos de ellas *damane* huidas, y secuestrada a la heredera del Trono de Cristal seanchan, mientras que a sus espaldas estallaba sobre Ebou Dar una tormenta mucho peor. *Los rayos más numerosos que briznas de hierba...*

Con un escalofrío, Mat se obligó a volver al presente. Egeanin lo miraba ceñuda y le dio un exagerado empujón.

—Los amantes cogidos del brazo no van deprisa —rezongó el joven—. Pasean.

—La mujer adoptó un aire despectivo. A Domon debía cegarlo el amor. O eso o es que le habían dado muchos golpes en la cabeza.

En cualquier caso, lo peor ya había pasado. Mat esperaba que salir de la ciudad hubiera sido lo peor. No había vuelto a sentir los dados desde entonces, y siempre eran una mala señal. Había enturbiado su rastro todo lo posible, y tenía el convencimiento de que sería necesario alguien tan afortunado como él para separar el oro de la escoria. Los Buscadores ya estaban siguiendo el rastro de Egeanin antes de esa noche, y ahora la perseguirían también por el cargo de robar *damane*, pero las autoridades supondrían que huiría a todo galope y que se encontraría a muchas leguas de Ebou Dar para entonces, no sentada justo a las afueras de la ciudad. Nada salvo la coincidencia del momento la relacionaba con Tuon.

O con él, y eso era importante. Por supuesto, Tylin habría presentado sus propios cargos contra él —ninguna mujer perdonaría a un hombre que la ataba y la metía debajo de una cama, aun en el caso de que lo hubiera sugerido ella misma—, mas, con un poco de suerte, no estaría bajo sospecha de ninguna otra cosa ocurrida esa noche. Con suerte, nadie excepto Tylin se acordaría de él. Por lo general, atar a una reina como si fuese un cerdo para llevarlo al mercado bastaría para llevar a un hombre a la muerte, pero debía contar menos que unas cebollas podridas al lado de la desaparición de la Hija de las Nueve Lunas, y ¿qué tenía que ver el Juguete de Tylin con eso? Aún le irritaba que se lo hubiera tenido por un parásito —¡peor aún, un animalito de compañía!—, pero tenía sus ventajas.

Creía estar a salvo —de los seanchan, en cualquier caso—, si bien había un punto que le molestaba como una espina clavada en el talón. Bueno, había varios, la mayoría a costa de la propia Tuon, pero ése tenía una punta muy, muy larga. La desaparición de Tuon tendría que haber sido tan conmocionante como la desaparición del sol a mediodía, pero no se había dado la alarma. ¡Nada! Ni anuncios de recompensas ni ofertas de rescate ni soldados de miradas abrasadoras registrando cada carreta y cada carro en un radio de kilómetros, rastreando el campo para encontrar hasta el último cuchitril o hueco donde podría esconderse a una mujer. Los viejos recuerdos le hablaban de algo de rastrear miembros de la realeza secuestrados, mas, aparte de los ahorcamientos y los barcos quemados en la bahía, desde fuera Ebou Dar parecía igual que el día anterior al secuestro. Egeanin argumentaba que la búsqueda se haría bajo el más estricto secreto, y posiblemente muchos seanchan ni siquiera sabían que Tuon había desaparecido. En su explicación se incluían la conmoción para el imperio y los malos presagios para el Retorno y la pérdida de *sei'taer*, y lo dijo como si creyera cada palabra, pero Mat se negaba a tragárselo. Los seanchan eran gente rara, pero nadie podía ser raro hasta tal punto. El sosiego de Ebou Dar le ponía la piel de gallina. Percibía una trampa en aquella quietud. Cuando llegaron a la Gran Calzada del Norte, agradeció que la ciudad quedara oculta detrás de las colinas bajas.

La calzada era una ancha vía, una carretera principal de comercio lo bastante amplia para que avanzaran con holgura cinco o seis carretas a la vez, y la superficie de tierra y arcilla prensada que cientos de años de uso habían endurecido casi tanto como los antiguos adoquines de los que de vez en cuando asomaba una esquina o un borde varios centímetros sobre el suelo. Mat y Egeanin cruzaron deprisa al otro lado de la calzada, con Noal pegado a sus talones, entre una caravana de mercaderes que se dirigía traqueteando hacia la ciudad protegida por una mujer con el rostro marcado con cicatrices y diez hombres de mirada dura y equipados con brigantinas, y una fila de carretas de colonos de forma rara que formaban picos en los extremos y que se encaminaban hacia el norte, algunas tiradas por caballos o mulas y otras por bueyes. Agrupados en torno a las carretas, chiquillos descalzos utilizaban varas para conducir cabras de cuatro cuernos, con largas guedejas negras, y vacas grandes, blancas y con papada. Un hombre al final de la fila de carretas, vestido con amplios pantalones azules y tocado con un gorro redondo de color rojo, conducía un inmenso toro jorobado tirando de una gruesa cuerda atada a un anillo que perforaba la nariz del animal. Salvo por sus ropas, podría haber sido de Dos Ríos. Miró a Mat y a los otros, que caminaban en la misma dirección, como si fuera a hablar, pero después sacudió la cabeza y siguió adelante sin volver a mirarlos. Lidiando con la cojera de Mat no avanzaban deprisa, y los colonos siguieron su marcha a un ritmo lento pero constante.

Encogidos los hombros y sujetándose el pañuelo bajo la barbilla con la mano

libre, Egeanin soltó la respiración contenida y aflojó los dedos que se habían clavado en el costado de Mat casi dolorosamente. Al cabo de un momento, se puso erguida y lanzó una mirada furibunda a la espalda del granjero que se alejaba como si fuera a salir tras él para darles bofetadas tanto al granjero como a su toro. Por si eso fuera poco, una vez que el granjero se encontró a unos veinte pasos, la mujer dirigió la ceñuda mirada a una compañía de soldados seanchan que marchaba por el centro de la calzada a un paso que rebasaría enseguida a los colonos, unos doscientos hombres en columna de a cuatro, seguidos por una variopinta colección de carretas tiradas por mulas y cubiertas con lonas tirantes. El centro de la calzada se dejaba libre para el tráfico militar. Media docena de oficiales montados, con yelmos adornados con plumas finas y que les tapaban toda la cara excepto los ojos, cabalgaba al frente de la columna sin mirar ni a derecha ni a izquierda, las rojas capas extendidas perfectamente sobre las grupas de los caballos. El estandarte que ondeaba detrás de los oficiales mostraba lo que parecía una estilizada punta de flecha plateada, o quizás un ancla, cruzada por una larga flecha y un rayo dorado, con escritura y números debajo que Mat no pudo descifrar ya que el aire agitaba la bandera constantemente a uno y otro lado. Los hombres que llevaban las carretas de suministros vestían chaquetas de color azul oscuro y pantalones sueltos, así como gorros cuadrados, en rojo y azul, pero los soldados resultaban más llamativos que la mayoría de los seanchan, con la armadura segmentada, a rayas azules y ribeteada en el borde con blanco plateado, y a rayas rojas ribeteada con amarillo dorado, los yelmos pintados con los cuatro colores de manera que semejaban las cabezas de horribles arañas. Una gran insignia con el ancla —Mat creía que debía de ser un ancla— y la flecha y el rayo iba engastada en la parte delantera del yelmo, y todos los hombres, excepto los oficiales, portaban un arco de doble curva al costado, con una aljaba repleta de flechas a un lado del cinturón, equilibrando la espada corta en el lado opuesto.

—Arqueros de barco —gruñó Egeanin, que asestó una mirada fulminante a los soldados. Había dejado de sujetarse el pañuelo con la mano libre, pero la mantenía apuñada—. Camorristas de taberna. Siempre causan problemas cuando pasan demasiado tiempo en tierra firme.

A Mat le parecía que tenían aspecto de estar bien entrenados. De todos modos, no sabía de soldados que no se metieran en peleas, sobre todo cuando estaban borrachos o aburridos, y los soldados aburridos tendían a emborracharse. En un rincón de su mente se preguntó qué alcance tendrían esos arcos, pero fue un pensamiento distraído. No quería tener nada que ver con ningún soldado seanchan. Si por él fuera, no tendría nada que ver con ningún soldado nunca más. Mas, al parecer, su suerte no llegaba a tanto. El destino y la suerte eran distintos, por desgracia. Doscientos pasos, como mucho, decidió. Una buena ballesta los superaría, o cualquier arco de Dos Ríos.

—No nos encontramos en una taberna —masculló entre dientes—, y ahora no

están armando gresca. Así que no empecemos una sólo porque os asustó que un granjero fuera a hablaros. —La mujer apretó los dientes y le lanzó una mirada lo bastante dura para partirle el cráneo. Pero era verdad. Le daba miedo abrir la boca cerca de cualquiera que pudiera reconocer su acento. A su entender era una buena precaución, pero es que todo parecía encresparla—. Tendremos a un alférez haciéndonos preguntas si seguís mirándolos así. Las mujeres de los alrededores de Ebou Dar tienen fama de recatadas —mintió. ¿Qué sabía ella de las costumbres locales?

Egeanin lo miró de reojo, ceñuda —quizás intentaba discernir lo que significaba «recatada»—, pero dejó de mirar con mal gesto a los arqueros. Ahora sólo parecía dispuesta a morder, en lugar de golpear.

—Ese tipo es tan oscuro como un Atha'an Miere —murmuró Noal con aire abstraído mientras observaba a los soldados que pasaban—. Atezado como un sharaní. Pero juraría que tiene los ojos azules. He visto gente así antes, pero ¿dónde? —Al intentar frotarse las sienes estuvo a punto de golpearse en la cabeza con la caña de pescar, y dio un paso como si tuviera intención de preguntar al tipo dónde había nacido.

Con un bandazo, Mat lo agarró de la manga.

—Volvemos al circo, Noal. Ahora. Nunca debimos salir.

—Eso te lo dije yo —manifestó Egeanin al tiempo que asentía bruscamente con la cabeza.

Mat gimió, pero lo único que podía hacer era seguir caminando. Oh, sí, ya tendrían que haberse marchado. Sólo esperaba no haberlo decidido demasiado tarde.

2. Dos capitanes

A unos tres kilómetros al norte de la ciudad un ancho cartelón de tela azul, extendido entre dos altos palos y sacudido por el viento, anunciaba el Gran Espectáculo Ambulante y Magnífica Exhibición de Maravillas y Portentos de Valan Luca en llamativas letras rojas lo bastante grandes para poder leerlas desde la calzada, situada a un centenar de pasos al este. Para los que no sabían leer, al menos indicaba la ubicación de algo fuera de lo común. Ése era el mayor espectáculo ambulante del mundo, afirmaba el cartelón. Luca afirmaba muchas grandes cosas, pero Mat creía que debía decir la verdad sobre eso. La pared de lona del espectáculo, de casi tres metros de altura y firmemente clavada al suelo con estacas, rodeaba tanto espacio como un pueblo de buen tamaño.

La gente que pasaba por allí miraba el cartel con curiosidad, pero a los granjeros y mercaderes les aguardaba su propio trabajo y a los colonos, su futuro, de modo que nadie se desviaba hacia allí. Gruesas cuerdas atadas a postes clavados en el suelo tenían el propósito de conducir multitudes hacia la ancha entrada en arco que había detrás del cartel, pero no había nadie esperando para entrar; a esa hora no. Últimamente eran pocos los que acudían a cualquier hora. La caída de Ebou Dar sólo había ocasionado un ligero descenso del público, una vez que la gente se dio cuenta de que la ciudad no sería saqueada y que no tenía que huir para salvar la vida, pero con el Retorno, con todos aquellos barcos y colonos, casi todo el mundo decidió guardar su dinero para afrontar necesidades más apremiantes. Dos hombres corpulentos, arrebujados en unas capas que parecían sacadas de una trapería, montaban guardia debajo del cartel para cerrar el paso a cualquiera que quisiera echar un vistazo sin haber pagado, pero incluso esos curiosos eran contados en la actualidad. La pareja, uno con la nariz torcida sobre el espeso bigote y el otro tuerto, estaba en cuclillas y jugaba a los dados.

Cosa sorprendente, Petro Anhill, el forzudo del espectáculo, observaba cómo jugaban los dos cuidadores de caballos, con los brazos —más largos que las piernas de muchos hombres— cruzados sobre el pecho. Era más bajo que Mat, pero el doble de ancho, y sus hombros atirantaban la gruesa chaqueta azul que su esposa le hacía ponerse para protegerse del frío. Petro parecía absorto en los dados, pero él no jugaba a nada, ni siquiera a lanzar céntimos al aire. Él y su esposa, Clarine, una domadora de perros, ahorraban cada moneda que les sobraba y, a la menor oportunidad, Petro se ponía a hablar largo y tendido de la posada que se proponían comprar algún día. Aún más sorprendente era que Clarine se encontraba a su lado, envuelta en una capa oscura y aparentemente tan absorta en el juego como su marido.

Petro echó una ojeada recelosa por encima del hombro hacia el campamento cuando vio que Mat y Egeanin se acercaban agarrados, lo que hizo que Mat frunciera

el entrecejo. Que la gente mirara de soslayo por encima del hombro nunca era buena señal. Sin embargo, la regordeta y morena cara de Clarine se iluminó con una sonrisa. Como casi todas las mujeres del espectáculo, creía que Egeanin y él tenían una relación amorosa. El mozo de caballos de nariz torcida, un teariano de anchos hombros llamado Col, recogió la apuesta —unos cuantos cobres— al tiempo que lanzaba una mirada lasciva a Egeanin. Nadie aparte de Domon la consideraría guapa, pero para algunos necios la nobleza otorgaba belleza. O el dinero, y una noble tenía que ser rica. Unos pocos pensaban que cualquier dama noble que abandonara a su marido por alguien como Mat Cauthon podría estar dispuesta a dejarlo a él también; llevándose su dinero, claro. Tal era la historia que Mat y los otros habían hecho correr para explicar la razón de que huyeran de los seanchan: un cruel esposo y la huida de los amantes. Todos habían oído contar ese tipo de historias ya fuera por juglares o libros —aunque rara vez en la vida real— con suficiente frecuencia para aceptarla como cierta. Col mantuvo gacha la cabeza, no obstante. Egeanin —Leilwin— ya había sacado el cuchillo que llevaba en el cinturón contra un malabarista de espadas, un guaperas que se había excedido en sus insinuaciones al invitarla a tomar una copa de vino en su carreta, y nadie dudaba que habría hecho uso del arma si el tipo hubiera insistido en su pretensión lo más mínimo.

Tan pronto como Mat llegó junto al forzudo, Petro dijo en voz baja:

—Hay soldados seanchan hablando con Luca, unos veinte. Bueno, el oficial está hablando con él.

No parecía asustado, pero unas arrugas en su frente denotaban preocupación, y echó el brazo sobre los hombros de su mujer en actitud protectora. La sonrisa de Clarine se borró y alzó la mano para ponerla sobre la de su esposo. Confiaban en el juicio de Valan, a su manera, pero sabían el riesgo que corrían. O creían que lo sabían. Lo que pensaban ya era un riesgo importante.

—¿Qué quieren? —demandó Egeanin, que se soltó de Mat antes de que éste tuviera ocasión de abrir la boca. De hecho, nadie esperó a que lo hiciera.

—Sostén esto —dijo Noal, tendiendo el cesto y la caña de pescar al tipo tuerto, que lo miró boquiabierto. Después metió la nudosa mano en su chaqueta, donde guardaba dos cuchillos largos—. ¿Podemos llegar a nuestros caballos? —le preguntó a Petro. El forzudo lo miró con incertidumbre. Mat no era el único que albergaba dudas de si Noal estaba en sus cabales.

—No parecen interesados en registrar —se apresuró a comentar Clarine, que hizo un amago de reverencia a Egeanin. Se suponía que todos debían fingir que Mat y los otros formaban parte del espectáculo, pero muy pocos conseguían llevarlo a la práctica con Egeanin—. El oficial lleva más de media hora en la carreta de Luca, pero los soldados han permanecido junto a los caballos todo el tiempo.

—No creo que hayan venido por vos —añadió respetuosamente Petro,

dirigiéndose de nuevo a Egeanin. ¿Por qué iba a ser diferente él? Seguramente practicaba la bienvenida a nobles en esa posada—. Sólo queríamos que no os sorprendieseis ni os preocuparais al verlos. Seguro que Luca los echará sin problema. —A despecho de su tono, las arrugas de la frente no se borraron. A la mayoría de los hombres les disgustaría que su esposa huyera, y un noble podía descargar el peso de su ira sobre otros. Un espectáculo ambulante, forasteros que iban de paso, era una diana fácil sin complicaciones añadidas—. No debe preocuparos que nadie diga algo fuera de lugar, milady. —Petro miró a los cuidadores de caballos y añadió—: ¿Verdad que no, Col?

El de la nariz torcida sacudió la cabeza, con los ojos prendidos en los dados que hacía saltar sobre la palma de la mano. Era un tipo grande, aunque no tanto como Petro, y el forzudo era capaz de enderezar herraduras sólo con sus manos.

—A todo el mundo le gusta tener ocasión de escupir en las botas de un noble de vez en cuando —rezongó el tipo tuerto mientras echaba un vistazo al interior del cesto de pescado. Era casi tan alto y tan ancho de hombros como Col, pero su tez semejaba un cuero viejo con arrugas y aún tenía menos dientes que Noal. Miró de soslayo a Egeanin, agachó la cabeza y añadió—: Con perdón de milady. Además, así todos ganamos algo de dinero, que últimamente ha habido muy poco. ¿Verdad, Col? Todo el mundo habla de que esos seanchan nos agarrarán a todos, quizá que nos colgarán como a esos Marinos. O que nos pondrán a trabajar limpiándoles los canales al otro lado de la bahía. —Los cuidadores de caballos se ocupaban de lo que hiciera falta en el espectáculo, desde echar una mano en las estacadas de caballos y limpiar las jaulas de los animales hasta levantar y quitar el muro de lona, pero el tipo se estremeció como si la idea de sacar el légamo de los canales del Rahad fuera una posibilidad peor que ser ahorcado.

—¿Acaso he dicho algo sobre hablar? —protestó Col, alzando las manos—. Sólo pregunté cuánto tiempo íbamos a quedarnos aquí, eso es todo. Sólo pregunté cuándo íbamos a ver algo de ese dinero.

—Nos quedamos aquí mientras yo diga que nos quedamos. —Era impresionante lo duro que Egeanin podía hacer sonar ese acento seanchan sin levantar la voz, como una espada al salir de la vaina—. Verás tu dinero cuando lleguemos a nuestro destino. Habrá un pequeño extra para los que me sirvan lealmente. Y una fría tumba para cualquiera que piense en la traición.

Col se arrebujó en su capa llena de remiendos y abrió los ojos en un intento de parecer indignado, o tal vez inocente, pero la impresión que daba era de esperar que la mujer se acercara lo suficiente para birlarle la bolsa del dinero. Mat rechinó los dientes. Para empezar, era su oro el que Egeanin estaba prometiendo con tanta liberalidad. Tenía su propio dinero, pero ni de lejos suficiente para esto. Y lo más importante era que estaba intentando ponerse al mando otra vez. Luz, de no ser por él

aún seguiría en Ebou Dar tramando cómo eludir a los Buscadores, o puede que incluso la estuvieran sometiendo a interrogatorio ya. De no ser por él nunca se le habría ocurrido quedarse cerca de la ciudad para zafarse de la persecución ni encontrar un escondite en el espectáculo de Luca. Pero ¿por qué habían ido soldados? Los seanchan habrían enviado cien hombres, un millar, de tener la más vaga sospecha de la presencia de Tuon allí. De sospechar que hubiera Aes Sedai... No, Petro y Clarine ignoraban que estaban ayudando a ocultar Aes Sedai, pero habrían mencionado la llegada de *sul'dam* y *damane* ya que los soldados no perseguirían hermanas sin ellas. Toqueteó la cabeza de zorro a través de la chaqueta. La llevaba estuviera dormido o despierto, y podría darle alguna señal de advertencia.

En ningún momento consideró la idea de ir por los caballos, y no sólo porque Col y una docena más como él irían corriendo a los seanchan antes de haberlo perdido de vista. No es que sintieran una especial animosidad contra él o Egeanin, que él supiera —incluso Rumann, el malabarista de espadas, parecía haberse emparejado felizmente con una contorsionista llamada Adria—, pero algunos tipos no resistirían la tentación de ganar un poco más de oro. En cualquier caso, los dados no rodaban dentro de su cabeza anunciando peligro. Y detrás de aquellas paredes de lona había personas a las que no podía abandonar.

—Si no están registrando, entonces no tenemos por qué preocuparnos —dijo con seguridad—. Pero gracias por la advertencia, Petro. No me gustan las sorpresas. —El forzudo hizo un ligero gesto como diciendo que no tenía importancia, pero Egeanin y Clarine miraron a Mat como si se sorprendieran de verlo allí. Incluso Col y el otro patán tuerto lo miraron parpadeando. Le costó un gran esfuerzo no rechinar los dientes otra vez—. Me acercaré dando un paseo a la carreta de Luca y veré qué puedo averiguar. Leilwin, ve con Noal a buscar a Olver y quedaos con él. —Les gustaba el chico, a todo el mundo le caía bien, y así se los quitaría de encima un rato. Podría escuchar a escondidas mejor estando solo. Y si tenían que huir, Egeanin y Noal ayudarían a escapar al chico, por lo menos. Quisiera la Luz que las cosas no llegaran a eso. No tendría otro resultado que el desastre.

—Bien, supongo que nadie vive eternamente —comentó Noal mientras volvía a coger el cesto y la caña.

¡El muy condenado hacía que una cabra con cólico pareciera alegre en comparación! De hecho, la frente de Petro se arrugó más. Los hombres casados siempre parecían estar preocupados, una de las razones por las que Mat no tenía ninguna prisa en ser uno de ellos. Noal desapareció en el recodo de la pared de lona y el tipo tuerto vio marcharse el pescado con tristeza. Ése era otro que parecía no estar del todo en sus cabales. Seguramente tenía una esposa por ahí.

Mat se caló el gorro casi hasta los ojos. Los dados seguían sin sonar. Intentó no pensar en cuántas veces había estado a punto de que lo degollaran o le partieran el

cráneo sin que hubiera oído los dados. Pero tendrían que haber sonado si hubiese un peligro real. Naturalmente que sí.

No había dado tres pasos hacia el interior cuando Egeanin lo alcanzó y le rodeó la cintura con el brazo. Mat se paró y la miró con gesto torvo. Se resistía a sus órdenes como se resistía una trucha al anzuelo, pero esto iba más allá de la testarudez.

—¿Qué demonios hacéis? ¿Y si ese oficial seanchan os reconoce? —Eso era tan poco probable como que Tylin en persona apareciera por allí, pero merecía la pena aprovechar cualquier cosa que pudiera hacer que se marchara.

—¿Qué posibilidades hay de que ese tipo me conozca? —se mofó ella—. No tengo... —Su semblante se crispó un momento—. No tenía muchos... amigos a este lado del océano, y en Ebou Dar, ninguno. —Rozó con los dedos las puntas del pelo postizo que caía sobre su seno—. De todos modos, con esto ni mi propia madre me reconocería. —Al final de la frase su voz se tornó sombría.

Mat acabaría partiéndose un diente si seguía apretándolos así. Quedarse plantado allí en medio, discutiendo con ella, sería totalmente inútil, pero todavía conservaba fresco el recuerdo de cómo había mirado a aquellos soldados seanchan.

—No lancéis miradas fulminantes a nadie —advirtió—. Mejor aún, no miréis a nadie.

—Soy una ebudariana recatada. —Por el modo en que lo dijo parecía un desafío —. Puedes llevar la voz cantante. —Y eso sonó como una advertencia.

¡Luz! Cuando una mujer no estaba por la labor, podía ponerte las cosas muy difíciles, y Egeanin nunca estaba por la labor. Desde luego corría el peligro de romperse un diente. Al otro lado de la entrada, la calle principal del espectáculo serpenteaba entre los carromatos semejantes a los que usaban los gitanos, casas pequeñas sobre ruedas con las lanzas de los tiros levantadas contra los asientos de los conductores, y tiendas cercadas tan grandes como casas pequeñas. La mayoría de los carromatos estaban pintados en vivos colores, en todas las gamas de rojos y verdes, amarillos o azules, y muchas de las tiendas eran igualmente de colores muy vistosos, algunas incluso a rayas. Aquí y allí se alzaban plataformas de madera donde los artistas ofrecían sus actuaciones a los lados de la calle, aunque sus banderitas de colores empezaban a tener un aspecto algo mugriento. El amplio espacio de tierra, de cerca de treinta pasos de ancho y aplastado por miles de pies, era realmente una calle, una de las varias que discurrían por el recinto del espectáculo. El viento arrastraba las tenues bandas grises de humo que se elevaban de las delgadas chimeneas que asomaban por los techos de los carromatos y de algunas tiendas. La mayoría de los artistas estarían desayunando, si es que no seguían acostados. Se levantaban tarde por norma —una norma que Mat aprobaba—, y a nadie le apetecería comer sentado junto a las lumbres de fuera con aquel frío. La única persona a la que vio fue Aludra, con las mangas del vestido verde oscuro remangadas en los antebrazos y machacando

algo con un mortero y majador de bronce sobre una mesa que se desplegaba del costado de su carromato, éste de un azul intenso, justo en la esquina de una de las calles laterales, más estrechas.

Ensimismada en su trabajo, la esbelta tarabonesa no vio a Egeanin y a Mat, que, sin embargo, no pudo evitar mirarla. Con el oscuro cabello tejido en finas trenzas rematadas con cuentas y largas hasta la cintura, Aludra era probablemente la más exótica de las maravillas del espectáculo de Luca. Éste la anunciaba como una Iluminadora, y a diferencia de muchos de los otros artistas y portentos era lo que Luca afirmaba, aunque probablemente el propio Luca no lo creyera. Mat se preguntó qué estaría machacando. Y si explotaría. Había prometido revelarle el secreto de los fuegos de artificio si daba con la respuesta a un acertijo, aunque hasta ahora no se le había ocurrido la menor conjetura. Pero lo resolvería. De un modo u otro. Egeanin le hundió un dedo en las costillas.

—Se supone que somos amantes, tal como no dejas de recordarme —rezongó—. ¿Quién se lo va a creer si miras fijamente a otra mujer como si estuvieras hambriento?

—Siempre miro a las mujeres guapas, ¿no lo habíais notado? —respondió Mat, que esbozó una sonrisa descarada.

La seanchan se ajustó el pañuelo con más energía de la necesaria, a la vez que soltaba un gruñido despectivo, y Mat se sintió satisfecho. Esa vena gazmoña de la mujer venía muy bien de vez en cuando. Egeanin estaba en plena huida para salvar la vida, pero seguía siendo seanchan, y ya sabía sobre él mucho, demasiado para su gusto. De ningún modo iba a confiarle todos sus secretos. Ni siquiera los que ni él sabía aún.

El carromato de Luca se encontraba justo en el centro del recinto, la mejor ubicación, lo más lejos posible de los olores de las jaulas de animales y las estacadas de caballos situadas a lo largo de la pared de lona. Era chillón incluso comparado con los otros del espectáculo, una cosa roja y azul que brillaba como el mejor trabajo de lacado, y con toda la superficie salpicada de estrellas y cometas dorados. Las fases de la luna, en plateado, se sucedían alrededor, justo debajo del tejado. Hasta la chimenea de estaño estaba pintada en anillos rojos y azules. Un gitano se habría ruborizado. A un lado del carromato había dos filas de soldados seanchan cubiertos con yelmos, junto a sus caballos, y las lanzas adornadas con borlas verdes tenían todas exactamente el mismo ángulo de inclinación. Uno de los hombres sostenía las riendas de otra montura, un bonito castrado pardo de fuerte grupa y buenos tobillos. La armadura azul y verde de los soldados parecía apagada y sosa al lado de la carreta de Luca.

A Mat no le sorprendió ver que no era el único interesado en los seanchan. Con un oscuro gorro de punto —tejido largo y con pompón en la punta— bien calado para

cubrirse la cabeza afeitada, Bayle Domon estaba sentado sobre los talones con la espalda apoyada en una de las ruedas del carromato verde que pertenecía a Petro y Clarine, unos treinta pasos detrás de los soldados. Los perros de Clarine, una colección variopinta de animalillos, dormían acurrucados unos contra otros debajo del carromato. El corpulento illiano fingía tallar una pieza de madera, pero lo único que había hecho hasta el momento era un pequeño montón de virutas a sus pies. Mat deseó que el tipo se dejara crecer bigote para tapar el labio superior o si no que se afeitara el resto de la barba. Alguien podía relacionar a un illiano con Egeanin. Blaeric Negina, un tipo alto que se apoyaba en la carreta como si hiciera compañía a Domon, no había dudado en cortarse el mechón shienariano para no llamar la atención, si bien se pasaba la mano sobre el pelo oscuro que empezaba a crecerle, con tanta frecuencia como Egeanin comprobaba su peluca. Quizá debería llevar un gorro.

Con las oscuras chaquetas de puños deshilachados y las botas desgastadas, ambos podían pasar por gente del espectáculo, quizá cuidadores de caballos, excepto para otros que tuvieran ese trabajo. Observaban a los seanchan al tiempo que intentaban hacer como si no los miraran, pero Blaeric tenía más éxito, como podía esperarse de un Guardián. Parecía tener puesta toda su atención en Domon, salvo por alguna que otra ojeada aparentemente fortuita a los soldados. Domon miraba ceñudo a los seanchan cuando no miraba ceñudo al trozo de madera que tenía en las manos, como si con sólo ordenárselo pudiera convertirse en una bonita talla. Ese hombre se había tomado muy a pecho lo de ser *so'jhin*.

Mat intentaba discurrir algo para acercarse al carromato de Luca y escuchar a escondidas sin que lo vieran los soldados, cuando la puerta de la parte trasera del carromato se abrió y un seanchan de cabello claro bajó la escalera; se caló el yelmo adornado con una fina pluma azul en el momento en que sus botas tocaron el suelo. Luca apareció detrás, resplandeciente con su atuendo escarlata cuajado de bordados de dorados soles reventones y haciendo rebuscadas reverencias mientras seguía al oficial. Luca poseía al menos dos docenas de chaquetas, la mayoría rojas y a cuál más chabacana. Menos mal que su carromato era muy grande, o no habría tenido sitio para todas.

Haciendo caso omiso de Luca, el oficial seanchan montó en su castrado, se ajustó la espada y bramó órdenes que lanzaron a sus hombres rápidamente sobre las sillas y a formar en una columna de a dos que se dirigió al paso hacia la entrada. Luca los siguió con la mirada, sin borrar la sonrisa, presto para hacer otra reverencia si cualquiera de ellos se volvía a mirar.

Mat permaneció a un lado de la calle, bien apartado, y fingió quedarse boquiabierto, maravillado, mientras los soldados pasaban. Tampoco es que ninguno de ellos se dignara mirar hacia él —el oficial llevaba fija la mirada al frente y sus soldados igual—, pero nadie prestaba atención a un palurdo ni se acordaba de él.

Para su sorpresa, Egeanin permaneció con la vista clavada en el suelo, asiendo con fuerza el pañuelo atado bajo la barbilla, hasta que pasó el último jinete. Alzó la cabeza para seguirlos con la mirada y frunció los labios un instante.

—Al final resulta que conozco a ese chico —comentó en voz queda, arrastrando las palabras—. Lo llevé a Falme en el *Intrépido*. Su sirviente murió a mitad de la travesía y pensó que podía utilizar a uno de mis tripulantes. Tuve que ponerlo en su sitio. Habríase dicho que pertenecía a la Sangre por el escándalo que montó.

—Rayos, truenos y centellas —maldijo Mat. ¿Con cuántas personas más habría tenido choques, haciendo que su rostro se les quedara grabado en la memoria? Tratándose de Egeanin, probablemente cientos. ¡Y él había dejado que se paseara por ahí con una peluca y otro tipo de ropa por todo disfraz! ¿Cientos? Lo más probable es que fueran miles. Era capaz de irritar a un ladrillo.

En cualquier caso, el oficial se había marchado. Mat exhaló lentamente. La suerte seguía acompañándolo, desde luego. A veces pensaba que eso era lo único que le impedía ponerse a berrear como un bebé. Se encaminó hacia Luca para saber qué querían los soldados.

Domon y Blaeric llegaron junto a Luca tan deprisa como Egeanin y él, y el gesto ceñudo de la redonda cara de Domon se intensificó al mirar el brazo de Mat echado sobre el hombro de Egeanin. El illiano comprendía la necesidad de tal parodia, o eso decía, pero parecía pensar que podía hacerse sin que se tocaran siquiera las manos. Mat retiró el brazo —no había necesidad de fingir allí: Luca sabía la verdad, de todo—, y Egeanin empezó a soltarlo también, si bien, tras mirar a Domon, en lugar de eso ciñó con más fuerza la cintura de Mat, todo ello sin que su expresión cambiara lo más mínimo. Domon mantuvo un gesto ceñudo, pero ahora mirando al suelo. Mat llegó a la conclusión de que llegaría a comprender a los seanchan poco antes que a las mujeres. O que a los illianos, dicho fuera de paso.

—Caballos —gruñó Luca antes de que Mat se parara frente a él. Su mirada enojada los abarcó a todos, pero enfocó su ira principalmente en Mat. Algo más alto que él, Luca se estiró para mirarlo desde arriba—. Eso era lo que quería. Le mostré la cédula que me exime de la requisa de caballos para el sorteo, firmada por la propia Augusta Señora Suroth, pero ¿acaso le impresionó? Le dio igual que rescatara a una seanchan de alto rango. —Cerandin no era de alto rango, y más que rescatarla le había proporcionado un medio para viajar como una artista contratada, pero Luca siempre exageraba las cosas a su conveniencia.

»De todos modos no sé durante cuánto tiempo será válida esa exención. Los seanchan necesitan conseguir caballos sea como sea. ¡Podrían volver cualquier día para llevárselos! —La cara se le estaba poniendo casi tan roja como la chaqueta y no dejaba de golpear con el dedo en el pecho de Mat—. ¡Vas a conseguir que me quiten los caballos! ¿Cómo muevo mi espectáculo sin caballos? Respóndeme a eso, si

puedes. Estaba dispuesto a partir tan pronto como vi la locura desatada en la bahía, hasta que tú me presionaste. ¡Harás que me corten la cabeza! ¡Podría encontrarme a más de cien kilómetros de aquí de no ser por ti, apareciendo en mitad de la noche y metiéndome con argucias en tus absurdas intrigas! ¡No estoy ganando un céntimo aquí! ¡No ha habido bastantes espectadores los últimos tres días para pagar la comida que consumen los animales en uno! ¿Qué digo en uno? ¡En medio! ¡Tendría que haberme marchado hace un mes! ¡Antes! ¡Tendría que haberlo hecho!

Mat casi se echó a reír al ver a Luca barbotar de indignación. Caballos. Eso era todo; sólo caballos. Además, la idea de que los pesados carruajes del espectáculo pudieran recorrer más de cien kilómetros en cinco días era tan ridícula como el carromato de Luca. El hombre se podría haber marchado un mes antes, dos meses, de no ser por querer sacar hasta el último cobre que pudiera a Ebou Dar y a sus conquistadores seanchan. Y, en lo tocante a convencerlo para que se quedara seis noches atrás, había sido tan fácil como caerse de la cama. En lugar de reírse, Mat puso una mano en el hombro de Luca. El tipo era un vanidoso pavo real además de codicioso, pero no tenía sentido enfadarlo más de lo que estaba ya.

—Si te hubieras marchado esa noche, Luca, ¿crees que a nadie le habría parecido sospechoso? Habrías tenido a los seanchan destrozando tus carretas antes de que hubieses recorrido dos leguas. Podría decirse que te he salvado de eso. —Luca gruñó. Algunas personas eran incapaces de ver más allá de sus narices—. En cualquier caso, ya no tienes por qué preocuparte. Tan pronto como Thom regrese de la ciudad, podemos poner de por medio tantos kilómetros como quieras.

Luca saltó tan de improviso que Mat retrocedió un paso, alarmado, pero lo único que hizo el hombre fue brincar y dar vueltas de alegría. Domon se quedó mirándolo con los ojos como platos, e incluso Blaeric lo observó de hito en hito. A veces, Luca parecía tonto de remate. Luca había empezado a brincar cuando Egeanin apartó a Mat de un empujón.

—¿Tan pronto como regrese Merrilin? ¡Di órdenes de que nadie saliera de aquí! —Sus ojos fueron alternativamente de él a Luca con una cólera fría que abrasaba—. ¡Espero que mis órdenes se cumplan!

Luca dejó de hacer cabriolas bruscamente y la miró de soslayo y después, de pronto, le hizo una reverencia con tantas florituras que prácticamente se veía la capa que no llevaba puesta. ¡Casi podía verse el bordado de la capa! Creía que tenía mano con las mujeres, vaya que sí.

—Vos ordenáis, mi encantadora señora, y yo corro a obedecer. —Se irguió y encogió los hombros en un gesto de disculpa—. Pero maese Cauthon tiene el oro, y me temo que las órdenes del oro son prioritarias para mí. —El arcón repleto de monedas en ese mismo carromato había sido toda la presión que había hecho falta para convencerlo. Quizás el hecho de que Mat fuera *ta'veren* había contribuido, pero

por la cantidad de oro suficiente Valan Luca ayudaría a raptar al mismísimo Oscuro.

Egeanin respiró hondo, dispuesta a reprender más a Luca, pero el hombre se dio media vuelta y subió corriendo los peldaños para entrar en su carromato mientras gritaba:

—¡Latelle! ¡Latelle! ¡Hay que despertar a todos de inmediato! ¡Por fin nos vamos, en cuanto Merrilin regrese! ¡Alabada sea la Luz!

Un instante después, volvía a aparecer arrastrando casi por la pequeña escalera a su esposa, que se iba poniendo una capa de terciopelo negro adornada con relucientes lentejuelas. Era una mujer de semblante severo, y al ver a Mat encogió la nariz como si oliese mal y dedicó a Egeanin una mirada que habría hecho trepar a los árboles a sus osos amaestrados. A Latelle le desagradaba la idea de que una mujer dejara a su esposo, a pesar de saber que era mentira. Por suerte, parecía adorar a Luca por alguna razón, y le gustaba el oro casi tanto como a él. Luca corrió hacia la carreta más cercana y se puso a golpear la puerta con el puño, a la par que Latelle hacía otro tanto en la siguiente.

Sin perder tiempo, Mat se encaminó presuroso hacia una de las calles laterales. Más bien un callejón, comparado con la calle principal, serpenteaba entre el mismo tipo de carretas y tiendas, todas cerradas a cal y canto por el frío y arrojando humo por las chimeneas de metal. Allí no había plataformas para los artistas, sino cuerdas para tender la ropa entre las carretas, y aquí y allí algunos juguetes de madera esparcidos por el suelo. Esa calle era sólo para viviendas y su estrechez a propósito para desanimar a intrusos.

Avanzó deprisa a despecho de la cadera —al ejercitarla caminando casi había desaparecido el dolor—, pero no había dado ni diez pasos cuando Egeanin y Domon lo alcanzaron. Blaeric había desaparecido, seguramente para ir a informar a las hermanas que seguían a salvo y que por fin se marchaban. Las Aes Sedai, que se hacían pasar por sirvientas de Egeanin muertas de preocupación porque el esposo de su señora los atrapara, estaban hartas de tener que quedarse aisladas en el carromato, por no mencionar el tener que compartirlo con las *sul'dam*. Mat lo había hecho a propósito, pues así las Aes Sedai vigilaban a las *sul'dam* y, a su vez, éstas le ahorraban tener encima a las Aes Sedai dándole la lata. Se alegró de que Blaeric le evitara tener que visitar el carromato otra vez. Una u otra hermana le había hecho llamar cuatro o cinco veces al día desde que habían huido de la ciudad, y él acudía cuando no le quedaba más remedio, pero nunca era una experiencia agradable.

Egeanin no lo rodeó con el brazo en esta ocasión. Caminaba a largas zancadas a su lado, mirando fijamente al frente sin molestarse en comprobar la colocación de la peluca, para variar. Domon los seguía con los pesados andares de un oso al tiempo que mascullaba entre dientes con su fuerte acento illiano. El gorro de lana dejaba a la vista la forma brusca en que acababa su oscura barba a mitad de las orejas, y más

arriba sólo la leve sombra del cabello que empezaba a crecer. Le daba un aspecto... inacabado.

—Un barco con dos capitanes está abocado al desastre —comentó Egeanin, dando a su peculiar acento un exagerado timbre de paciencia. Su sonrisa enterada daba la impresión de hacerle daño en la cara.

—No estamos en un barco —replicó Mat.

—¡El principio fundamental es el mismo, Cauthon! Eres un granjero. Sé que en una situación difícil eres válido. —Lanzó una mirada severa hacia atrás, a Domon. Era el que había llevado a Mat, uniendo sus destinos, cuando ella creía que estaba contratando sus servicios—. Pero esta situación requiere buen criterio y experiencia. Nos movemos por aguas peligrosas y no tienes conocimientos de mando.

—Más de los que podéis imaginar —contestó secamente. Podría haber desgranado una lista de batallas que recordaba haber dirigido, pero sólo un historiador habría identificado la mayoría de ellas y quizá ni siquiera un historiador. De todos modos, nadie lo creería. Él no daría crédito si alguien hiciera tal afirmación —. ¿No tendríais que estar preparándoos, Domon y vos? No querréis dejaros nada, supongo.

Todo cuanto la mujer poseía ya estaba guardado en el carromato que ella y Mat compartían con Domon —un arreglo incómodo por demás—, pero apretó el paso con la esperanza de que hubiese cogido la indirecta. Además, su punto de destino ya estaba a la vista.

La tienda de color azul intenso, apiñada entre un carromato pintado en un amarillo virulento y otro en verde esmeralda, era apenas lo bastante grande para que cupieran tres camastros, pero proporcionar acomodo a toda la gente que había sacado de Ebou Dar había requerido sobornos para que salieran quienes los ocupaban y más sobornos para que a éstos los admitieran otros. Lo que había podido alquilar era lo que los propietarios quisieron cederle. A unos precios adecuados para una buena posada. Juilin, un hombre de tez oscura, constitución compacta y negro cabello muy corto, estaba sentado en el suelo cruzado de piernas delante de la tienda, con Olver, un chaval menudo y delgado, aunque no tan flaco como cuando lo había visto por primera vez, y bajo para sus diez años, que era la edad que decía tener. Ninguno de los dos llevaba chaqueta, a pesar del viento, y jugaban a serpientes y zorros en un tablero que el padre del chico, fallecido, le había dibujado en un trozo de paño rojo. Olver tiró los dados, contó los puntos cuidadosamente y pensó su movimiento en la telaraña de líneas y flechas negras. Se sentó erguido al ver a Mat.

De repente Noal apareció desde la parte posterior de la tienda, jadeando como si hubiese corrido. Juilin alzó la vista, sorprendido, hacia el viejo, y Mat frunció el entrecejo. Le había dicho a Noal que fuera allí directamente. ¿Dónde habría estado? Noal lo miró expectante, sin asomo de culpabilidad o azoramiento, simplemente

ansioso de oír lo que Mat tuviera que decir.

—¿Sabes algo de los seanchan? —le preguntó Juilin, enfocando también su atención en Mat.

Una sombra se movió detrás de las solapas de entrada de la tienda y una mujer de cabello oscuro, sentada en un extremo de uno de los camastros arrebujada en una vieja capa de color gris, se inclinó hacia adelante para poner una mano en el brazo de Juilin. Y para dirigir a Mat una mirada recelosa. Thera era bonita, si es que a uno le gustaban unos labios que siempre parecían fruncidos en un mohín, y por lo visto a Juilin sí le gustaban a juzgar por el modo en que le sonrió con aire tranquilizador mientras le daba palmaditas en la mano. También era Amathera Aelfdene Casmir Lounault, Panarch de Tarabon, lo que era casi tanto como una reina. O, al menos, lo había sido. Juilin estaba enterado de eso, al igual que Thom, pero a ninguno de los dos se le había ocurrido decírselo a Mat hasta que llegaron al espectáculo de Luca. Suponía que tampoco importaba mucho, entre todo lo demás. Respondía más prontamente a Thera que a Amathera, no exigía nada, salvo la compañía de Juilin, y no parecía probable que nadie la reconociera allí. En cualquier caso, Mat esperaba que sintiese por Juilin algo más que gratitud por haberla rescatado, porque, desde luego, lo que éste sentía por ella era algo más. ¿Quién era él para decir que una Panarch destronada no podía enamorarse de un husmeador? Cosas más raras pasaban, aunque así de pronto no se le ocurría ninguna.

—Sólo querían ver la cédula para los caballos de Luca —contestó, y Juilin asintió con la cabeza, relajándose un poco de forma evidente.

—Menos mal que no contaron los caballos estacados. —La cédula enumeraba exactamente los caballos que a Luca se le permitía tener. Los seanchan podían ser generosos en sus recompensas; pero, dada la necesidad que tenían de monturas y troncos de carruajes, no estaban dispuestos a entregar a nadie una licencia para montar un negocio con caballos—. En el mejor de los casos, se habrían llevado los que hay de más. En el peor... —El husmeador se encogió de hombros. Otro optimista.

Con un respingo, Thera se ajustó más la capa de repente y se echó hacia atrás con brusquedad. Juilin miró detrás de Mat y la expresión de sus ojos se endureció; el teariano podía igualar a los Guardianes en lo tocante a mostrar dureza. Egeanin no pareció darse por aludida, y observaba la tienda con gesto iracundo. Domon se encontraba a su lado cruzado de brazos, aspirando entre los dientes ya fuera en un gesto absorto o de forzada paciencia.

—Recoge la tienda, Sandar —ordenó Egeanin—. El espectáculo parte tan pronto como Merrilin regrese. —Prietas las mandíbulas y sin dirigir miradas furibundas a Mat. O casi—. Asegúrate de que... tu mujer no causa problemas.

En los últimos tiempos Thera había sido una sierva, *da'covale*, la propiedad de la Augusta Señora Suroth, hasta que Juilin la robó. Para Egeanin, robar *da'covale* era

casi tan malo como liberar *damane*.

—¿Puedo montar en *Viento*? —exclamó Olver mientras se incorporaba de un brinco—. ¿Puedo, Mat? ¿Puedo, Leilwin? —Egeanin sonrió al chico. Mat no la había visto sonreír a nadie más, ni siquiera a Domon.

—Todavía no —repuso Mat. No hasta que se encontraran tan lejos de Ebou Dar que la posibilidad de que alguien recordara al rucio que ganaba carreras con un crío montado en su lomo fuera muy remota—. Tal vez dentro de unos días. Juilin, ¿te importa avisar a los demás? Blaeric ya lo sabe, así que se está ocupando de las hermanas.

Juilin no perdió tiempo aparte de entrar en la tienda para tranquilizar a Thera. Al parecer la mujer necesitaba que la tranquilizaran con frecuencia. Cuando salió le dijo a Olver que guardara el juego y que ayudara a Thera con el equipaje hasta que él regresara y después se puso el gorro cónico y echó a andar mientras se metía la chaqueta. Ni siquiera dirigió una mirada de pasada a Egeanin. Ella lo consideraba un ladrón, algo ofensivo por sí mismo para un rastreador de ladrones, y el teariano tampoco la tenía en gran aprecio a ella.

Mat empezó a preguntar a Noal dónde había estado, pero el viejo salió disparado detrás de Juilin a la par que volvía la cabeza y anunciaba a gritos que ayudaría a avisar a los demás que el espectáculo iba a ponerse en camino. Bien, dos propagarían la noticia más deprisa que uno —Vanin y los cuatro Brazos Rojos supervivientes compartían una tienda abarrotada al otro lado del recinto, mientras que el propio Noal compartía otra con Thom y los dos criados, Lopin y Nerim, en el extremo opuesto—, y la pregunta podía esperar. Probablemente se había retrasado para dejar sus peces en algún sitio seguro. En cualquier caso, la pregunta de repente no parecía tener importancia.

El alboroto de gente llamando a los mozos de caballos para que le llevaran sus troncos y los gritos de otros demandando a voz en cuello que qué pasaba empezaban a resonar en el campamento. Adria, una mujer delgada, se acercó corriendo descalza mientras se ceñía una bata verde floreada y se metió en el carromato amarillo donde vivía con otras cuatro contorsionistas. En el carromato verde alguien bramó con voz ronca que había gente que intentaba dormir. Un puñado de niños, hijos de los artistas, y algunos artistas pasaron a todo correr y Olver alzó la vista del juego que estaba doblando. Era su más preciada posesión y de no ser por eso obviamente habría salido corriendo tras ellos. Iba a pasar un largo rato antes de que el espectáculo estuviera realmente listo para partir, pero no fue eso lo que hizo que Mat gimiera. Dentro de su cabeza acababa de oír el ruido de los puñeteros dados que volvían a rodar.

3. Un abanico de colores

Mat no sabía si maldecir o ponerse a llorar. Habiéndose marchado los soldados y a punto de dejar atrás Ebou Dar y su polvo, no parecía haber razón para los dados, pero nunca había una condenada razón que él viera hasta que ya era demasiado tarde. Lo que quiera que se avecinaba podía encontrarse a varios días en el futuro o sólo dentro de una hora, pero nunca había sido capaz de discernirlo con anticipación. La única certeza era que algo importante —o nefasto— iba a pasar y que él no podría evitarlo. A veces, como la otra noche en las puertas, no entendía por qué habían rodado los dados ni siquiera después de que se pararan. Lo único que sabía de cierto era que, por mucho que los dados lo hicieran agitarse como una cabra con sarna, una vez que empezaban no quería que se pararan nunca. Pero lo hacían. Antes o después, siempre se paraban.

—¿Te encuentras bien, Mat? —preguntó Olver—. Esos seanchan no pueden atraparnos. —Trató de dar a su voz un timbre de convicción, pero había en ella un leve dejo de duda.

Mat cayó de repente en la cuenta de que estaba mirando al vacío. Egeanin lo observaba ceñuda mientras se toqueteaba la peluca con aire ausente; saltaba a la vista que la enfurecía que no le hiciera caso. En los ojos de Domon se advertía una expresión pensativa; si no estaba decidiendo si sentirse o no molesto por el comportamiento de Egeanin, Mat se comería el gorro. Incluso Thera lo observaba desde el interior de la tienda, en todo momento procurando no estar a la vista de Egeanin. No podía explicarlo. Sólo un hombre con gachas de avena en lugar de cerebro creería que recibía advertencias del ruido de unos dados que nadie podía ver. O tal vez un hombre marcado por el Poder. O por el Oscuro. No tenía pizca de ganas de que se sospechara ninguna de esas cosas de él. Y podía repetirse lo de la otra noche en las puertas. No, aquél no era un secreto que le apeteciera revelar. De todos modos no serviría de nada.

—Nunca nos atraparán, Olver, ni a ti ni a mí. —Revolvió el cabello del chico y Olver esbozó una sonrisa de oreja a oreja, la seguridad recobrada así de fácil—. No mientras mantengamos abiertos los ojos y no perdamos la cabeza. Recuerda, puedes encontrar un modo para salir de cualquier dificultad si mantienes alerta los ojos y la mente, pero si no lo haces, tropezarás con tus propios pies. —Olver asintió con actitud seria, pero la intención de Mat era que sus palabras fueran un recordatorio para los otros. O quizá para sí mismo. Luz, no había modo de que ninguno de ellos estuviera más alerta. A excepción de Olver, que se tomaba todo aquello como una gran aventura, todos habían estado con los nervios de punta y sobresaltándose por cualquier cosa desde antes de salir de la ciudad—. Ve a ayudar a Thera como te dijo Juilin, Olver. —Una ráfaga de viento se coló a través de la chaqueta y lo hizo temblar.

»Y ponte una chaqueta; hace frío —añadió cuando el chico pasó junto a Thera y se metió en la tienda. Los ruidos procedentes del interior indicaron que Olver se había puesto manos a la obra, con chaqueta o sin ella, pero Thera continuó agazapada a la entrada de la tienda, sin apartar los ojos de Mat. Si no fuera porque él se preocupaba, el chico podría pillar una pulmonía.

Tan pronto como Olver desapareció en la tienda, Egeanin se acercó más a él, de nuevo puesta en jarras, y Mat gimió entre dientes.

—Vamos a dejar claras las cosas ahora, Cauthon —dijo con tono duro—. ¡Ahora! No permitiré que el viaje naufrague porque des contraorden a lo que yo mando.

—No hay nada que aclarar —le contestó—. Nunca he sido un empleado contratado por vos, y no hay más que hablar. —De alguna manera la mujer consiguió que su semblante se tornara más duro y expresara con tanta claridad como si le estuviera gritando que ella no veía así las cosas. Esa mujer era tan tenaz como una tortuga cuando tenía atenazado algo con las mandíbulas, pero tenía que haber algún modo de abrirle las suyas para que le soltara la pierna. Que lo asparan si le apetecía quedarse solo con los dados rodando en la cabeza, pero eso era mejor que tener que escucharlos al tiempo que discutía con ella—. Voy a ver a Tuon antes de marcharnos. —Las palabras salieron de su boca antes de que su cerebro lograra asimilarlas. Se dio cuenta de que habían estado agazapadas allí desde hacía un rato, turbias y solidificándose lentamente.

La sangre abandonó las mejillas de Egeanin tan pronto como el nombre de Tuon salió de su boca, y se oyó un chillido de Thera seguido del chasquido de la lona al cerrarse bruscamente las solapas de la entrada. La antigua Panarch había asimilado muchas costumbres seanchan mientras fue propiedad de Suroth, así como muchos de sus tabúes. No obstante, Egeanin estaba hecha de material más duro.

—¿Por qué? —demandó. Y casi sin respirar continuó, anhelante y furiosa por igual—: No debes llamarla así. Debes mostrar respeto. —Más dura en ciertos aspectos.

Mat sonrió, pero la mujer no pareció encontrarle la gracia. ¿Respeto? ¿Acaso había respeto en meter a alguien una mordaza en la boca y enrollarlo en una colgadura de pared? Llamar a Tuon Augusta Señora o cualquier otra cosa así no iba a cambiar aquello. Claro que si Egeanin estaba poco dispuesta a hablar de *damane* liberadas, lo estaba aún menos a hablar de Tuon. Si pudiera hacer como si el secuestro no hubiera ocurrido, lo haría, y en realidad, lo intentaba. Luz, pero si había tratado de no darse por enterada mientras ocurría. A su entender, cualquier otro delito que hubiese cometido era nimio en comparación con eso.

—Porque quiero hablar con ella —respondió.

¿Y por qué no? Tenía que hacerlo, antes o después. Ahora la gente trotaba arriba y debajo de la calle, hombres a medio vestir con las camisas sueltas y mujeres con el

cabello todavía envuelto en pañuelos de noche, algunos tirando de caballos y otros simplemente yendo de aquí para allí, sin ocuparse de nada aparentemente. Un crío nervudo, un poco más grande que Olver, hacía volteretas en cuanto la gente dejaba un hueco, practicando o quizá jugando. El tipo adormilado de la carreta verde aún no había aparecido. El Mayor Espectáculo Ambulante de Valan no se pondría en marcha en varias horas. Había tiempo de sobra.

—Podéis venir conmigo —sugirió con el tono de voz más inocente que pudo adoptar. Debería habérsele ocurrido antes.

La invitación hizo que Egeanin se pusiera más tiesa que un palo. Parecía del todo imposible que su tez se tornara más pálida, pero se puso.

—Le mostrarás el debido respeto —dijo con voz ronca, y agarró el pañuelo con las dos manos como si tratara de ajustar más aún la negra peluca—. Vamos, Bayle. Quiero asegurarme de que mis cosas se guarden adecuadamente.

Domon vaciló mientras la mujer daba media vuelta y se metía a buen paso entre la multitud, sin mirar atrás, y Mat lo miró con cautela. Guardaba vagos recuerdos de una lucha en el barco fluvial de Domon, una vez, pero vagos era lo mejor que podía decir de ellos. Thom se mostraba amistoso con Domon, un punto a favor del illiano, pero aun así era el hombre de Egeanin hasta las cachas, dispuesto a respaldarla en todo, hasta en la aversión a Juilin, y Mat no confiaba más en él que en ella. Lo que significaba más bien poco. Egeanin y Domon tenían sus propias metas, y que Mat Cauthon conservara entero el pellejo no era un factor que incidiera en ellas. A decir verdad, dudaba que el hombre confiara realmente en él; claro que ninguno de ellos tenía elección en ese momento.

—Así la Fortuna me clave su aguijón —rezongó Domon al tiempo que se rascaba el hirsuto cabello que empezaba a crecerle sobre la oreja izquierda—. Sea lo que sea lo que te traes entre manos, quizá sea más de lo que puedes abarcar. Creo que ella es más dura de lo que imaginas.

—¿Egeanin? —preguntó, incrédulo, Mat. Miró en derredor rápidamente para ver si había alguien cerca que hubiese oído su desliz. Unos cuantos los miraban a Domon y a él al pasar a su lado, pero sólo por encima, sin interés. Luca no era el único ansioso por marcharse de una ciudad donde el flujo de público al espectáculo se había secado, y donde la noche alumbrada por los rayos que habían convertido en un infierno la bahía era un recuerdo fresco en la memoria. Todos habrían huido esa primera noche, dejándolo sin un sitio donde esconderse, de no ser porque Luca los convenció. El oro prometido hizo que Luca se mostrara muy persuasivo—. Sé que es más dura que unas botas viejas, Domon, pero las botas viejas no cuentan para mí. Esto no es un jodido barco, y no voy a dejarla que se ponga al mando y lo eche todo a perder.

Domon torció el gesto como si Mat fuera un majadero.

—Hablo de la chica, hombre. ¿Crees que tú estarías tan tranquilo si te hubiesen raptado en mitad de la noche? Sea lo que sea a lo que estés jugando, con esos disparates de que es tu esposa, ten cuidado o te afeitará la cabeza por los hombros.

—Sólo fue una patochada —rezongó Mat—. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? Perdí los nervios un momento. —Oh, y tanto que sí. Enterarse de quién era Tuon mientras forcejaba con ella habría puesto histérico a un maldito trolloc.

Domon gruñó con incredulidad. Bueno, no era precisamente la mejor excusa que se había inventado. No obstante, a excepción de Domon, todos los que lo habían oído balbucir habían aceptado su explicación. O creía que la habían aceptado, al menos. A Egeanin se le enredaría la lengua sólo de pensar en Tuon, pero habría tenido mucho que decir si hubiera creído que él había hablado en serio. Probablemente le habría hincado su cuchillo. El illiano escudriñó en la dirección por la que se había ido Egeanin y sacudió la cabeza.

—Trata de sujetar la lengua de ahora en adelante. A Eg... Leilwin casi le da un ataque cada vez que recuerda lo que dijiste. La he oído mascullar entre dientes, y puedes apostar a que la propia chica no se lo ha tomado mejor. Tú sigue «haciendo patochadas» con ella y puede que acabemos todos una cabeza más bajos. —Se pasó un dedo por la garganta muy expresivamente y luego se despidió con un seco cabeceo antes de meterse entre la gente en pos de Egeanin.

Mat lo siguió con la mirada y también sacudió la cabeza. ¿Tuon dura? Sí, era la Hija de las Nueve Lunas y todo eso, y había conseguido crisparle los nervios con una mirada, allá en el palacio de Tarasin, cuando creía que sólo era otra noble seanchan con la nariz bien empinada, pero eso sólo era porque no dejaba de aparecer cuando menos lo esperaba uno. Sólo por eso. ¿Dura? Pero si parecía una muñeca de porcelana negra. ¿Cómo iba a ser dura?

«Impediste a duras penas que te rompiera la nariz y puede que algo más», se recordó a sí mismo.

Había tenido mucho cuidado de no repetir lo que Domon llamaba «disparates», pero lo cierto era que iba a casarse con ella. La idea lo hizo suspirar. Lo tenía tan cierto como una profecía, que lo era, en cierto modo. No alcanzaba a comprender cómo podía producirse semejante matrimonio; parecía imposible, a la vista de las circunstancias, y no se echaría a llorar si resultaba ser así. Pero sabía que eso no ocurriría. ¿Por qué tenía que topar siempre con malditas mujeres que lo atacaban con cuchillos o intentaban descabezarlo de una patada? No era justo.

Intentó ir directamente al carromato donde tenían encerradas a Tuon y a Selucia, vigiladas por Setalle Anan; la posadera podía hacer que una piedra pareciera blanda a su lado. Total, una noble mimada y una doncella no podían causarle problemas, sobre todo teniendo a un Brazo Rojo de guardia en el exterior. Al menos, no se los habían dado hasta ahora, o Mat se habría enterado. A pesar de su propósito, se sorprendió

deambulando por las serpenteantes calles que se extendían por el recinto. En todas había mucho movimiento, tanto si eran anchas como si eran estrechas. Los hombres pasaban a toda prisa conduciendo por las riendas a caballos que retozaban y respingaban, demasiado tiempo sin haber hecho ejercicio. Otras personas desmontaban las tiendas y guardaban cosas en las carretas de almacenaje, o sacaban bultos envueltos en tela, arcones reforzados con latón y barriles y latas de todos los tamaños de los carromatos semejantes a casas que llevaban meses instalados allí, descargando parcialmente para poder empaquetarlo todo de nuevo para el viaje, todo ello al tiempo que se enganchaban los tiros. El barullo era constante: caballos relinchando, mujeres llamando a voces a los niños, niños chillando por juguetes perdidos o por el puro placer de gritar, hombres inquiriendo a voz en cuello quién tenía sus arneses o quién había tomado prestada alguna herramienta. Un grupo de acróbatas, mujeres esbeltas y musculosas que trabajaban en cuerdas colgadas de altos postes, habían rodeado a uno de los mozos de caballos y todos agitaban los brazos y hablaban a gritos y nadie escuchaba. Mat se paró un momento tratando de entender por qué discutían, pero finalmente decidió que ni siquiera ellas lo sabían. Dos hombres sin chaqueta rodaban por el suelo enzarzados en una pelea observados por la que seguramente era causa de la riña, una costurera esbelta de ojos ardientes llamada Jameine, pero Petro apareció y los apartó a la fuerza antes de que Mat tuviera tiempo de apostar al ganador.

No tenía miedo de volver a ver a Tuon. Por supuesto que no. No se había acercado a ella después de meterla en ese carromato para darle tiempo a que se calmara. Eso era todo. Sólo que... Tranquila, era lo que Domon había dicho de ella, y era verdad. Raptada en mitad de la noche, arrastrada fuera en plena tormenta por gente que podía degollarla, que ella supiera, y había sido, con mucho, la más serena de todos. ¡Luz, en vista de su actitud habríase dicho que lo había planeado ella misma! Entonces lo había hecho sentirse como si la punta de un cuchillo lo rozara entre los omóplatos, y ahora, al pensar en ella, volvía a sentir lo mismo. Y los dados seguían tintineando dentro de su cráneo.

«Esa mujer no va a proponer intercambiar votos en este momento», pensó, soltando una risita, pero incluso a él le sonó forzada. Con todo, no había motivo en absoluto para que tuviera miedo. Su actitud era de lógica precaución, no miedo.

El espectáculo podría igualar en tamaño a un pueblo nada pequeño, pero uno sólo podía deambular por él durante un tiempo antes de tener que volver sobre sus pasos. A no tardar —más bien demasiado pronto— se encontró mirando fijamente el carromato sin ventanas pintado en un desvaído púrpura y rodeado por carretas de almacenaje cubiertas con lonas, a la vista de la estacada de caballos situada más al sur. Las carretillas de estiércol no se habían vaciado esa mañana y el tufo era intenso. El viento también traía un penetrante hedor de las jaulas de animales más cercanas,

un olor a almizcle de los grandes felinos, de los osos y de la Luz sabía qué más. Más allá de las carretas de almacenaje y de las estacadas una sección del muro de lona cayó y otra empezó a sacudirse a medida que los hombres soltaban los vientos que sujetaban los postes. El sol, ahora medio oculto por unas nubes oscuras, había recorrido la mitad o más del arco hacia el mediodía, pero todavía era pronto.

Harnan y Metwyn, dos de los Brazos Rojos, habían enganchado ya el primer par de caballos a la vara del carromato púrpura y casi habían acabado de enganchar el segundo par. Soldados bien entrenados de la Compañía de la Mano Roja, estarían listos para ponerse en marcha mientras que la gente del espectáculo seguiría dilucidando hacia qué lado debían mirar los caballos. Mat había enseñado a la Compañía a moverse rápido cuando era preciso. Sus propios pies se arrastraban como si caminara hundido en barro.

Harnan, con aquel absurdo tatuaje de un halcón en la mejilla, fue el primero en verlo. El jefe de fila de prominente quijada siguió abrochando un tirante de la guarnición mientras intercambiaba una mirada con Metwyn, un cairhienino de rostro juvenil cuya apariencia desdecía su edad y su debilidad por las camorras de taberna. No tenían por qué parecer sorprendidos.

—¿Va todo bien? Quiero estar en camino pronto. —Se frotó las manos para entrar en calor y miró el carromato púrpura con inquietud. Tendría que haberle llevado un regalo, alguna joya o flores. Ambas cosas funcionaban con la mayoría de las mujeres.

—Bastante bien, milord —contestó Harnan en un tono cauteloso—. Ni gritos, ni chillidos, ni llantos. —También miró el carromato de soslayo, como si no diera crédito a sus propias palabras.

—El silencio me agrada —dijo Metwyn mientras ensartaba una de las riendas por un anillo del collar de un caballo—. Cuando una mujer se pone a llorar, lo único que se puede hacer es irse si uno valora su pellejo, y no podemos tirar a éstas a un lado del camino. —Pero también echó una ojeada al carromato y sacudió la cabeza con incredulidad.

A Mat no le quedaba más remedio que entrar, de modo que lo hizo. Sólo tuvo que hacer dos intentos, con una sonrisa petrificada en la cara, para animarse a subir el corto tramo de peldaños de madera pintada de la parte trasera del carromato. No tenía miedo, pero hasta un tonto entendería esa situación lo suficiente para estar nervioso.

A despecho de no tener ventanas, el interior del carromato estaba bien iluminado con cuatro lámparas de espejo encendidas que se alimentaban con buen aceite, por lo que no había olor a rancio. Claro que, con la peste de fuera, habría resultado difícil apreciarlo. Tenía que encontrar un sitio mejor para estacionarlo. Una pequeña estufa de ladrillo, con la puertecilla de hierro al igual que la parte superior para poder cocinar, hacía que el interior pareciera un horno en comparación con el exterior. No era un vehículo grande y cada centímetro de pared que podía aprovecharse estaba

cubierto con armarios o estanterías o perchas para colgar ropa, toallas y cosas por el estilo, pero la mesa abatible, sujeta con cuerdas, se hallaba recogida en el techo, de modo que las tres mujeres que lo ocupaban no estaban apiñadas.

No podían ser más distintas. La señora Anan, una regia mujer con pinceladas grises en el cabello, se encontraba sentada en una de las dos estrechas camas construidas contra las paredes y parecía centrada en el bastidor de bordar, sin que en absoluto diera la impresión de ser una guardiana. Un gran aro de oro adornaba cada una de sus orejas y su Cuchillo de Esponsales colgaba de un collar de plata ajustado al cuello con el mango de piedras rojas y blancas reposando en el inicio del busto, visible por el estrecho y profundo escote de su vestido ebudariano que tenía un lado de la falda recogido con puntadas para que se vieran las enaguas amarillas. Llevaba otro cuchillo, éste de hoja larga y curva, metido en el cinturón, pero eso era costumbre en Ebou Dar. Setalle se había negado a ponerse un disfraz, cosa que tampoco estaba mal. Nadie tenía motivos para perseguirla, y encontrar ropas para todos los demás ya había sido un buen problema. Selucia, una bonita mujer de tez cremosa, se había sentado en el suelo cruzada de piernas, entre las camas; un pañuelo oscuro le cubría la cabeza afeitada y en su rostro había una expresión huraña, aunque normalmente hacía gala de una dignidad suficiente para que la señora Anan pareciera frívola en comparación. Sus ojos eran tan azules como los de Egeanin y más penetrantes, y había organizado más jaleo que ésta a la hora de afeitarse el resto del cabello. No le gustaba el vestido azul ebudariano que le habían facilitado porque a su entender el profundo escote era indecente, pero la disfrazaba de un modo tan eficaz como si llevara máscara. Pocos hombres que vieran el impresionante busto de Selucia serían capaces de mantener los ojos mucho tiempo en su rostro. El propio Mat habría disfrutado de esa vista un instante o dos, pero estaba Tuon, sentada en la única banqueta que había en la carreta, con un libro encuadernado en cuero sobre el regazo, y le costó muchísimo mirar cualquier otra cosa. Su futura esposa. ¡Luz!

Tuon era menuda, no sólo baja, sino también casi tan delgada como un muchacho, y el vestido suelto de paño marrón, comprado a uno de los trabajadores del espectáculo, la hacía parecer una cría disfrazada con las ropas de su hermana mayor. En absoluto el tipo de mujer que le gustaba, sobre todo con sólo una sombra del negro pelo crecido de unos pocos días cubriéndole el cuero cabelludo. Sin embargo, si se pasaba eso por alto era bonita —de un modo discreto— con aquel rostro en forma de corazón y sus carnosos labios, y sus ojos grandes, cual oscuros estanques de serenidad. Esa absoluta calma casi lo ponía nervioso. Ni siquiera una Aes Sedai estaría serena en sus circunstancias. Los jodidos dados rodando en su cabeza no ayudaban precisamente a mejorar las cosas.

—Setalle me ha mantenido informada —dijo, arrastrando las palabras y en un tono frío mientras Mat cerraba la puerta. Mat había aprendido a notar diferencias en

el acento seanchan; el de Tuon hacía que el de Egeanin diera la impresión de que la mujer tenía la boca llena de papilla, pero todos poseían esa cualidad de arrastrar las palabras, esa pronunciación lenta—. Me contó la historia que te has inventado sobre mí, Juguete. —Tuon seguía insistiendo en llamarlo así, como hacía en el palacio de Tarasin. Entonces no le había importado. Bueno, no mucho.

—Me llamo Mat... —empezó.

Ni se dio cuenta de dónde salió la taza de loza que apareció en la mano de ella, pero se las ingenió para echarse al suelo a tiempo de que la taza se estrellara contra la puerta en lugar de hacerlo en su cabeza.

—¿Has dicho que soy una sirvienta, Juguete? —Si su tono había sido frío antes, ahora era como el más crudo invierno. Apenas alzó la voz, pero también sonó dura como el hielo. Su expresión habría hecho que un juez de la horca pareciera un tarambana—. ¿Una sirvienta ladrona? —El libro resbaló de su regazo cuando se puso de pie y se agachó a recoger el orinal blanco con tapa—. ¿Una sirvienta desleal?

—Necesitaremos eso —dijo Selucia con deferencia al tiempo que le quitaba el recipiente de las manos. Lo dejó a un lado con cuidado y se agachó a los pies de Tuon casi como si estuviera lista para arrojarse contra Mat ella misma, así de chusca resultaba la escena. Aunque no había mucho que pareciese chusco en ese momento.

La señora Anan alargó la mano hacia uno de los estantes que había sobre su cabeza y le tendió otra taza a Tuon.

—De éstas tenemos de sobra —murmuró.

Mat le asestó una mirada indignada, pero los ojos color avellana de la mujer chispearon divertidos. ¡Divertidos! ¡Se suponía que tenía que vigilar a esas dos! Un puño aporreó la puerta de entrada.

—¿Necesitáis ayuda ahí dentro? —inquirió Harnan con incertidumbre. Mat se preguntó a cuál de los dos se estaría dirigiendo.

—Todo está controlado —respondió Setalle mientras pasaba tranquilamente la aguja por la tela del bordado que el bastidor mantenía tensa. Viéndola habríase dicho que no había nada más importante que su labor—. Sigue con tu trabajo y no te entretengas. —No era ebudariana, pero desde luego había asimilado a fondo las costumbres del país. Tras un momento, se oyó el sonido de unas botas bajando los peldaños de fuera. Al parecer Harnan también había pasado demasiado tiempo en Ebou Dar.

Tuon giró la otra taza entre las manos como si examinara las flores que tenía pintadas, y sus labios esbozaron una sonrisa tan leve que podría haber sido incluso obra de la imaginación de Mat. Era muy bonita cuando sonreía, pero esa sonrisa había sido de las que indicaban que ella sabía cosas que él ignoraba. Acabaría saliéndole urticaria si seguía haciendo eso.

—No quiero que se me conozca como una sirvienta, Juguete.

—Me llamo Mat, no... eso otro —repuso mientras se ponía de pie y comprobaba la reacción de la cadera con cautela. Para su sorpresa, no le dolía más que antes de tirarse sobre el suelo de madera. Tuon enarcó una ceja y sopesó la taza en la mano—. No iba a decirle a la gente del espectáculo que había raptado a la Hija de las Nueve Lunas —añadió, exasperado.

—¡La Augusta Señora Tuon, palurdo! —dijo secamente Selucia—. ¡Lleva el velo!

¿El velo? Tuon había llevado uno en palacio, pero no desde entonces. La menuda muchacha gesticuló con deferencia, cual una reina dando su venia.

—No tiene importancia, Selucia. Todavía es ignorante. Tenemos que educarlo. Pero cambiarás esa historia, Juguete. No pienso ser una sirvienta.

—Es demasiado tarde para cambiar nada —dijo Mat, sin quitar ojo a aquella taza. Las manos de la chica parecían frágiles, con las largas uñas de antaño ahora cortadas, pero recordaba su gran rapidez—. Nadie os está pidiendo que seáis una sirvienta. —Luca y su esposa sabían la verdad, pero tenía que haber un motivo de cara a todos los demás para justificar que Tuon y Selucia estuvieran confinadas y vigiladas en la carreta. La solución perfecta había sido que se trataba de un par de criadas, a punto de ser despedidas por robo, que habían intentado delatar a su señora revelando la huida con su amante. En cualquier caso, a Mat le pareció el motivo perfecto. Para la gente del espectáculo fue otro detalle que daba más veracidad al idilio. Creyó que Egeanin iba a tragarse la lengua mientras él se lo explicaba a Luca. Quizás había sabido cómo se lo tomaría Tuon. Luz, ojalá se pararan los dados. ¿Cómo podía pensar un hombre con ese ruido en la cabeza?

—No podía dejaros allí para que dieseis la alarma —prosiguió pacientemente. Eso era verdad, por otra parte—. Sé que la señora Anan os lo ha explicado. —Pensó añadir que había dicho aquella tontería de que era su esposa por culpa de los nervios. ¡Debía de pensar que era un completo palurdo! Sin embargo, creyó mejor no volver a sacar a colación el tema. Si ella estaba dispuesta a pasarlo por alto, tanto mejor—. Sé que ya os ha dicho esto, pero os prometo que nadie os hará daño. No queremos un rescate, sólo escapar con la cabeza pegada al cuerpo. Tan pronto como se me ocurra un modo de enviaros de vuelta sana y salva, lo haré. Lo prometo. Hasta entonces trataré de que estéis lo más cómoda posible. Tendréis que aguantar lo otro.

En los oscuros ojos de Tuon pareció crepitar un destello abrasador, como un rayo en un cielo nocturno.

—Por lo visto voy a tener ocasión de comprobar qué valor tienen tus promesas, Juguete —fue sin embargo su respuesta.

A sus pies, Selucia siseó como un gato empapado y volvió a medias la cabeza, aparentemente para hacer una objeción, pero Tuon meneó la mano izquierda y la mujer de ojos azules enrojeció y guardó silencio. La Sangre usaba un lenguaje de

manos semejante al de las Doncellas para hablar con sus sirvientes de alto rango. Mat deseó entender esas señas.

—Contestadme una pregunta, Tuon —dijo.

Le pareció oír que Setalle murmuraba «necio», y Selucia tensó las mandíbulas en tanto que una expresión peligrosa irradiaba en los ojos de Tuon, pero si la chica se empeñaba en llamarlo Juguete, así la Luz lo consumiera si se dirigía a ella con algún título.

—¿Qué edad tenéis? —Había oído que sólo era unos años menor que él, pero al verla con aquel vestido le parecía imposible.

Para su sorpresa, el chispazo amenazante se convirtió en llamarada. No sólo un relámpago, esta vez. Tendría que haber caído frito, fulminado. Tuon echó los hombros hacia atrás y se irguió todo lo alta que era. Con lo que tal cosa implicaba, claro; Mat dudaba que llegara al metro y medio, sin ponerse de puntillas, por mucho que se estirara.

—Mi decimocuarto día del verdadero nombre será dentro de cinco meses —repuso en un tono que distaba mucho de ser frío. De hecho, habría calentado el carromato mejor que la estufa. Mat sintió alentar una esperanza durante un instante, pero ella no había acabado—. No, un momento. Vosotros conserváis vuestros nombres de nacimiento aquí, ¿verdad? Será mi vigésimo día onomástico. ¿Satisfecho, Juguete? ¿Tenías miedo de haber robado una... niña? —La última palabra sonó casi como un siseo.

Mat agitó las manos ante sí negando enérgicamente tal sugerencia. Cuando una mujer empezaba a sisear como un calentador de agua echando vapor, un hombre con dos dedos de frente hallaba el modo de sosegarla cuanto antes. La muchacha agarraba la taza con tanta fuerza que los tendones se le marcaban en el envés de la mano. Ahora que lo pensaba, no estaba seguro de que la primera vez hubiera puesto verdadero empeño en golpearlo. Tenía unas manos muy rápidas.

—Sólo quería saberlo, eso es todo —se apresuró a explicar—. Tenía curiosidad, no era más que un tema de conversación. Yo soy sólo algo mayor. —Veinte. Adiós a la idea de que Tuon fuera demasiado joven para casarse hasta dentro de tres o cuatro años. Cualquier cosa que se interpusiera entre él y el día de su boda habría sido bienvenida.

Tuon estudió su rostro con desconfianza, la cabeza ligeramente ladeada; luego echó la taza en la cama, junto a la señora Anan, y volvió a sentarse en la banqueta poniendo tanto esmero en arreglar la amplia falda de paño como si fuera un vestido de seda. Sin embargo siguió examinándolo tras las largas pestañas.

—¿Dónde está tu anillo? —demandó.

En un gesto inconsciente, Mat se tocó el dedo de la mano izquierda, donde normalmente lucía el anillo.

—No lo llevo puesto siempre. —No habida cuenta de que todo el mundo en el palacio de Tarasin sabía que lo llevaba. Además, habría llamado la atención con su actual atuendo desaliñado. En cualquier caso, no era su sello, sólo una pieza resultado del ensayo de un tallador. Curioso el hecho de que sintiera la mano mucho más ligera sin él. Demasiado. Curioso también el hecho de que ella lo mencionara. Bueno, ¿y qué si lo hacía? Luz, esos dados hacían que se asustara con una sombra y que brincara sobresaltado con un suspiro. O quizá la causa era ella; una idea inquietante.

Se dirigió hacia la cama vacía para sentarse, pero Selucia se lanzó sobre ella tan rápidamente que habría sido la envidia de cualquiera de los acróbatas y se puso extendida y con las manos debajo de la cabeza. El movimiento hizo que el pañuelo se le torciera, pero la mujer lo enderezó enseguida, todo ello sin apartar los ojos de él, fría y orgullosa como una reina. Mat miró hacia la otra cama, y la señora Anan soltó el bastidor del bordado a un lado el tiempo suficiente para alisarse ostentosamente la falda y dejarle claro que no tenía intención de compartir ni un centímetro de colchón. Condenada mujer, ¡se comportaba como si estuviese protegiendo a Tuon de él! Las mujeres parecían unir fuerzas siempre sin darle una oportunidad a un hombre. Bueno, hasta ahora se las había ingeniado para impedir que Egeanin se pusiera al mando, ¡y no estaba dispuesto a dejarse intimidar por Setalle Anan o una doncella pechugona o la poderosa Augusta Señora Hija de las Nueve jodidas Lunas! Sólo que no podía ponerse a darles empujones para hacerse un hueco donde sentarse.

Apoyado en un armario con cajones situado al pie de la cama en la que se sentaba la señora Anan, intentó pensar qué decir. Nunca tenía problemas para saber qué decirle a una mujer, pero el sonido ensordecedor de los dados le tenía aturullado el cerebro. Las tres mujeres le dedicaron miradas desaprobadoras —¡prácticamente podía oírles decir que se pusiera derecho!—, así que sonrió. A muchas mujeres les resultaba encantadora esa sonrisa. Tuon soltó un largo soplido que no sonó encantado ni por asomo.

—¿Recuerdas el rostro de Hawkwing, Juguete? —preguntó.

La señora Anan parpadeó sorprendida, y Selucia se incorporó hasta ponerse sentada en la cama, ceñuda... ¡con él! ¿Por qué ese ceño a él? Tuon siguió mirándolo, con las manos enlazadas en el regazo, tan fría y serena como una Zahorí el Día Solar.

A Mat se le quedó petrificada la sonrisa. Luz, ¿cómo sabía ella eso? ¿Cómo podía saber nada de eso? *Yacía bajo el sol ardiente, apretándose el costado con las dos manos en un intento de impedir que la vida se le escapara por la herida y preguntándose si merecía la pena el esfuerzo. Aldeshar estaba acabada tras la batalla de ese día. Una sombra ocultó el sol un instante y entonces un hombre alto, con armadura, se agachó junto a él sujetando el yelmo bajo el brazo, los oscuros ojos hundidos enmarcando una nariz aguileña. «Combatiste bien contra mí hoy, Culain, y muchos otros días antes —dijo aquella voz memorable—. ¿Vivirás en paz*

conmigo?» Con su último aliento, se rió en la cara de Artur Hawkwing. Odiaba evocar morirse. Otra docena de choques pasaron veloces por su mente, recuerdos antiguos que ahora eran suyos. Artur Paendrag no había sido un hombre con el que resultara fácil llevarse bien ni siquiera antes de que empezaran las guerras.

Inhaló hondo y escogió las palabras con sumo cuidado. No era el momento de ponerse a soltar peroratas en la Antigua Lengua.

—¡Pues claro que no! —mintió. Las mujeres despachaban sin rodeos al hombre que no fuera capaz de mentir con convicción—. ¡Luz, Hawkwing murió hace mil años! ¿Qué tipo de pregunta es ésa?

La muchacha abrió lentamente la boca y por un instante Mat tuvo la certeza de que iba a responderle con otra pregunta.

—Una pregunta tonta, Juguete —contestó finalmente, sin embargo—. No sé por qué se me vino a la cabeza.

La tensión en los hombros de Mat se aflojó una poco. Por supuesto. Era *ta'veren*. La gente hacía y decía cosas estando él que no haría ni diría en otras circunstancias. Cosas relativamente absurdas. Con todo, algo así podía resultar tremendamente molesto cuando a uno le tocaba muy de cerca.

—Me llamo Mat. Mat Cauthon. —Para el caso que le hizo, podría haberse ahorrado la saliva.

—Ignoro lo que haré después de regresar a Ebou Dar, Juguete. No lo he decidido. Quizá te haga *da'covale*. No eres lo bastante guapo para servir de escanciador, pero tal vez me agrade tenerte como tal. Empero, acabas de prestar ciertas promesas y ahora tengo a bien hacer una yo. Mientras cumplas lo que has dicho, no intentaré escapar ni traicionarte de ningún modo ni causaré disensión entre tus seguidores. Creo que eso cubre todo lo necesario.

La señora Anan la miró boquiabierta y Selucia hizo un ruido gutural, pero Tuon no pareció advertir la reacción de las dos mujeres. Lo miraba expectante, esperando una respuesta.

Mat también hizo un ruido gutural. No un sollozo, sólo un sonido. El semblante de Tuon era tan imperturbable como una severa máscara de cristal oscuro. ¡Su calma era demencial, pero esto último hacía que un chiflado pareciese cuerdo! Tendría que estar loca si pensaba que creería esa oferta. Pero el caso es que creía que hablaba en serio. O era sincera o era una mentirosa mejor de lo que él jamás había esperado ser. De nuevo tuvo esa sensación inquietante de que la chica sabía cosas que él ignoraba. Ridículo, por supuesto, pero la sensación estaba ahí. Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Un gran nudo.

—Bueno, eso os compromete a vos —dijo para ganar tiempo—, pero ¿y Selucia? —¿Tiempo para qué? Era incapaz de pensar con aquellos dados repicando contra su cráneo.

—Selucia obedece mis deseos, Juguete —repuso Tuon con impaciencia. La mujer de ojos azules se puso erguida y lo miró como si la indignara que hubiese puesto en duda tal cosa. Para ser la doncella de una noble podía mostrarse muy feroz cuando se lo proponía.

Mat no sabía qué hacer ni qué decir. Sin pensarlo, se escupió en la palma y le ofreció la mano como si sellara un trato por un caballo.

—Vuestras costumbres son... primitivas —dijo Tuon en tono seco, pero se escupió en la palma y le estrechó la mano—. «Así queda escrito el trato; así se cierra el acuerdo.» ¿Qué significa esa frase de tu lanza, Juguete?

Entonces sí gimoteó y no porque la chica hubiese leído la inscripción en la Antigua Lengua de su *ashandarei*. Hasta una jodida piedra habría gimoteado. Los dados se habían parado en el mismo instante en que le tocó la mano. Luz, ¿qué había pasado?

Unos nudillos tocaron en la puerta y tenía los nervios tan de punta que se movió sin pensar, girando sobre los talones al tiempo que aparecía un cuchillo en cada una de sus manos, listo para arrojarlos a quienquiera que entrara.

—Poneos detrás de mí —espetó.

La puerta se abrió y Thom asomó la cabeza. Llevaba puesta la capucha y Mat reparó en que fuera llovía. Entre Tuon y los dados no había oído el sonido de la lluvia repicando en el techo de la carreta.

—Espero no haber interrumpido nada —dijo Thom mientras se atusaba el blanco bigote con los nudillos.

Mat notó que la cara le ardía. Setalle se había quedado paralizada con la aguja de bordar, enhebrada con hilo azul, suspendida en el aire, sin clavarla en la tela, y sus cejas parecían querer subir hasta el nacimiento del pelo. Al borde de la otra cama, tensa, Selucia observó con considerable interés cómo deslizaba los cuchillos bajo las mangas de nuevo. Mat nunca habría imaginado que era de esas a las que les gustaban los hombres peligrosos. La clase de mujeres que merecía la pena evitar; solían encontrar el modo de hacer que un hombre fuera peligroso. No volvió la vista hacia Tuon. Probablemente lo estaba mirando como si se hubiese puesto a hacer cabriolas, como Luca. Sólo porque no quisiera casarse no significaba que quisiera que su futura esposa lo creyera idiota.

—¿Qué has descubierto, Thom? —preguntó bruscamente. Algo había ocurrido, o los dados no se habrían parado. Tuvo una idea que hizo que se le pusiera el pelo de punta. Era la segunda vez que se habían parado en presencia de Tuon. La tercera, contando la de las puertas de salida de Ebou Dar. Tres malditas veces, y todas unidas a ella.

Renqueando ligeramente, el hombre de cabello blanco acabó de pasar mientras se retiraba la capucha y cerró la puerta a su espalda. La cojera era secuela de una vieja

herida, no de ningún problema en la ciudad. Alto, delgado y de piel curtida, con penetrantes ojos azules y bigote níveo que le llegaba más abajo de la barbilla, se diría que llamaría la atención dondequiera que fuese, pero tenía práctica en pasar inadvertido a simple vista, y su chaqueta de un color bronce oscuro y capa de paño marrón eran apropiadas para un hombre con algo de dinero para gastar pero no demasiado.

—En las calles abundan los rumores sobre ella —dijo, indicando con la cabeza a Tuon—, pero nada sobre su desaparición. Invité a tomar unos tragos a unos cuantos oficiales seanchan, y al parecer creen que está cómodamente en el palacio de Tarasin o que ha salido en un viaje de inspección. No noté que estuvieran ocultando nada, Mat. No lo saben.

—¿Esperabas un comunicado público, Juguete? —inquirió con incredulidad la chica—. Tal como están las cosas, es posible que Suroth esté considerando quitarse la vida por la vergüenza. ¿Esperas que propague un augurio tan malo para el Retorno para que todo el mundo se entere, además?

De modo que Egeanin tenía razón. Todavía le parecía imposible. Y, comparándolo con que los dados se hubiesen parado, no parecía importante en absoluto. ¿Qué era lo que había pasado? Sólo se habían estrechado la mano, nada más. Chocar las manos y hacer un trato. Se proponía cumplir su parte, pero ¿qué le habían dicho los dados? ¿Que ella cumpliría la suya? ¿O que no? A saber si las nobles seanchan tenían la costumbre de casarse con... ¿Qué había dicho que iba a hacerlo? Escanciador. Quizá se casaban con escanciadores todo el tiempo.

—Hay algo más, Mat —continuó Thom, que miraba pensativo a Tuon y con un asomo de sorpresa.

A Mat se le ocurrió de repente que a la chica no parecía preocuparle mucho que Suroth pudiera suicidarse. Quizás era tan dura como creía Domon. ¿Qué habían intentado decirle los malditos dados? Eso era lo importante. Entonces Thom prosiguió, y Mat olvidó lo dura que podría ser Tuon e incluso los dados.

—Tylin ha muerto. Lo guardan en secreto por miedo a que estallen disturbios, pero uno de los guardias de palacio, un joven teniente que no aguantaba bien el brandy, me contó que planean la celebración de su funeral y la coronación de Beslan para el mismo día.

—¿Cómo? —demandó Mat. Tylin era mayor que él, ¡pero no tanto! La coronación de Beslan. ¡Luz! ¿Cómo iba Beslan a tragar con eso si odiaba a los seanchan? Había sido suyo el plan de incendiar los suministros de la calzada de la Bahía. Habría intentado un levantamiento si Mat no lo hubiese convencido de que sólo tendría como resultado una masacre, y no de seanchan.

Thom vaciló y se atusó el bigote con el pulgar. Finalmente suspiró.

—La encontraron en su dormitorio a la mañana siguiente de marcharnos, Mat,

todavía atada de pies y manos. Le habían... Le habían arrancado la cabeza.

Mat no se dio cuenta de que las rodillas le habían fallado hasta que se encontró sentado en el suelo; la cabeza le daba vueltas. Todavía le parecía escucharla: «Acabarás sin cabeza si no tienes cuidado, lechoncito, y eso no me gustaría». Setalle se inclinó en la estrecha cama para apretarle la mejilla con la mano en un gesto de conmiseración.

—¿Las Detectoras de Vientos? —dijo con una voz que le sonaba hueca. No tenía que añadir más.

—Según lo que me contó ese teniente, los seanchan han echado la culpa a las Aes Sedai. Porque Tylin había prestado los juramentos seanchan. Eso será lo que anuncien en la ceremonia de su funeral.

—Tylin murió la misma noche que escaparon las Detectoras de Vientos, ¿y los seanchan creen que las Aes Sedai las mataron? —No imaginaba muerta a Tylin. «Voy a tomarte de cena, pichoncito»—. Eso no tiene sentido, Thom.

El antiguo juglar vaciló y frunció el entrecejo al reflexionar.

—En parte podría ser una maniobra política, Mat. Ese teniente dijo que estaban seguros de que las Detectoras de Vientos huían demasiado deprisa para entretenerse y desviarse de su camino, y la ruta más corta para salir de palacio desde las casetas de las *damane* no pasa cerca de los aposentos de Tylin.

Mat gruñó. Estaba seguro de que no era así. Y, aunque lo fuera, tampoco podía hacer nada al respecto.

—Las *marath'*damane tenían motivos para matar a Tylin —intervino de improviso Selucia—. Debían de temer que otros siguieran su ejemplo. ¿Qué razón tenían las *damane* a las que te has referido? Ninguno. La mano de la justicia requiere motivo y pruebas, incluso para *damane* y *da'covale*. —Hablaba como si estuviese leyendo algo escrito en un papel. Y atisbaba de reojo a Tuon.

Mat también la miró, pero si la diminuta mujer había utilizado las manos para indicar a Selucia lo que tenía que decir, ahora descansaban sobre su regazo. Lo estaba observando con una expresión neutral.

—¿Tan profundo era el afecto que sentías por Tylin? —inquirió en un tono circunspecto.

—Sí. No. ¡Maldita sea, la apreciaba! —Se volvió mientras se pasaba los dedos por el cabello, quitándose la gorra. Nunca se había alegrado tanto de librarse de una mujer, ¡pero esto...!—. Y la dejé atada y amordazada para que no pudiera pedir socorro, una presa fácil para el *gholam* —añadió amargamente—. Me buscaba a mí. No sacudas la cabeza, Thom. Lo sabes tan bien como yo.

—¿Qué es un... *gholam*? —preguntó Tuon.

—Un Engendro de la Sombra, milady —respondió Thom. Tenía fruncido el entrecejo por la preocupación. No era de los que se preocupan fácilmente, pero a

cualquiera salvo un idiota le preocuparía un *gholam*—. Parece un hombre, pero puede deslizarse por un pequeño agujero o por debajo de una puerta, y es lo bastante fuerte para... —Carraspeó—. Bien, basta de eso. Mat, aunque hubiese habido cien guardias a su alrededor no habrían podido detener a esa cosa.

No habría necesitado cien guardias si no hubiese mantenido una relación con Mat Cauthon.

—Un *gholam* —murmuró Tuon, torciendo el gesto. De repente golpeó fuertemente a Mat en la cabeza con los nudillos. Él se llevó la mano a la cabeza y se volvió hacia la muchacha mirándola incrédulo—. Me alegra que muestres lealtad hacia Tylin, Juguete —le dijo con voz severa—, pero no te consentiré supersticiones. No lo permitiré. Eso no rinde honor a Tylin.

¡Por la Luz bendita, la muerte de Tylin parecía preocuparla tan poco como la posibilidad de que Suroth cometiera suicidio! ¿Con qué clase de mujer iba a casarse?

Cuando un puño volvió a llamar a la puerta, ni siquiera se molestó en levantarse. Se sentía embotado por dentro y en carne viva por fuera. Blaeric entró en la carreta sin pedir permiso, con la oscura capa marrón chorreando agua. Era una prenda vieja, raída en algunas partes, pero no parecía importarle si la lluvia se colaba por ellas. El Guardián hizo caso omiso de todos excepto de Mat, o casi de todos. ¡De hecho observó un momento el busto de Selucia!

—Joline quiere verte, Cauthon —dijo, todavía mirando a la mujer. ¡Luz! Era lo único que faltaba para que fuese un día perfecto.

—¿Quién es Joline? —demandó Tuon.

—Dile que iré en cuanto estemos en camino, Blaeric —contestó sin hacer caso de la muchacha. ¡Pues sólo le faltaba tener que escuchar ahora más quejas de Aes Sedai!

—Quiere verte ahora, Cauthon.

Con un suspiro, Mat se puso de pie y recogió la gorra tirada en el suelo. Blaeric parecía dispuesto a sacarlo a rastras, en caso contrario. En su actual estado de ánimo, se creyó capaz de clavarle un cuchillo en las costillas al hombre si lo intentaba. Y acabar con el cuello roto como pago a todas sus molestias, porque un Guardián no se dejaba acuchillar así como así. Estaba bastante seguro de que ya había muerto la vez que se le había concedido, y no en uno de sus viejos recuerdos. Lo bastante seguro para no correr riesgos que podía evitar.

—¿Quién es Joline, Juguete? —Si no hubiera sabido a qué atenerse, habría pensado que Tuon estaba celosa.

—Una puñetera Aes Sedai —rezongó mientras se calaba la gorra, y recibió una pequeña alegría ese día cuando Tuon se quedó boquiabierta por la impresión.

Salió y cerró la puerta a sus espaldas antes de que recobrara el habla. Una mínima alegría. Una mariposa en un gran montón de mierda. Tylin muerta, y aún se podía cargar esa muerte a las Detectoras de Vientos, dijese lo que dijese Thom. Y además lo

de Tuon y los jodidos dados. Una mariposa muy pequeña en un inmenso montón de estiércol.

El cielo estaba cubierto ahora de oscuros nubarrones y la lluvia era constante. Un ensopabobos, como dirían en casa. Empezó por mojarle el pelo, a pesar de la gorra, y se filtró a través de la chaqueta nada más salir fuera. Blaeric no parecía notarlo; ni siquiera se sujetó la capa. Lo único que Mat podía hacer era encorvar los hombros y chapotear en los charcos cada vez más grandes que había en las calles de tierra. Para cuando llegara a su carreta para coger una capa ya estaría calado de todos modos. Además, el tiempo era acorde con su ánimo.

Para su sorpresa, a pesar de la lluvia se había trabajado mucho en el corto tiempo que había pasado dentro. El muro de lona había desaparecido en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista, y también faltaba la mitad de las carretas de almacenaje que antes rodeaban a la de Tuon. Otro tanto ocurría con los animales que habían estado sujetos en las estacadas. Una gran jaula de barrotes de hierro, en la que iba un león de negra melena, pasó traqueteando hacia la calzada tirada por un tronco que avanzaba a paso lento y pesado, los caballos tan indiferentes al felino aparentemente dormido que llevaban detrás como a la lluvia. También algunos artistas se dirigían hacia la calzada, aunque cómo habían determinado el orden de marcha era un misterio. La mayoría de las tiendas habían desaparecido; en un sitio faltaban tres carromatos seguidos, y en otro, uno de cada dos, mientras que en otra parte los vehículos que esperaban seguían formando una sólida masa. Lo único que probaba que las gentes del espectáculo no estaban desperdigándose era el propio Luca, que, protegido con una capa roja, recorría una calle y se detenía de vez en cuando para palmear el hombro a un hombre o murmurar algo a una mujer que la hacía reír. Si el espectáculo se hubiera deshecho, Luca habría salido en persecución de los que intentaran marcharse. Mantenía el espectáculo unido más por persuasión que por cualquier otra cosa, y nunca dejaba que nadie se fuera sin intentar convencerlo hablando hasta quedarse afónico. Mat sabía que debería sentirse bien de ver a Luca por allí todavía, aunque nunca se le había ocurrido que el hombre huyera con el oro, pero en ese momento dudaba que nada pudiera cambiar su estado entumecido y la sensación de rabia.

El carromato al que lo condujo Blaeric era casi tan grande como el de Luca, pero en vez de pintura tenía encalado. El blanco se había desvaído y corrido en chorretones hacía tiempo, y la lluvia lo iba destiñendo un poco más hacia un tono gris allí donde la madera no estaba ya pelada del todo. La carreta pertenecía a una compañía de payasos, cuatro hombres taciturnos que se pintaban las caras para hacer su número, se empapaban de agua unos a otros y se golpeaban con vejigas de cerdo infladas; aparte de eso, el resto del tiempo lo pasaban gastando dinero ingiriendo tanto vino como podían pagar. Con lo que Mat había pagado de alquiler quizás

estuvieran borrachos durante meses, y le había costado aún más conseguir que alguien los alojara.

Cuatro caballos hirsutos y de aspecto anodino ya estaban enganchados al carromato y Fen Mizar, el otro Guardián de Joline, se encontraba en el asiento del conductor envuelto en una capa gris y asidas las riendas. Sus ojos rasgados observaron a Mat del modo que lo haría un lobo a un insolente perro callejero. A los Guardianes no les había gustado el plan de Mat desde el principio, convencidos de que habrían podido poner a salvo a las hermanas una vez que hubieran dejado atrás las murallas de la ciudad. Quizá lo habrían hecho, pero los seanchan buscaban con tenaz empeño mujeres que encauzaban —al parecer, se había registrado el recinto del espectáculo en cuatro ocasiones en los días de la caída de Ebou Dar—, y sólo habría bastado un desliz para que todos acabaran en la cazuela. Por lo que contaban Egeanin y Domon, los Buscadores eran capaces de hacer que una piedra contara todo lo que había visto. Por suerte, no todas las hermanas se mostraban tan convencidas como los Guardianes de Joline. Las Aes Sedai tendían a ponerse nerviosas cuando no estaban de acuerdo sobre qué hacer.

Cuando Mat llegó a los escalones de la parte trasera del carromato, Blaeric lo paró plantándole la mano en el pecho. El rostro del Guardián parecía una talla, tan indiferente a la lluvia que le resbalaba por las mejillas como si fuera un trozo de madera.

—Fen y yo te agradecemos que la hayas sacado de la ciudad, Cauthon, pero esto no puede continuar. Las hermanas están apiñadas, compartiendo la carreta con esas otras mujeres, y no se llevan bien. Va a haber problemas si no encontramos otra carreta.

—¿Era eso de lo que quería hablarme? —inquirió Mat enfadado mientras se levantaba el cuello de la chaqueta y se lo ajustaba, aunque no sirvió de mucho. Tenía empapada la espalda, y por delante no estaba mucho mejor. Si Joline lo había hecho llamar para gimotear de nuevo sobre el alojamiento...

—Ya te dirá ella de qué se trata, Cauthon. Pero recuerda lo que te he comentado.

Rezongando entre dientes, Mat subió los peldaños manchados de barro y entró cerrando a su espalda no de un portazo, pero casi.

El carromato estaba distribuido más o menos como el que ocupaba Tuon, aunque con cuatro camas, dos de ellas recogidas contra la pared por encima de las otras dos. No tenía ni idea de cómo se las arreglaban las mujeres para dormir, pero suponía que no era de un modo pacífico. El ambiente dentro de la carreta casi chisporroteaba como grasa sobre una plancha caliente. En cada una de las dos camas inferiores había tres mujeres sentadas, cada cual observando a las que se encontraban enfrente o haciendo caso omiso de ellas. Joline, que nunca había estado retenida como *damane,* se comportaba como si las tres *sul'dam* no existieran. Enfrascada en la lectura de un

pequeño libro encuadernado en madera, era la viva imagen de una Aes Sedai y de la arrogancia a pesar del vestido azul bastante desgastado, cuya última propietaria había sido una mujer que enseñaba trucos a los leones. Las otras dos hermanas, en cambio, sabían personalmente lo que era ser *damane*. Edesina observaba recelosamente a las tres *sul'dam*, con una mano cerca del cuchillo del cinturón, en tanto que los ojos de Teslyn no dejaban de moverse y miraban cualquier cosa excepto a las *sul'dam* mientras sus manos crispadas apuñaban la oscura falda de paño. Mat no sabía cómo había coaccionado Egeanin a esas tres mujeres para que ayudaran a escapar a unas *damane*; pero, aunque debían de estar persiguiéndolas al igual que a Egeanin, no habían cambiado su actitud hacia las mujeres que encauzaban. Bethamin, alta y de tez tan oscura como Tuon, con un vestido ebudariano de escote muy profundo y falda cosida a un lado por encima de la rodilla para dejar a la vista unas enaguas de un tono rojo desvaído, parecía una madre esperando el inevitable mal comportamiento de los hijos, en tanto que la rubia Seta, con un vestido gris de cuello alto que la cubría completamente, daba la impresión de estar estudiando unos perros peligrosos a los que habría que enjaular antes o después. Renna, la que había hablado de cortar manos y pies, también fingía estar leyendo, pero cada dos por tres sus ojos castaños, engañosamente afables, se alzaban del fino volumen para observar a las Aes Sedai, y, cuando lo hacían, sonreía de un modo desagradable. A Mat ya le entraron ganas de maldecir antes incluso de que ninguna de las mujeres hubiese abierto la boca. Un hombre prudente se mantenía alejado cuando había mujeres enfrentadas, sobre todo si entre ellas había Aes Sedai, pero siempre que iba a esa carreta pasaba lo mismo.

—Más vale que sea importante, Joline. —Se desabrochó la chaqueta e intentó sacudir algo de agua de la prenda. Pensó que lo mejor sería retorcerla—. Acabo de enterarme de que el *gholam* mató a Tylin la noche que nos marchamos y no estoy de humor para oír quejas.

Joline señaló la hoja con un marcador bordado y cerró el libro antes de hablar. Las Aes Sedai nunca se apresuraban; simplemente esperaban que los demás se dieran prisa. Sin él, seguramente también llevaría puesto el *a'dam* a estas alturas, pero tampoco conocía ninguna Aes Sedai que destacara por ser agradecida. Joline pasó por alto lo que había dicho sobre Tylin.

—Blaeric me ha informado que el espectáculo ya se ha puesto en marcha —empezó fríamente—, pero tienes que pararlo. Luca sólo te hará caso a ti. —Sus labios se apretaron levemente al decir esto último. Las Aes Sedai no estaban acostumbradas a que no les hicieran caso, y las Verdes no eran muy buenas disimulando su desagrado—. Hemos de abandonar la idea de Lugard de momento. Tenemos que coger el transbordador que cruza la bahía y dirigirnos a Illian.

De todas, ésa era la peor sugerencia que le había hecho, aunque no lo decía como sugerencia, por supuesto; era peor que Egeanin en ese aspecto. Con la mitad del

espectáculo ya en la calzada, o casi, llevaría todo el día simplemente conducir a todo el mundo hasta el embarcadero del transbordador, además de que habría que entrar en la ciudad. Dirigirse a Lugard conducía al espectáculo lejos de los seanchan lo antes posible, mientras que tenían soldados acampados a lo largo de toda la frontera con Illian y quizá más allá. Egeanin era reacia a contar lo que sabía, pero Thom tenía sus propios medios para enterarse de esas cosas. No obstante, Mat no se molestó en sonreír enseñando los dientes. No tuvo necesidad.

—No —dijo Teslyn en voz tensa, haciéndose evidente su acento illiano. Inclinada por detrás de Edesina, el gesto duro y firme de la mandíbula le daba el aire de quien mastica piedras las tres comidas del día, pero había un atisbo de nerviosismo en sus ojos, producto de las semanas pasadas como *damane*—. No, Joline. Te lo he dicho. ¡No correremos ese riesgo! ¡No podemos!

—¡Luz! —espetó Joline, que tiró el libro al suelo con fuerza—. ¡Contrólate, Teslyn! ¡Sólo porque te hayan tenido prisionera un poco de tiempo no es razón para que te desmorones!

—¿Desmoronarme? ¿Desmoronarme? ¡Que te pongan el collar a ti y después hablaremos! —Teslyn se llevó la mano al cuello como si todavía sintiese el roce del *a'dam*—. Ayúdame a convencerla, Edesina. ¡Conseguirá que nos encadenen otra vez si la dejamos!

Edesina se recostó en la pared que había detrás de la cama; era una mujer delgada y atractiva, con el negro cabello largo hasta la cintura, y siempre guardaba silencio cuando la Roja y la Verde discutían, como hacían tan a menudo. Pero Joline ni siquiera la miró.

—¿Pides ayuda a una rebelde, Teslyn? ¡Tendríamos que haberla dejado con los seanchan! Escúchame. Puedes sentirlo tan bien como yo. ¿De verdad aceptarías correr un riesgo mayor por evitar otro menor?

—¡Menor! —bramó Teslyn—. ¡Tú no sabes nada de...!

Renna sostuvo el libro con el brazo extendido y lo dejó caer al suelo con un fuerte golpe.

—Si milord nos disculpa un rato, todavía tenemos nuestros *a'dam* y a no tardar podemos enseñar a estas chicas a comportarse bien de nuevo. —Su acento tenía una cualidad musical, pero la sonrisa de sus labios no se reflejó en sus ojos—. Nunca funciona dejarlas haraganear así.

Seta asintió severamente y se puso de pie como si fuera a coger las correas.

—Creo que hemos terminado con los *a'dam* —intervino Bethamin, pasando por alto las miradas escandalizadas de las otras dos *sul'dam*—, pero hay otros medios para tranquilizar a estas chicas. ¿Puedo sugerir a milord que vuelva dentro de una hora? Os dirán lo que queráis saber sin que se peleen, una vez que puedan volver a sentarse.

Hablaba como si realmente lo dijera en serio. Joline miraba fijamente a las tres *sul'dam* con indignada incredulidad, pero Edesina se había sentado derecha y asía el cuchillo del cinturón con expresión decidida, en tanto que Teslyn era la que ahora se había encogido, echándose hacia atrás contra la pared, con las manos apretadas sobre la cintura.

—No será necesario —contestó Mat al cabo de un momento. Sólo un momento. Por muy satisfactorio que resultara hacer que «tranquilizaran» a Joline, Edesina podría desenvainar su cuchillo y eso sería levantar un revuelo, ocurriera lo que ocurriese—. ¿De qué peligro mayor hablas, Joline? ¿Qué peligro es mayor ahora mismo que los seanchan? ¡Joline!

La Verde llegó a la conclusión de que su mirada intensa no impresionaba en absoluto a Bethamin y entonces la volvió hacia Mat. Si no hubiera sido una Aes Sedai, Mat habría dicho que estaba enfurruñada. A Joline no le gustaba explicarse.

—Si te empeñas en saberlo, alguien está encauzando. —Teslyn y Edesina asintieron con la cabeza, la hermana Roja de forma reacia, y la Amarilla con énfasis.

—¿En el campamento? —preguntó Mat, alarmado. Su mano derecha se movió por voluntad propia para apretar la plateada cabeza de zorro que colgaba debajo de su camisa, pero el medallón no se había puesto frío.

—Lejos —respondió Joline, todavía de mala gana—. Hacia el norte.

—Mucho más lejos de lo que ninguna de nosotras debería poder percibir un encauzamiento —añadió Edesina con un dejo de temor en la voz—. La cantidad de *Saidar* que se está manejando tiene que ser inmensa, inconcebible.

Enmudeció ante la dura mirada de Joline, que se volvió para observar a Mat como si decidiera cuánto tenía que contarle.

—A esa distancia —continuó—, no podría percibir ni a todas las hermanas de la Torre encauzando. Tienen que ser los Renegados, y sea lo que sea que estén haciendo no queremos encontrarnos más cerca de lo imprescindible.

Mat guardó silencio un momento; luego, finalmente, dijo:

—Si es lejos, entonces seguimos adelante con el plan.

Joline se puso de nuevo a discutir, pero Mat no se molestó en escuchar. Cada vez que pensaba en Rand o en Perrin surgía un remolino de colores en su cabeza. Suponía que era parte de ser *ta'veren*. Esta vez no había pensado en ninguno de sus amigos, pero los colores surgieron de repente, un abanico de un millar de arcos iris. Esta vez, casi habían formado una imagen, una vaga vislumbre de lo que podían ser un hombre y una mujer sentados en el suelo, mirándose el uno al otro. Desapareció al instante, pero lo supo tan certeramente como su propio nombre: no eran los Renegados. Era Rand. Y no pudo evitar preguntarse qué habría estado haciendo Rand cuando los dados se habían detenido.

4. La historia de una muñeca

Furyk Karede estaba sentado ante su escritorio mirando sin ver los papeles y mapas extendidos delante de él. Las dos lámparas de aceite se encontraban encendidas sobre el escritorio, aunque ya no las necesitaba. El sol debía de estar asomando por el horizonte, pero desde que había despertado de un sueño irregular y recitado sus devociones a la emperatriz, ojalá viviera para siempre, sólo se había puesto la bata del oscuro color verde imperial que algunos se empeñaban en llamar negro, y se había sentado allí sin moverse desde entonces. Ni siquiera se había afeitado. Había dejado de llover, y consideró la idea de decirle a su sirviente Ajimbura que abriera una ventana para que entrara un poco de aire fresco en su habitación de La Mujer Errante. El aire fresco quizá le aclarara las ideas. Pero en los últimos cinco días había habido períodos de calma que terminaban con repentinos aguaceros, y su cama se encontraba entre las ventanas. Ya habían tenido que tender una vez el colchón y las sábanas en la cocina para que se secaran.

Un apagado chillido y un gruñido de agrado de Ajimbura le hicieron levantar la vista; el menudo y enjuto hombrecillo exhibía una rata de gran tamaño ensartada en la punta del largo cuchillo. No era la primera que Ajimbura mataba en ese cuarto últimamente, algo que Karede había jurado que no habría ocurrido si Satelle Anan siguiera siendo la propietaria de la posada, bien que el número de ratas en Ebou Dar parecía haberse incrementado adelantándose a la primavera. El propio Ajimbura tenía cierto aire de rata arrugada, con su sonrisa satisfecha y salvaje por igual. Tras más de trescientos años bajo el dominio del imperio, las tribus de las colinas Kaensada seguían estando medio civilizadas, y menos que medio domesticadas. El hombre llevaba el cabello —rojo oscuro y surcado de mechones blancos— tejido en una gruesa coleta que le llegaba a la cintura, para ser un buen trofeo si alguna vez encontraba el camino de vuelta a esos altos montes y caía en una de las interminables luchas intestinas entre familias o tribus, e insistía en beber en una taza montada en plata que cualquiera que la examinara bien vería que era la parte superior del cráneo de alguien.

—Si vas a comerte eso —dijo Karede como si hubiese alguna duda—, límpialo en el establo, donde no te vea nadie.

Ajimbura comía todo excepto lagartos, que estaban prohibidos en su tribu por alguna razón que nunca le había explicado.

—Por supuesto, excelso señor —contestó el hombre al tiempo que encorvaba los hombros, lo que pasaba por una reverencia entre los suyos—. Conozco bien las costumbres de la gente de ciudad y no avergonzaré al excelso señor.

Después de casi veinte años a su servicio, si Karede no se lo hubiera recordado Ajimbura habría desollado la rata y la habría asado sobre las llamas en el pequeño

hogar de ladrillo.

Liberó el cadáver del animal de la punta del cuchillo y lo metió en una pequeña bolsa de lona que guardó en un rincón para más tarde, y luego limpió cuidadosamente la hoja antes de enfundar el arma y sentarse sobre los talones a la espera de las órdenes de Karede. Se quedaría así todo el día si era necesario, tan pacientemente como un *da'covale*. Karede nunca había llegado a entender exactamente la razón de que Ajimbura hubiese dejado su hogar fortificado en la colina para seguir a un Guardia de la Muerte. Era una vida mucho más confinada que la que había conocido y, además, Karede casi lo había matado en tres ocasiones antes de que hiciera esa elección.

Desechando los pensamientos sobre su sirviente volvió la atención a lo que había sobre el escritorio, si bien no tenía intención de coger la pluma de momento. Lo habían ascendido a oficial general por conseguir un pequeño éxito en las batallas con los Asha'man en unos días en los que pocos habían conseguido alguno, y ahora, por haber dirigido tropas contra hombres que encauzaban, había quien pensaba que debía tener conocimientos que compartir para luchar contra *marath'*damane. Nadie había tenido que hacer tal cosa hacía siglos, y, puesto que las llamadas Aes Sedai habían dejado ver su arma desconocida sólo a unas pocas leguas de donde él estaba, se había pensado mucho en cómo inutilizar su poder. Ése no era el único requerimiento que había en la mesa. Aparte de las requisas e informes habituales que requerían su firma, cuatro lores y cinco ladys habían solicitado sus comentarios sobre las fuerzas distribuidas en Illian contra ellos, y otras seis ladys y cinco lores pedían su opinión sobre el problema especial Aiel, pero esos asuntos se decidirían en otro sitio, y muy probablemente ya se habían decidido. Sus observaciones sólo servirían en las luchas internas sobre quién controlaba qué en el Retorno. En cualquier caso, la guerra había sido siempre la segunda vocación de la Guardia de la Muerte. Oh, sí, los Guardias siempre estaban allí dondequiera que se librara una gran batalla como la mano de la espada de la emperatriz, así viviera para siempre, para atacar a sus enemigos tanto si ella se encontraba presente como si no, siempre al frente donde la lucha era más encarnizada, pero su primera obligación era proteger las vidas y las personas de la familia imperial. Con sus propias vidas si era preciso, y dándolas de buen grado. Y nueve noches atrás la Augusta Señora Tuon había desaparecido como tragada por la tormenta. No pensaba en ella como la Hija de las Nueve Lunas; no podía hasta que supiera que ya no estaba bajo el velo.

Tampoco había considerado quitarse la vida aunque la vergüenza lo hería en lo más vivo. Recurrir al modo fácil de escapar al oprobio quedaba para la Sangre; la Guardia de la Muerte luchaba hasta el final. Musenge mandaba la guardia personal de Tuon, pero le tocaba a él, como oficial superior de la Guardia a este lado del Océano Aricio, traerla de vuelta sana y salva. Se estaba registrando hasta el último rincón de

la ciudad con una u otra excusa, y cada embarcación mayor que un bote de remos, pero en la mayoría de los casos lo llevaban a cabo hombres que ignoraban lo que buscaban, desconocedores de que la suerte del Retorno podía depender de su diligencia. Era su deber. Por supuesto, la familia imperial era dada a intrigas más complicadas que el resto de la Sangre, y la Augusta Señora Tuon jugaba a menudo un juego realmente profundo con una habilidad astuta y mortífera. Sólo unos pocos sabían que había desaparecido otras dos veces con anterioridad y que se la había dado por muerta e incluso se habían hecho los preparativos para la ceremonia funeraria, todo arreglado por ella misma. Sin embargo, hubiera desaparecido por las razones que fueran, él tenía que encontrarla y protegerla. Hasta ahora no tenía ni la más mínima idea de cómo. Tragada por la tormenta. O quizá por la Dama de las Sombras. Había habido incontables intentos de raptarla o asesinarla, empezando el día de su nacimiento. Si la hallaba muerta, tendría que descubrir quién la había matado, quién había dado la orden, y vengarla costara lo que costara. También eso era su deber.

Un hombre esbelto entró en la habitación desde el pasillo sin llamar. Por la tosca chaqueta que vestía podría haberse tratado de uno de los mozos de cuadra de la posada, pero ningún lugareño tenía ese cabello claro y esos ojos azules, que recorrieron la pieza como para memorizar todo lo que había en ella. Metió una mano en la chaqueta, y Karede pensó en dos modos distintos de matarlo con sus propias manos en el breve momento que tardó el hombre en sacar una pequeña placa de marfil bordeada en oro y con el Cuervo y la Torre cincelados. Los Buscadores de la Verdad no tenían que llamar. Matarlos estaba muy mal visto.

—Márchate —le dijo el Buscador a Ajimbura mientras guardaba la placa una vez que estuvo seguro de que Karede la había reconocido. El hombrecillo siguió en cuclillas, inmóvil, y las cejas del Buscador se enarcaron por la sorpresa. Hasta en las colinas Kaensada todos sabían que la palabra de un Buscador era ley. Bueno, quizás en los poblados fortificados más remotos no; no si creían que nadie conocía la presencia del Buscador allí. Pero Ajimbura sabía a qué atenerse.

—Espera fuera —ordenó secamente Karede, y Ajimbura se incorporó con prontitud.

—Escucho y obedezco, excelso señor —murmuró. Antes de salir, sin embargo, estudió abiertamente al Buscador como para asegurarse de que éste supiera que se había fijado bien en su rostro. Algún día iba a conseguir que le cortaran la cabeza.

—Algo muy preciado, la lealtad —dijo el hombre de cabello claro al tiempo que miraba el escritorio, después de que Ajimbura hubo cerrado la puerta tras él—. ¿Estáis involucrado en los planes de lord Yulan, oficial general Karede? No habría esperado que un Guardia de la Muerte formara parte de eso.

Karede retiró dos pisapapeles de bronce con forma de leones y dejó que el mapa de Tar Valon que sujetaban se enrollara sobre sí mismo. El otro aún no lo había

desenrollado.

—Debéis preguntar a lord Yulan, Buscador. La lealtad al Trono de Cristal tiene más valor que el aliento de la vida, seguida de cerca por saber cuándo guardar silencio. Cuanto más se habla de una cosa, más sabrá de ella quien no debería.

Nadie aparte de la familia imperial reprendía a un Buscador o a quien fuera la Mano que lo guiaba, pero al tipo no pareció afectarlo. Por el contrario, tomó asiento en el mullido sillón del cuarto, unió las manos por las puntas de los dedos formando un ángulo agudo y observó por encima del vértice a Karede, que como opción tenía que mover su propia silla o dejar al hombre casi a su espalda. La mayoría de la gente se habría sentido muy nerviosa teniendo a un Buscador detrás; la habría puesto nerviosa incluso hallarse con un Buscador en la misma habitación. Karede ocultó una sonrisa y no se movió. Sólo tenía que girar levemente la cabeza, y estaba entrenado para ver claramente lo que captaba por los rabillos de los ojos.

—Debéis sentiros orgulloso de vuestros hijos —dijo el Buscador—. Dos siguiendo vuestros pasos en la Guardia de la Muerte, y el tercero aparece en la lista de los muertos con honor. Vuestra esposa se habría sentido muy orgullosa.

—¿Cómo os llamáis, Buscador?

El silencio que siguió era ensordecedor. Si eran pocos los que reprendían a los Buscadores aún eran menos los que les preguntaban el nombre.

—Mor —llegó finalmente la respuesta—. Almurat Mor.

Conque Mor. En tal caso, tenía un antepasado que había viajado con Luthair Paendrag y se sentía enorgullecido con razón. Sin acceso a los libros genealógicos, cosa para la que ningún *da'covale* tenía permiso, Karede no podía saber si alguna de las historias sobre su propia ascendencia era cierta —cabía la posibilidad de que también él tuviera un antepasado que hubiera seguido al gran Hawkwing—, pero no importaba. Los hombres que trataban de apoyarse en los hombros de sus antecesores en vez de hacerlo en sus propios pies a menudo acababan una cabeza más bajos, en especial los *da'covale*.

—Llámame Furik. Ambos somos propiedad del Trono del Cristal. ¿Qué quieres de mí, Almurat? No charlar sobre mi familia, creo.

Si sus hijos estuvieran en apuros, el tipo no los habría mencionado tan pronto, y Kalia estaba ya más allá de todo sufrimiento. Por el rabillo del ojo vio plasmarse en el rostro del Buscador la lucha en la que se debatía, aunque lo disimuló bastante bien. El hombre había perdido el control de la entrevista... como debía de haber esperado que ocurriera, enseñando su placa como si un Guardia de la Muerte no estuviera dispuesto a clavarse una daga en el corazón obedeciendo una orden.

—Te contaré una historia —dijo lentamente Mor—, y luego me dices qué te parece. —Sus ojos se clavaron en Karede, estudiándolo, evaluando y sopesándolo como si estuviese en una plataforma de subastas, puesto a la venta—. Esto llegó a

nuestro conocimiento hace pocos días. —Con «nuestro» se refería a los Buscadores —. Empezó entre las gentes del lugar, que hayamos podido averiguar, aunque aún no hemos dado con la fuente original. Parece ser que una muchacha con acento seandarés ha estado sacando oro y joyas mediante presiones a los mercaderes aquí, en Ebou Dar. Se mencionó el título de Hija de las Nueve Lunas. —Hizo un gesto de indignación, y durante un momento las puntas de los dedos se le pusieron blancas de apretarlas unas contra otras con fuerza—. Ninguno de los lugareños parece entender lo que significa ese título, pero la descripción de la chica es sorprendentemente precisa. Sorprendentemente exacta. Y nadie recuerda haber oído ese rumor antes de la noche siguiente a... Al descubrimiento del asesinato de Tylin —terminó, prefiriendo referirse al suceso menos desagradable para precisar la fecha.

—Acento seandarés —repitió Karede con voz inexpresiva, a lo que Mor asintió con la cabeza—. Y ese rumor ha trascendido a nuestra propia gente. —No era una pregunta, pero Mor volvió a asentir. Un acento seandarés y una descripción exacta, dos cosas que ningún lugareño podría inventarse. Alguien estaba jugando un juego muy peligroso. Peligroso para sí mismo y para el imperio—. ¿Cómo se ha tomado el palacio de Tarasin los últimos acontecimientos? —Habría Escuchadores entre los sirvientes e incluso, a estas alturas, probablemente entre los propios sirvientes ebudarianos, y lo que oían los Escuchadores se transmitía enseguida a los Buscadores.

Mor entendió la pregunta, por supuesto. No era preciso mencionar lo que no debía mencionarse. Su respuesta fue en un tono indiferente.

—El séquito de la Augusta Señora Tuon sigue comportándose como si no hubiese ocurrido nada, excepto que Anath, su Palabra de la Verdad, se ha recluido, pero se me ha comentado que eso no es inusitado en ella. La propia Suroth está más consternada en privado que en público.

»Duerme mal, abofetea a sus favoritos, y ha hecho azotar a su propiedad por nimiedades. Ordenó la muerte de un Buscador cada día hasta que las cosas se resolvieran, y sólo ha revocado tal orden esta mañana, cuando comprendió que se quedaría sin Buscadores antes de que se le acabaran los días. —Encogió un tanto los hombros, quizá para indicar que eso era el pan nuestro de cada día para los Buscadores, quizá de alivio por escapar por los pelos—. Es comprensible. Si se le piden cuentas, rogará por tener la Muerte de las Diez Mil Lágrimas. Otros de la Sangre que saben lo ocurrido andan con cien ojos. Incluso unos cuantos han hecho preparativos para un funeral discretamente, en previsión de cualquier eventualidad.

Karede quería ver bien el rostro del hombre. Era inmune a los insultos —eso formaba parte del entrenamiento—, pero esto... Echó la silla hacia atrás, se puso de pie y se sentó al borde del escritorio. Mor lo miró fijamente, en tensión para defenderse contra un ataque, y Karede inhaló hondo para aplacar la ira.

—¿Por qué has acudido a mí si crees que la Guardia de la Muerte está implicada en esto? —El esfuerzo de mantener un tono desapasionado casi lo ahogó. ¡Desde que los primeros Guardias de la Muerte habían jurado sobre el cadáver de Luthair Paendrag defender a su hijo, jamás había habido una traición entre los Guardias! ¡Jamás!

Mor se relajó progresivamente al comprender que Karede no se proponía matarlo, al menos no en ese momento, pero en su frente quedó una ligera película de sudor.

—He oído decir que un Guardia de la Muerte puede ver el aliento de una mariposa. ¿Tienes algo de beber?

Karede señaló con un brusco ademán el hogar de ladrillo, donde había una copa de plata y una jarra cerca del fuego para que se conservara caliente. Llevaban allí, sin tocar, desde que Ajimbura las había llevado al despertarse Karede.

—Puede que el vino se haya quedado frío a estas alturas, pero sírvete. Y, cuando tengas mojada la garganta, responderás a mi pregunta. O sospechas de los Guardias o quieres enredarme en algún juego tuyo, y, por mis ojos, que sabré si es lo uno o lo otro y por qué.

El tipo se acercó a la chimenea sin dejar de observarlo de soslayo, pero cuando se agachó a coger la jarra frunció el entrecejo y después dio un pequeño respingo. Junto a la taza había lo que parecía ser un cuenco bordeado de plata, con un pie también de plata en forma de cuerno de carnero. ¡Luz del cielo! ¿Cuántas veces le había dicho a Ajimbura que no dejara eso a la vista? No cabía duda de que Mor había identificado el objeto por lo que era. Así que ese hombre había considerado posible la traición en los Guardias, ¿verdad?

—Sírveme a mí también, por favor.

Mor parpadeó, denotando cierta consternación —sostenía lo que era evidentemente la única copa— y entonces un brillo de comprensión apareció en sus ojos. Un brillo de inquietud. Llenó también el cuenco, no sin un atisbo de vacilación, y se limpió la mano en la chaqueta antes de coger el cuenco. Todos los hombres tenían un límite, hasta un Buscador, y si a un hombre se lo empujaba hasta ese límite podía ser muy peligroso, aunque también se lo desestabilizaba. Karede tomó con las dos manos la copa hecha con un fragmento de cráneo, la levantó e inclinó la cabeza.

—Por la emperatriz, así viva para siempre en honor y gloria. Muerte y deshonra a sus enemigos.

—Por la emperatriz, así viva para siempre en honor y gloria —repitió Mor al tiempo que inclinaba la cabeza y levantaba la copa—. Muerte y deshonra a sus enemigos.

Karede se llevó la copa de Ajimbura a los labios y advirtió que el otro hombre observaba cómo bebía. El vino estaba frío, efectivamente, las especias sabían amargas, y se notaba un leve regusto agrio a abrillantador de plata; se dijo a sí mismo

que el sabor al polvo de un hombre muerto sólo eran imaginaciones suyas. Mor tomó más de la mitad de su vino en tragos precipitados; luego clavó la vista en la copa, dándose cuenta aparentemente de lo que había hecho, y resultó obvio su esfuerzo por recuperar el control de sí mismo.

—Furyk Karede —dijo con tono eficiente—, nacido hace cuarenta y dos años de unos tejedores, propiedad de un tal Jalid Magonine, un artesano de Ancarid. Elegido a los quince años para su entrenamiento en la Guardia de la Muerte. Citado en dos ocasiones por heroísmo y mencionado en despachos en tres ocasiones, y posteriormente, siendo un veterano con siete años de servicio, nombrado para la guardia personal de la Augusta Señora Tuon en su nacimiento. —Ése no había sido su nombre entonces, por supuesto, pero mencionar su nombre de nacimiento habría sido un insulto—. Ese mismo año, siendo uno de los tres supervivientes del primer atentado conocido contra su vida, elegido para el entrenamiento como oficial. En servicio durante el Levantamiento de Muyami y el Incidente de Jianmin, más citaciones por heroísmo, más menciones en despachos, y de nuevo asignado a la guardia personal de la Augusta Señora justo antes de su primer día del verdadero nombre. —Mor escudriñó su vino y de repente levantó la vista—. A petición tuya. Algo inusual. Al año siguiente, sufriste tres heridas graves al escudarla con tu cuerpo contra otro grupo de asesinos. Te regaló su más preciada posesión, una muñeca. Tras más años de servicio distinguido, con otras citaciones y menciones, se te seleccionó para la guardia personal de la propia emperatriz, así viva para siempre, y serviste en ese puesto hasta ser designado para acompañar al Augusto Señor Turak a estas tierras con el Hailene. Los tiempos cambian y los hombres cambian; pero, antes de ir a proteger el trono, hiciste otras dos peticiones de ser asignado a la guardia personal de la Augusta Señora Tuon. Muy inusual. Y conservaste la muñeca hasta que se destruyó en el Gran Incendio de Sohima, hará unos diez años.

No por primera vez, Karede se alegró del entrenamiento que le permitía mantener el gesto impasible pasara lo que pasara. Las expresiones plasmadas en el rostro podían revelar mucho a un oponente. Recordaba la cara de la niña que había puesto aquella muñeca en su camilla. Todavía podía escucharla: «Has protegido mi vida, así que debes tener a Emela para que a cambio cuide de ti —había dicho—. No puede protegerte realmente, desde luego; sólo es una muñeca. Pero guárdala para que te recuerde que siempre te oiré si pronuncias mi nombre. Si sigo viva, naturalmente».

—Mi honor es la lealtad —manifestó mientras soltaba con cuidado la taza de Ajimbura sobre el escritorio para no derramar vino en los papeles. Por muy a menudo que ese hombre puliera la plata, Karede dudaba que se molestara en lavar el recipiente—. Lealtad al trono. ¿Por qué acudiste a mí?

Mor se desplazó ligeramente de forma que el sillón quedó entre ambos. Sin duda creía que daba la impresión de actuar con tranquilidad, pero era obvio que estaba

preparado para arrojar la copa de vino. Tenía un cuchillo dentro de la chaqueta y otro en la parte posterior, a la altura de los riñones, y probablemente uno más como poco.

—Tres peticiones para unirse a la guardia personal de la Augusta Señora Tuon. Y conservaste la muñeca.

—Eso lo he entendido —le dijo secamente Karede. Se suponía que los Guardias no debían cobrar aprecio a quienes les mandaban proteger. La Guardia de la Muerte sólo servía al Trono de Cristal, a quienquiera que ocupara el solio, con todo el corazón y toda lealtad. Pero recordaba la cara seria de aquella niña, consciente ya de que quizá no viviera para cumplir con su deber y sin embargo intentando cumplirlo de todos modos, y había conservado la muñeca—. Pero hay algo más en esto que el rumor de una chica, ¿verdad?

—El aliento de una mariposa —murmuró el tipo—. Es un placer hablar con alguien que tiene una visión tan profunda. La noche que asesinaron a Tylin robaron dos *damane* de las casetas del palacio de Tarasin. Ambas eran anteriormente Aes Sedai. ¿No te parece demasiada coincidencia?

—Cualquier coincidencia me parece sospechosa, Almurat. Mas ¿qué tiene que ver eso con los rumores y... otros asuntos?

—Esta maraña está más enredada de lo que imaginas. Varias personas más abandonaron el palacio esa noche, entre ellas un joven que era el favorito de Tylin, cuatro hombres que sin duda eran soldados, y un hombre mayor, un tal Thom Merrilin, o así es como se hacía llamar, que supuestamente era un criado, pero que denotaba mucha más educación de lo que cabría esperarse. En uno u otro momento, a todos se los vio con Aes Sedai que se encontraban en la ciudad antes de que el imperio las reclamara. —Concentrado, el Buscador se inclinó ligeramente hacia adelante sobre el respaldo del sillón—. Quizás a Tylin no la asesinaron por jurar lealtad, sino porque se había enterado de cosas que eran peligrosas. Quizá fue descuidada en lo que le reveló al chico estando en el lecho, y éste informó a Merrilin. Lo llamaremos así hasta que descubramos un nombre mejor. Cuantas más cosas sé sobre ese hombre, más intrigante me resulta: buen conocedor del mundo, lenguaje educado, un trato fácil con nobles y coronas. Un cortesano, de hecho, si uno no supiera que era un sirviente. Si la Torre Blanca tuviera ciertos planes para Ebou Dar, enviaría a un hombre así para llevarlos a cabo.

Planes. Sin pensar, Karede cogió la copa de Ajimbura y estuvo a punto de beber antes de darse cuenta de lo que hacía. Siguió sosteniendo el recipiente, sin embargo, para no revelar su agitación. Todos —al menos aquellos a los que conocía— estaban convencidos de que la desaparición de Tuon tenía que ver con la pugna para suceder a la emperatriz, así viviera para siempre. Tal era la vida de la familia imperial. Después de todo, si la Augusta Señora moría había que nombrar a otro heredero. Si estuviera muerta. Y si no... La Torre Blanca habría enviado a sus mejores elementos

si el plan era llevársela. Eso, si es que el Buscador no intentaba enredarlo en algún juego propio. Los Buscadores podían intentar engañar a cualquiera menos a la propia emperatriz, así viviera para siempre.

—Has expuesto esta idea a tus superiores y la han rechazado, o de otro modo no habrías acudido a mí. Eso, o... No se la has mencionado, ¿verdad? ¿Por qué?

—Una maraña mucho más enredada de lo que cabe imaginar —musitó Mor al tiempo que miraba hacia la puerta como si sospechara que estuvieran escuchando a escondidas. ¿Por qué actuaba con precaución ahora?—. Hay muchas... complicaciones. A las dos *damane* las sacó lady Egeanin Tamarath, que había tenido tratos con Aes Sedai anteriormente. Tratos estrechos, dicho sea de paso. Muy estrechos. Obviamente soltó a las otras *damane* para cubrir su huida. Egeanin abandonó la ciudad esa misma noche, con tres *damane* en su séquito y también, creemos, Merrilin y los otros. Ignoramos quién era la tercera *damane*. Sospechamos que alguien importante entre los Atha'an Miere o quizás una Aes Sedai que se ocultaba en la ciudad, pero hemos identificado a las *sul'dam* que utilizó y hay una estrecha conexión entre dos de ellas y Suroth, que a su vez tiene muchas conexiones con Aes Sedai. —A pesar de toda su cautela, Mor dijo aquello como si no fuera la descarga de un rayo. No era de extrañar que estuviera nervioso.

Bien. Suroth conspiraba con Aes Sedai y había corrompido al menos a algunos de los Buscadores situados por encima de Mor, y la Torre Blanca había enviado hombres al mando de uno de sus mejores elementos para llevar a cabo ciertas acciones. Todo verosímil. Cuando a él lo habían enviado con los Precursores se le había ordenado vigilar a la Sangre por si alguien denotaba una excesiva ambición. Siempre había existido una posibilidad, tan lejos del imperio, de que intentaran establecer sus propios reinos. Y él mismo había enviado hombres a una ciudad que sabía que caería se hiciera lo que se hiciera para defenderla, a fin de que perjudicaran al enemigo desde dentro.

—¿Sabes en qué dirección partieron, Almurat?

Mor sacudió la cabeza.

—Fueron hacia el norte, y en las caballerizas de palacio se mencionó Jehannah, pero eso parece un intento obvio de engaño. Habrán cambiado de dirección a la primera oportunidad. Hemos comprobado embarcaciones lo bastante grandes para llevar al grupo a través del río, pero las de ese tamaño van y vienen todo el tiempo. No hay control en este sitio, ni orden.

—Esto me da mucho en que pensar.

El Buscador hizo una leve mueca, pero pareció comprender que había obtenido todo el compromiso que Karede estaba dispuesto a conceder. Asintió con la cabeza.

—Sea lo que sea lo que decidas hacer, debes saber esto. Quizá te preguntes cómo extorsionaba la chica a esos mercaderes. Al parecer la acompañaban siempre dos o

tres soldados. La descripción de sus armaduras ha sido muy precisa también. —Alargó la mano un tanto como si fuera a tocar la bata de Karede, pero, muy sensatamente, la dejó caer al costado—. Casi todo el mundo lo llama negro a eso. ¿Me entiendes? Decidas lo que decidas, no te demores. —Mor alzó la copa—. A tu salud, oficial general. Furyk. A tu salud y por el imperio.

Karede vació la copa de Ajimbura sin vacilar.

El Buscador se marchó tan de repente como había entrado y, unos instantes después de que la puerta se hubo cerrado tras él, volvió a abrirse para dar paso a Ajimbura. El hombrecillo lanzó una mirada acusadora al cuenco de cráneo, que seguía en las manos de Karede.

—¿Sabías algo de este rumor, Ajimbura? —Preguntar si el tipo había estado escuchando era como preguntar si el sol salía por la mañana. En cualquier caso, no lo negó.

—Yo no me mancharía la lengua con esa porquería, excelso señor —contestó mientras se erguía.

Karede se permitió el lujo de suspirar. Tanto si la desaparición de lady Tuon era obra de ella misma como de otro, corría un gran peligro. Y, si el rumor era algún ardid de Mor, el mejor modo de romper el juego de otro era hacer propio el juego.

—Dispón mi navaja de afeitar. —Tomó asiento y alargó la mano derecha hacia la pluma, sosteniéndose la manga con la izquierda para que no se manchara con la tinta—. Después buscarás al capitán Musenge y le entregarás esto cuando esté solo. Regresa deprisa; tendré más instrucciones para ti.

Poco después del mediodía del día siguiente cruzaba la bahía en el transbordador que partía cada hora, según el preciso repique de campanas. Era una lenta gabarra que cabeceaba a medida que los largos remos la impulsaban sobre las agitadas aguas de la bahía. Las cuerdas que sujetaban media docena de carretas cubiertas con lona de una mercader crujían con cada bandazo, los caballos pateaban nerviosos y los remeros tenían que apartar a empujones a los conductores y guardas contratados que querían vaciar el estómago por la borda. Algunos tipos no tenían aguante para el movimiento del agua. La propia mercader, una mujer de cara rellena y tez cobriza, se encontraba en la proa arrebujada en una capa oscura, balanceándose suavemente con los movimientos del transbordador, fija la mirada en el desembarcadero al que iban aproximándose y sin prestar atención a Karede, que estaba a su lado. Aunque sólo fuera por la silla de su castrado zaino, seguramente sabía que era seanchan, pero la sencilla capa gris que llevaba le tapaba la chaqueta verde bordeada en rojo, de modo que si había reparado siquiera en él pensaría que era un soldado normal y corriente. Un colono no, debido a la espada que pendía de su costado. Quizás en la ciudad habría habido ojos más perspicaces a pesar de las medidas tomadas para evitarlos, pero contra eso no podía hacer nada. Con suerte, disponía de un día, tal vez dos, antes

de que todos se dieran cuenta de que no iba a regresar a la posada al cabo de un rato.

Se encaramó a la silla tan pronto como el transbordador topó contra los pilares revestidos con cuero del muelle y fue el primero en salir cuando la puerta de carga se abrió, en tanto que la mercader apremiaba a los carreteros y los barqueros destrincaban las ruedas. Mantuvo a *Aldazar* a paso lento por el empedrado —aún resbaladizo por la lluvia matinal, los restos esparcidos de estiércol de caballo y los excrementos de un rebaño de ovejas—, y sólo dejó que el zaino apretara el paso cuando llegaron a la calzada de Illian, si bien lo mantuvo al trote aun entonces. La impaciencia era un error cuando se iniciaba un viaje que no se sabía lo que iba a durar.

Las posadas que flanqueaban la calzada al final del embarcadero eran edificios de techos planos, revocados con enlucido blanco descascarillado y agrietado y letreros desvaídos en la fachada o sin ninguno. Esa calzada marcaba el límite septentrional del Rahad, y hombres toscamente vestidos y repantigados en bancos delante de las posadas lo siguieron con la vista al pasar ante ellos. No por ser seanchan; sospechaba que no habrían puesto mejor cara a cualquiera que fuera a caballo. A decir verdad, a cualquiera que tuviera dos monedas que robar. Sin embargo, los dejó atrás pronto y durante las siguientes horas pasó por olivares y pequeñas granjas donde los braceros estaban acostumbrados a que hubiera transeúntes por la calzada y por ende continuaban con su trabajo sin levantar la vista. En cualquier caso el tránsito era escaso, un puñado de carretas de granjeros de ruedas altas y en dos ocasiones unas caravanas de mercaderes que traqueteaban de camino a Ebou Dar rodeadas de guardias contratados. La mayoría de los conductores y los mercaderes lucían la característica barba illiana. Era curioso que Illian siguiera enviando sus productos a Ebou Dar al tiempo que luchaba contra el imperio, pero las gentes a este lado del Mar Oriental a menudo eran peculiares, con extrañas costumbres, y poco parecidas a las historias contadas sobre la tierra natal del gran Hawkwing. Con frecuencia en nada parecidas. Había que entenderlas, naturalmente, si se quería integrarlas en el imperio, pero ese entendimiento era para otros más importantes. Él se debía a su tarea.

Las granjas dieron paso a terrenos boscosos y zonas de matorrales. Para cuando localizó lo que buscaba, su sombra se alargaba ante él y el sol se encontraba a menos de la mitad de recorrido del horizonte. Un poco más adelante, Ajimbura estaba en cuclillas al lado norte de la calzada, tocando un caramillo, la viva imagen de un vago haraganeando. Antes de que Karede llegara junto a él, guardó la flauta debajo del cinturón, recogió la capa marrón y desapareció entre la maleza y los árboles. Tras echar un vistazo atrás para comprobar que la calzada se hallaba vacía también en esa dirección, Karede hizo virar a *Aldazar* hacia la fronda por el mismo punto.

El hombrecillo esperaba fuera del alcance de la vista de la calzada, en un soto de un tipo de pinos grandes, el más alto de unos veinticinco metros como poco. Hizo su

reverencia agachando los hombros y subió a la silla de un flaco castaño con los cuatro remos blancos. Insistía en que las patas blancas en un caballo daban buena suerte.

—¿Por aquí, excelso señor? —preguntó, y al responder Karede con un gesto de asentimiento hizo girar su montura para adentrarse más en el bosque.

Sólo tuvieron que cabalgar un trecho, menos de un kilómetro, pero nadie que pasara por la calzada habría sospechado lo que aguardaba en aquel amplio claro. Musenge había llevado a cien Guardias en buenos caballos y a veinte Ogier Jardineros, todos con armadura completa, así como animales de carga para transportar provisiones para dos semanas. El caballo de carga en el que Ajimbura había llevado el día anterior la armadura de Karede se encontraría entre ellos. Un grupo de *sul'dam* aguardaba de pie junto a sus monturas, algunas acariciando a las seis *damane* encadenadas. Cuando Musenge taconeó su montura para reunirse con Karede acompañado por Hartha, el Jardinero Mayor, que avanzaba a zancadas a su lado con gesto adusto y el hacha de mango verde al hombro, una de las mujeres, Melitene, la *der'*sul'dam de la Augusta Señora Tuon, subió a su montura y se unió a los dos.

Musenge y Hartha se llevaron el puño al corazón y Karede respondió al saludo, pero sus ojos buscaron a las *damane*. A una en particular, una mujer menuda a la que una *sul'dam* de cara cuadrada y tez oscura le acariciaba el pelo. El rostro de una *damane* siempre resultaba engañoso —envejecían lentamente y vivían mucho tiempo —, pero el de ésta tenía una diferencia que Karede había aprendido a reconocer como perteneciente a las que se llamaban Aes Sedai.

—¿Qué excusa utilizasteis para sacarlas a todas de la ciudad a la vez? —preguntó.

—Ejercicio, oficial general —contestó Melitene con una sonrisa socarrona—. Todo el mundo siempre cree lo del ejercicio. —Se decía que la Augusta Señora Tuon no necesitaba realmente *der'*sul'dam para entrenar a su propiedad o a sus *sul'dam*, pero Melitene, con menos cabellos negros que grises en la larga melena, era una experta en más cosas que simplemente su oficio y sabía lo que Karede le preguntaba realmente. Éste le había pedido a Musenge que llevara un par de *damane* si podía—. Ninguna de nosotras quería quedarse, oficial general. Tratándose de esto, no. En cuanto a Mylen... —Ésa debía de ser la antigua Aes Sedai—. Después de salir de la ciudad les contamos a las *damane* por qué nos habíamos puesto en marcha. Siempre es mejor que sepan lo que pueden esperar. Desde entonces hemos tenido que tranquilizar a Mylen. Adora a la Augusta Señora. Todas la quieren, pero Mylen la venera como si ya se sentara en el Trono de Cristal. Si Mylen le pone las manos encima a una de esas «Aes Sedai» —rió—, tendremos que andar listas para que la mujer no quede tan maltrecha que no merezca la pena ponerle la cadena.

—No veo qué tiene esto de gracioso para reírse —retumbó Hartha. El Ogier era

aún más canoso y estaba más baqueteado que Musenge, con largos bigotes grises y ojos como piedras negras que mantenían una mirada fija a través del yelmo. Había sido un Jardinero desde antes de que el padre de Karede naciera, quizás antes que su abuelo—. No tenemos un blanco. Intentamos atrapar el viento con una red.

Melitene recobró rápidamente un talante serio, y Musenge empezó a mirar con una expresión más severa que Hartha, si es que tal cosa era posible.

En diez días, la gente a la que buscaban habrían puesto de por medio kilómetros. El mejor elemento que la Torre Blanca podía mandar no sería tan incompetente para encaminarse hacia el este después de intentar la estratagema de Jehannah, ni tan estúpido como para dirigirse directamente al norte, si bien eso dejaba un área vasta y cada vez más extensa en la que buscar.

—Entonces tenemos que extender nuestras redes cuanto antes —dijo Karede—, y extenderlas bien.

Musenge y Hartha asintieron con un cabeceo. Para la Guardia de la Muerte, lo que tenía que hacerse se hacía. Incluso atrapar el viento.

5. La forja de un martillo

Corría fácilmente a través de la noche a pesar de la nieve que cubría el suelo. Era uno con las sombras deslizándose por el bosque, la luz de la luna casi tan clara a sus ojos como la luz del sol. Un frío viento le alborotaba el espeso pelaje, y de repente trajo un efluvio que le erizó el lomo y el corazón le palpitó con un odio mayor que el sentido hacia los Nonacidos. Odio y una certeza absoluta de la muerte aproximándose. No había elección, ya no. Corrió más deprisa, hacia la muerte.

Perrin despertó bruscamente en la profunda oscuridad que precede al alba, bajo una de las carretas de suministros de ruedas altas. El frío del suelo se le había metido en los huesos a pesar de la capa forrada con piel y dos mantas, y soplaba una brisa intermitente, ni fuerte ni constante para considerarla un ligero viento, pero era gélida. Cuando se rascó la cara con la mano enguantada, la escarcha crujió en su barba corta. Al menos no parecía que hubiese nevado más durante la noche. Demasiado a menudo había despertado cubierto de copos a despecho del refugio de una carreta, y las nevadas dificultaban la tarea de los exploradores. Deseó poder hablar con Elyas del mismo modo que hablaba con los lobos. Entonces no tendría que soportar esa interminable espera. El cansancio se adhería a él como una segunda piel; no recordaba la última vez que había disfrutado de un sueño profundo durante la noche. El sueño, o su falta, no parecía importante de todos modos. En la actualidad, sólo el fuego de la ira lo mantenía en movimiento.

No creía que hubiera sido el sueño lo que lo había despertado. Todas las noches se acostaba esperando tener pesadillas, y todas las noches acudían puntuales. En las peores, encontraba muerta a Faile o no la encontraba nunca. Ésas lo despertaban bañado en un sudor helado. Con cualquier otra cosa menos horrible seguía durmiendo, o sólo se despertaba a medias con trollocs cortándolo vivo para la olla o con un Draghkar absorbiéndole el alma. Este sueño se desvanecía rápidamente, como uno corriente, pero aun así recordaba ser un lobo y olfatear... ¿qué? Algo que los lobos odiaban más que a los Myrddraal. Algo que un lobo sabía que lo mataría. El conocimiento que tenía en el sueño había desaparecido; sólo quedaban unas vagas impresiones. No había estado en el Sueño del Lobo, ese reflejo de este mundo donde los lobos muertos seguían viviendo y los vivos podían ir a consultarlos. El Sueño del Lobo siempre permanecía indeleble en su mente después de marcharse, tanto si había ido allí conscientemente como si no. Empero, este sueño seguía pareciendo real y, en cierto modo, urgente.

Tendido de espaldas, inmóvil, envió su mente a la búsqueda de lobos. Había intentado utilizarlos para que lo ayudaran en su cacería, pero sin resultado.

Convencerlos de que se interesaran en los asuntos de los dos patas era difícil, por no decir algo peor. Evitaban los grupos grandes de hombres y para ellos media docena era lo bastante grande para mantenerse alejados. Los hombres cazaban cualquier animal y la mayoría intentaría matar a un lobo nada más verlo. Su mente no hallaba nada, pero entonces, al cabo de un rato, percibió lobos, a lo lejos. No sabría decir a qué distancia, pero era como captar un susurro casi inaudible. Muy lejos. Qué extraño. A pesar de los pueblos dispersos, las alquerías e incluso alguna que otra ciudad, aquélla era una zona óptima para lobos, con bosques intactos en su mayor parte, repletos de ciervos y caza menor.

Siempre existía una formalidad para hablar con una manada de la que no se formaba parte. Cortésmente, envió su nombre entre los lobos, Joven Toro, compartió su olor, y recibió el de ellos en respuesta, *Cazahojas*, *Oso Alto*, *Cola Blanca*, *Pluma* y *Niebla del Trueno*, y un montón más. Era una manada numerosa, y *Cazahojas*, una hembra que transmitía un aire de sosegada seguridad, era su cabecilla. *Pluma*, inteligente y en su edad de plenitud, era su pareja. Habían oído hablar de *Joven Toro*, estaban ansiosos de hablar con el amigo del legendario *Diente Largo*, el primer dos patas que había aprendido a hablar con los lobos tras un trecho de tiempo que llevaba la impresión de eras desaparecidas en las nieblas del pasado. Todo era un torrente de imágenes y recuerdos de olores que su mente transformaba en palabras, como las palabras que pensaba se convertían, de algún modo, en imágenes y olores comprensibles para ellos.

«Quiero saber algo —pensó, una vez que finalizaron los saludos—. ¿Qué odiaría un lobo más que a los Nonacidos? —Trató de recordar el efluvio del sueño, añadirlo, pero había desaparecido de su memoria—. Algo que un lobo sabe que significa la muerte.»

Le respondió el silencio y un hilo de temor fundido con odio y determinación y renuencia. Había sentido el miedo en los lobos con anterioridad —por encima de todo temían el fuego arrasador que se extendía por el bosque, o eso habría dicho él—, pero esto era el tipo de miedo hormigueante que hacía que a un hombre se le pusiera la carne de gallina, que le dieran escalofríos y saltara sobresaltado por cosas no vistas. Entretejido con la resolución de seguir adelante costara lo que costara, era una sensación próxima al pavor. Los lobos nunca experimentaban esa clase de terror. Sólo que éstos sí lo sentían.

Uno a uno desaparecieron de su conciencia, un acto deliberado de dejarlo fuera, hasta que sólo quedó *Cazahojas*. «La Última Cacería se aproxima», dijo finalmente, y entonces también desapareció.

«¿Os he ofendido? —lanzó su pensamiento—. Si lo hice, fue sin saberlo.» Pero no obtuvo respuesta. Al menos esos lobos no volverían a hablar con él en mucho tiempo.

«La Última Cacería se aproxima.» Así era como los lobos llamaban a la Última Batalla, el Tarmon Gai'don. Sabían que estarían allí, en el último enfrentamiento entre la Luz y la Sombra, aunque el porqué era algo que no podían explicar. Algunas cosas se hallaban predestinadas, tan seguro como que el sol y la luna salían y se ponían, y estaba escrito que muchos lobos morirían en la Última Cacería. Lo que temían era otra cosa. Perrin tenían la fuerte sensación de que también tendría que estar allí, o, al menos, que se suponía que tendría que estar; pero, si la Última Batalla ocurría pronto, no estaría. Tenía una tarea ante él que no podía eludir —¡que no eludiría!— ni siquiera por el Tarmon Gai'don.

Alejando de su mente tanto miedos indescriptibles como la Última Batalla, se quitó los guanteletes y tanteó el bolsillo de la chaqueta para tocar el trozo de cordón de cuero crudo que guardaba allí. En un ritual matinal, sus dedos hicieron otro nudo de manera mecánica y después deslizó los dedos por el cordón, contando. Veintidós nudos. Veintidós mañanas desde que habían raptado a Faile.

Al principio no había pensado que haría falta llevar la cuenta. Ese primer día había creído que estaba insensible y frío pero concentrado; sin embargo, al mirar atrás veía que lo había arrollado una rabia sin límites y una necesidad imperiosa de encontrar a los Shaido lo antes posible. Hombres de otros clanes formaban parte del grupo que había raptado a Faile, pero según las evidencias en su mayoría eran Shaido, y así era como pensaba en ellos. La necesidad de arrancarles a Faile de su poder antes de que resultara herida lo había agarrado por la garganta hasta casi ahogarlo. Rescataría a las otras mujeres capturadas con ella, por descontado, pero a veces tenía que recitar sus nombres mentalmente para asegurarse de que no las olvidaba por completo. Alliandre Maritha Kigarin, reina de Ghealdan y su vasalla. Todavía parecía un despropósito que alguien le hubiese prestado juramento de lealtad, especialmente una reina —¡él era herrero! Bueno, lo había sido—, pero tenía responsabilidades para con Alliandre, que no se encontraría en peligro de no ser por él. Bain, de los Shaarad de Roca Negra, y Chiad, de los Goshien de Río Pedregoso, Doncellas Lanceras que habían seguido a Faile a Ghealdan y Amadicia. También se habían enfrentado a trollocs en Dos Ríos, cuando él necesitaba a todo aquel que pudiera sostener un arma, y eso les daba derecho a requerir su auxilio. Arrela Shiego y Lacile Aldorwin, dos jóvenes estúpidas que creían que podían aprender a ser Aiel o una extraña versión de los Aiel. Habían jurado lealtad a Faile, al igual que Maighdin Dorlain, una refugiada que no tenía un céntimo y de la que Faile se había hecho cargo incluyéndola en su servidumbre. No podía abandonar a la gente de Faile. Faile ni Bashere t'Aybara.

La letanía lo devolvió a ella, a su esposa, el aliento de su vida. Con un gemido, apretó el cordón tan fuerte que los nudos se le marcaron dolorosamente en una mano encallecida por el manejo del martillo en una fragua mucho tiempo. ¡Luz, veintidós

días!

Trabajar el hierro le había enseñado que las prisas echaban a perder el metal, pero al principio había actuado con precipitación, Viajando hacia el sur a través de accesos creados por Grady y Neald, los dos Asha'man, hacia donde se habían encontrado las huellas más lejanas de los Shaido, y después saltando al sur de nuevo, en la dirección que apuntaban las huellas, tan pronto como los Asha'man podían crear otro acceso. Y, mientras se mordía las uñas cada hora que necesitaban para descansar de crear el anterior y mantenerlo abierto para que pasara todo el mundo, su mente se consumía con la idea de liberar a Faile costara lo que costara. Lo que consiguió fueron días de dolor acrecentado a medida que los exploradores se dispersaban más y más lejos por territorio salvaje sin localizar ni el menor rastro de que hubiera pasado alguien por allí, hasta que comprendió que tenían que volver sobre sus pasos, desperdiciando días, para cubrir el terreno que los Asha'man les habían hecho salvar con sus accesos, y buscar cualquier indicio del punto donde los Shaido habían cambiado de dirección.

Tendría que haber sabido que lo harían. Viajar al sur los llevaría hacia tierras más cálidas, sin la nieve que tan extraña era para los Aiel, pero también los acercaría a los seanchan de Ebou Dar. ¡Él sabía lo de los seanchan, y tendría que haber supuesto que los Aiel se enterarían también! Su propósito era el pillaje, no combatir contra seanchan y *damane*. Días de avance lento, con los exploradores abriéndose en abanico por delante, días en los que las nevadas cegaban incluso a los Aiel y obligaban a hacer irritantes paradas, hasta que por último Jondyn Barran encontró un árbol con un rasponazo hecho por una carreta y Elyas desenterró una lanza Aiel rota de debajo de la nieve. Y Perrin había virado finalmente al este, como mucho dos días al sur de donde había Viajado la primera vez. Había querido aullar cuando se dio cuenta de eso, pero mantuvo el control. No podía venirse abajo; no cuando Faile dependía de él. Fue entonces cuando empezó a dosificar su ira, cuando empezó a forjarla.

Los secuestradores les habían sacado mucha ventaja por su precipitación, pero a partir de ese momento había sido tan prudente como lo era en una forja. Su ira se había templado, endurecido y cobrado forma para un propósito. Desde que dieron de nuevo con el rastro de los Shaido no habían Viajado en un salto más que el tramo que los exploradores habrían cubierto, ida y vuelta, entre el alba y el ocaso, y menos mal que había sido prudente, porque los Shaido cambiaron de dirección de forma repentina en varias ocasiones, avanzando en zigzag, casi como si no acabaran de decidir hacia dónde ir. O quizá se habían desviado para reunirse con más de los suyos. Lo único que tenían para guiarse eran rastros poco recientes, señales de campamentos enterradas en la nieve, pero aun así todos los exploradores convenían en que el número de Shaido se había incrementado mucho. Como poco tenía que haber dos o tres septiares juntos, tal vez más; una temible presa a la que dar caza.

Lentamente, pero de modo certero, fueron acortando distancias. Eso era lo importante.

Los Shaido cubrían más terreno en su marcha de lo que habría creído posible considerando su número y la nieve, pero no parecía importarles si alguien los seguía o no. Quizá pensaban que nadie se atrevería a hacerlo. A veces habían acampado varios días en el mismo sitio. Forjar la ira para un propósito. Cual si fueran langostas humanas, los Shaido dejaban a su paso pueblos, villas y alquerías arrasados, almacenes y todo cuanto tuviera valor saqueados, hombres y mujeres capturados y llevados junto con el ganado. A menudo no quedaba nadie para cuando llegaban ellos, sólo casas vacías, ya que la gente que escapaba tenía que buscar comida en otro lugar para sobrevivir hasta la primavera. Habían entrado en Altara cruzando el Eldar por donde antes había un transbordador entre dos pueblos, en las márgenes boscosas del río, utilizado por buhoneros y granjeros de la zona, no mercaderes. Perrin ignoraba cómo habían pasado a la orilla opuesta los Shaido, pero hizo que los Asha'man crearan accesos. Del transbordador sólo quedaban los muelles de piedra de ambas orillas, y las pocas estructuras que no estaban incendiadas se hallaban desiertas salvo por tres escuálidos perros asilvestrados que se escabulleron al ver humanos. La ira se endureció y cobró forma de martillo.

La mañana del día anterior habían llegado a una aldea donde dos puñados de personas aturdidas y con los rostros manchados contemplaron fijamente los centenares de lanceros y arqueros que salían cabalgando del bosque con las primeras luces, precedidos por el Águila Roja de Manetheren y la cabeza de lobo carmesí, las Estrellas Plateadas de Ghealdan y el Halcón Dorado de Mayene, y seguidos por largas hileras de carretas de ruedas altas y reatas de caballos de refresco. Nada más ver a Gaul y los otros Aiel, esas personas salieron de su estupor y echaron a correr hacia los árboles presas del pánico. Atrapar a algunos para que respondieran a sus preguntas había resultado difícil; estaban dispuestos a morir reventados corriendo antes que dejar que se les acercara un Aiel. En Brytan no vivían más que una docena de familias, pero los Shaido se habían llevado a nueve jóvenes de ambos sexos, junto con todos sus animales, hacía sólo un par de días. Dos días. Un martillo era una herramienta con una finalidad y con un objetivo.

Sabía que tenía que ser prudente o perdería a Faile para siempre, pero también un exceso de prudencia podía conducir a perderla. A primera hora del día anterior les había dicho a los que se adelantaban para explorar que llegaran más lejos que antes, que siguieran avanzando y que regresaran pasado un día completo a menos que encontraran a los Shaido antes. Dentro de poco saldría el sol y dentro de unas horas, como mucho, volverían Elyas, Gaul y los otros —las Doncellas y los hombres de Dos Ríos que podían rastrear una sombra por el agua—. Por deprisa que los Shaido se movieran, los exploradores podían hacerlo más rápido. No los entorpecían familias,

carretas y cautivos. Esta vez podrían decirle dónde se encontraban los Shaido exactamente. Lo harían. Tenía ese presentimiento. La certeza corría por sus venas. Encontraría a Faile y la liberaría. Eso ante todo, incluso vivir, mientras le quedara un soplo de vida para llevarlo a cabo, pero ahora era un martillo, y si había un modo de conseguirlo, cualquier modo, se proponía machacar en pedacitos a esos Shaido.

Apartando las mantas, volvió a meterse los guanteletes, recogió el hacha que tenía en el suelo a su lado, una hoja en forma de media luna con un afilado y pesado peto en el lado opuesto, y rodó sobre sí mismo para salir de debajo de la carreta; se puso de pie sobre la nieve pisoteada y helada. Todo en derredor había filas de carretas en los que habían sido los campos de Brytan. La llegada de más forasteros, de tantos y además armados, y enarbolando estandartes desconocidos, había sido más de lo que los supervivientes de la aldea habían sido capaces de asimilar. Tan pronto como Perrin los dejó, habían huido al bosque llevándose lo que podían cargar a la espalda o en toscos trineos. Se habían escabullido tan deprisa como si Perrin fuese otro Shaido, sin mirar atrás por miedo a que los persiguiera.

Mientras metía el mango del hacha por la gruesa lazada de cuero de su cinturón, una sombra más densa junto a una carreta cercana se hizo más alta y se perfiló en la figura de un hombre envuelto en una capa que parecía negra en la oscuridad. Perrin no se sorprendió; las cercanas estacadas de caballos impregnaban el aire con el olor de varios cientos de animales de carga, monturas, caballos de refresco y tiros de carretas, por no mencionar el dulzón hedor a estiércol, pero aun así había captado el efluvio del otro al despertar. El olor humano sobresalía por encima de los otros. Además, Aram siempre estaba allí cuando Perrin despertaba, esperando. Una hoz de luna menguante, baja en el cielo, irradiaba todavía suficiente luz para que él pudiera distinguir el rostro del otro hombre, aunque no con claridad, así como la empuñadura de la espada, rematada por un pomo dorado, asomando en diagonal por encima del hombro. Antaño Aram había sido gitano, pero Perrin dudaba que volviera a serlo aunque siguiera llevando una chillona chaqueta a rayas. Ahora había una dureza en el semblante de Aram que las sombras de la luna no ocultaban. Su actitud indicaba su disposición a desenvainar aquella espada, y desde que habían raptado a Faile la ira parecía formar parte de su olor constantemente. Muchas cosas habían cambiado cuando se llevaron a Faile. En cualquier caso, Perrin entendía la ira. No lo había hecho —no realmente— antes de que le quitaran a Faile.

—Quieren veros, lord Perrin —dijo Aram mientras señalaba con la cabeza hacia dos formas desdibujadas que había un poco más lejos, entre las hileras de carretas. Las palabras salieron acompañadas de una nubecilla de vapor al frío aire—. Les dije que os dejaran dormir. —Era una falta que tenía Aram, cuidar de él en exceso sin que se lo pidiera.

Perrin olfateó el aire y separó el efluvio de esas dos sombras del encubridor olor

de los caballos.

—Los recibiré ahora. Haz que preparen a *Brioso*, Aram.

Su intención era estar en el caballo antes de que el resto del campamento despertara. En parte se debía a que permanecer sin hacer nada era algo superior a él. Quedándose quieto no se alcanzaba a los Shaido. En parte también lo hacía para evitar tener que estar en compañía de nadie mientras pudiera evitarlo. Habría salido con los exploradores si los hombres y las mujeres que se encargaban de ello no fueran mucho mejores que él en ese trabajo.

—Sí, milord.

El efluvio de Aram adquirió una especie de aspereza mientras se alejaba por la nieve, pero Perrin apenas reparó en ello. Sólo algo importante sacaría a Sebban Balwer de sus mantas antes de amanecer, y en cuanto a Selande Darengil...

Incluso con la gruesa capa Balwer parecía flaco, y la capucha casi le tapaba la cara descarnada. Aun en el caso de que hubiese estado erguido en lugar de encogido de hombros habría sacado como mucho una mano a la cairhienina, que no era alta. Ciñéndose con sus propios brazos, saltaba alternativamente sobre uno y otro pie intentando evitar el frío que debía de traspasar sus botas. Selande, vestida con chaqueta y pantalones oscuros de hombre, se esforzaba con bastante éxito en hacer caso omiso del frío a pesar de que exhalaba una nubecilla de vaho cada vez que respiraba. Estaba tiritando, pero se las arreglaba para pavonearse aun estando parada, con un lado de la capa echado hacia atrás y la mano enguantada sobre la empuñadura de la espada. Llevaba la capucha retirada, dejando a la vista el cabello muy corto excepto una cola en la parte posterior que iba atada en la nuca con una cinta oscura. Selande era la cabecilla de esos necios que querían ser una imitación Aiel. Aiel que llevaban espadas. Su efluvio era espeso y suave, como gelatina. Estaba preocupada. Balwer olía... a intensa atención, claro que eso le ocurría siempre, si bien nunca había acaloramiento en su intensidad, sólo concentración.

El flaco hombrecillo dejó de brincar para hacer una rápida reverencia.

—Lady Selande tiene noticias que creo que deberíais oír de sus propios labios, milord. —La fina voz de Balwer era seca y concisa, igual que su propietario. Sonaría igual con el cuello en el tajo del verdugo—. Milady, si hacéis el favor. —Sólo era un secretario, de Faile y suyo, un tipo quisquilloso y retraído principalmente, y Selene era noble, pero Balwer dijo eso último de forma que sonaba a algo más que una simple petición.

La mujer le asestó una dura mirada de soslayo a la par que movía ligeramente la espada, y Perrin se puso en tensión para agarrarla. En realidad no creía que atacara a Balwer, pero tampoco lo tenía muy claro con ella ni con ninguno de sus ridículos amigos para darlo por sentado. Balwer se limitó a observarla con la cabeza ladeada y su efluvio transmitió impaciencia, no preocupación. Tras echar la testa hacia atrás

bruscamente, Selande enfocó su atención en Perrin.

—Os veo, lord Perrin Ojos Dorados —empezó con el seco acento de Cairhien pero, consciente de que él tenía poco aguante con su pretendida formalidad Aiel, se apresuró a continuar—: Me he enterado de tres cosas esta noche. La primera, y menos importante, es que Haviar informó que Masema envió a otro jinete de vuelta a Amadicia ayer. Nerion intentó seguirlo, pero lo perdió.

—Comunica a Nerion que he dicho que no tiene que seguir a nadie —replicó Perrin con sequedad—. Y a Haviar igual. ¡Deberían saberlo! Tienen que observar, escuchar e informar lo que vean y oigan, nada más. ¿Me has entendido? —Selande asintió con la cabeza y en su efluvio asomó una punzada de miedo durante un instante. Miedo de él, supuso Perrin, de que estuviera furioso con ella. Los ojos amarillos en un hombre ponían nerviosas a algunas personas. Apartó la mano del hacha y enlazó ambas a la espalda con fuerza.

Haviar y Nerion eran otros de las dos docenas de necios jóvenes seguidores de Faile, el uno teariano y el segundo cairhienino. Faile los había utilizado a todos como informadores, algo que todavía irritaba a Perrin por alguna razón, aunque ella le había dicho a la cara que espiar era asunto de la esposa. Un hombre tenía que escuchar atento cuando creía que su mujer estaba bromeando, porque quizá no lo hacía. La idea de espiar lo hacía sentirse incómodo, pero si Faile los utilizaba para eso entonces también podía hacerlo su marido cuando era necesario. Pero sólo esos dos. Masema parecía convencido de que todo el mundo excepto los Amigos Siniestros estaba destinado a seguirlo antes o después, aunque podría empezar a sospechar si muchos abandonaban el campamento de Perrin para unirse a él.

—No lo llames Masema, ni siquiera aquí —añadió bruscamente. Desde hacía un tiempo, el hombre conocido como Masema Dagar había muerto y se había levantado de la tumba como el Profeta del lord Dragón Renacido, y últimamente se mostraba más susceptible que nunca respecto a que se mencionara su anterior nombre—. Comete un desliz en el sitio equivocado y es posible que puedas considerarte afortunada si unos cuantos de sus matones se limitan a azotarte en cuanto te encuentren sola. —Selande volvió a asentir con la cabeza, seriamente, y en esta ocasión sin oler a miedo. Luz, esos idiotas de Faile eran tan tontos como para no discernir qué debían temer.

—Casi ha amanecido —murmuró Balwer, que tiritó y se arrebujó más en la capa —. La gente no tardará en despertarse y algunos asuntos es mejor discutirlos sin ser vistos. Si milady hace el favor de continuar... —De nuevo, sus palabras fueron más que una sugerencia. Selande y los demás adláteres de Faile sólo habían servido para causar problemas, a entender de Perrin, y por alguna razón Balwer parecía estar intentando chincharla hasta hacerla reventar, pero curiosamente ella respingó con aire azorado y murmuró una disculpa.

Ciertamente la oscuridad iba disminuyendo, cayó en la cuenta Perrin, al menos a sus ojos. El cielo aún parecía negro, salpicado de brillantes estrellas, y sin embargo él casi distinguía los colores de las seis finas rayas que cruzaban la chaqueta de Selande. Al menos distinguía unas de otras. Gruñó para sus adentros al comprender que se había despertado más tarde de lo habitual. ¡No podía permitirse dejar que lo venciera el agotamiento, por cansado que estuviera! Tenía que oír el informe de Selande —que Masema enviara jinetes no habría preocupado a la mujer, ya que lo hacía casi a diario —, pero no pudo evitar buscar con ansiedad a Aram y *Brioso*. Sus oídos captaban los sonidos de actividad en las estacadas de caballos, pero todavía no había señales del suyo.

—Lo segundo, milord —prosiguió Selande—, es que Haviar ha visto barriles de pescado y carne de vaca en salazón con las marcas altaranesas, muchos. Dice que también hay altaraneses entre la gente de Mas... del Profeta. Algunos parecen artesanos, y uno o dos podrían ser mercaderes o funcionarios. En cualquier caso, personas establecidas y de sólida reputación, y algunos parecen dudosos de haber tomado la decisión correcta. Unas cuantas preguntas podrían desvelar de dónde proceden el pescado y la carne. Y tal vez aumentar el número de informadores para vos.

—Sé de dónde vienen el pescado y la carne, y tú también —repuso Perrin, irritado. Las manos enlazadas a la espalda se empuñaron.

Había confiado en que la velocidad con la que se movían impediría que Masema enviara grupos en incursiones para saquear. Eso es lo que eran, como los Shaido, si no peores. Ofrecían a la gente una oportunidad de jurar lealtad al Dragón Renacido y a los que se negaban, a veces incluso a los que vacilaban simplemente, los mataban a fuego y acero. En cualquier caso, tanto si partían para seguir a Masema como si no, los que juraban tenían que hacer generosos donativos para apoyar la causa del Profeta, mientras que los que morían eran simplemente Amigos Siniestros y se confiscaban sus bienes. Según la ley de Masema, los ladrones perdían una mano, pero nada de lo que hacían sus saqueadores era un robo, según él. Conforme a sus leyes, el asesinato y un montón más de delitos merecían la horca, pero un número considerable de sus seguidores parecía preferir matar que recibir juramentos. De ese modo había más saqueo y para algunos de ellos el asesinato resultaba un entretenido pasatiempo al que jugar antes de comer.

—Diles que se mantengan alejados de esos altaraneses —prosiguió Perrin—. Las filas de Masema acogen a todo tipo de gente, y aun en el caso de que les estén entrando dudas, no tardarán mucho en apestar a fanatismo como los demás. Entonces no vacilarían en destripar a un vecino, cuanto menos a alguien que ha preguntado lo que no debía. Lo que quiero saber es qué hace Masema, qué está planeando.

Que ese hombre tramaba algo parecía evidente. Masema afirmaba que era

blasfemia tocar el Poder Único, con excepción de Rand, y que lo único que deseaba era reunirse con él en el este. Como siempre, pensar en Rand vino acompañado de un torbellino de colores, aunque esta vez más vívidos que de costumbre; no obstante, la ira los evaporó en la mente de Perrin. Blasfemia o no, Masema había aceptado Viajar, que no sólo implicaba encauzar, sino hombres encauzando. Y, dijera lo que dijera, lo había hecho para permanecer en el oeste todo el tiempo posible, no por ayudar a rescatar a Faile. Perrin solía confiar en la gente hasta que demostraba que no era merecedora de ello, pero nada más percibir el efluvio de Masema se había dado cuenta de que ese hombre estaba tan desquiciado como un perro rabioso, y era aún menos de fiar.

Había pensado cómo frenar ese ardid, fuera lo que fuese. Y cómo frenar las matanzas y los incendios. Masema contaba con diez o doce mil hombres, tal vez más —el tipo no era nada comunicativo respecto a eso, y la forma que tenían de acampar, en un desperdigado desorden, hacía imposible contarlos—, mientras que los que seguían a Perrin eran menos de una cuarta parte, varios cientos de ellos conductores de carretas, mozos y otros que serían más un estorbo que una ayuda a la hora de luchar; no obstante, con tres Aes Sedai y dos Asha'man, por no mencionar a seis Sabias Aiel, podría parar a Masema. Las Sabias y las dos Aes Sedai estarían ansiosas de tomar parte en ello. O más que simplemente bien dispuestas, como mínimo. Querían muerto a Masema. No obstante, dispersar el ejército de Masema haría surgir cientos de bandas más pequeñas que se desperdigarían por Altara y más allá, todavía saqueando y matando para sí mismos en lugar de hacerlo en nombre del Dragón Renacido. «Desbaratar a los Shaido tendrá el mismo resultado», pensó, y apartó la idea de su mente. Frenar a Masema llevaría un tiempo que él no tenía. Lo de ese hombre tendría que esperar hasta que Faile estuviera a salvo. Hasta que los Shaido acabaran reducidos a astillas.

—¿Qué es eso tercero que has sabido esta noche, Selande? —inquirió bruscamente. Para su sorpresa, el olor a preocupación en la mujer se incrementó.

—Haviar vio a alguien —respondió lentamente—. No me lo dijo al principio. —Su voz se endureció un momento—. Tomé las medidas oportunas para que eso no vuelva a ocurrir. —Respiró hondo, dando la impresión de que se debatía consigo misma, y después soltó de corrido—: Masuri Sedai ha visitado a Mase... al Profeta. Es verdad, milord, ¡creedme! Haviar la ha visto en más de una ocasión. Entra subrepticiamente en el campamento, encapuchada, y se marcha del mismo modo, pero vio su cara claramente dos veces. En ambas ocasiones la acompañaba un hombre, y a veces otra mujer. Haviar no ha visto al hombre con bastante claridad para estar seguro, pero la descripción encaja con Rovair, el Guardián de Masuri, y Haviar no tiene la menor duda de que la otra mujer es Annoura Sedai.

Enmudeció de golpe y sus ojos brillaron sombríos a la luz de la luna, prendidos

en él. Luz, ¡estaba más preocupada por cómo se lo tomaría él que por lo que aquello implicaba! Se obligó a aflojar los puños. Masema despreciaba a las Aes Sedai tanto como a los Amigos Siniestros; casi las consideraba como tal. ¿Por qué iba a recibir a dos hermanas? ¿Por qué iban a acudir ellas a Masema? La opinión de Annoura sobre Masema quedaba oculta tras el misterio y tras comentarios de doble sentido que podían significar cualquier cosa, pero Masuri había manifestado sin tapujos que había que acabar con Masema como con un perro rabioso.

—Asegúrate de que Haviar y Nerion estén pendientes de la aparición de las hermanas y a ver si pueden escuchar a escondidas en uno de sus encuentros con Masema. —¿Podría estar equivocado Haviar? No, en el campamento de Masema había pocas mujeres, relativamente hablando, y era inverosímil que el teariano confundiera a Masuri con una de esas viejas brujas sucias de mirada asesina. Por lo general, la clase de mujer que seguía a Masema hacía que los hombres parecieran gitanos en comparación—. Pero diles que tengan cuidado. Más vale dejar pasar la oportunidad a que los pillen. No servirán de mucho a nadie colgados de un árbol. —Perrin sabía que sus palabras sonaban bruscas e intentó suavizar el tono de voz. Eso le costaba más desde el rapto de Faile—. Lo habéis hecho bien, Selande. —Al menos no parecía que le estuviera gritando—. Tú, Haviar y Nerion. Faile se sentiría orgullosa si lo supiera.

Una sonrisa iluminó la cara de la mujer, que se irguió un poco más si tal cosa era posible. ¡El orgullo, limpio e intenso, el orgullo del logro, arrolló casi todos los demás olores de su efluvio!

—Gracias, milord. ¡Gracias!

Cualquiera habría pensado que le había dado un galardón. Quizá sí, pensándolo bien. Aunque pensándolo bien quizás a Faile no le hiciera gracia que estuviera utilizando a sus informadores o siquiera que supiera que existían. En su día, la idea de que Faile estuviera contrariada le habría causado intranquilidad, pero eso era antes de haberse enterado de lo de sus espías. Y de ese asuntillo de la Corona Rota que se le había escapado a Elyas. ¡Todo el mundo decía que las esposas guardaban bien sus secretos, pero había límites!

Mientras se ajustaba la capa sobre los estrechos hombros con una mano, Balwer se llevó la otra a la boca y tosió.

—Bien dicho, milord. Muy bien dicho. Milady, sin duda querréis transmitir las instrucciones de lord Perrin lo antes posible. No tendría sentido dejar que un malentendido lo echara todo a perder.

Selande asintió con la cabeza sin apartar la vista de Perrin. Abrió la boca y Perrin tuvo la certeza de que se proponía decir algo como que esperaba que encontrara agua y sombra. ¡Luz, el agua era algo que tenían de sobra, aunque fuera congelada en su mayor parte, y en esa época del año nadie necesitaba sombra ni en pleno mediodía!

Seguramente era lo que iba a decir, porque vaciló antes de manifestar:

—Que la Gracia os sea propicia, milord. Si se me permite el atrevimiento, la Gracia le ha sido propicia a lady Faile con vos.

Perrin inclinó la cabeza dándole las gracias. En su boca había un regusto a ceniza. La Gracia tenía una forma curiosa de serle propicia a Faile, dándole un esposo que todavía no la había encontrado después de más de dos semanas de búsqueda. Las Doncellas afirmaban que se la había hecho *gai'shain*, que no se la trataría mal, pero tenían que admitir que esos Shaido ya habían roto sus costumbres de cien formas distintas. En su opinión, que lo raptaran a uno era maltrato de sobra. Cenizas muy amargas.

—La señora lo hará muy bien, milord —musitó Balwer, que seguía con la mirada a Selande hasta que ésta se desvaneció en la oscuridad, entre las carretas. Su aprobación resultó una sorpresa; había intentado convencer a Perrin de que no utilizara a Selande y a sus amigos basándose en que eran exaltados e irresponsables —. Posee el instinto necesario. Por lo general los cairhieninos lo tienen, y los tearianos hasta cierto punto, al menos los nobles, sobre todo una vez que... —Se interrumpió bruscamente y miró a Perrin con cautela. De haberse tratado de otro hombre, Perrin habría pensado que había dicho más de la cuenta, pero dudaba que Balwer cometiera esa clase de desliz. El olor del hombre permanecía estable, no con los altibajos propios de quien se sintiera inseguro—. ¿Puedo comentar uno o dos puntos de su informe, milord?

El crujido de la nieve bajo los cascos de un caballo anunció la aproximación de Aram conduciendo al semental pardo de Perrin y a su propio castrado gris. Los dos animales intentaban mordisquearse y Aram los mantenía bastante apartados, aunque no sin dificultad. Balwer suspiró.

—Podéis decir lo que sea delante de Aram, maese Balwer —manifestó Perrin.

El hombrecillo inclinó la cabeza en un gesto aquiescente, pero también volvió a suspirar. Todo el mundo en el campamento sabía que Balwer tenía la habilidad de unir rumores y comentarios escuchados por casualidad y cosas que había hecho la gente para formar un cuadro de lo que había ocurrido realmente o lo que podría ocurrir, y el propio Balwer consideraba eso como parte de su trabajo como secretario, pero por alguna razón le gustaba fingir que no hacía tal cosa. Era una simulación inofensiva y Perrin solía seguirle la corriente.

—Camina detrás de nosotros un rato, Aram —le dijo mientras le cogía las riendas de *Brioso*—. Tengo que hablar con maese Balwer en privado.

El suspiro de Balwer fue tan leve que Perrin casi no lo oyó. Aram se situó detrás sin decir palabra al tiempo que echaban a andar. La helada nieve crujía bajo sus pies, pero su efluvio volvió a tornarse susceptible; y vibrante. Un olor tenue y acre. Esta vez Perrin lo reconoció, aunque no prestó más atención de la habitual. Aram tenía

celos de cualquiera que pasara tiempo con él, excepto Faile. Perrin no sabía cómo frenar algo así y, de todos modos, estaba tan acostumbrado a la actitud posesiva de Aram como al modo en que Balwer caminaba a saltitos a su lado, echando ojeadas hacia atrás para ver si Aram se hallaba lo bastante cerca para escuchar, hasta que finalmente se decidió a hablar. El efluvio afilado de sospecha de Balwer, curiosamente seco y ni siquiera caliente, pero aun así de sospecha, daba el contrapunto a los celos de Aram. No se podía cambiar a los hombres que no querían cambiar.

Las estacadas de caballos y las carretas de suministros se encontraban localizadas en el centro del campamento, donde los ladrones lo tendrían difícil para llegar hasta ellas, y aunque el cielo todavía aparecía negro a los ojos de casi todo el mundo, los conductores de carretas y los mozos, que dormían cerca de lo que tenían a su cargo, ya estaban despiertos y enrollando sus mantas; algunos arreglaban los refugios hechos con ramas de pino y otras ramas pequeñas de árboles recogidas en el bosque circundante, por si acaso se necesitaban para otra noche. Empezaban a encenderse lumbres, sobre las que se ponían cazos negros, si bien había poco para comer excepto gachas de avena o judías secas. La caza contribuía con algo de carne de venados y conejos, perdices, becadas y similares, pero eso no daba para mucho con tanta gente a la que alimentar, y no habían pasado por ningún sitio donde abastecerse desde que habían cruzado el Eldar. Una sucesión de reverencias y murmullos de «Buenos días, milord» y «La Luz os guarde, milord» siguió a Perrin, pero los hombres y las mujeres que lo veían dejaron de reforzar sus refugios, y unos cuantos se pusieron a desmontarlos, como si percibieran su determinación en su modo de caminar. Tendrían que conocer sus intenciones a estas alturas. Desde el día en que se había dado cuenta del error garrafal que había cometido, no habían pasado dos noches en el mismo sitio. Devolvió los saludos sin aminorar el paso.

El resto del campamento formaba un estrecho anillo alrededor de los caballos y las carretas, de cara al bosque circundante, con los hombres de Dos Ríos divididos en cuatro grupos y los lanceros de Ghealdan y de Mayene separados entre ellos. Quienquiera que viniera contra ellos, desde cualquier dirección, se encontraría con los arcos largos de Dos Ríos y la caballería entrenada. No era una inesperada aparición de los Shaido lo que Perrin temía, sino a Masema. El hombre parecía seguirlo dócilmente; pero, aparte de las noticias de las incursiones, nueve ghealdanos y ocho mayenienses habían desaparecido en las dos últimas semanas, y nadie creía que hubieran desertado. Antes de eso, el día que raptaron a Faile se había tendido una emboscada a veinte mayenienses y todos habían muerto, y todos estaban convencidos de que los autores habían sido hombres de Masema. De modo que existía una paz precaria, una extraña clase de paz peliaguda, pero apostar una moneda de cobre porque duraría siempre era perder esa moneda. Masema simulaba no darse cuenta de

que esa paz peligrara, pero a sus seguidores parecía darles lo mismo y, fingiera lo que fingiera Masema, ellos seguían sus directrices. De algún modo, sin embargo, Perrin se proponía que durara hasta que Faile estuviera libre. Hacer de su campamento una nuez demasiado dura de cascar era un modo de conseguir que la paz durara.

Los Aiel habían insistido en tener su pequeña porción de la extraña tarta, aunque eran menos de cincuenta contando los *gai'shain* que servían a las Sabias, y Perrin se detuvo para estudiar las bajas y oscuras tiendas. Las únicas tiendas levantadas aparte de las Aiel en todo el campamento eran las de Berelain y sus dos sirvientas, en el lado opuesto del campamento, no lejos de las contadas casas de Brytan. Plagas de moscas y piojos hacían a éstas inhabitables hasta para los soldados más endurecidos que buscaran refugio del frío, y los establos eran pésimas construcciones destartaladas en las que penetraba el aire a chorros y que albergaban insectos peores que las casas. Las Doncellas y Gaul, el único varón entre los Aiel que no fuera *gai'shain*, se encontraban con los exploradores, y las tiendas Aiel seguían en silencio, si bien el humo que salía por algunos de los agujeros de ventilación ponía en evidencia que los *gai'shain* estaban preparando el desayuno a las Sabias o sirviéndolo. Annoura era la consejera de Berelain y por lo general compartía su tienda, pero Masuri y Seonid se encontrarían con las Sabias, quizás incluso ayudando a los *gai'shain* con el desayuno. Todavía intentaban ocultar el hecho de que las Sabias las consideraban aprendizas, aunque todo el mundo en el campamento debía de estar al tanto a esas alturas. Cualquiera que viera a una Aes Sedai llevando leña o agua o que oyera que a una la habían vareado podía comprenderlo. Las dos Aes Sedai habían jurado lealtad a Rand —de nuevo los colores giraron en su cabeza en una explosión de matices; de nuevo se desvanecieron bajo la omnipresente ira—, pero Edarra y las otras Sabias habían recibido el cometido de tenerlas vigiladas.

Sólo las propias Aes Sedai sabían hasta qué punto las comprometían sus juramentos o qué posibilidad de maniobra tenían entre las palabras, de modo que a ninguna se le permitía saltar a menos que una Sabia dijera «sapo». Seonid y Masuri, ambas, habían dicho que a Masema habría que matarlo como a un perro rabioso, y las Sabias no podían estar más de acuerdo. O eso afirmaban. Ellas no tenían Tres Juramentos que las obligaran a ceñirse a la verdad, aunque en realidad ese Juramento en particular comprometía a las Aes Sedai más en la forma que en el fondo. Y Perrin recordaba que una de las Sabias le había contado que Masuri pensaba que al perro rabioso se lo podía encadenar. Nada de saltar mientras una Sabia no dijera «sapo». Era como un rompecabezas de herrero con los bordes de las piezas de metal afilados. Debía resolverlo, pero si cometía un error al girarlo podía cortarse un dedo hasta el hueso.

Por el rabillo del ojo atisbó que Balwer lo estaba observando con los labios fruncidos en un gesto pensativo. Un pájaro estudiando algo desconocido, no asustado

ni hambriento, sólo curioso. Recogió las riendas de *Brioso* y siguió caminando tan deprisa que el hombrecillo tuvo que alargar sus pasos a pequeños saltos para alcanzarlo.

Hombres de Dos Ríos ocupaban el segmento del campamento adyacente a los Aiel, de cara al nordeste, y Perrin consideró la idea de desviarse un poco al norte, hacia donde acampaban los lanceros ghealdanos, o al sur, hacia la sección mayeniense más cercana, pero, tras respirar hondo, se obligó a conducir su caballo a través de sus amigos y vecinos. Todos estaban despiertos, arrebujados en las capas, echando las ramas restantes de sus refugios a las lumbres de cocina o cortando las sobras frías del conejo de la noche anterior para añadirlas a las gachas de avena en los cazos. Las conversaciones se fueron apagando y el olor a cautela se volvió intenso a medida que las cabezas se levantaban para mirarlo. Las piedras de amolar se detuvieron a media pasada sobre las cuchillas, y después reanudaron su susurro sibilante. El arco largo era su arma preferida, pero todos llevaban también una daga grande o una espada corta, o a veces una espada normal, y habían cogido picas y alabardas y otras varas largas rematadas con hojas y puntas extrañas que los Shaido no habían considerado que mereciera la pena llevarse en sus pillajes. A las lanzas estaban acostumbrados, y unas manos hechas a manejar el bastón de combate en las competiciones de días de fiesta no encontraban mucha diferencia en cualquier pértiga una vez que se tenía en cuenta el peso del metal en un extremo. Sus caras denotaban hambre, cansancio y circunspección.

Alguien lanzó un grito desganado de «¡Ojos Dorados!», pero nadie lo coreó, algo que habría complacido a Perrin un mes antes. Mucho había cambiado desde que se habían llevado a Faile. Ahora su silencio era sombrío. El joven Kenly Maerin, con las mejillas todavía pálidas donde se había afeitado lo que apenas era un intento de barba, evitó los ojos de Perrin, y Jori Congar, siempre dispuesto a coger todo objeto pequeño y valioso que veía y a beber cualquier cosa de la que pudiera echar mano, escupió desdeñosamente cuando Perrin pasó a su lado. Ban Crawe le lanzó un puñetazo al hombro por hacerlo, con fuerza, pero tampoco miró a Perrin.

Dannil Lewin se puso de pie mientras se daba tironcitos del espeso bigote, que parecía ridículo bajo su gran napia.

—¿Alguna orden, lord Perrin?

El flaco Dannil pareció aliviado cuando Perrin sacudió la cabeza, y volvió a sentarse rápidamente, con la mirada prendida en el cazo más próximo como si estuviera ansioso de engullir las gachas matinales. Quizás era así; últimamente nadie tenía el estómago lleno, y a Dannil nunca le había sobrado carne. Detrás de Perrin, Aram soltó un sonido de desagrado muy semejante a un gruñido.

Allí había otras personas aparte de la gente de Dos Ríos, pero su actitud no era mejor. Bueno, Lamgwin Dorn, un tipo corpulento con la cara llena de cicatrices,

saludó con una inclinación de cabeza. Tenía pinta de camorrista de taberna, pero ahora era su criado personal cuando necesitaba uno, cosa que no ocurría a menudo, y quizá quería simplemente estar a bien con su patrón. Pero Basel Gill, el otrora orondo posadero que Faile había tomado como su shambayan, se dedicó afanosamente a doblar sus mantas con exagerado cuidado, manteniendo baja la calva cabeza, y la primera doncella de Faile, Lini Eltring, una mujer huesuda cuyo prieto moño blanco hacía que su cara pareciera más estrecha de lo que era, se puso recta dejando de remover un cazo, con los finos labios apretados, y levantó la larga cuchara de madera como para rechazar a Perrin. Breane Taborwin, los oscuros ojos fieros en su pálida tez de cairhienina, dio un fuerte cachete a Lamgwin en el brazo y lo miró ceñuda. Era su pareja, aunque no su esposa, y segunda de las tres doncellas de Faile. Perseguirían a los Shaido hasta caer muertos si era preciso y se echarían al cuello de Faile cuando la encontraran, pero sólo Lamgwin le dedicó un mínimo gesto respetuoso. Quizás de Jur Grady habría recibido más deferencia —a los Asha'man también les hacían el vacío por lo que eran, y ninguno de los dos había mostrado animosidad contra Perrin—; pero, a despecho del ruido de la gente pisoteando la nieve helada y maldiciendo cuando resbalaba, Grady seguía envuelto en las mantas, roncando, debajo de un refugio hecho con ramas de pino. Perrin pasó entre sus amigos, vecinos y sirvientes y se sintió solo. Un hombre sólo podía proclamar su fidelidad cierto tiempo antes de renunciar. El corazón de su vida se encontraba en alguna parte al nordeste. Todo volvería a la normalidad cuando la trajera de vuelta.

Una afilada estacada de diez pasos de anchura circunvalaba el campamento, y Perrin se dirigió al borde de la sección de lanceros ghealdanos, donde se habían dejado pasos en ángulo para que los hombres montados pudieran salir, aunque Balwer y Aram tuvieron que ponerse en fila por el estrecho paso. En los de la sección de los hombres de Dos Ríos, una persona a pie habría tenido que retorcerse y girar para conseguir pasar. El borde del bosque se encontraba a poco más de un centenar de pasos, un disparo fácil para los arcos de Dos Ríos, y los enormes árboles alzaban el dosel de sus copas muy alto. Algunos eran desconocidos para Perrin, pero había pinos y olmos entre ellos, algunos de tres o cuatro pasos de grosor en la base, y robles que eran aún más grandes. Árboles de ese tamaño mataban cualquier planta que fuera más grande que la hierba y los pequeños matorrales que intentaban crecer bajo ellos, dejando amplios espacios entre medias, pero sombras más oscuras que la noche llenaban esos espacios. Era un bosque antiguo, uno que podría engullir ejércitos enteros sin dejar ni los huesos.

Balwer lo siguió todo el camino a través de las estacas antes de decidir que estaba todo lo solo que podía estar con Perrin en esos momentos.

—Es sobre los jinetes que ha enviado Masema, milord —empezó y se arrebujó en la capa al tiempo que echaba una mirada desconfiada hacia Aram, que le respondió

con otra gélida.

—Sí, sé que creéis que van a ver a los Capas Blancas —dijo Perrin. Estaba ansioso por ponerse en marcha y alejarse aún más de sus amigos. Posó la mano que sostenía las riendas sobre el arzón de la silla, pero se contuvo de plantar el pie en el estribo. *Brioso* movió la cabeza arriba y abajo, impaciente también—. Es igualmente posible que Masema estuviera enviando mensajes a los seanchan.

—Como vos decís, milord, una posibilidad viable, por supuesto. Sin embargo, ¿puedo sugerir de nuevo que la opinión de Masema sobre las Aes Sedai es muy semejante a la de los Capas Blancas? De hecho, es idéntica. Si estuviera en su mano, no quedaría viva una sola hermana. El punto de vista seanchan es más... pragmático, si se me permite denominarlo así. Menos de acuerdo con Masema, en cualquier caso.

—Por mucho que odiéis a los Capas Blancas, maese Balwer, no son la raíz de todo el mal. Y Masema ya ha tratado con los seanchan anteriormente.

—Como digáis, milord. —El semblante de Balwer no cambió, pero el hombre apestaba a duda. Perrin no podía demostrar las reuniones de Masema con los seanchan, y contarle a cualquiera cómo se había enterado sólo incrementaría sus dificultades actuales. Eso le daba problemas a Balwer, pues era un hombre al que le gustaban las pruebas—. En cuanto a las Aes Sedai y las Sabias, milord... Las Aes Sedai siempre actúan como si creyeran que saben más que todo el mundo, excepto, quizá, otra Aes Sedai. Me parece que las Sabias son iguales.

Perrin resopló y el aliento se tornó vaho en el aire.

—Contadme algo que no sepa. Como por ejemplo, por qué Masuri querría reunirse con Masema y por qué las Sabias lo permiten. Apostaría a *Brioso* contra un clavo de herradura que no lo hizo sin contar antes con su permiso.

Annoura era otro cantar, pero en su caso actuaría por sí misma. No parecía probable que lo hiciera a instancias de Berelain. Ajustándose la capa sobre los hombros, Balwer echó una ojeada más allá de las hileras de afiladas estacas, hacia el campamento, a las tiendas Aiel, y estrechó los ojos como si pudiese ver a través de las paredes de lona.

—Hay muchas posibilidades, milord —repuso con irritación—. Para cualquiera que preste un juramento, todo lo que no está prohibido está permitido, y todo lo que no se ha ordenado puede pasarse por alto. Otros acometen acciones que creen que ayudarán a su señor sin pedirle permiso antes. Las Aes Sedai y las Sabias entran en una de esas categorías, al parecer; pero, tal como están las cosas, decir más sería especular.

—Podría preguntar. Las Aes Sedai no pueden mentir, y si la presiono lo suficiente Masuri podría decirme la verdad.

Balwer hizo un gesto como si de repente le doliera el estómago.

—Quizá, milord. Quizá. Lo más probable es que os respondiera algo que sonase a

verdad. Las Aes Sedai tienen experiencia en eso, como ya sabéis. En cualquier caso, milord, Masuri se preguntaría cómo habíais sabido qué preguntar, y eso podría conducirla a Haviar y Nerion. En las circunstancias actuales, ¿quién sabe a quién podría contárselo? La franqueza no es siempre el mejor camino. A veces algunas cosas hay que hacerlas detrás de máscaras, por seguridad.

—Os dije que no se podía confiar en las Aes Sedai —intervino Aram bruscamente—. Os lo advertí, lord Perrin. —Enmudeció cuando Perrin levantó una mano, pero el hedor a rabia procedente del chico era tan intenso que Perrin tuvo que exhalar para limpiarse los pulmones. Una parte de él deseaba aspirar ese olor profundamente y dejar que lo consumiera.

Estudió a Balwer con atención. Si las Aes Sedai podían tergiversar la verdad hasta que uno no sabía distinguir arriba de abajo, y lo hacían, ¿hasta dónde podía confiar uno? La confianza era siempre la cuestión. Eso lo había aprendido con lecciones muy duras. Empero, controló firmemente la ira. Un martillo había que usarlo con cuidado, y él trabajaba en una forja donde un error podía arrancarle el corazón del pecho.

—¿Cambiarían las cosas si algunos de los amigos de Selande empiezan a pasar más tiempo entre los Aiel? Después de todo, quieren ser Aiel. Eso les daría una buena excusa. Y quizás alguno de ellos podría trabar amistad con Berelain y con su consejera.

—Sería posible, milord —respondió Balwer tras una ligera vacilación—. El padre de lady Medore es un Gran Señor de Tear, lo que le da suficiente rango para acercarse a la Principal de Mayene, y también una razón. Posiblemente uno o dos de los cairhieninos también tienen una posición lo bastante alta. Encontrar a los que vivan entre los Aiel será aún más fácil.

Perrin asintió. Un cuidado infinito con el martillo, por mucho que uno quisiera machacar cuanto tenía a su alcance.

—Entonces, hacedlo. Pero, maese Balwer, habéis intentado... guiarme a esto desde que Selande se marchó. De ahora en adelante, si tenéis alguna sugerencia, hacedla. Aunque diga «no» a nueve seguidas, siempre escucharé una décima. No soy un hombre inteligente, pero me presto a escuchar a la gente que sí lo es, y creo que vos lo sois. Pero no tratéis de azuzarme en la dirección que queréis que vaya. Eso no me gusta, maese Balwer.

El hombrecillo parpadeó y después, nada menos, hizo una reverencia con las manos enlazadas en la cintura. Olía a sorprendido. Y a satisfecho. ¿Satisfecho?

—Como digáis, milord —respondió—. A mi anterior señor no le gustaba que hiciera sugerencias a menos que me lo pidiera. No volveré a cometer el mismo error, os lo aseguro. —Miró a Perrin y pareció llegar a una decisión—. Si se me permite decirlo, serviros me resulta... grato en aspectos que no esperaba. Sois lo que

aparentáis, milord, sin agujas envenenadas escondidas para atrapar a los incautos. La perspicacia de mi anterior señor era de todos conocida, pero creo que vos sois igual de perspicaz, de un modo distinto. Creo que lamentaría dejar vuestro servicio. Cualquier hombre diría estas cosas para conservar su puesto, pero yo lo digo en serio.

¿Agujas envenenadas? Antes de entrar a su servicio, el anterior empleo de Balwer había sido de secretario de una noble murandiana que vino a menos y no pudo seguir manteniéndolo en su puesto. Murandy debía de ser un sitio más duro de lo que Perrin creía.

—No veo razón para que dejéis mi servicio. Simplemente decidme lo que queráis hacer y dejad que decida, no tratéis de empujarme. Y olvidad los halagos.

—Nunca adulo, milord. Pero soy experto en adaptarme a las necesidades de mi señor; es un requisito de mi profesión. —El hombrecillo volvió a hacer una reverencia. Nunca había sido tan ceremonioso—. Si no tenéis ninguna otra pregunta, milord, ¿puedo ir a buscar a lady Medore?

Perrin asintió. Balwer hizo una tercera reverencia mientras caminaba hacia atrás, y después se internó en el campamento con la capa ondeando tras él mientras zigzagueaba entre las afiladas estacas como un gorrión saltando en la nieve. Era un tipo extraño.

—No me fío de él —mascculló Aram, que seguía con la mirada a Balwer—. Y tampoco de Selande y esa pandilla. Se aliarán con las Aes Sedai, recordad lo que os digo.

—Hay que confiar en alguien —replicó duramente Perrin. La cuestión era en quién. Subió a la silla y taconeó al pardo en los flancos. Un martillo descansando no servía para nada.

6. El olor de un sueño

El aire frío parecía limpio y fresco en la nariz de Perrin mientras entraba en el bosque a galope, la brisa cargada del helor de la nieve que se levantaba en blancos surtidores bajo los cascos de *Brioso*. Allí fuera podía olvidar a viejos amigos bien dispuestos a creer lo peor de los rumores. Podía intentar olvidarse de Masema, de las Aes Sedai y de las Sabias. Sin embargo, los Shaido estaban soldados dentro de su cráneo cual un rompecabezas de hierro que no cedía por mucho que lo girara. Deseaba hacerlo pedazos, pero eso nunca funcionaba con un rompecabezas de herrero.

Tras un corto galope tendido, hizo que el caballo aflojara la marcha al paso con una punzada de culpa. La oscuridad bajo el dosel del bosque era profunda y los afloramientos rocosos entre los altos árboles advertían de otros debajo de la nieve, un centenar de sitios donde un caballo a galope podía romperse una pata, y eso sin contar agujeros de ardillas de tierra, zorreras y cubiles de tejones. No había por qué correr riesgos. Un galope no liberaría a Faile una hora antes, y en cualquier caso un caballo no podía mantener ese paso mucho tiempo. La nieve llegaba a la altura de la rodilla en algunos sitios donde se había amontonado y en el resto tenía también bastante profundidad. No obstante, se encaminó hacia el nordeste. Los exploradores vendrían de esa dirección, con noticias de Faile. Con noticias de los Shaido, al menos, de una ubicación. Había esperado eso innumerables veces, había rezado para que fuera así, pero sabía que ese día llegaría la noticia. Empero, saberlo acrecentaba su ansiedad. Encontrarlos era sólo el primer paso para resolver el rompecabezas. La ira hacía que su mente pasara velozmente de una cosa a otra; pero, dijera lo que dijera Balwer, Perrin sabía que, en el mejor de los casos, era metódico, que no tenía rapidez mental, y a falta de inteligencia tendría que arreglarse con la reflexión metódica. De algún modo.

Aram lo alcanzó haciendo galopar su caballo y luego lo refrenó al paso, situándose un poco detrás y a un lado de Perrin, como un sabueso. Perrin lo dejó. Aram nunca olía a cómodo cuando lo hacía cabalgar a su lado. El otrora gitano no pronunció palabra, pero las ráfagas del gélido aire le llevaban su efluvio, una mezcla de ira, recelo y descontento. Iba sentado en la silla tan tenso como un resorte de reloj al que se ha dado cuerda en exceso, y escudriñaba el bosque con gesto sombrío, como si esperara que los Shaido fueran a salir repentinamente de detrás de un árbol.

A decir verdad, casi cualquier cosa habría podido esconderse en esa fronda sin ser vista por la mayoría de los hombres. Allí donde se atisbaba el cielo entre el dosel de las copas tenía ya un color gris oscuro, pero de momento la falta de claridad sumía al bosque en sombras más oscuras que la noche y los propios árboles semejaban inmensas columnas de negrura. Aun así, hasta el cambio de tonalidad de una grajilla

posada en una rama cubierta de nieve, con las plumas ahuecadas para protegerse del frío, atrajo la mirada de Perrin, así como un vencejo de los pinos, más negro que la oscuridad, que alzó cautelosamente la cabeza en otra rama. También captó el olor de ambos. Una tenue vaharada a hombre llegó desde lo alto, en un enorme roble cuyas ramas eran tan gruesas como un poni. Los ghealdanos y los mayenienses tenían sus patrullas montadas dando vueltas al campamento a varios kilómetros de distancia, pero Perrin prefería confiar a los hombres de Dos Ríos la vigilancia en las cercanías. No contaba con suficientes hombres para rodear por completo el campamento, pero estaban acostumbrados a los bosques y a cazar animales que por el contrario podrían cazarlos a ellos, así como a percibir movimientos que le pasarían por alto a un centinela que pensara más bien en soldados y guerra. Los felinos que bajaban de las montañas buscando ovejas podían pasar inadvertidos a simple vista, y los osos y los jabalíes solían volver sobre sus pasos para tender una emboscada a sus perseguidores. Desde las ramas situadas a diez o doce metros del suelo, los hombres podían ver cualquier cosa que se moviera debajo a tiempo de dar la alarma al campamento, y con sus arcos largos eran capaces de hacérselo pagar caro a cualquiera que intentara rebasar su posición. Empero, la presencia de los centinelas fue un dato que pasó por su mente de forma tan fugaz como la de la grajilla. Su atención estaba centrada al frente, a través de los árboles y las sombras, pendiente de captar la primera señal del regreso de los exploradores.

De repente *Brioso* levantó la cabeza y resopló exhalando vaho al tiempo que sus ojos giraban asustados al frenarse en seco, en tanto que el gris de Aram relinchaba y respingaba. Perrin se echó hacia adelante para palmear el cuello del tembloroso semental, pero su mano se quedó paralizada a medio camino cuando su olfato captó un leve indicio de azufre quemado en el aire, un olor que hizo que se le erizara el pelo de la nuca. Casi azufre quemado; eso sólo era una burda imitación de este tufo. Hedía a... aberración, a algo que no pertenecía a este mundo. El tufo no era reciente —ni siquiera se habría podido calificar aquel hedor como «fresco»—, pero tampoco viejo. Una hora, tal vez menos. Alrededor del momento en que se había despertado, quizá. Cuando había soñado con ese olor.

—¿Qué ocurre, lord Perrin? —Aram estaba teniendo problemas para controlar su caballo, que giraba en círculos debatiéndose contra las riendas e intentaba salir a galope en cualquier dirección mientras lo alejara de allí. Aram todavía tiraba del bocado cuando ya había desenvainado su espada con el pomo en forma de cabeza de lobo. Practicaba con ella a diario, durante horas y horas si tenía ocasión, y los que entendían de esas cosas afirmaban que era bueno—. Vos podréis distinguir un hilo negro de uno blanco aquí, pero para mí aún no es de día. No veo maldita la cosa.

—Guarda eso —ordenó Perrin—. No hace falta. Las espadas no servirían de nada, en cualquier caso. —Con paciencia consiguió que el tembloroso animal

reanudara la marcha, pero fue siguiendo el rastro del repugnante olor, escudriñando el suelo cubierto de nieve. Conocía ese hedor y no sólo del sueño.

No tardó mucho en encontrar lo que buscaba, y *Brioso* soltó un agradecido resoplido cuando Perrin lo frenó a cierta distancia de una afloración de piedra gris con forma de losa, de unos dos pasos de ancho, que sobresalía a su derecha. La nieve que la rodeaba aparecía lisa e intacta, pero la rocosa superficie inclinada estaba cubierta de huellas de perro, como si una manada hubiese pasado sobre ella en su carrera. Ni la penumbra ni las sombras impidieron que los ojos de Perrin las vieran claramente. Unas huellas más grandes que la palma de su mano, impresas en la piedra como si ésta fuese barro. Volvió a palmear el cuello de *Brioso*. No era de extrañar que el animal estuviera asustado.

—Regresa al campamento y busca a Dannil, Aram. Dile que he ordenado que se informe a todos que han pasado por aquí Sabuesos del Oscuro, tal vez hace una hora. Y enfunda tu arma. No te gustaría tener que intentar acabar con un Sabueso del Oscuro valiéndote de una espada, créeme.

—¿Sabuesos del Oscuro? —exclamó Aram al tiempo que escudriñaba las profundas sombras entre los árboles. Ahora había un temor anhelante en su olor. La mayoría de los hombres se habrían reído tomándolo por cuentos de niños o historietas de viajeros, pero los gitanos deambulaban por los campos y sabían lo que podían encontrar en territorios salvajes. Aram enfundó la espada en la vaina que llevaba en la espalda con evidente renuencia, pero mantuvo la mano derecha levantada, a medio camino de la empuñadura—. ¿Cómo se mata a un Sabueso del Oscuro? ¿Se los puede matar? —Claro que también podría ser que no tuviera plena conciencia de ello.

—Agradece que no tengas que intentarlo, Aram. Ve a hacer lo que te he dicho. Todo el mundo tiene que estar alerta por si regresan, aunque no creo que ocurra, pero más vale estar sobre aviso. —Perrin recordaba un enfrentamiento con una manada, y que había matado a uno. Creyó que lo había matado tras alcanzarlo con tres virotes. Los Engendros de la Sombra no morían así como así. Moraine había tenido que acabar con la manada utilizando el fuego compacto—. Asegúrate de que tanto las Aes Sedai como las Sabias se enteren de esto; y también los Asha'man.

No era probable que alguno de ellos supiera cómo tejer fuego compacto —ellas quizá no admitirían que conocían un tejido prohibido aunque supieran, y puede que ellos tampoco—, pero tal vez conocieran otra cosa que pudiera funcionar.

Aram era reacio a dejar solo a Perrin y remoloneó hasta que éste le ordenó secamente que se fuera; entonces dio media vuelta y se dirigió hacia el campamento dejando un rastro de olor a sentirse agraviado y dolido; como si dos hombres hubiesen estado más a salvo que uno solo. Tan pronto como se perdió de vista Aram, Perrin condujo a *Brioso* hacia el sur, en la dirección tomada por los Sabuesos del Oscuro. No quería compañía para esto, ni siquiera la de Aram. Sólo porque la gente

notara a veces la agudeza de su vista no era razón para hacer alarde de ello ni de su sentido del olfato. Ya había motivos de sobra para rehuirlo y no era menester añadir más.

Podría ser una coincidencia que esas criaturas pasaran tan cerca del campamento, pero los últimos años habían hecho que las casualidades despertaran su inquietud. Demasiado a menudo no eran casualidades en absoluto, al menos lo que solía entenderse como tal. Esto era otra faceta de su influencia *ta'veren* en el Entramado, una faceta sin la que habría podido pasar perfectamente. Parecía tener más desventajas que beneficios incluso cuando daba la impresión de actuar a favor de uno. Cabía la posibilidad de que lo que favorecía en cierto momento pudiera volverse en contra al siguiente. Y siempre había otra posibilidad: ser *ta'veren* hacía que uno destacara en el Entramado, y algunos de los Renegados podían valerse de ello para encontrarte, o eso le habían dicho. Quizá también podían hacerlo algunos Engendros de la Sombra.

El rastro que seguía debía de tener una hora casi, pero Perrin sentía una tirantez entre los omóplatos, un cosquilleo en el cuero cabelludo. El cielo todavía tenía un color gris oscuro cuando asomaba entre las copas de los árboles, incluso para sus ojos. El sol no había asomado por el horizonte aún. Justo esa hora precedente al amanecer era uno de los peores momentos para topar con la Cacería Salvaje, cuando la oscuridad iba dando paso al día pero la luz aún no se había impuesto. Al menos no había encrucijadas cerca, ni cementerios, pero las únicas piedras del hogar que tocar se encontraban en Brytan, y tampoco sabía cuánta seguridad había en esas casuchas. Tomó nota mental de la situación de un arroyo cercano, del que se surtía de agua el campamento rompiendo el hielo. Sólo medía diez o doce pasos de anchura y menos de medio metro de profundidad, pero poner de por medio una corriente de agua entre los Sabuesos y uno se suponía que los detendría. Claro que supuestamente también surtiría el mismo efecto hacerles frente, y él había visto el resultado de hacer tal cosa. Olfateaba la brisa buscando aquel rastro viejo. Y el atisbo de uno más reciente. Toparse por sorpresa con esos seres sería más que desagradable.

Brioso percibía los efluvios casi con tanta facilidad como Perrin, y en ocasiones los identificaba antes, pero cada vez que el pardo se plantaba de patas, Perrin lo obligaba a continuar. Había muchas huellas esparcidas en la nieve, la de los cascos de los caballos de las patrullas en sus idas y venidas, alguna que otra de conejos y zorros, pero las únicas dejadas por los Sabuesos del Oscuro se marcaban donde la piedra sobresalía de la nieve. El olor a azufre quemado era más intenso en esos lugares, pero aun así permanecía un rastro entre medias para que lo condujera al siguiente punto donde había huellas impresas. Las enormes marcas de las patas se superponían unas sobre otras, y era imposible calcular cuántos Sabuesos del Oscuro habían pasado, pero tanto si cada piedra medía un paso de ancho como si medía seis,

la superficie de todas sobre las que habían pasado estaban repletas de huellas de lado a lado. Una jauría más grande que la de diez que había visto a las afueras de Illian. Mucho más grande. ¿Sería ésa la razón de que no hubiera lobos en la zona? Estaba seguro de que la certidumbre de una muerte segura que había sentido en el sueño era algo real, y en ese sueño *había sido* un lobo.

Cuando el rastro empezó a virar hacia el oeste, una sospecha fue despertándose en su interior hasta convertirse en certeza conforme el trazado se prolongó en una curva. Los Sabuesos del Oscuro habían circunvalado completamente el campamento, pasando al norte de éste justo por un lugar donde varios árboles enormes estaban medio tumbados, sostenidos por los adyacentes; todos tenían un trozo cortado limpiamente a lo largo del tronco partido. Las huellas cubrían una afloración rocosa tan suave y lisa como mármol pulido salvo por una grieta, fina como un hilo y recta como una línea trazada a plomo, que la hendía de parte a parte. Nada se resistía a la apertura de un acceso de un Asha'man y allí se habían abierto dos. Un grueso pino que había caído tenía una sección de cuatro pasos de ancho quemada, pero el corte de los bordes abrasados era tan limpio como si se hubiera hecho con un aserrador. No obstante, los Sabuesos del Oscuro no parecían haberse interesado por esa evidencia del Poder Único. La jauría no se había detenido allí como tampoco lo había hecho en ninguna otra parte, ni siquiera había frenado su marcha, que Perrin pudiera ver. Los Sabuesos del Oscuro podían correr más deprisa que los caballos y durante más tiempo, y en el hedor dejado apenas se notaba diferencia de intensidad entre unos sitios y otros. En dos puntos de aquel circuito había seguido una bifurcación en el rastro, pero eran simplemente los sitios por donde la jauría había llegado desde el norte y se había marchado hacia el sur. Una vuelta alrededor del campamento, y después en camino tras lo que quiera o quienquiera que perseguían.

Obviamente, no era él. Quizá la jauría había dado la vuelta porque lo había percibido, había sentido a alguien que era *ta'veren*, pero Perrin dudaba que los Sabuesos del Oscuro hubieran vacilado un instante en entrar en el campamento si hubiesen ido tras él. La jauría a la que se había enfrentado tiempo atrás había entrado en la ciudad de Illian, aunque no había intentado matarlo hasta después. Sin embargo, ¿informarían los Sabuesos del Oscuro de lo que veían del mismo modo que lo hacían las ratas y los cuervos? La idea hizo que apretara las mandíbulas. Atraer la atención del Oscuro era algo que cualquier hombre en su sano juicio temía; ahora también podía interferir en su propósito de liberar a Faile. Eso le preocupaba más que cualquier otra cosa. Con todo, había formas de combatir a los Engendros de la Sombra; de combatir a los Renegados, ya puestos. Todo lo que se interpusiera entre Faile y él, ya fueran Sabuesos del Oscuro, Renegados o cualquier otra cosa, encontraría el modo de esquivarlo o atravesarlo, lo que hiciera falta. Sólo podía sentirse un máximo de miedo a un tiempo, y todo su temor estaba centrado en Faile.

No había sitio para más.

Antes de llegar al punto donde había empezado el rastreo, el aire le llevó olor a hombres y caballos, penetrante en el gélido viento, y tiró de las riendas para frenar a *Brioso* y ponerlo a un paso lento hasta detenerse por completo. Había avistado unos cincuenta o sesenta caballos a unos cien pasos más adelante. Por fin el sol había asomado en el horizonte y empezaba a irradiar rayos oblicuos a través del dosel del bosque; se reflejaba en la nieve y mitigaba un tanto la oscuridad, aunque todavía quedaban sombras profundas, veteadas entre los esbeltos haces luminosos. Algunas de esas sombras los envolvían. La cuadrilla montada no se hallaba lejos del lugar donde había encontrado las primeras huellas de los Sabuesos del Oscuro, y divisó la capa verde de Aram y la chaqueta a rayas rojas, ropas de gitano que desentonaban con la espada sujeta a la espalda. Casi todos los jinetes llevaban yelmos ribeteados en rojo en forma de ollas, y capas oscuras sobre los petos rojos; las largas cintas rojas de las lanzas ondeaban en la brisa mientras los soldados intentaban vigilar en todas direcciones. La Principal de Mayene salía a menudo a cabalgar por la mañana con una nutrida escolta de la Guardia Alada.

Se movió para eludir un encuentro con Berelain, pero entonces vio a tres mujeres altas a pie entre los caballos, con los largos chales oscuros echados sobre las cabezas y ciñéndoles la mitad superior del cuerpo; vaciló. Las Sabias montaban a caballo cuando era preciso, aunque a regañadientes, pero caminar dos o tres kilómetros por la nieve vistiendo las pesadas faldas de lana no era razón suficiente para obligarlas a cabalgar. Casi con toda seguridad Seonid o Masuri también se encontraban en ese grupo, aunque a las Aiel parecía caerles bien Berelain por alguna razón que él no acababa de entender.

No había pensado reunirse con los jinetes, estuviera quien estuviera con ellos, pero la vacilación le costó la oportunidad de escabullirse. Una de las Sabias —le pareció que era Carelle, una mujer de cabello pelirrojo que siempre tenía una expresión desafiante en sus azules ojos— alzó la mano para señalar en su dirección y todo el grupo giró; los soldados hicieron dar media vuelta a los caballos y escudriñaron entre los árboles que los separaban, con las lanzas rematadas por un palmo largo de acero inclinadas a medias. No era probable que pudieran divisarlo claramente a través de los espacios de sombras profundas y brillantes haces de sol. Le sorprendió que la Sabia lo hubiera avistado, aunque los Aiel generalmente tenían muy buena vista.

Masuri estaba allí; era una mujer delgada, abrigada con una capa de color bronce y montada en una yegua pinta. Y también estaba Annoura, algo retrasada en su yegua castaña pero identificable por las docenas de trencillas que asomaban por la capucha. La propia Berelain —alta y hermosa de largo cabello negro y con una capa roja forrada de piel negra— montaba al frente del grupo en un castrado zaino de bonita

estampa. Sin embargo, una pequeña falta menguaba la hermosura de la mujer: no era Faile. Otro fallo mayor la echaba a perder en lo concerniente a él. Se había enterado del secuestro de Faile a través de ella, así como de los contactos de Masema con los seanchan, pero casi todo el mundo en el campamento creía que se había acostado con ella la misma noche del rapto de Faile y la mujer no había hecho nada para rectificar esas habladurías. No era precisamente la clase de rumor que él pudiera pedirle que negara públicamente, pero podría haber dicho algo, indicar a sus doncellas que lo desmintieran, cualquier cosa. Por el contrario había guardado silencio mientras sus doncellas cuchicheaban como cotorras, lo que daba pábulo a la historia. En Dos Ríos, ésa era la clase de reputación que cuando se le colgaba a un hombre ya no podía quitársela de encima.

Había evitado a Berelain desde aquella noche y ahora se habría alejado incluso después de que lo hubieran visto, pero la Principal cogió una cesta con asa de aro que llevaba la doncella que la acompañaba —una mujer regordeta envuelta en una capa azul y dorada—, les dijo algo a los demás y condujo a su castrado castaño hacia él. Sola. Annoura levantó una mano y le dijo algo, pero Berelain ni siquiera miró atrás. Perrin estaba seguro de que lo seguiría fuera a donde fuese y, tal y como estaban las cosas, si se marchaba únicamente conseguiría que la gente pensara que quería estar a solas con ella. Taconeó los flancos de *Brioso* con la intención de reunirse con todos a pesar de lo poco que le apetecía —y que lo siguiera de vuelta al grupo si quería—, pero la mujer azuzó al caballo poniéndolo al trote, sin tener en cuenta lo accidentado del terreno y la nieve, salvó incluso una afloración rocosa de un salto, con la roja capa ondeando a su espalda, y lo interceptó a mitad de camino. Aunque a regañadientes, tuvo que admitir que era una buena amazona. No tanto como Faile, pero mejor que la mayoría.

—Tu ceño es realmente feroz. —Rió suavemente mientras se paraba delante de *Brioso*. Por el modo en que sujetaba las riendas, parecía dispuesta a cerrarle el paso si intentaba rodearla. ¡Esta mujer no tenía pizca de vergüenza!—. Sonríe, y así pensarán que coqueteamos. —Le tendió bruscamente el cesto—. Al menos esto debería hacerte sonreír. Me he enterado de que no has desayunado. —Encogió la nariz—. Ni te has aseado, al parecer. A tu barba tampoco le vendría mal un arreglo. Un esposo agobiado por la preocupación y un tanto desgreñado rescatando a su mujer resulta una figura romántica, pero quizá no le cause tan buena impresión si aparece como un zarrapastroso. Ninguna mujer te perdonaría que echases a perder la imagen que tiene de ti.

Repentinamente desconcertado, Perrin tomó el cesto y lo colocó sobre la alta perilla de la silla, frotándose la nariz en un gesto inconsciente. Estaba acostumbrado a ciertos efluvios de Berelain, por lo general el de una loba a la caza, cuya presa era él, pero ahora no irradiaba ese olor a acecho. Ni el más leve atisbo. Olía paciente como

una roca, y divertida, con un trasfondo de miedo. Ciertamente nunca había tenido miedo de él, que Perrin recordara. ¿Y por qué tenía que ser paciente? Y, dicho fuera de paso, ¿qué le divertía? Ni un felino de montaña oliendo a cordero lo habría desconcertado más.

Con desconcierto o sin él, el estómago le resonó por los aromas que salían de la cesta tapada. Becada a la brasa, a menos que se equivocara, y pan recién hecho, todavía caliente. La harina escaseaba y el pan era tan poco habitual en la dieta como la carne. Algunos días no comía, eso era cierto, a veces porque se le olvidaba, y cuando se acordaba era una lata porque tenía que aguantar el acoso de Lini y Breane o el vacío que le hacía gente con la que había crecido, sólo para conseguir un plato de comida. Ahora, al tener alimento delante de la nariz, se le hizo la boca agua. ¿Sería desleal comer algo llevado por Berelain?

—Gracias por el pan y la becada —dijo duramente—, pero lo último que deseo es que la gente piense que estamos coqueteando. Y, aunque no sea de tu incumbencia, me lavo cuando puedo. No es fácil con este tiempo. Además, no huelo peor que los demás. —Peor que ella sí, comprendió de repente. No percibía ni el menos rastro a sudor o suciedad bajo su ligero perfume a flores. Le irritaba haber notado que olía a perfume o que olía a limpio. Le parecía una traición.

De repente, los ojos de Berelain se abrieron como platos, mostrando sorpresa —¿por qué?—, pero entonces suspiró sin perder la sonrisa, que empezaba a parecer una mueca forzada, y un atisbo a irritación se mezcló en su efluvio.

—He mandado instalar tu tienda. Sé que hay una buena tina de cobre en uno de tus carromatos. Ésa no la habrás tirado. La gente espera que un noble tenga aspecto de noble, Perrin, y eso incluye estar presentable, aunque cueste hacer un esfuerzo. Hay un trato entre ellos y tú. Debes darles lo que esperan, así como lo que necesitan o quieren, o perderán el respeto y empezaran a sentirse molestos contigo por hacer que lo perdieran. Francamente, ninguno de nosotros puede permitirse que dejes que ocurra tal cosa. Todos nos encontramos lejos de casa, rodeados de enemigos, y creo firmemente que tal vez tú, lord Perrin Ojos Dorados, seas nuestra única oportunidad de seguir vivos para regresar a nuestros hogares. Sin ti, todo se vendrá abajo. Y ahora sonríe, porque si estamos coqueteando entonces es que no hablamos de otros asuntos.

Perrin hizo una mueca enseñando los dientes. Los mayenienses y las Sabias los observaban; pero, a cincuenta pasos y con tan poca luz, pasaría por una sonrisa. ¿Perder el respeto? Berelain había contribuido a despojarlo de cualquier respeto que en algún momento pudieron haber sentido los de Dos Ríos, por no mencionar a los sirvientes de Faile. Peor aún, Faile también le había dado en más de una ocasión una versión de ese sermón sobre el deber de un noble de dar a la gente lo que espera. Lo que a él le molestaba era oír precisamente a esta mujer haciéndose eco de su esposa.

—¿De qué estamos hablando, entonces, que ni siquiera te fías de tu propia gente?

—inquirió.

El semblante de Berelain permaneció relajado y sonriente, pero el trasfondo de miedo en su olor se intensificó. No se acercaba el pánico, pero se sentía en peligro. Las manos enguantadas asían las riendas con excesiva fuerza.

—He tenido a mis husmeadores fisgoneando en el campamento de Masema, haciendo «amigos». No da tan buenos resultados como tener informadores allí, pero se llevaron vino que supuestamente me habían robado y se enteraron de algunas cosas escuchando. —Durante un instante lo observó socarronamente, con la cabeza ladeada.

¡Luz! Sabía que Faile utilizaba a Selande y a esos otros idiotas como espías; ¡pero si había sido ella la que se lo había contado! Seguramente Gendar y Santes, sus husmeadores, habían visto a Haviar y a Nerion en el campamento de Masema. Habría que advertir a Balwer antes de que echara a Medore encima de Berelain y Annoura. Buen enredo se montaría con eso. Al ver que no decía nada, la mujer siguió.

—Puse algo en ese cesto aparte de pan y becada. Un... documento que Santes encontró ayer a primera hora, guardado bajo llave en el escritorio de campamento de Masema. El muy necio no puede ver una cerradura sin querer saber qué oculta. Si no podía dejar de hurgar en lo que Masema guardaba bajo llave, tendría que haber memorizado eso en lugar de llevárselo, pero lo hecho, hecho está. ¡No vayas a ponerte a leerlo donde puedan verte después de lo que me ha costado organizar todo esto para mantenerlo en secreto! —añadió con dureza al ver que él empezaba a levantar la tapa del cesto, con lo que quedó a la vista un paquete envuelto en un paño, y el olor a ave asada y pan caliente impregnó el aire—. He visto a los hombres de Masema seguirte anteriormente. ¡Podrían estar espiando ahora!

—No soy idiota —gruñó.

Sabía que Masema lo tenía sometido a vigilancia. La mayoría de los seguidores de ese hombre eran gentes de ciudad, y la gran parte de los demás eran tan torpes en los bosques que hasta un chico de diez años de Dos Ríos se avergonzaría de ellos. Lo que no significaba que uno o dos no estuvieran escondidos en alguna parte entre los árboles, lo bastante cerca para espiar desde las sombras. Siempre se mantenían a distancia, ya que a causa de sus ojos dorados lo tenían por alguna clase de Engendro de la Sombra medio domesticado, así que rara vez detectaba sus efluvios; además, esa mañana había tenido ocupada la mente en otras cosas.

Retiró el paño a un lado y vio una becada casi tan grande como una gallina de buen tamaño, con la piel dorada y crujiente. Arrancó uno de los muslos del ave mientras tanteaba debajo del envoltorio y sacaba una hoja de papel grueso y color cremoso, doblada en cuatro. Sin importarle que se manchara de grasa, desdobló la hoja encima del ave, no sin cierta dificultad por llevar los guantes puestos, y leyó mientras mordisqueaba el muslo. Para cualquiera que estuviera observando daría la

impresión de que estudiaba a qué parte de la becada hincaría el diente a continuación. Un grueso sello de cera verde, roto por un lado, tenía impreso lo que a Perrin le parecieron tres manos, todas con el índice y el meñique levantado y el resto doblado. Las letras, de una caligrafía fluida, estaban escritas de una forma extraña, algunas irreconocibles, pero el texto podía leerse con un poco de esfuerzo.

> «El portador de la presente está bajo mi protección personal. En nombre de la emperatriz, así viva para siempre, dadle todo cuanto requiera en su servicio al imperio y no habléis de ello con nadie salvo conmigo.
>
> «Por su sello.
>
> Suroth Sabelle Meldarath
> de Asinbayar y Barsabba
> Augusta Señora.»

—La emperatriz —musitó Perrin suavemente, suave como hierro rozando seda. La confirmación de los tratos de Masema con los seanchan, aunque para él no había hecho falta ninguna. No era la clase de historia sobre la que Berelain le hubiera mentido. Suroth Sabelle Meldarath tenía que ser alguien importante para entregar ese tipo de documento—. Esto acabará con él una vez que Santes atestigüe dónde lo encontró. —¿En su servicio al imperio? ¡Masema sabía que Rand había combatido a los seanchan! El arco iris estalló dentro de su cabeza y luego se desvaneció. ¡Ese hombre era un traidor!

Berelain rió como si hubiese dicho algo ocurrente, pero ahora saltaba a la vista que su sonrisa era forzada.

—Santes me dijo que nadie lo vio con el ajetreo de montar el campamento, de modo que dejé que Gendar y él regresaran con mi último barrilete de buen vino tunaighano. Los esperaba de regreso una hora después de anochecer, pero no volvió ninguno de los dos. Supongo que podrían estar durmiendo la borrachera, pero ellos nunca...

Se interrumpió con un sonido de sobresalto, mirándolo de hito en hito, y entonces Perrin cayó en la cuenta de que había partido en dos el hueso del muslo, de un mordisco, sin ser consciente.

—Tengo más hambre de lo que pensaba —rezongó. Escupió los trozos de hueso en la palma del guantelete y los tiró al suelo—. Es más seguro dar por hecho que Masema sabe que esto se encuentra en tu poder. Espero que tengas una nutrida escolta a tu alrededor en todo momento, no sólo cuando sales a cabalgar.

—Gallenne puso a cincuenta hombres durmiendo alrededor de mi tienda anoche —contestó, todavía mirándolo fijamente, y Perrin suspiró. Cualquiera habría pensado que nunca había visto a nadie partir un hueso de un mordisco.

—¿Qué te ha dicho Annoura?

—Quería que se lo entregara para destruirlo, para que así, si me preguntaban, pudiera decir que no lo tenía y que no sabía dónde estaba, y ella ratificarlo. Dudo que eso satisficiera a Masema, no obstante.

—No, dudo que se conformara con eso. —Y Annoura también tenía que saber eso. Las Aes Sedai podían ser testarudas o incluso necias de vez en cuando, pero nunca estúpidas—. ¿Te dijo que lo destruiría o que si se lo dabas podría destruirlo?

Berelain frunció la frente en un gesto pensativo y tardó unos segundos en contestar.

—Que lo destruiría. —El caballo pateó impaciente, pero la mujer lo controló sin esfuerzo y sin prestar atención—. No se me ocurre para qué otra cosa iba a quererlo —agregó tras una pausa—. Masema no me parece de los que se dejan persuadir por... presiones. —Lo que quería decir era chantaje. Tampoco Perrin imaginaba a Masema quedándose de brazos cruzados ante eso. Sobre todo si el chantaje venía de una Aes Sedai.

Ocultando sus movimientos con el fingimiento de arrancar el otro muslo del ave, se las arregló para doblar el papel y guardárselo en una manga; el guantelete impediría que se cayera. Seguía siendo una prueba. Pero ¿de qué? ¿Cómo podía ese hombre ser a la vez un fanático del Dragón Renacido y un traidor? ¿Habría quitado el documento a...? ¿A quién? ¿Algún colaborador al que había capturado? ¿Y por qué iba a guardarlo bajo llave si no fuera para él? Se había reunido con seanchan. ¿Cómo se proponía utilizarlo? A saber qué podía requerir un hombre con ese papel. Perrin suspiró hondo. Muchas preguntas y ninguna respuesta. Las respuestas requerían una mente más ágil que la suya. A lo mejor Balwer tenía alguna noción sobre eso.

Una vez probada la comida, su estómago lo empujaba a devorar el muslo que tenía en la mano y también el resto del ave, pero Perrin cerró la tapa del cesto firmemente e intentó morder con comedimiento. Había una cosa que podía descubrir por sí mismo.

—¿Qué más dijo Annoura sobre Masema?

—Nada, aparte de que es peligroso y que debería evitarlo, como si yo no supiera eso de sobra. No le cae bien y no le gusta hablar de él. —Se produjo otra breve pausa y después añadió—: ¿Por qué? —La Principal de Mayene estaba acostumbrada a las intrigas políticas y sabía leer entre líneas.

Perrin dio otro mordisco para disponer de algo de tiempo mientras masticaba y tragaba. Él, en cambio no estaba acostumbrado a las intrigas, pero se había encontrado expuesto en suficientes para saber que revelar demasiado podía ser peligroso. Y también revelar demasiado poco, dijera lo que dijese Balwer.

—Annoura ha estado reuniéndose con Masema en secreto. Y también Masuri.

La sonrisa forzada de Berelain no se borró, pero en su olor surgió la alarma.

Empezó a girarse en la silla como si fuera a mirar hacia atrás, a las dos Aes Sedai, pero se contuvo. Se lamió los labios.

—Las Aes Sedai siempre tienen sus razones —se limitó a decir.

Vaya, ¿la inquietaba que su consejera se reuniera con Masema o que él lo supiera o...? Perrin detestaba todas esas complicaciones. Eran un obstáculo en el camino de lo que realmente importaba. ¡Luz, se había comido el segundo muslo! Esperando que Berelain no se diera cuenta, se apresuró a tirar los huesos. El estómago gruñía pidiéndole más.

Los soldados de la Principal se habían mantenido a distancia, pero Aram había acortado un poco el trecho y se inclinaba hacia adelante para observarlos atentamente a través de los árboles. Las Sabias seguían de pie a un lado y hablaban entre ellas sin que aparentemente se dieran cuenta de que estaban hundidas hasta los tobillos en la nieve o que el helado viento se había levantado y sacudía los extremos de sus chales. De vez en cuando, alguna de las tres miraba también hacia Perrin y Berelain. El concepto de la intimidad de las personas nunca impedía a una Sabia meter las narices en lo que quisiera y cuando quisiera. En eso eran como las Aes Sedai. Masuri y Annoura también los observaban, si bien parecía que guardaban las distancias entre sí. Perrin habría apostado a que, de no encontrarse allí las Sabias, las dos hermanas habrían utilizado el Poder Único para escuchar lo que hablaban. Probablemente las Sabias también sabían hacerlo; y habían permitido que Masuri visitara a Masema. ¿Alguna de las dos Aes Sedai enseñaría los dientes si viera a las Sabias escuchando con el Poder? Annoura parecía ser tan cauta con las Sabias como la propia Masuri. ¡Luz, él no tenía tiempo para este espinoso enredo! Pero no le quedaba más remedio que vivir en medio de semejante zarzal.

—Creo que ya tienen suficiente para que le den a la lengua —dijo. Tampoco era que necesitaran más de lo que tenían antes. Metió las asas del cesto en la perilla de la silla y taconeó los flancos de *Brioso*. Comerse un ave no podía ser desleal.

Berelain no lo siguió de inmediato, pero antes de que llegara a donde esperaba Aram lo alcanzó y avanzó a su lado.

—Descubriré lo que Annoura se trae entre manos —dijo con determinación, fija la mirada al frente. En sus ojos había una expresión dura.

Perrin habría compadecido a Annoura si no fuera porque él mismo estaba dispuesto a sacarle respuestas bien que mal. En realidad, rara vez las Aes Sedai necesitaban compasión y rara vez respondían lo que no querían responder. Un instante después, Berelain volvía a ser toda sonrisas y jovialidad, si bien el olor a resolución seguía prendido en su efluvio, casi aplastando el de miedo.

—El joven Aram nos ha estado contando todo eso de Ponzoña del Corazón recorriendo estos bosques con la Cacería Salvaje, lord Perrin. ¿Creéis que puede ser verdad? Recuerdo haber oído esos cuentos en el cuarto de niños. —Su voz sonaba

intrascendente y divertida, lo bastante alta para que los otros la escucharan. Las mejillas de Aram se tiñeron de rojo y algunos de los hombres que se encontraban detrás de él se echaron a reír.

Sus risas se cortaron cuando Perrin les enseñó las huellas marcadas en la lisa piedra con forma de losa.

7. El rompecabezas de herrero

Cuando se cortaron las risas, Aram esbozó una sonrisa petulante, y sin que en su efluvio hubiera el miedo que había exhalado antes. Se diría que había seguido el rastro él mismo y que ya sabía cuanto había que saber del asunto. Sin embargo, nadie prestó atención a su mueca o a cualquier otra cosa que no fueran las enormes huellas de perro impresas en la piedra, ni siquiera a las explicaciones de Perrin de que los Sabuesos del Oscuro se habían marchado hacía mucho. Por supuesto, no les diría cómo sabía eso, pero nadie pareció darse cuenta del detalle. Uno de los oblicuos haces de luz de primeras horas del día caía directamente sobre la lisa piedra gris iluminándola perfectamente. *Brioso* se había acostumbrado al cada vez más débil hedor a azufre quemado —al menos sólo resopló y echó las orejas hacia atrás—, pero los otros caballos recularon espantados de la inclinada piedra. Ninguno de los humanos salvo Perrin detectaba el hedor, de modo que la mayoría rezongó por el comportamiento rebelde de las monturas; contemplaron la piedra y las extrañas marcas como si fuese una curiosidad expuesta en un espectáculo ambulante.

La oronda sirvienta de Berelain chilló cuando vio las huellas y se tambaleó a punto de caerse de su rechoncha yegua, que se agitaba nerviosa, pero la Principal se limitó a pedirle a Annoura con aire distraído que se ocupara de ella mientras miraba las marcas tan inexpresivamente como si fuera Aes Sedai. Con todo, sus manos apretaron las riendas hasta que la piel de los guantes se puso tensa sobre los nudillos. Bertain Gallenne, mayor de la Guardia Alada, con su yelmo rojo en el que aparecían grabadas en relieve unas alas y rematado por tres finas plumas carmesí, tenía el mando de la escolta de Berelain esa mañana, y obligó al alto castrado negro que montaba a acercarse más a la piedra; después bajó de la silla a la profunda nieve, se quitó el yelmo y estudió ceñudo la lisa roca con su único ojo. Un parche de cuero escarlata le cubría la cuenca vacía del otro; la correa le ceñía el cabello canoso, largo hasta los hombros. Su mueca denotaba que esperaba problemas, pero era de los que siempre veían primero la peor posibilidad. Perrin suponía que en un soldado era mejor eso que no ver siempre la mejor.

Masuri también desmontó, pero no bien acababa de pisar el suelo cuando hizo una pausa, sosteniendo las riendas de su yegua pinta, y echó una mirada insegura a las Aiel. Unos cuantos soldados mayenienses murmuraron con inquietud al darse cuenta del detalle, aunque tendrían que haber estado acostumbrados a ello a esas alturas. Annoura se cubrió más la cara con la capucha como si no quisiera ver la roca y dio una brusca sacudida a la sirvienta de Berelain; la mujer la miró aturdida y sorprendida. Por otro lado, Masuri esperaba junto a su yegua con actitud paciente que sólo echaba a perder el gesto, al parecer inconsciente, de alisarse la falda del traje de montar de seda. Las Sabias intercambiaron una mirada en silencio, el semblante tan

impasible como las hermanas. Carelle estaba a un lado de Nevarin, una mujer flaca de ojos verdes, y Marline al otro lado, ésta con los ojos de un azul crepuscular y el cabello, cubierto sólo parcialmente con el chal, de color negro, algo poco frecuente en los Aiel. Las tres eran altas, tanto como algunos hombres, y ninguna parecía ser más que unos pocos años mayor que el propio Perrin, pero no habrían conseguido esa actitud de tranquila seguridad en sí mismas sin tener más años de lo que sus rostros daban a entender. A despecho de los largos collares y pesados brazaletes de oro y marfil que lucían, las amplias faldas oscuras y los chales, también oscuros y que casi tapaban las blusas blancas, eran ropas apropiadas para granjeras, pero no había lugar a dudas de quién tenía el mando entre ellas y las Aes Sedai. A decir verdad, lo que a veces no parecía estar tan claro era quién tenía el mando, si ellas o Perrin.

Finalmente Nevarin asintió con la cabeza y esbozó una cálida sonrisa de aprobación. Perrin nunca la había visto sonreír. No es que Nevarin fuera por ahí con gesto ceñudo, pero por lo general parecía estar buscando a alguien a quien reprender.

Hasta que no se produjo aquel asentimiento de cabeza Masuri no entregó las riendas a uno de los soldados. A su Guardián no se lo veía por ningún lado y su ausencia debía de ser obra de las Sabias, ya que Rovair siempre iba pegado a ella como un abrojo. La hermana se remangó la falda pantalón y avanzó a través de la nieve, que era más profunda alrededor de la piedra a la que se acercó. Allí empezó a pasar las manos sobre las huellas, obviamente encauzando, aunque a simple vista no ocurrió nada que Perrin pudiera apreciar. Las Sabias la observaban atentamente; claro que los tejidos de Masuri tenían que ser visibles para ellas. Por su parte, Annoura no demostró el menor interés. Las puntas de las trencillas de la hermana Gris se mecieron como si la mujer sacudiera la cabeza bajo la capucha, tras lo cual hizo retroceder a su yegua junto a la de la doncella, fuera del campo visual de las Sabias, a pesar de que haciéndolo se situaba más lejos de Berelain y cualquiera habría supuesto que ésta requeriría su consejo en ese momento. Realmente Annoura evitaba a las Sabias todo lo posible.

—Cuentos al amor de la lumbre que caminan —masculló Gallenne mientras apartaba el castrado de la piedra y lanzaba una mirada de reojo a Masuri. Respetaba a las Aes Sedai, pero pocos hombres querían hallarse cerca de una de ellas cuando encauzaba—. Aunque no sé por qué me sorprendo después de todo lo que he visto desde que salí de Mayene. —Concentrada en las huellas, Masuri no pareció reparar en él.

Se produjo cierta agitación entre los lanceros montados, como si realmente no hubiesen dado crédito a sus propios ojos hasta que su comandante lo confirmó, y algunos de ellos empezaron a oler a agitado temor, como si esperaran que los Sabuesos del Oscuro fueran a aparecer de repente de las sombras. Perrin no podía distinguir efluvios individuales entre tantos, pero el apestoso miedo era tan fuerte que

tenía que provenir de bastantes, no sólo unos cuantos.

Gallenne pareció percibir lo que Perrin olía; tenía sus faltas, pero llevaba mucho tiempo al frente de soldados. Colgó el yelmo en la larga empuñadura de su espada y sonrió. El parche del ojo otorgó a la mueca un aire macabro, el del hombre que veía un chiste teniendo delante la muerte y esperaba que los demás también lo vieran.

—Si los Perros Negros nos molestan les salaremos las orejas —anunció en voz alta y animosa—. Es lo que se hace en los cuentos, ¿no? Se les echa sal en las orejas y desaparecen. —Algunos lanceros rieron, aunque la peste a miedo no disminuyó de forma apreciable. Los cuentos relatados al amor de la lumbre eran una cosa, y otra muy distinta que esos mismos cuentos caminaran por ahí en carne y hueso.

Gallenne condujo su corcel negro hacia Berelain y puso la mano enguantada en el cuello del zaino. Dirigió a Perrin una mirada pensativa que éste sostuvo impasible, negándose a coger la indirecta. Lo que quiera que tuviera que decir, que lo dijera delante de Aram y de él. Gallenne suspiró.

—Mantendrán el valor, milady —aseguró quedamente—, pero lo cierto es que nuestra posición es precaria, con enemigos por todas partes y los suministros acabándose. Los Engendros de la Sombra sólo empeorarán las cosas. Mi deber es para con vos y Mayene, milady. Y con todo el respeto a lord Perrin, quizá queráis cambiar vuestros planes.

La ira bulló dentro de Perrin. ¡Ese hombre abandonaría a Faile! Pero Berelain habló antes de que tuviera tiempo de sugerirlo.

—No habrá cambios, lord Gallenne. —A veces resultaba fácil olvidar que era una dirigente, por pequeña que fuese Mayene, pero en su voz hubo un timbre regio que habría sido adecuado para la reina de Andor. Recta la espalda, la mujer hacía que la silla de montar pareciera un trono, y habló lo bastante alto para que todos escucharan su decisión y con la suficiente firmeza para que entendieran que ya estaba tomada—. Si estamos rodeados de enemigos, entonces seguir adelante es tan seguro como retroceder o desviarse. No obstante, aunque retroceder o desviarse fuera diez veces más seguro seguiría adelante. Mi intención es conseguir la liberación de lady Faile aunque para ello tengamos que abrirnos paso luchando con un millar de Sabuesos del Oscuro y también de trollocs. ¡He jurado hacerlo!

Un clamor de vítores le respondió, mientras los soldados de la Guardia Alada gritaban y agitaban las lanzas en el aire haciendo ondear las cintas rojas. El olor a miedo persistía, pero su actitud era de estar dispuestos a abrirse paso enfrentándose a cualquier número de trollocs antes que caer en demérito a los ojos de Berelain. Gallenne los mandaba, pero sentían más que aprecio por su dirigente a despecho de su reputación con los hombres. O quizá precisamente por eso, en parte. Berelain había evitado que Tear engullera Mayene haciendo que un hombre que la encontraba hermosa se enfrentara a otro. Por su parte, a Perrin le costó trabajo no quedarse

boquiabierto por la sorpresa. ¡Su voz sonaba tan resuelta como lo estaba él! ¡Olía a resolución! Gallenne inclinó la canosa cabeza en señal de aceptación contra su voluntad, y Berelain hizo un leve y satisfecho gesto de asentimiento antes de volver su atención a la Aes Sedai que se encontraba junto a la piedra.

Masuri había dejado de pasar las manos por encima y miraba fijamente las huellas mientras se daba golpecitos en el labio con un dedo, pensativa. Era una mujer guapa sin llegar a hermosa, aunque parte de ello podría deberse a su condición de Aes Sedai. A menudo resultaba difícil distinguir a una hermana nacida en una granja donde había que arrancar penosamente los frutos a la tierra de otra nacida en un espléndido palacio. Perrin la había visto congestionada y enfadada, agotada y a punto de no aguantar más, mas a pesar de la dureza del viaje y la vida en las tiendas Aiel su oscuro cabello y sus ropas tenían un aspecto como si dispusiera de una doncella para atenderla. Podría haberse encontrado en una biblioteca.

—¿Qué has descubierto, Masuri? —preguntó Berelain—. Masuri, si haces el favor. ¡Masuri!

Pronunció el nombre en tono cortante y la Aes Sedai dio un respingo como si se sorprendiera al descubrir que no estaba sola. Posiblemente se había sobresaltado; en muchos aspectos parecía más del Ajah Verde que del Marrón, más concentrada en la acción que en la contemplación, directa al asunto y nunca imprecisa, pero aun así era capaz de ensimismarse completamente en lo que quiera que captara su interés. Enlazó las manos en la cintura y abrió la boca, pero en lugar de hablar vaciló y dirigió una mirada interrogante a las Sabias.

—Habla, muchacha —instó Nevarin, impaciente, al tiempo que se ponía en jarras en medio de un tintineo de brazaletes. El ceño la hacía parecer más adusta de lo habitual, pero tampoco el gesto de ninguna de las otras Sabias era más aprobador. Tres entrecejos fruncidos en hilera como tres cuervos de ojos claros posados en una valla—. No te estamos dejando ejercitar tu curiosidad simplemente. Di lo que sea. Cuéntanos lo que hayas descubierto.

Las mejillas de Masuri enrojecieron, pero la hermana habló de inmediato, con los ojos prendidos en Berelain. No podía gustarle que le llamaran la atención en público aunque todo el mundo supiera su relación con las Sabias.

—Es relativamente poco lo que se sabe de los Sabuesos del Oscuro, pero yo he estudiado algo sobre ellos, aunque poca cosa. A lo largo de los años me he topado con el rastro de siete manadas, cinco de ellas en dos ocasiones y tres veces las otras dos. —El enrojecimiento empezó a desvanecerse en su tez y poco a poco su tono de voz sonó como si estuviera dando una clase—. Algunos historiadores antiguos dicen que hay sólo siete manadas, otros que son nueve, o trece o cualquier otro número que consideren de especial importancia; pero, durante la Guerra de los Trollocs, Sorelana Alsahhan escribió sobre «el centenar de jaurías de perros de presa de la Sombra que

cazaban en la noche», e, incluso antes, Ivonell Bharatiya escribió supuestamente sobre «sabuesos engendrados por la Sombra tan numerosos que superaban las pesadillas de la humanidad». Aunque a decir verdad estos escritos podrían ser apócrifos. En cualquier caso, el... —Gesticuló, como tratando de hallar una palabra —. «Olor» no sería el término correcto, y tampoco lo sería «sabor». La percepción de cada jauría es única, y puedo afirmar con certeza que nunca había topado con ésta antes, de modo que sabemos que el número de siete es erróneo. Tanto si el número correcto es nueve o trece o algún otro, las historias sobre los Sabuesos del Oscuro son mucho más comunes que los propios engendros y aquí, tan al sur de la Llaga, sus supuestas apariciones son extremadamente infrecuentes. Otra cosa fuera de lo común es que podría haber hasta cincuenta bestias en esta jauría. Diez o doce es el límite habitual. Una máxima útil: dos singularidades combinadas requieren una rigurosa atención. —Hizo una pausa con un dedo levantado para dar énfasis a esto último; después asintió con la cabeza cuando creyó que Berelain lo había cogido, y volvió a enlazar las manos. Una ráfaga de aire le retiró la capa de color marrón amarillento por encima de un hombro, pero la hermana no pareció advertirlo.

»Siempre hay una sensación de urgencia en el rastro de los Sabuesos del Oscuro, pero varía dependiendo de varios factores y no sé con certeza todos ellos. Este rastro tenía una intensa yuxtaposición de... Podría calificarse de «impaciencia», pero no es, ni de lejos, lo bastante contundente; es como llamar «pinchazo» a una cuchillada, pero tendrá que servir. Da igual lo que digan los cuentos... Por cierto, lord Gallenne, la sal no daña en absoluto a los Sabuesos del Oscuro. —De modo que no había estado tan absorta en sus pensamientos, después de todo—. Digan lo que digan los cuentos, nunca cazan al azar, aunque matarán si se presenta la ocasión y no interfiere en su persecución. Para ellos la caza es primordial. Su presa siempre es importante para la Sombra, aunque a veces no entendamos el porqué. Se sabe que han pasado por encima de grandes y poderosos para matar a una sencilla granjera o a un artesano, o que han entrado en una ciudad o un pueblo y se han ido sin matar, aunque obviamente iban por alguna razón. Mi primera idea del motivo que los trajo aquí he de descartarla, puesto que han seguido su marcha. —Su mirada pasó fugaz sobre Perrin, tan deprisa que éste dudó que alguien más se hubiese dado cuenta—. En vista de eso, no creo que regresen. Ah, sí, y hace una hora o más que se fueron. Me temo que eso es todo lo que puedo contaros.

Nevarin y las otras Sabias asintieron aprobadoramente cuando terminó; un ligero tono rosado tiñó de nuevo las mejillas de Masuri, si bien desapareció enseguida al asumir la máscara de serenidad Aes Sedai. Una ráfaga de aire le llevó a Perrin su efluvio, sorprendido y complacido; y molesto por complacerse.

—Gracias, Masuri Sedai —dijo Berelain a la par que inclinaba ligeramente la cabeza, a lo que la hermana respondió con un gesto semejante—. Nos habéis devuelto

la tranquilidad.

En realidad el olor a miedo entre los soldados empezó a desaparecer, aunque Perrin oyó a Gallenne mascullar entre dientes:

—Podría habernos dicho eso último al principio.

El afinado oído de Perrin captó algo más entre el golpeteo de los cascos de los caballos y las risas quedas y aliviadas de los hombres. El gorjeo de un herrerillo sonó hacia el sur, fuera del alcance auditivo de cualquiera de los que estaban allí, seguido de inmediato por la llamada vocinglera de una urraca. Sonó otro trino de herrerillo, más cercano, seguido una vez más de la urraca y ambos sonidos se repitieron por tercera vez, aún más próximos. Tal vez hubiera herrerillos y urracas en Altara, pero Perrin sabía que los pájaros que había oído portaban arcos largos de Dos Ríos. El trino del herrerillo significaba que se acercaban hombres, más de unos cuantos y quizá poco amistosos. Por otro lado, la urraca, que allá en casa algunos la llamaban pájaro ladrón por su costumbre de robar objetos brillantes... Perrin pasó el pulgar por el filo de su hacha, pero aguardó al siguiente par de llamadas, lo bastante cercanas para que los demás quizá las oyeran.

—¿Habéis oído eso? —dijo, mirando hacia el sur como si acabase de escucharlo —. Mis centinelas han divisado a Masema. —Sus palabras hicieron que se levantaran las cabezas, escuchando, y varios hombres asintieron cuando se repitieron las llamadas, más próximas todavía—. Viene hacia aquí.

Mascullando maldiciones, Gallenne se caló el yelmo y montó. Annoura recogió riendas y Masuri empezó a volver sobre sus pasos entre la nieve, hacia su yegua pinta. Los lanceros rebulleron en las sillas y comenzaron a exhalar olor a cólera, bien que de nuevo mezclada con miedo. Para ellos, Masema tenía una deuda de sangre con la Guardia Alada, pero ninguno estaba deseoso de cobrársela contando sólo con cincuenta hombres, y más cuando Masema iba respaldado siempre por un centenar.

—No pienso huir de él —anunció Berelain, que miraba fijamente hacia el sur, el gesto frío y ceñudo—. Lo esperaremos aquí.

Gallenne abrió la boca y volvió a cerrarla sin decir palabra; a ella, al menos. Inhaló profundamente y empezó a bramar órdenes desplegando a sus hombres; hacerlo no era empresa fácil. Aunque los huecos entre los árboles fueran amplios, un bosque no era el sitio ideal para los lanceros. Cualquier carga se fragmentaría desde el principio, y ensartar a un hombre con una lanza resultaba difícil cuando éste podía echarse a un lado, detrás del tronco de un árbol, y salirte por la espalda. Gallenne trató de situarlos en formación delante de Berelain, interponiéndose entre ella y los hombres que se aproximaban, pero la mujer le dirigió una mirada cortante y el mayor cambió las órdenes, alineando a los lanceros en una única fila sinuosa que sobresalía alrededor de los inmensos troncos, pero centrada en ella. Gallenne envió a un soldado de vuelta al campamento y el guardia galopó, agachado sobre la silla y con la lanza

baja como si cargara, tan rápido como era posible a pesar de la nieve y del terreno irregular. Berelain enarcó una ceja al ver aquello, si bien no dijo nada.

Annoura comenzó a dirigir a su yegua castaña hacia Berelain, pero se frenó cuando Masuri la llamó. La hermana Marrón había llegado junto a su yegua pinta, pero seguía de pie en la nieve, rodeada por las Sabias, que eran lo bastante altas para que no pareciera una mujer adulta en comparación. Annoura vaciló hasta que Masuri la llamó de nuevo, más apremiante en esta ocasión, y a Perrin le pareció oírla suspirar hondo antes de acercarse a ellas y desmontar. Lo que quiera que las Aiel tuvieran que decir —en un tono tan quedo que Perrin no alcanzó a escucharlas y agrupadas delante de Annoura con las cabezas inclinadas cerca de la de ésta— no le gustó a la hermana tarabonesa. Su semblante seguía oculto bajo la capucha, pero las trencillas se mecieron cuando sacudió la cabeza, y al cabo se dio media vuelta bruscamente y puso el pie en el estribo. Masuri no había hablado, dejando que las Sabias dieran su opinión, pero entonces puso la mano en el brazo de Annoura y musitó algo que hizo que la tarabonesa hundiera los hombros y las Sabias asintieran con la cabeza. Entonces Annoura se retiró la capucha y esperó a que Masuri montara en su yegua antes de hacer lo propio, tras lo cual las dos hermanas se dirigieron por detrás de la línea de lanceros y se situaron junto a Berelain, en tanto que las Sabias se colocaban entre ellas, al otro lado de Perrin. Annoura tenía la ancha boca curvada hacia abajo en un gesto malhumorado y se frotaba los pulgares con nerviosismo.

—¿Qué estáis planeando? —inquirió Perrin procurando no disimular su recelo. Tal vez las Sabias habían dejado que Masuri se reuniera con Masema, pero aun así seguían afirmando que en su opinión lo mejor sería que ese hombre muriera. Las Aes Sedai no podían usar el Poder como arma a menos que se encontraran en peligro, pero las Sabias no tenían tal prohibición. Se preguntó si estarían coligadas. Sabía más del Poder Único de lo que querría, y lo suficiente sobre las Sabias para estar seguro de que Nevarin tendría el control si habían formado un círculo.

Annoura abrió la boca, pero la cerró de golpe ante el roce admonitorio de Carelle y asestó una mirada iracunda a Masuri. La hermana Marrón frunció los labios y sacudió levemente la cabeza, lo que no pareció aplacar a Annoura. Sus manos enguantadas asían las riendas con tanta fuerza que le temblaban. Nevarin alzó la vista hacia Perrin, desde su posición al otro lado de Berelain, como si le hubiese leído el pensamiento.

—Planeamos llevaros de vuelta al campamento sanos y salvos, Perrin Aybara —manifestó secamente—. A ti y a Berelain Paeron. Planeamos que sobrevivan tantos como sea posible el día de hoy y los venideros. ¿Tienes algo que objetar?

—Sólo que no hagáis nada a menos que os lo diga yo. —La respuesta de la Sabia podía significar un montón de cosas—. Nada de nada.

Nevarin sacudió la cabeza, contrariada, y Carelle rió como si Perrin hubiese

hecho un gran chiste. Ninguna de las Sabias pareció creer necesario dar otro tipo de respuesta. Se les había ordenado que lo obedecieran, pero su idea sobre la obediencia no cuadraba con ninguno de los conceptos que tenía él. Ya podía esperar sentado a que le diesen una respuesta mejor; antes les crecerían alas a los cerdos.

En sus manos estaba poner fin a esta situación. Sabía que podría hacerlo. Planearan lo que planearan las Sabias, encontrarse con Masema tan lejos de los demás del campamento, cuando ese hombre tenía que saber quién había robado el documento seanchan, era como confiar en ser capaz de apartar la mano del yunque antes de que el martillo se descargara. A Berelain le costaba obedecer órdenes casi tanto como a las Sabias, aunque Perrin pensaba que haría caso si ordenaba retirarse al campamento. Bueno, creía que sí, a pesar de que su efluvio revelaba que se había cerrado en banda. Quedarse era correr un riesgo absurdo. De eso estaba seguro que la convencería. No obstante, tampoco él quería huir de ese hombre. Una parte de su ser le decía que era un necio, pero casi todo él hervía de ira y se dio cuenta de que le resultaba difícil controlarla. Aram se acercó a su lado, ceñudo, pero al menos no había desenvainado la espada. Enarbolar un arma podría ser como echar una brasa en un pajar, y el momento de enfrentarse a Masema no había llegado aún. Perrin apoyó una mano en su hacha. Todavía no.

A despecho de los oblicuos haces de luz que penetraban entre las gruesas ramas, el bosque en conjunto permanecía envuelto en las sombras de la madrugada. Incluso a mediodía habría penumbra. Los sonidos llegaron a sus oídos primero —el sordo golpeteo de cascos en la nieve, la fuerte respiración de los caballos azuzados a marchar deprisa— y entonces apareció una aglomeración de jinetes, una turba desordenada que avanzaba hacia el norte entre los inmensos árboles casi a galope tendido a pesar de la nieve y lo escabroso del terreno. No era un centenar, sino más bien dos o tres veces ese número. Un caballo cayó con un relincho y se quedó tirado sobre su jinete, sacudiéndose violentamente, pero ninguno de los otros aminoró la marcha siquiera hasta que, a unos setenta u ochenta pasos, el hombre que iba a la cabeza levantó una mano y todos frenaron de repente levantando surtidores de nieve, los caballos cubiertos de espuma y echando vaho y resoplando sonoramente. Aquí y allí sobresalían lanzas entre los jinetes. La mayoría iba sin armadura y muchos sólo llevaban un peto o un yelmo, pero de las sillas colgaban espadas, hachas y mazas. Los haces de sol resaltaban unas cuantas caras, hombres de expresión adusta y ojos fríos que daban la impresión de que nunca habían sonreído y que jamás sonreirían.

A Perrin se le pasó por la cabeza que quizá se había equivocado al no invalidar la resolución de Berelain. A esto llevaban las decisiones precipitadas, dejar que la ira pensara por él. Todo el mundo sabía que Berelain salía a galopar por las mañanas, y Masema quizás estaba desesperado por recuperar el documento seanchan. Aun con las Aes Sedai y las Sabias, un combate en el bosque acabaría siendo sangriento, una

auténtica batalla campal donde los hombres —y las mujeres— podrían morir sin ver siquiera quién los había matado. Si no quedaban testigos siempre se podía culpar a los bandidos o incluso a los Shaido. Ya había ocurrido antes. Y, si quedaban testigos, Masema no tendría reparo en colgar a unas cuantas docenas de los suyos manifestando que se había castigado a los culpables. No obstante, era probable que quisiera mantener vivo a Perrin Aybara durante algún tiempo todavía, y no debía de haber contado con la presencia de las Sabias y de otra Aes Sedai. *Puntos* insignificantes para que dependieran de ellos las vidas de cincuenta y tantas personas. Demasiado insignificantes para que dependiera de ellos la vida de Faile. Perrin soltó la trabilla que sujetaba el hacha al cinturón. A su lado, Berelain olía a fría calma y férrea determinación. Curiosamente, nada de miedo. Ni el menor atisbo. Aram olía a... excitación.

Los dos grupos se observaron el uno al otro en silencio, hasta que al fin Masema se adelantó seguido de dos hombres solamente; los tres se retiraron las capuchas. Ninguno llevaba yelmo ni cualquier otra pieza de armadura. Como Masema, Nengar y Bartu eran shienarianos, pero al igual que él se habían afeitado el mechón de la parte alta de la cabeza dejándose el cráneo pelado, con aspecto de calavera. La llegada del Dragón Renacido había roto todos los vínculos, incluidos los que habían comprometido a esos hombres a combatir la Sombra a lo largo de la Llaga. Nengar y Bartu llevaban una espada sujeta a la espalda y otra colgada en el arzón de la silla, y Bartu, que era el más bajo de los tres, tenía el estuche de un arco de caballería y una aljaba atados también a la silla. Que se viera al menos, Masema iba desarmado. El Profeta del lord Dragón Renacido no necesitaba ninguna arma. Perrin se alegró al comprobar que Gallenne vigilaba a los hombres que Masema había dejado atrás, ya que había algo en Masema que atraía la mirada. Quizá sólo se debiera a saber quién era, pero eso bastaba y sobraba.

Masema detuvo a su larguirucho alazán a pocos pasos de Perrin. El Profeta era un hombre de gesto ceñudo y sombrío, de estatura media, con una desvaída cicatriz blanca en la mejilla, que vestía una desgastada chaqueta marrón y una oscura capa deshilachada en los bordes. A Masema no le importaba nada la apariencia, y menos la suya. A su espalda, los ojos de Nengar y Bartu tenían un brillo fervoroso, pero los de Masema, hundidos y casi negros, semejaban ascuas de una forja, como si el soplo del aire fuera a avivarlos al rojo vivo en cualquier momento, y su efluvio era la punzante acritud de la pura demencia. Hizo caso omiso de las Sabias y las Aes Sedai con un desprecio que no se molestó en ocultar. A su entender, las Sabias eran peor aún que las Aes Sedai; además de caer en la profanación al utilizar el Poder Único, su condición de Aiel, por si fuera poco, las hacía culpables de un doble pecado. Los lanceros de la Guardia Alada podrían haber sido simples sombras bajo los árboles para el caso que les hizo.

—¿Vais de almuerzo campestre? —dijo mientras echaba una ojeada al cesto que colgaba de la silla de Perrin. Normalmente la voz de Masema era tan intensa como su mirada, pero ahora sonó burlona y sus labios se curvaron al desviar los ojos hacia Berelain. Había oído los rumores, por supuesto.

Una oleada de rabia asaltó a Perrin, pero la frenó y la hizo retroceder. La incorporó al resto, doblegándola y plegándola con fuerza. Su ira tenía un blanco y no la desperdiciaría descargándola en otro. Al captar el estado de ánimo de su jinete, *Brioso* recogió los belfos y enseñó los dientes al castrado de Masema, y Perrin tuvo que refrenarlo bruscamente.

—Ha habido Sabuesos del Oscuro anoche por aquí —dijo con un tono no muy suave, pero le fue imposible poner mejor voz—. Se han marchado, y Masuri no cree que vuelvan, de modo que no hay por qué preocuparse.

Masema no olía a preocupación. Su único efluvio era el de la locura, siempre. El alazán alargó de improviso la cabeza hacia *Brioso* de manera agresiva, pero Masema se la hizo levantar de un seco tirón del bocado. Era un buen jinete, pero trataba a sus caballos como trataba a la gente. Por primera vez miró a Masuri. Quizá sus ojos centellearon con más ardor, si tal cosa era posible.

—A la Sombra se la puede encontrar en cualquier parte —manifestó, una declaración apasionada de incuestionable verdad—. No tiene nada que temer de la Sombra quien siga al lord Dragón Renacido, que la Luz bendiga su nombre. Aun en la muerte hallará la victoria final de la Luz.

La yegua de Masuri respingó como si aquellos ojos la hubiesen quemado, pero la hermana controló al animal con un toque de riendas y sostuvo la mirada de Masema con el hermetismo Aes Sedai, tan tranquila como un estanque helado. Nada daba a entender que se hubiera estado reuniendo en secreto con ese hombre.

—El miedo es un poderoso acicate para el ingenio y para la determinación cuando está bien controlado —replicó la hermana—. Si no temiéramos a nuestros enemigos sólo quedaría el desdén, y el desdén conduce al enemigo a la victoria. —Diríase que Masuri estaba hablándole a un simple granjero que acabara de conocer. Annoura, que observaba la escena, parecía sentirse mal. ¿Tenía miedo de que su secreto saliera a la luz? ¿Que se echaran a perder sus planes para Masema?

Los labios de éste volvieron a curvarse en una sonrisa o una mueca burlona. Las Aes Sedai parecieron dejar de existir para él cuando volvió su atención a Perrin.

—Algunos seguidores del lord Dragón han encontrado una ciudad llamada So Habor. —Así era como llamaba siempre a sus partidarios; seguían realmente al Dragón Renacido, no a él. El hecho de ser él quien les dijera qué hacer, cuándo y cómo, era un mero detalle—. Una población de tres o cuatro mil habitantes, a un día de distancia o quizá menos marcha atrás, hacia el suroeste. Al parecer se libró de la visita de los Aiel y su cosecha del año pasado fue buena a pesar de la sequía. Tienen

almacenes llenos de cebada, mijo y avena, así como otras cosas necesarias, he de imaginar. Sé que andas corto de forraje. Para tus hombres al igual que para tus caballos.

—¿Y cómo es que sus almacenes están llenos en esta época del año? —Berelain se inclinó hacia adelante, fruncido el entrecejo, su tono casi inquisitivo y más bien incrédulo.

Ceñudo, Nengar llevó la mano a la espada que colgaba en su silla. Nadie inquiría al Profeta del lord Dragón. Ni nadie dudaba de él. Nadie que quisiera seguir vivo. Sonó el crujido de cuero cuando los lanceros se movieron en sus monturas, pero Nengar no les hizo el menor caso. El olor a locura de Masema se deslizó hiriente en la nariz de Perrin. Masema estudió a Berelain; no parecía haber reparado en Nengar y los lanceros ni en la posibilidad de que los hombres empezaran a matarse en cualquier momento.

—Por cuestión de codicia —dijo finalmente—. Al parecer los comerciantes de grano de So Habor pensaron sacar mayores beneficios reteniendo sus reservas hasta que el invierno hiciera subir los precios. Pero normalmente venden en el oeste, en Ghealdan y Amadicia, y los sucesos acaecidos allí y en Ebou Dar les han hecho temer que todo lo que envíen se lo confisquen. La codicia los ha abandonado al encontrarse con los almacenes repletos y los bolsillos vacíos. —Un timbre de satisfacción asomó a la voz de Masema. Despreciaba la codicia. Lo cierto es que despreciaba cualquier debilidad humana, fuese grande o pequeña—. Creo que ahora se desprenderán de su grano a un precio muy barato.

Perrin olía una trampa y para eso no hacía falta tener un olfato de lobo. Masema tenía que alimentar a sus hombres y a sus caballos, y por mucho que saquearan los campos por donde pasaban no podían estar en condiciones mucho mejores que la gente de Perrin. ¿Por qué no había enviado a unos pocos miles de sus seguidores a esa ciudad para que se apoderaran de todo lo que hubiera en ella? A un día de camino marcha atrás. Eso lo alejaría más de Faile y quizá daría tiempo a los Shaido para que volvieran a ganar terreno. ¿Sería ésa la razón de tan peculiar oferta? ¿O sería para retrasar su marcha del oeste, donde tenía cerca a sus amigos seanchan?

—Quizás haya tiempo para visitar esa ciudad después de que mi esposa esté libre.

De nuevo, los oídos de Perrin captaron antes que nadie el débil sonido de hombres y caballos avanzando a través del bosque, esta vez procedente del oeste, del campamento. El mensajero de Gallenne debía de haber ido a galope todo el camino.

—Tu esposa —dijo Masema con voz inexpresiva y dirigiendo a Berelain una mirada que hizo que a Perrin le ardiera la sangre. Hasta la Principal enrojeció, si bien su semblante se mantuvo sereno—. ¿De verdad crees que tendrás noticias de ella hoy?

—Sí. —La voz de Perrin sonó tan fría como la de Masema, y más dura. Apretó la

mano sobre la perilla de la silla, por encima de las asas del cesto de Berelain, para no llevarla hacia el hacha—. Liberarla está ante todo. Y liberar a las demás. Podremos llenar los estómagos hasta reventar cuando eso se haya hecho, pero lo primero es lo primero.

El sonido de los caballos aproximándose era audible ahora para todo el mundo. Una larga fila de lanceros apareció por el oeste, avanzando entre los sombríos árboles con otra fila de jinetes detrás, las cintas y los petos rojos mayenienses intercalados con las cintas y petos verdes de Ghealdan. Las líneas se extendían desde el lado opuesto a Perrin hasta más abajo de la masa de jinetes que aguardaban a Masema. Hombres a pie se desplazaban de árbol en árbol, portando los arcos de Dos Ríos. Perrin se encontró deseando que no hubiesen dejado demasiado desprotegido el campamento. Quizá Masema se había visto forzado a actuar por el robo de aquel documento seanchan, pero era un guerrero veterano en la lucha a lo largo de la Llaga y contra los Aiel, y tal vez había previsto algo más que salir simplemente a buscar a Berelain. Era como otro rompecabezas de herrero: mover una pieza para desplazar otra justo lo suficiente para dejar que una tercera se deslizara libremente. Se podía invadir un campamento con una defensa débil, y en estos bosques el número de efectivos contaba tanto como tener personas que encauzaban. ¿Querría Masema mantener su secreto hasta el punto de intentar sellarlo allí mismo? Perrin cayó en la cuenta de que había llevado la mano al hacha, pero no la quitó.

Entre la masa de seguidores de Masema los caballos se movieron nerviosos en respuesta a los tirones de sus jinetes; los hombres gritaban y agitaban armas, pero el propio Masema observó la llegada de los lanceros y arqueros sin que su expresión variase, ni más ni menos adusta. Como si fuesen pájaros saltando de rama en rama. Su efluvio seguía siendo de locura, penetrante, sin cambiar.

—Lo que ha de hacerse para servir a la Luz, se hace —dijo cuando los recién llegados se pararon, algunos a doscientos pasos. Era una distancia de fácil alcance para un arquero de Dos Ríos y Masema había visto demostraciones de ello, pero no dio señales de advertir que las flechas podrían estar apuntándole al corazón—. ¡Todo lo demás es insignificante, prescindible! ¡Todo! Recuerda eso, Perrin Ojos Dorados.

Hizo volver grupas a su alazán sin añadir más y se dirigió hacia los hombres que lo aguardaban, seguido de Nengar y Bartu, los tres haciendo ir a galope a los caballos sin importarles si se rompían una pata o ellos la cabeza. El ingente grupo se situó detrás y se desplazó hacia el sur. Unos hombres de la retaguardia se pararon para arrastrar una forma desmadejada de debajo del caballo herido y acabaron con la agonía del animal mediante una rápida cuchillada en el cuello. Después se pusieron a destriparlo y trocearlo. Tanta carne no se podía desperdiciar. Al jinete lo dejaron en el mismo sitio donde lo habían tirado.

—Cree cada palabra que dice —musitó Annoura—, mas ¿adónde lo conducen sus

creencias?

Perrin se planteó preguntarle, sin andarse por las ramas, adónde creía ella que conducían a Masema sus creencias, adónde quería ella conducirle; pero de repente Annoura recobró la impenetrable calma Aes Sedai. La punta de su afilada nariz se había puesto colorada por el frío; lo miró con una expresión impasible y fría. Obtener una respuesta de una Aes Sedai que tuviera esa expresión sería tan factible como levantar aquella piedra marcada con las huellas de los Sabuesos de la Sombra. Tendría que dejar las preguntas a Berelain.

El hombre que dirigía a los lanceros azuzó de repente su caballo. Era un tipo bajo, de constitución compacta, que llevaba un peto plateado y un yelmo con visera de barras y adornado con tres plumas blancas. Gerard Arganda era un hombre duro, un soldado que había ascendido desde abajo, contra todo pronóstico, hasta convertirse en primer capitán de la escolta de Alliandre. No le caía bien Perrin, que había conducido a su soberana hacia el sur sin una buena razón y con ello había ocasionado que la raptaran, pero Perrin suponía que se detendría y presentaría sus respetos a Berelain o que conferenciaría con Gallenne. Arganda sentía mucho respeto por Gallenne y a menudo pasaba ratos con él, fumando ambos sus pipas. Sin embargo, el ruano pasó volando ante Perrin y los demás, mientras Arganda clavaba los talones en los flancos del animal en un intento de que aumentara la velocidad del galope. Cuando Perrin vio hacia dónde se dirigía el hombre, comprendió. Un único jinete a lomos de un animal de pelaje grisáceo se aproximaba desde el este a un paso regular, y a su lado un Aiel avanzaba sobre raquetas de nieve.

8. Remolinos de color

Perrin no se dio cuenta de que se había movido hasta que se encontró inclinado sobre el cuello de *Brioso* siguiendo a Arganda como un rayo. La nieve no era menos profunda ni el terreno menos accidentado ni la luz mejor, pero *Brioso* corría entre las sombras, reacio a dejar que el ruano siguiera a la cabeza, y Perrin lo azuzó para que galopara más deprisa. El jinete que se acercaba era Elyas, con la barba extendida sobre el pecho, un sombrero de ala ancha arrojando sombras sobre su rostro y la capa forrada de piel colgando sobre su espalda. El Aiel era una de las Doncellas, con el oscuro *shoufa* envuelto en la cabeza y la capa blanca que utilizaban para camuflarse en la nieve echada sobre la chaqueta y los pantalones, de tonalidades grises, pardas y verdes. Elyas y una de las Doncellas, sin los demás, significaba que habían encontrado a Faile. Tenía que ser eso.

Arganda llevaba su caballo sin importarle si el ruano se rompía el cuello o hacía que se lo rompiese él, saltando las afloraciones rocosas, atravesando la nieve casi a galope tendido, levantando surtidores de polvo blanco, pero *Brioso* lo alcanzó justo cuando llegaba ante Elyas y demandaba con voz dura:

—¿Viste a la reina, Machera? ¿Está viva? ¡Contéstame, hombre!

La Doncella, Elienda, inexpresivo el rostro tostado por el sol, alzó una mano hacia Perrin. Podría haber sido en un saludo o en un gesto de compasión, pero no interrumpió su rítmico paso deslizante. Estando Elyas para informarle a él, ella haría lo propio con las Sabias.

—¿La habéis encontrado? —De repente a Perrin se le había quedado la garganta seca como arena. ¡Llevaba tanto tiempo esperando esto! Arganda enseñó los dientes en un sordo gruñido tras las barras de la visera, consciente de que Perrin no preguntaba por Alliandre.

—Hemos encontrado a los Shaido a los que hemos estado siguiendo —respondió cautelosamente Elyas, las dos manos apoyadas en la perilla de la silla. Incluso a él, el legendario Diente Largo que había vivido y corrido con los lobos, se le notaba el esfuerzo de demasiados kilómetros e insuficientes horas de sueño. El agotamiento se advertía en la flojedad de toda la cara, resaltado por el brillo amarillo dorado de sus ojos bajo el ala del sombrero. Las canas surcaban la espesa barba y el cabello, largo hasta la cintura y atado en la nuca con un cordón de cuero, y, por primera vez desde que lo conocía, a Perrin le pareció viejo—. Están acampados alrededor de una ciudad de buen tamaño que han tomado, en un terreno montuoso, a unos sesenta kilómetros de aquí. No tienen centinelas en las inmediaciones y los que hay a una distancia mayor parecen estar más pendientes de posibles intentos de huida de prisioneros que de cualquier otra cosa, de modo que pudimos acercarnos lo suficiente para echar una buena ojeada. Sin embargo, Perrin, hay más de los que pensábamos. Al menos nueve

o diez septiares, según las Doncellas. Contando los *gai'shain*... o la gente vestida de blanco, en cualquier caso, podría haber tantas personas en ese campamento como en Mayene o Ebou Dar. No sé cuántos serán guerreros, pero diez mil podría ser un cálculo por lo bajo, a juzgar por lo que he visto.

Unos nudos de desesperación estrujaron y retorcieron el estómago a Perrin. La boca se le quedó tan seca que no habría sido capaz de hablar ni aunque Faile hubiese aparecido milagrosamente ante él. Diez mil *algai'd'siswai* —e incluso tejedores, herreros y hombres mayores que pasaban los días recordando viejos tiempos sentados a la sombra— asirían una lanza si los atacaban. Él contaba con menos de dos mil lanceros, que se verían superados en un enfrentamiento contra un número igual de Aiel. Había menos de trescientos hombres de Dos Ríos capaces de causar estragos a distancia con sus arcos, pero no de parar a diez mil. Tan ingente cantidad de Shaido haría trizas a la chusma asesina de Masema con la facilidad con que un gato acabaría con un nido de ratones. Aun contando con los Asha'man y las Aes Sedai... Edarra y las otras Sabias no eran precisamente generosas en lo que le contaban sobre las Sabias, pero sabía que en diez septiares podría haber cincuenta mujeres encauzadoras, tal vez más. Quizá menos también —no había un número específico establecido— pero aun así daría lo mismo.

Con gran esfuerzo ahogó la desesperación que lo estaba invadiendo, la estrujó hasta que sólo quedaron filamentos convulsos que consumió su rabia abrasadora. La desesperación no tenía cabida en un martillo. Ya fueran diez septiares o todo el clan Shaido, seguían teniendo a Faile y tenía que encontrar un modo de quitársela.

—¿Qué importa cuántos son? —demandó Aram—. Cuando los trollocs atacaron Dos Ríos eran millares, decenas de millares, pero los matamos de todas formas. Los Shaido no pueden ser peores que los trollocs.

Perrin parpadeó, sorprendido de encontrar al joven detrás de él, por no mencionar a Berelain, Gallenne y las Aes Sedai. En su precipitación por llegar hasta Elyas había olvidado todo lo demás. Visibles vagamente entre los árboles, los hombres que Arganda había llevado para enfrentarse a Masema seguían más o menos alineados en dos hileras, pero la escolta de Berelain había formado un amplio anillo centrado en Elyas y mirando hacia el exterior. Las Sabias se encontraban fuera del círculo escuchando el informe de Elienda con semblantes graves. La Doncella hablaba en quedos murmullos y de vez en cuando sacudía la cabeza. Su opinión sobre la situación no era más optimista que la de Elyas. Perrin se dio cuenta de que debía de haber perdido el cesto en su alocada carrera, ya que ahora colgaba de la silla de Berelain. En el rostro de la Principal había una expresión de... ¿podía ser compasión? ¡Así la Luz lo abrasara, estaba demasiado cansado para razonar con claridad! Su siguiente error podía ser el último; para Faile.

—Según tengo entendido, gitano —adujo en tono comedido Elyas—, fueron los

trollocs los que arremetieron contra vosotros en Dos Ríos y os las arreglasteis para cogerlos en una maniobra de pinza. ¿Tienes algún fabuloso plan para coger a los Shaido en otra pinza?

Aram le asestó una mirada furibunda y resentida. Elyas lo había conocido antes de que asiera una espada y a Aram no le gustaba que le recordaran aquellos tiempos, a pesar de sus ropas chillonas.

—Sean diez septiares o cincuenta —gruñó Arganda—, tiene que haber algún modo de liberar a la reina. Y a las demás también, por supuesto. Y a las demás. —Su semblante endurecido mostraba un ceño de cólera, pero sin embargo olía a desesperación, a zorro dispuesto a cortarse la pata de un mordisco para escapar del cepo—. ¿Aceptarían...? ¿Aceptarían un rescate? —El ghealdano miró en derredor hasta que localizó a Marline, que se acercaba cruzando entre la Guardia Alada. La Sabia se las ingeniaba para caminar a un paso regular y firme a pesar de la nieve, sin el menor tambaleo. Ni a las otras Sabias ni a Elienda se las veía ya entre los árboles —. ¿Esos Shaido aceptarían un rescate... Sabia? —El título sonó como una ocurrencia de último momento. Ya no creía que los Aiel que iban con ellos tuvieran que ver con el rapto, pero sus prejuicios contra los Aiel seguían presentes.

—No lo sé. —Marline no pareció advertir su tono. Con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba a Perrin en lugar de a Arganda. Era una de esas miradas con las que una mujer sopesaba y medía a un hombre hasta ser capaz de cortarle y hacerle un traje completo o decirle cuándo era la última vez que se había cambiado de ropa interior. Lo habría hecho sentirse incómodo otrora, cuando tenía tiempo para esas cosas. No había ofrecimiento de consejo en su tono cuando volvió a hablar, sino una mera exposición de hechos. Incluso era posible que fuera su propósito—. Vuestra práctica en las tierras húmedas de pagar rescate va contra nuestras costumbres. Los *gai'shain* se pueden regalar o cambiar por otros *gai'shain*, pero no son animales para ponerlos en venta. Sin embargo, al parecer los Shaido ya no siguen el *ji'e'toh*. Hacen *gai'shain* a gentes de las tierras húmedas y lo toman todo en lugar de sólo el quinto. Tal vez pongan un precio.

—Mis joyas están a tu disposición, Perrin —intervino Berelain con voz serena y gesto firme—. Si es preciso, Grady o Neald pueden traer más de Mayene. Y también oro.

Gallenne carraspeó.

—Los altaraneses están acostumbrados a los maleantes, milady, nobles vecinos y bandidos por igual —dijo lentamente mientras sacudía las riendas sobre la palma de la mano. Aunque reacio a llevar la contraria a Berelain, saltaba a la vista que estaba decidido a hacerlo—. No existe ley en esta zona tan lejana de Ebou Dar, excepto la impuesta por el señor o la señora del lugar. Nobles o plebeyos, están acostumbrados a pagar a cualquiera que no puedan combatir, y enseguida distinguen cuándo es posible

y cuándo no. Es del todo ilógico que ninguno de ellos haya intentado comprar su seguridad, y no obstante sólo hemos visto un rastro de ruinas por donde han pasado los Shaido, sólo hemos oído hablar de pillaje sin freno. Es posible que acepten una oferta de rescate, e incluso que lo tomen, pero ¿se puede confiar en que den algo a cambio? El solo hecho de hacer la oferta nos privaría de nuestra única y verdadera ventaja, que es el hecho de que ignoran que nos encontramos aquí. —Annoura sacudió levemente la cabeza; fue un gesto mínimo, pero Gallenne lo vio y frunció el ceño—. ¿Discrepáis, Annoura Sedai? —preguntó con cortesía. Y con un dejo de sorpresa. A veces la Gris era incluso tímida, especialmente para ser una hermana, pero nunca vacilaba en expresar su opinión cuando estaba en desacuerdo con un consejo dado a Berelain.

Sin embargo, en esta ocasión Annoura vaciló y lo disimuló ajustándose la capa y arreglando los pliegues de la tela con cuidado; las Aes Sedai podían aislarse del frío o del calor cuando querían, sin que las afectara la temperatura cuando todo el mundo a su alrededor estaría empapado en sudor o esforzándose para que los dientes no le castañetearan. Una Aes Sedai que prestara atención a la temperatura es que estaba ganando tiempo para pensar, por lo general el modo de ocultar lo que pensaba. Tras lanzar una mirada algo ceñuda a Marline, llegó por fin a una decisión y el leve frunce del entrecejo desapareció.

—La negociación siempre es mejor que luchar —manifestó fríamente con su acento tarabonés—, y en una negociación la confianza siempre es cuestión de medidas de precaución, ¿verdad? Tenemos que considerar con cuidado qué precauciones hemos de tomar. También está el tema de quién se pondría en contacto con ellos. Es posible que las Sabias ya no sean sacrosantas, puesto que tomaron parte en la batalla de los pozos de Dumai. Una hermana, o un grupo de hermanas, podría ser mejor, pero aun así habría que planearlo con cuidado. Yo estoy dispuesta a...

—Nada de rescate —la interrumpió Perrin, y cuando todo el mundo lo miró, casi con consternación, y con semblante indescifrable Annoura, repitió con más dureza—. Nada de rescate. —No pagaría a esos Shaido por haber hecho sufrir a Faile. Estaría asustada, y tendrían que pagar por eso, no sacar beneficio de ello. Además, Gallenne tenía razón. Nada de lo que había visto en Altara o Amadicia o antes incluso, en Cairhien, apuntaba siquiera que pudiera confiarse en que los Shaido cumplieran cualquier trato. Sería tanto como fiarse de unas ratas en graneros o de las larvas de orugas en los cultivos—. Elyas, quiero ver su campamento. —Siendo niño había conocido a un hombre ciego, Nar Torfinn, con su rostro arrugado y su ralo cabello blanco, que era capaz de desmontar cualquier rompecabezas de herrero al tacto. Durante años Perrin había intentado repetir semejante hazaña, sin éxito. Él tenía que ver cómo encajaban las piezas antes de encontrarle sentido—. Aram, ve a buscar a Grady y dile que se reúna conmigo lo antes posible, en la zona de Viaje. —Así era

como llamaban al lugar donde llegaban al final de cada salto y partían para el siguiente. Era más fácil para los Asha'man crear un acceso en un sitio que el tejido del anterior había tocado ya.

Aram asintió con un enérgico cabeceo, hizo volver grupas a su caballo gris y partió veloz hacia el campamento, pero Perrin vio reflejarse argumentos, preguntas y cuestiones en los rostros que lo rodeaban. Marline seguía observándolo, como si de pronto no estuviera muy segura de qué era, y Gallenne contemplaba ceñudo las riendas que sostenía en las manos, sin duda viendo que las cosas saldrían mal hiciera lo que hiciera, pero en el rostro de Berelain había una expresión perturbada y en sus ojos se reflejaban objeciones; por su parte, Annoura había apretado la boca de modo que sus labios formaban una fina línea. A las Aes Sedai no les gustaba que las interrumpieran y, por tímida que fuera tratándose de una hermana, parecía dispuesta a dar rienda suelta a su desagrado. Arganda, que tenía congestionada la cara, abrió la boca con la clara intención de gritar; lo había hecho a menudo desde que habían raptado a su reina. No tenía sentido quedarse para oírlo.

Perrin clavó tacones e hizo que *Brioso* se lanzara a través de la línea de la Guardia Alada en dirección a la zona de los árboles rotos. No a galope, pero tampoco con parsimonia, a un trote rápido entre los altísimos troncos, las manos asiendo prietamente las riendas y los ojos escudriñando la penumbra moteada, buscando a Grady. Elyas lo siguió en su castrado sin pronunciar palabra. Hasta el momento creía con firmeza Perrin que ya no había hueco en su ser para un gramo más de temor, pero el silencio de Elyas incrementó el peso. El otro hombre nunca había visto un obstáculo sin ver también un modo de eludirlo, y su silencio hablaba de montañas infranqueables. Tenía que haber un modo, sin embargo. Cuando llegaron al saliente rocoso que parecía pulido, Perrin llevó a *Brioso* de un lado a otro bajo los oblicuos haces de luz, alrededor de los árboles caídos y entre los que se mantenían en pie, incapaz de quedarse quieto. Tenía que moverse. Tenía que haber una forma. Su mente era como un felino enjaulado.

Elyas desmontó y se puso en cuclillas, fruncido el ceño, junto a la roca cortada, sin hacer caso a los tirones que su castrado daba de las riendas y sus intentos de recular. Al lado de la piedra, el grueso tronco de un pino que había alcanzado cuarenta y cinco metros largos de altura estaba apuntalado en un extremo por los astillados restos de su tocón, lo bastante alto para que Elyas hubiera podido caminar por debajo sin agacharse. Los brillantes rayos del sol que atravesaban el dosel del bosque en otras partes parecían acentuar las sombras hasta casi la negrura alrededor de la afloración marcada con huellas, pero eso no era impedimento para él como no lo era para Perrin. Encogió la nariz al captar el olor a azufre quemado que todavía quedaba en el aire.

—Me pareció percibir este hedor cuando veníamos hacia aquí. Espero que se lo

hayas mencionado, si no tenías otras cosas en la cabeza. Una manada grande. Mayor que cualquier otra que haya visto o de la que haya oído hablar.

—Es lo que dijo Masuri —respondió distraídamente Perrin. ¿Por qué tardaba Grady? ¿Cuántos habitantes tenía Ebou Dar? Ése era el tamaño del campamento de los Shaido—. Contó que se había topado con el rastro de siete manadas, y que ésta no la había visto antes.

—Siete —exclamó sorprendido Elyas—. Hasta una Aes Sedai tiene que haberse movido mucho para conseguir eso. Casi todo lo que se cuenta de los Sabuesos del Oscuro es resultado de los miedos de la gente a la oscuridad. —Observó con el entrecejo fruncido las huellas que cruzaban la roca suavizada, sacudió la cabeza y en su voz sonó un timbre entristecido cuando habló—. Hubo un tiempo en que eran lobos. Las almas de lobos, en cualquier caso, atrapadas y pervertidas por la Sombra. Ésa fue la materia utilizada para crear los Sabuesos del Oscuro, los Hermanos de la Sombra. Creo que ésa es la razón por la que los lobos tendrán que estar en la Última Batalla. O quizá se crearon los Sabuesos del Oscuro porque los lobos estarán allí, para luchar contra ellos. A veces el Entramado hila tan fino que, en comparación, un encaje de Sovarra parece un trozo de cuerda. Sea como sea, ocurrió hace mucho tiempo, durante la Guerra de los Trollocs por lo que he llegado a entender, y la Guerra de la Sombra antes de eso. Los lobos tienen recuerdos que se remontan a un pasado remoto. Lo que sabe un lobo nunca se olvida realmente mientras haya lobos vivos. Pero evitan hablar de los Sabuesos del Oscuro y también los evitan a ellos. Podrían perecer cien lobos tratando de matar a un Hermano de la Sombra. Lo que es peor, si fracasan en el empeño, el Sabueso del Oscuro puede devorar las almas de los que aún no están muertos del todo, y en un año más o menos habría una nueva jauría de Hermanos de la Sombra que ni siquiera recordaría que hubo un tiempo en que fueron lobos. En fin, ojalá sea así y no lo recuerden.

Perrin se paró aunque rabiaba por seguir moviéndose. Hermanos de la Sombra. El nombre que los lobos daban a los Sabuesos del Oscuro cobró un sentido más siniestro.

—¿Pueden devorar el alma de un hombre, Elyas? De un hombre capaz de hablar con los lobos, digamos.

Elyas se encogió de hombros. Por lo que cualquiera de los dos sabía, sólo un puñado de personas podía hacer lo que hacían ellos. La respuesta a esa pregunta quizá sólo se tenía en el momento de la muerte. Lo realmente importante ahora era que si antaño habían sido lobos entonces debían de ser lo bastante inteligentes para informar sobre lo que habían descubierto. Masuri había insinuado eso mismo. Era absurdo esperar lo contrario. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que informaran? ¿De cuánto tiempo disponía para liberar a Faile?

El crujido de nieve aplastada por unos cascos anunció la llegada de jinetes, y

Perrin se apresuró a contar a Elyas que los Sabuesos del Oscuro habían circunvalado el campamento, que llevarían noticias sobre él a quienquiera que tuvieran que informar.

—Yo no me preocuparía demasiado, chico —contestó el hombre mayor, que observaba atento la aparición de los caballos que se acercaban. Se apartó de la piedra y empezó a estirarse para desentumecer los músculos agarrotados por estar tanto tiempo en una silla de montar. Elyas tenía mucho cuidado para que no lo sorprendieran examinando lo que para los ojos de otros estaría envuelto en sombras —. Da la impresión de que andaban a la caza de algo más importante que tú. Seguirán en ello hasta que lo encuentren aunque tarden un año. No te preocupes. Rescataremos a tu mujer antes de que esos Sabuesos del Oscuro informen que te encontrabas aquí. —En su voz había resolución, y también en su efluvio, pero no mucha esperanza. De hecho, casi nada.

Luchando contra la desesperación, negándose a que se apoderase de él otra vez, Perrin volvió a hacer que *Brioso* se moviera de aquí para allí en el momento en que Berelain y su escolta aparecieron entre los árboles, con Marline montada a horcajadas detrás de Annoura. Tan pronto como la Aes Sedai frenó, la Sabia de ojos color azul crepuscular se deslizó al suelo, y se sacudió la voluminosa falda para cubrir las medias oscuras. Otra mujer quizá se habría sentido nerviosa por estar enseñando las piernas, pero no Marline. Ella se limitaba a colocar sus ropas. Annoura era la que parecía incómoda; su gesto agrio y contrariado daba a su nariz la apariencia de un pico. Guardó silencio, pero daba la impresión de estar dispuesta a morder. Sin duda debía de haber estado convencida de que se aceptaría su propuesta de negociar con los Shaido, sobre todo con el apoyo de Berelain y con la aparente postura neutral de Marline en el peor de los casos. Las Grises eran mediadoras y negociadoras, árbitros y promotoras de tratos. Ése podría haber sido su móvil. ¿Qué otra cosa, si no? Un problema que debía dejar a un lado y al tiempo tenerlo presente. Debía tener presente cualquier cosa que pudiese interferir en la liberación de Faile, pero el problema que era imperioso resolver se encontraba a sesenta kilómetros al nordeste.

Mientras la Guardia Alada formaba su círculo protector entre los inmensos árboles que había alrededor de la zona de Viaje, Berelain condujo su montura junto a *Brioso* y lo acompañó en su ir y venir tratando de entablar conversación con Perrin, de convencerlo para que se comiera el resto de la becada. Olía a insegura, dudosa de la decisión tomada por él. Quizás esperaba convencerlo de intentar lo del rescate. Perrin no frenó a *Brioso* y se negó a prestar atención a la mujer. Llevar a cabo ese intento era jugarse todo a una tirada de dados. No podía jugar con Faile como apuesta. Metódico como con el trabajo en una forja, ésa era la forma. Luz, pero qué cansado estaba. Se dobló más ceñidamente en torno a su ira, sumergiéndose en su fuego para obtener energía.

Gallenne y Arganda llegaron poco después que Berelain al frente de una doble columna de lanceros ghealdanos de petos bruñidos y brillantes yelmos cónicos que se intercalaron entre los mayenienses bajo los árboles. Berelain irradió un atisbo de irritación en su efluvio, se apartó de Perrin y cabalgó hacia Gallenne. Situaron juntas sus monturas, rodilla contra rodilla, y el hombre tuerto agachó la cabeza para escuchar lo que la Principal tenía que decirle. La mujer habló en voz baja, pero Perrin sabía cuál era el tema de la conversación, al menos en parte. De vez en cuando uno de ellos lo seguía con la mirada en su ir y venir a lomos de *Brioso*. Arganda se plantó con su ruano en un punto y miró fijamente al sur, en dirección al campamento, quieto como una estatua pero irradiando impaciencia como el fuego irradiaba calor. Era la estampa de un soldado con el morrión, la espada y la armadura plateada, el semblante duro como la piedra, pero su olor delataba que estaba al borde del pánico. Perrin se preguntó cómo olería él. Uno no podía captar su propio olor a menos que estuviera en un sitio cerrado. No creía que oliera a pánico, sólo a miedo y a ira. Todo volvería a su cauce cuando hubiera recuperado a Faile. Todo volvería a su cauce. Atrás y adelante, de aquí para allí.

Por fin apareció Aram con un bostezador Jur Grady montado en un castrado zaino oscuro, tan oscuro que la franja blanca del hocico lo hacía parecer casi negro. Dannil y una docena de hombres de Dos Ríos, abandonadas de momento picas y alabardas a favor de sus arcos largos, cabalgaban detrás de ellos, pero no muy cerca. Grady, un tipo bajo y fornido con un rostro curtido en el que ya empezaban a marcarse arrugas a pesar de que apenas había entrado en la madurez, parecía un soñoliento granjero a pesar de la espada de empuñadura larga que llevaba a la cintura y la chaqueta negra con el alfiler de la espada de plata prendido en el cuello alto, pero había dejado atrás la granja para siempre y Dannil y los otros mantenían la distancia con él invariablemente. También lo hacían con Perrin, y se quedaron retrasados y mirando el suelo, aunque a veces lanzaban rápidas y avergonzadas miradas a él o a Berelain. Daba igual. Todo volvería a su cauce.

Aram intentó conducir a Grady hasta Perrin, pero el Asha'man sabía para qué lo habían llamado. Con un suspiro, desmontó junto a Elyas, que se puso en cuclillas en un trozo donde llegaba la luz del sol para extender un mapa en la nieve y señalar con el dedo un punto mientras indicaba distancia y dirección, describiendo con detalle el lugar adonde querían ir, un claro en una ladera que estaba casi de cara al sur, y la cresta que remataba el monte con tres cortes como tres muescas. Con la distancia y la dirección era suficiente, si tales datos eran precisos, pero cuanto mejor fuera la imagen formada en la mente de un Asha'man, más se acercaría al punto exacto.

—Aquí no hay margen para el error, muchacho. —Los ojos de Elyas parecieron brillar más con la intensidad de su mirada. Otros pensarían lo que fuera de los Asha'man, pero a él no lo intimidaban—. Hay montones de cerros y crestas en ese

terreno, y el campamento principal se encuentra a poco más de un kilómetro de la otra vertiente de este monte. Habrá centinelas, grupos pequeños que acampan en sitios distintos cada noche, puede que a menos de tres kilómetros en el lado opuesto. Si nos sitúas demasiado lejos del punto, nos localizarán a buen seguro.

Grady le sostuvo la mirada sin parpadear. Después asintió y se pasó los rechonchos dedos por el cabello al tiempo que inhalaba profundamente. Parecía tan cauteloso como Elyas. Y tan agotado como el propio Perrin.

—¿Estás suficientemente descansado? —le preguntó Perrin. Los hombres cansados cometían errores, y los errores con el Poder Único podían resultar mortales —. ¿Mando venir a Neald?

Grady alzó los ojos adormilados hacia él y después denegó con la cabeza.

—Fager no está más descansado que yo. Quizá menos aún. Soy más fuerte que él, un poco. Es mejor que lo haga yo.

Se volvió de cara al norte y, sin previo aviso, una línea vertical azul plateada apareció junto a la piedra marcada de huellas. Annoura retiró bruscamente su yegua a la par que soltaba una exclamación ahogada cuando la línea luminosa se ensanchó hasta convertirse en un acceso, un agujero en el aire que mostraba un claro alumbrado por la luz del sol en un terreno empinado, entre árboles mucho más pequeños que los que rodeaban a Perrin y a los otros. El pino ya partido se estremeció al perder otra fina loncha, crujió, y el tramo restante se desplomó al suelo con un golpe que en parte amortiguó la nieve y que hizo que los caballos recularan y resoplaran. Annoura lanzó una mirada furibunda al Asha'man y su semblante se tornó severo, pero Grady se limitó a parpadear.

—¿Te parece que ése es el sitio correcto? —preguntó a Elyas, que simplemente asintió con la cabeza tras encajarse mejor el sombrero.

Ese gesto de asentimiento era todo cuanto Perrin estaba esperando. Agachó la cabeza y condujo a *Brioso* a través del acceso hacia una capa de nieve que llegaba al pardo por encima de las cernejas. Era un pequeño claro, pero el cielo con nubes blancas en lo alto lo hacía parecer muy abierto en contraste con el bosque dejado atrás. La luz casi resultaba cegadora en comparación, aunque el sol seguía escondido tras la cresta cubierta de árboles que se alzaba sobre el claro. El campamento Shaido se encontraba al otro lado de esa cresta. Perrin contempló fijamente la cumbre, anhelante. Tuvo que hacer un inmenso esfuerzo para quedarse donde estaba en lugar de salir a galope en busca de Faile. Se obligó a hacer dar media vuelta a *Brioso*, de cara al acceso, en el momento en que Marline lo cruzaba.

Todavía estudiándolo, sin apenas apartar los ojos de él el tiempo suficiente para caminar por la nieve sin tropezar, la mujer se hizo a un lado y dejó que Aram y los hombres de Dos Ríos pasaran a caballo. Acostumbrados al Viaje ya que no a los Asha'man, ni siquiera inclinaron la cabeza para esquivar la parte superior de la

abertura, a excepción del más alto de ellos. De repente Perrin cayó en la cuenta de que el acceso era más grande que el primero hecho por Grady. En aquél había tenido que desmontar para pasar a través de él. Fue una idea vaga, tan irrelevante como el zumbido de una mosca. Aram se dirigió directamente hacia Perrin, tenso el semblante y oliendo a impaciencia y ansiedad por seguir adelante. Una vez que Dannil y los otros se hubieron apartado del acceso, desmontaron y encajaron tranquilamente las flechas en los arcos mientras escrutaban los árboles del entorno. A continuación apareció Gallenne, que oteó con gesto sombrío la fronda del entorno como si esperase que un enemigo saliera repentinamente de ella; tras él salió en tropel media docena de mayenienses, los cuales tuvieron que inclinar las lanzas ornamentadas con cintas rojas.

Hubo una larga pausa en la que el acceso permaneció vacío; pero, justo en el momento en que Perrin decidía regresar para ver qué retenía a Elyas, el hombre barbudo apareció conduciendo su montura, con Arganda y seis ghealdanos pisándole los talones; en sus rostros había grabado un profundo descontento. Los relucientes petos y yelmos no se veían por ningún sitio, y por su ceño habríase dicho que les habían hecho quitarse los pantalones.

Perrin asintió para sus adentros. Por supuesto. El campamento Shaido se encontraba al otro lado del monte, al igual que el sol. Las brillantes armaduras habrían sido como espejos. Tendría que haber pensado en ello. Aún dejaba que el miedo lo empujara a la impaciencia y le impidiera pensar con claridad. Debía tener la mente despejada, ahora más que nunca. Cualquier detalle que pasara por alto en ese momento podía matarlo y dejar a Faile en manos de los Shaido. Sin embargo, era más fácil decir que tenía que dejar a un lado el miedo que hacerlo. ¿Cómo no tener miedo por Faile? Tenía que controlarlo, pero ¿cómo?

Para su sorpresa, Annoura cruzó el acceso a caballo, justo delante de Grady, que conducía su oscuro zaino. Igual que todas las veces que Perrin la había visto pasar a través de un acceso, la mujer iba inclinada sobre la yegua hasta donde se lo permitía la perilla de la silla y mirando con una mueca el agujero creado con la contaminada mitad masculina del Poder; tan pronto como lo hubo cruzado, azuzó su montura alejándola todo lo posible, cuesta arriba, sin entrar en los árboles. Grady dejó que el acceso se cerrara bruscamente, dejando la imagen purpúrea de una barra vertical grabada en las retinas de Perrin, y Annoura se encogió y apartó los ojos para lanzar una mirada iracunda a Marline y a Perrin. De no haber sido una Aes Sedai, Perrin habría pensado que estaba a punto de estallar de rabia y resentimiento. Berelain debía de haberle dicho que la acompañara, pero no era a la Principal a la que culpaba por tener que estar allí.

—A partir de ahora seguimos a pie —anunció Elyas en voz queda que apenas se oía por encima de algún que otro golpe de los cascos de los caballos. Había dicho que

los Shaido no estaban alerta y que casi no tenían centinelas, pero habló como si se encontraran a veinte pasos—. Un hombre a caballo destaca. Los Shaido no están ciegos; sólo lo están considerando que son Aiel, lo que significa que tienen una vista el doble de aguda que cualquiera de vosotros, de modo que no os pongáis perfilados contra el horizonte cuando remontemos la cresta. E intentad hacer el menor ruido posible. Tampoco están sordos. Acabarán encontrando nuestras huellas, lo que no se puede evitar con la nieve, pero hemos de impedir que descubran que hemos estado aquí hasta después de habernos marchado.

Irritado ya por haber tenido que desprenderse de armadura y morrión, Arganda empezó a discutir las órdenes dadas por Elyas. Al no ser necio del todo, mantuvo un tono bajo que no resonaría, pero había sido soldado desde los quince años, había dirigido tropas en la lucha contra Capas Blancas, altaraneses y amadicienses, y, como le gustaba señalar, había combatido en la Guerra de Aiel y había sobrevivido a la Batalla de la Nieve Sangrienta, en Tar Valon. Conocía a los Aiel y no necesitaba que un montaraz barbudo le dijera cómo tenía que calzarse las botas. Perrin lo dejó estar, ya que el hombre manifestó su protesta al tiempo que reñía a dos de sus soldados para que controlaran sus caballos. En realidad no era necio, sólo tenía miedo por su reina. Gallenne dejó atrás a todos sus hombres, mascullando que las lanzas eran completamente inútiles sin ir a caballo y que probablemente se romperían el cuello si los hacía caminar un tramo. Tampoco era tonto, pero siempre veía el lado malo en primer lugar. Elyas se puso a la cabeza y Perrin se demoró en seguirlo sólo lo que tardó en pasar el visor de lentes, montado en un grueso tubo de bronce, de las albardas de *Brioso* al bolsillo de su chaqueta.

El sotobosque crecía en parches bajo los árboles, que en su mayoría eran pinos y abetos, así como grupos de otras especies que estaban deshojadas y tenían el color ceniciento del invierno, y el terreno, no más empinado que las Colinas de Arena de casa aunque más rocoso, no presentaba problemas para Dannil y los otros hombres de Dos Ríos, que subieron el repecho con las flechas encajadas en los arcos, vigilantes, casi tan silenciosos como el vaho exhalado al respirar. Aram, habituado también a los bosques, permaneció cerca de Perrin con la espada desenvainada. En una ocasión empezó a abrirse camino por una maraña de gruesas enredaderas a golpe de espada hasta que Perrin lo detuvo poniendo la mano en su brazo, pero aun así apenas hacía más ruido que él al caminar sobre la quebradiza costra de nieve. No le sorprendió ver que Marline se movía entre los árboles como si hubiese crecido en un bosque en lugar del Yermo de Aiel, donde cualquier cosa que pudiera denominarse árbol apenas existía y no se conocía la nieve, aunque habría sido de esperar que todos sus collares y brazaletes metieran algo de ruido al mecerse. Por su parte, Annoura trepaba casi con tan poco esfuerzo como la Aiel, peleando algo con la falda pero evitando ágilmente las afiladas espinas de las uñas de gato secas y las enredaderas

sarmentosas. Las Aes Sedai solían encontrar el modo de sorprenderte con algo. También se las arreglaba para no quitar ojo a Grady, aunque el Asha'man parecía centrado en mirar dónde ponía los pies para caminar. A veces suspiraba sonoramente y se detenía un momento mientras alzaba la vista, ceñudo, hacia la cima, pero de algún modo conseguía no quedarse retrasado. Gallenne y Arganda no eran hombres jóvenes ni estaban acostumbrados a caminar cuando podían ir a caballo, de modo que empezaron a jadear a medida que ascendían y a veces se detenían de árbol en árbol, pero iban tan pendientes el uno del otro como del terreno en el que pisaban, reacios a dejar que el otro lo superara. Los cuatro lanceros ghealdanos, por otro lado, se resbalaban, tropezaban con las raíces ocultas bajo la nieve, se enganchaban las vainas de las espadas en las matas y mascullaban maldiciones cuando caían sobre piedras o las espinas los pinchaban. Perrin empezó a plantearse la idea de ordenarles volver para que esperaran con los caballos. Y también de atizarles en la cabeza y dejarlos allí para recogerlos cuando regresaran.

De pronto aparecieron dos Aiel de entre el sotomonte, delante de Elyas, con los negros velos tapándoles la cara hasta los ojos, las blancas capas echadas a la espalda y las lanzas y las adargas en las manos. Eran Doncellas Lanceras a juzgar por su estatura, aunque no por ello menos peligrosas que cualesquiera otros *algai'd'siswai*, y, en un visto y no visto, las cuerdas de nueve arcos largos se habían tensado y las flechas le apuntaban al corazón.

—Podrías acabar herida así, Tuandha —masculló Elyas—. Sulin, deberías saberlo ya.

Perrin indicó con un ademán a los hombres de Dos Ríos que bajaran los arcos y a Aram que hiciera otro tanto con su espada. Al igual que Elyas, había captado los efluvios de las dos mujeres antes de que salieran de su escondrijo. Las Doncellas Lanceras intercambiaron una mirada estupefacta, pero se quitaron el velo y lo dejaron colgado sobre el pecho.

—Tienes buena vista, Elyas Machera —dijo Sulin. Nervuda y con la tez curtida, cruzada la mejilla por una cicatriz, tenía unos ojos de color azul tan penetrantes que podían traspasar como punzones. Pero ahora todavía reflejaban sorpresa. Tuandha era más alta y más joven, y se la podría haber considerado bonita de no ser por la falta del ojo derecho y la cicatriz que iba desde la barbilla hasta perderse debajo del *shoufa*. Le tiraba de la boca de modo que parecía esbozar una sonrisa, pero ésa era la única sonrisa que podía esperarse de ella.

—Vuestras chaquetas son diferentes —dijo Perrin. Tuandha se miró ceñuda la suya, toda gris, verde y marrón, y después la de Sulin, exactamente igual—. Vuestras capas también. —Elyas tenía que estar cansado para cometer tal desliz—. No se han puesto en movimiento, ¿verdad?

—No, Perrin Aybara —respondió Sulin—. Los Shaido parecen preparados para

quedarse en un sitio durante un tiempo. Anoche obligaron a la gente a salir de la ciudad y dirigirse hacia el norte. A los que dejaron marchar. —Sacudió ligeramente la cabeza, todavía perturbada por el hecho de que los Shaido obligaran a personas que no seguían el *ji'e'toh* a convertirse en *gai'shain*—. Tus amigos, Jondyn Barran, Get Ayliah y Hu Marwin, fueron tras esa gente para ver si podían enterarse de algo. Nuestras hermanas de lanza y Gaul están circunvalando el campamento otra vez. Nosotras nos quedamos aquí esperando a que Elyas Machera regresara contigo. —Rara vez su voz denotaba emoción y ahora no tenía la más mínima, pero olía a tristeza—. Ven, te lo enseñaré.

Las dos Doncellas dieron media vuelta y empezaron a subir hacia la cresta; Perrin se apresuró a ir tras ellas, olvidándose de todos los demás. A corta distancia de la cima, se agacharon para después ponerse a gatas y él las imitó, y se arrastraron los últimos metros sobre la nieve; en lo alto del monte escudriñó más allá de un árbol que coronaba la cima. Allí acababa el bosque, que daba paso a arbustos dispersos y retoños de árbol aislados, ladera abajo. Estaba a bastante altura para ver varias leguas de terreno montuoso y lomas peladas de árboles hasta un punto donde la oscura banda del bosque comenzaba otra vez. Podía ver todo lo que quería ver y mucho menos de lo que necesitaba.

Había intentado imaginarse el campamento Shaido por la descripción de Elyas, pero la realidad superaba con creces lo imaginado. A poco menos de un kilómetro más abajo se divisaba un cúmulo de tiendas Aiel y de cualquier otra clase, y montones de carretas, carros, gente y caballos. Se extendía sus casi dos buenos kilómetros en todas direcciones desde las paredes de piedra gris de una ciudad hasta mitad de camino a la siguiente elevación. Sabía que al otro lado debía de ser igual. No era una ciudad grande, como Caemlyn o Tar Valon —unos trescientos metros a lo largo del lado que alcanzaba a ver y más estrecha en los otros, aparentemente—, pero aun así era una ciudad con altas murallas y torres y lo que parecía una fortaleza en el extremo más septentrional. Con todo, el campamento Shaido la engullía entera. Faile se encontraba en alguna parte de aquel enorme mar de gente.

Sacó a tientas el visor de lentes de su bolsillo y en el último momento recordó proteger el extremo del tubo con la mano. El sol era un orbe dorado casi encima de él, poco más o menos a medio camino de su cenit. Un reflejo casual de las lentes podía echarlo todo a perder. Grupos de gente parecieron aproximarse de golpe en el visor, claros los rasgos, al menos a su vista. Mujeres de cabello largo con oscuros chales sobre los hombros, adornadas con docenas de collares; otras con menos collares ordeñando cabras; otras vestidas con *cadin'sor*, a veces llevando lanzas y cubos; otras atisbando desde las profundas capuchas de las gruesas vestimentas blancas mientras avanzaban presurosas por la nieve, casi convertida en barro al pisotearla. Había hombres y niños también, pero su mirada pasó rápidamente sobre ellos, anhelante, sin

prestarles atención. Miles y miles de mujeres, contando sólo las que vestían de blanco.

—Demasiadas —susurró Marline, y Perrin bajó el visor para asestarle una mirada furiosa.

Los demás se habían reunido con las Doncellas y con él, todos tumbados en una fila sobre la nieve a lo largo del borde de la cresta. Los hombres de Dos Ríos se esforzaban para evitar que las cuerdas de los arcos tocaran la nieve sin levantar los arcos por encima de la línea de la cresta. Arganda y Gallenne usaban sus propios visores para estudiar el campamento allá abajo, y Grady observaba atentamente ladera abajo con la barbilla apoyada en las manos, tan concentrado como los dos soldados. Quizás estaba utilizando el Poder de algún modo. Asimismo, Marline y Annoura observaban fijamente el campamento, la Aes Sedai lamiéndose los labios y la Sabia fruncido el entrecejo. Perrin no creía que Marline hubiese tenido intención de hablar en voz alta.

—Si crees que me voy a retirar sólo porque haya más Shaido de lo que esperaba —empezó acaloradamente, pero ella lo atajó sosteniendo su mirada furibunda con otra impasible.

—Hay demasiadas Sabias, Perrin Aybara. Allí donde mire veo a una mujer encauzando. Sólo un momento aquí, otro momento allí, ya que las Sabias no encauzan todo el tiempo, pero están doquiera que mire. Demasiadas para que sean las Sabias de diez septiares.

Perrin inhaló hondo.

—¿Cuántas crees que hay? —preguntó.

—Creo que quizá todas las Sabias Shaido están ahí abajo —repuso Marline, tan tranquila como si estuviese hablando del precio de la cebada—. Todas las que pueden encauzar.

¿Todas ellas? ¡Eso no tenía sentido! ¿Cómo podían estar agrupadas todas allí, cuando parecía que los Shaido se encontraban dispersos por todas partes? Al menos, había oído historias de lo que tenían que ser ataques Shaido por todo Ghealdan y Amadicia, historias de asaltos y saqueos allí, en Altara, mucho antes de que raptaran a Faile y rumores de lugares aún más lejanos. ¿Por qué iban a estar todas juntas? Si los Shaido se proponían reunirse allí, el clan al completo... No, tenía que limitarse a lo que eran hechos probados. Y era más que de sobra.

—¿Cuántas? —preguntó de nuevo en un tono razonable.

—No me gruñas, Perrin Aybara. No sé exactamente cuántas Sabias Shaido siguen con vida. Hasta las Sabias mueren de enfermedades, mordeduras de serpientes, accidentes. Algunas perecieron en los pozos de Dumai. Encontramos cadáveres que dejaron abandonados, y debieron llevarse todos los que pudieron para darles sepultura adecuadamente. Ni siquiera los Shaido pueden haber abandonado todas las

costumbres. Si todas las que siguen vivas se encuentran ahí abajo, así como las aprendizas que pueden encauzar, entonces calculo que unas cuatrocientas. Quizá más, pero sin llegar a las quinientas. Eran menos de quinientas las Sabias Shaido que encauzaban antes de que cruzáramos la Pared del Dragón, y tal vez unas cincuenta aprendizas. —La mayoría de los granjeros habrían mostrado más emoción hablando de la cebada.

Todavía observando el campamento Shaido, Annoura emitió un sonido ahogado, casi un sollozo.

—¿Quinientas? ¡Luz! ¿La mitad de la Torre con un único clan? ¡Oh, Luz!

—Podemos colarnos a hurtadillas por la noche —murmuró Dannil, al final de la hilera de hombres—, como hicisteis en el campamento de los Capas Blancas, allá en casa.

Elyas soltó un gruñido que podría significar cualquier cosa pero que no sonaba esperanzado. Sulin resopló con desdén.

—Nosotras no hemos podido entrar a hurtadillas en ese campamento. No sin tener una posibilidad real de salir de él. Os tendrían atados como a una cabra para el asador antes de que hubieseis pasado las primeras tiendas.

Perrin asintió lentamente. Había pensado introducirse al abrigo de la oscuridad y escamotear a Faile de algún modo. Y a las otras, claro. Ella no se marcharía sin las demás. Sin embargo, nunca había creído realmente que daría resultado; no con los Aiel, y el tamaño del campamento había apagado el último rayo de esperanza. Podría deambular durante días entre tanta gente sin encontrarla.

De repente se dio cuenta de que ya no tenía que reprimir la desesperación. La ira seguía allí, pero ahora era tan fría como acero en invierno y no detectaba ni el menor asomo de la desesperanza que antes había amenazado con ahogarlo. Había diez mil *algai'd'siswai* en el campamento y quinientas mujeres que encauzaban —Gallenne sí que sabía; prepárate para lo peor y todas las sorpresas serán agradables—, quinientas mujeres que no vacilarían en utilizar el Poder como arma, y localizar a Faile era como encontrar un copo en una pradera cubierta de nieve. Pero, cuando se acumulaban tantas cosas, simplemente no tenía sentido desesperarse. Había que tomarse las cosas en serio y aguantar, o uno se hundía bajo el peso. Además, ahora podía ver el rompecabezas. Nat Torfinn había insistido siempre en que cualquier rompecabezas se podía resolver una vez que se descubría dónde empujar y de dónde tirar.

Hacia el norte y hacia el sur se había desbrozado la tierra un trecho mayor más allá de la ciudad que del lado de la elevación donde se encontraba él. Granjas desperdigadas, de las que no salía humo de la chimenea, salpicaban el paisaje, y las cercas delimitaban los campos cubiertos de nieve, pero hasta un puñado de hombres intentando acercarse desde cualquier dirección destacaría tanto que daría lo mismo si

se anunciaban con toques de trompeta, ondeaban banderas y llevaban encendidas antorchas. Parecía haber una calzada que conducía, más o menos, hacia el sur a través de las granjas, y otra hacia el norte. Probablemente no le serviría de nada, pero nunca se sabía. Quizá Jondyn traería alguna información sobre la ciudad, aunque no se le ocurría de qué podía servir eso encontrándose la población en medio del campamento Shaido. Gaul y las Doncellas, que circunvalaban el perímetro, podrían decirle lo que había al otro lado de la siguiente cumbre. La ensillada en aquella elevación tenía el aspecto de una calzada que iba hacia el este. Curiosamente, había un grupo de molinos de viento a poco más de un kilómetro al norte de la ensillada, con las largas aspas blancas girando lentamente, y parecía haber otros en lo alto del monte que había a continuación. Una hilera de arcos, como los de un largo y estrecho puente, se extendía ladera abajo desde los molinos más cercanos hasta las murallas de la ciudad.

—¿Sabe alguien qué es eso? —preguntó mientras señalaba. Examinarlo a través del visor de lentes no le revelaba nada salvo que parecía construido con la misma piedra gris de las murallas. Era demasiado estrecho para ser un puente. No tenía antepechos y no parecía que hubiera nada que precisara cruzarse por un puente.

—Es para llevar agua —contestó Sulin—. Se extiende unos ocho kilómetros, hasta un lago. No sé por qué no construyeron su ciudad más cerca, pero la mayor parte del terreno que rodea el lago da la impresión de que será barro en cuanto pase el frío. —Ya no se trabucaba con palabras desconocidas para los Aiel, como «barro», aunque todavía quedaba un dejo de pasmo en «lago», en la idea de tanta agua junta en un sitio—. ¿Estás pensando en cortarles el suministro de agua? Eso los haría salir, sin duda. —Sulin conocía bien la lucha por el precioso líquido. La mayoría de los enfrentamientos en el Yermo empezaban por el agua—. Pero no creo que...

El remolino de colores estalló en la cabeza de Perrin; fue una explosión de tonalidades tan fuerte que hizo desaparecer visión y oído. Salvo la capacidad de ver los colores, por supuesto. Eran una vasta oleada, como si todas las veces que los había apartado a la fuerza de su cabeza hubieran construido una presa que ahora reventaba por el empuje imparable del torrente silencioso, girando en mudos remolinos que intentaban arrastrarlo al fondo. Una imagen se aglutinó en el centro de la vorágine, Rand y Nynaeve sentados en el suelo, enfrente el uno del otro, tan claro como si se encontraran ante él. No tenía tiempo para Rand ahora. ¡Ahora no! Abriéndose camino a manotazos entre los colores como haría un hombre que se está ahogando para salir a la superficie, los obligó a salir de su cabeza.

La vista y el oído, el mundo en derredor, reaparecieron con un violento choque, casi aplastándolo.

—... es una locura —decía Grady con un timbre preocupado—. ¡Nadie puede manejar suficiente *Saidin* para que pueda percibirlo tan lejos! ¡Nadie!

—Tampoco nadie puede manejar tanto *Saidar*, pero alguien lo está haciendo —

murmuró Marline.

—¿Los Renegados? —La voz de Annoura tembló—. Los Renegados utilizando algún *sa'angreal* que no conocemos. O... O el propio Oscuro.

Los tres oteaban fijamente hacia el noroeste, y si Marline parecía más tranquila que Annoura o Grady, olía tan asustada y preocupada como ellos. A excepción de Elyas, los demás observaban a los tres con la expresión de quien espera el anuncio de que había empezado un nuevo Desmembramiento del Mundo. El semblante de Elyas denotaba resignación. Un lobo lanzaría mordiscos a un desprendimiento que lo arrastrara a la muerte, pero también sabía que la muerte llegaba antes o después y no se la podía combatir.

—Es Rand —murmuró Perrin con voz sorda. Se estremeció ante el nuevo embate de colores que intentaban regresar, pero los aplastó—. Esto es cosa de él. Se encargará de ello, sea lo que sea. —Todo el mundo lo miraba ahora de hito en hito, incluso Elyas—. Necesito prisioneros, Sulin. Por fuerza han de salir partidas de caza. Elyas dice que tienen centinelas a varios kilómetros, pequeños grupos. ¿Podéis conseguirme prisioneros?

—Escúchame atentamente —intervino Annoura, que habló con precipitación. Se incorporó en la nieve lo suficiente para alargar el brazo por encima de Marline y agarrar la capa de Perrin—. ¡Algo está ocurriendo, quizá maravilloso, quizás horrible, pero en cualquier caso trascendental, más que ninguna otra cosa recogida en la historia conocida! ¡Tenemos que saber qué! Grady puede llevarnos allí, lo bastante cerca para verlo. Yo podría trasladarnos si conociera el tejido. ¡Hemos de saberlo!

Perrin sostuvo su mirada, alzó la mano y la mujer enmudeció, abierta la boca. No era fácil que una Aes Sedai se callara, pero Annoura lo hizo.

—Os he dicho lo que es. Nuestra tarea está justo ahí abajo, delante de nosotros. Sulin...

Sulin giró la cabeza alternativamente hacia él, a la Aes Sedai, a Marline. Finalmente se encogió de hombros.

—Descubrirás pocas cosas útiles si los sometes a interrogatorio. Abrazarán el dolor y se reirán de ti. Y la vergüenza será un proceso lento... si es que a esos Shaido todavía se los puede hacer avergonzar.

—Lo que quiera que descubra será más de lo que sé ahora —replicó.

Su tarea estaba ante él. Un rompecabezas que resolver, liberar a Faile y destruir a los Shaido. Eso era lo único que importaba. Por encima de todo.

9. Trampas

—Y se quejó de nuevo de que las otras Sabias son tímidas —concluyó Faile en un tono sumiso mientras acomodaba mejor el cesto alto que portaba sobre un hombro y cargaba alternativamente el peso en uno y otro pie sobre la embarrada nieve. El cesto no pesaba mucho aunque iba repleto de ropa sucia, y su túnica blanca era de paño grueso y cálido, además de llevar debajo dos camisolas, pero las botas de suave cuero, decoloradas para que quedaran blancas también, apenas protegían de la fría nieve derretida—. Se me ordenó que informara lo que la Sabia Sevanna decía exactamente —se apresuró a añadir. Someryn era una de las «otras» Sabias, y su boca se había curvado hacia abajo al oír la palabra «tímidas».

Con los ojos bajos, era lo único que Faile alcanzaba a ver del rostro de Someryn. A los *gai'shain* se les exigía mantener una actitud humilde, sobre todo si no eran Aiel, y aunque miró hacia arriba a través de las pestañas para atisbar la expresión de la Sabia, la otra mujer era más alta que muchos hombres, aun que los Aiel; una gigantona de cabello amarillo que la superaba mucho en estatura. Lo que veía principalmente era el enorme busto de Someryn, con el inicio de los senos expuesto al llevar los lazos de la blusa sueltos hasta la mitad de la pechera, aunque en parte se lo cubría la ingente colección de collares cuajados de gotas de fuego, esmeraldas, rubíes y ópalos, tres hilos de gruesas perlas de longitud escalonada y cadenas de oro de intrincado diseño. A la mayoría de las Sabias parecía caerles mal Sevanna, que «hablaba en nombre del jefe» hasta que se eligiera a un nuevo jefe de clan, un suceso que no era probable que tuviese lugar pronto, e intentaban debilitar su autoridad cuando no peleaban entre ellas o formaban camarillas, pero muchas compartían con Sevanna su gusto por las joyas de las tierras húmedas y algunas incluso habían empezado a llevar anillos, como ella. Someryn lucía en la mano derecha un enorme ópalo que emitía destellos rojizos cada vez que la mujer se ajustaba el chal, y en la izquierda un gran zafiro rodeado de rubíes. Sin embargo no había adoptado las ropas de seda. Llevaba una blusa de sencillo *algode* blanco, del Yermo, y la falda y el chal eran de grueso paño tan oscuro como el pañuelo doblado que le ceñía las sienes para apartarse de la cara el rubio cabello, largo hasta la cintura. El frío no parecía incomodarla lo más mínimo.

Ambas se encontraban justo detrás de lo que Faile creía que era el límite entre el campamento Shaido y el de los *gai'shain* —el de los prisioneros—, aunque en realidad no había dos campamentos. Unos cuantos *gai'shain* dormían entre los Shaido, pero a los demás los mantenían en el centro de las tiendas a menos que estuvieran haciendo algún trabajo asignado, lejos del acicate de la libertad, cual ganado cercado por un muro de Shaido. Casi todos los hombres y mujeres que pasaban junto a ellas llevaban las ropas blancas de *gai'shain*, aunque pocas tan

finamente tejidas como las que cubrían a Faile. Habiendo tantos a los que vestir, los Shaido arramblaban con cualquier tela blanca que encontraban, de modo que algunos se envolvían en capas de tosco lino o de felpa o incluso de la áspera tela para tiendas, y muchos de los ropajes estaban manchados con barro u hollín. Sólo de vez en cuando uno de los *gai'shain* tenía la estatura y los ojos claros de un Aiel. La vasta mayoría eran amadicienses de tez rubicunda, altaraneses de piel olivácea y pálidos cairhieninos, junto con algún que otro mercader de Illian o Tarabon o cualquier otra procedencia que habían tenido la mala fortuna de encontrarse en el peor lugar en el peor momento. Los cairhieninos eran los que llevaban más tiempo prisioneros y estaban más resignados a su situación, aparte del puñado de Aiel vestidos de blanco, pero todos mantenían los ojos bajos e iban a ocuparse de sus tareas todo lo deprisa que les permitía la nieve y el barro. De los *gai'shain* se esperaba humildad y obediencia, así como entusiasmo en adoptar ambas. Todo lo que fuera menos tenía por resultado recordatorios dolorosos.

A Faile le habría gustado apresurarse también. Lo de los pies fríos sólo era una pequeña parte de ese deseo; y menos aún lo eran las ganas de lavar la ropa de Sevanna. Demasiados ojos podían verla plantada allí, a la vista de todos, con Someryn; y, a pesar de que la profunda capucha le tapaba la cara, el ancho cinturón de brillantes cadenas doradas que le ceñía la cintura, así como el corto collar a juego, la señalaban como uno de los sirvientes de Sevanna. Nadie los llamaba así —a los ojos de los Aiel, ser sirviente resultaba denigrante—, pero es lo que eran, al menos los habitantes de las tierras húmedas, sólo que sin sueldo, con menos derechos y menos libertad que cualquier criado de los que había oído hablar. Antes o después, Sevanna acabaría enterándose de que las Sabias paraban a sus *gai'shain* para hacerles preguntas. Sevanna tenía más de cien sirvientes y seguía aumentando ese número, y Faile estaba segura de que hasta el último de ellos repetía a las Sabias cada palabra que la oían pronunciar.

Era una trampa brutalmente eficaz. Sevanna era una dura ama, de un modo muy particular; no hablaba con brusquedad y rara vez denotaba cólera, pero la más pequeña infracción, el menor desliz en la actitud y el comportamiento, se castigaba de inmediato con la vara o la correa, y todas las noches se escogía entre todos los *gai'shain* a los cinco que la hubiesen complacido menos ese día y se les administraban más castigos, a veces dejándolos atados y amordazados toda la noche además de golpearlos, sólo para estimular el buen comportamiento en los demás. Faile no quería pensar lo que esa mujer ordenaría como castigo para un espía. Por otro lado, las Sabias habían dejado claro que cualquiera que no contase lo que oía, cualquiera que intentara ocultar o reservarse parte de algo, afrontaría un futuro incierto, seguramente acabar en una fosa poco profunda. Dañar a un *gai'shain* más allá de lo permitido por los límites de la disciplina era una violación del *ji'e'toh*, la

trama de honor y obligación que gobernaba las vidas de los Aiel, pero por lo visto los *gai'shain* de las tierras húmedas parecían quedar fuera de varias normas.

Antes o después, un lado u otro de la trampa se cerraría de golpe. Lo que hasta ahora había mantenido abiertas las fauces del cepo era que los Shaido parecían considerar a sus *gai'shain* de las tierras húmedas como un tiro de carro o una manada de animales, aunque a decir verdad los animales recibían mucho mejor trato. De vez en cuando un *gai'shain* intentaba escapar, pero, aparte de eso, los amos se limitaban a darles comida y refugio, hacerlos trabajar y castigarlos si flaqueaban. Las Sabias no esperaban que desobedecieran, Sevanna no esperaba que la espiaran, como no esperarían que un caballo de tiro se pusiera a cantar. Sin embargo, antes o después... Y ésa no era la única trampa en la que Faile estaba pillada.

—Sabia, no tengo nada más que informar —murmuró al ver que Someryn guardaba silencio. A menos que uno estuviese completamente loco, no dejaba plantada a una Sabia hasta que ella daba su permiso—. La Sabia Sevanna habla sin tapujos delante de nosotros, pero apenas dice nada.

La mujer alta siguió callada, y al cabo de unos instantes interminables Faile se atrevió a alzar los ojos un poco más. Someryn miraba fijamente algo por encima de la cabeza de Faile y se había quedado boquiabierta por la estupefacción. Fruncido el ceño, Faile cambió el cesto que llevaba al hombro y miró hacia atrás, pero no vio nada que justificase la expresión de Someryn, sólo el extenso campamento, con las tiendas bajas y oscuras de los Aiel mezcladas con otras picudas y de cualquier otro estilo, la mayoría en tonos de un sucio blanco o pardo claro, otras verdes o azules o rojas o incluso a rayas. Los Shaido cogían todo lo que tenía valor cuando atacaban, todo lo que podría ser de utilidad, y nunca dejaban nada que se pareciese a una tienda.

Tal como estaban las cosas, apenas tenían refugios suficientes donde guarecerse. Había diez septiares reunidos allí, más de setenta mil Shaido y casi otros tantos *gai'shain* según sus cálculos. Pero dondequiera que mirara sólo veía el ajetreo de siempre: Aiel con ropas oscuras ocupándose de sus cosas entre los cautivos vestidos de blanco que iban apresuradamente de aquí para allí. Un herrero manejaba el fuelle de la forja delante de una tienda abierta, con las herramientas colocadas sobre una piel de toro curtida; los niños conducían hatos de baladoras cabras ayudándose con varas; una mercader exhibía sus productos en un pabellón abierto de lona amarilla, desde candeleros dorados y cuencos de plata hasta ollas y teteras de hierro, todo procedente de saqueos. Un hombre delgado, que conducía un caballo por la rienda, hablaba con una Sabia de cabello canoso, llamada Masalin, sin duda buscando una cura para alguna dolencia que tuviera el animal a juzgar por la forma que señalaba el vientre del caballo una y otra vez. Nada que dejara boquiabierta a Someryn.

Justo cuando Faile iba a girar de nuevo la cabeza, reparó en una Aiel de cabello

negro que miraba al otro lado. No sólo era oscuro el cabello, sino negro como ala de cuervo, algo muy raro entre los Aiel. Incluso viéndola de espaldas le pareció reconocer a Alarys, otra de las Sabias. Había más de cuatrocientas Sabias en el campamento, pero Faile había aprendido enseguida a conocerlas de vista. Confundir a una Sabia con una tejedora o una alfarera era el modo más rápido de ganarse unos varazos.

Podría no haber significado nada que Alarys estuviera completamente inmóvil y mirando en la misma dirección que Someryn, o incluso que hubiese dejado resbalar el chal al suelo, sólo que detrás de ella Faile reconoció a otra Sabia, también con la vista prendida en el noroeste y soltando cachetadas a los que pasaban por delante. Ésa tenía que ser Jesain, una mujer a la que se habría llamado baja aunque no fuese Aiel, con una densa melena de cabello tan rojo que haría parecer pálido el fuego en comparación y con un carácter en consonancia. Masalin hablaba con el hombre del caballo y gesticulaba hacia el animal. Ella no encauzaba, pero tres Sabias que sí tenían esa capacidad miraban en la misma dirección. Sólo una cosa podía explicarlo: estaban viendo encauzar a alguien allí arriba, en la boscosa cresta del monte que había más allá del campamento. Si fuera una Sabia encauzando no las habría hecho mirar fijamente. ¿Sería una Aes Sedai? ¿O más de una? Mejor no dejar que su esperanza despertara. Era demasiado pronto.

Un tortazo la hizo tambalearse y estuvo a punto de soltar el cesto.

—¿Qué haces ahí plantada como un zoquete? —gruñó Someryn—. Sigue con tu trabajo. ¡Ve, antes de que te...!

Faile se marchó, sujetando el cesto con una mano y con la otra remangando el repulgo de la túnica para que no rozara en la embarrada nieve, todo lo deprisa que podía sin resbalar y caer en el fango. Someryn nunca golpeaba a nadie y jamás levantaba la voz. Si había hecho ambas cosas, más valía alejarse de ella cuanto antes. Sumisa y obedientemente.

El orgullo la instaba a mantener una actitud de fría rebeldía, una tranquila negativa a doblegarse, pero el sentido común le advertía que si lo hacía se encontraría vigilada el doble que ahora. Los Shaido tomarían a los *gai'shain* de las tierras húmedas como animales domésticos, pero no eran ciegos del todo. Tenían que pensar que había aceptado la cautividad como algo inexorable si quería tener una oportunidad de escapar, y eso no se le iba de la cabeza. Cuanto antes, mejor. Desde luego, antes de que Perrin los alcanzara. En ningún momento había dudado que Perrin los seguía, que la encontraría de un modo u otro —¡ese hombre cruzaría a través de un muro si se le metía en la cabeza!—, pero tenía que escapar antes. Era hija de un soldado. Sabía el número del contingente Aiel, sabía los efectivos con los que Perrin contaba, así que tenía que llegar hasta él antes de que hubiese un choque de fuerzas. Había el pequeño detalle de escapar de los Aiel, primero.

¿Qué habrían estado mirando las Sabias? ¿Las Aes Sedai o las Sabias que viajaban con Perrin? ¡Luz, esperaba que no, aún no! Pero había otras cosas que tenían prioridad, y la colada no era la menos importante. Cargó el cesto hasta lo que quedaba de la ciudad de Malden, caminando entre el constante flujo de *gai'shain*. Los que venían de la ciudad llevaban dos pesados cubos equilibrados en los extremos de un palo echado sobre los hombros, en tanto que los que transportaban los que iban hacia las casas se mecían, vacíos, en los palos. Con tanta gente en el campamento se necesitaba muchísima agua, y así era como les llegaba, cubo a cubo. Era fácil distinguir a los *gai'shain* que habían sido habitantes de Malden. En una región tan al norte de Altara su tez era clara más que olivácea, y algunos incluso tenían los ojos azules, pero todos caminaban a trompicones, como aturdidos. El asalto de los Shaido, trepando por las murallas de noche, había superado las defensas antes de que la mayoría de los vecinos tuvieran la menor idea de que estaban en peligro, y todavía parecían incapaces de creer en qué se había convertido su vida.

Sin embargo, Faile buscó un rostro en particular, alguien que esperaba que ese día no estuviera transportando agua. La había buscado desde que los Shaido habían acampado allí, hacía cuatro días. La vio junto a las puertas de la muralla, que permanecían abiertas contra los muros de granito. Era una mujer de blanco, más alta que ella, y cargaba un cesto plano con pan apoyado en la cadera, y la capucha retirada lo suficiente para que se viera un poco de cabello rojo oscuro. Chiad parecía estar estudiando las puertas reforzadas con hierro que no habían servido para proteger Malden, pero les dio la espalda tan pronto como Faile se acercó. Hicieron un alto la una junto a la otra, sin mirarse, mientras fingían acomodar mejor los respectivos cestos. No había razón para que dos *gai'shain* no hablaran entre ellas, pero nadie debía recordar que las habían capturado juntas. A Bain y Chiad no las vigilaban tan estrechamente como a los *gai'shain* que trabajaban para Sevanna, pero eso podía cambiar si alguien recordaba aquel detalle. Casi todos los que había a la vista eran *gai'shain*, y además provenientes del oeste de la Pared del Dragón, pero eran muchos los que habían aprendido a ganarse el favor informando de rumores y cosas que se contaban. La mayoría de la gente hacía lo que fuera necesario para sobrevivir, y algunos siempre intentaban barrer para adentro, en cualquier circunstancia.

—Se marcharon la primera noche que pasamos aquí —murmuró Chiad—. Bain y yo las condujimos hasta los árboles y borramos el rastro al regresar. Nadie parece haber reparado en su ausencia, hasta donde sé yo. Con tantos *gai'shain* es un milagro que estos Shaido se den cuenta de que alguien escapa.

Faile soltó un leve suspiro de alivio. Habían pasado tres días. Los Shaido sí se daban cuenta de los fugitivos. Pocos conseguían disfrutar de más de un día de libertad, pero las posibilidades de tener éxito aumentaban con cada jornada que transcurría sin ser capturado, y parecía seguro que los Shaido se pondrían en marcha

al día siguiente o al otro. No se habían parado tanto tiempo como en esta ocasión desde que la habían capturado a ella. Sospechaba que quizás intentaban regresar a la Pared del Dragón y cruzar de nuevo al Yermo.

No había sido fácil convencer a Lacile y Arrela de que se marcharan sin ella. Lo que las convenció finalmente había sido el argumento de que podían informar a Perrin dónde se encontraba, así como la advertencia del número de Shaido que había y la noticia de que Faile ya tenía bien preparada su huida y que cualquier interferencia de él podría poner en peligro el plan y a ella. Se había asegurado de que lo creyeran a pies juntillas —en cierto modo tenía un plan para escapar; varios, de hecho, y uno de ellos tenía que funcionar—, pero hasta ese instante había estado medio convencida de que las dos mujeres decidirían que el juramento que le habían hecho les exigía permanecer a su lado. Los juramentos del agua eran más fuertes que los de lealtad en cierto sentido, si bien dejaban suficiente espacio de maniobra para hacer estupideces en nombre del honor. A decir verdad, ignoraba si esas dos encontrarían a Perrin, pero en cualquier caso estaban libres y ya sólo quedaban otras dos mujeres de las que preocuparse. Por supuesto, la ausencia de tres sirvientas de Sevanna se notaría enseguida, en cuestión de horas, y se enviaría a los mejores rastreadores para traerlas de vuelta. Faile estaba acostumbrada a los bosques, pero era muy consciente de que no podía competir con rastreadores Aiel. Para *gai'shain* «corrientes» que huían era una experiencia muy desagradable cuando volvían a capturarlos. Para *gai'shain* de Sevanna más valía que murieran en el intento. En el mejor de los casos, nunca tendría la oportunidad de intentarlo una segunda vez.

—Las demás tendremos más posibilidades si Bain y tú nos acompañáis —susurró. El flujo de hombres y mujeres de blanco acarreando agua continuaba, y nadie parecía prestarles atención, pero en las dos últimas semanas la precaución se había arraigado profundamente en ella. ¡Luz, más parecían dos años!—. ¿Qué diferencia puede haber en ayudar a Lacile y a Arrela a llegar hasta el bosque y ayudarnos a las demás a llegar más lejos?

Era perder el tiempo. Sabía bien cuál era la diferencia; Bain y Chiad eran amigas y le habían enseñado las costumbres Aiel, sobre el *ji'e'toh* e incluso algo del lenguaje de señas, y no se sorprendió cuando Chiad giró levemente la cabeza para mirarla con una expresión en sus grises ojos que no tenía nada de la docilidad *gai'shain*. Y tampoco la hubo en su voz, aunque habló bajo.

—Os ayudaré a ir lo más lejos posible porque no es justo que los Shaido os retengan. Vosotras no seguís el *ji'e'toh*. Yo sí. Si tiro mi honor y mis obligaciones sólo porque los Shaido lo han hecho, entonces les permitiré que decidan cómo voy a actuar. Llevaré el blanco un año y un día y después me soltarán o me marcharé, pero no pienso renunciar a lo que soy. —Sin pronunciar una sola palabra más, Chiad se alejó entre la multitud de *gai'shain*.

Faile empezó a levantar una mano para detenerla y después la dejó caer. Había hecho esa pregunta antes y había recibido una respuesta más cortés; al preguntar de nuevo había insultado a su amiga. Tendría que disculparse. No para contar con la ayuda de Chiad —la mujer no se la negaría—, sino porque también tenía su propio honor, aunque no siguiese el *ji'e'toh*. No ofendía a amigos para luego olvidarlo o esperar que lo olvidasen ellos. Sin embargo, las disculpas tendrían que esperar. No debían dejarse ver hablando mucho tiempo.

Malden había sido una próspera ciudad, productora de buena lana y grandes cantidades de vino de buena calidad, pero ahora había quedado reducida a ruinas dentro de las murallas. De las casas de tejados de pizarra había habido tantas de madera como de piedra, y el fuego se había propagado sin control durante el saqueo. El extremo sur de la ciudad era un montón de maderos carbonizados decorados con carámbanos y muros ennegrecidos sin techo. Todas las calles, ya fueran de adoquines o de tierra prensada, estaban cubiertas de ceniza gris aventada por el aire y mezclada con la nieve derretida, y toda la ciudad apestaba a madera quemada. Aparentemente, el agua había sido algo de lo que Malden nunca había carecido; pero, como todos los Aiel, los Shaido la valoraban mucho y no sabían nada sobre apagar incendios. En el Yermo de Aiel había pocas cosas que pudieran quemarse. Si hubieran acabado con el saqueo para cuando se había declarado el incendio, seguramente habrían dejado que las llamas consumieran toda la ciudad, y de hecho habían dudado en gastar el agua antes de obligar a los *gai'shain* a formar líneas con cubos, y dejar que los hombres de Malden sacaran sus carros de bombeo. Faile había imaginado que los Shaido recompensarían al menos a esos hombres permitiéndoles marcharse con la gente que no les había interesado hacer *gai'shain*, pero los hombres que bombeaban el agua eran jóvenes y fuertes, justo la clase de personas que los Shaido querían como *gai'shain*. Los Shaido conservaban algunas de las reglas concernientes a los *gai'shain* —a las mujeres embarazadas y a las que tenían niños menores de diez años se les había permitido marcharse, así como a los muchachos menores de dieciséis años, y a los herreros de la ciudad, que se sintieron perplejos y agradecidos—, pero en esas reglas no entraba la gratitud.

Los muebles se amontonaban en las calles, grandes mesas volcadas y sillas y arcones ornamentados, y a veces una percha de pared tronchada o platos rotos. Había ropas tiradas por todas partes, abrigos, pantalones y vestidos, la mayoría hecha jirones. Los Shaido se habían apoderado de cualquier objeto de oro o plata o que tuviera gemas o que fuese útil o comestible, pero los muebles debían de haberlos sacado fuera en el frenesí del saqueo para después dejarlos abandonados quienquiera que los acarreara al decidir que un poco de dorado en los bordes o un bonito tallado no merecía la pena el esfuerzo. De todos modos, los Aiel no utilizaban sillas, excepto los jefes, y no había espacio en los carros y las carretas para ninguna de esas pesadas

mesas. Todavía deambulaban por la ciudad unos cuantos Shaido buscando en las casas, las posadas y las tiendas algo que se les hubiera pasado por alto, pero aun así la mayoría de la gente que vio Faile eran *gai'shain* transportando cubos. A los Aiel no les interesaban las ciudades salvo como almacenes que saquear. Un par de Doncellas pasaron a su lado usando el extremo romo de las lanzas para azuzar a un hombre desnudo, aterrado, con los brazos atados a la espalda, en dirección a las puertas de la ciudad. Debía de haber pensado que podría quedarse escondido en un ático o un sótano hasta que los Aiel se marcharan, y sin duda a las Doncellas se les había ocurrido buscar en esos sitios por si encontraban algún escondrijo de monedas o plata. Cuando un hombre corpulento, vestido con el *cadin'sor* de un *algai'd'siswai*, se plantó delante de ella, Faile se desvió para rodearlo lo mejor posible. Una *gai'shain* siempre daba paso a cualquier Shaido.

—Eres muy bonita —le dijo el Aiel, interponiéndose de nuevo en su camino.

Era el hombre más grande que Faile había visto en su vida, con sus buenos dos metros diez de estatura y constitución fornida. No estaba gordo —nunca había visto un Aiel gordo—, pero sí era muy ancho. El hombre eructó; apestaba a vino. Aiel borrachos sí había visto, ya que habían encontrado todos aquellos barriles de vino allí, en Malden. Sin embargo no sintió miedo. A los *gai'shain* se los castigaría por distintas infracciones, a menudo transgresiones que pocos habitantes de las tierras húmedas comprendían, pero los ropajes blancos también daban cierta protección, y además ella tenía otra protección más.

—Soy *gai'shain* de la Sabia Sevanna —dijo, en el tono más obsequioso que supo dar a su voz. Para su desagrado, había conseguido dominarlo bastante bien—. A Sevanna no le gustará que haraganee y deje mis obligaciones para charlar. —De nuevo intentó pasar al hombre por un lado y dio un respingo cuando éste la agarró por el brazo con una manaza que habría podido rodeárselo dos veces y todavía sobrarle centímetros.

—Sevanna tiene cientos de *gai'shain*. No echará de menos a uno durante una o dos horas.

El cesto cayó al suelo cuando la alzó en el aire con la facilidad de quien levanta una almohada. Antes de que Faile tuviera tiempo de saber qué estaba pasando, la tenía cogida debajo de un brazo, con los suyos sujetos contra los costados. Abrió la boca para gritar, y el hombre utilizó la mano libre para apretarle la cara contra su pecho. El olor a paño sudado le inundó las fosas nasales. Lo único que veía era la tela de un color entre gris y pardo. ¿Dónde se habrían metido esas dos Doncellas? ¡Unas Doncellas Lanceras no le permitirían hacer algo así! ¡Cualquier Aiel que lo viera intervendría! De los *gai'shain* no podía esperar ayuda. Si tenía suerte, uno o dos quizá corrieran a pedir ayuda, pero la primera lección que aprendía un *gai'shain* era que incluso un amago de violencia llevaba a que a uno lo ataran por los tobillos, cabeza

abajo, y que lo azotaran hasta hacerlo aullar. Al menos, era la primera lección que los habitantes de las tierras húmedas aprendían; los Aiel ya lo sabían: un *gai'shain* tenía prohibido reaccionar con violencia en la circunstancia que fuera. Lo cual no la frenó de patear furiosamente al hombre. Para el resultado que tuvo, tanto habría dado si hubiera pateado un muro. El tipo echó a andar, llevándola a alguna parte. Propinó un mordisco que por toda recompensa tuvo un bocado de áspero y sucio paño mientras los dientes resbalaban sobre un músculo duro que no le daba opción a agarrarlo. Parecía que fuera de piedra. Faile gritó, pero el grito sonó amortiguado incluso a sus oídos.

De pronto, el monstruo que la llevaba se paró.

—A ésta la hice *gai'shain* yo, Nadric —dijo la voz profunda de otro hombre.

Faile sintió el sordo ruido de una risa en el pecho contra el que tenía la cara aplastada antes de oírla. No dejó de patalear ni de retorcerse ni de intentar gritar, pero su captor no parecía darse cuenta de sus esfuerzos.

—Ahora pertenece a Sevanna, Sin Hermanos —replicó el gigantón... ¿Nadric?... en tono despectivo—. Sevanna toma lo que quiere, y yo tomo lo que quiero. Es el nuevo estilo.

—Sevanna la tomó —respondió calmosamente el otro hombre—, pero yo nunca se la cedí. Nunca propuse hacer un trato por ella. ¿Has renunciado a tu honor porque Sevanna ha renunciado al suyo?

Hubo un largo silencio roto únicamente por los ruidos apagados que hacía Faile, que no había dejado de debatirse, que no podía dejar de hacerlo, si bien sus esfuerzos parecían los de un bebé en pañales.

—No es tan guapa como para pelear por ella —dijo finalmente Nadric, que no parecía asustado en absoluto, ni siquiera preocupado.

Aflojó las manos, y los dientes de Faile se soltaron de su chaqueta tan repentinamente que la joven creyó que se había arrancado uno o dos, pero cayó al suelo de espaldas y el golpe vació de aire sus pulmones, además de dejarla atontada al darse también en la cabeza. Para cuando quiso recobrar la respiración lo suficiente y apoyarse en las manos para incorporarse, el gigantón se alejaba callejón adelante y casi había llegado a la calle; porque ahora se encontraba en un callejón, advirtió Faile, un estrecho camino de tierra prensada encajonado entre dos edificios de piedra. Nadie habría visto lo que el hombre hacía allí dentro. Estremecida —¡no estaba temblando, sólo era un estremecimiento!—, escupió para quitarse de la boca el gusto a paño sucio y a sudor de Nadric, y asestó una mirada feroz a la espalda del gigantón que se alejaba. Si hubiese tenido a mano el cuchillo que tenía guardado, lo habría ensartado con él. Una parte de ella sabía que esa idea era ridícula, pero se estaba agarrando a cualquier cosa con la que alimentar su ira, aunque sólo fuera por el calor que le proporcionaba esa rabia. Para que la ayudara a dejar de tiritar. Lo habría

apuñalado una y otra vez hasta que no hubiera podido levantar los brazos de agotamiento.

Se incorporó sobre las temblorosas piernas y se tanteó los dientes con la lengua. Todos en perfectas condiciones; no se había roto ninguno ni le faltaba ninguno. Se había irritado la cara con la tosca chaqueta de Nadric y tenía los labios magullados, pero no estaba herida. Se repitió eso para sus adentros. No estaba herida y era libre de salir del callejón. Bueno, todo lo libre que era cualquiera que llevara la ropa de *gai'shain*. Si había muchos como Nadric que no veían la protección de esa vestimenta, entonces es que el orden comenzaba a desmoronarse entre los Shaido. El campamento sería un lugar más peligroso, pero el desorden proporcionaría más oportunidades para escapar. Así era como tenía que enfocar el asunto. Había descubierto algo que podía ayudarla. Ojalá dejara de tiritar.

Finalmente, de mala gana, miró a su rescatador. Había reconocido la voz. El hombre se mantenía bastante retirado, observándola con calma, sin hacer intención de ofrecerle consuelo. Faile pensó que habría gritado si la hubiese tocado. Otra estupidez, puesto que acababa de rescatarla, pero no por ello dejaba de ser cierto. Rolan sólo era una mano más bajo que Nadric y casi igual de ancho, y ella tenía una buena razón para acuchillarlo también. No era Shaido, sino uno de los Sin Hermanos, los *Mera'din*, hombres que habían abandonado sus clanes porque no querían seguir a Rand al'Thor. Efectivamente, había sido él quien la «había hecho *gai'shain*». Cierto, había impedido que se congelara la noche siguiente a su rapto, envolviéndola en su propia chaqueta, pero no habría necesitado que la tapara si antes no le hubiese cortado hasta la última puntada de sus ropas, para empezar. La primera parte de hacer a alguien *gai'shain* era siempre desnudar a esa persona, pero que fuera la costumbre no era razón para perdonarlo por lo que había hecho.

—Gracias —dijo, aunque la palabra le supo amarga en la lengua.

—No pido gratitud —respondió suavemente—. Y no me mires como si quisieras morderme porque no has podido morder a Nadric.

Faile esbozó una mueca que pretendía ser sonrisa, aunque apenas semejaba tal cosa; en ese momento se sentía incapaz de fingir humildad aunque hubiese querido. Después dio media vuelta y se encaminó con paso firme hacia la calle. Mejor dicho, intentó caminar con paso firme, pero las piernas todavía le temblaban tanto que iba tambaleándose. Los *gai'shain* que pasaban por la calle acarreando cubos apenas le prestaron atención. Pocos cautivos querían compartir los problemas de los demás; bastante tenían con los suyos.

Al llegar junto al cesto de ropa caído soltó un suspiro. Estaba tirado de costado y las blusas blancas y las faldas pantalón de oscura seda se hallaban esparcidas sobre el sucio pavimento pringado de barro y ceniza. Por lo menos nadie las había pisoteado. A cualquiera que hubiese estado acarreando agua toda la mañana y todavía tuviera

por delante el resto del día haciendo lo mismo se le habría podido perdonar que no hubiese esquivado las prendas, considerando que había ropas tiradas por doquier de las que habían cortado a los habitantes de Malden hechos *gai'shain*. Habría intentado perdonarlos. Enderezó el cesto y empezó a recoger las ropas, aunque antes de guardarlas las sacudió para quitar el barro y la ceniza que pudiera soltarse, con cuidado de no restregar lo que quedaba adherido. A diferencia de Someryn, a Sevanna le había dado por vestir seda. Era lo único que se ponía. Se sentía tan orgullosa de esas sedas como de sus joyas, e igualmente posesiva con unas y otras. No le haría gracia que cualquiera de esas prendas no volviera completamente limpia.

Cuando Faile colocaba la última blusa encima de todo lo demás, Rolan llegó a su lado y levantó el cesto con una mano. A punto de hablarle con brusquedad —¡ella podía llevar sus cargas, muchas gracias!—, se tragó las palabras. Su cerebro era la única arma real que poseía y tenía que usarla en lugar de dejar que el genio la controlara. Rolan no había aparecido allí por casualidad. Eso sería llevar la credulidad a extremos exagerados. Lo había visto frecuentemente desde que la habían capturado, mucho más a menudo de lo que podría achacarse al azar. La había estado siguiendo. ¿Qué le había dicho a Nadric? Que ni se la había cedido a Sevanna ni le había ofrecido hacer un trato por ella. Aunque había sido él quien la había capturado, Faile tenía la sensación de que el hombre desaprobaba que se hiciera *gai'shain* a los habitantes de las tierras húmedas —casi todos los Sin Hermanos pensaban así—, pero al parecer todavía reclamaba sus derechos sobre ella.

Faile estaba convencida de que no tenía que temer que intentara forzarla. Rolan había tenido oportunidad de hacerlo cuando la desnudó y la ató, y podría haber hecho «valer sus derechos» entonces. Quizá no le gustaba tomar de ese modo a las mujeres. En cualquier caso, los Sin Hermanos eran casi tan forasteros entre los Shaido como los propios habitantes de las tierras húmedas. Ningún Shaido confiaba realmente en ellos, y los mismos Sin Hermanos a menudo daban la impresión de mantener las distancias, como hombres que aceptaban lo que consideraban un mal menor en lugar de asumir otro mayor, pero que ya no se sentían tan seguros de que el escogido fuera realmente menos malo. Si pudiera entablar amistad con Rolan, quizá se mostrara inclinado a ayudarla. No a escapar, por supuesto —eso sería mucho pedir—, pero... ¿O no lo sería? La única forma de descubrirlo era intentándolo.

—Gracias —repitió, y en esta ocasión sonrió.

Cosa sorprendente, él le respondió con otra sonrisa. Mínima, apenas un atisbo, pero los Aiel no eran efusivos. Podían parecer impertérritos hasta que uno se acostumbraba a ellos.

Caminaron unos pasos en silencio, uno junto al otro, él llevando el cesto en una mano y ella remangando el repulgo del ropaje blanco. Habríase dicho que estaban dando un paseo. Si uno entrecerraba los ojos, claro. Algunos de los *gai'shain* con los

que se cruzaban los miraban con sorpresa, pero enseguida bajaban los ojos de nuevo. A Faile no se le ocurría cómo iniciar la conversación —no quería que él pensara que coqueteaba; después de todo, quizá sí le gustaban las mujeres—, pero Rolan se adelantó, evitándole el quebradero de cabeza.

—Te he estado observando —dijo—. Eres fuerte, con temperamento fiero, y no tienes miedo, creo. La mayoría de los habitantes de las tierras húmedas están medio locos de miedo. Bravuconean hasta que se los castiga, y entonces lloriquean y se acobardan. Creo que eres una mujer de mucho ji.

—Tengo miedo —contestó—, pero intento que no se me note. Llorar no sirve de nada. —La mayoría de los varones creían eso. Las lágrimas podían ser un estorbo si uno se dejaba llevar por ellas, pero unas cuantas derramadas por la noche podían ayudar a llegar al día siguiente.

—Hay momentos para llorar y momentos para reír. Me gustaría verte reír.

Faile rió, pero fue una risa seca.

—Pocos motivos tengo para reír mientras vaya de blanco, Rolan. —Lo miró de reojo. ¿Se estaría precipitando? Sin embargo, el hombre asintió con la cabeza.

—Aun así, me gustaría verlo. Sonreír favorece tu cara. La risa la favorecería más aún. No tengo esposa, pero a veces puedo hacer reír a una mujer. He sabido que tienes esposo, ¿verdad?

Sobresaltada, Faile tropezó con sus propios pies y se agarró al brazo de él para sostenerse. Retiró la mano con presteza y lo observó por debajo del borde de la capucha. Rolan se detuvo lo suficiente para que recuperara el equilibrio y siguió caminando cuando lo hizo ella. Su expresión no denotaba más que una ligera curiosidad. A despecho de Nadric, según la costumbre Aiel era la mujer quien daba el primer paso si un hombre había despertado su interés. Un modo de despertarlo era hacerle regalos. Otro, hacerla reír. Adiós a la idea de que no le gustaran las mujeres.

—Tengo esposo, Rolan, y lo amo mucho. Muchísimo. No veo el momento de regresar a su lado.

—Lo que pasa mientras eres *gai'shain* no se te puede tener en cuenta cuando te quitas el blanco —comentó sosegadamente—, pero quizá los habitantes de las tierras húmedas no lo entendéis de ese modo. Aun así, uno puede sentirse muy solo cuando se es *gai'shain*. Quizá podríamos charlar de vez en cuando.

El hombre quería verla reír, y ella no sabía si reír o si echarse a llorar. Le estaba diciendo que no tenía intención de renunciar a despertar su interés. Las mujeres Aiel admiraban la perseverancia en un hombre. Con todo, si Chiad y Bain no querían o no podían prestarle ayuda más allá de la línea del bosque, entonces Rolan era su mejor expectativa. Se consideraba capaz de convencerlo, si le daban tiempo. Pues claro que era capaz; ¡los pusilánimes nunca triunfaban! Rolan era un paria despreciado al que los Shaido aceptaban sólo porque necesitaban su lanza. Pero iba a tener que darle una

razón para que persistiera en su empeño.

—Eso me gustaría —contestó, cautelosa.

Un poco de coqueteo quizá fuera necesario, después de todo; pero, después de haberle dicho que amaba a su esposo, no podía pasar a mirarlo con ojos de cordero degollado y falta de respiración. Tampoco es que tuviera intención de llegar tan lejos —¡ella no era una domani!—, aunque cabía la posibilidad de que tuviera que acercarse a ello. De momento, no vendría mal recordarle que Sevanna le había usurpado su «derecho».

—Pero tengo trabajo que hacer —añadió— y dudo que a Sevanna le guste que en vez de ocuparme de mis tareas pase un rato hablando contigo.

Rolan volvió a asentir con la cabeza, y Faile suspiró. Sería capaz de hacer reír a una mujer, según afirmaba, pero desde luego no hablaba mucho. Iba a tener que esforzarse para que se mostrara más comunicativo si quería conseguir algo más que unos chistes que no entendería. Incluso con la ayuda de Chiad y de Bain, el humor Aiel seguía siendo incomprensible para ella.

Habían llegado a la ancha plaza que había frente a la fortaleza, en el extremo norte de la ciudad; la descollante masa de piedras grises no había servido para proteger a los vecinos más que las murallas. Faile creía haber visto a la noble que había gobernado Malden y todo lo comprendido en treinta kilómetros a la redonda, una viuda atractiva y digna, de mediana edad, entre los *gai'shain* que acarreaban agua. Hombres y mujeres vestidos de blanco, cargados con cubos, se apiñaban en la plaza pavimentada. En el lado oriental de la plaza, un muro gris de unos ocho metros de altura, que parecía un sector de la muralla exterior, era en realidad la pared de una enorme cisterna alimentada por un acueducto. Cuatro bombas de agua, cada una de ellas manejada por un par de hombres, echaban agua para llenar los cubos, aunque se derramaba en el suelo más cantidad de lo que los hombres habrían permitido de saber que Rolan se encontraba lo bastante cerca para verlo. Faile se había planteado escapar gateando por el acueducto en forma de túnel, pero no había forma de mantener nada seco y, las condujera a donde las condujese, estarían caladas hasta los huesos y seguramente se morirían congeladas antes de haber recorrido un par de kilómetros por la nieve.

Había otros dos sitios en la ciudad donde coger agua, ambos alimentados por conductos subterráneos de piedra, pero al pie de la pared de la cisterna había una mesa de resistente madera oscura, con las patas rematadas en tallas con forma de pata de león. Otrora había sido una mesa de banquetes, con incrustaciones de marfil en el tablero, pero las piezas de marfil se habían arrancado y sobre la mesa había ahora varias tinas de lavar. Junto a la mesa había un par de cubos de madera, y a un extremo, sobre la lumbre hecha con sillas rotas, una olla de cobre echaba vapor. Faile dudaba que Sevanna hiciera llevar su ropa sucia a la ciudad para ahorrar a sus

gai'shain el trabajo de acarrear agua hasta las tiendas, pero, fuera por la razón que fuera, Faile lo agradecía. Eran muchos los que había acarreado para saberlo. Sobre la mesa se veían dos cestos pero no había más que una mujer trabajando; llevaba el cinturón y el collar dorados, y lavaba con las mangas de su vestidura blanca remangadas lo más posible para no meterlas en el agua de la tina.

Cuando Alliandre vio acercarse a Faile con Rolan se puso erguida y se secó los brazos desnudos en la prenda blanca. Alliandre Maritha Kigarin, por la gracia de la Luz reina de Ghealdan, Defensora del Muro de Garen y una docena más de títulos, había sido una mujer elegante y reservada, de porte circunspecto y majestuoso. Alliandre la *gai'shain* seguía siendo bonita, pero exhibía una perpetua expresión agobiada. Con las manchas de humedad en la ropa y las manos arrugadas de tenerlas mucho tiempo metidas en el agua, habría pasado por una bonita lavandera. Al ver que Rolan soltaba el cesto y sonreía a Faile antes de marcharse y que Faile le devolvía la sonrisa, enarcó una ceja con gesto interrogante.

—Es el que me capturó —dijo Faile mientras sacaba las prendas del cesto y las ponía en la mesa. Aun encontrándose rodeadas sólo de *gai'shain* era mejor hablar mientras se trabajaba—. Es uno de los Sin Hermanos y creo que no aprueba que se haga *gai'shain* a los habitantes de las tierras húmedas. Me parece que podría ayudarnos.

—Entiendo —repuso Alliandre. Luego sacudió delicadamente con una mano la parte posterior del ropaje de Faile.

Fruncido el entrecejo, ésta se giró para mirar hacia atrás. Durante un instante observó el barro y la ceniza que la cubrían de los hombros para abajo; entonces se puso colorada.

—Me caí —se apresuró a explicar. No podía contarle a Alliandre lo que había pasado con Nadric. No creía ser capaz de contárselo a nadie—. Rolan se ofreció a llevarme el cesto.

—Si me ayudara a escapar, hasta me casaría con él —comentó Alliandre mientras se encogía de hombros—. O no, dependiendo de lo que él quisiera. No es muy guapo, pero no resultaría desagradable. Y mi marido, si estuviera casada, no tendría por qué enterarse nunca. Si tuviera dos dedos de frente, estaría rebosante de alegría por haberme recuperado y no haría preguntas de las que no querría oír las respuestas.

Estrujando la blusa entre las manos, Faile apretó los dientes. Alliandre era su vasalla, a través de Perrin, y cumplía con ella bastante bien, al menos en lo tocante a obedecer órdenes, pero la relación había adquirido cierta tirantez. Habían acordado que debían pensar como si fueran sirvientas, intentar ser realmente sirvientas si querían sobrevivir, pero eso significaba que ambas se habían visto hacer reverencias y obedecer con premura. Los castigos de Sevanna los llevaba a cabo el *gai'shain* que estuviera más a mano, una vez que había tomado la decisión, y un día a Faile le había

ordenado que azotara a Alliandre. Lo que era peor, a Alliandre se le había ordenado devolverle el favor por partida doble. Contener el brazo significaba probar de lo mismo, además de que la otra mujer tenía que soportar una dosis doble a manos de alguien que no andaría remiso en soltar el brazo. Era imposible que la relación no se viera afectada cuando por tu culpa tu vasalla pateaba y chillaba dos veces seguidas.

De pronto se dio cuenta de que la blusa que estrujaba era una de las que se habían manchado más cuando el cesto se cayó. Aflojó los dedos y examinó la tela con ansiedad. No parecía que hubiese rozado el tejido con el polvo y el barro. Durante un instante sintió alivio, y a continuación se irritó por sentirse así. Lo más irritante era que el alivio no desaparecía.

—Arrela y Lacile escaparon hace tres días —dijo en voz baja—. Deberían estar bien lejos a estas alturas. ¿Dónde se ha metido Maighdin?

La frente de la otra mujer se arrugó en un ceño preocupado.

—Está intentando colarse en la tienda de Therava. Nos cruzamos con ella y un grupo de Sabias y, por lo que oímos, parecían ir a reunirse con Sevanna. Maighdin me entregó su cesto y dijo que iba a intentarlo. Creo... Creo que su desesperación es tal que está corriendo demasiados riesgos —comentó con un timbre de desesperanza en su propia voz—. Tendría que haber llegado ya.

Faile inhaló hondo y soltó despacio el aire. Todas estaban desesperándose. Había reunido provisiones para la huida —cuchillos, comida, botas, pantalones y chaquetas de hombre que les quedaban bastante bien de talla, todo escondido con cuidado en las carretas; los ropajes blancos les servirían de mantas, así como de capas para confundirse con el paisaje nevado—, pero la ocasión de utilizar todos esos preparativos no parecía más próxima ahora que el día que las habían capturado. Sólo dos semanas. Veintidós días para ser exactos. No había pasado suficiente tiempo para que variara nada, pero su fingimiento de ser sirvientas las estaba cambiando a despecho de todo cuanto hicieran para evitarlo. Sólo dos semanas, y obedecían prontamente cualquier orden, sin pensar, preocupadas por los castigos y por si estarían complaciendo a Sevanna. Lo peor era que se veían actuar así, que sabían que una parte de ellas se estaba amoldando en contra de su voluntad. De momento, podían decirse a sí mismas que simplemente hacían lo necesario para evitar sospechas hasta que pudieran escapar, pero las reacciones eran más automáticas de día en día. ¿Cuánto pasaría antes de que la idea de huir se convirtiera en un borroso anhelo soñado de noche, tras un día de ser una perfecta *gai'shain* tanto en pensamiento como en hechos? Hasta ahora ninguna se había atrevido a plantear esa pregunta en voz alta, y Faile sabía que ella misma procuraba no pensarlo, pero la cuestión se hallaba siempre rozando el estrecho filo que separaba el subconsciente del consciente. En cierto modo le daba miedo que desapareciera. Cuando ocurriera tal cosa ¿habría tenido respuesta ya?

No sin esfuerzo se obligó a salir del abatimiento. Ésa era la segunda trampa que sólo la fuerza de voluntad mantenía abierta.

—Maighdin sabe que tiene que ir con cuidado —manifestó con voz firme—. No tardará en llegar, Alliandre.

—¿Y si la sorprenden?

—¡No la sorprenderán! —suplicó secamente Faile. Si la pillaban... No. Tenía que pensar en el éxito, no en la derrota. Los pusilánimes nunca triunfaban.

Lavar seda llevaba mucho tiempo. El agua con la que llenaban cubos en las bombas de la cisterna estaba helada, pero mezclándola en las tinas con el agua que se recogía caliente de la olla de cobre se entibiaba apropiadamente; la seda no podía lavarse con agua caliente. Con la temperatura del aire tan baja, meter las manos en las tinas era muy agradable, pero al sacarlas el frío era el doble de cortante. No había jabón, al menos no uno que fuera lo bastante delicado, de manera que tenían que sumergir cada falda y cada blusa una por una y frotar delicadamente la prenda. Después se ponía sobre un trozo de felpa y se enrollaba suavemente para escurrir toda el agua posible. La prenda húmeda se volvía a sumergir en otra tina que estaba llena con una mezcla de agua y vinagre —así se reducía la pérdida de color y se realzaba el brillo de la seda—, tras lo cual se volvía a enrollar en la felpa. Las piezas de felpa se retorcían con fuerza después y se extendían al sol donde se pudiera para que se secaran, en tanto que las prendas de seda se colgaban en un palo horizontal, a la sombra de un pabellón de tosca lona instalado a un lado de la plaza, y se alisaban a mano para quitarles las arrugas. Con suerte, no hacía falta planchar nada. Las dos mujeres sabían cómo había que tratar la seda, pero plancharla requería una experiencia de la que carecían ambas. Ninguna de las *gai'shain* de Sevanna la tenía, ni siquiera Maighdin a pesar de que había sido doncella de una dama antes de entrar al servicio de Faile, pero Sevanna no admitía excusas. Cada vez que Faile o Alliandre iban a colgar otra prenda, revisaban las que ya estaban tendidas y estiraban las que parecieran que necesitaban que las alisaran más.

—Ahí viene la Aes Sedai —dijo Alliandre en tono agrio cuando Faile empezaba a añadir agua caliente a una de las tinas.

Galina era Aes Sedai, y como tal tenía el semblante intemporal y el dorado anillo de la Gran Serpiente en el dedo, pero también vestía las ropas blancas de *gai'shain* —¡de seda tan gruesa como el paño de las demás, nada menos!— así como un cinturón, ancho y de complejo diseño, de oro y gotas de fuego que le ceñía el talle y una gargantilla alta a juego, unas joyas apropiadas para una soberana. Era Aes Sedai y a veces salía a caballo del campamento, sola, pero siempre volvía, y acudía prestamente cuando una Sabia la llamaba con el dedo, en especial Therava, cuya tienda compartía a menudo. En cierto modo eso era lo más raro de todo. Galina sabía quién era Faile, sabía quién era su marido y la conexión de Perrin con Rand al'Thor, y

amenazaba con contárselo a Sevanna a menos que Faile y sus compañeras robaran algo que había en la tienda donde la propia Galina dormía. Ésa era la tercera trampa que les habían tendido. Sevanna estaba obsesionada con al'Thor; tenía la demente convicción de que acabaría casándose con él de algún modo, y, si se enteraba de lo de Perrin, a Faile le resultaría imposible alejarse fuera de su vista lo bastante para pensar en la huida. La usaría como una cabra atada a una estaca haciendo de cebo para un león.

Faile había visto a Galina encogerse y acobardarse, pero ahora la hermana atravesaba la plaza como una reina desdeñando a la plebe que la rodeaba; una Aes Sedai de pies a cabeza. Lo cual dejaba en el aire la cuestión de por qué seguía allí cuando Therava parecía aprovechar cualquier oportunidad para humillarla.

Galina se paró a un paso de la mesa y las observó con una sonrisa insinuada que podría describirse como de lástima.

—No estáis progresando mucho en vuestra tarea —dijo. No se refería a la colada.

Era a Faile a quien correspondía hablar, pero Alliandre se le adelantó, haciéndolo con un timbre aún más agrio que antes.

—Maighdin fue a buscar tu vara de marfil esta mañana, Galina. ¿Cuándo veremos algo de esa ayuda que nos prometiste? —Ayuda para su fuga era la zanahoria ofrecida por la Aes Sedai, sujeta al palo de la amenaza de revelar quién era Faile. Hasta ahora, sin embargo, sólo había utilizado el palo.

—¿Fue a la tienda de Therava esta mañana? —exclamó Galina, que se puso lívida.

Faile se dio cuenta entonces de que el sol empezaba a descender hacia el horizonte occidental, y el corazón empezó a latirle dolorosamente. Maighdin tendría que haberse reunido con ellas hacía mucho rato. La Aes Sedai parecía aún más conmocionada que ella.

—¿Esta mañana? —repitió Galina mientras echaba una ojeada hacia atrás. Dio un respingo y se le escapó un grito ahogado cuando Maighdin apareció de pronto entre la multitud de *gai'shain* que abarrotaba la plaza.

A diferencia de Alliandre, la mujer de cabello dorado se había ido endureciendo de día en día desde su captura. Su desesperación no era menor, pero parecía enfocarla completamente en determinación. Siempre mostraba un porte más propio de una reina que de la doncella de una dama, aunque muchas de éstas lo tenían. Pero esta vez pasó entre ellas tropezando, los ojos sin brillo, y metió las manos en el cubo de agua para llevársela a la boca y beber con ansia, tras lo cual se limpió los labios con el envés de la mano.

—Quiero matar a Therava cuando nos marchemos —dijo con voz ronca—. Me gustaría matarla ahora mismo. —Sus ojos azules volvieron a cobrar vida y ardor—. Estás a salvo, Galina. Creyó que había ido a robar. No había empezado a buscar.

Ocurrió... algo, y se marchó. Después de dejarme atada para ocuparse de mí más tarde. —El ardor de su mirada desapareció para dar paso a una expresión de desconcierto—. ¿Qué es, Galina? Hasta yo puedo sentirlo, y mi capacidad es tan mínima que esas Aiel decidieron que no representaba ningún peligro.

Maighdin podía encauzar, pero no de un modo fiable, y muy poca cantidad. Por lo que sabía Faile, la Torre Blanca la habría echado en cuestión de semanas y ella afirmaba no haber ido nunca allí, de modo que su habilidad no sería de mucha utilidad en su huida. Faile le habría preguntado de qué estaba hablando, pero no tuvo ocasión. Galina seguía pálida, pero por lo demás era toda calma Aes Sedai. Salvo porque agarró la capucha de Maighdin —y el pelo que había debajo— y tiró bruscamente de su cabeza hacia atrás.

—A ti no te importa qué es —dijo fríamente—. No es asunto tuyo. De lo único que debes preocuparte es de conseguir lo que quiero. Y deberías preocuparte mucho.

Antes de que Faile pudiera moverse para defender a Maighdin, otra mujer que llevaba el ancho cinturón dorado sobre el ropaje blanco apareció allí y apartó a Galina de un tirón que la arrojó al suelo. Rellenita y poco agraciada, Aravine tenía una mirada cansada y huidiza y un aire de resignación la primera vez que Faile la había visto, el día que la mujer amadiciense le entregó el cinturón dorado que ahora llevaba puesto y le dijo que estaba al servicio de «lady Sevanna». No obstante, los días transcurridos habían endurecido a Aravine aún más que a Maighdin.

—¿Estás loca para ponerle las manos encima a una Aes Sedai? —espetó Galina mientras se levantaba. Se sacudió el polvo que manchaba su ropaje de seda y dirigió toda su furia contra la rellena mujer—. Haré que te...

—¿Quieres que cuente a Sevanna que estabas maltratando a una de sus *gai'shain*? —replicó fríamente Aravine. Su pronunciación era culta. Podría haber sido una mercader de cierto renombre o puede que incluso una noble, pero nunca hablaba de lo que era antes de vestir de blanco—. La última vez que Therava pensó que habías metido la nariz donde no quería ella, todo el mundo a cien pasos te pudo oír chillar y suplicar.

Galina temblaba de ira, y era la primera vez que Faile veía a una Aes Sedai tan sobrepujada. Con un esfuerzo evidente, recobró el control de sí misma. Lo justo. Cuando habló su voz rezumaba acritud.

—Las Aes Sedai hacemos lo que hacemos por nuestras propias razones, Aravine. Razones que no podrías entender jamás. Lamentarás haber contraído esta deuda cuando decida cobrármela. Lo lamentarás profundamente. —Tras dar una última sacudida a sus ropas se alejó, ahora no con aires de reina desdeñando a la chusma, sino como un leopardo retando a las ovejas a que se interpusieran en su camino. Aravine la siguió con la mirada, aparentemente en absoluto impresionada y tampoco predispuesta a hablar.

—Sevanna te reclama, Faile —fue cuanto dijo.

Faile no se molestó en preguntar para qué. Se limitó a secarse las manos, se bajó las mangas y siguió a la amadiciense tras prometer a Alliandre y Maighdin que regresaría lo antes posible. Sevanna estaba fascinada con las tres. Maighdin, la única doncella de una noble de verdad entre sus *gai'shain*, parecía interesarle tanto como la reina Alliandre y la propia Faile, una mujer lo bastante poderosa para tener a una reina como vasalla, y a veces llamaba a una de ellas para que la ayudaran a cambiarse de ropa o para tomar un baño en la gran bañera de cobre que usaba con más frecuencia que la tienda de vapor o simplemente para que le sirvieran vino. El resto del tiempo se les encargaban las mismas tareas que a otros sirvientes, pero Sevanna nunca preguntaba si se les había asignado trabajo ni las eximía por ello de acudir a su llamada. Fuera lo que fuera lo que quería Sevanna, Faile sabía que seguía siendo responsable de la colada junto con las otras dos mujeres. Sevanna quería lo que quería cuando lo quería, y no aceptaba excusas.

A Faile no le hacía falta que le mostraran el camino a la tienda de Sevanna, pero Aravine fue delante a través de la muchedumbre de acarreadores de agua hasta que llegaron a las primeras tiendas Aiel, y entonces señaló en dirección contraria a la tienda de Sevanna.

—Por aquí primero —dijo.

Faile no se movió del sitio.

—¿Por qué? —preguntó, desconfiada. De hecho había hombres y mujeres entre los sirvientes de Sevanna que estaban celosos por la atención que ésta les prestaba a Alliandre, Maighdin y ella, y aunque Faile nunca había notado eso en Aravine, algunos de los otros podrían muy bien haber intentado meterlas en problemas transmitiendo órdenes falsas.

—Querrás ver esto antes de presentarte ante Sevanna, créeme.

Faile abrió la boca para exigir más explicaciones, pero Aravine se limitó a dar media vuelta y echó a andar. Faile se recogió la falda y la siguió.

Había carros y carretas de todo tipo y tamaño entre las tiendas, con las ruedas reemplazadas por patines. La mayoría estaban abarrotados de bultos, cajones y barriles, con las ruedas atadas sobre la carga, pero no tuvo que seguir a Aravine mucho trecho antes de ver un carro de caja lisa que habían vaciado. Sólo que ahora no estaba vacío. Dos mujeres yacían en las toscas tablas, desnudas y cruelmente atadas de pies y manos, tiritando por el frío pero al tiempo jadeando como si hubiesen estado corriendo. La cabeza de las dos mujeres colgaba en una postura de cansancio, mas, como si de algún modo hubiesen sabido que Faile se encontraba allí, ambas la levantaron. Arrela, una teariana casi tan alta como muchas mujeres Aiel, apartó la mirada, avergonzada, mientras que Lacile, una cairhienina delgada y baja, se puso roja como la grana.

—Las trajeron de vuelta esta mañana —informó Aravine, que no perdía de vista el rostro de Faile—. Las desatarán antes de anochecer ya que es la primera vez que intentan escapar, aunque dudo que estén en condiciones de caminar antes de mañana.

—¿Por qué me has traído a ver esto? —inquirió Faile. Habían tenido mucho cuidado en mantener oculta la relación que había entre ellas.

—Olvidáis, milady, que estaba allí cuando os vistieron de blanco a todas. —Aravine la observó un momento y luego, de repente, tomó las manos de Faile y las giró de modo que las suyas quedaron entre las de la otra mujer. Doblando las rodillas casi hasta ponerse de hinojos, dijo rápidamente—: Por la Luz y mi esperanza de renacimiento, yo, Aravine Carnel, juro lealtad y obediencia en todo a lady Faile t'Aybara.

Aparte de Lacile nadie pareció darse cuenta; los Shaido que pasaban por allí no prestaron atención a dos mujeres *gai'shain*. Faile retiró bruscamente las manos.

—¿Cómo sabes ese nombre? —Había tenido que dar otro aparte del de pila, por supuesto, pero eligió el de Bashere una vez que comprendió que ninguno de los Shaido tenía la menor idea de quién era Davram Bashere. Aparte de Alliandre y las otras, sólo Galina sabía la verdad. O eso había creído—. ¿Y quién te lo dijo?

—Escucho, milady. Oí por casualidad a Galina hablando con vos una vez. —La ansiedad asomó a su voz—. No se lo he dicho a nadie. —No parecía sorprenderla que Faile quisiera ocultar su nombre, aunque era evidente que t'Aybara no significaba nada para ella. Quizás Aravine Carnel no era su verdadero nombre, o al menos no del todo—. En este sitio los secretos han de guardarse tan bien como en Amador. Sabía que estas dos mujeres eran vuestras, pero no se lo conté a nadie. Sé que os proponéis escapar. He tenido esa seguridad desde el segundo o tercer día, y nada de lo que he visto desde entonces me ha convencido de lo contrario. Aceptad mi juramento y llevadme con vos. Puedo ayudar y, lo que es más, soy de confianza. Lo he demostrado guardando vuestros secretos. Por favor. —Las dos últimas palabras sonaron como forzadas, como dichas por alguien que no estaba habituado a pronunciarlas. Entonces, era una noble, no una mercader.

Lo único que había demostrado era que podía espiar y descubrir secretos, pero eso era de por sí una aptitud útil. Por otro lado, Faile sabía al menos de dos *gai'shain* que habían intentado escapar y las habían delatado otros. Realmente había gente que trataba de barrer para dentro fuera en las circunstancias que fuera. Pero Aravine ya sabía suficiente para echarlo todo a rodar. Faile pensó de nuevo en el cuchillo que tenía escondido. Una mujer muerta no podía delatar a nadie. Pero el cuchillo estaba a casi un kilómetro de distancia, no se le ocurría el modo de ocultar el cadáver y, además, la mujer podría haberse ganado el favor de Sevanna con sólo decirle que creía que Faile estaba planeando la huida.

Tomó las manos de Aravine entre las suyas y habló tan deprisa como había

hablado la otra mujer.

—Por la Luz, acepto tu juramento y os defenderé y protegeré a ti y a los tuyos a través de la guerra y sus azares, del invierno y sus rigores y de todo lo que el tiempo depare. Ahora, ¿conoces a alguien más en quien podamos confiar? No hablo de gente que creas que puede ser de fiar, sino que sepas que es de fiar.

—En esto no, milady —contestó sombríamente Aravine. Sin embargo, su semblante resplandeció de alivio. No había estado segura de que Faile la aceptara. Ese alivio fue, más que otra cosa, lo que hizo que Faile se inclinara a confiar en ella. Que se inclinara, lo que no significaba que lo hiciera totalmente—. La mitad traicionaría a su propia madre con la esperanza de comprar su libertad, y la otra mitad tiene demasiado miedo para intentarlo o está demasiado aturdida para confiar en que no la dominará el pánico. Ha de haber alguien, y tengo echado el ojo a una o dos personas, pero quiero ir con mucho cuidado. Un error es más de lo que me puedo permitir.

—Sí, con mucho cuidado —convino Faile—. ¿Envió por mí Sevanna realmente? Porque si no lo hizo...

Por lo visto sí la había mandado llamar, y Faile se apresuró a llegar a la tienda de Sevanna —más deprisa de lo que le hubiese gustado, para ser sincera; la irritaba obedecer a toda prisa para no incurrir en el desagrado de Sevanna—, pero nadie le prestó la más mínima atención cuando accedió al interior y esperó sumisamente junto a las solapas de la entrada.

La tienda de Sevanna no era del estilo bajo de las Aiel, sino con paredes de lona roja y tan grande que precisaba dos postes centrales y se hallaba iluminada al menos por una docena de lámparas de espejos. Dos braseros dorados proporcionaban algo de calor y emitían hililllos de humo que salían por los agujeros de ventilación del techo, pero dentro se estaba poco más caliente que fuera. Lujosas alfombras —antes de extenderlas se había limpiado la nieve del suelo— formaban un piso en colores rojos, verdes y azules, dibujos de laberintos tearianos, flores y animales. Sobre las alfombras había desperdigados cojines de seda con borlones, y en un rincón descansaba una enorme silla de talla intrincada y dorada en exceso. Faile no había visto a nadie sentarse en ella, pero se suponía que su presencia evocaba a un jefe de clan, por lo que sabía. Se alegró de quedarse en silencio y con los ojos bajos, a un lado. Otros tres *gai'shain* con cinturones y collares dorados, uno de ellos un varón barbudo, permanecían de pie a lo largo de una de las paredes de la tienda por si su servicio se precisaba en algún momento. Sevanna se encontraba allí; y también Therava.

Sevanna era una mujer alta, un poco más que la propia Faile, con los ojos de un color verde claro y cabello cual oro hilado. Podría haber resultado hermosa de no ser por el marcado toque de avaricia en torno a su carnosa boca. A decir verdad, había

poco en ella que la señalara como Aiel, aparte de los ojos, el cabello y la tez tostada por el sol. Llevaba una blusa de seda blanca, una falda pantalón para montar, también de seda, aunque en color gris oscuro, y el pañuelo doblado que le ceñía las sienes era un derroche de carmesí y dorado. También de seda. Al moverse la mujer, asomaban botas rojas bajo el repulgo de la falda. Sortijas con gemas le adornaban todos los dedos, y los collares y brazaletes de gruesas perlas, diamantes tallados y rubíes grandes como huevos de paloma, zafiros, esmeraldas y gotas de fuego hacían que cualquier cosa que tuviera Someryn pareciese una nimiedad. Ni una sola de esas joyas era de manufactura Aiel. Por otro lado, Therava era la viva imagen de una Aiel, con prendas de paño oscuro y blanco *algode*, las manos desnudas y sus collares y brazaletes de oro y marfil. Nada de anillos ni piedras preciosas para ella. Más alta que muchos hombres, con el cabello rojo oscuro surcado de hebras blancas, era un águila de ojos azules que parecía capaz de devorar a Sevanna como si ésta fuera una oveja lisiada. Faile preferiría enfurecer diez veces a Sevanna que una a Therava, pero las dos mujeres se hallaban sentadas frente a frente, separadas por una mesa con incrustaciones de marfil y turquesas, y Sevanna sostenía la mirada iracunda de Therava con otra igualmente hostil.

—Lo que está ocurriendo hoy es peligroso —dijo Therava con la actitud de alguien cansado de repetir lo mismo. Y quizás a punto de sacar el cuchillo del cinturón. La mujer acariciaba la empuñadura mientras hablaba, y no de un modo totalmente inconsciente, le pareció a Faile—. Tenemos que poner tanta distancia como sea posible entre nosotros y lo que quiera que sea eso, y cuanto antes. Hay montañas al este. Una vez que hayamos llegado a ellas estaremos a salvo hasta que volvamos a reunir a todos los septiares. Septiares que nunca se habrían separado si tú, Sevanna, no hubieses estado tan segura de ti misma.

—¿Hablas de estar a salvo? —Sevanna se echó a reír—. ¿Tan vieja y desdentada te has vuelto que tienes que alimentarte con pan y leche? Vamos a ver. Esas montañas de las que hablas ¿a qué distancia están? ¿Cuántos días, o semanas, tendríamos que arrastrarnos a través de la maldita nieve? —Gesticuló hacia la mesa que las separaba, en la que había un mapa extendido y sujeto con dos cuencos dorados y un pesado candelabro de tres brazos, también dorado. La mayoría de los Aiel desdeñaba los mapas, pero Sevanna se había aficionado a ellos junto con otras costumbres de las tierras húmedas—. Lo que quiera que haya ocurrido ha sido muy lejos, Therava. Has admitido que es así, como todas las Sabias. Esta ciudad está repleta de comida, suficiente para alimentarnos durante semanas si nos quedamos aquí. ¿Quién hay que pueda desafiarnos si lo hacemos? Y si nos quedamos... Ya has oído a los corredores, lo que dicen los mensajes. En dos o tres semanas, cuatro como mucho, otros diez septiares se habrán unido a mí. ¡Tal vez más! Para entonces la nieve se habrá derretido, si se da crédito a lo que cuentan los habitantes de las tierras húmedas de

esta ciudad. Viajaremos rápidamente en lugar de tener que arrastrar todo sobre patines.

Faile se preguntó si alguno de los vecinos habría mencionado el barro.

—Otros diez septiares se unirán a ti —dijo Therava con voz monótona a excepción de las últimas dos palabras. Su mano se cerró sobre la empuñadura del cuchillo—. Hablas en nombre del jefe de clan, Sevanna, y se me eligió para aconsejarte como a un jefe, que debe hacer caso de esas recomendaciones por bien del clan. Te aconsejo que nos movamos hacia el este y sigamos en esa dirección. Los otros septiares pueden unirse a nosotros en esas montañas igual que aquí, y si en el camino pasamos algo de hambre, ¿quién de nosotros no conoce las privaciones?

Sevanna se toqueteó los collares; una gran esmeralda en su mano derecha relució como fuego verde a la luz de las lámparas de pie. Sus labios se apretaron como si la piedra preciosa despertara su avidez. Puede que hubiera conocido las privaciones, pero a despecho de la falta de calor en la tienda ya no quería tenerlas.

—Hablo en nombre del jefe y digo que nos quedamos aquí. —En su voz se advertía algo más que un atisbo de desafío, pero la mujer no dio a Therava ocasión de aceptarlo—. Ah, veo que Faile ha venido. Mi buena y obediente *gai'shain*. —Sacó algo que tenía envuelto en un trozo de tela, encima de la mesa—. ¿Reconoces esto, Faile Bashere?

Lo que Sevanna sostenía en la mano era un cuchillo con una hoja de un solo filo, de unos quince centímetros de longitud, una herramienta corriente de la clase que llevaban miles de granjeros. Sólo que Faile identificó el dibujo de remaches en el mango de madera y la muesca del filo. Era el cuchillo que había robado y escondido con tanto cuidado. No dijo nada. No había nada que decir. Los *gai'shain* tenían prohibido poseer cualquier arma, incluso un cuchillo, excepto cuando cortaban vegetales para cocinar. No pudo evitar un estremecimiento cuando Sevanna continuó.

—Menos mal que Galina me trajo esto antes de que pudieras utilizarlo. Para el propósito que fuera. Si hubieses acuchillado a alguien habría tenido que enfadarme mucho contigo.

¿Galina? Por supuesto. La Aes Sedai no las dejaría que escaparan antes de que hicieran lo que quería.

—Está conmocionada, Therava. —La risa de Sevanna sonó divertida—. Galina sabe lo que se exige a los *gai'shain*, Faile Bashere. ¿Qué debería hacer con ella, Therava? Ése es un consejo que sí puedes darme. A varios *gai'shain* se los mató por esconder armas, pero detestaría perderla a ella.

Therava puso un dedo bajo la barbilla de Faile, le hizo levantar la cabeza y la miró fijamente a los ojos. Faile sostuvo la mirada sin pestañear, pero sintió que las rodillas le temblaban. No intentó convencerse de que era por el frío. Sabía que no era cobarde, pero cuando Therava la miraba se sentía como un conejo en las garras de esa

águila, vivo y esperando a que el pico se descargara sobre él. Había sido Therava quien le había ordenado que espiara a Sevanna y, por muy circunspectas que se hubieran mostrado las otras Sabias, a Faile no le cabía duda de que Therava la degollaría sin el menor reparo si le fallaba. No tenía sentido fingir que la mujer no la asustaba. Sólo tenía que controlar ese miedo. Si podía.

—Creo que planeaba escapar, Sevanna. Pero opino que puede aprender a hacer lo que se le mande.

La tosca mesa de madera se había colocado entre las tiendas, en el espacio libre más próximo a la de Sevanna, a unos cien pasos de distancia. Al principio, Faile creyó que la vergüenza de estar desnuda sería lo peor de todo; eso y el gélido frío que le ponía la carne de gallina. El sol se encontraba bajo en el cielo, el aire se había tornado más frío y lo haría mucho más antes de que amaneciera. Tenía que estar allí hasta el amanecer. Los Shaido eran hábiles aprendiendo lo que avergonzaba a los habitantes de las tierras húmedas y utilizaban la vergüenza como castigo. Creyó que se moriría abochornada cada vez que alguien la mirara, pero los Shaido que pasaban por allí ni siquiera se detenían. En sí misma, la desnudez no era motivo de vergüenza entre los Aiel. Aravine apareció ante ella, pero se paró sólo el tiempo justo para susurrar:

—Mantened el coraje —y al punto se marchó.

Al cabo de un rato a Faile dejó de preocuparle la vergüenza. Le habían atado las manos a la espalda, y a continuación los tobillos, doblándole las piernas para sujetárselas a los codos. Ahora entendía que Lacile y Arrela jadearan. En esa posición, respirar costaba un gran esfuerzo. El frío le penetró más y más profundamente hasta hacerla temblar de modo incontrolable, pero incluso eso no tardó en ser algo secundario. Los calambres empezaron a agarrotarle las piernas, los hombros, los costados; los doloridos músculos parecían arder, contrayéndose más y más y más. Se concentró en la idea de no gritar. Eso se convirtió en el centro de su existencia. No... iba... a... gritar. Pero, ¡oh, Luz, cómo dolía!

—Sevanna ordenó que te quedaras aquí hasta el alba, Faile Bashere, pero no dijo que no pudieras tener compañía.

Tuvo que parpadear varias veces antes de poder ver con claridad. El sudor le escoció en los ojos. ¿Cómo podía sudar cuando estaba congelada hasta la médula? Rolan se encontraba de pie ante ella y, cosa extraña, llevaba un par de braseros de bronce llenos de rojizas ascuas incandescentes, con trozos de tela envolviendo una pata de cada brasero para protegerse las manos del calor. Al ver que contemplaba fijamente los braseros, el hombre se encogió de hombros.

—En otros tiempos pasar la noche al raso no me habría incomodado, pero me he vuelto algo blando desde que crucé la Pared del Dragón.

Faile casi soltó un respingo cuando Rolan dejó los braseros debajo de la mesa. El color ascendió a través de las grietas abiertas entre los tablones. Sus músculos seguían martirizados por los calambres, pero, ¡oh, bendito calor! Sí que dio un respingo cuando el hombre puso un brazo alrededor de su torso y el otro a través de las rodillas dobladas. De repente Faile cayó en la cuenta de que la presión de los hombros había desaparecido. La había... apretujado. Una mano del hombre empezó a dar masajes en uno de sus muslos, y Faile casi gritó cuando los dedos se hundieron en los músculos agarrotados, pero notó que empezaban a relajarse. Todavía le dolían, y el masaje también, pero el dolor en el tenso muslo era de otro tipo. No es que disminuyera, exactamente, pero Faile comprendió que lo haría si Rolan seguía presionando.

—No te importará si ocupo el tiempo haciendo algo mientras intento discurrir un modo de hacerte reír, ¿verdad? —preguntó.

De repente Faile cayó en la cuenta de que se estaba riendo, y no a causa de la histeria. Bueno, sólo en parte. Estaba atada como un ganso para meter en el horno mientras la salvaba del frío por segunda vez el mismo hombre al que, después de todo, pensó que no acuchillaría; Sevanna la vigilaría como un halcón a partir de ahora y Therava podría estar tratando de matarla como escarmiento a las demás, pero supo que iba a escapar. Si una puerta se cerraba, siempre se abría otra. Iba a escapar. Rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

10. Un faro rutilante

La aturullada doncella estaba más acostumbrada a amasar pan que a abrochar hileras de diminutos botones, pero finalmente acabó de cerrar el traje de montar de Elayne, de color verde oscuro, hizo una reverencia y reculó unos pasos, agitada la respiración, aunque era difícil discernir si se debía al esfuerzo de concentrarse en la difícil tarea o a encontrarse en presencia de la heredera del trono. Tal vez el anillo de la Gran Serpiente en la mano izquierda de Elayne también tenía algo que ver. A poco más de treinta kilómetros en línea recta se llegaría desde la mansión de la casa Matherin al río Erinin y todo su gran comercio, pero la distancia era mucho mayor en kilómetros reales para cubrirla a través de las montañas Chishen, por lo que la gente del lugar estaba más acostumbrada a los asaltos de ladrones de ganado a través de la frontera con Murandy que a cualquier clase de visita, en especial una visitante que incluía en el mismo paquete a la heredera del trono y una Aes Sedai. El honor parecía más de lo que cualquiera de los sirvientes podía soportar. Elsie había sido exasperadamente concienzuda a la hora de doblar el vestido de seda azul que Elayne había tenido puesto la noche anterior y de guardarlo en un gran baúl de viaje hecho de cuero, uno de los dos que había en el vestidor de sus aposentos; tan concienzudamente lenta, que Elayne había estado a punto de ocuparse ella misma de la tarea. Al principio había dormido mal, despertándose a ratos, y después durmió hasta tarde cuando por fin pudo conciliar el sueño. Estaba impaciente por regresar a Caemlyn.

Ésta era la quinta vez que pasaba la noche fuera de la ciudad desde que se había enterado de que la urbe estaba amenazada, y en cada salida había dedicado un día a visitar tres o cuatro mansiones del campo, cinco en una ocasión, todas propiedades de hombres y mujeres vinculados a la casa Trakand por sangre o juramentos, y cada visita llevaba tiempo. La premura del tiempo la agobiaba, pero dar la imagen adecuada era necesario. Los trajes de montar se precisaban para viajar de una mansión a otra para no llegar con las ropas arrugadas y con aspecto de fugitiva, pero tenía que cambiarse antes de instalarse ya fuera para pasar la noche o sólo durante unas pocas horas. La mitad de esas horas se podían ir en cambiarse el traje de montar por un vestido y viceversa, pero las ropas de montar señalaban premura y necesidad, quizá desesperación, en tanto que la diadema de heredera del trono y un vestido bordado adornado con encaje, sacado de un juego de valijas de viaje y puesto después de asearse, reflejaban seguridad y fortaleza. Habría llevado con ella a su doncella para causar mejor impresión si Essande hubiese podido seguir ese ritmo precipitado en pleno invierno, aunque Elayne sospechaba que la lentitud de la mujer de cabello blanco habría conseguido que se mordiera la lengua de frustración. Con todo, Essande no habría sido tan lenta como esa joven de ojos saltones, Elsie.

Por fin Elsie le tendió la capa carmesí forrada de piel haciendo una reverencia, y Elayne se echó rápidamente la prenda sobre los hombros. El fuego ardía en el hogar de piedra, pero la habitación distaba mucho de estar caliente y últimamente Elayne parecía no poder hacer caso omiso del frío con resultados fiables. La chica siguió haciendo reverencias mientras preguntaba si llamaba a unos hombres para que bajaran el equipaje, si a su majestad le parecía bien. La primera vez que la había llamado así, Elayne le explicó afablemente que todavía no era reina, pero Elsie pareció horrorizada ante la idea de dirigirse a ella simplemente como milady o incluso princesa, aunque a decir verdad eso último se consideraba un término obsoleto. Fuera o no apropiado, a Elayne siempre le agradaba oír a alguien reconocer así su derecho al trono, pero esa mañana estaba demasiado cansada para sentir otra cosa que ansiedad por ponerse en camino. Contuvo un bostezo y le dijo secamente a Elsie que fuera a buscar a los hombres y que se diese prisa, tras lo cual se dirigió a la puerta de paneles. La chica corrió para abrirle la puerta, de modo que tardó más que si lo hubiese hecho ella misma, a la par que hacía otra reverencia antes de abrir y otra después. La falda pantalón de seda hizo un sonido de roce furioso de una pierna contra otra mientras salía del cuarto poniéndose los guantes. Si Elsie la hubiese retrasado un instante más, casi seguro que habría gritado.

Sin embargo, fue la chica la que chilló antes de que Elayne hubiera dado tres pasos; fue un aullido horrorizado que pareció salir desgarrado de su garganta. La capa ondeó cuando Elayne giró rápidamente sobre sus talones a la par que abrazaba la Fuente Verdadera y sentía el poderoso caudal del *Saidar* fluyendo en su interior. Elsie estaba parada en la franja de alfombra que se extendía por el centro del pasillo, mirando fijamente en dirección opuesta, con las dos manos apretándose la boca. En esa dirección dos corredores laterales cruzaban el principal, pero no se veía un alma.

—¿Qué pasa, Elsie? —demandó Elayne. Tenía preparados ya varios tejidos a punto de cobrar forma y que iban de una sencilla red de aire hasta una bola de fuego que demolería la mitad de las paredes que tenía delante, y con su humor actual quería utilizar cualquiera de ellas para arremeter con el Poder. En el mejor de los casos, últimamente su estado de ánimo era tornadizo.

La chica miró hacia atrás, temblorosa, y si antes sus ojos parecían saltones ahora daban la impresión de que se le iban a salir de las órbitas. Sus manos seguían prietas sobre la boca como para contener otro grito. De cabello oscuro, alta y de seno generoso, vestida con el uniforme azul y gris de la casa Matherin, en realidad no era una muchacha —puede que tuviera cuatro o cinco años más que Elayne—, pero por el modo en que se comportaba resultaba difícil pensar en ella de otra manera.

—¿Qué pasa, Elsie? Y no contestes que nada, porque parece que hayas visto un fantasma.

La chica se encogió.

—Y lo vi —repuso de modo vacilante. Que omitiera un título al dirigirse a Elayne demostraba lo trastornada que estaba—. Lady Nelein, la abuela de lord Aedmun. Murió siendo yo pequeña, pero recuerdo que hasta lord Aedmun procuraba no despertar su mal genio y que las doncellas daban brincos de sobresalto cuando las miraba, así como otras damas que venían de visita y también los caballeros. Todo el mundo le tenía miedo. Estaba justo ahí, delante de mí, y miraba tan furiosa... —Enmudeció y se puso colorada cuando Elayne se echó a reír.

Era más una risa de alivio que otra cosa. El Ajah Negro no la había seguido hasta la mansión de lord Aedmun. No había asesinos al acecho con cuchillos empuñados, ni hermanas leales a Elaida que quisieran llevársela de vuelta a Tar Valon. A veces soñaba con esas cosas, todas en el mismo sueño. Soltó el *Saidar*, tan reacia como siempre, pesarosa cuando aquella plenitud de gozo y vida desapareció en su interior. Matherin la apoyaba, pero Aedmun se habría tomado a mal que le destrozara media casa.

—Los muertos no pueden hacer daño a los vivos, Elsie —dijo suavemente. Y si se obligó a hablar así fue por haberse reído, por no mencionar el deseo de dar de bofetadas a esa tontaina—. Ya no pertenecen a este mundo y no pueden tocar nada de él, incluidas las personas. —La chica asintió con la cabeza e hizo otra reverencia, pero por lo desorbitado de sus ojos y el temblor de sus labios se notaba que no estaba convencida. Empero, Elayne no tenía tiempo de ser condescendiente—. Ve a buscar a los hombres para que se ocupen de mi equipaje, Elsie —ordenó firmemente—, y no te preocupes por los fantasmas.

Con otra reverencia, la chica se alejó presurosa y girando la cabeza a uno y otro lado no fuera a ser que lady Nelein saliera de improviso de las paredes revestidas de paneles. ¡Fantasmas! ¡Esa chica era boba! Matherin era una casa antigua, aunque no importante y grande. La escalera principal del caserón, que descendía al vestíbulo, era ancha y con barandilla de mármol. El propio vestíbulo era muy amplio, con baldosas grises y azules y lámparas de espejos que colgaban de cadenas desde el techo, a cinco metros de altura. No había adornos dorados y muy pocos de incrustaciones, pero arcones y armarios tallados se alineaban en las paredes del vestíbulo; en uno de los laterales se exhibían dos colgaduras. Una de ellas representaba hombres cazando leopardos a lomos de caballos, una modalidad arriesgada, en el mejor de los casos; en el otro, mujeres de la casa Matherin presentaban una espada a la primera reina de Andor, un suceso que Matherin atesoraba y que podría o no haber ocurrido realmente.

Aviendha ya esperaba abajo, paseando impaciente por el vestíbulo, y Elayne suspiró al verla. Habrían compartido una habitación de no ser por la implicación de que Matherin no podía atender adecuadamente a dos visitantes eminentes, pero Aviendha no entendía realmente que cuanto más pequeña la casa, más grande el orgullo. A menudo, las casas más pequeñas tenían poco más que eso. Habría

entendido lo del orgullo, pues ella misma casi irradiaba un fiero orgullo y fortaleza. De espalda muy recta y más alta incluso que Elayne, con el grueso chal oscuro cubriendo la blusa clara y un pañuelo doblado, de color gris, ciñéndole las sienes y sujetando el largo cabello rojizo, era la viva imagen de una Sabia a despecho de aparentar ser sólo un año mayor que Elayne. Las Sabias que encauzaban a menudo parecían mucho más jóvenes de lo que eran, y Aviendha además tenía un porte digno. Bueno, al menos en ese momento, aunque las dos habían reído como tontas jovencitas con mucha frecuencia. Ni que decir tiene que las únicas joyas que lucía eran un collar largo kandoreño, de plata, un broche de ámbar con forma de tortuga y un brazalete de marfil, en tanto que las Sabias siempre llevaban montones de collares y brazaletes, pero Aviendha no era Sabia todavía, sino meramente una aprendiza. Elayne nunca pensaba en Aviendha con el término «meramente» en ningún concepto, lo que acarreaba problemas de vez en cuando. A veces le parecía que las Sabias la consideraban también a ella una especie de aprendiza, o al menos estudiante. Una idea absurda, desde luego, pero a veces...

—¿Has dormido bien? —preguntó Aviendha, ajustándose el chal, cuando Elayne llegó al pie de la escalera. Su tono era despreocupado, pero la ansiedad asomaba a sus ojos verdes—. No mandarías que te trajeran vino para dormir, ¿verdad? Me aseguré de que el que tomaste en la cena estuviera aguado, pero te vi mirar la jarra de vino.

—Sí, madre —contestó Elayne con una empalagosa dulzura en la voz—. No, madre. Me pregunté cómo había puesto las manos Aedmun en una cosecha tan buena. Fue una lástima aguarlo. Y bebí la leche de cabra antes de irme a dormir. —¡Si había algo que le provocaba las náuseas matutinas del embarazo era la leche de cabra! Y pensar que antes le gustaba...

Aviendha se puso en jarras con una actitud que era la viva imagen de tal indignación que Elayne se echó a reír. Estar embarazada tenía sus inconvenientes, que iban desde los cambios bruscos de humor a sentirse siempre cansada, pasando por molestias en los senos, pero en ciertos aspectos lo peor eran los mimos y cuidados que le prodigaban. En palacio todos sabían que estaba embarazada —muchos lo habían sabido antes que ella, por cortesía de las visiones de Min y que ésta hubiera hablado más de la cuenta—, y no creía que la hubiesen mimado tanto de niña. Aun así, aguantaba todos los inconvenientes con toda la gracia de que era capaz. Casi siempre. Sólo intentaban ser serviciales. Pero ojalá que todas las mujeres que sabían de su embarazo no pensaran que por eso se había vuelto estúpida. Casi todas las mujeres que conocía. Y las que nunca habían tenido un hijo eran las peores.

Pensar en su bebé —a veces deseaba que Min hubiese dicho si era un chico o una chica, o mejor que Aviendha o Birgitte recordaran exactamente lo que había dicho Min; Min siempre tenía razón, pero las tres habían ingerido un montón de vino esa noche y Min se había marchado de allí mucho antes de que Elayne se enterara y

pudiera preguntarle—, pensar en la criatura que estaba creciendo en su interior siempre le traía a Rand a la cabeza, al igual que pensar en él la hacía acordarse del bebé. Lo uno seguía a lo otro tan indefectiblemente como que la crema subía al cocer la leche. Echaba muchísimo de menos a Rand y, sin embargo, no lo echaba en falta. Una parte de él, la «sensación» de él, siempre estaba presente en un rincón de su mente a menos que enmascarase el vínculo, junto con su percepción de Birgitte, su otro Guardián. No obstante, el vínculo tenía sus límites. Él se encontraba en algún lugar del oeste, lo bastante lejos para que sólo supiera que seguía vivo y poco más. En realidad, nada más, aunque creía que lo habría notado si se encontrara gravemente herido. No estaba muy segura de querer saber qué se traía entre manos. Después de dejarla había pasado bastante tiempo en algún punto lejano del sur, pero esa misma mañana había Viajado al oeste. A decir verdad era desconcertante sentirlo en una dirección y de repente sentirlo en otra, aún más lejos. Quizá se dedicaba a perseguir enemigos o huía de ellos o cualquier otra cosa de las miles de posibilidades que había. Confiaba en que se tratara de algo inocuo lo que lo había hecho Viajar. Iba a morir demasiado pronto —los varones que encauzaban siempre morían por hacerlo—, pero deseaba fervientemente mantenerlo vivo el mayor tiempo posible.

—Se encuentra bien —dijo Aviendha casi como si le hubiera leído el pensamiento. Compartían su propia percepción entre ellas desde que se habían adoptado como hermanas primeras, pero no llegaba a tanto como el vínculo que ellas dos y Min compartían con Rand—. Como se deje matar, le cortaré las orejas.

Elayne parpadeó y después se echó a reír otra vez; tras una mirada sorprendida, Aviendha se unió a sus risas. No era nada divertido, excepto quizá para un Aiel —el sentido del humor de Aviendha resultaba realmente extraño—, pero Elayne no podía dejar de reír y a Aviendha parecía ocurrirle otro tanto. Sacudidas por las carcajadas, se abrazaron y permanecieron así unos instantes. La vida era muy rara. Si alguien le hubiese dicho unos pocos años atrás que compartiría a un hombre con otra mujer —¡con otras dos!— lo habría tachado de loco. La mera idea habría sido indecente. Pero quería a Aviendha tanto como a Rand, sólo que de una forma diferente, y Aviendha amaba a Rand tanto como ella. Negar tal cosa sería negar a Aviendha, y eso sería tan imposible como salir de su propia piel. Las Aiel, hermanas o amigas íntimas, a menudo se casaban con el mismo hombre y rara vez lo dejaban opinar en el asunto. Iba a casarse con Rand y Aviendha también, así como Min. Lo que cualquiera dijera o pensara daba igual; no había vuelta de hoja. Si es que él vivía hasta que llegara el momento.

De pronto le dio miedo que su risa estuviera bordeando las lágrimas. Luz, por favor, que no fuera una de esas mujeres que lloraban por nada cuando estaban embarazadas. Ya era bastante malo ignorar si iba a ponerse melancólica o furiosa de un momento a otro. Podían pasar horas en las que se sentía perfectamente normal,

pero también las había en las que tenía la impresión de ser una pelota de un niño que bajara botando una escalera interminable. Esta mañana parecía encontrarse en la escalera.

—Está bien y seguirá estándolo —susurró ferozmente Aviendha, como si tratara de asegurar la supervivencia de Rand matando todo aquello que lo amenazara.

Con las puntas de los dedos, Elayne enjugó una lágrima de la mejilla de su hermana.

—Está bien y seguirá estándolo —convino en voz queda. Pero no podía matar al *Saidin*, y la infección de la mitad masculina del Poder era lo que iba a acabar con él.

Las lámparas que pendían del techo titilaron a la par al abrirse una de las altas puertas que daban al exterior, dejando entrar una ráfaga de aire más frío que la temperatura del vestíbulo, y las dos mujeres se apartaron un poco, deshaciendo el abrazo, y sólo siguieron con las manos cogidas. Elayne hizo que su semblante adoptara una expresión serena e impasible digna de una Aes Sedai. No podía permitirse el lujo de dejar que nadie la viera buscando, aparentemente, consuelo en un abrazo. A una dirigente, o a alguien que aspiraba a serlo, no se le permitía ni la más leve insinuación de debilidad o llanto; en público no. Ya había suficientes rumores sobre ella tal como estaban las cosas, negativos y positivos por igual. Era benevolente o cruel, imparcial o arbitraria, generosa o avariciosa, todo dependiendo de qué versión se escuchaba. Al menos las opiniones se hallaban a la par, pero si alguien contaba que había visto a la heredera del trono acurrucada en brazos de su compañera podría añadir a la mezcla una historia de temor, y si sus enemigos la creían asustada se volverían más osados. Y más fuertes. La cobardía era el tipo de rumor que se adhería como barro grasiento; nunca se podía limpiar del todo por mucho que uno se lavara. La historia hablaba de mujeres que habían perdido sus posibilidades de acceder al Trono del León sin que hubiese otros motivos claros en los que basarse. Tener aptitudes era un requisito para una dirigente con éxito, y la sabiduría era muy de desear, aunque mujeres que carecían de lo uno y lo otro habían alcanzado el trono y se las habían arreglado de algún modo, pero pocos —y ninguno de aquellos a los que quería tener de su parte— apoyarían a una cobarde.

El hombre que entró, volviéndose para empujar la enorme puerta y cerrarla tras él, sólo tenía una pierna y utilizaba muleta. A pesar del forro de vellón, la manga de la gruesa chaqueta de lana mostraba el desgaste del roce. Fridwyn Ros, en otros tiempos soldado, administraba la heredad de lord Aedmun con la ayuda de un tenedor de libros que había parpadeado con consternación al ver a la heredera del trono, que se quedó boquiabierto por la estupefacción al fijarse en el anillo de la Gran Serpiente, y que volvió rápidamente a sus libros de contabilidad, aliviado, tan pronto como comprendió que Elayne no tenía asuntos que tratar con él. Probablemente había temido un gravamen en las cuentas de la mansión. Maese Ros había mirado el anillo

con sorpresa, desde luego, pero sonrió con deleite a la heredera del trono y lamentó con tal sinceridad no poder cabalgar en favor de su causa que, de haber sido un mentiroso, ya habría estafado a Aedmun y al contable todo cuanto poseían entre los dos. Elayne no temió que divulgara cuentos falseados.

La muleta marcó un rítmico golpeteo a medida que cruzaba el vestíbulo, y el hombre se las ingenió para hacer una reverencia aceptable a pesar de ello, incluyendo a Aviendha en el saludo. Al principio se había sobresaltado con ella, pero captó, sorprendentemente rápido, la amistad que las unía, y si no confiaba del todo en una Aiel, al menos la aceptó. No se podía pedir todo.

—Los hombres están atando vuestro equipaje en los animales de carga, mi reina, y vuestra escolta os espera. —Era uno de los que se negaban a llamarla de otro modo que no fuera «mi reina», pero en su voz se advirtió un atisbo de duda al mencionar a la escolta. Lo disimuló enseguida tosiendo, tras lo cual se apresuró a añadir—: Los hombres que enviamos con vos van todos montados en las mejores condiciones que nos ha sido posible. Hombres jóvenes, principalmente, y unos pocos con más experiencia, pero todos saben en qué extremo de la alabarda está la punta. Ojalá pudiéramos proporcionaros más, pero ya os expliqué que cuando lord Aedmun se enteró de que otras reclamaban lo que es vuestro por derecho decidió no esperar hasta la primavera, convocó a sus mesnaderos y partió para Caemlyn. Hemos tenido un par de nevadas intensas desde entonces, pero quizá se encuentre a mitad de camino a estas alturas. Con suerte, en los pasos. —Su mirada denotaba convicción, pero sabía mejor que ella que, si la suerte le volvía la espalda, Aedmun y sus mesnaderos podrían morir en esos pasos.

—Matherin siempre ha sido leal a la casa Trakand —respondió Elayne—, y yo confío en que sea siempre así. Aprecio en lo que vale la lealtad de lord Aedmun y la vuestra, maese Ros.

No insultaba a la casa Matherin ni a él con la promesa de recordar su ayuda u ofreciendo recompensas, pero la amplia sonrisa de maese Ros reveló que ya le había dado toda la recompensa que deseaba. Matherin recibiría recompensas, si las ganaba, pero no podían brindarse como quien hace una oferta para comprar un caballo.

Maese Ros la acompañó hasta la puerta con el golpeteo rítmico de la muleta y le hizo una reverencia en el amplio umbral de granito donde unos sirvientes, con gruesas chaquetas, aguardaban bajo el intenso frío con una copa de vino caliente con especias que Elayne rehusó con una queda disculpa. Hasta que tuviera ocasión de acostumbrarse al aire cortante, quería disponer de las dos manos para mantener cerrada la capa. De todos modos, Aviendha habría hallado la forma de hacer que la rechazara. Pero ella sí tomó una copa tras echarse el chal sobre la cabeza y alrededor de los hombros, la única concesión que hizo al gélido frío matinal. Estaba aislada del frío, por supuesto. Elayne le había enseñado cómo se hacía. Elayne intentó de nuevo

alejar el frío de ella y, para su sorpresa, funcionó. No del todo —todavía notaba un poco—, pero eso era mejor que congelarse.

El cielo se veía despejado y el sol brillaba justo encima de las montañas, pero al otro lado de los picos circundantes podían formarse nubes tormentosas en cualquier momento. Sería mejor llegar cuanto antes a su primer punto de destino de ese día. Por desgracia, *Fogoso*, su alto castrado negro, hacía honor a su nombre y se plantaba en las dos patas traseras a la par que resoplaba exhalando nubes de vaho como si nunca hubiese llevado una brida; por su parte, a la yegua gris zanquilarga y de cuello arqueado que montaba Aviendha se le había metido en la cabeza seguir el ejemplo del castrado y se empinaba en la profunda nieve e intentaba ir a cualquier sitio salvo donde la moza de cuadra trataba de conducirla. Era un animal con más carácter de lo que Elayne habría elegido para que montara su hermana, pero Aviendha se había empeñado tras enterarse del nombre de la yegua. *Siswai* significaba «lanza» en la Antigua Lengua. Las mozas de cuadra parecían mujeres muy capacitadas, pero por lo visto pensaban que debían tranquilizar a los animales antes de entregárselos. Elayne tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritarles que ya se las había arreglado para dominar a *Fogoso* antes de que ellas lo vieran.

Su escolta había montado ya para no estar de pie en la nieve; eran unos veinte jinetes con chaquetas rojas de cuello blanco y los petos y yelmos bruñidos de la Guardia Real. La duda de maese Ros podría explicarla el hecho de que las chaquetas de los jinetes eran de seda, al igual que los rojos pantalones con una franja blanca a lo largo de los costados y la clara puntilla que remataba cuellos y puños. A decir verdad, su aspecto era más ceremonial que efectivo. O quizás era porque todas eran mujeres. No era habitual ver mujeres en trabajos que requerían el uso de armas, sólo alguna que otra guardia de mercader o una fémina rara que acababa en un ejército en tiempos de guerra. Elayne no sabía de ningún grupo de soldados compuesto por mujeres en su totalidad antes de que se creara el suyo. A excepción de las Doncellas, claro, pero siendo Aiel la cosa cambiaba. Esperaba que la gente las considerara un gesto de afectación por su parte y muy decorativas con toda esa puntilla y seda. Los hombres tendían a infravalorar a una mujer que portaba armas hasta que se enfrentaba a una. Los soldados de una escolta por lo general trataban de parecer tan feroces que nadie se atreviera a intentar nada en contra, pero sus enemigos encontrarían una forma nueva de atacar aunque tuviera a toda la Guardia Real rodeándola. Su propósito era tener una escolta que sus enemigos desestimarían hasta que fuera demasiado tarde para hacer otra cosa que lamentarlo. Tenía intención de cambiar los uniformes para que fueran más llamativos, en parte para dar más pábulo a ese error y en parte para avivar el orgullo de las mujeres como soldados distinguidos del resto, pero ella no tenía ninguna duda. A todas ellas, desde las guardias de mercaderes hasta las cazadoras del Cuerno, se las había elegido cuidadosamente por su destreza,

experiencia y valor. Elayne pondría la vida en sus manos. Ya lo había hecho.

Una mujer delgada que llevaba los dos nudos dorados de teniente en las hombreras de la chaqueta roja saludó a Elayne cruzando el brazo sobre el pecho, y su castrado ruano agitó la cabeza arriba y abajo haciendo tintinear suavemente las campanillas de plata que le adornaban la crin, como si saludara también.

—Estamos listas, milady, y el área se encuentra despejada. —Caseille Raskovni era una de las que habían trabajado como guardia de mercaderes y su acento arafelino no era el de una mujer culta, pero su tono de voz sonaba enérgico, de los que no admitían tonterías. Utilizaba el título correcto para dirigirse a ella y lo seguiría haciendo hasta que Elayne fuera coronada, pero estaba dispuesta a luchar para ganar esa corona para Elayne. Pocos, muy pocos, ya fueran hombres o mujeres, firmaban la lista de la Guardia Real a menos que estuvieran dispuestos a hacer eso—. Los hombres que maese Ros ha cedido también están preparados. Todo lo preparados que pueden estar.

Con un carraspeo, el administrador movió la muleta y clavó la vista en la nieve delante de sus botas. Elayne entendía a lo que Caseille se refería. Maese Ros había logrado reunir once hombres de la heredad para enviar a Caemlyn y los había equipado con alabardas, espadas cortas y las piezas de armadura que se pudieron encontrar: nueve yelmos antiguos sin visera de protección y siete petos con abolladuras que los hacían vulnerables. Sus monturas no eran malas a pesar de tener el denso pelaje de invierno; pero, aunque sus jinetes iban arrebujados en gruesas capas, Elayne vio que ocho de ellos no necesitarían afeitarse más que una vez a la semana, si es que lo hacían. Los hombres que maese Ros había descrito como experimentados tenían rostros arrugados, manos huesudas y probablemente no juntarían una dentadura entera entre todos. No había mentido ni intentado escatimar; Aedmun habría reunido a todos los hombres aptos de la zona para llevarlos consigo y los habría equipado con lo mejor que tuviera. Había ocurrido lo mismo en todas partes. Al parecer, un gran número de hombres saludables y fuertes se encontraban desperdigados a lo largo de Andor e intentaban llegar hasta ella en Caemlyn. Y ahora probablemente ninguno entraría en la ciudad hasta que todo se hubiera decidido, pues aunque los buscara a diario sería difícil encontrar a ninguno de los grupos. Con todo, este puñado sostenía las alabardas como si supieran cómo utilizarlas. Claro que tampoco era tan difícil mantenerse quieto en la silla con el extremo romo de la alabarda apoyado en el estribo.

—Hemos visitado diez de estas propiedades en el campo, hermana —dijo en voz queda Aviendha, que se acercó a ella hasta que sus hombros se tocaron—, y contando a éstos hemos reunido doscientos cinco muchachos demasiado jóvenes para saber combatir y ancianos que deberían haber dejado la lanza hace mucho tiempo. No te he preguntado antes. Conoces a tu pueblo y sus costumbres. ¿Merece la pena el tiempo

que estás dedicando a esto?

—Oh, sí, hermana. —Elayne habló en voz baja también para que el otrora soldado cojo y los sirvientes no pudieran escucharla. Hasta las mejores personas podían volverse tercas como mulas si se daban cuenta de que uno quería que se comportaran de cierta forma. Sobre todo si se daban cuenta de que la ayuda que con tanto esfuerzo habían reunido y ofrecido, y que uno había aceptado, no era lo que buscaba—. Ahora todo el mundo en ese pueblo que hay río abajo sabe que estoy aquí, como lo saben también en la mitad de las granjas que hay en kilómetros a la redonda. A mediodía, lo sabrá la otra mitad, y mañana, el siguiente pueblo, y más granjas. Las noticias se propagan despacio en invierno, sobre todo en este territorio. Saben que he hecho mi reclamación al trono, pero si gano el trono mañana o muero mañana puede que no se enteren hasta mediados de primavera, puede que hasta el verano. Pero hoy saben que Elayne Trakand está viva, que ha visitado el predio vestida con sedas y joyas y que ha convocado hombres bajo su bandera. La gente que vive a treinta kilómetros de aquí afirmará que me han visto y han tocado mi mano. Pocas personas pueden decir tal cosa sin hablar a favor de quienquiera que aseguran haber visto, y cuando se habla a favor de uno, se acaba apoyándolo. Hay hombres y mujeres en diecinueve lugares de Andor hablando de que vieron a la heredera del trono en esta última semana, y cada día el área que cubren esos comentarios se extiende como una mancha de tinta.

»Si tuviese tiempo, visitaría todos los pueblos de Andor. No influirá en lo que pase en Caemlyn, pero sí puede tener mucha importancia después de que gane. —No estaba dispuesta a admitir otra posibilidad que la de ganar. Sobre todo dado quién ocuparía el trono si ella fracasaba—. Casi todas las reinas de nuestra historia pasaron los primeros años de su mandato asegurándose el respaldo de la gente, Aviendha, y algunas nunca lo lograron, pero se avecinan tiempos más duros que los actuales. Puede que no disponga ni de un año antes de que necesite que todos los andoreños me respalden. No puedo esperar hasta que tenga el trono. Se aproximan tiempos muy duros, y tengo que estar preparada. Andor tiene que estar preparada, y conseguir que lo esté es mi obligación —finalizó firmemente.

—Creo que voy a aprender mucho de ti sobre ser una Sabia —dijo Aviendha, sonriendo y rozando la mejilla de Elayne.

Para su vergüenza, Elayne se puso roja como la grana. ¡Sentía las mejillas ardiendo! Quizá tener cambios de humor era peor que los mimos y cuidados. ¡Luz, y le aguardaban meses de lo mismo! No por primera vez, sintió una pizca de resentimiento contra Rand. Él era quien le había hecho esto —sí, de acuerdo, ella había contribuido; de hecho, lo había instigado a hacerlo, pero eso no tenía nada que ver—, lo había hecho y se había marchado con una sonrisa petulante. Vale, dudaba que fuera realmente petulante, pero podía imaginarlo todo muy bien. ¡Que se pasara

mareado una hora y a la siguiente estuviera lloroso, a ver si le gustaba! «¡No puedo pensar como es debido!», se dijo para sus adentros, irritada. Eso también era culpa de él.

Por fin las mozas de cuadra lograron calmar lo bastante a *Fogoso* y a *Siswai* para que las damas los montaran, y Aviendha subió a la silla desde el montadero de piedra con bastante más agilidad de la que había mostrado otrora, tras lo cual se arregló la voluminosa falda a fin de cubrirse las piernas todo lo posible. Seguía creyendo que sus piernas superaban a cualquier caballo, si bien se había convertido en una amazona aceptable. Con todo, aún tenía cierta propensión a denotar sorpresa cuando la montura obedecía sus órdenes. *Fogoso* intentó levantarse en las patas traseras cuando Elayne lo montó, pero ella lo refrenó con presteza y más brusquedad de lo que habría hecho normalmente. Sus cambios de humor la habían conducido a un repentino miedo por Rand, y ya que no podía garantizar su seguridad, al menos había un macho a mano al que obligaría a hacer lo que debía.

Seis de las mujeres de la guardia encabezaron la marcha calzada adelante desde la mansión, a paso lento, ya que la nieve no permitía otra cosa, en tanto que el resto de la escolta las seguía a Aviendha y a ella en columnas ordenadas; la mujer que cerraba la marcha conducía a los animales de carga. Los hombres del lugar marchaban detrás en una fila irregular, conduciendo su propio albardón, un animal peludo cargado con ollas y bultos e incluso media docena de pollos vivos. Unas cuantas aclamaciones los recibieron mientras pasaban por el pueblo de casas de tejados de bálago y por el puente de piedra que salvaba un serpenteante arroyo helado, así como vítores de «¡Elayne y el Lirio!», y «¡Trakand! ¡Trakand!» y ¡«Matherin en pie!». Pero vio a una mujer que lloraba en brazos de su esposo, y también lágrimas en la cara del hombre, y otra mujer que daba la espalda a los jinetes, gacha la cabeza, negándose incluso a mirar. Elayne confiaba en mandar de vuelta a casa a sus esposos e hijos. Apenas habría lucha en Caemlyn, a menos que ella cometiera un error garrafal, pero algo habría, y una vez que la Corona de la Rosa fuera suya le esperaban batallas. Al sur se encontraban los seanchan, y al norte Myrddraal y trollocs esperaban a ponerse en marcha para el Tarmon Gai'don. En los días venideros, Andor requeriría la sangre de hijos y esposos. ¡Maldición, no pensaba ponerse a llorar!

Al otro lado del puente la calzaba ascendía de nuevo en una pronunciada cuesta a través de pinos, abetos y cipreses, pero había poco menos de dos kilómetros de distancia al prado de montaña al que se dirigían. En la nieve que brillaba al sol matinal todavía se marcaban las huellas de los cascos procedentes del punto donde el acceso había dejado un profundo surco en el blanco manto. Podría haberse abierto más cerca de la casona, pero la posibilidad de que hubiese alguien en el lugar donde se abría el acceso siempre era un peligro.

El brillo del *Saidar* rodeó a Aviendha cuando entraron en el prado. Ella había

abierto el acceso allí desde la anterior parada la tarde del día de ayer, una casona de campo situada a ciento cincuenta kilómetros al norte, de modo que tejería el acceso de vuelta a Caemlyn; sin embargo, ver a Aviendha henchida de Poder dio que pensar a Elayne. La que hiciera el acceso para salir de Caemlyn siempre acababa tejiendo todos los demás hasta el regreso, ya que memorizaba el terreno de cada lugar que tocaba su acceso, pero en los cinco viajes realizados Aviendha había pedido hacer el primero. Quizá sólo quería practicar, tal como afirmaba, pero ella tenía poca más práctica que la Aiel, y por ello se le ocurrió otra posibilidad. Tal vez Aviendha intentaba evitar que encauzara, al menos en una medida considerable. Porque estaba embarazada. El tejido que las había convertido en hermanas de la misma madre no se habría podido realizar si cualquiera de las dos hubiera estado embarazada porque la criatura nonata habría compartido el vínculo, algo a lo que un feto no podía sobrevivir por no ser suficientemente fuerte para ello, pero a buen seguro que una de las Aes Sedai que estaban en palacio le habría advertido si fuera necesario evitar el encauzamiento durante el embarazo. Claro que muy pocas Aes Sedai habían tenido hijos. Quizá no lo sabían. Era consciente de que había muchas cosas que las Aes Sedai ignoraban por mucho que fingieran lo contrario de cara al resto del mundo —ella misma había aprovechado esa presunción de vez en cuando—, aunque resultaba muy raro que desconocieran algo tan importante para la mayoría de las mujeres. Era como si un pájaro supiera cómo comer cualquier semilla o grano excepto la cebada, algo supuestamente tan corriente; porque, si no sabía cómo comerla, ¿qué más cosas ignoraría? No obstante, las Sabias sí tenían hijos y no habían comentado nada al respecto...

De repente las preocupaciones sobre su bebé y encauzar y lo que las Aes Sedai sabrían o no fueron relegadas de su mente. Podía sentir a alguien encauzando *Saidar*. No a Aviendha, ni a nadie en las montañas circundantes ni a nadie que se encontrara cerca, ni mucho menos. Era a gran distancia, como un faro resplandeciente en lo alto de una cumbre en plena noche. Una cumbre muy, muy distante. No alcanzaba a imaginar la cantidad de Poder Único que se necesitaba para que pudiera percibirlo a tanta distancia. Todas las mujeres capaces de encauzar en el mundo debían de estar sintiéndolo. Y señalar exactamente en la dirección en donde estaba teniendo lugar. El faro se encontraba al oeste. Nada había cambiado en el vínculo con Rand, no habría podido precisar dónde estaba exactamente con un margen de doscientos kilómetros, pero de repente lo supo.

—Está en peligro —dijo—. Hemos de ir con él, Aviendha.

Aviendha se sacudió y dejó de mirar fijamente al oeste. El brillo seguía envolviéndola y Elayne percibió que había absorbido de la Fuente hasta el límite, pero mientras la Aiel se volvía hacia ella notó que la cantidad de *Saidar* que abrazaba empezaba a disminuir.

—No, Elayne, no debemos ir.

Estupefacta, Elayne se giró en la silla para mirarla de hito en hito.

—¿Quieres abandonarlo? ¿A eso? —Nadie podía manejar tanto *Saidar*, ni siquiera el círculo más fuerte, sin ayuda. Supuestamente existía un *sa'angreal* así, más grande que ningún otro creado jamás, y si lo que había oído sobre él era cierto, eso sí podría absorber tal cantidad. Quizá. Mas, por lo que tenía entendido, ninguna mujer podía utilizarlo y seguir viva; no sin el *ter'angreal* hecho a propósito, y que ella supiera nadie había visto tal herramienta. ¡Semejante cantidad de Poder Único podría arrasar cordilleras de un golpe! Ninguna hermana intentaría algo así salvo quizás una del Ajah Negro. O, peor aún, una de las Renegadas. Tal vez más de una. ¿Qué otra cosa podía ser si no? ¡Y Aviendha pretendía hacer caso omiso, simplemente, cuando no podía dejar de saber que Rand se encontraba allí!

Las mujeres de la guardia, ignorantes de lo que ocurría, aguardaban pacientemente en sus caballos sin dejar de vigilar la línea de árboles que rodeaba el prado y apenas preocupadas con eso tras su recepción en la mansión del predio, si bien Caseille las estaba observando a las dos con el entrecejo ligeramente fruncido tras las barras de la visera del yelmo. Sabía que nunca retrasaban la apertura de un acceso. Los hombres de la hacienda se habían agrupado alrededor del animal de carga y toqueteaban los bultos mientras discutían, aparentemente, si habían incluido tal o cual cosa. Aviendha acercó más su yegua gris al castrado negro de Elayne y habló en un tono bajo para que no la oyeran los demás.

—No sabemos nada, Elayne. Ni si está bailando las lanzas o si esto es algo distinto. Si baila las lanzas y aparecemos de repente, ¿nos atacará antes de saber quiénes somos? ¿Lo distraeremos porque no nos espera y daremos ocasión de que venzan sus enemigos? Si muere, descubriremos quién lo mató y acabaremos con ellos, pero si nos reunimos con él ahora iremos a ciegas, y podemos ocasionar un desastre.

—Podríamos hacerlo con cuidado —sugirió, desabrida, Elayne. La irritaba estar así y además demostrarlo, pero sobrellevar sus cambios de humor y tratar de que no la dominaran por completo era lo único que se sentía capaz de hacer—. No tenemos que Viajar al punto exacto. —Tocó su escarcela, donde guardaba la pequeña talla de marfil que representaba una mujer sentada, y miró de manera significativa el broche de ámbar de su hermana—. Luz, Aviendha, tenemos *angreal* y ni tú ni yo estamos precisamente indefensas. —Luz, qué petulantes sonaban sus palabras. Sabía perfectamente que las dos juntas, con *angreal* y todo, serían como moscas combatiendo un fuego contra lo que podía percibir, pero aun así una picadura de mosca en el momento oportuno podía servir de algo—. Y no me vengas con que pondré en peligro al bebé. Min dijo que nacería fuerte y sano. Tú misma me lo contaste. Eso significa que viviré al menos lo suficiente para que mi hija nazca. —

Esperaba que fuera una niña.

Fogoso eligió ese momento para lanzar un mordisco a la yegua gris, y *Siswai* le respondió de igual modo, y durante unos instante Elayne estuvo ocupada en controlar al castrado, en evitar que Aviendha acabara en el suelo y en decir a Caseille que no necesitaban ayuda, y para cuando el asunto hubo acabado ya no estaba irascible. Sintió el impulso de atizar un puñetazo a *Fogoso* entre las orejas.

Aparte de hacer que el animal obedeciera, Aviendha se comportaba como si no hubiese ocurrido nada en absoluto. Su rostro enmarcado por el oscuro chal tenía un ligero ceño de incertidumbre, pero esa incertidumbre no tenía nada que ver con la montura.

—Te he hablado de los anillos en Rhuidean —empezó lentamente, y Elayne asintió con un cabeceo impaciente. Cualquier mujer que quisiera convertirse en Sabia había de pasar a través de un *ter'angreal* antes de iniciar su enseñanza. Era algo semejante al *ter'angreal* utilizado con las novicias en la prueba para ascender a Aceptada en la Torre Blanca, excepto porque en el del Yermo una mujer veía toda su vida. Todas sus posibles vidas, en realidad pues, cada decisión la hacía diferente, un abanico infinito de vidas basadas en elecciones distintas—. Nadie lo recuerda todo, Elayne, sólo fragmentos aislados. Yo supe que amaría a Rand al'Thor... —Aún había ocasiones en las que utilizar sólo su primer nombre delante de otros la hacía sentirse incómoda—. Y que encontraría hermanas conyugales. En la mayoría de las cosas lo único que uno retiene es una vaga impresión de ellas, en el mejor de los casos. A veces un atisbo de advertencia. Creo que si nos reunimos con él ahora ocurrirá algo muy malo. Quizás una de nosotras morirá, o tal vez ambas a despecho de lo que dijo Min. —Que pronunciara el nombre de Min sin titubear daba idea de su preocupación. No la conocía muy bien y por lo general se refería a ella como Min Farshaw—. Quizá muera él. Quizás ocurra cualquier otra cosa. No lo sé con seguridad. Puede que todas sobrevivamos y cuando nos reunamos con él nos sentemos alrededor de una lumbre mientras se asan pecaras, pero hay un indicio de advertencia en mi mente.

Elayne abrió la boca, furiosa. Entonces volvió a cerrarla mientras la ira desaparecía como agua escapando por un agujero, y sus hombros se encorvaron. Quizás el barrunto de Aviendha era cierto y quizá no, pero el hecho era que sus argumentos habían sido buenos desde el principio. El desconocimiento implicaba un gran riesgo, y correrlo podría llevar al desastre. El faro irradiaba con mayor intensidad. Y él estaba allí, exactamente en el faro. No era el vínculo el que se lo indicaba; tan lejos no, pero lo sabía. Y también sabía que debía dejar que cuidara de sí mismo mientras ella se ocupaba de Andor.

—No tengo nada que enseñarte sobre el hecho de ser una Sabia, Aviendha —dijo en voz queda—. Ya eres mucho más sabia que yo. Por no mencionar más valerosa y más prudente. Volvemos a Caemlyn.

Aviendha se sonrojó levemente por las alabanzas —a veces podía ser muy sensible—, pero abrió el acceso sin pérdida de tiempo, una vista rotatoria de uno de los establos del Palacio Real que se ensanchó hasta formar un agujero en el aire, por el que cayó la nieve del prado sobre los adoquines limpios sin importar que estuvieran a casi quinientos kilómetros. La percepción de Birgitte, en algún lugar de palacio, surgió repentinamente en la mente de Elayne. Birgitte tenía jaqueca y el estómago revuelto, trastornos que últimamente eran frecuentes pero que encajaban perfectamente con el estado de ánimo de Elayne.

«Debo dejar que cuide de sí mismo», pensó mientras cruzaba el acceso. Luz, ¿cada cuánto pensaba eso? Daba igual. Rand era el amor de su vida y la alegría de su corazón, pero Andor era su deber.

11. Hablar de deudas

La posición del acceso era tal que Elayne pareció salir de un agujero en el muro que daba a la calle e ir a parar a un cuadrado que, por cuestión de seguridad, estaba señalado con barriles llenos de arena colocados sobre los adoquines. Cosa extraña, no percibió a una sola mujer encauzando en el palacio aunque en él se albergaban más de ciento cincuenta con la habilidad. Algunas estarían apostadas en las murallas exteriores de la ciudad, por supuesto, demasiado lejos para que ella sintiera nada que no fuese un círculo coligado, y unas cuantas se hallarían fuera de la urbe; no obstante, en palacio casi siempre había alguien usando el *Saidar*, ya fuera tratando de obligar a una de las *sul'dam* cautivas que admitiera que realmente podía ver los tejidos de Poder Único o simplemente para alisar las arrugas de un chal sin tener que calentar una plancha. Pero esa mañana no se notaba nada. La arrogancia de las Detectoras de Vientos igualaba la peor demostrada por cualquier Aes Sedai, pero incluso eso tendría que haber quedado aplastado por lo que debían de estar percibiendo. Elayne tenía la sensación de que si subía a la ventana más alta alcanzaría a ver los tejidos de aquel inmenso faro, aun cuando se encontraba a cientos de leguas. Se sentía como una hormiga que acabara de ser consciente de las montañas, una hormiga comparando la Columna Vertebral del Mundo con las colinas que siempre la habían apabullado. Sí, incluso las Detectoras de Vientos tenían que sentirse insignificantes ante aquello.

Ubicadas en el ala oriental de palacio y encaradas al norte y al sur por establos de dos pisos de altura y de pura piedra blanca, las Cuadras Reales estaban destinadas tradicionalmente a los caballos y carruajes personales de la soberana, y Elayne había dudado en utilizarlas antes de que se reconociera como suyo el Trono del León. Los pasos que llevaban al solio eran tan delicados como cualquier danza cortesana, y si esa danza llegaba a semejar a veces una reyerta de taberna, todavía había que dar los pasos con gracia y precisión a fin de alcanzar la meta marcada. Hacer uso de los servicios inherentes al cargo antes de confirmarse el nombramiento les había costado a algunas mujeres su posibilidad de gobernar. Al final, había decidido que no era una transgresión que la hiciera parecer arrogante en exceso. Además, el edificio de las Cuadras Reales era relativamente pequeño y no se le daba otro uso. Allí había menos personas a las que mantener alejadas de la apertura de un acceso. De hecho, cuando entró a través de él, el patio de adoquines se encontraba vacío salvo por un mozo de cuadra con la chaqueta roja, que estaba en una de las puertas en arco del establo y se volvió para gritar algo hacia el interior; varias docenas más salieron mientras ella conducía a *Fogoso* lejos del espacio cuadrado marcado con barriles. Después de todo, podría haber regresado con un séquito de poderosos lores y ladys o quizás era que ellos esperaban que fuera así.

Caseille condujo a las mujeres de la guardia por el acceso y ordenó a la mayoría

que desmontara y se ocupara de sus monturas. Ella y otras seis mujeres siguieron a lomos de los animales, vigilando más allá de las cabezas de las personas que iban a pie. Aun allí, Caseille no la dejaría sin protección. Particularmente allí, donde había corrido más peligro que en cualquier casona de campo que había visitado. Los hombres de Matherin se quedaron por los alrededores, estorbando a mozos de cuadra y guardias por igual mientras contemplaban boquiabiertos las balconadas y las columnatas de piedra blanca que se asomaban al patio, y las esbeltas torres y las cúpulas doradas que se veían detrás. Parecía que hacía menos frío que en las montañas —frenarlo para que no la tocara, hasta donde podía actualmente, no la hacía completamente ajena a notar los cambios—, pero tanto personas como animales seguían echando nubecillas de vaho al respirar. El olor a estiércol de caballo era intenso tras el límpido aire de la montaña. Un baño caliente delante de un chisporroteante fuego sería bienvenido. Después tendría que sumergirse de nuevo en la tarea de asegurarse el trono, pero ahora mismo una larga remojada sería lo ideal.

Un par de mozos se acercaron corriendo a *Fogoso*. Uno cogió la brida tras hacer una rápida reverencia a Elayne, más preocupado por conseguir que el alto castrado no estorbara a Elayne mientras desmontaba que de rendirle pleitesía, y el otro hizo la reverencia y se quedó inclinado, unidas las manos a modo de estribo para Elayne. Ninguno dedicó más que una ojeada al prado de montaña nevado que se veía donde normalmente habría un muro de piedra. A esas alturas los trabajadores de los establos ya se habían acostumbrado a los accesos. Elayne había oído que conseguían bebidas gratis en las tabernas alardeando de cuán a menudo veían utilizar el Poder y de las cosas que supuestamente habían visto hacer con él. Elayne podía imaginar lo que parecerían esas historias para cuando llegaran a oídos de Arymilla. Disfrutaba mucho con la idea de que esa mujer se mordiera las uñas.

No bien acababa de plantar el pie en el pavimento cuando la rodeó un grupo de mujeres de la guardia con los sombreros carmesí de blancas plumas pegadas a las anchas alas, y los tahalíes rojos ribeteados con puntilla y adornados con un León Blanco bordado, que cruzaban en bandolera los bruñidos petos. Caseille esperó hasta ese momento para conducir al resto de la escolta a los establos. Los reemplazos se mostraban igual de alertas, con los ojos vigilando en todas direcciones, las manos suspendidas cerca de las empuñaduras de las espadas, a excepción de Deni, una mujer ancha de cara plácida que portaba un largo garrote reforzado con bronce. Sólo eran nueve —«Sólo», pensó amargamente Elayne. «¡Sólo necesito nueve guardias en el Palacio Real!»—, pero todas eran expertas con la espada. Las mujeres metidas en el «comercio de la espada», como lo denominaba Caseille, tenían que ser buenas o, en caso contrario, antes o después las mataba algún tipo cuya única ventaja era la fuerza bruta suficiente para derribarla. Deni no tenía la menor habilidad con una espada, pero los pocos hombres que habían puesto a prueba su garrote lo habían lamentado. A

despecho de su corpulencia, Deni era rápida y no tenía idea de lo que era una lucha limpia; ni de práctica, dicho fuera de paso.

Rasoria, la fornida subteniente a cargo, pareció aliviada cuando los mozos se llevaron a *Fogoso*. Si las mujeres de la escolta de Elayne hubieran hecho las cosas como querían, no habrían permitido que nadie se le acercase a menos de un metro, salvo ellas mismas. Bueno, quizá no era tan exagerado, pero miraban con desconfianza a casi todo el mundo exceptuando a Birgitte y a Aviendha. Rasoria, una teariana a pesar de sus ojos azules y su cabello rubio, que llevaba corto, era de las peores respecto a eso; había insistido incluso en vigilar a las cocineras que preparaban la comida a Elayne y probar todo antes de servírselo. Elayne no había protestado por excesivo que pudiera parecer. Una experiencia con una droga mezclada en vino era más que suficiente, aun cuando supiera que viviría lo bastante para dar a luz a su bebé. Pero no era la desconfianza de su guardia ni la necesidad de aquélla lo que le había hecho poner tensa la boca. Era Birgitte, que se abría paso entre la gente que abarrotaba el patio, pero no en su dirección.

Aviendha fue la última en salir por el acceso, desde luego, tras asegurarse de que todo el mundo había pasado, y antes de que lo hubiera hecho desaparecer en un abrir y cerrar de ojos Elayne se encaminó hacia ella, echando a andar tan de repente que su escolta tuvo que saltar para mantener el anillo protector a su alrededor. Por rápido que se movió, sin embargo, Birgitte, con la gruesa coleta llegándole hasta la cintura, llegó antes allí y ayudó a Aviendha a desmontar y entregó las riendas de la yegua a un mozo de cara alargada que parecía casi tan zanquilargo como *Siswai*. Aviendha siempre tenía más dificultades para bajar de un caballo que para montar, pero Birgitte tenía algo más en la cabeza que prestarle ayuda. Elayne y su escolta llegaron justo a tiempo de oír cómo le decía a Aviendha en voz baja y apurada:

—¿Se tomó la leche de cabra? ¿Durmió lo suficiente? ¿Se siente...? —Dejó la frase sin terminar y respiró hondo antes de volverse a mirar a Elayne, que aparentaba calma, y sin sorprenderse de verla allí mismo. El vínculo funcionaba en ambos sentidos.

Birgitte no era grande, aunque parecía más alta que Elayne por los tacones de sus botas, tanto como Aviendha, pero por lo general tenía una gran presencia que quedaba aún más resaltada por el uniforme de capitán general de la Guardia Real, una chaqueta corta de color rojo con un cuello alto en blanco, cuatro nudos dorados en la hombrera izquierda y cuatro bandas doradas en los dos puños. Después de todo era Birgitte Arco de Plata, una heroína de leyenda, si bien ella afirmaba que esas historias estaban muy hinchadas cuando no eran invenciones. Con todo, seguía siendo la misma mujer que había realizado todas las cosas que conformaban el corazón de esas leyendas, y algunas más. Ahora, a despecho de su aparente compostura, la inquietud tiñó su preocupación por Elayne, que transmitía a través del vínculo junto con su

jaqueca y su acidez de estómago. Sabía muy bien que Elayne detestaba que la controlaran a su espalda. Ése no era el único motivo de la irritación de Elayne, pero el vínculo comunicaba a Birgitte cuán enojada estaba.

Aviendha se quitó el chal de la cabeza tranquilamente y se lo echó sobre los hombros tratando de dar la imagen de una mujer que no había hecho nada reprochable y que en absoluto tenía nada que ver con cualquier otra persona que sí lo hubiese hecho. Lo habría logrado de no ser porque abrió en exceso los ojos para agregar un toque de inocencia. En ciertos aspectos Birgitte ejercía mala influencia sobre ella.

—Me tomé la leche de cabra —dijo Elayne con voz inexpresiva, muy consciente de que las mujeres de la guardia las rodeaban a las tres aunque miraban hacia afuera, paseando la vista por el patio, las balconadas, los tejados; a buen seguro que casi todas estaban escuchando—. He dormido suficiente. ¿Hay alguna otra cosa que quieras *preguntarme*? —El énfasis en la última palabra hizo que las mejillas de Aviendha enrojecieran ligeramente.

—Creo que tengo todas las respuestas que necesito de momento —repuso Birgitte sin el menor asomo del rubor que Elayne esperaba ver en ella. La mujer sabía muy bien que estaba cansada, sabía que tenía que estar mintiendo respecto a lo de dormir suficiente.

Indiscutiblemente, el vínculo resulta un inconveniente en ocasiones. Ella sólo había tomado media copa de vino aguado la noche anterior, pero ya empezaba a padecer la jaqueca por la resaca y la acidez de estómago que tenía Birgitte. Ninguna de las Aes Sedai con las que había hablado sobre el vínculo había mencionado nada por el estilo, pero Birgitte y ella eran reflejo la una de la otra, tanto física como anímicamente, demasiado a menudo. Lo último presentaba verdaderos problemas, considerando que su estado de ánimo era un continuo vaivén. En cuanto a lo físico, a veces se las arreglaba para no dejar que la afectara o para frenarlo, pero ese día sabía que iba a tener que sufrirlo hasta que se Curara a Birgitte. Creía que el hecho de que experimentaran ese reflejo se debía a que las dos eran mujeres. No se sabía de nadie que hubiese vinculado a otra mujer. Un Guardián era un varón, tan seguro como que un toro era macho. Todo el mundo lo sabía, y no había mucha gente que se parara a pensar que cualquier cosa que «sabía todo el mundo» merecía examinarse con detenimiento.

Verse sorprendida en una mentira, cuando intentaba seguir la orden de Egwene de vivir como si ya hubiese prestado los Tres Juramentos, hizo que Elayne se pusiera a la defensiva, lo que a su vez la llevó a hablar con brusquedad.

—¿Ha vuelto Dyelin?

—No —repuso con igual sequedad Birgitte, y Elayne suspiró.

Dyelin llevaba días ausente de la ciudad, desde antes de que apareciera el ejército

de Arymilla. Se había llevado a Reanne Corly para que hiciera accesos y apresurara el Viaje, y era mucho lo que dependía de su regreso. De las noticias que trajera. O de si traía algo más que noticias.

Elegir quién sería reina de Andor era bastante sencillo, si se reducía a lo esencial. Había más de cuatrocientas casas en el reino, pero sólo diecinueve eran lo bastante fuertes para que otras siguieran su liderazgo. Por lo habitual, las diecinueve —o la mayoría— respaldaban a la heredera del trono a menos que ésta fuera obviamente incompetente. La casa Mantear había perdido el trono ante la casa Trakand al morir Mordrellen porque Tigraine, la heredera del trono, había desaparecido, y en Mantear sólo quedaban hijos varones. Y porque Morgase Trakand había logrado el respaldo de trece casas. Sólo era necesario el de diez de las diecinueve para ascender al trono, según ley y tradición. Incluso las aspirantes que seguían pensando que el trono debería ser suyo acababan por lo general uniéndose al resto o, al menos, guardaban silencio y renunciaban a su pretensión una vez que otra mujer tenía diez casas que la respaldaban.

Las cosas ya pintaban mal cuando tenía tres rivales declaradas, pero ahora Naean y Elenia se habían unido en apoyo de Arymilla Marne, nada menos, la aspirante con menos posibilidades de las tres, y ello significaba que Elayne contaba con dos casas —dos lo bastante importantes para tener peso, pues Matherin y esas otras dieciocho que había visitado eran demasiado pequeñas—: la suya propia, Trakand, y la casa Taravin de Dyelin, en contra de seis. Oh, sí, Dyelin insistía en que Carand, Coelan y Renshar se unirían a ella, además de Norwelyn, Pendar y Traemane, pero las tres primeras querían a la propia Dyelin en el trono y las otras tres parecían haber entrado en hibernación. Sin embargo, Dyelin se mantenía firme en su lealtad e incansable en su labor a favor de Elayne. Persistía en su opinión de que a algunas de las casas que no se pronunciaban se las podía convencer para que la respaldaran. Ni que decir tiene que Elayne no podía abordarlas directamente, pero Dyelin sí. Y ahora la situación rayaba en la gravedad. Seis casas apoyaban a Arymilla, y sólo una necia pensaría que ésta no había enviado mediadores para tantear a las demás. O que algunas podrían prestarle oídos porque ya contaba con seis.

Pese a que Caseille y sus guardias habían abandonado el patio, Elayne y las otras tuvieron que abrirse paso entre el gentío, pues los hombres de Matherin por fin habían desmontado y tenían organizado un alboroto. Las alabardas iban a parar al suelo mientras intentaban descargar el albardón en el patio, para luego recogerlas y volver a dejarlas caer. Uno de los chicos perseguía a una gallina que a saber cómo se había soltado y se escabullía entre las patas de los caballos, en tanto que uno de los hombres mayores lanzaba gritos de ánimo, si bien no quedaba claro si era al chico o a la gallina. Un alférez de rostro apergaminado y con un mínimo cerquillo de pelo blanco, que vestía una chaqueta de un tono rojo desvaído y demasiado ajustada sobre

el vientre, trataba de restablecer el orden con la ayuda de otro guardia no mucho más joven que él; a buen seguro que los dos se habían reincorporado dejando su jubilación, al igual que habían hecho muchos. Pero otro de los chicos parecía a punto de conducir su peluda montura al propio palacio, y Birgitte tuvo que ordenarle que se quitara de en medio para que Elayne pudiera pasar. El muchacho, un chaval con pelusilla en las mejillas que no podía tener más de catorce años, miró a Birgitte tan boquiabierto como había contemplado el palacio. Sin duda la arquera resultaba mucho más pintoresca con su uniforme que la heredera del trono con el traje de montar, además de que a la heredera del trono ya la había visto. Rasoria lo apartó de un empujón hacia el viejo alférez mientras sacudía la cabeza.

—No tengo puñetera idea de qué hacer con ellos —rezongó Birgitte al tiempo que una doncella con el uniforme rojo y blanco recogía la capa y los guantes de Elayne en el pequeño vestíbulo de entrada. Pequeño en función del Palacio Real. Con lámparas de pie doradas titilando entre las blancas y estrechas columnas estriadas, era un cincuenta por ciento más grande que el vestíbulo principal de Matherin, si bien el techo no era tan alto. Otra doncella con el León Blanco en el lado izquierdo de la pechera del uniforme, una muchacha que no sería mucho mayor que el chico que había intentado meter el caballo allí, le tendió una bandeja de plata tallada a semejanza de cuerdas entretejidas, con copas altas llenas de vino caliente con especias antes de que los ceños simultáneos de Aviendha y Birgitte la hicieran recular intimidada—. Los condenados chicos se quedan dormidos si están de guardia —continuó Birgitte sin dejar de mirar ceñuda a la criada que se alejaba—. Los viejos se mantienen despiertos, pero la mitad no recuerda qué mierda tiene que hacer si ve a alguien intentando escalar la puñetera muralla, y la otra mitad ni al completo podría rechazar a seis pastores con un perro.

Aviendha miró a Elayne con una ceja enarcada y asintió.

—No están aquí para luchar —les recordó Elayne mientras echaban a andar por un corredor de baldosas azules jalonado por lámparas de pie y arcones trabajados con incrustaciones, con Birgitte y Aviendha flanqueándola y las guardias repartidas unos cuantos pasos delante y detrás. «Luz, ¡tendría que haber tomado el vino!», pensó. La cabeza le martilleaba al mismo ritmo que la de Birgitte, y se frotó las sienes al tiempo que se preguntaba si debería ordenar a su Guardián que fuera a que la Curaran de inmediato.

Pero Birgitte tenía otras ideas. Miró a Rasoria y las que iban delante con ella, y después miró por encima del hombro e hizo una seña a las que venían detrás para que se separaran un poco más. Qué extraño. Ella había elegido a todas las mujeres de la Guardia y confiaba en ellas. Aun así, cuando habló lo hizo en un susurro apresurado y acercando la cabeza a Elayne.

—Ocurrió algo justo antes de que volvieras. Le estaba pidiendo a Sumeko que me

Curara antes de tu regreso y de repente se desmayó. Se le pusieron los ojos en blanco y se fue al suelo. Y no ha sido la única. Nadie admitirá una maldita cosa, a mí al menos, pero las otras Allegadas que he visto están casi muertas de miedo, y también las Detectoras de Vientos. Ninguna de ellas podría escupir aunque tuviera que hacerlo. Regresaste antes de que pudiera encontrar a una hermana, pero sospecho que cualquiera de ellas también me habría respondido con una mirada más vacía que la de un besugo. Sin embargo, a ti te lo dirán.

El palacio necesitaba la población de un pueblo grande para que funcionaran las cosas, y los sirvientes empezaban a aparecer, hombres y mujeres de uniforme que se movían presurosos por los pasillos, se pegaban contra las paredes o se metían en los pasillos laterales para dejar espacio a la escolta de Elayne, de modo que ésta explicó lo poco que sabía en un tono igualmente bajo y resumiendo todo lo posible. No le importaba que algunos rumores llegaran a las calles e, inevitablemente, a Arymilla, pero los cuentos sobre Rand podían ser tan malos como los que se referían a los Renegados para cuando hubieran pasado por unas cuantas versiones distorsionadas. Peores, en cierto modo. Nadie creería que los Renegados intentaban sentarla en el trono como una marioneta.

—En cualquier caso —finalizó—, no tiene nada que ver con nosotros y lo que pasa aquí.

Creyó que había hablado de un modo convincente, muy frío y objetivo, pero Aviendha alargó la mano para apretar la suya, lo que para una Aiel era tanto como un abrazo confortador habiendo gente a la vista, y la compasión de Birgitte fluyó a través del vínculo. Era más que conmiseración; era el sentimiento compartido de una mujer que ya había sufrido la pérdida que ella temía y más. Gaidal Cain estaba perdido para Birgitte tan seguro como si estuviera muerto y, por si fuese poco, los recuerdos de las vidas pasadas de la mujer se estaban borrando. Casi no se acordaba claramente de nada ocurrido antes de la fundación de la Torre Blanca, y de eso no todo. Algunas noches, el miedo de que Gaidal se desvaneciese también de su memoria, de que perdiera todo recuerdo de haberlo conocido y amado, la dejaba en vela hasta que bebía tanto brandy como podía tragar. Ésa era una pobre solución y Elayne habría querido poder darle otra mejor, pero sabía que sus propios recuerdos de Rand sólo morirían con ella y no imaginaba el horror de saber que esos recuerdos podrían abandonarla. Aun así, confiaba en que alguien Curara la resaca a Birgitte enseguida, antes de que la cabeza le estallara como un melón pasado. Su habilidad con la Curación no llegaba a tanto y Aviendha no era mejor.

A despecho de la emoción que percibía en Birgitte, ésta mantuvo el semblante sereno e indiferente.

—Los Renegados —masculló en tono seco. Y quedo. No era un término para andar pronunciándolo alegremente—. Bien, mientras no tenga nada que ver con

nosotras, me trae al fresco. —Un gruñido que supuestamente era una risa delató su mentira. Claro que, aunque Birgitte dijera que nunca había sido soldado sí tenía el punto de vista de uno. Por lo general un soldado sólo podía esperar obstáculos y complicaciones, pero aun así tenía que hacer su trabajo—. Me pregunto qué pensarán sobre eso —añadió mientras señalaba con la cabeza a cuatro Aes Sedai que acababan de salir de un corredor transversal, pasillo abajo.

Vandene, Merilille, Sareitha y Careane llevaban juntas las cabezas mientras caminaban o, más bien, las tres últimas iban apiñadas alrededor de Vandene, inclinadas hacia ella y hablando a la par que hacían gestos urgentes de manera que los flecos de los chales se mecían. Vandene caminaba lentamente como si estuviera sola, sin prestarles la menor atención. Siempre había sido delgada, pero el largo vestido verde, con flores bordadas en las mangas y los hombros, le colgaba suelto como si se hubiese confeccionado para una mujer más corpulenta, y el cabello blanco recogido en la nuca parecía necesitar un cepillado. Su expresión era sombría, pero eso quizá no tuviera nada que ver con lo que quiera que le decían las otras hermanas. Había estado así desde el asesinato de su hermana. Elayne habría apostado a que aquel vestido era de Adeleas. Desde el asesinato, Vandene se ponía los vestidos de su hermana con más frecuencia que los suyos. Aunque eso no explicaba que le quedara grande la ropa. Las dos mujeres habían tenido la misma talla, pero el apetito de Vandene había muerto con su hermana. Su gusto por la mayoría de las cosas parecía haber muerto en aquel momento.

Sareitha, una Marrón cuyo rostro oscuro y cuadrado no tenía aún el aire intemporal, vio a Elayne justo en ese momento y puso una mano en el brazo de Vandene como para conducirla hacia el pasillo. Vandene se sacudió la mano de la teariana y siguió caminando sin dirigir más que una mirada de pasada a Elayne y desapareció por el corredor lateral. Dos mujeres con las ropas blancas de novicias, que habían ido siguiendo a las otras a una distancia respetuosa, hicieron unas rápidas reverencias a las otras hermanas y fueron presurosas en pos de Vandene. Merilille, una mujer menuda con un vestido gris oscuro que hacía que su pálida tez cairhienina semejara marfil, las miró como si fuera a seguirlas. Careane se ajustó el chal de flecos verdes sobre unos hombros más anchos que los de muchos hombres e intercambió unas palabras quedas con Sareitha. Las dos se volvieron para recibir a Elayne, que se acercaba, e hicieron reverencias casi tan pronunciadas como las que las novicias les habían dedicado a ellas. Merilille reparó en las guardias y parpadeó; después se fijó en Elayne y dio un respingo. Su reverencia igualó la de las novicias.

Merilille llevaba el chal hacía más de cien años; Careane, más de cincuenta, e incluso Sareitha lo había llevado más tiempo que Elayne Trakand, pero la posición entre las Aes Sedai iba pareja con la fuerza en el Poder y ninguna de las tres era más que medianamente fuerte entre las hermanas. A los ojos de las Aes Sedai, la fuerza

incrementada daba, si no más sabiduría, al menos sí más peso a las opiniones. Con distancia suficiente, esas opiniones se convertían en órdenes. A veces Elayne pensaba que el modo de las Allegadas era mejor.

—No sé lo que es —dijo antes de que cualquiera de las otras Aes Sedai tuviera ocasión de hablar—, pero no podemos hacer nada al respecto, así que lo mejor sería dejar de preocuparnos. Tenemos bastantes cosas ya para empezar a intranquilizarnos por otras en las que no podemos influir.

Rasoria volvió la cabeza a medias, fruncido el entrecejo y preguntándose obviamente qué se había perdido, pero las palabras mitigaron la ansiedad en los oscuros ojos de Sareitha. Tal vez no en el resto de su persona, ya que sus manos se movían como si quisieran alisar la falda marrón, pero aun así estaba dispuesta a dejarse guiar por una hermana de posición tan prominente como Elayne. A veces tenía ventajas encontrarse lo bastante alto para acallar objeciones con una frase. Careane ya había recobrado la serenidad, si es que la había perdido en algún momento. La calma encajaba bien con ella a pesar de que por su aspecto más parecía una conductora de carretas que una Aes Sedai, a despecho de sus ropas de seda y su semblante cobrizo e intemporal. Claro que las Verdes, por lo general, estaban hechas de paño más duro que las Marrones. El aspecto de Merilille no era en absoluto sereno. Los ojos desorbitados y los labios entreabiertos la hacían parecer sobresaltada. Aunque eso era habitual en ella.

Elayne siguió corredor adelante confiando en que las tres volvieran a sus asuntos, pero Merilille se puso al lado de Birgitte. De las tres, la Gris tendría que haber tomado la iniciativa, pero había desarrollado una tendencia a esperar a que alguien le dijera qué hacer, y se apartó sin pronunciar palabra cuando Sareitha le pidió educadamente a Birgitte que le hiciera sitio. Las hermanas eran indefectiblemente corteses con ella cuando actuaba como capitán general, pero en cambio intentaban pasarla por alto en su papel de Guardián. Aviendha no recibió un trato tan civilizado por parte de Careane, que se abrió hueco a codazos entre ella y Elayne. Cualquiera que no se hubiera adiestrado en la Torre Blanca era una espontánea por definición, y Careane despreciaba a las espontáneas. Aviendha apretó los labios aunque no desenvainó su cuchillo y ni siquiera hizo intención, por lo que Elayne dio las gracias para sus adentros. Su hermana primera podía ser... precipitada en ocasiones. Aunque, pensándolo bien, en ese momento habría disculpado un pequeño pronto de Aviendha. La tradición impedía ser grosera con otra Aes Sedai en cualquier circunstancia, pero Aviendha podría haber enseñado los dientes y enarbolado su cuchillo para regocijo de su corazón. Quizás eso habría bastado para que las tres se marcharan aunque hechas un manojo de nervios. Careane no pareció advertir la fría mirada de los ojos verdes, que tomaron nota de ella.

—Le dije a Merilille y a Sareitha que era algo sobre lo que no podíamos hacer

nada —empezó tranquilamente Careane—. Pero ¿no deberíamos prepararnos para huir si se aproxima? No es vergonzoso huir de eso. Aun coligadas, seríamos como polillas combatiendo un incendio forestal. Vandene no quiso escucharnos.

—Realmente deberíamos pensar en hacer algunos preparativos, Elayne —murmuró Sareitha con aire abstraído, como si estuviese haciendo listas mentalmente—. Cuando no se hacen planes es cuando una querría haberlos hecho. Hay varios volúmenes en la biblioteca, aquí, que no se pueden dejar. Creo que algunos ni siquiera los tiene la biblioteca de la Torre.

—Sí. —La voz de Merilille sonaba entrecortada y denotaba tanta ansiedad como sus grandes ojos oscuros—. Sí, realmente deberíamos estar preparadas para marcharnos. Quizá... Quizá no deberíamos esperar. Marcharnos por necesidad no sería violar nuestro acuerdo. Estoy segura de que no. —Sólo Birgitte la miró, pero ella se encogió.

—Si nos vamos —dijo Careane como si Merilille no hubiese hablado—, tendremos que llevarnos a todas las Allegadas. Si dejamos que se dispersen, sólo la Luz sabe qué harán o cuándo volveremos a cogerlas, sobre todo ahora que algunas han aprendido a Viajar. —No había acritud en su tono, aunque sólo Elayne entre las hermanas de palacio sabía Viajar. Parecía que para Careane tenía importancia el hecho de que las Emparentadas hubiesen empezado en la Torre Blanca, aunque a la mayoría las habían echado y unas pocas habían huido. Ella misma había identificado nada menos que a cuatro, incluida una fugada. Al menos no eran espontáneas.

Sin embargo, Sareitha apretó los labios. Para ella sí tenía importancia que varias Allegadas pudieran tejer accesos; y la idea que tenía de ellas difería mucho de lo que pensaba Careane. Normalmente limitaba sus objeciones a algún ceño que otro o una mueca desdeñosa, ya que Elayne había dejado muy claro su punto de vista, pero el estrés de la mañana parecía haberle soltado la lengua.

—Por supuesto que hemos de llevárnoslas —dijo en tono cortante—, o de otro modo se pondrán a afirmar que son Aes Sedai tan pronto como las perdamos de vista. ¡Cualquier mujer que asegure que la echaron de la Torre hace más de trescientos años alegará cualquier cosa! Habría que tenerlas estrechamente vigiladas, si quieres saber mi opinión, en lugar de dejarlas ir por ahí libremente, a su antojo, sobre todo a las que pueden Viajar. Puede que hayan ido a donde les has mandado y han vuelto hasta ahora, Elayne, pero ¿cuánto tiempo pasará antes de que una de ellas no regrese? Ten en cuenta mis palabras: cuando una de ellas escape, otras la seguirán y nos encontraremos con un buen lío entre manos del que nunca nos libraremos.

—No hay razón para que vayamos a ninguna parte —replicó firmemente Elayne, tanto por las guardias como por las hermanas. Aquel lejano faro seguía en el mismo sitio donde lo había percibido por primera vez y, si se movía, no había razón para que lo hiciera en dirección a Caemlyn y mucho menos para llegar allí, pero un rumor de

que las Aes Sedai planeaban huir podría bastar para provocar una estampida, multitudes peleando con uñas y dientes para llegar a las puertas y escapar de lo que quiera que asustara a las Aes Sedai. Un ejército saqueando la ciudad no ocasionaría tantas bajas. ¡Y esas tres parloteaban del tema como si no hubiese nadie oyéndolas salvo las colgaduras de las paredes! Merilille tenía cierta excusa, pero no las otras.

—Nos quedaremos aquí, como ordenó la Sede Amyrlin, hasta que ella ordene lo contrario —añadió—. Las Allegadas seguirán recibiendo un trato cortés hasta que se les dé la bienvenida a la Torre, y ésa también es una orden de la Amyrlin, como muy bien sabéis. Y seguiréis enseñando a las Detectoras de Vientos y haciendo vuestra vida, como deberían unas Aes Sedai. Se supone que nos ocupamos de calmar los miedos de la gente, no esparcir a los cuatro vientos habladurías sin sentido que desaten el pánico.

Bien, quizás había hablado con algo de excesiva firmeza. Sareitha bajó la vista a las baldosas como una novicia a la que se ha reconvenido. Merilille volvió a encogerse al oír mencionar a las Detectoras de Vientos, pero eso era de esperar. Las otras impartían lecciones, pero las mujeres de los Marinos tenían a Merilille tan sujeta como a sus aprendizas. Dormía en sus aposentos y normalmente no se la veía sin ir acompañada por dos o tres de ellas, o, mejor dicho, ella siguiéndolas sumisamente. Se negaban a aceptar otra actitud que la de sumisión por su parte.

—Por supuesto, Elayne —se apresuró a decir Careane—. Por supuesto. Ninguna de nosotras osaría sugerir que desobedezcamos a la Amyrlin. —Con aire dubitativo, se ajustó el chal de flecos verdes sobre los brazos, en apariencia interesada sólo en hacer tal cosa. Echó una mirada conmiserativa a Merilille—. Pero, hablando de las mujeres de los Marinos, ¿podrías decirle a Vandene que se ocupara de la parte que le corresponde en las lecciones? —Al ver que Elayne no decía nada, su voz adquirió un tono que podría haberse definido como huraño si no hubiera sido una Aes Sedai—. Según ella está demasiado ocupada con esas dos fugitivas, pero sí que tiene tiempo suficiente para tenerme charlando algunas noches hasta que me caigo de sueño. Esa pareja está ya tan intimidada que ni chillaría si al vestido se le prendiera fuego. No necesitan su atención. Podría ocuparse de su parte en la enseñanza de esas malditas espontáneas. ¡También Vandene tiene que empezar a comportarse como una Aes Sedai!

Ni que la posición de Elayne fuera alta ni que no, ni que la hubiera regañado ni que no, le lanzó una mirada torva que le costó unos segundos reprimir. Era Elayne la que había llegado al acuerdo que obligaba a las Aes Sedai a enseñar a las Detectoras de Vientos, pero hasta el momento ella misma se las había arreglado para no dar más que un puñado de lecciones, alegando asuntos más urgentes e importantes. Además, las mujeres de los Marinos consideraban a una maestra de los confinados en tierra como a una empleada, aunque fuera una Aes Sedai, y una empleada con menos

posición que un grumete, dicho fuera de paso. Un grumete que quizás intentaría escaquearse. Seguía pensando que Nynaeve se había marchado para evitar dar esas lecciones. Ciertamente ninguna esperaba acabar en la situación de Merilille, pero incluso unas pocas horas ya era bastante malo.

—Oh, no, Careane —intervino Sareitha, que seguía evitando los ojos de Elayne. Y los de Merilille. En su opinión, la Gris se había metido en ese arreglo y por consiguiente se merecía lo que le viniera de ello, pero no intentó restregar sal en las heridas—. Vandene está deshecha por lo de su hermana, y Kirstian y Zarya la ayudan a tener la mente ocupada. —Pensara lo que pensara de las otras Allegadas, admitía que Zarya era una fugitiva ya que era una de las que Careane había reconocido, y si Kirstian, por fuerza, era una embustera, su propia mentira se lo haría pagar con creces. A las fugitivas no se las trataba con amabilidad—. También paso horas con ella y casi nunca habla de otra cosa que de Adeleas. Es como si quisiera añadir mis recuerdos a los suyos. Creo que se le debe dar tanto tiempo como necesite, y esas dos evitan que esté sola demasiado a menudo. —Miró de reojo a Elayne y respiró hondo —. Con todo, enseñar a las Detectoras de Vientos es, por supuesto... todo un reto. Tal vez una hora de vez en cuando serviría para sacarla de su abatimiento, aunque sólo fuera por ponerla furiosa. ¿No estás de acuerdo, Elayne? Sólo una hora o dos, de rato en rato.

—A Vandene se le dará tanto tiempo como necesite y quiera para llorar la muerte de su hermana —repuso Elayne en tono inexpresivo—. Y no se volverá a hablar de este asunto.

Careane suspiró profundamente y volvió a arreglarse el chal. Sareitha suspiró débilmente y empezó a girar el anillo de la Gran Serpiente en el índice de la mano izquierda. Quizás habían notado su estado de ánimo o quizá sólo era que a ninguna le apetecía tener otra sesión con las Detectoras de Vientos. La permanente expresión sorprendida de Merilille no cambió; claro que sus sesiones duraban todo el día y toda la noche a menos que Elayne se las ingeniara para arrancarla de allí, y las Detectoras de Vientos cada vez se mostraban menos dispuestas a dejarla marchar por mucho que Elayne forzara las cosas.

Al menos había conseguido no ser cortante con las tres. Le costó trabajo, sobre todo estando Aviendha. Elayne no sabía qué haría si alguna vez perdía a su hermana. Vandene no sólo lloraba la muerte de su hermana, sino que buscaba a la asesina de Adeleas, y no cabía duda de que la culpable tenía que ser Merilille Ceandevin, Careane Fransi o Sareitha Tomares. Una de ellas o, peor aún, más de una. Costaba trabajo creer autora del asesinato a Merilille, considerando las condiciones en las que estaba actualmente, pero tampoco era fácil creerlo de cualquier hermana. Como Birgitte había hecho notar, uno de los peores Amigos Siniestros que había conocido, durante la Guerra de los Trollocs, fue un muchacho que parecía la afabilidad en

persona y que se sobresaltaba con un ruido un poco alto. Y que envenenó el suministro de agua de una ciudad. La propuesta de Aviendha era someter a interrogatorio a las tres, cosa que horrorizaba a Birgitte, pero a su hermana las Aes Sedai la intimidaban mucho menos que al principio. Debían mantener los buenos modos hasta que hubiese pruebas para hacer una acusación. Entonces no habría cortesía alguna.

—Oh —dijo Sareitha, que se animó de repente—. Ahí está el capitán Mellar. Volvió a ser un héroe mientras estabas ausente, Elayne.

Aviendha asió la empuñadura del cuchillo que llevaba en el cinturón y Birgitte se puso tensa. El semblante de Careane se tornó impasible, frío, e incluso Merilille se las arregló para mostrar una altiva desaprobación. Ninguna de las dos hermanas ocultaba su desagrado por Doilin Mellar.

De rostro estrecho, no era guapo, ni siquiera atractivo, pero se movía con la ágil soltura de un espadachín que denotaba fuerza física. Como capitán de la escolta de Elayne, lucía tres nudos dorados de rango que llevaba soldados en las hombreras del bruñido peto. Un observador ignorante podría haber pensado que superaba en rango a Birgitte. Las chorreras de encaje blanco que adornaban el cuello y las bocamangas eran el doble de voluminosas y el doble de largas que las de cualquier mujer de la guardia, pero, de nuevo, no se había puesto el tahalí, quizá porque le taparía uno de los juegos de tres nudos dorados. Proclamaba que no había nada que deseara más en la vida que tener el mando de su escolta, pero hablaba frecuentemente de batallas en las que había combatido como mercenario. Al parecer nunca había estado en el bando perdedor, y a menudo la victoria se había debido a sus esfuerzos no reconocidos en el campo de batalla. Realizó un floreo con el sombrero, controlando hábilmente la espada con una mano, y a continuación dedicó otra reverencia algo más ligera a Birgitte con un brazo cruzado sobre el torso, en un saludo. Elayne esbozó una sonrisa.

—Sareitha dice que volvisteis a comportaros como un héroe, capitán Mellar. ¿Cómo es eso?

—Simplemente mi deber para con mi reina. —A despecho del tono cargado de excesiva modestia, su sonrisa era más cálida de lo que debería. La mitad de palacio pensaba que era el padre del bebé de Elayne, y que ella no hubiese acallado ese rumor al parecer le hacía creer que tenía posibilidades. Sin embargo, la sonrisa no tuvo reflejo en sus ojos, que siguieron fríos como la muerte—. Cumplir mi deber con vos es un placer, mi reina.

—Ayer el capitán Mellar dirigió otra salida sin tener órdenes —intervino Birgitte en un tono cuidadosamente inexpresivo—. Esta vez la lucha casi se extendió dentro de la puerta de Far Madding, que había ordenado dejar abierta en previsión de su regreso.

Elayne sintió endurecérsele el gesto.

—Oh, no —protestó Sareitha—. No ocurrió así en absoluto. Cien hombres armados de lord Luan intentaron llegar a la ciudad por la noche, pero se marcharon demasiado tarde y el sol los sorprendió. Como también los sorprendió un efectivo de hombres de lord Nasin tres veces superior. Si el capitán Mellar no hubiese abierto las puertas y dirigido el rescate, los habrían destrozado a la vista de las murallas. De ese modo consiguió salvar a ochenta hombres para tu causa. —Sonriente, Mellar se deleitó con las alabanzas de la Aes Sedai como si no hubiese escuchado la crítica de Birgitte. Naturalmente, tampoco parecía ser consciente de las miradas desaprobadoras de Careane y Merilille.

—¿Cómo sabíais que eran hombres de lord Luan, capitán? —inquirió Elayne con tono sosegado. Una leve sonrisa, que debería haber dado un toque de advertencia a Mellar, apareció en el semblante de Birgitte. Claro que el hombre era uno de los que parecían no creer que ésta fuera un Guardián. Aun en el caso de que lo hubiese creído, pocas personas a excepción de Guardianes y Aes Sedai sabían lo que confería el vínculo. Si acaso, la expresión de Mellar se hizo más petulante.

—No me guié por el estandarte, mi reina. Cualquiera puede llevar uno. Reconocí a Jurad Accan con mi visor de lentes. Accan es leal a Luan a carta cabal. Una vez lo identifiqué... —Hizo un ademán quitándole importancia—. El resto no fue más que un pequeño ejercicio.

—¿Y el tal Jurad Accan trajo algún mensaje de lord Luan?, ¿algo firmado y sellado afirmando el apoyo de la casa Norwelyn a Trakand?

—Nada escrito, mi reina, pero como he dicho...

—Lord Luan no se ha pronunciado a mi favor, capitán.

La sonrisa de Mellan se borró un tanto. No estaba acostumbrado a que lo interrumpieran.

—Pero, mi reina, lady Dyelin dice que puede darse por hecho que Luan está en vuestro bando. Que Accan haya aparecido es prueba de...

—De nada, capitán —lo cortó fríamente Elayne—. Quizá lord Luan esté finalmente en mi bando, pero hasta que se pronuncie lo que me habéis dado son ochenta hombres a los que habrá que vigilar. —Ochenta de cien. ¿Y cuántos de ella había perdido ese hombre? ¡Y había puesto en peligro Caemlyn, así lo abrasara la Luz!—. Ya que podéis sacar tiempo libre de vuestras obligaciones de dirigir a mi escolta para encabezar salidas, también lo encontraréis para hacer los arreglos pertinentes para que se los tenga vigilados. No prescindiré de nadie que preste servicio en las murallas para esa tarea. Poned a maese Accan y a sus compañeros a entrenar a los hombres que he traído de los predios. Eso los mantendrá ocupados a todos y apartados de problemas la mayor parte del día, pero os dejo a vos la responsabilidad de tenerlos alejados de las murallas y de cualquier conflicto, capitán. Podéis ir a ocuparos de ello ahora.

Mellar la miró estupefacto. Nunca le había llamado la atención y no le hizo gracia que lo hiciera, sobre todo delante de tantos testigos. Ahora no hubo sonrisas en exceso cálidas. Su boca se torció y un brillo hosco surgió en sus ojos. Pero no le quedó más remedio que hacer una brusca reverencia, murmurar «Como ordene mi reina» con voz ronca, y marcharse con toda la dignidad que fue capaz de mostrar. Antes de haberse alejado tres metros iba caminando corredor adelante como si quisiera arrollar a cualquiera que se interpusiera en su camino. Elayne pensó que debería advertir a Rasoria que llevara cuidado. Cabía la posibilidad de que ese hombre tratara de calmar la ira descargándola en los que habían visto y oído la escena. Merilille y Careane asintieron con sendos cabeceos casi idénticos; de ser por ellas, hacía mucho tiempo que le habrían leído la cartilla a Mellar y, preferiblemente, lo habrían expulsado de palacio.

—Aunque hiciera mal —intervino Sareitha con cautela—, y no estoy convencida de ello, el capitán Mellar salvó tu vida a riesgo de la suya, Elayne, y también la de lady Dyelin. ¿Realmente era necesario avergonzarlo delante de nosotras?

—No pienses jamás que no saldo mis deudas, Sareitha. —Elayne sintió que Aviendha le agarraba una mano y Birgitte la otra. Se las apretó ligeramente. Cuando se estaba rodeado de enemigos era una suerte tener cerca a una hermana y una amiga —. Voy a darme un baño caliente, y a menos que alguna de vosotras quiera frotarme la espalda...

Se dieron cuenta de... que les estaba diciendo que se marcharan y lo hicieron, aunque con más estilo que el capitán Mellar, Careane y Sareitha comentando si las Detectoras de Vientos querrían tomar lecciones o no ese día, y Merilille tratando de mirar en todas direcciones a la vez con la esperanza de esquivar a cualquier Atha'an Miere. Mas, ¿de qué hablarían después? ¿De si había tenido una discusión con el padre de su bebé? ¿De si habrían tenido éxito ocultando su culpabilidad en el asesinato de Adeleas?

«Siempre saldo mis deudas —pensó Elayne mientras las seguía con la mirada—. Y ayudo a mis amigos a saldar las suyas.»

12. Un trato

Darse un baño no era difícil, aunque Elayne tuvo que esperar en el pasillo, donde las corrientes hacían titilar las lámparas de espejos, contemplando ceñuda las puertas con tallas de leones de sus aposentos mientras Rasoria y dos de las guardias entraban y registraban. Una vez que estuvieron seguras de que no había ningún asesino al acecho y las guardias se hubieron apostado en el corredor y en la sala de estar, Elayne entró y se encontró con la canosa Essande aguardando en el dormitorio con Naris y Sephanie, las dos jóvenes doncellas a las que estaba enseñando. Essande era delgada, con el Lirio Dorado de Elayne bordado en la parte izquierda de la pechera y una gran dignidad resaltada por su modo pausado de moverse, aunque parte de ello se debía a la edad y a las articulaciones doloridas que se negaba a reconocer. Naris y Sephanie eran hermanas, de rostros lozanos, fornidas y de mirada tímida, orgullosas de sus uniformes y felices de haber sido elegidas para esa tarea en vez de estar limpiando salones, pero que parecían casi tan intimidadas por Essande como por Elayne. Había otras doncellas más expertas disponibles, mujeres que llevaban años trabajando en palacio, pero, por desgracia, era más seguro recurrir a chicas que habían ido buscando cualquier tipo de trabajo que pudieran encontrar.

En un extremo de la habitación habían enrollado las alfombras y colocado dos bañeras de cobre encima de capas de tela de felpa extendidas sobre las baldosas rosas, prueba de que la noticia de la llegada de Elayne la había precedido. La servidumbre tenía un don para enterarse de lo que ocurría que los informadores de la Torre habrían envidiado. Un buen fuego en la chimenea y las ventanas acristaladas hacían que el cuarto estuviera caliente después de andar por los pasillos, y Essande sólo esperó ver entrar a Elayne en la habitación para enviar a Sephanie corriendo a buscar a los hombres con el agua caliente. La traerían en baldes de doble pared y con tapaderas para que no se enfriara en el camino desde las cocinas, aunque seguramente los retrasarían un poco las guardias, que comprobarían que no hubiera cuchillos escondidos en el agua.

Aviendha contempló la segunda bañera casi con tanto recelo como Essande a Birgitte, la una porque todavía la inquietaba sumergirse en agua y la otra porque todavía no aceptaba que tuviera que estar presente durante el baño nadie más que las personas estrictamente necesarias, pero la mujer de pelo blanco no perdió tiempo para conducir en silencio a Elayne y Aviendha al vestidor, donde otro fuego en una chimenea de mármol había ahuyentado el frío del ambiente. Fue un gran alivio contar con Essande para que la ayudara a quitarse el traje de montar, sabiendo que tenía por delante algo más que un aseo precipitado y una exhibición de seguridad mientras se preocupaba cuán deprisa podría emprender la marcha a su siguiente destino. Le aguardaban otros fingimientos, la Luz la asistiera, y otras preocupaciones, pero estaba

en casa y eso contaba mucho. Casi podía olvidar aquel faro que rutilaba en el oeste. Casi. Bueno, en realidad nada, pero al menos podía dejar de ponerse histérica por ello mientras no lo pensara demasiado.

Para cuando estuvieron desvestidas —Aviendha apartando a cachetes las manos de Naris y quitándose personalmente las joyas, fingiendo que Naris no existía y que sus ropas se habían quitado solas a saber cómo—, para cuando estuvieron envueltas en batas de seda y el cabello recogido en una toalla blanca —Aviendha intentó envolverse la toalla ella misma en tres ocasiones, y sólo cuando ésta se desmoronó sobre sus hombros por tercera vez permitió que Naris lo hiciera, sin dejar de mascullar algo de estar ablandándose tanto que a no tardar necesitaría a alguien para abrocharse las botas, hasta que Elayne rompió a reír y se unió a sus carcajadas, echando la cabeza hacia atrás de manera que Naris tuvo que empezar de nuevo a recogerle el pelo en la toalla—, para cuando todo eso estuvo hecho y habían vuelto al dormitorio, las bañeras estaban llenas y el aroma a aceite de rosas que se había echado al agua impregnaba el ambiente. Los hombres que habían subido el agua ya no estaban, naturalmente, y Sephanie esperaba con las mangas recogidas hasta los codos por si acaso alguna quería que le restregaran la espalda. Birgitte se encontraba sentada en un arcón con incrustaciones turquesas, al pie de la cama, apoyados los codos en las rodillas.

Elayne permitió que Essande la ayudara a quitarse la bata verde pálido, e inmediatamente se metió en la bañera y se sumergió hasta el cuello en un agua a la que le faltaba un pelo para estar demasiado caliente. Esa postura le dejaba fuera las rodillas, pero así tenía sumergido casi todo el cuerpo y suspiró, sintiendo que el cansancio la abandonaba y la languidez se apoderaba de ella. Tal vez el agua caliente fuera el mayor regalo de la civilización.

Aviendha, que contemplaba fijamente la otra bañera, dio un respingo cuando Naris intentó quitarle la bata, ésta de color lavanda y amplias mangas con flores bordadas. Torciendo el gesto, finalmente se lo permitió y entró con aire precavido en el agua, aunque arrebató el jabón redondo de las manos de Sephanie y empezó a frotarse con energía. Con energía pero a la vez con cuidado de no derramar ni una pizca de agua por el borde de la bañera. Los Aiel usaban agua para asearse, al igual que en las tiendas de vapor, sobre todo para aclarar la espuma jabonosa que hacían de unas gruesas hojas que crecían en el Yermo, pero aun así el agua sucia se utilizaba para regar las cosechas. Elayne le había enseñado dos de las grandes cisternas que había en el subsuelo de Caemlyn, alimentadas por un par de ríos subterráneos y lo bastante grandes para que el extremo opuesto se perdiera de vista entre el bosque de gruesas columnas y las sombras, pero Aviendha llevaba en la sangre el árido Yermo.

Haciendo caso omiso de las intencionadas miradas de Essande —la mujer rara vez decía más de dos palabras si no era necesario, y pensaba que la hora del baño no

era momento de hablar—, Birgitte charló mientras se bañaban, aunque tuvo cuidado con lo que dijo delante de Naris y Sephanie. No era probable que estuvieran pagadas por otra casa, pero las doncellas chismorreaban casi con tanto entusiasmo como los hombres; casi era una tradición. Algunos rumores merecía la pena fomentarlos, no obstante. Principalmente, Birgitte habló de dos enormes caravanas de mercaderes que habían llegado el día antes desde Tear, las carretas cargadas a tope con grano y carne salada, y otra desde Illian con aceite, sal y pescado ahumado. Siempre convenía recordar a la gente que la comida seguía entrando en la ciudad. Pocos mercaderes se atrevían a viajar por las calzadas de Andor en invierno y ninguno transportaba nada tan barato como alimentos; pero, gracias a los accesos, Arymilla podía interceptar a todos los mercaderes que quisiera y aun así se moriría de hambre antes de que Caemlyn sintiera las primeras punzadas en el estómago. Las Detectoras de Vientos, que eran las que hacían la mayoría de esos accesos, informaban que el Gran Señor Darlin —¡quien utilizaba el título de Administrador de Cairhien en nombre del Dragón Renacido, nada menos!— estaba sitiado en la Ciudadela por nobles que querían al Dragón fuera de Tear, pero no era probable que ni siquiera ellos intentaran frenar un próspero negocio con el grano, particularmente porque creían que las Allegadas que acompañaban a las Detectoras de Vientos eran Aes Sedai. No es que existiera un intento real de engaño, pero se habían hecho anillos de la Gran Serpiente para las Allegadas que habían pasado la prueba para Aceptadas antes de ser expulsadas de la Torre; y, si alguien sacaba una conclusión errónea, no era porque nadie hubiera mentido.

El agua iba a perder calor si esperaba mucho más, decidió Elayne, así que cogió el jabón con olor a rosas que tenía Sephanie y dejó que Naris le frotara la espalda con un cepillo de mango largo. Si hubiera habido noticias de Gawyn o de Galad, Birgitte lo habría mencionado de inmediato. Estaba tan ansiosa de saber algo como Elayne, y no habría podido guardárselo. El regreso de Gawyn era un rumor que anhelaban fervientemente que se propagara por las calles. Birgitte realizaba bien su labor como capitán general y Elayne tenía intención de mantenerla en esa posición, si podía convencerla, pero tener allí a Gawyn les permitiría a ambas relajarse un poco. La mayoría de los soldados que había en la ciudad eran mercenarios, y sólo eran suficientes para cubrir las puertas de la urbe y hacer una exhibición a lo largo de los kilómetros de muralla que rodeaban la Ciudad Nueva, pero todavía eran más de treinta compañías, cada cual con su propio capitán —inevitablemente rebosante de orgullo y obsesionado con la precedencia— y todos dispuestos a enzarzarse por cualquier supuesto desaire de otro capitán por un quítame allá esas pajas. Gawyn se había entrenado toda su vida para comandar ejércitos. Él se encargaría de los pendencieros y la dejaría libre para ocuparse de asegurar el trono.

Aparte de eso, quería que estuviera fuera de la Torre Blanca. Rogaba porque uno

de sus mensajeros hubiera conseguido llegar a él y que su hermano se encontrara ya viajando río abajo. Hacía más de una semana que Egwene había puesto sitio a Tar Valon con su ejército, y sería una crueldad del destino que Gawyn se encontrara atrapado entre su juramento de defender la Torre y su amor por Egwene. Peor aún, ese juramento ya lo había roto en una ocasión, o al menos soslayado, por su amor a Egwene. Si Elaida llegaba a sospechar que Gawyn había ayudado en la huida de Siuan, el mayor o menor reconocimiento que hubiera obtenido por respaldarla a reemplazar a Siuan como Amyrlin se evaporaría como una gota de rocío, y si seguía al alcance de Elaida cuando ésta se enterara Gawyn acabaría en una celda y podría considerarse afortunado si escapaba al tajo del verdugo. Elayne no le guardaba rencor porque hubiese ayudado a Elaida; en aquel momento no sabía lo suficiente para tomar otra decisión. También muchas hermanas se habían sentido confundidas con lo que estaba ocurriendo. Muchas parecían seguir estándolo. ¿Cómo iba a pedir a Gawyn que entendiera lo que no comprendían unas Aes Sedai?

En cuanto a Galad... Era incapaz de que le cayera bien; sin duda le guardaba rencor y a Gawyn todavía más. Galad tenía que haber pensado que algún día sería Príncipe de la Espada, hasta que nació Gawyn. Los primeros recuerdos que guardaba de él eran de un chico, un jovencito, que ya se comportaba más como un padre o un tío que como un hermano, y que dio las primeras lecciones de esgrima a Gawyn. Recordaba que había temido que le abriría la cabeza a Gawyn con la espada de prácticas. Pero nunca había sufrido más que las magulladuras que cualquier muchacho podría esperar durante su aprendizaje. Oh, sí, Galad sabía lo que era correcto y estaba dispuesto a hacerlo costara lo que costara a cualquiera, incluido él mismo. ¡Luz, pero si había empezado una batalla campal para ayudarlas a Nynaeve y a ella a escapar de Samara, y seguramente sabía el riesgo que corrían desde el principio! A Galad le gustaba Nynaeve, o le había gustado durante un tiempo —resultaba difícil imaginar que todavía sentiría lo mismo, siendo ahora un Capa Blanca, y sólo la Luz sabía dónde andaba y haciendo qué—, pero lo cierto es que había iniciado aquel combate para rescatar a su hermana. No podía aprobar que perteneciera a los Hijos de la Luz, no le caía bien, pero aun así esperaba que se encontrara bien y a salvo. Y que pudiera regresar a Caemlyn, de vuelta al hogar. Noticias sobre él habrían sido casi tan bienvenidas como sobre Gawyn. Eso la sorprendía, pero era verdad.

—Otras dos hermanas vinieron mientras estabais ausentes. Se hospedan en El Cisne de Plata. —Birgitte lo dijo de un modo que parecía que se hubieran instalado en la posada simplemente porque todas las camas de palacio se encontraban ocupadas —. Una Verde con dos Guardianes y una Gris con uno. Llegaron por separado. Una Amarilla y una Marrón se marcharon el mismo día, de modo que siguen siendo diez en total. La Amarilla se dirigió al sur, hacia Far Madding, y la Marrón se encaminó

hacia el este.

Sephanie, que esperaba pacientemente junto a la bañera de Aviendha sin nada que hacer, intercambió una mirada con su hermana por encima de la cabeza de Elayne y sonrió. Como muchos en la ciudad, sabían como hecho probado que la presencia de Aes Sedai en El Cisne de Plata significaba que la Torre Blanca respaldaba a Elayne y a la casa Trakand. Essande, que observaba a las dos chicas como un halcón, asintió con la cabeza; también ella lo sabía. Hasta los barrenderos y traperos estaban enterados de que la Torre se había dividido, pero aun así el nombre seguía teniendo peso, además de ser una imagen de fortaleza que jamás fallaba. Todo el mundo sabía que la Torre Blanca había respaldado a todas las reinas legítimas de Andor. En realidad, la mayoría de las hermanas deseaban una soberana que también fuera Aes Sedai, la primera en un millar de años y la primera desde el Desmembramiento del Mundo reconocida abiertamente como Aes Sedai, pero a Elayne no le habría extrañado descubrir que había una hermana en el campamento de Arymilla, manteniéndose discretamente fuera de la vista. La Torre Blanca nunca apostaba todo su dinero a un caballo a menos que la carrera estuviera amañada.

—Ya es suficiente —dijo, retirándose irritada de las cerdas del cepillo.

Bien entrenada, la chica dejó el cepillo en una banqueta y le tendió una esponja illiana que Elayne utilizó para empezar a enjuagar el jabón. Ojalá supiera qué intención tenían esas hermanas. Eran como un grano de arena en su zapato, tan pequeño que nadie pensaría que sería una molestia, pero cuanto más tiempo pasaba más grande parecía. Las hermanas en El Cisne de Plata se estaban convirtiendo en una china de buen tamaño sólo por el hecho de estar allí.

Desde antes de su llegada a Caemlyn el número en la posada había cambiado frecuentemente, unas cuantas hermanas se marchaban cada semana y unas pocas llegaban para reemplazarlas. El asedio no había cambiado nada; era tan inconcebible que los soldados que rodeaban Caemlyn trataran de impedir que una Aes Sedai fuera a donde quisiera como que lo intentaran los nobles rebeldes de Tear. Durante un tiempo había habido también hermanas Rojas en la ciudad haciendo preguntas sobre hombres que se encaminaran hacia la Torre Negra, pero cuantas más cosas descubrían más dejaban ver su contrariedad, y las dos últimas habían partido de la ciudad al día siguiente de que Arymilla apareciera ante las murallas. A todas las Aes Sedai que entraban en la ciudad se las vigilaba estrechamente y ninguna de las Rojas se había acercado a El Cisne de Plata, de modo que no parecía probable que las hermanas que se albergaban allí fueran enviadas de Elaida para raptarla. Por alguna razón, Elayne imaginaba pequeños grupos de Aes Sedai dispersos desde la Llaga hasta el Mar de las Tormentas, y un ir y venir ininterrumpido de hermanas entre medias recogiendo y compartiendo información. Una idea rara. Las hermanas utilizaban informadores para vigilar el mundo y rara vez compartían lo que descubrían a menos que fuera una

amenaza a la propia Torre. Seguramente las que se albergaban en El Cisne se encontraban entre las hermanas que no tomaban parte en los conflictos de la Torre, esperando para ver si era Egwene o Elaida quien acababa de Sede Amyrlin antes de pronunciarse. Eso estaba mal —¡una Aes Sedai debería defender lo que creía que era justo sin preocuparse si elegía el bando ganador!— pero éstas la ponían nerviosa por otra razón.

Recientemente, uno de los vigilantes de El Cisne había oído por casualidad un nombre perturbador murmurado y rápidamente acallado, como si se temiera que lo oyera quien no debía: Cadsuane. No era un nombre corriente ése. Y Cadsuane Melaidhrin había estado estrechamente vinculada con Rand mientras éste se hallaba en Cairhien. Vandene no tenía un alto concepto de esa mujer, a la que describía como dogmática y testaruda, pero Careane casi se había desmayado por la impresión al oír su nombre. Al parecer las historias que la rodeaban venían a ser lo mismo que leyendas. Intentar tratar con el Dragón Renacido ella sola era justo la clase de cosa que haría Cadsuane Melaidhrin. No es que a Elayne le preocupara nada entre Rand y cualquier Aes Sedai, salvo que él pudiera ofenderla hasta hacer que perdiera el control —¡a veces ese hombre era también demasiado cabezota para ver dónde estaba lo que le convenía!—, pero ¿por qué una hermana en Caemlyn mencionaba su nombre? ¿Y por qué otra la hacía callar?

A pesar del agua caliente tiritó al pensar en todas las redes que la Torre Blanca había hilado a lo largo de los siglos, tan finas que nadie las veía salvo las hermanas que las tejían, tan intrincadas que nadie salvo esas hermanas podría desentrañarlas. La Torre hilaba redes; los Ajahs hilaban redes; incluso hermanas por separado hilaban redes. A veces esos ardides se fundían unos con otros como si los guiase una única mano. Otras veces se habían destruido unos a otros. Así era como el mundo se había forjado durante tres mil años. Ahora la Torre se había dividido limpiamente en tres partes, un tercio para Egwene, uno para Elaida y otro que se mantenía aparte. Si esos dos últimos estaban en contacto, intercambiando información —¿haciendo planes?—, las implicaciones...

Un repentino tumulto de voces, ahogado por la puerta cerrada, la hizo sentarse derecha. Naris y Sephanie chillaron y saltaron una en brazos de la otra, mirando la puerta con los ojos muy abiertos.

—¿Qué puñetas...? —Gruñendo, Birgitte se levantó del arcón y salió del cuarto, cerrando tras ella con un portazo. El vocerío se intensificó.

No sonaba como si las guardias pelearan; sólo parecían discutir a voz en cuello, y el vínculo le transmitía principalmente rabia y frustración a Elayne, junto con la puñetera jaqueca, pero salió de la bañera y extendió los brazos para que Essande le pusiera la bata. La calma de la mujer canosa, y quizá la de Elayne, tranquilizó a las dos doncellas, que se pusieron coloradas cuando Essande las miró, pero Aviendha

saltó de la bañera derramando agua por todas partes y corrió, chorreando, al vestidor. Elayne esperaba verla regresar con el cuchillo, pero en cambio volvió envuelta en el brillo del *Saidar* y sosteniendo la tortuga de ámbar en una mano. Con la otra tendió a Elayne el *angreal* que había sacado de su escarcela, una antigua talla de marfil en forma de mujer cubierta sólo con el cabello. A excepción de la toalla envuelta en la cabeza, Aviendha no llevaba sobre el cuerpo más que una película de humedad y alejó con un ademán a Sephanie cuando la doncella intentó ponerle la bata. Con cuchillo o sin él, Aviendha todavía tendía a plantearse un enfrentamiento como si fuera a luchar con un arma blanca y necesitara libertad de movimientos.

—Guarda esto en el vestidor —dijo Elayne, que le tendió el *angreal* de marfil a Essande—. Aviendha, de verdad no creo que necesitemos...

La puerta se abrió una rendija y Birgitte asomó la cabeza, ceñuda. Naris y Sephanie dieron un brinco, no tan tranquilas como habían parecido estar.

—Zaida quiere verte —gruñó Birgitte a Elayne—. Le dije que tendría que esperar, pero... —De pronto soltó un grito y entró tambaleándose; recuperó el equilibrio después de dar dos pasos y giró rápidamente para mirar a la mujer que la había empujado.

La Señora de las Olas del clan Catelar entró tranquilamente, haciendo mecer a su paso las puntas de su fajín rojo, anudado de forma compleja; no daba la impresión de que hubiese empujado a nadie. La seguían dos Detectoras de Vientos y una de ellas cerró la puerta en las narices de la enfurecida Rasoria. Las tres mujeres se contoneaban al andar casi tanto como Birgitte al caminar con las botas de tacón. Zaida era baja, con hebras grises en el rizado cabello, pero su oscuro semblante era de los que cobran belleza con el paso de los años, y esa belleza quedaba resaltada por la cadena de oro, cargada de pequeños medallones, que conectaba uno de los gruesos aros de oro de la oreja con la nariz. Y lo más importante era su aire de mando. No de arrogancia, sino de certeza de que se la obedecería. Las Detectoras de Vientos miraron a Aviendha, todavía envuelta en el brillo del Poder, y el anguloso rostro de Chanelle se puso tenso, si bien aparte de un murmullo de Shielyn sobre que «la chica Aiel» estaba lista para encauzar, guardaron silencio y esperaron. Los ocho pendientes en las orejas de Shielyn la señalaban como Detectora de Vientos de una Señora de las Olas, y la cadena de honor de Chanelle lucía casi tantos medallones de oro como la de la propia Zaida. Ambas eran mujeres de autoridad, y resultaba obvio por su modo de estar y de moverse, pero aun así uno no necesitaba saber nada de los Atha'an Miere para saber nada más verlas que Zaida din Parede ocupaba el primer puesto.

—Debes de haber tropezado con tus botas, capitán general —murmuró con una leve sonrisa en sus carnosos labios mientras una de sus oscuras manos tatuadas jugueteaba con la cajita dorada de perfume que colgaba sobre su pecho—. Un estorbo, las botas.

Ella y las dos Detectoras de Vientos iban descalzas, como siempre. Las plantas de los pies de los Atha'an Miere eran tan duras como suelas de zapato y no las afectaban ni las ásperas cubiertas ni las frías baldosas. Cosa extraña, además de las blusas y los pantalones de seda brocada de llamativos colores las tres llevaban una ancha estola en blanco que les colgaba por debajo de la cintura y casi ocultaba la multitud de collares.

—Me estaba dando un baño —dijo Elayne con voz tirante. Como si no pudieran verla con el cabello recogido con la toalla y la bata pegada al cuerpo por la humedad. Essande casi temblaba de indignación, lo que significaba que tenía que estar fuera de sí por la rabia. La propia Elayne se sentía así casi—. Y seguiré tomándolo tan pronto como os hayáis ido. Hablaré con vosotras cuando haya acabado. Si quiere la Luz. —¡Vaya! ¡Si entraban dando empujones en sus aposentos, que rumiaran qué les parecía eso como formalidad!

—Que la gracia de la Luz sea también contigo, Elayne Sedai —repuso suavemente Zaida. Miró a Aviendha con una ceja enarcada, aunque no por el brillo del *Saidar*, ya que Zaida no encauzaba, ni por su desnudez, pues los Marinos eran bastante despreocupados sobre eso, al menos cuando no tenían a la vista a la gente del continente—. Nunca me has invitado a bañarme contigo, aunque habría sido cortés, pero no hablaremos de eso. Me he enterado de que Nesta din Reas Dos Lunas ha muerto, asesinada por los seanchan. Lloramos su pérdida.

Las tres mujeres tocaron sus estolas y se llevaron los dedos a los labios, pero Zaida parecía tan impaciente con las formalidades como Elayne. Sin levantar la voz ni apresurar las palabras, se limitó a seguir hablando, casi directa al grano y sorprendentemente brusca para ser una mujer de los Marinos.

—Las Doce Primeras de los Marinos han de reunirse para elegir a otra Señora de los Barcos. Lo que está ocurriendo en el oeste deja claro que no puede haber retrasos.

La boca de Shielyn se apretó y Chanelle se llevó a la nariz la cajita de perfume como para apagar el olor de algo. Su penetrante perfume era tan intenso que cortaba el aroma del aceite de rosas que impregnaba la habitación. Fuera como fuera la descripción que le habían hecho de lo que percibían, Zaida no denotaba inquietud ni ninguna otra cosa salvo certidumbre. Su mirada se mantuvo firme en el rostro de Elayne.

—Hemos de estar preparados para lo que se avecine —prosiguió—, y para eso necesitamos una Señora de los Barcos. Prometiste veinte maestras en nombre de la Torre Blanca. No puedo llevarme a Vandene en este momento de duelo para ella, ni a ti, pero me llevaré a las otras tres. El resto es una deuda de la Torre conmigo y espero que se salde pronto. He enviado aviso a las hermanas alojadas en El Cisne de Plata para ver si alguna quiere cumplir con la deuda de la Torre, pero no puedo esperar su respuesta. Si la Luz quiere, esta noche me bañaré con otras Señoras de las Olas en la bahía de Illian.

Elayne tuvo que realizar un gran esfuerzo para mantener el gesto impasible. ¿La mujer anunciaba simplemente que se proponía recoger a todas las Aes Sedai que hubiera por Caemlyn y llevárselas? Y hablaba como si no pensara dejar a ninguna de las Detectoras de Vientos. Eso hizo que a Elayne se le cayera el alma a los pies. Hasta que Reanne regresara, había siete Allegadas con fuerza suficiente para abrir un acceso, pero dos de ellas no podían hacerlos más grandes que lo justo para que cupiera un carro. Sin las Detectoras de Vientos los planes para mantener Caemlyn abastecido desde Tear e Illian se volvían problemáticos en el mejor de los casos. ¡El Cisne de Plata! ¡Luz, quienquiera que Zaida hubiera enviado descubriría hasta el último punto y coma del trato que había hecho! Egwene no iba agradecerle que tirara esa porquería a la vista de todos. No creía que jamás le hubiesen venido encima tantos problemas de golpe en el curso de una corta frase.

—Lamento vuestra pérdida, y la de los Atha'an Miere —dijo, pensando deprisa—. Nesta din Reas era una gran mujer. —Bueno, había sido una mujer poderosa y con una fuerte personalidad. Elayne se había dado por satisfecha de escapar con algo más que la muda interior después de su reunión con ella. Hablando de mudas, no podía perder tiempo vistiéndose. Puede que Zaida no esperara. Se ciñó la bata con el cinturón—. Hemos de hablar. Manda que traigan vino para nuestras invitadas, Essande, y té para mí. Té flojo —suspiró al sentir la repentina advertencia a través del vínculo de Birgitte—. En la salita de estar pequeña. ¿Quieres acompañarme, Señora de las Olas?

Para su sorpresa, Zaida se limitó a asentir con la cabeza como si hubiese esperado que ocurriera esto. Ello hizo que Elayne empezara a pensar en la parte de Zaida en el trato entre ellas. Los tratos; había dos en realidad y ésa podía ser la clave.

Nadie esperaba que la salita pequeña se utilizara a aquellas horas, de modo que la temperatura era baja aun después de que Sephanie corriera a encender con una rueda de chispas las astillas que había debajo de los trozos de roble colocados en la ancha chimenea blanca y saliera del cuarto con igual premura. Las llamas saltaron de las astillas y prendieron en el tronco apoyado en los morillos mientras las mujeres se acomodaban en las sillas de respaldo bajo y apenas talladas que estaban colocadas en un semicírculo delante del hogar. Es decir, tomaron posiciones, Elayne arreglándose meticulosamente la bata sobre las rodillas y deseando que Zaida se hubiese retrasado una hora para haber estado adecuadamente vestida, en tanto que las Detectoras de Vientos esperaron a que la Señora de las Olas tomara asiento y entonces se situaron una a cada lado de Zaida. Birgitte se quedó delante del escritorio, puesta en jarras y con los pies bien separados, el gesto tormentoso. El vínculo transmitía el claro deseo de retorcer un cuello Atha'an Miere. Aviendha se apoyaba con aparente displicencia en uno de los aparadores, e incluso cuando Essande le llevó la bata y la sostuvo de forma harto significativa ante ella, se limitó a ponérsela y de nuevo adoptó la misma

postura, con los brazos cruzados sobre el pecho. Había soltado el *Saidar*, pero seguía con la tortuga en la mano y Elayne sospechó que estaba lista para volver a abrazar el Poder en un instante. Empero, ni la fría mirada de Aviendha ni el ceño de Birgitte afectaron en lo más mínimo a las mujeres de los Marinos. Eran quienes eran y lo sabían.

—A las Atha'an Miere se les prometieron veinte maestras —dijo Elayne, poniendo un ligero énfasis en el plural. Zaida había dicho que se le habían prometido a ella, que ella cobraría la deuda, pero el trato se había hecho con Nesta din Reas. Por supuesto, Zaida suponía tal vez que sería la próxima Señora de los Barcos—. Maestras adecuadas y seleccionadas por la Sede Amyrlin. Sé que los Atha'an Miere se precian de cumplir sus tratos al cien por cien, y la Torre también los cumple. Pero sabes que cuando las hermanas que están aquí accedieron a enseñaros era de modo temporal. Y fue un trato completamente aparte del que se hizo con la Señora de los Barcos. Lo admitisteis cuando aceptasteis que las Detectoras de Vientos tejieran accesos para traer suministros a Caemlyn desde Illian y Tear. Sin duda no os habríais involucrado en los asuntos de los confinados en tierra por ningún otro motivo que saldar un trato. Pero, si os vais, vuestra ayuda se acaba y, en consecuencia, también termina nuestra obligación de enseñar. Me temo que tampoco recogeréis maestras en El Cisne de Plata. Las Atha'an Miere tendrán que esperar hasta que la Amyrlin las envíe. Según el trato hecho con la Señora de los Barcos. —Lástima no poder exigirles que no se acercaran a la posada, pero quizá ya era demasiado tarde para eso, y cualquier razón que se le ocurría sonaba vana. Un razonamiento que se viniera abajo por carecer de base en el que centrarlo sólo conseguiría que Zaida se envalentonara. Las Atha'an Miere eran regateadoras feroces. Escrupulosas, pero feroces. Tenía que ir muy despacio, con mucho cuidado.

—Mi hermana te tiene pillada, Zaida din Parede —dijo Aviendha riendo mientras se daba palmadas en el muslo—. De hecho, colgada por los tobillos.

Elayne ahogó una oleada de irritación. Aviendha disfrutaba las ocasiones que se le presentaban para pellizcar la nariz a las mujeres de los Marinos —había empezado a hacerlo durante la huida de Ebou Dar y lo cierto era que no lo había dejado desde entonces—, pero éste no era el momento para eso.

Chanelle se puso tiesa y la tranquilidad de su semblante desapareció bajo una expresión iracunda. La esbelta mujer había sido el objetivo de las pullas de Aviendha en más de una ocasión, incluido el lamentable episodio en el que estuvo implicado el *oosquai*, una fortísima bebida Aiel. ¡Y ahora se había envuelto en el brillo del *Saidar*! Zaida no lo veía, pero estaba enterada de lo del *oosquai* y de que a Chanelle habían tenido que llevarla a la cama, vomitando todo el camino; levantó una mano con gesto perentorio en dirección a la Detectora de Vientos. El brillo desapareció y la tez de Chanelle adquirió un color más oscuro, tal vez por sonrojo o quizá de rabia.

—Lo que dices puede que sea así —respondió Zaida, lo que no distaba mucho de ser un insulto, sobre todo si iba dirigido a una Aes Sedai—. En cualquier caso, Merilille no era parte de eso. Accedió a ser una de las maestras mucho antes de llegar a Caemlyn y vendrá conmigo para que siga con sus enseñanzas.

Elayne respiró hondo. Ni siquiera estaba en condiciones de intentar discutir con Zaida sobre eso. Gran parte de la influencia de la Torre Blanca se apoyaba en el hecho de que cumplía su palabra tan indefectiblemente como los Marinos; que se sabía que la cumplía. Oh, sí, la gente decía que había que escuchar con mucha atención para estar seguro de que una Aes Sedai había prometido lo que uno creía que había prometido, y a menudo eso era cierto; pero, una vez que la promesa era evidente, valía tanto como un juramento por la Luz. No era probable que las Detectoras de Vientos dejaran que se les escapara Merilille. Casi nunca la perdían de vista.

—Es posible que tengas que devolvérmela si la necesito por algo en particular. —Si Vandene y sus dos ayudantes encontraban pruebas de que pertenecía al Ajah Negro—. De ocurrir tal cosa, me ocuparé de que alguien la sustituya. —Y no tenía ni idea de quién podría ser.

—Le queda el resto del año de servicio. Al menos un año, según el trato. —Zaida gesticuló como si hiciese una concesión—. Pero siempre y cuando entiendas que su reemplazo habrá de llegar antes de que ella se marche. No permitiré que se vaya sin tener a otra en su lugar.

—Supongo que eso servirá —repuso sosegadamente Elayne. ¡Y tanto que tendría que servir, ya que no tenía otra opción!

Zaida esbozó una sonrisa y dejó que el silencio se alargara. Chanelle movió los pies, pero más por impaciencia que porque fuera a levantarse; la Señora de las Olas ni se inmutó. Obviamente quería algo más, intentaba alcanzar otro trato y resultaba evidente que deseaba que Elayne hablara primero. Elayne se dispuso a aguantar a que la otra mujer rompiera el silencio. Las llamas del hogar ardían y chisporroteaban, lanzando chispas por el tiro de la chimenea e irradiando un agradable calor en la sala, pero la bata mojada absorbía el frío del ambiente y lo traspasaba a su piel. Hacer caso omiso del frío era estupendo, pero ¿cómo se suponía que uno podía pasar por alto frío y humedad a la vez? Sostuvo la mirada de Zaida sin inmutarse y respondió a la sonrisa insinuada de ésta con otra idéntica. Essande regresó seguida de Naris y Sephanie, que llevaban sendas bandejas, una con una tetera de plata que tenía forma de león y delicadas tazas verdes de porcelana de los Marinos, y la otra con copas de plata batida y una jarra de cuello alto de la que salía olor a especias. Todas tomaron vino excepto Elayne, a la que ni siquiera se le dio ocasión de elegir. La joven miró el té y suspiró. Podía ver el fondo de la taza sin dificultad. ¡Si lo hubiesen preparado más flojo tanto habría dado que le sirvieran agua!

Al cabo de un momento, Aviendha cruzó la habitación para dejar su copa de vino en la bandeja, encima de uno de los aparadores, y se sirvió una taza de té. Hizo un leve asentimiento con la cabeza a Elayne y le dedicó una sonrisa en la que se mezclaba la solidaridad con una sugerencia de que realmente prefería el té aguado al vino. Las hermanas primeras compartían lo malo tanto como lo bueno. Birgitte sonrió por encima del borde de su copa de plata y procedió a vaciar la mitad de un trago. El vínculo transmitía su regocijo por el malhumor que notaba en Elayne. Y seguía con la jaqueca, sin menguar un ápice. Elayne se frotó las sienes. Tendría que haberle dicho a Merilille que Curara a la mujer nada más verla. Varias Allegadas aventajaban a Merilille en la Curación, pero ella era la única hermana que había en palacio con una habilidad medianamente decente.

—Tienes mucha necesidad de mujeres que hagan esos accesos —dijo de repente Zaida. Su boca carnosa había dejado de sonreír. A la mujer no le gustaba haber hablado primero.

Elayne bebió un sorbo de aquella pobre imitación de té y no contestó.

—Quizá la Luz querría que dejara a una o dos Detectoras de Vientos aquí —prosiguió Zaida—. Durante un tiempo establecido.

Elayne frunció el entrecejo como si considerara sus palabras. Necesitaba a esas malditas mujeres, y más que una o dos.

—¿Qué pedirías a cambio? —dijo al cabo.

—Doscientas cincuenta hectáreas de tierra junto al río Erinin. De buena tierra, ojo, nada de pantanosa o cenagosa. Tendrá que pertenecer a los Atha'an Miere a perpetuidad. Sometida a nuestras leyes, no a las de Andor —añadió como si se tratara de un detalle secundario que casi no merecía la pena mencionar.

Elayne se atragantó con el té. Los Atha'an Miere detestaban dejar el mar, odiaban perderlo de vista. ¿Y Zaida pedía un trozo de tierra situado a mil quinientos kilómetros del agua salada más próxima? Y pidiendo que se le cediera absolutamente, dicho fuera de paso. Cairhieninos y murandianos e incluso altaraneses habían derramado sangre en su intento de apoderarse de trozos de Andor, y los andoreños habían derramado sangre para conservarlos. Aun así, doscientas cincuenta hectáreas era un trozo pequeño y un pequeño precio por mantener abastecida a Caemlyn. Aunque no pensaba dejar que Zaida supiera eso. Y si los Marinos empezaban a comerciar directamente en Andor, entonces las mercancías andoreñas podrían viajar en las bodegas de los Marinos a cualquier lugar adonde éstos navegaran o, lo que era lo mismo, a todas partes. A buen seguro Zaida ya se había dado cuenta de eso, pero no tenía sentido dejar que advirtiera que Elayne también había caído en ese detalle. El vínculo de Guardián la instó a tener precaución, pero había momentos para la audacia, como Birgitte debería saber mejor que nadie.

—A veces el té se va por mal sitio. —No era una mentira; simplemente una

evasiva—. Por doscientas cincuenta hectáreas en Andor merezco más que dos Detectoras de Vientos. Las Atha'an Miere consiguieron veinte maestras y más por ayudar a usar el Cuenco de los Vientos, y cuando partan tendréis veinte para reemplazarlas. Tienes veintiuna Detectoras de Vientos contigo. Por doscientas cincuenta hectáreas obtendré las veintiuna, y veintiuna más que las reemplacen cuando se vayan, durante todo el tiempo que las Aes Sedai estén enseñando a las mujeres de los Marinos. —Mejor no dejar que la mujer pensara que era su forma de rechazar la oferta de plano—. Por supuesto, las habituales tasas de frontera se aplicarían a cualesquiera mercancías que pasaran de esa tierra a Andor.

Zaida se llevó la copa de plata a los labios y cuando la bajó exhibía una mínima sonrisa. Pero a Elayne le pareció que era de alivio en lugar de triunfo.

—Las mercancías que entren en Andor, pero no las que vengan por el río a nuestra tierra. Podría dejar tres Detectoras de Vientos. Durante medio año, digamos. Y no se las utilizará para combatir. No permitiré que mi gente muera por ti, ni que otros andoreños se enfaden con nosotros porque gente de los Marinos han matado a los suyos.

—Sólo se les pedirá que abran accesos —dijo Elayne—, aunque habrán de hacerlo siempre que se les requiera. —¡Luz! ¡Como si se propusiera utilizar el Poder como arma! Las mujeres de los Marinos lo hacían sin dudar demasiado, pero ella trataba con todas sus fuerzas de comportarse como Egwene exigía, como si ya hubiese prestado los Tres Juramentos. Además, si destruyera esos campamentos instalados fuera de las murallas con *Saidar* o permitiera que lo hicieran otras, ni una sola casa de Andor la respaldaría—. Deberán quedarse hasta que mi corona esté segura, ya sea medio año o más tiempo. —La corona sería suya mucho antes que eso, pero como su vieja nodriza, Lini, solía decir, una contaba las ciruelas que tenía en el cesto, no las que había en el árbol. Sin embargo, cuando la corona fuera suya, no necesitaría a las Detectoras de Vientos para abastecer Caemlyn, y, a fuer de ser sincera, le encantaría perderlas de vista—. Pero tres no son ni de lejos suficiente. Querrás contar con Shielyn, ya que es tu Detectora de Vientos. Me quedaré con las demás.

Los medallones de la cadena de honor de Zaida se mecieron suavemente cuando la mujer sacudió la cabeza.

—Talaan y Metarra aún son aprendizas. Deben volver a su entrenamiento. Las otras también tienen servicios. Se podría prescindir de cuatro hasta que tu corona esté segura.

A partir de ahí sólo era cuestión de regateo. Elayne no había esperado en ningún momento quedarse con las aprendizas, y también había contado con que las Señoras de las Olas no podrían prescindir de sus Detectoras de Vientos. La mayoría de las Señoras de las Olas tenían a sus Detectoras de Vientos y Maestros de Espadas como

consejeros y era tan impensable que renunciaran a ellos como que Elayne renunciara a Birgitte. Zaida intentó excluir a otras también, por ejemplo a las Detectoras de Vientos de los barcos grandes, como los surcadores y rasadores, pero eso habría descalificado a la mayoría, por lo que Elayne rehusó, como también se negó a reducir sus demandas a menos que Zaida aumentara su oferta. Cosa que la mujer hizo poco a poco, cediendo en cada concesión a regañadientes. Pero no tan lentamente como Elayne habría esperado. Saltaba a la vista que la Señora de las Olas necesitaba este trato tanto como ella necesitaba mujeres que pudieran tejer accesos.

—Por la Luz, queda acordado —pudo decir por fin, besándose las puntas de los dedos de la mano derecha y posándolos después en los labios de Zaida. Aviendha sonrió, obviamente impresionada. Birgitte mantuvo el gesto impasible, pero el vínculo revelaba que le resultaba difícil creer que Elayne hubiese salido tan bien del acuerdo.

—Queda acordado, por la Luz —murmuró Zaida. Los dedos que rozaron los labios de Elayne eran duros y callosos, aunque la mujer no hubiese jalado un cabo desde hacía muchos años. Parecía bastante satisfecha para ser alguien que había cedido nueve de las catorce Detectoras de Vientos que se habían puesto sobre la mesa. Elayne se preguntó cuántas de esas nueve serían mujeres cuyos barcos habían destruido los seanchan en Ebou Dar. Perder un barco era un asunto serio entre los Atha'an Miere, fuera por la razón que fuera, y quizá causa suficiente para desear permanecer lejos del hogar un poco más de tiempo. Daba igual.

Chanelle parecía hosca, y sus manos tatuadas se apretaban sobre las rodillas de sus pantalones brocados, pero no tan hosca como podría esperarse de una mujer de los Marinos que tendría que quedarse en tierra un poco más. Ella estaría al mando de las Detectoras de Vientos que se quedaban y no le gustaba que Zaida hubiese aceptado que estuviera bajo la autoridad de Elayne y de Birgitte. Se había acabado que las Atha'an Miere anduvieran por palacio como si les perteneciera y que dieran órdenes a diestro y siniestro. Claro que Elayne sospechaba que Zaida había acudido a la entrevista sabiendo que dejaría a algunas de su grupo, y Chanelle había ido sabiendo que ella se quedaría al mando. Eso tampoco importaba mucho, ni qué ventaja esperaba obtener Zaida con vistas a convertirse en Señora de los Barcos. Que veía una era tan claro como el agua. Lo único que importaba era que Caemlyn no pasaría hambre. Eso... y el puñetero faro que seguía rutilando en el oeste. No, sería reina, y no podía actuar como una lunática. Caemlyn y Andor eran lo único que podía importarle.

13. Cabezas Insignes

Zaida y las dos Detectoras de Vientos se marcharon de los aposentos de Elayne con movimientos gráciles y aparentemente sin prisa, pero casi con tan poca ceremonia como habían entrado, un mero deseo de que la Luz iluminara a Elayne y la guardara. Tratándose de Atha'an Miere eso era como salir corriendo sin decir palabra. Elayne llegó a la conclusión de que, si Zaida se proponía convertirse en la próxima Señora de los Barcos, debía de tener una rival a la que confiaba sacar una buena ventaja. Podría ser conveniente para Andor que Zaida alcanzara el trono de los Atha'an Miere o comoquiera que lo llamaran los Marinos; ni que hubiese sido un trato ni que no, siempre tendría presente que Andor la había ayudado y eso sólo podía ser positivo. Aunque si ella fracasaba, su rival sabría quiénes habían recibido el favor de Andor. No obstante, todo era «quizá» y «si». El momento presente era otra cosa.

—No espero que nadie zarandee a un embajador —dijo sin levantar la voz una vez que las puertas se hubieran cerrado tras ellas—, pero en el futuro quiero tener intimidad en mis aposentos. No se permitirá siquiera a embajadores que entren así como así. ¿Me he explicado bien?

Rasoria asintió con la cabeza, el semblante pétreo; pero, por el rubor que le encendió las mejillas, se sentía mortificada por haber dejado que las mujeres de los Marinos pasaran, al igual que Birgitte; el vínculo... vibró y se retorció hasta que la propia Elayne sintió la cara enrojecida de vergüenza.

—No es que hayáis hecho mal algo, exactamente, pero que no ocurra otra vez. —¡Luz, ahora hablaba como una estúpida!—. No volveremos a referirnos a ello —terminó con voz tensa. ¡Oh, maldita Birgitte y maldito vínculo! ¡Deberían haber impedido a Zaida que entrara, pero sumar una intensa humillación a la jaqueca de la otra mujer era echar insulto sobre herida! Y Aviendha no tenía derecho a sonreír de esa... esa manera melosa. Elayne ignoraba cómo o cuándo había descubierto su hermana que Birgitte y ella a veces se reflejaban una en la otra, pero a Aviendha le parecía algo muy divertido. Su sentido del humor podía ser tosco en ocasiones.

—Creo que vosotras dos conseguiréis que la otra se derrita algún día —dijo entre risas—. Claro que tú ya has gastado esa broma, Birgitte Trahelion. —Birgitte le lanzó una mirada ceñuda; en el vínculo surgió una repentina y abrumadora vergüenza y fingió una expresión tan inocente que parecía que los ojos se le saldrían de la cara.

Mejor no preguntar, decidió Elayne. «Cuando haces preguntas —solía decir Lini—, tienes que oír las respuestas tanto si quieres como si no.» Ella no quería oír nada; y menos estando Rasoria con la vista clavada en las baldosas y el resto de las guardias en posición de firme fingiendo que no escuchaban. Nunca se había dado cuenta de lo valiosa que era la intimidad hasta perderla por completo. O casi por completo.

—Voy a terminar mi baño ahora —anunció sosegadamente. Rayos y centellas, ¿qué broma le había gastado Birgitte? Algo que la había hecho... ¿derretirse? Bah, tampoco podía ser gran cosa cuando no sabía qué era.

Por desgracia, el agua del baño se había enfriado. En fin, estaba templada. Una temperatura en la que no le apetecía sentarse. Habría sido estupendo frotarse jabón un poco más, pero no a expensas de esperar hasta que se vaciaran las bañeras cubo a cubo y se volviera a subir agua caliente. El palacio entero debía de saber a esas alturas que había regresado, y la doncella primera y el jefe amanuense estarían ansiosos por presentar sus informes. Lo estaban a diario cuando se encontraba en la ciudad, de modo que se sentirían doblemente ansiosos ya que había faltado un día. El deber era antes que el placer, si es que se quería gobernar un país. Y eso se multiplicaba por dos si lo que una intentaba era ganar el trono, para empezar.

Aviendha se quitó la toalla de la cabeza y sacudió el pelo, aparentemente aliviada de no tener que volver a meterse en el agua. Se dirigió al vestidor y antes de llegar a la puerta ya se había quitado la bata; cuando Elayne y las doncellas entraron ya se había puesto casi toda la ropa. Sólo rezongó un poco antes de permitir que Naris acabara de vestirla, aunque quedaba poco aparte de meterse en la falda de grueso paño. Apartó las manos de la doncella a cachetazos y ató ella misma los cordones de las suaves botas.

Para Elayne no fue tan sencillo. A menos que se avecinara una emergencia, para Essande era un desaire si no discutían la elección del vestuario. Con los sirvientes que se tenía una estrecha relación había siempre un delicado equilibrio que mantener. Sin excepción, una doncella de cámara sabía más de los secretos de su señora de lo que ésta pensaba, además de verla en los peores momentos, malhumorada, cansada, llorando sobre la almohada de rabia o de abatimiento. El respeto tenía que funcionar en ambas direcciones o la situación se volvía insostenible. Aviendha ya se había sentado en uno de los bancos almohadillados y dejaba que Naris le peinara el cabello antes de que Elayne se hubiera puesto un vestido gris de fino paño, con bordados verdes en el cuello alto y las mangas, y orlado en piel de zorro negro. No era tanto que le resultara difícil elegir, sino que Essande no dejaba de sacar prendas de seda con perlas, zafiros o gotas de fuego, a cual más lleno de bordados. Aunque el trono no le perteneciera todavía, Essande se empeñaba en vestirla todos los días como una reina lista para dar audiencia.

En su momento había tenido motivo para hacerlo así, cuando a diario acudían delegaciones de mercaderes para presentar peticiones o sus respetos, en especial los forasteros, que esperaban que los problemas de Andor no afectaran al comercio. El viejo dicho de que quien controlaba Caemlyn controlaba Andor en realidad nunca había sido verdad, y, a los ojos de los mercaderes, las opciones de que consiguiera el trono habían disminuido con la llegada del ejército de Arymilla a las puertas de la

ciudad. Podían contar las casas agrupadas en cada bando con la misma facilidad con la que contaban monedas. Ahora, hasta los comerciantes andoreños eludían el palacio y no se acercaban a la Ciudad Interior para que nadie pensara que habían ido allí. Y los banqueros acudían encapuchados y en carruajes anónimos. Que ella supiera, ninguno le deseaba ningún mal y desde luego ninguno quería encolerizarla, pero tampoco querían encolerizar a Arymilla. Empero, los banqueros acudían y hasta el momento no había oído que ningún mercader hubiese hecho peticiones a Arymilla. Ésa sería la primera señal de que su causa estaba perdida.

Ponerse el vestido llevó el doble de tiempo de lo que habría sido normal, ya que Essande dejó que Sephanie la ayudara. La chica jadeó todo el tiempo, todavía sin estar acostumbrada a vestir a otra persona y temerosa de cometer un error bajo el escrutinio de Essande. Mucho más temerosa que de cometerlo ante su señora, sospechaba Elayne. La aprensión hacía que la fornida muchacha fuera patosa, cosa que a su vez la hacía actuar de forma más meticulosa, lo que a su vez hacía que se preocupara más de cometer errores, de modo que el resultado era que se movía con más lentitud que la mujer mayor en sus peores momentos. Sin embargo, finalmente Elayne pudo sentarse enfrente de Aviendha para que Essande le pasara un peine de marfil por el cabello ondulado. Para Essande, dejar a una de las chicas meter un vestido a Elayne o abrocharle los botones era una cosa, y otra muy distinta arriesgarse a que cualquiera de ellas le enredara el pelo.

Sólo le había pasado el peine media docena de veces cuando Birgitte apareció en la puerta. Essande resopló y Elayne imaginó a la mujer torciendo el gesto. Essande había cedido a que Birgitte estuviera presente durante los baños, aunque a regañadientes, pero el vestidor era sacrosanto. Sorprendentemente, Birgitte sólo respondió a la mirada desaprobadora de la doncella con otra apaciguadora. Por lo general, se contenía de sobrepasar con ella el límite requerido por Elayne.

—Dyelin ha vuelto, Elayne. Trae compañía. Las Cabezas Insignes de Mantear, Haevin, Gilyard y Northan. —Por alguna razón, el vínculo transmitía destellos de desconcierto e irritación.

A pesar de la jaqueca compartida, Elayne se habría puesto a dar saltos de alegría. Si Essande no hubiera tenido el peine bien metido en el pelo, quizá lo hubiera hecho. ¡Cuatro! Jamás creyó que Dyelin tuviera tanto éxito. Sí, había esperado y rezado por ello, pero no se había hecho ilusiones, y menos en tan poco tiempo como una semana. A decir verdad, había tenido la seguridad de que Dyelin volvería con las manos vacías. Cuatro la ponían en igualdad de condiciones con Arymilla. Resultaba irritante pensar en estar «en igualdad de condiciones» con esa necia mujer, pero era la pura verdad. Mantear, Haevin, Gilyard y Northan. ¿Por qué no Candraed? Esa era la quinta casa con la que Dyelin iba a ponerse en contacto. No. Tenía cuatro casas más y no iba a preocuparse por la ausencia de una.

—Atiéndelos en la sala de estar principal hasta que vaya yo, Birgitte. —La salita pequeña había bastado para Zaida (confiaba en que la Señora de las Olas no hubiese reparado en el desaire), pero cuatro Cabezas Insignes de casas requerían algo más formal—. Y pide a la doncella primera que prepare aposentos. —Aposentos. ¡Luz! Las Atha'an Miere tendrían que apresurarse a dejar los suyos para tener sitio. Hasta que se marcharan, la mayoría de las camas que no tenían dos ocupantes tenían tres—. Essande, el vestido de seda verde con zafiros, creo. Y zafiros para el cabello también. Los grandes.

Birgitte se marchó sintiéndose todavía desconcertada e irritada. ¿Por qué? No habría pensado que dejaría esperando a Dyelin a causa de Zaida, ¿verdad? Oh, Luz, ahora estaba desconcertada porque Birgitte se sentía desconcertada; ¡si no impedían que esa sensación creciera, las dos acabarían mareadas! Al tiempo que la puerta se cerraba, Essande se dirigió al armario más cercano exhibiendo una sonrisa que podría haberse descrito como triunfal.

Elayne sonrió para sus adentros al ver que Aviendha rechazaba a Naris con su peine y se anudaba un pañuelo gris oscuro a las sienes para retirar el cabello de la cara. Necesitaba algo que la sacara de aquella espiral mareante.

—Quizá deberías ponerte sedas y gemas una vez más, Aviendha —dijo en un tono de afectuosa burla—. A Dyelin le dará igual, por supuesto, pero los otros no están acostumbrados a los Aiel. Quizá piensen que estoy agasajando a una trabajadora de las cuadras.

Lo dijo en broma —se las gastaban con la vestimenta cada dos por tres, y Dyelin miraba a Aviendha con recelo llevara lo que llevara puesto—, pero su hermana miró con el entrecejo fruncido los armarios que se alineaban en la pared y después asintió y dejó el pañuelo sobre el banco almohadillado.

—Sólo para que esas Cabezas Insignes tengan una buena impresión. No pienses que voy a hacerlo en cualquier momento. Es como favor a ti.

Para estar haciendo sólo un favor, examinó minuciosamente y con gran interés los vestidos que Essande sacó antes de decidirse por uno azul oscuro, de terciopelo, con cuchilladas verdes, y una redecilla de plata para recogerse el cabello. Eran atuendos suyos, hechos para ella, pero desde su llegada a Caemlyn había evitado ponérselos como si estuvieran plagados de arañas calavera. Mientras acariciaba las mangas vaciló como si fuera a cambiar de opinión, pero finalmente dejó que Naris le abrochara los minúsculos botones de perlas. Rechazó la oferta de Elayne de ponerse unas esmeraldas que habrían quedado perfectamente con el vestido, y se dejó puestos el collar de plata tallado como copos de nieve y el grueso brazalete de marfil, pero en el último momento se prendió la tortuga de ámbar en el hombro.

—Nunca se sabe cuándo puede ser necesario —dijo.

—Más vale prevenir que curar —convino Elayne—. Esos colores te sientan muy

bien. —Era verdad, pero Aviendha se puso colorada. Elogiarla por lo bien que disparaba un arco y lo rápido que corría lo aceptaba como algo merecido, pero le costaba acostumbrarse al hecho de que era hermosa. Ésa era una parte de sí misma que había pasado por alto hasta hacía poco.

Essande sacudió la cabeza con desaprobación, sin saber que el broche era un *angreal*. El ámbar no iba bien con el terciopelo azul. O quizá fuera por el cuchillo de mango de asta que Aviendha metió bajo el cinturón de terciopelo. La mujer canosa se aseguró de que Elayne se pusiera una pequeña daga adornada con zafiros en la vaina y el pomo, colgada de un cinturón de oro tejido. Todo tenía que estar perfecto para obtener la aprobación de Essande.

Rasoria dio un respingo cuando Aviendha entró en la habitación vestida de terciopelo. Las mujeres de la guardia nunca la habían visto con otras ropas que las Aiel. Aviendha frunció el ceño como si la mujer se hubiese reído y asió firmemente la empuñadura del cuchillo, pero por suerte desvió su atención una bandeja cubierta con un paño que había sobre la mesa alargada colocada contra la pared. Habían traído la comida de Elayne mientras se vestían. Tras apartar el paño de rayas azules, Aviendha intentó despertar el apetito de Elayne sonriendo y comentando lo dulce que debía de estar la compota de ciruelas secas y prorrumpiendo en exclamaciones ante las tajadas de cerdo envueltas en una salsa muy espesa. ¿Tajadas? Tiritas, era lo que parecían. Rasoria carraspeó y mencionó que ardía un fuego acogedor en la sala de estar de los aposentos. Estaría encantada de llevar la bandeja allí para lady Elayne. Todo el mundo intentaba que comiera adecuadamente, o lo que entendían por «adecuadamente», pero eso era ridículo. ¡La salsa era una masa congelada que se quedaría pegada en el plato si se le daba la vuelta!

Tenía a las Cabezas Insignes de cuatro casas esperándola, y ya llevaban mucho. Comentó tal cosa, aunque sugirió que comieran las dos si tenían hambre. De hecho, dio a entender que podría insistir en que comieran. Aquello bastó para que Aviendha cubriera de nuevo la bandeja con el trapo a la par que se estremecía, y Rasoria tampoco perdió más el tiempo.

Sólo había un corto tramo por el helado pasillo hasta la sala de estar oficial, y aparte de ellas sólo se movían las coloridas colgaduras de invierno que se mecían con las corrientes del corredor, pero las mujeres de la guardia formaban un anillo alrededor de Elayne y Aviendha y vigilaban como si esperaran ver aparecer trollocs. Sólo merced a un esfuerzo Elayne consiguió convencer a Rasoria de que no había necesidad de registrar la sala de estar antes de que entrara ella. Las guardias la servían y la obedecían, pero también habían jurado mantenerla con vida y podían mostrar querencia hacia ese compromiso como Birgitte la tenía a decidir si era Guardián, capitán general o hermana mayor en cualquier momento dado. ¡Probablemente, a raíz del incidente con Zaida, Rasoria habría querido que los lores y

ladys que esperaban dentro rindieran sus armas! Puede que también tuviera que ver la amenaza sobre ingerir esa pastosa salsa. Sin embargo, tras una corta discusión, Elayne y Aviendha entraron juntas por la ancha puerta; y solas. No obstante, la sensación de satisfacción de Elayne duró poco.

La sala era grande, pensada para acoger docenas de personas con comodidad, un espacio cubierto con paneles oscuros, alfombras sobre las baldosas y sillones de respaldo alto colocados en arco delante de un alto hogar de mármol blanco con finas vetas rojas. Allí se podía recibir a importantes dignatarios con más honor que en una audiencia ante el trono, ya que era más íntimo. Las llamas que lamían los troncos de la chimenea apenas habían tenido tiempo de caldear el frío ambiente, pero desde luego no fue ésa la razón por la que Elayne sintió como si le hubiesen golpeado el estómago. Ahora entendía el desconcierto de Birgitte.

Dyelin se calentaba las manos frente a la chimenea y se volvió al oírlas entrar. La mujer de semblante firme, con finas arrugas en las comisuras de los ojos y alguna hebra gris en el cabello dorado, no había perdido tiempo en cambiarse al llegar a palacio y seguía con el traje de montar de color gris profundo que tenía algunas manchas del viaje en el repulgo. Su reverencia se limitó a doblar mínimamente el cuello y las rodillas, pero no era por descortesía. Dyelin sabía quién era tan bien como Zaida —la única joya que lucía era un pequeño prendedor con la forma del Búho y el Roble de Taravin sobre el hombro, una declaración obvia de que la Cabeza Insigne de Taravin no necesitaba nada más—, y con todo casi había muerto para demostrar su lealtad a Elayne.

—Milady Elayne —saludó formalmente—, es un honor presentaros a lord Perival, Cabeza Insigne de la casa Mantear.

Un muchachito guapo, rubio, con una chaqueta lisa de color azul, se apartó del calidoscopio de cuatro tubos, apoyado sobre un pie dorado más alto que él, por el que estaba mirando. Tenía una copa de plata en la mano que Elayne confiaba en que no contuviera vino, o al menos que estuviera muy aguado en caso contrario. Sobre una de las mesas auxiliares había varias bandejas con jarras y copas. Y con una tetera ornamentada que sabía podría contener esa especie de agua sucia.

—Un placer, milady Elayne —dijo con voz aflautada a la par que enrojecía y se las arreglaba para hacer una reverencia aceptable a pesar de la ligera torpeza en dominar la espada sujeta a la cintura. El arma parecía enorme para él—. La casa Mantear respalda a la casa Trakand.

Elayne respondió con otra reverencia, aturdida, extendiendo los vuelos de la falda de manera mecánica.

—Lady Catalyn, Cabeza Insigne de la casa Haevin —continuó Dyelin.

—Elayne —murmuró una joven de ojos oscuros que estaba a su lado al tiempo que rozaba la falda pantalón verde oscuro y hacía una mínima inclinación que quizá

significaba una reverencia, aunque seguramente sólo intentaba imitar a Dyelin. O tal vez sólo quería evitar darse con la barbilla en el enorme broche esmaltado que llevaba prendido en el cuello alto del vestido y que representaba el Oso Azul de Haevin. Llevaba el cabello recogido en una redecilla de plata adornada también con el Oso Azul, así como un gran anillo con la misma enseña. Un poco de excesivo orgullo de casa, tal vez. A despecho de su fría altanería, se le daba trato de mujer sólo por cortesía, ya que sus mejillas seguían teniendo la redondez de la infancia—. Haevin respalda a la casa Trakand, obviamente, o en caso contrario no estaría aquí.

Dyelin apretó ligeramente los labios y asestó una dura mirada a la chica que ésta pareció no advertir.

—Lord Branlet, Cabeza Insigne de la casa Gilyard —prosiguió.

Otro muchachito, éste con rebeldes rizos oscuros, vestido con ropas verdes y bordados dorados en las mangas, dejó apresuradamente la copa en una mesa auxiliar como si no se sintiera a gusto sosteniéndola. Sus ojos azules eran demasiado grandes para la cara y casi tropezó con la espada al hacer una reverencia.

—Es un placer anunciar que la casa Gilyard respalda a la de Trakand, lady Elayne. —A mitad de frase su voz pasó de un timbre de soprano a otro de bajo y el muchacho enrojeció más que Perival.

—Y lord Conail, Cabeza Insigne de la casa Northan —finalizó Dyelin.

Conail Northan sonrió por encima del borde de su copa. Alto y esbelto, con una chaqueta gris cuyas mangas quedaban algo cortas para cubrir las huesudas muñecas, tenía una sonrisa encantadora, alegres ojos castaños y una prominente nariz ganchuda.

—Echamos a suertes el orden en que os seríamos presentados y saqué el palo más corto. Northan respalda a Trakand. No se puede dejar que una boba como Arymilla ocupe el trono. —Controlaba la espada con suave agilidad y él al menos había alcanzado la mayoría de edad; pero, si tenía muchos meses más de los dieciséis años, Elayne se comería las altas botas que llevaba el chico, y también las espuelas de plata.

La juventud de todos ellos no era una sorpresa, naturalmente, pero Elayne había esperado que Conail tuviera alguien con canas a su lado para aconsejarlo y que a los otros los acompañaran sus tutores para tenerlos vigilados. No había nadie más en la estancia aparte de Birgitte, plantada de pie delante de los ventanales en arco, con los brazos cruzados sobre el pecho. La brillante luz de mediodía que penetraba por los cristales hacía de ella la silueta del desagrado.

—Trakand os da la bienvenida a todos, y yo os doy la mía —dijo Elayne, reprimiendo la consternación—. No olvidaré vuestro apoyo, ni Trakand lo olvidará tampoco. —Debió de dejar ver algo de su turbación ya que Catalyn apretó la boca y sus ojos relucieron.

—Ya he dejado atrás la edad de tutelaje, como debes saber, Elayne —dijo con voz tirante—. Mi tío, lord Arendor, dijo en la Fiesta de las Luces que ya estaba todo lo preparada que podía estarlo y que lo mismo daba darme rienda suelta entonces que al cabo de un año. A decir verdad, creo que deseaba disponer de más tiempo libre para ir de caza cuando todavía está en condiciones de hacerlo. Siempre le ha encantado cazar, y es bastante mayor. —De nuevo no reparó en el ceño de Dyelin. Arendor Haevin y ella debían de ser más o menos de la misma edad.

—Tampoco yo tengo tutor —dijo Branlet con incertidumbre, su timbre casi tan agudo como el de Catalyn.

Dyelin le dedicó una sonrisa compasiva y le apartó el cabello de la frente, pero los mechones no tardaron en caer de nuevo.

—Mayv cabalgaba sola, como le gustaba hacer, y su caballo metió la pata en un agujero de ardilla —explicó quedamente la mujer—. Para cuando la encontraron era demasiado tarde. Ha habido algo de... discusión respecto a quién debía ocupar su lugar.

—Llevan tres meses discutiendo —rezongó Branlet. Durante un instante pareció más joven que Perival, un chiquillo que intentaba hallar su camino sin nadie que se lo mostrara—. Se supone que no tengo que contárselo a nadie, pero sí puedo decíroslo a vos. Vais a ser la reina.

Dyelin posó una mano en el hombro de Perival y el muchacho se puso más erguido, aunque seguía siendo más bajo que ella.

—Lord Willin habría acompañado a lord Perival —dijo—, pero los años lo tienen postrado en el lecho. Al final la edad nos alcanza a todos. —Lanzó otra mirada a Catalyn, pero la chica observaba ahora a Birgitte con los labios fruncidos—. Willin dijo que os comunicara que os envía sus mejores deseos y también a alguien que considera un hijo.

—Tío Willin me dijo que respetara y defendiera el honor de Mantear y de Andor —intervino Perival, tan serio como sólo un muchachito podía serlo—. Lo intentaré, Elayne. Lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Estoy convencida de que lo harás —respondió ella, consiguiendo dar a su voz algo de calidez. Quería que se marcharan y plantear a Dyelin algunas preguntas muy específicas, pero no podía ser; de momento no. Tuvieran la edad que tuvieran, todos eran Cabezas Insignes de casas poderosas y debía ofrecerles un refrigerio y al menos un mínimo de conversación antes de que fueran a cambiarse las ropas de viaje.

—¿Realmente es capitán general de la Guardia Real? —preguntó Catalyn mientras Birgitte le tendía a Elayne una fina taza de porcelana azul con agua caliente ligeramente oscurecida con té. La chica hablaba como si Birgitte no estuviera presente. Ésta enarcó una ceja antes de retirarse, pero Catalyn parecía tener mucha práctica en no ver lo que no quería. La taza de vino en su mano regordeta soltaba el

penetrante olor dulzón a especias. En la mala imitación a té de Elayne no había ni una mísera gota de miel.

—Sí, y también es mi Guardián —contestó. Cortésmente. ¡Todo lo preparada que podía estarlo! Seguramente la chica lo había tomado como un halago. Merecía una azotaina por su falta de tacto, pero no se podía azotar a una Cabeza Insigne. No cuando necesitaba su respaldo.

Los ojos de Catalyn se desviaron veloces a las manos de Elayne, pero el anillo de la Gran Serpiente no hizo que cambiara la frialdad de su expresión.

—¿Os dieron eso? No sabía que os hubieran ascendido a Aes Sedai. Pensé que la Torre Blanca os había enviado a casa. Cuando murió vuestra madre. O quizá por los problemas que hemos oído tiene la Torre. Imaginaos, Aes Sedai peleando como granjeras en el mercado. Mas, ¿cómo puede ser general o Guardián sin una espada? En cualquier caso, mi tía Evelle dice que una mujer debería dejar las armas para los hombres. No pones herraduras a tu caballo cuando tienes un herrero que lo haga, ni mueles tu harina cuando tienes un molinero. —Una frase de lady Evelle, a buen seguro.

Elayne controló la expresión de su semblante haciendo caso omiso de los insultos apenas soterrados.

—Un ejército es la espada de un general, Catalyn. Gareth Bryne dice que un general que utiliza el arma de otro está confundiendo el trabajo. —El nombre tampoco pareció impresionarla. ¡Pero si hasta los niños de los mineros de las Montañas de la Niebla conocían el nombre de Gareth Bryne!

Aviendha apareció al lado de Elayne sonriendo como si le encantara la oportunidad de hablar con la chica.

—Las espadas no sirven para nada —dijo dulcemente. ¡Dulcemente! ¡Aviendha! Elayne no se había dado cuenta de que su hermana pudiera fingir tan bien. También ella tenía una copa de vino con especias. Habría sido esperar mucho que siguiera bebiendo té amargo por afecto fraternal—. Deberías aprender a manejar la lanza. También el cuchillo y el arco. Birgitte Trahelion podría acertarte entre los ojos a doscientos pasos de distancia con su arco. Tal vez a trescientos.

—¿La lanza? —preguntó débilmente Catalyn. Y entonces, con un tono ligeramente incrédulo, repitió—: ¿Entre mis ojos?

—No os he presentado a mi hermana —dijo Elayne—. Aviendha, lady Catalyn Haevin. Catalyn, Aviendha de los Nueve Valles de los Taardad. —Quizá tendría que haberlo dicho al revés, pero Aviendha era su hermana, e incluso una Cabeza Insigne debía aceptar ser presentada a la hermana de la heredera del trono—. Aviendha es Aiel. Estudia para ser Sabia.

La boca de la estúpida chiquilla se abrió desde el principio y la barbilla le fue bajando más y más con cada frase hasta que semejó un pez boqueando fuera del agua.

Muy satisfactorio. Aviendha dedicó una leve sonrisa a Elayne, y sus verdes ojos chispearon de aprobación por encima de la copa de vino. Elayne mantuvo el gesto impasible, pero habría querido devolverle la sonrisa.

Los otros eran más fáciles de manejar, mucho menos irritantes. Perival y Branlet visitaban Caemlyn por primera vez y, por ende, el palacio, y se mostraban tímidos al punto de que no decían dos palabras seguidas a menos que alguien se las sacara casi a la fuerza. Conail pensó que la afirmación de que Aviendha era Aiel debía de ser una broma, y casi acabó con el cuchillo de Aviendha en el pecho por empezar a reír a carcajadas, pero afortunadamente pensó que eso también era una broma. Aviendha adoptó una gélida compostura que la habría hecho parecer una Sabia con su ropa habitual; vestida con terciopelo, su apariencia de dama de la corte se acentuaba, por mucho que toqueteara su cuchillo. Y Branlet no dejaba de echar ojeadas de soslayo a Birgitte. Elayne tardó un poco en caer en la cuenta de que observaba sus andares con las botas de tacón —de hecho, esos anchos pantalones se ajustaban mucho a las caderas—, pero se limitó a suspirar. Por suerte Birgitte no lo advirtió, ya que el vínculo se lo habría revelado aun en el caso de que la arquera hubiera querido ocultarlo. A Birgitte le gustaba que los hombres la miraran. Hombres adultos. Habría sido un flaco favor a su causa que su Guardián hubiera dado un azote al joven Branlet.

Lo que más interés tenían en saber era si Reanne Corly era una Aes Sedai. Ninguno de los cuatro había visto a una hermana antes, pero creían que tenía que serlo ya que podía encauzar y transportarlos, a ellos y a sus mesnaderos, a través de cientos de kilómetros con un solo paso. Era una buena oportunidad de practicar la evasiva sin mentir realmente, ayudada por el anillo de la Gran Serpiente que lucía en el dedo. Una mentira empañaría su relación con los cuatro desde el principio, pero tampoco tenía sentido esperar que se filtraran a Arymilla rumores de ayuda Aes Sedai si al mismo tiempo se propagaba abiertamente la verdad. Por supuesto, los cuatro estaban ansiosos por explicarle cuántos mesnaderos habían llevado, algo más de tres mil en total, casi la mitad de ellos ballesteros o alabarderos que serían especialmente útiles en las murallas. Era una fuerza considerable para que cuatro casas hubieran podido agruparlas en el momento en que Dyelin había acudido a pedir apoyo, aunque naturalmente ninguna casa querría que su Cabeza Insigne estuviera sin la debida protección en los tiempos que corrían. El secuestro no era un recurso desconocido cuando el trono estaba en disputa. Conail lo comentó así, entre risas; parecía que a todo le encontraba motivo de risa. Branlet asintió y se pasó los dedos por el pelo. Elayne se preguntó cuántos de sus numerosos tíos, tías y primos sabían que se había marchado y qué harían cuando se enteraran.

—Si Dyelin hubiese querido esperar unos días —dijo Catalyn—, podría haber traído más de estos mil doscientos hombres. —Era la tercera vez que en otras tantas

frases se las había arreglado para resaltar que el suyo era el contingente mayor por un margen considerable—. He mandado aviso a todas las casas comprometidas con Haevin.

—Y yo a todas las comprometidas con Northan —añadió Conail. Sonriendo, por supuesto—. Puede que Northan no agrupe tantas espadas como Haevin o Trakand... o Mantear —agregó a la par que hacía una inclinación de cabeza a Perival—, pero quienesquiera que marchen cuando las Águilas llamen lo harán hacia Caemlyn.

—No podrán marchar muy deprisa en invierno —comentó Perival en voz queda y, sorprendentemente, por propia iniciativa, sin que nadie le hubiese hablado—. Creo, que hagamos lo que hagamos, tendrá que ser con los efectivos que contamos ahora.

Conail se echó a reír y le dio un golpe amistoso en el hombro mientras le decía que levantara el ánimo, porque todos los hombres con arrestos estaban de camino a Caemlyn para apoyar a lady Elayne. Ésta observó con más atención a Perival. Los ojos azules del muchacho se encontraron con los suyos y sostuvieron su mirada un momento antes de que bajase la vista tímidamente. Sería un crío, pero sabía en lo que se había metido mejor que Conail o Catalyn, la cual procedió a decirles de nuevo cuántos mesnaderos había llevado y a cuántos más podía convocar Haevin, como si todos los presentes —excepto Aviendha— no supieran con exactitud el número que podía agrupar cada casa entre soldados y granjeros que hubiesen manejado una alabarda o una pica en alguna guerra, así como aldeanos a los que se podía recurrir en caso de necesidad. O con bastante exactitud. Lord Willin había hecho un buen trabajo con Perival. Ahora le tocaba a ella evitar que se malograra.

Por fin llegó el momento de intercambiar besos, con Branlet ruborizándose hasta la raíz del cabello, Perival parpadeando con timidez cuando Elayne se inclinó hacia él y Conail jurando que ya no se lavaría la mejilla jamás. Catalyn respondió con un beso sorprendentemente vacilante en la mejilla de Elayne, como si acabara de ocurrírsele que había consentido en encumbrar a Elayne por encima de ella, pero al cabo de un momento asintió para sí misma y la expresión de frío orgullo reapareció, envolviéndola como un manto. Una vez que los cuatro jóvenes quedaron al cuidado de la servidumbre que se ocuparía de conducirlos a sus aposentos —Elayne confiaba en que la doncella primera hubiese tenido tiempo para prepararlos—, Dyelin llenó de nuevo su copa de vino y se acomodó en uno de los sillones con un suspiro de cansancio.

—Una buena semana de trabajo como nunca he hecho, si se me permite decirlo. Descarté de inmediato a Candraed. Jamás pensé que Danine fuera capaz de tomar una decisión y sólo hizo falta una hora para probar que estaba en lo cierto, aunque tuve que quedarme tres para no ofenderla. ¡Esa mujer se queda en la cama hasta mediodía al ser incapaz de decidir por qué lado del colchón levantarse! El resto estaba bien dispuesto a entrar en razón con sólo un poco de persuasión. Nadie con sentido común

quiere correr el riesgo de que Arymilla alcance el trono.

Contempló con el entrecejo fruncido su copa de vino durante unos instantes y después clavó la vista en Elayne. Nunca dudaba en decir lo que pensaba, creyera o no que Elayne estaría de acuerdo, y obviamente era lo que intentaba hacer en ese momento.

—Tal vez haya sido un error hacer pasar a esas Allegadas por Aes Sedai, por muy ambiguas que hayamos sido al respecto. Quizá sea demasiado pedirles aguantar la presión y tal vez nos pongan en peligro a todos. Esta mañana, sin razón aparente, la señora Corly se quedó mirando fijamente al vacío y boquiabierta como una aldeana al llegar a la ciudad. Creo que estuvo a punto de no poder tejer el acceso para traernos aquí. Eso habría sido maravilloso, con todo el mundo en fila esperando para cabalgar a través del milagroso agujero en el aire que no habría llegado a materializarse. Por no mencionar que me habría dejado atascada en compañía de Catalyn durante sólo la Luz sabe cuánto tiempo. ¡Odiosa chiquilla! Hay una buena cabeza ahí si alguien se ocupara de ella unos cuantos años, pero tiene una dosis doble de la lengua viperina de los Haevin.

Elayne rechinó los dientes. Sabía lo hirientes que podían llegar a ser los Haevin. ¡Toda la familia se enorgullecía de ello! Y no había duda de que Catalyn lo hacía. Elayne estaba cansada de explicar qué era lo que ocurría ese día para atemorizar a cualquier mujer que encauzara. Estaba cansada de que le recordaran lo que intentaba olvidar. Aquel puñetero faro seguía rutilando en el oeste, algo imposible tanto por su tamaño como por su duración. ¡Llevaba horas así, sin cambiar! Cualquiera que encauzara tanto tiempo sin descansar tendría que haber caído desplomado por el agotamiento a esas alturas. Y el maldito Rand al'Thor se encontraba justo allí, en el mismísimo centro. ¡No había duda alguna! Seguía vivo, pero esa convicción sólo la hacía desear darle de bofetadas por obligarla a pasar por aquello. Bueno, su cara no la tenía a mano, pero...

Birgitte soltó la copa de plata sobre la mesa lateral con tal brusquedad que el vino saltó por el aire. Alguna lavandera iba a sudar para quitar la mancha de la manga de su chaqueta y una criada tendría que trabajar durante horas para restaurar el pulimento de la mesa.

—¡Niños! —barbotó la arquera—. ¡Morirá gente por las decisiones que tomen y son condenados niños, Conail el que más! Ya lo oísteis, Dyelin. Quiere retar al campeón de Arymilla como el jodido Artur Hawkwing! ¡Hawkwing nunca combatió con el condenado campeón de nadie, y teniendo menos años que lord Northan sabía que era una soberana necedad jugarse tanto en un puñetero duelo, pero Conail cree que puede ganar el condenado trono para Elayne con su condenada espada!

—Birgitte Trahelion tiene razón —intervino ferozmente Aviendha. Sus manos apretaban la falda, crispadas—. ¡Conail Northan es un necio! Pero ¿cómo puede

nadie seguir a esos críos a la danza de las lanzas? ¿Cómo puede nadie pedirles que dirijan?

Dyelin las miró a las dos y eligió responder a Aviendha en primer lugar. Saltaba a la vista que estaba desconcertada por el atuendo de la Aiel. Claro que también la desconcertaba que Aviendha y Elayne se hubiesen adoptado como hermanas; y, para empezar, que Elayne tuviera a una Aiel como amiga. Que Elayne decidiera incluir a esa amiga en los consejos era algo que toleraba, aunque haciendo patente su tolerancia.

—Me convertí en Cabeza Insigne de Taravin a los quince años, cuando mi padre murió en una escaramuza en las Marcas Altaranesas. Mis dos hermanos menores murieron luchando contra cuatreros de Murandy ese mismo año. Escuché a los consejeros, pero fui yo quien dijo a los jinetes de Taravin dónde atacar, y enseñamos a los altaraneses y a los murandianos que pusieran sus ojos en otro lugar para llevar a cabo sus robos. Son las circunstancias las que eligen cuándo han de crecer los niños, Aviendha, no nosotros. Y, cuando llegan tiempos difíciles, una Cabeza Insigne que sea un niño tiene que dejar de serlo.

»En cuanto a vos, lady Birgitte —continuó en un tono más seco—, vuestro lenguaje, como siempre, es... cáustico. —No preguntó cómo presumía Birgitte de saber tanto sobre Artur Hawkwing, cosas que ningún historiador conocía, pero la observó de un modo evaluador—. Branlet y Perival seguirán mi consejo y creo que también Catalyn, por mucho que lamente el tiempo que tendré que pasar con esa chica. En cuanto a Conail, no es el primer jovencito que se cree invencible e inmortal. Si no podéis tenerlo controlado como capitán general, os sugiero que intentéis caminar para él. Por el modo en que miraba esos pantalones vuestros, os seguirá a donde queráis guiarlo.

Elayne se sacudió de encima la intensa rabia que la invadía. No era una ira propia, como la experimentada contra Dyelin al principio o con Birgitte por derramar el vino. Ésta era de Birgitte. No quería abofetear a Rand. Bueno, sí, pero eso era algo aparte del asunto. Luz, ¿también Conail había mirado a Birgitte?

—Son Cabezas Insignes de sus casas, Aviendha —explicó Elayne—. Nadie de sus casas me agradecerá que los trate de otro modo, todo lo contrario. Los hombres que cabalgan por ellos combatirán por guardar sus vidas, pero es por Perival y por Branlet, por Conail y por Catalyn por quienes cabalgan, no por mí. Porque son los Cabezas Insignes.

Aviendha frunció el entrecejo y se cruzó de brazos como si se ciñera el chal, pero asintió con la cabeza. De forma brusca y a regañadientes —nadie alcanzaba una posición tan prominente entre los Aiel sin años de experiencia y sin la aprobación de las Sabias—, pero asintió.

—Birgitte —prosiguió Elayne—, tendrás que tratar con ellos, de capitán general a

Cabeza Insigne. El pelo canoso no los haría necesariamente más sabios y desde luego no facilitaría ese trato con ellos, precisamente. Aun así tendrán sus propias opiniones. Y, si contaran con años de experiencia para dar peso a esas opiniones, lo más probable es que estuvieran diez veces más convencidos de que sabían lo que debe hacerse mejor que tú. O que yo.

Hizo un gran esfuerzo para que su voz no tuviera un timbre cortante, y sin duda Birgitte notó ese esfuerzo. Al menos, el flujo de ira que se transmitía a través del vínculo cesó de repente. No es que desapareciera; simplemente fue aplastado —a Birgitte le gustaba que la miraran los hombres, al menos cuando quería ella, pero detestaba que cualquiera dijera que intentaba llamar su atención—, pero aun así comprendió el peligro de que las dos dieran rienda suelta a sus emociones.

Dyelin había empezado a tomar sorbos de vino, todavía con la mirada prendida en Birgitte. Sólo un puñado de personas conocía la verdad que Birgitte deseaba mantener oculta con tanto empeño y Dyelin no era una de ellas. Pero la arquera había sido lo bastante descuidada —un desliz aquí, otro allá— para que la otra mujer estuviese convencida de que había algún misterio tras los azules ojos de Birgitte. Sólo la Luz sabía qué pensaría si resolvía el misterio. Tal como estaban las cosas, las dos eran como agua y aceite. Podían discutir incluso sobre hacia dónde era arriba o abajo y por supuesto sobre cualquier cosa. Esta vez, resultaba obvio que Dyelin pensaba que había ganado, sin vuelta de hoja.

—Sea como sea, Dyelin —continuó Elayne—, habría preferido que hubieses traído a sus consejeros con ellos. Lo hecho, hecho está, pero Branlet, en particular, me preocupa. Si Gilyard me acusa de raptarlo, las cosas se pondrán peor de lo que estaban en lugar de mejorar.

Dyelin desestimó aquello con un ademán.

—No conoces bien a los Gilyard, ¿verdad? Por cómo pelean entre ellos, posiblemente no adviertan la ausencia del chico antes del verano, y si se dan cuenta ninguno se opondrá a lo que ha hecho. Ninguno admitirá que estaba tan ocupado en discutir sobre quién debía ser su tutor que olvidó vigilarlo. Y, en segundo lugar, ninguno de ellos admitirá que no se lo consultó de antemano. Sea como fuere, Gilyard apoyaría a Zaida antes que a Marne y no les caen mucho mejor Arawn o Sarand.

—Espero que tengas razón, Dyelin, porque delego en ti la responsabilidad de tratar con cualquier Gilyard furioso que aparezca por aquí. Y, ya que vas a aconsejar a los otros tres, podrías atar corto a Conail para que no haga una estupidez.

A pesar de sus explicaciones sobre los Gilyard, Dyelin se encogió levemente al escuchar la primera encomienda de Elayne. La segunda la hizo suspirar. Y a Birgitte prorrumpir en carcajadas.

—Si tenéis algún problema puedo prestaros un par de pantalones y unas botas y

así podréis caminar para él.

—Algunas mujeres son capaces de que pique un pez haciendo señas con el dedo, lady Birgitte —murmuró Dyelin—. Otras tienen que arrastrar el cebo por todo el estanque.

Aquello hizo reír a Aviendha, pero la ira de Birgitte empezó a aflorar en el vínculo. Un golpe de aire frío penetró en el cuarto al abrirse la puerta para dar paso a Rasoria, que se puso firme.

—La doncella primera y el jefe amanuense han llegado, milady Elayne —anunció. Su voz falló al final, como si hubiese captado el ambiente en la estancia.

Hasta una cabra ciega lo habría notado, con Dyelin exhibiendo una sonrisa que recordaba un gato relamiéndose en una lechería y Birgitte mirando ceñuda a Dyelin y a Aviendha, y ésta eligiendo ese momento para acordarse de que Birgitte era Birgitte Arco de Plata, por lo que tenía gacha la vista, tan avergonzada como si se hubiera reído de una Sabia. Algunas veces, Elayne habría querido que todas sus amigas se llevaran tan bien como Aviendha y ella, pero por algún motivo siempre se las arreglaban para tener roces y supuso que realmente no podía esperarse otra cosa de personas de verdad. La perfección era cosa de libros y de cuentos de juglares.

—Hazlos pasar —contestó a Rasoria—. Y que no nos molesten a menos que la ciudad esté bajo ataque. A menos que sea importante —se corrigió. En los cuentos, las mujeres que daban órdenes como ésa parecían invocar siempre el desastre. En ocasiones los cuentos tenían enseñanzas, si uno sabía buscarlas.

14. Lo que saben las Sabias

Halwin Norry, jefe amanuense, y Reene Harfor, doncella primera, entraron juntos, él haciendo una reverencia torpe, falta de práctica, mientras que la de la mujer era grácil, ni demasiado profunda ni ligera en exceso. No podían ser más distintos. La señora Harfor tenía un rostro redondo, regiamente digno, con el cabello sujeto en un canoso moño alto. Maese Norry era alto y desgarbado como un ave zancuda, y el escaso cabello le sobresalía detrás de las orejas a semejanza de plumas blancas. Cada cual llevaba un cartapacio de cuero repleto de papeles, pero la mujer sujetaba el suyo al costado, como para no arrugar el tabardo escarlata que vestía y que siempre parecía recién planchado sin importar la hora que fuera o desde cuándo estaba levantada, en tanto que él aferraba el suyo contra su estrecho torso como si quisiese tapar viejas manchas de tinta, de las que se veían varias en su tabardo, incluida una grande que remataba en un mechón negro la cola del León Blanco. Hechas las reverencias, de inmediato pusieron cierta distancia entre los dos sin mirarse directamente el uno al otro.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de Rasoria, el brillo del *Saidar* irradió en torno a Aviendha, que tejió una salvaguardia contra oídos indiscretos en torno a la habitación. Lo que se dijera entre ellos ahora estaba todo lo a salvo que podía estar, y Aviendha sabría si alguien intentaba escuchar con el Poder. Era muy buena con este tipo de tejido.

—Señora Harfor, empezad, por favor —dijo Elayne.

No ofreció asiento ni vino, por supuesto. Maese Norry se habría horrorizado por semejante lapsus en el protocolo y la señora Harfor incluso se habría ofendido. Así las cosas, Norry miró de reojo a Reene, que apretó los labios. Aun después de una semana de reuniones, resultaba patente el desagrado de ambos por tener que presentar sus informes con el otro escuchando. Se mostraban muy celosos de lo que consideraban su feudo, tanto más desde que la doncella primera había entrado en un terreno que otrora podría haberse considerado responsabilidad de maese Norry. Por supuesto, el funcionamiento de palacio siempre había estado a cargo de la doncella primera, y se podría decir que sus nuevos cometidos eran una extensión de eso. Pero no sería Halwin Norry quien dijera tal cosa. Los leños encendidos del hogar se asentaron con un sonoro chasquido y lanzaron una lluvia de chispas por el tiro de la chimenea.

—Estoy convencida de que el bibliotecario segundo es un... espía, milady —empezó finalmente la señora Harfor, que hizo caso omiso de Norry como si de ese modo pudiera hacerlo desaparecer. Se había resistido a que cualquier persona supiera que estaba buscando espías en palacio, pero que el jefe amanuense estuviera enterado parecía crisparla más que nada. La única autoridad que tenía sobre ella, si es que

podía considerarse como tal, era pagar las cuentas de palacio, y Norry nunca ponía pegas a ningún gasto, pero aun ese poco era demasiado para su gusto—. Cada tres o cuatro días, maese Harnder visita una posada llamada La Argolla y la Flecha, supuestamente por la cerveza de la posadera, una tal Millis Fendry, pero la señora Fendry también tiene palomas y, cada vez que maese Harnder hace una visita a su establecimiento, manda una paloma que vuela hacia el norte. Ayer, tres de las Aes Sedai hospedadas en El Cisne de Plata encontraron una excusa para visitar La Argolla y la Flecha a pesar de que presta servicios a clientes de mucha menor categoría que El Cisne. Tanto a la ida como a la vuelta iban encapuchadas y se reunieron en privado con la señora Fendry durante más de una hora. Las tres pertenecen al Ajah Marrón. Me temo que eso indica quién tiene a sueldo a maese Harnder.

—Peluqueras, lacayos, cocineras, el maestro ebanista, al menos cinco de los escribanos de maese Norry y ahora uno de los bibliotecarios. —Recostada en el sillón y cruzada de piernas, Dyelin añadió con acritud—: ¿Hay alguien que no descubramos, antes o después, que es un espía, señora Harfor?

Norry estiró el cuello con gesto incómodo; se tomaba como una afrenta personal la mala fe de sus escribientes.

—Tengo esperanzas de que pueda estar llegando al fondo de ese barril, milady —respondió con suficiencia la señora Harfor. A ella no la alteraban ni espías ni Cabezas Insignes. Los espías eran una plaga que se proponía erradicar de palacio tan seguro como que lo mantenía limpio de pulgas y ratas, bien que se había visto obligada a aceptar la ayuda de Aes Sedai con las ratas recientemente, mientras que los nobles poderosos eran, como la lluvia o la nieve, efectos de la naturaleza que había que soportar hasta que pasaban, pero nada por lo que perder los nervios—. Hay un límite de personas a las que se puede comprar y un límite de personas que pueden permitirse pagar o que quieren hacerlo.

Elayne trató de recordar a maese Harnder, pero la única imagen que le vino a la cabeza era la figura vaga de un hombre gordinflón, calvo, que parpadeaba sin cesar. Había servido a su madre y, que recordara, a la reina Mordrellen con anterioridad. Nadie hizo comentarios respecto a que también servía al Ajah Marrón. En todos los palacios de dirigentes, desde la Columna Vertebral del Mundo hasta el Océano Aricio, había informadores de la Torre. Cualquier gobernante con dos dedos de frente lo daba por hecho. Sin lugar a dudas, a no tardar los seanchan se encontrarían también bajo observación de la Torre, si es que no lo estaban ya. Reene había descubierto varios espías para el Ajah Rojo, a buen seguro legados del tiempo que Elaida había pasado en Caemlyn, pero este bibliotecario era el primero que trabajaba para otro Ajah. A Elaida no le habría gustado que otros Ajahs supieran lo que ocurría en palacio mientras actuaba como consejera de la reina.

—Lástima no tener historias falsas que queramos que el Ajah Marrón dé por

ciertas —dijo como quitándole importancia.

La pena era que ellas y las Rojas estuvieran enteradas de la existencia de las Allegadas. Como mínimo, tenían que saber que en palacio había un gran número de mujeres que podían encauzar y no les llevaría mucho tiempo deducir quiénes eran. Ello crearía más o menos problemas en el futuro, pero tales dificultades aún estaban por llegar. «Siempre hay que hacer planes por adelantado —solía decir Lini—, pero si uno se preocupa demasiado por lo que ocurra el año próximo es posible que tropiece con lo que pase al día siguiente.»

—Que se vigile a maese Harnder y se intente descubrir quiénes son sus amistades. De momento tendrá que bastar con eso —concluyó.

Algunos espías dependían de sus propios oídos, ya fuera para enterarse de rumores o para escuchar detrás de las puertas; otros hacían que se soltaran las lenguas con unas cuantas copas de vino. El primer paso para contrarrestar la labor de un espía era descubrir cómo llegaba a su conocimiento lo que vendía.

Aviendha resopló sonoramente y empezó a extenderse la falda para sentarse en la alfombra antes de caer en la cuenta de lo que llevaba puesto. En lugar de ello, tras lanzar una mirada de advertencia a Dyelin, se sentó al borde de un sillón, muy tiesa, la viva imagen de una dama de la corte de ojos relucientes. Salvo porque una dama de la corte no habría pasado el pulgar por el filo del cuchillo de su cinturón. De haber hecho las cosas a su modo, Aviendha habría degollado a todos los espías a la primera ocasión que se le hubiera presentado. Espiar era abyecto a su modo de ver, por mucho que Elayne le explicara que cada espía descubierto era una herramienta que podían utilizar para que sus enemigos creyeran lo que les interesaba.

Tampoco significaba que todos los espías trabajaran para un enemigo. La mayoría de los descubiertos por la doncella primera recibían dinero de más de una mano, y entre las identificadas estaban la del rey Roedran de Murandy, varias de Grandes Señores y Señoras tearianos, unas cuantas de nobles cairhieninos y bastantes de mercaderes. Había mucha gente interesada en lo que ocurría en Caemlyn, ya fuera por el efecto que podría tener en el comercio o por otras razones. A veces daba la impresión de que todos espiaban a todos.

—Señora Harfor, no habéis encontrado ningún informador de la Torre Negra —dijo Elayne.

Como la mayoría de la gente que oía mencionar la Torre Negra, Dyelin se estremeció y bebió un buen trago de vino, pero Reene sólo hizo una ligera mueca. Había decidido pasar por alto el hecho de que eran hombres que encauzaban, ya que no podía cambiar las cosas. Para ella, la Torre Negra era... una molestia.

—No han tenido tiempo, milady. Dejad que pase un año y encontraréis lacayos y bibliotecarios aceptando también su dinero.

—Supongo que sí. —Una idea espantosa—. ¿Qué más tenéis que comunicarnos

hoy?

—He tenido una charla con Jon Skellit, milady. A menudo, el hombre que cambia de chaqueta una vez suele estar bien dispuesto a cambiarla de nuevo, y Skellit es de ésos. —Skellit, un barbero, estaba comprado por la casa Arawn, lo que actualmente lo convertía en un hombre de Arymilla.

Birgitte contuvo una maldición pronunciada a medias; por alguna razón, procuraba no decir palabrotas estando presente Reene Harfor.

—¿Que habéis tenido una charla con él? —inquirió con voz forzada—. ¿Sin consultar con nadie?

—¡Por los pechos de una madre lactante! —exclamó Dyelin, que no tenía esa clase de reparos con la doncella primera.

Era la primera vez que Elayne la oía usar tal lenguaje. Maese Norry parpadeó y casi dejó caer su cartapacio, tras lo cual se afanó en mirar a cualquier parte salvo a Dyelin. La doncella primera, sin embargo, se limitó a hacer una pausa hasta estar segura de que ella y Birgitte no iban a decir nada más, y después continuó tranquilamente.

—Skellit estaba a punto de caramelo y me pareció el momento oportuno. Uno de los hombres a los que entrega sus informes para que los saque de la ciudad no ha regresado aún, mientras que el otro se ha roto una pierna. Las calles están heladas cuando se pone el sol. —Aquello lo dijo en un tono tan ligero que más parecía que hubiese urdido la caída del individuo. En tiempos difíciles, se revelaban aptitudes increíbles en las personas más insospechadas—. Skellit está de acuerdo en llevar personalmente su próxima comunicación a los campamentos. Vio hacer un acceso y no tendrá que fingir terror. —Habríase dicho que ella misma llevaba toda la vida presenciado la salida de carretas de mercaderes por agujeros abiertos en el aire.

—¿Y qué impedirá que ese barbero huya una vez que haya salido de la jod... de la ciudad? —demandó Birgitte, irritada, mientras empezaba a pasear delante de la chimenea con las manos enlazadas a la espalda. Por cómo se sentía, la gruesa trenza rubia tendría que estar erizada—. Si se va, Arawn pagará a cualquier otro y tendréis que descubrir de nuevo al espía. Luz, Arymilla ha de haberse enterado de los accesos casi nada más llegar, y Skellit tiene que saberlo. —La idea de que Skellit huyera no era lo que la irritaba, o al menos no era sólo por eso. Los mercenarios entendían que se los había contratado para impedir que entraran soldados, pero por unas cuantas monedas de plata permitirían que una o dos personas cruzaran las puertas disimuladamente por la noche, en una u otra dirección. A su modo de ver, una o dos personas no podían causar ningún daño. A Birgitte no le gustaba que se lo recordaran.

—Se lo impedirá la codicia, milady —contestó calmosamente la señora Harfor—. La idea de ganar oro de lady Elayne así como de lady Naean es suficiente para que a un hombre se le altere el pulso. Es cierto que lady Arymilla ya tiene que haber oído lo

de los accesos, pero eso da más credibilidad a los motivos de Skellit para ir en persona.

—¿Y si su codicia es tanta como para que intente ganar aún más oro cambiando de chaqueta por tercera vez? —inquirió Dyelin—. Podría ocasionar un gran... perjuicio, señora Harfor.

—Lady Naean lo mandaría enterrar bajo el ventisquero más cercano, milady, como me ocupé de que comprendiera bien. —El tono de Reene se había tornado un tanto seco. Nunca sobrepasaría los límites, pero le desagradaba que cualquiera la creyera descuidada—. Lady Naean nunca ha sido paciente, como imagino que sabéis de sobra. En cualquier caso, las noticias que tenemos de los campamentos son muy escasas, por decir algo, y Skellit podría ver algunas cosas que nos gustaría saber.

—Si ese hombre nos dice en qué campamento estarán Arymilla, Elenia y Naean y cuándo, le entregaré el oro con mi propia mano —dijo pausadamente Elayne. Elenia y Naean permanecían cerca de Arymilla, o ésta hacía que lo estuvieran, y la propia Arymilla era mucho menos paciente que Naean y mucho menos dada a creer que cualquier cosa pudiera funcionar sin su presencia. Se pasaba la mitad del día yendo y viniendo de un campamento a otro y nunca dormía en el mismo dos noches seguidas, que se supiera—. Eso es lo único que puede contarnos sobre los campamentos que me interese.

—Como digáis, milady. —Reene inclinó la cabeza—. Me encargaré de ello. —A menudo, también ella procuraba no decir las cosas claramente delante de Norry, pero no dio señales de que hubiese oído nada parecido a una reconvención.

Ni que decir tiene que Elayne no estaba segura de ser capaz de reprenderla abiertamente. Aunque hiciera tal cosa, la señora Harfor seguiría realizando sus funciones de un modo adecuado y desde luego seguiría buscando espías con infatigable empeño, aunque sólo fuera porque su presencia en palacio resultaba una afrenta para ella, pero aun así Elayne podía topar con docenas de inconvenientes a diario o pequeñas molestias que le amargaran la vida sin que pudiera atribuir directamente ninguna a la doncella primera. «Hemos de seguir los pasos del baile tanto como nuestra servidumbre —le había dicho su madre en una ocasión—. Puedes contratar de continuo nuevos criados y emplear todo el tiempo que tienes en enseñarles y pasarlo mal hasta que aprenden sólo para encontrarte otra vez en el punto de partida, o puedes aceptar las reglas como ellos y vivir cómodamente mientras empleas tu tiempo en gobernar.»

—Gracias, señora Harfor —dijo, por lo que recibió otra reverencia meticulosa. Reene Harfor era otra que conocía su valía—. Maese Norry...

El hombre de aspecto de grulla dio un respingo y dejó de mirar con el entrecejo fruncido a Reene. En ciertos aspectos consideraba los accesos como algo suyo, no un tema con el que jugar.

—Sí, milady. Por supuesto. —Su voz era monótona como un tono gris—. Confío en que lady Birgitte ya os haya informado sobre las caravanas de mercaderes a vuestro regreso a la ciudad.

Por un instante sus ojos se detuvieron en Birgitte con expresión de reproche. Jamás se le ocurriría causar el menor inconveniente a Elayne aunque ésta le gritara, pero vivía según sus propias reglas y, aunque sin arrebato —o al menos eso esperaba Elayne; no parecía haber mucho fuego en Norry—, le sentaba mal que Birgitte lo hubiese privado de la oportunidad de enumerar las carretas, los toneles y los barriles que habían llegado. Adoraba sus cifras.

—Lo hizo —respondió con un leve dejo de disculpa, no tanto como para avergonzarlo—. Me temo que algunas de las mujeres de los Marinos nos dejan. A partir de hoy sólo dispondremos de la mitad para hacer accesos.

Los dedos del hombre pasaron suavemente sobre la superficie del cartapacio como si tanteara los papeles que había dentro. Elayne jamás lo había visto consultar uno.

—Ah. Bien. Nos... las arreglaremos, milady. —Halwin Norry siempre se las arreglaba—. Para continuar, hubo otros nueve incendios provocados a lo largo de ayer y de anoche, ligeramente más de lo habitual. Tres intentos fueron para prender fuego a almacenes en los que se acopian alimentos. Ninguno tuvo éxito, me apresuro a añadir. —Quizá se apresurara, pero lo hizo en el mismo tono monótono—. Si se me permite, las rondas de los guardias que patrullan las calles están surtiendo efecto, ya que el número de asaltos y robos ha descendido a poco más de lo normal en esta época del año, pero parece evidente que hay una mano que dirige lo de los incendios. Se destruyeron diecisiete edificios, todos salvo uno deshabitado. —Apretó la boca en un gesto desaprobador; haría falta muchísimo más que un asedio para que él abandonara Caemlyn—. Y, en mi opinión, todos esos incendios se localizaron de manera que los carros de agua se alejaran lo más posible de los almacenes donde se llevaron a cabo los intentos fallidos. Ahora creo que todos los fuegos que hemos tenido estas semanas siguen un mismo patrón.

—Birgitte... —dijo Elayne.

—Puedo intentar determinar la ubicación de los almacenes en un mapa —contestó, dubitativa, la mujer—, y poner más guardias en las calles que se encuentren más alejadas, pero aun así es mucho lo que se deja al jod... al azar. —No miró hacia la señora Harfor, pero Elayne percibió un leve atisbo de rubor en el vínculo—. Cualquiera puede llevar un yesquero en la escarcela, y con un poco de paja seca sólo se tarda un minuto en iniciar un incendio.

—Haz lo que puedas —le contestó Elayne. Sería pura suerte si pillaban a un incendiario con las manos en la masa y un milagro que el incendiario pudiera decir algo que no fuera que el dinero se lo había dado alguien encapuchado. Seguir la pista

de aquel oro hasta Arymilla o Elenia o Naean requeriría la suerte de Mat Cauthon—. ¿Tenéis algo más, maese Norry?

El hombre eludió sus ojos mientras se daba golpecitos con los nudillos en la nariz.

—Se me... eh... ha informado —empezó, vacilante— que Marne, Arawn y Sarand han recibido grandes préstamos recientemente contra los ingresos de sus heredades.

Las cejas de la señora Harfor se enarcaron antes de que la mujer las pudiera controlar. Elayne miró su taza y descubrió que estaba vacía. Los banqueros nunca le decían a nadie cuánto habían prestado a quién ni contra qué, pero Elayne se abstuvo de preguntarle cómo lo sabía. Sería... embarazoso para ambos. Sonrió cuando su hermana le cogió la taza, y torció el gesto cuando Aviendha volvió con ella llena. ¡Parecía querer hacerle beber té flojo hasta que se le saliera por los ojos! La leche de cabra era mejor, pero se conformaría con esa agua sucia. Bueno, sostendría la maldita taza, pero no pensaba beber.

—Los mercenarios —gruñó Dyelin, en cuyos ojos había un brillo de ira que habría hecho retroceder a un oso—. Lo he dicho antes y volveré a repetirlo: el problema con los que alquilan su espada es que pueden venderse a otro postor. —Desde el principio se había opuesto a contratar mercenarios para ayudar en la defensa de la ciudad, aunque el hecho era que sin ellos Arymilla podría haber entrado con su ejército por cualquier puerta que hubiera elegido, o casi. De otro modo, no habrían tenido hombres suficientes para guardar adecuadamente todas las puertas, cuanto menos las murallas.

Birgitte también se había opuesto a los mercenarios, pero había aceptado las razones de Elayne, aunque a regañadientes. Todavía desconfiaba de ellos, pero ahora sacudió la cabeza. Sentada en el brazo de un sillón cercano a la chimenea, apoyaba la bota equipada con espuela en el asiento.

—A los mercenarios les preocupa su reputación ya que no su honor. Cambiar de bando es una cosa, pero venderse para dejar expedita una puerta es totalmente distinto. A una compañía que hiciera tal cosa nunca se la volvería a contratar, en ninguna parte. Arymilla tendría que ofrecer lo suficiente para que un capitán viviera el resto de su vida como un lord, y también convencer a sus hombres de que podrían hacer lo mismo.

Norry carraspeó. Incluso eso sonó monótono en cierto modo.

—Parece que ya han obtenido préstamos contra los mismos ingresos dos veces o incluso tres. Claro que los banqueros... ignoran eso, aún.

Birgitte empezó a maldecir y después enmudeció de golpe. Dyelin contempló ceñuda el vino y en su mirada había intensidad suficiente para agriarlo. Aviendha apretó la mano de Elayne, de forma ligera y rápida. Los troncos chascaron en medio de una lluvia de chispas, algunas de las cuales casi llegaron a la alfombra.

—Habrá que tener vigiladas a las compañías de mercenarios. —Elayne alzó la

mano para acallar a Birgitte. La otra mujer no había abierto la boca, pero el vínculo hablaba alto y claro—. Tendrás que encontrar en algún sitio hombres que se encarguen de la tarea. —¡Luz! ¡Parecía que estuvieran protegiéndose de tantas personas de dentro de la ciudad como de fuera!—. No harán falta muchos, pero hemos de saber si empiezan a actuar de forma rara o con mucho secreto, Birgitte. Puede que ésa sea la única advertencia que tengamos.

—Me estaba planteando qué hacer si una de las compañías se vendía —manifestó secamente Birgitte—. Saberlo no será suficiente a menos que cuente con hombres que corran hacia una puerta que sospeche que va a entregarse. La mitad de los soldados que hay en la ciudad son mercenarios y la mitad del resto son viejos que viven de su pensión desde hace unos cuantos meses. Cambiaré el destino de los servicios a intervalos irregulares. Les resultará más difícil entregar una puerta si no tienen la seguridad de dónde estarán apostados al día siguiente, pero eso no lo hará imposible.

Por más que protestara que no era un general había presenciado más batallas y asedios que cualesquiera diez generales vivos y sabía muy bien cómo se desarrollaban esos asuntos. Elayne casi deseó tener vino en la copa. Casi.

—¿Hay alguna posibilidad, maese Norry, de que los banqueros se enteren de lo que sabéis? Antes de que los préstamos se hagan efectivos. —Si se enteraban, algunos podrían decidir que preferían tener a Arymilla en el trono, ya que así ésta podría vaciar los cofres del país para saldar esos préstamos. Cabía la posibilidad de que hiciera tal cosa. Los mercaderes seguían los vientos de la política, soplaran hacia donde soplaran. De los banqueros se sabía que habían intentado influir en los acontecimientos.

—En mi opinión, no parece probable, milady. Tendrían que... eh... plantear las preguntas adecuadas a la gente adecuada, pero por lo general los banqueros son... eh... reservados unos con otros. Sí, me parece poco probable. De momento.

En cualquier caso no se podía hacer nada al respecto. Salvo decirle a Birgitte que podría surgir una nueva fuente para asesinos y raptores. Dada la dura expresión de su semblante y la repentina sensación funesta en el vínculo, ya había caído en la cuenta. Habría pocas posibilidades de mantener la escolta por debajo de cien mujeres ahora. Si es que la había habido en algún momento.

—Gracias, maese Norry —dijo Elayne—. Lo habéis hecho bien, como siempre. Informadme de inmediato si advertís alguna indicación de que los banqueros han planteado esas preguntas.

—Por supuesto, milady —murmuró el hombre, que inclinó la cabeza como haría una garceta al lanzarse sobre un pez—. Milady es muy amable.

Cuando Reene y Norry abandonaron la estancia —él sostuvo la puerta para la mujer a la par que hacía una reverencia un tanto más grácil de lo habitual, y ella

respondió con una ligera inclinación de cabeza mientras pasaba ante él camino del corredor—, Aviendha no deshizo la salvaguardia que mantenía. Tan pronto como la puerta se cerró —en silencio, pues la salvaguardia ahogaba todo sonido—, anunció:

—Alguien ha intentado escuchar.

Elayne sacudió la cabeza. Imposible saber quién —¿una hermana Negra? ¿Una Allegada curiosa?—, pero al menos no había logrado su propósito. No es que fuera probable que alguien pudiera traspasar una salvaguardia de Aviendha, quizá ni siquiera los Renegados eran capaces, pero su hermana se lo habría advertido de inmediato si alguien lo hubiera conseguido.

Dyelin acogió el anuncio de Aviendha con menos aplomo y masculló algo sobre las mujeres de los Marinos. No se había alterado lo más mínimo al enterarse de la marcha de la mitad de las Detectoras de Vientos; encontrándose presentes Reene y Norry no. Pero ahora demandó saber todo lo ocurrido.

—Nunca confié en Zaida —gruñó cuando Elayne acabó de explicarlo—. Este acuerdo suena bien para el comercio, supongo, pero no me sorprendería si hubiese ordenado a una Detectora de Vientos que escuchara. Me parece una mujer que quiere estar enterada de todo, por si acaso puede serle de utilidad algún día. —Dyelin no solía mostrarse vacilante, pero ahora dudó mientras hacía girar la copa entre las palmas—. ¿Estás segura de que ese... faro no puede hacernos daño, Elayne?

—Todo lo segura que puedo estar, Dyelin. Si fuera a resquebrajar el mundo como una nuez, ya lo habría hecho a estas alturas. —Aviendha se echó a reír, pero Dyelin palideció. ¡Vaya! A veces una tenía que reírse aunque sólo fuera para no ponerse a llorar.

—Si nos demoramos mucho aquí después de que la señora Harfor y Norry se hayan marchado, alguien empezará a preguntarse por qué —dijo Birgitte. Gesticuló hacia las paredes señalando la salvaguardia que no podía ver, pero que sabía seguía allí. Las reuniones diarias con la doncella primera y el jefe amanuense siempre ocultaban algo más.

Todas se agruparon alrededor de Birgitte mientras ésta apartaba un par de cuencos de porcelana de los Marinos que había en una mesa lateral y sacó un mapa con muchos dobleces del interior de su chaqueta. Siempre lo llevaba allí, salvo mientras dormía, y entonces lo guardaba debajo de la almohada. Extendido, con copas vacías sobre las esquinas para sujetarlo, el mapa representaba Andor desde el río Erinin hasta la frontera entre Altara y Murandy. A decir verdad, se podría decir que mostraba toda la nación, ya que lo que había más al oeste sólo había estado bajo el control de Caemlyn a medias desde hacía generaciones. Para empezar, no era una obra maestra de cartografía y las arrugas emborronaban gran parte de los detalles, pero mostraba el terreno bastante bien, además de aparecer reseñados todos los pueblos y ciudades, calzadas, puentes y vados. Elayne apartó la taza hasta donde le

llegaba el brazo para evitar derramarlo sobre el mapa por accidente y mancharlo más aún. Y para librarse de la asquerosa imitación de té.

—Los de las Tierras Fronterizas se han puesto en marcha —informó Birgitte mientras señalaba un punto en los bosques al norte de Caemlyn, por encima del límite territorial más septentrional de Andor—, pero no han cubierto mucho terreno. A este paso, habrá pasado un mes largo antes de que se acerquen a Caemlyn.

Dyelin giraba la copa de plata, prendida la mirada en el vino, y entonces alzó la vista de repente.

—Creía que vosotros, los norteños, estabais acostumbrados a la nieve, lady Birgitte. —Incluso en estos momentos tenía que sondear, y decirle que no lo hiciera sólo conseguiría que estuviera diez veces más segura de que Birgitte ocultaba algo y veinte veces más decidida a descubrir qué era.

Aviendha la miró ceñuda —cuando no se sentía apabullada con Birgitte a veces se convertía en feroz protectora de los secretos de la arquera—, pero la propia Birgitte sostuvo la mirada de Dyelin con gesto impasible, sin que el vínculo transmitiera atisbo de alarma. Había acabado sintiéndose cómoda con la mentira de sus orígenes.

—Hace mucho tiempo que no piso Kandor. —Aquello era la pura verdad, aunque el tiempo transcurrido era mucho más de lo que Dyelin podía imaginar. Por entonces ni siquiera existía un país llamado Kandor—. Pero no importa a lo que se esté acostumbrado. Mover en invierno a doscientos mil soldados, por no mencionar sólo la Luz sabe cuántos seguidores de campamento, se hace muy lento. Lo que es peor, envié a la señora Ocalin y a la señora Fote a visitar algunos pueblos situados a escasos kilómetros al sur de la frontera. —Sabeine Ocalin y Julanya Fote eran Allegadas que encauzaban—. Dicen que los aldeanos piensan que las gentes de las Tierras Fronterizas han acampado para pasar el invierno.

Elayne chasqueó la lengua mientras miraba ceñuda el mapa y seguía las distancias con un dedo. Había contado con la noticia sobre la presencia de la gente de las Tierras Fronterizas, ya que no con su apoyo. La noticia de un ejército de ese tamaño penetrando en Andor lo habría precedido como un incendio en una pradera seca. Sólo un necio habría pensado que habían recorrido todas esas centenares de leguas para intentar conquistar Andor, pero cualquiera que lo oyera se pondría a especular sobre sus intenciones y qué hacer con ellos, una opinión diferente en cada boca. Es decir, una vez que la nueva empezara a propagarse. Cuando ocurriera tal cosa, ella tendría ventaja sobre todos los demás. Para empezar, había acordado con los norteños que entraran en Andor, y también estaba arreglada su marcha.

La elección no había sido difícil. Detenerlos habría desembocado en derramamiento de sangre, si es que hubiera habido alguna posibilidad de hacerlo, y lo único que querían era una calzada para continuar viaje a Murandy, donde creían que encontrarían al Dragón Renacido. También eso era obra suya. Ocultaron la razón que

tenían para buscar a Rand, y ella no estuvo dispuesta a proporcionarles una ubicación verdadera, sobre todo considerando que viajaba con ellos una docena de Aes Sedai y que también habían ocultado ese detalle. Pero una vez que la noticia de su avance llegara a oídos de las Cabezas Insignes...

—Tendría que funcionar —musitó—. Si es preciso, nosotras mismas sembraremos rumores sobre los norteños.

—Debería funcionar —convino Dyelin, que añadió con voz sombría: siempre y cuando Bashere y Bael mantengan bien controlados a sus hombres. Va a ser una mezcla explosiva las gentes de las Tierras Fronterizas, los Aiel y la Legión del Dragón agrupados todos a pocos kilómetros de distancia unos de otros. Y no veo forma de asegurarnos que los Asha'man no hagan una locura. —Terminó con una aspiración despectiva. A su entender, para elegir convertirse en Asha'man un hombre tenía que estar loco, de entrada. Aviendha asintió con la cabeza. Estaba en desacuerdo con Dyelin casi con tanta frecuencia como Birgitte, pero en lo concerniente a los Asha'man era algo en lo que coincidían.

—Me aseguraré de que la gente de las Tierras Fronterizas se mantenga a distancia de la Torre Negra —las tranquilizó Elayne, aunque ya había hecho lo mismo en ocasiones anteriores. Hasta Dyelin sabía que Bael y Bashere controlarían a sus fuerzas; ninguno de los dos hombres deseaba una batalla innecesaria y por supuesto Davram Bashere no lucharía contra sus compatriotas. Pero cualquiera tenía derecho a no sentirse seguro sobre los Asha'man y lo que éstos podrían hacer. Elayne deslizó el dedo desde la estrella de seis puntas que identificaba a Caemlyn hasta esos pocos kilómetros de terreno que los Asha'man habían usurpado. La Torre Negra no aparecía señalada en el mapa, pero sabía perfectamente dónde se ubicaba. Al menos era un punto bastante apartado de la calzada de Lugard. Dirigir a los norteños hacia el sur, a Murandy, sin perturbar a los Asha'man no sería difícil.

Apretó los labios al pensar que no debía perturbar a esos hombres, pero no había nada que hacer en ese asunto a corto plazo, de modo que apartó a un lado en su mente a los hombres de chaqueta negra. Las cosas que no podían solucionarse ahora, habría que solucionarlas más adelante.

—¿Y las demás? —No tuvo que ser más explícita. Seis grandes casas seguían sin decantarse, al menos a favor de Arymilla o de ella. Dyelin mantenía que todas acudirían finalmente a Elayne, pero hasta el momento no habían dado señales de hacerlo. Sabeine y Julanya también habían buscado noticias de esas seis. Las dos mujeres habían pasado los últimos veinte años como buhoneras y estaban acostumbradas a los viajes duros, a dormir en establos o bajo los árboles y a escuchar tanto lo que la gente no decía como lo que decía. Eran unas exploradoras perfectas. Sería una gran pérdida tener que cambiarlas para mantener abastecida la ciudad.

—Los rumores sitúan a lord Luan en una docena de sitios distintos, al este y al

oeste. —Observando ceñuda el mapa surcado de arrugas como si la posición de Luan tuviera que aparecer marcada en él, Birgitte masculló una maldición más fuerte de lo que justificaba el momento, seguramente porque ahora no estaba la señora Harfor—. Siempre en el pueblo de más adelante o dos más allá. Lady Ellorien y lord Abelle parecen haber desaparecido por completo, por difícil que pueda ser tal cosa para una Cabeza Insigne. Al menos, la señora Ocalin y la señora Fote no han conseguido enterarse de la menor indicación sobre ellos o de ninguno de los mesnaderos de la casa Pendar o de la casa Traemane. Ni hombres ni caballos. Eso sí que es inusitado. Alguien ha estado realizando un gran esfuerzo.

—Abelle siempre fue un fantasma cuando quiso —murmuró Dyelin—, siempre capaz de pillarte desprevenida. Ellorien... —Se pasó los dedos por los labios y suspiró —. Esa mujer es demasiado llamativa para desaparecer. A menos que esté con Abelle o Luan. O con ambos. —Aquella idea no le gustaba, dijera lo que dijera.

—En cuanto a nuestros otros «amigos» —continuó Birgitte—, lady Arathelle cruzó la frontera de Murandy hace cinco días, aquí. —Tocó ligeramente el mapa, unos trescientos kilómetros al sur de Caemlyn—. Hace cuatro días, lord Pelivar la cruzó a unos ocho o diez kilómetros de ese punto, y lady Aemlyn aquí, a otros ocho o diez kilómetros.

—No van juntos —dijo Dyelin mientras asentía con la cabeza—. ¿Trajeron murandianos? ¿No? Estupendo. Podrían estar de camino a sus predios, Elayne. Si se distancian aún más entonces lo sabremos con seguridad. —Esas tres casas eran las que más ansiedad despertaban en ella.

—Sí, podrían dirigirse a casa —convino Birgitte, de mala gana como siempre que coincidía con Dyelin. Se echó la trenza sobre el hombro y la aferró casi como hacía Nynaeve—. Hombres y caballos deben de estar agotados después de marchar hasta Murandy en invierno, pero de lo único que podemos estar seguras es de que están en movimiento.

Aviendha resopló. Con su elegante vestido de terciopelo resultó un sonido sorprendente.

—Siempre hay que dar por hecho que el enemigo hará lo que uno no quiere que haga. Que decidirá lo que uno menos querría que hiciera. Y entonces hacer planes sobre eso.

—Aemlyn, Arathelle y Pelivar no son enemigos —protestó Dyelin sin demasiada convicción. Por mucho que creyera que su respaldo llegaría con el tiempo, esos tres habían anunciado su apoyo a la propia Dyelin para ocupar el trono.

Elayne no sabía de ninguna reina a la que hubiesen forzado a ocupar el solio —esa clase de cosas no se reflejarían en la historia, de todos modos—, pero Aemlyn, Arathelle y Pelivar parecían dispuestos a intentarlo y no con vistas a ganar poder para sí mismos. Dyelin no quería el trono, pero difícilmente sería una dirigente pasiva. El

hecho es que el último año de reinado de Morgase Trakand había quedado marcado por un error garrafal tras otro, y pocos sabían o creían que durante ese tiempo hubiera estado cautiva de uno de los Renegados. Algunas casas querían a cualquiera en el trono salvo otra Trakand. O eso pensaban.

—¿Y qué es lo que menos querríamos que hicieran? —dijo Elayne—. Si se dispersan en sus respectivos predios, entonces estarán fuera del asunto hasta primavera cuando menos, y para entonces todo se habrá decidido. —Sería así, si la Luz quería—. Mas ¿y si continúan hasta Caemlyn?

—Sin los murandianos, no cuentan con suficientes mesnaderos para desafiar a Arymilla. —Birgitte se rascó la mejilla mientras estudiaba el mapa—. Si a estas alturas no saben que los Aiel y la Legión del Dragón no toman parte en esto, no tardarán en enterarse, pero querrán actuar con precaución. Ninguno de ellos parece tan necio como para provocar una lucha que no pueden ganar cuando no hay motivo que la haga necesaria. Yo diría que acamparán en algún punto al este o al sudeste, donde pueden seguir la marcha de los acontecimientos y tal vez influir en ellos.

Dyelin apuró el vino, que ya debía de estar frío, suspiró hondo y fue a llenar de nuevo la copa.

—Si vienen a Caemlyn —dijo en tono sombrío—, entonces es que esperan que Luan o Abelle o Ellorien se reúnan con ellos. Quizá los tres.

—En tal caso hemos de discurrir cómo impedirles que lleguen a Caemlyn antes de que nuestros planes fructifiquen, y sin crear una enemistad permanente con ellos. —Elayne se esforzó para que su voz sonara tan firme y segura como desanimada la de Dyelin—. Y hemos de planear qué hacer en caso de que lleguen aquí demasiado pronto. Si eso ocurre, Dyelin, tendrás que convencerlos de que la elección está entre Arymilla y yo. De otro modo, nos encontraremos en una maraña de la que quizá no salgamos nunca, y Andor con nosotras.

Dyelin emitió un sonido como si hubiese recibido un puñetazo. La última vez que las casas se habían dividido a partes iguales entre tres aspirantes al Trono del León había sido hacía casi quinientos años, y hubo siete años de guerra antes de que se coronara a una reina. Para entonces, las tres aspirantes originales habían muerto.

Sin pensarlo, Elayne cogió la taza y dio un sorbo. El té se había enfriado, pero el sabor a miel le inundó la boca. ¡Miel! Miró estupefacta a Aviendha y los labios de su hermana se curvaron en una ligera sonrisa. Una sonrisa de complicidad, como si Birgitte no supiera exactamente lo que había pasado. Ni siquiera su vínculo extrañamente aumentado llegaba a que saboreara lo mismo que Elayne, pero sin duda habría notado la sorpresa y el placer al probar el té. Puesta en jarras, adoptó una actitud de reproche. O más bien lo intentó, porque a su pesar también apareció una sonrisa en su rostro. De repente Elayne se dio cuenta de que el dolor de cabeza de Birgitte había desaparecido. Ignoraba cuándo se le había pasado, pero desde luego ya

no estaba ahí.

—Esperar lo mejor y planear para lo peor —dijo—. A veces ocurre lo mejor.

Dyelin, ajena a lo de la miel o cualquier otra cosa que no fuera que las tres sonreían, resopló con fuerza.

—Y a veces no. Si tu avispado plan sale exactamente como se proyectó, Elayne, no necesitaremos a Aemlyn ni a Ellorien ni a los otros, pero es un juego terrible. Para que salga mal sólo hace falta que...

La hoja izquierda de la puerta se abrió para dar paso a una ráfaga de frío y a una mujer de mejillas sonrosadas, ojos gélidos y el nudo dorado de subteniente en el hombro. Quizás había llamado antes, pero si lo había hecho, la salvaguardia había tapado el sonido. Como Rasoria, Tzigan Sokorin había sido cazadora del Cuerno antes de unirse a la escolta de Elayne. Al parecer había habido cambio de guardia.

—La Sabia Monaelle desea ver a lady Elayne —anunció Tzigan mientras se ponía muy recta—. La señora Karistovan la acompaña.

A Sumeko podía decirle que la recibiría más tarde, pero no a Monaelle. La gente de Arymilla no pondrían obstáculos a una Aiel del mismo modo que no lo hacían con una Aes Sedai, pero sólo algo importante habría llevado a una Sabia a la ciudad. Birgitte también lo sabía y de inmediato se puso a doblar de nuevo el mapa. Aviendha dejó que el tejido de la salvaguardia se disipara y soltó la Fuente.

—Pídeles que pasen —dijo Elayne.

Monaelle no esperó a que Tzigan le diera paso; tan pronto como la salvaguardia desapareció, entró en la estancia en medio del tintineo de multitud de brazales de oro y marfil cuando se bajó el chal de los hombros al doblez de los brazos por la diferencia de temperatura. Elayne ignoraba la edad de Monaelle —las Sabias no se mostraban tan reticentes al tema de la edad como las Aes Sedai, pero lo soslayaban —, aunque por su aspecto no hacía mucho que había dejado atrás los años de madurez. Su cabello rubio, largo hasta la cintura, tenía reflejos rojizos, pero ni el menor atisbo de blanco. Baja para una Aiel, más que Elayne, con un rostro afable y maternal, apenas era bastante fuerte en el Poder para que se la hubiera aceptado en la Torre, pero esa fuerza no contaba entre las Sabias, y entre éstas ocupaba una posición muy alta. Y más para Elayne y Aviendha, pues había sido la matrona de su nacimiento como primeras hermanas. Elayne le dedicó una reverencia, sin hacer caso del sonido desaprobador de Dyelin, y Aviendha hizo una profunda inclinación, doblándose por encima de las manos. Aparte de las obligaciones debidas a su matrona según la costumbre Aiel, seguía siendo una aprendiza de Sabia, después de todo.

—Deduzco que vuestra necesidad de estar en privado ha acabado, ya que habéis quitado la salvaguardia —dijo Monaelle—, y es hora de que compruebe tu estado, Elayne Trakand. Debería hacerse dos veces al mes hasta el final del período. —¿Por

qué miraba ceñuda a Aviendha? ¡Oh, Luz, el vestido de terciopelo!

—Y yo he venido para ver qué hace —añadió Sumeko, que entró detrás de la Sabia. Sumeko era una mujer imponente, de constitución sólida, con una mirada de confianza en sí misma; lucía un vestido de paño amarillo de buena confección, ceñido con cinturón rojo, y se adornaba el cabello, negro y liso, con peinetas de plata; un broche redondo, de plata y esmaltado, brillaba en el cuello alto del vestido. Podría haber pasado por una noble o una mercader próspera. Otrora había demostrado cierta timidez, al menos estando con Aes Sedai, pero ya no. Ni con Aes Sedai ni con soldados de la Guardia de la Reina—. Puedes irte —le dijo a Tzigan—. Esto no te concierne. —Ni con nobles, dicho fuera de paso—. Vos también podéis marcharos, lady Dyelin, y vos, lady Birgitte. —Miró a Aviendha, como considerando añadirla a la lista.

—Aviendha puede quedarse —manifestó Monaelle—. Está perdiéndose muchas clases y esto debe aprenderlo antes o después. —Sumeko asintió en conformidad, pero mantuvo una actitud de fría impaciencia hacia Dyelin y Birgitte.

—Lady Dyelin y yo tenemos asuntos que discutir —dijo Birgitte mientras se guardaba el mapa doblado dentro de la chaqueta roja y se encaminaba hacia la puerta —. Te contaré esta noche lo que se nos haya ocurrido, Elayne.

Dyelin le asestó una mirada cortante, casi tanto como la que había dirigido a Sumeko, pero dejó la copa de vino en una de las bandejas e hizo su habitual reverencia a Elayne, tras lo cual aguardó con visible impaciencia mientras Birgitte se acercaba a murmurar al oído de Monaelle algo, a lo que la Sabia respondió brevemente, pero en voz igualmente baja. ¿De qué cuchicheaban? Seguramente de la leche de cabra.

Una vez que la puerta se cerró tras Tzigan y las otras dos mujeres, Elayne ofreció mandar traer más vino, ya que el que había en las jarras estaba frío, pero Sumeko rechazó la oferta de forma cortante y Monaelle cortésmente aunque con aire ausente. La Sabia estaba estudiando a Aviendha con tal intensidad que la mujer más joven empezó a ponerse colorada y apartó la vista al tiempo que se aferraba la falda.

—No llames la atención a Aviendha a causa de su atuendo, Monaelle —dijo Elayne—. Fui yo quien le pidió que se lo pusiera, y ella accedió para hacerme un favor.

Fruncidos los labios, la Sabia reflexionó antes de contestar.

—Las primeras hermanas deben hacerse favores —respondió finalmente—. Conoces tu deber para con tu pueblo, Aviendha. Hasta ahora, has hecho bien una tarea difícil. Has de aprender a vivir en dos mundos, de modo que es adecuado que te acostumbres a llevar esas ropas. —Aviendha empezó a relajarse. Hasta que Monaelle continuó—: Pero no demasiado. De ahora en adelante, pasarás una noche en las tiendas cada tres días. Mañana puedes regresar conmigo. Te queda mucho que

aprender aún antes de que te conviertas en Sabia, y eso es tu deber tanto como ser un cordón vinculante.

Elayne alargó la mano y tocó la de su hermana, y cuando Aviendha intentó soltarse tras darse un apretón, la mantuvo cogida. Aviendha vaciló un instante, pero después siguió agarrando la de Elayne. De un modo extraño, tener a Aviendha había servido de consuelo a Elayne por la ausencia de Rand; no sólo era una hermana, sino una hermana que también lo amaba. Podían compartir la fortaleza y hacerse reír una a la otra cuando habrían querido llorar, y podían llorar juntas cuando era necesario. Pasar sola una noche de cada tres seguramente significaría pasarse llorando una noche de cada tres. Luz, ¿qué estaba haciendo Rand? Aquel terrible faro en el oeste seguía resplandeciendo con tanta fuerza como al principio, y Elayne no dudaba ni por un momento que él se encontraba en el núcleo de aquello. En su vínculo no había cambiado ni una partícula, pero no tenía dudas.

De pronto se dio cuenta de que estaba apretando la mano de Aviendha con terrible fuerza y que Aviendha hacía otro tanto. Aflojaron las dos al tiempo, pero no se soltaron.

—Los hombres causan problemas aun estando ausentes —musitó Aviendha.

—Lo hacen, sí —convino Elayne.

El intercambio hizo sonreír a Monaelle. Era una de las pocas personas que sabían su vinculación con Rand y quién era el padre del bebé de Elayne. En cambio, ninguna de las Allegadas tenía noticias de ello.

—Creo que ya has dejado que un hombre te cause todos los problemas que podía, Elayne —comentó remilgadamente Sumeko. La Regla de las Allegadas seguía las normas para novicias y Aceptadas, prohibiendo no sólo los niños sino cualquier cosa que pudiera conducir a tenerlos, y la cumplían estrictamente. Otrora, una Allegada se habría tragado la lengua antes de sugerir a una Aes Sedai que no estaba a la altura de la Regla. No obstante, mucho era lo que había cambiado desde entonces—. Se supone que he de viajar a Tear hoy para traer un cargamento de grano y aceite mañana, y se está haciendo tarde; así que, si habéis acabado de hablar sobre hombres, sugiero que dejes que Monaelle empiece con lo que ha venido a hacer.

Monaelle situó a Elayne delante del hogar, lo bastante cerca para que el calor de los troncos casi consumidos resultara casi incómodo —era mejor si la madre estaba caliente, explicó—, y entonces el brillo del *Saidar* la envolvió y se puso a tejer hilos de Energía, Fuego y Tierra. Aviendha observaba casi tan ávidamente como Sumeko.

—¿Qué es? —preguntó Elayne mientras el tejido se ceñía a su alrededor y se hundía en ella—. ¿Es como el Ahondamiento? —Todas las Aes Sedai que había en palacio le habían hecho el Ahondamiento, aunque sólo Merilille poseía suficiente destreza con la Curación para que sirviera de algo, pero ni ellas ni Sumeko habían sido capaces de decir mucho más aparte de que estaba embarazada. Sintió un ligero

cosquilleo, una especie de zumbido en su interior.

—No seas tonta, muchacha —dijo con aire absorto Sumeko.

Elayne enarcó una ceja e incluso pensó ponerle el anillo de la Gran Serpiente debajo de la nariz a Sumeko, pero la mujer de mejillas redondas no pareció darse cuenta del gesto, así que quizá tampoco advirtiera el anillo. Estaba inclinada hacia adelante, escudriñando como si pudiera ver el tejido dentro del cuerpo de Elayne.

—Las Sabias aprendieron la Curación de mí —continuó—. Y de Nynaeve, supongo —concedió al cabo de un momento. Oh, Nynaeve habría estallado como los fuegos de artificios de los Iluminadores si hubiese oído eso. Claro que Sumeko la había aventajado hacía tiempo ya—. Y aprendieron la forma sencilla de las Aes Sedai. —Un resoplido desdeñoso, semejante al ruido de la lona al rasgarse, denotó lo que Sumeko pensaba de la forma «sencilla», la única clase de Curación que las Aes Sedai habían conocido durante miles de años—. Esto es algo propio de las Sabias.

—Se llama Acariciar al Bebé —explicó Monaelle con voz abstraída, centrada casi por completo en el tejido. Un simple Ahondamiento para saber qué aquejaba a alguien era sencillo, pensándolo bien y ya habría terminado a esas alturas, pero la Sabia cambió los flujos y el zumbido dentro de Elayne varió de tono a la par que penetraba más—. Podría ser parte de la Curación, una especie de Curación, pero nosotras lo conocemos desde antes de que se nos enviara a la Tierra de los Tres Pliegues. Algunos modos en que los flujos se utilizan son similares a lo que Sumeko Karistovan y Nynaeve al'Meara nos enseñaron. En Acariciar al Bebé se descubre la salud de la madre y la de la criatura, y cambiando los tejidos se pueden saber algunos problemas de cualquiera de los dos, pero no funcionan en una mujer que no esté embarazada. Ni, por supuesto, en un hombre.

El zumbido subió de intensidad hasta que a Elayne le pareció que todo el mundo tenía que estar oyéndolo. Tuvo la impresión de que los dientes le vibraban. Una idea anterior le volvió a la cabeza.

—¿Encauzar puede perjudicar a la criatura? Si encauzo yo, quiero decir.

—Igual que respirar. —Monaelle dejó que el tejido desapareciera y sonrió—. Llevas dos. Es demasiado pronto para saber el sexo, pero gozan de buena salud, y tú también.

¡Dos! Elayne compartió una gran sonrisa con Aviendha. Casi podía sentir el placer de su hermana. Iba a tener mellizos. Los bebés de Rand. Un niño y una niña, esperaba, o dos niños. Unas mellizas constituirían todo tipo de dificultades para la sucesión. Nadie había alcanzado la Corona de la Rosa con el respaldo de todo el mundo.

Sumeko hizo un ruido gutural mientras gesticulaba hacia Elayne con impaciencia, y Monaelle asintió.

—Hazlo exactamente como te he dicho y verás.

Observó cómo Sumeko abrazaba la Fuente y formaba el tejido y volvió a asentir. La rellena Allegada dejó que éste penetrara en Elayne y dio un respingo como si fuera quien sentía el zumbido.

—No tendrás que preocuparte por los mareos matinales —prosiguió Monaelle—, pero algunas veces encontrarás dificultades para encauzar. Puede que los hilos se te escapen como si tuvieran grasa o se diluyan como niebla, de modo que habrás de volver a intentarlo una y otra vez para realizar el tejido más simple o para mantenerlo. Esto puede ir empeorando a medida que el embarazo progrese, y no podrás encauzar en absoluto durante el parto y al dar a luz, pero la capacidad volverá justo después de que las criaturas nazcan. A no tardar, también tendrás el humor cambiante, si es que no ha empezado ya, llorosa en cierto momento y enfurecida al siguiente. El padre de tus bebés hará bien si actúa con prudencia y guarda las distancias todo lo posible.

—He oído que ya le ha dado un buen repaso esta mañana —murmuró Sumeko. Soltó el tejido, se puso derecha y se ajustó el cinturón rojo al talle—. Esto es extraordinario, Monaelle. Jamás pensé que hubiese un tejido que sólo se utilizara con una mujer embarazada.

Elayne había apretado los labios pero se limitó a comentar:

—¿Y todas esas cosas las sabes merced a este tejido, Monaelle? —Era mejor que la gente pensara que sus bebés eran de Doilan Mellar. Los hijos de Rand al'Thor se convertirían en dianas, se andaría a su caza por miedo o por odio o para aprovecharse, pero nadie daría importancia a los de Mellar, quizá ni el propio interesado. Era lo mejor y no había más que hablar.

Monaelle echó la cabeza hacia atrás y se rió con tantas ganas que tuvo que limpiarse las lágrimas con el chal.

—Todo eso lo sé por haber parido siete hijos y haber tenido tres esposos, Elayne Trakand. La habilidad de encauzar te escuda de los mareos matinales, pero también se paga en otros aspectos. Vamos, Aviendha, tú también tienes que probar. Con cuidado. Exactamente como lo hice yo.

Anhelante, Aviendha abrazó la Fuente, pero antes de que hubiese empezado a tejer los hilos soltó el *Saidar* y volvió la cabeza para mirar fijamente la pared revestida de oscuros paneles. Hacia el oeste. Otro tanto hicieron Elayne y Monaelle y Sumeko. El faro que había resplandecido durante tanto tiempo acababa de desvanecerse. Un momento antes estaba allí, estaba aquella llamarada rugiente de *Saidar*, y de pronto desapareció como si jamás hubiese existido. El generoso busto de Sumeko se alzó cuando la mujer inhaló hondo.

—Creo que algo muy maravilloso o muy terrible ha ocurrido hoy —musitó—. Y creo que me da miedo descubrir cuál de las dos cosas ha sido.

—Maravilloso —manifestó Elayne. Había acabado, fuera lo que fuera, y Rand

seguía vivo. Eso era suficientemente maravilloso.

Monaelle la observó con aire interrogante. Sabiendo como sabía lo del vínculo, podía desentrañar el resto, pero la Sabia se limitó a toquetear uno de sus collares con aire pensativo. En cualquier caso, se lo sacaría a Aviendha a no tardar.

Una llamada a la puerta las hizo dar un brinco a todas. A todas salvo a Monaelle, mejor dicho. La Sabia, fingiendo no haber reparado en el sobresalto de las otras mujeres, se centró algo más de lo necesario en ajustarse el chal, cosa que resaltó la diferencia. Sumeko tosió para disimular su turbación.

—Adelante —dijo Elayne en voz alta. Hacía falta gritar casi para que se oyera a través de la puerta aun sin una salvaguardia.

Caseille asomó la cabeza, con el sombrero en la mano, y después entró y cerró cuidadosamente la puerta tras ella. La puntilla blanca del cuello y los puños resplandecía de limpia, así como la que orlaba la banda, y el peto brillaba como si estuviera recién bruñido, pero obviamente había vuelto al servicio nada más asearse y cambiarse tras el viaje.

—Disculpad la interrupción, milady, pero pensé que deberíais saberlo de inmediato. Las mujeres de los Marinos están frenéticas, las que siguen aquí. Al parecer una de sus aprendizas no aparece.

—¿Qué más? —preguntó Elayne. La desaparición de una aprendiza ya era bastante malo, pero en el semblante de Caseille había algo que anunciaba algo más.

—La guardia Azeri acaba de informarme que vio a Merilille Sedai abandonando el palacio hace tres horas —explicó a regañadientes Caseille—. Merilille y una mujer que iba con capa y embozada. Cogieron caballos y una mula cargada con bultos. Yurith dice que la otra mujer tenía las manos tatuadas. Milady, nadie tenía instrucciones de vigilar si...

Elayne hizo un ademán para que no siguiera.

—Nadie hizo nada malo, Caseille. No se culpará a nadie. —No entre las guardias, al menos. Menudo lío. Talaan y Metarra, las dos aprendizas de Detectoras de Vientos, eran muy fuertes en el Poder, y si Merilille había podido convencer a cualquiera de las dos de que intentara hacerse Aes Sedai, también se habría convencido a sí misma de que llevar a la chica a donde se la pudiera apuntar en el libro de novicias era razón suficiente para eludir su propia promesa de enseñar a las Detectoras de Vientos. Que estarían más que molestas por perder a Merilille y más que furiosas por la desaparición de la aprendiza. Ellas sí que culparían a cualquiera que se les pusiera delante, y a Elayne a quien más.

—¿Se ha extendido la noticia de lo de Merilille? —preguntó.

—Aún no, milady, pero quienquiera que ensillara sus caballos y cargara la mula no se morderá la lengua. Los mozos de establo no tienen mucho sobre lo que chismorrear. —En tal caso, más que un lío lo que había era un fuego en la broza, y

muy pocas posibilidades de apagarlo antes de que se extendiera a los graneros.

—Espero que cenes conmigo más tarde, Monaelle, pero ahora tendrás que excusarme —dijo Elayne. Ni que tuviera obligación con su matrona ni que no, no esperó respuesta de la mujer. Tratar de apagar el fuego podría bastar para que no se prendieran los graneros. Quizá—. Caseille, informa a Birgitte y dile que quiero que envíe una orden a las puertas de inmediato por si ven a Merilille. Lo sé, lo sé, quizás ha salido ya de la ciudad, y de todos modos los guardias no cerrarían el paso a una Aes Sedai, pero tal vez sí puedan retrasarla o asustar a su compañera para que vuelva a la ciudad a esconderse. Sumeko, ¿quieres pedir a Reanne que asigne a todas las Allegadas que no pueden Viajar para que busquen por la ciudad? Es una esperanza remota, pero Merilille podría haber pensado que era muy tarde ya para emprender viaje. Que comprueben en todas las posadas, incluida El Cisne de Plata, y...

Esperaba que Rand hubiese hecho algo maravilloso ese día, pero no podía perder tiempo ahora ni siquiera para pensar en eso. Tenía que ganarse un trono y vérselas con unas Atha'an Miere furiosas antes de que descargaran su ira en ella, esperaba. En resumen, el día estaba transcurriendo como cualquier otro desde que había regresado a Caemlyn, lo que significaba que tenía trabajo a manos llenas.

15. Oscuridad creciente

El sol de la tarde era una bola de color sangre sobre los tejados y arrojaba una luz refulgente sobre el campamento, un conjunto espaciado de estacadas de caballos, carretas con cubiertas de lona, carros de ruedas altas y tiendas de todos los tamaños y clases, con la nieve entremedias pisoteada hasta volverse fangosa. No era el momento del día ni la clase de lugar que Elenia habría elegido para ir a caballo. El olor de carne cocinándose en las grandes ollas de hierro negro bastaba para revolverle el estómago. La gélida temperatura le helaba el aliento y prometía la llegada de una noche cruda, y el aire penetraba su mejor capa roja sin que importara el grueso forro de piel blanca. Se suponía que la piel del zorro de las nieves era más cálida que otras, pero a ella nunca se lo parecía.

Manteniendo la capa cerrada con la mano enguantada, avanzó despacio mientras ponía todo su empeño —aunque sin demasiado éxito— en no tiritar. Dada la hora, lo más lógico sería que pasara la noche allí, pero aún no sabía dónde iba a dormir. Sin duda en la tienda de algún noble menor, con el lord o la lady desalojado para encontrar refugio en otra parte e intentando poner buena cara a pesar de todo, pero a Arymilla le gustaba tenerla en vilo hasta el último momento, con lo de las camas y con todo lo demás. No bien acababa de disiparse una incertidumbre cuando otra la reemplazaba. Obviamente la mujer pensaba que la duda constante la haría sentir desasosiego, quizás hasta ansiedad por complacerla. Nada más lejos de la realidad, pero tampoco era el único error de cálculo de Arymilla, empezando con el de creer que a Elenia Sarand le habían cortado las garras.

Sólo tenía cuatro hombres como escolta con los dos Jabalíes Dorados en las capas —y por supuesto a su doncella, Janny, arrebujada en la capa hasta dar la sensación de ser un bulto de paño verde encaramado a la silla—, y no había visto en el campamento a un solo individuo más del que supiera a ciencia cierta que albergaba una pizca de lealtad a Sarand. Aquí y allí, alguno de los grupos de hombres apiñados alrededor de las fogatas, con sus lavanderas y costureras, exhibían el Zorro Rojo de la casa Anshar, y una doble columna de jinetes con el Martillo Alado de los Baryn se cruzó con ella en dirección opuesta, a paso lento, los rostros endurecidos tras las barras de las viseras de los yelmos. Contaban poco, a la larga. Karind y Lir habían salido muy chamuscados por ser lentos cuando Morgase tomó el trono. Esta vez llevarían a Anshar y Baryn dondequiera que hubiera ventaja en el instante en que lo vieran con claridad, abandonando a Arymilla con tanta rapidez como habían corrido a unirse a ella. Cuando llegara el momento.

La mayoría de los hombres que caminaban por la embarrada nieve o se asomaban con esperanza a aquellas asquerosas ollas eran reclutas, granjeros y pueblerinos reunidos por sus señores cuando se pusieron en marcha, y unos pocos llevaban

cualquier tipo de insignia de casa en sus deshilachadas chaquetas y capas remendadas. Prácticamente resultaba imposible distinguir supuestos soldados de herreros, flecheros y otros por el estilo, ya que casi todos llevaban al cinto una espada de cualquier clase o un hacha. Luz, un buen número de mujeres llevaban cuchillos tan largos que merecían llamarse espadas cortas, pero no había forma de distinguir a la esposa de un granjero reclutado de una conductora de carretas: vestían el mismo tipo de ropas de paño basto, tenían las mismas manos toscas y los mismos semblantes de cansancio. En cualquier caso, no importaba. Este asedio en invierno era un terrible error —los mesnaderos empezarían a pasar hambre mucho antes de que la sintieran en la ciudad—, pero le daba a ella una oportunidad, y cuando se presentaba una brecha, se atacaba. Elenia mantenía la capucha retirada lo suficiente para que se le vieran las facciones claramente, a pesar del cortante viento, e inclinaba gentilmente la cabeza a cualquier sucio patán que mirase en su dirección y pasaba por alto los sorprendidos respingos que daban algunos ante su condescendencia.

La mayoría recordaría su afabilidad, recordaría los Jabalíes Dorados que lucía su escolta y sabría que Elenia Sarand había reparado en ellos. Sobre esos cimientos se levantaba el poder. Una Cabeza Insigne, al igual que una reina, se encontraba en lo alto de una torre conformada por gente. Cierto, los de abajo eran ladrillos de la arcilla más inferior, pero si aquellos ladrillos corrientes se rompían, la torre caía. Eso era algo que Arymilla parecía haber olvidado, si es que lo había sabido alguna vez. Elenia dudaba que Arymilla hablara con alguien que estuviera por debajo de un mayordomo o un sirviente personal. De haber sido... prudente, ella misma habría intercambiado unas palabras en cada hoguera, quizás habría asido una mano mugrienta de vez en cuando, recordándole a la gente que se habían visto antes o al menos fingiendo lo bastante para que pareciera así. Pura y simplemente, Arymilla carecía de inteligencia para ser reina.

El campamento cubría más terreno que muchas ciudades; más que un campamento era una agrupación de un centenar de ellos de distintos tamaños, así que era libre de deambular sin preocuparse demasiado por desviarse cerca de los límites exteriores, pero de todos modos llevaba cuidado. Los centinelas se mostrarían corteses, a menos que fueran completamente idiotas, pero sin duda tendrían sus órdenes. Por principio, aprobaba que la gente hiciera lo que se le ordenaba, pero sería mejor evitar cualquier incidente embarazoso. Sobre todo dadas las probables consecuencias si Arymilla creía que había intentado fugarse. Ya se había visto obligada a soportar una gélida noche durmiendo en la asquerosa tienda de un soldado, un refugio que no merecía tal nombre, plagado de bichos y con agujeros mal remendados, por no mencionar la falta de Janny para ayudarla con el vestido y añadir un poco de calor bajo la penosa imitación de mantas, y eso había sido sólo por un supuesto desaire. Vale, había sido un desaire de verdad, pero dudaba que Arymilla

fuera lo bastante lista para pillarlo. Luz, pensar que tenía que llevar cuidado con esa... ¡esa boba con cerebro de mosquito! Se ajustó más la capa en un intento de fingir que el escalofrío se debía a una reacción al helado viento. Había cosas mejores en las que pensar. Cosas más importantes. Hizo un gesto con la cabeza a un joven que llevaba un pañuelo oscuro envuelto en la cabeza; el chico abrió mucho los ojos y reculó como si lo hubiese mirado de mala manera. ¡Estúpido palurdo!

Era irritante pensar que, a sólo unos kilómetros, esa mocosa, Elayne, estaría sentada cómoda y caliente en el Palacio Real, atendida por docenas de sirvientes bien entrenados y seguramente sin más que un par de pensamientos en la cabeza que no llegarían más allá de qué ponerse esa noche para la cena que prepararían las cocineras de palacio. Corría el rumor de que estaba preñada, posiblemente de alguno de los guardias. Quizás era así. Elayne nunca había tenido más sentido de la decencia que su madre. Dyelin era el cerebro allí, una mente aguda y peligrosa pese a su patética falta de ambición, quizás aconsejada por una Aes Sedai. Al menos tenía que haber una verdadera Aes Sedai entre todos esos absurdos rumores.

Salían tantas fábulas de la ciudad que distinguir la realidad de las necedades resultaba difícil —¿mujeres de los Marinos abriendo agujeros en el aire? ¡Qué solemne tontería!—, pero aun así era evidente que la Torre Blanca tendría interés en poner a una de las suyas en el trono. ¿Y cómo no? Empero, Tar Valon parecía ser pragmática en lo tocante a estos asuntos. La historia demostraba claramente que quienquiera que alcanzara el Trono del León no tardaría en descubrir que, de hecho, era a ella a la que la Torre había favorecido desde el principio. Las Aes Sedai no perderían su contacto con Andor por falta de sagacidad, en particular estando la Torre dividida. Elenia estaba tan segura de eso como lo estaba de su propio nombre. De hecho, si la mitad de lo que había oído contar sobre la situación de la Torre era verdad, la próxima reina de Andor podría encontrarse en posición de demandar lo que quisiera a cambio de mantener esa conexión intacta. En cualquier caso, nadie iba a ponerse la Corona de la Rosa en la cabeza antes del verano, como pronto, y podían cambiar muchas cosas antes de ese momento. Muchas.

Hacía la segunda ronda por el campamento cuando, al ver delante otro pequeño grupo montado que se abría camino lentamente entre las hogueras bajo las últimas luces del día, frunció el ceño y tiró con brusquedad de las riendas. Las mujeres iban con capas y bien echadas las capuchas, una de seda de color azul fuerte orlada con piel negra, y la otra de sencillo paño marrón, pero la Triple Llave plateada que destacaba en las capas de los cuatro mesnaderos las identificaba de sobra. Elenia podía imaginar un sinnúmero de personas con las que sería más fácil toparse que con Naean Arawn. De todos modos, aunque Arymilla no les había prohibido expresamente reunirse de momento —Elenia oyó y sintió rechinar sus dientes y se obligó a aflojar las mandíbulas—, lo más prudente era no forzar las cosas. Sobre todo

cuando no parecía que pudiera sacarse ventaja de tal reunión.

Por desgracia, Naean la vio antes de poder desviarse. La mujer habló precipitadamente con su escolta y, mientras los mesnaderos y la doncella hacían sus reverencias, taconeó al castrado negro en dirección a Elenia a un paso tal, que los cascos del animal lanzaron terrones de barro al aire. ¡Así abrasara la Luz a esa necia! Por otro lado, saber lo que quiera que estuviera acosando a Naean para que actuara con semejante imprudencia podría resultar valioso, mientras que ignorarlo podría ser peligroso. Podría, pero descubrirlo también conllevaba peligro.

—Quedaos aquí y recordad que no habéis visto nada —espetó Elenia a su reducido séquito, y taconeó los costados de *Viento del Alba* sin aguardar respuesta.

No necesitaba de reverencias e inclinaciones ampulosas cada vez que se daba media vuelta; con que fueran apropiadas bastaba y su gente sabía a qué atenerse, de manera que hacía lo que ella mandaba, ni más ni menos. ¡De los que tenía que preocuparse era de todos los demás, así se abrasaran! Cuando el zaino de largas patas se lanzó hacia adelante, a Elenia se le escapó la capa que sujetaba con una mano y la prenda ondeó a su espalda como el emblema carmesí de Sarand. Se negó a recoger la capa y a agitar los brazos como una loca delante de granjeros y de sólo la Luz sabía quién, de modo que el cortante viento penetró a través de su traje de montar, otra razón para incrementar su irritación.

Al menos Naean tuvo suficiente sentido común para disminuir la velocidad y reunirse con ella a poco más de la mitad de camino, junto a un par de carros muy cargados, con las lanzas apoyadas en el barro. La hoguera más próxima se hallaba a veinte pasos y las tiendas más cercanas a mayor distancia incluso, con las solapas de entrada bien atadas para evitar el frío. Los hombres que se encontraban junto a la hoguera estaban pendientes de la gran olla de hierro puesta sobre el fuego, de la que salía vapor y una peste que bastó para que a Elenia le entraran ganas de vomitar, pero al menos el viento que traía el mal olor se llevaría sus palabras y no las oirían. Empero, más valía que lo que tuviera que decirle Naean fuera importante.

Con el semblante tan pálido como el marfil y enmarcado por la negra piel del forro, habría quien la consideraría hermosa a pesar del leve gesto de aspereza en torno a su boca y unos ojos tan fríos como el hielo. Recta la espalda y en apariencia tranquila, daba la impresión de que los acontecimientos no la afectaban. Su respiración, convertida en blanco vaho, era regular.

—¿Sabes dónde dormimos esta noche, Elenia? —preguntó fríamente.

Elenia no hizo el menor esfuerzo por contener una mirada feroz.

—¿Eso es lo que quieres? —¡Correr el riesgo de incurrir en el desagrado de Arymilla por una pregunta estúpida! La idea de incurrir en el desagrado de Arymilla, de que eso fuera algo que tenía que evitar, le hizo soltar un gruñido—. Sabes tanto como yo, Naean. —Tiró de las riendas y ya hacía volver grupas a su montura cuando

Naean habló de nuevo con un leve dejo de vehemencia.

—No te hagas la tonta conmigo, Elenia. Y no me vengas con que no estás tan dispuesta como yo a cortarte el pie a mordiscos con tal de escapar de esta trampa. Bien, ¿podemos al menos fingir buenos modales?

Elenia mantuvo a *Viento del Alba* girado a medias, apartado de la otra mujer, y la miró de soslayo, más allá del borde de la capucha forrada de piel. De ese modo no perdía de vista a los hombres apiñados alrededor de la hoguera más próxima; allí no había desplegados estandartes de ninguna casa. Podían pertenecer a cualquiera de ellas. De vez en cuando un hombre u otro echaba una ojeada a las dos damas montadas a caballo, pero su verdadero interés residía en acercarse al fuego todo lo posible para entrar en calor. Eso y cuánto iba a tardar en cocerse la carne hasta casi deshacerse en una pasta. Esa clase de gente parecía capaz de comer cualquier cosa.

—¿Crees que puedes escapar? —inquirió en voz queda. Tener buenos modales estaba muy bien, pero no a expensas de quedarse allí para que todos las vieran juntas más tiempo del absolutamente necesario. No obstante, si Naean sabía algún modo de huir...—. ¿Cómo? El compromiso de respaldar a Marne que firmaste se ha repartido por media Andor a estas alturas. Además, no es posible que pienses que Arymilla va a dejarte que te vayas así, sin más.

Naean se encogió, y Elenia no pudo evitar esbozar una sonrisa tirante. La mujer no estaba tan poco afectada como pretendía. No obstante, consiguió mantener la voz impasible cuando respondió.

—Vi a Jarid ayer, Elenia, e incluso a cierta distancia se advertía su expresión tormentosa mientras galopaba con riesgo de que su montura se rompiera el cuello, y el suyo también. Si conoces a tu esposo, ya está planeando la forma de sacarte de esto. Escupiría en el ojo del Oscuro por ti. —Eso era cierto; Jarid lo haría—. Estoy convencida de que entenderás que lo mejor sería que yo formara parte de esos planes.

—Mi esposo firmó el mismo compromiso que tú, Naean, y es un hombre de honor.

Demasiado honorable para su bien, pura y llanamente, pero los deseos de Elenia habían sido su guía desde antes de los votos de matrimonio. Jarid había firmado el compromiso porque ella le había escrito diciéndole que lo hiciera, bien que no había tenido otra opción según estaban las cosas; y, aunque a regañadientes, lo incumpliría si ella estuviera tan loca como para pedírselo. Por supuesto existía la dificultad de hacerle saber lo que quería en esos momentos. Arymilla tenía mucho cuidado de que no se acercara a él a menos de un kilómetro. Lo tenía todo controlado —hasta donde podía tenerlo, considerando las circunstancias—, pero necesitaba comunicárselo a Jarid aunque sólo fuera para que no «la sacara» de aquello. ¿Escupir en el ojo del Oscuro? Podía arrastrar a ambos al desastre en la creencia de que estaba ayudándola, y puede que hasta lo hiciera sabiendo que sería su perdición.

Le costó un gran esfuerzo evitar que la frustración y la rabia que la invadían de repente se reflejaran en su semblante, pero ocultó la tensión con una sonrisa. Se enorgullecía de ser capaz de sonreír en cualquier situación. La sonrisa de ahora tenía un atisbo de desdén.

—No planeo nada, Naean, y estoy convencida de que Jarid tampoco. Mas, si planeara algo, ¿por qué habría de incluirte a ti?

—Porque, si no se me incluye en esos planes —contestó la otra mujer sin andarse por las ramas—, Arymilla se enterará de ellos. Será una necia que no ve nada, pero sí lo verá una vez que se le indique hacia dónde mirar. Y puedes encontrarte compartiendo una tienda con tu *prometido* todas las noches, por no mencionar la *protección* de sus mesnaderos.

La sonrisa de Elenia se borró, pero su voz se tornó gélida, tan fría como el nudo que de repente se le había hecho en el estómago.

—Deberías tener cuidado con lo que dices, o Arymilla podría pedir a su tarabonés que juegue de nuevo contigo a las cunitas. A decir verdad, creo que eso al menos puedo garantizártelo.

Parecía imposible que el semblante de Naean se pusiera más pálido, pero lo hizo. De hecho, la mujer se tambaleó en la silla y agarró el brazo de Elenia como para evitar caerse. Una ráfaga de aire zarandeó su capa y no hizo nada para sujetarla. Tampoco hizo el menor esfuerzo para ocultar su miedo. Quizás es que ya no podía ocultarlo. Su voz se tornó entrecortada, llena de pánico.

—Sé que tú y Jarid estáis planeando algo, Elenia. ¡Lo sé! Llevadme con vosotros y... Y comprometeré a Arawn contigo tan pronto como esté libre de Arymilla.

Vaya. Sí que tenía que estar desesperada para hacer tal oferta.

—¿Quieres llamar la atención más de lo que ya has hecho? —espetó Elenia mientras se soltaba de la mano de la otra mujer con un tirón.

Viento del Alba y el castrado negro patearon nerviosos al captar el estado de ánimo de sus amazonas, y Elenia tiró de las riendas para controlar a su zaino. Dos de los hombres apostados junto a la hoguera se apresuraron a agachar la cabeza. Sin duda creían que las dos nobles estaban discutiendo en el gris atardecer y no querían atraer parte de esa ira sobre sí mismos. Sí, tenía que ser eso. Puede que chismorrearan, pero sabían que mejor era no mezclarse en los enfrentamientos de sus superiores.

—No tengo planes para huir. Ninguno en absoluto —añadió en tono muy bajo. Volvió a cerrarse la capa y giró la cabeza para observar los dos carros y las tiendas más próximas. Si Naean estaba lo bastante asustada... Cuando se presentaba una brecha... No había nadie que estuviera tan cerca como para oírlas, pero aun así mantuvo el tono bajo—. Las cosas pueden cambiar, desde luego. ¿Quién sabe? Si cambiaran, te prometo por la Luz y por mi esperanza de salvación y renacimiento que

no me marcharé sin ti. —Una repentina esperanza afloró al semblante de Naean. Y ahora tocaba echar el anzuelo—. Es decir, si tengo en mi posesión una carta escrita de tu puño y letra, firmada y sellada, en la que renuncias explícitamente a dar respaldo a Marne, por voluntad propia, y juras que la casa Arawn dará su apoyo para que yo ocupe el trono. Por la Luz y por la esperanza de tu salvación y renacimiento. No admitiré ninguna otra cosa.

Naean echó la cabeza bruscamente hacia atrás y se pasó la lengua por los labios. Sus ojos fueron de un lugar a otro como si buscasen ayuda o una escapatoria. El caballo negro siguió resoplando y pateando, pero la mujer sólo tensó las riendas lo suficiente para impedir que se desbocara, e incluso eso pareció hacerlo sin darse cuenta. Sí, estaba asustada. Pero no tanto como para no saber lo que le exigía. La historia de Andor tenía demasiados ejemplos como para ignorarlo. Quedaban miles de posibilidades mientras no hubiese nada escrito, pero la mera existencia de una carta así pondría el bocado entre los dientes de la otra mujer y las riendas en las manos de Elenia. Si se hacía pública significaría la destrucción de Naean a menos que Elenia fuese tan necia como para admitir coacción. Naean podría intentar aguantar después de esa revelación, pero hasta una casa en la que existieran muchos menos antagonismos que en la de Arawn, muchos menos primos, tías y tíos dispuestos a competir unos con otros para socavar su autoridad, se dividiría. Las casas menores que habían estado unidas a Arawn durante generaciones buscarían protección en otro sitio. En cuestión de años, si no antes, Naean se encontraría siendo la Cabeza Insigne de los vestigios de una casa desacreditada. Oh, sí; esto ya había ocurrido antes.

—Ya hemos estado juntas demasiado tiempo. —Elenia asió las riendas—. No me gustaría que la gente le diera a la lengua. Quizá tengamos ocasión de volver a hablar a solas antes de que Arymilla ocupe el trono. —¡Qué horrible idea!—. Quizá.

La otra mujer exhaló como si soltase todo el aliento que había en su cuerpo, pero Elenia siguió dando media vuelta a su caballo, ni deprisa ni despacio, pero sin detenerse hasta que Naean exclamó:

—¡Espera!

Miró hacia atrás e hizo justamente eso: esperar. Sin pronunciar palabra. Lo que tenía que decir ya lo había dicho. Lo único que quedaba era ver si la mujer estaba tan desesperada como para ponerse en sus manos. Debería estarlo. Ella no tenía a Jarid para que trabajara a su favor. De hecho, cualquiera de la casa Arawn que sugiriese que había que rescatar a Naean seguramente acabaría prisionero por ir en contra del deseo expreso de Naean. Sin Elenia, se haría vieja en cautividad. No obstante, con la carta, Elenia podría darle una apariencia completa de libertad. Por lo visto era lo bastante lista para darse cuenta de eso. O quizá simplemente tenía mucho miedo del tarabonés.

—Te la entregaré tan pronto como me sea posible —aceptó finalmente, con voz

resignada.

—Estaré encantada de recibirla —murmuró Elenia sin apenas molestarse en disimular su satisfacción. «Pero no te demores demasiado», estuvo a punto de añadir, mas se contuvo a tiempo. Naean estaría vencida, pero hasta un enemigo vencido aún podía clavarte un cuchillo en la espalda si lo provocabas demasiado. Además de que temía la amenaza de Naean tanto como ésta temía la suya. Quizá más. No obstante, mientras Naean no supiera eso, su cuchillo no tenía punta.

Mientras cabalgaba de vuelta hacia sus mesnaderos, Elenia se sintió más optimista de lo que había estado desde... Desde que sus «rescatadores» resultaron ser hombres de Arymilla. Tal vez desde antes de que Dyelin la encarcelara en Aringill, aunque allí nunca había perdido la esperanza. Su prisión había sido la casa del gobernador, bastante cómoda aun cuando tuvo que compartir los aposentos con Naean. Ni que decir tiene que la comunicación con Jarid no había presentado el menor problema, y pensaba que habían hecho ciertos avances con los guardias de la reina en Aringill. Un gran número de ellos acababan de llegar de Cairhien y no estaban... seguros de en qué bando se encontraba su lealtad.

Ahora, el encuentro fortuito con Naean le había levantado el ánimo tanto que sonrió a Janny y le prometió renovar todo su vestuario cuando estuvieran en Caemlyn. Lo que provocó una sonrisa adecuadamente agradecida de la mujer de mejillas regordetas. Elenia siempre compraba vestidos nuevos a su doncella cuando se sentía especialmente generosa, todos ellos lo bastante buenos para satisfacer a una mercader próspera. Era un modo de asegurarse lealtad y discreción, y durante veinte años Janny había cumplido bien en ambas.

Para entonces el sol era un mero reborde rojo encima de los árboles, y era hora de encontrar a Arymilla para que le dijera dónde dormiría esa noche. Quisiera la Luz que fuese un lecho decente, en una tienda cálida en la que no hubiese mucho humo, y con una cena decente antes. En las circunstancias actuales no podía pedir más. Sin embargo, ni siquiera ese detalle hizo mella en su estado de ánimo. Y no se limitó a saludar con una inclinación de cabeza a los grupos de hombres y mujeres junto a los que pasó, sino que les sonrió. Faltó poco para que agitara la mano. Las cosas marchaban mejor de lo que habían ido hacía tiempo. Naean no sólo había quedado descartada como rival al trono, sino que la tenía atada de pies y manos, lo que podría bastar —¡bastaría!— para que se agregaran Karind y Lir. Y estaban los que aceptarían en el trono a cualquiera que no fuera una Trakand. Ellorien, por ejemplo. ¡Morgase había hecho que la azotaran! Ellorien apoyaría a cualquiera que no fuera una Trakand. También Aemlyn, Arathelle y Abelle eran posibilidades si se explotaban las ofensas que se les habían hecho. Quizá también Pelivar o Luan. Tenía personas tanteando el terreno. Y no desaprovecharía la ventaja de Caemlyn como esa marimacho de Elayne había hecho. Históricamente, controlar Caemlyn bastaba por sí

mismo para contar con el respaldo de cuatro o cinco casas al menos.

Ciertamente, la sincronización para actuar en el momento oportuno sería la clave o toda la ventaja redundaría a favor de Arymilla, pero Elenia ya se veía sentada en el Trono del León, con las Cabezas Insignes de rodillas para jurarle lealtad. Ya tenía la lista de qué Cabezas Insignes habría que reemplazar. A nadie que se le hubiera opuesto se le daría ocasión de causarle problemas posteriormente. Una serie de desafortunados accidentes se ocuparían de eso. Lástima que no pudiera elegir personalmente a los reemplazos, pero los accidentes podían ocurrir con increíble frecuencia.

Su feliz ensoñación saltó en pedazos a causa del escuálido hombre que de repente apareció a su lado en un achaparrado rucio; los ojos le relucían con un brillo febril bajo la menguante luz. Por alguna razón, Nasin llevaba ramitas verdes de abeto enganchadas en el ralo y canoso cabello, como si hubiera trepado a un árbol. Su roja chaqueta de seda estaba tan recargada de bordados de coloridas flores que más parecía una alfombra illiana. Era ridículo. Y también era Cabeza Insigne de la casa más poderosa de Andor. Y estaba chiflado.

—Elenia, mi precioso tesoro —cacareó, salpicando saliva al hablar—, tu presencia es un dulce regalo para mis ojos. Haces que la miel parezca amarga y las rosas anodinas.

De forma instintiva, Elenia se apresuró a hacer recular a *Viento del Alba* hacia atrás y a la derecha, poniendo a la yegua marrón de Janny entre el hombre y ella.

—No soy tu prometida, Nasin —espetó, furiosa por tener que decirlo en voz alta y que todo el mundo la oyera—. ¡Estoy casada, viejo idiota! ¡Esperad! —añadió a la par que alzaba una mano.

La imperativa orden y el gesto iban dirigidos a sus mesnaderos, que habían llevado las manos a las espadas y miraban ferozmente a Nasin. Unos treinta o cuarenta hombres que lucían la insignia de la Estrella y la Espada de la casa Caeren seguían al noble y no vacilarían en acabar con cualquiera que pensaran que amenazaba a su Cabeza Insigne. De hecho, algunos ya habían desenvainado las armas. A ella no le harían daño, desde luego. Nasin los mandaría ahorcar a todos aunque sólo sufriera un rasguño. Luz, no sabía si reír o echarse a llorar.

—¿Todavía tienes miedo de ese joven zopenco, Jarid? —demandó Nasin mientras hacía girar a su montura para seguirla—. No tiene derecho a seguir molestándote. Ganó el mejor, y debería aceptarlo. ¡Lo desafiaré! —Una de sus manos, que se notaba huesuda bajo el ajustado guante de cuero rojo, toqueteó una espada que probablemente no había enarbolado hacía veinte años—. ¡Lo mataré como a un perro por asustarte!

Elenia desplazó a *Viento del Alba* de manera que describió un círculo alrededor de Janny, la cual musitó unas disculpas a Nasin y fingió intentar quitar de en medio a su

yegua cuando lo que hacía realmente era interponerla entre el hombre y su señora. Elenia tomó nota mental de añadir algo de bordado a los vestidos que le compraría. En su chifladura, Nasin podía pasar en un visto y no visto de las palabras melosas del amor cortés a manosearla como si fuera una moza de taberna de la clase más baja. No podía soportarlo; otra vez no, y aún menos en público. Sin frenar al caballo, se obligó a esbozar una sonrisa preocupada, aunque, a decir verdad, le costó más sonreír que fingir ansiedad.

—Sabes que no consentiría que dos hombres lucharan por mí, Nasin. —Su voz sonaba entrecortada e inquieta, pero no intentó controlarla ya que ese timbre era bastante adecuado—. ¿Cómo podría amar a un hombre con las manos manchadas de sangre?

El ridículo viejo arrugó el ceño y también la larga nariz hasta que Elenia empezó a preguntarse si no habría llegado demasiado lejos. Estaba más loco que una cabra, pero no en todos los sentidos. No siempre.

—No me había dado cuenta de que eras tan... sensible —dijo finalmente. Todo ello sin cejar en su empeño de rodear a Janny y llegar a ella. Su semblante decrépito se iluminó—. Pero debí suponerlo. Lo recordaré, de ahora en adelante. Jarid vivirá. Siempre y cuando no te moleste. —De pronto pareció reparar en Janny por primera vez y, con una mueca de irritación, levantó el puño. La rellena mujer se preparó para recibir el golpe, sin apartarse, y Elenia rechinó los dientes. Seda bordada. Decididamente inapropiado para una doncella, pero Janny se lo había ganado.

—Lord Nasin, os he buscado por todas partes —dijo la afectada voz de una mujer, y los movimientos en círculo cesaron.

Elenia respiró con alivio al ver a Arymilla aproximarse con su séquito y tuvo que ahogar una repentina rabia por haber sentido alivio. Arymilla vestía ropas de seda verde profusamente bordadas y encajes bajo la barbilla y en las muñecas. Tenía una constitución llenita que rozaba la corpulencia, su sonrisa resultaba vacua, y sus ojos castaños siempre estaban abiertos en un gesto de fingido interés aunque no hubiese nada en lo que interesarse. Carente de inteligencia para discernir la diferencia, poseía justo la suficiente astucia para saber que había cosas que debían interesarle, y no quería que nadie pensara que se le habían pasado por alto. Su única preocupación real era su propia comodidad y los ingresos para asegurársela, y la única razón de que quisiera el trono era que los cofres reales podrían proporcionarle mayor comodidad que los ingresos de cualquier Cabeza Insigne. Su séquito era más numeroso que el de Nasin, aunque sólo la mitad estaba formado por mesnaderos que lucían las cuatro Lunas Plateadas de su casa. Casi todos los demás eran aláteres y aduladores, nobles de segunda fila de casas menores y otros deseosos de lamer la mano a Arymilla a cambio de un lugar próximo al poder. Le encantaba que la adularan. También estaba Naean, al borde del grupo, con sus mesnaderos y su doncella, aparentemente fría y de

nuevo controlada. Pero se mantenía a distancia de Jaq Lounalt, un tipo delgado con uno de esos ridículos velos taraboneses cubriéndole el enorme bigote y, debajo de la capucha de la capa, un gorro cónico que la alzaba de forma ridícula. El tipo, además, sonreía demasiado. No parecía en absoluto un hombre capaz de llevar a alguien a suplicar con sólo unas pocas cuerdas.

—Arymilla —dijo Nasin con un timbre de desconcierto, tras lo cual miró ceñudo su puño como si lo sorprendiera encontrarlo levantado. Bajó la mano a la perilla de la silla y sonrió a la tonta mujer—. Arymilla, querida —saludó cálidamente. Al parecer, por alguna razón había llegado a estar medio convencido de que Arymilla era su hija; y su favorita, dicho fuera de paso. En tiempos, Elenia le había oído rememorar largo y tendido con ella sobre su «madre», su esposa, muerta hacía treinta años. Arymilla se las había arreglado para llevar su parte de la conversación aunque nunca conoció a Miedelle Caeren, que Elenia supiera.

Con todo, a despecho de las sonrisas paternales para Arymilla, sus ojos buscaron entre la muchedumbre montada a caballo detrás de ella y su rostro se relajó al encontrar a Sylvase, su nieta y heredera, una joven robusta y apacible que le sostuvo la mirada, sin sonreír, y después se bajó bien la capucha oscura ribeteada de piel. Nunca sonreía ni fruncía el ceño ni mostraba emoción alguna que Elenia hubiese visto, y conservaba una invariable expresión bovina. Obviamente también tenía la inteligencia de una vaca. Arymilla mantenía a Sylvase más controlada que a Elenia o Naean, ya que mientras hiciera tal cosa no habría peligro de que Nasin se viera obligado a retirar su compromiso. Estaba loco, indudablemente, pero era astuto.

—Confío en que te ocuparás bien de mi pequeña Sylvase, Arymilla —murmuró —. Hay cazadores de fortuna por todas partes y quiero que la querida niña esté a salvo.

—Por supuesto que la cuido —repuso Arymilla, que pasó con su gorda yegua junto a Elenia sin dirigir a ésta una sola mirada a pesar de que casi se rozaron. Su tono era meloso y asquerosamente afectuoso—. Sabes que la mantendré tan a salvo como a mí misma. —Esbozó aquella sonrisa necia y colocó bien la capa de Nasin sobre sus hombros, alisándola como quien coloca un chal a un ser querido inválido—. Hace demasiado frío aquí fuera para ti. Sé lo que necesitas. Una cálida tienda y un poco de vino caliente con especias. Tendré mucho gusto en ordenar a mi doncella que te lo prepare. Arlene, acompaña a lord Nasin a su tienda y prepárale un buen vino caliente.

Una mujer delgada de su séquito sufrió una violenta sacudida, y después hizo avanzar despacio a su montura mientras se retiraba la capucha de la sencilla capa azul, dejando a la vista una cara bonita y una sonrisa trémula. De pronto todos los lameculos y tiralevitas se pusieron a ajustarse las capas o los guantes mirando a cualquier parte excepto a la doncella de Arymilla. Sobre todo las mujeres. Cualquiera

de ellas podría haber sido elegida, y lo sabían. Curiosamente, Sylvase no apartó la vista. Era imposible verle la cara oculta en las sombras de la capucha, pero la cabeza giró para seguir a la esbelta mujer con la mirada.

Nasin enseñó los dientes al sonreír, lo que le dio una semejanza a una cabra mayor de lo habitual.

—Sí. Sí, vino caliente con especias estará bien. Arlene, ¿verdad? Vamos, Arlene, buena chica. Vaya, ¿tienes frío? —La chica soltó un chillido cuando él le echó un extremo de su capa sobre los hombros y la estrechó contra sí hasta casi desmontarla de su silla—. Entrarás en calor en mi tienda, te lo prometo. —Sin mirar atrás se alejó en el caballo a paso lento, soltando risitas satisfechas y hablando en susurros a la chica que llevaba bajo el brazo. Sus mesnaderos los siguieron acompañados por el crujido de cuero y el lento chapoteo de cascos en el barro. Uno de ellos rió como si otro hubiese dicho algo gracioso.

Elenia sacudió la cabeza con asco. Poner una mujer bonita ante Nasin para distraerlo era una cosa —ni siquiera hacía falta que fuese guapa; cualquier mujer a la que el viejo necio pudiera acorralar corría peligro—, pero utilizar a la propia doncella resultaba repugnante. Aunque no tanto como el propio Nasin.

—Prometiste mantenerlo alejado de mí, Arymilla —dijo en voz baja y tensa. Ese libidinoso carcamal habría olvidado su existencia de momento, pero la recordaría en el instante que la viera—. Prometiste mantenerlo ocupado.

El gesto de Arymilla se tornó hosco y se ajustó los guantes con aire enfurruñado. No había recibido lo que quería y eso, para ella, era un gran pecado.

—Si quieres estar a salvo de admiradores deberías permanecer cerca de mí en lugar de deambular por ahí sola. ¿Acaso puedo evitar que atraigas a los hombres? Y te rescaté. Pero no he oído que me hayas dado las gracias por ello.

Elenia apretó los dientes con tanta fuerza que empezaron a dolerle. Fingir que respaldaba a esa mujer por elección propia bastaba para que le entraran ganas de morder. Le habían dejado muy claras sus opciones: escribir a Jarid o soportar una larga luna de miel con su «prometido». Luz, habría elegido lo segundo si no hubiese estado segura de que Nasin la habría encerrado bajo llave en alguna casona de campo apartada y, después de que hubiese tenido que aguantar sus manoseos, él se habría olvidado de que la tenía allí. Y la habría dejado allí. Sin embargo, Arymilla insistía en la charada. Insistía en muchas cosas, algunas absolutamente insufribles, pero había que soportarlas. De momento. Quizá, cuando las cosas se arreglaran, maese Lounalt podría ofrecer sus atenciones a Arymilla durante unos cuantos días.

De algún lugar extrajo una sonrisa de disculpa y se obligó a inclinar la cabeza como si fuera otra de aquellas sanguijuelas lameculos que la observaban ávidamente. Después de todo, si ella se arrastraba ante Arymilla sólo demostraba que tenían derecho a hacerlo también. Sentir sus miradas le despertó el deseo de bañarse. Y

humillarse delante de Naean hizo que quisiera gritar.

—Tienes toda la gratitud que hay en mí, Arymilla. —Bueno, eso no era una mentira. Toda la gratitud que había en ella igualaba más o menos las ganas de estrangularla. Muy despacio. Empero, tuvo que respirar hondo antes de decir lo siguiente—. Disculpa mi dilación, por favor. —Dos palabras muy amargas—. Nasin me tenía muy desazonada. Sabes cómo reaccionaría Jarid si se enterara del comportamiento de Nasin. —Su voz adquirió un timbre cortante al final, pero la necia mujer soltó una risita divertida. ¡Divertida!

—Pues claro que te disculpo, Elenia. —Rió con aire jovial—. Sólo tenías que pedirlo. Jarid es impetuoso, ¿verdad? Debes escribirle y decirle lo contenta que estás. Porque lo estás, ¿no? Puedes dictarle la carta a mi secretario. Odio mancharme los dedos de tinta, ¿tú no?

—Claro que estoy contenta, Arymilla. ¿Cómo no iba a estarlo? —En esta ocasión, sonreír no le supuso ningún esfuerzo. Esa mujer creía que era muy lista. Utilizar a su secretario descartaba cualquier posibilidad de tintas invisibles, pero podía decirle a Jarid sin reparo que no hiciese nada en absoluto sin su consejo, y la muy estúpida creería que sólo la obedecía.

Asintiendo con un gesto de ufana petulancia, Arymilla cogió las riendas y su círculo de tiralevitas la imitó. Si se pusiera una cazuela en la cabeza y dijera que era un sombrero, todos se pondrían cazuelas.

—Se hace tarde —dijo—, y quiero partir pronto por la mañana. La cocinera de Aedelle Baryn nos tiene preparado un excelente ágape. Naean y tú cabalgaréis a mi lado, Elenia. —Lo dijo como si les concediese un honor, y no tuvieron más remedio que actuar como si lo fuera y colocarse una a cada lado—. Y Sylvase, por supuesto. Ven, Sylvase.

La nieta de Nasin se acercó con su yegua, pero no hasta la altura de las tres, sino que las siguió un poco retrasada, con los aduladores de Arymilla apiñándose tras ella ya que no los había invitado a cabalgar a su lado. A despecho del gélido viento que sacudía las capas, varias de las mujeres y dos o tres hombres intentaron, sin éxito, entablar conversación con la chica, que rara vez pronunciaba más de dos palabras seguidas. Aun así, al no tener una Cabeza Insigne a mano a quien adular, la heredera de una Cabeza Insigne serviría, y puede que alguno de los hombres aspirara también a casarse con ella. Seguramente uno o dos de ellos actuaban como guardias —o al menos espías— para asegurarse de que la chica no intentaba comunicarse con nadie de su casa. A esa pandilla le parecería excitante el hecho de rozar el borde del poder. Elenia tenía sus propios planes para Sylvase.

Arymilla era otra que no tenía inconveniente en cotorrear cuando cualquier otra persona con sentido común se habría resguardado bajo la capucha, y su cháchara no cesó mientras avanzaban bajo la mortecina luz, saltando de lo que la hermana de Lir

les ofrecería de cena a los planes para su coronación. Elenia sólo le prestó la atención suficiente para poder asentir con un murmullo aprobador en los momentos que parecían oportunos. Si la muy necia quería ofrecer una amnistía jurada a quienes se oponían a ella, no sería Elenia Sarand quien le diría que era idiota. Ya resultaba bastante doloroso tener que... sonreír como una tonta a esa mujer sin prestar atención a lo que hablaba. Entonces algo que dijo Arymilla le penetró los oídos como un punzón.

—A Naean y a ti no os importará compartir una cama, ¿verdad? Al parecer andamos cortos de tiendas decentes aquí.

Siguió parloteando, pero durante unos instantes Elenia no oyó una sola palabra. Se sentía como si la hubiesen embutido en nieve. Giró levemente la cabeza y se encontró con la mirada conmocionada de Naean. Era imposible que Arymilla estuviera enterada de su encuentro casual; aún no. Y, aunque lo supiera, ¿por qué ofrecerles la oportunidad de estar juntas para maquinar? ¿Sería una trampa? ¿Habría espías que escucharían lo que dijeran? ¿La doncella de Naean o...? ¿Janny? El mundo pareció girar sobre sí mismo. Unas motitas negras y plateadas flotaron ante los ojos de Elenia, que creyó que iba a desmayarse.

De repente se dio cuenta de que Arymilla había dicho algo dirigiéndose directamente a ella y esperaba una respuesta con un ceño de creciente impaciencia. Frenéticamente procuró recobrar el dominio y recordar. Sí, lo tenía.

—¿Un carruaje dorado, Arymilla? —Qué idea tan ridícula. ¡Ya puesta, que viajara en el carromato de un gitano!—. ¡Oh, fantástico! ¡Se te ocurren ideas maravillosas!

La risita complacida de Arymilla calmó la agitada respiración de Elenia. Esa mujer era una idiota redomada. Quizás era cierto que había falta de tiendas adecuadas. Lo más probable era que pensara que ya estaban seguras. Domadas. Elenia convirtió su sonrisa forzada en una risita tonta. Pero dejó a un lado toda idea de que el tarabonés «entretuviera» a la mujer, ni siquiera durante una hora. Con la firma de Jarid en aquel compromiso, sólo había una forma de despejar su camino al trono. Todo estaba al alcance de la mano y listo para seguir adelante. La única duda era si moriría antes Arymilla o Nasin.

La noche ceñía estrechamente a Caemlyn con un intenso frío que el viento hacía más penetrante. Aquí y allí, el brillo de una luz saliendo por una ventana de un piso alto indicaba que todavía había gente despierta, pero la mayoría de los postigos estaban echados y un fino gajo de luna, bajo en el cielo, parecía resaltar la oscuridad. Hasta la nieve que cubría los tejados y se apilaba en las fachadas de los edificios, donde había escapado al tráfico diurno, tenía un tono grisáceo. El hombre envuelto de la cabeza a los pies en una capa negra, que caminaba por los adoquines cubiertos por

la fangosa nieve helada, respondía al nombre de Daved Hanlon o al de Doilan Mellar con igual facilidad; un nombre no era más que una chaqueta, y un hombre cambiaba de chaqueta cuando era necesario. Había llevado varios distintos a lo largo de los años. Por su gusto, habría estado con los pies en alto, delante de un buen fuego en el Palacio Real, con una jarra en la mano, una botella de brandy al lado y una complaciente zorra en sus rodillas, pero tenía que cumplir los deseos de otra persona. Al menos se caminaba mejor allí, en la Ciudad Nueva. Había que ir con cuidado, con ese barrizal helado bajo los pies en el que un paso descuidado podía conducir a acabar despatarrado en el suelo, pero aun así no parecía tan fácil sufrir un resbalón allí como en las empinadas calles de la Ciudad Interior. Además, la oscuridad le convenía.

Había poca gente cuando salió, y el número había ido disminuyendo a medida que la oscuridad aumentaba. La gente lista se quedaba en casa cuando caía la noche. De vez en cuando, unas figuras borrosas se deslizaban en las sombras más densas, pero tras un breve examen a Hanlon giraban en la esquina o se retiraban a un callejón tratando de ahogar sus maldiciones al desplazarse torpemente sobre una nieve a la que, a buen seguro, no le había dado el sol en todo el día. No era corpulento, y sólo algo más alto que la media, además de llevar la espada y el peto ocultos bajo la capa, pero los asaltantes buscaban debilidad y vacilación y él se movía con una evidente seguridad en sí mismo que dejaba claro que no temía a los merodeadores. Esa actitud de seguridad estaba reforzada por la larga daga oculta en la mano derecha enguantada.

Caminaba atento a la aparición de patrullas de la guardia, aunque no esperaba ver ninguna. Los merodeadores y asaltantes habrían buscado otros escenarios si la guardia anduviese por allí. Claro que podría quitarse de en medio a los ruidosos guardias con una palabra, pero prefería que no hubiera observadores de ninguna clase ni preguntas sobre por qué se encontraba tan lejos de palacio y a pie. Sus pasos vacilaron cuando dos mujeres envueltas en gruesas capas aparecieron en un cruce de calles un poco más adelante, pero éstas siguieron andando sin mirar en su dirección y él respiró más tranquilo. Muy pocas mujeres se aventurarían a salir a esa hora de la noche sin que las acompañase un hombre equipado con espada o garrote, e incluso sin haber visto sus caras habría apostado un puñado de oro contra una manzana pocha a que esas dos eran Aes Sedai. O si no, alguna de esas mujeres raras que ocupaban la mayoría de las camas de palacio.

Recordarlas hizo que frunciera el ceño y sintió entre los omóplatos una picazón como el roce de ortigas. Lo que quiera que estuviera pasando en palacio bastaba para que le entrara la comezón. Lo de las mujeres de los Marinos ya era malo de por sí, y no sólo porque se contonearan por los pasillos de aquel modo seductor y a continuación le sacaran el cuchillo a un hombre. Ni siquiera se le había pasado por la

cabeza darle un azote a una después de darse cuenta de que ellas y las Aes Sedai se miraban unas a otras como gatas desconocidas dentro de una caja. Y obviamente, por imposible que pareciera, las mujeres de los Marinos eran las gatas más grandes. Las otras eran peores, en cierto modo. Dijeran lo que dijeran los rumores, él conocía el aspecto de una Aes Sedai y en eso no entraban las arrugas. Sin embargo, algunas de ellas podían encauzar, y además tenía la inquietante idea de que lo hacían todas. Lo que no tenía sentido. Quizá las mujeres de los Marinos tenían alguna clase de exención especial, pero en lo tocante a esas Allegadas, como las llamaba Falion, era sabido que si tres mujeres que podían encauzar y no eran Aes Sedai se sentaban a una misma mesa, las Aes Sedai aparecerían antes de que se hubieran acabado una jarra de vino y les ordenarían ponerse en marcha y que no volvieran a hablar entre ellas. Y se asegurarían de que lo hicieran así, además. Eso era un dato conocido. Pero esas mujeres instaladas en el palacio, más de cien, mantenían reuniones privadas y se movían entre las Aes Sedai tan tranquilas, sin que ninguna de éstas las mirara mal. Bueno, al menos hasta ese mismo día. Aunque, fuera lo que fuera lo que les había hecho apiñarse como gallinas asustadas, también había conseguido que las Aes Sedai se mostraran igualmente nerviosas. Eran demasiadas cosas raras para su gusto. Cuando las Aes Sedai actuaban de manera extraña, había llegado el momento de que un hombre buscara la seguridad de su propio pellejo.

Con una maldición, se obligó a salir de su ensimismamiento. Un hombre también tenía que cuidar su pellejo de noche, y dejar que la concentración se desvaneciera no era el modo de hacerlo. Por lo menos no se había parado, ni siquiera había aflojado el paso. Tras unos cuantos pasos más esbozó una sonrisilla y tanteó con el pulgar la hoja de la daga. El viento soplaba calle abajo y se paraba; silbaba sobre los tejados y enmudecía; y en los breves silencios intermedios había escuchado el débil crujido en la nieve de unas botas que lo habían seguido desde poco después de salir de palacio.

En el siguiente cruce de calles giró a la derecha sin alterar el paso regular y sin precipitación; después, rápidamente, pegó la espalda contra la pared de un establo que había al otro lado de la esquina. Las amplias puertas se encontraban cerradas y seguramente atrancadas por dentro, pero el olor a caballos y a estiércol impregnaba el helado aire. La posada al otro lado de la calle también estaba cerrada, con las ventanas oscuras y echados los postigos, y el único sonido aparte del viento era el chirrido del cartel que se mecía y que no alcanzaba a distinguir en la oscuridad. No había nadie que viera lo que no debería.

Le sirvió de aviso el sonido de las botas que se apresuraban para no perderlo de vista demasiado tiempo, y entonces una cabeza encapuchada asomó cautelosamente por la esquina. No con suficiente cautela, por supuesto. Su mano izquierda se disparó hacia la capucha para agarrar la garganta al mismo tiempo que la derecha arremetía con la daga en un movimiento muy practicado. Casi había esperado encontrar un peto

o una cota de malla debajo de la chaqueta del hombre y estaba preparado para tal contingencia, pero más de dos centímetros de acero se hundieron fácilmente por debajo del esternón del tipo. Ignoraba por qué una puñalada en ese punto parecía paralizar los pulmones de un hombre, de modo que no chillaba y se ahogaba con su propia sangre, pero sí sabía que actuaba así. Con todo, esa noche no podía perder tiempo. Que no hubiese guardias en ese momento no significaba que las cosas siguiesen igual mucho tiempo. Con un rápido tirón, estampó la cabeza del hombre contra la pared de piedra del establo, con fuerza suficiente para romperle el cráneo, y después hundió la daga hasta la empuñadura, sintiendo que la hoja rascaba al penetrar a través del espinazo del tipo.

Su respiración no se alteró —matar era algo que había que hacer de vez en cuando, nada por lo que ponerse nervioso—, pero se apresuró a bajar el cuerpo sobre la nieve, pegado a la pared, y, agachándose a su lado, limpió la hoja en la oscura capa del hombre muerto mientras metía la otra mano bajo la axila para quitarse el guantelete reforzado con acero. Giró la cabeza a uno y otro lado para otear la calle en ambas direcciones a la par que tanteaba rápidamente la cara del hombre en la oscuridad. El roce de un inicio de barba le descubrió que efectivamente era un varón, pero nada más. Hombre, mujer o niño, le daba igual —los necios se comportaban como si los niños no tuviesen ojos para ver ni lenguas para contar lo que veían—, pero habría querido que hubiese habido bigote o una nariz bulbosa, cualquier cosa que le trajese algo a la memoria y le revelara quién había sido aquel tipo. Un apretón en la manga del muerto le indicó ropa de paño, ni fino ni especialmente tosco, y un brazo nervudo que podría haber pertenecido a un escribiente o un carretero o un lacayo. A cualquier hombre, en cierto modo; igual que la chaqueta. Registró el cadáver, hurgando los bolsillos del tipo, y encontró un peine de madera y un ovillo de bramante, que tiró a un lado. En el cinturón del muerto su mano se detuvo. En él colgaba una vaina de cuero, vacía. Ningún hombre habría desenvainado una daga después de que el acero de Hanlon hubiese penetrado en sus pulmones. Naturalmente, un hombre tenía buenos motivos para llevar un cuchillo desenfundado cuando caminaba en la noche, pero la razón más lógica en ese momento era clavarlo en la espalda de alguien o cortar una garganta.

Sin embargo, la pausa fue brevísima. Sin perder tiempo en hacer especulaciones, cortó las tiras de la bolsa del dinero. El peso de las monedas que vació en una mano y guardó rápidamente en su propio bolsillo le reveló que no eran de oro, seguramente que ni siquiera había alguna de plata, pero una bolsa cortada y vacía de dinero haría pensar a quien encontrase el cadáver que había sido víctima de asaltantes. Se puso de pie, se metió el guantelete, y tras guardar su arma echó a andar de nuevo por el resbaladizo pavimento, manteniendo la daga asida junto al costado, debajo de la capa, y los ojos vigilantes. No se relajó hasta que se encontró a una calle de distancia del

muerto y aun entonces tampoco bajó apenas la guardia.

La mayoría de la gente que se enterara de esa muerte aceptaría la historia de asesinato por robo que había dejado arreglada, salvo quienquiera que hubiese enviado al tipo. Que lo siguiera todo el camino desde palacio significaba que lo habían enviado, pero ¿quién? Estaba bastante seguro de que cualquiera de las mujeres de los Marinos que quisiera verlo con un cuchillo clavado en las costillas lo habría hecho personalmente. Y por mucho que le molestaran las Allegadas por el simple hecho de encontrarse allí, parecían mujeres discretas y tranquilas. Cierto era que la gente que por norma evitaba llamar la atención solía ser la que recurría a contratar a un asesino a sueldo en la noche, pero nunca había intercambiado más de tres palabras seguidas con cualquiera de ellas y desde luego no había intentado toquetear a ninguna. Parecía más probable que fueran las Aes Sedai, pero estaba seguro de no haber hecho nada para despertar sospechas. Con todo, cualquiera de ellas podía tener sus propias razones para querer que muriera. Con las Aes Sedai nunca se sabía. Birgitte Trahelion era una tipa estúpida que parecía pensar que era realmente un personaje de cuento, quizás incluso la verdadera Birgitte, si es que había habido una Birgitte de verdad, aunque cabía la posibilidad de que lo considerara una amenaza para su posición. Puede que fuese una meretriz, contoneándose por los pasillos con aquellos pantalones, pero aun así tenía una mirada fría. Ésa era de las que ordenarían degollar a alguien sin pestañear. No obstante, la última posibilidad era la que más le preocupaba. Sus propios jefes no eran de los que se fiaban, y no siempre eran de fiar. Y lady Shiaine Avarhin, que actualmente le transmitía las órdenes, era quien lo había mandado llamar y lo había hecho salir de noche. Justo cuando lo habían seguido, cuchillo en mano. No creía en la casualidad, dijera la gente lo que dijera sobre el tal al'Thor.

La idea de regresar a palacio se le pasó de repente por la cabeza. Tenía guardado oro; podría comprar su salida por las puertas tan fácilmente como cualquier otro o simplemente ordenar que abrieran una el tiempo suficiente para salir a caballo. Pero eso significaría pasarse el resto de la vida guardándose las espaldas, y cualquiera que se acercara a un metro podría ser la persona enviada para matarlo. Tampoco se diferenciaba mucho de la vida que llevaba ahora. Salvo por la certidumbre de que alguien echaría veneno en su sopa o le metería un cuchillo en las costillas antes o después. Además, Birgitte, esa zorra de mirada dura, era la que tenía más probabilidades de ser culpable. O una Aes Sedai. O tal vez había ofendido a esas Allegadas de algún modo. No obstante, siempre merecía la pena ser prudente. Sus dedos se flexionaron en torno a la empuñadura de la daga. De momento llevaba una buena vida, con muchas comodidades y muchas mujeres a las que impresionar o atemorizar para que se sometieran a los deseos de un capitán de la Guardia, pero vivir huyendo siempre era preferible a una muerte inminente.

No era fácil encontrar la calle correcta, cuanto menos la casa correcta —una calle lateral estrecha se parecía mucho a otra cuando la oscuridad las envolvía—, pero fue con cuidado y finalmente se encontró llamando a las dobles puertas de un edificio alto y sumido en sombras que podría pertenecer a un mercader próspero pero discreto. Sólo que él sabía que no era así. Avarhin era una casa insignificante, desaparecida según algunos, pero de la que todavía quedaba una hija, y Shiaine poseía el dinero.

Una de las hojas de la puerta se abrió bruscamente y Hanlon levantó una mano con rapidez para protegerse los ojos del repentino brillo de la luz. La mano izquierda; la derecha, que sostenía la daga, la mantuvo oculta y aprestada. Con los párpados entrecerrados atisbó entre los dedos y reconoció a la mujer que estaba en el umbral con un sencillo vestido oscuro de doncella. Tampoco eso le hizo bajar la guardia un ápice.

—Dame un beso, Falion —dijo mientras entraba. Con una mirada lasciva, trató de atraerla hacia sí. Usando la mano izquierda, desde luego.

La mujer de cara alargada se libró de su mano y cerró firmemente la puerta tras él.

—Shiaine está encerrada con una visita en la sala de arriba —dijo calmosamente —, y la cocinera se encuentra en su dormitorio. No hay nadie más en la casa. Cuelga la capa en la percha. Le diré que has venido, pero quizá tengas que esperar.

Hanlon borró la sonrisa lasciva y bajó la mano. A pesar del rostro intemporal, lo mejor que podía decirse de Falion es que era una buena moza, e incluso eso sería exagerar, con su fría mirada y una actitud aún más fría, por si fuera poco. No era el tipo de mujer que elegiría para intercambiar caricias, pero al parecer uno de los Elegidos la estaba castigando y se suponía que él era parte del castigo, lo que cambiaba las cosas; hasta cierto punto. Nunca le había incomodado retozar con una mujer que no tenía alternativa, y desde luego Falion no tenía ninguna. Su vestido de doncella no era una farsa; hacía el trabajo de cuatro o cinco mujeres, doncellas, pinches y chica de orinal, durmiendo cuando podía e inclinando la cerviz cada vez que Shiaine fruncía el ceño. Tenía las manos ásperas y enrojecidas de lavar ropa y fregar suelos. Sin embargo, seguramente sobreviviría a su castigo y lo único que le faltaba a Hanlon era que una Aes Sedai le guardara rencor. En cualquier caso, no cuando las circunstancias podían cambiar antes de que tuviese oportunidad de hundirle un cuchillo en el corazón. Llegar a un acuerdo con ella había sido fácil, pues parecía una mujer con sentido práctico. Cuando otros podían verlos, la achuchaba cada vez que la tenía al alcance, y si llegaba el momento la subía a su cuartito, debajo del alero. Allí alborotaban las ropas de la estrecha cama y después se sentaban en ella e intercambiaban información aguantando el frío. Si bien, a petición de ella, le dejaba algunos moretones, por si acaso a Shiaine se le ocurría examinarla para comprobar.

Esperaba que la mujer no olvidara que había sido a instancias de ella.

—¿Dónde están los demás? —preguntó mientras se quitaba la capa y la colgaba en la percha tallada con figura de leopardo. El sonido de sus botas en las baldosas resonó en el alto techo del recibidor. Era un espacio magnífico, con cornisas pintadas y varias colgaduras valiosas sobre los paneles tallados, que se habían pulido hasta adquirir un tenue brillo, bien iluminado por lámparas de pie con espejos y suficiente dorado para encajar en el propio Palacio Real, pero que lo asparan si la temperatura era mucho más cálida que en el exterior. Falion enarcó una ceja al reparar en la daga que tenía en la mano y él la enfundó con una tensa sonrisa. Podía sacarla más deprisa de lo que nadie imaginaría, y su espada casi con igual rapidez—. Las calles están llenas de ladrones por la noche. —A despecho del frío, se quitó los guanteletes y los sujetó debajo del cinturón. De no hacerlo, habría dado la impresión de que se sentía en peligro. Si ocurría lo peor, el peto bastaría.

—No sé dónde está Marillin —respondió ella, mirando hacia atrás pues ya se daba media vuelta y se recogía la falda para subir la escalera—. Salió antes de ponerse el sol. Murellin está en el establo con su pipa. Podemos hablar después de que informe a Shiaine que has llegado.

Mientras la seguía con la mirada en tanto ella subía la escalera, gruñó. Murellin, un tipo corpulento que a Hanlon no le gustaba tener a la espalda, se «perdía» en el establo que había detrás de la casa cada vez que quería fumarse una pipa porque a Shiaine le desagradaba el olor del basto tabaco que utilizaba; y, puesto que solía llevarse un vaso de cerveza o incluso una jarra grande, no era probable que volviese pronto. Marillin le preocupaba más. También era Aes Sedai, aparentemente bajo el mando de Shiaine tanto como Falion o él mismo, pero con ella no tenía acuerdos hechos. Tampoco había enfrentamientos, pero por principio desconfiaba de cualquier Aes Sedai, fuera o no del Ajah Negro. ¿Dónde habría ido? ¿A hacer qué? Lo que un hombre ignoraba podía matarlo y Marillin Gemalphin pasaba demasiado tiempo haciendo cosas de las que él no sabía nada. Estaba llegando a la conclusión de que había demasiadas cosas en Caemlyn que él ignoraba. Ya iba siendo hora de enterarse, si quería vivir.

Una vez que Falion desapareció en el piso alto, se dirigió directamente desde el helado vestíbulo a la cocina, situada en la parte trasera de la casa. La estancia de paredes de baldosines estaba vacía, por supuesto —la cocinera era lo bastante lista para no asomar la nariz fuera de su cuarto en el sótano una vez que la habían mandado retirarse por la noche—, y el negro fogón de hierro y los hornos ya se habían enfriado, pero había un pequeño fuego en la gran chimenea de piedra que hacía de la cocina una de las pocas habitaciones calientes de la casa. Comparada con el resto, se entiende. Shiaine era tacaña, excepto en lo tocante a su propia comodidad. Que hubiese fuego allí sólo era por si de noche le apetecía vino caliente con especias

o un ponche de huevo.

Hanlon había estado en la casa más de una docena de veces desde su llegada a Caemlyn y sabía en qué armario se guardaban las especias y en qué habitación que daba a la cocina no faltaba nunca un barrilete de vino. Siempre un buen vino. Shiaine no escatimaba en eso. Al menos no lo hacía cuando tenía intención de beber ella. Para cuando Falion regresó, tenía el tarro de miel y un plato con jengibre y clavos en la ancha mesa de la cocina, así como una jarra llena de vino, y removía el fuego con el atizador. Shiaine podía decir «ven ahora» y eso significaba «ya», pero cuando quería hacerlo esperar a uno podía tenerlo hasta casi el amanecer antes de recibirlo. ¡Estas llamadas siempre le costaban horas de sueño, maldita mujer!

—¿Quién es la visita? —preguntó.

—No dio su nombre. A mí no —respondió Falion, que puso una silla en la puerta que daba al vestíbulo para que no se cerrara. Así parte del escaso calor se escaparía, pero quería oír a Shiaine si la llamaba. O quizá quería asegurarse de que la otra mujer no escuchara a escondidas—. Es un hombre delgado, alto y nervudo, con aire de soldado. Un oficial de rango o quizás un noble, por sus modales, y andoreño, por el acento. Parece inteligente y cauto. Sus ropas son bastantes sencillas, aunque caras, y no lleva anillos ni broches.

Miró ceñuda la mesa, se volvió hacia un armario abierto, junto a la puerta que daba al vestíbulo, y puso otra jarra de peltre al lado de la que había sacado para él. No se le había pasado por la cabeza poner dos. Bastante tenía con prepararse el vino para él. Por muy Aes Sedai que fuera, la sirvienta era ella. Sin embargo, la mujer se sentó a la mesa y empujó el plato de especias, apartándolo, como si esperase que lo preparara él, nada menos.

—Pero Shiaine tuvo dos visitantes ayer, menos cuidadosos que este tipo —prosiguió Falion—. Uno, el que vino por la mañana, llevaba los Jabalíes Dorados de Sarand en los puños de los guantes. Probablemente pensó que nadie se fijaría en los pequeños detalles, si es que se le ocurrió siquiera. Era un hombre relleno, de cabello rubio, mediana edad, que miraba todo con altanería y que alabó el vino como si le sorprendiera encontrar una cosecha buena en la casa. Quería que Shiaine me azotara por no mostrar el respeto debido. —Incluso aquello lo dijo con voz fría y mesurada. La única vez que la había visto demostrar cierto ímpetu fue cuando Shiaine le dio con la correa—. Un provinciano que rara vez ha estado en Caemlyn pero que cree que sabe cómo se comportan sus superiores, diría yo. Se lo puede reconocer por una verruga en la barbilla y una pequeña cicatriz con forma de media luna junto al ojo izquierdo. El tipo que vino por la tarde era bajo y moreno, nariz afilada y ojos recelosos, sin ninguna marca ni cicatriz que yo viera, aunque llevaba un anillo con un granate cuadrado en la mano izquierda. Era parco en palabras, pero portaba una daga con las cuatro Lunas Plateadas de la casa Marne en el pomo.

Hanlon se cruzó de brazos y se recostó en un lado de la chimenea; mantuvo el semblante impasible a pesar de que habría querido fruncir el ceño. Había estado convencido de que el plan era que Elayne alcanzara el trono, aunque lo que pasara después seguía siendo un misterio para él. Le habían prometido esa mujer como una reina. Que llevara o no una corona cuando la tomase le importaba un pimiento, salvo porque hacía más picante la historia —domar a esa yegua orgullosa y ponerle la silla sería un puro placer aunque hubiese sido hija de un granjero, ¡sobre todo después de que la mocosa le diese un corte así ese mismo día, delante de todas esas mujeres!—, pero tener tratos con Sarand y Marne indicaba que quizás Elayne estuviera destinada a morir sin ser coronada. Tal vez, a despecho de todas las promesas de que podría revolcarse con una reina, lo habían colocado donde pudiera matarla en el momento elegido, cuando su muerte tuviera el resultado específico que buscaba Shiaine. O más bien el Elegido que le había dado instrucciones. Moridin, se llamaba el individuo, un nombre que Hanlon no había oído nunca antes de entrar en esta casa. Eso no le preocupaba. Si un hombre tenía redaños para identificarse como uno de los Elegidos, él no era tan estúpido para ponerlo en duda. La posibilidad de que no fuera más que una daga asesina en todo el plan sí lo inquietaba. Mientras la daga hiciera el trabajo, ¿qué importaba si se rompía al realizarlo? Mucho mejor ser la mano en la empuñadura que la hoja.

—¿Viste oro que cambiara de manos? —preguntó—. ¿Oíste algo?

—Te lo habría dicho —repuso fríamente—. Y según nuestro acuerdo, es mi turno de preguntar.

Hanlon se las arregló para ocultar su irritación bajo una expresión expectante. Esa necia mujer siempre preguntaba sobre las Aes Sedai que estaban en palacio o sobre las que se llamaban Allegadas o sobre las mujeres de los Marinos. Preguntas estúpidas, como quién era amiga de quién, y quién enemiga. Quién hablaba en privado con quién o quién evitaba a quién. Qué les había oído decir. Como si no tuviese nada más que hacer con su tiempo que andar al acecho por los pasillos para espiarlas. Nunca le mentía —había muchas posibilidades de que se enterara de la verdad, aun estando atrapada en esa casa como una doncella; después de todo, era Aes Sedai—, pero cada vez le resultaba más difícil encontrar algo que ya no le hubiese contado, y se mostraba categórica en cuanto a que tenía que dar información si esperaba recibirla a su vez. Con todo, tenía algunos chismes ese día sobre que algunas de las mujeres de los Marinos se habían ido y que todas habían estado con los nervios de punta gran parte del día y brincando por nada, como si les metieran carámbanos por la espalda. Tendría que conformarse con eso. Lo que él necesitaba saber era importante, no puñeteros cotorreos.

Sin embargo, antes de que pudiera preguntarle, la puerta principal se abrió. Murellin era tan corpulento que casi llenaba el vano, pero aun así el intenso frío entró

en una arremolinada ráfaga que zarandeó el pequeño fuego y aventó chispas chimenea arriba hasta que el hombretón cerró la puerta. No daba señales de sentir el frío; claro que su chaqueta marrón parecía tan gruesa como dos juntas. Además, el hombre no sólo tenía el tamaño de un buey, sino también sus cortos alcances. Soltó una jarra alta de madera sobre la mesa con un golpe, se metió los pulgares en el ancho cinturón y miró a Hanlon con resentimiento.

—¿Te estás metiendo con mi mujer? —rezongó.

Hanlon dio un respingo. No porque temiera a Murellin, ya que éste se encontraba al otro lado de la mesa. Lo que lo sobresaltó fue que la Aes Sedai se levantara prestamente de la silla y cogiera la jarra de vino. Echó en ella el jengibre y los clavos, añadió una cucharada de miel e hizo girar la jarra como si fuera a mezclarlo todo; entonces utilizó un doblez de la falda para coger el atizador del fuego y lo metió en el vino sin comprobar si ya estaba bastante caliente. En ningún momento miró hacia Murellin.

—¿Tu mujer? —preguntó, cauteloso, Hanlon. A lo que el otro hombre respondió con una sonrisita de suficiencia.

—Casi. La señora se figuró que yo podría hacer uso de lo que tú no utilizas. En cualquier caso, Fally y yo nos damos calor por las noches.

Murellin empezó a rodear la mesa, todavía sonriendo, pero ahora en dirección a la mujer. Un grito resonó en el vestíbulo y el hombre se paró al tiempo que soltaba un suspiro, borrada su sonrisa.

—¡Falion! —llamó secamente la voz distante de Shiaine—. ¡Haz que suba ahora Hanlon y date prisa!

Falion soltó la jarra en la mesa con tanta fuerza que el vino se derramó por el borde, y se encaminó hacia la puerta antes de que Shiaine hubiese acabado. Cuando la otra mujer hablaba, Falion corría a obedecer. También Hanlon se apresuró, aunque impulsado por otra razón. Alcanzó a Falion y la agarró del brazo cuando pisaba el primer escalón. Una rápida ojeada hacia atrás le reveló que la puerta de la cocina se había cerrado. Quizá Murellin sí sentía el frío. De todos modos habló en voz baja.

—¿A qué venía todo eso? —preguntó.

—No es asunto tuyo —replicó secamente ella—. ¿Puedes conseguirme algo que lo haga dormir? ¿Algo que pueda echarle en el vino? Se tomará cualquier cosa, tenga el sabor que tenga.

—Si Shiaine cree que no obedezco sus órdenes por supuesto que es asunto mío, maldita sea, y tienes que entender que es así si es que tu puñetero cerebro es capaz de discurrir más de dos ideas.

Ella ladeó la cabeza y lo miró altaneramente, fría como un pez.

—Esto no tiene nada que ver contigo. En lo que concierne a Shiaine, todavía te pertenezco cuando estás aquí. Hay cosas que cambian, ¿sabes? —De repente, algo

invisible le asió fuertemente la muñeca y tiró de la mano sacándola de la manga. Algo más le aferró el cuello y apretó hasta que le resultó imposible inhalar. Tanteó inútilmente con la mano izquierda hacia la daga. El tono de la mujer permaneció frío —. Supuse que otras cosas cambiarían en consecuencia, pero Shiaine no piensa con lógica. Dice que cuando el Insigne Señor Moridin quiera reducir mi castigo lo dirá. Moridin me regaló a ella, y Murellin es su modo de asegurarse de que entiendo eso. Su modo de asegurarse de que sé que soy su perro hasta que diga lo contrario. —De pronto respiró hondo y la presión desapareció de la muñeca y el cuello de Hanlon. Jamás le había sabido tan dulce el aire—. ¿Podrás conseguir lo que te he pedido? —inquirió, tan sosegada como si no acabara de intentar matarlo con el Poder. La mera idea de que eso lo había tocado le puso la carne de gallina a Hanlon.

—Puedo... —empezó con voz ronca, y paró para tragar saliva mientras se frotaba la garganta. La sentía como si el nudo corredizo del verdugo la hubiese tenido ceñida —. Puedo conseguirte algo que le hará dormir un sueño del que nunca se despertará. —Tan pronto como hacerlo no fuera peligroso, iba a destriparla como a un ganso. Ella resopló con desdén.

—Yo sería la primera de la que sospecharía Shiaine, y tanto da que me corte las venas ahora mismo como oponerme a cualquier cosa que ella decida hacer. Bastará con que pase dormido toda la noche. Lo de pensar déjamelo a mí y nos irá mejor a los dos. —Posó la mano en el poste tallado del pasamanos y alzó la vista hacia lo alto de la escalera—. Vamos. Cuando dice ya, es ya.

Lástima no poder colgarla como un ganso esperando el cuchillo. La siguió, y sus pisadas en los escalones resonaron en el vestíbulo; entonces se le ocurrió la idea de que no había oído marcharse al visitante. A menos que la casa tuviera una salida secreta que él desconociera, en el vestíbulo sólo estaba la puerta principal, aparte de la de la cocina, y se tenía que pasar por ésta para llegar a otra que había en la parte trasera del edificio. En tal caso, al parecer iba a conocer a ese soldado. Quizá se suponía que fuera una sorpresa. Con un movimiento subrepticio, aflojó la daga en la vaina.

Como era de esperar, en la sala de estar ardía un buen fuego en la ancha chimenea de mármol con vetas azules. Era una estancia que valdría la pena saquear, con jarrones de porcelana de los Marinos en las mesas laterales fileteadas en dorado y tapices y alfombras por los que se obtendría un buen dinero. Sólo que ahora una de las alfombras no tenía ningún valor. Casi en el centro de la estancia yacía un bulto cubierto con una manta, y si el tipo que estaba debajo no la había manchado con su sangre Hanlon se comería las botas que asomaban por uno de los bordes.

Shiaine se encontraba sentada en un sillón tallado; era una mujer bonita y lucía un vestido de seda azul con bordados en oro ceñido con un cinturón de oro tejido, así como un grueso collar del mismo metal en torno al delgado cuello. El lustroso cabello

castaño le llegaba más abajo de los hombros aun estando recogido por una redecilla de encaje. A primera vista parecía delicada, pero sus rasgos tenían algo de la astucia vulpina y su sonrisa jamás se reflejaba en los grandes ojos marrones. En esos momentos utilizaba un pañuelo bordeado de puntilla para limpiar una pequeña daga que iba rematada con una gota de fuego en el pomo.

—Ve a decirle a Murellin que tengo un... bulto para que se deshaga de él más tarde, Falion —dijo con absoluta calma.

Falion mantuvo el semblante impasible y frío como el mármol, pero antes de escabullirse de la estancia a toda prisa hizo una reverencia a la que quizá le faltó cierto servilismo.

Observando a la mujer y su daga por el rabillo del ojo, Hanlon se dirigió hacia el bulto cubierto y se inclinó para levantar un pico de la manta. Unos vidriosos ojos azules permanecían abiertos en un rostro que, de estar vivo, se habría considerado duro. Los muertos tenían siempre un aspecto más blandengue. Por lo visto no había sido ni tan cauto ni tan inteligente como lo consideraba Falion. Hanlon soltó el pico de la manta y se irguió.

—¿Dijo algo que os molestó, milady? —preguntó gentilmente—. ¿Quién era?

—Dijo varias cosas. —Levantó la daga y examinó la pequeña hoja para asegurarse de que estaba limpia, tras lo cual la guardó en una vaina con incrustaciones de oro que llevaba a la cintura—. Dime, ¿el bebé de Elayne es tuyo?

—Ignoro quién lo engendró —repuso, torciendo el gesto—. ¿Por qué, milady? ¿Creéis que me he ablandado? A la última golfa que dijo que la había preñado, la metí en un pozo para que se le enfriara la cabeza y me aseguré de que se quedara allí. —En una de las mesas laterales había una jarra de plata de cuello largo, con vino, y dos copas también de plata sobre una bandeja—. ¿Esto se puede beber sin peligro? —preguntó mientras miraba las copas. Las dos tenían vino en el fondo, pero un pequeño «añadido» a una de ellas podría haber convertido en presa fácil al tipo muerto.

—Catrelle Mosenain, hija de un ferretero de Maerone —dijo la mujer tan a la ligera como si aquello fuera de conocimiento público, y Hanlon casi se encogió por la sorpresa—. Le abriste la cabeza con una piedra antes de echarla al pozo, sin duda para ahorrarle que muriera ahogada. —¿Cómo demonios sabía el nombre de aquella zorra, y menos aún el detalle de la piedra? Hasta él había olvidado cómo se llamaba —. No, dudo que te volvieras tan blando, pero no me gustaría descubrir que estabas besando a lady Elayne sin informarme. No, no me gustaría nada. —De pronto frunció el ceño al fijarse en el pañuelo manchado de sangre que tenía en la mano, se levantó ágilmente para dirigirse hacia la chimenea y lo arrojó a las llamas. Se quedó allí, calentándose, sin mirar a Hanlon.

»¿Puedes arreglar que algunas de las seanchan escapen? Mejor si pueden ser de las dos clases, las que llaman *sul'dam* y las que llaman *damane* —pronunció con

cierta dificultad los extraños términos—, pero si no puedes, entonces con unas cuantas de las *sul'dam* me servirá. Liberarán a algunas de las otras.

—Tal vez. —¡Rayos y truenos, esta noche saltaba de una cosa a otra más aún que Falion—. No será fácil, milady. Todas están bien guardadas.

—No pregunté si era fácil —dijo sin apartar la vista de las llamas—. ¿Puedes apartar a los guardias de los almacenes de víveres? Me complacería si algunos de ellos ardieran. Estoy cansada de intentos que siempre fallan.

—Eso no puedo hacerlo —murmuró—. A no ser que queráis que me oculte inmediatamente después. Guardan un registro de las órdenes que haría que un cairhienino se encogiera. Y tampoco serviría de mucho en cualquier caso, con esos jodidos accesos por los que llegan más carretas a diario. —A decir verdad, no lamentaba tal cosa. Sí que le inquietaban los medios utilizados, desde luego, pero eso no le preocupaba. En cualquier caso, esperaba que el palacio fuera el último sitio de Caemlyn donde se pasara hambre; había sobrevivido a asedios a ambos lados de las líneas y no tenía intención de volver a cocer sus botas para hacer caldo. No obstante, Shiaine quería fuegos.

—Otra respuesta que no he pedido. —La mujer sacudió la cabeza, todavía fija la mirada en las llamas, no en él—. Pero tal vez pueda hacerse algo al respecto. ¿Cuán próximo estás de... disfrutar del afecto de Elayne? —preguntó remilgadamente.

—Más de lo que estaba el día que llegué a palacio —gruñó, dirigiendo una mirada feroz a la espalda de la mujer. Procuraba no ofender a los que el Elegido había situado por encima de él, pero esa zorra estaba poniendo a prueba su paciencia. ¡Podría partir ese esbelto cuello como si fuese una ramita! Para que no se le fuesen las manos a la garganta de la mujer, llenó una de las copas y la sostuvo sin intención de beber. Con la mano izquierda, por supuesto. Sólo porque hubiese ya un hombre muerto en el suelo no significaba que no tuviese planes para que los cadáveres fueran dos—. Pero he de ir despacio. No es como acorralarla en un rincón y encandilarla hasta que se derrita.

—Supongo que no —dijo Shiaine con voz ahogada—. No es en absoluto la clase de mujer que estás acostumbrado a tratar. —¿Se estaba riendo? ¿De él? Sólo merced a un gran esfuerzo se contuvo para no arrojar la copa y estrangular a esa tipa de cara zorruna.

De repente la mujer se volvió y Hanlon parpadeó al verla deslizar la daga en la vaina con aire indiferente. ¡No la había visto sacar la maldita arma! Dio un trago de vino sin pensar y casi se atragantó al darse cuenta de lo que había hecho.

—¿Te gustaría ver saqueada Caemlyn? —preguntó ella.

—Mucho, si dispongo de una buena compañía a mi espalda y paso libre hacia las puertas. —El vino no podía entrañar peligro. Que hubiera dos copas significaba que ella había bebido también, y si había cogido la del tipo muerto no podía quedar

suficiente veneno ni para poner malo a un ratón—. ¿Es eso lo que queréis? Yo cumplo órdenes tan bien como el que más. —Lo hacía cuando parecía probable sobrevivir a ellas o cuando venían de los Elegidos. Desobedecerlos era de necios; de necios muertos—. Pero a veces ayuda saber algo más que «ve allí y haz tal cosa». Si me decís qué os traéis entre manos aquí, en Caemlyn, podría ayudaros a conseguir vuestro propósito antes.

—Por supuesto. —Shiaine esbozó una sonrisa enseñando los dientes, aunque sus ojos siguieron siendo impasibles como un pedazo de roca—. Pero primero cuéntame por qué tienes sangre fresca en tu guantelete.

Él le devolvió la sonrisa.

—Un asaltante que tuvo mala suerte, milady. —Quizás había enviado al hombre o tal vez no, pero agregó el cuello de la mujer a la lista de los que se proponía cortar. Y, ya puesto, podría añadir también el de Marillin Gemalphin. Después de todo, el único superviviente era quien podía decir lo que había ocurrido.

16. El tema de las negociaciones

El sol matinal se alzaba en el horizonte dejando la parte más próxima de Tar Valon envuelta aún en sombras, pero la nieve que lo cubría todo resplandecía. La propia ciudad parecía brillar tras las blancas murallas, todas magníficamente coronadas con torres y estandartes, pero para Egwene, sentada en su castrado ruano en la ribera por encima de la ciudad, le parecía más lejana de lo que estaba realmente. El Erinin se ensanchaba más de tres kilómetros en aquel punto, y el Alindrelle Erinin y el Osendrelle Erinin, que fluían a ambos extremos de la isla, debían de medir casi la mitad de eso, de modo que Tar Valon daba la impresión de encontrarse en medio de un gran lago, inalcanzable a despecho de los inmensos puentes que salvaban la corriente a gran altura para que los barcos pudieran navegar fácilmente por debajo. La propia Torre Blanca, una sólida aguja de color hueso que se alzaba a una increíble altura en el corazón de la ciudad, llenaba su propio corazón con un vehemente anhelo del hogar. No por Dos Ríos, sino por la Torre. Ése era su hogar ahora. Una fina columna de humo atrajo su mirada, una débil línea negra que se alzaba en la ribera opuesta, detrás de la ciudad, y torció el gesto. *Daishar* pateó la nieve, pero una palmada en el cuello bastó para tranquilizar al ruano. Su amazona habría necesitado mucho más para calmarse. La añoranza era lo menos importante. Minúscula, comparada con el resto.

Con un suspiro, dejó las riendas en el alto pomo de la silla y miró a través del largo visor de lentes encastrado en bronce. La capa se resbaló, dejándole un hombro al aire, pero hizo caso omiso del frío que convertía en vaho su respiración y colocó una mano para proteger la lente delantera del brillo del sol. Las murallas parecieron acercarse repentinamente. Enfocó los altos brazos curvados del Puerto del Norte que penetraban en la corriente río arriba. La gente se movía con determinación en lo alto de las almenas que envolvían el puerto, pero apenas distinguía hombres de mujeres a esa distancia. Aun así, se alegraba de no llevar puesta la estola de siete colores y de que su rostro quedara oculto bajo la capucha por si acaso alguien de allí disponía de un visor más potente que el suyo. La ancha bocana del puerto artificial se hallaba bloqueada por una inmensa cadena de hierro, tensada a varios palmos sobre el agua. Unos puntos minúsculos en la superficie —aves que pescaban zambulléndose frente al puerto— ponían de manifiesto la magnitud de la cadena. Para levantar uno de los eslabones de un paso de longitud habrían hecho falta dos hombres. Un bote de remos podría deslizarse por debajo de esa barrera, pero ningún navío pasaría, fuera cual fuere su tamaño, a menos que la Torre Blanca lo permitiera. Por supuesto, la cadena sólo estaba destinada a impedir la entrada de enemigos.

—Ahí están, madre —murmuró lord Gareth Bryne, y Egwene bajó el visor.

Su general era un hombre fornido, con un sencillo peto muy usado encima de la

chaqueta marrón, sin el menor toque de dorado ni bordados. Tras las barras del yelmo se veía su semblante franco y curtido, y los años le habían otorgado una especie de tranquilidad reconfortante. Uno sólo tenía que mirar a Gareth Bryne para saber que, si el Foso de la Perdición se abriera ante él, el hombre reprimiría el miedo y se pondría a hacer lo que fuera necesario hacer. Y otros hombres lo seguirían. Había demostrado en un campo de batalla tras otro que seguirlo era el camino a la victoria. Un buen hombre para tenerlo de su lado. Los ojos de Egwene siguieron la dirección indicada por la mano enguantada, río arriba.

Tras una punta de tierra empezaban a asomar cinco, seis —no, siete— barcos fluviales surcando el Erinin aguas abajo. Eran navíos grandes, tal como se entendían en una vía fluvial, uno con tres mástiles; iban con las velas triangulares hinchadas, y los largos remos se hundían con fuerza en el agua azul verdosa para incrementar un poco más la velocidad. Todo en la embarcación denotaba un ardiente deseo de avanzar con rapidez, ¡la ansiedad de alcanzar Tar Valon ya! El río era bastante profundo allí para que los barcos pudieran navegar casi a tiro de piedra de las orillas en algunos puntos, pero éstos surcaban el agua casi en fila india, tan cerca del centro de la corriente del Erinin como el empuje del viento se lo permitía a los remeros. Marineros aferrados al extremo de los palos vigilaban las riberas y no para otear posibles bajíos.

De hecho, no tenían nada que temer mientras se mantuvieran fuera del alcance de los arcos. Cierto era que, desde donde Egwene se encontraba montada a caballo, habría podido prender fuego a todas las naves o simplemente abrir agujeros en los cascos para que se hundieran. En cuestión de segundos. Pero hacerlo habría significado que algunos de los que iban a bordo se ahogarían. Las corrientes eran fuertes, el agua estaba helada y la distancia a nado hasta la orilla era larga; hasta para los que supiesen nadar. Incluso una sola muerte convertiría su uso del Poder en un arma. Intentaba actuar como si ya hubiese prestado los Tres Juramentos y éstos protegían a aquellos barcos de ella y de cualquier otra hermana. Una hermana que hubiese jurado sobre la Vara Juratoria no podría utilizar esos tejidos ni aun obligándose, puede que ni siquiera fuera capaz de realizarlos, a menos que se convenciese de que se encontraba en peligro inmediato por parte de los barcos. Mas, al parecer, ni capitanes ni tripulaciones parecían creer tal cosa.

Al aproximarse las naves, gritos apagados por la distancia llegaron a través del agua. Los vigías apostados en las cofas los señalaron a Gareth y a ella y enseguida resultó obvio que la tomaban por una Aes Sedai con su Guardián. Con todo, los capitanes no estaban dispuestos a correr el albur de que no lo fuera. Un instante después, el ritmo de los remos se incrementaba. Sólo un poco, pero los remeros se esforzaron para conseguir ese poco. Una mujer que iba en el alcázar del primer barco, seguramente la capitana, agitó los brazos como si demandara mayor esfuerzo y un

puñado de hombres empezaron a correr a lo largo de la nave, tensando un cabo o aflojando otro para cambiar el ángulo de las velas, aunque Egwene no vio que consiguieran nada con ello. En las cubiertas había hombres que no eran marineros, y la mayoría de ellos se apiñaba en las batayolas de las bordas, unos cuantos oteando por sus visores. Algunos parecían calcular la distancia que quedaba para llegar a la seguridad del puerto.

Egwene se planteó tejer una llamarada, un estallido de luz, quizás acompañado por un fuerte estampido, justo por encima de los barcos. Eso dejaría claro a cualquiera que viajara en ellos y que tuviese dos dedos de frente que ni la velocidad ni la distancia los protegían, sino únicamente el compromiso de los Tres Juramentos. Deberían saber que estaban a salvo por las Aes Sedai. Egwene exhaló sonoramente, sacudió la cabeza y se reprendió para sus adentros. Ese sencillo tejido también llamaría la atención en la ciudad, desde luego mucho más que la aparición de una única hermana. Las hermanas acudían a menudo a las riberas para contemplar Tar Valon y la Torre. Aun en el caso de que la única reacción a su despliegue de luces fuera otra exhibición semejante como réplica, una vez que hubiera empezado esa especie de competición quizá resultara muy difícil pararla. Una vez que empezaban, temas así podían aumentar hasta escaparse de las manos. Tal como estaban las cosas, ya había muchas probabilidades de que eso ocurriera, y más aún en los últimos cinco días.

—El capitán de puerto no ha dejado entrar a más de ocho o nueve barcos a la vez desde que llegamos —comentó Gareth mientras el primer navío pasaba frente a ellos—, pero los capitanes parecen haber calculado el tiempo y la sincronización. Pronto aparecerá otro puñado, y llegará a la ciudad para cuando la Guardia de la Torre esté convencida de que esos tipos vienen realmente a alistarse. Jimar Chubai sabe que debe evitar que meta hombres míos en esos barcos. Tiene más guardias en los puertos que en cualquier otra posición excepto en las torres de los puentes, y no muchos en los demás sitios, por lo que sé. Sin embargo, eso cambiará. La llegada de barcos empieza con las primeras luces del día y continúa casi hasta la caída de la noche, aquí y también en Puerto del Sur. Este grupo no parece transportar tantos soldados como lleva la mayoría. Cualquier plan es brillante hasta que llega el día, madre, pero entonces hay que adaptarse a las circunstancias para no acabar arrollado.

Egwene emitió un sonido irritado. En aquellos siete barcos debía de haber en total doscientos pasajeros o más. Unos cuantos serían mercaderes o comerciantes u otro tipo de viajero inocente, pero el sol bajo brillaba en yelmos y petos y discos de acero cosidos a coseletes de cuero. ¿Cuántos barcos llegaban cada día? Fuera cual fuera el número, un flujo constante de hombres estaba entrando en la ciudad para alistarse a las órdenes del mayor Chubai.

—¿Por qué los hombres acuden siempre a todo correr para matar o para que los

maten? —mascullό irritada.

Lord Gareth la miró tranquilamente. Montado en el caballo, un enorme castrado zaino con una línea blanca a lo largo de la nariz, semejaba una estatua. A veces Egwene creía entender un poco cómo se sentía Siuan respecto a ese hombre. A veces pensaba que merecería la pena realizar cualquier esfuerzo necesario para sobresaltarlo, sólo por el gusto de verlo perder esa flema.

Por desgracia sabía la respuesta a su pregunta tan bien como él. Al menos en lo tocante a hombres que se hacían soldados. Oh, sí que había muchos que acudían presurosos en apoyo de una causa o en defensa de lo que pensaban que era justo, y algunos que buscaban aventuras, tuvieran la idea que tuvieran de lo que era eso. Con todo, la simple y pura verdad era que por manejar una pica o una lanza un hombre podía ganar el doble cada día que lo que obtendría por caminar detrás del arado de otro hombre, y se multiplicaba por tres si sabía cabalgar lo bastante bien para unirse a la caballería. Arqueros y ballesteros se encontraban en un término medio. El hombre que trabajaba para otro podía soñar con poseer su propia granja o tienda algún día, o un comienzo hacia ese logro que alcanzarían sus hijos, pero a buen seguro había oído miles de historias de hombres que se habían alistado durante cinco o diez años y regresaban a casa con suficiente oro para vivir con desahogo, o de otros que habían llegado a generales e incluso a lores. Para un hombre pobre, había dicho Gareth sin rodeos, mirar la punta de una pica podía ser una vista mejor que los cuartos traseros del caballo de labranza de otro hombre. Aun cuando con la pica tuviera más probabilidades de morir que de obtener gloria y fortuna. Un modo amargo de enfocarlo, pero Egwene suponía que la mayoría de los hombres que iban en esos barcos también lo veían así. Claro que ella había reunido su ejército de esa manera. Por cada hombre que quería ver a la usurpadora expulsada de la Sede Amyrlin, por cada hombre que sabía con certeza quién era Elaida, había diez —si no un centenar— que se habían unido a ella por la paga. Algunos hombres del barco alzaban las manos para que los guardias situados en las murallas del puerto vieran que no tenían armas.

—No —dijo, y lord Gareth suspiró.

—Madre, mientras los puertos sigan abiertos, Tar Valon comerá mejor que nosotros, y en lugar de debilitarse por el hambre, la Guardia de la Torre se hará más fuerte y numerosa. —Su voz seguía siendo sosegada, pero sus palabras no resultaban tranquilizadoras—. Dudo mucho que Elaida permita a Chubai que salga a atacarnos, por mucho que me gustaría que lo hiciera. Cada día que esperáis se incrementa la cuenta del carnicero que tendremos que pagar antes o después. Desde el primer momento dije que al final habría de ser un asalto y eso no ha cambiado, pero todo lo demás sí. Haced que las hermanas nos sitúen a mis hombres y a mí dentro de las murallas ya, y puedo tomar Tar Valon. No será incruento. Nunca lo es. Pero puedo tomar la ciudad para vos. Y morirán menos que si lo demoráis.

A Egwene se le hizo un nudo en el estómago que se apretó hasta que apenas pudo respirar. Con cuidado, paso a paso, realizó ejercicios de novicia para que se aflojara. Las riberas contenían el río, guiándolo sin controlarlo. La calma la envolvió, penetró en ella.

Demasiadas personas habían empezado a ver usos para los accesos y, en cierto modo, Gareth representaba los peores. Su oficio era la guerra y era muy bueno en ello. Tan pronto como supo que un acceso podía trasladar a mucho más que un grupo pequeño de personas a la vez, había visto las implicaciones. Hasta las murallas de Tar Valon, situadas fuera del alcance de tiro de cualquier catapulta de asalto que no estuviese montada en una embarcación y construidas con el Poder de modo que ni la catapulta más grande podría hacer mella en ellas, daría igual que fueran de papel ante un ejército que pudiera Viajar. Pero tanto si Gareth Bryne lo sabía como si no, otros hombres sacarían partido de esa idea. Al parecer los Asha'man ya lo habían hecho. La guerra siempre había sido horrible, pero iba a serlo aún más.

—No —repitió—. Sé que va a morir gente antes de que esto acabe. —La Luz la asistiera, podía verla morir con sólo cerrar los ojos. Sin embargo, morirían más personas si tomaba decisiones equivocadas, y no allí únicamente—. Tengo que mantener viva la Torre Blanca para combatir en el Tarmon Gai'don, para interponerla entre el mundo y los Asha'man, y la Torre morirá si esto deviene en hermanas luchando contra hermanas en las calles de Tar Valon. —Tal cosa había ocurrido una vez. No podía permitirse que pasara una segunda—. Si la Torre Blanca muere, muere la esperanza. No tendría que repetiros esto.

Daishar resopló y agitó la cabeza arriba y abajo tirando del ronzal como si notara su irritación, pero Egwene retuvo las riendas con firmeza y guardó el visor en el estuche de cuero que llevaba colgado de la silla. Las aves dejaron de pescar y levantaron el vuelo cuando la gruesa cadena que cerraba el Puerto del Norte se aflojó y empezó a bajar. Se hundiría en el agua a bastante profundidad antes de que el primer barco llegara a la bocana. ¿Cuánto hacía que ella había llegado a Tar Valon por la misma ruta? Más allá del recuerdo, daba la impresión. Hacía una era. Era otra mujer la que había desembarcado en la orilla para ser recibida por la Maestra de las Novicias.

Gareth sacudió la cabeza a la par que hacía una mueca. Nunca se rendía, ¿verdad?

—Tenéis que mantener viva la Torre Blanca, madre, pero mi trabajo es entregárosla. A menos que hayan cambiado cosas que yo ignoro. Veo a hermanas cuchicheando y mirando a hurtadillas sobre el hombro aunque no sepa el motivo. Si aún queréis la Torre, habrá que lanzarse al asalto, y mejor antes que después.

De repente la mañana pareció más oscura, como si unas nubes hubiesen ocultado el sol. Hiciera lo que hiciera, los muertos iban a amontonarse como haces de leña, pero tenía que mantener viva la Torre Blanca. Tenía que hacerlo. Cuando no había

buenas opciones, era necesario elegir la menos mala.

—Ya he visto suficiente aquí —dijo en voz queda. Tras echar una última ojeada a la fina columna de humo que se alzaba detrás de la ciudad, hizo volver grupas a *Daishar* hacia la fronda que se alzaba a unos cien pasos de la orilla, donde esperaba su escolta entre los árboles perennes y las hayas y los abedules desnudos de hojas.

Doscientos jinetes de caballería ligera, equipados con petos de cuero cocido o chaquetas cubiertas de discos de metal, sin duda habrían llamado la atención de aparecer en la ribera, pero Gareth la había convencido de la necesidad de esos hombres con sus lanzas ligeras y arcos cortos. Sin lugar a dudas, el humo en la orilla opuesta se alzaba de carretas o provisiones incendiadas. Pequeños aguijonazos, pero no fallaban ninguna noche; en ocasiones era uno, otras veces, dos o tres, hasta que todo el mundo buscaba humo cada mañana al levantarse. Dar caza a los asaltantes había sido imposible hasta el momento. Repentinas celliscas se desataban sobre los perseguidores o gélidos ventarrones o simplemente las huellas desaparecían de pronto, con la nieve lisa y suave, como recién caída, más allá de las últimas marcas de los cascos. Los residuos de tejidos dejaban muy claro que los estaban ayudando Aes Sedai y no tenía sentido correr el riesgo de pensar que Elaida no contaba con hombres y quizás hermanas también a este lado del río. Pocas cosas complacerían más a Elaida que echar mano a Egwene al'Vere.

No eran toda su escolta, desde luego. Además de Sheriam, su Guardiana, esa mañana había salido acompañada por otras seis Aes Sedai y las que tenían Guardianes los habían llevado con ellas, de modo que detrás de las hermanas había ocho hombres con capas de color mudable que ondeaban cuando el aire las agitaba de forma mareante, además de hacer que partes de los hombres y los caballos desaparecieran al camuflarse con los colores de los troncos de los árboles. Conscientes del peligro —de asaltantes al menos—, conscientes de que sus Aes Sedai estaban tensas como muelles a punto de saltar, vigilaban la arboleda circundante como si los jinetes de la caballería no estuviesen allí. La seguridad de sus propias Aes Sedai era su preocupación principal y no confiaban esa seguridad a nadie. Sarin, un tipo con negra barba y cachigordo, no por ser demasiado bajo sino muy ancho, permanecía tan cerca de Nisao que parecía empequeñecer más a la diminuta Amarilla. Jori se las ingeniaba para parecer imponente junto a Morvrin, si bien era más bajo que ella; aunque tan ancho como Sarin, era muy bajo, incluso para ser cairhienino. Los tres Guardianes de Myrelle —los tres que admitía tener— se apiñaban a su alrededor hasta el punto de que ella no habría podido mover su caballo sin empujar los de ellos para apartarlos. Setagana, el de Anaiya, esbelto, moreno y tan guapo como ella poco agraciada, casi conseguía envolverla por sí solo, y Tervail, con su prominente nariz y su rostro marcado de cicatrices, hacía otro tanto con Beonin. Carlinya no tenía Guardián, algo que no resultaba inusitado en una Blanca, pero

examinaba a los hombres desde la profunda capucha forrada de piel como si pensara en encontrar uno.

No hacía mucho, Egwene habría vacilado antes de dejarse ver con esas seis mujeres. Ellas y Sheriam le habían jurado lealtad por diversas razones, y ni ellas ni Egwene querían que tal cosa se supiera y ni siquiera se sospechara. Había sido el medio para influir en los acontecimientos hasta donde le había sido posible cuando todos la tenían por una figura decorativa, una niña Amyrlin que la Antecámara de la Torre podía utilizar como quisiera y a quien nadie hacía caso. La Antecámara había perdido esa falsa idea que tenía de ella cuando ella hizo que declarara la guerra a Elaida, admitiendo finalmente la intención que habían tenido desde que habían huido de la Torre, pero eso sólo consiguió que la Antecámara —al igual que los Ajahs— se preocupara por lo que haría a continuación e intentara discernir el modo de asegurarse de que, fuera lo que fuese, tuviera su aprobación. Las Asentadas se sorprendieron cuando Egwene aceptó su sugerencia de crear un consejo, con una hermana de cada Ajah, para asesorarla con su sabiduría y experiencia. O quizá creyeron que el éxito obtenido con la declaración de guerra se le había subido a la cabeza. Por supuesto, les había dicho a Morvrin, Anaiya y las otras que se aseguraran de ser las hermanas elegidas, y las seis tenían suficiente prestigio en sus Ajahs para lograrlo; y lo lograron, aunque por poco margen. Para entonces, hacía semanas que recibía sus consejos, aunque no siempre los había seguido, sólo que ahora ya no era necesario organizar reuniones furtivas ni pasarse mensajes en secreto.

No obstante, al parecer se les había agregado alguien mientras Egwene observaba la Torre.

Sheriam, que lucía la estola azul de su cargo por encima de la capa, se las arregló para hacer una reverencia muy formal desde la silla. La mujer de cabello rojo como el fuego podía actuar con increíble formalidad en ocasiones.

—Madre, la Asentada Delana desea hablar con vos —anunció como si Egwene no pudiese ver a la robusta hermana Gris montada en una yegua torda casi tan oscura como la montura de Sheriam—. Sobre un asunto de cierta importancia, en sus palabras. —El leve dejo de aspereza significaba que Delana no le había dicho qué asunto era y a Sheriam no debía de haberle gustado eso. Podía mostrarse muy celosa de su cargo.

—En privado, si hacéis el favor, madre —intervino Delana, que se retiró la oscura capucha para dejar a la vista su cabello casi de color de plata. Su timbre de voz era profundo para una mujer, pero no había en él la urgencia de alguien que tuviese asuntos apremiantes que tratar.

Su presencia ya era de por sí una sorpresa. Delana apoyaba a Egwene en la Antecámara de la Torre a menudo, cuando las Asentadas cuestionaban si una decisión en particular concernía a la guerra contra Elaida. Eso significaba que la Antecámara

estaba obligada a apoyar las órdenes de Egwene como si hubiesen estado en consenso plenario. Querían derrocar a Elaida; pero, de haberlo dejado en sus manos, la Antecámara no habría hecho nada más que discutir. Sin embargo, a fuer de ser sincera, el respaldo de Delana no siempre era bienvenido. Un día podía actuar como la viva imagen de una negociadora Gris buscando el consenso y al siguiente se mostraba tan estridente en sus argumentos que todas las Asentadas que la escuchaban se encrespaban con ella. También había levantado revuelos en otros sentidos. Al menos en tres ocasiones, había exigido que la Antecámara hiciera una declaración formal de que Elaida pertenecía al Ajah Negro, lo que inevitablemente conducía a un incómodo silencio hasta que alguien anunciaba que se suspendía la sesión. Pocas eran las que se sentían inclinadas a hablar abiertamente del Ajah Negro. Por el contrario, Delana hablaba de todo, desde cómo encontrar ropas adecuadas para novecientas ochenta y siete novicias hasta si Elaida tenía partidarias secretas entre las hermanas, otro tema que levantaba ampollas en la mayoría de las Aes Sedai. La cuestión ahora era por qué había salido a caballo tan temprano, y sola. Nunca se había acercado a Egwene sin estar en compañía de una o más Asentadas. Los ojos de color azul pálido de Delana revelaban tan poco como su semblante Aes Sedai.

—Mientras cabalgamos —le contestó Egwene—. Queremos cierta intimidad —añadió cuando Sheriam abrió la boca—. Quédate más atrás, con las otras, por favor. —Los verdes ojos de la Guardiana adquirieron una dureza que casi parecía cólera. Eficiente en su puesto de Guardiana y celosa de él, había puesto sus esperanzas en Egwene y no ocultaba que le desagradaba que se la excluyera de cualquier reunión que tuviera la Amyrlin. Molesta o no, inclinó la cabeza en un gesto de acatamiento tras una leve vacilación. Sheriam no había sabido siempre cuál de las dos mandaba, pero ahora sí.

El terreno ascendía desde el río Erinin; no en colinas, sino simplemente ascendiendo hacia el monstruoso pico que se elevaba al oeste, tan inmenso que parecía ridiculizar el término «montaña». El Monte del Dragón habría superado cualquier otra cumbre, incluso de la Columna Vertebral del Mundo; en la comarca relativamente llana que se extendía en torno a Tar Valon, su nevada cresta parecía llegar al cielo, sobre todo cuando un hilo de humo salía de la irregular cumbre, como ocurría entonces. Un hilo de humo a esa altura sería algo completamente distinto visto de cerca. Los árboles dejaban de crecer a mitad de la ladera del Monte del Dragón, y nadie había conseguido nunca llegar a la cumbre o siquiera acercarse a ella, aunque se decía que sus vertientes estaban sembradas de huesos de quienes lo habían intentado. Tampoco se explicaba nadie la razón de que cualquiera quisiera intentarlo. A veces, la larga sombra vespertina de la montaña se extendía hasta la ciudad. La gente que vivía en la región estaba acostumbrada a ver el Monte del Dragón dominando el paisaje, lo mismo que estaba acostumbrada a que la Torre

Blanca se elevara sobre las murallas de la ciudad y fuese visible a kilómetros de distancia. Ambos eran complementos inmutables integrados en el paisaje, que habían estado y estarían allí siempre. Eran las cosechas y los oficios los que ocupaban la vida de la gente y le daban de comer, no las montañas o las Aes Sedai.

En las pequeñas aldeas de diez o doce casas de piedra con tejados de bálago o de pizarra y en algún que otro pueblo con cien viviendas, los niños que jugaban en la nieve o llevaban cubos de agua desde los pozos se paraban para mirar boquiabiertos a los soldados que pasaban a caballo por las veredas de tierra que servían de calzadas cuando no estaban cubiertas de nieve. No llevaban estandarte, pero algunos soldados lucían la Llama de Tar Valon bordada en las capas o en las mangas de las chaquetas y las extrañas capas de los Guardianes revelaban que al menos algunas de las mujeres eran Aes Sedai. Incluso tan cerca de la ciudad, las hermanas no se habían dejado ver mucho hasta hacía poco tiempo, y seguían siendo algo que hacía relucir los ojos de los chiquillos. Claro que los propios soldados seguramente se encontraban muy cerca en su lista de maravillas. Las granjas que proporcionaban víveres a Tar Valon cubrían gran parte de la comarca, con campos vallados con piedra en torno a casas que habían crecido con los años y altos graneros de piedra o ladrillo, con arboledas, bosquecillos y sotos entre ellas, y los grupos de niños de las granjas a menudo corrían una corta distancia acompañando la marcha del grupo, saltando por la nieve como liebres. Las ocupaciones propias del invierno mantenían a casi toda la gente adulta dentro de las casas, pero los que se aventuraban al exterior, abrigados con montones de ropa para resguardarse del frío, apenas dedicaban una mirada a los soldados, los Guardianes o las Aes Sedai. La primavera no tardaría en llegar y con ella el tiempo de arar la tierra y de la siembra, y lo que las Aes Sedai hicieran no influiría en eso. Quisiera la Luz que no.

No tenía sentido llevar guardias a menos que marcharan como si esperasen un ataque, y lord Gareth había dispuesto un grupo numeroso de jinetes en vanguardia así como líneas en los flancos, con otros situados a retaguardia, mientras que él dirigía el grueso del grupo justo detrás de los Guardianes que seguían a Sheriam y al «consejo» pisándoles los talones. Todos formaban un anillo alargado en torno a Egwene y ésta casi podía imaginar que cabalgaba a solas con Delana si no miraba en derredor. O si miraba más adelante. En lugar de instar a la Asentada Gris a que hablara —había una larga tirada hasta el campamento y nadie tenía permiso de abrir un acceso donde el tejido podría ser visto; de modo que había tiempo de sobra para oír lo que Delana tuviera que decirle—, Egwene comparó las granjas por las que pasaban con las de Dos Ríos.

Quizás haberse dado cuenta de que Dos Ríos ya no era el «hogar» fue lo que le hizo observarlas. Reconocer la verdad nunca podía ser una traición, pero necesitaba recordar a Dos Ríos. Uno podía olvidar quién era si olvidabas de dónde procedía, y a

veces la hija del posadero de Campo de Emond le parecía una extraña. Cualquiera de esas granjas habría resultado muy chocante ubicada cerca de Campo de Emond, aunque no acababa de discernir exactamente por qué. Diferente forma de las casas, diferente inclinación en los tejados. Y aquí los tejados eran de pizarra más a menudo que de bálago, cuando se los podía ver bajo la nieve que en muchos casos se amontonaba sobre ellos. Por supuesto, ahora había en Dos Ríos menos bálago y más piedra y ladrillos que antes. Lo había visto; en el *Tel'aran'rhiod*. Los cambios se producían tan despacio que uno nunca notaba cómo se le venían sigilosamente encima u ocurrían demasiado deprisa para resultar cómodos, pero llegaban. Nada seguía invariable, aun cuando uno creyera que sí. O lo esperara.

—Algunas piensan que vais a vincularlo como vuestro Guardián —dijo de repente Delana en voz baja. Habló como si sostuvieran una conversación intrascendente, y aparentemente tenía puesta toda su atención en colocarse la capucha. Cabalgaba bien, acoplándose a los movimientos de su yegua con tal facilidad que parecía no ser consciente de la presencia del animal—. Algunas creen que quizá ya lo habéis hecho. Yo no he tenido uno desde hace tiempo, pero el simple hecho de saber que tu Guardián está ahí pueda darte tranquilidad. Si se elige el adecuado.

Egwene enarcó una ceja. Se enorgulleció de no mirar boquiabierta a la mujer; en ningún momento se le había pasado por la cabeza que el tema de conversación sería éste.

—Me refiero a lord Gareth —agregó Delana—. Pasa mucho tiempo con vos. Tiene bastantes más años de lo que es habitual para un Guardián, pero a menudo las Verdes escogen a un hombre con más experiencia como su primer Gaidin. Sé que nunca tuvisteis un Ajah, pero con frecuencia pienso en vos como una Verde. Me pregunto si Siuan se sentirá aliviada o molesta si lo vinculáis. A veces me decanto por lo primero, y otras, por lo segundo. Su relación, si es que puede llamarse así, es muy peculiar, bien que ella no parece sentirse azorada en absoluto.

—Eso tendrás que preguntárselo a Siuan. —La sonrisa de Egwene tenía cierta acritud. A decir verdad, también lo tenía su tono. Ni ella misma acababa de entender la razón de que Gareth Bryne le hubiera ofrecido su lealtad, pero la Antecámara de la Torre tenía cosas mejores en las que emplear el tiempo que en chismorrear como aldeanas—. Puedes decir a quien te parezca que no he vinculado a nadie, Delana. Lord Gareth pasa tiempo conmigo, como dices tú, porque soy la Amyrlin y él mi general. También puedes recordarles eso. —Así que Delana la veía como una Verde. Era el Ajah que habría elegido, aunque a decir verdad sólo quería a un Guardián. Pero Gawyn estaba en Tar Valon o de camino a Caemlyn, y en uno u otro caso no daría con él en un futuro inmediato. Palmeó innecesariamente el cuello de *Daishar* y trató de que la sonrisa no se convirtiera en una mueca hostil. Había sido agradable

olvidarse de la Antecámara, entre otras cosas, durante un rato. La Antecámara hacía que comprendiera la razón de que Siuan hubiera parecido un oso con dolor de muelas tan a menudo cuando era Amyrlin.

—No diré que se haya convertido en un asunto para discutir ampliamente —murmuró Delana—. De momento. Con todo, existe cierto interés en la posibilidad de que vinculéis un Guardián y quién sería. Dudo que Gareth Bryne se considerara una elección sensata. —Se giró en la silla para mirar hacia atrás. A lord Gareth, creía Egwene, pero cuando la Asentada se volvió de nuevo añadió quedamente—: Sheriam nunca fue elegida por vos como Guardiana, por supuesto, pero debéis saber que los Ajahs también pusieron a ésas para vigilaros. —Su yegua era más baja que *Daishar*, de manera que tenía que alzar la cara para mirar a Egwene, cosa que intentaba hacer sin que resultase obvia. Aquellos ojos de color azul desvaído se tornaron de pronto muy penetrantes—. Se pensó que Siuan podría estar aconsejándoos demasiado... bien, después del modo en que conseguisteis sacar adelante la declaración de guerra contra Elaida. Pero ella aún está resentida por el cambio en su posición, ¿verdad? A Sheriam se la ve ahora como la que tiene más probabilidades de ser la instigadora. En cualquier caso, los Ajahs quieren que se les advierta si decidís sacar otra sorpresa.

—Te agradezco la advertencia —dijo cortésmente Egwene. ¿Instigadora? Había demostrado a la Antecámara que no sería su marioneta, pero la mayoría seguía pensando que tenía que serlo de alguien. Al menos nadie sospechaba la verdad sobre su consejo. Era de esperar que nadie lo supiera.

—Hay algo más por lo que debéis ser precavida —prosiguió Delana; la intensidad de su mirada desdecía el tono intrascendente de su voz—. Tal vez estéis segura de que cualquier consejo que os dé una de ellas procede directamente de la cabeza de su Ajah, y, como sabéis, la cabeza de un Ajah y sus Asentadas no siempre están de acuerdo. Hacer un caso excesivo podría enfrentaros con la Antecámara. Recordad que no todas las decisiones conciernen a la guerra, pero querréis que algunas de ellas se resuelvan a vuestro modo.

—Una Amyrlin debería escuchar a todas las partes antes de tomar cualquier decisión —repuso Egwene—, pero recordaré tu advertencia cuando me aconsejen, hija. —¿Acaso Delana pensaba que era tonta? ¿O es que intentaba enfurecerla? La ira daba lugar a decisiones precipitadas y palabras irreflexivas de las que era difícil retractarse a veces. No entendía el propósito de Delana, pero cuando las Asentadas no podían manipularla de un modo, lo intentaban de otro. Había cogido mucha práctica en esquivar la manipulación desde que había ascendido a Amyrlin. Inhaló profunda y regularmente y buscó el equilibrio del sosiego, que encontró. Últimamente también había adquirido mucha práctica en eso.

La Gris alzó la vista hacia ella, pero enfocándola más allá de su capucha, con una expresión totalmente inexpresiva. Sin embargo, sus ojos eran ahora muy, muy

penetrantes, como punzones.

—Podríais preguntarles su opinión respecto a negociar con Elaida..., madre.

Egwene casi sonrió. La pausa había sido deliberada. Al parecer, a Delana no le gustaba que la llamara «hija» una mujer más joven que la mayoría de las novicias; más joven que la mayoría de las que procedían de la propia Torre, que no de muchas de las nuevas. Claro que la propia Delana también era demasiado joven para ocupar el puesto de Asentada. Y no sabía domeñar el genio tan bien como la hija de un posadero.

—¿Y por qué iba a preguntar tal cosa?

—Porque el tema ha surgido en la Antecámara en los últimos días. No como una propuesta, pero se ha mencionado, muy discretamente, por parte de Varilin y Takima, y también de Magla. Y Faiselle y Saroiya se han mostrado interesadas en lo que tuvieran que decir al respecto.

Sosegada o no, un indicio de ira creció dentro de Egwene y aplastarlo no resultó tarea fácil. Esas cinco habían sido Asentadas antes de la división de la Torre, pero más importante aún era el hecho de que estaban divididas entre las dos facciones principales que luchaban por el control de la Antecámara. En realidad, estaban divididas entre seguir a Romanda o a Lelaine, y esas dos se opondrían la una a la otra aunque ello significara ahogarse ambas. También mantenían un férreo control sobre sus seguidoras.

Podría pensarse que las otras habían sucumbido al pánico por los acontecimientos, pero no Romanda ni Lelaine. Hacía ahora media semana que el tema sobre Elaida y la toma de la Torre había quedado casi desbancado por conversaciones preocupadas sobre aquella erupción de Poder increíblemente fuerte e increíblemente larga. La mayoría quería saber qué la había ocasionado y la mayoría tenía miedo de enterarse. Hasta el día anterior, Egwene no había podido convencer a la Antecámara de que no había peligro en que un pequeño grupo Viajara a donde había tenido lugar la erupción —incluso el recuerdo era lo bastante fuerte para que cualquiera señalara exactamente dónde había sido—, y la casi totalidad de las hermanas todavía parecía estar conteniendo la respiración hasta que Akarrin y las demás regresaran. Cada Ajah había querido tener una representante, pero Akarrin había sido la única Aes Sedai que se había ofrecido voluntaria para llevarlo a cabo.

Sin embargo, ni Lelaine ni Romanda parecían preocupadas. Por muy colosal y prolongado que hubiera sido el despliegue de Poder, también había tenido lugar muy lejos y no había ocasionado ningún daño que ellas notaran; si era obra de los Renegados, como parecía seguro, la posibilidad de descubrir algo se había ido reduciendo al mínimo, y la posibilidad de que pudiesen hacer algo para contrarrestarlo era aún más reducida. Perder tiempo y esfuerzo en imposibles era absurdo cuando les aguardaba una tarea importante justo delante de ellas. Así lo

dijeron, aunque rechinando los dientes por estar de acuerdo en algo. Pero también se habían mostrado de acuerdo en que a Elaida había que despojarla de la Vara y la Estola, y Romanda había expresado casi tanto fervor como Lelaine pese a que, si el hecho de que Elaida hubiese depuesto a una Amyrlin que había pertenecido al Ajah Azul había despertado el enojo de Lelaine, la proclamación de Elaida de que el Ajah Azul quedaba disuelto la había encorajinado al máximo. ¿Y ahora permitían que se hablara de negociación? No tenía sentido.

A Egwene no le interesaba en absoluto que Delana o cualquiera sospechara que Sheriam y las otras eran algo más que un grupo de mastines puestos para vigilarla, pero las llamó con voz cortante. Eran lo bastante listas para guardar los secretos que debían guardarse, ya que sus propios Ajahs les arrancarían la piel si salía a la luz aunque sólo fuera la mitad, de modo que sin apresurarse se adelantaron y cabalgaron agrupadas a su alrededor, los rostros cual máscaras de serenidad y paciencia Aes Sedai. Entonces Egwene le dijo a Delana que repitiera lo que le había contado. A pesar de su petición inicial de hablar en privado con ella, la Gris sólo puso un débil reparo antes de acatar la orden. Y ahí acabaron la calma y la paciencia.

—Es una locura —dijo Sheriam antes de que nadie tuviera ocasión de abrir la boca. Parecía enfadada y tal vez algo asustada. Y con razón. Su nombre se encontraba en la lista de las sentenciadas a la neutralización—. Es imposible que ninguna de ellas piense que la negociación es viable.

—Lo dudo mucho —intervino Anaiya en tono seco. Su rostro poco agraciado parecía más el de una granjera que el de una hermana Azul, y vestía ropas de buen paño pero sencillas, al menos en público, pero manejaba su castrado zaino con la misma destreza que Delana dirigía a su yegua. Pocas cosas alteraban la calma de Anaiya. Claro que no había Azules entre las Asentadas que hablaban sobre negociar. El aire de Anaiya era el de un insólito soldado, pero es que para las Azules esto era una guerra sin cuartel—. Elaida dejó muy clara la situación.

—Elaida es irracional —manifestó Carlinya, que sacudió la cabeza con tal ímpetu que la capucha le cayó sobre los hombros y los oscuros y cortos rizos se agitaron. Volvió a ponerse la capucha con un gesto irritado. Carlinya rara vez mostraba el más leve indicio de emoción, pero sus pálidas mejillas estaban casi tan arreboladas como las de Sheriam y en su voz sonaba un timbre acalorado—. Es imposible que piense que vamos a volver arrastrándonos ante ella ahora. ¿Cómo puede creer Saroiya que Elaida aceptaría cualquier otra cosa?

—Sin embargo, arrastrarse es lo que exigió Elaida —masculló Morvrin con acritud. Su redonda cara, por lo general apacible, tenía una expresión avinagrada, y sus manos regordetas apretaban fuertemente las riendas. Lanzó una mirada tan ceñuda a una bandada de urracas que alzó el vuelo desde un soto de abedules al paso de los caballos, que cualquiera habría pensado que caerían a plomo del cielo—. A

veces a Takima le gusta el sonido de su voz. Tenía que estar hablando para escucharse.

—A Faiselle debe de gustarle también —intervino, sombría, Myrelle, que asestó una mirada iracunda a Delana como si pensara que la culpa era de ella. El genio de la mujer de tez olivácea era de sobra conocido, incluso entre las Verdes—. Nunca habría esperado que dijera semejantes cosas. Jamás había actuado como una necia.

—No puedo creer que Magla hablara en serio —dijo Nisao, que las miró de una en una—. Es imposible. Para empezar, por mucho que deteste decirlo, Romanda la tiene tan atada que Magla chilla cada vez que Romanda estornuda, y la única duda que tiene Romanda es si habría que azotar o no a Elaida antes de exiliarla.

La expresión de Delana era tan flemática que por fuerza tenía que estar reprimiendo una sonrisa petulante. Obviamente, ésta era exactamente la reacción que había esperado.

—Romanda controla con igual firmeza a Saroiya y a Varilin, y Takima y Faiselle no dan un paso sin permiso de Lelaine, pero ello no quita que dijeran lo que dijeron. No obstante, creo que vuestras consejeras están más próximas a lo que piensa la mayoría de las hermanas, madre. —Se ajustó los guantes mientras miraba de reojo a Egwene—. Podéis cortar esto de raíz si actuáis con firmeza. Al parecer tendréis el apoyo necesario de los Ajahs. Y el mío, por supuesto, en la Antecámara. El mío y más, suficientes para frenarlo.

Como si necesitara apoyo para conseguir algo así; quizá Delana sólo buscaba congraciarse con ella. O mostrar que el apoyo a Egwene era lo único que le interesaba.

Beonin había cabalgado en silencio, sujetando la capa y mirando fijamente un punto situado entre las orejas de su yegua marrón, pero de repente sacudió la cabeza. Por lo general, sus grandes ojos de color azul grisáceo la hacían parecer sobresaltada, pero ahora miraron desde el fondo de la capucha con una furia ardiente mientras iban pasando de una mujer a otra, incluida Egwene.

—¿Por qué habría que descartarse la negociación? —Sheriam parpadeó sorprendida y Morvrin torció el gesto, pero Beonin siguió hablando, dirigiendo ahora su ira a Delana, y su acento tarabonés sonó más fuerte que nunca—. Somos Grises, tú y yo. Negociamos, mediamos. Elaida ha planteado las condiciones más onerosas, pero es lo que suele ocurrir al inicio de unas negociaciones. Podemos volver a unir la Torre Blanca y asegurar la inmunidad de todo el mundo si lo hablamos.

—También juzgamos —espetó Delana—, y Elaida ha sido juzgada. —Eso no era exactamente cierto, pero parecía más sorprendida por la salida de Beonin que cualquiera de las otras. Su voz rezumaba acritud—. Quizá tú estés dispuesta a negociar que te azoten con la vara. Yo no, y creo que encontrarás unas cuantas más que tampoco lo están.

—La situación ha cambiado —insistió Beonin. Alargó una mano hacia Egwene, casi suplicante—. Elaida no habría hecho la proclamación que hizo respecto al Dragón Renacido a menos que lo tuviera en su poder, de un modo u otro. El estallido del *Saidar* fue un aviso. Los Renegados deben estar moviéndose, y la Torre Blanca tiene que...

—Basta —cortó Egwene—. ¿Estás dispuesta a entablar negociaciones con Elaida? ¿Con las Asentadas de la Torre? —se corrigió. Elaida jamás negociaría.

—Sí —dijo fervientemente Beonin—. El asunto puede solucionarse a satisfacción de todos. Sé que se puede.

—Entonces tienes mi permiso.

Al punto, todas salvo Beonin empezaron a hablar a la vez tratando de disuadirla, tachando aquello de locura. Anaiya gritó tanto como Sheriam a la par que gesticulaba y a Delana se le desorbitaron los ojos en una expresión cercana al espanto. Algunos de los escoltas empezaron a mirar hacia las hermanas tanto como observaban las granjas por las que pasaban y hubo cierta agitación entre los Guardianes, que en ese momento desde luego no necesitaron del vínculo para saber que sus Aes Sedai estaban alteradas, pero se mantuvieron en su sitio. Los hombres sensatos no se metían cuando las Aes Sedai empezaban a levantar la voz.

Egwene no hizo caso de los gritos y los ademanes. Había considerado todas las posibilidades que se le ocurrieron para poner fin a este conflicto y conservar la Torre Blanca intacta y unida. Había hablado durante horas con Siuan, que tenía más razones que nadie para querer derrocar a Elaida. Si con ello hubiese podido salvar la Torre, Egwene se habría rendido a Elaida, olvidando si esa mujer había llegado a Sede Amyrlin de forma legal. A Siuan casi le había dado un ataque al oír tal sugerencia, pero aun así, y aunque a regañadientes, había convenido en que preservar la Torre estaba sobre cualquier otra consideración. Beonin exhibía una sonrisa tan hermosa que le parecía un crimen borrársela. Cuando habló, levantó la voz justo lo suficiente para hacerse oír.

—Abordarás el tema con Varilin y las otras que Delana ha nombrado, y arreglarás los contactos con la Torre Blanca. Éstas son las condiciones que aceptaré: Elaida debe dimitir y partir al exilio. —Porque Elaida jamás aceptaría el regreso de las hermanas que se habían rebelado contra ella. Una Amyrlin no tenía voz ni voto en cómo se dirigía un Ajah, pero Elaida había declarado que las hermanas que habían huido de la Torre ya no pertenecían a ningún Ajah. Según ella, tendrían que suplicar su readmisión en los Ajahs después de cumplir un castigo bajo su directo control. Elaida no reuniría a la Torre, sólo la desmembraría más de lo que estaba ya—. Son los únicos términos de acuerdo que aceptaré, Beonin. Los únicos. ¿Me has entendido?

A Beonin se le pusieron los ojos en blanco; se habría caído del caballo si Morvrin no la hubiera sujetado, mascullando entre dientes mientras la agarraba y le daba

cachetes en la cara, y no flojos. Las demás miraban a Egwene de hito en hito, como si no la conocieran. Hasta Delana, que debía de haber planeado que ocurriera algo así desde que pronunció la primera palabra. Se habían parado por el desmayo de Beonin, y el anillo de soldados que las rodeaba se detuvo a la orden de lord Gareth. Algunos miraban fijamente a las Aes Sedai, su ansiedad palpable a pesar de llevar los rostros ocultos tras las barras de los yelmos.

—Es hora de regresar al campamento —manifestó Egwene. Tranquilamente. Lo que tenía que hacerse, se hacía. Quizá rendirse habría cerrado la brecha abierta en la Torre, pero no lo creía posible. Y ahora las cosas podrían desembocar en Aes Sedai enfrentándose unas a otras en las calles de Tar Valon a menos que encontrara el modo de hacer que funcionara su plan—. Tenemos trabajo que hacer —dijo mientras cogía las riendas—, y no disponemos de mucho tiempo. —Rogó por que fuera suficiente.

17. Secretos

Una vez que Delana estuvo segura de que su perniciosa semilla había arraigado, murmuró que lo mejor sería que no las viesen regresar juntas al campamento y se escabulló poniendo a la yegua a un trote rápido a través de la nieve, dejando a las demás que siguieran avanzando en medio de un incómodo silencio roto sólo por el crujido de la nieve bajo los cascos de los caballos. Los Guardianes mantuvieron la distancia y los soldados de la escolta volvieron a centrar su atención en las granjas y los sotos, sin dirigir una sola mirada a las Aes Sedai, que Egwene viera. No obstante, los hombres nunca sabían cuándo debían callarse. Lo único que se conseguía diciéndole a un hombre que fuera discreto era que chismorreara más aún, sólo con buenos amigos en los que confiaba, claro, como si éstos a su vez no fueran a contárselo a cualquiera que quisiera escucharlos. Quizá los Guardianes eran distintos —las Aes Sedai insistían en ello, las que tenían Guardián—, pero sin duda los soldados hablarían de la discusión entre las hermanas y a buen seguro contarían que a Delana la habían echado con cajas destempladas. La mujer lo había planeado cuidadosamente. Si se permitía que esa semilla fructificara, lo que crecería sería más nocivo que las malas hierbas o las hiedras estranguladoras, pero la Asentada Gris se había protegido perfectamente de llevarse las culpas. La verdad siempre salía a la luz al final, pero para cuando llegaba el final a menudo la verdad estaba tan enredada con rumores, especulaciones y mentiras que la mayoría de la gente no lo creía.

—Confío en no tener que preguntar si alguna de vosotras había oído algo sobre esto.

Egwene habló en un tono indiferente, en apariencia contemplando el paisaje por el que cabalgaban, pero la complació que todas lo negaran inmediatamente y con gran indignación, incluida Beonin, que movía las doloridas mandíbulas mirando furiosa a Morvrin. Egwene se fiaba de ellas hasta donde creía prudente —no podían haber prestado esos juramentos sin el propósito de cumplirlos; no a menos que perteneciesen al Ajah Negro, una posibilidad inquietante que explicaba su prevención —, pero aun así hasta un juramento de lealtad dejaba espacio para que la persona más fiel hiciese algo terrible en la creencia de que era por el bien de uno. Y las personas que habían jurado coaccionadas podían tender a buscar resquicios y márgenes de maniobra.

—La verdadera cuestión —continuó— es qué se proponía Delana. —No era necesario que explicara nada; no a esas mujeres, todas expertas en el Juego de las Casas. Si Delana hubiese buscado simplemente impedir las negociaciones con Elaida al tiempo que mantenía su nombre fuera del asunto, sólo tendría que haber hablado con Egwene en privado en cualquier momento. Las Asentadas no necesitaban una disculpa para acudir al estudio de la Amyrlin. O podría haberse servido de Halima,

que dormía en un catre en la tienda de Egwene casi todas las noches a pesar de ser la secretaria de la Gris. Egwene tenía problemas con las jaquecas y algunas noches sólo los masajes de Halima le calmaban el dolor para que pudiera dormir. En realidad, una nota anónima habría bastado para que presentara ante la Antecámara un edicto que prohibiera las negociaciones. Hasta la Asentada más quisquillosa habría admitido que conversaciones para poner fin al conflicto entraban en el ámbito del asunto de la guerra. Pero obviamente Delana quería que Sheriam y las demás se enteraran también. Su chismorreo malintencionado era una flecha apuntando a otro blanco.

—Provocar conflictos entre las cabezas de los Ajahs y las Asentadas —opinó Carlinya, fría como la nieve—. O tal vez entre los propios Ajahs. —Se ajustó la capa de profusos bordados blancos sobre blanco pero forrada con una espesa piel negra, con el aire indiferente de quien habla sobre el precio de un carrete de hilo—. El porqué querría tal cosa es algo que no alcanzo a entender, pero ésos serán los resultados a menos que actuemos con mucho cuidado, y ella no podía saber que llevaríamos cuidado ni que tuviésemos motivos para ello, de modo que, lógicamente, uno de esos motivos o ambos deben de ser su objetivo.

—La primera respuesta que se discurre no siempre es la correcta, Carlinya —argumentó Morvrin—. No sabemos si Delana planeó su actuación tan cuidadosamente como tú has expuesto, ni si su razonamiento ha seguido esa misma línea. —La robusta Marrón creía más en el sentido común que en la lógica, o eso afirmaba, pero en realidad parecía entremezclar ambas, una combinación que la hacía ser muy realista y desconfiada con las respuestas rápidas o fáciles. Lo que tampoco estaba nada mal—. Delana quizás intente influir en algunas de las Asentadas en algún tema que es importante para ella. Quizás espera conseguir que se declare a Elaida perteneciente al Ajah Negro, después de todo. Aparte de los resultados, su objetivo podría ser algo que ni siquiera sospechamos. Las Asentadas pueden mostrarse tan mezquinas como cualquiera. Por lo que sabemos, podría tenerle rencor a alguna de las que nombró desde que era novicia y recibió sus clases. Más vale que nos centremos en lo que saldrá de esto en vez de darle vueltas a la razón hasta que no sepamos más. —Su tono era tan plácido como su ancho semblante, pero la fría compostura de Carlinya pasó a frío desdén durante un instante. Su racionalismo hacía pocas concesiones a las flaquezas humanas. O a cualquiera que se mostrase en desacuerdo con ella.

Anaiya se echó a reír, un sonido casi de regocijo maternal que hizo que su montura se desmandara unos cuantos pasos antes de que la controlara con las riendas obligándola a volver al paso. Un ama de casa campesina y maternal, divertida por las payasadas de otros del pueblo: ésa era la impresión que daba. Incluso algunas hermanas eran tan necias como para verla de ese modo; y desestimarla.

—No te enfurruñes, Carlinya. Seguramente tengas razón. No, Morvrin,

probablemente está en lo cierto. De todos modos, creo que estamos en disposición de aplastar cualquier esperanza que tenga de sembrar discordia. —En esta ocasión su tono no sonó divertido en absoluto. Ninguna Azul se tomaba a broma algo que pudiera obstaculizar la destitución de Elaida.

Myrelle asintió con un brusco cabeceo y después parpadeó, sorprendida, cuando Nisao dijo:

—¿Podéis arriesgaros a frenar esto, madre? —La menuda Amarilla hablaba pocas veces—. No me refiero a lo que quiera que intenta Delana. Si es que podemos decidir de qué se trata —se apresuró a añadir a la par que hacía un gesto a Morvrin, que había vuelto a abrir la boca. Nisao parecía una chiquilla al lado de las otras mujeres, pero su ademán fue perentorio. Después de todo, era una Amarilla, con toda la seguridad en sí misma que ello implicaba, y reacia a echarse atrás ante nadie en casi ninguna circunstancia—. A lo que me refiero es a lo de conferenciar con las Asentadas en la Torre.

Durante un breve instante, todas la miraron boquiabiertas, incluso Beonin.

—¿Y por qué íbamos a querer permitir tal cosa? —replicó finalmente Anaiya en un tono peligroso—. No hemos venido hasta aquí para «hablar» con Elaida. —Ahora era un ama de casa campesina con un cuchillo de carnicero escondido a la espalda; y con intención de utilizarlo.

Nisao la miró y aspiró el aire por la nariz de manera despectiva.

—No dije que quisiéramos hacerlo. Pregunté si podíamos arriesgarnos a impedirlo.

—No veo la diferencia. —La voz de Sheriam era gélida, y su semblante estaba pálido. Por la ira, le parecía a Egwene, aunque también podía deberse al miedo.

—Entonces piénsalo un poco y quizá la veas —repuso secamente Nisao. Con la dureza de una cuchilla e igualmente cortante—. En este momento los comentarios sobre negociaciones están limitados a cinco Asentadas y de un modo muy discreto, mas ¿seguirá siendo así? Una vez que se corra la voz de que se propusieron conversaciones y se rechazaron, ¿cuánto tardará en imponerse el desaliento? ¡No, escúchame hasta el final! Todas nosotras clamamos justicia con justificada cólera, y sin embargo aquí estamos, contemplando las murallas de Tar Valon mientras que Elaida ocupa la Torre. Llevamos aquí casi dos semanas y por lo que cualquiera puede ver podríamos seguir igual dos años o veinte. Cuanto más tiempo continuemos igual, sin que ocurra nada, más hermanas empezarán a intentar justificar los delitos de Elaida, más empezarán a pensar que tenemos que unir la Torre cueste lo que cueste. ¿Queréis esperar hasta que las hermanas empiecen a volver a hurtadillas, una a una, con Elaida? Lo que es a mí, no me apetece quedarme plantada a la orilla del río desafiando a esa mujer con el Ajah Azul y vosotras por toda compañía. Al menos, las negociaciones harán ver a todas que se está haciendo algo.

—Nadie va a volver con Elaida —protestó Anaiya mientras rebullía en la silla, aunque un ceño preocupado había aparecido en su rostro y habló como si fuera a ocuparse de que ocurriera así. La Torre atraía a todas las Aes Sedai. Seguramente hasta las hermanas Negras añoraban una Torre que volviera a estar indivisa. Y allí se alzaba, a unos cuantos kilómetros de distancia, pero aparentemente fuera del alcance.

—Con las conversaciones podríamos ganar tiempo, madre —dijo a regañadientes Morvrin, y nadie habría dado a su voz un timbre más reacio. Su ceño era pensativo y en absoluto complacido—. Unas cuantas semanas más, y entre tanto lord Gareth podría encontrar los barcos que necesitamos para bloquear los puertos. Eso lo cambiaría todo, a nuestro favor. Sin medios para conseguir que entren víveres ni salgan bocas, la ciudad estará pasando hambre dentro de un mes.

Egwene mantuvo sereno el gesto merced a un gran esfuerzo. No había posibilidades de conseguir barcos para bloquear los puertos, aunque ninguna de ellas lo sabía. Pero a ella Gareth se lo había dejado bien claro mucho antes de salir de Murandy. Al principio, él había confiado en comprar embarcaciones mientras marchaban hacia el norte a lo largo del Erinin y utilizarlas para transportar suministros mientras llegaban a Tar Valon y después hundirlas en las bocanas de los puertos. Utilizar accesos para llegar a Tar Valon les había pasado factura en más de un sentido. La noticia del asedio había partido de la ciudad con los primeros barcos que zarparon después de la llegada del ejército, y ahora, hasta donde Egwene había enviado jinetes hacia el norte y hacia el sur, los capitanes de barco solucionaban cualquier cosa que tuviesen que hacer en tierra trasladándose en botes desde fondeaderos del río bastante apartados de la orilla. Ningún capitán estaba dispuesto a que le arrebataran su barco. Gareth le presentó el informe a ella únicamente, y sus oficiales lo hicieron sólo a él, pero aun así cualquier hermana podría haberse enterado si había hablado con algunos soldados.

Por suerte, ni siquiera las hermanas que buscaban Guardianes hablaban alguna vez con soldados. Por lo general se los tenía por una pandilla de ladrones e incultos que sólo se bañaban por casualidad si tenían que vadear una corriente. No eran la clase de hombres con los que cualquier hermana pasaría un rato a menos que no tuviera más remedio. Ello hacía más fácil guardar los secretos, y algunos de éstos eran esenciales. Incluidos, a veces, secretos guardados para quienes aparentemente estaban de parte de una. Egwene recordaba que antes no pensaba así, pero ésa era una parte de lo que la hija de un posadero se había visto obligaba a dejar atrás. Éste era otro mundo, con reglas distintas de las de Campo de Emond. Un paso en falso allí significaba ser llamada a presencia del Círculo de Mujeres. Aquí, significaba la muerte o algo peor, y no sólo para ella.

—Las Asentadas que quedan en la Torre deberían estar dispuestas a hablar —intervino Carlinya con un suspiro—. Tienen que saber que cuanto más se prolongue

el asedio, más posibilidades tendrá lord Gareth de encontrar los barcos. Empero, no sé cuánto tiempo mantendrán las conversaciones cuando se den cuenta de que nuestra intención no es rendirnos.

—Elaida insistirá en ese punto —murmuró Myrelle, si bien no parecía argumentar, sino estar hablando consigo misma, y Sheriam se estremeció y se arrebujó en la capa como si hubiese dejado que el frío la afectara.

Sólo Beonin parecía satisfecha, sentada con aire expectante en la silla y el cabello dorado como miel enmarcando una ancha sonrisa bajo la capucha. Sin embargo, no hizo hincapié en su postura. Era buena negociadora, a decir de todas, y sabía cuándo tenía que esperar.

—Dije que podías empezar —manifestó Egwene. No es que lo hubiese dicho con otra intención que ganar tiempo, pero si se quería vivir de acuerdo con los Tres Juramentos, entonces había que atenerse a lo que se decía. Egwene no veía el momento de sostener la Vara Juratoria. Entonces sería mucho más fácil—. Sólo asegúrate de tener mucho cuidado con lo que dices. A menos que piensen que nos han crecido alas para ir volando hasta allí, deben de suponer que hemos descubierto el Viaje, pero no podrán estar seguras hasta que alguien se lo confirme. Nos conviene que sigan con esa incertidumbre. Éste ha de ser un secreto que has de guardar tan celosamente como el de nuestros topos en la Torre.

Myrelle y Anaiya reaccionaron con un sobresalto al oír aquello y Carlinya miró en derredor con aire atemorizado, aunque ninguno de los Guardianes ni los soldados se encontraban lo bastante cerca para escuchar a menos que alguna gritara. Morvrin simplemente mostró una expresión aún más avinagrada. Incluso a Nisao se le puso mala cara, si bien no había tenido nada que ver con la decisión de enviar hermanas a la Torre en secreto, supuestamente en respuesta a la llamada de Elaida. A la Antecámara le encantaría enterarse de que había diez hermanas en la Torre intentando socavar la posición de Elaida de la forma que pudieran, aun cuando aparentemente el esfuerzo no había dado fruto hasta el momento, pero ni que decir tiene que las Asentadas no estarían en absoluto encantadas al comprender que se había guardado en secreto porque esas mujeres temían que alguna de las Asentadas pudiera ser del Ajah Negro. Revelar tal cosa sería tanto como que Sheriam y las otras revelaran los juramentos prestados a Egwene. Las consecuencias para ellas no serían muy diferentes. Hasta ese momento la Antecámara no había ordenado azotar a nadie, pero por la forma en que la mayoría de las Asentadas se irritaban por el tema del control de la guerra de Egwene, no sería de extrañar que aprovecharan la ocasión para demostrar que todavía tenían cierta autoridad a la par que expresaban su desagrado de manera contundente.

Al parecer, Beonin había sido la única que se había opuesto a esa decisión —al menos hasta que resultó evidente que las otras iban a seguir adelante de todos modos

—, pero también exhaló un trémulo suspiro y en torno a sus ojos asomó cierta tensión. En su caso, era muy posible que el hecho de darse cuenta de repente de la responsabilidad que había asumido tuviera algo que ver en su estado de ánimo. Simplemente encontrar a alguien en la Torre que estuviera dispuesta a hablar podría resultar una tarea de enormes proporciones. Los informadores que tenían en Tar Valon sólo podían ofrecer rumores de lo que ocurría dentro de la Torre; las noticias de la propia Torre llegaban en un goteo espaciado de hermanas que se aventuraban en el *Tel'aran'rhiod* para atisbar reflejos fugaces del mundo de vigilia, pero hasta la última de esas pizcas indicaba que Elaida gobernaba por edicto y a capricho, sin que ni siquiera la Antecámara se atreviera a hacerle frente. El semblante de Beonin adquirió un matiz grisáceo, hasta el punto de dar la impresión de que se sentía peor que Nisao. El aspecto de Anaiya y las demás era tan lúgubre como la muerte.

Una oleada de pesimismo se adueñó de Egwene. Estas mujeres se encontraban entre las que se mostraban más firmes contra Elaida, hasta la remolona Beonin, que siempre quería hablar en lugar de actuar. Bueno, las Grises destacaban por creer que cualquier cosa se podía resolver hablando lo que hiciera falta. ¡Debería intentar eso con un trolloc alguna vez, o simplemente con un asaltante de caminos, y a ver hasta dónde llegaba! Sin Sheriam y las otras, la resistencia a Elaida se habría hecho añicos antes incluso de tener ocasión de cuajar. Y aun así había estado a punto de irse al garete. Sin embargo, Elaida seguía instalada en la Torre tan firmemente como antes, y después de todo lo que habían soportado, de todo lo que habían hecho, parecía que hasta Anaiya creía que todo se desmoronaba y acabaría en desastre.

¡No! Egwene respiró hondo, enderezó los hombros y se sentó erguida en la silla. Ella era la legítima Amyrlin, pese a lo que la Antecámara hubiera creído que conseguía cuando la habían ascendido, y tenía que mantener viva la rebelión contra Elaida para tener alguna esperanza de cerrar la brecha abierta en la Torre. Si conseguirlo requería una simulación de negociaciones, no sería la primera vez que las Aes Sedai habían fingido apuntar hacia un objetivo cuando su blanco era otro. Haría lo que fuera necesario para mantener viva la rebelión y derrocar a Elaida. Lo que fuera necesario.

—Alarga las conversaciones cuanto puedas —le dijo a Beonin—. Puedes hablar de cualquier cosa siempre y cuando mantengas en secreto lo que hay que mantener oculto, pero no pactes nada y haz que sigan hablando.

La Gris se tambaleó en la silla; ciertamente, parecía encontrarse en peores condiciones que Anaiya. Daba la impresión de estar a punto de vomitar. Cuando tuvieron el campamento a la vista, con el sol casi a mitad de recorrido del cenit, la escolta de caballería ligera se apartó y regresó hacia el río, dejando a Egwene y a las hermanas solas con los Guardianes el último kilómetro de recorrido sobre la nieve. Lord Gareth hizo una pausa como si quisiera hablar con ella de nuevo, pero

finalmente hizo volver grupas a su zaino y salió al trote en pos de la caballería para alcanzarla cuando los jinetes se perdían de vista tras un bosquecillo. No sacaría a relucir su desacuerdo ni sus discusiones donde cualquiera pudiera oírle, y creía que Beonin y las otras eran lo que todo el mundo pensaba: los perros guardianes de los Ajahs. La entristecía un poco tener que ocultarle cosas, pero cuantos menos supieran el secreto más probabilidades había de que siguiera siéndolo.

El campamento era una expansión de tiendas de todo tipo, tamaño, color y estado de conservación que casi cubría un extenso prado bordeado de árboles, a mitad de camino entre Tar Valon y el Monte del Dragón, dentro de un anillo de estacadas de caballos, hileras de carretas y carros de casi tantos tipos como número de vehículos. El humo de chimeneas se elevaba en varios lugares a unos pocos kilómetros detrás de la línea de árboles, pero los granjeros del lugar no se acercaban salvo para vender huevos, leche y mantequilla, o a veces cuando uno necesitaba la Curación por algún accidente, y no había la menor señal del ejército que Egwene había llevado tan lejos. Gareth había concentrado sus fuerzas a lo largo del río, una parte ocupando las ciudades de los puentes en ambas riberas y el resto en lo que denominaban campamentos de reserva, situados donde los hombres pudieran acudir rápidamente a ayudar en la lucha si se producía la salida de fuerzas de la ciudad, por si acaso se equivocaba con el mayor Chubai. «Siempre hay que pensar en la posibilidad de que las suposiciones que se hacen son erróneas», le había dicho. Nadie objetó las posiciones que dispuso; bueno, en general, no. Siempre había un número mayor o menor de hermanas que estaban prestas a encontrarle defectos a cualquier detalle, pero dominar las ciudades de los puentes era la única forma de poner asedio a Tar Valon, después de todo. Es decir, por tierra. Y a muchas Aes Sedai les complació no tener soldados a la vista, aunque no por ello se les iban de la mente.

Tres Guardianes con las capas de color cambiante salieron cabalgando desde el campamento mientras Egwene y los demás se acercaban a él. Uno de ellos era muy alto y otro muy bajo, de manera que parecían ir colocados de forma escalonada. Hicieron una reverencia a Egwene y a las hermanas y saludaron con una inclinación de cabeza a los otros Guardianes que iban detrás. Todos tenían el aspecto peligroso de hombres tan seguros de sí mismos que no tenían que convencer a nadie de lo peligrosos que eran, lo que de algún modo hacía más evidente tal condición. «Un Guardián en estado de reposo y un león tomando un descanso», rezaba un viejo dicho entre las Aes Sedai. El resto se había perdido con los años, pero en realidad no era preciso decir nada más. Las hermanas no se confiaban totalmente respecto la seguridad aunque fuese un campamento lleno de Aes Sedai, dadas las circunstancias. Los Guardianes patrullaban atentamente en kilómetros a la redonda, cual leones haciendo su ronda.

Anaiya y las demás, a excepción de Sheriam, se dispersaron tan pronto como

llegaron a la primera hilera de tiendas, pasadas las carretas. Cada cual buscaría a la cabeza de su Ajah para informar de la marcha hasta el río de Egwene acompañada por lord Gareth y, lo más importante, para asegurarse de que las cabezas de los Ajahs supieran que algunas Asentadas estaban hablando sobre negociaciones con Elaida y que Egwene se había mostrado firme. Habría sido más fácil si ésta hubiera sabido quiénes eran esas mujeres, pero ni los juramentos de fidelidad incluían revelar tal dato. Myrelle casi se había tragado la lengua cuando Egwene lo sugirió. Que a una la pusieran a hacer un trabajo para el que no la habían entrenado no era precisamente el mejor modo de aprenderlo, y Egwene sabía que tenía montones de cosas que aprender todavía sobre cómo ser la Amyrlin. Muchísimo que aprender y al mismo tiempo mucho trabajo que hacer.

—Si me disculpáis, madre —dijo Sheriam cuando Beonin, la última en marcharse, desapareció entre las tiendas seguida de su Guardián de rostro marcado por cicatrices—. Tengo el escritorio con montones de papeles. —La falta de entusiasmo en su voz era comprensible. La estola de Guardiana venía con pilas y pilas de informes que ordenar y documentos que preparar. A despecho de su celo por el resto del trabajo, que en ese caso era mantener funcionando el campamento, cuando Sheriam se enfrentaba a otro montón de papeles se la había oído musitar fervientes deseos de que ojalá siguiera siendo Maestra de las Novicias.

Con todo, tan pronto como Egwene le dio permiso, puso al trote a su rodado de patas negras, lo que provocó la desbandada de un grupo de trabajadores vestidos con toscas chaquetas y bufandas enrolladas en las cabezas que cargaban grandes cestos a la espalda. Uno de ellos cayó de bruces en el barro medio congelado. El Guardián de Sheriam, Arinvar, un cairhienino delgado con canas en las sienes, se paró lo suficiente para asegurarse de que el tipo se ponía de pie y después taconeó su oscuro rodado en pos de la hermana, dejando al trabajador con sus maldiciones, la mayoría de las cuales parecían ir dirigidas a las risas de sus compañeros. Todo el mundo sabía que cuando una Aes Sedai quería ir a algún sitio, uno se apartaba de su camino.

Lo que se salió del cesto del tipo y se esparció por el suelo atrajo la mirada de Egwene y la hizo estremecerse: un gran montón de harina cuajada de gorgojos hasta el punto de que parecía haber tantos puntos negros en movimiento como el polvo de grano molido. Los trabajadores debían de llevar la harina estropeada a los montones de basura. No tenía sentido molestarse en tamizar lo que estaba infestado con plagas —sólo una persona que se estuviera muriendo de hambre lo comería—, pero eran demasiados los cestos con harina o grano que había que tirar a diario. En realidad, la mitad de los barriles con carne de cerdo y de vaca en salazón que se abrían para utilizar apestaban de tal forma que lo único que podía hacerse era enterrarlos. Para sirvientes y trabajadores, al menos los que ya habían vivido en campamentos, eso no era nada nuevo. Algo peor que lo habitual, pero no inusitado. Sin embargo, entre las

Aes Sedai era causa de profunda preocupación. Cada barril de carne, cada saco de grano o de harina se había envuelto en un tejido de Conservación tan pronto como se compraba, y lo que quiera que quedara protegido por la Conservación no podía cambiar hasta que el tejido se retiraba. Pero aun así la carne se pudría y los insectos se multiplicaban. Era como si el propio *Saidar* estuviera fallando. Era más fácil lograr que una hermana hiciera chistes sobre el Ajah Negro que conseguir hacerla hablar de eso.

Uno de los hombres que se reían se percató de que Egwene los observaba y dio con el codo al tipo manchado de barro, que moderó su lenguaje, aunque no demasiado. Incluso frunció el ceño como si ella tuviera la culpa de que se hubiese caído. Con el rostro medio oculto por la capucha y la estola de Amyrlin doblada y guardada en la bolsa del cinturón, al parecer la tomaban por una de las Aceptadas, no todas las cuales tenían bastante ropa para vestir adecuadamente como deberían, o quizás una visitante. Había mujeres que se introducían en el campamento y que a menudo ocultaban la cara en público hasta que se marchaban, tanto si vestían finas sedas o paño tosco, y mostrar un gesto avinagrado a una desconocida o una Aceptada era desde luego mucho más seguro que hacer lo mismo a una Aes Sedai. Le resultó extraño no tener a todo el mundo inclinándose y haciendo reverencias.

Llevaba montada en el caballo desde antes del amanecer, y si un baño de agua caliente estaba descartado —el agua había que acarrearla de los pozos que se habían excavado a más de medio kilómetro del campamento, lo que hacía que hasta las hermanas más maniáticas de la limpieza se midieran—, si un largo y caliente remojo no podía ser, al menos sí le gustaría volver a pisar el suelo. O mejor aún, poner los pies en alto en una banqueta. Además, negarse a dejar que el frío la afectara no era ni mucho menos como calentarse las manos en un agradable brasero. También su escritorio estaría lleno de montones de papeles. La noche anterior le había dicho a Sheriam que le pasara los informes sobre el estado de reparación de las carretas y de las provisiones de forraje para los caballos. Serían áridos y aburridos, pero hacía comprobaciones diarias en parcelas distintas para así saber al menos si lo que le contaba la gente se basaba en hechos o en deseos. Y siempre había informes de los «ojos y oídos». Lo que los Ajahs decidían hacerle llegar a la Sede Amyrlin podía pasar por una lectura fascinante si se comparaba con lo que Siuan y Leane le entregaban de sus informadores. No es que hubiera contradicciones, pero lo que los Ajahs decidían guardarse para sí podía presentar conclusiones interesantes. El deber y el deseo de ponerse a gusto la empujaban hacia su estudio —una tienda más, en realidad, aunque todo el mundo se refería a ella como el estudio de la Amyrlin—, pero aquélla era una oportunidad para mirar en derredor sin que todo se preparara precipitadamente antes de su llegada. Se caló un poco más la capucha para ocultar mejor la cara y taconeó suavemente los flancos de *Daishar*.

Había poca gente montada, en su mayoría Guardianes, si bien algún que otro mozo se sumaba al tráfago conduciendo un caballo casi al trote hasta donde lo permitía el profundo barrizal medio helado, pero nadie pareció reconocerlas ni a ella ni a su montura. En contraste con las calles casi vacías, las aceras de madera, que no eran más que simples planchas toscas clavadas sobre trozos de troncos, se movían levemente bajo el peso de la gente. Un puñado de hombres, que resaltaban entre el torrente de mujeres como pasas en un pastel barato, caminaban dos veces más deprisa que el resto. A excepción de los Guardianes, los hombres acababan sus asuntos entre las Aes Sedai lo antes posible. Casi todas las mujeres llevaban cubierto el rostro y el aliento se convertía en vaho entre las aberturas de las capuchas, pero aun así era fácil distinguir Aes Sedai de visitantes tanto si las capas eran sencillas como bordadas y forradas con piel. La muchedumbre se apartaba al paso de una hermana. Cualquier otra mujer tenía que zigzaguear para caminar. Tampoco es que hubiese muchas hermanas fuera esa gélida mañana. La mayoría se encontrarían recogidas en sus tiendas. Solas o en grupos de dos o tres, estarían leyendo o escribiendo cartas o preguntando a sus visitantes qué información les llevaban. La cual sería compartida o no con el resto del Ajah, cuanto menos con cualquier otra persona.

El mundo veía a las Aes Sedai como un monolito, imponente y sólido, o así lo había visto antes de que la actual división de la Torre fuera de conocimiento público, pero la pura verdad era que cada Ajah era una comunidad aparte y la Antecámara su único punto verdadero de reunión, y las propias hermanas eran poco más que una asamblea de eremitas que intercambiaban tres palabras más de lo estrictamente necesario sólo con unas pocas amigas. O con otra hermana con la que tenían algún propósito en común. Cambiara lo que cambiara en la Torre, Egwene estaba convencida de que eso seguiría igual siempre. No tenía sentido fingir que las Aes Sedai habían sido o serían otra cosa que Aes Sedai, un gran río discurriendo hacia adelante, con todas las fuertes corrientes escondidas muy profundo, alterando su curso con lentitud imperceptible. Ella había construido precipitadamente unas cuantas presas en ese río, desviando un arroyo aquí y otro allí por sus propias razones, pero aun así sabía que eran construcciones temporales. Antes o después esas corrientes profundas debilitarían sus presas. Sólo le quedaba rezar para que aguantaran lo suficiente. Rezar y apuntalarlas con todas sus fuerzas.

Muy de vez en cuando, entre la multitud aparecía una Aceptada con las siete franjas de colores en la capucha de la capa blanca, pero la mayoría eran novicias con ropas de lana blanca, sin adornos. Sólo un puñado de las veintiuna Aceptadas que había en el campamento poseían capas con las bandas, y reservaban sus vestidos con las franjas para dar clases o ayudar a hermanas pero se había hecho un gran esfuerzo para que todas las novicias vistieran de blanco a todas horas, incluso si sólo tenían una muda. Inevitablemente, las Aceptadas trataban de moverse con la gracilidad de

una Aes Sedai, y una o dos casi lo conseguían a despecho de la inclinación de las aceras que pisaban, pero las novicias caminaban casi tan deprisa como los contados hombres que se veían, dirigiéndose a hacer encargos o apresurándose hacia las clases en grupos de seis o siete.

Las Aes Sedai no habían tenido tantas novicias a las que enseñar desde hacía mucho tiempo, desde antes de la Guerra de los Trollocs, cuando también había muchas más Aes Sedai, y el resultado de encontrarse con casi un millar de estudiantes había sido un caos absoluto hasta que se organizaron en «familias». El término no era estrictamente oficial, pero lo utilizaban incluso las Aes Sedai a las que nos les agradaba aceptar a cualquier mujer que lo solicitara. Ahora todas las novicias sabían dónde se suponía que debían estar y cuándo, y todas las hermanas podían saberlo al menos. Por no mencionar que el número de fugas había descendido. Ésa siempre había sido una preocupación para las Aes Sedai, y varios cientos de estas mujeres podrían alcanzar el chal. Ninguna hermana quería perder una de ésas, o a ninguna, en realidad; al menos, no antes de que se tomara la decisión de mandar a una mujer que se marchara. Muy de vez en cuando, todavía había mujeres que se escabullían cuando se daban cuenta de que el entrenamiento era más duro de lo que habían esperado y que el camino hacia el chal de Aes Sedai era más largo de lo que pensaban; pero, aparte de que las familias facilitaban tenerlas controladas, la huida parecía atraer menos a las mujeres que tenían cinco o seis primas, como se llamaban entre sí, en las que apoyarse.

A corta distancia del pabellón cuadrado que hacía las veces de Antecámara de la Torre, Egwene hizo girar a *Daishar* por una calle lateral. La acera delante del pabellón de lona de color marrón claro estaba vacía —la Antecámara no era un lugar al que se dirigiera cualquiera sin tener una razón para ir allí—, pero las paredes de lona remendadas se mantenían echadas cuando no había motivo para hacer públicas las sesiones de las Asentadas, de modo que era imposible saber quién podría salir del pabellón en un momento dado. Cualquier Asentada reconocería a *Daishar* nada más verlo, y prefería evitar el encuentro con algunas Asentadas más incluso que con otras. Lelaine y Romanda, por ejemplo, que se resistían a su autoridad de forma tan mecánica como se oponían la una a la otra. O a cualquiera de las que habían empezado a hablar sobre negociaciones. No podía creer que simplemente lo estuvieran haciendo para levantar los ánimos; en tal caso no lo habrían hecho en susurros. Los modales había que mantenerlos, sin embargo, por mucho que deseara abofetear a alguien, pero nadie pensaría que le hacía un desaire si no la veía.

Un débil resplandor plateado centelleó un poco más adelante, detrás de la alta pared de lona que rodeaba una de las dos zonas de Viaje que había en el campamento, y un instante después dos hermanas salieron por las solapas de entrada. Ni Phaedrine ni Shemari eran bastante fuertes para tejer un acceso por sí solas, pero coligadas

Egwene suponía que podían hacer uno lo bastante grande para pasar a través de él. Juntas las cabezas y absortas en una conversación, las dos —cosa extraña— iban abrochándose las capas. Egwene mantuvo la cabeza desviada cuando pasó a su lado. Las dos Marrones le habían enseñado siendo novicia, y Phaedrine todavía parecía sorprenderse de que fuera la Amyrlin. Esbelta como una grulla, era muy capaz de cruzar por el barro para preguntarle si necesitaba ayuda. Shemari, una mujer vigorosa de rostro cuadrado que más parecía una Verde que una bibliotecaria, hacía gala de un comportamiento adecuado más allá de lo necesario. Mucho más allá. Sus profundas reverencias, propias de una novicia, llevaban al menos un indicio de mofa por muy sosegada que fuera su expresión, sobre todo porque se sabía que había hecho una reverencia al ver a Egwene a cien pasos de distancia.

Se preguntó adónde habrían ido. En algún lugar puertas adentro, quizá; o, al menos, más cálido que el campamento. Ni que decir tiene que nadie seguía la pista de las idas y venidas de las hermanas, ni siquiera los Ajahs. La tradición gobernaba el comportamiento de todas, y la tradición disuadía rotundamente de hacer preguntas directas sobre lo que una hermana hacía o dónde había ido. Lo más probable es que Phaedrine y Shemari hubiesen ido a que alguno de sus «ojos y oídos» les informara cara a cara. O tal vez a buscar un libro en alguna biblioteca. Eran Marrones, al fin y al cabo. Sin embargo no podía evitar pensar en el comentario de Nisao respecto a hermanas volviendo a hurtadillas con Elaida. No era difícil contratar un barquero para hacer la travesía a la ciudad, donde había docenas de minúsculas entradas a embarcaderos, pero si se sabía crear un acceso no era necesario correr el riesgo de llegar hasta el río y buscar botes. Una sola hermana que regresara a la Torre con el conocimiento de ese tejido acabaría con su principal ventaja. Y no había modo de impedirlo. Salvo mantener fuerte la oposición a Elaida. O hacer creer a las hermanas que podía haber un final rápido a la situación. Ojalá hubiera un modo de llegar a eso.

Un poco más allá de la zona de Viaje, Egwene frenó al caballo y miró con el ceño fruncido una tienda alargada con las paredes de lona más remendadas que las de la Antecámara. Una Aes Sedai caminaba pavoneándose por la acera —la capucha de la capa de color azul oscuro le ocultaba la cara, pero las novicias y los demás se quitaban de su camino como nunca habrían hecho con una comerciante, por ejemplo — y se detuvo delante de la tienda; la miró unos largos instantes antes de apartar la solapa para entrar en ella, su renuencia tan evidente como si la hubiese proclamado a voces. Egwene nunca había entrado allí. Podía sentir el *Saidar* que se encauzaba en el interior, aunque débilmente. La cantidad necesaria era sorprendentemente pequeña. Una rápida visita de la Amyrlin no llamaría mucho la atención. Y tenía muchas ganas de comprobar qué había puesto en marcha.

Desmontó delante de la tienda y entonces se topó con una dificultad insignificante. No había ningún sitio donde atar a *Daishar*. La Amyrlin siempre tenía

alguien que corría a encargarse de las riendas del castrado; montones de novicias pasaban presurosas a su lado sin apenas dedicarle una mirada por encima, tomándola por una de las visitantes. A esas alturas, hasta la última novicia conocía de vista a todas las Aceptadas, pero pocas habían visto de cerca a la Amyrlin. Egwene ni siquiera tenía el semblante intemporal que les indicara que era Aes Sedai. Con una risa desganada, metió la mano en la bolsa del cinturón. La estola les mostraría quién era, y entonces podría ordenarle a una que sujetara su caballo durante unos minutos. A menos que pensaran que era una broma de mal gusto. Algunas novicias de Campo de Emond habían intentado quitarle la estola de un tirón para que no las metiera en líos. No, eso había quedado atrás y se había resuelto.

De pronto, la solapa se abrió y apareció Leane abrochándose la capa verde oscura con un broche de plata en forma de pez. La capa era de seda y ricamente bordada con hilos de plata y oro, al igual que el corpiño del traje de montar. También el envés de los guantes tenían bordados. Leane cuidaba minuciosamente su atuendo desde que se había unido al Ajah Verde. Sus ojos se abrieron sorprendidos al ver a Egwene, pero su semblante cobrizo recobró la inexpresividad al punto. Captó de inmediato la situación y alzó una mano para detener a una novicia que parecía encontrarse sola. Las novicias iban a clase en familia.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —Leane había cambiado en muchas cosas, pero su eficiencia se conservaba intacta. Bueno, salvo cuando ella quería. Casi todos los hombres se volvían arcilla de alfarero en sus manos cuando la voz de Leane se tornaba lánguida, pero nunca desperdiciaba esa cualidad con las mujeres—. ¿Vas a hacer un encargo de una hermana?

La novicia, una mujer de ojos claros y que rondaba la madurez, con la tez perfecta de quien nunca ha pasado una jornada de trabajo en los campos, se quedó boquiabierta antes de recobrarse lo bastante para hacer una reverencia extendiendo la falda blanca con la destreza propia de la práctica. Leane, tan alta como la mayoría de los hombres pero esbelta, grácil y hermosa, tampoco tenía el semblante intemporal, pero su rostro era uno de los dos más conocidos en el campamento. Las novicias señalaban con sobrecogimiento a la hermana que en tiempos había sido la Guardiana y a la que habían neutralizado y posteriormente Curado, de modo que podía encauzar de nuevo, aunque no con tanta fuerza como antes. ¡Y que había cambiado de Ajah! Las mujeres de blanco más recientes ya habían aprendido que tal cosa nunca había ocurrido, pero por desgracia lo contrario empezaba a convertirse en parte del acervo popular. Resultaba difícil hacer que una novicia fuera despacio cuando no se podía advertir que se arriesgaba a poner fin a sus aspiraciones de conseguir el chal al sufrir la consunción y perder el Poder Único para siempre.

—Letice Murow, Aes Sedai —respondió respetuosamente la mujer con un cantarín acento murandiano. Dio la impresión de querer añadir algo, tal vez un título,

pero una de las primeras lecciones al entrar en la Torre era que uno dejaba atrás lo que era antes. Para algunas resultaba una dura lección, sobre todo para las que tenían títulos—. Voy a visitar a mi hermana. No la he visto más de un minuto desde antes de salir de Murandy. —A las que eran familiares se las ponía en diferentes familias de novicias, al igual que a las mujeres que se conocían antes de inscribirse en el libro de novicias. Tal medida fomentaba que se hicieran nuevas amistades y cortaba las tensiones inevitables cuando una aprendía más deprisa que la otra o tenía un mayor potencial—. Tampoco tiene clases hasta por la tarde, y...

—Tu hermana tendrá que esperar un poco más, pequeña —la interrumpió Leane —. Sujeta el caballo de la Amyrlin.

Letice dio un respingo y miró fijamente a Egwene, que por fin había conseguido sacar la estola de la bolsa. Le entregó las riendas de *Daishar* a la mujer, se retiró la capucha y se puso la estrecha banda de tela sobre los hombros. Ligera como la pluma dentro de la bolsa, la estola cobraba su verdadero peso al llevarla puesta. Siuan afirmaba que a veces se podía sentir a cada mujer que la había llevado colgando de los extremos, un constante recordatorio de responsabilidad y deber, y Egwene lo creía a pies juntillas. La murandiana la contempló más boquiabierta que a Leane y tardó más en reaccionar para hacer la reverencia. Sin duda había oído que la Amyrlin era joven, pero no parecía probable que se hubiese parado a pensar cuán joven exactamente.

—Gracias, pequeña —dijo sosegadamente Egwene. Había habido un momento en que le había resultado extraño llamar «pequeña» a una mujer diez años mayor que ella. Con el tiempo todo cambiaba—. No será mucho rato. Leane, ¿quieres pedir a alguien que vaya a buscar a un mozo para que se ocupe de *Daishar*? Ahora que me he bajado de la silla prefiero seguir a pie, y a Letice se le debería permitir ver a su hermana.

—Me ocuparé personalmente, madre.

Leane le dedicó una grácil reverencia y se alejó sin dejar entrever lo más mínimo que había entre ellas algo más que aquel encuentro fortuito. Egwene confiaba en ella más que en Anaiya o incluso Sheriam. Desde luego, con ella no tenía secretos, como tampoco los tenía con Siuan. Pero su amistad sí era un secreto que había que seguir guardando. Para empezar, Leane tenía agentes dentro de Tar Valon, aunque no en la propia Torre, y sus informes llegaban a Egwene y a nadie más. En segundo lugar, a Leane se la mimaba por adaptarse tan bien a su posición actual, muy inferior a la anterior, y todas las hermanas la recibían con agrado aunque sólo fuera porque era la prueba viviente de que la neutralización, el mayor temor de cualquier Aes Sedai, era reversible. La recibían con los brazos abiertos y, puesto que ahora estaba por debajo de la mitad de las hermanas del campamento, a menudo hablaban delante de ella sobre asuntos que no querrían que supiera la Amyrlin. Así que Egwene ni siquiera le

dirigió una mirada cuando se marchó y sí dedicó una sonrisa a Letice —que enrojeció y volvió a hacer una reverencia—, tras lo cual entró en la tienda mientras se quitaba los guantes y los sujetaba debajo del cinturón.

En el interior, ocho lámparas de pie se alineaban a lo largo de las paredes entre arcones bajos de madera. Las lámparas, una de ellas con un poco de dorado desgastado y el resto de hierro pintado, tenían todas un número distinto de brazos, pero proporcionaban buena iluminación, aunque había menos luz que en el exterior. Una colección de mesas que parecían proceder de siete cocinas de granja diferentes formaban una fila en el centro del suelo de lona, con los bancos de las tres más alejadas ocupados por media docena de novicias, cuyas capas aparecían dobladas a su lado; todas ellas estaban envueltas en el brillo del Poder. Tiana, la Maestra de las Novicias, rondaba anhelante a su alrededor, caminando entre las mesas; sorprendentemente, Sharina Melloy, una de las novicias inscritas en Murandy, hacía otro tanto.

Bueno, Sharina no rondaba exactamente; se limitaba a observar con aire tranquilo, y quizá no tendría que haberle sorprendido encontrarla allí. Era una abuela de aspecto regio, con el cabello gris recogido en un prieto moño bajo; había dirigido una familia muy numerosa con mano firme y parecía haber adoptado a todas las otras novicias como nietas o nietas de una hermana. Había sido ella quien las había organizado en aquellas pequeñas familias, sin ayuda de nadie y al parecer por el mero desagrado de ver a todo el mundo deambulando al tuntún. La reacción de la mayoría de las Aes Sedai era un hermético silencio si se les recordaba tal cosa, aunque habían aceptado el arreglo con bastante rapidez al darse cuenta de que resultaba mucho más fácil organizar las clases y estar al corriente de lo que hacían las novicias. Tiana inspeccionaba con tal atención el trabajo que realizaban las que se encontraban dando clase en ese momento, que saltaba a la vista su intento de hacer como si Sharina no estuviese allí. Baja y menuda, con grandes ojos marrones y hoyuelos en las mejillas, Tiana parecía joven a despecho de su semblante intemporal, sobre todo en contraste con la cara arrugada y las anchas caderas de la alta novicia.

Las dos Aes Sedai que encauzaban en la mesa más próxima a la entrada, Kairen y Ashmanaille, también tenían audiencia: Janya Frende, una Asentada del Marrón, y Salima Toranes, una Asentada del Amarillo. Todas, Aes Sedai y novicias, ejecutaban la misma tarea. Delante de cada una de ellas, una tupida red tejida con Tierra, Fuego y Aire rodeaba un cuenco pequeño o una taza u otro recipiente similar, todos hechos por los herreros del campamento, que no alcanzaban a entender para qué querían las hermanas tales objetos fabricados con hierro, por no mencionar el hecho de tener que realizarlos tan delicadamente como si fueran de plata. Un segundo tejido, formado con Tierra y Fuego, penetraba cada red para tocar el recipiente, que poco a poco se iba tornando blanco. En todos los casos, muy, muy despacio.

La habilidad con el tejido mejoraba con la práctica, pero de los Cinco Poderes, la clave era la Tierra, y aparte de la propia Egwene sólo nueve hermanas del campamento —junto con dos de las Aceptadas y casi dos docenas de novicias— poseían suficiente fuerza en él para conseguir que los tejidos funcionaran. No obstante, entre las hermanas eran contadas las que querían emplear tiempo en eso. Ashmanaille, tan delgada que daba la impresión de ser más alta de lo que realmente era, tamborileaba los dedos en el tablero de la mesa a ambos lados de la sencilla taza de metal que tenía delante y miraba ceñuda e impaciente cómo el borde del blanco ascendía un poco más arriba de la mitad del recipiente. Los ojos azules de Kairen contemplaban con tal frialdad la copa alta con la que trabajaba y en la que sólo se veía un fino borde blanco en el fondo, que parecía que su mirada sería suficiente para hacerla añicos. Debía de haber sido Kairen a quien Egwene había visto entrar en la tienda.

Empero, no todas mostraban tan poco entusiasmo. Janya, delgada, con el vestido de seda de color bronce pálido y el chal de flecos marrones echado sobre los brazos, observaba lo que hacían Kairen y Ashmanaille con el anhelo de quien querría poder hacer lo mismo. Janya deseaba saber todo, cómo se hacía y por qué ocurría así. Había experimentado una gran decepción cuando le resultó imposible crear *ter'angreal* —sólo tres hermanas aparte de Elayne lo habían logrado hasta ese momento, con resultados muy irregulares—, de modo que había puesto un gran empeño en aprender esta habilidad incluso después de que la prueba dejara claro que le faltaba fuerza en el uso de la Tierra.

Salima fue la primera que reparó en Egwene. De cara redonda y tez casi tan oscura como el carbón, la miró de forma inexpresiva y los flecos amarillos de su chal se mecieron un tanto cuando hizo una reverencia correctamente precisa, medida al centímetro. Ascendida a Asentada en Salidar, Salima formaba parte de una pauta inquietante: demasiadas Asentadas excesivamente jóvenes para ese puesto. Hacía sólo treinta y cinco años que Salima era Aes Sedai, y rara vez se nombraba para tal cargo a una mujer que no hubiese llevado el chal durante un siglo o más. Es decir, Siuan veía en ello una pauta y le resultaba inquietante aunque no sabía decir el porqué. A Siuan siempre le producía inquietud no entender cualquier pauta. Aun así, Salima había sido partidaria de declarar la guerra a Elaida y solía apoyar a Egwene en la Antecámara. Pero no siempre, y no en eso.

—Madre —saludó con frialdad.

Janya levantó bruscamente la cabeza y sonrió de oreja a oreja. También había apoyado la guerra y, a excepción de Lelaine y Lyrelle, dos de las Azules, era la única que había sido Asentada antes de que la Torre se dividiera, y si no respaldaba invariablemente a Egwene, en eso sí lo hacía. Como ocurría siempre, habló a borbotones.

—Nunca dejará de maravillarme esto, madre. Es simplemente asombroso. Sé que no tendríamos que sorprendernos ya cuando planteáis algo que no se le había ocurrido a nadie. A veces pienso que nos empeñábamos demasiado en hacer las cosas de determinada manera, convencidas de lo que éramos capaces de hacer y de lo que no. Sin embargo, ¡discurrir cómo hacer *cuendillar*...! —Hizo una pausa para respirar y Salima aprovechó la interrupción para intervenir suavemente. Y con frialdad.

—Sigo pensando que está mal —manifestó, firme—. Admito que el descubrimiento fue algo brillante por vuestra parte, madre, pero las Aes Sedai no deberían crear cosas para... venderlas. —Salima utilizó el término con todo el desdén de una mujer que aceptaba las rentas de sus heredades en Tear sin plantearse siquiera de dónde habían salido. No era una actitud inusual, a pesar de que la mayoría de las hermanas vivían de la generosa asignación anual de la Torre. O lo habían hecho antes de que la Torre se dividiera—. Y para colmo —continuó—, casi la mitad de las hermanas forzadas a hacer esto son Amarillas. Recibo quejas a diario. Nosotras, al menos, tenemos usos más importantes en los que emplear el tiempo que fabricar... baratijas. —Aquello la hizo merecedora de una mirada fulminante de Ashmanaille, una Gris, y otra gélida de Kairen, que era Azul, pero Salima hizo caso omiso. Era una de esas Amarillas que parecían pensar que los otros Ajahs eran simples complementos del suyo que, naturalmente, para ellas era el único que tenía un propósito útil.

—Y las novicias no deberían llevar a cabo tejidos de tal complejidad —agregó Tiana, que se reunió con ellas. La Maestra de las Novicias nunca se mostraba remisa en dirigirse a las Asentadas ni a la Amyrlin. Su expresión era contrariada y al parecer no se daba cuenta de que el gesto le marcaba más los hoyuelos, dándole apariencia de estar enfurruñada—. Es un descubrimiento extraordinario y desde luego yo no pongo objeciones al comercio, pero algunas de estas chicas son apenas capaces de conseguir que una bola de fuego cambie de color sin vacilaciones. Permitirles manejar tejidos como éste sólo conseguirá que sea más difícil impedirles que salten a cosas que no controlan, y la Luz sabe lo difícil que resulta ya eso. Puede que incluso se hagan daño a sí mismas.

—Bah, tonterías —exclamó Janya mientras agitaba la esbelta mano desestimando la mera idea—. Todas las chicas que se han elegido pueden crear ya tres bolas de fuego a la vez y esto sólo requiere un poco más de Poder. No existe peligro mientras una Aes Sedai supervise lo que hacen, y siempre hay alguna. He visto la lista de turnos. Además, lo que fabricamos en un día nos proporcionará suficiente para pagar al ejército durante una semana o más, pero las hermanas solas no pueden producir tanto ni de lejos. —Estrechó ligeramente los ojos, dando la sensación de estar viendo algo a través de Tiana. La avalancha de palabras no cesó, si bien parecía que hablaba consigo misma, al menos a medias—. Habremos de tener cuidado con las ventas. Los

Marinos tienen una voraz apetencia por el *cuendillar* y todavía hay muchos barcos suyos en Illian y Tear, a decir de todos. Y los nobles de allí también lo buscan con avidez, pero hasta el hambre más voraz tiene un límite. Todavía no estoy segura de si será mejor aparecer con todo a la vez o sacarlo con cuentagotas. Antes o después, el precio del *cuendillar* empezará a caer. —De repente parpadeó y miró primero a Tiana y después a Salima, con la cabeza ladeada—. Entendéis a lo que me refiero, ¿verdad?

Salima frunció el ceño y se subió el chal a los hombros. Tiana alzó las manos en un gesto exasperado. Egwene siguió callada. Por una vez no sintió vergüenza de que la elogiaran por uno de sus supuestos descubrimientos. A diferencia de casi todo los demás salvo el Viaje, éste era realmente suyo, aunque Moghedien había apuntado la forma de lograrlo antes de escapar. En realidad, la mujer no sabía cómo hacer nada —al menos no había revelado tal conocimiento por mucho que la había presionado, y no se había quedado corta en eso—, pero Moghedien tenía una marcada vena de codicia, e incluso en la Era de Leyenda el *cuendillar* había sido un lujo muy valorado. Sabía lo suficiente del proceso de fabricación para que Egwene discurriera el resto. En cualquier caso, tanto daba quién hiciese objeciones ni lo enérgicamente que lo hiciera; la necesidad de obtener dinero significaba que la producción de *cuendillar* continuaría. Aunque, en lo tocante a ella, cuanto más se tardara en vender cualquiera de esos objetos, mejor.

Sharina dio una sonora palmada en la parte posterior de la tienda que hizo que todas volvieran bruscamente la cabeza en esa dirección. Kairen y Ashmanaille también se volvieron, y la Azul soltó incluso los flujos, de manera que la copa rebotó en el tablero con un ruido metálico. Eso era un signo de aburrimiento. El proceso tendría que empezar de nuevo desde el principio, aunque encontrar el punto preciso resultaba muy difícil y algunas hermanas aprovechaban cualquier oportunidad para hacer cualquier otra cosa durante la hora que tenían que pasar en la tienda cada día. Una hora, o hasta que acabaran el objeto que hubieran empezado, una de las dos cosas. Se suponía que eso las empujaría a intentar con más ahínco dominar la técnica, pero muy pocas habían progresado hasta el momento.

—Bodewhin, Nicola, id a vuestra siguiente clase —ordenó Sharina. No habló alto, pero su timbre tenía fuerza para cortar un murmullo de voces, cuanto más el silencio en la tienda—. Tenéis el tiempo justo para lavaros las manos y la cara. Vamos, deprisa. No querréis que den un mal informe vuestro.

Bode —Bodewhin— se movió con rapidez, soltando el *Saidar* y dejando el brazalete de *cuendillar* terminado a medias sobre uno de los arcones colocados a lo largo de la pared para que otra lo acabara, y después recogió su capa. De mejillas llenas y guapa, llevaba el oscuro cabello peinado en una larga trenza, aunque Egwene no estaba segura de que hubiese recibido permiso del Círculo de Mujeres. Claro que ese mundo ya había quedado atrás para la chica. Mientras se ponía las manoplas y

salía de la tienda, Bode no levantó la vista ni miró en dirección a Egwene. Obviamente todavía no entendía que una novicia no pudiera pararse para hablar con la Sede Amyrlin cada vez que quisiera, aun cuando hubiesen crecido juntas.

A Egwene le habría encantado hablar con Bode y alguna de las otras, pero también una Amyrlin tenía lecciones que aprender. Una Amyrlin tenía muchas obligaciones, pocas amigas y ninguna predilección por nadie. Además, incluso lo que pudiera tomarse por favoritismo hacia las chicas de Dos Ríos —sin serlo— sólo conseguiría que las otras novicias les hicieran la vida imposible. «Y a mí tampoco me haría ningún favor con la Antecámara», pensó con amarga ironía. Sin embargo, le habría gustado que las chicas de Dos Ríos lo entendieran.

La otra novicia que Sharina había nombrado no se levantó del banco ni dejó de encauzar. Los negros ojos de Nicola lanzaron una mirada centelleante a Sharina.

—Podría ser la mejor en esto si se me permitiera practicar realmente —rezongó, malhumorada—. Estoy mejorando. Sé que es así. Poseo el Talento de la Predicción, ¿sabéis? —Como si una cosa tuviera que ver con la otra—. Tiana Sedai, decidle que puedo quedarme más tiempo. Terminaré este cuenco antes de mi próxima clase y estoy segura de que a Adine Sedai no le importará si llego un poco tarde. —Si su clase empezaba pronto, no se retrasaría sólo un poco si se demoraba hasta acabar el cuenco; en la hora que llevaba trabajando había conseguido volver blanca sólo la mitad.

Tiana abrió la boca; pero, antes de que tuviese ocasión de pronunciar una palabra, Sharina levantó un dedo y al momento levantaba el segundo. Debía de tener un significado especial, porque Nicola se puso pálida, soltó los tejidos al instante y se levantó con tal premura que movió el banco, ganándose por ello el gesto ceñudo de las otras dos novicias que lo compartían. No obstante, volvieron a inclinar las cabezas sobre su trabajo al punto, y Nicola llevó casi corriendo el cuenco medio acabado hasta un arcón antes de coger precipitadamente su capa. Para sorpresa de Egwene, una mujer en la que no había reparado, vestida con una chaqueta corta de color marrón y pantalones amplios, se incorporó de un brinco de donde había permanecido sentada en el suelo, detrás de las mesas. Los azules ojos de la ceñuda Areina lanzaron miradas penetrantes como cuchillos a todas las presentes, tras lo cual la chica salió corriendo de la tienda en pos de Nicola, ambas la viva imagen del descontento y el malhumor. Verlas juntas a las dos le produjo inquietud a Egwene.

—Ignoraba que se permitiera la entrada a amigas —dijo—. ¿Nicola sigue causando problemas? —Nicola y Areina habían intentado chantajearla, y también a Myrelle y a Nisao, pero no era a lo que se refería; eso también era un secreto.

—Mejor que la chica tenga amistad con Areina que con uno de los mozos de cuadra —comentó Tiana a la par que resoplaba con aire desdeñoso—. Tenemos a dos embarazadas, ¿sabéis? Y diez más que posiblemente lo estén. Sin embargo, esa chica

necesita más amigas. Las amigas serán lo que la harán cambiar.

Se interrumpió cuando otras dos novicias de blanco entraron presurosas en la tienda, parloteando, y se frenaron en seco al encontrarse con Aes Sedai plantadas justo delante. Se apresuraron a hacer reverencias y se dirigieron a la parte trasera de la tienda obedeciendo a un gesto de Tiana. Dejaron las capas dobladas en un banco y cogieron una copa parcialmente blanca y otra casi blanca del todo de encima de un arcón. Sharina las siguió con la vista hasta que empezaron a trabajar y después recogió su propia capa, que se echó sobre los hombros, antes de dirigirse a la parte delantera de la tienda.

—Si me disculpáis, Tiana Sedai —dijo, con una reverencia que casi parecía dirigida a una igual—. Se me dijo que ayudara hoy con la comida de mediodía y no querría predisponerme en contra de las cocineras. —Posó fugazmente en Egwene sus oscuros ojos y asintió para sí.

—Ve, entonces —respondió secamente Tiana—. Detestaría enterarme de que te han azotado por llegar tarde.

Sin alterarse lo más mínimo, Sharina volvió a hacer una reverencia, ni precipitada ni despaciosamente, a Tiana, a las Asentadas, a Egwene —a la que dirigió otra mirada penetrante pero demasiado breve para tacharla de ofensiva—, y cuando las solapas de la entrada se cerraron tras ella Tiana resopló con exasperación.

—Nicola causa menos problemas que algunas —dijo malhumorada, y Janya sacudió la cabeza.

—Sharina no causa problemas, Tiana. —Habló tan deprisa como siempre, pero en tono bajo, de manera que la voz no llegara al fondo de la tienda. Los desacuerdos entre hermanas no debían airearse delante de las novicias. Sobre todo cuando el desacuerdo era sobre otra novicia—. Se sabe las reglas ya mejor que cualquier Aceptada y nunca sobrepasa el límite ni un centímetro. Jamás rehúye una tarea, ni la más desagradable, y es la primera en echar una mano cuando otra novicia lo necesita. Sharina es quien es, simplemente. Luz, no puedes dejar que te intimide una novicia.

Tiana se puso tensa y abrió la boca con gesto enfadado, pero una vez que Janya se ponía a hablar no era tarea fácil meter baza.

—Por otro lado, Nicola es causa de todo tipo de problemas, madre —prosiguió precipitadamente la Marrón—. Desde que descubrimos que tenía la Predicción ha estado haciendo dos o tres predicciones al día, según cuenta ella. O más bien, según cuenta Areina. Nicola es lo bastante lista para saber que todas estamos enteradas de que no puede recordar lo que predice, pero parece que Areina siempre está presente para escucharlo y recordarlo. Y para ayudarla a interpretarlo. Algunas son el tipo de cosas que a cualquiera del campamento con pocas entendederas y una mente crédula se le podría ocurrir, como batallas con los seanchan o los Asha'man, o una Amyrlin encarcelada, o el Dragón Renacido haciendo diez cosas imposibles, o visiones que

podrían ser del Tarmon Gai'don o producto de una indigestión. Y todas las demás da la casualidad de que indican que a Nicola se le debería permitir ir más deprisa con sus lecciones. Siempre es demasiado ávida con eso. Creo que incluso casi todas las novicias han dejado de creerle.

—También mete la nariz en todo —intervino Salima en el momento en que Janya le dio ocasión—. Ella y su amiguita, las dos. —Su semblante permaneció sosegado y frío y se ajustó el chal como si toda su atención estuviera puesta en ello, aunque prosiguió con cierta premura, quizá por temor a que la Marrón volviera a tomar la palabra—. Se las ha azotado a ambas por escuchar a escondidas conversaciones entre hermanas, y yo misma sorprendí a Nicola intentando mirar a hurtadillas una de las zonas de Viaje. Dijo que sólo quería ver cómo se abría un acceso, pero creo que lo que trataba de hacer era aprender el tejido. Puedo comprender la impaciencia, pero el engaño no se puede tolerar. Ya no creo que Nicola consiga el chal y, francamente, he empezado a preguntarme si no convendría expulsarla, y sin tardanza. El libro de novicias estará abierto para cualquiera —finalizó con una mirada inexpresiva a Egwene—, pero no tenemos que bajar por completo el nivel requerido.

Fulminante la mirada, Tiana apretó los labios con obstinación, lo que resaltó de nuevo los hoyuelos. Uno casi podía olvidarse que había llevado el chal más de treinta años y tomarla por una novicia.

—Mientras sea Maestra de las Novicias, la decisión de expulsar a una chica es mía —arguyó acaloradamente—, y no estoy dispuesta a perder a una muchacha con el potencial de Nicola. —Nicola sería muy fuerte en el Poder algún día—. O el de Sharina —añadió con una mueca a la par que se alisaba la falda con aire irritado. El potencial de Sharina era como mínimo extraordinario, muy superior al de cualquier hermana de la que se tuviera memoria a excepción de Nynaeve, y por delante de ésta también. Algunas pensaban que podría llegar al tope de fuerza que podía alcanzarse, aunque eso sólo eran especulaciones—. Si Nicola os ha estado molestando, madre, me ocuparé de ello.

—Sólo era curiosidad —respondió Egwene con prudencia, tragándose la sugerencia de que a la novicia y a su amiga habría que vigilarlas estrechamente. No quería hablar de Nicola. Sería muy sencillo encontrarse en la disyuntiva de tener que mentir o revelar asuntos que no se atrevía a sacar a la luz. Lástima no haber permitido a Siuan arreglar dos muertes discretas.

Su cabeza se movió bruscamente por la conmoción ante semejante idea. ¿Tanto había cambiado desde Campo de Emond? Sabía que tendría que ordenar que murieran hombres en batalla antes o después y creía ser capaz de ordenar una muerte si era imprescindible. Si una muerte impedía la de miles de personas o de cientos de miles, ¿no sería correcto dar tal orden? Pero el peligro que representaban Nicola y Areina era simplemente que podían revelar secretos que causarían inconvenientes a

Egwene al'Vere. Oh, Myrelle y las otras seguramente tendrían suerte si salían de aquello con unos simples varazos, y sin duda lo considerarían algo más que una molestia, pero la incomodidad, por grande que fuera, no era razón suficiente para matar.

De pronto cayó en la cuenta de que tenía el ceño fruncido y que Tiana y las dos Asentadas la observaban; Janya ni siquiera se molestaba en encubrir su curiosidad tras la máscara de la serenidad. Para disimular, Egwene volvió la mirada ceñuda hacia la mesa donde Kairen y Ashmanaille trabajaban de nuevo. El blanco en la copa de Ashmanaille había subido un poco más, pero en el corto espacio de tiempo Kairen la había alcanzado. De hecho, la había sobrepasado, ya que su copa era el doble de alta.

—Tu habilidad está mejorando, Kairen —dijo en tono aprobador.

La Azul alzó la vista hacia ella y respiró hondo. Su cara ovalada se tornó en la viva imagen de la fría tranquilidad en torno a aquellos gélidos ojos azules.

—No se precisa mucha habilidad, madre. Lo único que hay que hacer es crear un tejido y esperar. —La última palabra llevaba un timbre de acritud. Y, dicho fuera de paso, se había producido una leve vacilación antes del apelativo de «madre». Kairen había salido de Salidar en una misión muy importante que había visto cómo se hacía pedazos, aunque no por culpa de ella, y al reunirse con ellas en Murandy se había encontrado con que todo lo que había dejado al marchar había dado un giro de ciento ochenta grados y una chica a la que recordaba como novicia llevaba la estola de Amyrlin. Últimamente, Kairen pasaba mucho tiempo con Lelaine.

—Está mejorando... en algunas cosas —dijo Janya con una mirada ceñuda a la hermana Azul. Como el resto de las Asentadas, Janya debía de haber estado convencida de que la Antecámara se estaba agenciando una marioneta al ascender a Egwene, pero parecía haber aceptado que la joven llevaba la estola y merecía el respeto debido de todo el mundo—. Por supuesto, dudo que alcance a Leane a menos que se aplique, cuanto menos a vos, madre. A decir verdad, la joven Bodewhin podría alcanzarla a ella. Lo que es a mí, no me gustaría que una novicia me superase, pero supongo que hay algunas que no piensan igual.

Las mejillas de Kairen enrojecieron, y la Azul bajó la vista a la copa. Tiana resopló desdeñosa.

—Bodewhin es una buena chica, pero pasa más tiempo riendo y jugando con las otras novicias que aplicándose si Sha... —Inhaló hondo—. Si no se la vigila. Ayer, ella y Althyn Conly intentaron hacer dos objetos a la vez sólo para ver qué pasaba, y ambos objetos se fundieron en un sólido pegote. Inútiles para la venta, naturalmente, a menos que se encontrara a alguien que quisiera un par de copas mitad de hierro y mitad de *cuendillar* unidas por los ángulos. Y sólo la Luz sabe lo que podría haberles ocurrido a las chicas. No parecía que estuvieran heridas, pero ¿quién sabe lo que

puede pasar la próxima vez?

—Asegúrate de que no haya una próxima vez —dijo Egwene con aire ausente, su atención puesta en la copa de Kairen.

La línea del blanco ascendía regularmente. Cuando Leane realizaba ese tejido, el negro hierro se tornaba en blanco *cuendillar* como si el metal se estuviera sumergiendo rápidamente en leche. Para la propia Egwene, el cambio se efectuaba en un abrir y cerrar de ojos, de negro a blanco en una fracción de segundo. Tendrían que ser Kairen y Leane, pero ni siquiera esta última era lo bastante rápida. Kairen necesitaba tiempo para mejorar. ¿Días? ¿Semanas? Lo que hiciese falta, porque cualquier otra cosa significaría el desastre, tanto para las mujeres involucradas como para los hombres que morirían combatiendo en las calles de Tar Valon. Y quizá para la Torre. De repente Egwene se alegró de haber aprobado la sugerencia de Beonin. Decirle a Kairen por qué tenía que intentarlo con más ahínco podría espolearla a esforzarse más, pero eso era otro secreto que había que guardar hasta que llegara el momento de desvelárselo al mundo.

18. Una charla con Siuan

Cuando Egwene salió de la tienda ya se habían llevado a *Daishar*, claro está, pero la estola de siete colores asomando por la capucha funcionó mejor que un semblante Aes Sedai en cuanto a que le abriera paso entre la multitud. Avanzó en medio de una continua secuencia de reverencias, con alguna inclinación de cabeza de un Guardián o de un artesano que tenía algún asunto que solucionar en las tiendas de las hermanas. Algunas novicias chillaban al ver la estola de la Amyrlin, y familias enteras se bajaban rápidamente de la acera de tablas y hacían las reverencias pisando el barro de la calle. Desde que se había visto obligada a ordenar un castigo para algunas jóvenes de Dos Ríos, entre las novicias se había corrido la voz de que la Amyrlin era tan dura como Sereille Bagand y que lo mejor era no incurrir en su desagrado; ni despertar su genio, que podía estallar como un feroz incendio. Tampoco es que la mayoría de ellas supiera suficiente historia para tener una idea real de quién había sido Sereille, pero ese nombre había sido sinónimo de rigurosidad y mano de hierro durante cien años en la Torre y las Aceptadas se aseguraban de que las novicias asimilaran detalles como ése. Menos mal que la capucha le cubría el rostro a Egwene; para cuando la novena familia de novicias saltó de la acera como un hato de liebres espantadas para dejarle paso, iba apretando los dientes tanto que contemplar su rostro habría reforzado su reputación de masticar hierro y escupir clavos. Tenía la horrible sensación de que con el correr de los siglos las Aceptadas utilizarían su nombre para asustar a las novicias como utilizaban ahora el de Sereille. Claro que antes había que resolver el asuntillo de recobrar la Torre Blanca. Las pequeñas irritaciones tendrían que esperar. Pensó que sería capaz de escupir clavos sin tener que masticar hierro.

La muchedumbre fue menguando hasta desaparecer alrededor del estudio de la Amyrlin, que no era más que una tienda de pico con paredes de lona marrón remendada, a pesar del nombre. Al igual que la Antecámara, era un lugar que se evitaba a no ser que se tuvieran asuntos que tratar allí o que se mandara llamar a alguien. A nadie se le pedía simplemente que fuera a la Antecámara o al estudio de la Amyrlin. Hasta la invitación más inocua a cualquiera de los dos lugares era una orden de presentarse, un hecho que convertía aquella sencilla tienda en un refugio. Egwene entró apartando las solapas y se quitó la capa al tiempo que soltaba un suspiro de alivio. Un par de braseros daban al ambiente un agradable calor en comparación con el exterior, sin apenas echar humo. En el aire persistía un ligero y dulce aroma a las hierbas secas que se habían espolvoreado sobre las ascuas relucientes.

—Por el modo en que esas necias chicas se comportan, cualquier diría que yo... —empezó con un gruñido, y enmudeció de golpe.

No le sorprendió ver a Siuan de pie junto al escritorio; llevaba un vestido de paño azul liso, aunque de buen corte, y sostenía contra el pecho una carpeta de cuero.

Como Delana, al parecer casi todas las hermanas creían todavía que la tarea de Siuan era enseñarle el protocolo y hacer recados, de mala gana en ambos casos, pero siempre estaba allí muy de mañana, algo que parecía haber pasado inadvertido hasta el momento. Siuan sí que había sido una Amyrlin que masticaba hierro, aunque nadie —a menos que la hubiera conocido antes— lo habría dicho. Las novicias la señalaban tan a menudo como a Leane, pero con un aire de duda respecto a que fuera realmente quien decían las hermanas. Bonita, ya que no hermosa, con una boca delicada y un oscuro y lustroso cabello que le llegaba a los hombros, Siuan parecía más joven incluso que Leane, sólo unos cuantos años mayor que Egwene. Habría pasado por una de las Aceptadas de no ser por el chal de flecos azules que llevaba echado por los brazos. Tal era la razón de que se lo pusiera siempre, para evitar equivocaciones embarazosas. No obstante, sus ojos habían cambiado tan poco como su temple y eran helados punzones azules clavados en la mujer cuya presencia sí resultaba una sorpresa.

En realidad, Halima era bienvenida, pero Egwene no había esperado verla tendida en los cojines de vivos colores que se amontonaban a un lado de la tienda, con la cabeza apoyada en una mano. Mientras que Siuan era bonita, el tipo de mujer joven —o en apariencia joven— que hacía sonreír a hombres y mujeres por igual, Halima era deslumbrante, con enormes ojos de color verde en una cara perfecta y un busto firme y generoso, de los que hacían que los hombres tragaran saliva y las mujeres frunciera el ceño. No es que Egwene frunciera el ceño ni creyera los cuentos propalados por mujeres celosas sobre la forma en que Halima atraía a los hombres por el simple hecho de ser como era. Después de todo, no podía evitar tener su apariencia. Pero, aun cuando su posición como secretaria de Delana era obviamente un asunto de caridad por parte de la hermana Gris —mujer de campo con escasa educación, Halima escribía con la torpeza de una cría pequeña—, Delana solía mantenerla ocupada todo el día con algún tipo de tarea. Rara vez aparecía antes de la hora de ir a la cama y casi siempre era porque se había enterado de que Egwene sufría una de sus jaquecas. Nisao era incapaz de aliviar esos dolores de cabeza, ni siquiera utilizando la nueva Curación, pero los masajes de Halima hacían maravillas cuando el dolor era tan intenso que provocaba el llanto de Egwene.

—Le dije que no tendríais tiempo para visitas esta mañana, madre —informó secamente Siuan, que cogió la capa de Egwene con la mano libre sin dejar de mirar hoscamente a la mujer tendida en los cojines—. Pero, para el caso que me ha hecho, tanto habría dado si me hubiese puesto a jugar a las cunitas conmigo misma en vez de gastar saliva. —Colgó la túnica en una rústica percha y resopló con desdén—. Quizá si llevara pantalones y tuviera bigote me haría caso. —Al parecer, Siuan daba crédito a todos los rumores sobre los supuestos estragos de Halima entre los artesanos y soldados más guapos.

Lo curioso era que a Halima parecía divertirle su reputación. Tal vez incluso disfrutaba con ella. La mujer soltó una risa baja y gutural y se estiró sobre los cojines como una gata. Tenía una lamentable debilidad por los corpiños de escote muy bajo, algo increíble con el tiempo que hacía, y casi se salió del vestido de seda verde con cuchilladas en azul. La seda no era el tipo de tela que utilizaría una secretaria, pero la caridad de Delana era grande; o lo era la deuda que tuviera con ella.

—Parecéis preocupada esta mañana, madre —murmuró la mujer de ojos verdes—, y salisteis muy temprano a cabalgar, procurando no despertarme. Pensé que quizá querríais charlar. No tendríais tantas jaquecas si hablaseis más de vuestras preocupaciones. Al menos sabéis que conmigo podéis hacerlo. —Miró a Siuan, que la observaba con gesto altanero y desdeñoso, y soltó otra risa profunda—. Y sabéis que no quiero nada de vos, a diferencia de otras.

Siuan volvió a resoplar y se puso a colocar la carpeta con parsimonia en el escritorio, justo entre el tintero y la salvadera. Incluso toqueteó el soporte de la pluma. Egwene contuvo un suspiro con esfuerzo. Halima no pedía nada aparte de un camastro en la tienda para estar a mano si a Egwene le sobrevenía una de sus jaquecas, y dormir allí tenía que causarle dificultades en el cumplimiento de sus tareas para Delana. Además, a Egwene le gustaba su actitud desenfadada y directa, sin pelos en la lengua. Resultaba muy fácil hablar con Halima y olvidar durante un rato que era la Sede Amyrlin, un desahogo que ni siquiera podía tener con Siuan. Había bregado para que se la reconociera como Aes Sedai y como Amyrlin, y tal reconocimiento seguía siendo endeble. Cada error en su papel de Amyrlin haría más fácil caer en el siguiente, y el siguiente y el siguiente, hasta volver a encontrarse en la posición de que se la considerara una niña jugando. Ello convertía a Halima en un lujo muy preciado aparte de lo que sus masajes conseguían con las jaquecas. Empero, y para su irritación, casi todas las mujeres del campamento parecían compartir el punto de vista de Siuan, con la posible excepción de Delana. La Gris parecía demasiado mojigata para emplear a una descocada. En cualquier caso, si la mujer perseguía hombres o incluso si se les echaba encima, ahora no venía a cuento.

—Me temo que tengo trabajo, Halima —dijo mientras se quitaba los guantes. Montones de trabajo, a diario. Los informes de Sheriam todavía no estaban en la mesa, claro, pero no tardaría en enviarlos junto con unas cuantas peticiones que en su opinión mereciesen la atención de Egwene. Sólo unas cuantas; diez o doce apelaciones de reparación por agravios sobre las que se esperaba que Egwene diera dictamen como Amyrlin. Tal cosa no podía hacerse sin examinar los casos y plantear preguntas si se quería dar un dictamen justo—. Quizá te apetezca comer conmigo. —Si terminaba a tiempo para no tener que conformarse con una comida allí mismo, en el estudio. De hecho, no faltaba mucho para el mediodía—. Entonces podremos hablar.

Halima se sentó de un salto, centelleantes los ojos y prietos los turgentes labios, pero su ceño se borró tan rápidamente como había aparecido. No obstante, en sus ojos quedaba un resto de ardor. Si hubiese sido una gata, habría tenido la espalda arqueada y la cola erizada como una estregadera. Se incorporó con gracilidad de los cojines y se alisó la falda sobre las caderas.

—De acuerdo. Si estáis segura de que no queréis que me quede.

Con increíble oportunidad, Egwene empezó a sentir un apagado pinchazo detrás de los ojos, una conocida señal precursora de una terrible jaqueca, pero aun así sacudió la cabeza y repitió que tenía que trabajar. Halima vaciló un instante, prieta de nuevo la boca y las manos empuñadas en la falda, tras lo cual descolgó bruscamente su capa de la percha y abandonó la tienda sin molestarse en echarse la prenda sobre los hombros. Su salud podría resentirse saliendo así, con el frío que hacía.

—Ese genio de pescadera la meterá en líos antes o después —rezongó Siuan antes de que las solapas de la entrada dejaran de mecerse. Ceñuda, se subió el chal a los hombros—. Se contiene cuando estáis vos delante, pero no se priva de usar su lenguaje más rudo conmigo. Conmigo o con cualquier otra persona. Se la ha oído gritar a Delana. ¿Desde cuándo una secretaria le grita a quien la emplea, que además es una hermana? ¡Una Asentada! No entiendo por qué la aguanta Delana.

—Eso es asunto de Delana, me parece a mí. —Cuestionar los actos de otra hermana estaba tan prohibido como interferir en ellos. Sólo por costumbre, no por ley, pero aun así algunas costumbres tenían tanta fuerza como la ley. No tendría que recordarle tal cosa a Siuan, precisamente.

Egwene se frotó las sienes y se sentó con cuidado en la silla de detrás del escritorio, pero de todos modos la silla se balanceó. Diseñadas para plegarse y guardarse en una carreta, las patas tenían la mala costumbre de doblarse cuando se suponía que no debían hacerlo, y ninguno de los carpinteros había sido capaz de arreglarlas tras varios intentos. La mesa se plegaba también, pero se mantenía más firme. Egwene habría querido tener la ocasión de comprar otra silla en Murandy, pero eran muchas las cosas que había que adquirir y el dinero no llegaba para todo, y más si ya tenía una silla. Por lo menos había conseguido un par de lámparas de pie y otra para encima del escritorio, las tres de hierro pintado en rojo, aunque con espejos que no tenían burbujas. Disponer de buena luz no parecía evitar sus jaquecas, pero aun así eso era mejor que tratar de leer con unas cuantas velas de sebo y una linterna. Si Siuan había captado censura en su comentario, no por ello se tomó las cosas con más calma.

—Es algo más que genio. En una o dos ocasiones me dio la impresión de que estaba a punto de golpearme. Supongo que tiene bastante sentido común para contenerse, pero no todo el mundo es Aes Sedai. Estoy convencida de que se las arregló de algún modo para romperle el brazo a un carretero. Él dice que se cayó,

pero me pareció que me mentía por la forma en que esquivaba la mirada y por el temblor de la boca. No querría admitir que una mujer le había doblado hacia atrás el hombro, ¿verdad?

—Déjalo ya, Siuan —instó, cansada, Egwene—. Seguramente ese hombre intentó tomarse ciertas libertades. —Tenía que ser eso. No se explicaba cómo Halima podría haber roto el brazo a un hombre. Fuera cual fuera la descripción que se hiciera de la mujer, en ella no entraba el término «musculosa».

En lugar de abrir la carpeta que Siuan había dejado en la mesa, puso las manos a ambos lados de aquélla. Así evitaba llevárselas a la cabeza. Quizá si hacía caso omiso del dolor éste desaparecería. Además, para variar, tenía información que compartir con Siuan.

—Al parecer algunas de las Asentadas están hablando de negociar con Elaida —empezó.

Manteniendo el gesto inexpresivo, Siuan tomó asiento en una de las destartaladas banquetas y escuchó atentamente; sólo sus dedos se movieron, como acariciando la falda, hasta que Egwene terminó de hablar. Entonces apretó los puños y masculló unas cuantas maldiciones que sonaron fuertes aun viniendo de ella, empezando con el deseo de que todas se ahogaran en tripas de pescado de una semana y que después bajaran rodando a toda velocidad por una pendiente. El hecho de que salieran de un rostro joven y bonito hacía que sonaran peor.

—Supongo que obrasteis correctamente al dejar que siguiera adelante —murmuró una vez que acabaron sus invectivas—. El asunto se propagará, ahora que ha empezado, y de este modo os adelantáis. Supongo que lo de Beonin no debería sorprenderme. Es ambiciosa, pero siempre pensé que habría vuelto corriendo con Elaida si Sheriam y las otras no la hubieran metido en cintura. —Fijos los ojos en Egwene como para dar peso a sus palabras, siguió más deprisa—. Ojalá me hubieran sorprendido Varilin y esa pandilla, madre. Descontando a las Azules, seis Asentadas de cinco Ajahs huyeron de la Torre después de que Elaida dio su golpe de estado. —Sus labios se torcieron en una mueca al decir esto último—. Y aquí tenemos a una de cada uno de esos cinco. Estuve en el *Tel'aran'rhiod* anoche, en la Torre...

—Confío en que fueses prudente —la interrumpió secamente Egwene.

A veces Siuan parecía no saber lo que significaba tener prudencia. Había montones de hermanas esperando ansiosas a que les llegara el turno de utilizar los contados *ter'angreal* para el Sueño que tenían en su posesión, la mayoría para visitar la Torre, y aunque Siuan no lo tenía prohibido exactamente, sí se acercaba mucho a ello. Podría haber esperado una eternidad sin que la Antecámara accediera a que lo usara una sola noche. Aparte de las hermanas que la culpaban por la ruptura de la Torre —no se la había acogido tan afectuosamente como a Leane, debido a ello, ni nadie la mimaba—, aparte de eso, muchas recordaban su rudeza en la enseñanza

cuando era una de las pocas que sabían cómo usar ese tipo de *ter'angreal*. Siuan no tenía paciencia con los necios, y todas lo eran las primeras veces que entraban en el *Tel'aran'rhiod*, así que ahora tenía que compartir el turno de Leane cuando quería visitar el Mundo de los Sueños. Si alguna hermana la sorprendía allí, la «casi prohibición» pasaría a ser un veto rotundo. O peor aún, pondría en marcha una investigación para descubrir quién le había prestado el *ter'angreal*, lo que podría acabar desenmascarando a Leane.

—En el *Tel'aran'rhiod* soy una mujer distinta con ropas distintas cada vez que doy la vuelta a una esquina —dijo Siuan, quitándole importancia con un ademán. Era una buena noticia, aunque lo más probable era que esos cambios tuviesen más que ver con la falta de control que con hacerlo a propósito. La confianza de Siuan en sus propias habilidades a veces superaba lo que estaría justificado—. La cuestión es que anoche vi una lista parcial de Asentadas y conseguí leer casi todos los nombres antes de que la hoja cambiara a una anotación con la cuenta de vinos. —Eso era algo común en el *Tel'aran'rhiod*, donde nada permanecía igual mucho tiempo a menos que fuese un reflejo de algo permanente en el mundo de vigilia—. Andaya Forae fue ascendida por las Grises, Rina Hafden por las Verdes y Juilaine Madone por las Marrones. Ninguna ha llevado el chal más de setenta años, máximo. Elaida tiene el mismo problema que nosotras, madre.

—Ya veo —dijo lentamente Egwene. Cayó en la cuenta de que se estaba dando masajes en la sien. El dolor punzante tras los ojos no cesaba. Y se haría más intenso. Siempre ocurría así. Para cuando llegara la noche, iba a estar lamentando haberle dicho a Halima que se marchara. Bajó la mano con firmeza y desplazó dos centímetros a la izquierda la carpeta que tenía ante sí para después volver a ponerla donde estaba antes—. ¿Y las demás? Tenían que reemplazar a seis Asentadas.

—Ferane Neheran entró por las Blancas y Suana Dragand por las Amarillas. Ambas habían estado en la Antecámara antes —admitió Siuan—. Sólo era una lista parcial y no conseguí leerla toda. —Enderezó la espalda y alzó la barbilla en un gesto obstinado—. Con que una o dos hubiesen sido nombradas antes de lo habitual ya resultaría chocante. Aunque a veces ocurre, no se da a menudo, y con éstas suman once, quizá doce, entre nosotras y la Torre. No creo en coincidencias tan grandes. Cuando los pescaderos compran al mismo precio, puedes apostar a que todos bebieron en la misma posada la noche antes.

—No tienes que convencerme, Siuan. —Con un suspiro, Egwene se recostó en la silla asiendo de manera automática la pata de la silla que siempre intentaba doblarse cuando hacía eso. No cabía duda de que algo extraño ocurría, pero ¿qué significaba? ¿Y quién podía influir en la elección de Asentadas en todos los Ajahs? En todos excepto en el Azul, al menos; habían elegido una Asentada, pero Moria llevaba siendo Aes Sedai más de cien años. Y quizás el Rojo tampoco se había visto afectado;

nadie sabía qué cambios se habían producido entre las Asentadas Rojas, si es que había alguno. El Negro podría estar tras ello, pero ¿qué ganaría a menos que todas esas Asentadas jóvenes fueran Negras? Tal cosa no parecía posible; si el Ajah Negro hubiese tenido mucha influencia, la Antecámara habría estado conformada en su totalidad por Amigas Siniestras desde hacía mucho tiempo. No obstante, si había una pauta y no era producto de la casualidad, entonces tenía que haber alguien metido en el asunto. El mero hecho de barajar las posibilidades y las imposibilidades consiguió que el sordo dolor detrás de los ojos se volviera un poco más intenso.

—Si esto acaba resultando ser una casualidad, Siuan, vas a lamentar cada idea que te pareció un enigma. —Se obligó a sonreír mientras hablaba para quitar hierro a sus palabras. Una Amyrlin tenía que llevar cuidado con lo que decía—. Ahora que me has convencido de que hay un enigma, quiero que lo resuelvas. Quién es responsable y cuál es el propósito. Hasta que no descubramos eso, no sabremos nada.

—¿Sólo queréis eso? —inquirió secamente Siuan—. ¿Antes de la cena o después?

—Para después será suficiente, supongo —espetó Egwene, que después respiró hondo al ver la expresión avergonzada de la otra mujer. No tenía sentido pagar su dolor de cabeza con Siuan. Las palabras de una Amyrlin tenían poder, y a veces consecuencias; debía recordar eso—. Pero bastará con que sea lo antes que puedas —añadió en un tono más suave—. Sé que te darás toda la prisa posible.

Disgustada o no, Siuan pareció entender que el estallido de Egwene no era sólo por su sarcasmo. A pesar de su aspecto juvenil, contaba con años de experiencia en interpretar lo que reflejaba un rostro.

—¿Queréis que vaya a buscar a Halima? —preguntó al tiempo que empezaba a levantarse. La falta de acritud al pronunciar el nombre de la mujer daba medida de su preocupación—. No tardaré nada.

—Si me dejara vencer por cada jaqueca, al final nunca haría nada —repuso Egwene mientras abría la carpeta—. Bien, ¿qué tienes hoy para mí? —Sin embargo, mantuvo las manos sobre los papeles para evitar llevárselas a la cabeza.

Una de las tareas de Siuan todas las mañanas era recoger lo que los Ajahs tenían a bien compartir de sus redes de informadores, junto con lo que quiera que cualquier hermana hubiese pasado a sus Ajahs y éstos hubiesen decidido pasárselo a Egwene. Era un extraño proceso de criba, pero aun así seguía ofreciendo un cuadro del mundo cuando se añadía a lo que tenía Siuan. Ésta había conseguido mantener el control de los agentes que habían sido suyos como Amyrlin por el simple recurso de negarse a decirle a nadie quiénes eran a despecho de todos los esfuerzos de la Antecámara, y al final nadie pudo refutar que esos ojos y oídos eran de la Amyrlin y que debían, por derecho, informar a Egwene. Oh, había habido rezongos sin fin, naturalmente, y todavía los había de vez en cuando, pero nadie podía negar los hechos.

Como siempre, el primer informe procedía no de un Ajah o de Siuan, sino de Leane, escrito en finas hojas de papel con letra elegante. Egwene no sabía exactamente por qué, pero nunca podría dudarse de que cualquier escrito de Leane era obra de la mano de una mujer. Cada página la acercaba a la llama de la lámpara de la mesa una vez leída, asegurándose de que se quemara hasta casi tocarle los dedos, para después deshacerse en ceniza. Ni a Leane ni a ella les interesaba que, comportándose casi como desconocidas en público, uno de esos informes cayera en malas manos.

Muy pocas hermanas estaban enteradas de que Leane tenía informadores en la propia Tar Valon. Quizá fuese la única hermana que los tenía. Vigilar atentamente lo que ocurría en la calle mientras se ignoraba lo que pasaba en casa era un defecto característico del ser humano, y la Luz sabía que las Aes Sedai tenían tantos defectos como cualquier persona. Por desgracia, Leane no tenía casi nada nuevo que comunicar.

Sus agentes en la ciudad se quejaban de que las sucias calles se habían vuelto cada vez más peligrosas después de oscurecer y que eran poco más seguras a la luz del día. En tiempos, los delitos casi habían sido inexistentes en Tar Valon, pero ahora la Guardia de la Torre había abandonado las calles para patrullar los puertos y las torres de los puentes. A excepción de recaudar los impuestos de aduanas y comprar suministros, ambas cosas llevadas a cabo por intermediarios, la Torre Blanca parecía haberse cerrado totalmente a la ciudad. Las grandes puertas por las que accedía el público a la Torre permanecían cerradas a cal y canto y nadie había visto a una hermana fuera del recinto desde que había empezado el asedio, si no antes. Todo eran confirmaciones de lo que Leane había informado anteriormente. La última página, sin embargo, hizo que Egwene enarcara las cejas. En las calles corría el rumor de que Gareth Bryne había hallado un camino secreto a la ciudad y que cualquier día aparecería dentro de las murallas con su ejército al completo.

—Leane lo habría indicado si alguien hubiese utilizado alguna palabra que sonara como si se refiriera a los accesos —se apresuró a decir Siuan al reparar en la expresión de Egwene. Ya había revisado todos los informes antes, por supuesto, y sabía lo que Egwene leía por la página que sostenía. Rebullendo en la inestable banqueta, Siuan casi se cayó a la alfombra al no prestar atención. Empero, no por ello se demoró—. Y podéis estar segura de que a Gareth no se le ha escapado nada —prosiguió mientras se enderezaba—. Tampoco es que sus soldados sean tan necios de querer desertar ahora e ir a la ciudad, pero sabe cuándo debe mantener cerrada la boca. Simplemente tiene reputación de atacar donde sería imposible que lo hiciera. Ha hecho lo imposible bastante a menudo para que la gente espere que actúe así. Eso es todo.

Ocultando una sonrisa, Egwene puso el papel que hablaba de lord Gareth en la

llama y vio cómo se retorcía y se quemaba. Unos meses atrás, Siuan habría hecho un comentario agrio sobre el hombre en lugar de hacer una alabanza. Habría sido el «puñetero Gareth Bryne», no «Gareth». Siuan no podía eludir la tarea de hacerle la colada y limpiarle las botas, pero Egwene la había visto mirarlo las contadas veces que el hombre había ido al campamento de las Aes Sedai. Mirándolo fijamente para después salir corriendo con que él volviera la vista hacia ella. ¡Siuan escabulléndose! Llevaba siendo Aes Sedai más de veinte años, de los que había sido Amyrlin durante diez, pero tenía tan poca idea sobre cómo afrontar estar enamorada como la que tenía un pato sobre devorar una oveja.

Egwene aplastó las cenizas y se sacudió las manos, borrada la sonrisa. No podía hablar de Siuan. También ella estaba enamorada, pero ni siquiera sabía dónde demonios se hallaba Gawyn ni lo que haría si se enterara. Él se debía a Andor, y ella, a la Torre. Y el único camino para salvar ese precipicio, vincularlo, podría conducirlo a la muerte. Mejor era dejarlo marchar, olvidarlo. Lo que sería tan fácil como olvidar su propio nombre. Y lo vincularía. Lo sabía. Por supuesto, no podía vincularlo sin saber dónde se encontraba, sin tener las manos posadas en él, así que todo volvía al punto de partida. Los hombres eran... ¡un fastidio!

Se llevó los dedos a las sienes y presionó, aunque no alivió nada el punzante dolor, y apartó de su mente a Gawyn. Hasta donde le era posible. Pensó que probaba un anticipo de lo que era tener un Guardián, pues siempre había algo de Gawyn en un rincón de su mente. Y con propensión a abrirse paso bruscamente en su conciencia en el momento más inoportuno. Se concentró en lo que tenía entre manos y cogió la siguiente hoja.

En lo tocante a los informadores, era como si gran parte del mundo hubiese desaparecido. Llegaban contadas noticias de las tierras ocupadas por los seanchan, y las que llegaban se dividían entre fantasiosas descripciones de las bestias seanchan, transmitidas como prueba de que utilizaban Engendros de la Sombra, historias horribles de mujeres sometidas a pruebas para comprobar si se las debía reducir a *damane*, e historias deprimentes de... aceptación. Al parecer, los seanchan no eran peores gobernantes que cualesquiera otros y mejores que algunos —siempre y cuando uno no fuera una mujer que encauzaba—, y por lo visto demasiada gente había renunciado a la idea de resistirse al invasor una vez que resultó obvio que los seanchan dejaban que siguieran con sus vidas. Las de Arad Doman eran casi igual de malas y no constituían más que rumores, admitidos como tal por las hermanas que habían escrito los informes pero incluidos simplemente para reflejar el estado en el que estaba el país. El rey Alsalam había muerto. No, había empezado a encauzar y se había vuelto loco. Rodel Ituralde, el Gran Capitán, también había muerto, o había usurpado el trono, o invadía Saldaea. Asimismo, el Consejo de Mercaderes había muerto al completo, o había huido al campo o había empezado una guerra civil por

quién sería el próximo rey. Cualquiera de tales rumores podría ser cierto. O ninguno. Los Ajahs estaban acostumbrados a verlo todo, pero ahora un tercio del mundo se encontraba envuelto en una espesa niebla en la que sólo se abrían minúsculas brechas. O, al menos, si había vistas más claras, ningún Ajah se había dignado a compartir lo que había visto.

Otro problema era que los Ajahs consideraban cosas distintas como dignas de importancia capital y pasaban por alto cualesquiera otras. Por ejemplo, a las Verdes les preocupaban principalmente las historias sobre ejércitos de las Tierras Fronterizas cerca de Nueva Braem, a cientos de leguas de la Llaga que se suponía deberían guardar. Su informe hablaba de gente de las naciones fronterizas y sólo de ellas, como si hubiese que hacer algo al respecto y hacerlo ya. Tampoco es que sugirieran nada o lo insinuaran siquiera, pero aun así la frustración se hacía patente en la escritura apretada y precipitada que se extendía urgentemente por la página.

Egwene sabía la verdad de esa situación a través de Elayne, pero estaba satisfecha con dejar que las Verdes se mordieran los puños de momento, ya que Siuan había descubierto por qué no se apresuraban a poner las cosas en su sitio. Según su agente en Nueva Braem, la gente de las Tierras Fronterizas iba acompañada por un grupo de entre cincuenta a cien hermanas, quizá doscientas. El número de Aes Sedai no era seguro y debía de estar hinchado, desde luego, pero su presencia era un hecho del que las Verdes tenían que estar al tanto, aunque los informes que enviaban a Egwene nunca lo mencionaban. Ningún Ajah había mencionado a esas hermanas en sus informes. Sin embargo, al final tanto daba si eran doscientas o dos. Nadie podía saber con seguridad quiénes eran esas hermanas ni por qué se encontraban allí, pero meter la nariz se interpretaría sin duda como una interferencia. Parecía extraño que estuvieran enzarzadas en una guerra entre Aes Sedai y que todavía se guardaran de interferir en lo que hacía otra hermana por costumbre, pero por suerte era así.

—Al menos no sugieren que enviemos a nadie a Caemlyn. —Egwene parpadeó; el pinchazo detrás de los ojos se aguzaba al seguir la apretada letra. Siuan resopló con desdén.

—¿Y por qué iban a sugerirlo? Que ellas sepan, Elayne está dejándose guiar por Merilille y Vandene, de modo que están convencidas de que tendrán su reina Aes Sedai, y, por si fuera poco, una Verde. Además, mientras los presuntos Asha'man se mantengan alejados de Caemlyn nadie quiere correr el riesgo de provocarlos. Tal como están las cosas, sería tanto como intentar sacar avispas de mar con las manos, y eso lo saben incluso las Verdes. Sea como sea, eso no impedirá que alguna hermana, sea Verde o no, se deje caer por Caemlyn. Sólo una visita discreta para ver a alguno de sus informadores. O para hacerse un vestido o comprar una silla de montar o sólo la Luz sabe por qué otro motivo.

—¿Incluso las Verdes? —inquirió de manera cortante Egwene.

Todo el mundo pensaba que las Marrones eran así y las Blancas, asá, aun cuando se demostrara lo contrario, pero a veces se encrespaba un poco al oír que a todas las Verdes se las consideraba cortadas por el mismo patrón. Quizás es que se veía como una Verde, o como si lo hubiese sido, lo que era una estupidez. La Amyrlin pertenecía a todos los Ajahs y a ninguno —se ajustó la estola sobre los hombros para recordarse lo que representaban aquellas siete franjas—, y ella, para empezar, nunca había formado parte de ninguno. Con todo, sentía... No apego, porque eso era excesivo, pero sí se sentía identificada con las mujeres del Ajah Verde.

—¿Cuántas hermanas faltan, Siuan? Hasta las más débiles pueden Viajar a cualquier lugar que deseen si se vinculan, y me gustaría saber dónde estuvieron.

Siuan se quedó pensativa unos segundos.

—Unas veinte, creo —dijo finalmente—. Quizás algunas menos. El número cambia de un día para otro. En realidad, nadie lleva la cuenta. Ninguna hermana lo toleraría. —Se echó hacia adelante, con cuidado de guardar el equilibrio esta vez cuando las patas desiguales hicieron que la banqueta se ladeara—. Hasta ahora, habéis hecho verdaderos juegos malabares, madre, pero eso no puede durar. Al final la Antecámara descubrirá todo lo que pasa en Caemlyn. Puede que aceptaran que se haya mantenido en secreto lo de las prisioneras seanchan, porque pensarían que es obra de Vandene o de Merilille, pero ya saben que hay mujeres de los Marinos en Caemlyn y se enterarán del acuerdo con ellas antes o después. Y de la presencia de las Allegadas, si no de vuestros planes para ellas. —Siuan volvió a resoplar, aunque débilmente. Ni siquiera ella estaba segura de lo que pensaba sobre la idea de que las Aes Sedai se retiraran como Allegadas, cuanto menos de cómo la acogerían otras hermanas—. Mis informadores todavía no han captado el menor atisbo, pero alguien lo hará, indudablemente. No podéis demoraros más o nos encontraremos nadando entre un banco de fieros cazones.

—Un día de éstos —murmuró Egwene— tendré que ver esos cazones de los que siempre hablas. —Alzó la mano cuando la otra mujer abrió la boca—. Algún día. El acuerdo con las mujeres de los Marinos causará problemas —confesó—, pero cuando los Ajahs empiecen a tener alguna noción del asunto no se darán cuenta de inmediato de lo que se trata. ¿Hermanas enseñando a mujeres de los Marinos en Caemlyn? Eso es algo que nunca se ha oído, pero ¿quién va a hacer preguntas o a interferir en contra de toda costumbre? Estoy segura de que habrá todo tipo de rezongos, quizás algunas preguntas presentadas en la Antecámara, pero antes de que salga a la luz que es un acuerdo, ya habré introducido mi plan para las Allegadas.

—¿Y pensáis que eso no les afilará los dientes? —Siuan casi ni se molestó en disimular su incredulidad. De hecho, frunció el ceño.

—Causará polémica —admitió diplomáticamente Egwene. Todo un eufemismo. Lo que ocasionaría sería un tumulto. Lo más próximo a un disturbio nunca visto entre

Aes Sedai. Pero la Torre había ido menguando durante el último milenio, si no más, y se proponía poner fin a ese declive—. Pero mi intención es ir despacio. Las Aes Sedai serán reacias a hablar de la edad, Siuan, pero no tardarán en darse cuenta de que jurar sobre la Vara Juratoria acorta nuestra vida a la mitad como poco. Nadie quiere morir antes de tiempo.

—Eso si se convencen de que existe realmente una Allegada que tiene seiscientos años —comentó Siuan, a regañadientes, y Egwene soltó un suspiro de impaciencia. La longevidad declarada por las Allegadas era otra de las cosas de las que Siuan no estaba convencida. Egwene valoraba el consejo de Siuan y que no se limitara a decirle lo que ella quería oír, pero a veces se mostraba tan remisa como Romanda o Lelaine.

—Si es preciso, Siuan, dejaré que las hermanas hablen con unas cuantas mujeres con cien años o más que cualquiera de ellas —manifestó, irritada—. Tal vez intenten tacharlas de espontáneas o mentirosas, pero Reanne Corly puede probar que estuvo en la Torre y cuándo. Y también otras. Con suerte, convenceré a las hermanas de que acepten ser liberadas de los Tres Juramentos para que puedan retirarse entrando en las Allegadas, antes de que se enteren del acuerdo con las Atha'an Miere. Y, una vez que acepten que cualquier hermana se puede liberar de los Juramentos, no resultará tan difícil convencerlas para que dejen marcharse a las hermanas de los Marinos. Aparte de esto, las otras condiciones del trato son menudencias. Como no dejas de repetir, se necesita habilidad y mano izquierda para lograr que se saque adelante cualquier cosa en la Antecámara, pero la suerte es un factor imprescindible. Bien, pues seré tan hábil y astuta como me sea posible, y en cuanto a la suerte, por una vez parece que la tengo a mi favor.

Siuan torció el gesto, carraspeó y titubeó, pero al final tuvo que mostrarse de acuerdo. Incluso admitió que Egwene podría conseguirlo, con suerte y buena sincronización. Aunque no es que estuviera convencida respecto a las Allegadas o al trato con las Atha'an Miere, pero lo que Egwene se proponía hacer era tan inaudito que parecía que la mayor parte pasaría por la Antecámara antes de que las Asentadas se diesen cuenta de lo que se les venía encima. Egwene estaba dispuesta a jugársela a esa carta. Cualquier cosa que se presentaba a la Antecámara casi siempre se encontraba con la oposición de suficientes hermanas para que alcanzar el consenso resultara difícil en el mejor de los casos, y en la Antecámara no se había hecho nada sin someterlo al consenso simple como mínimo y por lo general al plenario. Indudablemente, no había razón para que esto fuera diferente.

Mientras que las Verdes se centraban en la gente de las Tierras Fronterizas, las Grises tenían puesta su atención en el sur actualmente. Todos los Ajahs estaban fascinados por los informes de Illian y Tear respecto al gran número de espontáneas entre los Marinos, lo que les parecía interesante de ser cierto, aunque al parecer

existían grandes dudas de que fuese verdad, o de otro modo las hermanas se habrían enterado antes. Al fin y a la postre, ¿cómo podía ocultarse algo así? Ninguna mencionó que se habían limitado a dar por bueno lo que veían en la superficie, sin buscar más a fondo. No obstante, a las Grises les fascinaba la constante amenaza seanchan a Illian y el reciente cerco a la Ciudadela de Tear. Las guerras y las amenazas de guerra ejercían siempre una gran atracción en las Grises, ya que se dedicaban a parar conflictos. Y a ampliar su influencia, naturalmente; cada vez que las Grises ponían fin a una guerra con un tratado, incrementaban la influencia de todas las Aes Sedai, pero la de ellas más que el resto. No obstante, la negociación con los seanchan parecía descartada de todo punto, al menos a través de Aes Sedai, y el sentimiento de ultraje por ver frustrada su tarea se hacía patente en las frases cortantes sobre las incursiones seanchan a través de la frontera y en el incremento de efectivos de lord Gregorin, el Administrador del Dragón Renacido en Illian, un título que de por sí ya era tema de cierta preocupación. Tear tenía también su Administrador del Dragón Renacido, el Gran Señor Darlin Sisnera, al que los nobles que se negaban aceptar a Rand tenían sitiado en la Ciudadela. Era un cerco muy extraño. La Ciudadela contaba con sus propios muelles y los enemigos de Darlin no podían cortar los suministros aun cuando tenían el resto de la ciudad bajo su control, y parecían conformarse con esperar a que ocurriese algo. O quizás es que no supieran qué más podían hacer. Sólo los Aiel habían conseguido tomar la Ciudadela al asalto y nadie había logrado jamás reducirla por hambre. Las Grises tenían ciertas esperanzas respecto a su papel en Tear.

Egwene levantó bruscamente la cabeza al leer lo que ponía al final de la página y se apresuró a dejar la hoja para seguir leyendo la siguiente. Las Grises sí tenían expectativas en Tear. Al parecer, se había reconocido a una Gris saliendo de la Ciudadela y se la había seguido hasta una reunión con el Gran Señor Tedosian y la Gran Señora Estanda, dos de los más prominentes entre los sitiadores.

—Merana —exclamó—. Dicen que se trataba de Merana Ambrey, Siuan. —En un gesto inconsciente se frotó la sien. La dolorosa presión tras los ojos había aumentado un poco más.

—Quizá su intervención sirva para algo. —Siuan se levantó y se dirigió hacia una mesa pequeña, colocada contra la pared de lona, donde había varias copas dispares y un par de jarras sobre una bandeja. La jarra de plata contenía vino con especias y la de cerámica azul vidriada tenía té, pero ambas se habían puesto allí con las primeras luces del día y hacía mucho que los contenidos se habían enfriado. Nadie esperaba que Egwene saliera a cabalgar hasta el río—. Siempre y cuando Tedosian y los otros no se den cuenta de para quién trabaja realmente. —El chal le resbaló de un hombro al tocar la jarra de cerámica, y el brillo del *Saidar* la envolvió brevemente cuando encauzó Fuego para calentar el contenido—. No se fiarán de que negociará de buena

fe si descubren que es partidaria del Dragón Renacido. —Llenó una taza de peltre con té, añadió una generosa cucharada de miel, lo removió y llevó la taza a Egwene—. Quizás os ayude con la jaqueca. Es un tipo de infusión de hierbas que Chesa encontró, pero la miel hace más pasable el sabor.

Egwene dio un pequeño sorbo y soltó la taza con un escalofrío. Si sabía tan fuerte con la miel, no quería imaginar lo que sería sin ella. Quizá fuera preferible el dolor de cabeza.

—¿Cómo puedes tomarte este asunto con tanta calma, Siuan? La aparición de Merana en Tear es la primera prueba real que tenemos. Antes aceptaré como una coincidencia tu enigma sobre las Asentadas que esto.

Al principio sólo habían sido rumores procedentes de los informes de los Ajahs o de los ojos y oídos de Siuan. Había Aes Sedai en Cairhien y parecían moverse libremente dentro y fuera del Palacio del Sol mientras el Dragón Renacido se encontraba allí. Entonces los rumores se hicieron más indecisos, más inquietantes. Los informadores de Cairhien no querían contarlo. Nadie quería repetir lo que decían sus agentes. Había Aes Sedai en Cairhien y parecían seguir órdenes del Dragón Renacido. Y lo peor eran los nombres que se filtraban a cuentagotas. Algunos eran de mujeres que habían estado en Salidar, entre las primeras en oponerse a Elaida. Nadie había hablado de Compulsión en voz alta que Egwene supiera, pero sin duda lo estaban pensando.

—Es inútil tirarse del pelo cuando el viento no sopla en la dirección que uno quiere —repuso Siuan mientras volvía a sentarse en la banqueta. Hizo intención de cruzar las piernas, pero enseguida plantó los dos pies en el suelo al sentir que la banqueta se tambaleaba. Mascullando entre dientes, se ajustó el chal con un movimiento de hombros, lo que la obligó a recobrar el equilibrio de nuevo a causa de otro tambaleo—. Hay que orientar las velas para aprovechar el empuje del viento, sople hacia donde sople. Mantén la calma, y conseguirás regresar a tierra. Pierde los nervios, y te irás a pique. —A veces, Siuan hablaba como si aún trabajara en un barco de pesca—. Creo que necesitáis más de un barco para que eso sirva de algo, madre.

Con una mueca, Egwene apartó la copa un poco más. El gusto que le quedaba en la lengua era, como poco, tan malo como el dolor de cabeza.

—Siuan, si ves un modo de que podamos aprovechar esto, querría que me lo dijeras. No quiero ni pensar en utilizar el hecho de que Rand podría haber utilizado la Compulsión con las hermanas. No quiero ni plantearme la posibilidad de que haya hecho algo así.

Y tampoco la posibilidad de que supiera cómo hacer un tejido tan horrible o que estuviera en condiciones de ejecutarlo sobre alguien. Ella lo conocía —otro regalito de Moghedien—, y habría querido poder olvidar cómo hacerlo.

—En este caso, más que aprovecharlo es cuestión de prever los resultados. Al

final tendremos que enfrentarnos al tema y quizá dar una lección, pero no querréis que haya hermanas que salgan tras él ahora, y esas historias de Cairhien despiertan la cautela en todas. —La voz de Siuan era tranquila, pero sus dedos toqueteaban las cosas revelando su agitación interior. Ninguna Aes Sedai podía hablar de ese tema con tanta calma—. Al mismo tiempo, una vez que todas hayan reflexionado a fondo, comprenderán que esto hace absurdas las habladurías de que él se haya sometido a Elaida. Podrían haber enviado hermanas para vigilarlo, pero no aceptarían hermanas que quieren derrocar a Elaida. Comprender eso les dará cierto coraje a las que han empezado a pensar que tal vez Elaida lo tiene atado a una correa. Lo que dejará una razón menos para que cualquiera se plantee someterse a ella.

—¿Y Cadsuane? —inquirió Egwene. De todos los nombres que habían llegado de Caemlyn ése era el que más conmoción había ocasionado entre las hermanas. Cadsuane Melaidhrin era una leyenda, y había tantas versiones en contra de la leyenda como a favor. Algunas hermanas estaban convencidas de que debía ser un error; Cadsuane tenía que haber muerto a esas alturas. Otras simplemente parecían desear que lo estuviera—. ¿Estás segura de que seguía en Cairhien después de que Rand desapareció?

—Me aseguré de que mis agentes no la perdieran de vista tan pronto como surgió su nombre —contestó Siuan, que ahora no parecía tranquila en absoluto—. No sé si es una Amiga Siniestra, sólo lo sospecho, pero puedo garantizar que se encontraba en el Palacio del Sol una semana después de que él se esfumó.

Egwene cerró los ojos con fuerza y se apretó los párpados con los pulpejos de las manos, pero no le alivió nada los rítmicos pinchazos. Quizá Rand estaba en compañía de una hermana Negra o lo había estado. Quizás había utilizado la Compulsión sobre las Aes Sedai. Estaba mal hacérselo a cualquier persona, pero usarlo con Aes Sedai era en cierto sentido peor, más ominoso. Si se osaba hacer algo contra Aes Sedai, entonces las probabilidades de que se hiciera con los que no podían defenderse se multiplicaban por cien. Al final tendría que ocuparse de él. Había crecido con Rand, pero no podía permitir que eso la influyera. Era el Dragón Renacido, la esperanza del mundo y al mismo tiempo quizá la mayor amenaza a la que se enfrentaba el mundo. ¿La mayor? Los seanchan podían hacer tanto daño como el Dragón Renacido. Y ella misma iba a hacer uso de la posibilidad de que Rand hubiera utilizado la Compulsión con hermanas. Realmente la Sede Amyrlin era una mujer distinta de la hija de un posadero.

Miró ceñuda la taza de peltre con la mal llamada infusión, la cogió y se obligó a beber el asqueroso líquido a pesar de las arcadas y de atragantarse con él. A lo mejor el repugnante sabor la hacía olvidarse del dolor de cabeza.

Soltó la copa con un fuerte ruido de metal sobre madera, y en ese momento Anaiya entró en la tienda, las comisuras de los labios curvadas hacia abajo y un gesto

ceñudo.

—Akarrin y las otras han vuelto, madre —anunció—. Moria me dijo que os informara que ha convocado a la Antecámara para que las Asentadas oigan el informen que traen.

—Y también Escaralde y Malind —anunció Morvrin, que entró detrás de Anaiya, acompañada por Myrelle. La Verde era la viva imagen de la cólera controlada, si tal cosa era posible, con su tez olivácea impasible y los ojos ardientes como ascuas, pero el gesto de Morvrin hacía que el de Anaiya pareciera complacido en comparación—. Están mandando novicias y Aceptadas a todo correr para que encuentren a todas las Asentadas —dijo la Marrón—. No hemos podido enterarnos de nada de lo que haya descubierto Akarrin, pero creo que Escaralde y las otras intentan usarlo para empujar a la Antecámara hacia algo.

Con la mirada fija en los oscuros posos que quedaban en el fondo de la copa, Egwene suspiró. Debía estar presente también y ahora tendría que enfrentarse a las Asentadas con dolor de cabeza y aquel gusto horrible en la boca. Quizá podría considerarlo una penitencia por lo que iba a hacerle a la Antecámara.

19. Sorpresas

Por costumbre, la Antecámara informaba de sus sesiones a la Amyrlin, pero no había nada que las obligara a esperarla antes de empezar, lo que significaba que podía tener muy poco tiempo. Egwene habría querido levantarse de un brinco y dirigirse directamente al gran pabellón antes de que Moria y las otras dos hicieran saltar la sorpresa que se proponían. Las sorpresas en la Antecámara rara vez resultaban buenas. Y peor eran las que llegaban a los propios oídos después. Aun así, tenían que seguirse las normas que eran ley y no costumbre para que la Amyrlin entrara en la Antecámara, de modo que se quedó donde estaba y envió a Siuan a buscar a Sheriam para que la Guardiana de las Crónicas pudiera anunciarla apropiadamente. Siuan le había dicho que en realidad aquello era sólo para advertir a las Asentadas de su presencia —siempre había asuntos que querrían discutir sin que la Amyrlin lo supiera —, y su voz no había sonado del todo como si estuviera bromeando.

En cualquier caso, no tenía sentido ir a la Antecámara hasta que no pudiera entrar. Ahogó su impaciencia y aprovechó para darse masajes en las sienes mientras intentaba leer algo más de los informes de los Ajahs. A despecho de la repulsiva infusión, o tal vez debido a ella, la jaqueca hizo que las palabras titilaran sobre la página cada vez que parpadeaba, y Anaiya y las otras dos no eran precisamente un lenitivo.

Tan pronto como Siuan se hubo marchado, Anaiya se echó la capa hacia atrás y se sentó en la banqueta que había dejado libre Siuan —a pesar de las patas desiguales, la banqueta no pareció tambalearse bajo su peso—, y empezó a especular sobre lo que Moria y las demás se traían entre manos. No era una mujer inestable, de modo que sus suposiciones fueron comedidas considerando las circunstancias, pero no por ello menos perturbadoras.

—Las personas asustadas hacen tonterías, madre, incluso si son Aes Sedai —murmuró mientras ponía las manos en las rodillas—, pero al menos podéis tener la certeza de que Moria será firme respecto a Elaida, al menos a la larga. Culpa a Elaida de la muerte de todas las hermanas que han perecido tras haber depuesto a Siuan. Moria quiere que se la azote por cada una de esas muertes antes de llevarla ante el verdugo. Es dura, más que Lelaine en algunos aspectos. Más rigurosa, en realidad. No tendría escrúpulos sobre cosas a las que Lelaine sería reacia. Mucho me temo que presionará para llevar a cabo un asalto a la ciudad lo antes posible. Si los Renegados están actuando tan a las claras, a semejante escala, entonces será mejor una Torre tocada pero entera que una Torre dividida. Al menos, me temo que así es como Moria ve las cosas. Después de todo, por mucho que queramos evitar que unas hermanas maten a otras, no sería la primera vez. La Torre ha pervivido mucho tiempo y se ha curado de muchas heridas. También podremos curarla de ésta.

La voz de Anaiya concordaba con su expresión, afectuosa, paciente y reconfortante, pero haciendo esos comentarios semejaba el sonido de unas uñas arañando una pizarra. Luz, aunque Anaiya dijera que eso era lo que temía que pensara Moria, parecía muy de acuerdo con la idea. Era reflexiva, imperturbable y siempre cuidadosa con las palabras. Si ella estaba a favor del ataque, ¿cuántas más lo estaban también?

Como siempre, la actitud de Myrelle era cualquier cosa menos comedida. Variable y exaltada era el mejor modo de describirla. No reconocería la paciencia aunque le mordiera la nariz. Paseaba de un lado a otro hasta donde los límites de la tienda se lo permitían, pateando el repulgo del vestido y a veces uno de los cojines amontonados contra la pared antes de dar media vuelta para seguir con el recorrido.

—Si Moria está lo bastante asustada para presionar a favor del ataque, entonces es que el pánico la domina. Una Torre demasiado tocada para aguantar no podrá hacer frente a los Renegados ni a nadie. Malind es quien debe preocuparos. Siempre está repitiendo que el Tarmon Gai'don podría estallar en cualquier momento. Le he oído decir que lo que habíamos sentido podría muy bien ser las primeras arremetidas de la Última Batalla. Y que la próxima vez podría ser aquí. ¿Qué mejor sitio que Tar Valon para que la Sombra ataque? Malind nunca ha tenido miedo de tomar una decisión difícil o de retirarse cuando pensaba que era necesario. Abandonaría Tar Valon y la Torre de inmediato si creyera que haciéndolo nos mantendría a salvo para el Tarmon Gai'don. Propondrá levantar el asedio y huir a cualquier lugar donde los Renegados no puedan encontrarnos hasta que estemos preparadas para contraatacar. Si plantea bien la cuestión a la Antecámara, es posible que obtenga el apoyo incluso del consenso plenario.

La mera idea hizo que las palabras se agitaran más en la página que Egwene tenía delante. Morvrin, con el gesto implacable, se limitó a ponerse en jarras y a replicar cada sugerencia con una respuesta seca. «No sabemos todavía lo suficiente para estar seguras de que fueron los Renegados.» «Eso no lo sabes hasta que ella lo diga.» «Tal vez lo era y tal vez no.» «Una suposición no es una evidencia.» Se decía que Morvrin no creería que había amanecido hasta que hubiese visto el sol con sus propios ojos. Su voz firme no toleraba necedades, en especial las conclusiones precipitadas. Tampoco ayudaba a aliviar una jaqueca. En realidad no objetaba las sugerencias, simplemente mantenía la mente abierta. Cuando había que salvar un escollo, una mente abierta podía desviarse a uno u otro lado para rodearlo.

Egwene cerró la carpeta que contenía los informes con un golpe sonoro. Entre el gusto repugnante en la lengua y el doloroso latido en su cabeza —¡por no mencionar el incesante parloteo!— no podía concentrarse en la lectura. Las tres hermanas la miraron sorprendidas. Había dejado claro hacía tiempo que la que mandaba era ella, pero trataba de no sacar el genio. Ni que hubiera juramentos de lealtad ni que no, era

fácil calificar de irascible a una mujer joven que hiciera gala de mal carácter. Lo que la hizo enfurecerse más, y lo que a su vez hizo que el dolor de cabeza aumentara, lo que...

—Ya he esperado bastante —anunció a la par que se esforzaba en mantener un tono suave, aunque la jaqueca le dio un leve dejo brusco. Quizá Sheriam pensaba que se reuniría con ella en la Antecámara.

Cogió la capa y salió al frío exterior poniéndosela todavía sobre los hombros; Morvrin y las otras dos vacilaron sólo un momento antes de ir tras ella. Acompañarla a la Antecámara podría dar la impresión de que eran su séquito, pero se suponía que tenían que vigilarla, y además Egwene imaginaba que Morvrin estaba ansiosa por escuchar lo que Akarrin tenía que informar y lo que Moria y las otras se proponían hacer con ello.

Nada demasiado difícil de manejar, esperaba Egwene; nada como lo que Anaiya y Myrelle pensaban. Si era preciso, podía intentar aplicar la Normativa de Guerra; pero, aun en el caso de que eso funcionara, gobernar por edicto tenía sus desventajas. Cuando la gente tenía que obedecer en una cosa, siempre encontraba el modo de zafarse en otras, y cuanto más forzada a obedecer estuviera, más huecos encontraba para zafarse. Era un equilibrio natural del que no se podía escapar. Peor aún, había aprendido cuán fácil era habituarse a que la gente se pusiera firme cuando hablaba. Uno acababa asumiéndolo como lo más natural del mundo y entonces, cuando dejaban de obedecer prontamente, lo pillaban a uno a contrapié. Además, con el martilleo de la cabeza —ahora le martilleaba, no era un dolor punzante, no tan intenso—, estaba predispuesta a hablar bruscamente a cualquiera que la mirara mal, y aun cuando la gente tenía que tragárselo, una cosa así se atascaba y no era fácil de pasar.

El sol estaba en el cenit como una bola dorada en el cielo azul, donde había alguna que otra nube blanca, pero no proporcionaba calor, sólo atenuaba las sombras y arrancaba destellos en la nieve que no se había pisoteado. El aire seguía siendo tan cortante como cuando había estado en el río. Hizo caso omiso del frío, se negó a que la afectara, pero sólo los muertos no lo notarían, con el aliento de todo el mundo haciéndose vaho ante sus caras. Era la hora del almuerzo, pero resultaba imposible dar de comer a tantas novicias a la vez, así que Egwene y su escolta avanzaron entre un río de mujeres vestidas de blanco que saltaban de la acera para dejarlas pasar y hacían una reverencia en la calle. Egwene había marcado un paso tan vivo que casi siempre dejaban atrás a las novicias antes de que hubiesen tenido tiempo para hacer algo más que extender las faldas.

La Antecámara no estaba lejos, y sólo en cuatro puntos tuvieron que cruzar las calles embarradas. Se había hablado de hacer puentes de madera lo bastante altos para poder cabalgar por debajo, pero los puentes sugerían una permanencia en el

campamento que nadie deseaba. Ni siquiera las hermanas que hablaban de los puentes hicieron presión para que se construyeran. Lo que dejaba como única solución cruzar despacio, con cuidado de recogerse bien la falda y la capa si no se quería llegar pringada de barro hasta las rodillas. Al menos, al acercarse a la Antecámara la muchedumbre que quedaba en las calles fue menguando hasta desaparecer. En los alrededores de la tienda no había nadie; o casi nadie.

Nisao y Carlinya ya esperaban delante del gran pabellón de lona remendada; la menuda Amarilla se mordisqueó el labio inferior y miró a Egwene con ansiedad. Carlinya era la serenidad personificada, fría la mirada, las manos enlazadas sobre la cintura. Sólo que había olvidado la capa, el barro manchaba el repulgo de su falda clara y a los cortos y oscuros rizos de su cabello les hacía falta un buen cepillado. Tras hacer reverencias, ambas se reunieron con Anaiya y las otras dos a corta distancia detrás de Egwene. Todas se pusieron a hablar en murmullos, pero los fragmentos que Egwene oyó eran inocuos, sobre el tiempo que hacía o cuánto más tendrían que esperar. Allí no debían dejar ver que tenían una estrecha relación con ella.

Beonin se acercó corriendo por la acera, exhalando el vaho de la agitada respiración, y se frenó bruscamente; miró a Egwene antes de unirse a las demás. La tensión en torno a sus ojos de color azul grisáceo era más perceptible que antes. Quizá pensaba que esto afectaría a sus negociaciones. Pero sabía que esas conversaciones serían una farsa, una simple estratagema para ganar tiempo. Egwene controló la respiración y practicó los ejercicios de novicia, pero ninguno era eficaz para su dolor de cabeza. Nunca lo eran.

No había señales de Sheriam entre las tiendas en ninguna dirección, pero no se encontraban solas en la acera delante del pabellón. Akarrin y las otras cinco hermanas que la habían acompañado, una de cada Ajah, aguardaban en un grupo al otro lado de la entrada. La mayoría hizo una reverencia con aire distraído, pero mantuvieron la distancia. Quizá les habían advertido que no dijeran nada a nadie hasta que hablaran ante la Antecámara. Egwene sólo habría tenido que demandar el informe en ese mismo momento, desde luego. Incluso era posible que lo dieran a la Amyrlin. Seguramente sí. Por otro lado, las relaciones de una Amyrlin con los Ajahs siempre eran delicadas, a menudo incluido el Ajah al que pertenecía antes de ascender. Casi tan delicadas como con la Antecámara. Egwene se obligó a sonreír e inclinó gentilmente la cabeza. Y si mientras sonreía estaba apretando los dientes, estupendo; eso la ayudaba a permanecer callada.

No todas las hermanas parecían haberse dado cuenta de su presencia. Akarrin, esbelta en el vestido de sencillo paño marrón y una capa con un sorprendente bordado complejo en color verde, miraba al vacío y asentía para sí de vez en cuando. Al parecer ensayaba lo que diría dentro. No era fuerte en el Poder; si acaso, poco más

que Siuan. Sin embargo, sólo otra de las seis, Therva, una mujer delgada con traje de montar de cuchilladas amarillas y capa orlada en ese mismo color, igualaba su nivel. Eso daba una idea de lo asustadas que estaban las hermanas por el extraño faro de *Saidar*. Las más fuertes tendrían que haberse ofrecido voluntarias para la tarea que se les había encomendado a éstas; pero, excepto la propia Akarrin, la falta de celo había sido notable. Sus compañeras tampoco parecían muy entusiasmadas. Shama mantenía normalmente una gran reserva a despecho de unos ojos que le daban un aspecto de continuo sobresalto y que ahora parecían a punto de salirse de las órbitas por la preocupación. Contemplaba fijamente la entrada de la Antecámara, cerrada por las gruesas solapas, y sus manos toqueteaban la capa como si no pudiera tenerlas quietas. Reiko, una robusta arafelina Azul, mantenía gacha la vista, pero las campanillas de plata sujetas al largo cabello negro tintineaban quedamente como si estuviera sacudiendo la cabeza cubierta por la capucha. Sólo el semblante de la nariguda Therva exhibía una expresión de absoluta serenidad, imperturbable e inquebrantable, pero eso en sí mismo era una mala señal. La hermana Amarilla era de naturaleza nerviosa. ¿Qué habían visto? ¿Y qué tramaban Moria y las otras dos Asentadas?

Egwene controló la impaciencia; era obvio que la Antecámara no había iniciado la sesión. Se estaba reuniendo, pero varias Asentadas pasaron ante ella y entraron en el pabellón sin apresurarse. Salima vaciló un momento como si fuese a decir algo, pero después hizo una ligera inclinación, se ajustó el chal de flecos amarillos sobre los hombros y entró en el pabellón. Kwamesa miró a Egwene con la afilada nariz apuntando a lo alto al tiempo que le hacía una reverencia y siguió mirando del mismo modo a Anaiya y a las otras, brevemente; claro que la delgada Gris siempre miraba así a todo el mundo. No era alta, pero intentaba parecerlo. Berana —con el rostro cual una máscara de altanería y los grandes ojos marrones tan fríos como la nieve— hizo un alto para dedicar una reverencia a Egwene y dirigir una mirada ceñuda a Akarrin. Tras unos largos instantes, quizás al darse cuenta de que Akarrin ni siquiera la veía, se alisó innecesariamente la blanca falda con bordados de plata, se ajustó el chal en los brazos y se deslizó entre las solapas de entrada como si diera la casualidad de que iba en esa dirección. Las tres se encontraban entre las Asentadas que Siuan había señalado como demasiado jóvenes. Como también lo eran Malind y Escaralde. Sin embargo, Moria llevaba ciento treinta años siendo Aes Sedai. ¡Luz, Siuan veía conspiraciones en todo!

Justo cuando Egwene empezaba a pensar que la cabeza iba a estallarle por la frustración o por la jaqueca, Sheriam apareció de repente remangándose la falda y la capa mientras cruzaba el barrizal de la calle casi corriendo.

—Lo lamento mucho, madre —dijo, falta de resuello, y encauzando precipitadamente para limpiarse el barro que la había salpicado y que cayó en la acera como polvo seco cuando se sacudió la falda—. Me... me enteré de que la Antecámara

tenía sesión, y comprendí que me estaríais buscando, así que vine lo antes posible. Lo siento.

De modo que Siuan seguía buscándola.

—Ya estás aquí —dijo firmemente Egwene. La mujer debía de estar realmente alterada para ofrecer disculpas delante de las otras; de Akarrin y su grupo, más que de Anaiya y las demás. Aun cuando la gente supiera a qué atenerse, tendía a tomarlo a uno por lo que parecía ser, y a la Guardiana no se la debería ver disculpándose y retorciéndose las manos. Ella tendría que saber eso—. Entra y anúnciame.

Sheriam respiró hondo, se retiró la capucha, se ajustó la estrecha estola azul y pasó entre las solapas del pabellón. Su voz resonó con claridad pronunciando las frases rituales:

—¡Aquí llega, aquí llega!

Egwene apenas esperó a que terminara con «la Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin» para entrar y cruzar entre el anillo de braseros y lámparas de pie que jalonaban las paredes del pabellón. Las lámparas daban buena luz, y los braseros, que emitían un aroma a lavanda ese día, caldeaban todo el recinto. Ninguna quería tener que hacer caso omiso del frío cuando podía sentirse verdadero calor.

La disposición del pabellón seguía las normas ancestrales, salvo una ligera modificación permitida por el hecho de que no se reunían en la Torre Blanca, en la gran cámara circular llamada la Antecámara de la Torre. Al fondo, un sencillo aunque bien pulido banco se alzaba sobre una plataforma cubierta con una tela de franjas con los siete colores de los Ajahs. Eso y la estola que lucía Egwene eran sin duda los dos únicos sitios del campamento en los que el Ajah Rojo estaba representado. Algunas Azules habían pedido que se quitara el color, ya que al parecer Elaida había mandado pintar el solio llamado Sede Amyrlin y tejer una nueva estola sin incluir el azul, pero Egwene se había cerrado en banda. Si tenía que pertenecer a todos los Ajahs y a ninguno, entonces serían todos los Ajahs. En las coloridas alfombras que cubrían el piso, dos hileras de bancos se abrían en sesgo desde la entrada en grupos de tres, encima de cajones cubiertos con paños de los colores de los Ajahs. Es decir, de seis Ajahs. Por tradición, las dos Asentadas de más edad podían reclamar los lugares más próximos a la Sede Amyrlin para sus Ajahs, de modo que el Amarillo y el Azul ocupaban esos lugares. Lo siguiente era cuestión de quién venía antes y quería sentarse allí, y las primeras escogían siempre el lugar de su Ajah.

Sólo había presentes nueve Asentadas, muy pocas para que la Antecámara iniciara la sesión, legalmente hablando, pero una variación en los asientos le llamó de inmediato la atención. Romanda ya ocupaba su lugar, lo que no era de sorprender, con un banco vacío entre ella y Salima, y Lelaine y Moria ocupaban los bancos azules del final. Romanda, con el cabello canoso recogido en la nuca en un moño prieto, era la Asentada de más edad y casi siempre la primera en llegar a su sitio

cuando la Antecámara tenía sesión. Lelaine, la siguiente en edad a despecho del lustroso cabello oscuro, parecía incapaz de dejar que la otra mujer se le adelantara ni siquiera en algo tan nimio. Los hombres que habían colocado las cajas —almacenadas a lo largo de las paredes de lona hasta que se convocaba una sesión— debían de acabar de marcharse por la salida posterior, ya que Kwamesa, sentada en el banco, era la única Asentada Gris, y Berana, que subía al suyo en ese momento, la única Blanca. Pero Malind, una andoreña de cara redonda con ojos de águila y la única Verde presente, obviamente había entrado antes que ellas y, cosa rara, se había sentado en el banco que las Verdes tenían cerca de la entrada del pabellón. Lo normal era que cuanto más cerca de la Amyrlin, mejor. Y, justo enfrente de ella, Escaralde se hallaba sentada en la parte delantera de las cajas cubiertas con tela marrón, sosteniendo una conversación en voz baja con Takima. Casi tan baja como Nisao, Takima era una mujer callada, con aspecto de pájaro, pero podía mostrarse enérgica cuando quería, y puesta en jarras parecía un gorrión encorajinado con las plumas ahuecadas para parecer más grande. Por el modo en que lanzaba continuas miradas hacia Berana, el sitio era lo que la molestaba. Era demasiado tarde para que hubiese cambios en esta sesión, desde luego, pero en cualquier caso, Escaralde devolvía las miradas a Takima, crecida, como si esperara tener que luchar por su asiento. A Egwene la asombraba cómo podía hacer eso Escaralde. Lo de crecida, se entiende, pues era unos centímetros más baja incluso que Nisao. Debía de ser pura fuerza de voluntad. Escaralde nunca se volvía atrás cuando pensaba que tenía razón. Y siempre creía que la tenía. Si lo que Moria quería realmente era atacar Tar Valon de inmediato y lo que Malind quería realmente era la retirada, ¿qué quería Escaralde?

A pesar de la opinión de Siuan de que lo que las Asentadas buscaban con el anuncio de su llegada era que no las pillara por sorpresa, la entrada de Egwene apenas causó revuelo. Fueran cuales fuesen las razones de Malind y las otras para convocar la sesión de la Antecámara, no habían considerado el asunto tan delicado como para que las Asentadas lo trataran a puerta cerrada, de modo que había pequeños grupos de cuatro o cinco Aes Sedai de pie, detrás de los bancos de las Asentadas de sus Ajahs, e hicieron reverencias a Egwene a su paso en dirección a su propio asiento. Las Asentadas se limitaron a mirarla o quizás a inclinar levemente la cabeza. Lelaine la contempló fríamente y después volvió a mirar con un leve ceño a Moria, una mujer de aspecto bastante corriente con el vestido de sencillo paño azul. De hecho su apariencia era tan corriente que la cualidad de intemporalidad de su rostro podía pasar inadvertida a primera vista. Romanda fue una de las que inclinaron ligeramente la cabeza, absorta en sus pensamientos. Dentro de la Antecámara, la Sede Amyrlin seguía siendo la Sede Amyrlin, aunque un poco menos que fuera del recinto. En la Antecámara las Asentadas percibían su poder. En cierto modo podía decirse que allí la Amyrlin era la primera entre iguales. Bueno, quizás algo más que eso, pero no

mucho más. Siuan decía que había habido tantas Amyrlin que habían fracasado por considerar que las Asentadas eran sus iguales como por creer que la diferencia era mayor de la que existía en realidad. Era como correr por lo alto de un muro estrecho con feroces mastines a ambos lados. Más que estar pendiente de los perros, había que ir con cuidado de mantener el equilibrio y de no dar un paso en falso.

Se desabrochó la capa al subir al cajón cubierto con el paño de rayas y la dobló sobre el banco antes de sentarse. Los bancos eran duros y algunas Asentadas se llevaban cojines cuando pensaban que la sesión sería larga. Egwene prefería no hacerlo. La prohibición de los discursos rara vez impedía que al menos una o dos mujeres alargaran extensamente sus comentarios, y un asiento duro ayudaba a no quedarse dormida con los más pesados. Sheriam ocupó la posición de la Guardiana, de pie a la izquierda de la Amyrlin, y entonces sólo quedó esperar. Egwene pensó que quizá tendría que haberse llevado un cojín.

Los otros bancos empezaban a llenarse, aunque lentamente. Aledrin y Saroiya se habían unido a Berana; la primera era lo bastante regordeta para que las otras dos parecieran delgadas a su lado. Claro que las líneas verticales en forma de volutas a lo largo de la falda de Saroiya causaban ese efecto en cualquier caso, en tanto que las amplias mangas blancas de Aledrin y la ancha pieza del mismo color en la parte delantera del vestido producían el efecto contrario. Al parecer, las tres trataban de enterarse si las otras sabían qué se estaba tramando por el modo que sacudían la cabeza y lanzaban rápidas ojeadas hacia las Azules, las Marrones y las Verdes. Varilin, una mujer pelirroja y más alta que la mayoría de los hombres, se había sentado al lado de Kwamesa y se ajustaba y arreglaba el chal una y otra vez al tiempo que sus ojos pasaban rápida y repetidamente de Moria a Escaralde y de ésta a Malind. Magla, con el chal de flecos amarillos muy ceñido sobre los anchos hombros, y Faiselle, una domani de cara cuadrada que lucía un vestido con recargados bordados verdes, entraron en ese momento en el pabellón, ambas haciendo como que no se habían visto a pesar de que sus faldas se rozaron. Magla estaba de parte de Romanda, mientras que Faiselle era del bando de Lelaine, y los dos grupos no se mezclaban. Más hermanas iban entrando a rachas, poco a poco, Nisao y Myrelle entre media docena de mujeres que pasaron detrás de Magla y de Faiselle. Morvrin ya se encontraba entre las Marrones, detrás de Takima y de Escaralde, y Beonin estaba a un extremo de las Grises, detrás de Varilin y de Kwamesa. A ese paso, la mitad de las Aes Sedai del campamento se apiñarían en el pabellón a no tardar.

Mientras Magla se dirigía hacia los asientos de las Amarillas, Romanda se puso de pie.

—Ahora somos más de once, de modo que podríamos empezar ya. —Su voz tenía un sorprendente timbre agudo. Cualquiera pensaría que tenía una hermosa voz de cantante, si es que podía imaginar a Romanda cantando. Su semblante siempre

parecía más predispuesto a mostrarse ceñudo, o al menos ligeramente desaprobador—. No creo que sea necesario hacer de esto una sesión formal —añadió cuando Kwamesa se puso de pie—. Ni siquiera entiendo que haga falta que sea una sesión, pero si no queda más remedio, pongámonos a ello y acabemos de una vez. Algunas de nosotras tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos. Como sin duda los tendréis vos, madre.

Lo último lo dijo a la par que inclinaba la cabeza y en un tono quizás un pelín en exceso respetuoso. Por supuesto, sin sobrepasar demasiado el límite para tildarlo de sarcasmo. Era demasiado inteligente para ponerse en evidencia; pocas veces una necia alcanzaba la posición de Asentada o la conservaba mucho tiempo, y Romanda había ocupado su asiento en la Antecámara casi ochenta años. Ésta era la segunda vez que actuaba como Asentada. Egwene respondió con otra leve inclinación de cabeza, fría la mirada. Un reconocimiento de que se le había dirigido la palabra y de que había captado el tono. Un equilibrio mantenido con muchísimo cuidado.

Kwamesa se quedó mirando en derredor con la boca abierta, dudando si tenía que decir las frases que siempre se encargaba de pronunciar la Asentada más joven que estuviera presente y que abrían una sesión formal de la Antecámara. La posición de Romanda le otorgaba una considerable influencia y cierta medida de autoridad, pero otras podían invalidar su postura en esto. Varias Asentadas fruncieron el entrecejo o rebulleron en sus asientos, pero ninguna habló.

Lyrelle entró en el pabellón y se dirigió hacia los bancos de las Azules como si se deslizara sobre el suelo. Alta para ser cairhienina, lo que la hacía de estatura media en casi cualquier otro sitio, tenía un aspecto elegante con el vestido de seda de cuchilladas azules y bordados rojos y dorados en el corpiño, y sus movimientos eran gráciles. Algunas decían que había sido bailarina antes de entrar de novicia en la Torre. En comparación, Samalin, la Verde de rostro vulpino que entró detrás de ella, daba la impresión de tener andares hombrunos, aunque no había nada extraño en absoluto en la hermana murandiana. Las dos parecieron sorprenderse de ver a Kwamesa de pie y apretaron el paso hacia sus asientos. En cualquier caso, Varilin empezó a tirar de la manga a Kwamesa hasta que la arafelina se sentó finalmente. El rostro de Kwamesa era una máscara de fría calma, pero se las ingenió para que irradiara desagrado. Daba mucha importancia al protocolo.

—Quizás hay una razón para una sesión formal. —La voz de Lelaine parecía baja después de oír la de Romanda. Se arregló el chal como si tuviera todo el tiempo del mundo y se levantó grácilmente, evitando con toda deliberación mirar a Egwene. Además de muy hermosa, Lelaine era la dignidad personificada—. Por lo visto se ha autorizado el inicio de conversaciones con Elaida —dijo fríamente—. Entiendo que bajo la Normativa de Guerra no es preciso que se nos consulte sobre esto, pero también creo que deberíamos discutirlo en sesión, sobre todo si tenemos en cuenta

que muchas de nosotras afrontamos la neutralización si Elaida conserva algo de poder.

Ese término, «neutralización», ya no conllevaba el escalofrío que había tenido antes de que Siuan y Leane fueran Curadas, pero se alzaron murmullos entre las Aes Sedai que se apiñaban detrás de los bancos. Por lo visto la noticia de las negociaciones no se había propagado tan deprisa como Egwene esperaba. No sabía si las hermanas se sentían nerviosas o consternadas, pero era obvio que estaban sorprendidas. Incluidas algunas de las Asentadas. Janya, que había entrado mientras Lelaine hablaba, se paró bruscamente, de modo que otro grupo de hermanas que entraba casi se chocó con ella. Por el modo en que apretó los labios, era evidente que Romanda tampoco lo sabía, y las expresiones entre las Asentadas más jóvenes variaban desde la fría calma de Berana hasta la sorpresa de Samalin pasando por el genuino espanto de Salima. De hecho, Sheriam se tambaleó un instante. Egwene esperaba que la mujer no vomitase delante de la Antecámara.

Sin embargo, más interesantes aún fueron las reacciones de las que, según Delana, habían hablado de negociación. Varilin permaneció inmóvil en el banco, dando la impresión de estar reprimiendo una sonrisa mientras contemplaba su falda, pero Magla se lamió los labios con aire incierto y lanzó miradas de reojo a Romanda. Saroiya había cerrado los ojos y movía la boca como si estuviera musitando una plegaria. Faiselle y Takima miraron a Egwene exhibiendo un atisbo de ceño casi idéntico. Entonces ambas se dieron cuenta del gesto de la otra y dieron un respingo, aunque se apresuraron a adoptar una actitud de serenidad tan regia que más parecía que se hicieran burla. Era muy extraño. Sin duda a esas alturas Beonin ya había informado a todas de lo que Egwene había dicho; pero, a excepción de Varilin, las demás parecían inquietas. Era imposible que realmente hubieran pensado que podían negociar el fin del conflicto. Todas las mujeres de esta Antecámara corrían el riesgo de sufrir la neutralización y la ejecución por el mero hecho de encontrarse allí. Si en algún momento había existido un camino de vuelta que no fuera deponer a Elaida, hacía meses que se había borrado cuando se eligió esta Antecámara. A partir de ahí no había vuelta atrás.

Lelaine parecía muy satisfecha con las reacciones que habían causado sus palabras —de hecho, se mostraba tan complacida como una gata en una vaquería—; pero, antes de que acabara de sentarse en el banco, Moria se levantó como impulsada por un resorte, lo que atrajo la atención de todas las miradas y provocó más murmullos. Nadie describiría a Moria como grácil, pero la illiana no era de las que daban saltos para levantarse.

—Eso hay que discutirlo —manifestó—, pero será después. Esta Antecámara fue convocada a sesión por tres Asentadas que planteaban una misma cuestión. Y esa cuestión ha de tratarse antes que cualquier otra. ¿Qué descubrieron Akarrin y su

grupo? Pido que se las haga entrar para que presenten su informe a la Antecámara.

Lelaine miró ceñuda a su compañera del Azul, y era muy buena poniendo ceño, los ojos penetrantes como punzones, pero la ley de la Torre era, por una vez, muy clara en ese punto, y bien conocida por todas. Muy a menudo no ocurría ni lo uno ni lo otro. Con voz poco firme, Sheriam pidió a Aledrin, la más joven después de Kwamesa, que fuera a buscar a Akarrin y a las otras y las trajera a presencia de la Antecámara. Egwene decidió que lo mejor sería hablar con ella tan pronto como la sesión acabara. Si Sheriam seguía comportándose así, a no tardar su labor como Guardiana sería poco menos que inútil.

Delana entró rápidamente en el pabellón entre un grupo de hermanas; era la última Asentada en llegar, y ya se encontraba instalada en su banco, ajustándose el chal en torno a los codos, para cuando la rellenita Asentada Blanca regresó con las seis hermanas y las condujo ante Egwene. Debían de haber dejado sus capas en la acera, porque ninguna la llevaba puesta. Delana las observó y un ceño de incertidumbre le frunció las cejas. Parecía falta de resuello, como si hubiese ido corriendo al pabellón.

Por lo visto, Aledrin pensó que tanto si la sesión era formal como si no, al menos ella debía actuar con la ceremonia apropiada.

—Habéis sido llamadas ante la Antecámara de la Torre para relatar lo que habéis visto —dijo con su fuerte acento tarabonés. El contraste entre el cabello rubio oscuro y los ojos marrones no era inusual en Tarabon, aunque llevaba el pelo recogido en una redecilla de encaje blanco en lugar de peinado en trencillas adornadas con cuentas—. Os conmino a hablar de ello sin evasivas ni omisiones y a responder a todas las preguntas íntegramente, sin excluir nada. Prometed que lo haréis así, por la Luz y vuestra esperanza de salvación y renacimiento, o que sufriréis las consecuencias. —Las hermanas que antaño habían establecido esta parte del protocolo de la Antecámara sabían muy bien el gran margen que daban los Tres Juramentos. Un poco de imprecisión aquí, algo de vaguedad allí, y todo el significado de lo que uno decía podía interpretarse justo al contrario a la vez que cada palabra pronunciada era verdad.

Akarrin cumplió el trámite pronunciando las palabras en voz alta y con un dejo de impaciencia, y las otras cinco hicieron lo propio con distintos grados de formalidad y afectación. Muchas hermanas no habían sido convocadas ante la Antecámara en toda su vida. Aledrin esperó hasta que todas hubieron repetido cada palabra antes de regresar a su banco.

—Cuéntanos qué visteis, Akarrin —dijo Moria tan pronto como la Asentada Blanca se dio media vuelta.

Aledrin se puso tensa, y cuando tomó asiento su rostro aparecía totalmente inexpresivo, pero dos manchas rojas le marcaban las mejillas. Moria tendría que

haber esperado; debía de estar muy impaciente.

Por tradición —había muchas más tradiciones y costumbres que leyes, y la Luz sabía que existían más leyes de las que cualquiera conocía realmente, a menudo algunas dejadas a un lado a lo largo de los siglos por contradictorias, pero la tradición y la costumbre regían a las Aes Sedai tanto como podía hacerlo la ley de la Torre, quizá más—, por tradición, Akarrin dirigió su respuesta a la Sede Amyrlin.

—Lo que vimos, madre, fue un gigantesco agujero, más o menos circular, en el suelo —dijo mientras asentía como para dar énfasis a sus palabras. Parecía escoger con gran cuidado cada una de ellas, como para asegurarse de que todas la entendían perfectamente—. En un principio pudo haber sido una circunferencia perfecta, semejante a la mitad de una bola, pero los bordes se habían desmoronado en algunos sitios. El agujero mide unos cinco kilómetros de diámetro y aproximadamente unos tres de profundidad. —Alguien soltó una exclamación ahogada y Akarrin frunció el entrecejo como si quienquiera que fuese hubiese intentado interrumpirla. No obstante, prosiguió sin hacer pausa alguna—. No pudimos calcular bien la profundidad. El fondo está cubierto de agua y hielo. Creemos que al final acabará convirtiéndose en un lago. En cualquier caso, pudimos establecer nuestra posición exacta sin mucha dificultad y estamos preparadas para afirmar que el agujero se encuentra ubicado donde se hallaba antes la ciudad llamada Shadar Logoth. —Guardó silencio, y durante unos instantes lo único que se oyó fue el frufrú de faldas debido al nervioso rebullir de las Aes Sedai.

También Egwene habría querido hacerlo. ¡Luz, un agujero de ese tamaño se tragaría la mitad de Tar Valon!

—¿Tenéis alguna idea de... cómo se creó ese agujero, Akarrin? —preguntó al cabo. Se sintió muy orgullosa de lo firme que sonó su voz. ¡Sheriam estaba temblando! Esperaba que nadie más se diese cuenta. Los actos de una Guardiana siempre reflejaban los de la Amyrlin. Si la Guardiana mostraba miedo, muchas hermanas pensarían que ella estaba asustada y eso era algo que no deseaba que creyera nadie.

—A todas se nos escogió porque tenemos cierta habilidad en interpretar los residuos, madre. Mejor que la mayoría, a decir verdad. —Así que no las habían elegido simplemente porque ninguna que fuera más fuerte hubiese estado interesada. En eso había una lección. Lo que hacían las Aes Sedai rara vez era tan sencillo como parecía a primera vista. Egwene querría no tener que volver a aprender lecciones que consideraba tener sabidas de sobra—. Nisain es la mejor de todas nosotras en eso —prosiguió Akarrin—. Con vuestro permiso, madre, dejaré que sea ella la que conteste.

Nisain se alisó la falda de oscuro paño con nerviosismo y se aclaró la garganta. Era una Gris larguirucha y desgarbada, con una marcada barbilla y unos ojos increíblemente azules. Tenía cierta reputación en cuestiones de ley y tratados, pero

resultaba obvio que se sentía nerviosa al tener que hablar a la Antecámara. Miró directamente a Egwene con la actitud de quien habría preferido no ver a todas las Asentadas reunidas.

—Dada la cantidad de *Saidar* utilizado allí, madre, no me sorprendió encontrar residuos casi tan densos como la nieve. —En su acento había un notorio dejo murandiano, un sonido cantarín—. Incluso después de tanto tiempo, tendría que haber podido captar alguna idea de lo que se había tejido si hubiera guardado algún parecido con lo que conozco, pero nada me era familiar. Seguí el rastro del tejido, madre, y no tenía ningún sentido. Ninguno. De hecho, era tan ajeno como si no lo hubiera... —Volvió a carraspear y tragó saliva. Su faz se tornó un poco pálida—. Como si no lo hubiese tejido una mujer. Naturalmente, pensamos que tenían que haber sido los Renegados, de modo que probé la resonancia. Lo hicimos todas. —Se giró a medias para señalar a sus compañeras, pero se volvió de nuevo con rapidez. Definitivamente, prefería mirar a Egwene que a las Asentadas, que en su totalidad estaban echadas hacia adelante, atentas a la mujer—. Ignoro qué se hizo, aparte de excavar la tierra de un área de más de cinco kilómetros de diámetro, ni cómo se hizo, pero es indiscutible que también se utilizó *Saidin*. La resonancia era tan fuerte que podríamos haberlo olido. Había más *Saidin* usado que *Saidar*, mucho más, como el Monte del Dragón comparado con una estribación. Y eso es todo lo que puedo decir, madre.

Un sonido se propagó por el pabellón; el del aire exhalado por las hermanas que habían estado conteniendo la respiración. La exhalación de Sheriam pareció más fuerte, pero quizá se debía a que era la que estaba más cerca de Egwene. Ésta se obligó a mantener el gesto impasible. Los Renegados y un tejido que podría reducir a escombros la mitad de Tar Valon. Si Malind proponía la huida, ¿podía obligar a las hermanas a quedarse y afrontar eso? ¿Podía abandonar a su suerte a Tar Valon, a la Torre, y la Luz sabía a cuántas decenas de miles de vidas?

—¿Hay alguna otra pregunta? —inquirió.

—Yo tengo una que hacer —contestó Romanda en tono seco. Su calma no se había resquebrajado lo más mínimo—. Pero no a estas hermanas. Si nadie más quiere hacerles una pregunta, no me cabe duda de que les gustará retirarse y dejar de ser el centro de atención de la Antecámara.

No le correspondía exactamente a ella sugerir aquello, pero tampoco es que no le correspondiera exactamente, de modo que Egwene lo dejó pasar. Resultó que nadie más tenía preguntas para Akarrin y sus compañeras, y Romanda les agradeció su esfuerzo de un modo sorprendentemente afectuoso. De nuevo, eso era algo que tampoco le correspondía exactamente a ella.

—¿Para quién es tu pregunta? —inquirió Egwene mientras Akarrin y las otras cinco se apresuraban a unirse al creciente número de hermanas que se apiñaban entre

las lámparas de pie y los braseros. Como Romanda había dicho, estaban ansiosas por dejar de ser el centro de atención de la Antecámara, pero no querían perderse qué se sacaba en conclusión de su trabajo. A Egwene le costó un gran esfuerzo evitar que su voz tuviese un timbre seco. Romanda fingió no darse cuenta de ello. O tal vez es que no lo notó.

—Para Moria —respondió—. Sospechamos de los Renegados desde el principio. Sabíamos que lo que quiera que hubiese ocurrido era muy poderoso, y muy lejos. En realidad, lo único nuevo que sabemos es que Shadar Logoth ha desaparecido y de eso sólo se me ocurre decir que el mundo está mejor sin ese antro de maldad de la Sombra. —Clavó en la Asentada Azul la ceñuda mirada que había hecho encogerse como novicias a muchas Aes Sedai—. Mi pregunta es ésta. ¿Ha cambiado algo para nosotras?

—Debería —repuso Moria, que sostuvo la mirada de la otra mujer sin vacilar. No llevaría tanto tiempo como Romanda en la Antecámara, pero se suponía que la posición de las Asentadas era equiparable—. Desde hace mucho tiempo hicimos preparativos por si los Renegados nos atacaban. Todas las hermanas saben cómo formar un círculo si ello está a su alcance o unirse a uno que no hayan formado hasta que cada uno alcance la cifra de trece. Hay que incluir en ellos a todas, incluso las novicias, incluso las más nuevas.

Lelaine alzó bruscamente la vista hacia ella; pero, por mucho que deseara reprender a Moria, ambas pertenecían al mismo Ajah. Como mínimo debían dar la imagen de formar un frente común. No obstante, el esfuerzo de no hablar hizo que apretara los labios.

Por su parte, Romanda no tenía esa inhibición.

—¿Es necesario que expliques lo que todas las presentes sabemos ya? Nosotras hicimos esos preparativos. ¿Acaso lo has olvidado? —Esta vez su voz era cortante. Los accesos de cólera estaban prohibidos en la Antecámara, pero no los aguijonazos.

Empero, si Moria sintió el puyazo no dio señales de ello aparte de ajustarse el chal.

—He de explicarlo desde el principio porque no hemos reflexionado en profundidad. Malind, ¿nuestros círculos pueden aguantar contra lo que Akarrin y Nisain han descrito?

A despecho de la ferocidad de sus ojos, la carnosa boca de Malind siempre parecía presta a la sonrisa, pero su actitud era muy seria cuando se puso de pie y miró a las Asentadas de una en una como si quisiera que sus palabras se quedaran grabadas en ellas.

—No pueden. Incluso si reorganizamos las cosas de manera que las hermanas más fuertes estén siempre en el mismo círculo, lo que significa que deberían vivir, comer y dormir juntas si tienen que coligarse en un momento dado, aun así, seríamos

ratones enfrentados a un gato. Suficientes ratones pueden acabar superando incluso a un enorme gato hambriento, pero no antes de que muchos ratones hayan muerto. Sin embargo, si muchos de esos ratones mueren, la Torre Blanca muere. —De nuevo, la exhalación general de las presentes se extendió como un soplo de inquietud por todo el pabellón.

Egwene consiguió mantener el gesto sereno, pero tuvo que esforzarse para abrir las manos crispadas sobre la falda. ¿Qué iba a proponer, el ataque o la huida? Luz, ¿cómo podía oponerse? Ni que fueran del mismo Ajah ni que no, Lelaine no aguantó más la presión.

—¿Qué es lo que sugieres, Moria? —espetó—. Aun en el caso de que pudiésemos reunir a la Torre hoy mismo, eso no cambiaría los hechos.

Moria esbozó una sonrisa, como si la otra Azul hubiese dicho exactamente lo que esperaba que dijese alguien.

—Pero es que debemos cambiar los hechos. El hecho actual es que nuestros círculos más fuertes son demasiado débiles. No tenemos *angreal*, cuanto menos *sa'angreal*, así que será mejor que nos olvidemos de ellos. De todos modos, ni siquiera estoy segura de que haya algo en la Torre que marcara alguna diferencia considerable. ¿Cómo, entonces, hacemos más fuertes nuestros círculos? Lo bastante fuertes, hemos de esperar, para afrontar lo que ocurrió en Shadar Logoth e impedirlo. Escaralde, ¿qué tienes que decir al respecto?

Sobresaltada, Egwene se echó hacia adelante. Estaban trabajando juntas, pero ¿con qué propósito?

No fue la única que cayó en la cuenta de que las tres Asentadas que habían convocado a la Antecámara se encontraban de pie. Al no sentarse, Moria y Malind habían hecho una declaración evidente. Escaralde se irguió como una reina, pero la minúscula Marrón parecía muy consciente de que todos los ojos iban de ella a Malind y de ésta a Moria, así como de los ceños fruncidos y de los semblantes impasibles en demasía. Se arregló el chal dos veces antes de hablar, y cuando lo hizo fue como si estuviera dando una clase, la voz débil pero contundente.

—Los textos antiguos son explícitos, aunque están poco estudiados, me temo. Amontonan polvo en lugar de lectores. Los escritos recogidos en los comienzos de la Torre dejan claro que los círculos no se limitaban a trece en la Era de Leyenda. El mecanismo exacto, o debería decir el equilibrio exacto, se desconoce, pero no tendría que resultar muy difícil deducirlo. Para aquellas de vosotras que no hayáis pasado en la biblioteca de la Torre el tiempo que habríais debido pasar, la forma de incrementar el tamaño de un círculo implica... —Por primera vez, vaciló e hizo un esfuerzo visible para continuar—. Implica la inclusión de hombres que encauzan.

—¿Qué sugieres? —demandó Faiselle mientras se levantaba bruscamente, aunque volvió a sentarse de inmediato, como si temiera que alguien pudiera pensar que lo

hacía para apoyar a las otras tres.

—¡Pido que se despeje la Antecámara! —intervino Magla, poniéndose de pie. Era illiana, como Moria, y la agitación hacía más patente su acento—. Éste no es un asunto para discutirlo delante de nadie salvo la Antecámara en sesión cerrada. —También ella se dejó caer en su banco tan pronto como terminó y lo hizo con gesto iracundo, los anchos hombros encorvados y las manos abriéndose y cerrándose sobre la falda.

—Me temo que ya es demasiado tarde para eso —dijo Moria en voz alta. Y tuvo que alzarla para hacerse oír por encima del murmullo excitado de las hermanas situadas detrás de los bancos, semejante al zumbido de una colosal colmena alborotada—. Lo dicho, dicho está y lo han escuchado demasiadas hermanas para que nadie intente ahora mantenerlo en secreto. —Su busto se alzó al respirar profundamente; su voz subió un tono más—. Presento a la Antecámara la propuesta de que lleguemos a un acuerdo con la Torre Negra para que podamos incluir hombres en nuestros círculos a necesidad. —Que la voz le sonase un poco estrangulada al final no era de extrañar. Pocas Aes Sedai podían pronunciar ese nombre sin sentir desagrado cuando no puro odio. Su sonido tuvo el efecto de acallar de golpe el zumbido de voces y se produjo un absoluto silencio durante dos o tres segundos.

—¡Es una locura! —chilló Sheriam, cuya calma había saltado en pedazos en más de un sentido. La Guardiana no participaba en las discusiones de la Antecámara. Ni siquiera podía entrar en la Antecámara sin acompañar a la Amyrlin. Con la cara roja como la grana, Sheriam se puso erguida, quizá para afrontar la inevitable reprimenda o quizá para defenderse. Sin embargo, la Antecámara tenía otras cosas en la mente para pensar en reprenderla.

Incorporándose de un salto en sus bancos el tiempo justo para dar su opinión, las Asentadas empezaron a hablar, a gritar, a veces quitándose la palabra.

—¡Locura no lo describe ni de lejos! —chilló Faiselle.

—¿Cómo vamos a aliarnos con hombres que encauzan? —gritó al mismo tiempo Varilin.

—¡Esos presuntos Asha'man están contaminados! —bramó Saroiya sin el más leve atisbo de la tan cacareada reserva del Ajah Blanco. Prietas las manos sobre el chal, temblaba tan violentamente que los largos flecos blancos trepidaban—. ¡Contaminados con la infección del Oscuro!

—Incluso sugerir tal cosa nos pone contra todo lo que simboliza la Torre Blanca —afirmó duramente Takima—. ¡Nos ganaríamos el desprecio de cualquier mujer que se llame Aes Sedai, de las Aes Sedai que llevan siglos en sus tumbas!

—¡Sólo una Amiga Siniestra sugeriría algo así! ¡Sólo una Amiga Siniestra! —gritó Magla, que llegó incluso a agitar un puño con una cólera que no se molestó en ocultar.

Moria palideció ante la acusación, y después se puso roja de rabia.

Egwene no sabía de qué lado decantarse. La Torre Negra era creación de Rand, y quizá necesaria si querían tener una esperanza de ganar la Última Batalla, pero los Asha'man eran hombres que encauzaban, algo que se había temido durante tres mil años, y encauzaban el *Saidin* contaminado por la Sombra. El propio Rand era un hombre que podía encauzar; mas, sin él, la Sombra podría ganar el Tarmon Gai'don. La Luz la amparara por considerarlo con tanta frialdad, pero era la dura verdad. Fuera cual fuera su postura en ese asunto, las cosas se estaban yendo de las manos en ese momento. Escaralde intercambiaba insultos con Faiselle, ambas a voz en cuello. ¡Insultos sin paliativos! ¡En la Antecámara! Saroiya había abandonado los últimos resquicios de frialdad del Ajah Blanco y le chillaba a Malind, que le chillaba a su vez, ambas al mismo tiempo. Habría sido un milagro que cualquiera de las dos entendiera lo que la otra decía, y puede que hubiera que dar gracias por ello. Sorprendentemente, ni Romanda ni Lelaine habían abierto la boca desde que aquello había empezado. Permanecían sentadas, mirándose de hito en hito la una a la otra, sin pestañear. Seguramente las dos intentaban descubrir qué postura adoptaría la otra para adoptar justo la contraria. Magla bajó de su banco y se dirigió hacia Moria con el aire furioso de quien está ansioso por llegar a las manos. Nada de palabras, sino puñetazos. Magla tenía prietos los suyos, a los costados. El chal le había resbalado al suelo, sin que ella se percatara.

Egwene se puso de pie y abrazó la fuente. Excepto para ciertas funciones prescritas con precisión, encauzar en la Antecámara estaba prohibido —otra de las costumbres que apuntaban a días oscuros en la historia de la Antecámara—, pero hizo un sencillo tejido de Aire y Fuego.

—Se ha planteado una propuesta a la Antecámara —dijo, y soltó el *Saidar*. No costaba tanto como antes. No es que fuera fácil, ni de lejos, pero al menos no era tan duro. Un recuerdo de la dulzura del Poder permaneció, lo suficiente para sustentarla hasta la próxima vez.

Magnificadas por el tejido, sus palabras retumbaron en el pabellón como un trueno. Las Aes Sedai recularon haciendo un gesto de dolor y tapándose los oídos. El silencio que sobrevino pareció increíblemente estrepitoso. Magla la miró boquiabierta por la estupefacción, y entonces dio un respingo al caer en la cuenta de que estaba de pie a mitad de camino de los bancos de las Azules. Aflojó precipitadamente los puños, se agachó para recoger el chal y regresó a su asiento con premura. Sheriam lloraba sin rebozo. No podía haber sonado tan alto.

—Se ha planteado una propuesta a la Antecámara —repitió Egwene en el profundo silencio. Tras el grito magnificado por el Poder, la voz resonó en sus oídos. Quizá sí había sido más fuerte de lo que pensaba. Ese tejido no estaba pensado para espacios cerrados, ni siquiera cerrados por paredes de lona—. ¿En qué se basa tu

apoyo de una alianza con la Torre Negra, Moria? —Tomó asiento tan pronto como acabó de hablar. ¿Cuál era su postura en aquello? ¿Qué dificultades le acarreaba? ¿Cómo podía utilizarlo a su favor? Sí, que la Luz la asistiera. Ésas fueron las dos primeras ideas que acudieron a su mente. Ojalá Sheriam se enjugara los ojos y recobrara la presencia de ánimo. Era la Sede Amyrlin y necesitaba una Guardiana, no una gallina.

Tuvieron que pasar unos minutos para que se restableciera el orden. Las Asentadas se alisaban las ropas sin necesidad, evitando los ojos de las demás y en especial eludiendo a las hermanas apiñadas detrás de los bancos. Los semblantes de algunas Asentadas enrojecieron, y esta vez no por la ira. Las Asentadas no se chillaban unas a otras como mozos de granja en el esquileo. Y menos delante de otras hermanas.

—Nos enfrentamos a dos dificultades aparentemente insalvables —dijo al fin Moria. Su voz sonaba serena y fría de nuevo, pero en sus mejillas aún quedaba un atisbo de rojez—. Los Renegados han descubierto una arma que no podemos contrarrestar; la han descubierto o han dado con ella; a buen seguro la habrían utilizado antes si la hubiesen tenido. Una arma que no podemos igualar, aunque sólo la Luz sabe por qué querríamos hacerlo. Pero lo más importante es que no podemos detenerla ni sobrevivir a ella. Al mismo tiempo, los... Asha'man han crecido como la mala hierba. Informes fidedignos señalan su número parejo al de todas las Aes Sedai vivas. Aun en el caso de que se haya hinchado esa cifra, no podemos permitirnos considerarla exagerada en exceso. Y llegan más hombres a diario. Los informadores coinciden en esto de forma tan general que hay que darlo por bueno. Deberíamos capturar a esos hombres y amansarlos, desde luego, pero los hemos pasado por alto a causa del Dragón Renacido. Hemos postergado el asunto para ocuparnos de ellos más adelante. La amarga realidad es que ya es demasiado tarde para intentar capturarlos. Son demasiados. Quizá ya era tarde cuando supimos por primera vez lo que estaban haciendo.

»Si no podemos amansarlos, entonces hemos de controlarlos de algún modo. Un acuerdo con la Torre Negra (el término «alianza» sería demasiado fuerte), un acuerdo cuidadosamente formulado, nos permitiría dar los primeros pasos hacia el propósito de proteger el mundo de ellos. También podemos incluirlos en nuestros círculos. —Moria levantó el índice en un gesto de advertencia mientras su mirada pasaba por los bancos, pero su voz se mantuvo fría y serena. Y firme—. Hemos de dejar muy claro que siempre será una hermana la que combine los flujos. No sugiero dejar que un hombre controle un círculo coligado, ¡en absoluto! Sin embargo, con hombres en los círculos podemos ampliarlos. Incluso, así lo quiera la Luz, quizá podamos ampliarlos lo bastante para contrarrestar esa arma de los Renegados. Mataremos dos liebres de una pedrada. Mas esas dos liebres son leones, y si no lanzamos la piedra, alguno de

ellos acabará con nosotras. Así de simple.

Se hizo el silencio. Salvo por Sheriam. De pie, encogida sobre sí misma a pocos palmos de Egwene, temblorosos los hombros, seguía sollozando quedamente. Entonces Romanda soltó un sonoro suspiro.

—Quizá podamos ampliar los círculos lo suficiente para contraatacar a los Renegados —dijo en voz baja. De algún modo, que hablara en un tono tan quedo dio más peso a sus palabras que si hubiese gritado—. Quizá podamos controlar a los Asha'man. Pero, en cualquiera de esos dos contextos, «quizás» es un término inconsistente.

—Cuando te estás ahogando, te agarras a cualquier rama que pasa a tu lado aunque no sepas si va a aguantar tu peso hasta que te sujetas a ella —respondió Moria en un tono igualmente quedo—. El agua no se ha cerrado sobre nuestras cabezas, Romanda, pero nos estamos hundiendo. Nos estamos hundiendo.

De nuevo se hizo el silencio a excepción del lloriqueo de Sheriam. ¿Es que esa mujer había perdido el control por completo? Claro que ninguna Asentada tenía buena cara, ni siquiera Moria o Malind o Escaralde. No era una perspectiva agradable la que tenían ante sí. El rostro de Delana se había tornado ceniciento. Daba la impresión de que podría vomitar antes que Sheriam.

Egwene volvió a ponerse en pie el tiempo justo para hacer la pregunta obligada. Incluso cuando lo propuesto era inconcebible, había que seguir el ritual. Quizá con más motivo en un caso así.

—¿Quién se opone a esta propuesta?

No faltaron oradoras entonces, aunque todas habían conseguido recobrar el control lo suficiente para seguir el protocolo. Varias Asentadas se movieron a la vez, pero Magla fue la primera en ponerse de pie y las otras volvieron a sentarse sin mostrar señales de impaciencia. Faiselle fue la siguiente, y Varilin lo hizo a continuación de Faiselle. Entonces le llegó el turno a Saroiya y por último a Takima. Todas hablaron extensamente, Varilin y Saroiya casi rozando los prohibidos discursos, y todas se expresaron con la máxima elocuencia que pudieron. Nadie llegaba a Asentada si le faltaba la elocuencia requerida. Aun así, no tardó en hacerse patente que repetían los mismos argumentos con otras palabras.

Los Renegados y sus armas no se mencionaron en ningún momento. El tema de las Asentadas era la Torre Negra. La Torre Negra y los Asha'man. La primera era una llaga en la faz del mundo, una amenaza tan grande como la propia Última Batalla. El mismo nombre sugería conexión con la Sombra, por no mencionar que era una bofetada directa a la Torre Blanca. Los presuntos Asha'man —ninguna pronunció el nombre sin añadir «presuntos» o diciéndolo con un timbre de mofa; significaba «custodio» o «defensor» en la Antigua Lengua, y eran cualquier cosa salvo eso—, ¡los presuntos Asha'man eran hombres que encauzaban! Hombres condenados a

volverse locos si la mitad masculina del Poder no los mataba antes. Dementes manejando el Poder Único. Desde Magla a Takima, todas ellas confirieron a sus palabras hasta la última pizca del horror que sentían. Tres mil años de terror en el mundo, y antes del eso el Desmembramiento del Mundo. Hombres como éstos habían destruido el mundo, destruido la Era de Leyenda y cambiado la faz del mundo hasta la desolación. A ésos era a los que les pedían que se aliaran. Si lo hacían, se las anatematizaría en todas las naciones, y con razón. Las despreciarían todas las Aes Sedai, y con razón. No podía ser. Imposible.

Cuando Takima se sentó finalmente, arreglándose el chal con cuidado, exhibía una sonrisa leve pero muy satisfecha. Juntas habían conseguido hacer que los Asha'man parecieran más temibles, más peligrosos, que los Renegados y la Última Batalla juntos. Quizás incluso igual al propio Oscuro. Puesto que Egwene había iniciado las preguntas rituales, le correspondía terminar, de modo que se levantó.

—¿Quién apoya un acuerdo con la Torre Negra? —Si antes le había parecido que reinaba el silencio en el pabellón, ahora, que Sheriam había contenido los sollozos por fin, aunque las lágrimas le brillaban todavía en las mejillas, cuando la mujer tragó saliva sonó como un grito en el profundo silencio que siguió a su pregunta.

La sonrisa de Takima se torció cuando Janya se puso de pie tan pronto como Egwene hubo pronunciado la última palabra.

—Hasta una rama fina es mejor que ninguna cuando te estás ahogando —dijo—. Prefiero intentarlo que confiar en la esperanza hasta ahogarme. —Tenía la mala costumbre de hablar cuando se suponía que no debía.

Samalin se puso de pie junto a Malind, y a continuación se levantaron a un tiempo Salima, Berana y Aledrin, con Kwamesa retrasándose una fracción de segundo. Nueve Asentadas de pie, mientras los segundos se alargaban. Egwene cayó en la cuenta de que se estaba mordiendo el labio y dejó de hacerlo rápidamente, confiando en que nadie se hubiese percatado. Notaba la presión de los dientes en la carne. Ojalá que no se hubiese hecho sangre. Tampoco es que ninguna la estuviera mirando. Todas parecían estar conteniendo la respiración.

Romanda contemplaba con el ceño fruncido a Salima, que tenía la vista fija al frente, el semblante ceniciento y los labios temblorosos. Puede que la hermana teariana fuera incapaz de ocultar su miedo, pero se mantenía firme en su decisión. Romanda asintió lentamente con la cabeza y después, de modo increíble, se puso de pie. También ella decidió violar la costumbre de no hablar.

—A veces hay que hacer cosas que no querríamos hacer —manifestó, mirando a los ojos a Lelaine.

Lelaine sostuvo la mirada de la canosa Amarilla sin pestañear. Su rostro parecía de porcelana. Alzó la barbilla poco a poco, y, de repente, se puso de pie al tiempo que miraba impacientemente a Lyrelle, que la miró boquiabierta un instante antes de

incorporarse.

Todas estaban estupefactas. El silencio era absoluto. Se acabó.

O casi. Egwene se aclaró la garganta en un intento de atraer la atención de Sheriam. Lo siguiente le correspondía a la Guardiana, pero Sheriam se limpiaba las lágrimas mientras sus ojos recorrían los bancos como si contara cuántas Asentadas estaban de pie y esperando descubrir que se había equivocado al contarlas. Egwene carraspeó más fuerte y la mujer dio un respingo y se volvió a mirarla. Aun entonces, pareció tardar una eternidad en recordar su obligación.

—Hay consenso simple —anunció con voz temblorosa—, se buscará un acuerdo con... con la Torre Negra. —Inhaló profundamente, se puso erguida y su voz cobró firmeza. De nuevo pisaba terreno conocido—. En interés de la unidad, pido que se llegue al consenso plenario.

Era una petición importante. Incluso en asuntos que podían decidirse con el consenso simple siempre era preferible la unanimidad, siempre se hacía un esfuerzo por alcanzarla. Para conseguirla podía discutirse horas, días, pero el esfuerzo no cesaría hasta que todas las Asentadas estuvieran de acuerdo, o quedara tan claro como el agua que podía no haber acuerdo. Una petición importante, un llamamiento que actuaba como acicate en todas las hermanas. Delana se incorporó como una marioneta moviéndose en contra de su voluntad y miró en derredor con incertidumbre.

—No soporto esto —manifestó Takima yendo contra todo decoro—. Da igual lo que diga cualquiera, da igual cuánto tiempo dure la sesión, ¡no puedo y no lo haré! ¡No... lo... haré!

Nadie más se levantó. Faiselle rebulló en su banco, como si fuera a incorporarse, luego se ajustó el chal y de nuevo dio la impresión de que se proponía levantarse. Eso fue lo más cerca que estuvo una de ellas. Saroiya se mordía los nudillos con expresión aterrada y Varilin tenía el gesto de quien ha recibido un martillazo entre ceja y ceja. Magla aferraba los extremos del banco con las manos crispadas, sujetándose y mirando sin ver las alfombras que tenía a los pies. Obviamente, era consciente de la mirada ceñuda que Romanda le clavaba en la nuca, pero su única reacción fue encorvar los hombros.

La intervención de Takima tendría que haber puesto punto final al tema. No tenía sentido buscar el consenso plenario cuando alguien dejaba muy claro que no apoyaría la propuesta. Pero Egwene decidió jugar su propia baza con decoro y sin romper el protocolo.

—¿Alguna se siente en la obligación de dejar su escaño por esto? —inquirió en voz alta y clara.

Los respingos resonaron en el pabellón, pero Egwene aguantó la respiración. Esto podía dividirlas, pero mejor que la ruptura ocurriera en ese momento, a la vista de

todas, si es que se iba a dar. Saroiya la miró con los ojos desorbitados, pero ninguna se movió de su sitio.

—Entonces seguiremos con ello —dijo—. Detenidamente, con cuidado. Llevará tiempo planear exactamente quién hará contacto con la Torre Negra, y qué se les ha de decir. —Tiempo para que ella pudiera poner unas cuantas salvaguardias, esperaba. Luz, iba a tener que hacer malabares y luchar a brazo partido para manejar aquello—. Primero, ¿alguna sugerencia para nuestra... embajada?

20. Por la noche

Mucho antes de que la sesión acabara, a pesar de estar sentada sobre la capa doblada, a Egwene se le habían quedado dormidas las nalgas por el duro banco de madera. Tras escuchar interminables discusiones deseó que los oídos se le hubieran dormido también. Sheriam, obligada a permanecer de pie, apoyaba el peso ora en uno ora en otro como si deseara tener una silla. O puede que sentarse en la alfombra, sin más. Egwene podría haberse marchado, librándose a sí misma y a Sheriam. Nada requería la presencia de la Amyrlin, y en el mejor de los casos sus comentarios se escuchaban educadamente. Tras lo cual, la Antecámara seguía a galope en su propia dirección. Esto no tenía nada que ver con la guerra y, teniendo el bocado entre los dientes, la Antecámara no estaba dispuesta a dejarle que cogiera las riendas. Podría haberse marchado en cualquier momento —con una breve interrupción en las discusiones para el ceremonial requerido—, pero si se iba temía que lo primero con lo que se encontraría por la mañana sería la presentación de un plan ultimado y resolutivo, uno que las Asentadas ya estuvieran llevando a cabo y del que ella no tendría noción hasta que lo leyese. Al menos, ése era su temor al principio.

Quiénes hablaron más extensamente no fue una sorpresa; ya no. Magla y Saroiya, Takima, Faiselle y Varilin, todas visiblemente nerviosas cuando otra Asentada hacía uso de la palabra. Sí, aceptaban la decisión de la Antecámara, al menos en apariencia. La alternativa era renunciar a sus asientos; por mucho que la Antecámara estuviera dispuesta a esforzarse en llegar al consenso si era necesario, una vez que se había decidido un curso de acción, fuera el tipo de consenso que fuera, se esperaba que la totalidad lo siguiera o al menos que no obstaculizara su consecución. Ésa era la cuestión. ¿Qué constituía exactamente obstaculizar? Ni que decir tiene que ninguna de las cinco habló contra una Asentada de su propio Ajah, pero las otras cuatro se incorporaban como impulsadas por un resorte en el momento en que cualquier Asentada volvía a tomar asiento, y las cinco al completo si la Asentada era Azul. Y quienquiera que tuviese la palabra hablaba de manera muy persuasiva sobre por qué las sugerencias de la anterior oradora eran totalmente equivocadas y quizás el modo de buscarse problemas. Tampoco es que hubiese una verdadera confabulación que Egwene pudiese ver. Entre ellas se observaban con tanta cautela como hacían con las demás y se miraban tan ceñudas o más que al resto; era obvio que no confiaban en ninguna de las otras para plantear sus argumentos.

En cualquier caso, poco de lo que se sugirió llegó a la conformidad. Las Asentadas estaban en desacuerdo respecto a cuántas hermanas habría que enviar a la Torre Negra y cuántas de cada Ajah, y cuándo debían ir y lo que debían demandar y lo que podrían aceptar y qué rechazar tajantemente. En un asunto tan delicado cualquier error podía conducir al desastre. Además de lo cual, cada Ajah excepto el

Amarillo se consideraba el único cualificado para tener el liderazgo de la misión, desde la insistencia de Kwamesa de que la meta era negociar una especie de tratado, hasta la manifestación de Escaralde de que el conocimiento histórico era necesario para una empresa tan insólita y sin precedentes. Berana llegó incluso a señalar que un acuerdo de tal naturaleza debía alcanzarse con pura racionalidad; tratar con los Asha'man enardecería pasiones sin lugar a dudas, y nada excepto la fría lógica conduciría al desastre inmediato. De hecho, habló con ardor al respecto. Romanda quería que el grupo estuviera liderado por una Amarilla, pero puesto que no parecía que hubiese necesidad de la Curación, tuvo que conformarse con una postura de obstinada insistencia en que cualquier otra podría dejarse influir por los intereses particulares de su Ajah y olvidarse del propósito de lo que estaban haciendo.

El apoyo entre Asentadas del mismo Ajah sólo se daba en la medida de no oponerse abiertamente, y no había dos Ajahs dispuestos a unirse en mucho, más allá del hecho de que habían acordado enviar una embajada a la Torre Negra. Seguía estando en disputa si debía llamarse «embajada» incluso por las que se habían mostrado a favor desde el principio. La propia Moria parecía desconcertada con la mera idea.

Egwene no era la única a la que le resultaba tediosa la constante sucesión de réplica y contrarréplica, el desmenuzamiento de cada punto hasta que no quedaba nada y había que empezar de nuevo. Algunas hermanas situadas tras los bancos empezaron a salir. Otras las reemplazaron y después se marcharon también al cabo de unas cuantas horas. Para cuando Sheriam pronunció la frase ritual «Id con la Luz», había caído la noche y sólo quedaban unas pocas docenas de mujeres aparte de Egwene y las Asentadas, varias de las cuales se tambaleaban y tenían el aspecto de ropas de colada a las que han pasado por un escurridor. Y no se había decidido nada en absoluto aparte de que había que sostener más conversaciones para tomar decisiones.

Fuera, una media luna pálida colgaba en un aterciopelado manto negro salpicado de relucientes estrellas, y el aire era gélido. Con el aliento formando blancas volutas, Egwene se alejó de la Antecámara, sonriendo al escuchar a las Asentadas que salían detrás, algunas todavía discutiendo. Romanda y Lelaine iban juntas, pero la clara y potente voz de la Amarilla se alzaba hasta casi gritar, y la de la Azul no le andaba lejos. Por lo general discutían cuando se veían obligadas a estar en compañía, pero ésta era la primera vez que Egwene las veía estar juntas por voluntad propia, sin que fuera necesario. Sheriam ofreció con desgana ir a recoger los informes sobre las reparaciones de las carretas y el forraje de animales que le había pedido por la mañana, pero la agotada mujer no disimuló su alivio cuando Egwene le dijo que se fuera a dormir. Con una precipitada reverencia, se alejó presurosa en la noche cerrándose bien la capa. La mayoría de las tiendas estaban a oscuras, reducidas a

simples sombras bajo la luz de la luna. Pocas hermanas seguían despiertas mucho después de anochecer. Nunca había mucha provisión de aceite de lámparas y de velas.

De momento, el retraso en las decisiones le venía muy bien a Egwene, pero no era ésa la única razón por la que sonreía. En algún momento de las discusiones su dolor de cabeza había desaparecido completamente. No tendría ninguna dificultad en quedarse dormida esa noche. Halima siempre remediaba eso, pero sus sueños eran agitados cuando Halima le daba uno de sus masajes. Bueno, pocos sueños tranquilos tenía, pero ésos eran más sombríos que cualesquiera otros y, cosa extraña, nunca podía recordar nada excepto que eran sombríos y agitados. Sin duda ambas cosas se debían a ciertos vestigios de los dolores que los dedos de Halima no alcanzaban a paliar. Empero, el último había sido inquietante por sí mismo. Había aprendido a recordar los sueños, y debería recordarlos. Pero, sin jaqueca, esa noche no tendría problemas para lograrlo y soñar era lo menos importante de cuanto debía hacer.

Al igual que la Antecámara y su estudio, su tienda se alzaba en un pequeño claro con su propio tramo de acera de maderas y las tiendas más próximas a veinte metros para que la Amyrlin tuviera algo de intimidad. Al menos, ésa fue la explicación dada al espacio dejado; ahora incluso podría ser verdad. Egwene al'Vere había dejado de ser irrelevante. No era una tienda grande, sólo unos cuatro pasos de lado, y dentro aparecía abarrotada con cuatro arcones reforzados con cantos metálicos y llenos de ropa colocados contra una de las paredes, dos camastros, una minúscula mesita redonda, un brasero de cobre, un lavabo, un espejo de cuerpo entero y una de las pocas sillas de verdad que había en el campamento. Era una pieza sencilla con un poco de tallado; ocupaba mucho sitio, pero era cómoda, y todo un lujo cuando le apetecía sentarse sobre las piernas dobladas y leer. Cuando tenía tiempo para leer algo por puro placer. El otro camastro era para Halima y Egwene se sorprendió de no encontrarla allí, esperándola. Sin embargo, la tienda no estaba desocupada.

—Sólo habéis comido pan en el desayuno, madre —dijo Chesa con un tono de ligero reproche cuando Egwene entró. La doncella de Egwene llevaba un sencillo vestido gris con el que se notaba su complexión casi robusta, y estaba sentada en la banqueta de la tienda remendando medias a la luz de una lámpara de aceite. Era guapa, sin una sola hebra gris en el cabello, pero a veces parecía que llevaba al servicio de Egwene toda la vida, y no sólo desde Salidar. Desde luego se tomaba todas las libertades de una criada antigua, incluido el derecho a reprenderla—. No comisteis nada a mediodía, que yo sepa —prosiguió mientras sostenía en alto una media blanca para observar el remiendo que estaba haciendo en el talón—, y la cena se ha enfriado sobre la mesa hace como poco una hora. Nadie me pregunta, pero si lo hicieran, diría que esos dolores de cabeza vuestros se deben a que no coméis. Estáis muy delgada.

Dicho esto, soltó la media en el cesto de costura y se levantó para coger la capa

de Egwene. Y para exclamar que estaba fría como el hielo. En la lista de la mujer, ésa era otra causa de las jaquecas. Las Aes Sedai iban por ahí haciendo caso omiso del frío helador o del calor agobiante, pero el cuerpo era sabio, lo fuera una o no. Lo mejor era abrigarse bien con ropa. Y llevar ropa interior roja. Todo el mundo sabía que el color rojo era más cálido. Y también comer ayudaba. Un estómago vacío siempre acababa provocando escalofríos. A ella nunca la habría visto temblar, ¿verdad?

—Gracias, mamá —dijo Egwene con tono ligero, lo que provocó una queda y corta risa en la otra mujer. Y una mirada conmocionada. A pesar de las libertades que se tomaba, Chesa era una acérrima partidaria de las normas, hasta el punto de que hacía parecer poco estricta a Aledrin. En el fondo, al menos, ya que no siempre en las formas—. Hoy no me duele la cabeza, y se lo debo a la infusión que preparaste. —Quizás había sido el brebaje. Por horrible que supiera, como una medicina, no era peor que pasarse sentada en una sesión de la Antecámara durante más de medio día —. Y en realidad no tengo mucha hambre. Un panecillo será suficiente.

Por supuesto, no era tan fácil como eso. La relación entre señora y criada nunca era tan simple. Se vivía codo con codo, y te veía en tus peores momentos, conocía todas tus faltas y tus flaquezas. Con la doncella no existía intimidad. Chesa rezongó y mascculló entre dientes todo el tiempo mientras la ayudaba a desnudarse, y al final, abrigada con una bata —de seda roja, naturalmente, bordeada con finísimo encaje murandiano y con bordados de flores estivales; un regalo de Anaiya—, Egwene le dejó que quitara el paño de lino que cubría la bandeja sobre la mesita redonda.

El guiso de lentejas era una masa congelada en el cuenco, pero un poco de Poder encauzado arregló eso, y con la primera cucharada Egwene descubrió que sí tenía apetito. Se lo acabó todo y también el trozo de queso blanco con vetas azules y las aceitunas un tanto arrugadas y los dos panecillos crujientes, aunque tuvo que quitar gorgojos de los dos. Puesto que no quería quedarse dormida enseguida, bebió sólo una copa de vino con especias, que también tuvo que calentar y que sabía un poco amargo, pero Chesa sonrió de oreja a oreja, con aprobación, como si hubiese dejado limpia la bandeja. Egwene miró los platos, vacíos salvo por los huesos de aceitunas y unas migajas, y se dio cuenta de que, efectivamente, era lo que había hecho.

Una vez que se hubo metido en el estrecho catre, con dos mantas suaves y un edredón de plumas subidos hasta la barbilla, Chesa cogió la bandeja de la cena y se dirigió a la puerta, donde hizo una pausa.

—¿Queréis que vuelva, madre? Si os da uno de esos dolores de cabeza... Bueno, esa mujer encontró compañía, o en caso contrario ya estaría aquí. —Había un notorio tono despectivo en las palabras «esa mujer»—. Podría preparar otra jarra de infusión. Conseguí las hierbas de un buhonero que dijo que eran excelentes para las jaquecas. Y para las articulaciones y los trastornos del vientre también.

—¿Piensas realmente que es una casquivana, Chesa? —murmuró Egwene. Abrigada en la cama, se sentía adormilada. Quería dormir, pero todavía no. ¿Para jaquecas y articulaciones y vientre? Nynaeve se moriría de risa si lo oyera. Quizás había sido todo ese parloteo de las Asentadas lo que le había quitado el dolor de cabeza, después de todo—. Halima coquetea, supongo, pero no creo que la cosa haya pasado del coqueteo.

Durante un instante Chesa guardó silencio y mantuvo los labios fruncidos.

—Me pone... nerviosa, madre —dijo al fin—. Hay algo raro en la tal Halima, madre. Lo noto siempre que está cerca. Es como sentir que alguien se acerca a hurtadillas por detrás, o darse cuenta de que un hombre te está mirando mientras te bañas, o... —Se echó a reír, pero fue un sonido incómodo—. No sé cómo describirlo. Simplemente algo no está bien, no es como debería.

Egwene suspiró y se acurrucó más bajo las mantas.

—Buenas noches, Chesa. —Encauzó brevemente y apagó la lámpara, dejando la tienda envuelta en una profunda oscuridad—. Ve a dormir a tu cama esta noche. —Halima podría molestarse si venía y encontraba a otra en su camastro. ¿De verdad habría roto el brazo a un hombre? Sin duda él debía de haberla provocado de algún modo.

Quería soñar esa noche, tener sueños tranquilos —al menos, que pudiera recordarlos; tenía pocos que podrían definirse así—, pero había otra clase de sueño en que debía entrar antes, y para eso hacía cierto tiempo que no necesitaba quedarse dormida. Tampoco necesitaba uno de los *ter'angreal* que la Antecámara guardaba tan celosamente. Sumirse en un ligero trance era tan sencillo como decidir hacerlo, sobre todo encontrándose tan cansada, y...

Incorpórea, flotó en una negrura infinita, rodeada por un infinito mar de luces, un inmenso remolino de minúsculos puntos que brillaban con más intensidad que las estrellas en la noche más clara, más numerosos que las estrellas. Eran los sueños de toda la gente del mundo, de la de todos los mundos, reales o posibles, mundos tan extraños que no alcanzaba a entender, todos visibles allí, en el minúsculo vacío existente entre el *Tel'aran'rhiod* y el mundo de vigilia, el espacio infinito entre la realidad y los sueños. Algunos de esos sueños los reconoció sólo con mirarlos. Todos parecían iguales, pero ella los identificaba con tanta certidumbre como identificaba las caras de las hermanas. Evitó algunos. Los de Rand siempre estaban escudados, y temía que él se daría cuenta si intentaba escudriñarlos. De todos modos, el escudo impediría que los viera. Lástima no saber dónde se encontraba alguien mediante sus sueños; allí, dos puntos de luz podían encontrarse uno junto al otro mientras los soñadores se hallaban separados por miles de kilómetros. Los de Gawyn tiraban de ella, y Egwene huyó. Los sueños de Gawyn tenían sus propios peligros, de los cuales el menor no era su deseo de sumergirse en ellos. Los de Nynaeve la hicieron

detenerse un momento y despertaron en ella el deseo de meterle el miedo en el cuerpo a esa necia mujer, pero Nynaeve se las había arreglado para hacer caso omiso de ella hasta el momento, y Egwene no caería en la tentación de arrastrarla al *Tel'aran'rhiod* contra su voluntad, pero no fue por falta de ganas.

Moviéndose sin moverse, buscó a un soñador en particular. Uno de dos, al menos; cualquiera de ellos serviría. Las luces parecieron girar a su alrededor, pasar a tal velocidad que se volvieron rastros borrosos mientras ella flotaba inmóvil en aquel mar estrellado. Confiaba en que al menos uno de los que buscaba durmiera ya. La Luz sabía que ya era bastante tarde para cualquiera. Vagamente consciente de su cuerpo en el mundo de vigilia, se sintió bostezar y encoger las piernas debajo de las mantas.

Entonces vio el punto de luz que buscaba, y éste creció bruscamente ante sus ojos al aproximarse a gran velocidad a ella, pasando de parecer una estrella en el cielo a una luna llena y luego un muro brillante que llenaba su campo de visión, latiendo como algo que respirara. No lo tocó, por supuesto; eso podía conducir a todo tipo de complicaciones, incluso con la persona soñadora. Además, resultaría embarazoso meterse en el sueño de alguien de manera accidental. Extendió su percepción a través del mínimo espacio, fino como un cabello, que quedaba entre el sueño y ella, y habló con cuidado para que no se la escuchara como un grito. No tenía cuerpo; no tenía boca, pero habló.

ELAYNE, SOY EGWENE. REÚNETE CONMIGO EN EL SITIO DE SIEMPRE.

No creía que nadie pudiese oírla por casualidad, no sin que ella se diese cuenta, pero aun así no tenía sentido correr riesgos innecesarios.

El punto de luz se apagó. Elayne se había despertado, pero recordaría y sabría que la voz no había sido simplemente parte de un sueño.

Egwene se movió... a un lado. O quizá fue más como acabar un paso que no había acabado de dar. Era un poco ambas cosas. Se movió y...

Se encontró en una pequeña habitación, vacía salvo por una mesa de madera, llena de marcas, y tres sillas de respaldo recto. A través de las dos ventanas se veía que era noche cerrada, pero aun así había una especie de luz extraña, distinta de la de la luna o la de una lámpara o la del sol. No parecía proceder de ninguna parte: simplemente estaba. Sin embargo era suficiente para ver con claridad aquella pequeña y triste habitación. Los polvorientos paneles de madera de las paredes aparecían carcomidos por los insectos, y la nieve se había colado por los cristales rotos de las ventanas, amontonándose sobre una capa de ramitas y hojas muertas. Es decir, había nieve en el suelo a veces, al igual que ramitas y hojas secas. La mesa y las sillas se

mantenían en el mismo sitio, pero cada vez que Egwene apartaba la vista, la nieve había desaparecido al volver a mirar al mismo punto, en tanto que las hojas y las ramitas aparecían en lugares distintos, como si las hubiese arrastrado el viento. Incluso cambiaban mientras las miraba, simplemente surgiendo aquí o allí. Eso ya no le parecía más extraño que la sensación de unos ojos invisibles vigilando. Ninguna de las cosas era verdaderamente real; sólo existían tal como todo en el *Tel'aran'rhiod,* como un reflejo de realidad y un sueño, todo revuelto.

En el Mundo de los Sueños todo en derredor parecía desierto, pero esa habitación poseía la calidad de vacío que sólo podía proceder de un sitio que estaba realmente abandonado en el mundo de vigilia. Hasta hacía unos pocos meses aquel pequeño cuarto había sido el estudio de la Amyrlin, en la posada a la que se había denominado la Torre Chica, y en el pueblo de Salidar, rescatado de la floresta que lo había invadido, para convertirlo en el núcleo de la resistencia contra Elaida. Si saliese ahora al exterior vería retoños de árbol asomando entre la nieve en medio de las calles que tanto trabajo había costado desbrozar. Las hermanas seguían Viajando a Salidar para comprobar los palomares, todas recelosas de que alguna paloma enviada por sus informadores cayera en otras manos, pero sólo en el mundo de vigilia. Visitar los palomares allí habría resultado tan inútil como esperar que las palomas te encontraran por puro milagro. Los animales domesticados no parecían tener reflejo en el Mundo de los Sueños, y nada que se hiciera en él podía tocar el mundo de vigilia. Las hermanas con acceso a los *ter'angreal* del Sueño tenían mejores sitios que visitar que este pueblecito desierto de Altara, e indiscutiblemente tampoco nadie tenía motivo para ir a él en sueños. Era uno de los sitios en todo el mundo donde Egwene podía estar segura de que no la cogerían por sorpresa; en otros muchos resultaba que había personas que escuchaban a escondidas. O que transmitían una profunda tristeza. Detestaba ver en lo que se había convertido Dos Ríos desde su marcha.

Procuró disipar su impaciencia mientras esperaba que Elayne apareciera. Elayne no era una soñadora y necesitaba utilizar un *ter'angreal*. Sin duda, también querría avisar a Aviendha adónde iba. Con todo, los minutos se alargaron y Egwene se sorprendió paseando por el suelo de tosca madera, irritada. El tiempo discurría de modo distinto allí. Una hora en el *Tel'aran'rhiod* podían ser minutos en el mundo de vigilia, o viceversa. Era posible que Elayne estuviera moviéndose rápida como el viento. Egwene comprobó su vestimenta, un traje de montar gris con bordados en verde en el corpiño y formando anchas bandas en la falda pantalón —¿habría pensado en el Ajah Verde?—, y una sencilla redecilla que le recogía el cabello. Ni que decir tiene que la estrecha y larga estola de Amyrlin colgaba sobre su cuello. Hizo que la prenda desapareciera y después, al cabo de unos instantes, dejó que volviera a aparecer. Era cuestión de permitir que reapareciera, no de pensar conscientemente en ello. La estola era parte de cómo se sentía ahora, y era la Amyrlin la que necesitaba

hablar con Elayne.

No obstante, la mujer que al fin apareció en la habitación, de repente, no era Elayne sino Aviendha, sorprendentemente vestida con un atuendo de seda azul y bordados de plata, el cuello y los puños rematados con encaje claro. El grueso brazalete de marfil tallado que llevaba resultaba chocante con aquel vestido, al igual que el *ter'angreal* de Sueño que colgaba de un cordón alrededor de su cuello y que era un anillo de piedra extrañamente retorcido, con motas de color.

—¿Dónde está Elayne? —inquirió Egwene, inquieta—. ¿Se encuentra bien?

La Aiel se contempló a sí misma con estupefacción y de repente apareció vestida con una amplia falda de color oscuro, una blusa blanca, el chal sobre los hombros y un pañuelo doblado y ceñido en las sienes para sujetarse el cabello pelirrojo que le llegaba a la cintura, más largo de lo que lo tenía en la vida real, sospechó Egwene. Todo era mudable en el Mundo de los Sueños. Un collar de plata le rodeaba la garganta, un complejo trabajo de hileras de discos que los kandoreses denominaban copos de nieve y que era un regalo que la propia Egwene le había hecho hacía mucho tiempo.

—Fue incapaz de hacer funcionar esto —respondió Aviendha mientras tocaba el anillo retorcido que colgaba encima del collar—. Los flujos se le escapaban constantemente. Es por los bebés. —De repente sonrió y sus ojos, verdes como esmeraldas, casi centellearon—. Tiene un buen genio de vez en cuando. Tiró el anillo y se puso a saltar encima de él.

Egwene aspiró aire por la nariz de manera sonora. ¿Bebés? Así que iba a ser más de uno. Era raro que Aviendha se tomara con calma el hecho de que Elayne estuviese embarazada, ya que Egwene estaba convencida de que la Aiel amaba a Rand. Claro que las costumbres de su pueblo eran peculiares, por decirlo de un modo suave. ¡Jamás habría esperado eso de Elayne! ¡Ni de Rand! A decir verdad, nadie había comentado que él fuera el padre y tampoco era apropiado preguntar algo así, pero sabía contar; además, dudaba que Elayne se hubiese acostado con otro hombre. Entonces reparó en que estaba vestida con ropas de grueso paño oscuro y un chal aún más grueso que el de Aviendha. Ropas de Dos Ríos, del tipo que una mujer llevaría en una sesión del Círculo de Mujeres cuando, por ejemplo, una muchacha necia se había quedado embarazada y no daba señales de casarse. Respiró larga y profundamente y de nuevo volvió al traje de montar con bordados verdes. El resto del mundo no era como Dos Ríos. Luz, había llegado demasiado lejos para saber eso al menos. No tenía que gustarle, pero sí debía aceptarlo.

—Mientras ella y los... bebés se encuentren bien. —Luz, ¿cuántos? Más de uno podía suponer complicaciones. No; no iba a preguntar. Sin duda Elayne tendría la mejor comadrona de Caemlyn. Lo mejor era cambiar de tema enseguida—. ¿Sabéis algo de Rand? ¿O de Nynaeve? Tengo que decirle unas cuantas cosas por escaparse

con él.

—No sabemos nada de ninguno de los dos —repuso Aviendha mientras se ajustaba el chal con tanto cuidado como una Aes Sedai que evita los ojos de la Amyrlin. ¿Sonaba también cauto su tono?

Egwene chasqueó la lengua, irritada consigo misma. Realmente empezaba a ver conspiraciones en todas partes y a sospechar de todo. Rand se había escondido, nada más. Nynaeve era Aes Sedai, libre de hacer lo que quisiera. Aun cuando la Amyrlin daba órdenes, a menudo las Aes Sedai encontraban el modo de hacer exactamente lo que querían. En cualquier caso, la Amyrlin iba a dar un buen repaso a Nynaeve al'Meara cuando la tuviera a su alcance. En cuanto a Rand...

—Me temo que se os avecina un problema —dijo.

Una fina tetera de plata apareció encima de la mesa sobre una bandeja de plata batida, junto a dos delicadas tazas de porcelana verde. Un hilillo de vapor salía por el pitorro. Podría haber hecho aparecer el té en las tazas directamente, pero servirlo parecía parte de ofrecer la infusión a alguien, aunque fuera un té efímero tan inconsistente como un sueño. Una podía morirse de sed si quería beber lo que encontraba en el *Tel'aran'rhiod*, cuanto más con algo que una misma creaba, pero este té sabía como si las hojas hubiesen salido de un barril reciente y hubiese añadido la medida justa de miel. Tomó asiento en una de las sillas y dio sorbos de su taza mientras explicaba lo que había ocurrido en la Antecámara y por qué.

Tras las primeras palabras, Aviendha sostuvo la taza sin beber y miró a Egwene sin pestañear. Su oscura falda y la pálida blusa se transformaron en el *cadin'sor*, chaqueta y pantalones en tonos grises y pardos que se perdían en las sombras. Su largo cabello se acortó de repente y quedó oculto por un *shoufa*, con el negro velo colgando sobre el pecho. Aún más incongruente era que seguía luciendo el brazalete de marfil en la muñeca a pesar de que las Doncellas Lanceras no llevaban joyas.

—Todo eso por el faro que sentimos —murmuró, casi para sí misma, cuando Egwene terminó de hablar—. Porque creen que los Depravados de la Sombra tienen un arma. —Un modo extraño de enfocarlo.

—¿Y qué otra cosa puede ser? —inquirió Egwene, curiosa—. ¿Alguna de las Sabias ha dicho algo? —La época en que creía que las Aes Sedai poseían todo el conocimiento había quedado muy atrás, y a veces las Sabias revelaban cierta información que haría sobresaltar a la hermana más imperturbable.

Aviendha frunció el ceño y sus ropas cambiaron de nuevo a la falda, la blusa y el chal, y tras unos instantes al vestido de seda azul con encaje, esta vez con el collar kandoreño y el brazalete de marfil. Naturalmente, el anillo de Sueño siguió colgando del cordón de cuero, sin variar. Un chal apareció alrededor de sus hombros. En la habitación hacía un frío intenso, pero no parecía muy probable que aquella prenda de fino encaje azul claro pudiera proporcionar calor.

—Las Sabias están tan poco seguras como tus Aes Sedai. Aunque no tan asustadas, creo. La vida es un sueño del que todos acabamos despertando. Danzamos las lanzas con el Marchitador de las Hojas. —Ese nombre del Oscuro siempre le había parecido extraño a Egwene viniendo como venía del Yermo despoblado de árboles—. Pero nadie entra en la danza con la seguridad de que vivirá ni de que vencerá. No creo que las Sabias se planteen una alianza con los Asha'man. ¿Es eso sensato? —inquirió con cautela—. Por lo que dices, no estoy segura de que la quieras.

—No veo otra opción —admitió Egwene de mala gana—. Ese agujero mide cinco kilómetros de diámetro. Ésta es la única esperanza que tenemos, que yo vea.

—¿Y si los Depravados de la Sombra no poseyeran un arma? —Aviendha hizo la pregunta sin levantar la vista de su taza de té.

De pronto Egwene cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo la otra mujer. Aviendha se estaba preparando para ser una Sabia y, llevara la ropa que llevara, estaba actuando como una Sabia. Probablemente ésa era la razón del fino chal. Una parte de Egwene quiso sonreír. Su amiga había cambiado; ya no era aquella Doncella Lancera, a menudo exaltada, que había conocido. Otra parte de sí misma recordó que las Sabias no tenían siempre las mismas metas que las Aes Sedai. Lo que las hermanas valoraban mucho, con frecuencia para las Sabias no significaba nada. La entristecía tener que pensar en Aviendha como una Sabia en lugar de simplemente una amiga. Una Sabia se preocuparía de conseguir lo que fuera mejor para los Aiel y no para la Torre Blanca. Aun así, la pregunta era buena.

—Tendremos que tratar con la Torre Negra antes o después, Aviendha, y Moria tenía razón; ya hay demasiados Asha'man para plantearse amansarlos a todos. Y eso suponiendo que nos atreviéramos a amansarlos antes de la Última Batalla. Quizás un sueño me muestre otro camino, pero de momento ninguno lo ha hecho. —De momento ninguno de sus sueños le había servido de nada. Bueno, en realidad no—. Esto al menos nos ofrece el principio de un modo de manejarlos. En cualquier caso, se va a hacer. Eso si las Asentadas son capaces de ponerse de acuerdo en algo aparte del hecho de que tienen que intentar llegar a un arreglo. De modo que hemos de sobrellevarlo. Quizá sea para bien a la larga.

Aviendha sonrió mientras bebía. No era una sonrisa divertida; por alguna razón, parecía de alivio. No obstante, su tono sonó serio.

—Vosotras, las Aes Sedai, pensáis siempre que los hombres son necios. Llevad cuidado con esos Asha'man. Mazrim Taim dista mucho de ser tonto, y creo que es un hombre muy peligroso.

—La Antecámara es consciente de eso —repuso secamente Egwene. Era peligroso, desde luego. En cuanto a lo otro, quizá mereciera la pena hacerlo notar—. No sé por qué hablamos de esto. Ya no está en mis manos. Lo importante es que las

hermanas decidirán finalmente que la Torre Negra ha dejado de ser una razón para no acercarse a Caemlyn, ya que de todos modos vamos a hablar con ellos. La semana que viene o mañana os encontraréis con hermanas que se pasarán por allí simplemente para visitar a Elayne y ver cómo marcha el asedio. Lo que hemos de decidir es cómo mantener oculto lo que queremos que siga oculto. Tengo unas cuantas sugerencias, y espero que vosotras tengáis más.

La idea de Aes Sedai desconocidas apareciendo en el Palacio Real agitó a Aviendha hasta el punto de que su vestimenta pasó velozmente del traje de seda al *cadin'sor* y de éste a la falda de paño y la blusa de *algode*, y vuelta a empezar mientras hablaban, aunque ella no pareció darse cuenta. En realidad ella no tenía nada que temer si las Aes Sedai visitantes descubrían a las Allegadas o a las *sul'dam* y *damane* cautivas o el trato con las mujeres de los Marinos, pero seguramente le preocupaban las repercusiones que tuviera para Elayne.

Lo de las Atha'an Miere no sólo hizo que apareciera el *cadin'sor*, sino también una adarga de piel de toro junto a la silla, con tres lanzas cortas Aiel. Egwene se planteó preguntar si había un problema especial con las Detectoras de Vientos —cualquier problema más allá de los habituales, se entiende—, pero se contuvo. Si Aviendha no lo mencionaba, entonces es que era un tema que Elayne y ella querían manejar por sí mismas. Sin duda lo habría dicho si hubiese algo que Egwene tuviera que saber. ¿O no?

Egwene suspiró y dejó la taza en la mesa, de la que no tardó en desaparecer, y se frotó los ojos. Realmente, ahora la desconfianza formaba parte de su ser; y sin ella era muy poco probable que pudiera sobrevivir. Al menos no tenía que actuar siempre en consecuencia con sus sospechas; no con una amiga.

—Estás cansada —dijo Aviendha, de nuevo vestida con la blusa blanca, la falda y el chal oscuros, una Sabia de penetrantes ojos verdes preocupada—. ¿No duermes bien?

—Duermo bien —mintió Egwene a la par que esbozaba una sonrisa. Aviendha y Elayne tenían sus propias preocupaciones para que también cargaran con el tema de sus dolores de cabeza—. Bien, no se me ocurre nada más —dijo mientras se levantaba—. ¿Y a ti? Entonces hemos acabado —prosiguió cuando la otra mujer sacudió la cabeza—. Dile a Elayne que se cuide. Y tú cuídala. Y a sus bebés.

—Lo haré —contestó Aviendha, ahora con el vestido de seda azul—. Pero tú has de cuidarte también. Creo que trabajas demasiado. Que duermas bien y despiertes —añadió suavemente; era la fórmula Aiel de decir «buenas noches». Y tras ello desapareció.

Egwene frunció el entrecejo mirando el punto donde su amiga se encontraba un instante antes. No trabajaba demasiado. Sólo lo necesario. Regresó a su cuerpo y descubrió que estaba sumida en el sueño.

Eso no significaba que ella estuviera dormida, o no exactamente. Su cuerpo dormía, con una respiración lenta y profunda, pero ella se dejó llevar apenas lo justo para que los sueños llegaran. Podría haber esperado simplemente a despertar y recordarlos entonces mientras los escribía en el pequeño libro de notas que guardaba en el fondo de uno de los baúles de ropa, metido entre la fina ropa interior que no se sacaría hasta bien entrada la primavera. Pero observar los sueños mientras llegaban ahorraba tiempo. Pensaba que eso podría ayudarla a descifrar lo que significaban. Al menos, los que eran algo más que las fantasías nocturnas corrientes.

Había muchas de ésas, a menudo relacionadas con Gawyn, un hombre alto y maravilloso que la tomaba en sus brazos y bailaba con ella y le hacía el amor. Hubo un tiempo, incluso en sueños, en que había rehuido los pensamientos de hacer el amor con él. Se había puesto colorada al despertar y recordarlo. Ahora eso le parecía una tontería, una chiquillada. Algún día, de algún modo, lo vincularía como su Guardián, y se casaría con él, y haría el amor con él hasta hacerle pedir clemencia. Incluso en sus sueños, esa idea la hacía reír. Otros sueños no eran tan agradables. Caminaba a través de un manto de nieve que le llegaba a la cintura y entre árboles que crecían muy juntos, sabiendo que tenía que llegar al borde del bosque. Pero incluso cuando atisbaba ese borde al frente, en un abrir y cerrar de ojos éste retrocedía en la distancia, dejándola en la fronda para seguir avanzando a trancas y barrancas. O empujaba una gran piedra de molino cuesta arriba por una empinada pendiente, pero cada vez que estaba a punto de llegar a la cima resbalaba y caía y veía que la enorme piedra bajaba rodando hasta el fondo, de manera que tenía que descender y empezar de nuevo, sólo que cada vez la cuesta era más alta que antes. Sabía lo suficiente de los sueños para entender de dónde procedían ésos aunque no hubiesen tenido un significado especial; ninguno aparte del hecho de que estaba cansada y no obstante tenía ante sí una tarea interminable en apariencia. Sin embargo nada se podía hacer al respecto. Sintió las sacudidas de su cuerpo con los sueños laboriosos e intentó relajar los músculos. Ese dormir a medias era poco más beneficioso que permanecer despierta, y aún menos si se pasaba toda la noche agitándose en el lecho. Sus esfuerzos tuvieron cierto resultado. Al menos sólo se retorció en un sueño en el que se veía obligada a tirar de un carro cargado hasta los topes de Aes Sedai por un camino embarrado.

Llegaron otros sueños que no eran ni una cosa ni otra.

Mat se hallaba en el prado de un pueblo jugando a los bolos. Las casas de techos de bálago eran vagas, al modo de los sueños —en ocasiones los tejados eran de pizarra; a veces las casas parecían de piedra y otras, de madera—, pero él aparecía meridianamente claro, vestido con una buena chaqueta verde y ese sombrero negro de ala ancha, igual que lo había visto el día en que había llegado a Salidar. No se veía ninguna otra persona. Frotando la bola entre las manos, Mat dio una corta carrera y la

lanzó sobre la suave hierba. Los nueve palos cayeron, esparcidos como si les hubiesen dado una patada. Mat se volvió y cogió otra bola, y los palos volvieron a encontrarse de pie. No, era un juego de palos nuevo. Los de antes seguían tirados donde habían caído. De nuevo arrojó la bola, un lanzamiento sin levantar el brazo por encima del hombro. Y Egwene deseó gritar. Los palos no era piezas de madera, sino hombres plantados allí, viendo rodar la bola hacia ellos. Ninguno se movió hasta que la bola los lanzó por el aire. Mat se volvió para coger otra bola y aparecieron nuevos palos, otros hombres, plantados en formación entre los que yacían despatarrados en el suelo, como muertos. No; estaban realmente muertos. Despreocupado, Mat lanzó.

Era un sueño real; Egwene lo supo mucho antes de que se desvaneciera. Un atisbo del futuro que podría suceder, una advertencia de algo que debería vigilarse. Los sueños reales eran siempre posibilidades, no certezas —a menudo tenía que recordárselo; Soñar no era Predecir—, pero ésta era una peligrosa posibilidad. De eso no le cabía duda. Y un Iluminador formaba parte de ello. Mat había conocido a una Iluminadora en cierta ocasión, pero de eso hacía mucho tiempo. Esto era algo más reciente. Los Iluminadores se habían desperdigado y sus casas capitulares habían desaparecido. Había una que incluso realizaba su trabajo en un espectáculo ambulante con el que Elayne y Nynaeve habían viajado un tiempo. Mat podría encontrar a un Iluminador en cualquier parte. Aun así, sólo era un posible futuro. Sangriento y funesto, pero sólo posible. Con todo, ya lo había soñado al menos dos veces. No exactamente el mismo sueño, pero siempre con el mismo significado. ¿Eso lo haría más dado a realizarse? Tendría que preguntar a las Sabias para saberlo, y cada vez era más reacia a hacerlo. Cada pregunta que planteaba les revelaba algo, y sus metas no eran las que tenía ella. Para salvar tantos Aiel como fuera posible dejarían que la Torre Blanca fuera arrasada hasta sus cimientos. Ella tenía que pensar en algo más que un pueblo, que una nación.

Más sueños.

Ascendía trabajosamente por una vereda estrecha y pedregosa por la cara de un imponente acantilado. Las nubes la rodeaban, ocultando el suelo abajo y la cumbre arriba, pero aun así sabía que ambos se encontraban muy lejos. Tenía que plantar los pies con mucho cuidado. La senda era una inestable repisa apenas lo bastante ancha para mantenerse de pie sobre ella, con un hombro pegado contra la cara del risco, y estaba sembrada de piedras grandes como puños que podían voltearse bajo un paso mal dado y lanzarla por el borde al vacío. Casi se parecía a los sueños de las ruedas de molino y de tirar de carros, pero Egwene sabía que era un sueño real.

De repente, la repisa se vino abajo con el chasquido de piedra quebrándose, y Egwene se pegó frenéticamente a la cara del risco, tanteando para encontrar dónde asirse. Sus dedos se deslizaron en una pequeña grieta y su caída se frenó con un violento tirón que casi le dislocó los brazos. Con los pies colgando en las nubes

escuchó cómo el fragmento de la repisa desprendido se golpeaba contra el risco hasta que el sonido se perdió sin que la piedra hubiese llegado al fondo. Entrevió la forma borrosa de la repisa rota a su izquierda. Estaba casi a tres metros de distancia; para las posibilidades que tenía de llegar a ella, tanto daba que hubiese estado a casi tres kilómetros. En la dirección contraria, la niebla ocultaba lo que quiera que quedara del sendero, pero Egwene creía que debía de estar aún más alejado. No tenía fuerza en los brazos. No podía auparse, sólo quedarse allí, colgada de las puntas de los dedos, hasta que se cayera. El borde de la grieta parecía tan afilado como un cuchillo bajo sus dedos.

De pronto, entre las nubes apareció una mujer descendiendo por la escarpada cara del risco con la agilidad de quien baja una escalera. Llevaba una espada sujeta a la espalda. Su rostro titilaba, sin que se hiciera preciso en ningún momento, pero la espada parecía sólida como la roca. La mujer llegó a la altura de Egwene y le tendió una mano.

—Podemos llegar a la cumbre juntas —dijo con un familiar acento que arrastraba las palabras.

Egwene apartó el sueño como si fuese una víbora. Sintió cómo se sacudía su cuerpo, se oyó gemir en sueños, pero durante un instante no pudo hacer nada. Había soñado con seanchan antes, con una seanchan vinculada a ella de algún modo, pero ésta era una seanchan que la salvaría. ¡No! Le habían puesto una cadena, la habían hecho *damane*. ¡Antes moriría que dejar que la salvara una seanchan! Transcurrió un buen rato antes de que fuera capaz de instarse a tranquilizar su cuerpo dormido. O quizá sólo le pareció que había pasado mucho tiempo. Una seanchan, no; ¡eso jamás!

Poco a poco, los sueños volvieron.

Trepaba por otro sendero de un risco envuelto en nubes, pero ésta era una repisa ancha de roca blanca suavemente pavimentada y no había piedras sueltas. El propio risco era blanco como tiza y tan suave como si estuviese pulido. Subió deprisa y enseguida se dio cuenta de que la repisa ascendía en espiral. El risco era realmente una aguja pétrea. Tan pronto como concibió esa idea, se encontró arriba, sobre un disco liso y pulido envuelto en niebla. No era totalmente liso, en realidad. Un pedestal se erguía justo en el centro del aquel círculo y servía de soporte a una lámpara de aceite, de cristal transparente. La llama de la lámpara ardía brillante y firme, sin titilar. También era blanca.

De repente un par de aves salieron de la niebla, dos cuervos tan negros como la noche. Sobrevolaron velozmente la aguja, golpearon la lámpara y siguieron vuelo sin hacer la menor pausa. La lámpara se tambaleó sobre el pedestal, lanzando gotas de aceite. Algunas de esas gotas se incendiaron en el aire y desaparecieron. Otras cayeron alrededor de la columna, todas sustentando una minúscula y titilante llama blanca. Y la lámpara siguió dando tumbos, a punto de caerse.

Egwene se despertó con una sacudida en medio de la oscuridad. Lo sabía. Por primera vez sabía con exactitud lo que significaba un sueño. Mas ¿por qué soñar con una seanchan que la salvaba y después con los seanchan atacando la Torre Blanca? Un ataque que sacudía a las Aes Sedai en sus cimientos y que amenazaba a la propia Torre. Por supuesto, sólo era una posibilidad. No obstante, los sucesos en los sueños verdaderos eran más probables que otros.

Creía que estaba considerando las cosas con tranquilidad, pero al sentir el áspero roce de las solapas de la entrada estuvo a punto de abrazar la Fuente Verdadera. Se apresuró a realizar ejercicios de novicia para recobrar el control: el agua fluyendo sobre piedras suaves; el viento soplando entre la hierba. Luz, sí que se había asustado. Tuvo que realizar dos para conseguir recuperar cierta calma. Abrió la boca para preguntar quién era.

—¿Dormida? —musitó quedamente la voz de Halima. Su voz sonaba insinuante, casi excitada—. Bueno, no me importaría disfrutar de una buena noche de sueño.

Egwene permaneció muy quieta mientras oía a la otra mujer quitarse la ropa para acostarse. Si descubría que estaba despierta tendría que hablar con ella y, en ese momento, sería embarazoso. Estaba bastante segura de que Halima había encontrado compañía, aunque no para toda la noche. La mujer podía hacer lo que quisiera, por supuesto, pero aun así Egwene se sentía decepcionada. Deseando haber seguido dormida, se sumergió de nuevo en el sueño y esta vez no se paró a mitad de camino, sino que se quedó completamente dormida.

Chesa apareció muy temprano para llevarle el desayuno en una bandeja y la ayudó a vestirse. De hecho, era de madrugada y apenas apuntaban las primeras luces, de modo que hubo que encender la lámpara para poder ver algo. Las ascuas del brasero se habían apagado a lo largo de la noche, naturalmente, y el frío en la atmósfera tenía algo de gris. Quizás iba a nevar. Halima se puso su muda y su vestido de seda al tiempo que bromeaba sobre cómo le gustaría tener una doncella, en tanto que Chesa abrochaba las hileras de botones que cerraban la espalda del de Egwene. La fornida mujer mostraba un gesto serio, sin hacer el menor caso a Halima. Egwene guardó silencio. No le dijo nada a Halima porque no era su criada y no tenía derecho a marcarle unas normas.

Justo cuando Chesa acababa de abrocharle y daba una palmadita a Egwene en el brazo, Nisao entró en la tienda, dejando pasar un soplo de aire frío. Por el fugaz atisbo del exterior antes de que las solapas se cerraran tras ella, Egwene comprobó que fuera estaba gris. Realmente parecía que estuviera por nevar.

—He de hablar a solas con la madre —dijo Nisao, que mantenía ajustada su capa como si ya sintiera la nieve. Un tono tan firme no era habitual en la menuda mujer.

Egwene hizo un gesto con la cabeza a Chesa.

—No dejéis que se os enfríe el desayuno —dijo ésta antes de hacer una

reverencia y salir.

Halima se paró y miró a Nisao y a Egwene; después recogió su capa de donde la había dejado tirada al pie del catre.

—Supongo que Delana tiene trabajo para mí —dijo en un tono que sonaba irritado.

Nisao miró ceñuda la espalda de la mujer cuando se marchó, pero sin decir palabra abrazó el *Saidar* y tejió una salvaguardia contra oídos indiscretos en torno a Egwene y ella. Sin pedir permiso.

—Anaiya y su Guardián están muertos —anunció—. Algunos de los trabajadores que traen los sacos de carbón oyeron anoche un ruido, como alguien revolcándose en el suelo, y, aunque parezca mentira, todos fueron corriendo a ver qué pasaba. Encontraron a Anaiya y a Setagana tendidos en la nieve, muertos.

Egwene se sentó lentamente en su silla, que no parecía muy cómoda en ese momento. Anaiya muerta. No había tenido ningún rasgo hermoso, salvo su sonrisa, pero cuando sonreía reconfortaba todo cuanto la rodeaba. Una mujer de rostro poco agraciado que gustaba adornar sus vestidos con encaje. Egwene sabía que tendría que sentirse triste también por Setagana, pero él había sido un Guardián. De haber sobrevivido a Anaiya, no era probable que su vida se hubiese alargado mucho.

—¿Cómo? —preguntó. Nisao no habría tejido una salvaguardia sólo para informarle de la muerte de Anaiya.

El semblante de Nisao se puso tenso y, a despecho de la salvaguardia, miró hacia atrás como si temiese que alguien estuviera escuchando tras las solapas de la entrada.

—Los trabajadores pensaban que habían comido setas en mal estado. Algunos granjeros no son cuidadosos a la hora de recoger lo que se proponen vender, y un hongo de la especie equivocada puede paralizar los pulmones o inflamar la tráquea de manera que se muere por asfixia. —Egwene asintió con impaciencia. Después de todo, había crecido en una población rural—. Parece que todo el mundo se muestra inclinado a aceptar esa explicación —prosiguió Nisao, aunque sin apresurarse. Sus manos se abrían y se cerraban sobre los bordes de la capa, y parecía remisa a llegar a su conclusión—. No había heridas ni lesiones de ningún tipo. No hay razón para pensar que fuera otra cosa que el resultado de la codicia de un granjero que vendió setas malas. Pero... —Suspiró, volvió a echar una ojeada hacia atrás, y bajó el tono de voz—. Supongo que fue por la conversación sobre la Torre Negra en la Antecámara, pero hice una resonancia. Los mató el *Saidin*. —Una mueca de asco asomó por un fugaz momento a su cara—. Creo que alguien tejió flujos de Aire alrededor de sus cabezas hasta asfixiarlos. —Se estremeció y se ajustó más la capa.

Egwene también habría querido estremecerse. Le sorprendió no hacerlo. Anaiya muerta. Asfixiada. Una forma deliberadamente cruel de matar, utilizada por alguien que había esperado no dejar huellas.

—¿Se lo has contado a alguien más?

—Por supuesto que no —respondió Nisao, indignada—. Vine aquí directamente. O al menos tan pronto como supe que estabais despierta.

—Lástima. Tendrás que explicar por qué no informaste antes. Esto no es algo que podamos mantener en secreto. —Bueno, las Amyrlin habían ocultado cosas más importantes por bien de la Torre, a su modo de ver—. Si entre nosotros hay un hombre que encauza, entonces las hermanas tienen que estar advertidas. —Era poco probable que un varón que encauzaba se escondiera entre los trabajadores o los soldados, pero aún lo era menos que hubiera ido allí para matar a una hermana y a su Guardián. Lo cual planteaba otra cuestión—. ¿Por qué Anaiya? ¿Quizás estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado? ¿Dónde murieron?

—Cerca de las carretas del lado sur del campamento. Ignoro por qué se encontraban allí a esas horas de la noche. A menos que Anaiya fuera a las letrinas y Setagana haya creído que necesitaba protección incluso allí.

—Entonces vas a tener que averiguarlo, Nisao. ¿Qué hacían Anaiya y Setagana fuera cuando todo el mundo dormía? ¿Por qué los mataron? Esto sí que lo guardarás en secreto. Hasta que puedas darme razones, nadie salvo nosotras dos debe saber que estás investigando el caso.

Nisao abrió la boca y la cerró.

—Hay que cumplir con el deber —mascculló entre dientes. No se le daba bien guardar secretos importantes, y lo sabía. El último que había intentado guardar la había conducido directamente a tener que jurar lealtad a Egwene—. ¿Frenará esto las conversaciones sobre un acuerdo con la Torre Negra?

—Lo dudo —repuso cansinamente Egwene. Luz, ¿cómo podía estar cansada ya? El sol ni siquiera había salido del todo—. En cualquier caso, lo que sí creo es que vamos a tener otro día muy largo. —Y lo mejor que se le ocurría que podía esperar de él era llegar a la noche sin sufrir una jaqueca.

21. Una marca

Alviarin cruzó el acceso dejando que se cerrara de golpe tras ella en una línea de intenso color blanco azulado que al cabo se desvaneció, y casi de inmediato estornudó por el polvo levantado con los zapatos. Un segundo estornudo la sacudió, y el siguiente hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Sin más luz que la del globo que flotaba delante de ella, el almacén de paredes toscas, excavado en el lecho de roca tres niveles más abajo de la biblioteca de la Torre, se hallaba vacío salvo por el polvo acumulado durante siglos. Habría preferido regresar directamente a sus aposentos de la Torre, pero siempre existía la posibilidad de tropezar con un sirviente limpiando y entonces tendría que librarse del cadáver y confiar en que nadie recordara que a esa persona se la había visto por última vez entrando en sus aposentos. Mesaana había ordenado que mantuviera el enmascaramiento y que no levantase la más ligera sospecha, lo que parecía una precaución exagerada cuando el Ajah Negro se había movido por la Torre con impunidad desde su fundación, pero cuando uno de los Elegidos daba una orden sólo un necio desobedecía. Al menos si había la más mínima posibilidad de ser descubierto.

Irritada, Alviarin encauzó para hacer caer el polvo al suelo, y lo llevó a cabo con tanta violencia que las losas de piedra tendrían que haber temblado. No tendría que pasar por lo mismo todas las veces si amontonara el polvo en un rincón en lugar de dejarlo extendido. Nadie había bajado a tanta profundidad hacía años, así que nadie repararía en que el cuarto se había limpiado. Mas siempre había alguien que hacía lo imprevisible. Ella misma actuaba así a menudo y no estaba dispuesta a arriesgarse a que la descubrieran por un estúpido error. Con todo, rezongó entre dientes mientras encauzaba para limpiar el barro rojizo de sus zapatos y del repulgo de la falda y de la capa. Era poco probable que alguien lo reconociera como procedente de Tremalking, la isla más grande de los Marinos, pero sí podría preguntarse dónde habría estado para ensuciarse de barro. El recinto de la Torre debía de estar enterrado bajo la nieve excepto en los sitios donde se hubiese retirado con palas, dejando despejada la tierra helada. Todavía rezongando, volvió a encauzar para ahogar el chirrido de los goznes oxidados mientras abría la puerta de tosca madera. Había un modo de hacer un tejido y ocultarlo, de manera que no habría tenido que realizar esa tarea todas las veces —estaba segura de que lo había—, pero Mesaana se había negado a enseñárselo.

Mesaana era la verdadera razón de su enfado. La Elegida enseñaba lo que quería y nada más, hacía insinuaciones sobre la existencia de maravillas y después no las revelaba. Y la utilizaba como una chica de los recados. Ella era la cabeza del Consejo Supremo y sabía de memoria los nombres de todas las hermanas Negras sin excepción, cosa que no podía decir Mesaana. A la Elegida le importaba poco quién llevaba a cabo sus órdenes mientras se cumplieran, y al pie de la letra. Con demasiada

frecuencia quería que se ocupara Alviarin en persona, obligándola a tratar con mujeres y hombres que se creían sus iguales porque también servían al Gran Señor. Demasiados Amigos se tenían por iguales a las Aes Sedai, o incluso superiores. Para colmo, Mesaana le tenía prohibido que diese un escarmiento ejemplar siquiera a uno de ellos. ¡Insignificantes y asquerosas ratas, incapaces de encauzar, y ella tenía que ser amable sólo porque alguno podría estar sirviendo a otro de los Elegidos! Resultaba evidente que Mesaana no lo sabía con seguridad. Era uno de los Elegidos, y, por su falta de certeza, la obligaba a sonreír a quienes eran menos que el polvo de la calle.

La bola de pálida luz flotaba más adelante para alumbrarle el camino, y Alviarin se deslizó por el corredor de tosca piedra mientras alisaba el polvo que quedaba atrás con ligeros tejidos de Aire para no dejar huellas de su paso, al tiempo que enumeraba varias «perlas» que le gustaría soltarle a Mesaana. Naturalmente, no le diría ninguna, cosa que incrementó su irritación. Criticar a un Elegido aun en los términos más suaves era un camino corto hacia el dolor, quizás a la muerte. A decir verdad, casi seguro que a ambas cosas. Con los Elegidos, humillarse y obedecer era el único modo de sobrevivir, y lo primero era tan importante como lo segundo. La recompensa de la inmortalidad merecía un poco de humillación. Con ella conseguiría todo el poder que deseaba, mucho más que el que cualquier Amyrlin hubiese tenido jamás. Sin embargo, lo primero era sobrevivir.

Una vez que llegó a lo alto de la primera rampa que conducía a los niveles superiores, dejó de molestarse en borrar sus huellas. Allí había mucho menos polvo y estaba surcado por marcas de ruedas de carretillas y de zapatos; otro par de huellas de pisadas pasaría inadvertido. Aun así, caminó deprisa. Por lo general la animaba la idea de vivir para siempre, de acabar manejando poder a través de Mesaana como ahora hacía a través de Elaida. Bueno, casi igual; esperar conducir a Mesaana al estado de docilidad de Elaida era demasiado ambicioso, pero podía atar cuerdas a la mujer para asegurar su propio ascenso. Ese día su mente volvía una y otra vez al hecho de que había estado ausente de la Torre casi un mes. Mesaana no se habría molestado en mantener bajo control a Elaida durante su ausencia, aunque a buen seguro la Elegida le echaría la culpa a ella si algo había salido mal. Claro que Elaida estaba adecuadamente acobardada después de la última vez. Había suplicado que se la eximiera de recibir castigos en privado a manos de la Maestra de las Novicias. Pues claro que estaba demasiado acobardada para traspasar la línea. Por supuesto que sí. Alviarin apartó a Elaida a un rincón de su mente, pero siguió caminando deprisa.

Una segunda rampa la condujo al sótano superior, donde dejó que la bola de luz desapareciera y soltó el *Saidar*. Allí las sombras estaban salpicadas de zonas tenuemente iluminadas que casi se tocaban, gracias a las lámparas colocadas en soportes de hierro a lo largo de las paredes de piedra, las cuales se hallaban

cuidadosamente labradas en ese nivel. Nada se movía salvo una rata que se escabulló con un débil repiqueteo de patas sobre las baldosas. Eso casi la hizo sonreír. Casi. Los ojos del Gran Señor llegaban a todos los rincones de la Torre ahora, aunque nadie parecía haber notado que las salvaguardias habían fallado. No creía que fuese obra de Mesaana; las salvaguardias ya no funcionaban como se suponía que debían hacer, simplemente. Había... brechas. Por supuesto, a ella no le importaba que el animal la viera o informara de lo que había visto, pero aun así se metió rápidamente en una estrecha escalera de caracol. Podía haber gente en ese nivel, y de la gente no se podía fiar como de las ratas.

Quizá, pensó mientras subía, podía tantear a Mesaana sobre aquella increíble irradiación de Poder, siempre y cuando fuera... delicada. La Elegida podría pensar que ocultaba algo si no lo mencionaba. Cualquier mujer que encauzara, en cualquier parte del mundo, se tenía que estar preguntando qué había ocurrido. Sólo tendría que llevar cuidado para no decir nada que sugiriese que había visitado el sitio. Mucho después de que la irradiación cesara, por supuesto —¡no era tan estúpida como para meterse en algo así, sin más!—, pero Mesaana parecía pensar que Alviarin debería realizar sus «tareas» sin tomarse un momento de descanso. ¿De verdad creería esa mujer que no tenía asuntos propios de los que ocuparse? Lo mejor era actuar como si no los tuviera. Al menos, de momento.

En las sombras de lo alto de la escalera se paró delante de una pequeña y sencilla puerta, toscamente acabada en ese lado, para recobrar la serenidad mientras doblaba la capa y se la colgaba sobre el brazo. Mesaana era uno de los Elegidos, pero no dejaba de ser humana. Cometía errores. Y la mataría en un abrir de cerrar de ojos si *ella* cometía uno. Humillarse, obedecer y sobrevivir. Y ser precavida siempre. Había sabido eso mucho antes de encontrarse con uno de los Renegados. Sacó la estola blanca de Guardiana de su escarcela, se la puso alrededor del cuello y entreabrió la puerta con cuidado para escuchar. Silencio, como esperaba. Salió al Noveno Depósito y cerró la puerta tras ella. Por la cara interior la puerta seguía siendo sencilla, pero la habían pulido hasta sacarle un brillo suave.

La biblioteca de la Torre estaba dividida en doce depósitos, al menos hasta donde era de conocimiento público; el Noveno era el más pequeño y se hallaba dedicado a textos de diversas formas de aritmética, pero aun así seguía siendo una cámara amplia en forma ovalada, con una cúpula achatada por techo, repleta de hileras e hileras de altas estanterías de madera, cada cual rodeada por una estrecha pasarela que discurría a tres metros del suelo de baldosas de siete colores. Altas escalerillas colgaban junto a las estanterías, montadas sobre ruedas tanto en el suelo como en las pasarelas para poder desplazarlas cómodamente. Había lámparas acristaladas de metal, con pies tan pesados que hacían falta tres o cuatro hombres para mover una. El fuego era una preocupación constante en la biblioteca. Las lámparas de pie ardían intensamente

para alumbrar el camino a cualquier hermana que quisiera encontrar un libro o un manuscrito estuchado, pero un carrito que contenía tres grandes volúmenes con encuadernación de cuero seguía en medio de un pasillo, exactamente en el mismo sitio donde recordaba haberlo visto la última vez que había pasado por allí. No entendía por qué hacían falta distintas formas de aritmética o por qué se habían escrito tantos libros al respecto, y a pesar de que la Torre se preciaba de tener la mayor colección de libros del mundo, que trataban sobre cualquier tema posible, parecía que la mayoría de las Aes Sedai coincidía con ella. Nunca había visto a otra hermana en el Noveno Depósito, razón por la cual lo utilizaba para sus llegadas. En las anchas puertas en arco, que se encontraban abiertas, escuchó hasta quedar convencida de que el corredor al otro lado se hallaba desierto y entonces salió. A cualquiera le habría extrañado que de repente sintiera interés en los libros de ese depósito.

Mientras avanzaba presurosa por los corredores principales, donde las baldosas formaban filas con los colores de los Ajahs, se le ocurrió que la biblioteca estaba más silenciosa de lo que era habitual, aun contando con que quedaban pocas hermanas en la Torre actualmente. Siempre se veía allí a una o dos hermanas, aunque sólo fuesen las bibliotecarias —de hecho algunas Marrones tenían aposentos en los pisos altos además de sus habitaciones en la Torre—, pero las grandes figuras de siete metros o más de altura talladas en las paredes de los pasillos, que representaban gentes con ropas extravagantes y animales extraños, podrían haber sido los únicos habitantes de la biblioteca. Las corrientes de aire hacían crujir débilmente las cadenas de las que pendían las lámparas a siete metros de altura. Los pasos de Alviarin sonaban inusualmente fuertes, levantando ecos en el techo abovedado.

—¿En qué puedo ayudarte? —inquirió una queda voz de mujer a su espalda.

Sobresaltada, Alviarin giró sobre sus talones, a punto de dejar caer la capa, antes de recobrar el control.

—Sólo quería pasear por la biblioteca, Zemaille —contestó y de inmediato sintió un ramalazo de irritación. Si estaba lo bastante nerviosa para dar explicaciones a una bibliotecaria, entonces es que realmente necesitaba controlarse antes de informar a Mesaana. Casi deseó contarle a Zemaille lo que ocurría en Tremalking, sólo para ver si la mujer se estremecía.

La sosegada expresión en la oscura tez de la hermana Marrón no cambió, pero un dejo de cierta emoción indescifrable alteraba el timbre de su voz. Alta y esbelta, Zemaille siempre mostraba esa máscara de reserva y distanciamiento, pero Alviarin sospechaba que era menos tímida de lo que pretendía; y menos afable.

—Es muy comprensible. La biblioteca es un lugar apacible y son unos momentos muy tristes para todas nosotras. Más tristes para ti, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Alviarin mientras se daba media vuelta. ¿Momentos

tristes? ¿Para ella en particular? Se planteó llevar a la mujer a un rincón apartado donde interrogarla y deshacerse de ella, pero entonces reparó en la presencia de otra Marrón, una mujer oronda con la tez más oscura incluso que Zemaille, que las observaba desde un punto más adelante del pasillo. Aiden y Zemaille eran débiles en el Poder, pero superarlas a las dos al mismo tiempo sería difícil si no imposible. ¿Por qué se encontraban las dos en la planta baja? Se las veía contadas veces, ya que se encerraban en las habitaciones de los pisos altos que compartían con Nyein, la tercera hermana de los Marinos, y en el llamado Decimotercer Depósito, donde se guardaban los informes secretos. Las tres trabajaban allí, inmersas gustosamente en sus tareas. Siguió caminando e intentó convencerse de que se estaba poniendo nerviosa sin necesidad, pero ello no sirvió para apaciguar el cosquilleo que sentía entre los omóplatos.

La ausencia de bibliotecarias guardando la entrada principal incrementó esa sensación. Siempre había bibliotecarias en todas las entradas para asegurarse de que ni un pedacito de papel saliera de la biblioteca sin su conocimiento. Alviarin encauzó para empujar una de las altas puertas talladas y abrirla antes de llegar a ella; dejándola abierta, se apresuró a bajar la ancha escalinata de mármol. El camino amplio, bordeado de robles, que conducía hacia la alta Torre estaba limpio de nieve, pero de no haberlo estado habría utilizado el Poder para derretir la nieve a su paso y que pensaran lo que quisieran si la veían. Mesaana había dejado bien claro el precio de arriesgarse a que cualquiera pudiera aprender el tejido para Viajar o incluso que supiera que existía tal cosa; de otro modo, habría Viajado desde allí mismo hasta su destino. Con la Torre a la vista, asomándose imponente sobre las copas de los árboles y resplandeciendo con la pálida luz del sol matinal, habría llegado allí de un paso. En cambio, refrenó el deseo de correr.

No era extraño encontrar los altos y amplios corredores de la Torre vacíos. Unos cuantos sirvientes con la Llama de Tar Valon en la pechera hicieron reverencias a su paso, pero tenían tan poca importancia como las corrientes de aire que agitaban las llamas de las lámparas y los tapices colgados en las níveas paredes. Actualmente las hermanas se quedaban en la sección de su Ajah todo lo posible y, a menos que la Aes Sedai con que se encontrara fuera miembro de su propio núcleo, de nada serviría saber que pertenecía al Ajah Negro. Ella las conocía, pero no al contrario. Además, no estaba dispuesta a descubrirse a nadie que no fuera necesario. Quizás algún día unos de esos maravillosos instrumentos de la Era de Leyenda de los que Mesaana hablaba le permitiría interrogar de inmediato a cualquier hermana, si es que la Elegida realmente los conseguía, pero ahora todo era cuestión de dejar órdenes cifradas en almohadas o en puntos secretos. Lo que antaño se traducía en respuestas casi instantáneas ahora parecía demorarse de un modo interminable. Entonces se percató de que un sirviente calvo y fornido tragaba saliva ruidosamente mientras le

hacía una reverencia, y Alviarin suavizó el gesto. Se preciaba de su fría impasibilidad, de mostrar siempre una expresión serena. En cualquier caso, ir por la Torre con el ceño fruncido no la conducía a ninguna parte.

Había una persona en la Torre a quien sabía dónde encontrar, alguien a quien podía exigir respuestas sin miedo a lo que la mujer pensara. Incluso en ese caso hacía falta cierta precaución, desde luego —las preguntas hechas sin cuidado revelaban más de lo que la mayoría de las respuestas merecían—, pero Elaida le contaría todo. Con un suspiro, empezó a subir.

Mesaana le había hablado de otra maravilla de la Era de Leyenda que Alviarin desearía fervientemente ver, algo llamado «elevador». Las máquinas voladoras parecían mucho más impresionantes, desde luego, pero resultaba mucho más fácil imaginar un aparato mecánico que llevaba rápidamente de piso en piso. Tampoco es que estuviese muy segura de que realmente hubiesen existido edificios varias veces más altos que la Torre Blanca —en todo el mundo, ni siquiera la Ciudadela de Tear rivalizaba en altura con la Torre—, pero el mero hecho de conocer los «elevadores» hacía que subir los corredores espirales y los tramos de escaleras pareciera trabajoso.

Hizo un alto en el estudio de la Amyrlin, tres niveles más arriba, pero, como esperaba, ambas estancias se hallaban desiertas, con los vacíos escritorios pulimentados hasta hacerlos brillar. Las propias habitaciones parecían vacías, sin colgaduras en las paredes, sin adornos, nada salvo las mesas, las sillas y las lámparas apagadas. Elaida bajaba ya rara vez de sus aposentos, casi en lo alto de la Torre. En su momento eso pareció aceptable, ya que aislaba más aún a la mujer del resto de la Torre. Pocas hermanas realizaban esa ascensión por voluntad propia. Ese día, sin embargo, para cuando Alviarin hubo remontado casi ochenta espanes, se planteó seriamente hacer que Elaida se trasladara abajo.

Como era de esperar, la antesala de Elaida se encontraba vacía, aunque una carpeta con papeles colocada sobre el escritorio indicaba que había habido alguien allí. Mas no había prisa en ver el contenido y decidir si Elaida necesitaba un castigo por ello. Alviarin soltó la capa sobre el escritorio y abrió la puerta que conducía al interior de los aposentos, recientemente tallada con la Llama de Tar Valon y a la espera de que el artesano le hiciera el dorado.

Se sorprendió por el repentino alivio que sintió al ver a Elaida sentada detrás del escritorio severamente tallado y dorado, con las estola de siete colores —no, ahora de seis— en torno al cuello y, por encima de su cabeza, la Llama de Tar Valon, formada con piedras de la luna en el alto respaldo del sillón. La insinuada preocupación que no había dejado aflorar hasta ese momento había sido la posibilidad de que la mujer hubiese muerto en algún absurdo accidente. Eso habría explicado el comentario de Zemaille. Elegir una nueva Amyrlin habría llevado meses, incluso con las rebeldes y todo lo demás amenazándolas, y sus días como Guardiana habrían estado contados.

Pero lo que de verdad la sorprendió no fue su alivio sino la presencia de más de la mitad de las Asentadas de la Antecámara, de pie delante del escritorio con sus chales de flecos. Elaida sabía que no debía sostener este tipo de reuniones sin su presencia. El enorme reloj dorado colocado contra la pared, una pieza vulgar con excesivos adornos, tocó dos veces para la hora Alta y pequeñas figurillas esmaltadas que representaban Aes Sedai salieron por minúsculas puertas de la parte delantera al tiempo que Alviarin abría la boca para decir a las Asentadas que tenía que hablar con la Amyrlin en privado. Se marcharían sin protestar. Una Guardiana no tenía autoridad para ordenarles que salieran, pero sabían que su autoridad llegaba más allá de lo que su estola le confería aunque no sospecharan ni por lo más remoto hasta dónde llegaba realmente.

—Alviarin —dijo Elaida en tono sorprendido, antes de que ella tuviese tiempo de decir nada. Su gesto duro se suavizó adoptando una expresión que casi parecía complacida y su boca insinuó fugazmente un inicio de sonrisa. Hacía una larga temporada que Elaida no tenía motivos para sonreír—. Quédate ahí y guarda silencio hasta que tenga tiempo de ocuparme de ti —ordenó mientras hacía un gesto imperioso señalando un rincón de la estancia.

Las Asentadas movieron los pies y se ajustaron los chales. Suana, una mujer fornida, dirigió una mirada dura a Alviarin, y Shevan, tan alta como un hombre y angulosa, la miró fija e inexpresivamente, pero las demás eludieron sus ojos.

Estupefacta, Alviarin permaneció plantada en la colorida alfombra, boquiabierta. Esto no podía ser una mera rebelión por parte de Elaida —¡tendría que haberse vuelto loca!—, mas, por el Gran Señor, ¿qué había ocurrido para darle ese coraje? ¿Qué?

Elaida propinó una seca palmada en el tablero del escritorio, tan fuerte que hizo que una de las cajas lacadas repicara.

—Cuando digo que te quedes en ese rincón, hija, espero que me obedezcas —instó en un tono bajo, peligroso, a la par que sus ojos relucían—. ¿O he de llamar a la Maestra de las Novicias para que estas hermanas presencien tu castigo «privado»?

El rostro de Alviarin enrojeció, en parte por la humillación y en parte por la cólera. ¡Tener que oír semejantes cosas delante de cualquiera, y en su cara! También el miedo bulló en su interior, revolviéndole las bilis. Unas cuantas palabras por su parte y Elaida afrontaría la acusación de enviar hermanas al desastre y a la cautividad, no una vez, sino dos. Ya habían empezado a circular rumores de los sucesos en Cairhien; rumores turbios, pero que cobraban certidumbre día a día. Y cuando se supiera que, además de eso, Elaida había enviado a cincuenta hermanas a intentar derrotar a cientos de varones encauzadores, ni siquiera la existencia de las hermanas rebeldes acampadas en invierno en Murandy con su ejército serviría para que mantuviese la estola de Amyrlin sobre sus hombros; o su cabeza. No podía atreverse a actuar así. A menos... A menos que pudiera desacreditarla a ella como perteneciente

al Ajah Negro. Eso podría darle un poco de tiempo. Sólo un poco, desde luego, una vez que los hechos sobre los pozos de Dumai y de la Torre Negra se supieran, pero Elaida podía estar dispuesta a agarrarse a un clavo ardiendo. No, era imposible, no podía ser posible. La huida quedaba descartada. Para empezar, si Elaida se proponía presentar cargos la huida sólo confirmaría las acusaciones. Por otro lado, Mesaana la encontraría y la mataría si huía. Todo esto pasó por su mente como un rayo mientras se dirigía hacia el rincón, con los pies pesándole como si fuesen de plomo y la actitud de una novicia penitente. Tenía que haber un modo de recuperarse de lo que quiera que hubiese ocurrido. Siempre había un modo. Habría rezado si el Gran Señor escuchara plegarias.

Elaida la observó unos instantes y después asintió con aire satisfecho. Empero, sus ojos aún brillaban de emoción. Levantó la tapa de una de las cajas lacadas, sacó una pequeña talla de marfil oscurecido por el paso del tiempo, con forma de tortuga, y la sostuvo entre los dedos a la par que la acariciaba. Acariciar las figurillas de esa caja era una costumbre que tenía cuando quería tranquilizarse.

—Bien —dijo—, me estabais explicando por qué debería entrar en negociaciones.

—No estamos pidiendo permiso, madre —manifestó bruscamente Suana a la par que levantaba la barbilla. La tenía grande y cuadrada, y poseía la arrogancia suficiente para apuntar con ella a cualquiera—. Una decisión de este tipo corresponde a la Antecámara. En el Ajah Amarillo se tiene una fuerte opinión a favor. —Lo que significaba que ella estaba decididamente a favor. Era cabeza del Ajah Amarillo, la Tejedora Mayor, algo que Alviarin sabía porque el Ajah Negro conocía los secretos de todos los Ajahs, o casi todos, y en opinión de Suana su parecer era el parecer de su Ajah.

Doesine, la otra Amarilla presente, miró de reojo a Suana, pero guardó silencio. Pálida y delgada como un muchacho, Doesine daba la sensación de no querer encontrarse allí, como un chico guapo y enfurruñado al que han llevado de la oreja a un sitio. A menudo las Asentadas se plantaban cuando la cabeza de su Ajah intentaba presionarlas, pero no estaba fuera de lo posible que Suana hubiera encontrado un modo de conseguirlo.

—Muchas Blancas también apoyan las conversaciones —intervino Ferane, que frunció el entrecejo mirando con gesto distraído una mancha de tinta que tenía en uno de sus regordetes dedos—. Es el curso más lógico que podemos seguir, dadas las circunstancias actuales.

Era la Razonadora Mayor, cabeza del Ajah Blanco, pero no parecía tan inclinada como Suana a tomar sus opiniones como las de todo el Ajah. Bueno, un poco menos que ella. Con frecuencia, Ferane se mostraba tan distraída como la peor de las Marrones —el largo cabello negro que enmarcaba su cara redonda necesitaba un cepillado, y parecía haber metido parte de los flecos de su chal en el té del desayuno

—, pero era capaz de pillar el más mínimo fallo en la lógica de un argumento. Podría haber estado sola allí, ya que no creía necesitar ayuda de las otras Asentadas Blancas.

Elaida se recostó en el sillón y frunció el ceño mientras sus dedos acariciaban la tortuga con más rapidez, y Andaya se apresuró a hablar sin mirar directamente a Elaida al tiempo que fingía ajustarse el chal de flecos grises sobre los brazos.

—La cuestión, madre, es que debemos encontrar el modo de poner fin a esto pacíficamente —manifestó con el acento tarabonés muy marcado, como le ocurría siempre que se sentía incómoda. Casi siempre se mostraba insegura en presencia de Elaida, y miró a Yukiri como si esperara su respaldo, pero la esbelta y menuda mujer giró levemente la cabeza hacia un lado. La notoria testarudez de Yukiri chocaba en una mujer tan pequeña; a diferencia de Doesine, no se habría doblegado a la presión, así pues ¿por qué se encontraba allí si no quería estar? Al comprender que sólo contaba consigo misma, Andaya se apresuró a continuar—. No se puede permitir llegar a una lucha en las calles de Tar Valon. Ni en la Torre. Especialmente esto último. Otra vez, no. Hasta ahora, las rebeldes parecen contentarse con esperar y vigilar la ciudad, pero eso no puede durar. Han descubierto de nuevo cómo Viajar, madre, y lo han utilizado para trasladar un ejército a través de cientos de leguas. Hemos de iniciar las conversaciones antes de que decidan usar el Viaje para introducir su ejército en Tar Valon, o todo se habrá perdido aunque ganemos.

Con los puños prietos, Alviarin tragó saliva con dificultad. Creyó que los ojos acabarían saliéndosele de las cuencas. ¿Que las rebeldes sabían cómo Viajar? ¿Que ya estaban en Tar Valon? ¿Y esas necias querían parlamentar? Podía ver cómo unos planes cuidadosamente preparados se evaporaban como la niebla con el sol de verano. Quizás el Señor Oscuro escucharía si rezaba con fervor.

El ceño de Elaida no se borró, pero soltó la tortuga de marfil con cuidado y su voz sonó casi normal. Como era su voz normal antes de que Alviarin la controlara, con un fondo acerado bajo la suavidad de sus palabras.

—¿Las Marrones y las Verdes apoyan también las conversaciones?

—Las Marrones... —empezó Shevan, que frunció los labios y resultó obvio que cambiaba lo que iba a decir. Daba la impresión de estar totalmente serena, pero se frotaba los largos pulgares contra los huesudos índices de manera inconsciente—. Las Marrones tienen muy claros los precedentes históricos. Todas habéis leído los informes secretos, o deberíais haberlo hecho. Cada vez que la Torre estuvo dividida, acaeció un desastre en el mundo. Avecinándose la Última Batalla y existiendo la Torre Negra, no podemos permitirnos seguir divididas un solo día más de lo imprescindible.

Parecía imposible que la expresión de Elaida se tornase más tormentosa, pero la mención de la Torre Negra lo consiguió.

—¿Y las Verdes? —Su voz seguía sonando controlada.

Las tres Asentadas Verdes se encontraban allí, lo que indicaba un respaldo muy fuerte entre su Ajah o una gran presión de la cabeza del Verde. Al ser la mayor, Talene tendría que haber contestado a Elaida —las Verdes se atenían a la jerarquía en todo—, pero la alta mujer de cabello rubio miró a Yukiri por alguna razón y después, también sorprendentemente, miró a Doesine, tras lo cual bajó la vista al suelo y se puso a toquetearse la falda de seda verde. Rina frunció levemente el entrecejo y arrugó su nariz respingona en un gesto de desconcierto, pero había llevado el chal poco menos de cincuenta años, de modo que le correspondía contestar a Rubinde. Ésta, una mujer fornida, parecía cachigorda al lado de Talene y casi tan poco agraciada a despecho de sus ojos azules como zafiros.

—Se me han dado instrucciones para que presente los mismos puntos que Shevan —dijo, pasando por alto la mirada sobresaltada que Rina le lanzó. Obviamente había existido presión por parte de Adelorna, la «Capitán General» del Verde, y era evidente que Rubinde no estaba de acuerdo si no le importaba demostrarlo en público —. El Tarmon Gai'don se aproxima, la Torre Negra es una amenaza casi tan peligrosa como la Última Batalla y el Dragón Renacido ha desaparecido, si es que no ha muerto. No podemos permitirnos seguir divididas más tiempo. Si Andaya puede convencer a las rebeldes de que se reintegren a la Torre, entonces debemos permitirle que lo intente.

—Entiendo —dijo Elaida en tono inexpresivo. Mas, curiosamente, el tono de su tez mejoró y el atisbo de sonrisa asomó de nuevo a sus labios—. Entonces, por supuesto, convencedlas de que regresen si podéis. Pero mi edicto sigue vigente. El Ajah Azul ya no existe y todas las hermanas que siguen a esa chiquilla, Egwene al'Vere, deben recibir su castigo bajo mi supervisión antes de que se las readmita en cualquier Ajah. Me propongo «soldar» a golpe de martillo la Torre para hacer de ella un arma a utilizar en el Tarmon Gai'don.

Ferane y Suana abrieron la boca, con la protesta reflejada en sus semblantes, pero Elaida las acalló levantando la mano.

—He hablado, hijas. Dejadme ahora. Y ocupaos de vuestras... conversaciones.

A las Asentadas no les quedaba más opción que obedecer o ponerse en abierta rebeldía. Lo que era derecho de la Antecámara era su derecho, pero la Antecámara rara vez se atrevía a infringir en exceso la autoridad de la Sede Amyrlin. No a menos que la Antecámara estuviese unida contra la Amyrlin, y esta Antecámara no lo estaba en ningún punto. La propia Alviarin se había encargado de que fuera así. Se marcharon, Ferane y Suana muy recta la espalda y los labios prietos, y Andaya casi escabulléndose. Ninguna de ellas se dignó mirar en dirección a Alviarin. Ésta casi no esperó a que la puerta se cerrara tras la última.

—Esto no cambia realmente nada, Elaida, tienes que darte cuenta, sin duda. Has de pensar con claridad, no caer en un arrebato. —Sabía que estaba diciendo tonterías,

pero no podía parar—. El desastre de los pozos de Dumai, el casi seguro desastre en la Torre Negra, todavía pueden derrocarte. Me necesitas para conservar la Vara y la Estola. Me necesitas, Elaida. Me... —Cerró la boca de golpe antes de que su lengua lo echara todo a perder. Aún tenía que haber una forma.

—Me sorprende que hayas regresado —dijo Elaida mientras se levantaba y se alisaba la falda de cuchilladas rojas. No había renunciado a vestir como si todavía fuera una Roja. Cosa extraña, sonreía mientras rodeaba el escritorio. Nada de un atisbo, sino una sonrisa plena, complacida, curvaba sus labios—. ¿Has estado escondida en algún lugar de la ciudad desde que las rebeldes llegaron? Pensé que habías cogido un barco tan pronto como supiste que se encontraban aquí. ¿Quién habría pensado que habían vuelto a descubrir el Viaje? Imagina lo que podremos hacer una vez que sepamos cómo llevar a cabo eso. —Sonriendo, cruzó la alfombra.

»Bien, veamos. ¿Qué tengo que temer de ti? Las historias de Cairhien son la comidilla de la Torre, pero aun en el caso de que haya hermanas que realmente obedecen al chico al'Thor, cosa que yo no creo, todo el mundo culpa de ello a Coiren. Ella tenía la responsabilidad de traerlo aquí, y en la mente de las hermanas es como si ya se la hubiese juzgado y condenado. —Se detuvo delante de Alviarin, arrinconándola en la esquina. La sonrisa no se reflejó en sus ojos un solo momento. Sonreía y sus ojos relumbraban. Alviarin era incapaz de apartar la vista de esa mirada —. En la última semana también hemos oído muchas cosas de esa «Torre Negra». —Sus labios se curvaron en una mueca de desagrado al pronunciar el nombre—. Al parecer hay incluso más hombres de los que suponías. Pero todas creen que Toveine debió de tener el sentido común de enterarse de eso antes de atacar. Ha habido muchas discusiones sobre el asunto. Si vuelve arrastrándose derrotada, se llevará las culpas. De modo que tus amenazas...

Alviarin se tambaleó y chocó con la pared, lo que la hizo parpadear para librarse de los puntitos negros que surgieron ante sus ojos, antes incluso de darse cuenta de que la otra mujer la había abofeteado. Sentía la mejilla hinchada ya. El brillo del *Saidar* envolvía a Elaida, y la escudó antes de que pudiera reaccionar, cortándole el contacto con el Poder. Pero Elaida no tenía intención de usar el Poder. Echó un puño hacia atrás. Sin dejar de sonreír.

Lentamente, respiró hondo y bajó el puño. Sin embargo, no retiró el escudo.

—¿De verdad usarías eso? —inquirió en un tono casi afable.

La mano de Alviarin se retiró prestamente de la empuñadura del cuchillo de la cintura. Asirla había sido un movimiento reflejo; pero, aun en el caso de que Elaida no hubiese asido el Poder, matarla cuando tantas Asentadas sabían que se encontraban juntas habría sido un buen modo de matarse a sí misma. Con todo, su rostro se encendió cuando Elaida resopló con desprecio.

—Espero con ansiedad ver tu cuello extendido en el tajo del verdugo por traición,

Alviarin, pero hasta que tenga la prueba que necesito, todavía quedan cosas que pueden hacerse. ¿Te acuerdas de cuántas veces hiciste venir a Silviana para darme un castigo en privado? Espero que lo recuerdes, porque vas a sufrir multiplicado por diez cada día que yo sufrí. Y... ¡ah, sí! —Le quitó la estola de Guardiana de un violento tirón—. Puesto que nadie pudo encontrarte cuando las rebeldes llegaron, le pedí a la Antecámara que se te destituyera como Guardiana. No a la Antecámara en pleno, por supuesto. Es posible que todavía tengas algo de influencia ahí. Pero resultó sorprendentemente fácil obtener el consenso de las que estaban en sesión ese día. Se supone que una Guardiana debe estar con su Amyrlin, no vagabundeando a su antojo. Pensándolo bien, es posible que no tengas nada de influencia, ya que ha resultado que estuviste escondida todo este tiempo en la ciudad. ¿O volviste en barco para ver el desastre, creyendo que podrías recuperar algo de las ruinas?

»Da igual. Habría sido mejor para ti meterte en el primer barco que hubieses encontrado que partiera de Tar Valon. Pero he de admitir que la idea de imaginarte yendo de pueblo en pueblo a escondidas, avergonzada de mostrar tu rostro a otra hermana, parece nimia comparada con la satisfacción que sentiré al verte sufrir. Y ahora, fuera de mi vista antes de que decida que sea la vara en lugar de la correa de Silviana. —Arrojó la estola blanca al suelo, le dio la espalda y, soltando el *Saidar*, se dirigió hacia el sillón como si la otra mujer hubiese dejado de existir.

Alviarin no sólo se marchó, sino que lo hizo corriendo como si sintiese en la nuca el aliento de los Sabuesos del Oscuro. No había sido capaz de pensar desde que había oído la palabra «traición». Ese término, resonando en su cabeza, la hizo querer aullar. Traición sólo podía significar una cosa: Elaida lo sabía, y estaba buscando pruebas. Que el Señor Oscuro tuviese piedad de ella. Pero nunca la tenía. La piedad era para aquellos que temían ser fuertes. Ella no tenía miedo. Era un recipiente lleno a reventar de terror.

Descendió por la Torre a la carrera, y si se cruzó con algún sirviente en los pasillos ni lo vio. El terror le cegaba la vista a todo lo que no se encontrara directamente en su camino. Bajó corriendo todo el trecho hasta el sexto nivel, a sus aposentos. Al menos esperaba que aún siguieran siéndolo. Las habitaciones con balcones a la gran plaza que se abría ante la Torre iban con el puesto de Guardiana. De momento bastaba con que aún tuviese habitaciones. Y una posibilidad de vivir.

Los muebles seguían siendo las piezas domani dejadas por la anterior ocupante, todas de pálida madera listada con incrustaciones de madreperla y ámbar. En el dormitorio abrió bruscamente uno de los armarios y se puso de rodillas, apartando vestidos a un lado para rebuscar un pequeño cofre en la parte trasera, una caja de unos quince centímetros de lado que le pertenecía desde hacía muchos años. La talla era intrincada pero burda —hileras de nudos variados— hecha aparentemente por un tallador con más ambición que destreza. Las manos le temblaban cuando llevó la caja

hacia una mesa y la soltó en ella para limpiarse las sudorosas manos en el vestido. El truco para abrirla era una simple cuestión de extender los dedos lo más posible para apretar simultáneamente en cuatro nudos de la talla, ninguno de ellos igual. La tapa se levantó un tanto y Alviarin la echó hacia atrás dejando a la vista su más preciada posesión, envuelta en un pequeño bulto de tela marrón para que no tintineara si la doncella sacudía la caja. La mayoría de los sirvientes de la Torre no correría el riesgo de robar, pero la mayoría no significaba todos.

Durante un instante, Alviarin se quedó mirando el paquete. Su más preciada posesión, algo de la Era de Leyenda, pero nunca se había atrevido a utilizarlo. Sólo en una grave emergencia, le había advertido Mesaana, la necesidad más extrema, mas ¿qué mayor necesidad podía haber que la de ahora? Mesaana afirmaba que el objeto podía recibir martillazos sin romperse, pero Alviarin lo desenvolvió con el cuidado que habría puesto al manejar una pieza de cristal soplado y dejó a la vista un *ter'angreal*, una reluciente varita roja no más larga que su dedo índice, completamente pulida excepto por unas pocas líneas trabajadas en la superficie y conectadas entre sí en un dibujo sinuoso. Abrazó la Fuente y tocó el dibujo con flujos de Fuego y Tierra, finos como cabellos, en dos de las conexiones. Eso no habría sido necesario en la Era de Leyenda, pero algo llamado «flujos permanentes» ya no existía. Un mundo donde casi cualquier *ter'angreal* podía ser utilizado por gente incapaz de encauzar le resultaba extraño e incomprensible. ¿Por qué se había permitido tal cosa?

Apretó fuerte con el pulgar un extremo de la varita —el Poder Único no bastaba por sí mismo—, se dejó caer pesadamente en el sillón y se recostó en el respaldo bajo sin apartar los ojos del objeto. Hecho. Ahora se sentía vacía, un vasto espacio vacío con miedos revoloteando en la oscuridad como enormes murciélagos.

En lugar de envolver el *ter'angreal,* se lo guardó en la escarcela y se levantó para meter de nuevo la caja en el armario. Hasta que supiera que estaba a salvo no tenía la menor intención de dejar esa varita fuera de su alcance. Pero lo único que podía hacer ahora era sentarse y esperar, meciéndose atrás y adelante con las manos metidas entre las rodillas. No podía dejar de mecerse como tampoco podía dejar de emitir los quedos gemidos que salían de entre sus dientes. Desde la fundación de la Torre, a ninguna hermana se la había acusado por el cargo de pertenecer al Ajah Negro. Oh, sí, había habido sospechas sobre ciertas hermanas, y de cuando en cuando habían muerto Aes Sedai para asegurarse de que esas sospechas no pasaran a ser algo más, pero jamás se había llegado a hacer una acusación oficial. Si Elaida hablaba claramente del tajo del verdugo, tenía que estar cerca de presentar cargos. Muy cerca. También se había hecho desaparecer a hermanas Negras cuando las sospechas se tornaban demasiado firmes. El Ajah Negro había permanecido oculto a cualquier precio. Ojalá pudiera dejar de gemir.

De repente la luz de la habitación menguó, y la cámara quedó envuelta en las arremolinadas sombras crepusculares. La luz del sol parecía incapaz de penetrar por los cristales de las ventanas. En un instante Alviarin se había postrado de rodillas, baja la mirada. Temblaba por la ansiedad de soltar a borbotones sus miedos, pero con los Elegidos había que guardar las formas.

—Vivo para servir, Insigne Señora —dijo, y nada más. No podía perder un instante, cuanto menos una hora gritando de dolor. Apretó las manos para evitar que le temblaran.

—¿Cuál es la grave emergencia, pequeña? —Era la voz de una mujer, pero que sonaba como un repique cristalino. Un repique molesto. Sólo molesto. El repique iracundo habría significado la muerte instantánea—. Si piensas que voy a mover un dedo para devolverte la estola de Guardiana, estás muy equivocada. Aún puedes hacer lo que quiero que hagas, con un poco más de esfuerzo. Y puedes considerar tus castigos con la Maestra de las Novicias como un pequeño correctivo mío. Te advertí que no presionaras tanto a Elaida.

Alviarin se tragó las protestas. Elaida no era el tipo de mujer a la que se pudiera doblegar sin presionarla duramente. Mesaana debería saberlo. Pero protestar podía resultar peligroso con los Elegidos. Con ellos muchas cosas eran peligrosas. En cualquier caso, la correa de Silviana era una bagatela comparada con el hacha del verdugo.

—Elaida lo sabe, Insigne Señora —manifestó a la par que alzaba los ojos.

Delante de ella se erguía una mujer de luz y sombras, vestida de luz y sombras, todo negros intensos y blancos plateados que pasaban de lo uno a lo otro alternativamente. Unos ojos plateados miraron ceñudos desde un rostro de humo, con labios argénteos apretados en una fina línea. Era sólo Ilusión, y en realidad no estaba mejor realizado de lo que habría podido hacer Alviarin. Un atisbo de seda verde bordada con complejas bandas de color bronce surgió cuando Mesaana se deslizó sobre la carpeta domani. Pero Alviarin no percibía los tejidos que creaban la Ilusión como tampoco había visto los que la mujer había utilizado para llegar allí o para sumir la habitación en sombras. ¡Por lo que percibía —nada— era como si Mesaana no estuviera encauzando! El ansia de poseer esos dos secretos generalmente era tan intensa que le dolía, pero en esos momentos casi ni la sentía.

—Sabe que soy del Ajah Negro, Insigne Señora —prosiguió—. Si me ha descubierto, entonces es que tiene a alguien hurgando muy a fondo. Docenas de nosotras podemos estar en peligro, quizá todas. —Mejor plantear una amenaza lo más grande posible si quería tener respuesta. Puede que incluso fuera cierta.

Pero la respuesta de Mesaana fue un gesto de una mano plateada desestimando el tema. Su rostro brillaba como una luna en torno a unos ojos más negros que carbones.

—Eso es ridículo. Elaida es incapaz de decidir si el Ajah Negro existe o no. Sólo

intentas ahorrarte un poco de dolor. Quizás un poco más te sacará de tu error.

Alviarin empezó a suplicar cuando Mesaana levantó la mano más y un tejido que recordaba muy bien se formó en el aire. ¡Tenía que hacérselo entender a la mujer! De pronto, las sombras de la habitación se sacudieron. Todo pareció desplazarse de lado mientras la oscuridad se espesaba en grumos nocturnos. Y entonces la oscuridad desapareció. Sobresaltada, Alviarin se encontró con las manos suplicantes extendidas hacia una mujer de ojos azules, de carne y hueso, vestida con ropas de color broncíneo bordadas en verde. Una mujer atormentadoramente familiar que parecía rozar la madurez. Sabía que Mesaana caminaba por la Torre disfrazada como una de las hermanas, aunque ninguno de los Elegidos a los que había visto mostraba señal alguna de intemporalidad, pero no podía encajar aquel rostro con un nombre. Y también cayó en la cuenta de otra cosa. El rostro denotaba miedo. Oculto, pero miedo.

—Ha sido muy útil —dijo Mesaana, cuya voz no dejaba traslucir el más leve temor y rozaba la memoria de Alviarin, que casi la reconocía—, y ahora tendré que matarla.

—Siempre eres... derrochadora —replicó una voz dura que sonaba como un hueso podrido que se aplasta al pisarlo.

Alviarin se desplomó por la impresión al ver la alta figura de un hombre vestido con una armadura negra, toda ella de placas superpuestas como las escamas de una serpiente, y que se encontraba plantado delante de una ventana. Sin embargo, no era un hombre. Aquel rostro lívido no tenía ojos, sólo suave piel blanca donde deberían haber estado. Alviarin se había encontrado con Myrddraal anteriormente, mientras servía al Gran Señor, e incluso había conseguido sostener sus miradas sin ojos sin sucumbir al terror que producían dichas miradas, pero éste la hizo arrastrarse por el suelo hasta que su espalda chocó contra la pata de una mesa. Los Acechantes eran iguales como gotas de agua, altos, esbeltos e idénticos, pero éste era una cabeza más alto y parecía que de él irradiaba el miedo, un miedo que calaba hasta los huesos. Sin pensar, buscó la Fuente. A punto estuvo de gritar. ¡La Fuente había desaparecido! No estaba escudada; ¡simplemente no había nada allí que ella pudiera abrazar! El Myrddraal la miró y sonrió. Los Acechantes jamás sonreían. Jamás. Su respiración se convirtió en un ahogado jadeo.

—Puede ser útil —dijo con su voz rasposa el Myrddraal—. No querría que el Ajah Negro fuera destruido.

—¿Quién eres tú para desafiar a uno de los Elegidos? —demandó despectivamente Mesaana, que echó a perder su actuación al lamerse los labios.

—¿Acaso piensas que la Mano de la Sombra es sólo un nombre? —La voz del Myrddraal ya no crujía. Hueca, pareció retumbar en cavernas de tamaño inimaginable. La criatura creció a medida que hablaba, aumentando de tamaño hasta

que su cabeza rozó el techo, a casi cuatro metros de altura—. Se te convocó y no acudiste. Mi mano llega muy lejos, Mesaana.

Temblando visiblemente, la Elegida abrió la boca quizá para suplicar, pero de repente un fuego negro destelló a su alrededor y la mujer gritó mientras sus ropas se deshacían en cenizas. Bandas de llamas negras le sujetaron los brazos contra los costados, se enroscaron prietamente en torno a sus piernas, y una hirviente bola negra apareció en su boca, forzándola a abrir las mandíbulas al máximo. Se quedó de pie, retorciéndose, desnuda e indefensa, y el aspecto de sus ojos vueltos hizo que Alviarin casi se ensuciara encima.

—¿Quieres saber por qué uno de los Elegidos debe ser castigado? —La voz volvía a ser un sonido rasposo de huesos frotándose entre sí y el Myrddraal tenía otra vez una estatura algo más alta que otro Acechante, pero eso no engañó a Alviarin—. ¿Quieres presenciarlo? —le preguntó.

Tendría que haberse postrado en el suelo y haber implorado por su vida, pero era incapaz de moverse, incapaz de apartar la vista de aquella mirada sin ojos.

—No, Gran Señor —consiguió responder, sintiendo la boca tan seca como estropajo. Lo sabía. No podía ser, pero lo sabía. Se dio cuenta de que las lágrimas le corrían por las mejillas.

El Myrddraal sonrió de nuevo.

—Muchos cayeron de mayores alturas por querer saber demasiado.

El Acechante se deslizó hacia ella. No; el Acechante no. El Gran Señor, metido en la piel de un Myrddraal, se deslizó hacia ella. Caminaba sobre piernas, pero no había otra descripción para la forma en que se movía. La pálida forma vestida de negro se inclinó sobre ella, y Alviarin habría chillado cuando le tocó la frente con un dedo. Habría chillado si hubiese sido capaz de emitir algún sonido. Sus pulmones eran como bolsas vacías de aire. El roce se tornó abrasador como hierro candente. Vagamente, la mujer se preguntó por qué no olía a su propia carne quemada. El Gran Señor se puso erguido, y el intenso dolor cedió y desapareció. No ocurrió lo mismo con el terror de Alviarin.

—Estás marcada como mía —manifestó la rasposa voz del Gran Señor—. Mesaana no te dañará ahora. A menos que yo le dé permiso. Encontrarás a quienes amenazan a mis criaturas aquí y me las entregarás. —Le dio la espalda y la oscura armadura se desprendió de su cuerpo. Alviarin se sorprendió cuando cayó sobre el suelo alfombrado con un ruido metálico en lugar de desvanecerse, simplemente. Ahora vestía de negro y la mujer no habría sabido decir si era seda, cuero u otra cosa. Su oscuridad parecía absorber la luz de la estancia. Mesaana empezó a sacudirse entre sus ataduras, emitiendo ahogados chillidos a través de la mordaza.

—Vete ya —dijo el Gran Señor—, si quieres vivir la próxima hora.

El sonido procedente de Mesaana se alzó a un aullido desesperado.

Alviarin no supo cómo salió de sus aposentos —no entendía cómo se sostenía de pie cuando sus piernas parecían de gelatina—, pero se encontró corriendo por los pasillos, con la falda remangada hasta las rodillas y trotando tan deprisa como podía. De repente el remate de una escalera apareció delante de ella y consiguió por muy poco detenerse antes de caer en el vacío. Recostada contra la pared, temblorosa, empezó a descender el tramo curvo de escalones de mármol blanco. En su mente podía ver su cuerpo destrozándose al precipitarse escaleras abajo.

Respirando entre jadeos trabajosos, roncos, que parecían salir de una garganta en carne viva, se llevó una mano trémula a la frente. Sus pensamientos se sucedían tumultuosos, cayendo y rodando unos sobre otros como le habría ocurrido a ella de precipitarse por la escalera. El Gran Señor la había marcado como suya. Sus dedos se deslizaron sobre la piel suave, perfecta. Siempre había valorado el conocimiento —el poder crecía con él—, pero no quería saber qué estaba ocurriendo en la habitación que había abandonado. Ojalá no supiera siquiera que estaba ocurriendo algo. El Gran Señor la había marcado, pero Mesaana hallaría el modo de matarla por saberlo. El Gran Señor la había marcado y le había dado una orden. Podría vivir si descubría quién iba a la caza del Ajah Negro. Enderezando la espalda con esfuerzo, se apresuró a enjugarse las lágrimas de las mejillas. No podía apartar los ojos de la escalera que descendía ante ella. A buen seguro Elaida sospechaba de ella; pero, si sólo era eso, aún estaba a tiempo de conducir su propia cacería. Sólo tenía que incluir a Elaida en ella como una amenaza con la que había que acabar. Entregárselas al Gran Señor. Sus dedos pasaron veloces de nuevo por su frente. Tenía el Ajah Negro a su mando. Piel suave, perfecta. Talene había estado en los aposentos de Elaida. ¿Por qué había mirado a Yukiri y a Doesine de aquel modo? Talene era Negra, aunque ignoraba que Alviarin lo era también, por supuesto. ¿Se vería alguna marca en el espejo? ¿Habría algo que otros podrían ver? Si tenía que montar un ardid para las supuestas cazadoras de Elaida, Talene podía ser un eslabón por donde empezar. Intentó trazar la ruta que cualquier mensaje habría tomado de boca en boca antes de llegar a Talene, pero era incapaz de dejar de mirar la escalera, de ver su cuerpo dando tumbos y rompiéndose en su caída hasta el arranque de los escalones. El Gran Señor la había marcado.

22. Una respuesta

Pevara esperó con cierta impaciencia mientras la delgada Aceptada colocaba la bandeja de plata a un lado de la mesa y retiraba el paño que cubría el plato de pasteles. Baja y de rostro serio, Pedra no se mostraba remolona ni resentida por tener que pasar la mañana haciendo recados para una Asentada, sino que simplemente realizaba su trabajo con meticulosidad y cuidado, unas cualidades útiles que debían fomentarse. Aun así, cuando la Aceptada preguntó si servía el vino, Pevara contestó con un timbre de voz un tanto seco.

—Lo haremos nosotras mismas, pequeña. Puedes esperar en la antesala. —Estuvo a punto de mandarle que volviera a sus estudios.

Pedra extendió la blanca falda con bandas de colores en una grácil reverencia sin dar la menor señal de aturullamiento como las Aceptadas solían hacer a menudo cuando una Asentada denotaba irritabilidad. Con demasiada frecuencia, las Aceptadas interpretaban cualquier acritud en la voz de una Asentada como una opinión sobre su entrenamiento para alcanzar el chal, como si las Asentadas no tuvieran otras preocupaciones.

Pevara esperó hasta que la puerta se cerró detrás de Pedra y sonó el chasquido del picaporte, antes de asentir con aprobación.

—Ésa será ascendida a Aes Sedai pronto —afirmó. Era satisfactorio cuando cualquier mujer conseguía el chal, pero sobre todo cuando las posibilidades de la mujer no habían sido muy prometedoras al principio. Los pequeños placeres parecían los únicos disponibles en la actualidad.

—Pero no será una de nosotras, creo —fue la respuesta de su sorprendente invitada, que se volvió dejando su examen de la hilera de miniaturas de la familia muerta de Pevara que había sobre la repisa de mármol tallado de la chimenea—. No está segura respecto a los hombres. Creo que la ponen nerviosa.

Ciertamente Tarna nunca perdía los nervios por los hombres ni por casi nada, al menos desde que había alcanzado el chal hacía justo veinte años. Pevara recordaba una novicia muy nerviosa, pero la mujer de cabello claro y ojos azules se mostraba ahora firme como una roca. Y casi tan cálida como una roca en invierno. Aun así, había algo en aquella cara fría y orgullosa, algo en el gesto de la boca, que la hacía parecer inquieta esa mañana. Pevara no alcanzaba a imaginar qué podía poner nerviosa a Tarna Feir.

Sin embargo, la cuestión era por qué había ido a verla. Rozaba la incorrección que hiciera una visita privada a cualquier Asentada, en particular una Roja. Tarna seguía conservando sus habitaciones allí, en el sector del Ajah Rojo, pero mientras tuviera su nueva posición ya no formaba parte de él a despecho del bordado carmesí de su vestido gris oscuro. Retrasar el traslado a sus nuevos aposentos podía

interpretarse como una muestra de delicadeza por quienes no la conocieran.

Cualquier cosa fuera de lo habitual despertaba el recelo de Pevara desde que Seaine la había arrastrado a su cacería del Ajah Negro. Y Elaida confiaba en Tarna, del mismo modo que había confiado en Galina; era prudente ser muy cautelosa con cualquiera que gozara de la confianza de Elaida. Sólo pensar en Galina —¡así la Luz la abrasara para siempre!— todavía le daba dentera, pero había una segunda conexión. Galina había mostrado un interés especial en Tarna siendo ésta novicia. Cierto, Galina se había interesado en cualquier novicia o Aceptada que pensaba que podría unirse a las Rojas, pero era otra razón para ser cautelosa.

Ni que decir tiene que Pevara no dejó traslucir nada en su expresión. Llevaba demasiados años siendo Aes Sedai para caer en eso. Sonriente, tomó la jarra de plata de cuello alto que había en la bandeja y que soltaba un dulce aroma a especias.

—¿Aceptas un poco de vino, Tarna, con mi felicitación por haber sido ascendida?

Con la copa de plata en la mano, tomaron asiento en unos sillones adornados con tallas espirales, un estilo que había pasado de moda en Kandor hacía casi cien años, pero que a Pevara le gustaba. No veía razón para cambiar muebles o cualquier otra cosa por seguir los caprichos de la moda. Los sillones le habían servido desde que se habían hecho y resultaban cómodos añadiendo unos cuantos cojines. No obstante, Tarna se sentó rígidamente al borde del asiento. Nadie habría tachado su actitud de lánguida, pero era indudable que se sentía incómoda.

—No estoy segura de que se me pueda felicitar por ello —dijo mientras toqueteaba la estrecha estola roja colgada a su cuello. El tono exacto no estaba prescrito, salvo que cualquiera que lo viera debía denominarlo rojo, y ella había escogido un intenso escarlata que casi brillaba—. Elaida insistió y no me pude negar. Han cambiado muchas cosas desde que dejé la Torre, tanto dentro como fuera. Alviarin hizo que todas miraran con... cautela a la Guardiana. Sospecho que algunas querrán que se la azote cuando regrese por fin. Y Elaida... —Hizo una pausa para beber vino, pero luego bajó la copa y reanudó la conversación siguiendo otro derrotero—. A menudo he oído tildarte de poco convencional. Incluso he oído que una vez dijiste que te gustaría tener un Guardián.

—Se me han llamado cosas peores que «poco convencional» —repuso Pevara con sequedad. ¿Qué había estado a punto de decir sobre Elaida? Por su modo de expresarse cualquiera pensaría que, por ella, habría rechazado la estola de Guardiana. Extraño. Tarna no era precisamente tímida ni apocada. Callarse sería lo mejor; sobre todo respecto a los Guardianes. Debía de haber hablado demasiado si eso era tema de chismorreos. Además, si se guardaba silencio el tiempo suficiente, la otra persona siempre acababa hablando aunque sólo fuera para llenar el vacío. Se podían descubrir muchas cosas con el silencio. Bebió lentamente su vino. Tenía demasiada miel para su gusto, y poco jengibre.

Todavía muy tiesa, Tarna se levantó y se dirigió a la chimenea, donde se quedó de pie observando las miniaturas colocadas en sus soportes lacados en blanco. Alzó la mano para tocar uno de los óvalos de marfil, y Pevara sintió que los hombros se le ponían en tensión a despecho de sí misma. Georg, su hermano más pequeño, sólo tenía doce años cuando había muerto en una revuelta de Amigos Siniestros. En su familia no se habían podido permitir el lujo de tener miniaturas de marfil, pero cuando dispuso de dinero encontró a un pintor que supo captar sus recuerdos. Un crío muy guapo, Georg, alto para su edad y sin pizca de miedo. Mucho después del suceso Pevara se enteró cómo había muerto su hermano menor. Con un cuchillo en la mano, plantado junto al cadáver de su padre e intentando proteger a su madre de la chusma. Cuántos años habían pasado. En cualquier caso todos habrían muerto ya mucho tiempo atrás, y también sus hijos y sus nietos. Pero ciertos odios no morían nunca.

—Tengo entendido que el Dragón Renacido es *ta'veren* —dijo finalmente Tarna, aún con la mirada fija en el retrato de Georg—. ¿Crees que altera las probabilidades en cualquier parte? ¿O somos nosotros quienes cambiamos el futuro, paso a paso, hasta que nos encontramos donde jamás habíamos esperado estar?

—¿Qué quieres decir? —inquirió Pevara en un tono algo más seco de lo que habría querido. No le gustaba que la otra mujer contemplara con tanta atención el retrato de su hermano mientras hablaba de un hombre que podía encauzar, aunque fuese el Dragón Renacido. Se mordió el labio para no decirle a Tarna que se volviera y la mirara a ella. No se podía leer la expresión de una cara cuando esa persona estaba de espaldas.

—No preví grandes dificultades en Salidar. Y tampoco un gran éxito, pero me he encontrado con... —¿Había sacudido la cabeza o simplemente había variado el ángulo desde el que miraba la miniatura? Habló despacio, pero con un trasfondo de urgencia recordada—. Había dejado a una adiestradora de palomas a un día de distancia del pueblo, pero me costó menos de medio día regresar y reunirme con ella, y después de soltar las aves con copias de mi informe, seguí adelante tan deprisa que tuve que pagar y despedir a la mujer porque no podía seguir el ritmo. No sé cuántos caballos utilicé. A veces el animal estaba tan agotado que tuve que enseñar mi anillo para que en un establo me lo admitieran a cambio de otro, aun poniendo dinero. Y a causa de viajar tan deprisa llegué a un pueblo en Murandy al tiempo que un... grupo de reclutamiento. Si no hubiese estado tan asustada por la Torre por lo que había visto en Salidar, habría cabalgado a Ebou Dar y tomado un barco para Illian y después río arriba, pero la idea de llegar tan al sur en lugar de dirigirme al norte, de esperar una embarcación, me hizo salir como una flecha hacia Tar Valon. Y así fue como coincidí en aquel pueblo con ellos y los vi.

—¿A quiénes, Tarna?

—A los Asha'man. —La mujer se volvió entonces. Sus ojos seguían siendo como

hielo azul, pero había tirantez en ellos. Sujetaba la copa con las dos manos, como si tratara de absorber el calor—. Entonces no sabía lo que eran, claro, pero reclutaban abiertamente hombres para seguir al Dragón Renacido, y me pareció aconsejable escuchar antes de decir nada. Menos mal que lo hice así. Había seis de ellos, Pevara, seis hombres con chaquetas negras. Dos que lucían unos alfileres de plata en forma de espada prendidos en el cuello de la chaqueta estaban probando a los hombres para saber si se les podía enseñar a encauzar. Oh, eso no lo dijeron de inmediato. Blandir los rayos, lo llamaban. Blandir los rayos y cabalgar en el trueno. Pero resultó muy claro para mí, ya que no para los necios, de lo que hablaban.

—Sí, menos mal que no dijiste nada —musitó Pevara—. Seis varones encauzando serían algo más que simplemente peligrosos para una hermana sola. Nuestros informadores se refieren mucho a esos grupos de reclutamiento, que han aparecido desde Saldaea hasta Tear, pero nadie parece tener idea de cómo frenarlos. —Estuvo a punto de morderse el labio otra vez. Ése era el problema de hablar. A veces se decía más de lo que habría querido decirse.

Curiosamente, su comentario relajó en parte la tirantez de Tarna, que volvió a su asiento y se recostó, aunque aún quedaba un atisbo de cautela en su actitud. Eligió las palabras con cuidado, haciendo pausas para llevarse la copa a los labios, si bien, que viera Pevara, en realidad no bebió.

—Tuve mucho tiempo para pensar mientras iba en el barco fluvial, río arriba. Mucho, después de que el estúpido capitán nos hizo encallar una vez con tanta fuerza que se abrió un agujero en el casco. Pasé días intentando tomar otro barco después de que llegáramos a la orilla, y más días para encontrar un caballo. El hecho de que se hubiesen enviado seis de esos hombres a un pueblo acabó por convencerme. Oh, y también que la zona del entorno no fuera muy populosa. Creo... Creo que es demasiado tarde.

—Elaida piensa que se los puede amansar a todos —comentó Pevara, sin comprometerse. Ya se había expuesto demasiado.

—¿Amansarlos? ¿Cuando pueden enviar seis a un pequeño pueblo y Viajar? Que yo vea, sólo hay una solución. Nosotras... —Tarna respiró hondo, toqueteando de nuevo la brillante estola roja, pero ahora parecía más un gesto de pesar que para ganar tiempo—. Las hermanas Rojas han de tomarlos como Guardianes, Pevara.

Aquello era tan sorprendente que Pevara parpadeó. De haber estado un poco menos controlada, se habría quedado boquiabierta.

—¿Bromeas?

Aquellos helados ojos azules sostuvieron su mirada sin vacilar. Lo peor había pasado —lo inconcebible dicho en voz alta—, y Tarna volvía a ser una mujer de piedra.

—Esto no es algo para tomarse a broma. La otra opción es dejarlos sueltos a su

albedrío. ¿Qué otra cosa se puede hacer? Las hermanas Rojas están acostumbradas a enfrentarse a ese tipo de hombres y preparadas para correr los riesgos que hagan faltan. Cualquier otra se encogería. Cada hermana tendrá que tomar más de uno, pero las Verdes parecen manejar muy bien esa situación. Sin embargo, creo que las Verdes se desmayarían si se les sugiriese algo así. Nosotras... Las hermanas Rojas harán lo que tenga que hacerse.

—¿Se lo has mencionado a Elaida? —inquirió Pevara, y Tarna sacudió la cabeza con impaciencia.

—Elaida cree lo que tú has dicho. Ella... —La mujer rubia miró ceñuda su vino antes de proseguir—. Con frecuencia, Elaida cree lo que quiere creer y ve lo que quiere ver. Intenté sacar el tema de los Asha'man el primer día tras mi regreso. Nada de sugerir la vinculación; a ella no. No soy estúpida. Me prohibió que los mencionara ante ella. Pero tú eres... poco convencional.

—¿Y piensas que se los puede amansar después de que estén vinculados? No sé lo que algo así podría hacer con la hermana que compartiera el vínculo, y a decir verdad no quiero saberlo. —Pevara comprendió que ahora era ella la que intentaba ganar tiempo. Cuando había empezado la conversación no tenía idea qué derroteros iba a tomar, pero habría apostado todo cuanto poseía a que nunca habría llegado a esto.

—Tal podría ser el final y quizá resultara imposible —repuso fríamente la otra mujer. Era una piedra—. En cualquier caso, no veo otro modo de manejar a esos Asha'man. Las hermanas Rojas han de vincularlos como Guardianes. Si existe la posibilidad, yo estaré entre las primeras, pero ha de hacerse.

Se quedó sentada, bebiendo tranquilamente el vino, y durante unos largos segundos Pevara sólo fue capaz de mirarla consternada. Nada de lo que Tarna había dicho probaba que no fuera del Ajah Negro, pero tampoco podía desconfiar de todas las hermanas que no pudiesen probarlo. Bueno, podía hacerlo y lo hacía, en lo tocante al tema del Negro, pero había otros asuntos de los que tenía que ocuparse. Era una Asentada, no sólo un sabueso. Debía pensar en la Torre Blanca y en las Aes Sedai que se encontraban lejos de la Torre. Y en el futuro.

Metió los dedos en la escarcela bordada y sacó un trozo de papel enrollado en un tubo fino. Tenía la impresión de que debería resplandecer con letras de fuego. Hasta ese momento, era una de las dos mujeres en la Torre que sabían lo que había escrito en él. Aun después de haberlo sacado, vaciló antes de tendérselo a Tarna.

—Esto procede de uno de nuestros agentes en Cairhien, pero lo envió Toveine Gazal.

Los ojos de Tarna se alzaron hacia el rostro de Pevara cuando ésta mencionó el nombre de Toveine, y después bajaron de nuevo para leer el papel. Su rostro pétreo no cambió siquiera una vez que terminó y dejó que el papel se enrollara en su mano.

—Esto no cambia nada —dijo, impasible, fríamente—. Sólo hace más urgente mi sugerencia.

—Por el contrario, esto lo cambia todo. —Pevara suspiró—. Cambia el mundo entero.

23. Adornos

La atmósfera en el cuarto era justo lo bastante más cálida que en el exterior para que los cristales estuvieran empañados en los marcos pintados de rojo, además de que el vidrio tenía burbujas, pero Cadsuane miraba hacia afuera como si pudiese ver claramente el lóbrego paisaje. De todos modos, podía ver con claridad más que suficiente. Unos cuantos desventurados, embutidos en ropas y gorros que apenas si dejaban distinguir a hombres de mujeres por las faldas o los pantalones anchos, recorrían los campos embarrados que rodeaban la casona, y a veces se agachaban para coger un puñado de tierra y tantearlo. No pasaría mucho tiempo antes de que empezaran a arar y a abonar, pero sólo su inspección indicaba la llegada de la primavera en una fecha próxima. Más allá de los campos, el bosque era un conjunto de ramas desnudas y oscuras contra el grisáceo cielo matinal. Una buena capa de nieve habría dado al paisaje un aspecto menos inhóspito, pero allí nevaba poco y en contadas ocasiones, y rara vez quedaban rastros de la anterior nevada cuando llegaba la siguiente. Aun así, a Cadsuane se le ocurrían unos cuantos sitios mejores para sus propósitos, con la Columna Vertebral del Mundo a poco más de un día de dura cabalgada hacia el este. ¿A quién se le ocurriría mirar dentro de las fronteras de Tear? Empero ¿había sido fácil convencer al chico para quedarse en este lugar? Con un suspiro, dio la espalda a la ventana, sintiendo mecerse los adornos dorados que colgaban en su pelo, las pequeñas lunas y estrellas, los pequeños pájaros y peces. Últimamente era muy consciente de ellos. ¿Consciente? ¡Bah! Últimamente se había planteado dormir con ellos puestos.

La sala de estar era amplia pero carecía de adornos, al igual que la propia casona, con cornisas de madera tallada, pintadas en rojo. El mobiliario estaba pintado también con colores fuertes, pero nada de dorado; las dos grandes chimeneas eran de piedra lisa, aunque bien construidas, y se notaba que los sólidos morillos de metal forjado se habían pensado más para un uso prolongado que como adorno. Las lumbres de las chimeneas eran pequeñas porque había insistido en ello, y las llamas ardían bajas en las astillas medio consumidas, pero cualquiera de las dos bastaba para calentarse las manos, que era lo que quería. De haberle dejado hacer las cosas a su modo, Algarin la habría rodeado de un calor sofocante y de sirvientes, aunque eran pocos los que aún tenía empleados. Como Señor de la Tierra de segunda fila, distaba mucho de ser acaudalado, si bien saldaba sus deudas tanto en el fondo como en la forma, incluso cuando la mayoría de los otros hombres habrían visto aquello como todo lo contrario a una deuda.

La puerta sin tallas que daba al pasillo se abrió con un chirrido —todos los sirvientes de Algarin eran casi tan viejos como él y, aunque mantenían todo ordenado y limpio y las lámparas llenas de aceite y las mechas despabiladas, parecía que los

goznes de la casona no se engrasaban con regularidad—, la puerta se abrió con un chirrido para dar paso a Verin, todavía vestida para viajar con un sencillo traje de paño marrón de falda dividida y con la capa doblada en el brazo mientras se atusaba el canoso cabello. Una expresión irritada se plasmaba en la cara cuadrada de la robusta hermana, que sacudía la cabeza.

—Bien, he dejado a las mujeres de los Marinos en Tear, Cadsuane. No me acerqué a la Ciudadela, pero oí que el Gran Señor Astoril había dejado de quejarse de sus articulaciones y se había reunido dentro con Darlin. ¿Quién habría imaginado que Astoril saldría de su inactividad y menos para ponerse de parte de Darlin? Las calles están abarrotadas de mesnaderos, la mayoría emborrachándose y provocando peleas entre sí cuando no están luchando con los Atha'an Miere. Hay tantos Marinos en la ciudad como todos los demás juntos. Harine estaba horrorizada. Salió rápidamente hacia los barcos tan pronto como pudo alquilar un bote, esperando que se la nombre Señora de los Barcos y arreglarlo todo. Parece incuestionable que Nesta din Reas ha muerto.

Cadsuane dejó que la baja y regordeta mujer parloteara. Verin no era ni de lejos tan despistada como aparentaba. Algunas Marrones realmente podían tropezar con sus propios pies por no reparar en ellos, pero Verin era de las que mostraban una actitud de alejamiento del mundo que era artificiosa. Parecía creer que Cadsuane aceptaba esa actitud como real, pero si había que plantear algo, lo hacía. Y lo que no decía también podría ser revelador. Cadsuane confiaba menos en la otra hermana de lo que habría querido.

Por desgracia, Min debía de estar escuchando en la puerta, y la joven tenía poca paciencia.

—Le dije a Harine que no ocurriría así —protestó mientras irrumpía en la estancia—. Le dije que se la castigaría por el acuerdo hecho con Rand. Sólo después se convertirá en la Señora de los Barcos, y no puedo saber si eso ocurrirá dentro de diez días o de diez años. —Delgada y guapa, alta con las botas de tacón y los oscuros rizos rozándole los hombros, Min tenía una voz de timbre bajo, femenina, pero vestía chaqueta roja y pantalón azul de chico. La chaqueta iba bordada con flores de colores en las solapas y las mangas, y los pantalones con franjas en los laterales exteriores, pero seguía siendo un atuendo masculino.

—Puedes entrar, Min —dijo sosegadamente Cadsuane. Usó un tono que por lo general hacía que la gente se sentara derecha y prestara atención. Al menos quienes la conocían, aunque fuera por encima. Unas manchas rojas aparecieron en las mejillas de Min—. Me temo que la Señora de las Olas ya sabe todo lo que podía saber sobre tu visión. Mas, a juzgar por tu aire de urgencia, quizás has interpretado el halo de alguna otra persona y quieres decirme lo que has visto. —La peculiar habilidad de la chica había resultado útil en el pasado y sin duda podía serlo otra vez. Quizá. Que

Cadsuane supiera, no mentía sobre lo que veía en las imágenes y halos que percibía flotando alrededor de la gente, pero tampoco era muy comunicativa siempre. Sobre todo cuando estaba relacionado con la persona sobre la que Cadsuane quería saber por encima de todas las demás.

A pesar de la rojez de las mejillas Min alzó la barbilla en un gesto obstinado. Había cambiado desde Shadar Logoth, o quizás había empezado antes, pero en cualquier caso el cambio no era para mejor.

—Rand quiere que vayáis a verlo. Me dijo que os lo pidiera, así que no os pongáis en plan intransigente.

Cadsuane se limitó a mirarla y dejó que el silencio se prolongara. ¿Intransigente? Definitivamente no había sido un cambio para mejor.

—Dile que iré cuando pueda —manifestó al cabo—. Cierra bien la puerta cuando salgas, Min.

La joven abrió la boca como si fuese a añadir algo, pero al menos le quedaba sentido común suficiente para callárselo. Incluso hizo una reverencia pasable, a despecho de esas ridículas botas, y cerró con firmeza la puerta a su espalda. De hecho, casi dio un portazo.

Verin volvió a sacudir la cabeza y soltó una risa que sólo sonó ligeramente divertida.

—Está enamorada del muchacho, Cadsuane. Y, digas lo que digas, se deja llevar por el corazón, que ha guardado en un bolsillo del chico. Creo que temió que se le cayera muerto encima, y sabes hasta qué punto algo así hace que una mujer se empeñe en seguir adelante.

Cadsuane apretó los labios. Verin sabía más sobre ese tipo de relaciones que ella —nunca había sido partidaria de tenerlas con sus Guardianes, como hacían algunas Verdes, y con otros hombres estaba completamente descartado—, pero la Marrón no andaba desencaminada y casi había dado en el clavo sin saberlo. O al menos creía que la otra hermana ignoraba que Min estaba vinculada con el chico al'Thor. Ella sólo lo sabía porque la muchacha había dicho más de la cuenta en un momento de descuido. Hasta la ostra más cerrada acababa rindiendo su carne una vez que uno había abierto la primera grieta en la concha. A veces incluso daba una inesperada perla. Sí, estuviera o no enamorada de él, Min querría mantener al chico con vida, pero no más que ella.

Verin dejó la capa en el alto respaldo de la silla y se acercó a la chimenea más próxima para extender las manos frente al fuego y calentárselas. De Verin no se diría que se deslizaba, pero sus movimientos eran más gráciles de lo que su corpulencia sugeriría. ¿Cuánto de esa mujer sería un engaño? Con el tiempo, todas las Aes Sedai se ocultaban tras varias máscaras. Acababa convirtiéndose en una costumbre.

—Creo que la situación en Tear aún puede solucionarse pacíficamente —dijo

mientras contemplaba las llamas, casi como si hablase consigo misma. O como si quisiera que Cadsuane creyera que era así—. Hearne y Simaan están bastante desesperados, temerosos de que otros Grandes Señores regresen de Illian y los atrapen en la ciudad. Quizá se mostraran bien dispuestos a aceptar a Darlin, considerando sus otras opciones. Estanda está hecha de pasta más fuerte, pero si se la puede convencer de que saldría favorecida con el arreglo...

—Te dije que no te acercases a ellos —la interrumpió Cadsuane con severidad.

La fornida mujer la miró parpadeando, sorprendida.

—No lo hice. Las calles están llenas de rumores y sé cómo mezclarlos y pasarlos por la criba para sacar una pequeña verdad. Sí vi a Alanna y Rafela, pero me metí detrás de un vendedor callejero que voceaba las empanadas que llevaba en un carretón antes de que me vieran. Estoy segura de que no me vieron. —Hizo una pausa, esperando obviamente que Cadsuane explicara por qué le había ordenado que evitara también a las hermanas.

—Tengo que ir a ver al chico ahora, Verin —dijo en cambio. Ése era el problema de aceptar aconsejar a alguien. Aun cuando una consiguiera poner todas las condiciones que quería, o casi todas, tenía que acudir antes o después cuando la llamaban. Sin embargo, aquello le daba una excusa para eludir la curiosidad de Verin. La respuesta era sencilla. Si se intentaba resolver todos los problemas, se acababa sin solucionar ninguno. Y, con algunos problemas, a la larga no importaba realmente cómo se solucionaban. Pero no responder dejaba a Verin con algo en lo que pensar; un poco de mantequilla resbaladiza para las patas. Cuando Cadsuane no se sentía segura de alguien, quería que esa persona tampoco se sintiera segura de ella.

Verin recogió la capa y salió de la habitación con ella. ¿Acaso se proponía acompañarla? Mas, al salir de la sala de estar, se encontraron con Nesune, que caminaba a paso vivo pasillo adelante. Se paró de golpe. Salvo un puñado de gente, nadie había conseguido hacer caso omiso de Cadsuane nunca, pero Nesune se las ingeniaba bastante bien, manteniendo fija la mirada en Verin.

—Así que has vuelto, ¿no? —Lo mejor de algunas Marrones era su modo de constatar lo que era obvio—. Según recuerdo, escribiste algo sobre los animales de las Tierras Anegadas. —Lo que significaba que Verin lo había hecho; Nesune recordaba todo lo que veía; una cualidad útil si Cadsuane hubiese confiado lo bastante en ella para utilizarla—. Lord Algarin me ha enseñado la piel de una gran serpiente que según él procede de las Tierras Anegadas, pero estoy convencida de que es igual a la que vi en... —Verin dirigió una mirada de impotencia a Cadsuane por encima del hombro mientras la mujer más alta la alejaba agarrada de la manga; pero, antes de que hubiesen dado tres pasos corredor adelante, ya estaba metida a fondo en una discusión sobre esa absurda serpiente.

Era una situación sorprendente y en cierto modo inquietante. Nesune era leal a

Elaida, o lo había sido, en tanto que Verin era una de las que querían destituir a Elaida. O lo había sido. Y ahora charlaban amigablemente sobre serpientes. El hecho de que ambas hubiesen jurado lealtad al chico al'Thor podía achacarse a su condición de *ta'veren*, lo que le hacía tejer inconscientemente el Entramado a su alrededor, mas ¿ese juramento bastaba para que pasaran por alto su postura contraria sobre quién ocupaba la Sede Amyrlin? Le habría gustado saber eso. Ninguno de sus adornos la protegía contra los *ta'veren*. Claro que no sabía la función de dos de los peces y una de las lunas, pero no parecía probable que sirvieran para eso. La explicación podía ser tan sencilla como que Verin y Nesune eran Marrones. Las Marrones podían olvidar cualquier cosa cuando se ponían a estudiar algo. Serpientes. ¡Bah! Los pequeños adornos se mecieron cuando sacudió la cabeza antes de dar media vuelta, dejando a su espalda a las dos Marrones que caminaban en dirección contraria. ¿Qué querría el chico? Nunca le había gustado actuar de consejera, fuera o no necesario.

Las corrientes en los pasillos movían los contados tapices de las paredes, todos de estilo antiguo y con el aspecto de haber sido descolgados y vueltos a colgar muchas veces. La casona había crecido como una vieja granja llena de recovecos más que ser una construcción grande, con ampliaciones añadidas cada vez que los fondos y los miembros de la familia crecían. La casa Pendaloan nunca había sido rica, pero había habido momentos en que sus miembros eran numerosos. Los resultados se notaban no sólo en desgastados tapices pasados de moda. Las cornisas estaban pintadas en intensos colores rojos, azules o amarillos, pero los pasillos variaban en anchura y altura, y a veces se encontraban en un ligero sesgo. Ventanas que en tiempos se asomaban a los campos daban ahora a patios —por lo general vacíos salvo por unos cuantos bancos— y que existían simplemente para que hubiese luz. A veces no había forma de llegar de aquí a allí excepto tomando una galería que asomaba a uno de esos patios. Las columnas eran de madera las más de las veces, aunque magníficamente pintadas si bien no talladas.

En una de esas galerías, de gruesas columnas verdes, dos hermanas contemplaban juntas la actividad en el patio. Al menos, eso era lo que hacían cuando Cadsuane abrió la puerta a la galería. Beldeine la vio salir y se puso tensa, retorciendo el chal de flecos verdes que llevaba hacía menos de cinco años. Bonita, con altos pómulos y ojos marrones algo rasgados, todavía no poseía la cualidad de intemporalidad, y parecía más joven que Min, sobre todo cuando lanzó a Cadsuane una mirada gélida y se alejó presurosamente en dirección contraria.

Merise, su compañera, la siguió con la mirada, sonriendo divertida mientras ajustaba su chal de flecos verdes. Alta e inusitadamente seria, con su cabello retirado del pálido rostro y sujeto prietamente, Merise no era muy dada a sonreír.

—A Beldeine empieza a preocuparle no tener Guardián aún —dijo con acento tarabonés cuando Cadsuane se paró a su lado, aunque sus ojos azules volvieron de

inmediato hacia el patio—. Parece que se está planteando tomar un Asha'man, si puede encontrar uno. Le he dicho que hable con Daigian. Aunque eso no la ayude a ella, sí ayudará a Daigian.

Todos los Guardianes que tenían estaban reunidos en el patio pavimentado de piedra, en mangas de camisa a despecho del frío, la mayoría sentados en los bancos de madera pintados y observando a dos de ellos practicar con espadas de madera. Jahar, uno de los tres de Merise, era un joven guapo, bronceado por el sol. Las campanillas de plata atadas a las puntas de las dos largas trenzas tintineaban con las feroces arremetidas. Se movía como una picanegra descargando un ataque fulgurante. No soplaba la más leve brisa, pero la estrella de ocho puntas, como una dorada aguja de brújula, pareció girar contra el cabello de Cadsuane. De haberla sostenido en la mano habría notado claramente su vibración. Claro que ya sabía que Jahar era un Asha'man, y la estrella no lo habría señalado a él, sino que se limitaba a indicarle que un hombre capaz de encauzar se hallaba cerca. Había descubierto que cuantos más hombres había con esa capacidad, más fuerte vibraba la estrella. El oponente de Jahar, un tipo muy alto, ancho de hombros, con un rostro pétreo y un cordón trenzado ceñido a las encanecidas sienes para sujetar el cabello largo hasta los hombros, no era el segundo Asha'man que había allí abajo, pero a su modo era igualmente mortífero. Lan no parecía ser tan veloz, pero... se movía con la gracilidad de un felino. Su arma de tablillas atadas estaba siempre en el lugar preciso para frenar la de Jahar, siempre desplazando al joven un poquito más fuera de su línea.

De repente, la espada de madera de Lan se descargó contra el costado de Jahar con un sonoro crujido, un golpe mortal de haberse dado con una cuchilla. Mientras el joven se encogía por la fuerza del golpe, Lan se deslizó hacia atrás, en posición, con el arma enarbolada en las dos manos. Nethan, otro de los Guardianes de Merise, se puso de pie; era un tipo delgado, con pinceladas blancas en las sienes, y alto, aunque unos diez centímetros más bajo que Lan. Jahar le hizo un ademán para que no se moviera y volvió a levantar la espada de prácticas, exigiendo otra oportunidad en voz alta.

—¿Cómo lo está llevando Daigian? —preguntó Cadsuane.

—Mejor de lo que esperaba —admitió Merise—. Pasa mucho tiempo en su cuarto, pero relega el llanto a la intimidad. —La mirada de la mujer se desvió de los hombres que practicaban con las espadas hacia un banco pintado de verde, donde el canoso Tomás, Guardián de Verin, se hallaba sentado junto a un tipo mayor que sólo tenía un cerquillo de cabello blanco—. Damer quería probar su Curación con ella, pero Daigian rehusó. Aunque nunca hubiera tenido un Guardián, sabe que el dolor por un Gaidin muerto es parte de recordarlo. Me sorprende que Corele se planteara permitirlo.

La hermana tarabonesa sacudió la cabeza y volvió a observar a Jahar. Los

Guardianes de otras hermanas no le interesaban, al menos no como los suyos.

—Los Asha'man lloran la pérdida de uno de los suyos igual que los Guardianes. Pensé que quizá Jahar y Damer seguían simplemente el liderazgo de los otros, pero Jahar afirma que también es su costumbre. No me inmiscuí, por supuesto, pero los vi beber en memoria del joven Eben. No mencionaron su nombre en ningún momento, pero tenían una copa de vino llena para él. Bassane y Nethan saben que pueden morir cualquier día, y lo aceptan. Jahar espera la muerte; lo espera cada día. Para él, cada hora es casi con seguridad la última de su vida.

Cadsuane se contuvo a duras penas de mirar a la otra mujer. Merise no solía hablar tanto. El rostro de la tarabonesa aparecía sosegado y su actitud era impasible, pero algo la incomodaba.

—Sé que practicas la coligación con él a menudo —dijo Cadsuane delicadamente, sin quitar la vista del patio. La delicadeza era imprescindible cuando se hablaba a otra hermana de su Guardián. Eso era en parte el motivo de que siguiera mirando al patio, fruncido el entrecejo—. ¿Has decidido ya si el chico al'Thor tuvo éxito en Shadar Logoth? ¿Realmente consiguió limpiar la mitad masculina de la Fuente?

Corele también practicaba la coligación con Damer, pero la Amarilla estaba tan centrada en sus fútiles esfuerzos por razonar cómo llevar a cabo con el *Saidar* lo que él hacía con el *Saidin* que ni habría notado la mácula del Oscuro deslizándose por su garganta. Lástima no haber alcanzado el chal cincuenta años después de cuando lo había conseguido; en tal caso ella misma habría vinculado a uno de esos hombres y no habría tenido que preguntar. Pero cincuenta años más habría significado que Norla habría muerto en su pequeña casa, en las Colinas Negras, antes de que Cadsuane Melaidhrin fuera a la Torre Blanca. Aquello habría cambiado mucho la historia. En primer lugar, no habría habido muchas probabilidades de que se encontrara, ni de lejos, en las circunstancias actuales. De modo que preguntó delicadamente y esperó.

Merise se quedó callada y muy quieta durante unos largos instantes, y entonces suspiró.

—No lo sé, Cadsuane. El *Saidar* es un océano en calma que te llevará a donde quieras mientras conozcas las corrientes y dejes que éstas te arrastren. El *Saidin*... es una avalancha de piedras ardientes. Montañas de hielo chocando entre sí. Se nota más limpio que cuando me coligué por primera vez con Jahar, pero en ese caos podría ocultarse cualquier cosa. Cualquier cosa.

Cadsuane asintió. No estaba segura de que hubiera esperado otra respuesta. ¿Por qué iba a conseguir la certidumbre sobre una de las dos cuestiones más importantes del mundo cuando era incapaz de encontrarla en tantas preguntas más sencillas? En el patio, la espada de madera de Lan se frenó, esta vez sin ir acompañada de un crujido, sino simplemente rozando la garganta de Jahar, y el hombre de más edad se retiró con

gracilidad y adoptó la postura de atención. Nethan volvió a levantarse, y de nuevo Jahar le hizo un gesto para que se sentara al tiempo que alzaba su arma, enfadado, y se preparaba. El tercer Guardián de Merise, Bassane, un tipo bajo y ancho, casi tan moreno como Jahar a pesar de ser cairhienino, se echó a reír e hizo un comentario rudo sobre hombres en exceso ambiciosos que se tropezaban con su propia arma. Tomás y Damer intercambiaron una mirada y sacudieron la cabeza; a esa edad, los hombres habían dejado de lanzar pullas mucho tiempo atrás. El entrechocar de madera contra madera comenzó de nuevo.

Los otros cuatro Guardianes no eran los únicos espectadores de las prácticas de Lan y Jahar en el patio. La muchacha delgada de oscuro cabello tejido en una trenza, que observaba anhelante desde un banco rojo, era el foco de la mirada ceñuda de Cadsuane. La chica tendría que meter su anillo de la Gran Serpiente debajo de la nariz de la gente para que se la reconociera como una Aes Sedai, cosa que era, aunque sólo técnicamente. No era sólo por el rostro juvenil de Nynaeve; Beldeine parecía igual de joven. Nynaeve brincaba en el banco, siempre a punto de incorporarse de un salto. De vez en cuando, movía la boca como si estuviera lanzando silenciosas palabras de aliento, y alguna vez también sus manos se giraban como si demostrara cómo tendría que haber movido Lan la espada. Una chica frívola, rebosante de pasiones, que sólo rara vez demostraba que tenía cerebro. Min no era la única en haber echado su corazón y su cerebro a un pozo por un hombre. Según las costumbres de la desaparecida Malkier, el punto rojo que Nynaeve llevaba pintado en la frente indicaba su matrimonio con Lan, aunque las Amarillas casi nunca se casaban con sus Guardianes. A decir verdad, muy pocas hermanas lo hacían. Claro que Lan no era el Guardián de Nynaeve, por mucho que él y la chica aparentaran lo contrario. A quién pertenecía Lan era un tema que eludían como ladrones escabulléndose en la noche.

Lo más interesante, más inquietante, eran las joyas que Nynaeve llevaba, un largo collar y un fino cinturón de oro, con brazaletes y anillos a juego, cuyas llamativas gemas rojas, verdes y azules incrustadas desentonaban con el vestido de cuchilladas amarillas que lucía. Y también llevaba esa peculiar pieza, en la mano izquierda, compuesta de anillos unidos a un brazalete con cadenas planas. Era un *angreal*, y mucho más fuerte que el juego de adornos que ella lucía en la cabeza. Las otras eran muy parecidas a sus propios adornos, *ter'angreal* de manufactura sencilla creados durante el Desmembramiento del Mundo, cuando una Aes Sedai podía encontrar muchas manos vueltas contra ella, sobre todo las de hombres que encauzaban. Curioso pensar que también se habían llamado Aes Sedai. Sería como conocer a un hombre que se llamara Cadsuane.

La cuestión —esa mañana parecía estar repleta de preguntas y el sol todavía no estaba a medio camino del mediodía—, la cuestión era si la chica llevaba esas joyas

por el muchacho al'Thor o por los Asha'man. ¿O por Cadsuane Melaidhrin? Nynaeve había demostrado su lealtad a un joven de su propio pueblo y también había demostrado su recelo hacia él. Tenía cabeza, cuando decidía utilizarla. Sin embargo, hasta que esa pregunta no hubiese tenido respuesta, confiar en la chica era demasiado peligroso. El problema era que en la actualidad había pocas cosas que no parecieran peligrosas.

—Jahar se está haciendo más fuerte —dijo de repente Merise.

Por un instante Cadsuane miró con el entrecejo fruncido a la otra Verde. ¿Más fuerte? La camisa del joven empezaba a pegársele en la espalda por la transpiración, en tanto que Lan parecía que ni siquiera había empezado a sudar. Entonces comprendió. Merise se refería al Poder. Cadsuane se limitó a enarcar una ceja con aire interrogante. No recordaba la última vez que había dejado que la sorpresa se reflejara en su rostro. Debía de haber sido todos esos años atrás, en las Colinas Negras, cuando empezó a ganarse los adornos que ahora llevaba.

—Al principio pensé que la forma de entrenarse de los Asha'man, la presión, ya lo había llevado a su máxima capacidad —continuó Merise, que miraba con el entrecejo fruncido a los dos hombres que combatían con las espadas de prácticas. No; era a Jahar al que miraba de ese modo. Sólo era una leve arruga entre los ojos, pero reservaba sus ceños para quienes podían verlos y advertir su desagrado—. En Shadar Logoth pensé que debía de estar imaginando cosas. Hace tres o cuatro días, casi me había convencido de que estaba equivocada. Ahora estoy segura de que tengo razón. Si los hombres ganan fuerza a trompicones, entonces es imposible calcular lo fuerte que llegará a ser.

No manifestó su preocupación evidente, por supuesto: que el chico pudiera ser más fuerte que ella. Decir tal cosa habría sido inconcebible en muchos aspectos, y a pesar de que Merise se había acostumbrado a hacer lo inconcebible —la mayoría de las hermanas se desmayarían ante la mera idea de vincular a un hombre que encauzaba—, nunca se sentía cómoda hablando de ello. Cadsuane sí, pero de todos modos mantuvo un tono neutral. Luz, ¡cómo detestaba ser delicada! O al menos la necesidad de serlo.

—Parece contento, Merise. —Los Guardianes de Merise siempre parecían estarlo; los sabía llevar bien.

—Está furioso por... —La otra mujer se rozó un lado de la cabeza como para tantear el nudo de sensaciones que percibía a través del vínculo. ¡Realmente estaba incómoda!—. No es ira. Es frustración. —Buscó en la escarcela de cuero verde y sacó un pequeño alfiler esmaltado, una figura sinuosa roja y dorada, semejante a una serpiente con patas y melena de león—. No sé dónde consiguió esto el chico al'Thor, pero se lo dio a Jahar. Al parecer, para los Asha'man es parecido a alcanzar el chal. Se lo tuve que quitar, naturalmente; Jahar está aún en la etapa de aprender a aceptar sólo

lo que yo diga que puede hacer. Pero se siente tan agitado por esta cosa... ¿Debería devolvérselo? En cierto modo, ahora le vendría de mi mano.

Las cejas de Cadsuane empezaron a enarcarse antes de que la mujer pudiera controlarlas. ¿Merise le pedía consejo sobre uno de sus Guardianes? Bueno, sí, era ella quien había sugerido que debía tantear al chico, pero este grado de intimidad era... ¿Inconcebible? ¡Bah!

—No me cabe duda de que decidas lo que decidas será lo correcto.

Tras echar una última ojeada a Nynaeve, dejó a la mujer alta acariciando el alfiler esmaltado con el pulgar y mirando el patio, fruncido el entrecejo. Lan acababa de derrotar de nuevo a Jahar, pero el joven volvía a adoptar la postura inicial, exigiendo otro combate. Decidiera lo que decidiera Merise, ya había descubierto algo que no le gustaba. Los vínculos entre Aes Sedai y Guardianes siempre habían sido tan claros como la relación; la Aes Sedai mandaba y el Guardián obedecía. Pero si Merise, nada menos, estaba titubeando por un alfiler —Merise, que dirigía a sus Guardianes con mano firme—, entonces habría que establecer nuevos límites, al menos con Guardianes que encauzasen. No parecía probable que pudiera pararse ya su vinculación; Beldeine era la prueba de ello. La gente no cambiaba nunca, pero el mundo sí, y con una regularidad alarmante. No quedaba más remedio que aceptarlo, o al menos sobrellevarlo. De vez en cuando, con suerte, se podía influir en la dirección de los cambios; pero, incluso si se frenaba uno, sólo se conseguía poner en marcha otro.

Como era de esperar, la puerta de acceso a las habitaciones del chico al'Thor estaban guardadas. Alivia se encontraba allí, por supuesto, sentada en un banco a un lado de la puerta, con las manos enlazadas pacientemente sobre el regazo. La seanchan de cabello claro se había designado a sí misma protectora del chico, si se podía llamar así. Alivia le atribuía el mérito de haberla liberado del collar de *damane*, pero en el fondo había algo más. A Min no le caía bien, y no era una cuestión de celos. Alivia no parecía saber nada sobre la relación entre un hombre y una mujer. Sin embargo había una conexión entre ella y el chico, una conexión que se revelaba en miradas que transmitían determinación por parte de ella y esperanza por parte de él, por mucho que costase creer tal cosa. Hasta que Cadsuane no averiguara de qué se trataba, no pensaba hacer nada para separarlos. Los penetrantes ojos azules de la seanchan contemplaron a Cadsuane con respetuosa cautela, pero no veían en ella a un enemigo. Alivia no se andaba por las ramas con quienes consideraba enemigos del chico al'Thor.

La otra mujer que montaba guardia tenía la misma altura que Alivia, aunque no podrían ser más diferentes y no sólo porque los ojos de Elza fueran marrones y su rostro tuviera el aire intemporal de una Aes Sedai, mientras que la seanchan tenía pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos y algunas hebras blancas en el cabello.

Elza se incorporó rápidamente nada más ver a Cadsuane y se situó delante de la puerta a la par que se ajustaba el chal.

—No está solo —dijo con cierto helor en la voz.

—¿Me cierras el paso? —inquirió Cadsuane con igual frialdad. La Verde andoreña tendría que haberse apartado. Elza se encontraba lo bastante por debajo que ella en el Poder para no dudarlo, pero se plantó firme y de hecho su mirada se tornó más acalorada.

Era un dilema. Otras cinco hermanas que estaban en la casona habían jurado lealtad al chico, y las que habían sido leales a Elaida miraban a Cadsuane como si sospecharan de sus intenciones hacia él. Lo que planteaba la pregunta de por qué Verin no actuaba así, naturalmente. Pero sólo Elza había intentado que no se acercara a él. La actitud de la mujer apestaba a celos, lo que no tenía sentido. Era imposible que se considerara más adecuada para aconsejarle, y si hubiese habido algún atisbo de que Elza deseara al chico, ya fuera como hombre o como Guardián, Min estaría enseñándole los dientes. En ese aspecto la chica tenía muy aguzado el instinto. Cadsuane habría rechinado los dientes si hubiera sido el tipo de mujer que los rechinaba.

Cuando pensaba que tendría que ordenar a Elza que se apartara, Alivia se inclinó hacia ella.

—Él mandó llamarla, Elza —informó con su acento que arrastraba las palabras—. Se enfadará si no la dejamos entrar. Con nosotras, no con ella. Deja que pase.

Elza miró a la seanchan de reojo y sus labios se curvaron en una mueca desdeñosa. Alivia estaba muy por encima de ella en el Poder —en realidad, Alivia estaba muy por encima de Cadsuane—, pero era una espontánea y una mentirosa, desde el punto de vista de Elza. La mujer de cabello oscuro no parecía aceptar que Alivia había sido *damane*, cuanto menos el resto de su historia. Aun así, Elza lanzó una mirada a Cadsuane, después a la puerta que tenía detrás, y se ajustó el chal. Obviamente, no quería que el chico se enfadara. No con ella.

—Veré si puede recibirte ahora —dijo casi con gesto huraño—. Que se quede aquí —añadió dirigiéndose a Alivia, en tono más cortante, antes de volverse y llamar con suavidad a la puerta. Una voz masculina dio permiso al otro lado de la hoja de madera y la mujer la abrió justo lo suficiente para entrar y cerró tras ella.

—Debes disculparla —comentó Alivia en aquel acento irritantemente lento—. Creo que lo que le ocurre es que se toma muy en serio su juramento. No está acostumbrada a servir a nadie.

—Las Aes Sedai cumplen su palabra —repuso fríamente Cadsuane. ¡Esa mujer hacía que se sintiera como si su modo de hablar fuera tan rápido y frío como el de un cairhienino!—. Tenemos que hacerlo.

—Creo que tú lo haces. Igual que sabes que yo también la cumplo. Le debo

cualquier cosa que me pida.

Un comentario fascinante, y una abertura; pero, antes de que pudiese sacar ventaja de ella, Elza salió. Tras ella venía Algarin, con la blanca barba recortada hasta casi acabar en un pico. Dedicó una reverencia a Cadsuane con una sonrisa que profundizó más sus arrugas. La sencilla chaqueta de paño oscuro, hecha cuando era más joven, le quedaba grande ahora, y el cabello le proporcionaba una rala cobertura. No había posibilidad de descubrir por qué había visitado al chico al'Thor.

—Te recibirá ahora —dijo secamente Elza.

Faltó poco para que Cadsuane rechinara los dientes. Alivia tendría que esperar. Y Algarin.

El chico estaba de pie cuando Cadsuane entró, casi tan alto y tan ancho de hombros como Lan; llevaba una chaqueta negra con bordados dorados en las mangas y en el cuello alto. Pese a los bordados, se parecía demasiado a las chaquetas de los Asha'man para que resultara de su agrado, pero no dijo nada. Él hizo una cortés reverencia, la condujo a un sillón con cojín delante de la chimenea y le preguntó si le apetecía vino. Añadió que el de la jarra —que había en una mesa auxiliar con dos copas— se había enfriado, pero que podía mandar traer más. Cadsuane había trabajado duro para obligarlo a comportarse educadamente, así que podía llevar la chaqueta que quisiera. Había cosas más importantes hacia las que había que guiarlo. O empujarlo o tirar de él, si era necesario. No iba a perder tiempo hablando de sus ropas.

Tras una educada inclinación de cabeza, rechazó el vino. Una copa de vino ofrecía muchas posibilidades —beber cuando se necesitaban unos segundos para pensar; mirar en su interior cuando se quería eludir los ojos—, pero a este joven había que vigilarlo de continuo. Su semblante dejaba traslucir casi tan poco como el de una hermana. Con aquel cabello rojizo oscuro y esos ojos azul grisáceos podría haber pasado por un Aiel, pero pocos Aiel tenían unos ojos tan fríos. Hacían que el cielo matinal que había estado contemplado un rato antes pareciera cálido en comparación. Más fríos de lo que eran antes de Shadar Logoth. Y, por desgracia, más duros también. También parecían... cautelosos.

—Algarin tenía un hermano que podía encauzar —dijo el chico mientras se volvía hacia el sillón situado enfrente.

A mitad de la vuelta se tambaleó. Se agarró a un brazo del sillón a la par que soltaba una seca risa, fingiendo que se había tropezado con sus propios pies. Y no había asido el *Saidin* —Cadsuane lo había visto tambalearse al hacer eso—, o sus adornos se lo habrían advertido. Corele decía que sólo necesitaba dormir un poco más para recuperarse de lo de Shadar Logoth. ¡Luz, tenía que mantener vivo al chico o todo habría sido en balde!

—Lo sé —respondió. Y, puesto que Algarin podría haberle contado todo, añadió

—: Fui yo quien capturó a Emarin y lo condujo a Tar Valon. —Para algunos, había sido extraño que Algarin le estuviera agradecido por ello, pero su hermano menor sobrevivió al amansamiento más de diez años una vez que ella lo ayudó a resignarse. Los hermanos habían estado muy unidos.

Las cejas del chico se fruncieron mientras se sentaba en el sillón. No se lo había contado.

—Algarin quiere que se le haga la prueba —anunció.

Cadsuane sostuvo su mirada sin vacilar, sosegadamente, y contuvo la lengua. Los hijos de Algarin estaban casados; los que aún vivían. Quizás estaba dispuesto a ceder ese trozo de tierra a sus descendientes. En cualquier caso, un varón más o uno menos que pudiera encauzar poco importaba a esas alturas. A menos que fuera el chico que la miraba fijamente.

Al cabo de un momento, él movió la barbilla en un atisbo de asentimiento. ¿La habría estado probando?

—Nunca temas que deje de decírtelo cuando te comportes como un necio, muchacho.

La mayoría de la gente recordaba tras una reunión que ella tenía una lengua afilada. A este joven había que recordárselo de vez en cuando. El chico gruñó. O quizá fue una risa. O un sonido compungido. Cadsuane se recordó a sí misma que él quería que le enseñara algo, aunque no parecía saber qué. Daba igual. Tenía una lista donde elegir y sólo había empezado con ella.

Habríase dicho que el rostro del chico era una talla de piedra por la inexpresividad que mostraba, pero se puso de pie y empezó a pasear yendo y viniendo de la chimenea a la puerta, con las manos enlazadas prietamente a la espalda.

—He estado hablando con Alivia, sobre los seanchan —dijo—. Llaman a su ejército el Ejército Invencible con razón. Jamás ha perdido una guerra. Batallas, sí, pero nunca una guerra. Cuando pierden una batalla, se sientan y estudian qué han hecho mal o qué hizo bien el enemigo. Entonces cambian lo que tengan que cambiar para ganar.

—Un modo de actuar muy inteligente —opinó Cadsuane cuando él dejó de hablar. Saltaba a la vista que esperaba un comentario—. Conozco hombres que actúan igual. Davram Bashere, por ejemplo. Gareth Bryne, Rodel Ituralde, Agelmar Jagad. Incluso Pedron Niall lo hacía, cuando vivía. A todos se los considera grandes capitanes.

—Sí —convino el chico, sin dejar de pasear. No la miró, o quizá ni siquiera la veía, pero sí escuchaba. Había que confiar en que también prestara atención—. Cinco hombres, todos ellos grandes capitanes. Los seanchan lo hacen del primero al último. Así es como lo han hecho durante mil años. Cambian lo que tienen que cambiar, pero

no se dan por vencidos.

—¿Estás considerando la posibilidad de que no se los pueda vencer? —inquirió con calma.

La tranquilidad siempre era aconsejable hasta que se conocían los hechos, y por lo general también después. El chico se volvió hacia ella, tenso y con los ojos como trozos de hielo.

—Puedo vencerlos con el tiempo —repuso, luchando para mantener un tono educado. Eso estaba bien. Cuantas menos veces tuviera que demostrarle que podía castigar las transgresiones a sus reglas y lo haría, mejor—. Pero... —Se interrumpió con un gruñido cuando el ruido de voces discutiendo llegó desde el pasillo.

Un instante después se abría la puerta y Elza entraba de espaldas, todavía discutiendo en voz alta e intentando detener a otras dos hermanas extendiendo los brazos. Erian, con la pálida tez encendida, empujaba a la otra Verde. Sarene, una mujer tan hermosa que hacía que Erian casi pareciera poco agraciada, exhibía una expresión más tranquila, como podría esperarse de una Blanca, pero sacudía la cabeza con exasperación y con bastante fuerza para que las cuentas de colores de las finas trencillas tintinearan unas contra otras. Sarene tenía genio, aunque por lo general lo mantenía bajo un férreo control.

—Bartol y Rashan vienen hacia aquí —anunció Erian en voz alta; la agitación hacía resaltar su acento illiano. Eran sus dos Guardianes, que había dejado en Cairhien—. No mandé llamarlos, pero alguien Viajó con ellos. Hace una hora, los sentí de repente más cercanos, y justo ahora, más próximos aún. Vienen hacia nosotros.

—Y mi Vitalien también se está acercando —anunció Sarene—. Creo que estará aquí en unas pocas horas.

Elza dejó caer los brazos, aunque a juzgar por la tensión de su espalda seguía mirando furibunda a las otras dos hermanas.

—También mi Fearil estará aquí en unas horas —murmuró.

Era su único Guardián; se comentaba que estaban casados, y las Verdes que se casaban rara vez tomaban otro Guardián al mismo tiempo. Cadsuane se preguntó si Elza lo habría dicho si las otras no hubieran hablado.

—No pensé que sucediera tan pronto —dijo suavemente el chico. Suavemente, pero había un timbre acerado en su voz—. Pero no habría tenido que confiar en que la marcha de los acontecimientos se acomodara a mi conveniencia, ¿verdad, Cadsuane?

—Los acontecimientos nunca esperan a nadie —repuso ella mientras se ponía de pie.

Erian se encogió como si acabara de reparar en su presencia, aunque Cadsuane estaba segura de que su semblante era tan inexpresivo como el del chico. Y sin duda tan pétreo. Qué los había hecho venir desde Cairhien a esos Guardianes y quién

Viajaba con ellos eran problemas suficientes de los que preocuparse, pero creía haber dado con otra respuesta para el chico e iba a tener que meditar cuidadosamente cómo aconsejarle en ello. A veces, las respuestas eran más espinosas que las preguntas.

24. Una tormenta que cobra fuerza

El sol de media tarde tendría que haber penetrado en sesgo a través de las ventanas del dormitorio de Rand, pero fuera caía un intenso aguacero y todas las lámparas estaban encendidas para combatir la oscuridad crepuscular. Los truenos hacían tintinear los cristales de las ventanas. Era una tormenta violenta que había descendido de la Pared del Dragón más veloz que un caballo a galope y que había traído consigo un frío más intenso, casi lo suficientemente intenso para nevar. Las gotas de lluvia que acribillaban la casa eran de aguanieve, y a despecho de los leños ardiendo en el hogar de piedra la habitación estaba destemplada.

Tendido en el lecho con los pies calzados puestos uno sobre otro, trataba de poner sus pensamientos en orden con la mirada perdida en el dosel. Podía hacer caso omiso de la tormenta, pero Min, acurrucada bajo su brazo, era otro asunto. No es que ella quisiera distraerlo; lo conseguía sin intentarlo. ¿Qué iba a hacer con ella? Y con Elayne y Aviendha. Estas dos eran sólo una vaga presencia en su mente, encontrándose tan lejos, en Caemlyn. Al menos suponía que seguían allí. Era arriesgado dar por hecho algo con esas dos. Lo que percibía de ellas en ese momento era una sensación aproximada de dirección y la certeza de que estaban vivas. Sin embargo, el cuerpo de Min se apretaba contra su costado y el vínculo la convertía en algo vibrante en su mente, como lo era en su carne. ¿Era demasiado tarde para mantenerla a salvo, para mantener a salvo a Elayne y a Aviendha?

«¿Qué te hace pensar que puedes mantener a salvo a nadie? —susurró Lews Therin dentro de su cabeza. Ahora el hombre muerto era un viejo amigo—. Todos vamos a morir. Lo único que puedes esperar es no ser tú mismo quien las mate.» Un viejo amigo que no era bien recibido, sino uno del que no podía librarse. Ya no temía matar a Min, Elayne o Aviendha como no temía volverse loco. O, al menos, no más loco de lo que estaba ya, con un hombre muerto dentro de su cabeza y a veces un rostro borroso que casi llegaba a reconocer. ¿Debería arriesgarse a preguntarle a Cadsuane sobre cualquiera de los dos?

«No confíes en nadie —murmuró Lews Therin, que a continuación soltó una risa burlona—. Ni tampoco en mí.»

Sin previo aviso, Min le propinó un puñetazo en las costillas lo bastante fuerte para hacerle soltar un gemido.

—Te estás poniendo melancólico, pastor —gruñó—. Si empiezas a preocuparte de nuevo por mí, te juro que...

Tenía muchas formas de gruñir, vaya que sí, cada cual acorde con las distintas sensaciones percibidas a través del vínculo. Estaba la ligera irritación que le llegaba ahora, esta vez teñida de preocupación, y a veces había un ribete de vehemencia, como si estuviera conteniéndose para no partirle la cabeza. Había un gruñido que casi

lo hacía reír —o lo más próximo a reír de lo que había estado hacía mucho tiempo— por la sensación divertida en la mente de ella, y ese otro gruñido gutural que le habría hecho hervir la sangre incluso sin el vínculo.

—Olvida eso ahora —dijo la joven en tono de advertencia antes de que él tuviera tiempo de mover la mano que apoyaba en su espalda, y, rodando sobre un costado, se bajó de la cama para ponerse bien la chaqueta a la par que le dirigía una mirada de reproche. Desde que se habían vinculado le leía la mente incluso mejor, y eso que antes ya se le daba estupendamente bien—. ¿Qué vas a hacer respecto a ellos, Rand? ¿Qué va a hacer Cadsuane? —Un relámpago centelleó tras las ventanas, casi tan brillante como para ahogar la luz de las lámparas, y el trueno retumbó contra los cristales.

—Todavía no he sido capaz de imaginar por anticipado qué va a hacer, Min. ¿Por qué iba a ser distinto hoy?

El grueso edredón de plumas se hundió bajo él cuando pasó las piernas por el lado de la cama y se sentó para mirar a la joven. Casi se llevó la mano al costado de las heridas de manera instintiva, pero se frenó a tiempo y cambió el movimiento para abrocharse la chaqueta. Medio curadas y sin curar del todo nunca, esas dos heridas superpuestas le dolían desde Shadar Logoth. O quizás es que era más consciente del dolor punzante, del calor febril que irradiaban, como un horno en una zona más pequeña que la palma de su mano. Había confiado en que al menos una de ellas empezara a sanarse con la desaparición de Shadar Logoth. Quizá no había pasado bastante tiempo para que notara un cambio. No era el costado donde Min le había dado el puñetazo —siempre era muy cuidadosa con eso, aunque no con el resto de su cuerpo—, pero creía que le había mantenido oculto el dolor. No tenía sentido darle más preocupaciones. La preocupación que había en sus ojos, en su mente, tenía que ser por Cadsuane. O por los otros.

La casona y todos los edificios circundantes estaban abarrotados ahora. Había sido inevitable que antes o después alguien intentara utilizar a los Guardianes dejados en Cairhien; sus Aes Sedai no habían anunciado a bombo y platillo que iban a buscar al Dragón Renacido, pero tampoco habían sido especialmente discretas. Aun así, Rand no había previsto la aparición de quienes llegaron con ellos: Davram Bashere con cien de sus jinetes saldaeninos de caballería ligera, que desmontaron bajo una tromba de agua, rezongando por las sillas de montar estropeadas; y más de media docena de Asha'man de chaquetas negras, quienes, por alguna razón, no se habían escudado del aguacero. Cabalgaban con Bashere, pero separados claramente en dos grupos que mantenían en todo momento cierta distancia entre sí y emitían un intenso tufo a vigilante recelo. Y uno de los Asha'man era Logain Ablar. ¡Logain! ¡Un Asha'man luciendo la Espada y el Dragón en el cuello de la chaqueta! Los dos, Bashere y Logain, querían hablar con él, pero no delante de nadie, sobre todo no

delante del otro, al parecer. Sin embargo, inesperada o no, su visita no era la más sorprendente. Rand había pensado que las ocho Aes Sedai debían de ser amigas de Cadsuane, pero habría jurado que la mujer se había sorprendido tanto como él al ver a la mayoría de ellas. ¡Más extraño aún era que todas menos una parecían estar con los Asha'man! No como prisioneras, y desde luego no como guardianas, pero Logain se había mostrado reacio a explicar el asunto estando Bashere delante, y Bashere se había mostrado reacio a dar ocasión a Logain de hablar con Rand a solas en primer lugar. Ahora estaban todos secándose e instalándose en sus cuartos mientras él intentaba poner en orden sus ideas. Hasta donde podía, teniendo cerca a Min. ¿Qué haría Cadsuane? Bien, había intentado pedirle consejo, pero los acontecimientos los habían desbordado a los dos. Pensara lo que pensara Cadsuane, la decisión ya se había tomado. De nuevo resplandeció un relámpago a través de las ventanas. Cadsuane era como los relámpagos, que uno nunca sabía cuándo iban a descargar.

«Alivia podría acabar con ella —murmuró Lews Therin—. Va a ayudarnos a morir; nos quitará de en medio a Cadsuane si le dices que lo haga.»

«No quiero matarla —respondió mentalmente Rand al hombre muerto—. No puedo permitirme el lujo de que muera.»

Lews Therin lo sabía tan bien como él, pero de todos modos rezongó entre dientes. Desde Shadar Logoth, en ocasiones parecía estar algo menos demente. O quizás era que él estaba un poco más loco. Después de todo, hablaba mentalmente con un hombre muerto como la cosa más normal del mundo y eso difícilmente era estar en sus cabales.

—Tienes que hacer algo —dijo Min mientras se cruzaba de brazos—. El halo de Logain sigue indicando gloria, más fuerte que nunca. Quizás aún piensa que es el verdadero Dragón Renacido. Y hay algo... oscuro en las imágenes que vi alrededor de lord Davram. Si se vuelve contra ti o si muere... Oí decir a uno de los soldados que lord Dobraine podría morir. Perder a uno de ellos sería un golpe. Perderlos a los tres significaría un revés del que tardarías un año en recuperarte.

—Si lo has visto, entonces va a ocurrir. Hago lo que está en mi mano, Min, no puedo preocuparme por lo que está fuera de mi alcance.

Ella le lanzó una de esas miradas que las mujeres tenían siempre preparadas, como si se propusiera iniciar una discusión. Una suave llamada a la puerta le hizo volver la cabeza, y Min cambió de postura. Rand sospechó que había dejado deslizar hasta su mano uno de esos cuchillos arrojadizos y que lo escondía detrás de la muñeca. Llevaba encima más cuchillos escondidos que Thom Merrilin. O que Mat. Un remolino de colores surgió en su mente, casi resolviéndose en... ¿Qué? ¿Un hombre en el asiento de una carreta? En cualquier caso no era la cara que a veces aparecía en sus pensamientos y la escena desapareció en un instante, sin rastro del mareo que habitualmente acompañaba a la cara.

—Adelante —respondió a la par que se ponía de pie.

Elza extendió la falda de color verde oscuro en una elegante reverencia cuando entró, los ojos relucientes. Era una mujer de aspecto agradable, con la fría actitud displicente de un gato, y no pareció reparar en Min. De todas las hermanas que le habían jurado lealtad, Elza era la que se mostraba más entusiasta. La única, a decir verdad. Las otras habían tenido sus razones para hacer el juramento, y, por supuesto, ni Verin ni las hermanas que habían ido a buscarlo a los pozos de Dumai habían tenido verdaderamente elección ante un *ta'veren*; pero, a pesar de la aparente frialdad de Elza, la mujer parecía arder por dentro con su pasión por verlo llegar al Tarmon Gai'don.

—Dijiste que te avisáramos cuando llegara el Ogier —anunció, sin apartar los ojos del rostro de Rand un solo instante.

—¡Loial! —gritó jubilosa Min, que guardó el cuchillo en la manga mientras pasaba corriendo junto a Elza; ésta parpadeó al ver el arma—. ¡Habría matado a Rand por dejar que fueras a tu cuarto antes de verte yo! —El vínculo indicaba que las palabras que dirigió al Ogier eran broma. En parte.

—Gracias —contestó Rand, atento al alborozo que se oía en la sala de estar, la risa de Min coreada por la retumbante de Loial, semejante a un terremoto o a un trueno en el cielo.

Tal vez la pasión de la Aes Sedai llegaba a querer saber qué hablaba con Loial, porque sus labios se apretaron y vaciló antes de hacer otra reverencia y abandonar el dormitorio. Una breve pausa en las muestras de alegría señaló el paso de la Aes Sedai por la sala de estar, y su reanudación indicó su marcha. Sólo entonces Rand asió el Poder. Siempre procuraba que nadie lo viese haciéndolo.

El fuego fluyó en él más abrasador que el sol, y el frío, tan intenso que hacía que la peor tormenta de nieve pareciera primavera, todo un remolino rugiente que minimizaba la tormenta en el exterior y amenazaba con arrastrarlo en un momento de descuido. Asir el *Saidin* era sostener una lucha por la supervivencia. Pero el color verde de las cornisas se hizo de repente más intenso, y el negro de su chaqueta, y el dorado de los bordados. Podía distinguir las vetas de los postes tallados de la cama, las marcas de la lija dejadas por el artesano tantos años atrás. El *Saidin* lo hacía sentirse como si hubiese estado medio ciego y embotado sin él. Eso era una parte de lo que sentía.

«Limpio —musitó Lews Therin—. Puro y limpio otra vez.»

Lo estaba. La mácula que había contaminado la mitad masculina del Poder desde el Desmembramiento había desaparecido. Pero no por ello dejaba de sentir la náusea, la violenta urgencia de doblarse por la mitad y vomitar en el suelo. El dormitorio giró a su alrededor un instante y Rand tuvo que alargar la mano hacia uno de los postes de la cama para sostenerse. Ignoraba por qué sentía ese malestar, una vez que la

infección había desaparecido. Lews Therin tampoco lo sabía o no quería decirlo. Pero el mareo era la razón de que no dejara que nadie lo viera asir el *Saidin* si podía evitarlo. Puede que Elza ardiera en deseos de verlo llegar a la Última Batalla, pero muchos otros deseaban su caída, y no todos eran Amigos Siniestros.

En ese momento de debilidad, el hombre muerto intentaba llegar al *Saidin*. Rand podía sentir sus esfuerzos anhelantes. ¿Le costaba frenarlo más que antes? En ciertos aspectos, Lews Therin parecía más una parte sólida de él desde Shadar Logoth. Daba igual. Sólo disponía de cierto tiempo antes de morir. Sólo tenía que durar hasta entonces. Inhaló profundamente, hizo caso omiso de las huellas aún persistentes del mareo y del estómago revuelto, y se dirigió a la sala de estar, en dirección al estruendo del trueno.

Min se encontraba en el centro del cuarto agarrando una mano de Loial entre las suyas y sonriéndole. Tenía que usar las dos para tomar la del Ogier y aun así faltaba para que pudiera tapársela. Entre la cabeza de Loial y el techo de escayola sólo quedaba un hueco de algo menos de dos palmos. Llevaba puesta una chaqueta de paño limpia, de color azul oscuro, con la parte inferior acampanada sobre los pantalones amplios, hasta el remate de las botas altas, pero por una vez los bolsillos no se abultaban con las formas angulosas de libros. Sus ojos, del tamaño de tazas de té, se alegraron al ver a Rand, y la sonrisa de su ancha boca dividió realmente en dos su rostro. Las orejas copetudas que asomaban entre el cabello greñudo se agitaron de placer.

—Lord Algarin tiene habitaciones de invitados Ogier, Rand —retumbó su voz como un profundo toque de tambor—. ¿Te imaginas? ¡Seis! No se han utilizado hace tiempo, claro, pero las ventilan todas las semanas para que no haya olor a humedad y las ropas de la cama son de gran calidad. Creía que tendría que volver a doblarme en una cama de tamaño humano. Ummmm. No vamos a quedarnos mucho tiempo aquí, ¿verdad? —Sus largas orejas se inclinaron un poco y después empezaron a agitarse con nerviosismo—. No creo que debiéramos. Quiero decir, que podría acostumbrarme a tener una cama de verdad, y eso no funcionaría si voy a estar contigo. Me refiero a... Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

—Lo sé —repuso suavemente Rand. Se podría haber reído ante la consternación del Ogier. Tendría que haberse reído. Últimamente la risa parecía esquivarlo. Rand hiló una red contra oídos indiscretos en torno a la habitación y anudó el tejido para soltar el *Saidin*. Los últimos rastros de náusea empezaron a desaparecer al instante. Por lo general podía controlarlo con cierto esfuerzo, pero no tenía sentido cuando no era preciso hacerlo—. ¿Se mojó alguno de tus libros? —La mayor preocupación de Loial al llegar había sido comprobar el estado de sus libros.

De pronto se le ocurrió a Rand que había llamado «hilar una red» al tejido hecho con el Poder. Así sería como lo diría Lews Therin. Eso le venía ocurriendo muy a

menudo; los giros lingüísticos del hombre se metían en su mente o los recuerdos se mezclaban con los suyos. Él era Rand al'Thor, no Lews Therin Telamon. Había tejido una salvaguardia y había atado el tejido, no había hilado una red y la había anudado. Sin embargo, ambos enunciados se le venían a la cabeza con igual facilidad.

—Mi *Ensayos de Willim de Maneches* se mojó —comentó Loial disgustado mientras se frotaba el labio superior con un dedo tan grueso como una salchicha. ¿No se había afeitado bien o es que había un inicio de bigote bajo la ancha nariz?—. Puede que salgan manchas en las páginas. No tendría que haber sido tan descuidado con un libro. Y mi libro de notas también se mojó un poco. Pero la tinta no se corrió. Aún se puede leer todo, aunque realmente tendría que hacer un estuche para proteger... —Poco a poco su frente se arrugó, de modo que las puntas de las largas cejas le rozaron las mejillas—. Pareces cansado, Rand. Tiene aspecto de cansado, Min.

—Ha estado muy ocupado, pero se ha tomado un descanso —contestó Min a la defensiva, y Rand sonrió. Apenas. Min lo defendía siempre, incluso ante sus amigos —. Estás descansando, pastor —añadió mientras soltaba la enorme mano de Loial y se ponía en jarras—. Siéntate y descansa. Vamos, Loial, toma asiento. Acabaré con tortícolis de tener doblado el cuello para mirarte.

Loial soltó una queda risa, que en su caso sonó como un ahogado bramido de un toro, a la par que examinaba una de las sillas de respaldo recto con aire dubitativo. Comparada con él, parecía hecha para un niño.

—Pastor. No imaginas cómo me gusta oírte llamarlo pastor, Min. —Se sentó con precaución. La silla de talla sencilla crujió bajo su peso, y las rodillas se le quedaron levantadas—. Lo siento Rand, pero es divertido, y no he oído muchas cosas de las que reírme en estos últimos meses. —La silla aguantaba. Tras echar una rápida ojeada hacia la puerta que daba al pasillo, añadió en un tono algo alto—: Karldin no tiene mucho sentido del humor.

—Puedes hablar sin reparo —le dijo Rand—. Estamos a salvo con un... una salvaguardia. —Casi había dicho un escudo, que no era lo mismo. Sólo que sabía que lo era.

Se sentía demasiado cansado para sentarse, igual que estaba demasiado cansado para conciliar el sueño casi todas las noches —le dolían hasta los huesos—, de modo que se dirigió hacia la chimenea para quedarse de pie allí. Las ráfagas de aire que se colaban por el tiro agitaban las llamas en los troncos y a veces se colaba un poco de humo en la habitación; Rand podía oír el martilleo de la lluvia en las ventanas, pero los truenos se habían alejado. Quizá la tormenta estaba terminando. Enlazó las manos detrás y se puso de espaldas al fuego.

—¿Qué dijeron los Mayores, Loial?

En lugar de responder de inmediato, Loial miró a Min como si buscase ánimo o

apoyo. Sentada en un sillón, cruzada de piernas, la muchacha le sonrió y asintió, y el Ogier suspiró hondo, un sonido como el del viento soplando por profundas cavernas.

—Karldin y yo visitamos todos los *steddings*, Rand. Todos menos el de Shangtai, por supuesto. No podía ir allí, pero dejé un mensaje en todos los sitios que visité, y Daiting no está muy lejos de Shangtai. Alguien lo llevará allí. El Gran Tocón se reúne en Shangtai y eso atraerá multitudes. Ésta es la primera vez que se convoca un Gran Tocón en un milenio, desde que los humanos lucharon en la Guerra de los Cien Años, y le tocaba el turno a Shangtai. Tienen que estar considerando algo muy importante, pero nadie me dijo la razón de que se convocara. No te cuentan nada sobre un Tocón hasta que tienes barba —rezongó mientras se toqueteaba el asomo de bozo en la ancha barbilla. Por lo visto pensaba remediar esa falta, aunque no era muy seguro que lo consiguiera. Loial había cumplido los noventa años, pero para la raza Ogier seguía siendo un jovencito.

—¿Y los Mayores? —inquirió pacientemente Rand.

Había que ser paciente con Loial; con cualquier Ogier. No veían el tiempo como los humanos —entre humanos ¿a quién se le ocurriría pensar de quién era el turno al cabo de mil años?—, y Loial tendía a extenderse largo y tendido en cuanto tenía ocasión. Muy largo y tendido.

El Ogier agitó las orejas y lanzó otra ojeada a Min; recibió a cambio una sonrisa de ánimo.

—Bueno, como decía, visité todos los *steddings* excepto Shangtai. Karldin no quiso entrar en ellos. Prefería dormir todas las noches al raso, debajo de unas matas, que quedarse aislado del Poder un solo minuto. —Rand no dijo nada, pero Loial alzó las manos de las rodillas con las palmas hacia él, como si su amigo lo hubiera apremiado—. Ya voy a ello, Rand. Ya voy. Hice lo que pude, pero ignoro si fue suficiente. En los *steddings* de las Tierras Fronterizas me dijeron que volviera a casa y dejara esos asuntos a personas más sabias y maduras. Lo mismo ocurrió en Shadoon y Mardoon, en la Costa de las Sombras. Los otros *steddings* aceptaron vigilar las puertas de los Atajos. Me temo que no creen realmente que haya peligro, pero accedieron, así que puedes contar con que estarán controladas. Y estoy seguro de que alguien llevará el recado a Shangtai. A los Mayores de Shangtai nunca les gustó tener una puerta a los Atajos justo fuera del *stedding*. Debo de haber oído decir cien veces al Mayor Haman que era peligroso. Sé que estarán de acuerdo en tenerla vigilada.

Rand asintió lentamente. Los Ogier nunca mentían, o al menos los pocos que lo habían intentado lo hacían tan mal que rara vez lo intentaban por segunda vez. La palabra de un Ogier se tomaba tan en serio como el juramento prestado por cualquier otra persona. Las puertas a las Atajos estarían estrechamente vigiladas. A excepción de las que había en las Tierras Fronterizas y en las montañas al sur de Amadicia y de

Tarabon. Se podía viajar, de una puerta a otra, desde la Columna Vertebral del Mundo hasta el Océano Aricio, desde las Tierras Fronterizas hasta el Mar de las Tormentas, todo por un mundo extraño que de algún modo parecía encontrarse al margen del tiempo, o quizá paralelo a éste. Una marcha de dos días por los Atajos podía conducir a doscientos kilómetros o a mil, dependiendo de los caminos que se escogieran. Y si se estaba dispuesto a correr los riesgos que implicaba. En los Atajos era fácil morir, o algo peor. Los Atajos se habían vuelto oscuros y corruptos hacía mucho tiempo. Sin embargo eso no les importaba a los trollocs, al menos cuando los Myrddraal los empujaban a hacerlo. A los trollocs sólo les importaba matar, sobre todo cuando los dirigían los Myrddraal. Y quedarían nueve puertas a los Atajos sin vigilar, con el peligro de que cualquiera de ellas se abriera y salieran trollocs a decenas de millares. Poner cualquier tipo de guardia sin la cooperación de los *steddings* sería casi imposible. Mucha gente no creía en la existencia de los Ogier, y de los que sí creían, pocos querrían entrometerse en algo así sin permiso. Quizá los Asha'man estuvieran dispuestos, si hubiera suficientes en los que pudiera confiar.

De repente se dio cuenta de que no era el único que estaba cansado. A Loial se le veía demacrado, extenuado. Su chaqueta aparecía arrugada y le quedaba floja. Para un Ogier era peligroso pasar demasiado tiempo fuera de los *steddings* y Loial había dejado su casa hacía sus buenos cinco años. Quizás esas visitas breves durante los últimos meses no habían sido suficiente para él.

—Tal vez deberías volver a casa ya, Loial. El *stedding* Shangtai se encuentra sólo a unos días de aquí.

La silla de Loial crujió de forma alarmante cuando el Ogier dio un brinco de sobresalto. También sus orejas se levantaron de golpe, en un gesto de alarma.

—Mi madre estará allí, Rand. Es una Oradora famosa. Nunca se perdería un Gran Tocón.

—No puede haber regresado aún desde Dos Ríos —le contestó Rand. Supuestamente, la madre de Loial también era una buena andarina, pero hasta para los Ogier había límites.

—No conoces a mi madre —murmuró Loial como un tambor redoblando sombrío —. Y todavía llevará a remolque a Erith. Seguro que sí.

Min se inclinó hacia el Ogier con un brillo peligroso en los ojos.

—Por la forma en que hablas de Erith sé que quieres casarte con ella, así que ¿por qué huyes de ella?

Rand la observó desde la chimenea. Matrimonio. Aviendha daba por sentado que se casaría con ella y también con Elayne y Min, al estilo Aiel. Por lo visto Elayne pensaba lo mismo, por extraño que pudiera parecer. Al menos es lo que él creía. ¿Y qué pensaba Min? Nunca lo había dicho. Jamás tendría que haberlas dejado que lo vincularan. El vínculo las sumiría en un intenso dolor cuando él muriera.

Ahora las orejas de Loial se agitaron con precaución. Esas orejas eran una de las cosas por las que los Ogier resultaban unos malos mentirosos. Loial hizo gestos apaciguadores, como si la joven fuera más grande que él.

—Bueno, sí, quiero casarme con ella, Min. Por supuesto que sí. Erith es preciosa, y muy perceptiva. ¿Te he contado alguna vez con qué atención me escucha cuando explico...? Sí, claro que te lo he contado. Se lo cuento a todo el mundo que conozco. Quiero casarme con ella. Pero todavía no. No es como con vosotros, los humanos, Min. Tú haces todo lo que te pide Rand. Erith querrá que me establezca y me quede en casa. Las esposas Ogier nunca dejan que sus maridos vayan a ninguna parte ni hagan nada si ello significa salir del *stedding* más de unos cuantos días. Tengo que terminar mi libro, ¿y cómo voy a hacerlo si no veo lo que Rand hace? Seguro que ha hecho un montón de cosas desde que partí de Cairhien y sé que nunca podré escribirlo bien. Erith no lo entendería. Min, ¿estás enfadada conmigo?

—¿Qué te hace pensar que estoy enfadada?

Loial suspiró sonoramente y con un alivio tan evidente que Rand lo miró de hito en hito. ¡Luz, el Ogier creía de verdad que ella había dicho en serio que no estaba enfadada! Rand era consciente de ir a tientas en lo tocante a mujeres, incluso con Min —quizás especialmente con ella—, pero Loial haría bien en aprender mucho más de lo que sabía antes de casarse con su querida Erith. En caso contrario, ésta acabaría desollándolo como a una cabra enferma. Lo mejor sería sacarlo de la habitación antes de que Min hiciera el trabajo de Erith por ella. Rand carraspeó.

—Piensa en ello durante la noche, Loial —dijo—. Quizás hayas cambiado de opinión por la mañana. —Una parte de él esperaba que Loial lo hiciera. El Ogier llevaba mucho tiempo fuera de casa. Otra parte de él, sin embargo... Podía utilizar a Loial si lo que Alivia le había contado de los seanchan era verdad. A veces se daba asco a sí mismo—. En cualquier caso, ahora tengo que hablar con Bashere. Y con Logain. —Su boca se tensó al pronunciar el nombre. ¿Qué hacía Logain vestido con la chaqueta negra de Asha'man?

Loial no se levantó de la silla. De hecho, su expresión se tornó más preocupada, echó las orejas hacia atrás y las cejas le colgaron.

—Rand, hay algo que tengo que decirte sobre las Aes Sedai que han venido con nosotros.

De nuevo se descargaron los relámpagos en el exterior mientras el Ogier hablaba y el trueno retumbó sobre sus cabezas con más fuerza que nunca. Con algunas tormentas, un rato de calma significaba que lo peor estaba por llegar.

«Te dije que mataras a todos cuando tuviste ocasión —comentó riendo Lews Therin—. Te lo dije.»

—¿Estás segura de que las han vinculado, Samitsu? —inquirió firmemente

Cadsuane. Y en tono lo bastante alto para hacerse oír sobre los truenos que retumbaban sobre la casa. Los truenos y los relámpagos encajaban bien con su estado de ánimo. Le habría gustado gruñir. Necesitó de todo su entrenamiento y experiencia para seguir sentada tranquilamente y bebiendo té. No había dejado que las emociones la dominaran hacía mucho tiempo, pero deseaba morder algo. O a alguien.

Samitsu también sostenía una taza de porcelana, pero aún no había tomado un solo sorbo y no había hecho caso del ofrecimiento de Cadsuane de que se sentara. La hermana más delgada dio la espalda a las llamas de la chimenea de la izquierda, y las campanillas prendidas en su oscuro cabello tintinearon al sacudir la cabeza. No se había molestado en secarse el cabello como era debido y le colgaba húmedo en la espalda. Sus ojos de color castaño tenían una expresión inquieta.

—No es el tipo de pregunta que se le haría a una hermana, ¿verdad, Cadsuane? Y por supuesto ellas no me lo dijeron. ¿Quién diría algo así? Al principio, pensé que quizás habían hecho como Merise y Corele. Y la pobre Daigian. —Un leve gesto compasivo asomó a su semblante. Sabía por experiencia el dolor que aquejaba a Daigian por su pérdida. Cualquier hermana que hubiese sobrevivido a su primer Guardián lo sabía demasiado bien—. Pero es obvio que Toveine y Gabrelle están las dos con Logain. Creo que Gabrelle se acuesta con él. Si existe un vínculo, fueron los hombres los que lo hicieron.

—Alternancia —murmuró Cadsuane aunque se había llevado la taza a los labios. Algunos decían que la alternancia era juego limpio, pero ella nunca había creído en la lucha limpia. O se luchaba o no se luchaba, y nunca era un juego. La equidad era para gente que se mantenía aparte, a salvo, hablando mientras otros sangraban. Por desgracia, poco era lo que ella podía hacer aparte de intentar encontrar un modo de equilibrar las cosas. El equilibrio no era en absoluto como la equidad. Aquello era un desbarajuste—. Me alegro de que me hayas puesto sobre aviso antes de vernos las caras con Toveine y las otras, pero quiero que lo primero que hagas mañana sea regresar a Cairhien.

—No pude hacer nada, Cadsuane —comentó Samitsu con acritud—. La mitad de la gente a la que le daba una orden había empezado a consultarlo con Sashalle para saber si era adecuado, y la otra mitad me decía a la cara que ella ya había mandado otra cosa. Lord Bashere la convenció de que soltara a los Guardianes (no tengo la más remota idea de cómo se enteró de eso), y ella convenció a Sorilea, y ya no pude hacer nada por impedirlo. ¡Sorilea actuaba como si yo acabara de abdicar! No lo entiende, y dejó muy claro que piensa que soy una necia. No tiene sentido que regrese allí a menos que quieras que le lleve los guantes a Sashalle.

—Lo que quiero es que estés pendiente de ella, Samitsu. Sólo eso. Quiero saber qué hacen esas hermanas Juramentadas del Dragón cuando ni las Sabias ni yo las estamos vigilando con una vara de azotar en la mano. Siempre has sido muy

observadora.

La paciencia no era una de las cualidades de Cadsuane, pero a veces hacía falta tenerla con Samitsu. La Amarilla era observadora e inteligente, y tenaz la mayor parte del tiempo, por no mencionar que en la actualidad era la persona más hábil en la Curación —al menos hasta que había aparecido Damer Flinn—, pero podía sufrir unos baches increíbles en cuanto a perder la confianza en sí misma. La vara nunca funcionaba con Samitsu, pero sí unas palmaditas en la espalda y era ridículo no utilizar lo que funcionaba. A medida que Cadsuane le recordaba lo inteligente que era, lo hábil en la Curación —eso siempre era preciso con Samitsu; podía entrar en una depresión por ser incapaz de Curar a un muerto—, lo lista, la hermana arafelina empezó a recobrar la compostura. Y la seguridad en sí misma.

—Puedes contar con que Sashalle no se cambiará de medias sin que yo lo sepa —manifestó resueltamente. A decir verdad, Cadsuane no esperaba menos—. Pero, si no te importa que lo pregunte, ¿por qué estás aquí, en una punta de Tear? —Recobrada la seguridad en sí misma, el tono de Samitsu redujo al mínimo la cortesía; no era una flor acobardada salvo cuando su confianza se debilitaba—. ¿Qué va a hacer el joven al'Thor? ¿O debería decir qué vas a encargarte de que haga?

—Intenta algo muy peligroso —contestó Cadsuane. El relámpago centelleó al otro lado de las ventanas trazando un plateado zigzag en un cielo tan negro como la noche. Sabía exactamente lo que se proponía. Lo que no sabía era si debía impedírselo.

—¡Esto ha de acabar! —tronó Rand mientras los estampidos en el cielo le hacían eco. Se había quitado la chaqueta antes de iniciar la reunión que tenía ahora, y se subió las mangas de la camisa para dejar a la vista los dragones escarlatas y dorados enroscados en sus brazos, con las cabezas de melenas doradas descansando en el envés de las manos. Quería que el hombre que tenía frente a él recordara cada vez que lo miraba que se encontraba ante el Dragón Renacido. Pero tenía las manos empuñadas para no ceder a las instigaciones de Lews Therin y estrangular al maldito Logain Ablar—. ¡Sólo me faltaba una guerra con la Torre Blanca, y vosotros, los jodidos Asha'man, no vais a meterme en una contra esas mujeres! ¿Me he expresado con claridad?

Logain, con las manos descansando en la empuñadura de la espada, no se inmutó. Era un hombretón, aunque más bajo que Rand, con una mirada firme que no denotaba que se le había echado una reprimenda y se le habían pedido explicaciones. La espada plateada y el dragón rojo y dorado brillaban a la luz de las lámparas en el cuello alto de su negra chaqueta, que parecía recién planchada.

—¿Estáis diciendo que se las libere? —preguntó con calma—. ¿Liberarán las Aes Sedai a los nuestros que han tomado?

—¡No! —replicó secamente Rand. Y con acritud—. Lo hecho, hecho está. —Merise se había quedado tan conmocionada cuando él le había sugerido que liberara a Narishma que cualquiera habría pensado que le pedía que dejaba abandonado a un perrillo a un lado del camino. Y sospechaba que Flinn se aferraría con tanta fuerza a Corele como ésta a él; estaba bastante seguro de que entre esos dos había algo más que el vínculo. Bueno, si una Aes Sedai podía vincular a un varón que encauzaba, ¿por qué no iba una mujer guapa a decidirse por un viejo baldado?—. Pero te das cuenta del lío que has organizado, ¿verdad? Tal como están las cosas, el único hombre capaz de encauzar que Elaida quiere vivo soy yo, y eso únicamente hasta que acabe la Última Batalla. Cuando se entere de esto, redoblará su empeño de acabar con todos vosotros sea como sea. Ignoro cómo reaccionará el otro grupo, pero Egwene fue siempre una negociadora dura. Quizá tenga que ceder Asha'man para que los vinculen las Aes Sedai hasta que tengan tantos como Aes Sedai tenéis vosotros. Eso si no deciden que debéis morir todos tan pronto como puedan arreglarlo. ¡Lo hecho, hecho está, pero no puede haber más!

Logain fue poniéndose un poco más rígido con cada palabra, pero su mirada sostuvo la de Rand sin vacilar. Estaba claro como el agua que hacía caso omiso de los otros que había en la sala. Min no había querido tomar parte en esa reunión y se había marchado a leer; Rand no conseguía encontrarles pies ni cabeza a los libros de Herid Fel, pero a ella la fascinaban. Sin embargo, Rand había insistido en que Loial se quedara y el Ogier fingía observar atentamente las llamas del hogar. Excepto cuando echaba ojeadas a la puerta, agitando las copetudas orejas, como si se preguntara si debería escabullirse sin que lo vieran aprovechando el estruendo de la tormenta. Davram Bashere —canoso y de oscuros ojos rasgados, nariz aguileña y espeso bigote que le caía por los lados de la boca— parecía más bajo de lo que era al estar al lado del Ogier. También llevaba espada, más corta que la de Logain y de hoja serpentina. Bashere tenía la mirada prendida en su copa más tiempo que en cualquier otro sitio, pero cada vez que sus ojos se encontraban con Logain pasaba el pulgar a lo largo de la empuñadura de la espada en un gesto inconsciente. O Rand creía que era inconsciente.

—Taim dio la orden —argumentó Logain con un aire de fría incomodidad al tener que dar explicaciones delante de otros. Un repentino relámpago se descargó cerca de la casa y alumbró su rostro en un cárdeno juego de luz y sombras, dándole el aspecto de una lóbrega máscara de oscuridad—. Di por sentado que la orden provenía de vos. —Sus ojos se desviaron fugazmente hacia Bashere y sus labios se apretaron—. Taim hace muchas cosas que la gente piensa que son instrucciones vuestras —prosiguió de mala gana—, pero tiene sus propios planes. Flinn, Narishma y Manfor están en la lista de desertores, como todos los Asha'man que escogisteis para que se quedaran con vos. Y tiene un círculo de veinte o treinta hombres que mantiene a su lado y a los

que entrena en privado. Todos los hombres que llevan el dragón en la chaqueta pertenecen a ese grupo excepto yo, y habría impedido que lo tuviera de haberse atrevido. Sea lo que sea lo que hayáis estado haciendo, es hora de que volváis los ojos hacia la Torre Negra antes de que Taim la divida más de lo que está la Torre Blanca. Si lo hace, descubriréis que la mayor parte es leal a él, no a vos. A él lo conocen. A vos, la mayoría nunca os ha visto.

Rand se bajó las mangas con gesto irritado y se dejó caer en una silla. Lo que había estado haciendo no era asunto de Logain. El hombre sabía que el *Saidin* estaba limpio, pero no podía creer que la limpieza fuera obra de Rand ni de ningún hombre. ¿Acaso pensaba que el Creador había decidido tender una mano misericordiosa después de tres mil años de padecer esa mácula? El Creador había creado el mundo y después había dejado que la humanidad hiciera de él lo que quisiera, un paraíso o la Fosa de la Perdición, a su elección. El Creador había dado vida a muchos mundos, observando cómo florecían o morían, sin dejar de crear un sinfín de mundos más. Un jardinero no lloraba por cada flor que se deshojaba.

Por un instante pensó que esas reflexiones debían de ser de Lews Therin. Él nunca había pensado de ese modo sobre el Creador ni sobre nada, que recordara. Pero podía sentir a Lews Therin asintiendo en conformidad al escuchar las palabras de otro. Aun así, no era el tipo de reflexión que habría hecho antes de aparecer Lews Therin. ¿Cuánto espacio restaba entre ambos?

—Taim tendrá que esperar —dijo cansinamente. ¿Cuánto tiempo podría esperar Taim? Le sorprendió que Lews Therin no se pusiera a bramar enfurecido instándolo a matar a ese hombre. Ojalá esa falta de reacción lo hubiera hecho sentirse mejor—. ¿Viniste sólo para asegurarte de que Logain llegaba sano y salvo ante mí, Bashere, o para contarme que alguien había apuñalado a Dobraine? ¿O tienes también alguna tarea urgente para mí?

Bashere enarcó una ceja ante el tono de Rand y apretó los dientes al mirar a Logain, pero al cabo de un momento resopló con tanta fuerza que el espeso bigote tendría que haberse agitado.

—Dos hombres registraron mi tienda —dijo mientras dejaba la copa de vino en una mesa azul que había contra la pared—. Uno llevaba una nota que hasta yo habría jurado que estaba escrita de mi puño y letra de no saber que no lo había hecho. Era para llevarse «ciertos objetos». Loial me ha dicho que el tipo que acuchilló a Dobraine tenía el mismo tipo de nota, también escrita aparentemente por Dobraine. Hasta un ciego vería qué iban buscando con sólo pensarlo un poco. Dobraine y yo somos los candidatos más probables para que os guardáramos los sellos. Tenéis tres, y decís que otros tres se han roto. Quizá la Sombra sabe dónde está el séptimo.

Loial había dejado de mirar el fuego y se había dado la vuelta a medida que el saldaenino hablaba, rígidas las orejas.

—Eso es muy serio, Rand —saltó en ese momento—. Si alguien rompe los sellos de la prisión del Oscuro o quizá sólo uno o dos más, el Oscuro podría liberarse. ¡Ni siquiera tú puedes enfrentarte a él! Quiero decir que sé lo que las Profecías dicen de ti, pero eso tiene que ser un modo figurado de hablar.

Hasta Logain parecía preocupado, y sus ojos estudiaban a Rand como midiendo sus posibilidades en un enfrentamiento con el Oscuro. Rand se recostó en la silla, cuidando de no dejar ver su cansancio. Los sellos de la prisión del Oscuro por un lado y Taim dividiendo a los Asha'man por otro. ¿Se habría roto ya el séptimo sello? ¿Empezaba ya la Sombra a hacer sus primeros movimientos de la Última Batalla?

—Una vez me dijiste algo, Bashere. Si tu enemigo te ofrece dos blancos...

—Ataca a un tercero —finalizó prontamente Bashere, y Rand asintió. De todos modos, ya había tomado una decisión. Los truenos hicieron temblar los cristales de las ventanas. La tormenta estaba cobrando fuerza.

—No puedo luchar contra la Sombra y contra los seanchan a la vez. Voy a enviaros a los tres a acordar una tregua con los seanchan.

La estupefacción dejó mudos a Bashere y a Logain. Hasta que empezaron a discutir, quitándose la palabra. Loial, simplemente, parecía a punto de desmayarse.

Elza no podía quedarse quieta mientras Fearil informaba lo que había ocurrido desde que ella se había marchado de Cairhien sin él. No era la áspera voz del hombre lo que la irritaba. Odiaba los relámpagos y habría querido ser capaz de aislar el cuarto con una salvaguardia para no verlos a través de las ventanas del mismo modo que lo había aislado contra oídos indiscretos. A nadie le parecería extraño su deseo de intimidad, ya que había pasado veinte años convenciendo a todo el mundo de que estaba casada con el hombre de cabello claro. A despecho de su voz, Fearil era el tipo de hombre con el que una mujer se casaría, alto y delgado y muy guapo. El gesto duro de su boca hacía más atractivo su rostro, a decir verdad. Por supuesto, a alguien le podría parecer curioso el hecho de que nunca hubiera tenido más de un Guardián a la vez si se paraba a pensarlo. Resultaba difícil dar con un hombre que tuviera las condiciones requeridas, pero quizá debería empezar a buscarlo. La luz de otro relámpago volvió a iluminar la ventana.

—Sí, sí, vale —lo interrumpió finalmente—. Hiciste lo correcto, Fearil. Habría resultado chocante que fueras el único que se negara a encontrar a su Aes Sedai.

Una sensación de alivio surgió a través del vínculo. Era muy estricta con sus órdenes, y aunque el hombre sabía que no podía matarlo —o que no debería, al menos—, para castigarlo sólo tenía que enmascarar el vínculo y así no compartiría su dolor; y también una salvaguardia para que no se oyeran sus gritos. Le desagradaban los gritos casi tanto como los relámpagos.

—Es mejor que estés conmigo —añadió. Lástima que las salvajes Aiel retuvieran

todavía a Fera, aunque tendría que interrogar a la Blanca para que explicara exactamente por qué había prestado el juramento antes de confiar en ella. Hasta el viaje a Cairhien no supo que compartía algo con Fera. Una verdadera lástima no estar con ninguna hermana de su núcleo, pero sólo la habían enviado a ella a Cairhien, y al igual que Fearil no cuestionaba las órdenes, tampoco ella cuestionaba las que le daban—. Me parece que unas cuantas personas van a tener que morir muy pronto. —Tan pronto como decidiera quiénes. Fearil inclinó la cabeza y una sacudida de placer llegó a través del vínculo. Le gustaba matar—. Entretanto, matarás a cualquiera que amenace al Dragón Renacido. A cualquiera.

Después de todo, era algo que había entendido con meridiana claridad mientras las salvajes la tuvieron cautiva. El Dragón Renacido tenía que llegar vivo a la Última Batalla, pues si no, ¿cómo iba a derrotarlo allí el Gran Señor?

25. Cuándo llevar puestas joyas

Perrin paseaba impacientemente arriba y abajo por las alfombras de flores que cubrían el piso de la tienda, rebullendo con incomodidad bajo la chaqueta de seda verde oscura que rara vez se ponía desde que Faile había encargado que se la hicieran. Su mujer decía que el complejo bordado de plata hacía resaltar sus hombros, pero el ancho cinturón de cuero del que colgaba el hacha a un costado, el primero tan sencillo como la segunda, sólo resaltaba que era un estúpido que se daba aires. De vez en cuando se ajustaba los guantes de un tirón o lanzaba miradas iracundas a su capa forrada de piel, colocada sobre el respaldo de una silla, lista para que se la pusiera. En dos ocasiones, sacó una hoja de papel de su manga y la desdobló para estudiar el croquis de Malden mientras paseaba. Ésa era la ciudad donde estaba prisionera Faile.

Jondyn, Get y Hu habían alcanzado a los habitantes de Malden que huían, pero lo único útil que habían sacado en claro era ese mapa, y conseguir que alguien se parara el tiempo suficiente para obtenerlo había sido una ardua tarea. Los que eran bastante fuertes para luchar habían muerto o llevaban las ropas de *gai'shain* para los Shaido; los únicos que huyeron eran los ancianos, los muy jóvenes, los enfermos y los tullidos. Según Jondyn, la idea de que alguien pudiera obligarlos a regresar y luchar contra los Shaido había hecho que apresuraran la marcha hacia el norte, en dirección a Andor y a la seguridad. El mapa era un rompecabezas con su laberinto de calles y la fortaleza de la señora y la gran cisterna en el extremo nordeste. Sus posibilidades lo atraían. Pero eran posibilidades sólo si encontraba una solución al rompecabezas mayor que no se mostraba en el mapa y que era el gigantesco campamento Shaido que rodeaba la ciudad amurallada, por no mencionar las cuatrocientas o quinientas Sabias Shaido que podían encauzar. De modo que el mapa volvió a la manga y él siguió paseando.

La propia tienda de rayas rojas lo irritaba tanto como el mapa, y también el mobiliario, con las sillas de bordes dorados que se plegaban para almacenarlas y la mesa con la parte superior de mosaico, que no se doblaba, el espejo de cuerpo entero y el lavabo e incluso los baúles reforzados con metal colocados en fila a lo largo de la pared exterior. Fuera apenas había luz y las doce lámparas estaban encendidas, con los espejos centelleando. Los braseros que habían combatido el frío nocturno aún conservaban algunas brasas. Incluso había hecho que sacaran las dos colgaduras de seda de Faile, bordadas con hileras de pájaros y flores, y que las colgaran de los postes del techo. Había dejado que Lamgwin le recortara la barba y le afeitara las mejillas y el cuello; se había lavado y se había puesto ropa limpia. La tienda estaba dispuesta como si Faile fuera a regresar en cualquier momento de un paseo a caballo. Y todo para que los demás lo miraran y vieran a un maldito lord, para que se sintieran

seguros. Y hasta el último detalle le recordaba que Faile no había salido a cabalgar. Se quitó uno de los guantes, tanteó el bolsillo de la chaqueta y pasó los dedos a lo largo del cordón de cuero que llevaba dentro. Ahora había treinta y dos nudos. No necesitaba nada para recordarlo, pero a veces yacía despierto toda la noche en la cama en la que no descansaba Faile, contando esos nudos. De algún modo se habían convertido en una conexión con ella. En cualquier caso, la vigilia era mejor que las pesadillas.

—Si no te sientas vas a estar demasiado cansado para cabalgar hasta So Habor incluso con la ayuda de Neald —dijo Berelain en un tono que sonaba ligeramente divertido—. Sólo de verte me agoto.

Se las arregló para no fulminarla con la mirada. Vestida con un traje de montar de seda azul oscuro, una ancha gargantilla de oro con gotas de fuego incrustadas ceñida a la garganta y la estrecha corona de Mayene que sostenía un halcón dorado en vuelo sobre su frente, la Principal de Mayene estaba sentada encima de su capa carmesí en una de las sillas plegables, con las manos enlazadas sobre el regazo y sujetando los guantes. Tenía un aire tan sereno y compuesto como una Aes Sedai y olía a... paciencia. Perrin no entendía por qué había dejado de oler como si él fuera un gordo cordero atrapado en las zarzas, listo para que se lo comiera, pero casi se sentía agradecido por ello. Era bueno tener alguien con quien hablar de Faile. Ella escuchaba y olía a compasión.

—Quiero estar aquí si... cuando Gaul y las Doncellas traigan algunos prisioneros. —El lapsus le hizo torcer el gesto tanto como la pausa. Era como si hubiese dudado. Antes o después capturarían a algún Shaido, pero al parecer eso no era una tarea fácil. Tomar prisioneros no servía de nada a menos que se los pudiera trasladar, y a los Shaido sólo se los podía tachar de descuidados comparados con los demás Aiel. Sulin también había sido paciente explicándoselo. Sin embargo, cada vez le resultaba más difícil tener paciencia—. ¿Por qué se retrasa Arganda? —gruñó.

Como si al pronunciar el nombre del ghealdano lo hubiese hecho aparecer, Arganda pasó a través de las solapas de entrada; su semblante semejaba una talla de piedra y sus ojos estaban hundidos. Al parecer dormía tan poco como Perrin. El hombre más bajo llevaba el peto plateado, pero no el yelmo. Todavía no se había afeitado esa mañana y el vello grisáceo le ensombrecía las mejillas. Colgada de una de sus manos enguantadas, una hinchada bolsa de cuero tintineó cuando la soltó en la mesa junto a otras dos que ya había.

—De la caja de caudales de la reina —dijo con acritud. En los últimos diez días había dicho pocas cosas que no sonaran agrias—. Suficiente para cubrir nuestra parte y más. Tuve que romper la cerradura y poner a tres hombres para guardar el cofre. Es una tentación hasta para el mejor de ellos, con la cerradura rota.

—Bien, bien —comentó Perrin, que procuró que su voz no sonara demasiado

impaciente. Le importaba un bledo si Arganda tenía que poner cien hombres de guardia para proteger la caja de caudales de su reina. Su bolsa era la más pequeña de las tres y había tenido que recoger hasta la última pieza de oro y de plata que pudo encontrar para llenarla. Se echó la capa sobre los hombros, cogió las tres bolsas y pasó junto al hombre para salir a la plomiza luz matinal.

Para su desagrado, el campamento había adquirido una apariencia más permanente, aunque no había sido a propósito, y no podía hacer nada al respecto. Muchos de los hombres de Dos Ríos dormían en tiendas ahora, hechas de lona parda, con parches, en lugar de rayas como la suya, pero lo bastante amplias para que cupieran ocho o diez hombres en cada una, con los desiguales postes clavados en la parte delantera, y los demás habían cambiado sus refugios temporales en los arbustos por pequeños chozos hechos con ramas entretejidas. Las tiendas y los chozos formaban hileras sinuosas en el mejor de los casos, en nada parecidas a las rectas filas que se veían entre los ghealdanos y los mayenienses, pero aun así tenía un aire de aldea, con caminos y senderos entre la nieve pisoteada hasta dejar al descubierto la tierra helada. Un cerco de piedras rodeaba todas las lumbres, donde grupos de hombres se agrupaban abrigados con capas y capuchas para protegerse del frío, esperando el desayuno.

Era lo que había en esas ollas negras lo que había hecho moverse a Perrin esa mañana. Con tantos hombres cazando, las presas empezaban a escasear en el entorno, y se estaba acabando todo lo demás. Ahora salían a buscar bellotas almacenadas por las ardillas, para después molerlas y que así cundiera la avena, pero había que estar hambriento para tragarse esas gachas. La mayoría de las caras que Perrin alcanzaba a ver observaban las ollas con ansiedad. Los últimos carros pasaban traqueteando entre una brecha abierta en el anillo de estacas que rodeaba el campamento, los conductores cairhieninos abrigados hasta las orejas y encorvados en los asientos como oscuros sacos de lana. Todo lo que había estado cargado en los carros se amontonaba en el centro del campamento. Vacíos, se zarandeaban y brincaban en las rodadas dejadas por los carros precedentes, avanzando en fila hasta desaparecer en el bosque circundante.

La aparición de Perrin con Berelain y Arganda detrás de él causó cierto revuelo, aunque no entre los hambrientos hombres de Dos Ríos. Algunos lo saludaron con un cauto gesto de la cabeza —¡uno o dos necios hicieron torpes reverencias!—, pero la mayoría seguía evitando mirarlo cuando Berelain se encontraba presente. Idiotas. ¡Tontos de capirote! Sin embargo había muchas otras personas reunidas a cierta distancia de la tienda de rayas rojas, amontonadas en los caminos abiertos entre las tiendas. Un soldado mayeniense sin armadura, con una chaqueta gris, acudió corriendo con la yegua blanca de Berelain y se inclinó para sujetar el estribo. Annoura ya estaba montada en una esbelta yegua de pelo muy oscuro. Unas finas

trenzas con cuentas asomaban por la parte delantera de la capucha y le caían sobre el pecho; la Aes Sedai dio la impresión de no reparar en la mujer que se suponía debía aconsejar. Con la espalda muy tiesa, miraba fijamente hacia las bajas tiendas Aiel, donde no se movía nada salvo los finos hilillos de humo que salían por los agujeros de ventilación. Gallenne, con su yelmo y su peto rojos y su parche del ojo, compensó de sobra la falta de atención de la hermana tarabonesa. Tan pronto como Berelain apareció, bramó una orden que puso firmes como estatuas a cincuenta soldados de la Guardia Alada, rectas las largas lanzas adornadas con cintas rojas, y cuando la mujer montó Gallenne bramó otra orden, en respuesta a la cual los hombres subieron a sus caballos a una.

Arganda dirigió una mirada ceñuda a las tiendas Aiel y otra a los mayenienses, y después se encaminó hacia donde un número igual de lanceros ghealdanos esperaban, con brillantes armaduras y yelmos cónicos de color verde; habló en voz baja con el tipo que los dirigiría, un hombre delgado llamado Kireyin, que Perrin sospechaba era de noble cuna por la mirada altanera que se advertía tras las barras del plateado yelmo. Arganda era tan bajo que Kireyin tuvo que inclinarse para escuchar lo que le decía; verse en esa necesidad hizo que el gesto del hombre más alto se tornara más gélido. Uno de los soldados que estaban detrás de Kireyin llevaba un asta con un estandarte con las Estrellas Plateadas de Ghealdan de seis puntas sobre fondo rojo, en lugar de una lanza con cintas verdes, y un jinete de la Guardia Alada portaba el del Halcón Dorado de Mayene sobre campo azul.

Aram también estaba allí, aunque apartado a un lado y sin estar preparado para montar. Vestido con su chaqueta de color verde, con la empuñadura de la espada asomando detrás del hombro, repartía sus celosas miradas ceñudas entre mayenienses y ghealdanos. Cuando vio a Perrin, el gesto ceñudo se tornó hosco y echó a andar rápidamente, pasando entre los hombres de Dos Ríos que esperaban el desayuno. No se paró para disculparse cuando chocó contra alguien. Aram se había vuelto más y más susceptible, y hablaba de manera cortante o burlona a todo el mundo excepto a Perrin a medida que los días transcurrían y lo único que podían hacer era sentarse y esperar. El día anterior, casi había llegado a las manos con un par de ghealdanos por algún motivo que ninguno de ellos recordaba bien después de que los separaran, excepto que Aram dijo que los ghealdanos no tenían respeto y éstos que el muchacho tenía muy mala lengua. Ésa era la razón de que el otrora gitano se quedara en el campamento esa mañana. Las cosas ya iban a estar bastante encrespadas en So Habor sin necesidad de que Aram iniciara una pelea cuando Perrin no lo estuviera vigilando.

—No pierdas de vista a Aram —ordenó en voz baja a Dannil cuando éste le llevó su zaino—. Y vigila a Arganda —añadió mientras guardaba las bolsas en las alforjas y abrochaba las hebillas. El peso de la contribución de Berelain compensaba el de la suya y la de Arganda juntas. Bueno, tenía motivo para ser generosa. Sus hombres

estaban tan hambrientos como los demás—. Arganda tiene el aire de un hombre dispuesto a hacer una tontería. —*Recio* retozó un poco y agitó la cabeza arriba y abajo cuando Perrin cogió las riendas, pero el semental se tranquilizó enseguida bajo la firme y, al tiempo, suave mano.

Dannil se atusó el bigote, que semejaba unos colmillos, con un nudillo enrojecido por el frío y miró de reojo a Arganda, tras lo cual exhaló con fuerza; el aliento se tornó vaho de inmediato.

—Lo vigilaré, lord Perrin —murmuró mientras se tiraba de la capa para ajustarla—. Pero digáis lo que digáis de que tengo el mando, tan pronto como os perdéis de vista no hace caso a nada de lo que digo.

Por desgracia eso era cierto. Perrin habría preferido llevarse a Arganda y dejar a Gallenne, pero ninguno de los dos había querido aceptar el arreglo. El ghealdano admitía que hombres y caballos empezarían a pasar hambre a no tardar a menos que se encontrara alimento en alguna parte, pero no consentía pasar un día más lejos de su reina de lo que estaba ya. En ciertos aspectos, parecía más desesperado que Perrin, o quizá simplemente más predispuesto a ceder a la desesperación. De ser por él, Arganda se habría ido aproximando un poco más a los Shaido cada día hasta encontrarse delante de sus narices. Perrin estaba dispuesto a morir para liberar a Faile. Arganda parecía dispuesto a morir, sin más.

—Haz lo que puedas para impedir que cometa una estupidez, Dannil. —Al cabo de un momento, añadió—: Siempre y cuando no implique llegar a las manos. —Después de todo, sólo podía esperar que Dannil refrenara al tipo hasta cierto punto. Había tres ghealdanos por cada dos hombres de Dos Ríos y Faile nunca sería liberada si acababan matándose unos a otros. Perrin estuvo a punto de recostar la cabeza en el flanco de *Recio*. Luz, qué cansado estaba, y no veía ante sí el final del camino, mirara donde mirase.

El lento golpeteo de unos cascos anunció la llegada de Masuri y de Seonid seguidas a corta distancia por sus tres Guardianes, cuyas capas casi los hacían desaparecer a ellos y parte de sus monturas. Las dos Aes Sedai vestían ropas de seda, y debajo de la oscura capa de Masuri se veían un grueso collar de oro y otro de perlas de varias vueltas. Una pequeña gema blanca colgaba sobre la frente de Seonid de una fina cadena dorada, ceñida al cabello. Annoura se relajó y adoptó una postura más tranquila en la silla de montar. En las tiendas Aiel, las Sabias observaban formando una línea de seis mujeres altas con las cabezas envueltas en oscuros chales. Los vecinos de So Habor seguramente serían tan poco cordiales con los Aiel como la gente de Malden, pero hasta ese momento Perrin no había estado seguro de que las Sabias dejaran que cualquiera de las dos hermanas los acompañaran. Ellas habían sido la última razón de esperar. Sobre las copas de los árboles empezaba a asomar el filo dorado rojizo del sol.

—Cuanto antes lleguemos allí, antes estaremos de regreso —dijo mientras subía a la silla. Mientras pasaba por la brecha abierta en la estacada para que salieran los carros, unos hombres de Dos Ríos empezaron a reemplazar las estacas que faltaban. Precaución no le faltaba a nadie teniendo cerca a la chusma de Masema.

Había cien pasos hasta la línea de árboles, pero Perrin captó movimiento, alguien a caballo adentrándose subrepticiamente en las sombras más densas de la fronda. Uno de los vigías de Masema, sin duda, que volvía para informar al Profeta que Perrin y Berelain habían salido del campamento. Sin embargo, por deprisa de cabalgara, no llegaría a tiempo. Si Masema los quería muertos a Berelain o a él, como parecía probable, tendría que esperar a que se le presentara otra oportunidad.

No obstante, Gallenne no estaba dispuesto a correr ningún riesgo. Nadie había visto el pelo a Santes ni a Gendar, los dos husmeadores de Berelain, desde el día que no regresaron del campamento de Masema, y para Gallenne eso era un mensaje tan claro como sus cabezas metidas en un saco. Había situado a sus lanceros formando una elipse alrededor de Berelain antes de llegar a los árboles. Y también en torno a Perrin, aunque sólo por casualidad. De hacerlo a su manera, Gallenne habría llevado a todos los jinetes de la Guardia Alada, unos novecientos, o, mejor aún, habría convencido a Berelain para que no fuera. Perrin también había intentado eso, aunque con tan poco éxito como él. Berelain escuchaba lo que se le decía, pero después hacía exactamente lo que le daba la gana. Faile era igual. A veces a un hombre no le quedaba más que aceptarlo. Más bien casi siempre, puesto que no podía remediarlo.

Los inmensos árboles y los afloramientos rocosos que asomaban entre la nieve rompieron la formación, por supuesto, pero aun así el grupo ofrecía una colorida estampa bajo la tenue luz del bosque, con las cintas rojas ondeando al aire en los sesgados haces del sol y los jinetes de rojas armaduras desapareciendo momentáneamente tras los enormes robles y cipreses. Las tres Aes Sedai marchaban detrás de Perrin y de Berelain, seguidas por sus Guardianes, todos ellos escudriñando la fronda en derredor, y a continuación el hombre que portaba el estandarte de Berelain. La aparente espaciosidad del bosque era engañosa y poco adecuada para formaciones en línea y coloridos estandartes, pero si a eso se añadían las sedas bordadas, las gemas, una corona y Guardianes con aquellas capas de tonos cambiantes resultaba un espectáculo casi imponente. Perrin se habría reído, aunque sin mucho regocijo.

—Cuando vas a comprar un saco de harina, lleva ropa de paño sencillo para que el vendedor piense que no puedes pagar más de lo debido —dijo Berelain, que parecía haberle leído los pensamientos—. Cuando lo que buscas es cargar carretas enteras de harina, luce joyas para que crea que puedes permitirte regresar en busca de toda la que pueda conseguir.

Perrin soltó una corta risa a despecho de sí mismo. Aquello sonaba muy parecido

a algo que maese Luhhan le había dicho una vez al tiempo que le daba un codazo en las costillas comentando que era una broma y una expresión en los ojos que denotaba que era algo más que eso: «Vístete con ropas pobres cuando quieras un pequeño favor, y con ropas buenas cuando quieras uno importante». Se alegraba mucho de que Berelain no oliera ya como un lobo a la caza. Al menos eso le quitaba una preocupación de encima.

Pronto alcanzaron el final de la hilera de carros, que ya estaban parados para cuando llegaron a la zona de Viaje. Las hachas y el sudor habían quitado árboles partidos por los accesos, dejando un pequeño claro que ya estaba abarrotado antes de que Gallenne desplegara su anillo de lanceros por el perímetro, mirando hacia el exterior. Fager Neald, un petimetre murandiano con las puntas de los bigotes engomadas, se encontraba allí, montado en un castrado rodado. Su chaqueta no habría llamado la atención a quien no hubiese visto nunca a un Asha'man; la otra que tenía era negra también, y al menos no llevaba los alfileres en el cuello que lo señalaran como tal. La capa de nieve no era profunda, pero los veinte hombres de Dos Ríos, al mando de Wil al'Seen, también estaban subidos a sus caballos en lugar de desmontados para que no se les congelaran los pies. Su aspecto era mucho más duro que cuando habían salido de Dos Ríos con él, con los arcos largos sujetos a la espalda en bandolera, las aljabas repletas de flechas y espadas de distintos tipos colgadas al cinto. Perrin esperaba poder mandarlos a casa pronto o, mejor aún, conducirlos él a casa.

La mayoría llevaba apoyada en la silla una vara de combate, pero Tod al'Caar y Flinn Barstere portaban estandartes, el Lobo Rojo de Perrin y el Águila Roja de Manetheren. La fuerte mandíbula de Tod denotaba un gesto obstinado, en tanto que Flinn, un tipo alto y flaco de Colina del Vigía, tenía una expresión huraña. Seguramente no le hacía gracia su tarea, y quizá tampoco a Tod. Wil dirigió a Perrin una de aquellas miradas francas e inocentes que engañaban a tantas chicas allá, en casa —a Wil le gustaban demasiado los bordados en la chaqueta de los días festivos, y le encantaba cabalgar delante de esas banderas, seguramente con la esperanza de que alguna mujer pensara que eran suyas—, pero Perrin lo dejó pasar.

Ciñéndose la capa como si la suave brisa fuera una galerna, Balwer taconeó torpemente su ruano para acercarse a Perrin. Dos de los aláteres de Faile lo siguieron con expresión desafiante. Los azules ojos de Medore resultaban chocantes en su rostro teariano; claro que también su chaqueta, con las mangas abullonadas de franjas verdes, le quedaba rara con ese enorme busto. Hija de un Gran Señor, era una noble de los pies a la cabeza, y la ropa de hombre no le iba. Latian, cairhienino y pálido, con una chaqueta casi tan oscura como la de Neald aunque adornada con cuatro franjas rojas y azules en la pechera, no era mucho más alto que ella, y el hecho de sorber por la afilada nariz a causa del frío y frotársela le daba un aspecto mucho

menos competente. Otra sorpresa era que ninguno de los dos llevaba espada.

—Milord, milady Principal —saludó Balwer con aquella voz seca al tiempo que se inclinaba en la silla, semejando un gorrión cabeceando en una rama. Sus ojos dirigieron una fugaz mirada a las Aes Sedai que los seguían, pero ésa fue la única señal de haber reparado en la presencia de las hermanas—. Milord, recordé que tengo un conocido en So Habor, un cuchillero que viaja con sus mercancías, pero es posible que esté en casa y no lo he visto desde hace varios años. —Era la primera vez que mencionaba tener un amigo en alguna parte, y una ciudad perdida en el norte de Altara parecía un sitio peculiar para tenerlo, pero Perrin asintió. Sospechaba que ese supuesto amigo era algo más de lo que Balwer decía. Estaba empezando a sospechar que el propio Balwer era algo más de lo que el hombrecillo dejaba ver.

—¿Y vuestros compañeros, maese Balwer? —El semblante de Berelain mantenía un gesto sereno bajo la capucha forrada de piel, pero olía a divertida. Sabía de sobra que Faile había utilizado a sus jóvenes seguidores como espías y estaba convencida de que Perrin hacía otro tanto.

—Querían salir un rato, milady Principal —contestó el huesudo hombrecillo con voz inexpresiva—. Respondo de ellos, milord. Han prometido no causar problemas y es posible que esta excursión sea instructiva para ellos.

También su efluvio era divertido —un olor rancio tratándose de él—, aunque con un toque de irritación. Balwer sabía que Berelain lo sabía, cosa que no le complacía, pero ella nunca hacía un comentario claro al respecto. Definitivamente había algo más en Balwer de lo que dejaba ver.

El hombre debía de tener sus razones para llevarlos consigo. Se las había ingeniado para hacerse con todos los jóvenes seguidores de Faile de un modo u otro, y los tenía escuchando conversaciones y observando entre los ghealdanos, los mayenienses e incluso los Aiel. Según él, lo que hacían o decían los amigos podía resultar tan interesante como lo que planeaban los enemigos, y eso cuando uno estaba seguro de que eran amigos. Por supuesto, Berelain sabía que también espiaban a su gente. Y Balwer también sabía que ella lo sabía. Y ella sabía que él... Era demasiado sofisticado para un herrero del campo.

—Estamos perdiendo tiempo —dijo Perrin—. Abre el acceso, Neald.

El Asha'man le sonrió y se atusó el bigote engomado —Neald sonreía demasiado desde que habían encontrado a los Shaido; quizás estaba ansioso por medir sus fuerzas con ellos—, sonrió y gesticuló de forma exagerada con una mano.

—Como ordenéis —contestó con voz alegre, y la familiar línea luminosa apareció y fue ensanchándose hasta formar un agujero en el aire.

Sin esperar a nadie, Perrin cruzó a un campo cubierto de nieve, rodeado por un muro de piedra bajo, en un paisaje de colinas suaves que parecía casi despoblado de árboles comparado con el bosque que había dejado atrás, a unos cuantos kilómetros

de So Habor, a menos que Neald hubiese cometido un error sustancial. De ser así, Perrin pensó que podría arrancarle ese ridículo bigote. ¿Cómo podía sentirse alegre?

Empero, a no tardar marchaba hacia el oeste por una calzada bajo un cielo gris plomizo, con los carros de ruedas altas traqueteando en fila detrás de él y las alargadas sombras de primera hora del día extendiéndose delante. *Recio* tiró de las riendas, deseoso de galopar, pero Perrin lo mantuvo a un trote regular, a un paso que pudieran seguir los carros. Los mayenienses de Gallenne marchaban a través de los campos que flanqueaban la calzada a fin de mantener la formación de anillo en torno a Berelain y a él, y ello significaba tener que salvar los muros bajos de piedra que separaban unos campos de otros. Algunos tenían portones que comunicaban la propiedad de un granjero con la siguiente, probablemente para compartir los caballos de tiro, y pasaban por ellos, y en otros los saltaban aparatosamente con las cintas de las lanzas ondeando al viento, poniendo en peligro las patas de sus monturas y sus propios cuellos. A decir verdad, a Perrin le importaba menos la suerte que corrieran sus cuellos.

Wil y los dos jóvenes necios que portaban el Lobo Rojo y el Águila Roja se unieron al abanderado mayeniense, detrás de las Aes Sedai y de los Guardianes, pero los otros hombres de Dos Ríos se repartieron a los lados, flanqueando la fila de carros. Había demasiados para contar con menos de veinte hombres protegiéndolos, pero los conductores se sentirían más tranquilos al verlos. Tampoco es que se esperara un ataque de bandidos ni de Shaido, pero nadie se sentía cómodo fuera de la protección del campamento. En cualquier caso, allí podrían ver cualquier amenaza mucho antes de que se les echara encima.

Las bajas y suaves colinas no permitían ver muy lejos, pero era una zona rural, con casas y establos de piedra techados con bálago repartidos por los campos, sin que hubiera nada de terreno agreste por ningún lado. Hasta la mayoría de los pequeños sotos que crecían en las colinas estaban talados para leña. De repente Perrin advirtió que, aunque la nieve de la calzada no era reciente, las únicas huellas eran las de los jinetes de Gallenne que iban delante. Nadie se movía en ninguna de las oscuras casas ni en los establos; no salía humo de las anchas chimeneas. El campo parecía absolutamente silencioso y desierto. El vello de la nuca se le erizó.

Una exclamación de una de las Aes Sedai lo hizo mirar hacia atrás y siguió la dirección que señalaba el dedo de Masuri, al norte, hacia una forma que surcaba el aire. A primera vista se la habría podido tomar por un gran murciélago que planeara hacia el este sustentado en sus alas nervadas; un extraño murciélago de largo cuello y una larga y fina cola ondeando tras él. Gallenne barbotó una maldición y se llevó el visor de lentes al ojo. Perrin veía bien a la criatura sin necesidad de ayuda, e incluso distinguió la figura de un humano asido a su espalda, montándola como a un caballo.

—Seanchan —dijo Berelain, cuya voz, al igual que su olor, denotaba

preocupación.

Perrin se giró en la silla para seguir el vuelo del animal hasta que el resplandor del sol naciente lo obligó a apartar la vista.

—Nada que nos concierna —dijo. Si Neald se había equivocado, lo estrangularía.

26. En So Habor

Resultó que Neald, que se había tenido que quedar para mantener el acceso abierto hasta que Kireyin y los ghealdanos hubieran pasado, había situado el agujero en el aire muy próximo al punto previsto. Kireyin y él los alcanzaron a galope justo cuando Perrin coronaba una cima y frenaba al caballo, con la ciudad de So Habor al frente, al otro lado de un pequeño río que salvaba un par de puentes en arco, de madera. Perrin no era militar, pero supo de inmediato la razón de que Masema hubiese dejado en paz ese lugar. Pegada al río, la ciudad contaba con dos macizas murallas de piedra jalonadas de torres, la interior más alta que la exterior. Había un par de barcazas atadas a un largo muelle que se extendía al costado de la muralla pegada al río, de puente a puente, pero las anchas puertas de éstos, reforzadas con hierro y cerradas a cal y canto, parecían ser los únicos accesos en aquel basto muro de piedra gris, rematado en toda su extensión con almenas. Construida para rechazar a codiciosos nobles vecinos, So Habor no habría tenido nada que temer de la chusma del Profeta aunque fueran miles. Cualquiera que quisiera entrar a la fuerza en esa ciudad habría necesitado máquinas de asedio y paciencia, y Masema se sentía más cómodo aterrorizando pueblos y villas que no tuvieran murallas ni defensas.

—Bien, qué alegría ver gente en lo alto de esas murallas —dijo Neald—. Empezaba a pensar que todo el mundo en esta zona estaba muerto y enterrado. —Su tono sólo era jocoso a medias, y su sonrisa parecía forzada.

—Mientras estén vivos para vendernos grano... —murmuró Kireyin con su voz nasal y llena de aburrimiento. Se desabrochó el yelmo plateado con penacho blanco y lo colocó sobre la perilla alta de la silla. Sus ojos pasaron sobre Perrin y se detuvieron brevemente en Berelain antes de girarse hacia las Aes Sedai para dirigirse a ellas en el mismo tono preñado de tedio—. ¿Vamos a quedarnos aquí plantados o seguimos?

Berelain enarcó una ceja en una mirada peligrosa, como habría notado cualquier hombre con dos dedos de frente. Kireyin no lo advirtió.

Perrin sentía el vello de la nuca empezando a ponerse de punta cada dos por tres, tanto más desde que tuvieron la ciudad a la vista. Quizá sólo era por la parte que tenía de lobo y a la que le desagradaban los muros, pero lo dudaba. La gente en lo alto de la muralla los señalaba con el dedo y algunos los observaban a través de visores de lentes. Al menos ésos distinguirían los estandartes con claridad, pero todos verían sin problemas a los soldados, con las cintas de las lanzas ondeando al impulso de la brisa matinal. Y los primeros carros de la hilera que se extendía por la calzada, fuera de su vista. Quizá todos los granjeros se encontraban apiñados en la ciudad.

—No hemos venido aquí para quedarnos plantados —repuso.

Berelain y Annoura habían planeado cómo acercarse a So Habor. El lord o lady local habría oído hablar de los expolios de los Shaido a pocos kilómetros al norte de

su posición, y puede que también hubiese sabido de la presencia del Profeta en Altara. Una cosa u otra sería suficiente para que cualquiera actuara con precaución; las dos juntas bastarían para que la gente disparase flechas antes de preguntar a quién. En cualquier caso, era muy improbable que recibieran bien a soldados forasteros y los dejaran cruzar las puertas en esos momentos. Los lanceros permanecieron repartidos a lo largo de la elevación, una demostración de que los visitantes tenían una tropa armada aunque no quisieran utilizarla. No es que So Habor fuera a impresionarse por un centenar de hombres, pero las bruñidas armaduras de los ghealdanos y las rojas de la Guardia Alada señalaban que los visitantes no eran unos vagabundos embaucadores. Los hombres de Dos Ríos no impresionarían a nadie hasta que utilizaran sus arcos, de forma que se habían quedado atrás, con los carros, para mantener alto el ánimo de los conductores. Todo era una compleja estupidez, ostentación y fingimiento, pero Perrin era un herrero de campo por mucho que lo llamaran milord. La Principal de Mayene y una Aes Sedai eran las que debían saber cómo actuar en una situación así.

Gallenne encabezó la marcha cuesta abajo hacia el río a paso lento, con el brillante yelmo carmesí descansando en la silla y la espalda muy recta. Perrin y Berelain lo siguieron un poco retrasados, con Seonid entre ellos y Masuri y Annoura a ambos lados, las Aes Sedai con las capuchas retiradas para que cualquiera que estuviera en las murallas y supiera reconocer los rostros intemporales Aes Sedai pudiera verlas a las tres. Las Aes Sedai eran bien recibidas en casi todos los lados, incluso donde la gente preferiría lo contrario. Tras ellas marchaban los cuatro portaestandartes, con los Guardianes distribuidos entre medias luciendo sus capas que confundían la vista. Y Kireyin con su brillante yelmo apoyado en un muslo y un gesto amargado en la boca por haber sido relegado a cabalgar con los Guardianes y echando miradas fulminantes y altaneras a Balwer, que venía detrás con sus dos compañeros. Nadie le había dicho que podía ir, pero tampoco nadie le había dicho que no podía. Hacía una inclinación de cabeza cada vez que el noble lo miraba y después seguía estudiando las murallas de la ciudad que se alzaban al frente.

Perrin no consiguió librarse de la sensación de inquietud mientras se acercaban a la ciudad. Los cascos de los caballos resonaron con un ruido a hueco al entrar por el puente situado más al sur, una ancha estructura que se alzaba a considerable altura sobre la rápida corriente del río a fin de que una barcaza como las que estaban atadas en el muelle pasara cómodamente. Ninguna de las dos embarcaciones anchas y achatadas estaba preparada para montar un mástil. Una de ellas se hallaba algo hundida en el agua y ladeada contra las tensas maromas de amarre, y la otra también tenía aspecto de estar abandonada. Un olor penetrante y fétido que flotaba en el aire le hizo frotarse la nariz. Nadie más pareció notarlo.

Cerca del final del puente, Gallenne se detuvo. Las puertas cerradas, reforzadas

con bandas de hierro negro de más de un palmo de ancho, lo habrían obligado a parar de todos modos.

—Hemos oído los problemas que asolan esta tierra —les gritó a los hombres situados en lo alto de la muralla, arreglándoselas para que sus palabras sonaran formales a pesar de hablar a voz en cuello—, pero sólo vamos de paso y venimos para comerciar, no para ocasionar problemas. Queremos comprar grano y otras cosas que necesitamos, no pelear. Tengo el honor de anunciar a Berelain sur Paendrag Paeron, Principal de Mayene por la gracia de la Luz, Defensora de la Olas, Cabeza Insigne de la casa Paeron, que desea hablar con el señor o la señora de esta tierra. Tengo el honor de anunciar a Perrin t'Bashere Aybara... —Añadió Señor de Dos Ríos y otros cuantos títulos a los que Perrin tenía tan poco derecho como al primero y que no había oído en su vida, y después siguió presentando a las Aes Sedai con el título honorífico al completo y añadiendo su Ajah. Era un recital impresionante en verdad. Cuando acabó, sólo hubo silencio.

En lo alto de las almenas, hombres de rostros sucios intercambiaron miradas inexpresivas y rápidos murmullos mientras manoseaban ballestas y varas de combate con gesto nervioso. Sólo unos pocos llevaban cascos y algún tipo de armadura. La mayoría vestía toscas chaquetas, pero a Perrin le pareció ver en uno de ellos lo que podría ser seda bajo una capa de mugre. No era fácil de distinguir con tanto barro reseco.

—¿Cómo sabemos que estáis vivos? —respondió finalmente a gritos una voz ronca.

Berelain parpadeó sorprendida, pero nadie rió. Era una estupidez, pero aun así Perrin sintió que el vello de la nuca acababa de erizársele. Algo iba muy mal allí. Las Aes Sedai no parecían notar nada. Claro que las Aes Sedai podían ocultar cualquier cosa tras aquellas máscaras impasibles de fría serenidad. Las cuentas de las trencillas de Annoura tintinearon cuando la mujer sacudió la cabeza. Masuri lanzó una mirada gélida a los hombres de la muralla.

—Como tenga que demostrar que estoy viva lo lamentaréis —manifestó Seonid con su fuerte acento cairhienino, algo más acalorada de lo que su rostro sugería—. Y si seguís apuntándome con esas ballestas lo lamentaréis más aún. —Varios hombres se apresuraron a levantar las ballestas que sostenían para apuntar hacia el cielo. Pero no todos.

Hubo más susurros a lo largo de la muralla, pero alguien debía de haber reconocido a las Aes Sedai. Finalmente, las puertas se abrieron chirriando en los inmensos goznes oxidados. Una peste repulsiva salió de la ciudad, la misma que Perrin ya había olido, pero más fuerte. Barro y sudor rancios, basura podrida, orinales sin vaciar desde hacía mucho. Las orejas de Perrin intentaron echarse hacia atrás. Gallenne levantó a medias el yelmo como si fuera a ponérselo de nuevo antes de

azuzar a su caballo en dirección a las puertas. Perrin taconeó a *Recio* para que fuera detrás al tiempo que soltaba la presilla que sujetaba el hacha al cinturón.

Al otro lado de las puertas, un hombre mugriento que llevaba una chaqueta rota dio unos golpecitos con el índice en la pierna de Perrin y después se retiró rápidamente cuando *Recio* le lanzó un mordisco. El tipo había estado gordo en tiempos, pero ahora la chaqueta le quedaba suelta y la piel le colgaba.

—Sólo quería asegurarme —rezongó mientras se rascaba con gesto ausente—. Milord —añadió con un instante de retraso. Sus ojos parecieron enfocarse en la cara de Perrin por primera vez y los dedos con los que se rascaba se quedaron paralizados de golpe. Después de todo, unos ojos dorados no eran corrientes.

—¿Es que ves muchos muertos que caminen? —preguntó irónicamente Perrin en un intento de hacer una chanza mientras palmeaba el cuello del zaino. Un caballo de batalla entrenado quería que se lo recompensara por proteger a su jinete.

El tipo se encogió como si el caballo le hubiera enseñado los dientes otra vez; su boca se torció en un rictus de sonrisa mientras el hombre se desplazaba hacia un lado. Hasta que topó con la yegua de Berelain. Gallenne se encontraba justo detrás de ella, todavía con aspecto de ir a ponerse el yelmo mientras trataba de vigilar en seis direcciones a la vez con su único ojo.

—¿Dónde está tu señor o tu señora? —demandó la Principal en tono impaciente. Mayene era una nación pequeña, pero Berelain no estaba acostumbrada a que se hiciera caso omiso de ella—. Todos los demás parecen haberse quedado mudos, pero a ti te he oído utilizar la lengua. ¿Y bien? Habla, hombre.

El tipo la miró de hito en hito, lamiéndose los labios.

—Lord Cowlin... Lord Cowlin está... fuera de la ciudad, milady. —Sus ojos dirigieron una rápida mirada a Perrin y se apartaron de inmediato—. Los mercaderes de grano... Con ellos queréis hablar. Se los puede encontrar siempre en La Gabarra Dorada. Por ahí. —Alzó una mano apuntando vagamente al interior de la ciudad y después se alejó a toda prisa, echando miradas por encima del hombro como si tuviera miedo de que lo persiguieran.

—Creo que deberíamos buscar en otra parte —comentó Perrin. Ese tipo estaba asustado por algo más que unos ojos dorados. Aquel sitio daba la impresión de... torcido.

—Ya estamos aquí, y no hay otro lugar —repuso Berelain en tono práctico. Con la peste Perrin no alcanzaba a oler su efluvio; tendría que conformarse con lo que oía y veía, y el rostro de la mujer mostraba tanta calma como el de una Aes Sedai—. He estado en ciudades que olían peor que ésta, Perrin. Vaya que sí. Y si el tal lord Cowlin no está, no será la primera vez que trato con mercaderes. No creerás realmente que han visto caminar a los muertos, ¿verdad? ¿Qué puede ser un hombre que dice algo así excepto un mentecato?

De todas formas, los demás empezaban a entrar por las puertas, aunque ahora lo hacían sin el orden mantenido durante la aproximación. Ivierno y Alharra seguían de cerca a Seonid como dos perros guardianes, el uno de tez clara, el otro moreno, y ambos dispuestos a cortar cuellos en un abrir y cerrar de ojos. Ellos sí percibían el ambiente de So Habor. Kirklin, que cabalgaba al lado de Masuri, parecía dispuesto a no esperar siquiera ese abrir y cerrar de ojos; su mano descansaba en la empuñadura de la espada. Kireyin se tapaba la nariz con la mano y la expresión de sus ojos parecía decir que alguien iba a pagar por obligarlo a oler aquello. Medore y Latian no parecían sentirse muy bien, pero Balwer se limitó a observar en derredor, ladeada la cabeza, y después los condujo a ambos hacia una estrecha calle lateral que conducía hacia el norte. Como Berelain había dicho, ya estaban allí.

Los coloridos estandartes le parecían completamente fuera de lugar a Perrin a medida que recorría las sinuosas calles abarrotadas de la ciudad. Algunas eran bastante anchas para el tamaño de So Habor, pero daban la sensación de agobio, como si los edificios de piedra a ambos lados fueran más altos de los dos o tres pisos que tenían realmente y estuvieran a punto de desplomarse sobre su cabeza, por si fuera poco. La imaginación hacía que las calles también le parecieran umbrías. El cielo no estaba tan oscuro. Mucha gente atestaba el sucio pavimento de las vías, pero no tanta como para justificar la ausencia de los moradores de todas las granjas abandonadas de la zona, y todo el mundo caminaba deprisa, gacha la cabeza. Pero no con la diligencia de quien se encamina a un sitio, sino con la de quien quiere marcharse cuanto antes. Nadie miraba a nadie. Y, aun teniendo un río prácticamente a la puerta de casa, también habían olvidado lo que era asearse. Perrin no vio una sola cara sin una capa de mugre o una prenda que no tuviera el aspecto de haberla llevado puesta una semana seguida y haber trabajado de firme con ella; y en barro. La peste empeoraba conforme se internaban en la ciudad. Perrin suponía que uno acababa acostumbrándose a cualquier cosa, con el tiempo. Sin embargo, lo peor era la quietud. Los pueblos estaban silenciosos a veces, aunque no tanto como los bosques, pero en una ciudad siempre había un débil murmullo, el ruido de los comerciantes negociando y de la gente ocupándose de sus cosas. So Habor ni siquiera susurraba; casi ni respiraba.

Lograr que les dieran indicaciones más precisas para llegar resultó difícil, ya que la mayoría de la gente se alejaba como una flecha si se le hablaba, pero al fin desmontaron delante de una posada de aspecto próspero, un edificio de tres pisos de piedra gris finamente labrada y tejado de pizarra, con un cartel colgado en la fachada donde se leía el nombre: La Gabarra Dorada. Había incluso un toque de dorado en las letras del cartel, así como en el montón de grano que aparecía en la gabarra, sin cubrir, como si no fuera a despacharse nunca. No salieron mozos del establo anexo a la posada, de modo que los portaestandartes tuvieron que ocuparse de sujetar los

caballos, tarea que no les complació. Tod estaba tan atento observando el tráfago de gente sucia que pasaba a su lado mientras acariciaba la empuñadura de su espada corta, que *Recio* casi le enganchó dos dedos cuando cogió las riendas. El mayeniense y el ghealdano parecían desear enarbolar lanzas en lugar de estandartes. Flinn tenía los ojos desorbitados. A despecho del sol matinal, la luz parecía... sombría. Entrar en la posada no mejoró las cosas.

A primera vista, la sala común confirmaba la prosperidad del negocio, con pulidas mesas redondas y sillas en lugar de bancos bajo un techo alto de sólidas vigas. Las paredes tenían pinturas murales de campos de cebada, avena y mijo madurando bajo un sol resplandeciente; sobre la repisa tallada de la ancha chimenea de piedra blanca había un reloj pintado en intensos colores. El hogar, sin embargo, estaba apagado y la temperatura era casi tan gélida como en el exterior. El reloj se había parado y el pulido de la caja estaba mate. Una capa de polvo lo cubría todo. Los únicos ocupantes de la sala eran seis hombres y cinco mujeres reunidos en torno a una mesa ovalada, más grande que el resto, que estaba en el centro de la estancia.

Cuando Perrin y los otros entraron, uno de los hombres se levantó de un salto al tiempo que soltaba una maldición, y su rostro palideció bajo la capa de tierra seca. Una mujer rellenita, de largo cabello grasiento, se llevó la copa de peltre a los labios e intentó tragar tan deprisa que el vino se le derramó por la barbilla. Perrin pensó que quizás era por sus ojos. Quizá.

—¿Qué ha ocurrido en esta ciudad? —inquirió firmemente Annoura, que se echó la capa hacia atrás como si en la chimenea hubiera un buen fuego encendido.

La mirada sosegada que fue pasando por todos los sentados a la mesa los dejó paralizados. En ese momento Perrin cayó en la cuenta de que ni Masuri ni Seonid lo habían seguido al interior. Dudaba mucho que se hubiesen quedado esperando en la calle con los caballos. A saber qué estaban haciendo ellas y sus Guardianes.

El hombre que se había levantado se ahuecó el cuello de la chaqueta con el dedo. La prenda había sido un excelente paño azul en otras épocas, con una hilera de botones dorados de arriba abajo, pero parecía que el tipo se había estado echando comida encima desde hacía un tiempo. Tal vez más comida de la que había ingerido él. También a él le colgaba la piel.

—¿Q... que qué ocurrió, Aes Sedai? —tartamudeó.

—¡Cállate, Mycal! —dijo precipitadamente una demacrada mujer. Su oscuro vestido tenía bordados en el cuello alto y a lo largo de las mangas, pero el barro no dejaba ver los colores con claridad. Sus ojos semejaban pozos, de tan hundidos—. ¿Qué os hace pensar que ha ocurrido algo, Aes Sedai?

Annoura habría contestado, pero Berelain se adelantó cuando la Aes Sedai abría la boca.

—Buscamos a los comerciantes de grano —dijo. La expresión de Annoura no

cambió, pero la mujer cerró la boca con un sonoro chasquido.

La gente reunida a la mesa intercambió largas miradas. La mujer demacrada observó a Annoura un momento y enseguida su mirada pasó a Berelain; resultó evidente que reparaba en las sedas y las gotas de fuego. Y en la diadema. Extendió la falda en una reverencia.

—Somos el gremio de comerciantes de So Habor, milady. Lo que queda de... —Enmudeció, e inhaló profunda y temblorosamente—. Soy Rahema Arnon, milady. ¿En qué podemos serviros?

Los comerciantes parecieron animarse un tanto al enterarse de que sus visitantes habían ido por grano y otras cosas que pudieran proporcionarles, como aceite para lámparas y para cocinar, judías, agujas y clavos para herraduras, tela, velas y una docena de cosas más que hacían falta en el campamento. Al menos, ya no parecían tan asustados. Cualquier comerciante corriente que oyera la lista enumerada por Berelain se habría visto en apuros para no sonreír con codicia, pero ese grupo...

La señora Arnon pidió a la posadera que les llevara vino —el mejor, y rápido, rápido—, pero cuando una mujer de nariz larga asomó la cabeza, vacilante, en la sala común, la señora Arnon tuvo que correr hacia ella y agarrarla por la sucia manga para que no desapareciera de nuevo. El tipo de la chaqueta llena de manchas llamó a alguien llamado Speral para que llevara los botes de muestra; pero, después de repetir la llamada tres veces sin obtener respuesta, soltó una risa nerviosa y se dirigió presuroso al cuarto trasero, para volver al cabo de un momento sosteniendo en los brazos tres grandes recipientes de madera, cilíndricos, que soltó en la mesa. Los otros —hombres de caras grasientas y mujeres que se rascaban sin que aparentemente se dieran cuenta— exhibieron un repertorio de sonrisas nerviosas al tiempo que hacían reverencias a Berelain y le ofrecían un asiento a la cabecera de la mesa ovalada. Perrin metió los guantes bajo el cinturón y se quedó de pie junto a uno de los murales, observando.

Habían acordado dejar la negociación a Berelain. Ésta había admitido, a regañadientes, que él sabía de caballos más que ella, pero que en cambio ella había negociado tratados que comprendían la venta del valor de las capturas de peces clavo de varios años. Annoura había esbozado una sonrisita ante la sugerencia de que un chico pueblerino con ínfulas participara en eso. No lo llamaba eso —podía tratarlo de «milord» con tanta soltura como Masuri o Seonid—, pero saltaba a la vista que consideraba que algunas cosas estaban muy por encima de sus posibilidades. Ahora, de pie detrás de Berelain, no sonreía y estudiaba a los comerciantes como si quisiera memorizar sus caras.

La posadera llevó vino en unas copas de peltre que habían visto un paño de lustrar por última vez hacía semanas, si no meses, pero Perrin se limitó a mirar el vino de la suya y a hacerlo girar en la copa. La señora Vadere, la posadera, tenía porquería

acumulada debajo de las uñas y la suciedad se le había incrustado en los nudillos como parte de su piel. Perrin advirtió que Gallenne, de pie en la pared opuesta y con una mano en la empuñadura de la espada, se limitaba también a sostener su copa, y Berelain ni siquiera tocó la suya. Kireyin olisqueó su vino, después bebió hasta apurar la copa y llamó a la señora Vadere para que le llevara una jarra.

—Un caldo con poco cuerpo, para denominarlo el mejor que tenéis —le dijo a la mujer con su voz nasal y sin quitar la vista del vino—, pero ayudará a pasar el hedor.

La mujer lo miró con gesto inexpresivo y después llevó una jarra alta a su mesa sin decir palabra. Kireyin pareció interpretar su silencio como respeto.

Maese Crossin, el tipo de la chaqueta con manchas de comida, desenroscó las tapas de los recipientes de madera y derramó unas muestras de los cereales con cascabillo que tenían para ofrecer, haciendo montoncitos sobre la mesa: mijo amarillo, avena marrón, cebada un tono algo más oscuro. No debía de haber llovido antes de la recolección.

—La mejor calidad, como podéis ver —dijo.

—Sí, la mejor. —La sonrisa se borró del rostro de la señora Arnon, que se obligó a sonreír de nuevo—. Sólo vendemos la mejor.

Para ser gente que promocionaba su mercancía como la mejor, no parecía que pusieran mucho empeño en negociar y regatear. Perrin había visto a hombres y mujeres en Dos Ríos vendiendo balas de lana y tabaco a mercaderes procedentes de Baerlon, y siempre desdeñaban las ofertas de los compradores; a veces protestaban que los mercaderes trataban de arruinarlos aunque el precio era el doble que el del año anterior, o incluso llegaban a sugerir que podrían esperar al año próximo para venderlo todo. Era una danza tan compleja como cualquiera en un día de fiesta.

—Supongo que podemos bajar más el precio para una cantidad tan importante —le dijo un hombre calvo a Berelain mientras se rascaba la barba canosa. La llevaba corta, y lo bastante grasienta para que se le pegara a la piel. Perrin sintió deseo de rascarse la suya con sólo vérselo hacer al tipo.

—Ha sido un invierno duro —murmuró la mujer de cara redonda. Sólo dos de los otros mercaderes se molestaron en mirarla ceñudos.

Perrin soltó su copa en una mesa cercana y se acercó al grupo reunido en el centro de la sala. Annoura le dirigió una mirada intensa, admonitoria, pero varios mercaderes lo observaron con curiosidad. Y con recelo. Gallenne había vuelto a hacer las presentaciones, pero esas gentes no tenían muy claro dónde estaba Mayene exactamente ni lo poderosa que era, y para ellos Dos Ríos sólo significaba buen tabaco. El tabaco de Dos Ríos era famoso en todas partes. De no ser por la presencia de una Aes Sedai, era posible que sus ojos los hubieran espantado. Todos se quedaron callados cuando Perrin cogió un puñado de mijo, las minúsculas esferas suaves y de un intenso color amarillo en su palma. Ese grano era la primera cosa limpia que había

visto en la ciudad. Soltando de nuevo el puñado de mijo en la mesa, cogió la tapa de uno de los recipientes. La rosca cortada en la madera no estaba desgastada. La tapadera encajaba muy justa. La señora Arnon apartó los ojos de los de él y se lamió los labios.

—Quiero ver el grano en los almacenes —dijo Perrin. La mitad de la gente sentada a la mesa se sacudió. La señora Arnon se incorporó con aire ofendido.

—No vendemos lo que no tenemos. Podéis mirar a nuestros trabajadores cargando cada saco en vuestros carros, si queréis pasar horas al frío.

—Estaba a punto de sugerir una visita a un almacén —intervino Berelain, que se levantó, sacó los guantes sujetos en el cinturón y empezó a ponérselos—. Nunca compraría grano sin ver el almacén.

La señora Arnon flaqueó. El hombre calvo apoyó la cabeza en la mesa. Pero nadie habló.

Los desanimados mercaderes no se molestaron en recoger sus capas antes de conducirlos a la calle. El aire soplaba con más fuerza, frío como sólo podía ser un viento de finales de invierno, cuando la gente ya pensaba en la primavera, pero ellos no parecieron notarlo. Su forma de encorvar los hombros no tenía nada que ver con el frío.

—¿Nos vamos ya, lord Perrin? —preguntó ansiosamente Flinn al ver aparecer a Perrin y a los demás—. Este sitio me hace desear darme un baño. —Annoura le asestó tal mirada al pasar a su lado que lo hizo encogerse como cualquiera de los mercaderes y Flinn ensayó una sonrisa apaciguadora, pero fue un gesto forzado y en exceso tardío ya que la mujer lo había dejado atrás.

—Tan pronto como sea posible —respondió Perrin.

Los mercaderes caminaban a buen paso calle abajo, gachas las cabezas y sin mirar a nadie. Berelain y Annoura se las arreglaron para seguirlos sin dar la impresión de apresurarse, como si se deslizaran, la una tan segura de sí misma como la otra, dos grandes damas que salían a pasear sin preocuparse de la porquería que había en el suelo, ni la peste en el aire, ni la gente sucia que las miraba de hito en hito y a veces salía corriendo tan deprisa como podía. Gallenne había acabado poniéndose el yelmo y sujetaba de manera ostensible la empuñadura de la espada con las dos manos, listo para desenvainarla. Kireyin llevaba su yelmo apoyado en la cadera y la otra mano ocupada con la copa de vino. Echaba miradas de desprecio a la gente que pasaba presurosa y olisqueaba el vino como si fuera una poma para combatir la pestilencia de la ciudad.

Los almacenes estaban situados en una calle pavimentada, poco más ancha que una carreta, entre las dos murallas de la ciudad. El olor no era tan malo allí, más cerca del río, pero la calle barrida por el viento se encontraba desierta a excepción de Perrin y los demás. Ni siquiera había un perro callejero a la vista. Los perros desaparecían

cuando una ciudad pasaba hambre, mas ¿por qué iba a tener hambre una ciudad con grano para vender? Perrin señaló un almacén de dos pisos elegido al azar, igual a cualquier otro, un edificio de piedra y sin ventanas, con un par de anchas puertas de madera que mantenía cerradas una tranca, tan gruesa y sólida como las vigas de La Gabarra Dorada.

De pronto los mercaderes recordaron que habían olvidado llevar hombres para levantar las trancas y se ofrecieron para ir a buscarlos. Lady Berelain y Annoura Sedai podían descansar frente a la chimenea de La Gabarra Dorada mientras se reunía a los trabajadores. Estaban seguros de que la señora Vadere encendería un fuego. Todos enmudecieron cuando Perrin puso la mano debajo del grueso madero y lo levantó de los soportes de madera. La tranca pesaba, pero reculó cargado con ella para tener hueco, girarla y dejarla caer en la calle con estruendo. Los mercaderes lo miraban de hito en hito. Seguramente era la primera vez que veían a un hombre con ropas de seda hacer algo que pudiera llamarse trabajo. Kireyin puso los ojos en blanco y volvió a olisquear el vino.

—Unas linternas —dijo débilmente la señora Arnon—. Necesitaremos linternas o antorchas. Si...

Una bola de fuego apareció flotando sobre la mano de Annoura; emitía suficiente luz en la plomiza mañana para que las personas arrojaran una leve sombra sobre el pavimento y las paredes de piedra. Algunos mercaderes se resguardaron los ojos con las manos. Al cabo de un momento, maese Crossin tiró de una anilla de hierro y abrió las puertas.

El olor en el interior era el familiar y penetrante aroma a cebada, casi lo bastante fuerte para tapar el hedor de la ciudad; y a algo más. Unas formas pequeñas y oscuras se escabulleron en las sombras más allá de la luz arrojada por la esfera de Annoura. Perrin habría visto mejor sin ella, o habría llegado a distinguir algo en la oscuridad. La esfera brillante irradiaba un gran foco de luz y aislaba lo que había más allá. Perrin olió gatos, más asilvestrados que domesticados. Y también ratas. Un repentino chillido en la oscuridad del fondo del almacén, que se cortó bruscamente, indicó el encuentro de gato y rata. Siempre había ratas en los graneros y gatos que las cazaban; era algo normal y, por ende, reconfortante. Casi lo bastante para calmar su inquietud. Casi. Olía a algo más y era un olor que debería reconocer. Un feroz bufido al fondo del almacén se convirtió en crecientes maullidos de dolor que cesaron de forma repentina. Al parecer, a veces las ratas de So Habor invertían los papeles de presa y cazador. A Perrin se le volvió a poner de punta el vello de la nuca, pero a buen seguro que allí no había nada que el Oscuro quisiera que se espiara. La mayoría de las ratas eran simplemente eso, ratas.

No hizo falta penetrar mucho en el almacén. Toscos sacos llenaban el oscuro espacio, apilados en altos montones sobre plataformas de madera a fin de aislarlos del

suelo de piedra. Hileras e hileras de montones apilados casi hasta el techo, y probablemente ocurría igual en el nivel superior. Aunque no fuera así, aquel edificio almacenaba grano suficiente para alimentar a los suyos durante semanas. Se acercó al montón más próximo, hundió el cuchillo en uno de los sacos y cortó las toscas fibras de yute. Un torrente de granos de cebada se derramó por la hendidura. Y, claramente visibles a la luz de la esfera radiante de Annoura, motas negras que rebullían. Gorgojos. Casi tantos como granos de cebada. Su olor era más intenso que el del cereal. Gorgojos. Ojalá el vello de la nuca dejara de erizársele cada dos por tres. El frío tendría que haber bastado para matar a los gorgojos.

Ese saco era la prueba y su olfato identificaba ahora el olor a gorgojo, pero se dirigió a otro saco, y después a otro, y a otro, rasgándolos con el cuchillo. Todos derramaron un torrente de oscura cebada y gorgojos negros.

Los mercaderes estaban apiñados en la puerta, sus figuras recortadas contra la luz del exterior, pero la esfera brillante de Annoura alumbraba sus caras en un marcado relieve. Caras preocupadas. Caras de desesperación.

—Estaríamos encantados de aventar todos los sacos que vendamos —dijo la señora Arnon en tono vacilante—. Por sólo un pequeño cargo adicional...

—Por la mitad del último precio que ofrecí —la interrumpió con brusquedad Berelain, que encogió la nariz con un gesto de asco y se recogió la falda para apartarla de los gorgojos que se escabullían entre los granos de cebada—. Nunca conseguiríais quitarlos todos.

—Y ningún saco de mijo —añadió severamente Perrin. Sus hombres necesitaban alimento, así como los soldados, pero los granos de mijo eran poco más grandes que los gorgojos. Por mucho que los aventaran, el resultado sería el mismo peso de grano como de gorgojos—. En lugar de mijo, nos llevaremos más judías. Pero también habrá que aventarlas.

De pronto se escuchó un chillido en la calle. No de gato ni de rata, sino de un hombre aterrado. Perrin ni siquiera se dio cuenta de que había sacado el hacha hasta que se encontró el mango en la mano mientras apartaba a los mercaderes de la puerta a empujones. Se apiñaron más, lamiéndose los labios y sin intentar siquiera ver quién había gritado.

Kireyin estaba de espaldas a la pared de un almacén al otro lado de la calle; su brillante yelmo con la pluma blanca aparecía caído en el suelo, al lado de la copa de vino. La espada del hombre estaba desenfundada a medias, pero él parecía petrificado, contemplando con ojos desorbitados la pared del edificio del que Perrin acababa de salir. Perrin le tocó el brazo y Kireyin dio un brinco de sobresalto.

—Había un hombre —dijo el ghealdano con incertidumbre—. Estaba justo ahí. Me miró y... —Se pasó la mano por la cara. A despecho del frío la frente le brillaba por el sudor—. Atravesó la pared. Lo hizo. Tenéis que creerme. —Alguien gimió;

uno de los mercaderes, creía Perrin.

—Yo también vi al hombre —intervino Seonid a su espalda y entonces fue Perrin quien se sobresaltó. ¡Su olfato no servía de nada en aquel sitio!

Tras echar una última ojeada a la pared que Kireyin había señalado, la Aes Sedai se apartó de ella con evidente renuencia. Sus Guardianes eran hombres altos y la empequeñecían, manteniéndose sólo a distancia suficiente para tener espacio para desenvainar las espadas. Aunque Perrin no tenía ni idea de contra qué lucharían los Guardianes de mirada severa, llegado el caso, si Seonid había hablado en serio.

—Me resulta difícil mentir, lord Perrin —manifestó secamente Seonid cuando él expresó su duda, pero su tono se tornó al punto tan serio como su semblante; la mirada de sus ojos era tan intensa que por sí misma empezó a poner nervioso a Perrin —. Los muertos caminan por So Habor. Lord Cowlin huyó de la ciudad por miedo al espíritu de su esposa. Al parecer se albergaban dudas sobre el modo en que murió ella. Raro es el hombre o la mujer en esta ciudad que no haya visto un muerto andante y muchos han visto más de uno. Algunos cuentan que hay gente que ha muerto por el roce de un muerto. Eso no he podido verificarlo, pero hay gente que ha muerto de miedo y otros de un susto. Nadie sale de noche en So Habor, ni entra en una habitación sin avisar antes. La gente ataca a las sombras y a cualquier cosa inesperada con lo primero que tiene a mano y a veces se han encontrado con un esposo, una esposa o un vecino muerto a sus pies. Esto no es histeria colectiva ni un cuento para asustar a los niños, lord Perrin. Jamás había oído nada semejante, pero es real. Tenéis que dejar a una de nosotras aquí para hacer lo que se pueda.

Perrin sacudió despacio la cabeza. No podía permitirse el lujo de perder a una Aes Sedai si quería liberar a Faile. La señora Arnon rompió a llorar.

—So Habor tendrá que enfrentarse sola a sus muertos —dijo entre sollozos.

Sin embargo, el miedo a los muertos sólo explicaba parte de lo que ocurría allí. Quizá la gente estaba demasiado asustada para pensar en asearse, pero no parecía probable que el miedo afectara de ese modo a todo el mundo. ¿Y gorgojos medrando en invierno, con un frío helador? Había algo mucho peor en So Habor que espíritus caminando y su instinto lo instaba a marcharse de allí a toda carrera, sin mirar atrás. Ojalá hubiera podido hacerlo.

27. Lo que ha de hacerse

La labor de aventar se llevó a cabo en la nevada ribera oriental, donde ningún obstáculo frenaba el cortante viento del norte. Hombres y mujeres de la ciudad acarrearon sacos a través de los puentes en carretas tiradas por cuatro caballos y carros tirados por uno, e incluso con carretillas empujadas a mano. Normalmente los compradores llevaban sus propias carretas hasta los almacenes, o en el peor de los casos, los cereales y las judías secas había que transportarlos sólo hasta el muelle, pero Perrin no estaba dispuesto a enviar a sus conductores al interior de So Habor. O a cualquier otro de los suyos, dicho fuera de paso. Lo que quiera que aquejara a esa ciudad podía ser contagioso. Además, los conductores ya estaban bastante nerviosos, mirando ceñudos a los mugrientos vecinos, que no pronunciaban palabra pero que se echaban a reír con nerviosismo cuando sus ojos se encontraban accidentalmente con los de cualquiera. La imagen que ofrecían los mercaderes de gesto sombrío que supervisaban el trabajo no era mejor. En la nativa Cairhien de los carreteros, los mercaderes eran personas limpias, respetables, al menos en apariencia, que rara vez se sobresaltaban sólo porque vieran moverse a alguien por el rabillo del ojo. Entre los mercaderes, con su tendencia a observar con recelo a cualquiera que no conocieran, y los vecinos, que arrastraban los pies de regreso por los puentes, obviamente reacios a volver tras las murallas de su ciudad, los conductores de los carros tenían los nervios de punta. Estaban reunidos en pequeños grupos, hombres y mujeres de tez pálida y ropas oscuras asiendo las empuñaduras de sus cuchillos y mirando escrutadores a los más altos lugareños como si fuesen asesinos dementes.

Perrin se desplazaba lentamente en su caballo de aquí para allí, vigilando el trabajo de aventar, examinando la fila de carros que se extendía hasta lo alto del cerro y se perdía detrás de la cumbre esperando la carga, o las carretas, los carros y las carretillas de la ciudad que cruzaban los puentes. Se aseguró de estar bien a la vista. No entendía bien por qué el hecho de que mostrara una actitud de fingida despreocupación pudiera tranquilizar a alguien, pero al parecer lo hacía. Al menos ya era algo que nadie saliera corriendo, aunque todos seguían mirando con recelo a los vecinos de So Habor. Éstos también guardaban las distancias, y mejor que fuera así. Si la idea de que alguna de esas personas pudiera no estar viva se les metía en sus cabezas cairhieninas, la mitad azuzaría a sus caballos con el látigo para huir de allí en el acto. La mayoría del resto seguramente no esperaría mucho después de que oscureciera. Esa clase de historia podía hacer perder la cabeza a cualquiera llegada la noche. El pálido sol, casi oculto por las nubes grises, aún se encontraba a mitad de recorrido hacia su cenit, pero a medida que pasaba el tiempo se iba haciendo más evidente que tendrían que pasar allí la noche. Puede que más de una. Perrin tenía agarrotada la mandíbula por el esfuerzo de no rechinar los dientes, e incluso Neald

empezó a esquivar sus miradas ceñudas. No le gritó a nadie. Sólo deseaba hacerlo.

Aventar era un arduo proceso. Hasta el último saco tenía que abrirse y vaciarse en grandes cestos planos de mimbre, y hacían falta dos personas para manejar uno y lanzar al aire el grano o las judías. El viento frío arrastraba los gorgojos en rociadas de motas negras, y hombres y mujeres contribuían dando aire con una especie de abanicos tejidos que se manejaban con las dos manos. La fuerte corriente arrastraba todo lo que caía al río; pero, a no tardar, la nieve pisoteada de la orilla era una masa fangosa y gris cubierta de insectos muertos o medio muertos por el frío, así como una generosa capa de granos de avena y de cebada salpicados de judías rojas. Nunca faltaba una nueva capa para reemplazar la que aplastaban los pies en la nieve. Sin embargo, lo que quedaba en los cestos estaba totalmente limpio cuando volvía a echarse en los toscos sacos de yute, a los que los niños habían dado la vuelta y habían sacudido con palos para librarlos de gorgojos. Una vez llenos de nuevo, los sacos iban a los carros cairhieninos tan pronto como se habían cerrado, pero los montones de sacos vacíos crecían a una velocidad prodigiosa.

Perrin estaba apoyado en la perilla de la silla de *Recio*, intentando calcular si haría falta la carga de dos carretas de los almacenes para llenar uno de sus carros con grano, cuando Berelain condujo a su yegua blanca hasta él, manteniendo cerrada la capa escarlata con una mano. Sereno e inescrutable su semblante intemporal, Annoura frenó su montura a unos cuantos pasos como si quisiera dejarlos solos y que su conversación fuera en privado, pero se mantuvo lo bastante cerca para escuchar cualquier cosa que hablaran que no fuera en susurros sin necesidad de usar trucos con el Poder. Por muy serena que fuera su expresión, su nariz aguileña le otorgaba una apariencia rapaz ese día. Sus trenzas con cuentas semejaban la cresta gacha de una extraña águila.

—No puedes salvar a todo el mundo —empezó tranquilamente Berelain. Lejos del hedor de la ciudad, Perrin percibió su olor, teñido de urgencia y de una ira cortante—. A veces uno tiene que elegir. So Habor es deber de lord Cowlin. No tenía derecho a abandonar a su gente.

Entonces, no estaba furiosa con él. Perrin frunció el entrecejo. ¿Acaso pensaba que se sentía culpable? Con la vida de Faile en un lado de la balanza, los problemas de So Habor no movían los platillos lo más mínimo. No obstante, hizo que su zaino se volviera para mirar las grises murallas de la ciudad, al otro lado del río, no a los niños de ojos hundidos que amontonaban sacos vacíos. Uno hacía lo que podía. Lo que tenía que hacer.

—¿Tiene Annoura alguna idea de lo que está ocurriendo aquí? —gruñó. En voz baja, pero de algún modo no le cupo duda de que la Aes Sedai lo había oído.

—No sé mucho sobre lo que piensa Annoura —respondió Berelain, sin hacer el menor esfuerzo por bajar la voz. No era sólo que no le importara quién podía

escucharla, sino que quería que se la escuchara—. Ya no es tan comunicativa como lo era antes. O como yo creía que era. Depende de ella arreglar lo que ha roto. —Sin mirar a la Aes Sedai, se dio media vuelta y se alejó en su yegua.

Annoura siguió en el mismo sitio, los ojos fijos en el rostro de Perrin, sin parpadear.

—Eres *ta'veren*, sí, pero aun así sólo eres un hilo en el Entramado, como yo. Al fin y a la postre, hasta el Dragón Renacido no es más que un hilo que ha de tejerse en el Entramado. Ni siquiera un hilo *ta'veren* decide cómo ha de tejerse.

—Esos hilos son personas —repuso, cauteloso, Perrin—. En ocasiones quizá la gente no quiere que se la teja en el Entramado sin contar con ella.

—¿Y piensas que eso cambia algo? —Sin esperar respuesta, cogió las riendas y taconeó a su yegua marrón de finos tobillos para partir a galope en pos de Berelain, con la capa ondeando tras ella.

Ella no era la única Aes Sedai que quería hablar con Perrin.

—No —le contestó firmemente a Seonid después de escucharla, palmeando el cuello de *Recio*. Esta vez, sin embargo, quien necesitaba tranquilizarse era el jinete. Perrin quería marcharse de So Habor—. Ya dije que no, y lo dije en serio.

La pálida y menuda mujer semejaba una talla de hielo de tan rígida que era su postura sobre la silla. Sólo que sus ojos eran oscuras brasas ardientes y ella apestaba a ofendida cólera contenida a duras penas. Seonid era apocada con las Sabias, pero él no era una Sabia. Detrás de ella, el oscuro rostro de Alharra parecía de piedra; las canas teñían de gris su rizado cabello negro como si fuese escarcha. El semblante de Ivierno estaba rojo por encima del bigote de puntas retorcidas. Tenían que aguantar lo que pasaba entre su Aes Sedai y las Sabias, pero él no era... El viento zarandeó sus capas cambiantes, dejando sus manos libres para llevarlas a la espada si era menester. Ondeando al viento, las capas cambiaban en tonalidades grises y marrones, azules y blancas. Era menos inquietante que verlas hacer desaparecer partes de un hombre. Algo menos inquietante.

—Si es preciso, enviaré a Edarra para traeros de vuelta —le advirtió Perrin.

El semblante de la mujer permaneció impasible y sus ojos ardientes, pero un escalofrío la sacudió haciendo que la pequeña gema blanca que colgaba sobre su frente se meciera. No por miedo a lo que las Sabias le hicieran si tenían que llevarla de vuelta, sino por la misma reacción de ofensa provocada por Perrin que dio a su olor la sensación punzante de un espino. Perrin empezaba a acostumbrarse a ofender a las Aes Sedai. No era una costumbre recomendable para un hombre sensato, pero no parecía haber modo de evitarlo.

—¿Y vos? —le preguntó a Masuri—. ¿También queréis quedaros en So Habor?

La delgada mujer tenía fama de hablar sin tapujos, tan directa como una Verde a pesar de ser Marrón.

—¿Y no ibais a enviar también a Edarra en mi busca? —contestó calmosamente, sin embargo—. Hay muchas formas de servir y no siempre podemos elegir la forma que querríamos. —Lo que, pensándolo bien, era un modo de ir al grano, en cierto sentido. Aún no tenía ni idea de por qué visitaba a Masema en secreto. ¿Sospecharía ella que lo sabía? El rostro de Masuri era una máscara inexpresiva. El de Kirklin denotaba aburrimiento, ahora que habían salido de So Habor. El tipo se las ingeniaba para dar la impresión de estar laxo cuando en realidad se sentaba erguido en la silla, y de no tener la menor preocupación o el cerebro completamente vacío de ideas. Quien creyera eso de Kirklin es que era de los que regresarían al día siguiente para que le dieran otra vez gato por liebre.

Los vecinos trabajaban de forma mecánica mientras el sol ascendía en el cielo como haría alguien que quisiera embeberse en la tarea para olvidar algo y temiera que los recuerdos volverían si se paraba. Perrin llegó a la conclusión de que So Habor lo estaba haciendo desvariar. Aun así, pensó que tenía razón. El aire al otro lado de las murallas todavía parecía sombrío, como si hubiese una nube colgada sobre la ciudad.

Al mediodía, los conductores limpiaron trozos de nieve en la cuesta de la ribera para preparar lumbres y hacer té con hojas que ya se habían cocido tres veces o quizá cuatro. En la ciudad no había té para comprar. Algunos de los conductores miraron hacia los puentes como si se plantearan entrar en So Habor para ver si encontraban algo de comer. Una ojeada a la gente cubierta de mugre y barro que trabajaba con los cestos de aventar les hizo volver a sacar sus pequeñas bolsas de harina de avena y bellotas molidas. Al menos sabían que esa mezcla estaba limpia. Unos cuantos miraron los sacos cargados ya en los carros, pero las judías había que ponerlas en remojo y el grano pasarlo por los grandes molinillos que se habían quedado en el campamento, y eso después de que los cocineros apartaran tantos gorgojos como creyeran que los hombres no serían capaces de engullir.

Perrin no tenía hambre, ni aunque dispusiera del pan más blanco, pero estaba bebiendo algo que parecía té en una taza de latón abollada cuando Latian lo encontró. El cairhienino no se dirigió directamente a él. Por el contrario, el hombre bajo con chaqueta oscura de rayas pasó de largo con su caballo ante la lumbre donde Perrin se encontraba y después frenó un poco más arriba en la cuesta. Desmontó y levantó la pata delantera de su castrado, que examinó con el ceño fruncido. Por supuesto, no levantó la vista para comprobar si Perrin se aproximaba.

Con un suspiro, Perrin devolvió la abollada taza a la rechoncha mujer que se la había prestado, una canosa conductora que extendió la falda haciendo una reverencia, y sonrió y sacudió la cabeza a Latian. Seguramente sabía moverse a hurtadillas diez veces mejor que él. Neald, en cuclillas junto al fuego y con las manos cerradas sobre otra taza de latón, se echó a reír con tantas ganas que tuvo que limpiarse las lágrimas. A lo mejor era que empezaba a volverse loco. Luz, cómo podía nadie tener una idea

divertida en aquel sitio. Latian se irguió justo lo suficiente para hacer una inclinación a Perrin.

—Os veo, milord —dijo, tras lo cual volvió a agacharse para levantar otra vez la misma pata del caballo, como un idiota.

A los caballos no se les levantaban las patas así a menos que uno buscara que le dieran una coz. Claro que, a fuer de ser sincero, Perrin sólo esperaba tonterías. Primero, estaba el juego de Latian a ser Aiel, con el largo cabello atado en la nuca en una mala imitación del corte de pelo al estilo de los Aiel, y ahora jugaba a ser espía. Perrin posó la mano en el cuello del castrado y tranquilizó al animal, adoptando un aire de interés mientras miraba el casco al que no le pasaba absolutamente nada. Salvo una hendidura en la herradura por la que podría romperse al cabo de unos días si no se cambiaba. Sus manos anhelaron asir las herramientas de un herrero. Parecían haber pasado años desde la última vez que había cambiado las herraduras a un caballo o trabajado en una forja.

—Maese Balwer os envía un recado, milord —dijo quedamente Latian, gacha la cabeza—. Su amigo está de viaje vendiendo sus mercancías, pero se lo espera de vuelta mañana o pasado. Dice que os pregunte si os parece bien que os alcancemos entonces. —Escudriñando por debajo del vientre del caballo a la gente que aventaba el grano junto al río, añadió—: Aunque no parece probable que podáis emprender la marcha antes.

Perrin miró ceñudo a los que trabajaban, y a la hilera de carros que esperaban su turno para que los cargaran, a la media docena, más o menos, que ya tenían las cubiertas de lona atadas. Uno de esos carros llevaba cuero para remendar botas, velas y cosas por el estilo. Pero no aceite. ¿Y si Gaul y las Doncellas traían noticias de Faile? ¿Que la habían visto, por ejemplo? Daría cualquier cosa por hablar con alguien que la hubiese visto, que pudiera decirle que no había sufrido daño alguno. ¿Y si los Shaido se ponían en marcha de repente?

—Dile a Balwer que no se entretenga demasiado —gruñó—. En lo que a mí respecta, saldré dentro de una hora.

Y así lo hizo, tal como había prometido. La mayoría de los carros y los conductores tendrían que quedarse y hacer el viaje de un día de marcha hasta el campamento, y también Kireyin y sus soldados de yelmos verdes para protegerlos, con orden de que nadie cruzara los puentes. Fría la mirada, al parecer completamente recuperado de su desmoronamiento, el ghealdano le aseguró que estaba a punto y dispuesto. Seguramente, ni que hubiese dado esa orden ni que no, regresaría a So Habor sólo para convencerse de que no tenía miedo. Perrin no perdió tiempo en intentar convencerlo de que no lo hiciera. Para empezar, había que encontrar a Seonid. No es que se estuviera escondiendo, pero la Aes Sedai se había enterado de su marcha y, tras dejar a sus Guardianes cuidando de su caballo bien a la vista, echó a

andar tratando de poner entre Perrin y ella los carros. No obstante, la pálida Aes Sedai no podía ocultar su olor y, aunque hubiese podido, ignoraba que fuera necesario. Se sorprendió cuando Perrin la encontró enseguida y se indignó cuando la condujo hasta su caballo, delante de *Recio*. Aun así, antes de que hubiese pasado una hora Perrin se alejaba a caballo de So Habor, con la Guardia Alada formando su círculo de rojas armaduras alrededor de Berelain, los hombres de Dos Ríos flanqueando los ocho carros cargados que traqueteaban detrás de los tres estandartes restantes y Neald sonriendo de oreja a oreja, nada menos; por no mencionar sus intentos de charlar con las Aes Sedai. Perrin no sabía qué hacer si el tipo se estaba volviendo loco realmente. Tan pronto como el cerro ocultó So Habor a su espalda, percibió que se aflojaba el nudo de tensión entre los hombros que le había agarrotado la espalda sin que él se hubiese percatado. Así sólo le quedaban otros diez, además del nudo de impaciencia en su estómago. La evidente compasión de Berelain no podía aflojarlos.

El acceso de Neald los llevó del campo nevado al pequeño claro de la zona de Viaje, en medio de los imponentes árboles, cuatro leguas de un paso, pero Perrin no esperó a que el puñado de carros cruzara el acceso. Creyó oír a Berelain articular un sonido irritado cuando taconeó a *Recio* para salir a un trote ligero, de vuelta al campamento. O quizás había sido una de las Aes Sedai. Sí, eso era más probable.

Una atmósfera de quietud envolvía el campamento cuando entró a caballo entre las tiendas y los chozos de los hombres de Dos Ríos. El sol no había recorrido mucho trecho en su curva descendente en el cielo gris, pero no se veían ollas ni lumbres, y a muy pocos hombres reunidos alrededor de las hogueras, arrebujados en sus capas y contemplando fijamente las llamas.

Un puñado de hombres estaba sentado en las toscas banquetas que Ban Crawe sabía construir; el resto se encontraba en cuclillas o de pie. Ninguno alzó la vista; y por supuesto tampoco ninguno salió a su encuentro para ocuparse del caballo. No era quietud, comprendió. Era tensión. El olor le recordaba de algún modo un arco doblado hasta casi partirse. Casi podía oír el crujido.

Cuando desmontaba frente a la tienda de rayas rojas, Dannil apareció procedente de la dirección de las tiendas Aiel, a paso rápido. Sulin y Edarra, una de las Sabias, lo seguían y mantenían bien el paso aunque daban la sensación de no apresurarse. El rostro de Sulin era una máscara de cuero curtida al sol. El de Edarra, apenas visible bajo el oscuro chal que le envolvía la cabeza, era la viva imagen de la calma. A despecho de las amplias faldas, caminaba tan silenciosa como la Doncella de cabello blanco; ni siquiera se oía un tintineo de los brazaletes de marfil y oro ni de los collares. Dannil se mordisqueaba el borde del espeso bigote, sacando un par de dedos la espada y volviendo a meterla con fuerza en la tosca vaina con aire ausente. Tirando y empujando. Respiró hondo antes de hablar.

—Las Doncellas trajeron a cinco Shaido, lord Perrin. Arganda se los llevó a las tiendas de los ghealdanos para interrogarlos. Masema está con ellos.

Perrin apartó a un lado la presencia de Masema en el campamento.

—¿Por qué permitisteis que Arganda los cogiera? —le preguntó a Edarra. Dannil no habría podido impedírselo, pero las Sabias eran otro cantar.

Edarra no parecía ser mucho mayor que Perrin, pero aun así sus fríos ojos azules daban la impresión de haber visto mucho más de lo que él vería jamás. Se cruzó de brazos en medio de un tintineo de brazaletes. Y con cierto aire de impaciencia.

—Hasta los Shaido saben cómo abrazar el dolor, Perrin. Llevará días conseguir que hablen, y no parecía que hubiese motivo para esperar.

Si los ojos de Edarra eran fríos, los de Sulin semejaban trozos de hielo.

—Mis hermanas de lanza y yo podríamos haberlo hecho un poco más rápido, un poco, pero Dannil Lewin dijo que no querías que se llegara a las manos con ellos. Gerard Arganda es un hombre impaciente y desconfía de nosotras. —Hablaba como si fuera a escupir, de no haber sido Aiel—. En cualquier caso, no se les sacará gran cosa. Son Soldados de Piedra. Se doblegarán despacio, y lo menos posible. En esto, siempre es necesario unir un poco de aquí con otro poco de allí para sacar un cuadro completo.

Abrazar el dolor. Tenía que haber dolor cuando se interrogaba a un hombre. Hasta ahora no había dejado que esa idea cobrara forma en su mente. Pero con tal de rescatar a Faile...

—Que alguien cepille a *Recio* —ordenó con dureza mientras entregaba las riendas a Dannil.

La zona ghealdana del campamento no podría ser más diferente de los toscos refugios y tiendas colocados al azar de los hombres de Dos Ríos. Allí, las tiendas de pico se alzaban en filas rectas, la mayoría con el cono formado por lanzas colocado delante de las solapas de entrada y caballos ensillados y amarrados a un lado, listos para montar. Las sacudidas de las colas de los caballos y las cintas de las lanzas agitadas por el viento era lo único desordenado que se veía. Los caminos entre las tiendas eran todos de la misma anchura y se podría haber trazado una línea recta entre las hileras de lumbres. Hasta los dobleces de las lonas, de cuando las tiendas habían estado guardadas en el fondo de las carretas hasta que las nieves llegaron, se marcaban en líneas rectas. Todo ordenado y metódico.

Se percibía en el aire un olor a gachas de avena y bellotas; algunos hombres de chaqueta verde rebañaban el almuerzo en los platos de latón con los dedos. Otros ya fregaban las ollas. Nadie denotaba la menor tensión. Simplemente estaban comiendo y realizando tareas, ambas cosas casi con igual falta de placer. Era algo que había que hacer.

Un grupo numeroso de hombres formaba un corro cerca de las afiladas estacas del

borde exterior del campamento. Sólo la mitad vestía chaqueta verde y petos bruñidos de lanceros ghealdanos. Algunos de los otros llevaban lanzas y tenía espadas ceñidas a la cintura por encima de las chaquetas arrugadas, que eran tanto de fina seda o buen paño como simples harapos, pero de ninguna podía decirse que estuviera limpia salvo en comparación con lo de So Habor. Era fácil distinguir a los hombres de Masema, incluso de espaldas.

Perrin percibió otro olor a medida que se acercaba al círculo de hombres. El de carne asándose. Y había un sonido apagado que trató de no escuchar. Cuando empezó a abrirse paso con los codos, los soldados se volvieron a mirarlo y se apartaron de mala gana. Los hombres de Masema lo siguieron con la mirada a la par que mascullaban algo sobre ojos amarillos y Engendros de la Sombra. En cualquier caso, Perrin consiguió llegar a la parte delantera.

Cuatro hombres altos, con el cabello pelirrojo o rubio y vestidos con el *cadin'sor* de tonos pardos y grises, yacían con las muñecas atadas a los tobillos a la altura de los riñones, y con trozos de gruesas ramas sujetas en la parte posterior de las rodillas y los dobleces de los codos. Tenían la cara llena de golpes y moretones y les habían puesto mordazas entre los dientes. El quinto hombre estaba desnudo, sujeto a cuatro fuertes estacas clavadas en el suelo y con las cuatro extremidades tan tirantes que se le marcaban los tendones. Aun así, se revolvía todo lo que le permitían las ataduras y a través de los trapos metidos en la boca se escuchaban sus ahogados gritos de dolor. Unas ascuas formaban un pequeño montón sobre su vientre y soltaban un ligero humo. El olor que Perrin había notado era el de su carne achicharrándose. Las ascuas se pegaban a la tensa piel del hombre, y cada vez que sus sacudidas hacían rodar alguna al suelo, un tipo sonriente con una mugrienta chaqueta verde se agachaba junto a él y con unas tenazas la sustituía por otra de las que llenaban un puchero, alrededor del cual se había fundido la nieve formando un círculo de barro. Perrin lo conocía. Se llamaba Hari y le gustaba coleccionar orejas, que después ensartaba en un cordón de cuero. Orejas de hombres, de mujeres, de niños; a Hari eso le daba igual.

Sin pensar, Perrin se adelantó y de una patada quitó el pequeño montón de ascuas del vientre del Shaido. Algunas le saltaron a Hari, que reculó de un brinco al tiempo que soltaba un chillido de sobresalto que se volvió un aullido cuando plantó la mano en el puchero. Rodó sobre su costado sujetándose la mano quemada mientras lanzaba una mirada fulminante a Perrin; era una rata con cuerpo de hombre.

—El salvaje sólo está haciendo comedia, Aybara —dijo Masema. Perrin ni siquiera había reparado en el hombre, cuyo rostro semejaba una talla ceñuda de piedra bajo el cráneo afeitado. Sus oscuros y febriles ojos denotaban cierto desdén. El olor a locura se entremezcló con el de carne quemada—. Los conozco. Fingen sentir dolor, pero no lo sienten; no como cualquier otro hombre. Hay que estar dispuesto y preparado para herir a una piedra para conseguir que hable.

Arganda, rígido al lado de Masema, asía la empuñadura de la espada con tanta fuerza que la mano le temblaba.

—Quizá vos estéis dispuesto a perder a vuestra esposa, Aybara —dijo con voz chirriante—, ¡pero yo no perderé a mi reina!

—Había que hacerlo —intervino Aram en un tono entre suplicante y exigente. Estaba al otro lado de Masema, agarrando los bordes de su capa verde como queriendo mantener las manos lejos de la espada colgada a la espalda. El brillo de sus ojos era casi tan abrasador como el de Masema—. Vos me enseñasteis que un hombre hace lo que tiene que hacer.

Perrin se obligó a aflojar los puños. Hacer lo que había de hacer; por Faile.

Berelain y las Aes Sedai se acercaron abriéndose paso a empujones entre la multitud. La Principal encogió ligeramente la nariz al ver al hombre atado a las estacas. Por su gesto impasible, habríase dicho que las tres Aes Sedai contemplaban un trozo de madera. Edarra y Sulin estaban con ellas, en apariencia tan poco afectadas como las Aes Sedai. Algunos soldados ghealdanos miraron ceñudos a las dos Aiel y mascullaron entre dientes, Masema frunció el entrecejo, y hombres de rostros sucios lanzaron miradas furibundas tanto a las Aiel como a las Aes Sedai, pero la mayoría se apartó de los tres Guardianes, y a los que no, los empujaron sus compañeros. Algunos necios conocían los límites de la estupidez. Los abrasadores ojos de Masema asestaron una mirada fulminante a Berelain antes de que el tipo decidiera hacer como si la mujer no existiera. Algunos necios no tenían límites.

Perrin se inclinó, desató la mordaza del hombre atado a las estacas y le sacó la bola de trapos de la boca. Retiró los dedos justo a tiempo para no recibir un mordisco tan feroz como podría darlo *Recio*. De inmediato, el Aiel echó la cabeza atrás y empezó a cantar con voz profunda y clara.

Prestas las lanzas... mientras el sol suba a su cenit.
Prestas las lanzas... mientras el sol baje a su ocaso.
Prestas las lanzas... ¿Quién teme a la muerte?
Prestas las lanzas... ¡Nadie que yo conozca!

Masema se echó a reír en mitad de la canción. A Perrin se le erizó el vello de la nuca. Nunca había oído reírse a Masema. Era un sonido desagradable.

No quería perder un dedo, así que sacó el hacha de la presilla del cinturón y, con cuidado, empujó la barbilla del hombre con la parte alta de la pala para cerrarle la boca. Unos ojos del color del cielo lo miraron desde un rostro curtido por el sol en el que no se reflejaba miedo alguno. El hombre sonrió.

—No te pido que traiciones a tu pueblo —empezó Perrin. Le dolía la garganta del esfuerzo de mantener la voz tranquila—. Vosotros, los Shaido, capturasteis a unas mujeres. Sólo quiero saber cómo recobrarlas. Una se llama Faile. Es tan alta como

vuestras mujeres, con los ojos oscuros y rasgados, nariz firme y labios carnosos. Una mujer hermosa. De verla, la recordarías. ¿La has visto? —Apartó el hacha y se incorporó.

El Shaido lo miró fijamente un momento, después alzó la cabeza y se puso a cantar otra vez, sin apartar los ojos de Perrin. Era una canción alegre, con el ritmo animado de una danza.

Conocí a un hombre de un país lejano.
Tenía los ojos dorados y el cerebro atrofiado.
Me pidió que en mi mano el humo agarrara,
y dijo que podía enseñarme una tierra anegada.
Puso la cabeza en el suelo y en el aire los pies
y dijo que podía bailar tan bien como una mujer.
Dijo que hasta volverse piedra podía estar de pie.
Había desaparecido cuando parpadeé.

El Shaido echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír con ganas, como si estuviese repantigado en un colchón de plumas.

—Si... si no podéis hacerlo, entonces marchaos —pidió desesperadamente Aram —. Yo me ocuparé de ello.

Lo que tenía que hacerse. Perrin miró los rostros que había a su alrededor. Arganda lo observaba ahora con tanto odio como al Shaido. Masema, que apestaba a locura y rebosaba un odio desdeñoso. Había que estar dispuesto y preparado para herir a una piedra. Edarra, tan inescrutable su expresión como la de las Aes Sedai, cruzada tranquilamente de brazos. Hasta los Shaido sabían cómo abrazar el dolor. Llevaría días. Sulin, con la cicatriz cruzándole la piel de la mejilla curtida como cuero, la mirada impasible y su olor implacable. Se doblegarían despacio, y lo menos posible. Berelain, oliendo a enjuiciamiento, una gobernante que había sentenciado a muerte a hombres y no había perdido el sueño por ello una sola noche. Lo que había de hacerse. Dispuesto y preparado para herir a una piedra. Abrazar el dolor. Oh, Luz, Faile.

El hacha pesaba menos que una pluma cuando la levantó; el arma se descargó como un martillo sobre el yunque y la pesada hoja cortó limpiamente por la muñeca la mano izquierda del Shaido.

El hombre gimió de dolor y después se incorporó entre convulsiones al tiempo que gruñía, salpicando a propósito el rostro de Perrin con la sangre que manaba a borbotones de la muñeca.

—Curadlo —ordenó Perrin a las Aes Sedai mientras se apartaba. No hizo intención de limpiarse la cara; la sangre empezaba a impregnarle la barba. Se sentía vacío. No habría podido alzar el hacha de nuevo aunque en ello le fuera la vida.

—¿Estáis loco? —exclamó Masuri, furiosa—. ¡No podemos devolverle la mano!

—¡He dicho que lo curéis! —bramó.

Seonid ya se había puesto en movimiento, recogiéndose la falda para caminar deprisa, y se arrodilló junto a la cabeza del hombre. Éste se estaba mordiendo el muñón de la muñeca en un fútil intento de frenar la hemorragia con la presión de los dientes. Pero no había miedo en sus ojos. Ni en su olor. Ni asomo.

Seonid tomó la cabeza del Shaido entre sus manos y de repente el hombre sufrió una sacudida y sus brazos se agitaron violentamente. La hemorragia menguó al tiempo que seguía sacudiéndose y el flujo de sangre se cortó completamente antes de que se desplomara en el suelo, con el semblante ceniciento. Vacilante, levantó el brazo izquierdo para mirar la suave piel que ahora cubría el muñón. Si había cicatriz, Perrin no la vio. El hombre le enseñó los dientes. Seguía sin oler a miedo. Seonid también se tambaleó como si estuviera agotada al límite. Alharra e Ivierno dieron un paso hacia ella, pero la mujer los hizo detenerse con un ademán y se levantó por sí misma al tiempo que suspiraba profundamente.

—Me han contado que podéis aguantar días sin conseguir que digáis poco más que nada —empezó Perrin. La voz le sonaba demasiado fuerte en los oídos—. No tengo tiempo para que demostréis lo duros o lo valientes que sois. Sé que sois valientes y duros. Pero mi esposa lleva demasiado tiempo prisionera. Se os separará y se os preguntará sobre algunas mujeres. Si las habéis visto y dónde. Eso es lo único que quiero saber. No habrá ascuas ardientes ni ninguna otra cosa; sólo preguntas. Pero si alguno se niega a contestar o si vuestras respuestas difieren mucho, entonces todos perderéis algo. —Le sorprendió descubrir que, después de todo, sí podía enarbolar el hacha. La hoja del arma estaba teñida de rojo.

»Dos manos y dos pies —continuó fríamente. Luz, su voz sonaba como el hielo. Él era hielo hasta la médula—. Eso significa que tendréis cuatro oportunidades de responder a lo mismo. Y si aun así todos seguís guardando silencio, no os mataré. Encontraré un pueblo donde dejaros, algún lugar donde os permitan mendigar, donde los niños echarán una moneda a los feroces Aiel sin manos ni pies. Pensad en ello y decidid si merece la pena mantener a mi esposa alejada de mí.

Hasta Masema lo miraba de hito en hito, como si nunca hubiera visto al hombre que tenía enfrente empuñando un hacha. Cuando Perrin se volvió para marcharse, los hombres de Masema y los ghealdanos por igual se apartaron a su paso como si dejaran espacio libre a un puñado de trollocs.

En su camino se encontró con la estacada y el bosque cien pasos más allá, pero no cambió de dirección. Con el hacha en la mano siguió caminando hasta que estuvo rodeado de árboles y el olor del campamento quedó atrás. El olor a sangre lo llevaba consigo, penetrante y metálico. De eso no podía huir.

No habría sabido decir cuánto tiempo caminó a través de la nieve. Apenas si notó

los haces oblicuos de luz que hendían las sombras bajo el dosel del bosque. Notaba la sangre pringosa en la cara y en la barba. Empezaba a secarse. ¿Cuántas veces había dicho que haría cualquier cosa para recuperar a Faile? Uno hacía lo que tenía que hacer. Por Faile, lo que fuera.

De pronto, enarboló el hacha por encima de la cabeza con las dos manos y la lanzó con todas sus fuerzas. El arma fue dando vueltas en el aire hasta que se clavó en el grueso tronco de un roble con un golpe contundente.

Perrin exhaló el aire que parecía haberse quedado atascado en sus pulmones, se sentó pesadamente en una afloración rocosa ancha y alta como un banco y apoyó los codos en las rodillas.

—Puedes salir ya, Elyas —dijo, cansino—. Puedo olerte.

El otro hombre salió de entre las sombras, los ojos amarillos brillando débilmente bajo el ala ancha de su sombrero. Comparados con él, los Aiel era ruidosos. Ajustándose el largo cuchillo del cinturón, se sentó en la piedra, al lado de Perrin, pero durante un rato se limitó a pasarse los dedos por la barba canosa que se extendía sobre su pecho. Señaló con la cabeza el hacha hincada en el roble.

—Una vez te dije que la conservaras hasta que empezara a gustarte demasiado utilizarla. ¿Has empezado ya? ¿En el campamento?

—¡No! —Perrin sacudió la cabeza—. ¡Eso no! Pero...

—Pero ¿qué, muchacho? Creo que casi has asustado a Masema. Sólo que tú también hueles a asustado.

—Ya iba siendo hora de que ese hombre se asustara de algo —rezongó Perrin mientras se encogía de hombros, incómodo. Era muy difícil decir algunas cosas en voz alta. Quizá también iba siendo hora de hablar de ello—. El hacha. No lo sentí la primera vez; sólo al rememorarlo. Eso fue cuando conocí a Gaul y los Capas Blancas intentaron matarnos. Después, luchando con los trollocs en Dos Ríos, no estuve seguro. Pero luego, en los pozos de Dumai, sí. Tengo miedo en la batalla, Elyas, siento miedo y tristeza porque quizá no vuelva a ver a Faile. —El corazón se le encogió en el pecho hasta dolerle. Faile—. Sólo que... He oído a Grady y a Neald comentar lo que les pasa a ellos cuando asen el Poder. Dicen que se sienten más vivos. Yo tengo la boca seca de miedo en una batalla, pero me siento más vivo que nunca salvo cuanto tengo a Faile en mis brazos. No creo que pudiera soportarlo si llegara a sentirme de ese modo con lo que acabo de hacer allí. No creo que Faile me aceptara si llegara a eso.

Elyas resopló.

—Me parece que ese rasgo no está en ti, muchacho. Escúchame, el peligro se manifiesta de formas distintas en hombres distintos. Algunos actúan con la fría precisión de un mecanismo de relojería, pero tú nunca me has parecido de esa clase. Cuando el corazón empieza a latir con fuerza, se te calienta la sangre. Es lógico que

también se agudicen tus sentidos. Te pones alerta. Quizá mueras dentro de cinco minutos o quizá dentro de un segundo, pero ahora no estás muerto, y eso lo sabes desde la punta del pelo hasta las uñas de los pies. Así son las cosas. No quiere decir que te guste.

—Me gustaría creer eso —repuso simplemente Perrin.

—Vive tantos años como yo y lo creerás —repuso Elyas con un tono seco—. Hasta entonces, piensa que he vivido más que tú y que he estado allí antes que tú.

Los dos hombres se quedaron sentados mirando el hacha. Perrin quería creer. Ahora la sangre en la hoja del hacha parecía negra. Nunca le había parecido tan negra la sangre. ¿Cuánto tiempo había pasado? Por el ángulo de los haces de luz que se colaban entre los árboles, el sol estaba bajando.

Sus oídos captaron el crujido de la nieve bajo unos cascos que se acercaban lentamente en su dirección. Al cabo de unos minutos aparecieron Neald y Aram; el otrora gitano señalaba las huellas y el Asha'man sacudía la cabeza con impaciencia. Era un rastro claro, pero a decir verdad Perrin no habría apostado a que Neald hubiera sido capaz de seguirlo. Era un hombre de ciudad.

—Arganda pensó que debíamos esperar hasta que se os pasara el arrebato de cólera —dijo Neald, apoyado en la silla y estudiando a Perrin—. A mí me parece que más tranquilo no podéis estar. —Asintió, denotando un atisbo de satisfacción en el gesto de la boca. Estaba acostumbrado a que la gente le tuviera miedo por su chaqueta negra y por lo que ésta representaba.

—Hablaron —continuó Aram—, y todos dieron las mismas respuestas. —Su ceño traslucía que no le habían gustado—. Creo que la amenaza de dejarlos para que mendigaran los asustó más que vuestra hacha. Pero afirmaron que nunca habían visto a lady Faile. O a ninguna de las otras. Podríamos probar con las ascuas otra vez. Quizás eso los haga recordar.

¿Su tono era de ansiedad? ¿Por encontrar a Faile o por utilizar las ascuas? Elyas torció el gesto.

—Os darán las respuestas que vosotros mismos les habéis proporcionado al preguntarles. Os dirán lo que queráis oír. De todos modos, era una posibilidad remota. Hay millares de Shaido y millares de prisioneros. Uno podría vivir toda su vida entre tanta gente y sólo conocer a unos centenares de los que acordarse.

—Entonces tenemos que matarlos —manifestó sombríamente Aram—. Sulin dice que las Doncellas tuvieron cuidado de prenderlos cuando no estaban armados, para poder interrogarlos. No se los puede hacer *gai'shain*. Con que uno de ellos escape, informará a los Shaido que estamos aquí. Entonces nos atacarán.

Perrin sentía las articulaciones como si las tuviera oxidadas, y le dolieron al levantarse. No podía dejar que los Shaido se marcharan sin más.

—Se los puede vigilar, Aram. —La precipitación casi le había hecho perder a

Faile para siempre. Precipitación. Qué palabra tan inofensiva para referirse a cortarle la mano a un hombre. Y todo en balde. Él siempre había procurado pensar despacio y actuar despacio. Ahora tenía que pensar, pero cada idea le hacía daño. Faile estaba perdida en un mar de prisioneros vestidos de blanco—. Quizás otros *gai'shain* sabrían dónde está —murmuró mientras se daba media vuelta para regresar al campamento. Pero ¿cómo echarle mano a cualquiera de los *gai'shain* Shaido? Nunca les permitían salir del campamento excepto con una guardia.

—¿Qué pasa con eso, chico? —preguntó Elyas.

Perrin supo lo que quería decir sin necesidad de mirar. El hacha.

—Que se quede ahí para el primero que la encuentre. —Su voz sonó áspera—. Quizás algún juglar necio se invente una historia sobre ella. —Echó a andar hacia el campamento sin mirar atrás. Con la presilla vacía, el ancho cinturón parecía demasiado ligero. Todo en balde.

Tres días después los carros regresaron de So Habor cargados hasta los topes, y Balwer entró en la tienda de Perrin con un hombre alto y sin afeitar que llevaba una chaqueta de paño sucio y una espada que parecía estar mucho más cuidada. Al principio Perrin no lo reconoció con la barba de un mes. Entonces captó el olor del hombre.

—No esperaba volver a verte —dijo.

Balwer parpadeó, que era tanto como dar un respingo de sobresalto en cualquier otra persona. Sin duda el hombrecillo deseaba darle una sorpresa.

—He estado buscando a... a Maighdin —contestó secamente Tallanvor—, pero los Shaido se movían más rápido que yo. Maese Balwer dice que sabéis dónde está.

Balwer asestó al hombre más joven una mirada penetrante, pero cuando habló su voz sonó tan seca e impasible como su olor.

—Maese Tallanvor llegó a So Habor justo antes de que me marchara, milord. Fue pura casualidad que nos encontráramos. Pero tal vez fue una casualidad afortunada. Quizá tenga unos aliados para vos. Dejaré que os lo explique él.

Tallanvor miró sus botas con el entrecejo fruncido y no dijo nada.

—¿Aliados? —repitió Perrin—. Cualquier cosa que no sea un ejército servirá de poco, pero aceptaré cualquier ayuda que puedas prestarme.

Tallanvor miró a Balwer, que respondió con una leve reverencia y una sonrisa animosa. El hombre sin afeitar inhaló profundamente.

—Quince mil seanchan, bastante cerca. En realidad, la mayoría son taraboneses, pero cabalgan bajo estandartes seanchan. Y... Y tienen al menos una docena de *damane*. —Habló con más rapidez, como impulsado por la urgencia, por una necesidad de terminar antes de que Perrin lo interrumpiera—. Sé que es como aceptar ayuda del Oscuro, pero ellos también persiguen a los Shaido y yo aceptaría hasta la ayuda del Oscuro para liberar a Maighdin.

Perrin miró a los dos hombres unos segundos; Tallanvor se toqueteaba el cinturón de la espada con nerviosismo, en tanto que Balwer semejaba un gorrión esperando ver en qué dirección saltaría un grillo. Seanchan. Y *damane*. Sí, eso sería como aceptar ayuda del Oscuro.

—Siéntate y háblame de esos seanchan —dijo.

28. Un ramillete de capullos de rosa

Desde el día en que habían salido de Ebou Dar, viajar con el Gran Espectáculo Ambulante y Magnífica Exhibición de Maravillas y Portentos de Valan Luca resultó tan absolutamente desagradable como Mat se había figurado en sus momentos más sombríos. Para empezar, llovió casi a diario durante varias horas, y en una ocasión durante tres días seguidos sin parar, chaparrones de fría lluvia invernal, casi aguanieve, y lloviznas heladas que calaban la chaqueta poco a poco y antes de que uno se diera cuenta estaba tiritando. El agua corría por la calzada de tierra apisonada como si estuviera pavimentada, dejando una fina capa de barro resbaladizo en el peor de los casos, pero la larga hilera de carretas, caballos y gente tampoco recorría mucha distancia cuando el sol brillaba. Al principio, la gente del espectáculo se había mostrado muy ansiosa de abandonar la ciudad donde los rayos hundían barcos por la noche y los extraños asesinatos hacían que todo el mundo echara ojeadas a su espalda, de alejarse de un noble seanchan celoso que estaría persiguiendo encorajinado a su esposa y que podría descargar su ira en cualquiera relacionado con hacerla desaparecer arrancándola de sus garras. Al principio habían seguido adelante tan deprisa como los caballos podían tirar de las carretas, azuzando a los animales para que apresuraran el paso, para dejar atrás otro kilómetro más. Pero cada kilómetro recorrido los hacía sentirse mucho más lejos del peligro, mucho más a salvo, y llegada la primera tarde de viaje...

—Hay que cuidar a los caballos —explicó Luca, que miraba el tiro desatado de su carromato de color chillón y que los mozos se llevaban bajo la ligera llovizna hacia las hileras de animales estacados. El sol había descendido poco más de la mitad del arco hacia poniente, pero en las tiendas ya salían zarcillos grises por los agujeros de humo y por las chimeneas metálicas de las casas carromato—. Nadie nos sigue, y hay un largo camino hasta Lugard. Es difícil conseguir buenos caballos, y caro. —Luca frunció el ceño y sacudió la cabeza. Hablar de gastos le avinagraba el gesto siempre. Escatimaba hasta el último céntimo salvo en lo concerniente a su esposa—. No hay muchos sitios entre aquí y allí en los que merezca la pena pararse más de un día. La mayoría de los pueblos no aportarían una entrada pasable ni aunque acudiera la población en pleno, y nunca se sabe cómo responderá la gente de una ciudad hasta que el espectáculo está montado. Sin embargo, no me pagas lo suficiente para que renuncie a lo que puedo ganar. —Se ciñó más la capa carmesí bordada para protegerse de la humedad y echó una ojeada a su carreta por encima del hombro. El aire traía un olor a algo agrio a través de la llovizna. Mat dudaba que le apeteciera comer nada de lo que preparaba la mujer de Luca—. Estás seguro de que nadie nos sigue, ¿verdad, Cauthon?

Mat se caló más el gorro de lana con gesto irritado y se alejó entre las tiendas y

los carromatos multicolores rechinando los dientes. ¿Que no le pagaba suficiente? Por la cantidad ofrecida, Luca tendría que haber estado dispuesto a llevar a galope a sus animales todo el camino hasta Lugard. Bueno, no exactamente a galope —tampoco quería reventar a los caballos—, pero ese vanidoso pisaverde sí habría tenido que marcar un ritmo rápido.

A poca distancia del carromato de Luca, Chel Vanin estaba sentado en una banqueta de tres patas que su cuerpo desbordaba y removía una especie de oscuro guiso en un cazo colgado sobre una lumbre pequeña. La lluvia resbalaba de la ancha ala de su sombrero y goteaba dentro del cazo, pero el grueso hombre no parecía darse cuenta o es que no le importaba, Gorderan y Fergin, dos de los Brazos Rojos, mascullaban maldiciones mientras clavaban estacas en el suelo embarrado para tensar los vientos de la tienda de sucia lona que compartían con Harnan y Metwyn. Y también con Vanin, pero éste poseía habilidades que a su modo de entender lo situaban por encima de tareas como montar tiendas y los Brazos Rojos estuvieron de acuerdo sin apenas reticencia. Vanin era un gran entendido en el cuidado de los caballos, el mejor rastreador y el mejor cuatrero del lugar por inverosímil que pudiera parecer al verlo, y eso valía para cualquier país que se le viniera a uno a la cabeza.

Fergin vio a Mat y se tragó un juramento cuando el martillo se descargó en su dedo gordo, en lugar de dar en la estaca de la tienda. Soltó el martillo, se metió el dedo en la boca y se quedó en cuclillas emitiendo protestas sin dejar de chupárselo.

—Vamos a tener que estar al raso toda la noche con esta lluvia para vigilar a esas mujeres, milord. ¿No podríais contratar a alguno de esos mozos para que hicieran este trabajo y así al menos no nos mojaríamos hasta que no hubiera más remedio?

Gorderan golpeó a Fergin en el hombro con un grueso dedo. Era tan ancho como delgado Fergin, y teariano a pesar de sus ojos grises.

—Los mozos montarán la tienda y robarán todo lo que haya en ella que no esté clavado. —Otro golpe del dedo—. ¿Es que quieres que uno de esos amigos de lo ajeno se lleve mi ballesta o mi silla de montar? Es una buena silla.

Fergin se puso ceñudo y rezongó, pero recogió el martillo y limpió el barro en su chaqueta. Era un buen soldado, pero no muy listo.

Vanin escupió por el hueco que tenía en la dentadura y faltó poco para que acertara a dar en el cazo. El guiso olía estupendamente después de lo que quiera que Latelle estuviera cocinando, pero Mat decidió que tampoco comería allí. Dando golpecitos con la cuchara en el borde del cazo para limpiarla, el hombre grueso alzó su cara redonda y miró a Mat entre los hinchados párpados, que a menudo le hacían parecer medio dormido, pero sólo un necio se dejaría engañar por eso.

—A este paso, llegaremos a Lugard casi a finales de verano. Si es que llegamos.

—Llegaremos, Vanin —dijo Mat con más seguridad de la que sentía en ese momento. La tosca chaqueta de paño que se había puesto seca hacía unas pocas horas

estaba calada en algunos sitios y el agua le resbalaba por la espalda. Resultaba difícil sentirse seguro cuando la lluvia helada le resbalaba a uno por la columna vertebral—. El invierno casi ha terminado. Avanzaremos más deprisa cuando llegue la primavera. Ya verás. Estaremos en Lugard a mediados de primavera.

Tampoco estaba muy seguro de eso. El primer día sólo recorrieron dos leguas y después de eso, si hacían dos y media, era todo un logro. No había muchas poblaciones que pudieran llamarse ciudades a lo largo de la Gran Calzada del Norte, la cual empezó a cambiar de nombre con rapidez a medida que el espectáculo avanzaba en esa dirección. La gente la llamaba «la calzada de Ebou Dar» o «la calzada del Transbordador» o a veces simplemente «la calzada», como si sólo existiera una. Pero Luca se paraba en todas las ciudades —lo fueran realmente o sólo tuvieran de ello el nombre—, poblaciones amuralladas o puebluchos con ínfulas de seis calles y una pobre imitación de plaza toscamente pavimentada. Se tardaba casi medio día en montar el espectáculo y levantar el muro de lona que lo rodeaba, con aquella enorme banderola de grandes letras rojas y azules colgada sobre la entrada: el Gran Espectáculo Ambulante de Valan Luca. Luca era incapaz de pasar por alto la oportunidad de conseguir un auditorio numeroso. O el dinero de sus bolsillos. O la ocasión de lucir ante aquél una de sus capas de color rojo intenso y deleitarse con la adulación. Le gustaba eso casi tanto como el dinero. Casi.

La rareza de los artistas y de los animales enjaulados procedentes de tierras lejanas bastaba para atraer a la gente. En realidad, con los animales de tierras no tan lejanas era suficiente; pocos se habían alejado de sus campos tanto como para ver a un oso, cuanto menos a un león. Sólo los aguaceros hacían menguar al público y cuando llovía fuerte los malabaristas y los acróbatas se negaban a actuar sin tener algún tipo de protección sobre sus cabezas. Lo cual hacía que Luca fuera de aquí para allí, a ratos sumido en un silencio sombrío y a ratos hablando como un loco sobre encontrar suficientes lonas impermeabilizadas para proteger cada número o sobre conseguir una tienda confeccionada lo bastante grande para que cupiera todo el espectáculo. ¡Una tienda! Sus pretensiones eran, cuando menos, grandiosas. ¿Y por qué no un palacio sobre ruedas, ya puestos?

Sin embargo, si Luca y la lentitud con que avanzaba el espectáculo hubiese sido todo lo que le causaba preocupaciones, Mat habría sido un hombre feliz. A veces, dos o tres lentas caravanas de colonos seanchan que se habían puesto en marcha más pronto pasaban con sus extrañas carretas picudas y su ganado, o sus ovejas o sus cabras de extraño aspecto antes de que el primer carromato del espectáculo se hubiera puesto en marcha. A veces columnas de soldados seanchan los pasaban marchando al paso, filas de hombres con yelmos semejantes a cabezas de insectos y de jinetes con sus armaduras de placas imbricadas pintadas a rayas. En una ocasión, los jinetes montaban torm, unas criaturas con escamas broncíneas semejantes a felinos del

tamaño de un caballo. Salvo porque tenían tres ojos, claro. Unos veinte, más o menos, de esos animales avanzando en un trote sinuoso más rápido que el de un caballo. Ni jinetes ni monturas mostraron interés por el espectáculo, pero los caballos del espectáculo se pusieron como locos cuando los torm pasaron, relinchando y encabritándose entre los arneses. Los leones, leopardos y osos rugieron en sus jaulas y los peculiares venados se lanzaron contra las barras en un fútil intento de escapar. Costó horas tranquilizarlos a todos lo suficiente para que los carromatos se pusieran de nuevo en movimiento, y Luca insistió en que antes se atendieran los rasponazos de los animales enjaulados. Los animales eran una gran inversión. En dos ocasiones, oficiales con yelmos de largas y finas plumas decidieron comprobar la cédula de exención de los caballos de Luca; a Mat le entró un sudor frío, y transpiró gotas grandes como uvas hasta que se marcharon satisfechos. Conforme el espectáculo avanzaba hacia el norte, el número de seanchan en la calzada menguaba, pero Mat todavía sudaba cuando veía otro grupo, ya fuera de soldados o de colonos. Puede que fuera verdad que Suroth guardaba en secreto la desaparición de Tuon, pero los seanchan la estarían buscando. El desastre podía llegar sólo con que a un oficial entrometido le diera por cotejar el número reflejado en la cédula con el número de caballos. Tras eso, peinaría los carromatos, sin lugar a dudas. O que una oficiosa *sul'dam* pensara que podría haber una mujer encauzadora entre los juglares, los volatineros y los contorsionistas. ¡Entonces sudaba gotas como ciruelas! Por desgracia, no todo el mundo tenía el aprecio debido a su propio pellejo.

A las afueras de un pueblucho llamado Weesin, un puñado de casas con tejados de bálago donde ni siquiera Luca creyó que podrían sacarse dos cobres, Mat se protegía de la persistente lluvia con una gruesa capa de paño cuando vio a las tres Aes Sedai entrar a hurtadillas en el recinto del espectáculo con la puesta de sol. Los truenos retumbaban a lo lejos. Iban cubiertas con capas oscuras y las capuchas bien caladas, pero a Mat no le cupo duda de quiénes eran. En medio del aguacero, pasaron a diez pasos de él sin reparar en su presencia, pero el medallón de plata que llevaba bajo la camisa se puso frío en contacto con su piel. Al menos una de ellas estaba encauzando o abrazando el Poder. Que lo asparan si no estaban más locas que cabras.

Tan pronto como las Aes Sedai desaparecieron entre los carromatos y las tiendas, otras tres figuras embozadas surgieron presurosas en pos de ellas. Una de esas mujeres tenía mejor vista; levantó una mano para señalar hacia él, pero las otras sólo se pararon un momento y después corrieron presurosas tras las Aes Sedai. Mat estuvo a punto de soltar una maldición, pero se contuvo. Estaba por encima de eso. Si enumerara a las personas que no querría ver deambulando por ahí, donde una patrulla seanchan podría verlas, las Aes Sedai y las *sul'dam* estarían casi a la par con Tuon y Selucia.

—Me pregunto qué querrán —dijo Noal a su espalda, y Mat pegó un brinco que

hizo que un torrente de lluvia le entrara por la capucha y se deslizara por su cuello. Ojalá el huesudo viejo dejara de acercarse sigilosamente a él.

—Es lo que me propongo averiguar —rezongó mientras se ponía derecha la capa. No sabía por qué se molestaba. Tenía la chaqueta sólo un poco húmeda, pero la camisa de lino estaba empapada.

Cosa curiosa, Noal había dejado de seguirlo cuando llegó a la carreta de rayas grises con la capa de pintura blanca corrida donde las Aes Sedai y las *sul'dam* dormían. Al viejo le gustaba meter la nariz en todo. Quizás había decidido que se había mojado bastante. Blaeric y Fen se encontraban envueltos ya en sus mantas debajo de la carreta, aparentemente ajenos a la lluvia y al barro, pero Mat no habría apostado a que cualquiera de los dos estuviera dormido. De hecho, uno se sentó cuando Mat subió los escalones de la carreta. Fuera cual fuera, no dijo nada, pero Mat pudo sentir los ojos del hombre clavados en él. Aun así no vaciló, y tampoco se molestó en llamar.

El interior estaba abarrotado con las seis mujeres de pie, que todavía sostenían en las manos las empapadas capas. Dos lámparas montadas en unos balancines de las paredes proporcionaban buena luz, más de la que él hubiera querido, en cualquier caso. Seis rostros se volvieron veloces hacia él con aquellas gélidas expresiones que las mujeres asestaban a un hombre cuando metía la pata. El aire de la carreta olía a lana mojada y como si acabara de caer un rayo; o pudiera descargarse en cualquier momento. La lluvia repicaba en el techo, y el trueno retumbó, pero la cabeza de zorro no transmitía más frialdad que cualquier otra pieza de plata. A lo mejor Blaeric y Fen lo habían dejado pasar creyendo que le arrancarían la cabeza. O quizá sólo querían no correr el riesgo de que les arrancaran las suyas. Claro que un Guardián estaba dispuesto a morir si su Aes Sedai decidía que era necesario. Mat Cauthon no. Cerró la puerta con la cadera. Ya no le daba pinchazos. Bueno, muy rara vez.

Al increparlas por haber salido, Edesina se sacudió el negro cabello, que se derramó sobre su espalda, y dijo ferozmente:

—Maese Cauthon, os estoy agradecida por rescatarme de los seanchan y os mostraré mi gratitud, pero hay límites. No soy vuestra sirvienta para que podáis darme órdenes. No había seanchan en el pueblo y mantuvimos ocultas las caras. No hacía falta que enviaseis a... vuestros sabuesos tras nosotras. —La mirada que asestó a las tres seanchan habría podido freír huevos. Edesina había dejado de ponerse nerviosa ante cualquiera con acento seanchan. Quería desquitarse, y las *sul'dam* estaban a mano. Mat confiaba en el legendario autocontrol Aes Sedai para que la situación no desembocara en violencia. Esperaba que no hubiera llegado demasiado lejos ya para que aguantara así. Los viejos recuerdos evocaban Aes Sedai estallando como almacenes de Iluminadores.

El oscuro rostro de Bethamin no denotaba señal alguna de alarma. Había acabado

de sacudir su capa y la colgaba en una percha mientras Edesina hablaba, tras lo cual se alisó el vestido a la altura de las caderas. Esa noche llevaba debajo unas enaguas de un tono verde desvaído. Protestaba que las ropas ebudarianas eran indecentes y se suponía que Mat tendría que encontrarle otro tipo de vestido ahora que se hallaban lejos de la costa, pero a decir verdad la mujer llenaba muy bien aquel escote estrecho y muy bajo. Sin embargo, se expresaba de un modo demasiado maternal, para su gusto.

—Es cierto que mantuvieron ocultas las caras, milord —dijo con el acento peculiar que parecía arrastrar las palabras—, y no se separaron. Ninguna intentó escabullirse. Se portaron muy bien. —Como una madre elogiando a sus hijas. O tal vez como una entrenadora de perros elogiando a los animales. La rubia Seta asintió con aire aprobador. Como una entrenadora de perros, definitivamente.

—Si milord quiere mantenerlas confinadas, siempre podemos utilizar el *a'dam* —abundó Renna con exagerada efusión—. Realmente no se las debería dejar sueltas.

Incluso le hizo una reverencia, al estilo seanchan, inclinándose por la cintura en un ángulo recto. Sus grandes ojos castaños tenían una expresión esperanzada. Teslyn dio un respingo y apretó la mojada capa contra su pecho. Desde luego ella no había superado el miedo a las *sul'dam* por mucho que su expresión fuera la de alguien capaz de masticar clavos. Joline, altiva como siempre, se puso muy tiesa y sus ojos centellearon. Por mucha calma Aes Sedai, cuando sus ojos centelleaban podían descargarse rayos. Eso solía ocurrir a menudo con las mujeres guapas.

—No —repuso con premura Mat—. No hace falta llegar a eso. Me vais a dar esos cacharros y me desharé de ellos. —Luz, ¿por qué había tenido que cargar con esas mujeres? Lo que entonces pareció una buena idea, tenía la apariencia de una solemne estupidez a posteriori—. Lo que debéis hacer todas es tener cuidado. Aún estamos a poco más de cincuenta kilómetros de Ebou Dar y las calzadas están llenas de puñeteros seanchan. —Dirigió una mirada de disculpa a las tres *sul'dam*. Después de todo, estaban de su parte. En cierto modo. No tenían adónde ir, excepto con Egeanin, y se habían dado cuenta de quién manejaba el dinero. Las cejas de Bethamin se enarcaron por la sorpresa. Las nobles seanchan no se disculpaban, ni siquiera con una mirada.

—Los soldados seanchan pasaron por el pueblo ayer —comentó Teslyn, cuyo acento illiano sonó muy marcado. Los centelleantes ojos de Joline se desviaron hacia ella, pero Teslyn no se dio por enterada y se volvió para colgar su capa—. Hicieron preguntas sobre forasteros en la calzada. Y algunos protestaron porque los hubiesen enviado al norte. —Miró hacia atrás a las *sul'dam* y después retiró rápidamente la vista y respiró hondo—. Al parecer el Retorno está encarrilado hacia el este. Los soldados creen que el Ejército Invencible hará entrega de Illian a su emperatriz antes de que acabe la primavera. La propia Ciudad y el resto del país. —Se suponía que las

Aes Sedai renunciaban a su país de nacimiento cuando entraban en la Torre Blanca, pero para un illiano la ciudad de Illian era «la Ciudad», y uno sabía que se refería a la capital.

—Eso está bien —dijo Mat pensativo, casi hablando para sí mismo. Los soldados siempre le daban a la lengua más de la cuenta y ésa era una de las razones por las que uno no revelaba sus planes a las tropas hasta el último momento. Las finas cejas de Teslyn se arquearon, y Mat añadió—: Significa que la calzada a Lugard estará despejada la mayor parte del camino. —El gesto de asentimiento de Teslyn fue brusco y no muy complacido. Con frecuencia, lo que se suponía que tenían que hacer las Aes Sedai distaba mucho de lo que hacían realmente.

—No hablamos con nadie, milord, nos limitamos a vigilar a las chicas —abundó Bethamin, arrastrando las palabras más que nunca, y los seanchan generalmente hablaban como miel vertiéndose en una tormenta de nieve. Saltaba a la vista que llevaba la voz cantante entre las tres *sul'dam*, pero miró a las otras antes de proseguir —. En las dependencias de las *sul'dam* en Ebou Dar sólo se hablaba de Illian. Una nación rica y una ciudad rica donde muchos ganarían nuevos nombres. Y fortuna. —Lo último lo dijo como si el dinero no tuviera importancia comparado con obtener un nuevo nombre—. Tendríamos que haber caído en la cuenta de que querríais saber sobre esas cosas. —Otro profundo suspiro casi hizo que se saliera por el escote—. Si tenéis alguna pregunta, milord, os diremos lo que sepamos.

Renna le hizo otra reverencia con expresión anhelante.

—También podríamos escuchar en las ciudades y los pueblos donde paramos, milord —saltó Seta—. Puede que las chicas no, pero nosotras somos de fiar.

Vaya, cuando una mujer se ofrecía a ayudarte, ¿empezaba siempre por meterte en una olla de agua caliente y echar bien de leña al fuego? El rostro de Joline se volvió una desdeñosa máscara de hielo. Las seanchan no merecían su atención; eso lo dejó claro con una simple ojeada. Y fue el tonto de Mat Cauthon el que recibió una mirada heladora. Edesina apretó los labios y sus ojos se clavaron como taladros en él y en las *sul'dam*. Hasta Teslyn se las arregló para denotar indignación. También estaba agradecida por el rescate, pero era Aes Sedai. Y su gesto ceñudo se lo dirigió a él. Mat sospechaba que la mujer se pondría a saltar como una rana asustada si una de las *sul'dam* diera una palmada.

—Lo que quiero —explicó con paciencia— es que todas os quedéis en la carreta. —Con las mujeres había que ser paciente, incluidas las Aes Sedai. Eso lo estaba aprendiendo condenadamente bien—. Al menor rumor de que en este espectáculo hay una Aes Sedai, estaremos hasta el cuello de seanchan buscándola. Y que haya mujeres seanchan tampoco nos hará ningún bien. En uno u otro caso, alguien vendrá a husmear qué hay detrás de ello antes o después, y todos nos encontraremos metidos en un berenjenal. No os exhibáis. Debéis ser discretas hasta estar más cerca de

Lugard. No es mucho pedir, ¿verdad? —Un rayo alumbró el habitáculo y el trueno retumbó en lo alto, tan cerca que el carromato tembló.

Por lo visto, a medida que pasaban los días comprobó que era mucho pedir. Oh, sí, las Aes Sedai mantenían bien caladas las capuchas cuando salían —la lluvia les daba una buena excusa para hacerlo; la lluvia y el frío—, pero una u otra viajaban en el asiento del carromato las más de las veces y no hacían ningún esfuerzo para hacerse pasar por criadas ante la gente del espectáculo. No es que dijeran quiénes eran, claro, ni daban órdenes a nadie ni hablaban con nadie aparte de entre ellas, pero ¿qué criada esperaba que la gente se apartara para dejarle paso? También iban a los pueblos y a veces a las ciudades si estaban seguras de que no había seanchan. Cuando una Aes Sedai estaba segura de algo, no había vuelta de hoja. En dos ocasiones regresaron a toda prisa cuando se encontraron con una ciudad medio llena de colonos seanchan en su camino hacia el norte. Le contaban lo que descubrían en sus visitas. Eso pensaba él. Teslyn parecía realmente agradecida; al estilo Aes Sedai, se entiende. Y Edesina. A su manera.

A pesar de sus diferencias, Joline, Teslyn y Edesina formaban una piña como ocas en bandada. Si uno veía a una, veía a las tres. Seguramente era porque uno se las encontraba cuando daban un paseo, todas perfectamente embozadas en sus capas, y al cabo de un minuto aparecían Bethamin, Renna y Seta pisándoles los talones. Oh, sí, como si la cosa no fuera con ellas, por supuesto, pero sin perder de vista a «las chicas». Bandadas de ocas. Hasta un ciego vería que había tensión entre los dos grupos de mujeres. Y también vería que ninguna de ellas era una criada. Las *sul'dam* habían tenido posiciones respetadas, de autoridad, y actuaban casi con tanta arrogancia como las Aes Sedai. Sin embargo, él se mantenía fiel a la historia contada.

Bethamin y las otras dos se mostraban tan recelosas de otros seanchan como las propias Aes Sedai, pero también las seguían a éstas cuando iban a un pueblo o a una ciudad, y Bethamin siempre informaba de los fragmentos de conversaciones que pillaba, mientras Renna exhibía una obsequiosa sonrisa y Seta intervenía para indicar que a «las chicas» se les había pasado por alto esto o aquello, o que afirmaban que no lo habían oído; nunca se podía estar segura con alguien que tenía la audacia de llamarse a sí misma Aes Sedai; quizá Mat debería reconsiderar lo de atarlas a la correa, sólo hasta que no hubiera peligro.

Sus historias no diferían apenas de las que le contaban las hermanas. Chismes de lugareños sobre lo que habían escuchado por casualidad a los seanchan que iban de paso. Muchos de los colonos estaban nerviosos, con la cabeza llena de historias sobre salvajes Aiel que saqueaban y arrasaban Altara de parte a parte, aunque todos los lugareños decían que era en algún lugar más al norte. Sin embargo, al parecer alguien de rango más alto pensaba igual, porque a muchos colonos se los había desviado hacia el este, en dirección a Illian. Se había pactado una alianza con alguien poderoso

que, al parecer, daría acceso a la Augusta Señora Suroth a muchos países. Las mujeres se negaban a dejarse convencer de que no era necesario que se enteraran de los rumores que corrían. Tampoco llegaron a entregar los *a'dam*. A decir verdad, esas cadenas plateadas y las tres *sul'dam* eran la única palanca que tenía Mat para presionar a las Aes Sedai. Gratitud. ¡De una Aes Sedai! ¡Ja! Tampoco había pensado realmente volver a poner esos collares a las hermanas. Bueno, no muy a menudo. Estaba bien pillado. Vaya que sí.

Era verdad que no necesitaba la información que le pasaban las *sul'dam* y las Aes Sedai. Tenía mejores fuentes, gente en la que confiaba. Bueno, confiaba en Thom, cuando conseguía apartar al juglar de cabello blanco de jugar a Serpientes y Zorros con Olver o de estar ensimismado en una carta muy arrugada que llevaba metida en la pechera de la chaqueta. Thom podía entrar en una sala común, contar una historia, quizás hacer unos malabarismos, y salir del lugar sabiendo lo que guardaba la cabeza de cada hombre que había allí. Mat confiaba también en Juilin —lo hacía casi tan bien como Thom, sin malabarismos ni relatos—, pero Juilin insistía siempre en llevarse a Thera, recatadamente asida a su brazo, cuando entraban en la ciudad. Según él, era para que Thera se acostumbrara a la libertad. Ella le sonreía, con aquellos enormes ojos relucientes y esa boquita carnosa que parecía pedir ser besada. Tal vez fuera cierto que había sido la Panarch de Tarabon, como afirmaban Juilin y Thom, pero Mat empezaba a dudarlo. Había oído a algunos de los contorsionistas bromear sobre cómo la criada tarabonesa estaba dejando agotado al husmeador teariano hasta el punto de que casi no tenía fuerzas para caminar. No obstante, Panarch o criada, Thera todavía hacía ademán de arrodillarse en cuanto escuchaba un acento que arrastraba las palabras. Mat suponía que cualquier seanchan que le preguntara le sacaría todo lo que sabía, empezando por Juilin Sandar y acabando con cuál era el carromato donde se hallaban las Aes Sedai, y todas respuestas ofrecidas mientras estaba postrada de rodillas. En este juego, Thera era un peligro mayor que las Aes Sedai y las *sul'dam* juntas. Pero Juilin se encrespaba ante la menor insinuación de que su pareja no era muy de fiar y agitaba la vara de bambú como si se estuviera planteando rompérsela a Mat en la cabeza. No tenía solución, pero Mat encontró un recurso provisional, un modo de tener una pequeña advertencia si ocurría lo peor.

—Pues claro que puedo seguirlos —dijo Noal con una sonrisa que dejaba a la vista la mella en su dentadura y que indicaba que hacerlo sería un juego de niños. Posando un dedo nudoso sobre la nariz torcida, metió la otra mano en el interior de la chaqueta, donde guardaba los cuchillos—. ¿Estás seguro de que no es mejor asegurarse de que esa mujer no pueda hablar con nadie? Sólo es una sugerencia, muchacho. Si dices que no, entonces es que no.

Mat puso el mayor énfasis al decir «no». Había matado a una mujer y había

dejado a otra para que la hicieran picadillo. No pensaba añadir una tercera a su conciencia.

—Parece ser que Suroth ha hecho una alianza con algún rey —informó Juilin con una sonrisa mientras se llevaba a los labios una copa de vino con especias. Al menos parecía que Thera lo hacía sonreír más. La mujer estaba acurrucada junto a la banqueta de Juilin en la abarrotada tienda que compartían, con la cabeza apoyada en el regazo del husmeador, que le acariciaba suavemente el cabello con la otra mano—. Por lo menos se habla bastante de un poderoso aliado nuevo. Y esos colonos están muertos de miedo por los Aiel.

—Al parecer, a la mayoría de los colonos se los ha desviado al este —informó Thom, que contemplaba tristemente su copa. Del mismo modo que a Juilin se lo veía más feliz cada día, él parecía cada vez más triste. Noal se encontraba fuera, proyectando su sombra sobre Juilin y Thera, mientras que Lopin y Nerim, los dos criados cairhieninos, sentados de piernas cruzadas en la parte trasera de la tienda, habían sacado sus cestos de costura, y examinaban las buenas chaquetas que Mat se ponía en Ebou Dar por si les hacía falta algún arreglo, de modo que la pequeña tienda seguía estando atestada—. Y muchos soldados también —continuó Thom—. Todo indica que van a caer sobre Illian como un martillo.

Bien, al menos sabía que estaba oyendo la pura verdad viniendo de ellos. Nada de palabras vagas Aes Sedai con varias interpretaciones ni *sul'dam* intentando ganarse su favor con adulaciones. Bethamin y Seta habían aprendido incluso a hacer reverencias. De algún modo, se sentía más a gusto con Renna, que se doblaba por la cintura. Parecía un gesto sincero. Extraño, pero sincero.

En lo concerniente a él, ya fuera ciudad o pueblo, Mat sólo echaba una rápida ojeada, con el cuello de la chaqueta levantado y el gorro bien calado, antes de encaminarse de vuelta al recinto del espectáculo. Rara vez se ponía capa. Una capa podía dificultar el acceso a los cuchillos que llevaba guardados por todo el cuerpo. Tampoco es que esperara necesitarlos. Sólo era una medida de precaución. Nada de bebida ni de baile ni de juego. Sobre todo eso último. El sonido de dados repicando sobre una mesa en la sala común de una posada lo atraía, pero su gran suerte con los dados por fuerza llamaría la atención, aun contando con que nadie le sacara un cuchillo, y en esa parte de Altara tanto hombres como mujeres llevaban cuchillos metidos en los cinturones y estaban dispuestos a usarlos. Quería pasar inadvertido, así que pasaba de largo ante las mesas de los dados, respondía con una impasible inclinación de cabeza a las camareras de las tabernas que le sonreían, y nunca bebía más de una copa de vino y por lo general ni eso. Después de todo, tenía trabajo que hacer en el espectáculo. O una especie de trabajo. Había empezado con ello la primera noche después de salir de Ebou Dar, y era un duro trabajo.

—Necesito que vengáis conmigo —dijo entonces mientras abría el armario

construido a un lado de la carreta, debajo de la cama.

Guardaba el cofre de oro allí, todo obtenido honradamente a través del juego. O todo lo honestamente que era posible. La mayor parte procedía de una carrera de caballos y su suerte no era mejor que la de cualquier hombre en lo tocante a los caballos. En cuanto al resto... Si un hombre quería jugar a los dados o a las cartas o a lanzar monedas, tenía que estar dispuesto a perder. Domon, sentado en la otra cama y frotándose los pelos que empezaban a crecerle en el cráneo afeitado, había aprendido la lección. El tipo debería haber aceptado de buen grado dormir en el suelo como un buen *so'jhin*, pero al principio había insistido todas las noches en jugarse a cara o cruz con Mat la segunda cama. Egeanin ocupaba la otra, por supuesto. Lanzar monedas era tan fácil como los dados. Mientras no cayeran de canto, como le ocurría a veces a él. Pero era Domon quien lo había propuesto, no él. Hasta que Mat ganó cuatro noches seguidas y la quinta noche la moneda cayó de canto tres veces consecutivas. Ahora dormían por turnos en la cama. Pero esa noche le tocaba a Domon en el suelo.

Encontró la pequeña bolsa de gamuza que buscaba, se la guardó en el bolsillo de la chaqueta y se incorporó al tiempo que cerraba el armario con el pie.

—Tenéis que verla antes o después —dijo—. Y necesito limar asperezas. —Lo que necesitaba era que alguien fuera objeto de la ira de Tuon, alguien que lo hiciera parecer aceptable en comparación, pero no podía decirle eso a la mujer, ¿verdad?—. Sois una noble seanchan y podéis evitar que meta la pata.

—¿Por qué necesitas limar asperezas? —El acento parsimonioso de Egeanin sonó duro. La mujer estaba en la puerta del carromato puesta en jarras, los azules ojos tan penetrantes como taladros bajo la peluca negra—. ¿Por qué necesitas verla tú? ¿Es que aún no has hecho bastante?

—No me digáis que le tenéis miedo —dijo con aire de mofa Mat, eludiendo contestar. ¿Qué respuesta podía dar que no sonara demencial?—. Podríais cogerla bajo el brazo casi con tanta facilidad como yo. Pero prometo que no la dejaré que os corte la cabeza ni que os azote.

—Egeanin no le tiene miedo a nada, chico —gruñó Domon en actitud protectora —. Si no quiere ir, entonces lárgate a cortejar a la muchacha tú solito. Y quédate toda la noche si te apetece.

Egeanin siguió fulminando a Mat con la mirada. O fulminando algo a través de él. Entonces volvió la vista hacia Domon, hundió un poco los hombros y recogió la capa colgada en la percha.

—Muévete, Cauthon —dijo con un gruñido—. Si hay que hacerlo, más vale que sea cuanto antes y quitárnoslo de encima. —Salió del carromato como un rayo y Mat tuvo que apresurarse para alcanzarla. Cualquiera habría pensado que no quería quedarse sola con Domon, por absurdo que pudiera parecer.

En el exterior del carromato púrpura carente de ventanas, negro en medio de la noche, una sombra se separó de otras más densas. La hoz de luna asomó entre las nubes el tiempo suficiente para que Mat reconociera la alargada cara de Harnan.

—Todo tranquilo, milord —informó el jefe de fila.

Mat asintió con la cabeza y respiró profundamente al tiempo que tanteaba la bolsita de gamuza. El aire estaba limpio gracias a la lluvia y a que el carromato se encontraba lejos de las estacadas de caballos. Tuon debía de sentirse aliviada por haberse librado del olor a estiércol y del penetrante hedor de las jaulas de los animales. A su izquierda, los carromatos de los artistas se hallaban tan a oscuras como las carretas de almacenaje cubiertas con lonas que había a su derecha. No tenía sentido esperar más. Empujó ligeramente a Egeanin para que subiese la escalerilla delante de él.

Dentro había más personas de las que esperaba Mat. Setalle estaba sentada en una de las camas, de nuevo trabajando en su bastidor de bordar, y Selucia se encontraba de pie al fondo, el gesto ceñudo bajo el pañuelo con el que se cubría la cabeza. Noal se había sentado en la otra cama y en apariencia se hallaba sumido en sus pensamientos, mientras que Tuon, cruzada de piernas en el suelo, jugaba a Serpientes y Zorros con Olver. El chico se giró con una sonrisa de oreja a oreja cuando Mat entró.

—Noal nos ha estado contando cosas de Co'dansin, Mat —exclamó—. Es otro nombre que tiene Shara. ¿Sabías que las Ayyad se tatúan la cara? Así es como llaman en Shara a las mujeres que encauzan.

—No, no lo sabía —repuso Mat, que miró con aire severo a Noal. Como si no fuera bastante que Vanin y los Brazos Rojos estuvieran enseñando al chico malos hábitos, por no mencionar las cosas que pillaba de Juilin y de Thom, sólo faltaba que ahora Noal le llenara la cabeza de tonterías inventadas. De repente Noal se palmeó un muslo y se sentó erguido.

—¡Ahora lo recuerdo! —exclamó, y a continuación el viejo necio se puso a recitar.

La Fortuna surca cual sol el firmamento
con el zorro que hace volar a los cuervos.
La suerte es su alma, su ojo el rayo certero,
y a su paso arrebata las lunas al cielo.

El viejo de nariz rota miró en derredor como si acabara de darse cuenta de que había entrado alguien más.

—He estado intentando recordar eso. Pertenece a las Profecías del Dragón.

—Muy interesante, Noal —murmuró Mat. Los colores giraron en su cabeza igual que habían hecho por la mañana cuando las Aes Sedai sufrieron un ataque de pánico.

El remolino desapareció sin dejar una imagen en esta ocasión, pero Mat se quedó tan helado como si hubiese pasado la noche durmiendo al raso en cueros. Sólo le faltaba que alguien lo relacionara con las Profecías—. Quizás en algún momento podrás recitarnos todo al completo, pero no ahora, ¿vale?

Tuon alzó los ojos hacia él y lo observó a través de las pestañas; semejaba una muñeca negra de porcelana con un vestido demasiado grande para su tamaño. Luz, pero qué pestañas tan largas tenía. La joven hizo caso omiso de Egeanin como si ésta no existiera, y, a decir verdad, Egeanin intentaba por todos los medios hacer como si fuera parte de uno de los armarios construidos en la pared. Adiós a la esperanza de una diversión estratégica.

—Juguete no tiene intención de ser grosero —comentó Tuon con aquel acento meloso y lento—. Es que nunca le han enseñado a tener buenos modales. Pero ya es tarde, maese Charin, y es hora de que Olver se vaya a acostar. ¿Queréis escoltarlo hasta su tienda? Volveremos a jugar en otro momento, Olver. ¿Te gustaría que te enseñara a jugar a las guijas?

Pues claro que le gustaría. El chico casi se retorció al decirlo, de puro entusiasmo. Le gustaba cualquier cosa que le diera la oportunidad de sonreír a la mujer, por no mencionar la ocasión de decir cosas por las que habría que haberle dado de bofetadas hasta que las orejas se le hincharan y se le hicieran más grandes de lo que las tenía ya. Como Mat descubriera cuál de sus «tíos» le estaba enseñando esas cosas... Sin embargo el chico recogió las piezas del juego y enrolló cuidadosamente el paño dibujado como un tablero sin que hubiera que decírselo dos veces. Incluso hizo una impecable reverencia a la par que le daba las gracias a la Augusta Señora antes de dejar que Noal lo condujera fuera del carromato. Mat asintió con aire aprobador. Había enseñado al chico a hacer reverencias, pero Olver solía acompañarlas de una mirada lasciva cuando era una mujer bonita. Como se enterara de quién le había...

—¿Hay alguna razón por la que me hayas interrumpido, Juguete? —inquirió Tuon en tono frío—. Es tarde, y estaba pensando en acostarme.

Mat hizo una reverencia y le dedicó su mejor sonrisa. Podía ser educado aunque ella no lo fuera.

—Sólo quería asegurarme de que os encontrabais bien. Estos carromatos son incómodos para viajar por las calzadas. Y sé que no estáis muy contenta con las ropas que pude encontrar para vos. Pensé que esto os haría sentir un poco mejor.

Sacó la bolsita de gamuza del bolsillo y se la ofreció con una floritura. Selucia se puso tensa y la mirada de sus ojos azules se tornó penetrante, pero Tuon hizo unas señas con los delgados dedos y la pechugona doncella se apaciguó. Un poco. Por lo general le gustaban las mujeres batalladoras, pero si echaba a perder esto iba a zurrarle bien el trasero. Mantuvo la sonrisa con cierto esfuerzo, e incluso logró acentuarla un tanto.

Tuon examinó la bolsita dándole unas cuantas vueltas en las manos antes de desatar el cordel y vaciar lo que contenía sobre su regazo; era un pesado collar de oro con ámbar tallado. Una pieza cara, y de manufactura seanchan, por si fuera poco. Se sentía orgulloso de haber encontrado esa joya. Le había pertenecido a una acróbata a quien se la había regalado un oficial seanchan encaprichado con ella, pero había accedido a vendérsela ahora que el oficial había quedado atrás. No le iba con su tono de piel, significara lo que significara eso. Mat sonrió y esperó. Las joyas ablandaban siempre el corazón femenino.

Pero ninguna de las mujeres reaccionó como él esperaba. Tuon levantó el collar a la altura de la cara con ambas manos, estudiándolo como si jamás hubiese visto algo así en su vida. La boca de Selucia se curvó en una mueca de burla. Setalle dejó el bastidor sobre sus rodillas y miró a Mat; los grandes aros dorados de sus orejas se mecieron cuando la mujer sacudió la cabeza.

De pronto, Tuon echó el collar hacia atrás, por encima de su hombro, en dirección a Selucia.

—No me va —dijo—. ¿Quieres quedártelo, Selucia?

La sonrisa de Mat se desdibujó un tanto. La mujer de tez cremosa cogió el collar entre el pulgar y el índice, como si sostuviera una rata muerta por la cola.

—Una pieza para que una danzarina de shea la lleve con el velo —dijo secamente. Con un giro de la muñeca, lanzó el collar a Egeanin a la par que espetaba —: ¡Póntelo!

Egeanin atrapó la pieza en el aire justo antes de que le golpeara el rostro. La sonrisa de Mat desapareció por completo. Esperaba un estallido de Egeanin, pero ésta se apresuró a abrir torpemente el broche y se retiró la pesada peluca para cerrarlo en la nuca. Su semblante habría pasado por una talla de nieve a juzgar por su inexpresividad.

—Date la vuelta —ordenó Selucia, y era una orden, sin la menor duda—. Deja que te vea.

Egeanin se volvió. Tiesa como un palo, pero se volvió.

Setalle la contempló intensamente mientras meneaba la cabeza con aire desconcertado y después miró a Mat sacudiendo la cabeza de forma distinta antes de volver a su bordado. Las mujeres tenían tantas formas de sacudir la cabeza como de mirarlo a uno. Ésta indicaba que era un necio, y si no pillaba los matices más sutiles, se alegraba por ello. Dudaba que le hubieran gustado. Así lo partiera un rayo. De modo que compraba un collar para Tuon, que se lo daba a Selucia delante sus narices, ¿y ahora le pertenecía a Egeanin?

—Vino por un nuevo nombre —comentó con aire caviloso Tuon—. ¿Cómo se hace llamar ahora?

—Leilwin —contestó Selucia—. Un nombre apropiado para una danzarina shea.

¿Leilwin Sin Barco, tal vez?

—Leilwin Sin Barco —asintió Tuon.

Egeanin se estremeció como si cada palabra fuera una bofetada.

—¿Puedo retirarme? —preguntó con fría formalidad mientras se doblaba por la cintura en una reverencia.

—Si queréis iros, hacedlo —gruñó Mat. Llevarla allí no había sido muy buena idea, pero quizá podría recobrarse un poco sin la presencia de la mujer.

—Por favor, ¿puedo retirarme? —repitió Egeanin, que tenía los ojos fijos en las tablas del suelo y se había hincado de rodillas.

Tuon seguía sentada en el suelo, con la espalda muy recta y mirando fijamente a través de la otra mujer como si no la viera en absoluto. Los ojos de Selucia recorrieron a Egeanin de arriba abajo y sus labios se fruncieron. Setalle pasó la aguja por la tela tensada en el bastidor. Ninguna hizo el menor caso de Mat. Egeanin se inclinó hasta tocar el suelo con la cabeza, y Mat contuvo un juramento cuando la mujer besó las tablas.

—Por favor —pidió Egeanin con voz enronquecida—. Suplico permiso para retirarme.

—Márchate, Leilwin —dijo Selucia, fría como una reina hablando con un ladrón de gallinas—, y no quiero ver tu rostro de nuevo a menos que esté cubierto por un velo de danzarina shea.

Egeanin reculó hacia la puerta apoyada sobre las manos y las rodillas, tan deprisa que Mat se quedó boquiabierto, y por poco no cayó rodando por la escalerilla.

Mat consiguió sonreír de nuevo haciendo un esfuerzo. No tenía mucho sentido quedarse más, pero intentaría hacer una salida digna.

—Bien, supongo...

Tuon movió los dedos, todavía sin mirarlo, y Selucia lo interrumpió bruscamente.

—La Augusta Señora está cansada, Juguete. Tienes su permiso para marcharte.

—Mirad, me llamo Mat —contestó—. Un nombre sencillo. Un nombre simple. Mat.

Por la nula reacción de Tuon, la muchacha podría haber sido una muñeca de porcelana. Sin embargo, Setalle soltó el bordado y se puso de pie con una mano apoyada ligeramente en la empuñadura de la daga curvada que llevaba metida en el cinturón.

—Joven, si piensas que vas a seguir holgazaneando por aquí hasta que nos veas preparadas para acostarnos, estás muy equivocado. —Habló sonriendo, pero tenía la mano en el cuchillo y era lo bastante ebudariana para apuñalar a un hombre si se le antojaba. Tuon seguía inmóvil como una muñeca, una reina en su trono vestida por algún error con ropas que no le correspondían. Mat se marchó.

Egeanin estaba apoyada con una mano en el costado del carromato, la cabeza

colgando. La otra mano asía el collar prendido al cuello. Harnan se movió, a poca distancia en la oscuridad, sólo lo suficiente para que se viera que seguía allí. Un hombre listo, al mantenerse alejado de Egeanin en ese momento. Mat se sentía demasiado irritado para actuar con inteligencia.

—¿A qué ha venido todo esto? —demandó—. Ya no tenéis que poneros de rodillas ante Tuon. ¿Y Selucia? ¡Es una maldita doncella! Nunca he visto a nadie actuar con tanta sumisión ante su reina como vos habéis hecho ante ella.

El severo semblante de Egeanin se hallaba envuelto en sombras, pero su voz sonó exhausta.

—La Augusta Señora es... quien es. Selucia es su *so'jhin*. Nadie de la Sangre baja osaría mirar a la cara a su *so'jhin*, y puede que tampoco de la Alta Sangre. —El broche se rompió con un chasquido cuando la mujer se lo arrancó de un tirón—. Claro que ahora ya no pertenezco a ninguna clase de la Sangre. —Se echó hacia atrás y lanzó la joya con todas sus fuerzas a la oscuridad de la noche, lo más lejos posible.

Mat abrió la boca. Podría haber comprado una docena de excelentes caballos con lo que había pagado por esa cosa y aún le habría sobrado dinero. Volvió a cerrarla sin decir nada. Puede que no fuera listo siempre, pero sí lo bastante para saber cuándo corría el riesgo de que una mujer intentara acuchillarlo realmente. Y también sabía algo más. Si Egeanin se comportaba de ese modo ante Tuon y Selucia, entonces más le valía asegurarse de que las *sul'dam* no se acercaran nunca a ellas. Sólo la Luz sabía qué harían ésas si Tuon empezaba a mover los dedos.

Lo que lo dejaba con una difícil tarea por delante. Bueno, detestaba trabajar, pero esos viejos recuerdos le tenían la cabeza llena de batallas. También odiaba luchar —¡uno podía acabar muerto!—, pero era mejor que trabajar. Estrategia y tácticas. Estudiar el terreno, estudiar al enemigo, y si no se podía ganar de un modo, se buscaba otro.

A la noche siguiente regresó al carromato púrpura solo y, cuando Olver acabó su lección de las guijas con Tuon, Mat se las ingenió con buena maña para inducirla a jugar. Al principio, sentado en el suelo enfrente de la menuda mujer, separados por el tablero, dudó si ganar o perder. A algunas mujeres les gustaba ganar siempre, pero el hombre tenía que ponérselo difícil. A otras les gustaba que el hombre ganara, o al menos que ganara más veces que las que perdía. No entendía ni lo uno ni lo otro —a él le gustaba ganar y cuanto más fácilmente, mejor—, pero así eran las cosas. Cuando aún no se había decidido por lo uno o por lo otro, Tuon lo dejó sin opción a decidir en el asunto. A mitad del juego, Mat se dio cuenta de que lo había conducido a una trampa de la que no podía salir. Sus guijas blancas tenían inmovilizadas a sus negras por todas partes. Era una victoria limpia y rotunda para la joven.

—No juegas muy bien, Juguete —le dijo con sorna. A despecho de su tono, sus enormes y límpidos ojos lo estudiaron fríamente, sopesando y valorando. Un hombre

podía perderse en unos ojos así.

Mat sonrió y se despidió antes de que a alguna se le ocurriera echarlo a patadas. Estrategia. Pensar por anticipado. Hacer lo imprevisto. A la noche siguiente, llevó una pequeña flor de papel rojo que había hecho una de las costureras del espectáculo. Y se la ofreció a la estupefacta Selucia. Setalle enarcó las cejas, e incluso Tuon pareció sorprendida. Tácticas. Desconcertar al enemigo. Pensándolo bien, las mujeres y las batallas no eran tan distintas. Ambas envolvían a un hombre en la niebla y podían matarlo sin querer. Si uno era descuidado.

Visitó el carromato púrpura todas las noches para echar una partida de guijas bajo la vigilante mirada de Setalle y de Selucia, y se concentró en el tablero dividido en casillas. Tuon era muy buena y, sin darse cuenta, Mat se sorprendía observando el modo en el que la joven movía las guijas, con los dedos doblados hacia atrás de una forma curiosamente grácil. Estaba acostumbrada a llevar las uñas largas y a tener cuidado para no rompérselas. Sus ojos también eran un peligro. Se necesitaba tener la cabeza despejada para jugar a las guijas o para la batalla, y aquella mirada parecía penetrarle en el cerebro. Sin embargo, se metía de lleno en el juego y consiguió ganar cuatro partidas de siete, además de llegar a un empate. Tuon se mostraba satisfecha cuando ganaba y resuelta cuando perdía, sin estallar en una pataleta como Mat había temido, sin hacer comentarios mordaces aparte de seguir llamándolo Juguete, sin apenas rastro de esa gélida y regia altivez, al menos mientras jugaban. Sencillamente disfrutaba con el juego y reía alegremente cuando él lograba una colocación ingeniosa para escapar. Parecía otra mujer cuando se ensimismaba en el tablero de juego.

Una flor hecha con tela azul siguió a la de papel rojo y, dos días después, otra de seda rosa con los pétalos extendidos, del tamaño de la palma de una mujer. Las dos entregadas a Selucia, cuyos azules ojos fueron adquiriendo una expresión cada vez más desconfiada cuando se posaban en él, pero Tuon le dijo que podía quedarse con las flores y ella las guardó con cuidado, envueltas en un paño de lino. Mat dejó pasar tres días sin hacer un regalo y entonces llevó un pequeño ramillete de capullos de rosa hechos con seda roja, con tallos y hojas que parecían naturales, sólo que más perfectos. Le había pedido a la costurera que lo hiciera el mismo día que llevó la primera flor de papel.

Selucia adelantó un paso y tendió la mano para aceptar los capullos de rosa con un atisbo de sonrisa, pero Mat se sentó y colocó el ramillete junto al tablero, ligeramente más cerca de Tuon. Mat no dijo nada y Tuon ni siquiera lo miró. Mat metió la mano en las pequeñas bolsas de cuero donde estaban las guijas y sacó una de cada, las removió entre las manos hasta que ni él supo cuál era cuál y después presentó los puños cerrados. Tuon dudó un momento, observando su cara con gesto inexpresivo, y luego tocó su mano izquierda. Mat la abrió y dejó a la vista la

reluciente guija blanca.

—He cambiado de opinión, Juguete —murmuró ella mientras colocaba la guija blanca con cuidado en la intersección de dos líneas, próxima al centro del tablero—. Juegas muy bien.

Mat parpadeó. ¿Es que sabía lo que se traía entre manos? Selucia se encontraba de pie detrás de Tuon, aparentemente absorta en el tablero casi vacío. Setalle pasó una página de su libro y se movió un poco para tener mejor luz. No, claro que no. Se refería a las guijas. Si llegara a sospechar su verdadero juego, lo pondría de patitas en la calle. Cualquier mujer lo haría. Tenía que referirse a las guijas.

Ésa fue la noche que hicieron tablas, cada uno de ellos controlando la mitad del tablero en grupos irregulares y separados. A decir verdad, esa noche la joven se alzó con una victoria.

—He mantenido mi palabra, Juguete —dijo con ese modo de hablar que arrastraba las palabras mientras él guardaba las guijas en las bolsas—. Ningún intento de escapar ni de incumplir lo prometido. Esto es restrictivo. —Gesticuló señalando el interior del carromato—. Quiero dar paseos. Lo haré después de que anochezca. Puedes acompañarme. —Sus ojos pasaron fugazmente sobre el ramillete y después se alzaron hacia el rostro de Mat—. Para que estés seguro de que no escaparé.

Setalle marcó la página del libro poniendo un esbelto dedo y lo miró. Selucia, de pie detrás de Tuon, lo miró. Por absurdo que pudiera parecer, la joven había cumplido su palabra. Por pasear de noche, cuando la mayoría de la gente del espectáculo estaría durmiendo ya, no iba a pasar nada, sobre todo estando él para asegurarse de que fuera así. De modo que ¿por qué tenía la sensación de estar perdiendo el control de la situación?

Tuon accedió a ir con capa y la capucha echada, lo que fue un alivio. El negro cabello estaba creciendo en su cráneo afeitado, pero hasta ese momento era poco más que una corta capa de vello, y, a diferencia de Selucia, quien seguramente dormía sin quitarse el pañuelo de la cabeza, Tuon no había mostrado inclinación alguna a tapar la suya. Una mujer del tamaño de una niña, con el cabello más corto que cualquier hombre que no estuviera quedándose calvo, habría llamado la atención incluso de noche. Setalle y Selucia los seguían siempre a corta distancia en la oscuridad, la doncella para no perder de vista a su señora, con aire protector, y Setalle para no perder de vista a la doncella. Al menos eso era lo que pensaba Mat que hacía. A veces daba la impresión de que las dos lo vigilaban a él. Ambas sostenían un trato muy amistoso considerando que eran guardiana y prisionera. Mat había oído a Setalle advertir a Selucia que era un granuja con las mujeres; ¡pues vaya forma de hablar de él! Y Selucia había respondido tranquilamente que su señora le rompería los brazos si le faltaba al respeto lo más mínimo; como si no estuvieran prisioneras.

Pensó aprovechar esos paseos para saber algo más sobre Tuon —no hablaba

mucho mientras jugaban a las guijas—, pero a la joven se le daba muy bien hacer caso omiso de sus preguntas o cambiar de tema, desviándolo hacia él por lo general.

—Dos Ríos es una región de bosques y granjas —dijo mientras paseaban por la calle principal del recinto. Las nubes ocultaban la luna y los carromatos de colores chillones no eran más que formas oscuras e indistinguibles y las plataformas donde trabajaban los artistas, simples sombras que flanqueaban la calle—. Todo el mundo cultiva tabaco y cría ovejas. Mi padre también tiene vacas y comercia con caballos, pero principalmente son el tabaco y las ovejas de punta a punta de la región.

—Tu padre comercia con caballos —murmuró Tuon—. ¿Y tú qué haces, Juguete?

Mat echó una ojeada a las dos mujeres que caminaban diez pasos detrás. Puede que Setalle no estuviera lo bastante cerca para escuchar si él mantenía un tono bajo, pero decidió ser sincero. Además, un profundo silencio envolvía el recinto del espectáculo. A lo mejor lo oía, y ella sabía lo que había hecho en Ebou Dar.

—Soy jugador —contestó.

—Mi padre decía que era un jugador —musitó Tuon—. Murió por una mala apuesta.

¿Y cómo se suponía que uno podía descubrir qué significaba eso?

—¿Qué hacéis para divertiros, Tuon? —preguntó Mat otra noche, mientras caminaban a lo largo de una hilera de jaulas, todas construidas para ocupar una carretera entera—. Simplemente porque os gusta. Aparte de jugar a las guijas. —A pesar de estar nueve metros por detrás, casi pudo sentir encresparse a Selucia al oírle usar el nombre de la joven, pero a Tuon no parecía importarle. O eso creía él.

—Entreno caballos y *damane* —contestó mientras escudriñaba una jaula en la que dormía un león. El animal sólo era una sombra grande tendida en la paja detrás de las barras—. ¿De verdad tiene una melena negra? No hay leones con melenas negras en Seanchan.

¿Que entrenaba *damane*? ¿Por diversión? ¡Luz!

—¿Caballos? ¿Qué clase de caballos? —Podrían ser de batalla, si también entrenaba *damane*. Por diversión.

—La señora Anan me ha dicho que eres un sinvergüenza, Juguete. —Su voz era impasible, no fría. Serena. Su rostro oculto en las sombras de la capucha se volvió hacia él—. ¿A cuántas mujeres has besado? —El león se despertó y soltó una especie de tos, un sonido profundo que habría puesto de punta el pelo a cualquiera. Tuon ni se inmutó.

—Parece que va a volver a llover —dijo Mat con un hilo de voz—. Selucia me desollará si volvéis empapada. —La oyó reír quedamente. ¿Qué había dicho para que le hiciera gracia?

Por supuesto, siempre había que pagar un precio. Quizá las cosas iban como él quería o quizá no, pero cuando uno pensaba que sí, siempre se pagaba un precio.

—Pandilla de cotorras —se quejó a Egeanin.

El sol vespertino, una bola rojiza medio oculta tras las nubes, rozaba el horizonte y proyectaba largas sombras en el recinto. Para variar no llovía y a despecho del frío se encontraban sentados debajo del carromato verde que compartían, encorvados, jugando a las guijas, a la vista de cualquiera que pasara por allí. Pasaron muchos; hombres que se dirigían presurosos a realizar alguna tarea de última hora; niños que aprovechaban hasta el último momento para hacer rodar los aros por los charcos de barro y lanzar pelotas antes de que cayera la noche; mujeres con las faldas recogidas, que echaban ojeadas hacia el carromato mientras pasaban delante, y Mat sabía cuál era su expresión aun cuando llevaran echada la capucha. Rara era la mujer del espectáculo que le dirigía la palabra a Mat Cauthon. Irritado, sacudió las guijas negras que sujetaba en la mano izquierda.

—Tendrán su oro cuando lleguemos a Lugard —añadió—. Eso es lo único que debe importarles, no meter la nariz en mis asuntos.

—No puedes culparlos —respondió Egeanin sin apartar la vista del tablero—. Se supone que somos una pareja de amantes que huimos, pero pasas más tiempo con... ella que conmigo. —Todavía le costaba trabajo no llamar Augusta Señora a Tuon—. Te comportas como un hombre cortejando. —Alargó la mano para colocar la guija y entonces se quedó parada, sin soltarla—. No creerás que ella va a completar la ceremonia, ¿verdad? No puedes ser tan redomadamente necio.

—¿Qué ceremonia? ¿De qué habláis?

—La llamaste tu esposa tres veces esa noche en Ebou Dar —contestó lentamente—. ¿De verdad no lo sabes? Una mujer dice tres veces que un hombre es su esposo y él dice tres veces que ella es su esposa, y están casados. Por lo general hay también bendiciones, pero es decir eso delante de testigos lo que hace que sea un matrimonio. ¿De verdad no lo sabías?

Mat se echó a reír y se encogió de hombros, de forma que sintió el cuchillo que llevaba colgado detrás del cuello. Un buen cuchillo le daba a un hombre una sensación de comodidad. Pero su risa sonó ronca.

—Pero ella no dijo nada. —¡Para entonces le había metido una condenada mordaza en la boca!—. De modo que, dijera yo lo que dijera, no significa nada. —Pero sabía lo que Egeanin iba a contestar. Lo sabía, tan seguro como que el agua mojaba. Le habían anunciado con quién iba a casarse.

—Con la Sangre eso da igual. A veces un noble de una punta del imperio se casa con una noble que vive en la otra. Un matrimonio convenido. En la familia imperial siempre son así. Si no quieren esperar hasta que puedan estar juntos, cada cual reconoce el matrimonio con esa fórmula allí donde esté. Siempre y cuando lo hagan delante de testigos, antes de que se cumpla un año y un día el matrimonio es legal. ¿De verdad no lo sabías?

¡Y tanto! Pero aun así las guijas se le cayeron de la mano y se desparramaron por el tablero, rebotando por todas partes. La maldita chica lo sabía. A lo mejor pensaba que todo aquello era una aventura o un juego. ¡A lo mejor pensaba que ser raptada era tan jodidamente divertido como entrenar caballos o *damane*! Lo cierto es que era una trucha esperando a que ella tirara del anzuelo.

No se acercó al carromato púrpura en dos días. No tenía sentido huir —llevaba el maldito anzuelo en la boca y se lo había puesto él mismo—, pero no tenía por qué tragarse el puñetero gancho. Aunque, mal que le pesara, sólo era cuestión de cuándo iba a tirar ella del sedal.

A despecho de la lentitud con la que avanzaba el espectáculo, finalmente llegaron al transbordador que cruzaba el Eldar y que pasaba desde Alkindar, en la ribera occidental, a Coramen, en la oriental, unas villas limpias y amuralladas de edificios de piedra con cubiertas de tejas, y media docena de muelles de piedra a cada lado. El sol estaba alto y apenas se veían nubes en el cielo, y las pocas que había eran blancas como lana recién lavada. Quizá no llovería ese día. Era un cruce importante, con barcos comerciales procedentes de río arriba amarrados a algunos muelles y grandes transbordadores con aspecto de gabarras yendo de una ciudad a otra impulsados por remos largos y pesados. Por lo visto los seanchan pensaban igual. Tenían campamentos militares instalados a las afueras de ambas ciudades, y a juzgar por los muros de piedra que empezaban a levantarse alrededor de los campamentos y las estructuras de piedra que se construían en el interior, no tenían intención de marcharse pronto.

Mat cruzó con los primeros carromatos, montado en *Puntos*. El castrado castaño tenía un aspecto bastante corriente para el ojo de alguien no entendido; no parecería extraño que lo montara un tipo con una tosca chaqueta de paño y un gorro de lana calado por encima de las orejas para protegerse del frío. En realidad no se planteaba salir a galope tendido hacia el terreno accidentado de colinas boscosas que había pasada Coramen. Lo pensaba, pero no se lo planteaba en serio. La chica iba a tirar del anzuelo, tanto si huía como si no. Así que se quedó montado en *Puntos* al final de uno de los muelles del transbordador, observando cómo cruzaba el espectáculo y después avanzaba traqueteando a través de la villa. En los embarcaderos había seanchan, un pelotón de hombres fornidos con armaduras segmentadas en azul y dorado oscuro, al mando de un joven oficial que lucía una fina pluma azul en el yelmo de aspecto raro. Parecían encontrarse allí para mantener el orden, pero el oficial comprobó la cédula de exención de caballos de Luca y éste preguntó si el noble señor sabía de algún lugar fuera de la ciudad conveniente para instalar su espectáculo. Mat se habría echado a llorar. Se veían soldados llevando la armadura de rayas en la calle que había a su espalda, entrando y saliendo de tiendas y tabernas. Un *raken* descendió planeando con sus largas alas nervadas y aterrizó fuera de uno de los

campamentos al otro lado del río. Tres o cuatro de esas criaturas con cuellos serpentinos estaban posadas en el suelo. Tenía que haber cientos de soldados en aquellos campamentos. Puede que un millar. Y Luca iba a montar el espectáculo.

Entonces uno de los transbordadores topó contra las defensas forradas de cáñamo en la punta del embarcadero y la rampa bajó para que saliera el carromato púrpura, sin ventanas, al muelle de piedra. Setalle conducía. Selucia iba sentada a un lado, escudriñando bajo la capucha de una capa de color rojo desvaído. Al otro lado, envuelta en una capa oscura de forma que no se le veía un solo centímetro del cuerpo, estaba Tuon.

Mat creyó que los ojos se le iban a salir de las cuencas. Eso, si el corazón no se le salía del pecho antes. Los dados empezaron a repicar dentro de su cabeza con aquel sonido tintineante de rodar sobre el tablero de una mesa. Esa vez iban a salir los Ojos del Oscuro; lo sabía.

No podía hacer nada excepto ponerse al lado del carromato púrpura y marchar al paso como si la vida fuera maravillosa, y seguir adelante por la amplia calle principal a través de los gritos de comerciantes y vendedores ambulantes pregonando sus mercancías. Y de soldados seanchan. Ahora no marchaban en formación y observaban con interés el paso de los carromatos de colores vivos. Cabalgar junto al carromato y esperar que Tuon gritara. Había dado su palabra, pero una persona retenida diría cualquier cosa con tal de que le aflojaran los grilletes. Lo único que tenía que hacer era levantar la voz y llamar a su rescate a un millar de soldados seanchan. Los dados rodaban y rodaban en la cabeza de Mat. Cabalgar y esperar a que salieran los Ojos del Oscuro.

Tuon no pronunció una sola palabra. Contemplaba con curiosidad todo por debajo del borde de la amplia capucha; con curiosidad pero con cautela, manteniendo la cara oculta e incluso las manos, toda ella envuelta en esa oscura capa. Hasta iba arrimada contra Setalle como una niña que buscase protección en su madre en medio de una multitud de desconocidos. No dijo una palabra hasta que pasaron las puertas de Coramen y, en medio de traqueteos se encaminaron, hacia la base de una elevación que se alzaba detrás de la ciudad, donde Luca ya reunía a los carromatos del espectáculo. Fue entonces cuando Mat supo realmente que no tenía escapatoria. Ella iba a tirar del anzuelo bien, vaya que sí. Sólo esperaba que llegara el momento oportuno.

Mat se aseguró de que todas las seanchan permanecieran dentro de los carromatos esa noche. Y también las Aes Sedai. Que él supiera, nadie había visto ninguna *sul'dam* o *damane*, pero por una vez las Aes Sedai no discutieron. Tampoco lo hizo Tuon. Sí exigió algo que hizo que las cejas de Setalle subieran casi hasta el nacimiento del pelo. Lo planteó como una petición, en cierto modo, un recordatorio de una promesa que él había hecho, pero Mat sabía distinguir una exigencia cuando la

hacía una mujer. Bueno, un hombre tenía que confiar en la mujer con la que iba a casarse. Le contestó que tenía que pensarlo, sólo para que la chica no empezara a creer que podía obtener de él todo lo que quisiera. Lo estuvo meditando todo el día que Luca ofreció la representación de su espectáculo, cavilando y sudando cuando muchísimos seanchan acudieron a mirar boquiabiertos a los artistas. Pensó en ello mientras las carretas serpenteaban hacia el este entre las colinas, avanzando más lentamente que nunca, pero ya sabía la respuesta que daría.

Al tercer día después de dejar atrás el río, llegaron a la ciudad salinera de Jurador, y le dijo a Tuon que lo haría. Ella le sonrió y los dados enmudecieron de repente en su cabeza. Siempre recordaría eso. Ella sonrió y entonces los dados se pararon. ¡Se habría echado a llorar!

29. Algo que parpadea vacilante

—Esto es una locura —retumbó Domon, cruzado de brazos y situado en el carromato como si bloqueara la salida. A lo mejor era lo que hacía. Su mandíbula se adelantaba en un gesto beligerante, marcándose bajo la barba que era corta pero aun así más larga que el cabello, y abría y cerraba las manos como si fuera a descargar un puñetazo o aferrar algo con fuerza. Era un tipo ancho, ese Domon, y no tan grueso como parecía a primera vista. A ser posible, Mat prefería evitar puños y peleas.

Acabó de anudarse el pañuelo de seda negra al cuello, tapándose la cicatriz, y metió las puntas bajo la chaqueta. La posibilidad de que en Jurador hubiera alguien que conociera a un hombre de Ebou Dar que llevaba un pañuelo negro... En fin, que las probabilidades parecían buenas incluso sin mediar su suerte. Por supuesto, siempre había que contar con el factor de ser *ta'veren*, pero si eso iba a conducirlo a darse de bruces con Suroth o un puñado de sirvientes del palacio de Tarasin, aunque se quedara en la cama envuelto hasta la cabeza en una manta el encuentro seguiría produciéndose. A veces uno tenía que confiar en la suerte. El problema era que, al despertar por la mañana, los dados habían empezado a rodar de nuevo en su cabeza. Y todavía seguían repicando dentro de su cráneo.

—Lo prometí —dijo.

Era estupendo vestir de nuevo ropa decente. La chaqueta era de un fino paño verde, bien confeccionada, y le llegaba casi a las rodillas y a las bocas dobladas de las botas. No tenía bordados —quizá no le habría ido mal alguno que otro—, pero sí un poco de encaje en las bocamangas. Y una buena camisa de seda. Ojalá tuviera un espejo. Uno necesitaba ofrecer su mejor aspecto en un día como ése. Cogió la capa de la cama y se la echó sobre los hombros. Nada chabacano, como las de Luca. De color gris oscuro, casi tan oscuro como la noche. Sólo el forro era rojo. El cierre era un sencillo broche de plata de nudos, del tamaño de sus pulgares.

—Ella dio su palabra, Bayle —intervino Egeanin—. Su palabra. Jamás la incumplirá. —Hablaba con absoluta convicción. Al menos, con más convicción de la que tenía Mat. Pero a veces un hombre tenía que correr riesgos, aunque se estuviera jugando el cuello. Lo había prometido. Y contaba con su suerte.

—Sigue siendo una locura —rezongó Domon. Pero se apartó a regañadientes de la puerta cuando Mat se puso el sombrero negro de ala ancha. Es decir, cuando Egeanin le indicó que se apartara con un seco gesto de la cabeza. No obstante, no se borró su gesto ceñudo.

La mujer salió del carromato detrás de Mat, también ceñuda y toqueteándose la peluca negra. Quizá todavía se sentía incómoda con ella o quizá no le encajaba tan bien al tener debajo el pelo crecido de un mes. No era suficiente para llevar la cabeza descubierta, de todos modos. No hasta que hubiese al menos otros doscientos

kilómetros entre ellos y Ebou Dar. Puede que no fuera seguro hasta que cruzaran a Murandy por las montañas Damona.

El cielo estaba despejado, el sol empezaba a asomar por el horizonte, invisible todavía tras la pared de lona del recinto, y el aire era templado sólo si se comparaba con una tormenta de nieve. No con esa frialdad nítida de una mañana de finales de invierno en Dos Ríos, pero sí ese fresquito que traspasaba poco a poco y convertía en vaho el aliento. La gente del espectáculo iba corriendo de aquí para allí como hormigas alborotadas a las que les han pateado el hormiguero, llenando el aire de preguntas a voz en cuello queriendo saber quién había cambiado de sitio los aros de malabares o había cogido prestado el par de calzas rojas con lentejuelas o movido su plataforma de actuación. Tenía toda la apariencia del inicio de un disturbio, pero en realidad no había cólera en ninguna de las voces. Gritaban y agitaban los brazos todo el tiempo, pero nunca se llegaba a las manos cuando había una representación en perspectiva, y de algún modo todos los artistas estarían en sus puestos y listos antes de que se diera acceso a los primeros espectadores. Serían lentos en recoger los bártulos para ponerse en camino, pero actuar significaba dinero y para eso se movían con diligencia.

—Realmente piensas que puedes casarte con ella —mascullό Egeanin, que caminaba a su lado, tan enérgicos sus pasos que pateaba el repulgo de la desgastada falda de paño marrón. No había nada de refinado en Egeanin. Ni que llevara un vestido ni que no, daba la impresión de necesitar una espada en el puente de su barco —. No hay otra explicación para esto. Bayle tiene razón. ¡Estás loco!

—La cuestión es —dijo Mat con una sonrisa—, ¿tiene intención de casarse conmigo? A veces la gente más dispar se casa. —Cuando uno sabía que iban a colgarlo, lo único que podía hacer era mirar sonriente la horca. Así que Mat sonrió y la dejó plantada allí, ceñuda. Creyó oírle mascullar maldiciones entre dientes, aunque Mat no entendía la razón. No era ella la que tenía que casarse con la última persona en el mundo con la que querría hacerlo. Una noble, toda ella fría reserva y altanería, cuando lo que le gustaba eran camareras de sonrisa pronta y ojos prometedores. La heredera de un trono, y no uno cualquiera: el Trono de Cristal, el trono imperial de Seanchan. Una mujer que conseguía que la cabeza le girara como una peonza y lo dejaba preguntándose si la retenía cautiva o era a la inversa. Cuando el destino lo trincaba a uno por el cuello, sólo quedaba sonreír.

Mantuvo un andar garboso hasta que tuvo a la vista el carromato púrpura sin ventanas, y entonces perdió el paso. Un grupo de acróbatas, cuatro hombres flexibles que llevaban el nombre artístico de Hermanos Chavana aunque saltaba a la vista que procedían de distintos países, no sólo de madres diferentes, salieron precipitadamente de un carromato verde cercano a la par que gritaban y gesticulaban violentamente unos a otros. Echaron un vistazo hacia el carromato púrpura y otro a Mat, pero

estaban demasiado enfrascados en la discusión y corrían demasiado deprisa para dedicarle más atención. Gorderan estaba recostado contra una de las ruedas púrpuras y se rascaba la cabeza mientras miraba con el entrecejo fruncido a las dos mujeres que se encontraban al pie de la escalerilla del carromato. Dos mujeres. Ambas envueltas en capas oscuras, ocultos los rostros, si bien no cabía error en el pañuelo floreado que colgaba fuera de la capucha de la más alta. Bien. Tendría que haber adivinado que Tuon querría estar acompañada por su doncella. Las nobles nunca iban a ninguna parte sin una doncella. Se apostara un céntimo o una corona, al final la cosa se reducía a lanzar los dados. Había tenido ocasión de traicionarlo. Empero, estaba apostando porque una mujer hiciera la misma elección dos veces seguidas. O que la hicieran dos mujeres. ¿Qué necio apostaría por eso? Fuera como fuese, tenía que lanzar los dados. El caso es que ya habían empezado a rodar.

Respondió a la fría mirada de Selucia con una sonrisa y se quitó el sombrero para hacer una elegante reverencia a Tuon. No exagerada en exceso, sólo con un ligero floreo con la capa.

—¿Lista para ir de compras? —Faltó poco para que añadiera «milady», pero hasta que no tuviera a bien dirigirse a él por su nombre...

—Hace una hora que lo estoy, Juguete —repuso fríamente Tuon. Como sin darle importancia le levantó el borde de la capa y observó el forro de seda roja y la chaqueta antes de soltar la prenda—. El encaje te va. A lo mejor encargo que se lo pongan a tus ropas si te hago escanciador.

La sonrisa de Mat se borró un instante. ¿Podría hacerlo *da'covale* aunque se casara con él? Tendría que preguntárselo a Egeanin. Luz, ¿por qué las mujeres nunca facilitaban las cosas?

—¿Queréis que os acompañe, milord? —preguntó despacio Gorderan, sin mirar directamente a las mujeres. Se metió los pulgares en el cinturón, tampoco mirando directamente a Mat—. Sólo para llevar los paquetes, quizá.

Tuon no pronunció palabra y se limitó a seguir mirando a Mat, esperando, mientras los grandes ojos se tornaban más fríos de segundo en segundo. Los dados repicaban y brincaban en su cabeza. Sólo vaciló un instante antes de despedir al Brazo Rojo con un gesto de la cabeza. Bueno, quizás un par de segundos. Tenía que confiar en su suerte. En la palabra de la muchacha. *La confianza es el sabor de la muerte.* Pisoteó aquella idea. Esto no era una canción, y ningún viejo recuerdo podía guiarlo. Los dados seguían rodando dentro de su cabeza.

Con una ligera reverencia, ofreció su brazo, que Tuon examinó como si no hubiera visto uno en su vida al tiempo que fruncía los gruesos labios. Después se recogió la capa y echó a andar con Selucia pisándole los talones, y Mat tuvo que apretar el paso para no quedarse atrás. No, las mujeres nunca hacían fáciles las cosas.

A pesar de la temprana hora, dos hombres musculosos equipados con garrotes ya

estaban de guardia en la entrada, así como un tercero, éste con una jarra de cristal para coger las monedas y echarlas a través de una ranura en la caja reforzada con hierro que había en el suelo. Los tres parecían demasiado torpes para birlar un cobre sin caerse de morros, pero Luca no corría ningún riesgo. Veinte o treinta personas esperaban ya entre las gruesas cuerdas que conducían hacia el enorme cartel azul con el nombre del espectáculo. Por desgracia, Latelle también se encontraba allí, severo el gesto, luciendo un vestido adornado con lentejuelas carmesí y una capa con lentejuelas azules. La esposa de Luca era domadora de osos. Mat pensaba que los pobres bichos realizaban los trucos por miedo a que la mujer los mordiera.

—Está todo controlado —le dijo a la mujer—. Créeme, no hay por qué preocuparse. —Para lo que le sirvió, podría haberse ahorrado la saliva.

Latelle no le hizo caso y miró a Tuon y a Selucia con la frente fruncida en un gesto preocupado. Su marido y ella eran los únicos en el espectáculo que sabían quiénes eran. No había parecido que hubiera razón para avisar a ninguno de los dos sobre la salida de esa mañana. A Luca le habría dado un ataque. La mirada que Latelle clavó en Mat no era preocupada, sino simplemente dura como una piedra.

—Recuerda —dijo con voz queda—, si nos mandas a la horca, te mandas a ti mismo.

Después aspiró sonoramente por la nariz y volvió a observar a la gente que esperaba para entrar. Latelle era mejor incluso que Luca para calcular el peso de una bolsa de dinero antes de que el cordón se hubiera desatado. También era diez veces más dura que su marido. Los dados seguían rodando. Fuera lo que fuera lo que los había hecho ponerse en movimiento, Mat no había llegado aún al punto fatídico. Al punto decisivo.

—Es una buena esposa para maese Luca —murmuró Tuon cuando hubieron caminado unos pasos.

Mat la miró de reojo y se colocó mejor el sombrero. En la voz de la chica no había habido burla. ¿Tanto odiaba a Luca? ¿O lo que quería decir es que era la clase de esposa que sería ella? ¿O...? Que lo asparan; se volvería tan chiflado como pensaba que estaba Domon intentando entender a esta mujer. Ella tenía que ser la razón de que sintiera los dados en su cabeza. ¿Qué iba a hacer?

Había un corto paseo hasta la ciudad por la calzada de tierra que avanzaba entre las colinas, allí despobladas de árboles, pero estaba salpicada de gente del mismo modo que los molinos y las salinas salpicaban las laderas. Con la mirada al frente, caminaban con aire tan resuelto que parecían no ver a nadie ante ellos. Mat esquivó a un hombre de cara redonda que casi lo atropelló, lo cual lo obligó a apartarse de un salto para no chocar con un viejo de pelo blanco que le daba un buen ritmo a sus largas y flacas piernas. A su vez, esto lo puso delante de una chica rellenita, que se habría dado de bruces con él si Mat no hubiera saltado de nuevo.

—¿Estás practicando un baile, Juguete? —preguntó Tuon, mirándolo por encima del delgado hombro. El aliento se hacía vaho delante de su capucha—. No es muy grácil.

Mat abrió la boca con intención de señalar lo concurrida que estaba la calzada y de pronto se dio cuenta de que ya no veía a nadie más que a ella y a Selucia. La gente que se encontraba allí un momento antes había desaparecido, la calzada se hallaba vacía hasta donde le alcanzaba la vista, hasta donde trazaba un recodo. Volvió lentamente la cabeza. Nadie entre ellos y el espectáculo, sólo los que esperaban en fila, la cual no parecía más larga que unos minutos antes. Más allá del recinto del espectáculo la calzaba giraba en dirección a las colinas, hacia un bosque lejano. Vacía. No se veía ni un alma. Se llevó los dedos al pecho, tanteando la cabeza de zorro a través de la chaqueta. Una simple pieza de plata colgada de un cordón de cuero. Deseó sentirla fría como el hielo. Tuon enarcó una ceja. La expresión de Selucia dejaba claro que lo tenía por un necio.

—Bien, no puedo compraros un vestido si nos quedamos plantados aquí —dijo Mat. Tal era la razón de la excursión, su promesa de encontrar algo mejor a Tuon que unos vestidos que le quedaban enormes y la hacían parecer una niña con ropa de persona mayor. Al menos, estaba bastante seguro de que era lo que había prometido, y ella tenía la absoluta certeza. La confección de las costureras del espectáculo tenía la aprobación de Tuon, pero no las telas de las que disponían. Los trajes de los artistas relucían con lentejuelas y cuentas y colores intensos, pero el material era generalmente del barato. Del que era mejor guardar y utilizar hasta que se desgastara. Jurador se ganaba la vida con la sal, sin embargo, y la sal daba mucho dinero. A buen seguro, las tiendas de la ciudad ofrecerían cualquier tipo de material que pudiera desear una mujer.

Esta vez no hubo movimiento de dedos. Tuon compartió una mirada con Selucia. La mujer más alta sacudió la cabeza y torció el gesto, prieta la boca. Entonces fue Tuon la que sacudió la cabeza. Y se remangaron las capas y echaron a andar hacia las puertas reforzadas de la ciudad. ¡Mujeres! De nuevo tuvo que apresurarse para alcanzarlas. Después de todo, eran sus prisioneras. Lo eran. Las sombras se extendían alargadas delante de ellos. ¿Esa gente había proyectado sombra antes de desaparecer? Tampoco recordaba haber visto el vaho de la respiración de ninguno. Bueno, ¿qué importaba eso? Habían desaparecido y no iba a darle vuelta a la cabeza pensando de dónde habían salido y dónde se habían metido. Seguramente tenía algo que ver con ser *ta'veren*. Iba a olvidarse de eso. Iba a hacerlo. El repique de los dados no dejaba espacio para nada más.

Los centinelas de la puerta no parecían sentir curiosidad por los forasteros, o al menos por un hombre y dos mujeres a pie. Tipos de rostro duro, con petos pintados en blanco y yelmos cónicos con cimeras que parecían colas de caballos, observaron

con ojos impávidos a las mujeres embozadas y se fijaron un momento en Mat por alguna razón, con aire de sospecha, tras lo cual volvieron a apoyarse en las alabardas y a mirar la calzada inexpresivamente. Eran lugareños, seguramente, pero no seanchan. Los comerciantes de sal y la señora del lugar, Aethelaine, que al parecer hacía lo que quiera que los comerciantes de sal le decían, habían prestado los Juramentos del Retorno sin vacilación y ofrecieron pagar un impuesto de sal antes de que se lo pidieran. Con el tiempo, los seanchan acabarían sin duda instalando algún tipo de puesto oficial allí para tenerlo todo controlado, pero de momento había cosas más importantes en las que emplear a sus soldados. Mat había enviado a Thom y a Juilin para asegurarse de que no había seanchan en Jurador antes de acceder a esta excursión. Un tonto podía tropezar con su propia suerte si no iba con cuidado.

Jurador era una ciudad próspera con mucha actividad, de calles pavimentadas, la mayoría anchas y todas flanqueadas por edificios de piedra y techados con tejas rojizas. Casas y posadas se alternaban con establos y tabernas en una ruidosa mezcolanza de golpes de martillo sobre el yunque de una herrería aquí y el barullo de los telares de una tejeduría de alfombras allá, y por doquier, al parecer, toneleros martilleando bandas de hierro en los barriles para transportar sal. Vendedores ambulantes pregonaban alfileres y cintas, pasteles de carne y castañas asadas en bandejas, o nabos arrugados y ciruelas de aspecto lamentable desde carretones. En todas las calles, hombres y mujeres montaban guardia junto a las mercancías expuestas sobre estrechas mesas delante de sus tiendas y pregonaban a voz en cuello los distintos productos que había en el interior.

Identificar las casas de los comerciantes de sal resultaba fácil, con tres pisos en vez de dos las más de las veces y ocho veces más espaciosas que cualesquiera otras, todas con una galería de columnas asomada a la calle y protegida por blancas celosías de hierro forjado entre las columnas. Las ventanas inferiores de la mayoría de las casas tenían esas celosías, aunque no siempre pintadas. Era una reminiscencia de Ebou Dar, pero había poco más que recordara la capital, salvo la tez olivácea de sus gentes. Allí no se veían escotes profundos que dejaran ver el inicio del busto ni faldas recogidas con puntadas para enseñar las enaguas de colores. Las mujeres llevaban vestidos de cuello alto, hasta la barbilla, con bordados, pocos en los de la gente corriente y profusos entre las más ricas, que también lucían capas bordadas de arriba abajo y, sobre la cara, velos transparentes que colgaban de peinetas de oro o de marfil tallado, prendidas en los oscuros rodetes. Las chaquetas cortas de los hombres estaban casi igual de recargadas y en colores igualmente intensos, y, fuesen ricos o pobres, los varones llevaban un cuchillo largo al cinturón, de hoja algo menos curvada que los de Ebou Dar. Todos, ricos y pobres, tenían tendencia a acariciar la empuñadura del cuchillo como si esperaran una pelea, así que en ese aspecto quizás era igual.

Desde fuera, el palacio de lady Aethelaine no se diferenciaba de las mansiones de los comerciantes de sal, pero estaba ubicado en la plaza principal de la ciudad, un amplio espacio pavimentado con piedra pulida donde una fuente de mármol, grande y redonda, lanzaba al aire chorros de agua. Sin embargo, la gente llenaba cubos y cántaros de barro en los caños que vertían agua en pilones de piedra situados en las esquinas de otras plazas. La gran fuente desprendía olor a salmuera. Era un símbolo de la prosperidad de la ciudad, ya que el agua se bombeaba de los mismos recursos naturales de donde se extraía la sal en las colinas circundantes. Mat había visto buena parte de la ciudad cuando el sol se encontraba sólo a mitad de recorrido hacia su cenit.

Cada vez que Tuon y Selucia localizaban una tienda con sedas expuestas en el exterior, se paraban junto a las estrechas mesas para tocar los rollos de tela e intercambiar susurros con las cabezas juntas, y rechazaban con un ademán las atenciones de los vigilantes comerciantes. Éstos no les quitaban ojo a las mujeres, desconfiados, hasta que se daban cuenta de que Mat iba con ellas. Con las ropas de paño tosco, desgastadas y demasiado amplias, no tenían aspecto de clientes para adquirir sedas. Mat, con la capa echada hacia atrás en uno de los lados para que se viera el forro, sí lo tenía. No obstante, cada vez que trataba de mostrarse interesado o se acercaba lo suficiente para oír lo que hablaban, las mujeres se callaban y el par de ojos oscuros y el par de ojos azules lo miraban con frialdad desde las profundidades de las capuchas hasta que él retrocedía un paso o dos. Entonces Selucia agachaba la cabeza hacia la de Tuon y se reanudaban los susurros y el toqueteo de sedas rojas, azules, verdes, sedas suaves y brillantes y sedas brocadas. Jurador era una ciudad muy rica. Menos mal que llevaba una abultada bolsa con oro en el bolsillo de la chaqueta. Pero ningún material parecía ser el correcto. Indefectiblemente, Tuon sacudía la cabeza y las dos mujeres echaban a andar entre la multitud, con Mat apresurándose para mantener el paso hasta la siguiente tienda que tuviera sedas. Los dados seguían repicando dentro de su cabeza.

No eran los únicos del espectáculo que habían ido a la ciudad. Mat avistó a Aludra, el rostro enmarcado por las trenzas adornadas con cuentas, caminando entre la multitud junto a un hombre canoso que tenía que ser un comerciante de sal a juzgar por la cantidad de flores y colibríes bordados que cubrían la chaqueta de seda. ¿Qué querría la Iluminadora de un comerciante de sal? Fuera lo que fuera lo que Aludra le estuviera diciendo, el hombre exhibía una sonrisa complacida que acentuaba las arrugas de su cara, al tiempo que asentía con la cabeza.

Tuon sacudió de nuevo la suya y las dos mujeres caminaron hacia la siguiente tienda sin hacer el menor caso de las reverencias del propietario. Bueno, la mayoría iban dirigidas a Mat. A lo mejor el delgaducho necio creía que quería comprar seda para sí mismo. No habría pasado la ocasión de hacerse con dos o tres chaquetas de

seda nuevas, pero ¿quién iba a pensar en chaquetas cuando estaba pendiente de que aquellos jodidos dados se pararan? Sólo con un poco de bordado, en las mangas y los hombros.

Thom pasó arrebujado en la capa de color broncíneo, atusándose el bigote con un nudillo y bostezando como si hubiera pasado la noche en vela. Lo que bien podría ser. El juglar no había vuelto a darse a la bebida, pero Lopin y Nerim se quejaban de que se quedaba despierto hasta altas horas con una lámpara encendida para leer y releer su preciada carta. ¿Qué tendría de fascinante una carta de una mujer muerta? Una mujer muerta. ¡Luz, a lo mejor esa gente de la calzada...! No; no iba a pensar en eso, ni hablar.

Tuon tiró de una pieza de seda y la soltó mientras se daba media vuelta sin probar ninguna otra. Selucia asestó una mirada tal a la fornida comerciante antes de seguir a la joven, que la mujer le devolvió otra ultrajada. Mat le dedicó una sonrisa. Comerciantes ofendidas podían conducir a que la guardia de la ciudad hiciera preguntas, y ¿quién sabía adónde podía llegar la cosa? Sabía que su sonrisa podía aplacar a la mayoría de las mujeres. La carirredonda comerciante hizo una mueca desdeñosa y se puso a alisar la pieza de tela con tanto cuidado como si estuviese arropando a un bebé. A la mayoría de las mujeres, pensó Mat con acritud.

Calle abajo, una mujer con una capa corriente dejó caer la capucha hacia atrás y Mat se quedó sin respiración. Edesina volvió a ponérsela, pero sin apresurarse, y de todas formas el daño ya estaba hecho al haber dejado a la vista un rostro intemporal Aes Sedai para que lo reconociera cualquiera que supiera lo que veía. Nadie dio señal de haber notado nada, pero Mat no distinguía todas las caras. ¿Estaría pensando alguien en una recompensa? Ahora no habría seanchan en Jurador, pero pasaban por la ciudad.

Edesina giró en una esquina, y dos figuras envueltas en capas oscuras la siguieron. Dos. ¿Las *sul'dam* habían dejado sólo a una de ellas para vigilar a dos Aes Sedai? ¿O es que Joline o Teslyn se encontraban por allí cerca y a él se le había pasado por alto? Estiró el cuello buscando entre el gentío otra capa corriente, pero todas las que vio iban bordadas en mayor o menor medida.

De repente cayó en la cuenta y fue como un mazazo entre los ojos. Todas las capas tenían bordados. ¿Dónde estaban las malditas Tuon y Selucia? ¿Los dados rodaban más deprisa?

Respirando pesadamente, se puso de puntillas, pero la calle era un río de capas bordadas, chaquetas bordadas y vestidos bordados. No significaba que quisieran escapar. Tuon le había dado su palabra; había dejado pasar una oportunidad perfecta para traicionarlo. Pero lo único que tenía que hacer cualquiera de las dos era pronunciar tres palabras y cualquiera que las oyera seguramente reconocería el acento seanchan. Eso podría bastar para poner a los sabuesos sobre la pista. Había dos

tiendas más adelante que parecían exhibir telas, una a cada lado de la calle. En ninguna había mujeres con capas oscuras junto a las mesas de la fachada. Podían haber girado en una esquina, pero Mat tenía que confiar en la suerte. La suya era especialmente buena cuando se trataba de jugar al azar. Malditas mujeres. Seguro que pensaban que era un puñetero juego. Así lo fulminara la Luz... Que decidiera su suerte.

Cerró los ojos, giró sobre sí mismo en mitad de la calle y dio un paso. Al azar. Tropezó con alguien, tan fuerte que ambos gruñeron. Al abrir los ojos se encontró con la mirada fulminante de un tipo musculoso de boca pequeña, con unos pequeños dibujos en espiral mal bordados en los hombros de la tosca chaqueta y que toqueteaba la empuñadura de su cuchillo curvo. A Mat le dio igual. Estaba situado exactamente en línea recta con una de las dos tiendas. Se caló el sombrero y echó a correr. Los dados repiqueteaban con más fuerza.

Unas estanterías divididas y abarrotadas de rollos de tela jalonaban las paredes del comercio desde el suelo hasta el techo y sobre unas largas mesas se amontonaban más piezas de material. La propietaria era una mujer escuálida con un gran lunar en la barbilla y su ayudante, delgada, bonita y con una mirada de enfado en los ojos. Mat entró como un rayo en la tienda, justo a tiempo de oír lo que decía la dueña.

—Por última vez, si no me decís para qué habéis entrado, voy a enviar a Nelsa a buscar a la guardia. —Tuon y Selucia, con los rostros todavía ocultos bajo las capuchas, caminaban lentamente a lo largo de una pared llena de telas, parándose para tocar una pieza, pero sin hacer el menor caso a la mujer.

—Están conmigo —dijo Mat falto de resuello. Sacó la bolsa del bolsillo y la echó sobre la mesa más cercana. El fuerte ruido a metal que hizo al caer sobre la madera arrancó una ancha sonrisa en el delgado rostro de la comerciante—. Dadles lo que quieran —le dijo Mat. Luego se dirigió a Tuon y añadió firmemente—: Si vais a comprar algo, tendrá que ser aquí. Ya he hecho suficiente ejercicio esta mañana.

De haber podido, se habría tragado sus palabras nada más pronunciarlas. Hablar a una mujer de ese modo era pedir que su irascibilidad te estallara en la cara como uno de los fósforos de Aludra. Pero los grandes ojos de Tuon se alzaron hacia él desde la protección de la capucha y sus gruesos labios se curvaron levemente en una sonrisa. Era una sonrisa encubierta, para sí misma, no para él. Sólo la Luz sabía qué significaba. Detestaba que las mujeres hicieran eso. Por lo menos los dados no se habían parado. Entonces, ¿tenía que ser una buena señal?

Tuon no necesitó palabras para hacer sus elecciones; fue señalando una pieza tras otra y midiendo con sus pequeñas y oscuras manos la cantidad que la propietaria tenía que cortar con unas grandes tijeras. La mujer no delegó el trabajo en su ayudante, lo que no estuvo de más, considerando la importante venta. Seda roja de distintos tonos pasó por aquellas largas y afiladas tijeras, y seda verde de varias

tonalidades, y gamas de azules que Mat ni siquiera sabía que existían. Tuon eligió algunas piezas de lino fino de distinto grosor y varios cortes de paño de colores intensos —consultó con Selucia sobre éstos en quedos susurros—, pero principalmente fue seda. La bolsa de Mat pesaba bastante menos de lo que había esperado cuando volvió a guardarla.

Una vez que todos aquellos cortes de tela se doblaron y se ataron pulcramente, envueltos después en un trozo más grande de lino tosco —sin cargo extra, muchas gracias—, formaron un paquetón tan grande como el fardo de un buhonero. No le sorprendió lo más mínimo que se esperara que lo cargara él sobre los hombros, con el sombrero colgado de una mano. ¡Uno se vestía bien, le compraba seda a una mujer, y ella seguía encontrando la forma de hacerte trabajar! Quizá le estaba haciendo pagar que le hubiera hablado con firmeza.

Atrajo muchas miradas de necios boquiabiertos mientras atravesaba la ciudad detrás de las dos mujeres de camino a la calzada. Ellas caminaban tan pagadas de sí mismas como gatas atiborradas de crema. Aun yendo envueltas en capas y capuchas, la postura de su espalda lo proclamaba. Al sol le faltaba aún un trecho para alcanzar el cenit, pero la fila de gente esperando para entrar a ver el espectáculo se extendía por la calzada hasta casi la ciudad. La mayoría se quedaban atónitos y señalaban como si él fuera un bufón pintado. Uno de los corpulentos mozos que guardaban la caja del dinero le dirigió una sonrisilla dejando ver huecos en la dentadura y abrió la boca para decir algo, pero Mat le asestó una mirada tan severa que el tipo decidió volver la vista a las monedas que pasaban de las manos de los lugareños al bote de cristal y a la caja. Mat creyó que nunca se había sentido tan aliviado de encontrarse dentro del recinto del espectáculo.

Antes de que las dos mujeres y él hubieran dado tres pasos hacia el interior, Juilin llegó corriendo y —¡quién lo habría imaginado!— no llevaba con él ni a Thera ni su gorro rojo. El rostro del husmeador semejaba una talla de viejo roble. Con la mirada prendida en la gente que pasaba a su lado, habló con un tono bajo. Bajo y urgente.

—Iba a buscaros. Se trata de Egeanin; está... herida. Apresuraos.

El timbre de voz del hombre lo decía todo y más, y Mat cayó en la cuenta de que los dados resonaban como tambores ahora. Echó el paquete de telas a los mozos con la advertencia de que lo guardaran con tanto empeño como la caja del dinero o les echaría encima a las mujeres, pero no esperó a ver si lo tomaban en serio. Juilin volvió corriendo sobre sus pasos y Mat corrió tras él a lo largo de la ancha calle principal del espectáculo donde la ruidosa y admirada multitud presenciaba el número de los cuatro Hermanos Chavana, los cuales, desnudos de cintura para arriba, se encaramaban uno sobre los hombros de otro; y a las contorsionistas de pantalones transparentes y chalecos relucientes sentadas en sus propias cabezas; y a una funámbula con polainas de lentejuelas azules que trepaba por una alta escala de

madera para dar comienzo a su número. Poco antes de llegar a la plataforma de la funámbula, Juilin giró en una de las calles laterales donde varias coladas estaban tendidas en cuerdas sujetas de tienda a tienda y entre carromatos; los artistas esperaban su turno de actuación sentados en banquetas o en las escaleras de los carromatos y los niños corrían jugando con pelotas y aros. Mat sabía ahora dónde se dirigían, pero el husmeador corría demasiado deprisa para superarlo.

Más adelante, vio el carromato verde. Latelle estaba agachada para mirar debajo, y Luca, con una de sus chillonas capas rojas, agitaba las manos para alejar a un par de malabaristas. Las dos mujeres, con pantalones amplios y las caras pintadas de blanco como los bufones de los nobles, echaron un vistazo debajo del carromato antes de obedecer. Al acercarse, Mat vio lo que había llamado la atención de las mujeres. Sentado debajo del carromato en mangas de camisa, Domon acunaba el cuerpo inerte de Egeanin entre sus brazos. La mujer tenía los ojos cerrados y un hilillo de sangre le resbalaba por la comisura de los labios. Tenía torcida la peluca. Por alguna razón, eso resaltaba. Egeanin siempre se preocupaba de que estuviera bien puesta. Los dados retumbaban en su cabeza.

—Esto puede ser una catástrofe —gruñó Luca, dividiendo su mirada ceñuda entre Mat y Juilin. Pero era un ceño furioso, no preocupado—. ¡Podéis haberme llevado al desastre! —Ahuyentó a una cuadrilla de niños que miraban asombrados y le gruñó a una fornida mujer que vestía una falda de relucientes lentejuelas plateadas. Miyora obligaba a realizar trucos a sus leopardos que ni siquiera Latelle habría intentado, pero se limitó a sacudir la cabeza antes de seguir su camino. Nadie tomaba a Luca tan en serio como el propio Luca.

Éste dio un respingo cuando Tuon y Selucia llegaron corriendo y pareció a punto de decirles que se marcharan, pero lo pensó mejor. De hecho, empezó a fruncir el entrecejo pensativamente. Y con preocupación. Por lo visto su mujer no le había contado que Mat y las dos mujeres habían salido del recinto, y era obvio que habían estado en alguna parte. La mujer de ojos azules llevaba el paquete de telas cargado a la espalda, con los brazos echados hacia atrás, aunque se mantenía muy erguida a pesar del fardo. Cualquiera habría pensado que como doncella de una dama estaría acostumbrada a acarrear cosas, pero su semblante reflejaba una irritación frustrada. Latelle la miró de arriba abajo y después dirigió otra mirada desdeñosa a Mat como si él fuera el culpable de que la seanchan estuviera sacando su voluminoso pecho. A la esposa de Luca se le daba muy bien mirar con desdén, pero la expresión severa de Tuon hacía que la de Latelle pareciera casi afable. Un juez observando bajo la capucha; un juez listo para dictar sentencia.

Por un instante, a Mat no le importó lo que la mujer pensara. Esos jodidos dados. Se echó la capa hacia atrás y puso una rodilla en tierra para tocar con los dedos la garganta de Egeanin. El pulso era débil e irregular.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Has mandado llamar a una de las hermanas?

Mover a Egeanin podría bastar para causarle la muerte, pero aún se podía estar a tiempo para la Curación si las Aes Sedai se daban prisa. Sin embargo, no estaba dispuesto a pronunciar ese nombre habiendo gente que pasaba por allí y se paraba para echar ojeadas curiosas antes de que Luca o Latelle la ahuyentara. Todo el mundo la obedecía a ella con más prontitud que a él. Latelle era la única que realmente le obedecía con presteza.

—¡Renna! —Domon barbotó el nombre. A despecho de la sombra del corto cabello y esa barba illiana que dejaba sin cubrir el labio superior ahora no tenía aspecto ridículo, sino asustado y mortífero; una mezcla peligrosa—. La vi apuñalando a Egeanin por la espalda y salir corriendo. Si hubiera podido pillarla le habría roto el cuello, pero mi mano era lo único que paraba la sangre que le manaba a Egeanin. ¿Dónde están esas malditas Aes Sedai? —bramó. Adiós a llevar cuidado con lo que se decía.

—Aquí mismo, Bayle Domon —anunció fríamente Teslyn, que se acercaba presurosa junto a Thera, que miró aterrada a Tuon y a Selucia y se aferró al brazo de Juilin al tiempo que soltaba un chillido, la mirada gacha. Por el modo en que se puso a temblar, podría acabar en el suelo en cualquier momento.

La Aes Sedai de mirada dura puso un gesto como si hubiera masticado un puñado de escaramujos al ver lo que tenía delante, pero se agachó rápidamente debajo del carromato, al lado de Domon, y asió la cabeza de Egeanin con sus huesudas manos.

—A Joline se le da esto mejor que a mí —murmuró entre dientes—, pero quizá pueda...

La cabeza de zorro plateada se puso helada contra el pecho de Mat, y Egeanin abrió los ojos de par en par y se sacudió de forma tan violenta que la peluca se le cayó y faltó poco para que a Domon se le escapara de los brazos. Las convulsiones duraron sólo lo suficiente para que se incorporara medio sentada, crispadas las manos; después se desplomó contra el pecho de Domon, jadeando, y el medallón volvió a ser una simple pieza de plata labrada. Mat casi se había acostumbrado a esa sensación. Detestaba acostumbrarse a eso.

Teslyn también se quedó laxa y casi se desplomó de no ser porque Domon alargó una mano para sujetarla.

—Gracias —dijo ella al cabo de un momento, dando la impresión de que le arrancaban las palabras—, pero no necesito ayuda. —Se valió del costado del carromato para apoyarse y levantarse, mientras la fría mirada Aes Sedai retaba a que cualquiera osara hacer un comentario—. La hoja se desvió al chocar con una costilla y por eso no alcanzó el corazón. Ahora sólo necesita descansar y alimentarse.

No se había parado siquiera para coger una capa, cayó Mat en la cuenta. A un extremo de la estrecha calle, un grupo de mujeres con capas de lentejuelas

observaban paradas delante de una tienda de rayas verdes, las miradas atentas. Al otro extremo, media docena de hombres y mujeres con chaquetas de rayas blancas y polainas ajustadas, acróbatas que actuaban sobre caballos, dirigían miradas a Teslyn y hablaban en susurros juntando las cabezas. Demasiado tarde para preocuparse de que alguien supiera reconocer un rostro Aes Sedai. Demasiado tarde para preocuparse de que uno de ellos reconociera la Curación al verla llevar a cabo. Los dados repicaban en la cabeza de Mat. No se habían parado; el juego aún no había terminado.

—¿Quién la está buscando, Juilin? —preguntó—. ¡Juilin!

El husmeador lanzó otra mirada fulminante a Tuon y a Selucia y le susurró algo a Thera sin dejar de dar palmaditas a la temblorosa mujer.

—Vanin y los Brazos Rojos, y Lopin y Nerim. Olver también. Salió disparado antes de que pudiera cogerlo. Pero en medio de esto... —Dejó de tranquilizar a Thera un momento para hacer un gesto hacia la calle principal. El rumoroso parloteo de voces era audible incluso allí—. Sólo tiene que pillar una de esas capas y podrá escabullirse entre las primeras personas que se marchen. Si intentamos parar a todas las mujeres que lleven echada la capucha o incluso si intentamos mirar dentro, tendremos un tumulto en las manos. Esas personas son susceptibles.

—Una catástrofe —gimió Luca a la par que se arrebujaba en su capa. Latelle lo rodeó con el brazo. Debía de ser como si a uno lo consolara un leopardo, pero, de todos modos, Luca no pareció muy reconfortado.

—¡Luz! ¿Por qué? —gruñó Mat—. ¡Renna, siempre dispuesta a lamerme la maldita muñeca! ¡Pensé que si alguien podría desmoronarse sería...! —Ni siquiera miró a Thera, pero Juilin le dirigió una mirada sombría.

Domon se había puesto de pie, con Egeanin en sus brazos. La mujer se debatió débilmente al principio —la seanchan no era la clase de mujer que se dejara llevar en brazos como una muñeca—, pero al fin pareció darse cuenta de que si se ponía de pie se iría de bruces al suelo. Se recostó en el pecho del illiano con una expresión resentida. Domon se iba a enterar; incluso cuando una mujer necesitaba ayuda, si ella no la quería, te hacía pagar por prestársela.

—Soy la única que conozco su secreto —dijo, arrastrando las palabras, exánime —. La única que podía descubrirla, al menos. Debió de pensar que no corría peligro de volver a casa estando yo muerta.

—¿Qué secreto? —inquirió Mat.

La mujer vaciló por alguna razón y frunció el entrecejo con los ojos puestos en el pecho de Domon. Por último suspiró.

—Renna estuvo atada a la cadena en una ocasión. Y también Bethamin y Seta. Pueden encauzar. O quizás aprender a hacerlo, no lo sé. Pero el *a'dam* funcionó en esas tres. Tal vez funcione con todas las *sul'dam*.

Mat silbó entre dientes. Vaya, eso sí que sería una patada en la cabeza para los

seanchan. Luca y su esposa intercambiaron una mirada desconcertada. Teslyn estaba boquiabierta, la serenidad Aes Sedai barrida de un plumazo por la conmoción. Selucia, sin embargo, emitió un sonido furioso, los azules ojos relampagueantes, y tiró el paquete de telas antes de dar un paso hacia Domon. Un rápido movimiento de dedos de Tuon la frenó en seco, aunque su cuerpo temblaba. La cara de Tuon era una oscura máscara inescrutable; pero no le gustaba lo que había oído. Lógico, si se pensaba que había dicho que entrenaba *damane*. ¡Oh, así lo partiera un rayo! Por si lo demás fuera poco, ¿la mujer con la que iba a casarse también podía encauzar?

El sonido de cascos de caballos anunció la llegada de Harnan y los otros Brazos Rojos avanzando a trote vivo por los estrechos pasos que había entre tiendas y carromatos. Llevaban las espadas envainadas debajo de las capas, y Metwyn una daga casi tan larga como una espada corta; Gorderan portaba su pesada ballesta colgada de la silla, ya tensada y dispuesta. La manivela metida en su cinturón tardaba un minuto en tensar el grueso cable, pero de ese modo sólo tenía que encajar la saeta. Harnan llevaba un arco de caballería de doble curva, con una aljaba repleta de flechas en la cadera. Fergin conducía a *Puntos* por las riendas.

Harnan, con el tosco tatuaje de un halcón en la mejilla, no se molestó en desmontar. Miró a Tuon y a Selucia con recelo, y a Luca y a Latelle casi con el doble de desconfianza; luego se inclinó en la silla.

—Renna robó un caballo, milord —dijo en voz baja—. Atropelló a uno de los mozos de la entrada al salir. Vanin la siguió. Dice que la mujer podría llegar a Coramen a lo largo de esta noche. Hacia allí se dirigía. Se mueve mucho más rápido que los carromatos, pero cabalga a pelo; con suerte, podremos alcanzarla. —Hablaba como si lo de la suerte fuera de cajón. Los hombres de la Compañía confiaban en la suerte de Mat Cauthon más que él mismo.

En realidad no parecían tener muchas opciones. Los dados seguían resonando en su cabeza, así que aún había una posibilidad de que cayeran a su favor. Una posibilidad muy remota. La suerte de Mat Cauthon.

—Pon a tu gente en camino cuanto antes, Luca —dijo mientras montaba en *Puntos*—. Deja el muro de lona y cualquier otra cosa que no se pueda guardar rápidamente en las carretas. Sal pitando.

—¿Te has vuelto loco? —barbotó Luca—. ¡Si intento echar a la gente estallará un tumulto! ¡Y querrán que se les devuelva su dinero!

Luz, el tipo seguiría pensando en el dinero incluso teniendo la cabeza en el tajo del verdugo.

—Pues piensa en lo que se te vendrá encima si un millar de seanchan te encuentran aquí mañana. —Mat habló con toda la frialdad que pudo. Si fracasaba en su intento, los seanchan arrasarían el espectáculo de Luca rápidamente por deprisa que azuzaran a los tiros de caballos con los látigos. Luca también lo sabía a juzgar

por el gesto de la boca, como si acabara de morder una ciruela podrida. Mat dejó de hacer caso del hombre. Los dados resonaban con estruendo en su cabeza, pero aún no se habían parado—. Juilin, deja todo el oro para Luca excepto una buena bolsa. —A lo mejor el tipo podía salir del aprieto con un soborno una vez que los seanchan vieran que él no tenía a su puñetera Hija de las Nueve Lunas—. Reúne a todo el mundo y salid a galope lo antes posible. Cuando hayáis perdido de vista la ciudad, internaos en el bosque. Yo os encontraré.

—¿A todos? —Juilin guareció con su cuerpo a Thera e hizo un gesto seco con la cabeza en dirección a Tuon y Selucia—. Dejad a esas dos en Jurador y puede que los seanchan se conformen con recuperarlas. Al menos los frenará un poco. No habéis dejado de repetir que las soltaríais antes o después.

Mat buscó los ojos de Tuon. Enormes y límpidos ojos oscuros en un rostro sereno e inexpresivo. Se había echado la capucha hacia atrás un poco, de modo que Mat le veía la cara perfectamente. Si la dejaba atrás, entonces la chica no podría pronunciar las palabras; o si lo hacía, él se encontraría demasiado lejos para que eso importara. Si la dejaba atrás, jamás descubriría por qué esbozaba esas misteriosas sonrisas o qué se escondía detrás del misterio. ¡Luz, era un estúpido! *Puntos* pateó el suelo con impaciencia.

—Todo el mundo —dijo. ¿Había asentido levemente Tuon, como para sí misma? ¿Por qué había asentido?—. Vamos —le dijo a Harnan.

Tuvieron que llevar al paso a los caballos entre la multitud para salir del recinto, pero tan pronto como llegaron a la calzada Mat puso a galope a *Puntos*, con la cabeza agachada para que el sombrero no se le volara y con la capa ondeando tras él. No era un paso que pudiera mantener un caballo mucho tiempo. La calzada serpenteaba entre colinas y atravesaba serrijones de manera esporádica cuando el cerro no era demasiado alto. Cruzaron arroyos someros levantando rociadas de agua y pasaron estruendosamente puentes bajos de madera que salvaban corrientes más profundas. Empezaron a aparecer de nuevo árboles en las laderas, pinos y cipreses que resaltaban con su verde entre las ramas desnudas de las especies caducas. En algunas colinas se veían granjas, casas de piedra bajas con techados de tejas y graneros más altos, y de vez en cuando una aldehuela de ocho o diez viviendas.

A unos cuantos kilómetros del espectáculo, Mat divisó a un hombre grueso que marchaba un poco más adelante, sentado en la silla como un saco de sebo. Montaba un pardo patilargo que engullía kilómetros a un trote regular. Se suponía que un cuatrero tenía ojo para elegir un buen caballo. Al escuchar el ruido de los cascos, Vanin miró hacia atrás, pero sólo aminoró la marcha, no se paró. Mal asunto.

Cuando Mat se situó con *Puntos* al lado del pardo, Vanin escupió.

—Lo mejor que puede pasar es que encontremos reventado su caballo y así podría seguirle el rastro a pie a partir de ese punto —masculló—. Avanza más deprisa de lo

que supuse, al ir montada a pelo. Si apretamos, tal vez podamos alcanzarla al anochecer. Si su caballo no da un traspié o no se muere, será más o menos la hora en que esté llegando a Coramen.

Mat levantó la cabeza para mirar el sol, que casi había alcanzado el cenit. Era un largo trecho por recorrer en menos de medio día. Si daban media vuelta, se encontrarían a una buena distancia, pasada Jurador, para la puesta del sol, en compañía de Thom, Juilin y los demás. Con Tuon. Con los seanchan sabiendo que tenían que dar caza a Mat Cauthon. El hombre que había raptado a la Hija de las Nueve Lunas no tendría tanta suerte para salir del trance siendo hecho *da'covale* solamente. Y en algún momento del día siguiente o al otro, pondrían la cabeza de Luca en una pica. La de Luca y la de Latelle, y las de Petro y Clarine y los demás. Un bosque de estacas de empalar. Los dados resonaban y brincaban dentro de su cabeza.

—Podemos conseguirlo —dijo. No tenían otra opción.

Vanin escupió.

Sólo había una forma de cubrir velozmente a caballo un gran trecho de terreno si uno quería llegar al final montado en un caballo vivo. De modo que condujeron a los animales al paso durante un kilómetro y después al trote otro kilómetro. Otro tanto a trote rápido y a continuación a galope, para después volver al paso. El sol empezó a descender y los dados seguían rodando. Bordearon colinas escasamente arboladas y salvaron crestas de cerros coronadas por vegetación. Arroyos que podían cruzarse en tres pasos y que apenas mojaban los cascos de los caballos, y corrientes de treinta pasos de anchura, con puentes rectos de madera o a veces de piedra. El sol se iba hundiendo más y más hacia el horizonte y los dados rodaban más y más deprisa. Casi habían llegado al Eldar y no había señales de Renna salvo raspones en la endurecida tierra del camino que Vanin señalaba como si fueran postes indicadores.

—Nos estamos acercando —murmuró el hombre gordo, aunque no parecía contento.

Entonces rodearon una colina y vieron otro puente bajo más adelante. Pasado éste, la calzada giraba hacia el norte para cruzar el siguiente serrijón por un collado. El sol, rozando las crestas de los cerros, les daba de lleno en los ojos. Coramen se encontraba al otro lado de esos montes. Mat se caló el sombrero para resguardarse los ojos y escudriñó la calzada buscando a una mujer, a alguien, montado o a pie, y se le cayó el alma a los pies.

Vanin maldijo y señaló.

Un zaino cubierto de sudor y espuma subía por la ladera al otro lado del río mientras una mujer le taconeaba los flancos, apremiándolo a seguir. Renna debía de haber estado ansiosa por llegar hasta los seanchan para no haberse apartado de la calzada. Debía de encontrarse a unos doscientos pasos de distancia, pero habría dado igual que estuviera a doscientos kilómetros. Su montura se hallaba al borde del

colapso, pero la mujer podía desmontar y llegar corriendo a la vista de las guarniciones antes de que la alcanzaran. Sólo tenía que llegar a lo alto del collado, unos quince metros más arriba.

—¿Milord? —dijo Harnan, que tenía una flecha encajada en la cuerda y el arco medio levantado. Gorderan sostenía la pesada ballesta contra su hombro, con una gruesa saeta metida en la ranura.

Mat sintió que algo parpadeaba vacilante y moría en su interior. No sabía qué. Algo. Los dados resonaban atronadores.

—Disparad —ordenó.

Quiso cerrar los ojos. La ballesta emitió un ruido seco; la saeta trazó una línea negra en el aire. Renna cayó hacia adelante cuando se hincó en su espalda. Casi había conseguido erguirse, apoyándose en el cuello del zaino, cuando la flecha de Harnan la alcanzó.

Lentamente, se desplomó del caballo, cayó rodando por la cuesta, rebotando por encima de los retoños de árbol, girando más y más deprisa hasta que frenó con un chapoteo en el arroyo. Durante un instante, flotó boca abajo contra la orilla y entonces la corriente la arrastró y se la llevó, la falda inflada sobre la superficie. Flotó lentamente hacia el Eldar. Quizá, con el tiempo, llegaría al mar. Y con ella eran tres. El hecho de que los dados hubieran dejado de rodar casi carecía de importancia. Con ella eran tres. «Nunca jamás —pensó mientras Renna se perdía de vista en un recodo del arroyo—. Aunque signifique mi muerte, nunca jamás.»

De vuelta hacia el este no apremiaron a los caballos. No tenía sentido y Mat se sentía exhausto. Aun así no se pararon, salvo para dar un respiro a los caballos y para que bebieran. Nadie tenía ganas de hablar.

Era de madrugada cuando llegaron a Jurador, la ciudad una oscura masa con las puertas cerradas a cal y canto. Unas nubes ocultaban la luna. Sorprendentemente, la pared de lona del espectáculo de Luca seguía en su sitio, más allá de la población. Y con un par de hombres musculosos, envueltos en mantas y roncando debajo del gran cartel, vigilando la entrada. Incluso desde la calzada, en la oscuridad, resultaba obvio que las carretas y las tiendas llenaban el recinto al otro lado de la pared de lona.

—Al menos puedo decirle a Luca que no tendrá que huir después de todo —comentó Mat con cansancio mientras giraba a *Puntos* hacia el cartel—. Quizá nos deje un hueco para dormir unas cuantas horas.

Por todo el oro que le había entregado, Luca tendría que prestarles su propio carromato; pero, conociéndolo, Mat esperaba poder disponer de un montón de paja limpia en alguna parte. Al día siguiente se pondrían en marcha para encontrarse con Thom y los demás. Y con Tuon. Al día siguiente, cuando hubiera descansado.

Lo esperaba una sorpresa de aúpa dentro del amplio carromato de Luca. Era realmente espacioso, considerando que era un carromato, y tenía una mesa estrecha

colocada en el centro y hueco para caminar alrededor de ella. Mesa, estanterías y armarios, todos bien pulidos hasta sacarles brillo. Tuon se encontraba sentada en una silla dorada —¡Luca tenía que poseer una silla, y encima dorada, cuando todos los demás habían de conformarse con banquetas!—, con Selucia de pie a su espalda. Un sonriente Luca observaba cómo Latelle le ofrecía a Tuon una bandeja con pastelillos recién hechos, todavía humeantes, que la diminuta joven examinaba como si de verdad fuera a comer algo cocinado por la esposa de Luca.

Tuon no se sorprendió lo más mínimo al ver entrar a Mat en el carromato.

—¿Se la ha capturado o ha muerto? —preguntó mientras cogía un pastelillo con los dedos curvados de aquella manera grácil.

—Ha muerto —repuso en tono cansino—. Luca, en nombre de la Luz, ¿por qué...?

—¡Te lo prohíbo, Juguete! —espetó Tuon mientras le apuntaba con el índice—. ¡Te prohíbo que lamentes la muerte de una traidora! —Suavizó ligeramente el tono de voz, aunque lo mantuvo firme—. Merecía la muerte por traicionar al imperio, y te habría traicionado a ti con igual facilidad. Era lo que intentaba, traicionarte. Lo que hiciste fue justo y lícito, y así lo determino. —Su tono indicaba que, si calificaba algo, la definición era correcta e indiscutible. Mat apretó los párpados un momento.

—¿Siguen todos los demás aquí? —demandó.

—Por supuesto —repuso Luca que seguía sonriendo como un cretino—. La señora... la Augusta Señora, disculpadme, Augusta Señora. —Hizo una profunda reverencia—. Habló con Merrilin y Sandar, y... Bien, ya ves cómo fue la cosa. Una mujer muy persuasiva, la señora. La Augusta Señora. Cauthon, respecto a mi oro, ordenaste que me lo entregaran, pero Merrilin dijo que antes me rajaría el cuello y Sandar amenazó con partirme la cabeza y... —Enmudeció ante la mirada intensa de Mat y después volvió a sonreír de oreja a oreja—. ¡Mira lo que me dio la señora! —Abrió la puertecilla de uno de los armarios y sacó un papel doblado que sostuvo reverentemente con las dos manos. Era un papel grueso y blanco como la nieve; caro —. Una autorización. Sin sellar, claro, pero firmada. El Gran Espectáculo Ambulante y Magnífica Exhibición de Maravillas y Portentos de Valan Luca está ahora bajo la protección personal de la Augusta Señora Tuon Athaem Kore Paendrag. Todo el mundo sabrá lo que eso significa, claro. Podría viajar a Seanchan. ¡Podría representar mi espectáculo para la emperatriz! Así viva para siempre —se apresuró a añadir haciendo otra reverencia a Tuon.

«Todo en vano», pensó sombríamente Mat. Se dejó caer en una de las camas y apoyó los codos en las rodillas, con lo que se ganó una mirada harto significativa de Latelle. ¡Seguramente sólo la presencia de Tuon la frenó de soltarle un tortazo!

Tuon alzó una mano con gesto perentorio, una muñeca negra de porcelana pero una reina de la cabeza a los pies a despecho del vestido grande en exceso.

—No usaréis eso salvo en caso de necesidad, maese Luca. ¡Una imperiosa necesidad!

—Por supuesto, Augusta Señora, por supuesto. —Luca se inclinó una y otra vez como si fuera a besar las tablas del suelo en cualquier momento.

¡Todo en vano!

—Hice mención específica de quiénes no están bajo mi protección, Juguete. —Tuon dio un mordisco al pastelillo y se limpió delicadamente una miga de los labios con el dedo—. ¿Imaginas qué nombre encabeza esa lista? —Sonrió. No era una sonrisa maliciosa. Otra de esas sonrisas suyas, para sí misma, de regocijo o de placer por algo que él ignoraba. Súbitamente reparó en algo. Llevaba prendido en el hombro el pequeño ramillete de capullos de rosa de seda que le había regalado.

A despecho de sí mismo, Mat se echó a reír. Tiró el sombrero al suelo y rió sin poder parar. ¡Tanto esfuerzo, tanto intentarlo, y no conocía a esa mujer en absoluto! ¡Ni pizca! Rió hasta que le dolieron las costillas.

30. Lo que puede hacer la Vara Juratoria

En la distancia, la Torre Blanca quedaba perfectamente perfilada por el sol que se alzaba en el horizonte, pero el frío de la noche anterior parecía estar incrementándose y, por los grises nubarrones que surcaban el cielo, amenazaba nevar. El invierno iba declinando, pero se había prolongado más allá de la época en la que debería haber empezado la primavera. Los sonidos matinales penetraban en la tienda de Egwene a pesar de encontrarse apartada de cuanto había a su alrededor. El campamento parecía bullir. Los braceros estarían acarreando agua desde los pozos y llevando más acopio de leña y carbón en carros. Las sirvientas estarían recogiendo los desayunos de las hermanas, y las novicias del segundo turno del comedor correrían hacia allí para dar cuenta de los suyos mientras que las del primero y el tercero se dirigirían a sus clases. Era un día trascendental aunque ninguna de ellas lo supiera. Seguramente, a lo largo de la jornada se llegaría al final de las negociaciones espurias que se llevaban a cabo alrededor de una mesa en un pabellón instalado al pie del puente que conducía a Tar Valon, en Darein. Espurias por ambas partes. Los asaltantes de Elaida continuaban atacando con impunidad al otro lado del río. En cualquier caso, la de ese día sería la última reunión durante un tiempo.

Egwene miró su desayuno, suspiró y quitó una motita negra de las humeantes gachas de avena; se limpió los dedos en una servilleta de lino sin examinarlo con suficiente detenimiento para confirmar que era un gorgojo. Si no se sabía con seguridad, entonces una se preocupaba menos de lo que quedaba en el cuenco. Se metió una cucharada en la boca e intentó concentrarse en el dulzor de las finas rodajas de albaricoque seco que Chesa había mezclado en la masa. ¿Había crujido algo entre sus dientes?

—«Todo alimenta y llena el estómago, así que no lo pienses», que solía decir mi madre —murmuró Chesa como si hablara consigo misma.

Era su forma de aconsejar a Egwene, sin sobrepasar la línea entre señora y doncella. Al menos la aconsejaba cuando Halima no se hallaba presente, y la otra mujer se había marchado temprano esa mañana. Chesa estaba sentada en uno de los baúles de ropa por si acaso Egwene quería algo o necesitaba que le hiciera un recado, pero de vez en cuando sus ojos se desviaban hacia el montón de ropa que había que llevar a las lavanderas. No le importaba zurcir o remendar delante de Egwene; pero, a su modo de ver, separar prendas para la colada habría sido traspasar esa línea.

Egwene borró la mueca de asco y estaba a punto de decir a la mujer que fuera a desayunar —Chesa consideraba otra infracción comer delante de ella—, pero cuando abría la boca entró Nisao en la tienda envuelta en el brillo del *Saidar*. Antes de que las solapas se cerraran, Egwene vislumbró a Sarin, el calvo, cachigordo y barbinegro Guardián de Nisao. La menuda hermana llevaba retirada la capucha, colocada

cuidadosamente sobre los hombros de manera que se viera el terciopelo amarillo del forro, pero se arrebujaba en la capa como si sintiera un frío intenso. No dijo nada, limitándose a dirigir una penetrante mirada a Chesa. Ésta esperó a que Egwene asintiera con la cabeza para recoger su capa y salir con premura. No vería el brillo del Poder, pero sabía cuándo su señora quería intimidad.

—Kairen Stang ha muerto —dijo sin preámbulos Nisao. Su semblante aparecía sosegado, su voz sonaba firme; y gélida. Tan baja como para que Egwene pareciera alta a su lado, se erguía como esforzándose para ganar algún centímetro más. Nisao no solía hacer eso—. Siete hermanas ya habían hecho resonancias antes de que llegase yo. No cabe duda de que la mataron con *Saidin*. Tenía el cuello roto. Destrozado. Era como si se lo hubieran retorcido una vuelta completa. Al menos fue rápido. —Nisao inhaló profunda y temblorosamente, y entonces cayó en la cuenta de lo que había hecho y se irguió aún más derecha—. Su Guardián está sufriendo los efectos del asesinato. Alguien le dio un brebaje de hierbas para que se durmiera, pero cuando despierte habrá problemas para manejarlo. —No dio su habitual inflexión despectiva como Amarilla al mencionar las hierbas, lo que indicaba el grado de su conmoción por muy tranquilo que estuviera su semblante.

Egwene soltó la cuchara en la mesita y se recostó en la silla, que de repente ya no le parecía cómoda. Ahora la siguiente mejor después de Leane era Bode Cauthon. Una novicia. Trató de no pensar qué más era Bode. Con unos días más de práctica, Bode habría podido realizar el trabajo casi tan bien como lo habría hecho Kairen. Casi. Sin embargo, no mencionó ese tema. Nisao sabía algunos secretos, pero no todos.

—Anaiya y ahora Kairen. Las dos del Ajah Azul. ¿Sabes si había alguna otra conexión entre ellas?

—No. —Nisao sacudió la cabeza—. Anaiya llevaba siendo Aes Sedai cincuenta o sesenta años cuando Kairen llegó a la Torre, según recuerdo. Tal vez tenían amistades comunes. No lo sé, madre. —Su voz sonaba cansada y sus hombros se hundieron ligeramente. Sus sigilosas pesquisas sobre la muerte de Anaiya no la habían conducido a ninguna parte y debía de haber imaginado que Egwene iba a añadir el caso de Kairen.

—Investígalo —ordenó Egwene—. Con discreción. —Este segundo asesinato iba a causar bastante revuelo para que ella lo agravara más. Estudió a la otra mujer durante unos segundos. Nisao habría intentado justificarse con los hechos o afirmar que había dudado desde el principio, pero hasta entonces siempre había sido modelo de la seguridad y absoluta certeza del Ajah Amarillo. Pero no ahora—. ¿Hay muchas hermanas abrazando el *Saidar*?

—He visto varias, madre —respondió fríamente Nisao, que alzó la barbilla en un gesto rayano en el desafío. Sin embargo, al cabo de un momento, el brillo que la

envolvía se apagó. Se ajustó la capa, como si de repente hubiera perdido calor—. Dudo que le hubiera servido de algo a Kairen. Su muerte fue demasiado repentina. Aun así, hace que una se sienta más... segura.

Una vez que la menuda mujer se hubo marchado, Egwene se quedó sentada removiendo las gachas con la cuchara. No vio más motitas negras, pero había perdido el apetito. Finalmente, se levantó, se puso al cuello la estola de siete colores y se echó la capa sobre los hombros. No podía dejarse vencer por el pesimismo, y ese día menos que nunca. Debía seguir exactamente la rutina marcada, ese día más que nunca.

Fuera, los carros de altas ruedas avanzaban traqueteando por las heladas rodadas de las calles del campamento, cargados con barriles de agua o montones de leña partida y sacos de carbón; los conductores y los tipos que iban montados detrás se arrebujaban en las capas para combatir el frío. Como siempre, familias de novicias marchaban presurosas por las aceras de tablas, por lo general arreglándoselas para hacer reverencias a las Aes Sedai con las que se cruzaban sin aflojar el paso. La inobservancia de saludar con el debido respeto a una hermana podía castigarse con unos azotes de vara, pero también se castigaba igual el llegar tarde a las clases, y las maestras por lo general eran menos tolerantes que las Aes Sedai con las que se cruzaban, que al menos podían tener en cuenta los motivos de que una novicia pasara a su lado a todo correr.

Ni que decir tiene que las mujeres de blanco aún se apartaban de un brinco al ver la estola de rayas que asomaba bajo la capucha de Egwene, pero ésta se negó a que las novicias le agriaran el humor —más de lo que ya lo tenía— con sus precipitadas reverencias que las hacían resbalar en la helada calle, a punto de caer a veces antes de que sus primas las sujetaran. «Primas» era como los miembros de la misma familia habían dado en llamarse entre sí, y de algún modo eso parecía haber estrechado sus relaciones, como si estuvieran emparentadas realmente y fuesen primas de verdad. Las que sí la ponían de mal humor eran las pocas Aes Sedai que veía en las calles, deslizándose por las aceras de tablas en medio de una constante sucesión de reverencias. Sólo vio alrededor de una docena, pero tres de cada cuatro iban envueltas en el brillo del Poder además de la capa. Las más de las veces caminaban en parejas, seguidas por todos los Guardianes que tuvieran. También parecían estar alertas, tanto si las rodeaba el *Saidar* como si no, y las capuchas se giraban de un lado a otro constantemente para observar a cualquiera que tuvieran a la vista.

Le recordaba la vez que se desató una epidemia de fiebres tíficas en Dos Ríos y todo el mundo salía a la calle con un pañuelo empapado de brandy presionado contra la nariz —Doral Barran, la Zahorí de entonces, había dicho que eso ayudaría a prevenir el contagio—, todos con el pañuelo y vigilándose entre sí para ver quién sería el siguiente al que le saldrían las manchas y caería enfermo. Murieron once

personas antes de que la enfermedad llegara a su término, pero no fue hasta un mes después de que la última persona hubo caído enferma cuando la gente dejó a un lado los pañuelos. Durante mucho tiempo había asociado el olor del brandy con el miedo. Casi podía olerlo ahora. Dos hermanas habían sido asesinadas entre ellas por un hombre que encauzaba, por no mencionar que al parecer se movía como Pedro por su casa. El miedo se estaba contagiando entre las Aes Sedai con más rapidez que las fiebres tíficas.

La tienda que utilizaba como estudio ya estaba caldeada cuando llegó; el brasero emitía un aroma a rosas. Las lámparas de pie y la de la mesa se habían encendido. Su rutina era bien conocida. Colgó la capa en la percha del rincón y tomó asiento detrás del escritorio agarrando en un gesto automático la pata inestable de la silla que siempre tendía a plegarse. Sólo tenía que seguir la rutina. Al día siguiente anunciaría lo que se había llevado a cabo.

Su primera visita fue una sorpresa mayúscula, quizá la última mujer que esperaba ver entrar en la tienda. Theodrin era una Marrón esbelta de mejillas sonrosadas, una domani de tez cobriza con un rictus tenaz en los labios. En tiempos, siempre parecía pronta a la sonrisa. Se deslizó sobre las alfombras desgastadas y se aproximó hasta casi rozar el escritorio con los flecos del chal. Mientras hacía una reverencia totalmente protocolaria, Egwene extendió la mano izquierda para que le besara el anillo de la Gran Serpiente. A la formalidad se respondía con formalidad.

—Romanda querría saber si le es posible reunirse con vos hoy, madre —dijo la esbelta Marrón. Suavemente, pero también se percibía, soterrado, un dejo testarudo en su voz.

—Dile que la recibiré cuando quiera, hija —contestó Egwene, prudente. Theodrin hizo otra reverencia sin cambiar de expresión.

De camino a la salida, la Marrón se cruzó con una de las Aceptadas, que entró en la tienda mientras se retiraba la capucha blanca bordeada con rayas. Emara era muy delgada y tan baja como Nisao. Daba la impresión de que un viento fuerte la haría volar, aunque trataba con mano firme a las novicias puestas a su cargo; más firme que muchas hermanas. Claro que también era exigente consigo misma, y supuestamente la vida de una novicia debía ser esforzada. Los grises ojos de Emara se desviaron hacia los flecos del chal de Theodrin y sus labios se curvaron en un gesto desdeñoso, que borró al punto para extender la nívea falda en una reverencia dirigida a Egwene. Las mejillas de Theodrin se encendieron.

Egwene dio un seco y fuerte palmetazo en la mesa que hizo repicar el tintero y la salvadera.

—¿Has olvidado la debida cortesía para con una Aes Sedai, pequeña? —inquirió duramente.

Emara se puso pálida —después de todo, la Amyrlin se había ganado cierta

reputación—, y de inmediato hizo una profunda reverencia a Theodrin, que respondió con un rígido asentimiento de cabeza antes de abandonar la tienda con pasos mucho más rápidos que al entrar.

El recado que Emara transmitió balbuciendo y en un acento illiano más acentuado por el nerviosismo era una petición de Lelaine para reunirse con la Amyrlin. En tiempos, Romanda y Lelaine no habían hecho gala de tanta formalidad, y aparecían en la tienda sin anunciarse y cuando se les antojaba, pero la declaración de guerra a Elaida había cambiado mucho las cosas. No todo, pero sí lo suficiente para conformarse de momento. Egwene transmitió la misma contestación a Lelaine que la dada a Romanda, aunque en un tono más cortante, y Emara estuvo a punto de caerse al hacer la reverencia, tras lo cual salió de la tienda prácticamente corriendo. Otro paso dado para reafirmar la leyenda de Egwene al'Vere, la Sede Amyrlin que hacía que Sereille Bagand pareciera blanda como una almohada de plumas en comparación.

Tan pronto como la Aceptada se hubo marchado, Egwene alzó la mano y miró con el entrecejo fruncido lo que había estado tapando; una hoja de papel doblada en cuatro que Theodrin había depositado en el escritorio mientras le besaba el anillo. El ceño se acentuó cuando lo desdobló. La escritura que cubría la hoja era fluida a la par que precisa, pero en un borde había una mancha de tinta. Y Theodrin era muy pulcra con sus escritos. Quizás estaba intentando ajustarse a la idea generalizada que se tenía de las Marrones.

> «Romanda ha enviado a dos hermanas a Cairhien mediante el Viaje para investigar cierta historia que tiene alborotadas a las Asentadas Amarillas. Ignoro de qué se trata, madre, pero me enteraré. Oí que una de ellas mencionaba a Nynaeve, no como si se encontrara en Cairhien, sino como si el rumor estuviera relacionado con ella de algún modo.»

¡La muy necia había firmado la nota!

—¿Qué es eso, madre?

Egwene dio un brinco de sobresalto y consiguió por muy poco sujetar la pata de la silla antes de que se plegara y diera con sus huesos en la alfombra. Después enfocó su ceño en Siuan, que acababa de entrar en la tienda con el chal de flecos azules sobre los brazos y las carpetas de cuero apoyadas estrechamente contra el pecho. Las cejas de la mujer se enarcaron un tanto al ver el sobresalto de Egwene.

—Lee —dijo, irritada, mientras le tendía el papel. ¡No era buen momento para sobresaltarse ni ponerse nerviosa!—. ¿Te has enterado de lo de Kairen? —Sí, tenía que saberlo, por supuesto, pero aun así Egwene añadió—: ¿Has hecho los cambios necesarios? —Los cambios necesarios. Luz, hablaba de forma tan pomposa como Romanda. Estaba tensa. Sólo en el último momento se acordó de abrazar el *Saidar* y

tejer una salvaguardia contra oídos indiscretos; y sólo después de que la salvaguardia estuvo colocada se le ocurrió que tal vez ese día no era el mejor momento para que alguien pensara que tenía asuntos que tratar con Siuan en privado.

Siuan no estaba nerviosa. Había capeado tempestades. Y algunos dirían que se las había ingeniado para salir a flote y no ahogarse. Para ella, aquél era sólo un día ventoso.

—No hace falta hasta que sepamos con seguridad lo de los botes, madre —repuso sosegadamente mientras dejaba las carpetas en el escritorio y las encuadraba con precisión entre el tintero y la salvadera—. Cuanto menos tiempo tenga Bode de pensarlo, menos oportunidad habrá de que le entre el pánico. —Tranquila como el agua de un estanque. Ni siquiera el asesinato de dos hermanas alteraba a Siuan. Ni tampoco reemplazar a una de ellas con una novicia inscrita hacía pocos meses. No obstante, arrugó la frente a medida que leía la nota.

»Primero, Faolain se esconde —gruñó sin quitar los ojos del papel— y ahora Theodrin os entrega esto a vos en lugar de a mí. ¡Esa necia muchacha tiene menos seso que un pájaro bobo! Se diría que lo que quiere es que alguien descubra que no pierde de vista a Romanda por encargo vuestro. —No perder de vista. Un modo muy educado de intitular «espiar». Las dos tenían mucha práctica en el uso de eufemismos. Eso iba con ser Aes Sedai. Pero ese día los eufemismos crispaban a Egwene.

—Quizás es lo que quiere. Quizás está harta de que Romanda le diga lo que ha de hacer, lo que ha de decir, lo que ha de pensar. Hace unos minutos he tenido aquí a una Aceptada que miró con sorna el chal de Theodrin, Siuan.

—Romanda intenta mandar a todo el mundo —comentó Siuan mientras hacía un gesto desestimando el tema—. Y lo que tiene que pensar. En cuanto al resto, las cosas cambiarán cuando Theodrin y Faolain puedan prestar juramento sobre la Vara Juratoria. No creo que nadie insista realmente en que se les haga pasar la prueba para alcanzar el chal a estas alturas. Hasta entonces, tendrán que tomar las cosas como vengan.

—Eso no es suficiente, Siuan. —Egwene consiguió mantener el tono sereno, pero le costó. Como poco, había sospechado en lo que estaba metiendo a esas dos cuando les ordenó que se implicaran con Romanda y Lelaine. Había sido necesario saber lo que las dos Asentadas maquinaban, y todavía necesitaba saberlo, pero tenía una obligación para con ellas. Habían sido las primeras en jurarle lealtad y por iniciativa propia. Amén de...—. Muchas de las cosas dichas de Theodrin y Faolain también pueden decirse de mí. Si cualquier Aceptada puede faltarles al respeto... —Bueno, en cuanto a eso no temía que le ocurriera a ella, pero las hermanas eran otro cantar, en especial las Asentadas—. Siuan, no albergo la menor esperanza de unificar la Torre si las Aes Sedai dudan de mi capacidad.

Siuan resopló sonoramente.

—Madre, a estas alturas hasta Lelaine y Romanda saben que sois realmente la Sede Amyrlin, tanto si lo admiten como si no. Esas dos no habrían acatado ni la dirección de Deane Aryman. Creo que empiezan a veros como otra Edarna Noregovna.

—Puede ser —repuso Egwene con frialdad. Deane estaba considerada la salvadora de la Torre Blanca después del desastre de Bonwhin con Artur Hawkwing. A Edarna se la tenía por la mujer más hábil políticamente que jamás hubiera llevado la Vara y la Estola. Ambas habían sido unas Amyrlin muy fuertes—. Pero, como tú misma me has enseñado, he de asegurarme de no acabar como Shein Chunla.

Shein había empezado como una Amyrlin fuerte, dirigiendo con firmeza la Torre y la Antecámara, y había acabado como una marioneta que hacía exactamente lo que le mandaban. Siuan asintió en señal de aprobación y conformidad. Era cierto que le estaba enseñando a Egwene la historia de la Torre y a menudo sacaba a colación Sedes Amyrlin que habían dado un paso en falso con consecuencias funestas. Incluida ella misma.

—Sin embargo, esto es harina de otro costal —rezongó Siuan mientras daba golpecitos a la nota contra sus dedos—. Cuando le ponga las manos encima a Theodrin, va a desear ser una novicia. ¡Y Faolain! ¡Si creen que pueden achantarse ahora, juro que las destriparé a las dos como a unos gruñidores de puerto!

—¿A quién vas a destripar? —preguntó Sheriam mientras atravesaba la salvaguardia en medio de una ráfaga de viento frío.

De nuevo, faltó poco para que Egwene se cayera de la banqueta. Necesitaba conseguir otra que no tendiera a plegarse cada vez que ella se movía. Apostaría a que Edarna jamás había brincado como si le hubiesen metido un espino por la espalda.

—A nadie que te importe —contestó con calma Siuan mientras acercaba la hoja de papel a una de las llamas de la lámpara de la mesa. Ardió raudamente, hasta donde la sujetaba con los dedos, y después la estrujó entre las manos y sacudió las cenizas. Sólo Egwene, Siuan y Leane sabían la verdad sobre Faolain y Theodrin. Y las propias dos hermanas, por supuesto. Aunque había muchas cosas que tampoco sabía ninguna de ellas.

Sheriam acogió el desaire con ecuanimidad. La mujer pelirroja parecía completamente recuperada de su desmoronamiento en la Antecámara. Al menos había recobrado casi todo su aire de dignidad. Dio la impresión de que sus rasgados ojos reflejaban cierta tensión al ver cómo Siuan quemaba la nota, y tocó la estrecha estola azul que llevaba en los hombros como para recordarse que la prenda seguía allí. No tenía que aceptar órdenes de Siuan —al final, la medida de poner a su Guardiana en esa posición le había parecido demasiado rigurosa a Egwene—, pero Sheriam sabía muy bien que Siuan tampoco tenía que aceptar sus órdenes. Cosa que

tenía que irritarla, ahora que Siuan estaba tan por debajo de ella en el Poder, como debía de irritarla saber que había secretos de los que no tenía conocimiento. Sin embargo, Sheriam tendría que asumirlo.

También traía un papel, que puso sobre el escritorio, delante de Egwene.

—Me encontré con Tiana de camino aquí, madre, y me dijo que os entregara esto.

«Esto» era el informe diario de las fugitivas, aunque ya no se hacía cada día, ni siquiera cada semana, desde que se había organizado a las novicias en familias. Las primas se apoyaban entre sí para superar frustraciones y lágrimas, y conseguían convencerse unas a otras para no cometer el tremendo error de escaparse. Sólo un nombre aparecía en la página: el de Nicola Sotomonte.

Egwene suspiró y soltó el papel. Había imaginado que el ansia de aprender de Nicola la habría retenido allí por muy frustrada que se sintiera. Aun así, no podía afirmar que lamentara perderla de vista. Nicola era maquinadora y falta de escrúpulos, dispuesta a intentar chantajear o hacer cualquier cosa que creyera que redundaría en su favor. Probablemente había contado con ayuda. Areina no habría puesto ninguna pega a robar caballos para huir las dos.

De pronto, la fecha escrita junto al nombre atrajo su mirada. De hecho, dos fechas, marcadas con interrogantes. Rara vez se ponían los nombres de los meses, cuanto menos el día del mes, salvo en documentos oficiales y tratados. «Firmado, sellado y atestiguado en la ciudad de Illian el duodécimo día de Saven, en el Año de Gracia...» Así como en informes de esta índole y al inscribir el nombre de una mujer en el libro de novicias. Para cosas corrientes era suficiente con poner «tantos días antes o después de tal festividad». Las fechas por escrito siempre le resultaban un poco raras. Tuvo que contar con los dedos para estar segura de lo que veía.

—Nicola huyó hace tres o cuatro días, Sheriam, ¿y Tiana lo informa ahora? ¿Ni siquiera sabe con certeza si han sido tres o cuatro días?

—Las primas de Nicola la encubrieron, madre. —Sheriam sacudió pesarosamente la cabeza, pero, cosa extraña, hubo un atisbo de sonrisa que parecía divertida. O incluso admirada—. No por cariño; al parecer, se alegraron de ver marchar a la pequeña y temían que se la hiciera regresar. Era muy petulante a costa de su Talento de la Predicción. Me temo que Tiana está muy enfadada con ellas. Ninguna podrá sentarse cómodamente en sus clases hoy, o puede que en unos cuantos días. Tiana dice que tiene intención de darles una ración de correa cada mañana en lugar de desayuno hasta que se encuentre a Nicola. No obstante, creo que cederá. Al haberse descubierto la huida de Nicola con tanto retraso, tal vez se tarde un tiempo en localizarla.

Egwene se encogió ligeramente. Recordaba muy bien sus visitas al estudio de la Maestra de Novicias, cargo que entonces ocupaba la misma mujer que se encontraba ahora delante de ella. Sheriam tenía un brazo fuerte. Una tanda diaria sería tremendo.

Pero ocultar la huida de una fugitiva era más serio que salir a hurtadillas después de hora o hacer una travesura. Apartó el informe a un lado.

—Tiana llevará el asunto como crea conveniente —declaró—. Sheriam, ¿ha habido algún cambio en lo que hablan las hermanas sobre mi sueño? —Había revelado su sueño sobre un ataque seanchan a la mañana siguiente de tenerlo, y las mujeres a quienes se lo contó la miraron con apatía, al parecer debido a lo reciente de la muerte de Anaiya. Eso había conmocionado a todo el mundo.

En lugar de responder, Sheriam carraspeó y se alisó la falda.

—Puede que no estéis al tanto de ello, madre, pero una de las primas de Nicola es Larine Ayellan. De Campo de Emond —añadió, como si Egwene no lo supiera de sobra—. Nadie pensaría que mostráis favoritismo si perdonaseis a toda la familia. Tanto si transige como si no, Tiana está dispuesta a ser muy dura con ellas entretanto. Lo pasarán mal.

Egwene se recostó —despacio, por la pata inestable de la silla—, y miró a la otra mujer con el ceño fruncido. Larine tenía casi su misma edad y habían sido amigas íntimas a lo largo de la adolescencia. Habían pasado horas juntas, cotorreando y practicando con el trenzado del cabello para cuando el Círculo de Mujeres dijera que habían llegado a la edad. A despecho de eso, Larine había sido una de las pocas chicas de Campo de Emond que pareció aceptar que Egwene fuera realmente la Sede Amyrlin, aunque su modo de demostrarlo fue guardando las distancias. Empero, ¿es que Sheriam pensaba que actuaría con favoritismo? Hasta Siuan parecía sorprendida.

—Precisamente tú, Sheriam, deberías saber que la disciplina de las novicias es competencia de la Maestra de Novicias. A menos que se maltrate a la chica, por supuesto, y no es eso lo que has sugerido. Además, si Larine cree que puede hoy salir de rositas por ayudar a una fugitiva... ¡ayudar a una fugitiva, Sheriam!... ¿qué pensará que puede hacer mañana sin que se la castigue? Alcanzará el chal si tiene agallas para asumirlo y perseverar en su propósito. No la empujaré hacia un camino que lleva a su expulsión por mal comportamiento. Bien. ¿Qué dicen de mi sueño?

Los rasgados ojos de Sheriam parpadearon y se volvieron hacia Siuan. Luz, ¿esa mujer creía que se mostraba dura porque Siuan estaba presente?, ¿porque Siuan podría ir con cuentos por ahí? Debería saber a qué atenerse; había sido la Maestra de Novicias.

—La opinión entre las hermanas, madre —dijo al cabo la Guardiana—, sigue siendo que los seanchan se encuentran a dos mil kilómetros de distancia, que no saben cómo Viajar y que, si emprenden la marcha hacia Tar Valon, nos enteraremos antes de que hayan llegado a doscientas leguas.

Siuan masculló algo entre dientes que sonó a invectiva, pero no a sorpresa. También Egwene habría querido soltar una maldición. La preocupación por el asesinato de Anaiya no tenía nada que ver con la apatía de las hermanas: lo que

ocurría era que no creían que Egwene era una Soñadora. Anaiya sí, pero ella estaba muerta. Siuan y Leane lo creían también, pero ninguna ocupaba una posición lo bastante alta para que su opinión se escuchara con algo más que impaciente cortesía, si acaso. Y saltaba a la vista que Sheriam no lo creía. Cumplía su voto de lealtad con tanta escrupulosidad como Egwene podría desear, pero no se podía ordenar a nadie que creyera algo. Con ello sólo se conseguía que dijeran lo que uno quería, pero nada cambiaba.

Cuando Sheriam se marchó, Egwene se puso a cavilar sobre el motivo que la había llevado a la tienda, para empezar. ¿Sería sólo para hacerle notar que a Larine se la iba a castigar? Lo dudaba. Pero no había dicho nada más, aparte de responder a las preguntas que le había hecho.

Al poco rato llegó Myrelle, seguida de cerca por Morvrin. Egwene notó que cortaban el contacto con la Fuente antes de entrar en la tienda, y dejaron esperando fuera a sus Guardianes. Incluso en los breves instantes en que las solapas estuvieron retiradas cuando entraron, Egwene vio que los hombres parecían estar alertas, más aún de lo que era habitual en unos Guardianes.

Los grandes y oscuros ojos de Myrelle centellearon al ver a Siuan y las aletas de su nariz se estremecieron. La redonda cara de Morvrin permaneció tan impasible como una piedra, pero se sacudió la falda marrón con las dos manos como si le quitara algo pegado. Quizás era un gesto inconsciente. A diferencia de Sheriam, ellas tenían que obedecer las órdenes de Siuan y eso no les gustaba ni un pelo a ninguna de las dos. No es que Egwene quisiera restregarles nada en las narices, pero confiaba en Siuan y, ni que hubiera juramento de por medio ni que no, no acababa de fiarse de ellas. No en el grado en que se fiaba de Siuan. Además, había ocasiones en las que era inconveniente, si no imposible, decirles directamente a las hermanas que habían prestado el juramento lo que quería que se hiciera. Siuan podía llevar mensajes, y de ese modo Egwene estaba segura de que se le obedecería.

Les preguntó al punto qué se comentaba sobre su sueño, pero, como era de esperar, sus respuestas coincidieron con la de Sheriam. Los seanchan estaban muy lejos. Y lo sabrían con tiempo de sobra si tal cosa cambiaba. La historia era la misma desde hacía semana y media. Para colmo...

—Sería distinto si Anaiya estuviera viva —dijo Morvrin, que se mecía sobre una de las inestables banquetas colocadas delante del escritorio. A despecho de su volumen, lo hacía con facilidad y gracia—. Anaiya era famosa por sus conocimientos de lo arcano. Siempre pensé que habría debido escoger el Marrón. Si hubiera dicho que sois una Soñadora... —Los dientes le sonaron al cerrar la boca de golpe ante la mirada cortante de Egwene. De repente, Myrelle pareció muy interesada en calentarse las manos en el brasero.

Tampoco lo creía ninguna de ellas. A excepción de Siuan y de Leane, nadie en

todo el campamento creía que Egwene había tenido un verdadero sueño. Varilin se había puesto al mando de las conversaciones mantenidas en Darein, desplazando hábilmente a Beonin hasta relegarla a un papel inferior, y no dejaba de hallar excusas de por qué no transmitía la advertencia del sueño justo en ese momento. Tal vez dentro de unos días, cuando las conversaciones tomaran un cauce más fluido. Como si fueran algo más que unas hermanas dando vueltas a lo mismo sin decir una palabra que pudiera inducir al otro bando a retirarse por sentirse ofendido. Nadie excepto Siuan y Leane; al menos pensaba que le creían.

Myrelle le dio la espalda al brasero como para evitar meter una mano en las brasas.

—Madre, he estado reflexionado sobre el día en que Shadar Logoth fue destruida... —Se interrumpió y de nuevo se volvió hacia el brasero cuando una mujer de cara alargada, con un vestido de color azul profundo, entró en la tienda llevando una banqueta de tres patas pintada con espirales de colores fuertes.

Maigan era bella, con grandes ojos y labios carnosos, pero daba la sensación de estar toda ella alargada. Dirigió a Morvrin un frío cabeceo e hizo caso omiso de Myrelle de forma harto significativa.

—Hoy me he traído mi propio asiento, madre —dijo mientras hacía una reverencia hasta donde se lo permitía ir cargada con una banqueta—. Los vuestros parecen muy inestables, si se me permite decirlo.

No había sido una sorpresa que después de la muerte de Anaiya el Ajah Azul nombrara a otra hermana para el «consejo consultivo» de Egwene, quien se encomendó a la Luz cuando supo a quién habían elegido. Maigan había sido una de las aliadas de Siuan cuando ésta era Amyrlin.

—¿Os importa si mando a Siuan en busca de té, madre? —preguntó Maigan mientras se sentaba—. Deberíais tener una novicia o una Aceptada para que os hiciera recados, pero Siuan servirá.

—Las novicias han de atender a sus clases, hija —replicó Egwene—, e, incluso con el arreglo de las familias, las Aceptadas apenas tienen tiempo para dedicarse a sus propios estudios. —Aparte de que tendría que mandar salir a la novicia o Aceptada y que se quedara al frío cada vez que quisiera hablar con alguien en privado. Para empezar, sería muy duro para alguien que todavía no sabía cómo no sentir el frío o el calor, y, en segundo lugar, sería como plantar una banderola fuera de la tienda que indicaría a cualquiera que dentro se estaba hablando de algo que podría merecer la pena oír a escondidas—. Siuan, ¿querrás hacer el favor de traer un poco de té? Estoy segura de que a todas nos vendría bien una taza de infusión caliente.

Maigan levantó una esbelta mano de dedos largos cuando Siuan se encaminaba hacia la entrada.

—Tengo un tarro de miel de menta en mi tienda —indicó en tono imperioso—.

Tráetelo. Y no vayas a afanar nada. Recuerdo que te gustaba mucho el dulce. Vamos, date prisa. —Maigan había sido una aliada, pero ahora era una de las muchas hermanas que culpaban a Siuan por el descalabro de la Torre Blanca.

—Como digas, Maigan —contestó Siuan en tono sumiso, e incluso dobló ligeramente las rodillas antes de salir presurosa. Y se dio prisa. Maigan estaba tan arriba como Myrelle o Morvrin y en el caso de ésta no había órdenes ni juramentos que la protegieran. La mujer de cara alargada hizo un asentimiento leve y satisfecho. Siuan había tenido que suplicar para ser readmitida en el Ajah Azul, y corría el rumor de que Maigan había sido la que más insistió en lo de suplicar.

Morvrin se disculpó y se fue detrás de Siuan, quizá con intención de alcanzarla por alguna razón, pero Myrelle cogió una de las banquetas y se lanzó a una competición con Maigan sobre quién era capaz de hacer caso omiso de la otra con mayor convencimiento. Egwene no entendía la animosidad existente entre las dos mujeres. A veces la gente no se caía bien, simplemente. En cualquier caso tal actitud no daba pie a mantener una conversación. Egwene aprovechó la oportunidad para echar un vistazo a las hojas que había en las carpetas de Siuan, pero no era capaz de concentrarse en rumores procedentes de Illian ni en hablillas que circulaban por Cairhien. No parecía haber nada que justificase la afirmación de Theodrin sobre una historia que tenía alborotadas a las Asentadas Amarillas. Siuan se lo habría dicho, de saber algo.

Maigan y Myrelle la observaban como si verla pasar hojas de papel fuera la actividad más interesante del mundo. Les habría mandado retirarse, pero quería enterarse de lo que Myrelle había estado pensando sobre el día en que Shadar Logoth fue borrada de la faz de la tierra, y no podía mandar a una que se marchara sin decírselo también a la otra. ¡Malditas las dos!

Cuando Siuan entró con una bandeja de madera en la que iban una tetera de plata y tazas de porcelana —así como el tarro de miel vidriado en blanco de Maigan—, la siguió al interior de la tienda un soldado con peto y cota de malla, un joven shienariano con el cabello afeitado a excepción de un mechón en lo alto de la cabeza. Joven, pero sin la frescura de la juventud. La tostada mejilla de Ragan tenía una blanca cicatriz arrugada causada por una flecha, y en su semblante se veía la dureza que sólo puede mostrar el rostro de un hombre que convive con la muerte a todas horas. Mientras Siuan repartía las tazas, él hizo una reverencia, sujetando con una mano el yelmo apoyado en la cadera y la otra posada sobre la empuñadura de la espada. Nada en su expresión denotaba que se hubieran encontrado con anterioridad.

—Un honor serviros, madre —saludó formalmente—. Lord Bryne me envía. Desea que os comunique que, por los indicios, los asaltantes parecen haber cruzado a este lado del río la pasada noche. Con Aes Sedai. Lord Bryne ha doblado las patrullas. Aconseja que las hermanas no se alejen del campamento. Para evitar

incidentes.

—¿Me dais permiso, madre? —dijo inopinadamente Siuan con el ligero tono avergonzado de quien tiene la necesidad urgente de ir al excusado.

—Sí, sí —contestó Egwene, simulando un timbre impaciente, y apenas esperó a que la mujer saliera disparada de la tienda para continuar—: Dile a lord Bryne que las Aes Sedai van a donde quieren, cuando quieren. —Cerró la boca de golpe. Había estado a punto de llamarlo «Ragan», pero su gesto sirvió para hacerla parecer más severa. O eso esperaba.

—Se lo diré, madre —contestó el hombre, que hizo otra reverencia—. Alma y corazón para serviros.

Maigan esbozó una sonrisa mientras se marchaba. Menospreciaba a los soldados —los Guardianes eran necesarios y de utilidad, pero en su opinión los soldados hacían estropicios que los demás tenían que arreglar y limpiar—, y apoyaba cualquier cosa que pareciera indicar una brecha entre Egwene y Gareth Bryne. O quizá sería mejor decir que Lelaine la apoyaba. En eso, Maigan era la mujer de Lelaine hasta las uñas de los pies. Por su parte, Myrelle parecía simplemente desconcertada. Sabía que Egwene se llevaba bien con lord Gareth.

Egwene se levantó y se sirvió una taza de té; se puso un poco de la miel de Maigan. Las manos no le temblaban. Los botes se encontraban ya en posición. Dentro de unas pocas horas, Leane recogería a Bode y se alejaría del campamento antes de explicarle lo que iban a hacer. Larine debía recibir el castigo merecido, y Bode debía hacer lo que era preciso. Egwene era más joven que Bode cuando la habían mandado a la caza de hermanas Negras. Los shienarianos servían en su guerra contra la Sombra en la Llaga, en alma y corazón. Las Aes Sedai, y las que se convertirían en Aes Sedai, servían a la Torre. Un arma más fuerte contra la Sombra que cualquier espada, y no menos afilada para una mano incauta.

Cuando llegó Romanda acompañada por Theodrin, quien le apartó la solapa para que pasara, la Amarilla de pelo canoso hizo una reverencia ajustada a la norma, ni una fracción más ni menos de lo que la conveniencia requería de una Asentada a la Amyrlin. Ahora no estaban en la Antecámara. Si allí la Amyrlin sólo era la primera entre iguales, en su estudio era un poco más, incluso para Romanda. Pero no hizo intención de besar el anillo de Egwene. Todo tenía un límite. Miró a Myrelle y a Maigan como si estuviera pensando pedirles que se marcharan. O puede que mandárselo. Las Asentadas esperaban que se las obedeciera, pero ninguna era de su Ajah. Y estaban en el estudio de la Amyrlin.

Al final, no hizo ni lo uno ni lo otro, limitándose a dejar que Theodrin le quitara la capa con los bordes adornados con flores amarillas bordadas y que le sirviera una taza de té. Theodrin, sin que hiciera falta pedírselo ni mandárselo, se retiró a un rincón, donde empezó a retorcerse el chal y a apretar la boca en un gesto hosco, en

tanto que Romanda se sentaba en una banqueta vacía. A despecho de las patas inestables la Asentada se las arregló para dar la impresión de que tomaba asiento en la Antecámara de la Torre, o quizás en un trono, mientras se ajustaba el chal de flecos amarillos que llevaba puesto debajo de la capa.

—Las conversaciones no van bien —empezó con aquella voz alta y musical. Era como si hiciera una proclamación—. Varilin se muerde los labios de frustración. También Magla está frustrada, dicho sea de paso, e incluso Saroiya. Cuando Saroiya empieza a rechinar los dientes, la mayoría de las hermanas ya están chillando. —A excepción de Janya, todas las Asentadas que ocupaban un puesto antes de que se dividiera la Torre se habían introducido en las negociaciones. Después de todo, hablaban con mujeres a las que habían conocido en la Antecámara de entonces. Beonin había quedado relegada casi a llevar recados.

Romanda probó el té y después sostuvo la taza por el platillo, extendido el brazo hacia un lado, sin decir palabra. Theodrin salió disparada del rincón para coger la taza y ponerla sobre la bandeja, tras lo cual añadió más miel antes de llevársela de nuevo a la Asentada y regresar a su rincón. Romanda probó el té una vez más y asintió con aire de aprobación. Las mejillas de Theodrin se encendieron.

—El curso de las conversaciones es como se esperaba —manifestó con cuidado Egwene. Romanda se había opuesto a cualquier tipo de conversaciones, fueran o no espurias. Y sabía lo que iba a ocurrir esa noche. Mantener a la Antecámara ignorante de ello habría sido una bofetada innecesaria. El prieto moño de Romanda se movió arriba y abajo cuando la mujer asintió.

—Ya nos han descubierto algo —afirmó—. Elaida no permitirá que las Asentadas que hablan en su nombre cedan un ápice. Está atrincherada en la Torre como una rata en una pared. El único modo de hacerla salir es meterle topos en la madriguera.

Myrelle soltó un ruido gutural que le reportó una mirada sorprendida de Maigan. Los ojos de Romanda permanecieron prendidos en los de Egwene.

—Elaida será destituida de un modo u otro —dijo con calma la joven Amyrlin, que soltó la taza de té en el platillo. No le temblaba la mano. ¿Qué habían descubierto esas mujeres? ¿Cómo?

Romanda torció ligeramente el gesto mirando el té como si, después de todo, no tuviera suficiente miel. O decepcionada porque Egwene no hubiera dicho algo más. Después se movió en la banqueta con la actitud de una espadachina que se prepara para otro ataque, enarbolando la espada.

—Las cosas que habéis dicho sobre las Allegadas, madre, sobre que son más de un millar en lugar de unas cuantas docenas o de que algunas tienen quinientos o seiscientos años. —Sacudió la cabeza por la imposibilidad de tales afirmaciones—. ¿Cómo iba a escapársele todo eso a la Torre? —No hacía una pregunta, sino que plantaba cara.

—Hasta hace poco no sabíamos cuántas espontáneas había entre los Marinos —respondió Egwene con suavidad—. Y aún no sabemos con certeza cuántas son realmente. —Esta vez, la mueca de Romanda fue más marcada. Las Amarillas habían sido las primeras en confirmar la presencia de cientos de espontáneas de los Marinos, y sólo en Illian. Primer punto del combate para Egwene.

Pero un golpe no bastaba para tumbar a Romanda. Ni siquiera hiriéndola de gravedad.

—Habremos de apresarlas una vez finalizados los asuntos que tenemos aquí —manifestó en tono sombrío—. Dejar que unas cuantas docenas se quedaran en Ebou Dar y en Tar Valon, sólo para que nos ayudaran a rastrear a las fugitivas, era una cosa, pero no podemos permitir que un millar de espontáneas continúen... organizadas.

El tono de desprecio patente en toda la frase se hizo más pronunciado en esa última palabra, en la idea de que hubiera espontáneas organizadas. Myrelle y Maigan escuchaban atentamente. Maigan incluso se había echado un poco hacia adelante. Ninguna de las dos sabía más detalles del asunto que los rumores propagados por Egwene y que todo el mundo había dado por hecho que provenían de los informadores de Siuan.

—Bastante más que un millar —la corrigió Egwene—, y ninguna espontánea. Todas son mujeres a las que la Torre mandó marcharse, salvo unas cuantas fugitivas que eludieron la captura. —No alzó la voz, pero expuso cada punto con firmeza, sosteniendo la mirada de Romanda—. En cualquier caso, ¿cómo propones que se las capture? Están repartidas por todos los países, dedicadas a todo tipo de ocupaciones. Ebou Dar era el único sitio donde se reunían o se encontraban por casualidad y todas huyeron de allí cuando llegaron los seanchan. Desde la Guerra de los Trollocs, las Allegadas han dejado que la Torre sepa sólo lo que querían que supiera. Dos mil años, escondidas bajo las narices de la Torre Blanca. Su número ha ido creciendo mientras que el de las hermanas en la Torre ha ido menguando. ¿Cómo propones que se las encuentre ahora, entre todas las espontáneas que pululan por ahí y que la Torre desestimó porque eran «demasiado mayores» para hacerse novicias? Las Allegadas no tienen nada que las distinga y las haga sobresalir, Romanda. Usan el Poder casi con tanta asiduidad como las Aes Sedai, pero presentan signos de envejecimiento como cualquier persona, aunque más lentamente. Si quieren seguir ocultas, nunca podremos encontrarlas. —Y con eso Egwene se apuntó varios golpes más, sin recibir ninguno. La frente de Romanda tenía una fina película de sudor, una señal certera de desesperación en una Aes Sedai. Myrelle estaba sentada muy tiesa, pero Maigan parecía a punto de caerse de bruces por estable que fuera su banqueta. Romanda se humedeció los labios.

—Si encauzan, acabarán teniendo el aspecto intemporal. Si envejecen, no pueden

estar encauzando tan a menudo, después de todo. ¡Y ni de un modo ni de otro pueden vivir quinientos o seiscientos años! —Al parecer, se habían acabado los disimulos.

—Sólo hay una diferencia real entre las Aes Sedai y las Allegadas —manifestó quedamente Egwene, pero aun así sus palabras dieron la impresión de sonar altas. Hasta Romanda parecía estar conteniendo la respiración—. Abandonaron la Torre Blanca antes de que juraran en la Vara Juratoria. —¡Ea! Ya estaba dicho.

Romanda se sacudió como si hubiera recibido un golpe mortal.

—Aún no habéis prestado los Juramentos —repuso con voz ronca—. ¿Queréis decir que vais a relegarlos?, ¿que vais a pedir a las hermanas que los releguen?

Myrelle —o Maigan— ahogó una exclamación. Tal vez habían sido las dos.

—¡No! —negó secamente Egwene—. ¡Los Tres Juramentos son los que nos hacen Aes Sedai y los prestaré sobre la Vara Juratoria tan pronto como sea nuestra! —Respiró hondo y moderó el tono, pero también se inclinó hacia la otra mujer en un intento de involucrarla, de incluirla. De convencerla. Casi tendió la mano—. Hasta ahora, las hermanas se han retirado para pasar sus últimos años tranquilas y en paz, Romanda. ¿No sería mejor si ésos no fueran sus últimos años? Si las hermanas se retiran con las Allegadas, podrían ligarlas a la Torre y entonces no sería necesario emprender una caza fútil. —Si ya había llegado hasta allí, tanto daba si seguía hasta el final—. La Vara Juratoria puede desvincular al igual que vincular.

Maigan cayó de rodillas en la alfombra y se levantó a trompicones mientras se sacudía la falda con tanta indignación como si la hubiesen empujado. El semblante oliváceo de Myrelle parecía haber palidecido un poco.

Despacio, Romanda dejó la taza al borde del escritorio y se puso de pie, ciñéndose el chal. Impasible el semblante, miró fijamente a Egwene desde arriba mientras Theodrin le echaba la capa con bordados amarillos sobre los hombros, cerraba el broche y arreglaba los pliegues con tanto esmero como lo haría cualquier doncella de una noble.

—De pequeña soñaba con ser Aes Sedai. Desde el día en que llegué a la Torre Blanca intenté vivir como una Aes Sedai. He vivido como una Aes Sedai y moriré siendo Aes Sedai. ¡No puede permitirse algo así!

Al volverse para marcharse tiró la banqueta en la que había estado sentada, pero no pareció darse cuenta. Theodrin corrió tras ella; cosa extraña, su semblante denotaba preocupación.

—Madre... —Myrelle respiró profundamente y sus dedos se cerraron crispados en la falda verde—. Madre, ¿de verdad estáis sugiriendo que...? —No acabó la frase, incapaz, al parecer, de pronunciarla. Maigan permanecía sentada en la banqueta como si hiciera un esfuerzo para no caerse de nuevo.

—He expuesto los hechos —respondió Egwene con calma—. Cualquier decisión se tomará en la Antecámara. Dime, hija, ¿elegirías morir cuando podrías seguir viva y

sirviendo a la Torre?

La hermana Verde y la hermana Azul intercambiaron una mirada; entonces se dieron cuenta de lo que estaban haciendo y giraron la cabeza con brusquedad, para actuar de nuevo como si la otra no existiera. Ninguna respondió, pero Egwene casi veía detrás de sus ojos el agitado bullir de sus pensamientos. Al cabo de unos instantes, se levantó y puso derecha la pata de la banqueta. Ni siquiera eso consiguió hacerlas reaccionar más allá de ofrecer automáticamente sus disculpas por dejar que se ocupara ella en persona de eso. Después volvieron a sumirse en un silencio pensativo.

Egwene intentó centrarse en las páginas de las carpetas de Siuan —el conflicto de la Ciudadela seguía estancado en un punto muerto y nadie admitía tener idea de cómo acabaría—, pero poco después de marcharse Romanda llegó Lelaine.

A diferencia de Romanda, la esbelta Asentada Azul acudía sola y se sirvió el té ella misma. Acomodándose en la banqueta vacía, echó hacia atrás la capa forrada de piel, sobre los dos hombros, colgada de un broche de plata con grandes zafiros engarzados. También llevaba el chal puesto; las Asentadas solían tenerlo por costumbre. Lelaine era más directa que Romanda, o ésa era la impresión que daba de cara al exterior. En sus ojos había un brillo penetrante.

—La muerte de Kairen pone otro obstáculo en la posibilidad de hacer cualquier tipo de acuerdo con la Torre Negra —murmuró por encima del borde de la taza, inhalando el vapor—. Y queda el tema de encargarse del pobre Llyw. Quizá Myrelle quiera tomarlo. Dos de sus tres Guardianes habían pertenecido antes a otra hermana. Nadie más ha salvado a dos Guardianes cuyas Aes Sedai habían muerto.

Egwene no fue la única que notó una énfasis especial en aquellas palabras. El semblante de Myrelle se puso completamente pálido. Tenía dos secretos que ocultar y uno de ellos era que sus Guardianes no eran tres sino cuatro. La cesión del vínculo de Lan Mandragoran de Moraine a ella era algo que no se había hecho en cientos de años. En la actualidad se consideraba igual que vincular a un hombre en contra de su voluntad, cosa que llevaba sin hacerse incluso más cientos de años.

—Con tres tengo suficientes —musitó con un hilo de voz—. ¿Me disculpáis, madre?

Maigan rió quedamente mientras Myrelle abandonaba la tienda a toda prisa. Pero no tan deprisa para que no abrazara el *Saidar* antes de que las solapas de la entrada cayeran tras ella.

—Por supuesto —comentó Lelaine, que intercambió una mirada divertida con la otra Azul—, se dice que se casa con sus Guardianes. Con todos. Quizás el pobre Llyw no sirve para marido.

—Es grande como un caballo —parafraseó Maigan. A despecho de su regocijo por la precipitada salida de Myrelle, no había malicia en su voz. Simplemente

exponía un hecho. Lo cierto es que Llyw era un hombre muy grande—. Conozco a una joven Azul que podría cogerlo. No está interesada en los hombres en ese aspecto.

Lelaine asintió de forma que establecía que la joven Azul había encontrado a su Guardián.

—Las Verdes pueden ser muy raras. Mirad a Elayne Trakand, por ejemplo. En realidad jamás pensé que Elayne elegiría el Verde. La tenía seleccionada para el Azul. La chica tiene instinto para las corrientes en la política. Aunque también tiende a adentrarse en aguas más profundas de lo que sería seguro. ¿No os parece, madre? —Sonriendo, sorbió un poco de té.

Esto no era en absoluto el sutil tanteo de Romanda, era una arremetida doble, con la espada apareciendo de la nada. ¿Sabía Lelaine lo de Myrelle y Lan? ¿Había enviado a alguien a Caemlyn y, en caso afirmativo, qué y cuánto había descubierto? Egwene se preguntó si Romanda se había sentido también desconcertada y aturdida.

—¿Crees que el asesinato de Kairen impedirá que se llegue a un acuerdo? —inquirió—. Que sepamos, podría tratarse de Logain que hubiera vuelto para vengarse. —¿Por qué demonios había dicho eso? Tenía que contener la lengua y mantener la cabeza en su sitio—. O más probablemente, algún pobre necio de una granja de los alrededores o de una de las villas de los puentes.

La sonrisa de Lelaine se acentuó, y era burlona, no divertida. Luz, esa mujer no había mostrado tanta falta de respeto hacía meses.

—Si Logain buscara venganza, madre, supongo que estaría en la Torre matando Rojas. —A pesar de su sonrisa su voz sonó fría e impasible. Un contraste inquietante. Quizás era ésa su intención—. Tal vez sea una lástima que no lo esté haciendo. Podría derrocar a Elaida. Pero sería una final más fácil de lo que se merece. No, la muerte de Kairen no impedirá un acuerdo como no lo hizo la de Anaiya, pero ambas muertes combinadas hará que las hermanas se preocupen más aún sobre salvaguardas y restricciones. Puede que necesitemos a esos hombres, pero debemos asegurarnos de tener el control. Un completo control.

Egwene asintió. Levemente. Estaba de acuerdo, pero...

—Es posible que topemos con dificultades para conseguir que acepten eso —arguyó. Dificultades. Ese día estaba haciendo alarde de un auténtico talento en el uso de eufemismos.

—El vínculo de Guardián podría modificarse ligeramente —intervino Maigan—. Tal como es ahora, se puede conseguir que un hombre haga lo que quiere con un pequeño aguijonazo, pero la necesidad de ese estímulo podría quitarse fácilmente.

—Eso recuerda demasiado a la Compulsión —manifestó Egwene con firmeza. Había aprendido dicho tejido de Moghedien, pero sólo para trabajar en el modo de contrarrestarlo. Era abyecto despojar a otra persona de su voluntad, de todo su ser. Alguien Compelido hacía cualquier cosa que se le ordenara. Cualquier cosa. Y

creyendo que era por decisión propia. Sólo pensarlo la hacía sentir sucia.

Sin embargo, Maigan le sostuvo la mirada casi con tanta impasibilidad como había hecho Lelaine y su rostro denotaba tanta frialdad como sonó en su voz.

—La Compulsión se utilizó con hermanas en Cairhien. Eso parece ser seguro ahora. Pero yo me refería al vínculo, algo totalmente distinto.

—¿Crees que puedes convencer a los Asha'man para que acepten el vínculo? —Egwene no pudo disimular el tono incrédulo de su voz—. Aparte de eso, ¿quién va a llevar a cabo esa vinculación? Aun en el caso de que todas las hermanas que no tienen Guardián tomaran un Asha'man, y todas las Verdes tomaran dos o tres, no hay suficientes hermanas. Eso si es que encuentras a una a quien no le importe vincularse a un hombre que va a volverse loco.

Maigan fue asintiendo en cada punto como si lo aceptara. Y se arregló la falda como si en realidad no estuviera escuchando.

—Si el vínculo se puede cambiar en un sentido, se podría cambiar en otros —adujo cuando Egwene hubo terminado—. Puede que haya una forma de anular lo concerniente a compartir y quizás algo de la percepción que implica el vínculo. Tal vez así la locura no fuera un problema. Sería un tipo de vínculo distinto, en nada parecido al del Guardián. Estoy convencida de que cualquiera convendrá en que eso no sería como tener un Guardián. Cualquier hermana vincularía al número de Asha'man que fuera necesario.

De pronto Egwene cayó en la cuenta de lo que estaba pasando. Lelaine seguía sentada, aparentemente contemplando el té de su taza, pero lo que hacía era observarla a ella a través de las pestañas. Y usando a Maigan como mujer de paja. Reprimiendo la ira, Egwene no tuvo que dar un tono frío a su voz. Sonó gélida.

—Eso recuerda exactamente a la Compulsión, Lelaine. Es Compulsión, y ningún eufemismo ni juego de palabras lo cambiará. Así lo advertiré a cualquier otra que lo sugiera. Y ordenaré azotar a quien llegue más allá de sugerirlo. La Compulsión está prohibida y seguirá prohibida.

—Como digáis —fue la respuesta de Lelaine, que podía significar cualquier cosa. Lo que vino a continuación era más intencionado—. La Torre Blanca comete errores en ocasiones. Es imposible vivir o avanzar sin cometerlos. Pero nosotras vivimos y seguimos adelante. Y, aunque a veces necesitamos ocultar nuestros errores, cuando es posible los rectificamos. Aun cuando sea doloroso. —Dejó la taza en la bandeja y se marchó con Maigan pisándole los talones. Maigan abrazó la Fuente antes incluso de salir de la tienda. Lelaine no.

Durante un rato, Egwene se concentró en mantener la respiración regular. Realizó el ejercicio del río contenido por las márgenes. Lelaine no había dicho exactamente que Egwene al'Vere como Amyrlin era un error que podría tener que rectificarse, pero había estado muy cerca.

A mediodía, Chesa llevó la comida de Egwene en otra bandeja de madera: pan crujiente con sólo una o dos motitas oscuras de aspecto sospechoso y guiso de lentejas con rodajas de nabo correoso y de zanahoria leñosa y trozos de algo que podía ser carne de cabra. Sólo pudo tragar una cucharada. No era Lelaine lo que la preocupaba. Lelaine ya la había amenazado antes, aunque no desde que había dejado claro que era la Amyrlin y no una marioneta. En lugar de comer, se quedó mirando fijamente el informe de Tiana que estaba en un lado del escritorio. Quizá Nicola no habría conseguido alcanzar el chal a pesar de todo su potencial, pero la Torre tenía una larga experiencia en coger mujeres testarudas, plagadas de defectos, y convertirlas en Aes Sedai seguras de sí mismas. Larine tenía un gran futuro por delante, pero debía aprender a obedecer las reglas antes de aprender cuáles podían quebrantarse y cómo. A la Torre Blanca se le daba bien enseñar ambas cosas, pero lo primero era lo primero. El futuro de Bode sería brillante. Su potencial casi igualaba el de Egwene. Pero ya fuera una Aes Sedai, Aceptada o novicia, la Torre le exigía hacer lo que fuera preciso por la Torre. Aes Sedai, Aceptada o novicia.

Chesa fue prolija en mostrar su decepción cuando volvió y se encontró con la bandeja casi intacta, sobre todo después de haber encontrado el desayuno prácticamente sin tocar. Egwene pensó justificarse aduciendo dolor de estómago, pero lo descartó. Después de que la infusión de Chesa funcionó con sus jaquecas —al menos durante unos días, hasta que volvieron con más recrudecimiento que nunca—, la oronda mujer acabó teniendo una colección de remedios herbarios para cualquier dolencia que compraba a cualquier buhonero con mucha labia, y cada cual de sabor más repulsivo que el anterior. La doncella tenía un modo de adoptar un aire tan desmoralizado que una se encontraba tragándose esos brebajes para que no se preocupara. A veces, sorprendentemente, funcionaban, pero nunca eran algo que Egwene quisiera echarse a la boca. Mandó a Chesa que se llevara la bandeja y le prometió que comería más tarde. Sin duda se presentaría con una cena lo bastante copiosa para hartar a un pavo.

La idea le dio ganas de sonreír —Chesa no se apartaría de su lado, retorciéndose las manos, hasta que se hubiera comido hasta la última miga—, pero sus ojos volvieron hacia el informe de Tiana. Nicola, Larine y Bode. La Torre Blanca era una dueña muy estricta y exigente. «A menos que la Torre esté en guerra por consenso de la Antecámara, la Amyrlin no podrá...» Pero la Torre estaba en guerra.

No sabía cuánto tiempo estuvo sentada, mirando fijamente el trozo de papel con un único nombre escrito, pero cuando Siuan regresó ya había tomado una decisión. Una dueña estricta y exigente que nunca daba tratos de favor.

—¿Se han marchado Leane y Bode? —preguntó.

—Hace dos horas por lo menos, madre. Leane tenía que llevar a Bode a su puesto y después marchar río abajo.

Egwene asintió con la cabeza.

—Por favor, haz que ensillen a *Daishar*... —No. A estas alturas ya había gente que reconocía el caballo de la Amyrlin. Demasiada. No había tiempo para discusiones ni explicaciones. No había tiempo para dejar sentada su autoridad y reafirmarla—. Que ensillen a *Bela*. Y reúnete conmigo en la esquina de dos calles al norte. —También casi todo el mundo conocía a *Bela* y sabía que era la montura de Siuan.

—¿Qué vais hacer, madre? —preguntó Siuan, preocupada.

—Voy a dar un paseo. Y, Siuan... no se lo digas a nadie. —Buscó los ojos de la otra mujer y los retuvo con su mirada. Siuan había sido Amyrlin, y capaz de hacer que una piedra apartara antes la vista. Egwene era Amyrlin ahora—. A nadie, Siuan. Anda, ve. Y date prisa.

Con el entrecejo fruncido aún, Siuan salió apresuradamente. Tan pronto como se quedó sola, Egwene se quitó la estola, la dobló con cuidado y la guardó en la escarcela. Su capa era de buen paño y fuerte, pero muy sencilla. Sin la estola asomando por la capucha podría pasar por cualquiera.

La acera delante de la tienda estaba vacía, por supuesto, pero una vez que cruzó la helada calle se encontró caminando entre el habitual río de novicias, algunas Aceptadas y, de vez en cuando, una Aes Sedai. Las novicias inclinaban las rodillas sin dejar de andar, las Aceptadas hacían reverencias a su paso una vez que se fijaban en que la falda debajo de la capa no era blanca, y las Aes Sedai pasaban de largo con el rostro oculto en la capucha. Si alguna reparó en que no iba acompañada de un Guardián tampoco importaba mucho, ya que había hermanas que no tenían. Y tampoco a todas las envolvía el brillo del *Saidar*. Sólo a la mayoría.

A dos calles de su estudio, se paró al borde de la acera de tablones, de espaldas a las mujeres que pasaban presurosas. Trató de no impacientarse. El sol estaba a mitad de camino del ocaso, una dorada esfera ensartada por el pico irregular del Monte del Dragón. La sombra de la montaña se extendía ya por el campamento, dejando a las tiendas en la penumbra del crepúsculo.

Por fin apareció Siuan, montada en *Bela*. La pequeña y peluda yegua caminaba con seguridad por la resbaladiza calle, pero Siuan aferraba las riendas y la silla como si tuviera miedo de caerse. Quizá lo tenía. Siuan era una de las peores amazonas que Egwene había visto en su vida. *Bela* relinchó quedamente al reconocer a Egwene. Siuan se colocó a tirones la capucha descolocada y abrió la boca, pero Egwene alzó la mano en un gesto admonitorio antes de que pudiera hablar. Se notaba en sus labios que iba a decir «madre». Y seguramente en un tono lo bastante alto para que se la oyera a cincuenta pasos a la redonda.

—Ni una palabra a nadie —advirtió Egwene en voz baja—. Ni notas ni insinuaciones tampoco. —Eso lo cubriría todo—. Quédate con Chesa hasta que

regrese. No quiero que se preocupe.

Siuan asintió de mala gana. El gesto de su boca era casi hosco. Egwene sospechó que había estado acertada al añadir «notas» e «insinuaciones». Dejó a la antaño Amyrlin con el aspecto de una muchacha enfurruñada y montó en *Bela*.

Al principio tuvo que llevar a la robusta yegua al paso por las rodadas heladas de las calles del campamento. Y porque cualquiera se extrañaría si viera a Siuan montando a *Bela* más deprisa que al paso. Procuró cabalgar como Siuan, balanceándose con inseguridad, aferrada a la alta perilla de la silla con una mano y a veces con dos. A decir verdad, también se sintió como si estuviera a punto de caerse. *Bela* giró la cabeza para mirarla. Sabía a quién llevaba encima y sabía que Egwene montaba mucho mejor que eso. La joven siguió imitando a Siuan e intentó no pensar en la posición del sol. Siguió así hasta salir del campamento, más allá de las filas de carretas, hasta que los primeros árboles la ocultaron de tiendas y carros.

Entonces se inclinó sobre la perilla de la silla para acercar la cara a la crin de *Bela*.

—Tú me sacaste de Dos Ríos —susurró—. ¿Puede correr igual de rápido ahora? —Se puso derecha e hincó los talones.

Bela no podía galopar como *Daishar*, pero sus robustas patas se movieron rápidamente a través de la nieve. En tiempos había sido un caballo de tiro, no un caballo de carreras ni de batalla, pero dio cuanto tenía, estirando el cuello con tanto coraje como *Daishar* en sus mejores momentos. Corrió mientras el sol se deslizaba hacia poniente como si de repente el firmamento estuviera embadurnado de grasa. Egwene se reclinó sobre la silla y azuzó a la yegua en una carrera contra el astro que la joven sabía que no podía ganar. Pero, aunque no pudiera ganar al sol, todavía quedaba tiempo. Taconeó al ritmo marcado por los cascos de *Bela*, y la yegua corrió.

El crepúsculo las envolvió, y después la oscuridad, antes de que Egwene vislumbrara la luna brillando sobre las aguas del Erinin. Todavía quedaba tiempo. Era casi el mismo punto donde se había parado con Gareth, observando los barcos fluviales que se dirigían hacia Tar Valon. Sofrenó a *Bela* y escuchó.

Silencio. Y entonces, un ahogado juramento. Los gruñidos y rozamientos apagados de hombres arrastrando una pesada carga sobre la nieve, procurando guardar silencio. Hizo girar a *Bela* en dirección a los sonidos, a través de los árboles. Las sombras se movieron, y Egwene escuchó el quedo susurro de aceros deslizándose fuera de las vainas.

Entonces un hombre masculló, casi entre dientes:

—Conozco ese poni. Pertenece a una de las hermanas, la que antes era Amyrlin. Aunque no lo parece. No es mayor que la que dicen que es Amyrlin ahora.

—*Bela* no es un poni —dijo secamente Egwene—. Llevadme con Bode Cauthon.

Una docena de hombres surgieron de las sombras de la noche, entre los árboles, y

las rodearon a la yegua y a ella. Todos parecían creer que era Siuan; tanto mejor. Para ellos, una Aes Sedai era una Aes Sedai, y la condujeron a donde Bode estaba montada en un caballo no más alto que *Bela*, arrebujada en una capa oscura. También su vestido era oscuro. De noche, el blanco habría destacado.

Bode también reconoció a *Bela* y alargó la mano para rascar cariñosamente la oreja de la yegua cuando Egwene se detuvo a su lado.

—Vas a quedarte en tierra —dijo ésta en voz baja—. Volverás conmigo cuando se haya acabado.

Bode retiró bruscamente la mano como si la voz de Egwene hubiera sido un picotazo.

—¿Por qué? —preguntó, pero no demandando. Al menos eso lo había aprendido—. Puedo hacerlo. Leane Sedai me lo explicó, y puedo hacerlo.

—Sé que puedes. Pero no tan bien como yo. Aún no. —Eso sonaba mucho a crítica, algo que la otra joven no merecía—. Soy la Sede Amyrlin, Bode. Algunas decisiones sólo puedo tomarlas yo. Y no debo pedirle a una novicia que haga ciertas cosas cuando yo puedo hacerlas mejor. —Quizás ese razonamiento no era mucho más suave, pero no podía explicarle a Bode lo de Larine y Nicola, ni el precio que la Torre Blanca exigía a todas sus hijas. La Amyrlin no podía contarle lo primero a una novicia, y una novicia no estaba preparada para enterarse de lo segundo.

Aun en la oscuridad de la noche, la postura de los hombros de Bode ponía de manifiesto que no lo comprendía, pero también había aprendido a no discutir con una Aes Sedai. Al igual que había aprendido que Egwene era una Aes Sedai. Lo demás ya lo aprendería con el tiempo. La Torre dedicaría todo el que hiciera falta para enseñarle.

Egwene desmontó y entregó las riendas de *Bela* a uno de los soldados; se remangó las faldas para caminar por la nieve en dirección a los sonidos esforzados de arrastre. Era un bote grande el que se remolcaba sobre el manto de nieve como si fuera un trineo. Un voluminoso trineo que obligaba a maniobrar trabajosamente para pasar entre los árboles, aunque con menos maldiciones una vez que los hombres que tiraban y empujaban se dieron cuenta de que Egwene los seguía a corta distancia. La mayoría llevaba mucho cuidado con lo que decía encontrándose cerca una Aes Sedai, y aunque no pudieran verle el rostro, entre la oscuridad y la capucha echada, ¿quién más podía encontrarse allí, junto al río? Y si sabían que no era la misma mujer que al principio iba a acompañarlos, ¿quién cuestionaba a una Aes Sedai?

Metieron el bote en el río con cuidado de que no hiciera ruido al entrar en el agua, y seis hombres subieron a él para colocar los remos en los toletes forrados con trapos. Los hombres iban descalzos para evitar el ruido de alguna bota raspando las planchas del casco. Botes más pequeños surcaban esas aguas, pero esta noche tenían que vencer las corrientes. Uno de los hombres que estaba a la orilla le dio la mano a

Egwene para ayudarla a subir a la embarcación, y la joven se instaló en el asiento de proa, manteniendo cerrada la capa. El bote se apartó de la orilla, deslizándose en silencio salvo por el apagado murmullo de los remolinos creados por los remos al impulsarse dentro del agua.

Egwene miró al frente, hacia el sur. A Tar Valon. Las blancas murallas relucían a la luz de una luna que empezaba a menguar y el fulgor de las lámparas a través de las ventanas otorgaba a la urbe un resplandor difuso, casi como si la ciudad estuviera abrazando el *Saidar*. La Torre Blanca descollaba incluso en la oscuridad: la imponente mole brillaba bajo la luna con las ventanas iluminadas. Algo pasó veloz como un rayo ante el astro y Egwene contuvo la respiración. Por un instante creyó haber visto un Draghkar; una mala señal, precisamente en esta noche. Se dijo que sólo era un murciélago. La primavera estaba bastante próxima para que los murciélagos se aventuraran a salir. Se ciñó más la capa y clavó la mirada en la ciudad que iba acercándose más y más.

Cuando la muralla de Puerto del Norte surgió imponente delante del bote, los remeros invirtieron el impulso en el agua, dando marcha atrás; faltó un pelo para que la proa tocara la muralla, junto a la bocana del puerto. Egwene casi alargó la mano para esquivar la pálida piedra antes de que el bote chocara contra el muro. Ese impacto lo habrían oído los soldados que estuvieran de guardia. Sin embargo, los remos sólo hicieron un pequeño gorgoteo al impulsarse hacia atrás y el bote se detuvo en un punto donde Egwene habría podido tocar la enorme cadena cruzada de lado a lado de la bocana, con los inmensos eslabones emitiendo su propio brillo apagado a causa de la grasa que los cubría.

Pero no hubo necesidad de tocarlos. Y tampoco había razón para esperar. Egwene abrazó el *Saidar* y apenas fue consciente de la gozosa sensación que la colmaba de vida antes de que tuviera colocados los tejidos. Tierra, Fuego y Aire envolvieron la cadena; Tierra y Fuego la tocaron. El negro hierro irradió blanco repentinamente, todo a lo largo de la bocana.

Egwene sólo tuvo tiempo de percibir que alguien abrazaba la Fuente a corta distancia por encima de ella, en la muralla, y entonces algo golpeó el bote, la golpeó a ella, y sintió el frío del agua a su alrededor, cerrándose sobre ella, entrándole por la nariz y la boca. Oscuridad.

Egwene sintió algo duro debajo. Oyó voces de mujeres. Voces excitadas.

—¿Sabes quién es?

—Bien, bien. Indudablemente hemos conseguido más de lo que esperábamos.

Algo se apretó contra sus labios y un líquido caliente, con un ligero sabor a menta, penetró en su boca. Tragó con una convulsión y de repente fue consciente de estar helada, tiritando. Abrió los ojos de golpe. Y se quedaron prendidos en el rostro de una mujer que le sostenía la cabeza y la copa. Las linternas que enarbolaban los

soldados que se apiñaban en derredor daban luz suficiente para distinguir esa cara con claridad. Un semblante intemporal. Estaba dentro del Puerto del Norte.

—Eso es, pequeña —dijo en tono alentador la Aes Sedai—. Bébetelo todo. Una fuerte dosis, por ahora.

Egwene intentó apartar la copa, intentó abrazar el *Saidar*, pero sintió que se hundía de nuevo en la oscuridad. La estaban esperando. Alguien la había traicionado. Pero ¿quién?

Epílogo: Una respuesta

Rand miraba por la ventana la constante lluvia que caía de un cielo gris. Descargaba otra tormenta procedente de la Columna Vertebral del Mundo. De la Pared del Dragón. Creía que la primavera no tardaría en llegar ya. Al final siempre llegaba. Allí, en Tear, antes que en casa, aunque no había señales de ella. Los relámpagos surcaban el cielo en rastros azul-plateados que se bifurcaban, y el estallido del trueno tardaba en sonar largos segundos. Relámpagos lejanos. Las heridas del costado le dolían. Luz, las garzas grabadas en sus palmas le dolían, después de tanto tiempo.

«A veces el dolor es lo único que te permite saber que estás vivo», susurró Lews Therin, pero Rand no hizo caso de la voz que sonaba en su mente.

La puerta se abrió a su espalda con un chirrido, y Rand giró la cabeza para mirar al hombre que entró en la sala de estar. Bashere llevaba una chaqueta gris de seda, corta, una prenda de intenso brillo, y portaba el bastón de mariscal de Saldaea —una vara de marfil rematada por una cabeza de lobo dorada— metido en el cinturón, junto a la espada envainada. Las botas de boca vuelta estaban lustradas hasta brillar. Rand procuró no exteriorizar su alivio. Habían estado ausentes mucho tiempo.

—¿Y bien? —inquirió.

—Los seanchan son tratables —contestó Bashere—. Están como cencerros, pero son tratables. No obstante, exigen una reunión con vos en persona. El mariscal de Saldaea no es el Dragón Renacido.

—¿Con esa tal lady Suroth?

Bashere sacudió la cabeza.

—No. Al parecer ha llegado un miembro de su familia imperial. Suroth quiere que os reunáis con una persona a la que llaman la Hija de las Nueve Lunas.

A lo lejos destelló un relámpago; el restallido del trueno desgarró el aire.
En la creciente tormenta, jinetes del viento,
cabalgamos hacia el fragor de los truenos.
Entre cegadores relámpagos danzamos,
y en dos al mundo desmembramos.

Fragmento de un poema anónimo supuestamente
escrito al final de la Era anterior,
llamada por algunos la Tercera Era.
A veces atribuido al Dragón Renacido.

Glosario

Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de tal modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían corno Año Libre (AL). El calendario Gazariano ganó amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiría de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero únicamente los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la generalizada destrucción, mortalidad y desintegración de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede —iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años—, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

Ahondamiento: 1) La capacidad de usar el Poder Único para diagnosticar estados físicos y enfermedades. 2) La habilidad de hallar depósitos de minerales metalíferos con el Poder Único. El hecho de que ésta sea una habilidad perdida por las Aes Sedai mucho tiempo atrás puede explicar que el nombre se haya relacionado con otra facultad.

Allegadas, las: Incluso durante la Guerra de los Trollocs, hace más de dos mil años (alrededor del 1000-1350 DD), la Torre Blanca seguía manteniendo el nivel exigido y expulsaba a las mujeres que no daban la talla. Un grupo de mujeres, temerosas de regresar a sus casas en mitad de una guerra, huyó a Barashta (en las inmediaciones de donde se alza actualmente Ebou Dar), lo más lejos posible del conflicto en aquel tiempo. Se llamaron a sí mismas las Allegadas o las Emparentadas; mantuvieron en secreto su grupo y ofrecieron un refugio seguro a otras a las que habían expulsado. Con el tiempo, el hecho de entrar en contacto con mujeres a las que se les ordenaba abandonar la Torre las condujo a abordar a las fugitivas y, aunque las razones exactas quizá no se sepan nunca, las Allegadas empezaron a aceptar también a las que huían de la Torre. Ponían gran empeño en que esas jóvenes no descubrieran nada sobre su grupo hasta tener la seguridad de que las Aes Sedai no caerían sobre ellas de repente para arrastrarlas de vuelta a la Torre. Al fin y a la postre, era de todos sabido que a las fugitivas se las atrapaba siempre, antes o

después, y las Allegadas sabían que, a menos que mantuvieran en secreto su organización, ellas mismas serían castigadas severamente.

Las Allegadas ignoraban que las Aes Sedai tenían conocimiento de su existencia casi desde el principio, pero la prosecución de la guerra no les dejaba tiempo para ocuparse de ellas. Al finalizar el conflicto, la Torre cayó en la cuenta de que no le convenía desmantelar el grupo de las Allegadas. Hasta entonces, la mayoría de las fugitivas había logrado escapar, pese a lo proclamado por la Torre; pero, una vez que las Allegadas empezaron a ayudarlas a huir, la Torre sabía exactamente adónde se encaminaba cualquier fugitiva, y así comenzó a recuperar a nueve de cada diez. Puesto que las Emparentadas se mudaban cada cierto tiempo de Barashta (que posteriormente se llamó Ebou Dar) con el propósito de mantener en secreto su existencia y el número de las componentes del grupo, sin que su estancia se prolongase más de diez años para no correr el riesgo de que alguien advirtiera que no envejecían a un ritmo normal, la Torre creyó que eran muy pocas, además de que cumplían a rajatabla el precepto de no llamar la atención. Con el propósito de utilizar a las Allegadas como una trampa para las fugitivas, la Torre decidió dejarlas en paz, en contra de lo que habían hecho con cualquier otro grupo similar a lo largo de su historia, así como guardar en secreto su existencia para cualquiera que no fuese Aes Sedai.

Las Allegadas no tienen leyes, sino más bien unas reglas basadas en parte en las establecidas por la Torre Blanca para novicias y Aceptadas, y en parte por la necesidad de conservar su secreto. Como sería de esperar dados los orígenes de las Allegadas, el mantenimiento de sus reglas es estricto con todas sus integrantes.

Recientes contactos entre Aes Sedai y Allegadas —aunque tal circunstancia es conocida únicamente por un puñado de hermanas— han dado lugar a varias sorpresas, entre ellas el hecho de que hay el doble de Emparentadas que Aes Sedai, así como que alguna de las primeras superan en un siglo la edad que ha llegado a alcanzar cualquier Aes Sedai desde antes de la Guerra de los Trollocs. El efecto que estos descubrimientos puedan tener tanto en las Aes Sedai como en las Allegadas aún está por verse. (Véanse Hijas del Silencio, las; Círculo de Labores de Punto, el.)

Arad Doman: Una nación situada en las costas del Océano Aricio. En la actualidad sufre los estragos de una guerra civil además de las que sostiene de manera simultánea contra quienes se han declarado partidarios del Dragón Renacido. En Arad Doman, el monarca (rey o reina) es elegido por un consejo de las cabezas de los gremios de mercaderes (el Consejos de Mercaderes), que casi siempre son mujeres. El elegido, hombre o mujer, debe pertenecer a la clase noble, no a la de los mercaderes, y su elección es de por vida. Legalmente, el monarca tiene absoluta autoridad, pero se lo puede destronar con los votos de los tres cuartos del Consejo. El actual dirigente es el rey Alsalam Saeed Almadar, Señor de Almadar, Cabeza Insigne

de la casa Almadar. Su paradero actual está envuelto en el misterio.

Asha'man: 1) En la Antigua Lengua, «Guardián» o «Guardianes» pero siempre con el significado de un defensor de la justicia. 2) El nombre dado tanto al colectivo de hombres que han acudido a lo que ahora se llama la Torre Negra, cerca de Caemlyn, en Andor, a fin de aprender a encauzar, como a uno de sus rangos. Su entrenamiento se centra en los distintos modos de utilizar el Poder Único como arma; una vez que han aprendido a asir el *Saidin* —la mitad masculina de la Fuente—, se les exige realizar todo tipo de tareas y trabajos con el Poder, lo que implica otro cambio con respecto a las normas de la Torre Blanca. A un hombre que acaba de enrolarse se lo llama «soldado» y lleva una chaqueta negra, de cuello alto, al estilo andoreño. Al ser ascendido a «Dedicado» se adquiere el derecho de lucir un alfiler de plata, denominado «espada», en el pico del cuello. La promoción a Asha'man otorga el derecho a llevar la insignia del «dragón», el alfiler esmaltado en dorado y rojo, en el pico contrario. Aunque muchas mujeres, incluidas las esposas, huyen cuando descubren que sus compañeros pueden encauzar, un número considerable de los hombres de la Torre Negra están casados y utilizan una versión del vínculo de los Guardianes con sus Aes Sedai a fin de crear un nexo con sus esposas. Este mismo vínculo, alterado para compeler a la obediencia, ha empezado a usarse recientemente a fin de capturar también Aes Sedai.

avispa de mar: Una pequeña criatura acuática que parece de gelatina y que produce un doloroso escozor urticante con su roce.

Balwer, Sebban: Otrora secretario de Pedron Niall (el capitán general de los Hijos de la Luz) oficialmente, aunque en secreto era su jefe de espías. Tras la muerte de Niall, Balwer ayudó a Morgase (antes reina de Andor) a escapar de los seanchan en Amador por sus propios motivos, y ahora trabaja como secretario de Perrin t'Bashere Aybara y de Faile ni Bashere t'Aybara. Perrin empieza a sospechar que Balwer es algo más de lo que aparenta.

Brazos Rojos, los: Soldados de la Compañía de la Mano Roja a quienes se ha elegido para realizar una tarea policial de forma temporal a fin de evitar que otros soldados de la Compañía ocasionen problemas o daños en una ciudad o un pueblo. Llamados así porque, mientras realizan su tarea, llevan unos brazaletes anchos de color rojo que les cubren las mangas casi por completo. Por lo general se los escoge entre los hombres más veteranos y dignos de confianza. Ya que cualesquiera daños ocasionados han de pagarlos los Brazos Rojos que estén de servicio, éstos se esfuerzan para que reine la paz y el orden. De entre los Brazos Rojos se eligió a cierto número de hombres para acompañar a Mat Cauthon a Ebou Dar. (Véase Compañía de la Mano Roja.)

Buscadores, los: O, más formalmente, los Buscadores de la Verdad, es una organización policial y de espionaje perteneciente al trono imperial seanchan. Si bien

en su mayoría son *da'covale* y propiedad de la familia imperial, tienen poderes casi ilimitados. Incluso pueden arrestar a un miembro de la Sangre por no responder a sus preguntas o no cooperar plenamente con ellos, y son los propios Buscadores quienes definen el nivel de cooperación requerido, sólo sujeto a modificación por la propia emperatriz. Los Buscadores que son *da'covale* llevan un tatuaje en cada hombro con un cuervo y una torre. A diferencia de los Guardias de la Muerte, los Buscadores no gustan de mostrar sus cuervos, en parte porque hacerlo implica revelar quiénes y qué son.

Cacería Salvaje, la: Son muchos los que sostienen que el Oscuro (que a menudo recibe el nombre de Siniestro o Viejo Siniestro en Tear, Illian, Murandy, Altara y Ghealdan) sale por la noche a cazar almas con los «perros negros» o Sabuesos del Oscuro. A ello se denomina la Cacería Salvaje. Muchos creen que el simple hecho de ver pasar a la Cacería Salvaje significa la muerte inminente, ya sea la de quien la ha visto o la de alguno de sus seres queridos, y se considera particularmente peligroso encontrárselos en una encrucijada en el crepúsculo, nada más ponerse el sol o justo antes del amanecer. (Véase Sabuesos del Oscuro.)

Cachorros, los: Los primeros Cachorros eran jóvenes a los que instruían los Guardianes en la Torre Blanca y que lucharon contra aquellos de sus maestros que trataron de liberar a Siuan Sanche cuando a ésta se la depuso como Sede Amyrlin. Dirigidos por Gawyn Trakand, los Cachorros permanecieron leales a la Torre Blanca y sostuvieron refriegas contra los Capas Blancas que estaban a las órdenes de Elmon Valda. Acompañaron a la delegación de hermanas destacadas a Cairhien para entrevistarse con el Dragón Renacido, y entraron en combate contra Aiel y Asha'man en los pozos de Dumai. A su regreso a Tar Valon, se encontraron con que tenían prohibido el acceso a la ciudad.

Los Cachorros visten chaqueta verde, con el emblema del Jabalí Blanco de Gawyn; aquellos que lucharon contra sus maestros en Tar Valon lucen un alfiler de plata, en forma de torre, prendido en el cuello de la chaqueta. Aceptan reclutas a dondequiera que van, pero no admiten veteranos ni hombres mayores que ellos. Un requisito es que el recluta debe estar dispuesto a renunciar a toda lealtad excepto a los Cachorros. Los miembros de más edad enseñan a los reclutas las técnicas de los Guardianes, ya que han renunciado a ser instruidos por éstos, y varios han rechazado ofertas de Aes Sedai para vincularse a ellas. En muchos aspectos parecen estar desligados totalmente de la Torre y de las Aes Sedai. Esto se debe en parte a sus sospechas de que se quería que no sobrevivieran a la expedición a Cairhien.

calendario: Una semana tiene diez días, y un mes, veintiocho; el año consta de trece meses. Varios festivos no forman parte de ningún mes, entre ellos el Día Solar (el más largo del año), la Fiesta de Acción de Gracias (celebración cuatrienal, en el equinoccio de primavera), y el Día de la Salvación de las Almas, también llamado

Día de Todas las Ánimas (fiesta decenal, en el equinoccio de otoño). Aunque los meses tienen nombre —Taisham, Jumara, Saban, Aine, Adar, Saven, Amadame, Tammaz, Maigdhal, Choren, Shaldine, Nesan y Danu— rara vez se utilizan salvo en documentos oficiales y por los funcionarios. Para la mayoría de la gente es suficiente regirse por las estaciones.

Capitán de Espadas: Véase Capitán de Lanzas.

Capitán de Lanzas: En la mayoría de las naciones, en circunstancias normales las mujeres nobles no dirigen personalmente a sus mesnaderos en la batalla. En cambio, contratan a un soldado profesional, casi siempre un plebeyo, que es el responsable del entrenamiento de los mesnaderos así como de dirigirlos. Dependiendo del país, ese hombre puede llamarse Capitán de Lanzas, Capitán de Espadas, Maestro de los Caballos o Maestro de las Lanzas. A menudo, y quizá de manera inevitable, surgen rumores sobre otro tipo de relación entre la noble y el guerrero aparte de la de patrona y asalariado. En ocasiones dichos rumores son ciertos.

capitán general: 1) Rango militar del cabecilla de la Guardia Real de Andor. Esta posición la ocupa actualmente lady Birgitte Trahelion. 2) Título que posee la cabeza del Ajah Verde, aunque sólo la conocen las hermanas del Verde. Dicha posición la ocupa actualmente Adelorna Bastine, en la Torre, y Myrelle Berengari en el contingente de Aes Sedai rebeldes al mando de Egwene al'Vere.

Cha Faile: 1) En la Antigua Lengua, «Garra del Halcón». 2) Nombre adoptado por los jóvenes cairhieninos y tearianos que intentan seguir el *ji'e'toh*. Han jurado lealtad a Faile ni Bashere t'Aybara y secretamente actúan como sus exploradores y espías.

Círculo de Labores de Punto, el: La junta dirigente de las Allegadas. Puesto que ninguna de las componentes del grupo ha sabido nunca cómo organizan las Aes Sedai su propia jerarquía —conocimiento que sólo se adquiere cuando una Aceptada ha pasado su prueba para obtener el chal—, las Allegadas no basan su jerarquía en la fuerza con el Poder sino que dan gran importancia a la edad, de modo que la mujer mayor siempre está por encima de la más joven. Por consiguiente, el Círculo de Labores de Punto (nombre escogido, al igual que el de Allegadas, por su carácter inofensivo) está formado por las trece mujeres mayores residentes en Ebou Dar en ese momento, y la de mayor edad recibe el título de la Rectora. Conforme a las reglas, todas tendrán que dejar el puesto cuando llegue el momento de mudarse, pero mientras residan en Ebou Dar tienen autoridad absoluta sobre las Allegadas, hasta un grado que cualquier Sede Amyrlin envidiaría. (Véase Allegadas, las.)

Compañía de la Mano Roja: Véase *Shen an Calhar*.

Compañeros, los: El cuerpo militar de elite de Illian que actualmente está al mando del primer capitán Demetre Marcolin. Los Compañeros proporcionan escolta al rey de Illian y guardan los puntos clave en toda la nación. Además, a los

Compañeros se los ha utilizado tradicionalmente en la batalla para atacar las posiciones enemigas más fuertes y sacar ventaja de sus puntos débiles, así como para cubrir la retirada del rey si llegara el caso. A diferencia de la mayoría de las unidades de elite de su clase, a los forasteros no sólo se los acoge de buen grado en sus filas (excepto tearianos, altaraneses y murandianos), sino que incluso pueden ascender al rango más alto; lo mismo reza para los plebeyos, cosa que tampoco es habitual. El uniforme de los Compañeros consiste en chaqueta verde, peto adornado con las Nueve Abejas de Illian y un yelmo cónico con visera de hendiduras de acero. El primer capitán luce cuatro galones trenzados de oro en las bocamangas, y un penacho de tres finas plumas doradas en el yelmo. Los tenientes llevan dos galones amarillos en las bocamangas y dos finas plumas verdes, mientras que los subtenientes llevan un galón amarillo y una pluma verde. Los distintivos de los abanderados son dos galones abiertos de color amarillo en las bocamangas y una pluma del mismo tono, y los hombres del pelotón solamente llevan un galón abierto, también amarillo.

Consolidación, la: Cuando los ejércitos enviados por Artur Hawkwing a las órdenes de su hijo Luthair desembarcaron en Seanchan, se encontraron con un mosaico cambiante de numerosísimas naciones que guerreaban frecuentemente entre sí y que a menudo estaban regidas por Aes Sedai. Al no existir un equivalente de la Torre Blanca, las Aes Sedai actuaban a favor de sus propios intereses y poderío valiéndose del Poder Único. Formaban pequeños grupos e intrigaban constantemente unas contra otras. En gran parte, esas continuas maquinaciones en provecho propio y las resultantes guerras entre las miles de naciones fue lo que permitió a los ejércitos del este del Océano Aricio iniciar la conquista de todo un continente y que sus descendientes finalizaran dicha tarea. Esa conquista, en cuyo transcurso los descendientes de los ejércitos originales se convirtieron en seanchan a medida que conquistaban a los oriundos, se prolongó más de novecientos años y se la conoce como la Consolidación.

Corenne: En la Antigua Lengua, «el Retorno». Nombre dado por los seanchan tanto a la flota de miles de barcos como a los cientos de miles de soldados, artesanos y demás que transportarán esas naves y que llegarán detrás de los Precursores para reclamar las tierras robadas a los descendientes de Artur Hawkwing. (Véase Precursores.)

cuendillar: Una sustancia supuestamente indestructible creada durante la Era de Leyenda. Absorbe cualquier fuerza que intente romperla, incrementando así su dureza. Aunque se creía que los conocimientos para crearla se habían perdido para siempre, han empezado a correr rumores sobre objetos nuevos fabricados con ella. También se la conoce como piedra del corazón.

da'covale: 1) En la Antigua Lengua, «el que es posesión» o «persona que es propiedad». 2) Entre los seanchan, término utilizado a menudo, junto con el de

«propiedad», para «esclavos». La esclavitud tiene una historia larga e inusitada entre los seanchan, ya que hay esclavos con posibilidad de ascender a posiciones de gran poder y autoridad, incluso sobre aquellos que son libres. (Véase *so'jhin*.)

Dama de las Sombras: Término seanchan para referirse a la muerte.

Defensores de la Ciudadela, los: La unidad militar de elite de Tear. El actual Capitán de la Ciudadela (el comandante de los Defensores) es Rodrivar Tihera. En dicho cuerpo sólo se admiten tearianos, y por lo general los oficiales son de la nobleza, aunque a menudo pertenecen a casas menores o a ramas menores de casas importantes. Los Defensores tienen a su cargo la salvaguardia de la inmensa fortaleza llamada Ciudadela de Tear —a la que veces se alude como «la Roca» o «la Piedra», principalmente en escritos antiguos—, en la ciudad del mismo nombre, así como la defensa de la urbe y las tareas propias de un cuerpo policial o una guardia ciudadana u otra organización semejante. Salvo en tiempos de guerra, sus funciones rara vez los llevan lejos de la ciudad. Así como ocurre con todas las unidades de elite, son el núcleo en torno al cual se forma el ejército. El uniforme de los Defensores consiste en una chaqueta negra con mangas acolchadas, listadas en negro y dorado, con puños negros, peto bruñido y yelmo con reborde y visera de hendiduras de acero. El Capitán de la Ciudadela luce tres plumas blancas y cortas en el yelmo, y en los puños de la chaqueta, tres galones dorados y entrelazados sobre banda blanca. Los capitanes llevan dos plumas blancas y un galón dorado sobre puños blancos; los tenientes, una pluma blanca y un galón negro sobre puños blancos; los subtenientes, una corta pluma negra y los puños blancos, sin galones. Los portaestandartes llevan puños dorados en las chaquetas, y los hombres del pelotón, los puños listados en negro y dorado.

depósito: Sección de la biblioteca de la Torre. Son doce los depósitos públicos conocidos, y en cada uno de ellos se guardan libros e informes pertenecientes a un tema o temas en particular. Existe otro depósito, el decimotercero, que sólo conocen las Aes Sedai y que contiene documentos, informes e historias a las que únicamente tienen acceso la Amyrlin, la Guardiana de las Crónicas y las Asentadas de la Antecámara de la Torre; y, por supuesto, un puñado de bibliotecarias encargadas del mantenimiento de ese depósito.

der'morat: 1) En la Antigua Lengua, «maestro adiestrador». 2) Entre los seanchan el término se aplica para indicar a un adiestrador eminente y experto en una de las disciplinas exóticas, alguien que entrena a otros, por ejemplo, el der'*morat'raken*. Los der'morat pueden disfrutar de una posición social muy importante, y la más elevada la ostentan las *sul'dam*, que se equiparan con oficiales militares de alto rango. (Véase morat.)

Erith: Hija de Iva, nieta de Alar. Una atractiva joven Ogier con quien Loial tiene intención de casarse, aunque de momento huye de ella.

Fain, Padan: El otrora Amigo Siniestro es ahora algo mucho peor y más poderoso, y enemigo de los Renegados tanto como lo es de Rand al'Thor, a quien odia con pasión. Se lo vio por última vez en Far Maddig, con Toram Riatin.

Fel, Herid: Autor de Razón y sinrazón, entre otros libros. Fel era estudiante (y profesor) de historia y filosofía en la Academia de Cairhien. Se lo encontró muerto en su estudio, desgarrado en pedazos.

Gregorin: Su nombre completo es Gregorin Panar de Lushenos. Miembro del Consejo de los Nueve de Illian que actualmente ejerce de Administrador del Dragón Renacido en Illian.

Guardia Alada, la: Guardia personal de la Principal de Mayene y unidad militar de elite de ese país. Los miembros de la Guardia Alada llevan relucientes petos rojos, yelmos del mismo color y de forma acampanada, que por la parte posterior bajan hasta la nuca, y lanzas adornadas con cintas asimismo rojas. Los yelmos de los oficiales tienen labradas unas alas en los laterales, y unas finas plumas denotan el rango.

Guardia Real, la: La unidad militar de elite de Andor. En tiempos de paz la Guardia es responsable de hacer respetar la ley de la reina y guardar el orden. El uniforme de la Guardia Real se compone de almilla roja, cota de malla y peto bruñidos, brillante capa roja y yelmo cónico, con la visera de barras. Los oficiales de alto rango lucen nudos de graduación en las hombreras y a veces llevan espuelas doradas en forma de cabeza de león. Una reciente incorporación a la Guardia Real es la escolta personal de la heredera del trono, compuesta enteramente por mujeres con la sola excepción de su capitán, Doilin Mellar.

Guardias de la Muerte: La unidad militar de elite del imperio seanchan, formada tanto por humanos como por Ogier. Todos los integrantes humanos de los Guardias de la Muerte son *da'covale*, nacidos esclavos, y se los elige a temprana edad para servir a la emperatriz, de quien son propiedad. Fanáticamente leales y ferozmente orgullosos, a menudo exhiben los cuervos tatuados en sus hombros, la marca de un *da'covale* de la emperatriz. A los miembros Ogier se los conoce como Jardineros, y son los únicos que no son *da'covale*. A pesar de ello, los Jardineros son tan fanáticamente leales como los Guardias de la Muerte humanos, e incluso más temidos. Humanos u Ogier, los Guardias de la Muerte no sólo están dispuestos a morir por la emperatriz y la familia imperial, sino que creen que sus vidas le pertenecen a la emperatriz para que ésta disponga de ellas a su arbitrio. Los yelmos y las armaduras de su unidad van lacados en verde oscuro y rojo sangre, y los escudos, en negro; sus lanzas y espadas llevan borlas también negras. (Véase *da'covale*.)

Hailene: En la Antigua Lengua, «Precursores» o «los Que Llegan Antes». Término aplicado por los seanchan a la masiva fuerza expedicionaria enviada a través del Océano Aricio para explorar las tierras antaño regidas por Artur Hawkwing.

Actualmente al mando de la Augusta Señora Suroth, los Hailene, cuyas filas se han engrosado con los reclutamientos realizados en los países conquistados, han superado con creces sus objetivos originales.

Hanlon, Daved: Un Amigo Siniestro, antiguo comandante de los Leones Blancos al servicio del Renegado Rahvin en la época en que éste tuvo Caemlyn bajo su dominio utilizando el nombre falso de lord Gaebril. Posteriormente, Hanlon condujo a los Leones Blancos a Cairhien con órdenes de fomentar la rebelión contra el Dragón Renacido. Los Leones Blancos fueron destruidos por una «burbuja maligna», y Hanlon recibió instrucciones de regresar a Caemlyn, donde, con el nombre de Doilin Mellar, se ha congraciado con Elayne, la heredera del trono. Según los rumores, ha hecho mucho más que congraciarse con ella.

Hijas del Silencio: Durante la historia de la Torre Blanca (más de tres mil años), diversas mujeres que fueron expulsadas no quisieron aceptar su destino e intentaron agruparse. Tales grupos —o al menos casi todos ellos— fueron dispersados por la Torre Blanca tan pronto como se descubrió su existencia, y a sus componentes se las castigó severa y públicamente a fin de asegurarse de que llegara a oídos de las demás y sirviera de lección. Las integrantes del último grupo dispersado se llamaban a sí mismas las Hijas del Silencio (794-798 NE), y lo componían dos Aceptadas, a las que la Torre había expulsado, y otras veintitrés mujeres a las que reunieron y entrenaron. Todas fueron conducidas a Tar Valon y castigadas; a las veintitrés se las inscribió en el libro de las novicias. Sólo una de ellas, Saerin Asnobar, logró obtener el chal. (Véase Allegadas, las.)

Hijos de la Luz: Una asociación que no debe sumisión a reino alguno, que mantiene estrictas creencias ascéticas y está consagrada a derrotar al Oscuro y a la destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothair Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que ellos son los únicos que se hallan en posesión de la verdad. Profesan un profundo odio por las Aes Sedai, a las cuales consideran, al igual que a sus simpatizantes, Amigos Siniestros. Conocidos despectivamente como Capas Blancas, anteriormente estaban acuartelados en Amador, capital de Amadicia, pero se vieron obligados a huir cuando los seanchan conquistaron la ciudad. Su emblema es un sol dorado sobre fondo blanco. (Véase interrogadores.)

Iluminadores, Corporación de: Una organización que mantiene el secreto del proceso de fabricación de fuegos de artificio. El nombre de la Corporación proviene de los grandes espectáculos, llamados iluminaciones, que proporcionan a los gobernantes y en ocasiones a los grandes señores. También venden cohetes de menor lucimiento para uso de otros ciudadanos, pero con severas advertencias respecto a las

desastrosas consecuencias que pueden derivarse del intento de conocer lo que hay en su interior. Otrora, la Corporación tenía casas capitulares en Cairhien y Tanchico, pero las dos han sido destruidas. Además, los miembros de la Corporación en Tanchico presentaron resistencia a la invasión de los seanchan y a los supervivientes se los hizo *da'covale,* de modo que la Corporación ha dejado de existir. Sin embargo, algunos Iluminadores han escapado del dominio seanchan y tal vez puedan verse exhibiciones de fuegos de artificio más impresionantes en un futuro no muy lejano. (Véase *da'covale*.)

interrogadores: Una orden de los Hijos de la Luz que se autodenomina la Mano de la Luz, cuyo cometido es descubrir la verdad en controversia y desenmascarar a los Amigos Siniestros. En su búsqueda de la verdad y de la Luz, utilizan normalmente la tortura como método de interrogatorio; su actitud normal es la de conocer con antelación la verdad, con lo cual únicamente deben obligar a sus víctimas a confesarla. En ocasiones actúan como si se hallaran al margen de los Hijos y del Consejo de Ungidos, órgano de máxima autoridad entre los Hijos. El dirigente de los interrogadores es el Inquisidor Supremo, actualmente Rhadam Asunawa, el cual forma parte del Consejo de Ungidos. Su enseña es una vara de pastor de color rojo sangre.

Ishara: Primera reina de Andor (alrededor de 994-1020 AL). A la muerte de Artur Hawkwing, Ishara convenció a su esposo, uno de los generales más destacados de Hawkwing, de que levantara el asedio a Tar Valon y la acompañara a Caemlyn con todos los soldados que pudiera apartar del ejército. Mientras otros intentaban adueñarse de todo el imperio de Hawkwing y fracasaban, Ishara se apoderó de una pequeña parte y logró su propósito. En la actualidad, casi todas las casas nobles de Andor descienden en mayor o menor medida de Ishara, y el derecho a reclamar el Trono del León depende por igual de pertenecer a la estirpe directa de dicha reina como del número de linajes relacionado con ella que puedan establecerse de manera fehaciente.

jerarquía de los Marinos: Los Atha'an Miere, o los Marinos, están gobernados por la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere. En el desempeño de su tarea, ésta cuenta con la ayuda de la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos y del Maestro de Armas. En el escalafón inmediatamente inferior se encuentran las Señoras de las Olas de los clanes, cada cual ayudada por sus correspondientes Detectora de Vientos y Maestro de Espadas. A continuación están las Navegantes (capitanas de barco) de sus respectivos clanes, que a su vez disponen de la asistencia de su Detectora de Vientos y su Maestre de Cargamento. La Detectora de los Vientos de la Señora de los Barcos tiene autoridad sobre todas las Detectoras de Vientos de las Señoras de las Olas de los clanes, quienes, a su vez, tienen potestad sobre todas las Detectoras de Vientos de sus clanes respectivos. Asimismo, el Maestro de Armas

tiene autoridad sobre todos los Maestros de Espadas, y éstos sobre los Maestres de Cargamento de sus clanes. El rango no es hereditario entre los Marinos. Son las Doce Primeras de los Atha'an Miere quienes eligen, de por vida, a la Señora de los Barcos; estas mujeres son las doce Señoras de las Olas de más edad en los clanes. A la Señora de las Olas del clan la eligen las doce Navegantes mayores de su clan, a quienes se conoce por el título abreviado de las Doce Primeras, una denominación que también se utiliza para designar a las Navegantes decanas que se encuentren presentes en cualquier parte. De igual modo, la Señora de las Olas puede ser destituida por el voto de esas mismas Doce Primeras. De hecho, se puede hacer cesar a cualquiera excepto a la Señora de los Barcos —lo que abarca todos los escalafones, incluso el de marinero de cubierta—, ya sea por cobardía o por otros delitos. Cuando una Señora de los Barcos o una Señora de las Olas muere, su Detectora de Vientos está obligada a servir, forzosamente, a otra mujer de rango inferior, con lo que su propio rango también disminuye.

Kaensada: Una región de Seanchan poblada por tribus montañesas apenas civilizadas. Estas tribus pelean mucho entre sí, al igual que lo hacen familias de una misma tribu. Cada tribu tiene sus propias costumbres y tabúes, y a menudo estos últimos no tienen sentido para cualquiera que no pertenezca a ellas. En su mayoría, evitan entrar en contacto con los otros residentes de Seanchan más civilizados.

Katar: Una ciudad de Arad Doman famosa por sus minas y forjas. Katar es tan próspera que a sus nobles hay que recordarles de vez en cuando que forman parte de Arad Doman.

Legión del Dragón, la: Una gran unidad militar de infantería que ha jurado lealtad al Dragón Renacido y ha sido entrenada por Davram Bashere de acuerdo con unas pautas ideadas por él mismo y por Mat Cauthon, las cuales difieren radicalmente de las empleadas de manera habitual por los soldados de a pie. Aunque muchos de sus integrantes acuden por propia iniciativa, un gran número de hombres de la Legión es recogido por grupos de reclutamiento procedentes de la Torre Negra, quienes primero reúnen a todos los varones de una zona que desean seguir al Dragón Renacido y, sólo después de conducirlos a través de accesos próximos a Caemlyn, comprueban a cuáles de ellos se les puede enseñar a encauzar. A los restantes, la mayoría con gran diferencia, se los envía a los campamentos de entrenamiento de Bashere.

Maestro de las Lanzas: Véase Capitán de Lanzas.

Maestro de los Caballos: Véase Capitán de Lanzas.

*marath'*damane: En la Antigua Lengua, «Las que Deben Atarse con Correa» y también «alguien que debe atarse con correa». Término utilizado por los seanchan para designar a las mujeres capaces de encauzar, pero a las que aún no se les ha puesto el collar de *damane*.

medidas de longitud: 1 mano =10 cm; 1 pie = 30 cm; 3 pies = 1 paso (90 cm); 2

pasos = 1 espán (1,8 m); 1.000 espanes = 1,8 km.; 1 legua = 7,3 km.

Mera'din: En la Antigua Lengua, «los Sin Hermanos». Nombre adoptado, como una asociación guerrera, por los Aiel que abandonaron clan y septiar y se unieron a los Shaido porque no podían aceptar a Rand al'Thor, un habitante de las tierras húmedas, como el *Car'a'carn* o porque rehusaron admitir sus revelaciones referentes a la historia y los orígenes de los Aiel. Desertar del clan y del septiar por cualquier razón se considera abominable entre los Aiel, por lo cual ni siquiera las propias asociaciones guerreras de los Shaido quisieron admitirlos en sus filas, y, en consecuencia, formaron su propia asociación, los Sin Hermanos.

mesnaderos: Soldados que deben lealtad o vasallaje a un lord o lady en particular.

moneda: Tras muchos siglos de comercio, los tipos de moneda son los mismos en todos los países: coronas (la mayor en tamaño), marcos y céntimos. Las coronas y los marcos se pueden acuñar en oro o en plata, mientras que los céntimos pueden ser de plata o de cobre; a un céntimo de esta última aleación se lo llama a menudo un «cobre», simplemente. Dependiendo de las naciones, sin embargo, estas monedas son de distintos tamaños y pesos. Incluso en una misma nación se han acuñado monedas de distintos tamaños y pesos por diferentes gobernantes. A causa del comercio, las monedas de muchos países se encuentran casi en cualquier parte. Por esa razón, banqueros, prestamistas y mercaderes utilizan balanzas para determinar el valor de cualesquiera monedas. Se pesan incluso grandes cantidades de monedas por dicho motivo. El único papel moneda son las «cartas de valores» que extienden los banqueros, garantizando a su presentación la entrega de cierta cantidad de oro o plata. A causa de la gran distancia entre ciudades, el tiempo que hace falta para viajar de unas a otras y las dificultades para hacer transacciones a larga distancia, una carta de valores se acepta al cien por cien de su valor en una población próxima al banco que la ha expedido, pero es posible que en una ciudad más lejana sólo se acepte a un valor más bajo. Por lo general, una persona pudiente que va a hacer un largo viaje llevará una o más cartas de valores para cambiarlas por dinero cuando lo necesite. Las cartas de valores sólo las suelen aceptar banqueros o mercaderes, y nunca se utilizan en tiendas y otros establecimientos.

morat-: En la Antigua Lengua, «adiestrador». Entre los seanchan se utiliza para designar a los que adiestran y se encargan de disciplinas exóticas, por ejemplo, el *morat'raken*, un adiestrador o jinete de *raken*, también llamado de manera informal «volador». (Véase der'morat.)

Mujeres Sabias: Tratamiento honorífico que se da en Ebou Dar a las mujeres notables por sus increíbles habilidades para curar casi cualquier herida. Tradicionalmente el distintivo de una Mujer Sabia es un cinturón rojo. Si bien algunas personas han reparado en que gran parte de las Mujeres Sabias ebudarianas —por no decir la mayoría— no son oriundas de Altara, cuanto menos de la propia

Ebou Dar, lo que se ignoraba hasta no hace mucho, y aún sólo lo saben unos pocos, es que las Mujeres Sabias son en realidad Allegadas que utilizan varias versiones de la Curación, y que aplican hierbas y emplastos sólo como tapadera. Con la huida de las Allegadas de Ebou Dar después de que los seanchan tomaron la ciudad, no queda allí ninguna Mujer Sabia. (Véase Allegadas, las.)

núcleo: Unidad básica de organización —de hecho, una célula— en el Ajah Negro. El núcleo consta de tres hermanas que se conocen entre sí; cada miembro de un núcleo conoce a una hermana Negra perteneciente a otro.

Precursores, los: Véase Hailene.

Primera Agregada: Título que se da a la cabeza del Ajah Gris. Esta posición la ostenta Serancha Colvine al día de hoy, en la Torre Blanca. Se la tiene por una mujer muy exigente y maniática.

Profeta, el: O, más formalmente, el Profeta del lord Dragón. Antaño conocido como Masema Dagar, un soldado shienariano que tuvo una revelación y decidió que había sido llamado a difundir la nueva del renacimiento del Dragón. Cree que nada —¡absolutamente nada!— es más importante que reconocer al Dragón Renacido como la Luz hecha carne y que hay que estar preparado para cuando éste llame a la acción; a tal fin, él y sus seguidores utilizan cualquier medio para obligar a otros a entonar las alabanzas del Dragón Renacido. Ha renunciado a cualquier otro nombre que no sea el de Profeta, y ha desatado el caos en gran parte de Ghealdan y Amadicia, de las cuales controla zonas extensas. Se ha reunido con Perrin Aybara, a quien Rand envió a buscarlo, y, por razones desconocidas, se ha quedado con él aunque esto retrasa su marcha para acudir al emplazamiento del Dragón Renacido.

Puños del Cielo, los: Cuerpo de infantería ligera seanchan cuyos integrantes son transportados a la batalla a lomos de criaturas voladoras llamadas *to'raken*. Son hombres o mujeres menudos, en gran parte por el límite de peso que un *to'raken* puede cargar a la espalda a cualquier distancia. Considerados como unos de los soldados más duros del ejército, se los emplea principalmente para incursiones, ataques sorpresa a posiciones de la retaguardia enemiga y allí donde es trascendental la rapidez para situar soldados en un lugar.

Razonadora Mayor: Título que se le da a la cabeza del Ajah Blanco. Esta posición la ostenta Ferane Neheran al día de hoy, en la Torre Blanca. Ferane Sedai es una de las únicas dos cabezas de Ajah que ocupan actualmente un escaño en la Antecámara de la Torre.

Renegados, los: Nombre dado a trece de los Aes Sedai más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas de la Sombra durante la Era de Leyenda y quedaron confinados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse la Perforación en su prisión. Aunque durante mucho tiempo se creyó que sólo ellos abandonaron la Luz durante la Guerra de la Sombra, de hecho hubo otros que lo

hicieron también; esos trece son únicamente los de más alto rango entre ellos. El número de los Renegados (que se designan a sí mismos «los Elegidos») se ha reducido en cierto modo desde que despertaron hasta el momento actual. Los que han sobrevivido son Demandred, Semirhage, Graendal, Mesaana, Moghedien y otros dos que se reencarnaron en cuerpos nuevos y a los que se les dieron nuevos nombres: Osan'gar y Aran'gar, si bien es posible que Osan'gar también esté muerto. La vida de los Renegados siempre es incierta. Recientemente ha aparecido un hombre que se hace llamar Moridin, y que podría ser otro de los Renegados muertos sacados de la tumba por el Oscuro. La misma posibilidad cabría con respecto a la mujer llamada Cyndane; pero, habida cuenta de que Aran'gar era un hombre y ahora se ha reencarnado en mujer, sería fútil hacer conjeturas en cuanto a la identidad de Moridin y de Cyndane hasta que se sepa algo más.

Retorno, el: Véase *Corenne*.

Sabuesos del Oscuro: Engendros de la Sombra que se formaron de material canino corrompido por la Sombra. Aunque semejantes a sabuesos en su forma básica, son más oscuros que la noche y tan grandes como ponis, con un peso entre cien y ciento treinta kilos. Por lo general van en jaurías de diez o doce individuos, aunque se ha visto huellas de una manada más grande. No dejan huellas impresas en terreno blando, pero sí quedan marcadas en la piedra. Con frecuencia los acompaña un hedor a azufre ardiente. Normalmente no se aventuran a salir si llueve; pero, si ya están en marcha, la lluvia no basta para detenerlos. Una vez que se han lanzado tras el rastro de alguien, hay que hacerles frente y derrotarlos o de lo contrario la muerte de la víctima es inevitable. Únicamente se puede evitar esto cuando la presa consigue poner una corriente de agua entre ella y los Sabuesos, ya que no la cruzarán. O eso es lo que se supone. Su sangre y su saliva son venenosas; si una gota de cualquiera de las dos roza la piel, la víctima morirá muy lenta y dolorosamente. (Véase Cacería Salvaje, la)

Sangre, la: Término utilizado por los seanchan para designar a la nobleza, de la que existen distintos grados. Los miembros de la Alta Sangre se afeitan los lados de la cabeza y se pintan varias uñas —cuanto más alto el rango, más uñas pintadas—, pero un miembro de la Sangre inferior, la Sangre baja, llevará pintadas sólo las uñas de los meñiques. Además de pertenecer a ella por nacimiento, puede obtenerse tal dignidad por ascenso, lo que con frecuencia es una recompensa por grandes logros o por servicios al imperio.

Seandar: La capital imperial de Seanchan, localizada al nordeste del continente Seanchan. También es la urbe más grande del imperio.

sei'mosiev: En la Antigua Lengua, «ojos bajos» o «bajar la vista». Entre los seanchan, decir que alguien se ha «vuelto *sei'mosiev*» significa que esa persona ha «perdido el prestigio». (Véase *sei'taer*.)

sei'taer: En la Antigua Lengua, «ojos altos» o «mirar de frente». Entre los seanchan, se refiere al honor o el prestigio, a la capacidad de sostener la mirada de alguien. Es posible «ser» o «tener» *sei'taer*, lo que significa que dicha persona posee honor y prestigio, y también «cosechar» o «perder» *sei'taer*. (Véase *sei'mosiev*.)

Shara: Tierra misteriosa situada al este del Yermo de Aiel, protegida tanto por su inhóspita orografía como por murallas construidas por el hombre. Poco se sabe sobre Shara, ya que sus gentes se esfuerzan en mantener en secreto su cultura. Los sharaníes niegan que la Guerra de los Trollocs los afectara, a pesar de que los Aiel afirman lo contrario. También niegan tener conocimiento del intento de invasión de Artur Hawkwing, a despecho de la versión de los Marinos como testigos oculares. La poca información que se ha filtrado revela que los sharaníes están gobernados por un monarca absoluto llamado Sh'boan si es mujer y Sh'botay si es varón. El monarca gobierna como único dirigente exactamente durante siete años y después muere. El gobierno pasa a manos de su pareja, que entonces escoge un nuevo compañero o compañera y reina hasta que muere al cabo de siete años. Esta pauta ha permanecido virtualmente inalterada desde los tiempos del Desmembramiento. La gente cree que las muertes son simplemente la «Voluntad del Entramado».

En Shara hay encauzadores, conocidos como Ayyad, a los que les tatúan la cara al nacer. Las mujeres Ayyad hacen cumplir estrictamente las leyes relativas a los de su clase. El ayuntamiento entre Ayyad y no Ayyad está penalizado con la muerte para el segundo, y también para el Ayyad si se demuestra que éste forzó al otro. Si hay un hijo de esta unión se lo abandona a la inclemencia de los elementos para que muera. A los varones Ayyad se los considera simples reproductores para las mujeres Ayyad. A la edad de veintiún años —o antes si dan señales de empezar a encauzar— las Ayyad los matan e incineran los cadáveres. Supuestamente las Ayyad sólo encauzan si se lo ordena la Sh'boan o el Sh'botay, que siempre se rodea de mujeres Ayyad.

Ni siquiera se conoce con seguridad el nombre de esta tierra. Se sabe que los nativos la llaman por muchos nombres distintos, entre ellos Shamara, Co'dansin, Tomaka, Kigali y Shibouya.

Shen an Calhar: En la Antigua Lengua, «Compañía de la Mano Roja». 1) Un grupo legendario de héroes autores de grandes hazañas y que finalmente murieron defendiendo Manetheren cuando dicha nación fue destruida durante la Guerra de los Trollocs. 2) Una unidad militar formada casi de manera fortuita por Mat Cauthon y organizada conforme al estilo de las fuerzas de combate existentes durante lo que se considera el auge de las artes marciales, en los tiempos de Artur Hawkwing y los siglos inmediatamente precedentes.

Sisnera, Darlin: Un Gran Señor de Tear que otrora se alzó en rebelión contra Rand al'Thor, pero ahora ejerce como Administrador del Dragón Renacido en Tear.

so'jhin: La traducción que más se ajusta a esta locución de la Antigua Lengua

sería «lo alto entre lo bajo», aunque algunos la interpretan con el significado de «tanto el cielo como el valle», entre otras cuantas posibilidades. *so'jhin* es el término que los seanchan utilizan para designar a los sirvientes hereditarios de alto rango. Éstos son *da'covale*, o propiedad, si bien ocupan posiciones de considerable autoridad y a menudo de poder. Incluso la Sangre procede con gran tiento con los *so'jhin* de la familia imperial, a los que la propia emperatriz les habla como a iguales. (Véanse Sangre, la; *da'covale*.)

Taborwin, Breane: En tiempos una aburrida noble de Cairhien que ahora, tras perder fortuna y posición social, no sólo es una sirvienta sino que mantiene una relación sentimental seria con un hombre al que antaño habría mirado con desprecio.

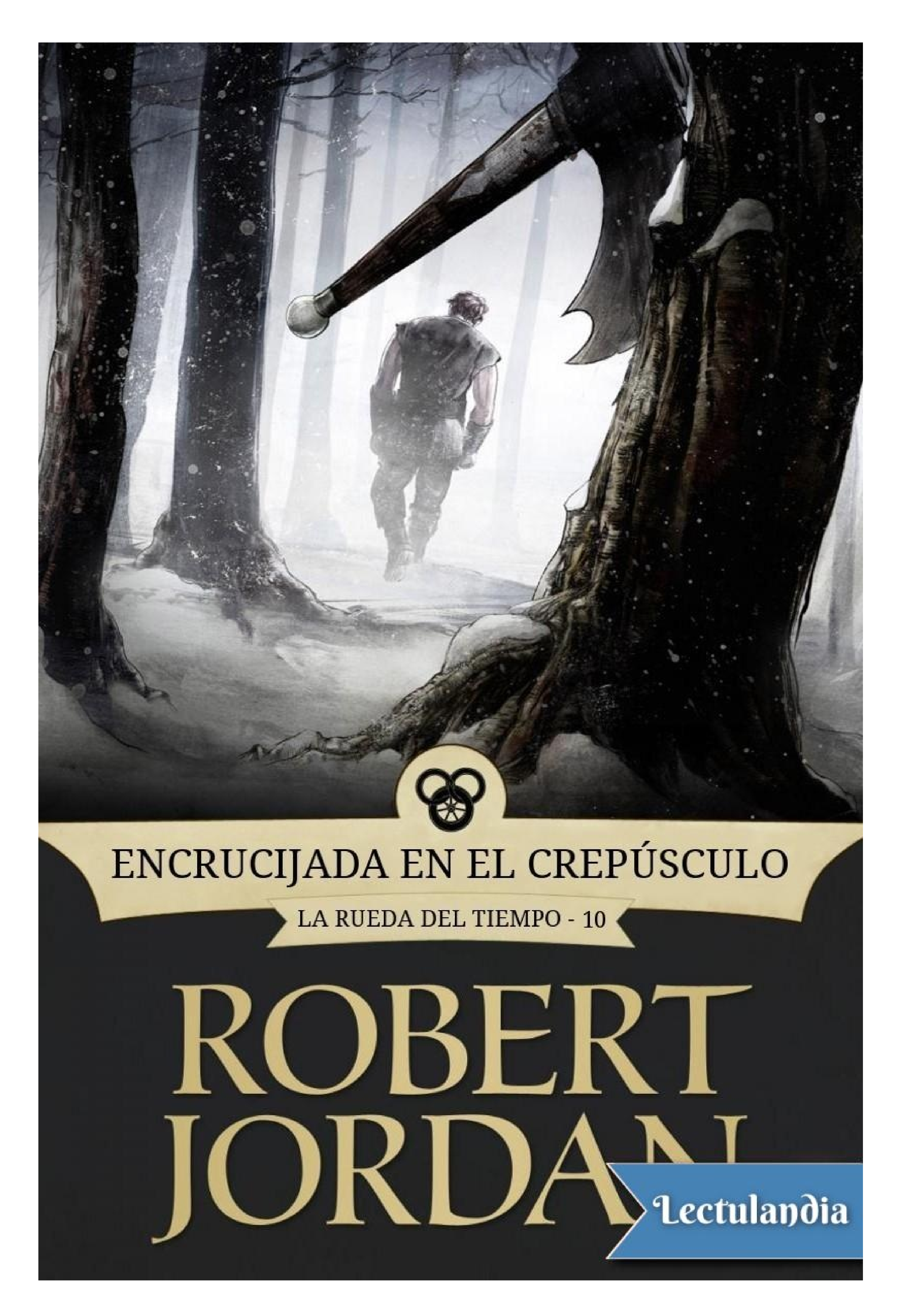
Taborwin, Dobraine: Un señor noble cairhienino que actualmente ejerce como Administrador del Dragón Renacido en Cairhien.

Tarabon: Nación bañada por el Océano Aricio. En otros tiempos un país con gran desarrollo comercial, exportador, entre otros productos, de alfombras, tintes y fuegos artificiales producidos por la Corporación de Iluminadores. En decadencia y debilitada por los estragos de una guerra civil y las contiendas entabladas contra Arad Doman y los partidarios del Dragón Renacido, era una «fruta madura» a la llegada de los seanchan, que ahora ejercen un férreo control sobre esta nación ocupada. Destruyeron la casa capitular que tenía la Corporación de los Iluminadores hicieron *da'covale* a casi todos sus miembros. La mayoría de los taraboneses parecen estar agradecidos de que los seanchan hayan restablecido el orden, y, puesto que les permiten seguir adelante con sus vidas sin apenas interferir, no desean entablar más batallas para intentar expulsar a los seanchan de su nación. No obstante, hay algunos nobles y soldados que se mantienen fuera de la esfera de influencia seanchan y esperan recuperar su tierra.

Tejedora Mayor: Título que se da a la cabeza del Ajah Amarillo. Esta posición la ostenta Suana Dragand al día de hoy, en la Torre Blanca. Suana Sedai es una de las únicas dos cabezas de Ajah que ocupan actualmente un escaño en la Antecámara de la Torre.

Tocón, el: Asamblea pública de los Ogier. Las asambleas pueden ser de un solo *stedding* o de varios y las preside el Consejo de Mayores de un *stedding*, pero sólo un Ogier adulto puede hablar ante el Tocón o elegir a un letrado para que lo represente. Estas asambleas suelen celebrarse en el tocón más grande de un *stedding* y en ocasiones duran varios días. Cuando surge un problema que afecta a todos los Ogier, se convoca el Gran Tocón y a él acuden Ogier de todos los *steddings* para deliberar sobre el asunto en cuestión. Los *steddings* se turnan para ser el anfitrión que acoge la celebración del Gran Tocón.

unidades de peso: 1 estón = 5 kg.; 10 estones = 1 quintal (50 kg.); 1 quintal métrico = 100 kg.; 10 quintales métricos = 1 tonelada.


ENCRUCIJADA EN EL CREPÚSCULO
LA RUEDA DEL TIEMPO - 10
ROBERT
JORDAN
Lectulandia

